



**TOM
CLANCY**

**EL OSO Y
EL DRAGÓN**



Lectulandia

Jack Ryan, el nuevo presidente de los Estados Unidos, deberá enfrentarse a una grave crisis mundial. Problemas nacionales, la economía asiática que hace aguas, una conspiración contra la ex KGB en Moscú y, por si fuera poco, ciertas fuerzas en China avanzan con un plan de proporciones realmente audaces, cuyas consecuencias pueden ser inimaginables.

Lectulandia

Tom Clancy

El oso y el dragón

ePub r1.0

nadie4ever 08.11.13

Título original: *The bear and the dragon*

Tom Clancy, 2000

Traducción: Víctor Pozanco

Diseño de portada: BuróGràfic

Editor digital: nadie4ever

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO - EL MERCEDES BLANCO

Ir al trabajo era igual en todas partes y el cambio de marxismo/leninismo a capitalismo caótico no había modificado mucho las cosas; bueno, tal vez las había empeorado un poco. Ahora era más difícil circular por las anchas calles de Moscú, cuando casi todo el mundo podía tener coche y el carril central de sus vastos bulevares ya no estaba custodiado por agentes de la milicia para el Politburó y el uso de los miembros de la Junta Central, que lo consideraban su paso privado, como los príncipes del zarismo con sus trineos. Ahora se había convertido en un carril para girar a la izquierda, utilizado por cualquiera que poseyera un Zil o cualquier otro coche privado. En el caso de Sergey Nikolay'ch Golovko, el coche era un Mercedes 600 blanco, el de grandes dimensiones con carrocería clase S y doce cilindros de potencia alemana bajo el capó. No había muchos como ése en Moscú y era realmente una extravagancia que debía haberle hecho sentir vergüenza ajena... pero no lo hacía. Puede que la nomenklatura ya no fuera vigente en la ciudad, pero el rango tenía sus privilegios y él era el director de la SVR. Su piso era también grande, estaba situado en la última planta de un alto edificio de Kutusovskiy Prospekt, era una estructura relativamente nueva y bien construida, incluidos los electrodomésticos alemanes, que constituían un lujo reservado tradicionalmente a los altos funcionarios gubernamentales.

No conducía personalmente. Para eso tenía a Anatoliy, un robusto ex soldado de operaciones especiales de la Spetsnaz, que llevaba una pistola bajo la chaqueta y conducía el coche con gran agresividad, al tiempo que lo cuidaba con todo cariño. Las gruesas ventanas de policarbonato estaban cubiertas de un plástico oscuro, que impedían a los curiosos ver a los pasajeros del vehículo, y la empresa había asegurado a los representantes de Golovko, al comprar el vehículo hacía dieciséis meses, que resistirían cualquier impacto, incluso el de una bala de 12,72 milímetros. El blindaje hacía que pesara casi una tonelada más que un Mercedes S-600 normal, pero eso no parecía afectar su potencia ni su comodidad. Eran los baches de las calles lo que acabaría por destruir el coche; asfaltar las calzadas era una costumbre que su país todavía no había adquirido, pensaba Golovko mientras volvía la página de su periódico matutino. Leía el International Herald Tribune norteamericano, que siempre era una buena fuente de noticias por tratarse de una empresa conjunta de The Washington Post y The New York Times, dos de los servicios de inteligencia más expertos del mundo, aunque pecaban de cierta soberbia para ser auténticos profesionales como Sergey Nikolay'ch y su gente.

Había ingresado en el servicio de inteligencia cuando el organismo era conocido como KGB, la Junta de Seguridad Estatal, según él, el mejor organismo de su género que el mundo entero había conocido, aunque acabara por fracasar. Golovko dio un

suspiro. Si la URSS no hubiera caído a principios de la década de los noventa, su cargo de director lo habría convertido en miembro de pleno derecho del Politburó, en un hombre de auténtico poder en una de las dos superpotencias mundiales, cuya mirada bastaría para hacer temblar a los más fuertes... pero... bueno, ¿qué importancia tenía eso ahora? Sólo era una mera ilusión, cosa curiosa en un hombre supuestamente interesado por la verdad objetiva. Esa era la cruel ambivalencia de siempre. El KGB se había interesado constantemente por hechos concretos, pero luego se los comunicaban a personas que albergaban sueños, que tergiversaban la verdad en función de sus fantasías. Cuando por fin salió a relucir la verdad, los sueños se habían evaporado como una nube en un vendaval y la realidad había fluido como un río en primavera. Y entonces en el Politburó, esos hombres brillantes que habían vivido de sueños descubrieron que sus teorías no eran más que meros juncos endebles y la realidad era la guadaña, en manos de una eminencia que no se interesaba por la salvación.

Pero ése no era el caso de Golovko. Como persona que se ocupaba de hechos concretos, había podido seguir en su profesión, ya que su gobierno todavía los necesitaba. En realidad, gozaba ahora de una mayor autoridad que antes, porque gracias a su buen e íntimo conocimiento del mundo y de las personalidades más importantes, era la persona más indicada para asesorar a su presidente, e influía en la política exterior, la defensa y los asuntos internos. Estos últimos, al contrario de lo que sucedía anteriormente, se habían convertido ahora en los más delicados. Y también en los más peligrosos. Era curioso. Anteriormente, bastaba pronunciar, o con mayor frecuencia gritar, las palabras «¡Seguridad del Estado!» para que los ciudadanos soviéticos quedaran paralizados, ya que el KGB había sido el organismo más temido del anterior gobierno, con un poder con el que la Sicherheitsdienst de Reinhart Heydrich sólo había soñado, el poder de detener, encarcelar, interrogar y matar a cualquier ciudadano que se les antojara. Pero eso también era cosa del pasado. Ahora, el KGB estaba dividido y la rama de seguridad nacional se había convertido en una sombra de lo que había sido anteriormente, mientras que la SVR, ex Primer Consejo de Dirección, se dedicaba todavía a reunir información, pero carecía de la fuerza inmediata que comportaba su capacidad para imponer la voluntad, si no exactamente la ley, del gobierno comunista. Pero sus funciones actuales eran todavía muy amplias, se dijo Golovko, mientras doblaba el periódico.

Estaba a sólo un kilómetro de la plaza Dzerzhinskiy. Esta también había cambiado. La estatua de Feliks de Hierro había desaparecido. Había tenido siempre un efecto escalofriante para los que sabían quién había sido aquel hombre, cuya estatua de bronce se erguía solitaria en la plaza, pero eso también era ahora un recuerdo lejano. Sin embargo, el edificio del fondo era el mismo. En otra época había sido la lujosa sede central de la Compañía de Seguros Rossiya, posteriormente

conocida como la Lubyanka, temida palabra incluso en el atemorizado país que gobernaba Iosef Vissarionovich Stalin, con su sótano repleto de celdas y salas de interrogatorio. La mayor parte de dichas funciones habían sido transferidas a lo largo de los años a la prisión de Lefortovo, al este, conforme crecía la burocracia del KGB, como lo hacen todas las burocracias por el estilo, llenando el vasto edificio como un globo en expansión que penetraba en todos los cuartos y rincones, hasta que funcionarios y secretarías acabaron por ocupar los espacios (remodelados) donde Kamanev y Ordzhonikidze habían sido torturados en presencia de Yagoda y Beriia. Golovko suponía que no había demasiados fantasmas.

El caso es que una nueva jornada de trabajo estaba por empezar. Reunión de personal a las ocho cuarenta y cinco, seguida de la rutina habitual de informes y comentarios, almuerzo a las doce y cuarto y, con suerte, de nuevo en el coche de regreso a su casa poco después de las seis, a tiempo de vestirse para la recepción en la embajada francesa. Le apetecía la comida y el vino, aunque no la conversación.

Otro coche le llamó la atención. Era idéntico al suyo, otro Mercedes clase S, también blanco como la nieve, e incluso con el mismo plástico oscuro en las ventanas de fabricación norteamericana. Circulaba decidido aquella mañana soleada, cuando Anatoliy redujo la velocidad tras un volquete, uno de los centenares de camiones igualmente feos que dominaban las calles de Moscú, cargado de herramientas en lugar de arena. Había otro volquete a cien metros detrás de él, que avanzaba lentamente como si el conductor no estuviera seguro de su camino. Golovko se desperezó en su asiento, sin visibilidad apenas más allá del camión que había delante de su Mercedes, pensando en la primera taza de té de Sri Lanka en su despacho, el mismo utilizado por Beriia en... el volquete a su espalda. Había un individuo acostado en la caja, que ahora se había levantado y tenía en las manos...

—¡Anatoliy! —exclamó Golovko, aunque su conductor no alcanzaba a ver más allá del camión que tenía delante.

... era un RPG, con un tubo largo, un extremo abultado y la mira levantada. El camión más alejado se había detenido y el individuo de la caja, apoyado en una rodilla, se colocó en posición y apuntó al otro Mercedes blanco...

... el otro conductor lo vio e intentó escabullirse, pero el tráfico matutino le cortaba el paso y...

... no fue muy llamativo, sólo una pequeña nube de humo en la parte trasera del lanzacohetes, pero salió disparada la parte abultada, que penetró en el capó del otro Mercedes blanco y allí estalló.

Impactó cerca del parabrisas. No hizo una gran explosión, como las que tanto gustan en las películas americanas, sino un destello apagado acompañado de humo gris, pero el estruendo retumbó en toda la plaza y se abrió un boquete en el maletero del coche, lo cual significaba, y Golovko lo sabía perfectamente, que todos sus

ocupantes estarían muertos. A continuación prendió fuego la gasolina y ardió el vehículo, junto con unos metros cuadrados de asfalto. El Mercedes paró casi inmediatamente, con los neumáticos de la izquierda destrozados por la explosión. El volquete frente al coche de Golovko se detuvo, asustado el chófer, y Anatoliy giró a la derecha, con los ojos casi cerrados por la explosión, pero todavía no...

—¡Govno! —exclamó, consciente ahora de lo sucedido.

Siguió avanzando hacia la derecha, acelerando y aprovechando todos los espacios que veía para sortear el tráfico. La mayoría de los vehículos que circulaban se habían detenido, y el conductor de Golovko aprovechó todos los espacios entre los coches parados para llegar en menos de un minuto al Moscú Center. Los guardias armados salían ya a la plaza, acompañados de un contingente suplementario de fuerzas acuarteladas discretamente en el interior. El comandante del grupo, un teniente veterano, vio el coche de Golovko, lo reconoció y ordenó a dos de sus hombres que lo acompañaran a su destino. La hora de llegada era lo único normal de aquel día incipiente. Golovko se apeó y dos jóvenes soldados se pegaron a su pesado abrigo. Anatoliy también bajó del coche, pistola en mano, con la chaqueta desabrochada, y miró ansiosamente hacia la puerta. Volvió inmediatamente la cabeza.

—¡Llevadlo dentro! —ordenó, y los dos soldados introdujeron a Golovko por la doble puerta de bronce, adonde llegaban más tropas de seguridad.

—Por aquí, camarada director —dijo un capitán uniformado, al tiempo que agarraba el brazo de Sergey Nikolay'ch y lo conducía hacia el ascensor de ejecutivos.

Al cabo de un minuto entraba en su despacho y empezaba a digerir lo que había visto hacía tan sólo unos instantes. Evidentemente, se acercó a la ventana para mirar.

Tres policías de Moscú, denominados milicianos, corrían hacia el lugar de la explosión. Entonces apareció un coche de policía, sorteando el tráfico parado. Tres conductores se habían apeado de sus vehículos y se acercaban al coche en llamas, tal vez con la intención de prestar ayuda. Muy valiente por su parte, pensó Golovko, aunque una completa pérdida de tiempo. Lo veía mejor ahora, incluso a trescientos metros de distancia. El techo del vehículo se había abovedado. El parabrisas había desaparecido y lo que veía era un agujero humeante, que pocos minutos antes había sido un coche enormemente caro, destruido por una de las armas más baratas que el Ejército Rojo jamás había producido en serie. Quienquiera que fuese el que viajaba en su interior había sido desmenuzado instantáneamente por fragmentos de metralla, que se desplazaban a casi diez mil metros por segundo. ¿Se habrían percatado de lo que sucedía? Probablemente, no. Puede que el conductor tuviera tiempo de mirar y preguntárselo, pero el propietario en el asiento trasero probablemente iba leyendo el periódico de la mañana, antes de que su vida acabara sin previo aviso.

Fue entonces cuando Golovko sintió debilidad en las rodillas. Podía haber sido él... quien descubriera de pronto si, después de todo, había otro mundo, uno de los

grandes misterios de la vida, pero en el que no pensaba muy a menudo...

Pero fuera quien fuese el autor de la matanza, ¿quién era su objetivo? Como director de la SVR, Golovko no creía en las coincidencias, y en Moscú no había muchos Mercedes S600 blancos.

—¿Camarada director? —dijo Anatoliy, desde la puerta del despacho.

—Dime, Anatoliy Ivan'ch.

—¿Está usted bien?

—Mejor que él —respondió Golovko, alejándose de la ventana.

Ahora necesitaba sentarse. De pronto sentía una gran debilidad en las piernas, e intentó alcanzar su silla giratoria sin tambalearse. Se sentó, colocó las palmas de las manos sobre la mesa y contempló la superficie de roble, cubierta de papeles a la espera de ser leídos: la rutina cotidiana de un día que ahora no tenía nada de rutinario. Levantó la cabeza.

Anatoliy Ivan'ch Shelepin no era un hombre propenso a manifestar el miedo. Había servido como capitán en la Spetsnaz, antes de que lo descubriera un cazatalentos del KGB para ocupar un puesto en el octavo de «guardias» del Directorio, que aceptó inmediatamente antes de la desintegración del KGB. Pero ahora Anatoliy era el conductor y guardaespaldas de Golovko desde hacía años, formaba parte de su familia oficial, como un hijo mayor, y sentía devoción por su jefe. Era un hombre alto e inteligente de treinta y tres años, con el cabello rubio y los ojos azules, ahora mucho mayores que de costumbre, ya que aunque Anatoliy había pasado gran parte de la vida entrenándose para ocuparse de actos de violencia y participar en los mismos, ésta había sido la primera vez en que estaba presente cuando ocurría. Se había preguntado a menudo cómo sería arrebatarse la vida a otro, pero nunca se había planteado la posibilidad de perder la suya propia, ciertamente, no en una emboscada, ni mucho menos a cuatro pasos de donde trabajaba. En su escritorio de la antesala del despacho de Golovko desempeñaba esencialmente la función de secretario personal. Como todos los de su oficio, le había quitado importancia a la rutina de proteger a alguien a quien nadie se atrevería a atacar, pero su cómodo mundo se había desmoronado de una forma tan completa y segura como el de su jefe.

Curiosa, pero previsiblemente, fue el cerebro de Golovko el primero en volver a la realidad.

—Anatoliy.

—Si, camarada director.

—Debemos descubrir quién ha muerto en ese coche y averiguar si debíamos haber sido nosotros en su lugar. Llama al cuartel general de la milicia y entérate de lo que hacen.

—Inmediatamente.

El apuesto rostro del joven se retiró del umbral.

Golovko respiró hondo y se puso de pie, para asomarse de nuevo a la ventana. Ahora había un coche de bomberos y los bomberos rociaban el coche destrozado, para extinguir las llamas. Había también una ambulancia a la espera, aunque Sergey Nikolay'ch sabía que eso era una pérdida de tiempo y recursos. Lo primero era obtener el número de matrícula del coche siniestrado, averiguar la identidad de su propietario y, con esa información, determinar si el desgraciado había muerto en lugar de Golovko, o si tal vez tenía sus propios enemigos. La ira no había sustituido todavía al susto de lo acontecido. Puede que eso sucediera más adelante, pensó Golovko, cuando se dirigía a su cuarto de baño privado, porque de pronto sintió la necesidad de orinar. Parecía una terrible demostración de la debilidad humana, pero Golovko nunca había conocido el miedo inmediato en toda su vida y, al igual que muchos, pensaba como en las películas. Los actores eran intrépidos y decididos, poco importaba que sus palabras formaran parte del guión y hubieran ensayado sus reacciones, ni su situación era nunca como cuando los explosivos llegan por el aire sin previo aviso.

¿Quién me quiere muerto?, se preguntó, después de tirar de la cadena.

La embajada estadounidense, a pocos kilómetros de distancia, tenía un tejado plano con toda clase de antenas de radio, la mayoría conectadas a receptores de radio de diferentes niveles de complejidad, conectados a su vez a magnetófonos que giraban muy lentamente, para aprovechar las cintas con mayor eficacia. En la sala de grabación había una docena de personas, civiles y militares, todos especialistas en el idioma ruso, que mandaban sus informes a la Agencia de Seguridad Nacional en Fort Meade, Maryland, entre Baltimore y Washington. Empezaban a trabajar temprano, generalmente antes que los funcionarios rusos, cuyas comunicaciones procuraban escuchar. Uno de los muchos aparatos que había en la sala era un receptor analítico, como los usados en otra época por civiles norteamericanos para escuchar las llamadas de la policía. La policía local usaba las mismas bandas y exactamente el mismo tipo de radios que la policía norteamericana en los años setenta, y escuchar sus transmisiones, todavía no codificadas, era un juego de niños. Las escuchaban para enterarse de algún que otro accidente de tráfico, en el que pudiera estar involucrado algún pez gordo, pero sobre todo para controlar el pulso de Moscú, cuyo nivel de delincuencia iba de mal en peor. Era útil para el personal de la embajada saber qué partes de la ciudad convenía evitar y poder seguir la pista de algún delito cometido contra alguno de los millares de norteamericanos.

—¿Una explosión? —preguntó el sargento del ejército por radio, antes de volver la cabeza—. Teniente Wilson, la policía informa que ha tenido lugar una explosión, exactamente frente al Moscú Center.

—¿Qué clase de explosión?

—Parece que ha estallado un coche. Ahora están allí los bomberos, una ambulancia... —conectó los auriculares para oír mejor lo que decían—. De acuerdo, un Mercedes Benz blanco, número de matrícula... —Tomó nota en un cuaderno—. Tres personas muertas, el conductor y dos pasajeros y... ¡mierda!

—¿Qué ocurre, Reins?

—Sergey Golovko... —dijo el sargento Reins con los ojos cerrados, mientras apretaba con una mano los auriculares contra sus orejas—. ¿No utiliza un Mercedes blanco?

—¡Oh, mierda! —exclamó ahora la teniente Wilson—. ¿Es Golovko uno de los muertos?

Golovko era una de las personas cuyos pasos su personal seguía habitualmente.

—No lo sé todavía, teniente. Una nueva voz... el capitán de la estación, dice que ahora baja. Señora, parece que esto los ha alterado bastante. Se oyen muchas voces.

La teniente Susan Wilson se meció en su silla giratoria. ¿Debía llamar para comunicar lo sucedido? No podían fusilarlo a uno por dar parte a sus superiores.

—¿Dónde está el jefe de la estación?

—De camino al aeropuerto, teniente, hoy vuela a San Petersburgo, ¿no lo recuerda?

—De acuerdo —dijo antes de volver la espalda a su personal y levantar el teléfono de seguridad, un STU-6 (unidad telefónica de seguridad), para llamar a Fort Meade, al tiempo que introducía su tarjeta codificadora en la ranura del aparato, que ya estaba conectado y sincronizado con otro semejante en el cuartel general de la ANS.

Pulsó la tecla # para llamar.

—Sala de vigilancia —respondió una voz, a medio mundo de distancia.

—Aquí estación Moscú. Tenemos indicios de que Sergey Golovko puede haber sido asesinado.

—¿El director de la SVR?

—Afirmativo. Un coche semejante al suyo ha estallado en la plaza Dzerzhinskiy y ésta es la hora a la que él va habitualmente a trabajar.

—¿Confidencia? —preguntó una voz masculina de ultratumba, probablemente la de un oficial de rango medio de las fuerzas aéreas, al cargo del turno de once a siete.

Confidencia era uno de los términos de moda, en su jerga institucional.

—Lo estamos recibiendo de las radios de la policía; es decir, la milicia de Moscú. Hay mucho tráfico radiofónico y parecen muy excitados, según mi operador.

—Muy bien, ¿puede pasarnos la transmisión?

—Afirmativo —respondió la teniente Wilson.

—Bien, hagámoslo. Gracias por el aviso, a partir de ahora lo seguiremos nosotros.

—De acuerdo, estación Moscú, corta y cierra —oyó el comandante Bob Teeters, que era nuevo en su trabajo de la ASN.

Era un distinguido ex piloto con dos mil cien horas al mando de aparatos C-5 y C-17, que se había lastimado el codo izquierdo en un accidente de motocicleta hacía ocho meses y la falta de movilidad resultante, muy a su pesar, había puesto fin a su carrera como piloto. Ahora había renacido como espía, actividad bastante más interesante desde el punto de vista intelectual, pero no exactamente una alternativa feliz a la de pilotar aviones. Le hizo una seña a un voluntario, un brigada de la marina, para que conectara con la línea directa desde Moscú. El marino obedeció, se puso los auriculares y abrió el procesador de textos en el ordenador que tenía sobre la mesa. Además de conocer el ruso a la perfección, era especialista en señales visuales y, por consiguiente, muy competente con el ordenador. Al tiempo que traducía lo que oía por las radios de la policía rusa intervenidas, lo mecanografiaba y el texto aparecía en la pantalla del ordenador del comandante Teeters.

«Tengo el número de matrícula, lo compruebo ahora», decía la primera línea.

«Bien, cuanto antes».

«Estoy en ello, camarada». (Ruido de teclado en el fondo. ¿Disponen ahora los rusos de ordenadores para estas cosas?).

«Ya lo tengo, Mercedes Benz, blanco, registrado a nombre de G. F. Avseyenko (no estoy seguro de la ortografía), 677 Protopopov Prospekt, piso 18A».

«¿El? ¡Conozco ese nombre!».

Lo cual era bueno para alguien, pensó el comandante Teeters, aunque no maravilloso para Avseyenko. Bien, ¿qué más? El comandante de guardia del servicio de vigilancia pertenecía también a la armada, el contraalmirante Tom Porter, y estaba probablemente en su despacho del edificio principal tomando café y mirando la televisión. Había llegado el momento de cambiar la situación. Marcó el número correspondiente.

—Almirante Porter.

—Señor, habla el comandante Teeters desde el centro de vigilancia. Tenemos noticias importantes de Moscú.

—¿De qué se trata, comandante? —preguntó una voz cansada.

—La estación de Moscú creyó inicialmente que alguien había matado al director Golovko del KGB, quiero decir, de la SVR.

—¿Cómo ha dicho, comandante? —preguntó ahora, con la voz un poco más despierta.

—Resulta que probablemente no fuera él, señor, sino alguien llamado Avseyenko —deletreó Teeters—. Recibimos las transmisiones intervenidas de la policía. Todavía no he investigado el nombre.

—¿Qué más?

—Esto es todo lo que tengo hasta el momento, señor.

Ahora, un agente de campo de la CIA llamado Tom Barlow recibía también la información en la embajada. Era el tercer espía en la jerarquía actual del servicio y no quería desplazarse personalmente a la plaza Dzerzhinskiy, pero optó por la mejor alternativa. Llamó a la oficina de la CNN, por una línea directa, a un amigo.

—Mike Evans.

—Mike, habla Jimmy —dijo Tom Barlow, iniciando una mentira concebida de antemano y ampliamente utilizada—. En la plaza Dzerzhinskiy han asesinado a alguien en un Mercedes. Parece turbio y bastante espectacular:

—De acuerdo —respondió el periodista, mientras tomaba nota—. Nos ocupamos de ello.

En su despacho, Barlow consultó su reloj: las 8.52 hora local. Evans era un reportero tenaz, en un ajetreado servicio de noticias, y Barlow calculó que en veinte minutos habría una minicam en el lugar del atentado. El furgón dispondría de su propio vínculo con un satélite, que transmitiría la señal directamente al cuartel general de la CNN en Atlanta y el Departamento de Defensa la intervendría, la mandaría a Fort Belvoir en Virginia y de allí la distribuiría a través de los satélites gubernamentales a las partes interesadas. Un atentado contra la vida del director Golovko era algo sumamente interesante para mucha gente. A continuación conectó el ordenador compacto que tenía sobre su escritorio y abrió la carpeta de los nombres rusos conocidos de la CIA.

Existían duplicados de dicha carpeta en numerosos ordenadores de la CIA en Langley, Virginia y en uno de los ubicados en la sala de operaciones, en el séptimo piso del antiguo cuartel general, alguien tecleó A-V-S-Y-E-N-K-O y lo único que apareció en pantalla fue: «Carpeta entera examinada. Objeto de búsqueda no encontrado».

La persona del ordenador refunfuñó. Evidentemente, la ortografía no era correcta.

—¿Por qué suena familiar ese nombre pero el ordenador no lo encuentra? —preguntó.

—Veamos —dijo un colega, después de acercarse y modificar la ortografía del nombre—. Pruébalo ahora.

Nada. Intentaron una tercera variación.

—¡Aleluya! Gracias, Beverly —dijo el oficial de guardia—. Sí, claro, sabemos quién es. Rasputín. Un cabrón barriobajero, no cabe duda, no hay más que ver lo que le ha sucedido al enmendarse —agregó con una carcajada.

—¿Rasputín? —preguntó Golovko—. ¿Ese cerdo nekulturniy? —sonrió—. ¿Pero quién querría matarlo?

Hablaba con su jefe de seguridad que, si cabe, se tomaba el asunto con mayor seriedad que el propio director; se le acababa de complicar enormemente el trabajo.

Para empezar, debía comunicarle a Sergey Nikolay'ch que el Mercedes blanco ya no estaba a su disposición. Era demasiado ostentoso. Su próxima tarea consistiría en preguntarles a los centinelas armados, situados en las esquinas del tejado del edificio, cómo no habían visto a un individuo en la caja de un volquete, armado con un RPG, ¡a menos de trescientos metros del edificio que supuestamente protegían! Ni siquiera se había recibido el menor aviso por sus radios portátiles hasta después de que estallara el Mercedes de Gregoriy Filipovich Avseyenko.

—¿Desde cuándo no pertenece al servicio? —preguntó Golovko.

—Desde el noventa y tres, camarada director —respondió el comandante Anatoliy Ivan'ch Shelepin, que acababa de formular la misma pregunta y recibir la respuesta hacía unos segundos.

La primera gran reducción de personal, pensó Golovko, pero parecía que el proxeneta se había adaptado bien al sector privado. Suficientemente bien para ser propietario de un Mercedes Benz S-600... y para ser asesinado por enemigos que había adquirido... a no ser que hubiera sacrificado involuntariamente su vida por la de otro. Era una pregunta que todavía estaba por contestar. Ahora el director había recuperado el control de sí mismo, por lo menos lo suficiente para que su mente empezara a funcionar. Golovko era demasiado inteligente para preguntarse ¿quién querría acabar conmigo? Los hombres que ocupaban cargos como el suyo tenían muchos enemigos, algunos de ellos letales... aunque la mayoría eran demasiado listos para cometer semejante atentado. Las venganzas eran peligrosas para iniciarlas a su nivel y por ello nunca ocurrían. El espionaje internacional era asombrosamente moderado y civilizado. Claro que algunos morían. Cualquiera a quien descubrieran espionando a la Madre Rusia para un gobierno extranjero estaba en un grave aprieto, con o sin nuevo régimen. La traición seguía siendo traición. Pero esas matanzas seguían... ¿cómo lo llamaban los norteamericanos? El debido proceso de la ley. Sí, eso era. Los norteamericanos y sus abogados. Si sus abogados lo aprobaban, era civilizado.

—¿Quién más había en el coche? —preguntó Golovko.

—Su chófer. Tenemos su nombre, un ex miliciano. Y una de sus mujeres, al parecer, de nombre todavía desconocido.

—¿Qué sabemos de la agenda de Gregoriy? ¿Por qué estaba allí esta mañana?

—Todavía no lo sabemos, camarada —respondió el comandante Shelepin—. La milicia lo investiga.

—¿Quién se ocupa del caso?

—El teniente coronel Shablikov, camarada director.

—Yefim Konstantinovich; sí, lo conozco. Es un buen hombre —reconoció Golovko—. Supongo que necesitará un poco de tiempo.

—El tiempo es necesario —admitió Shelepin.

Más del que tardó Rasputín en morir, pensó Golovko. La vida era algo extraño, tan permanente cuando uno la tenía, tan fugaz cuando la perdía, y los que la habían perdido no podían explicar cómo había sucedido. A no ser que uno creyera en los fantasmas, o en Dios, o en otra vida, que eran cosas que de algún modo se habían pasado por alto durante la infancia de Golovko. He ahí otro gran misterio, se dijo a sí mismo el maestro consumado del espionaje. Por primera vez, había estado muy cerca. Era inquietante, aunque retrospectivamente, no tan aterrador como hubiera imaginado. El director se preguntó si eso podría denominarse valor. Nunca se había considerado un hombre valiente, por la simple razón de que nunca se había enfrentado directamente a ningún peligro físico. No es que lo hubiera evitado, simplemente nunca había sucedido hasta el día de hoy y, superada la indignación, comprobó que sentía más curiosidad que desconcierto. ¿Por qué había ocurrido? ¿Quién lo había hecho? Esas eran las preguntas que debía responder, para evitar que sucediera de nuevo. Bastaba con haber sido valiente una vez, pensó Golovko.

El doctor Benjamin Goodley llegó a Langley a las 5.40, cinco minutos antes de su hora habitual. Su trabajo le impedía en gran parte tener vida social, lo cual no le parecía particularmente justo al agente del servicio secreto nacional. ¿No era un hombre en edad de contraer matrimonio, apuesto y con buenas perspectivas tanto profesionales como en los negocios? Tal vez no en los negocios, pensó Goodley, mientras aparcaba su coche en un espacio reservado a los VIP, junto a la marquesina de cemento del edificio del antiguo cuartel general. Conducía un Ford Explorer porque era un buen coche para circular por la nieve, que no tardaría en caer. Por lo menos llegaba el invierno, que en la zona de Washington era totalmente imprevisible, especialmente ahora que, según los fanáticos de la ecología, el calentamiento global haría que ese invierno fuera inusualmente frío. Le parecía completamente ilógico. Tal vez hablaría con el asesor científico de la presidencia, para ver si encontraba a alguien capaz de explicárselo. El nuevo asesor era bastante bueno y sabía cómo expresarse en términos sencillos.

Goodley entró por la puerta y se dirigió al ascensor. Llegó a la sala de operaciones a las 5.50.

—Hola, Ben —dijo alguien.

—Buenos días, Charlie. ¿Ocurre algo interesante?

—Esto te encantará, Ben —aseguró Charlie Roberts—. Un gran día en la Madre Rusia.

—¿Ah, sí? —preguntó Goodley con los párpados entornados, que al igual que su jefe tenía sus preocupaciones acerca de Rusia—. ¿Qué ocurre?

—Nada extraordinario. Sólo que alguien ha intentado cargarse a Sergey Nikolay'ch.

—¿Cómo? —exclamó, volviendo la cabeza como un búho.

—Lo que oyes, Ben, pero han disparado el RPG contra el coche equivocado y han eliminado a otra persona a quien también conocemos... bueno, conocíamos —respondió Roberts.

—Cuéntamelo desde el principio.

—Peggy, adelante vídeo —ordenó Roberts con un histriónico ademán, dirigiéndose al oficial de vigilancia.

—¡Cielo santo! —exclamó Goodley después de los primeros cinco segundos—. ¿Entonces quién era en realidad?

—¿Me creerías si te digo que se trataba de Gregoriy Filipovich Avseyenko?

—No conozco ese nombre —reconoció Goodley.

—Toma —dijo Peggy en un tono de desagrado, al tiempo que le entregaba una carpeta—. Lo que teníamos sobre él cuando estaba en el KGB. Es un verdadero encanto.

—¿Rasputín? —dijo Goodley, mientras examinaba la primera página—. Sí, claro, he oído algo acerca de ese individuo.

—Apuesto a que el jefe también ha oído hablar de él.

—Lo sabré en un par de horas —pensó Goodley en voz alta—. ¿Qué dice la estación Moscú?

—El jefe de la estación está en San Petersburgo, para asistir a una conferencia comercial que forma parte de su tapadera. Lo que tenemos es de su jefe de guardia. Lo más probable es que Avseyenko tuviera un gran enemigo en la mafia rusa, o tal vez Golovko era el verdadero objetivo y se equivocaron de coche. Es imposible saberlo todavía —concluyó, encogiéndose de hombros, como para indicar que no tenía la más remota idea.

—¿Quién querría eliminar a Golovko?

—¿Su mafia? Alguien consiguió un RPG, y no los venden en las ferreterías. Eso significa, probablemente, que el atentado es obra de alguien muy afincado en su imperio criminal, ¿pero quién era el verdadero objetivo? Avseyenko debe de haberse ganado enemigos importantes a lo largo de su carrera, pero Golovko también debe de tener enemigos o rivales —respondió Peggy, encogiéndose nuevamente de hombros.

—Al jefe le gusta tener información más fiable —advirtió Goodley.

—Y a mí también, Ben —respondió Peggy Hunter—. Pero esto es todo lo que tengo y ni siquiera los jodidos rusos saben más en este momento.

—¿Hay alguna manera de husmear en su investigación?

—Se supone que el agregado jurídico, Mike Reilly, tiene bastante intimidad con su policía. Logró que un puñado de sus agentes ingresara en la academia nacional del FBI en Quantico, para asistir a un curso avanzado.

—Tal vez el FBI debería ordenarle que investigara. La señora Hunter volvió a encogerse de hombros.

—No hay nada que perder. Lo peor que puede ocurrir es que nos digan que no.

Goodley asintió.

—De acuerdo, voy a decírselo. Por cierto, hoy el jefe no se quejará de que el día es aburrido —dijo cuando se dirigía a la puerta, después de coger la cinta de la CNN, de regreso a su despacho.

El sol se esforzaba por salir. Por el camino del parque de George Washington empezaba a aumentar el tráfico de los entusiastas del trabajo, probablemente en su mayoría empleados del Pentágono que deseaban llegar cuanto antes a sus despachos, pensó Goodley cuando cruzaba el puente Key, después de la isla de Teddy Roosevelt. El Potomac estaba llano y tranquilo, casi aceitoso, como las balsas de los molinos. La temperatura exterior, según el salpicadero de su coche, era de siete grados, y según el pronóstico meteorológico, a lo largo del día alcanzaría los quince, con pocas nubes y escaso viento. En general, un día agradable para finales de otoño, aunque él lo pasaría enteramente en su despacho, fuera o no placentero.

La actividad empezaba temprano en la Casa, como pudo comprobar a su llegada. El helicóptero Blackhawk se elevaba cuando llegó a su aparcamiento reservado y se había formado ya una caravana de coches en la entrada del oeste. Bastó para que consultara su reloj. No, no llegaba tarde. Se apresuró a salir del coche y entrar en el edificio, con un montón de papeles y la cinta bajo el brazo.

—Buenos días, doctor Goodley —dijo uno de los guardias uniformados.

—Hola, Chuck.

Conocido o desconocido, tuvo que pasar por el detector de metales. La cinta y sus papeles fueron sometidos a una inspección visual, como si intentara introducir un arma, pensó Ben, momentáneamente irritado. Bueno, el caso es que había habido algunas alarmas, y el personal de seguridad estaba entrenado para no confiar en nadie.

Superada la prueba cotidiana de seguridad, giró a la izquierda, corrió por la escalera y luego de nuevo a la izquierda para entrar en su despacho, donde una alma caritativa, no sabía si del personal administrativo o de seguridad, había cargado su cafetera con Hazelnut francés de Gloria Jean. Se sirvió una taza y se sentó a su escritorio, para ordenar sus papeles y sus pensamientos. Logró tomarse media taza, antes de clasificarlo todo para emprender el camino de treinta metros. El jefe ya estaba en su despacho.

—Buenos días, Ben.

—Buenos días, señor presidente —respondió el asesor de seguridad nacional.

—Bien, ¿qué hay de nuevo en el mundo? —preguntó el mandamás.

—Parece que alguien ha intentado asesinar a Sergey Golovko esta mañana.

—¿En serio? —preguntó el presidente Ryan, levantando la cabeza de su taza de café.

Goodley le contó los detalles, introdujo la cinta en el video del despacho oval y pulsó play.

—¡Joder! —exclamó Ryan, al ver aquel lujoso coche convertido en chatarra—. ¿A quién han alcanzado en su lugar? —A un tal Gregoriy Filipovich Avseyenko, de cincuenta y dos años...

—Conozco ese nombre. ¿De qué me suena?

—En general es más conocido como Rasputín. Solía dirigir la Escuela de Gorriones del KGB.

Ryan abrió un poco más los ojos.

—¡Ese gilipollas! ¿Qué sabemos de él?

—Fue despedido alrededor del noventa y tres, y se dedicó evidentemente al mismo negocio, en el que parece haber ganado bastante dinero, por lo menos a juzgar por su coche. Había una joven con él cuando murió, además del conductor. Todos muertos.

Ryan asintió. La Escuela de Gorriones era el lugar donde a lo largo de los años los soviéticos habían formado mujeres jóvenes y atractivas, para convertirlas en prostitutas al servicio de la patria, tanto en su país como en el extranjero, porque desde tiempos inmemoriales se había comprobado que los hombres con cierta debilidad por las mujeres se iban de la lengua con el lubricante adecuado. No eran pocos los secretos que había obtenido el KGB con ese método, y las mujeres también habían sido útiles para reclutar súbditos extranjeros, que luego explotaban los agentes del KGB. De modo que cuando cerraron su departamento, Rasputín, así llamado por los soviéticos por su habilidad para someter a las mujeres a su voluntad, se había limitado a ejercer su profesión en el nuevo ambiente del libre mercado.

—De modo que Avseyenko podía haber tenido enemigos en el «mundo de los negocios» suficientemente furiosos para eliminarlo y puede que, después de todo, Golovko no fuera el objetivo.

—Efectivamente, señor presidente. La posibilidad existe, pero no disponemos de datos que apoyen una teoría u otra.

—¿Cómo podemos obtenerlos?

—El agregado jurídico de la embajada está bien relacionado con la policía rusa —respondió el asesor de seguridad nacional.

—Bien, llama a Dan Murray al FBI y que le ordene fisgonear a su hombre —dijo Ryan, que había pensado en llamar directamente a Golovko, a quien conocía desde hacía más de diez años, pero en uno de sus primeros encuentros, Golovko había apuntado con su pistola a la cabeza de Jack en una de las pistas del aeropuerto de Sheremetyevo en Moscú, y decidió que no era conveniente mostrar tanto interés de inmediato, aunque más adelante, si podían hablar en privado, podría preguntarle por el incidente sin darle importancia—. Haz lo mismo con Ed y con MP en la CIA.

—De acuerdo —respondió Goodley.

—Sigue.

Goodley volvió la página.

—Indonesia está haciendo unas maniobras navales que han despertado ligeramente el interés de los australianos...

Ben prosiguió con su informe matutino durante otros veinte minutos, hablando principalmente de asuntos políticos más que militares, ya que en eso se había convertido la seguridad nacional a lo largo de los últimos años. Incluso el comercio internacional de armas había disminuido, hasta el punto de que bastantes países trataban sus fuerzas armadas nacionales como escaparates, más que como importantes instrumentos del gobierno del estado.

—¿De modo que hoy el mundo está en plena forma? —resumió el presidente.

—Salvo por el socavón en Moscú, eso parece, señor.

El asesor de seguridad nacional se retiró y Ryan examinó su agenda del día. Como de costumbre, dispondría de muy poco tiempo libre. En los escasos momentos de su agenda durante los que estaría solo en su despacho tendría que leer los informes para su próxima reunión, muchas de las cuales habían sido organizadas con semanas de antelación. Se quitó las gafas de leer, las detestaba, y se frotó los ojos, anticipando ya la jaqueca matutina que llegaría dentro de unos treinta minutos. Otra ojeada a la página reveló la ausencia de momentos de tranquilidad durante el día. Ninguna representación de los Eagle Scouts de Wyoming, ni de los campeones de la World Series, ni de Miss Plum Tomato del Valle Imperial de California, que le ofreciera algo para sonreír. No. Hoy sería todo trabajo.

Mierda, pensó.

Desempeñar el cargo de la presidencia era una gran contradicción. El hombre más poderoso del mundo estaba completamente incapacitado para usar su poder, salvo en las circunstancias más adversas, que debía evitar en lugar de estimularlas. En realidad, la función de la presidencia consistía en negociar, sobre todo con el Congreso, que era algo para lo que Ryan no estaba capacitado hasta que recibió un curso intensivo de su jefe de personal, Arnold Van Damm. Afortunadamente, Arnie se ocupaba personalmente de muchas de las negociaciones y acudía luego al despacho oval para comunicarle al presidente cuál era su decisión o posición (la de Ryan) respecto a cierto asunto, antes de que él (Van Damm) ofreciera un comunicado o una declaración en la sala de prensa. Ryan suponía que un abogado trataba generalmente de ese modo a su cliente, defendiendo como mejor sabía sus intereses, sin revelar en qué consistían los mismos hasta que la decisión estaba tomada. Era preciso proteger al presidente, decía Arnie a todo el mundo, de negociaciones directas con cualquiera, especialmente con el Congreso. Y Jack se recordaba a sí mismo que tenía un Congreso bastante dócil. ¿Cómo se las habían arreglado los presidentes que

debían tratar con una cámara polémica?

¿Y qué diablos —se preguntó y no por primera vez— estaba haciendo allí?

El proceso electoral había sido un infierno, a pesar de que Arnie lo había descrito en todo momento como un paseo. Nunca menos de cinco discursos diarios, generalmente hasta nueve en distintos lugares y ante un público igualmente diverso, pero siempre el mismo discurso, con la ayuda de fichas que llevaba en el bolsillo, modificado sólo en pequeños detalles por su ajetreado personal a bordo del avión presidencial, procurando no perder la pista del plan de vuelo. Lo asombroso fue que nunca cometieron ningún error que él lograra detectar. Para variar, el presidente alteraba el orden de las fichas. Pero la utilidad de dicha técnica desapareció al cabo de unos tres días.

Si efectivamente existía un infierno en la creación, una campaña electoral era lo más parecido. Ryan se oía a sí mismo repetir incesantemente las mismas cosas hasta que el cerebro empezaba a rebelarse y a sentir el anhelo de introducir al azar cambios absurdos, que podrían resultarle entretenidos, pero que ante el público darían la impresión de que estaba loco y eso era impensable, porque lo que se espera de un candidato presidencial es que sea un autómata perfecto y no un hombre falible.

También había tenido su lado positivo. Ryan se había sumergido en un mar de amor durante las diez semanas de la carrera de resistencia. Los vítores ensordecedores de la muchedumbre en un aparcamiento de las afueras de Xenia, Ohio, o en un centro comercial, o en el Madison Square Garden de la ciudad de Nueva York, o en Honolulu, o en Fargo, o en Los Angeles... era siempre lo mismo. Enormes concentraciones de ciudadanos comunes que negaban y celebraban simultáneamente el hecho de que John Patrick Ryan fuera uno de ellos... o algo por el estilo, aunque también había algo más. Desde su primer discurso formal en Indianápolis, poco después de su traumático ascenso a la presidencia, se había percatado del poderoso efecto narcótico de aquella clase de adulación y, evidentemente, su repetida exposición a la misma le provocaba un estado de excitación semejante al de las sustancias prohibidas. Eso comprendía un deseo de ser perfecto ante el público, enunciar debidamente las palabras, parecer sincero, como en realidad era, aunque habría sido más fácil repetirlo sólo un par de veces, en lugar de las trescientas once que fueron en total.

Los medios de comunicación formulaban en todas partes las mismas preguntas, escribían o grababan las mismas respuestas y publicaban las mismas noticias en toda la prensa local. En todas las ciudades, pequeñas y grandes, los editoriales alababan a Ryan y expresaban su preocupación porque aquellos comicios no eran realmente unas elecciones, salvo a nivel parlamentario, donde Ryan había revuelto la situación concediendo su beneplácito a los representantes de ambos partidos mayoritarios, con lo que conservaba su independencia y no se arriesgaba a ofender a nadie.

Evidentemente, el aprecio que la gente sentía por Ryan no era universal. Había quienes protestaban, quienes asomaban la cabeza en los debates vespertinos para aludir a su pasado profesional y criticar la dureza de sus actos, para poner fin a la plaga de ébola de origen terrorista, que había amenazado la nación en aquella época tan oscura. «Si, había resuelto aquel caso en particular, pero...». Y, especialmente, para criticar su política, que como Jack repetía en sus discursos, no era realmente ninguna política, sino simple sentido común.

Entretanto, Arnie era como un ángel caído del cielo, que seleccionaba con antelación una respuesta para cada objeción. Ryan es rico, decían algunos.

—Mi padre era agente de policía —respondía—. He ganado hasta el último centavo que poseo y, además —agregaba con una seductora sonrisa—, ahora mi esposa gana mucho más que yo.

Ryan no sabía nada de política.

—La política es uno de esos campos que todo el mundo sabe lo que es, pero nadie logra que funcione. Pues puede que yo no sepa lo que es, ¡pero voy a conseguir que funcione!

También se había ganado la simpatía del Tribunal Supremo.

—Tampoco soy abogado, lo siento —dijo en la conferencia anual del Colegio Norteamericano de Abogados—. Pero sé distinguir entre el bien y el mal, al igual que los jueces.

Entre el asesoramiento estratégico de Arnie y las respuestas preconcebidas de Callie Weston, había logrado parar todos los golpes importantes y contraatacar con respuestas suaves y ocurrentes de su propia cosecha, impregnadas de palabras contundentes, pronunciadas con la sosegada convicción de alguien a quien poco queda por demostrar. Fundamentalmente, con la debida preparación e interminables horas de práctica, había logrado convencer a la gente de que Jack Ryan era un hombre corriente.

Sorprendentemente, dio su paso político más importante sin ningún tipo de ayuda externa.

—Buenos días, Jack —dijo el vicepresidente, después de abrir la puerta sin previo aviso.

—Hola, Robby —sonrió Ryan.

Jack se percató de que todavía parecía un poco incómodo vestido de paisano. Algunas personas habían nacido para llevar uniforme y Robert Jefferson Jackson era uno de ellos, aunque en la solapa de todos sus trajes llevaba sus alas de oro de la armada en miniatura.

—Hay algunos problemas en Moscú —dijo Ryan, antes de explicárselo.

—Eso es un poco preocupante —comentó Robby.

—Dile a Ben que te facilite un informe completo. ¿Cómo se te presenta el día? —

preguntó el presidente.

—O de eme al cuadrado —que era su código personal para «otro día, la misma mierda»—. Tengo una reunión con el Consejo Espacial al otro lado de la calle, dentro de veinte minutos. Y esta noche debo volar a Mississippi, para hacer un discurso mañana en Ole Miss.

—¿Tomas el mando? —preguntó Ryan.

—Te lo aseguro, Jack, lo que tiene de bueno este maldito trabajo es que puedo volver a pilotar —respondió Jackson, que había insistido en que se lo catalogara como piloto del CV-20B, con el código «Fuerzas Aéreas Dos», en el que se desplazaba mayormente por el país en viajes oficiales, lo cual daba muy buena impresión en la prensa y constituía la mejor terapia posible para un piloto de caza que echaba de menos su propio avión, aunque probablemente debía de enojar a la tripulación de las fuerzas aéreas—. Aunque siempre sea a indeseables misiones de mierda —agregó, guiñándole un ojo.

—Ha sido la única forma de conseguirte un aumento de sueldo, Robby. Y también un bonito alojamiento —le recordó su amigo.

—Has olvidado la paga de piloto —respondió el contraalmirante de la reserva R. J. Jackson—. ¿Qué indica ese atentado respecto a la situación en Rusia?

—Nada bueno —dijo Jack, encogiéndose de hombros—. Parece que no son capaces de anticiparse a los acontecimientos.

—Eso parece —reconoció el vicepresidente—. El problema es ¿cómo diablos podemos ayudarlos?

—Todavía no lo sé —admitió Jack—. Y ya tenemos bastantes problemas económicos a la vista, con Asia que se desliza por la alcantarilla.

—Eso es algo que debo aprender; esa mierda de la economía —reconoció Robby.

—Pasa un poco de tiempo con George Winston —sugirió Ryan—. No es tan difícil, pero hay que aprender una nueva jerga: puntos base, derivados y cosas por el estilo. George está bastante bien informado.

—Tomo nota, caballero —asintió Jackson.

—¿Caballero? ¿Por qué diablos me llamas así, Rob?

—Sigues siendo la Autoridad Nacional Suprema, oh, gran señor —respondió Robby con una mueca, con un fuerte acento del bajo Mississippi—. Yo no soy más que el segundo de a bordo, lo que significa que hago todos los trabajos de mierda.

—Imagínate que estás en la escuela de oficiales, Rob, y dale gracias a Dios por la oportunidad de aprender de una forma fácil. En mi caso o fue así...

—Lo recuerdo, Jack. ¿Olvidas que estuve allí como subalterno de tercera? Y lo hiciste bien. ¿Por qué crees que permití que destrozaras mi carrera?

—¿Entonces no fue por la bonita casa y los coches caros? El vicepresidente movió la cabeza.

—Ni tampoco el incentivo económico. No podía decirle que no a mi presidente, aunque se tratara de un papanatas como tú. Hasta luego, amigo.

—Nos veremos a la hora del almuerzo, Robby —dijo Jack, cuando se cerraba la puerta.

—Señor presidente, el director Foley por la tres —se oyó por el interfono.

Jack levantó el teléfono de seguridad y pulsó el botón indicado.

—Buenos días, Ed.

—Hola, Jack, tenemos algo más sobre Moscú.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Ryan, para poder evaluar la información que estaba a punto de recibir.

—Comunicaciones interceptadas —respondió el director de la CIA, indicando que la información sería bastante fiable, ya que la gente no solía mentir por radio o por teléfono—. Parece que este caso para ellos es de alta prioridad y los agentes de la milicia hablan muy abiertamente por sus radios.

—Bien, ¿qué tienes?

—De momento parecen creer que Rasputín era el objetivo principal. Era bastante poderoso y ganaba un montón de dinero con sus... empleadas —respondió delicadamente Ed Foley—. Además, intentaba extenderse a otras áreas. Tal vez presionó excesivamente a alguien que no quería ser presionado.

—¿Tú crees? —preguntó Mike Reilly.

—Mikhail Ivan'ch, no sé qué creer. Al igual que tú, me han enseñado a no creer en las coincidencias —respondió el teniente Oleg Provalov, de la milicia de Moscú.

Estaban en un bar para extranjeros, lo cual resultaba bastante evidente, a juzgar por la calidad del vodka que servían.

Reilly no era precisamente nuevo en Moscú. Hacía catorce meses que estaba allí, antes de lo cual ejercía como subagente especial encargado de la oficina del FBI en Nueva York, aunque no relacionado con el contraespionaje internacional. Reilly era un experto en el crimen organizado que había dedicado quince años intensos a atacar las cinco familias mafiosas de Nueva York, más comúnmente conocidas en el FBI como LCN: La Cosa Nostra. Los rusos lo sabían, y había establecido buenas relaciones con la policía local, especialmente después de hacer que algunos de sus mandos superiores se trasladaran a Norteamérica, para participar en el programa de la academia nacional del FBI, que era esencialmente un doctorado para policías de alto rango, título muy apreciado en el sector político norteamericano.

—¿Se da alguna vez un atentado de estas características en Norteamérica?

Reilly movió la cabeza.

—No, es bastante fácil obtener armas comunes en mi país, pero no armas antitanque. Además, su utilización lo convierte inmediatamente en un caso federal y han aprendido a mantenerse alejados de nosotros, en la medida de lo posible. Los

listillos han utilizado coches bombas —reconoció—, pero sólo para asesinar a los ocupantes del vehículo. Un ataque como éste es demasiado espectacular para su gusto. Dime, ¿qué clase de individuo era Avseyenko?

Provalov refunfuñó, antes de escupir la respuesta:

—Era un proxeneta. Se aprovechaba de las mujeres, las obligaba a abrirse de piernas y se quedaba con su dinero. No lamentaré su muerte, Mishka. Pocos lo harán, aunque supongo que crea un vacío que alguien llenará en los próximos días.

—¿Pero crees que él era el objetivo y no Sergey Golovko?

—¿Golovko? Atentar contra él sería una locura. ¿El jefe de un organismo estatal tan importante? No creo que ninguno de nuestros delincuentes tenga tantas agallas.

Tal vez —pensó Reilly—, pero no se puede empezar una investigación importante con ninguna clase de suposiciones, Oleg Gregoriyevich. Lamentablemente, en realidad no podía decírselo. Eran amigos, pero Provalov, consciente de que el cuerpo de policía al que pertenecía no era comparable al FBI norteamericano, era muy susceptible. Lo había descubierto en Quantico. Ahora daba los pasos habituales, buscaba entre la maleza, sus investigadores hablaban con contactos conocidos de Avseyenko para comprobar si había mencionado a algún enemigo, discusiones o peleas de cualquier género, e interrogaban a los confidentes de los bajos fondos de Moscú para averiguar si alguien había oído algo sospechoso.

Los rusos necesitaban ayuda en los aspectos forenses, Reilly lo sabía. De momento no habían localizado siquiera el volquete. Claro que había millares de vehículos semejantes y el que se había utilizado para el atentado podía haber sido robado, sin que el propietario o el gerente fuera siquiera consciente de que había desaparecido. El lanzamiento se había efectuado en ángulo descendente —según testigos presenciales—, por lo que habrían quedado pocas huellas o ninguna del disparo en la caja del camión que permitieran identificarlo, y necesitaban hacerlo para recuperar pelos y fibras. Evidentemente, nadie había tomado nota del número de matrícula, ni había aparecido nadie que circulara con una cámara fotográfica en hora punta... de momento. A veces alguien aparecía uno o dos días después, y en las investigaciones importantes, uno se mantenía a la expectativa de nuevas oportunidades, que surgían generalmente cuando alguien no podía mantener la boca cerrada. Investigar a la gente que sabía cómo guardar silencio era una forma muy dura de ganarse la vida. Afortunadamente, la mente criminal no era tan circunspecta, salvo entre los más listos que, por lo que Reilly había descubierto, no escaseaban en Moscú.

Había dos clases de delincuentes listos. La primera la componían agentes del KGB despedidos en una serie de importantes reducciones de plantilla, conocidas entre los norteamericanos como rifes, pues en Norteamérica había sucedido algo parecido con las fuerzas armadas. Esos delincuentes potenciales eran aterradores.

Eran personas con una auténtica formación y experiencia profesional en operaciones clandestinas, que sabían cómo reclutar y explotar a los demás y actuar sin llamar la atención. Personas, según pensaba Reilly, que tenían las de ganar en su guerra contra el FBI, a pesar de los esfuerzos del servicio norteamericano de contraespionaje.

La segunda era una secuela del difunto sistema comunista. Sus componentes eran conocidos como *tolkach*, que significaba «activadores», y en el régimen económico anterior habían sido el lubricante que hacía funcionar la maquinaria. Eran los facilitadores, gracias a cuya relación con todo el mundo, los propósitos se convertían en realidad, parecidos en cierto modo a los guerrilleros en la jungla, que utilizan caminos desconocidos para trasladar mercancías de un lugar a otro. Con la caída del comunismo, su habilidad se había convertido en algo auténticamente lucrativo porque, a decir verdad, prácticamente nadie comprendía todavía el capitalismo, y ahora la habilidad para convertir los proyectos en realidad era más valiosa que nunca, además de estar mucho mejor pagada. El talento, como siempre, acudía donde estaba el dinero y en un país que todavía aprendía lo que significaba un estado de derecho, era normal que personas con dicha habilidad quebrantaran las leyes vigentes, en primer lugar al servicio de quienes los necesitaran y, luego, casi inmediatamente, en beneficio propio. Los ex *tolkach* eran las personas más ricas del país. Con la riqueza habían adquirido poder. Con el poder había llegado la corrupción, y con la corrupción el crimen, hasta el punto de que el FBI era casi tan activo en Moscú como la CIA. Y con razón.

La unión de los ex agentes del KGB y los ex *tolkach* estaba creando el imperio criminal más poderoso y altamente perfeccionado de la historia de la humanidad.

Por consiguiente, a Reilly no le quedaba más remedio que reconocer que ese tal Rasputín, cuyo nombre significaba literalmente «libertino», podía perfectamente haber formado parte de dicho imperio, y era posible que su muerte estuviera relacionada con el mismo. O podía tratarse de algo completamente diferente. Iba a ser una investigación muy interesante.

—Bien, Oleg Gregoriyevich, si necesitas ayuda, haré cuanto esté en mi mano para ofrecértela —prometió el agente del FBI.

—Gracias, Mishka.

Y se separaron, cada uno pensando en lo suyo.

I. ECOS DE LA EXPLOSIÓN

—¿Quiénes eran entonces sus enemigos? —preguntó el teniente coronel Shablikov.

—Gregoriy Filipovich tenía muchos. Hablaba sin tapujos, había ofendido a demasiadas personas y...

—¿Qué más? —preguntó Shablikov—. ¡No hicieron saltar su coche en pedazos por herir la susceptibilidad de algún delincuente!

—Empezaba a pensar en la importación de narcóticos —respondió el confidente.

—¡Caramba! Cuéntame más.

—Grisha había tenido contacto con colombianos. Se reunió con ellos en Suiza hace tres meses y planeaba que le mandaran cocaína por el puerto de Odessa. Oí rumores de que organizaba una línea de transporte, para trasladar la droga a Moscú.

—¿Y cómo pensaba pagarla? —preguntó el coronel de la milicia, puesto que la moneda rusa, a fin de cuentas, carecía esencialmente de valor.

—En moneda extranjera. Grisha ingresaba grandes cantidades de sus clientes extranjeros y de algunos de sus clientes rusos. Sabía cómo hacerlos felices a cambio de unos billetes.

Rasputín, pensó el coronel. Qué duda cabe de que era un libertino. Vendía los cuerpos de niñas rusas, Shablikov sabía que también de algunos niños, a cambio de suficiente dinero para comprarse un gran coche alemán (pagado al contado, por lo que habían averiguado ya sus investigadores) y ahora se disponía a importar drogas. Eso tenía que pagarse en dinero contante y sonante, como decían los norteamericanos, lo cual significaba que se proponía venderlas también a cambio de moneda extranjera, ya que con toda probabilidad los colombianos tenían muy poco interés por los rublos. La muerte de Avseyenko no suponía ninguna grave pérdida para su país. Quien lo hubiera eliminado merecía un premio... Sin embargo, pronto aparecería alguien nuevo para llenar el vacío y tomar el control de la organización de proxenetas... y ese alguien podría ser más astuto que Avseyenko. Ese era el problema con los delincuentes. La policía atrapaba a algunos, a veces a muchos, pero sólo a los más torpes, mientras que los listos eran cada vez más astutos y parecía que la policía iba siempre unos pasos por detrás de ellos, porque los que quebrantaban la ley tomaban siempre la iniciativa.

—Bien, ¿quién más importa drogas?

—No lo sé. Evidentemente circulan rumores y conozco a algunos de los vendedores callejeros, pero no sé quién lo organiza.

—Averígualo —ordenó fríamente Shablikov—. No debería ser muy difícil para ti.

—Haré lo que pueda —prometió el confidente.

—Y lo harás rápidamente, Pavel Petrovich. También quiero que averigües quién

se apodera del imperio de Rasputín.

—Sí, camarada Polkovnik —respondió, inclinando la cabeza, como era habitual.

Un policía de alto rango tenía poder, pensó Shablikov; un auténtico poder que podía ejercer sobre los demás y convertirlo en un placer. En este caso le había ordenado a un delincuente lo que debía hacer, y lo haría, ya que de lo contrario lo detendrían e interrumpirían su fuente de ingresos. La otra cara de la moneda era una cierta protección. Mientras el delincuente en cuestión no se alejara demasiado de lo que para el policía decano eran violaciones aceptables de la ley, se le permitiría actuar con impunidad. Era lo mismo en casi todo el mundo, de ello estaba seguro el teniente coronel Yefim Konstantinovich Shablikov, de la milicia de Moscú. ¿De qué otro modo podía obtener la policía la información que precisaba, acerca de los que se excedían? Ninguna organización policial del mundo disponía de tiempo para investigarlo todo y, por consiguiente, utilizar a unos delincuentes para espiar a otros era el método más fácil y menos caro de obtener información.

Lo importante era no olvidar que los confidentes eran delincuentes y, por consiguiente, uno no podía fiarse de ellos; eran demasiado dados a la mentira, a la exageración y a inventar lo que creían que sus amos querían oír. Por tanto, Shablikov debía andarse con cuidado antes de creer lo que aquel delincuente le contara.

Por su parte, Pavel Petrovich Klusov tenía sus propias dudas, en su trato con ese coronel corrupto de la policía. Shablikov no era un ex agente del KGB, sino un policía salido de la academia y, por consiguiente, no tan astuto como él se consideraba a sí mismo, pero más acostumbrado a los sobornos y a los tratos informales con aquellos a quienes perseguía. Probablemente, así era como había conseguido acceder a su cargo. Sabía cómo obtener información haciendo tratos con personas como él, pensó Klusov. El confidente se preguntó si en algún lugar tendría una cuenta en divisas. Sería interesante averiguar dónde vivía y qué clase de coche conducían él o su esposa. Pero haría lo que le habían ordenado, porque sus propias actividades «comerciales» florecían bajo la protección de Shablikov, y más tarde, por la noche, saldría a tomar una copa con Irma Aganovna, tal vez luego se acostaría con ella y de paso averiguaría lo afligidas que estaban sus «ex empleadas» por la muerte de Avseyenko.

—Sí, camarada Polkovnik —respondió Klusov—. Se hará como usted dice. Procuraré volver a verlo mañana.

—No lo procures. Hazlo, Pasha —ordenó Shablikov, como un maestro de escuela que le pide los deberes a un alumno retrasado.

—Ya está en camino —dijo Zhang a su primer ministro.

—Espero que en esta ocasión funcione mejor que en las dos anteriores —respondió escuetamente el primer ministro.

Los riesgos de esta operación eran incomparablemente mayores. En los dos casos anteriores, con el intento de Japón para alterar radicalmente la ecuación de los países de la costa del Pacífico y el esfuerzo de Irán para crear una nueva nación a partir de las cenizas de la Unión Soviética, la República Popular no había hecho nada, salvo... alentar entre bastidores. Sin embargo, esta empresa era diferente. Después de todo, ¿podía alguien esperar realmente que algo grande fuera barato?

—He... hemos tenido mala suerte.

—Tal vez —asintió levemente, mientras movía papeles sobre su escritorio.

Zhang Han San sintió un ligero escalofrío. El primer ministro de la República Popular era conocido por su imparcialidad, pero siempre había sentido cierto afecto por su ministro sin cartera. Zhang era una de las pocas personas a cuyos consejos, el primer ministro solía prestar atención. Como efectivamente lo haría hoy, aunque sin sentimiento alguno por parte del mandatario.

—No hemos arriesgado nada, ni perdido nada tampoco —prosiguió Zhang.

El primer ministro no levantó la cabeza.

—Salvo que ahora hay un embajador norteamericano en Taipei.

Y ahora se hablaba de un pacto de defensa mutua, cuyo único propósito era el de situar la armada norteamericana entre los dos países, con visitas regulares a sus puertos, e incluso tal vez una base permanente —construida, sin lugar a dudas, enteramente con dinero taiwanés—, cuyo único propósito, como dirían inocentemente los norteamericanos, sería el de reemplazar la de la bahía de Subic, en Filipinas. La economía de Taiwan había crecido exponencialmente desde su pleno reconocimiento diplomático por parte de Estados Unidos, con un influjo masivo de capital de inversión de todos los confines del mundo. Gran parte de dicho dinero podía y debería haber sido aportado por la República Popular China, si no hubiera sido por el cambio de actitud de Norteamérica.

Pero el presidente norteamericano Ryan había tomado dicha decisión por cuenta propia, o así lo afirmaban los servicios secretos, en contradicción con los consejos políticos y diplomáticos en Washington, aunque al parecer, el secretario de estado norteamericano, ese tal Adler, había apoyado la absurda decisión de Ryan.

La temperatura de la sangre de Zhang descendió otro grado. Sus dos planes habían surtido prácticamente el efecto previsto. En ambos casos, su país no había arriesgado nada importante; bueno, salvo en la última ocasión, cuando habían perdido un avión de caza, pero en todo caso, esos aparatos y sus pilotos solían estrellarse generalmente en vano. Especialmente en el caso de Taiwan, la República Popular había actuado de un modo responsable, permitiendo que el secretario Adler se desplazara varias veces entre Pekín y su díscola provincia por el estrecho de Formosa, como si le otorgara legitimidad, lo cual, evidentemente, no se proponía la República Popular China, sino en realidad para facilitar la tarea del norteamericano

en su labor pacificadora y parecer más razonables ante los norteamericanos... Así pues, ¿por qué lo había hecho Ryan? ¿Había adivinado el juego de Zhang? Era posible, pero lo más probable era que hubiera habido una filtración, un confidente, un espía cerca de la cúspide del poder político de la República Popular. Los servicios de contraespionaje examinaban dicha posibilidad. Pocos eran los que sabían lo que salía de su mente y de su despacho, y todos ellos serían interrogados, al tiempo que los técnicos examinaban sus líneas telefónicas e incluso las paredes de su despacho. ¿Se había equivocado Zhang? ¡En absoluto! Aunque su primer ministro lo creyera... Acto seguido, Zhang consideró su posición respecto al Politburó. Podía haber sido mejor. Para muchos era un aventurero, con demasiado acceso al oído equivocado. Era fácil rumorear, porque estarían casi tan encantados de alejarse de él si su política fracasaba, como de aprovecharse de sus beneficios si triunfaba. Esos eran los gajes de haber alcanzado la cumbre donde se elaboraba la política, en un país como el suyo.

—Aunque nos propusiéramos aplastar Taiwan, a no ser que optáramos por utilizar armas nucleares, necesitaríamos años y enormes cantidades de dinero hasta disponer de los medios necesarios, e incluso entonces correríamos un grave riesgo para obtener a cambio un pequeño beneficio. Es preferible que la República Popular experimente un crecimiento económico con tanto éxito, que sean ellos quienes supliquen que se los admita de nuevo en el seno de la familia. Después de todo, no son enemigos poderosos. Apenas son siquiera una pequeña molestia en el escenario mundial.

Pero por alguna razón, Zhang se recordó a sí mismo que eran una molestia especial para su primer ministro, como una especie de alergia personal que producía úlceras y escozor en su sensible piel.

—Hemos perdido prestigio, Zhang. Eso basta de momento.

—El prestigio no es sangre, Xu, ni dinero.

—Ellos tienen mucho dinero —señaló el primer ministro, todavía sin mirar a su interlocutor.

Y era cierto. La pequeña isla de Taiwan era inmensamente rica, debido al diligente empeño de sus habitantes, predominantemente de origen chino, que hacían comercio con casi todo en casi todas partes. Y con la recuperación del reconocimiento diplomático norteamericano habían aumentado, tanto su prosperidad comercial como su prestigio en la escena mundial. Eso era algo que Zhang no podía cambiar, por mucho que lo deseara y lo intentara.

¿Qué había fallado?, se preguntó de nuevo a sí mismo. ¿No eran sus intentos brillantemente sutiles? ¿Había amenazado su país alguna vez abiertamente a Siberia? No. ¿Conocían incluso los planes los dirigentes del Ejército Popular de Liberación? Bueno, sí, tuvo que reconocer que algunos los conocían, pero sólo las personas de mayor confianza en el directorio de operaciones y un puñado de comandantes: los que deberían ejecutar los planes si algún día llegaba el momento. Pero esas personas

sabían cómo guardar secretos y si hablaban con alguien... pero no lo harían, porque sabían lo que les ocurría a personas que hablaban de lo que no debían en una sociedad como la suya y sabían también que hasta las paredes oyen a su nivel de «confianza». Ni siquiera habían comentado con nadie los planes tácticos, se habían limitado a efectuar los ajustes habituales en la organización técnica, como siempre suelen hacer los mandos del ejército. Tal vez algunos funcionarios habían tenido la posibilidad de examinar los planes, pero eso era también sumamente improbable. La seguridad era excelente en el Ejército Popular de Liberación. Los militares, desde los soldados rasos hasta los generales, gozaban de tan poca libertad como una máquina atornillada al suelo de una fábrica, y cuando llegaban a altos cargos, prácticamente habían olvidado pensar como seres independientes, salvo quizás en algunos aspectos técnicos, como la clase de puente que se debía construir sobre un determinado río. No, para Zhang podían haber sido perfectamente máquinas y eran igualmente fiables.

Pero volviendo a la pregunta original: ¿por qué había establecido de nuevo relaciones con la República de China ese tal Ryan? ¿Había adivinado algo sobre las iniciativas de Japón e Irán? El incidente del avión de pasajeros ciertamente había parecido un accidente, y acto seguido, la República Popular China había invitado a la armada norteamericana a visitar la zona y «conservar la paz», como si la paz pudiera meterse en una caja metálica y protegerla. En realidad, era todo lo contrario. La guerra era el animal que se mantenía enjaulado y se soltaba en el momento conveniente.

¿Había adivinado Ryan las intenciones de la República Popular China de descuartizar la antigua Unión Soviética y había decidido castigar a la República Popular con su reconocimiento de los renegados en Taiwan? Era posible. Había quienes consideraban a Ryan inusualmente perceptivo para tratarse de un político norteamericano... después de todo, era un ex agente de los servicios secretos y probablemente había sido bueno, se recordó Zhang a sí mismo. Era un grave error subestimar al adversario, como habían descubierto los japoneses y los iraníes a costa de su propio sufrimiento. Ese tal Ryan había respondido hábilmente a ambos planes de Zhang, sin el menor indicio de displicencia hacia la República Popular China. No se habían realizado maniobras militares norteamericanas dirigidas siquiera indirectamente a la República Popular, no había habido filtración alguna en la prensa norteamericana, ni nada que sus propios agentes secretos en la embajada de Washington hubieran descubierto. Eso lo llevaba de nuevo a su pregunta inicial: ¿por qué había tomado Ryan esa iniciativa? Desconocía la respuesta. Y el desconocimiento era una enorme molestia para alguien a su nivel gubernamental. Su primer ministro podría formularle pronto una pregunta, para la cual precisaría dicha respuesta. Pero de momento el jefe de su gobierno se limitaba a hojear los papeles de su escritorio, como para expresarle su displicencia, aunque por ahora no hiciera nada respecto a sus

sentimientos.

A diez metros de distancia, al otro lado de una sólida puerta de madera maciza, Lian Ming tenía sus propios sentimientos. La silla de oficina en la que estaba sentada era cara, importada de Japón, y su precio equivalía al sueldo de un obrero especializado de... ¿cuatro, cinco meses? Ciertamente superior al de una bicicleta nueva, que le habría venido muy bien.

Estaba licenciada en idiomas modernos, por lo que hablaba francés e inglés suficientemente bien para hacerse comprender en cualquier ciudad del mundo y, por consiguiente, por sus manos pasaban toda clase de documentos secretos y diplomáticos de su jefe, cuyos conocimientos lingüísticos eran considerablemente inferiores a los suyos. La cómoda silla era un regalo de agradecimiento de su jefe, por la forma de organizar su trabajo y su agenda. Y quizás algo más.

II. LA DIOSA MUERTA

Allí era donde había sucedido todo, se dijo Chester Nomuri. La vasta extensión de la plaza de Tiananmen, la «plaza de la paz celestial», con sus enormes murallas a la derecha, era como... ¿como qué? Al pensar en ello se percató de que no tenía con qué compararla. Si había otro lugar como aquél en el mundo, nunca lo había visto ni tampoco había oído hablar de él.

Sin embargo, allí incluso las losas del suelo parecían estar empapadas de sangre. Prácticamente podía olerla, aunque habían transcurrido más de diez años desde que una gran cantidad de estudiantes, no mucho más jóvenes que él en aquella época, en California, se habían concentrado allí para protestar contra su gobierno. La protesta no iba particularmente dirigida a la forma de gobierno de su país, sino a la corrupción en sus más altos niveles y, como era previsible, resultó enormemente ofensiva a los corruptos. Así era como solía suceder. Sólo con discreción, uno puede señalarle su propia naturaleza a un poderoso, oriental u occidental, pero entre todos, ése era el lugar más peligroso, debido a su larga trayectoria de brutalidad. Allí existía la expectativa de que sucediera... sin embargo, la primera vez que lo intentaron, los soldados que recibieron la orden de despejar la plaza se negaron a obedecerla. Y eso debió de asustar a los líderes apoltronados en sus cómodos despachos, porque cuando los órganos estatales se niegan a obedecer las órdenes del Estado, eso indica que algo llamado «revolución» ha empezado (y precisamente en el lugar donde había habido ya una revolución, consagrada en aquel mismo lugar). Entonces optaron por retirar las tropas originales y sustituirlas por otras, de jóvenes soldados reclutados lejos de allí (todos los soldados eran jóvenes, recordó Nomuri). Todavía no se habían contagiado por las palabras y los pensamientos de sus contemporáneos que se manifestaban en la plaza, todavía no simpatizaban con ellos, todavía no se habían preguntado por qué el gobierno que suministraba sus armas y sus uniformes quería lastimar a esas personas, en lugar de escuchar lo que tenían que decir... y, por consiguiente, actuaron como los autómatas sin inteligencia en que su entrenamiento los había convertido.

Allí, sólo a unos metros de distancia, desfilaban unos soldados del Ejército Popular de Liberación, con ese aspecto de muñeca de cera que suelen tener, aparentemente inhumanos en sus uniformes de lana verde, casi como si usaran maquillaje, pensó Chet, con el deseo de acercarse para comprobar si era cierto. Movi6 la cabeza y dejó de mirarlos. No había llegado a China en un avión de la JAL para eso. Le había costado ya lo suyo convencer a la Nippon Electric Company para que autorizara su viaje. Era bastante difícil tener dos empleos, uno como contable ejecutivo de nivel medio en NEC y otro como agente de campo de la CIA. Para triunfar en el segundo debía triunfar también en el primero, y para triunfar en el

primero debía simular que era un auténtico asalariado japonés, de los que lo sacrifican todo por el bien de la empresa. Por lo menos, lograba conservar los dos salarios y, a decir verdad, el japonés no estaba nada mal, sobre todo al cambio actual.

Nomuri suponía que su misión era indicio de una gran confianza en sus habilidades, después de haber fundado en Japón una red de agentes moderadamente productiva que suministraba información a otros agentes de la CIA; pero también fruto de la desesperación. La agencia había tenido poco éxito a la hora de establecer una red de espías en la RPC. Langley no había reclutado a muchos chinos norteamericanos... y uno de los pocos que había incorporado a sus filas estaba ahora en una cárcel federal, después de sufrir una grave crisis de lealtades ambivalentes. Era un secreto a voces que a ciertos organismos federales se les permitía ser racistas, y actualmente en la central de la CIA se consideraba altamente sospechosas a las personas de ascendencia china. En todo caso, Nomuri sabía que no podía hacer nada al respecto, ni hacerse pasar por chino. Para algunos europeos, todas las personas con los ojos rasgados eran iguales, pero aquí en Pekín, Nomuri, cuya ascendencia era cien por cien japonesa (aunque enteramente de la variedad del sur de California), comprendía que llamaba tanto la atención como lo habría hecho Michael Jordan. No era una situación en la que un agente secreto sin apoyo diplomático pudiera sentirse cómodo, especialmente con lo activo y bien organizado que estaba el Ministerio chino de Seguridad Estatal. El MSE era tan poderoso en esa ciudad como el KGB soviético en Moscú, y con toda probabilidad, igualmente despiadado. Nomuri se recordó a sí mismo que China se había dedicado a torturar criminales y otros indeseables a lo largo de los siglos... y su identidad étnica no iba a suponerle ninguna ventaja. Los chinos hacían negocios con los japoneses porque era conveniente, o necesario, para ser exactos, pero no existía ningún tipo de afecto entre ambos países. Japón había aniquilado muchos más chinos durante la segunda guerra mundial que Hitler judíos, hecho poco apreciado en cualquier lugar del mundo, salvo naturalmente en China, y esto sólo había servido para incrementar una antipatía racial y étnica que se remontaba, por lo menos, a Kublai Khan.

Nomuri estaba acostumbrado a adaptarse. En un principio había ingresado en la CIA para servir a su país y para divertirse un poco. Luego descubrió la enorme seriedad de ser agente secreto de campo, junto al reto de infiltrarse donde se suponía que no debía estar, obtener información que se suponía que no debía poseer y facilitársela a personas que se suponía que no debían conocerla. No era sólo servir a su país lo que impulsaba a Nomuri a seguir adelante. Estaba también la emoción, el placer de saber que los demás no lo sabían, de vencer a los demás en su propio juego, en su propio campo.

Pero si en Japón pasaba desapercibido, aquí en Pekín, no. Además, era unos cuantos centímetros más alto que la mayoría de los chinos, debido a la alimentación

recibida durante su infancia y al mobiliario norteamericano, e iba vestido con ropa occidental. Lo de la ropa tenía solución, pero no sus facciones. De entrada tendría que cambiar su corte de pelo, pensó Chet. Por lo menos, de ese modo podría pasar inadvertido de espaldas y tal vez desprenderse del sabueso del MSE que lo seguía a sol y a sombra. Disponía de un coche, pagado por NEC, pero conseguiría también una bicicleta; de marca china, en lugar de una de las caras europeas. Si alguien se lo preguntaba, respondería que era una buena forma de hacer ejercicio y, además, eran unas excelentes bicicletas socialistas. Pero alguien le formularía esas preguntas y tomarían nota de su presencia allí, mientras que cuando dirigía a sus agentes en Japón, Nomuri se percató de que lo hacía de un modo tranquilo y relajado. Sabía que podía refugiarse en un lugar tan íntimo como una sala de baños y allí hablar de mujeres, deportes, y otras muchas cosas, pero raramente de negocios. En Japón, todos los negocios, a un nivel u otro, eran secretos y un asalariado japonés no comentaba lo que sucedía en su empresa hasta que era del dominio público, ni siquiera con sus amigos más íntimos, entre los que hablaban incluso de los defectos de sus esposas. Y eso, evidentemente, facilitaba la seguridad de sus operaciones.

Mientras miraba a su alrededor como cualquier otro turista, se preguntó cómo haría aquí las cosas. Pero, sobre todo, se percató de las miradas de la gente cuando paseaba de un lado a otro de la inmensa plaza. ¿Cómo sonaron las voces de esas personas cuando llegaron los tanques? Se paró un momento a recordar... sí, había sido exactamente allí... donde un individuo con un maletín y una bolsa de la compra había detenido una compañía de tanques, simplemente quedándose de pie... porque el soldado que conducía el tanque PRC 80 no tuvo agallas para atropellarlo, a pesar de las órdenes que su capitán pudiera vociferar por los altavoces desde su puesto en la torreta. Efectivamente, era allí donde había ocurrido. Más tarde, cuando había transcurrido aproximadamente una semana, el individuo del maletín había sido detenido por el MSE, según fuentes de la CIA, e interrogado para averiguar por qué había adoptado una actitud política tan pública y tan descabellada, contra el gobierno y contra las fuerzas armadas de su país. Eso duró probablemente algún tiempo, pensó el agente de la CIA, mirando a su alrededor desde el lugar donde había actuado aquel valiente... porque los interrogadores del MSE no habrían creído que actuara por cuenta propia... la idea de actuar por cuenta propia no era recomendable en un régimen comunista y, por consiguiente, era un concepto completamente ajeno para los encargados de imponer la voluntad del Estado a quienes quebrantaban las normas estatales. Quienquiera que fuese el individuo del maletín, ahora estaba muerto; las fuentes no tenían la menor duda de eso. Un funcionario del MSE lo había comentado con satisfacción más tarde, delante de alguien que secretamente estaba vinculado a Norteamérica. Había recibido un tiro en la nuca y su familia, esposa e hijo menor, según dicha fuente, tuvo que pagar la bala utilizada para ejecutar al marido, padre,

contrarrevolucionario y enemigo del Estado en cuestión. Así era la justicia en la República Popular China.

¿Y cómo llamaban aquí a los extranjeros? Bárbaros. Sí, pensó Nomuri, eso era, wilbur. El mito del centralismo estaba tan vivo aquí como lo había estado en el Ku-Damm del Berlín de Adolf Hitler. El racismo era igual en el mundo entero. ¡Qué tontería! Esa era una lección que su país había dado al mundo, pensó Chester Nomuri, a pesar de que la propia Norteamérica no lo había asimilado todavía.

Era una puta y muy cara, pensó Mike Reilly, sentado tras el cristal. Le habían teñido el pelo rubio en alguna peluquería cara de Moscú y necesitaba otro tratamiento, porque se le empezaban a ver las raíces oscuras, pero hacía juego con sus pómulos y con sus ojos, de un tono azul que nunca había visto en una mujer. Pensó que eso, el color, era probablemente el gancho que hacía repetir a sus clientes, pero no su expresión. Su cuerpo, que podía haber sido esculpido por Fidias de Atenas, parecía el de una diosa destinada a ser adorada en público, con unas generosas curvas y unas piernas demasiado delgadas para el gusto ruso, pero que habrían tenido mucho éxito en la esquina de Hollywood y Vine, si ése fuera todavía un barrio elegante donde ser visto...

Pero la expresión de sus ojos podía haber parado el corazón de un corredor de fondo. ¿Qué tenía la prostitución, que producía ese efecto en las mujeres? Reilly movió la cabeza. No se había ocupado demasiadas veces de esa clase de delitos, que estaban reservados principalmente a la policía local, y suponía que no lo suficiente para comprender a quienes la ejercían. La mirada de sus ojos era aterradora. Se suponía que sólo los hombres eran depredadores, así lo creían él y la mayoría de los hombres. Pero esa mujer demostraba la falsedad de dicho concepto.

Se llamaba Tanya Bogdanova. Dijo que tenía veintitrés años. Su cara era la de un ángel, y su cuerpo el de una estrella de cine. Eran su corazón y su alma de lo que el agente del FBI no estaba seguro. Puede que sus circuitos fueran diferentes de los de la gente corriente, como al parecer ocurre con muchos delincuentes profesionales. Tal vez de joven había sido objeto de algún tipo de abuso sexual. Pero incluso a los veintitrés, a juzgar por su forma de mirar fijamente a su interrogador, su juventud era algo muy lejano. Reilly examinó su ficha del cuartel general de la milicia. Contenía una sola fotografía, una instantánea en blanco y negro con un «Pepe», bueno, probablemente con un «Iván», pensó Reilly con una mueca, y en la foto su rostro parecía animado, juvenil y tan seductor como lo había sido para Bogie el de la joven Ingrid Bergman en Casablanca. Tanya sabía actuar, pensó Reilly. Si la que tenía ahora delante era la auténtica Tanya, y probablemente lo era, la de la fotografía era una creación, un personaje en escena, una ilusión, indudablemente maravillosa, aunque potencialmente muy peligrosa para quien se tragara la mentira. La chica sentada al otro lado del espejo unidireccional sería capaz de arrancarle a un hombre los ojos con

la lima de las uñas y comérselos crudos, antes de acudir a su próxima cita en el nuevo hotel de las Cuatro Estaciones y Centro de Convenciones de Moscú.

—¿Quiénes eran sus enemigos, Tanya? —preguntó el agente de la milicia en la sala de interrogatorios.

—¿Quiénes eran sus amigos? —preguntó con hastío Tanya, a modo de respuesta—. No tenía ninguno. Enemigos, muchos.

Su lenguaje era culto, casi refinado. Se suponía que hablaba también un inglés excelente. Indudablemente lo necesitaba para sus clientes... era probable que le permitiera ganar unos dólares, marcos, libras o euros adicionales, divisas por las que ofrecería un descuento, cuando se lo proponía con una coqueta sonrisa a su cliente extranjero. ¿Antes o después?, se preguntó Reilly, que nunca había pagado por una mujer, pero al ver a Tanya comprendió que algunos hombres lo hicieran...

—¿Cuánto cobra? —le preguntó a Provalov en un susurro.

—Más de lo que yo puedo permitirme —refunfuñó el teniente de detectives—. Alrededor de seiscientos euros, puede que más, por toda la noche. Por asombroso que parezca, está sanitariamente limpia. Lleva una colección considerable de preservativos en el bolso: americanos, franceses y japoneses.

—¿Cuál es su historial? ¿Bailarina o algo por el estilo? —preguntó el agente del FBI, pensando especialmente en su elegancia.

Provalov refunfuñó burlonamente.

—No, tiene las tetas demasiado grandes para eso y también es demasiado alta. Imagino que debe de pesar aproximadamente unos cincuenta y cinco kilos. Demasiado para que esos pequeños maricas del Bolchoy la levanten por los aires. Podría convertirse en modelo en nuestro creciente sector de la moda, pero no, para responder a tu pregunta, su historial es bastante común. Su padre, fallecido, era obrero en una fábrica, y su madre, también fallecida, trabajaba en unos almacenes. Ambos murieron por causas relacionadas con el abuso del alcohol. Nuestra Tanya bebe sólo con moderación. Educación estatal, sin distinciones. Nuestra Tanya, que no tiene hermanos, está sola en el mundo desde hace bastante tiempo. Ha trabajado casi cuatro años para Rasputín. Dudo que la Escuela de Gorriones produjera jamás una puta tan pulida como ésta. El propio Gregoriy Filipovich la usó muchas veces, no sé si para acostarse con ella o sólo como acompañante en público. En cualquier caso, es muy decorativa, ¿no te parece? Pero cualquier afecto que pudiera haber sentido por ella, como puedes comprobar, no es recíproco.

—¿Algún allegado?

—Ninguno, que nosotros sepamos —respondió Provalov, moviendo la cabeza—, ni siquiera ninguna amiga íntima.

Reilly vio que la entrevista era puro camelo, como pescar en un criadero de peces. Era uno de los veintisiete interrogatorios llevados a cabo hasta el momento

relacionados con la muerte de G. F. Avseyenko, en los que todo el mundo parecía olvidar que había otros dos seres humanos en el coche, aunque probablemente ninguno de ellos fuera el objetivo. La situación no mejoraba. Lo que realmente necesitaban era el camión, alguna prueba material. Al igual que la mayoría de los agentes del FBI, Reilly creía en lo tangible, algo que se pudiera tocar con la mano para mostrárselo luego al juez o al jurado y explicarles que aquello era una prueba de que se había cometido un crimen y demostraba quién lo había perpetrado. Los testigos presenciales, por otra parte, a menudo mentían, y en el mejor de los casos, los abogados de la defensa los confundían con facilidad, razón por la cual, tanto la policía como los jurados raramente confiaban en ellos. En el camión podría haber residuos de la explosión, tal vez huellas dactilares en el papel engrasado que utilizaban los rusos para envolver las armas, o cualquier otra cosa. Lo ideal sería la colilla de un cigarrillo del conductor o el francotirador, ya que el FBI podía comparar el ADN de la saliva residual con el de cualquier persona, lo cual constituía una de las mejores nuevas armas de las que disponían (seiscientos millones de posibilidades contra una era algo difícil de discutir, incluso para los abogados defensores mejor pagados). Uno de los proyectos predilectos de Reilly consistía en importar la tecnología del ADN para la policía rusa, pero para ello los rusos habrían tenido que depositar por adelantado el coste del material del laboratorio, y eso era problemático, porque no parecían disponer de dinero para nada importante. Lo único de lo que disponían ahora eran los restos del proyectil, y era asombroso lo mucho que había sobrevivido al lanzamiento y la detonación, cuyo número de serie estaba siendo investigado, aunque era dudoso que dicha información condujera a ninguna parte. Pero se investigaba todo porque uno nunca sabía lo que era valioso y lo que no lo era hasta llegar a la meta, que era generalmente cuando se comparecía ante el juez y el jurado. Las cosas eran un poco distintas en Rusia, con respecto al procedimiento, pero algo que intentaba inculcarles a todos los policías rusos a los que asesoraba era que el objetivo de toda investigación era una condena. La mayoría lo aprendían lentamente y unos pocos con rapidez, así como que el hecho de que torturar a los sospechosos durante el interrogatorio no era una técnica eficaz. En Rusia tenían una constitución, pero el respeto público por la misma todavía tenía que crecer y tardaría tiempo en hacerlo. La idea de regirse por la ley en ese país era algo muy remoto.

El problema, pensó Reilly, consistía en que ni él ni nadie sabía de cuánto tiempo disponían los rusos para ponerse al día con respecto al resto del mundo. Allí había muchas cosas admirables, especialmente en lo relacionado con el arte. Debido a su condición diplomática, Reilly y su esposa solían recibir invitaciones a conciertos — que a él le gustaban— y al ballet —que le encantaba a ella—, y en eso eran todavía los mejores del mundo... pero en todo lo demás habían estado siempre rezagados. Algunos funcionarios de la embajada, viejos agentes de la CIA que estaban allí desde

antes de la caída de la URSS, afirmaban que las mejoras eran increíbles. Si eso era cierto, pensó Reilly, lo anterior debía de haber sido realmente penoso, aunque el Bolchoy probablemente era el Bolchoy incluso entonces.

—¿Eso es todo? —preguntó Tanya Bogdanova en la sala de interrogatorios.

—Sí, gracias por haber venido. Puede que volvamos a llamarte.

—Llamadme a este número —dijo Tanya, al tiempo que le entregaba una tarjeta de visita—. Es el de mi móvil.

En Moscú, tener un teléfono móvil era un lujo occidental, reservado para quienes disponían de divisa extranjera, que evidentemente era el caso de Tanya.

El interrogador era un joven sargento de la milicia. Se puso educadamente de pie y le abrió la puerta a Bogdanova, dispensándole la cortesía que ella había llegado a esperar de los hombres. En el caso de los occidentales, era por sus atributos físicos. En el de sus paisanos, era su atuendo lo que les indicaba el nivel que había alcanzado. Reilly observó sus ojos cuando salía de la sala. Su expresión era como la de una niña que temía que descubrieran alguna travesura, pero no lo habían hecho. «Qué estúpido es mi padre», decía aquella clase de sonrisa, que no encajaba en su rostro angelical, pero ahí estaba, al otro lado del espejo.

—Oleg.

—Dime, Misha —respondió Provalov.

—Está sucia. Participa en el juego —dijo Reilly en inglés, consciente de que Provalov estaba familiarizado con la jerga de los policías norteamericanos.

—Estoy de acuerdo, Misha, pero no puedo acusarla de nada para retenerla.

—Supongo que no. Pero puede que sea interesante no perderla de vista.

—Si pudiera, no sería sólo la vista lo que no le quitaría de encima, Mikhail Ivan'ch.

—Si, no me sorprende —sonrió Reilly.

—Pero tiene un corazón de hielo.

—Es cierto —reconoció el agente del FBI.

Y el juego en el que participaba era peligroso, en el mejor de los casos, y letal en el peor.

—¿Entonces qué tenemos? —preguntó Ed Foley al cabo de unas horas, al otro lado del río de Washington.

—De momento, gornischt —respondió Mary Pat, a la pregunta de su marido.

—Jack quiere que nos demos prisa con este caso.

—Bueno, dile al presidente que hacemos lo que podemos y que lo único que tenemos hasta ahora es del agregado jurídico. Está íntimamente relacionado con la policía local, pero ellos tampoco parecen saber una mierda. Puede que alguien intentara matar a Sergey Nikolay'ch, pero el agregado cree que Rasputín era el verdadero objetivo.

—Supongo que tenía sus propios enemigos —reconoció el director de la CIA.

—Gracias —concluyó el vicepresidente, ante el nutrido público que llenaba la sala de las instalaciones del estadio de Ole Miss.

El objeto del discurso era anunciar la construcción de ocho nuevos destructores en los grandes astilleros de Litton, en la costa del golfo de Mississippi, lo cual significaba muchos puestos de trabajo y mucho dinero para el estado, asuntos siempre preocupantes para su gobernador, que aplaudía ahora de pie como si el equipo de fútbol americano de Ole Miss acabara de derrotar al de Texas en la liga de Cotton Bowl. Aquí se tomaban muy en serio sus deportes. Y su política, se recordó Robby a sí mismo, al tiempo que reprimía una maldición por su escabrosa profesión, que tanto se parecía al regateo medieval en la plaza del pueblo: tres buenos cerdos por una vaca, o algo por el estilo, y de regalo una jarra de cerveza. ¿Era así como se gobernaba un país? Hizo una mueca mientras movía la cabeza. También había política en la armada, y había escalado hasta la cumbre, pero lo había hecho distinguiéndose como oficial y convirtiéndose en el mejor piloto de caza. En cuanto a lo último, sabía evidentemente que todo piloto en dicha situación creía exactamente lo mismo... pero en su caso, su juicio sobre sí mismo era absolutamente correcto.

Después de estrechar las manos habituales, que se acercaron a la tarima custodiadas por su escolta del servicio secreto, con sus adustas gafas oscuras, el vicepresidente descendió por una escalera para dirigirse a su coche, que estaba situado junto a la puerta trasera. Allí lo esperaba otro grupo de hombres armados, con su mirada siempre atenta en la lejanía, como debieron de hacerlo los artilleros de los B-17 sobre Schweinfurt, pensó el vicepresidente. Uno de ellos abrió la puerta y Robby subió al coche.

—Tomcat en movimiento —dijo el jefe de la escolta por su micrófono, cuando empezó a circular el vehículo.

Cuando el coche llegó a la autopista que conducía al aeropuerto, Robby levantó su carpeta de instrucciones.

—¿Sucede algo importante en Washington? —preguntó—. Nada de lo que me hayan informado —respondió el agente del servicio secreto.

Jackson asintió. Los que cuidaban de él eran buenos profesionales. Calculó que el jefe del equipo debía de ser capitán, y el resto de sus hombres entre sargentos y tenientes, que era como él los trataba. Eran subordinados, pero buenos profesionales que merecían una sonrisa y un saludo cuando cumplían debidamente con su obligación, que era casi siempre. La mayoría habrían sido buenos aviadores, y el resto, probablemente, buenos marines. Por fin el coche se acercó al reactor VC-20B en un rincón aislado de la zona de aviación general del aeropuerto, rodeado también de tropas de seguridad. El conductor detuvo el coche a sólo seis metros del pie de la escalera autoextensible del avión.

—¿Va a llevarnos usted a casa, señor? —preguntó el jefe de la escolta, que sospechaba conocer la respuesta de antemano.

—No le quepa la menor duda, Sam —sonrió el vicepresidente.

Eso no fue del agrado del capitán de las fuerzas aéreas asignado como copiloto del avión, ni entusiasmó al teniente coronel que supuestamente debía pilotar el Gulfstream III modificado. Al vicepresidente le gustaba tener en todo momento los controles del aparato en sus manos, mientras el coronel se comunicaba por radio y controlaba los instrumentos. El avión volaba la mayor parte del tiempo con el piloto automático, naturalmente, pero Jackson, estuviera o no en el asiento de la derecha, estaba decidido a actuar como comandante de vuelo y nadie podía impedirselo. Por consiguiente, el capitán se sentaba en el asiento trasero y el coronel en el de la izquierda, aunque sin mover un solo dedo. Pero qué diablos, pensaba éste, el vicepresidente tenía una conversación amena y era un piloto bastante competente para un fante de la armada.

—Despejado a la derecha —dijo Jackson a los pocos minutos.

—Despejado a la izquierda —respondió el piloto, después de recibir la confirmación del señalizador situado frente al Gulfstream.

—Arrancando uno —dijo a continuación Jackson—. Arrancando dos —agregó a los quince segundos.

Aparecieron satisfactoriamente las franjas de los indicadores.

—Todo parece correcto, señor —declaró el teniente coronel de las fuerzas aéreas.

El Gulfstream llevaba motores Rolls-Royce Spey, los mismos utilizados en otra época en las versiones británicas del caza Phantom F-4, pero ligeramente mejorados.

—Torre, aquí Fuerzas Aéreas Dos listo para dirigirse a la pista.

—Fuerzas Aéreas Dos, despejado el camino tres.

—Recibido, torre. Fuerzas Aéreas Dos dirigiéndose a la pista por camino tres.

Jackson soltó los frenos y el aparato empezó a moverse, con sus reactores apenas al ralentí, pero consumiendo a pesar de todo una enorme cantidad de combustible. En los portaaviones había ayudantes en cubierta de camisa amarilla para mostrar el camino, pensó Jackson. Aquí, uno debía seguir las indicaciones de un plano, sujeto al travesaño de las palancas, para llegar al lugar adecuado, sin dejar de mirar en todo momento a su alrededor, para asegurarse de que algún imbécil con un Cessna 172 no se cruzara en su camino, como hacían algunos coches en los aparcamientos de los supermercados. Por fin llegaron al extremo de la pista y se situaron en posición de despegue.

—Torre, aquí Spade solicitando permiso para despegar —dijo automáticamente, sin reflexionar.

—Esto no es el Enterprise, Fuerzas Aéreas Dos, ni disponemos de catapultas —respondió con una carcajada el controlador—, pero tiene pista libre para despegar,

señor.

—Recibido, torre. Fuerzas Aéreas Dos en movimiento —sonrió el vicepresidente.

—¿Su apodo era realmente Spade? —preguntó el comandante designado, cuando el VC-20B empezaba a rodar por la pista.

—Me lo asignó mi primer comandante, cuando acababa de ingresar en el cuerpo. Y de algún modo perduró —respondió el vicepresidente, moviendo la cabeza—. Cielos, parece que ha pasado mucho tiempo.

—Velocidad uno, señor —dijo el oficial de las fuerzas aéreas—. Velocidad de rotación —agregó a continuación. Jackson tiró suavemente de la palanca, el aparato se levantó de la pista y empezó a ganar altura. El coronel subió el tren de aterrizaje cuando Jackson se lo ordenó, mientras éste movía el timón un centímetro a la derecha y un centímetro a la izquierda, moviendo ligeramente las alas, para asegurarse de que el aparato le obedecería. Al cabo de tres minutos, el Gulfstream volaba con el piloto automático, programado para virar; ascender y nivelarse a los once mil metros de altura.

—¿No le parece aburrido?

—Es una medida de seguridad, señor —respondió el oficial de las fuerzas aéreas.

Maldito conductor de camiones de basura, pensó Jackson. Ningún piloto de cazas se atrevería a decir algo semejante en voz alta. Desde cuándo se suponía que volar debía ser... bueno, Robby tuvo que reconocer que siempre se abrochaba el cinturón antes de arrancar el coche y nunca cometía imprudencias, ni siquiera con un avión de combate. Pero le ofendía que este aparato, como casi todos los nuevos, hicieran gran parte del trabajo para el que él había sido formado. Podía incluso aterrizar solo... bueno, la marina disponía de dichos sistemas en los aparatos de sus portaaviones, pero ningún aviador naval que se preciara los utilizaba, a no ser que se lo ordenaran, cosa que Robert Jefferson Jackson siempre había evitado. Este viaje quedaría registrado en su historial como tiempo al mando, pero en realidad no lo era. Lo que estaba al mando era un microprocesador, y su función real consistía en intervenir si algo marchaba mal. Pero nada se estropeaba. Ni siquiera los malditos motores. En otra época, los turborreactores duraban apenas nueve o diez horas antes de tener que ser reemplazados. Ahora había motores Spey en la flota G que llevaban doce mil horas. Había uno en servicio con treinta mil horas, que Rolls-Royce quería recuperar y ofrecía uno nuevo a cambio, para que sus ingenieros pudieran desarmarlo y comprobar qué era lo que tan bien habían hecho, pero su dueño, perversa y previsiblemente, se negaba a deshacerse del mismo. El resto del Gulfstream era igualmente fiable y llevaba los circuitos electrónicos más avanzados. Jackson observaba ahora la pantalla de color del radar meteorológico. Estaba despejada y tranquilizadamente oscura, lo cual indicaba que probablemente no haría viento durante todo el camino hasta Andrews. No había todavía ningún aparato que

detectara las turbulencias, pero a una altitud de vuelo de unos once mil metros, dichos fenómenos no eran habituales, y, además de que Jackson no solía marearse en el aire, sus manos estaban a escasos centímetros de la palanca por si ocurría algo inesperado. Ocasionalmente deseaba que sucediera, para poder demostrar lo buen piloto que era... pero nunca ocurría. Volar se había convertido en algo demasiado rutinario desde su infancia en los Phantom F-4N y su adolescencia en los Tomcat F-14A. Tal vez fuera mejor así. Sí, claro, pensó.

—Señor vicepresidente —dijo la voz de la sargento de comunicaciones de las fuerzas aéreas, a bordo del VC-20.

Robby volvió la cabeza y vio que tenía una hoja de papel en las manos.

—Diga, sargento.

La sargento extendió la mano y Robby cogió el documento.

—Acabamos de recibir este avance informativo.

—Coronel, el avión está temporalmente en sus manos —dijo el vicepresidente, dirigiéndose al teniente coronel en el asiento de la izquierda.

—Piloto al mando —respondió el oficial, cuando Robby empezaba a leer.

Siempre era lo mismo, aunque también era siempre diferente. La cubierta tenía el formato habitual de los documentos secretos. En otra época le había impresionado a Jackson que por el hecho de mostrarle una hoja de papel a la persona equivocada pudiera acabar en la Penitenciaría Federal de Leavenworth, o en su época, en realidad, en el desde entonces clausurado Penal Naval de Portsmouth en New Hampshire, pero ahora, como miembro decano del gobierno de Washington, sabía que podía mostrarle casi cualquier cosa a un periodista de The Washington Post con toda impunidad. No es que estuviera por encima de la ley, sino que era una de las personas que decidían lo que la ley significaba. Lo enormemente secreto y delicado en este caso era que la CIA no sabía absolutamente nada sobre el posible atentado contra la vida del maestro de espías ruso... lo que significaba que tampoco había nadie en Washington que lo supiera...

III. LOS PROBLEMAS DE LA RIQUEZA

El tema era el comercio, no exactamente el predilecto del presidente, pero a este nivel todos los temas eran suficientemente complejos, como para que incluso los que uno creía conocer se convirtieran en extraños en el mejor de los casos, o en el peor, ajenos y desconocidos.

—George —dijo Ryan, dirigiéndose a George Winston, secretario de la Tesorería.

—Señor pre...

—¡Maldita sea, George! —exclamó el presidente, que casi derramó el café del enfado.

—De acuerdo —asintió el secretario de la Tesorería—. No es fácil adaptarse... Jack.

Ryan empezaba a hartarse de las formalidades de la presidencia y su norma era que aquí, en el despacho oval, su nombre era Jack, por lo menos para los de su círculo más íntimo, del que Winston formaba parte. Después de todo, como el propio Ryan había dicho varias veces bromeando, puede que cuando abandonara aquella cárcel de mármol fuera a trabajar a Wall Street para Trader, como se lo conocía en el servicio secreto, en lugar de a la inversa. Después de abandonar la presidencia, algo por lo que se postraba ante Dios todas las noches, o al menos eso se rumoreaba, tendría que buscar en algún lugar un empleo remunerado y el comercio lo llamaba. Winston recordó que Ryan había demostrado una habilidad inusual para los negocios. Su último esfuerzo en este sentido había sido una empresa californiana llamada Silicon Alchemy, una de las muchas dedicadas a la informática, pero la única por la que Ryan se había interesado. Tan habilidoso fue en conducir dicha empresa a la Oferta Pública Inicial de nuevos valores, que sus propias acciones de SALC —acrónimo con el que aparecía en el índice de la Bolsa— estaban ahora valoradas en más de ochenta millones de dólares, que convertían sobradamente a Ryan en el presidente norteamericano más rico de la historia. Eso era algo que su jefe de personal, Arnold Van Damm, con la astucia política que lo caracterizaba, no divulgaba en los medios de comunicación, que solían considerar a todos los ricos como ladrones, salvo, naturalmente, los propios dueños de los periódicos y las cadenas de televisión que eran, evidentemente, las personas más humanitarias que existían. Asombrosamente, nada de esto era del dominio público, ni siquiera entre los poderosos de Wall Street. Si algún día regresaba a la Bolsa, a Ryan le bastaría su prestigio para ganar dinero mientras se quedaba durmiendo en su casa. Winston no tenía el menor reparo en reconocer que se lo había ganado sobradamente y no le importaba un comino lo que pudieran pensar los sabuesos de la prensa.

—¿Se trata de China? —preguntó Ryan.

—Efectivamente, jefe —asintió Winston.

«Jefe» era un término que Ryan era capaz de aceptar, ya que era también el que utilizaba en privado el servicio secreto, que formaba parte del Departamento de la Tesorería que dirigía Winston, para referirse al hombre al que habían jurado proteger.

—Tienen un pequeño problema de falta de fondos, e intentan resolverlo con nosotros.

—¿Cómo de pequeño? —preguntó el presidente.

—Parece que se trata de unos setenta mil millones anuales. —Como se suele decir, esto es dinero de verdad.

—A partir de nueve ceros es dinero de verdad —asintió George Winston—, pero está un poco mejor que nueve ceros mensuales.

—¿En qué se lo quieren gastar?

—No estoy completamente seguro, pero debe de estar relacionado en gran parte con el ejército. Ahora, las industrias armamentistas francesas se han puesto duras con ellos, después de que los británicos dieran al traste con la adquisición de reactores de Rolls-Royce.

El presidente asintió, mientras examinaba los informes que había sobre su escritorio.

—Efectivamente, Basil disuadió al primer ministro —respondió, refiriéndose a sir Basil Charleston, jefe del Servicio Secreto de Inteligencia británico, a veces denominado (erróneamente). MI6, que era un viejo amigo de Ryan desde su época en la CIA—. Fue un verdadero alarde de dignidad.

—Nuestros amigos en París no son del mismo parecer.

—Nunca suelen serlo —reconoció Ryan.

Lo curioso era la ambivalencia inherente en el trato con los franceses. En ciertos aspectos, más que aliados eran hermanos de sangre, pero en otros no llegaban siquiera a la categoría de asociados, y Ryan tenía dificultades para comprender la lógica por la que los franceses cambiaban de opinión. Esa es la razón por la que dispongo de un Departamento de Estado, pensó el presidente...

—¿Entonces crees que la República Popular China está ampliando de nuevo sus fuerzas armadas? —preguntó.

—A gran escala, pero no particularmente la armada, lo cual tranquiliza relativamente a nuestros amigos de Taiwan.

Esta había sido una de las iniciativas del presidente Ryan en política exterior, concluidas las hostilidades con la difunta República Islámica Unida, convertida ahora en las dos naciones independientes de Irán e Iraq, entre las que por lo menos reinaba la paz. Las verdaderas razones para el reconocimiento de Taiwan no se habían dado nunca a conocer al público. Parecía bastante claro, tanto para Ryan como para su secretario de Estado, Scott Adler, que la República Popular China había jugado cierto papel en la segunda guerra del golfo Pérsico, así como probablemente en el conflicto

anterior con Japón. ¿Exactamente por qué? Algunos miembros de la CIA creían que China codiciaba la riqueza mineral de Siberia oriental, como sugerían los mensajes interceptados y otros accesos al correo electrónico de los industriales japoneses, que habían torcido el rumbo de su país creando una confrontación no del todo abierta con Norteamérica. El hecho de referirse a Siberia como «zona de recursos septentrional» era reminiscente de una generación anterior de estrategias japoneses, que denominaba el sur de Asia «zona de recursos meridional». Eso había formado parte de otro conflicto, conocido en la historia como segunda guerra mundial. En cualquier caso, la complicidad de la República Popular China con los enemigos de Norteamérica merecía una contrapartida, Ryan y Adler estaban de acuerdo y, además, la República China de Taiwan era una democracia, con representantes gubernamentales elegidos por la población de dicha nación insular y eso era algo que supuestamente Norteamérica debía respetar.

—Sería preferible que empezaran a reforzar su armada y amenazaran Taiwan. Estamos en mejor situación de impedir eso que...

—¿Tú crees? —interrumpió el secretario de la Tesorería—. Los rusos lo hacen —respondió Jack.

—¿Entonces por qué venden los rusos tanto armamento a los chinos? —preguntó Winston—. ¡No tiene sentido!

—George, no existe ninguna norma que diga que el mundo debe tener sentido —respondió Ryan, con uno de sus aforismos predilectos— Esto es algo que se aprende en los servicios secretos. ¿Sabes cuál era en 1938 el país con el que más comercio mantenía Alemania?

—¿Francia? —dijo el secretario de la Tesorería, que vio caer el ladrillo antes de que lo golpeará en la cabeza.

—Efectivamente —asintió Ryan—. Luego, en los años cuarenta y cuarenta y uno, hicieron mucho comercio con los rusos. Y eso tampoco tuvo un final muy feliz, que digamos.

—Sin embargo, todo el mundo me había dicho siempre que el comercio tenía una influencia moderadora —comentó el secretario.

—Puede que así sea entre las personas, pero recuerda que los gobiernos no tienen principios, sino intereses... por lo menos los primitivos, los que todavía no lo han dilucidado...

—¿Como la República Popular China?

Ahora fue Ryan quien asintió.

—Si, George, como esos pequeños cabrones de Pekín. Gobiernan una nación de mil millones de habitantes, pero lo hacen como si fueran una reencarnación de Caligula. Nadie les ha dicho que tienen el deber de cuidar de los intereses del pueblo al que gobiernan... bueno, puede que esto no sea completamente cierto —reconoció

Ryan, en un pequeño alarde de generosidad—. Disponen de ese gran modelo teóricamente perfecto promulgado por Karl Marx, refinado por Lenin y aplicado a su país por un rechoncho pervertido sexual llamado Mao.

—¿Cómo? ¿Un pervertido?

—Efectivamente —respondió Ryan, después de levantar la cabeza—. En Langley teníamos la información. A Mao le gustaban las vírgenes, cuanto más jóvenes, mejor: Puede que disfrutara viendo el miedo en sus lindos ojitos virginales; eso pensaba uno de nuestros asesores siquiátricos, una especie de violación, más que el sexo como poder. Bueno, supongo que pudo haber sido peor, por lo menos eran niñas —comentó con bastante aspereza—, y su cultura es bastante más liberal que la nuestra en ese sentido —agregó, moviendo la cabeza—. Deberías ver los informes que me entregan cuando nos visita algún importante dignatario extranjero, lo que llegamos a saber sobre sus costumbres personales.

—No sé si realmente quiero saberlo —dijo George, con una carcajada.

Ryan hizo una mueca.

—Probablemente, no. A veces preferiría que no me entregaran esos informes. A pesar de que cuando se sientan aquí en el despacho son correctos y encantadores, uno se pasa toda la jodida reunión buscando cosas raras.

Eso podía ser desconcertante, evidentemente, pero predominaba el criterio de que al igual que cuando se juega al póquer por mucho dinero, cuanto más se sabe sobre el individuo que está sentado al otro lado de la mesa, mayor es la ventaja que uno tiene, aunque le entren ganas de vomitar en la ceremonia de bienvenida en el jardín de la Casa Blanca. Pero Ryan se recordó a sí mismo que eso formaba parte de sus funciones como presidente. Y las personas pelean como tigres para alcanzar la presidencia. Y lo harían de nuevo cuando él se marchara, se recordó a sí mismo el presidente. Entonces, Jack, ¿es tu deber proteger a tu país de la clase de ratas, que aspiran a llegar al lugar donde realmente se encuentra el mejor queso? Ryan movió de nuevo la cabeza. Eran tantas las dudas... Lo principal no era que nunca desaparecieran, sino que aumentaran constantemente. Era extraño cómo, a pesar de comprender y poder describir todos los pasos que lo habían conducido a aquel despacho, todavía se preguntaba varias veces y a todas horas cómo diablos había llegado a encontrarse en ese lugar... y cómo diablos podría llegar a abandonarlo. En esta ocasión, sin embargo, no tenía pretexto alguno. Se había presentado a unas elecciones a la presidencia, si así podían llamarse, en lo que por cierto no coincidía Arnie Van Damm, ya que había cumplido todos los requisitos constitucionales, como lo reconocieron prácticamente todos los juristas del país y lo comentaron exhaustivamente en todos los principales medios de comunicación. En aquella época, pensó Jack, no miraba mucho la televisión. Pero en realidad se resumía a lo siguiente: las personas con las que uno trataba como presidente, a menudo no eran las que uno

invitaría a su casa, no precisamente por falta de modales ni de encanto personal, de lo cual, para mayor perversión, gozaban en abundancia. Al principio, Arnie le había comentado a Jack que uno de los requisitos primordiales de la política profesional consistía, ni más ni menos, en la capacidad de ser agradable con las personas que uno despreciaba y luego hacer negocios con ellos, como si de amigos de la infancia se tratara.

—¿Entonces qué sabemos de nuestros amigos chinos, los paganos? —preguntó Winston—. Me refiero a los actuales.

—No mucho. Lo estamos investigando. A la CIA le falta mucho por descubrir, pero se han puesto en camino. Seguimos recibiendo mensajes interceptados. Su servicio telefónico tiene muchas fisuras y utilizan demasiado sus móviles sin codificar la información. Algunos son hombres de un vigor ejemplar; George, pero no hemos descubierto nada terriblemente escandaloso. Unos cuantos tienen secretarias que mantienen relaciones muy íntimas con sus jefes.

El secretario de la Tesorería soltó una carcajada.

—Bueno, eso es muy común, y no sólo en Pekín.

—¿Incluso en Wall Street? —preguntó Jack, levantando burlonamente una ceja.

—No puedo asegurarlo, señor, pero he oído algunos rumores —respondió Winston con una mueca.

Ocurría incluso en aquel mismo despacho, se recordó Ryan a sí mismo. Claro que desde entonces habían cambiado la alfombra y todo el mobiliario, salvo el escritorio presidencial. Uno de los problemas para ejercer su cargo era el bagaje acumulado por sus predecesores. Se decía que la memoria del público era fugaz, ¿pero era eso cierto? No cuando uno oía susurros, seguidos de carcajadas, acompañadas de ciertas miradas y algún que otro gesto, que le hacían a uno sentirse sucio al saberse objeto de las burlas. Y lo único que uno puede hacer al respecto es vivir su propia vida como mejor sepa, pero consciente de que su máxima esperanza es que la gente lo crea suficientemente astuto para no ser descubierto, ¿porque no es verdad que todo el mundo lo hace? Uno de los problemas de vivir en un país libre consistía en que fuera de este palacio-prisión, cualquiera podía pensar y decir lo que se le antojara. Y Ryan no gozaba siquiera del derecho que tenía cualquier otro ciudadano de darle un puñetazo a cualquier imbécil que osara mancillar su carácter sin aportar ninguna prueba. No parecía justo, pero en la práctica obligaría a Ryan a visitar muchas tabernas y romper muchos nudillos en vano. Y mandar a la policía o a los marines armados para resolver esos problemas no habría sido exactamente hacer un correcto uso del poder presidencial.

Jack sabía que era demasiado susceptible a las críticas para el cargo que ocupaba. Normalmente, la piel de los políticos era más dura que la de los rinocerontes, porque estaban a la expectativa de que les echaran en cara cualquier cosa, ya fuera verdadera

o falsa. A base de cultivar dicha coraza, atenuaban hasta cierto punto el dolor hasta que por fin la gente dejaba de meterse con ellos, o por lo menos, ésa era la teoría. Puede que a algunos les funcionara. O tal vez esos cabrones sencillamente carecían de conciencia. Uno pagaba su dinero y hacía su elección.

Pero Ryan tenía conciencia. Esa era una elección que había hecho mucho antes. Uno tenía que seguir mirándose todos los días al espejo, normalmente para afeitarse, y no había ningún remedio fácil si no le gustaba el rostro que veía.

—Bien, George, volvamos a los problemas de la República Popular China —ordenó el presidente.

—Van a activar su comercio, en sentido unidireccional. Desaconsejan a sus propios ciudadanos que compren productos norteamericanos, pero venden todo lo que pueden. Incluidas, probablemente, algunas de las jóvenes vírgenes de Mao.

—¿Tenemos alguna prueba de ello?

—Jack, presto mucha atención a los resultados y tengo amigos en varios negocios que indagan y hablan con otros entre copa y copa. Lo que descubren suele llegar a mis oídos. ¿Sabías que la gente de raza china padece una curiosa enfermedad? Cuando toman una copa, les hace el mismo efecto que a nosotros cuatro o cinco, y después de la segunda copa, es como si se hubieran bebido una botella entera de Jack Daniel's, pero algunos intentan aguantar de todos modos, tal vez por una cuestión de hospitalidad. En cualquier caso, cuando eso ocurre, se van de la lengua, ya sabes. Sucede desde hace bastante tiempo, pero últimamente, Mark Gant ha organizado un pequeño programa. Los altos ejecutivos frecuentan ciertos lugares especiales y, bueno, ahora soy el amo del servicio secreto y su especialidad son los delitos financieros, ¿no es cierto? Muchos de mis viejos compañeros, conscientes de quien soy y de lo que hago ahora, cooperan muy a gusto y recibo mucha información interesante. Por regla general la mandan a mi personal ejecutivo al otro lado de la calle.

—Estoy impresionado, George. ¿Se la facilitas a la CIA?

—Supongo que podría hacerlo, pero temo que se molesten por una cuestión de competencias o algo por el estilo. Ryan puso los ojos en blanco al oír sus palabras.

—No en el caso de Ed Foley. Es un auténtico profesional desde hace mucho tiempo y la burocracia de Langley todavía no lo ha absorbido. Invítalo a almorzar en tu despacho. No le importará lo que estás haciendo. Lo mismo te digo de Mary Pat, que dirige el Centro de Operaciones. Mary Pat es una verdadera vaquera y también aspira a obtener resultados.

—Tomo nota de ello. Sabes, Jack, es asombroso lo mucho que habla la gente y lo que llega a revelar cuando las circunstancias son propicias.

—¿Cómo te las has arreglado para ganar tanto dinero en Wall Street, George? —preguntó Ryan.

—Principalmente, sabiendo un poco más que el individuo del otro lado de la calle —respondió George.

—En mi caso es lo mismo. Bien, ¿qué debemos hacer si nuestros amiguitos siguen adelante con ese asunto?

—Jack, no, ahora debo llamarte señor presidente, hace va varios años que financiamos la expansión industrial china. Nos venden mercancías que nosotros pagamos al contado y ellos se guardan el dinero para utilizarlo a su antojo en los mercados internacionales de divisa, o compran lo que quieren a otros países, a menudo cosas que podrían comprarnos fácilmente a nosotros, pero tal vez cinco por ciento más caras de un fabricante norteamericano. La razón por la que lo denominamos «comercio» obedece a que, en teoría, uno intercambia algo suyo por algo del otro individuo, como los niños con los cromos de béisbol, pero ellos juegan de otro modo. Además, nos mandan ciertos productos sólo para obtener dólares, que venden aquí a un precio más bajo que a sus propios ciudadanos. Esto supone una infracción técnica de por lo menos un par de estatutos federales —dijo Winston, encogiéndose de hombros—. Reconozco que dichos estatutos se aplican de una forma un tanto selectiva, pero están en el código y son vigentes. Si agregamos el Decreto de Reforma del Comercio que aprobamos hace unos años, debido a los juegos de los japoneses...

—Lo recuerdo, George. Inicio en cierto modo una pequeña batalla, en la que algunos fallecieron —comentó secamente el presidente.

Pero lo peor del caso era que posiblemente habla iniciado el proceso que había culminado con Ryan en ese despacho.

—Es cierto —asintió Winston—, pero la ley sigue siendo vigente. No se trata de un decreto temporal aplicable sólo a Japón. Si aplicamos a China las mismas leves comerciales que ellos nos aplican a nosotros, reduciremos considerablemente la capacidad operativa de sus cuentas exteriores, Jack. ¿Sería eso malo? No, teniendo en cuenta el desequilibrio comercial que ahora tenemos con ellos. Si se pusieran a fabricar automóviles y actuaran igual que lo hacen con todo lo demás, nuestro déficit comercial podría ser terrible en muy poco tiempo y, francamente, estoy harto de financiar su desarrollo económico, que llevan a cabo con pesados equipos adquiridos en Japón, en Europa. Si quieren comerciar con los Estados Unidos de América, bien, que comercien. Somos capaces de defender nuestra posición en una guerra comercial realmente justa con cualquier país, porque los obreros norteamericanos pueden producir tan bien como los demás en el mundo entero y mejor que la mayoría. Pero si les permitimos que nos tomen el pelo, nos lo toman. Y eso, Jack, me gusta tan poco aquí como cuando juego al póquer. Además, amigo mío, aquí las apuestas son mucho más fuertes.

—Te comprendo, George. ¿Pero no pretenderás que les pongamos una pistola en

la sien? No se le hace eso a una nación, especialmente a una gran nación, a no ser que se tengan razones muy sólidas para ello. Ahora, nuestra economía funciona bastante bien, ¿no es cierto? Podemos permitirnos ser un poco indulgentes.

—Tal vez, Jack. Había pensado en algún detalle amistoso por nuestra parte, y no precisamente una pistola en la sien. El arma está siempre ahí, en la pistolera; la potencia armamentista es lo que concede categoría a un estado, ellos lo saben y nosotros sabemos que lo saben. El Decreto de Reforma del Comercio se puede aplicar a cualquier país, y estoy convencido de que la idea en la que se apoya esa ley es fundamentalmente sólida. Ha constituido una amenaza bastante útil con muchos países, pero nunca la hemos esgrimido con la República Popular China. ¿Por qué no?

El presidente se encogió de hombros, relativamente avergonzado.

—Porque todavía no he tenido oportunidad de hacerlo y antes de que yo ocupara la presidencia, demasiada gente en esta ciudad sólo pretendía besarles el culo.

—Eso le deja a uno mal sabor de boca, señor presidente, ¿no cree?

—Es posible —reconoció Jack—. Bien, lo que debes hacer es hablarlo con Scott Adler. Todos los embajadores trabajan para él.

—¿A quién tenemos en Pekín?

—Carl Hitch. Carrera diplomática, casi sesenta años, supuestamente muy bueno, y éste es su último destino.

¿La recompensa después de muchos años de servicio?

Ryan asintió.

—Algo por el estilo, supongo. No estoy completamente seguro. La administración del estado no era mi burocracia. Aunque no lo menciono, le había bastado con la de la CIA.

Este despacho era mucho más bonito, pensó Bart Mancuso, Y las charreteras de su uniforme blanco eran ahora un poco más pesadas, con cuatro estrellas en lugar de las dos que llevaba como comandante de la flota de submarinos del Pacífico. Pero eso era todo Su antiguo jefe, el almirante Dave Seaton, había ascendido a Jefe de operaciones navales y el presidente (o alguien próximo a él) había decidido que Mancuso era la persona indicada para ocupar ahora el cargo de comandante en jefe de la Fota del Pacífico. De modo que estaba en el mismo despacho que en otra época había ocupado Chester Nimitz y una serie de excelentes mandos navales desde entonces, algunos de ellos brillantes. Había transcurrido mucho tiempo desde el verano de su ingreso en la academia naval de Annapolis y los muchos años anteriores, especialmente porque había tenido un solo destino en el mar, en el USS Dallas, aunque cabía destacar que dicho destino había sido notable, incluidas dos misiones sobre las que todavía no podía hablar con nadie. Y el hecho de haber sido compañero a bordo, aunque sólo brevemente, del actual presidente con toda probabilidad no había perjudicado su carrera.

Su nuevo cargo incluía una elegante residencia oficial, una considerable dotación de marineros y suboficiales para cuidar de él y de su esposa (todos sus hijos estaban ahora en la universidad), coches oficiales con sus correspondientes conductores y también una escolta armada, porque por asombroso que parezca, existen personas que desprecian a los almirantes. Como comandante general, Mancuso estaba ahora a las órdenes directas del secretario de Defensa, Anthony Bretano, quien a su vez recibía órdenes directamente del presidente Ryan. A cambio, Mancuso tenía muchas ventajas. Ahora tenía acceso directo a toda clase de información secreta, incluida la más sagrada, sus fuentes y sus métodos, su procedencia y cómo se había obtenido, porque como ejecutivo principal norteamericano de una cuarta parte de la superficie del globo debía saberlo todo a fin de asesorar al secretario de Defensa, que a su vez asesoraba al presidente sobre el punto de vista, intenciones y deseos de la comandancia del Pacífico.

El Pacífico —pensó Mancuso después de completar su primer informe secreto de la mañana— parecía tranquilo. No siempre había sido así, evidentemente, incluido el conflicto bastante importante en el que había luchado recientemente contra los japoneses (la palabra «guerra» había caído en desuso en el habla civilizada), en el que había perdido dos de sus submarinos nucleares, destruidos en su opinión a traición y con engaño, aunque un observador más objetivo podría haber considerado que las tácticas del enemigo habían sido astutas y eficaces.

Hasta el presente se le había comunicado el paradero y actividades de sus diversos submarinos, pero ahora se le informaba también de sus portaaviones, acorazados, cruceros y buques de abastecimiento, así como de los marines e incluso recursos del ejército y de las fuerzas aéreas, que estaban técnicamente a su disposición como comandante en jefe de operaciones. Eso significaba que el informe duró hasta la tercera taza de café, al final de la cual miraba con cierta nostalgia al oficial sentado al otro lado de su escritorio. Su coordinador de inteligencia era, en realidad, un general de brigada del ejército, que hacía la ronda de servicios especiales y, francamente, desempeñaba bastante bien su trabajo. Dicho general, llamado Mike Lahr, había sido profesor de Ciencias Políticas en West Point, entre otros destinos. El hecho de tener que considerar factores políticos era algo nuevo en la carrera de Mancuso, pero paralelamente iba acompañado de un aumento del territorio que estaba bajo su mando. El comandante en jefe del Pacífico había hecho también su «ronda», y estaba teóricamente familiarizado con la capacidad y orientación de las demás fuerzas armadas, pero la confianza que pudiera haber obtenido en ese sentido decreció ante la responsabilidad de utilizar dichas fuerzas de modo profesional bajo sus órdenes. Disponía de comandantes subordinados en los demás ejércitos para asesorarlo, pero su trabajo consistía en saber más de lo imprescindible para formular preguntas, y para Mancuso eso significaba salir y ensuciarse la ropa para ver el lado

práctico de la situación, porque los muchachos destinados a su campo de operaciones verterían su sangre si él no desempeñaba debidamente sus funciones.

Se trataba de un equipo mixto, formado por Atlantic Richfield Company, British Petroleum y la mayor empresa rusa de prospección petrolífera. Los rusos eran los de mayor experiencia pero menor pericia, y sus métodos eran los más anticuados. Eso no significaba que fueran estúpidos, sino todo lo contrario. Dos de ellos eran geólogos de gran talento, con unos conocimientos teóricos que impresionaron a sus colegas norteamericanos y británicos. Además, asimilaron las ventajas de los equipos más modernos de exploración, casi con la misma rapidez que los ingenieros que los habían concebido.

Se sabía desde hacía muchos años que esta parte de Siberia oriental era geológicamente gemela de la región septentrional de Alaska y norte de Canadá, donde se habían localizado vastos yacimientos petrolíferos que explotaban dichos países. Lo difícil había sido trasladar hasta allí los equipos adecuados, para comprobar si la similitud no era sólo superficial.

Llevar los aparatos a los lugares indicados había sido una pesadilla. Después de trasladar por tren los camiones de percusión hasta el sureste siberiano desde el puerto de Vladivostok, puesto que eran demasiado pesados para el transporte aéreo, habían tardado un mes a campo traviesa hacia el norte desde Magdagachi, cruzando Aim y List Maya, hasta empezar por fin a trabajar al este de Kazachve.

Pero lo que encontraron los dejó estupefactos. Desde Kazachve, junto al río Yana, hasta Kolymaskava, junto al Kolyma, era todo un yacimiento petrolífero comparable al del golfo Pérsico. Los camiones de percusión y los vehículos informatizados de detección sísmica habían localizado una gran cantidad de perfectas formaciones abovedadas en el subsuelo, algunas a seiscientos metros escasos de profundidad, pocos metros en línea vertical desde la superficie helada, cuya perforación sería tan fácil como cortar un pastel de boda con el sable de un oficial de caballería. Era imposible determinar el alcance del yacimiento sin perforar pozos experimentales, que según el ingeniero en jefe norteamericano serían del orden de un centenar, pero ninguno de ellos había visto jamás un yacimiento petrolífero tan vasto y prometedor en toda su carrera profesional. Evidentemente, las cuestiones relacionadas con la explotación no serían insignificantes. Salvo en la Antártida, no había ningún lugar en el planeta con un clima menos apetecible. Trasladar aquí la maquinaria de extracción supondría años de inversiones en múltiples etapas, la construcción de aeródromos, probablemente la construcción de puertos para mercantes, indispensables para el transporte de los equipos pesados, y luego el oleoducto necesario para hacer llegar el petróleo al mercado, probablemente por Vladivostok, al parecer de los norteamericanos, todo ello en los breves meses veraniegos. Los rusos podrían venderlo desde allí, y los superpetroleros, más propiamente denominados VLCC o

ULCC, lo transportarían a través del Pacífico tal vez a Japón, o a Norteamérica, o a cualquier otro lugar donde se necesitara petróleo, que era casi en todas partes. De dichos usuarios se obtendrían divisas. Rusia tardaría muchos años más en poder construir la infraestructura necesaria para suministrar el petróleo a sus propias industrias y sus propios consumidores, pero el dinero obtenido de la venta del crudo siberiano podría utilizarse para adquirir petróleo de otras fuentes, más fácil de trasladar a puertos rusos y, por consiguiente, a los oleoductos rusos ya existentes. La diferencia económica entre comprar y vender por una parte, o construir un enorme oleoducto extraordinariamente caro por otra, era en todo caso insignificante y, por regla general, dichas decisiones obedecían a razones políticas más que económicas.

Exactamente en aquel mismo momento y a sólo unos novecientos sesenta kilómetros de distancia, había otro equipo de geólogos en el extremo oriental de la cordillera de Sayan. Algunas de las tribus seminómadas de la zona, que habían sobrevivido a lo largo de los siglos con sus rebaños de renos, llevaron a una oficina del gobierno unas piedras amarillas y brillantes. Pocas personas en el mundo fueron conscientes del significado de dichas piedras, por lo menos durante los treinta siglos precedentes, y decidieron mandar un equipo de la Universidad Estatal de Moscú, que todavía era el centro intelectual de mayor prestigio. Pudieron trasladarse en avión, puesto que sus aparatos eran mucho más ligeros, y cubrieron los últimos centenares de kilómetros a caballo, lo que supuso un maravilloso anacronismo para los intelectuales del equipo de investigación, más acostumbrados al metro de Moscú.

Lo primero que encontraron fue a un hombre de ochenta y tantos años, que vivía solo con su rebaño y un rifle para ahuyentar a los lobos. Vivía solo desde la muerte de su esposa, hacía veinte años, completamente olvidado por los sucesivos gobiernos de su país, cuya existencia era sólo conocida por algunos tenderos de un lóbrego pueblo situado treinta kilómetros hacia el sur, y su estado mental reflejaba su prolongado aislamiento. Lograba matar dos o tres lobos todos los años y guardaba las pieles como lo haría todo pastor y cazador, pero con una diferencia. Primero llevaba las pieles al riachuelo que corría cerca de su cabaña y las sumergía bajo unas piedras.

En la literatura occidental existe el relato de Jason y los Argonautas, y su heroica búsqueda del vellocino de oro. Hasta hace poco no se había sabido que el objeto de la leyenda era real: los miembros de las tribus de Asia Menor sumergían las pieles de cordero en los riachuelos de su región para atrapar el polvo de oro que era arrastrado por el agua y convertir las fibras pálidas de la lana en una prenda de aspecto casi mágico.

Lo mismo ocurría aquí. Las pieles de lobo que los geólogos encontraron colgando en la puerta de la cabaña de aquel viejo luchador, a primera vista, parecían esculturas (le maestros del Renacimiento, o incluso de artesanos del antiguo Egipto de los faraones con su impecable capa dorada, antes de comprobar que cada piel pesaba sus

buenos sesenta kilos y que había treinta y cuatro pieles. Sentados alrededor de la indispensable botella de vodka, descubrieron que su nombre era Pavel Petrovich Gogol, que había luchado contra los fascistas en la «gran guerra patriótica» como francotirador y que, asombrosamente, había sido nombrado dos veces héroe de la Unión Soviética por su habilidad como tirador, principalmente en las batallas de Kiev y de Varsovia. En un alarde relativo de agradecimiento, su patria le había permitido regresar a la tierra de sus antepasados, que resultaron ser emprendedores rusos llegados a Siberia a principios del siglo XIX, donde vivía olvidado por los burócratas, a quienes nunca preocupaba realmente la procedencia de los renos que consumía la población, ni quién podía invertir el dinero de su pensión en la compra de munición para su viejo rifle. Pavel Petrovich conocía el valor del oro que había encontrado, pero nunca se lo había gastado, porque su vida en solitario le resultaba perfectamente satisfactoria. El yacimiento de oro, pocos kilómetros río arriba del lugar donde los lobos tomaban su último baño, como Pavel Petrovich lo describía con un destello en la mirada y un trago de vodka, resultó ser quizá tan importante como el descubrimiento en Sudáfrica a mitad del siglo XIX de la mina de oro más rica de la historia del planeta. El oro local no se había descubierto por diversas razones, relacionadas sobre todo con el terrible clima siberiano, que había impedido en primer lugar una prospección detallada y, en segundo lugar, cubría de hielo durante tanto tiempo los riachuelos locales, que el polvo de oro en el agua pasaba inadvertido.

Tanto el equipo de prospección petrolífera como el de prospección geológica se habían desplazado a la zona con teléfonos que funcionaban vía satélite, para informar cuanto antes de sus hallazgos. Y así lo hicieron ambos, casualmente el mismo día.

El sistema Iridium de comunicaciones vía satélite que utilizaban suponía un avance extraordinario en las comunicaciones globales. Un instrumento fácilmente portátil les permitía comunicarse con una constelación de satélites de comunicaciones de baja altitud, que transmitían la señal a la velocidad de la luz (que era casi instantánea, pero no del todo) a los satélites de comunicaciones convencionales y de allí a la superficie de la tierra.

El sistema Iridium estaba concebido para acelerar las comunicaciones en todo el planeta. Sin embargo, no era seguro. Había formas de conseguir que lo fuera, pero para ello era preciso que cada usuario tomara sus propias medidas de seguridad. En teoría, ahora era posible adquirir libremente sistemas de codificación de 128 bits, sumamente difíciles de descifrar incluso para las naciones más avanzadas y sus servicios secretos... o, al menos, eso aseguraban los vendedores. Pero lo asombroso era que pocos se preocupaban de hacerlo. Su pereza facilitaba enormemente la vida de la Agencia Nacional de Seguridad, situada en Fort Meade, Maryland, entre Baltimore y Washington. Disponían de un sistema informático denominado ECHELON, programado para escuchar todas las conversaciones transmitidas por el

éter y activarse al detectar ciertas palabras clave. La mayoría eran términos relacionados implícitamente con la seguridad nacional, pero desde el fin de la guerra fría, la ASN y otros cuerpos prestaban más atención a los asuntos económicos y, por consiguiente, algunos de los nuevos términos eran palabras como «petróleo», «nacimiento», «crudo», «mina» y «oro», entre otras, todas ellas en treinta y ocho idiomas. Cuando una de dichas palabras llegaba al oído electrónico de ECHELON, grababa la conversación a partir de aquel momento por medios electrónicos, la transcribía y si era necesario la traducía, todo ello informatizado. No era en absoluto un sistema perfecto y las sutilezas del lenguaje eran todavía difíciles de desentrañar para un programa informático, por no mencionar la tendencia de muchas personas a refunfuñar por teléfono, pero cuando se producía un desacierto, un lingüista, de los muchos que trabajaban en la Agencia de Seguridad Nacional, revisaba la conversación original.

Los informes paralelos de los descubrimientos de petróleo y oro llegaron con sólo cinco horas de diferencia y recorrieron velozmente la cadena de mando. Ambos se convirtieron en un Aviso Especial de la Inteligencia Nacional (conocido como SNIE) destinado al despacho del presidente después de su próximo desayuno, que le entregaría el doctor Benjamin Goodley, asesor de seguridad nacional, previo examen de la información por parte de un equipo de la Dirección de Ciencia y Tecnología de la CIA, con la inestimable ayuda de expertos del Petroleum Institute de Washington, algunos de cuyos miembros mantenían una cordial relación con diversos departamentos gubernamentales. La primera evaluación, definida cautelosamente como preliminar para evitar acusaciones posteriores si resultaba ser incorrecta, utilizaba varios superlativos cuidadosamente elegidos.

—Maldita sea —exclamó el presidente a las 8.10, hora de la costa este—. De acuerdo, Ben, ¿cuál es realmente su alcance?

—¿No confía en nuestras pequeñas técnicas? —respondió el asesor de seguridad nacional.

—Durante todo el tiempo que he trabajado en la otra orilla, ni una sola vez he comprobado que se equivocaran en algo parecido, pero, maldita sea, a menudo subestiman la situación —dijo Ryan, antes de hacer una pausa—. Y si éste es un cálculo por lo bajo, las repercusiones pueden ser bastante grandes.

—Señor presidente —respondió Goodley, que no formaba parte del círculo íntimo de Ryan—, hablamos de miles de millones, nadie sabe exactamente cuántos, pero póngale como mínimo doscientos mil millones de beneficios en divisas durante los próximos cinco a siete años. En dinero útil.

—¿Y como máximo?

Goodley reclinó momentáneamente la espalda y respiró hondo.

—He tenido que calcularlo. Un billón es un millón de millones. La cifra puede ser

superior. Esto es pura especulación, pero según nuestro personal al otro lado del río y los expertos del Petroleum Institute que utiliza la CIA, no dejaban de repetir «¡valgame Dios!».

—Una buena noticia para los rusos —afirmó Jack, mientras hojeaba el SNIE.

—Efectivamente, señor.

—Ya empezaba a ser hora de que les sonriera la suerte —pensó en voz alta el presidente—. Bien, mándele una copia de este informe a George Winston. Queremos su evaluación de lo que esto significa para nuestros amigos de Moscú.

—Me proponía llamar a algunas personas de Atlantic Richfield. Han formado parte de la exploración, e imagino que participarán de los beneficios. Su presidente es un individuo llamado Sam Sherman. ¿Lo conoce?

Ryan negó con la cabeza.

—Me suena el nombre, pero no nos conocemos. ¿Cree que conviene remediarlo?

—Si quiere información fidedigna, no vendría mal.

—De acuerdo —asintió Ryan—, tal vez le diré a Ellen que lo localice —agregó, refiriéndose a su secretaria particular, Ellen Sumter, que se encontraba seis metros a su derecha tras una puerta esculpida—. ¿Algo más?

—Todavía andan a tientas en busca de los que perpetraron el atentado contra el proxeneta de Moscú. Nada nuevo que aportar sobre el caso.

—Estaría bien saber lo que sucede en el mundo, ¿no le parece?

—Podría ser peor, señor —respondió Goodley.

—Desde luego —dijo Ryan, después de dejar el informe sobre su mesa—. ¿Algo más?

Goodley negó con la cabeza.

—Así están las cosas esta mañana, señor presidente. Ryan le sonrió.

IV. SACUDIENDO EL POMO

No importaba en qué ciudad o país se encontrara uno, se dijo Mike Reilly a sí mismo. El trabajo de la policía era siempre el mismo. Uno hablaba con posibles testigos, con posibles implicados y con la víctima. Aunque en esta ocasión no hablaría con la víctima. Grisha Avseyenko nunca volvería a hablar. El patólogo asignado al caso comentó que no había visto semejante desastre desde su período de uniforme en Afganistán. Pero era de esperar. El lanzacohetes utilizado había sido concebido para perforar carros blindados y búnkers de hormigón, que era más difícil que destruir un vehículo privado destinado al transporte de pasajeros, aunque se tratara de un coche tan caro como el alcanzado en la plaza Dzerzhinskiv. Eso significaba que las partes del cuerpo eran difíciles de identificar. Resultó que las muelas empastadas de media mandíbula bastaron para determinar con gran certeza que el fallecido era efectivamente Gregoriy Filipovich Avseyenko, como confirmarían más adelante las pruebas de ADN (así como el grupo sanguíneo, que también coincidía). Ningún fragmento del cuerpo era lo suficientemente grande para su identificación; la cara, por ejemplo, había desaparecido por completo, así como el antebrazo izquierdo, en el que llevaba un tatuaje. Su muerte había sido instantánea, declaró el patólogo, después de guardar los fragmentos examinados en un recipiente de plástico, que a su vez se introdujo en una caja de roble, probablemente para su posterior incineración, después de que la milicia moscovita comprobara si existía algún pariente y averiguara sus intenciones respecto a los restos mortuorios. El teniente Provalov suponía que se optaría por la incineración. Además de ser el método más fácil, rápido y limpio, también era más barato encontrar un lugar de reposo para una pequeña caja o una urna, que para un ataúd con un cadáver en su interior.

Provalov recuperó el informe patológico de su colega norteamericano. No esperaba que revelara nada interesante, pero algo que había aprendido a raíz de su asociación con el FBI norteamericano era que debía examinarse todo meticulosamente, porque pronosticar el desarrollo de un caso criminal era como acertar una quiniela dos semanas antes de que se jugaran los partidos. Las mentes de los criminales eran demasiado azarasas en su forma de actuar para hacer cualquier clase de pronóstico.

Y ésa había sido la parte fácil. El informe patológico del conductor no servía para nada. Los únicos datos del mismo que podían tener algún interés eran el grupo sanguíneo y las clases de tejido (que podrían compararse con su ficha militar, si lograban localizarla), ya que su cuerpo había quedado tan descuartizado que no había ninguna marca ni característica identificables, aunque, curiosamente, sus documentos de identidad habían sobrevivido en su cartera y probablemente sabían quién era. Lo

mismo había sucedido con la mujer que viajaba en el coche, cuyo bolso había sobrevivido, en el asiento, junto a ella, prácticamente intacto, incluidos sus documentos de identidad, que era mucho más de lo que podía decirse de su cara y torso superior. Reilly examinó las fotografías de las víctimas y sólo pudo suponer que coincidían. El conductor tenía un aspecto muy común, tal vez un poco más atlético que la mayoría. La mujer, otra de las prostitutas de lujo del proxeneta con una fotografía en los archivos de la policía, había sido un bombón, digna aspirante a estrella de Hollywood y sin duda suficientemente bella para aparecer en las páginas centrales de Playboy. Bueno, eso era todo.

—Dime, Mishka, ¿has intervenido en suficientes atentados de este tipo como para que ya no te afecten? —preguntó Provalov.

—¿Sinceramente? —respondió Reilly, moviendo la cabeza—. La verdad es que no. No nos ocupamos de muchos homicidios, salvo los que tienen lugar en propiedad federal: reservas indias o bases militares. Pero me he ocupado de algunos secuestros y uno nunca llega a acostumbrarse.

Reilly no se molestó en agregar que especialmente se debía a que los secuestros por dinero ya no se estilaban en Norteamérica. Ahora secuestraban a los niños por su utilidad sexual y a menudo los asesinaban en el plazo de cinco horas, incluso antes de que el FBI tuviera la oportunidad de responder a la solicitud inicial de la policía local. Entre todos los delitos de los que Mike Reilly se había ocupado, éstos eran con mucho los peores, después de los cuales, uno se refugiaba en el bar local del FBI y tomaba una copa de más rodeado de colegas igualmente estupefactos, entre juramentos ocasionales de que atraparía a ese memo costara lo que costase. Por regla general, los malhechores eran capturados, acusados y condenados, y los más afortunados eran ejecutados. Los condenados en estados donde se había abolido la pena de muerte iban a la cárcel con presos comunes, donde descubrían lo que los atacadores pensaban de los que abusaban de los menores.

—Pero sé a lo que te refieres, Oleg Gregoriyevich —agregó Reilly—. Es algo difícil de explicar a una persona normal.

Era el hecho de que lo peor del escenario de un crimen o de la fotografía de la autopsia era la tristeza que inspiraba, por haberle arrebatado a la víctima, no sólo su vida, sino también su dignidad. Y esas fotos eran particularmente espeluznantes. La belleza de María Ivanova Sablin no era ahora más que un recuerdo en la mente de quienes habían alquilado su cuerpo. ¿Quién lamentaba la muerte de una prostituta?, se preguntó Reilly. No sus clientes, que buscarían otra sin apenas pensar en ello. Probablemente tampoco sus colegas en el comercio de la carne y el deseo, ni los parientes que pudiera haber dejado en este mundo, que seguramente no la recordarían como una niña que al crecer había seguido el camino equivocado, sino como una persona encantadora que se había deshonrado a sí misma fingiendo pasión, pero sin

mayor sentimiento que el cirujano que descuartizaba sus órganos sobre la mesa de acero del depósito municipal de cadáveres. ¿Era eso lo que eran las prostitutas —se preguntó Reilly—, patólogas del sexo? Un delito sin víctima, decían algunos. Reilly deseaba que esa gente hubiera visto aquellas fotos y comprobara hasta qué punto «no eran víctimas» las mujeres que vendían su cuerpo. —¿Algo más, Oleg?— preguntó Reilly.

—Seguimos interrogando a personas que conocían al fallecido —respondió, encogiéndose de hombros.

—Ofendía a las personas equivocadas —respondió el confidente, al tiempo que se encogía de hombros, para indicar lo absurda que era la pregunta.

¿Cómo, si no, habría muerto de un modo tan espectacular alguien de la categoría de Avseyenko?

—¿De qué personas estamos hablando? —preguntó el sargento de la milicia, sin esperar una respuesta significativa, aunque uno formulaba de todos modos esa clase de preguntas, porque no conocía la respuesta hasta que la oía.

—Sus colegas de la Seguridad del Estado —sugirió el confidente.

—¿En serio?

—¿Quién, si no ellos, podía haberle matado de ese modo? Una de sus chicas habría utilizado un cuchillo. Un rival comercial se habría servido de una pistola o un cuchillo de mayores dimensiones, ¿pero un lanzagranadas... en serio, dónde se consigue eso?

Evidentemente no era el primero en expresar dicha idea, aunque la policía local debía tener en cuenta que toda clase de armas, pesadas y ligeras, habían desaparecido de un modo u otro de los arsenales de lo que antes se llamaba el Ejército Rojo, para entrar en el mercado negro de los delincuentes.

—¿Puedes facilitarnos algún nombre? —preguntó el policía.

—No un nombre, pero sí una cara. Es alto y robusto, como un soldado, pelirrojo, piel clara, algunas pecas de cuando era joven, ojos verdes —respondió el confidente, antes de hacer una pausa—. Sus amigos lo llaman el Niño por su aspecto juvenil. En otra época perteneció a la Seguridad del Estado, pero no era espía ni cazador de espías. Hacía algún otro tipo de trabajo, pero no sé en qué consistía.

En ese momento, el sargento de la milicia empezó a tomar notas más precisas, con la letra de su lápiz más oscura y más legible sobre el papel amarillo.

—¿Y ese hombre estaba descontento de Avseyenko?

—Eso he oído.

—¿Y la razón de su descontento?

—Eso no lo sé, pero Gregoriy Filipovich tenía una habilidad especial para ofender a los hombres. Evidentemente era muy mañoso con las mujeres. Para eso tenía un don especial, pero ese don no se extendía a su trato con los hombres. Muchos

lo tomaban por zhopnik, pero evidentemente no lo era. Cada noche llevaba una mujer distinta colgada del brazo y nunca eran feas, pero por alguna razón no se llevaba bien con los hombres, ni siquiera con los de la Seguridad del Estado donde, según él, había desempeñado una función de gran importancia nacional.

—¿En serio? —comentó el sargento de la milicia, de nuevo aburrido.

Si había algo que les gustaba a los delincuentes era vanagloriarse de sí mismos.

—Desde luego. Gregoriy Filipovich aseguraba haber suministrado amantes a toda clase de extranjeros, incluidos algunos de rango ministerial, que siguen facilitando valiosa información a la Madre Rusia. Yo lo creo —agregó el confidente, introduciendo de nuevo sus propias opiniones—. Para pasar una semana con uno de esos ángeles, yo estaría dispuesto a contar cualquier cosa.

—¿Cómo se las arregló Avseyenko para ofender a personas tan poderosas? —preguntó de nuevo el policía con un bostezo, mientras pensaba «¿y quién no lo haría?».

—Ya le he dicho que no lo sé. Hable con el Niño, puede que él lo sepa.

—Se dice que Gregoriy empezaba a importar drogas —dijo a continuación el policía, lanzando el sedal en otra dirección, para comprobar qué peces merodeaban por las aguas tranquilas.

—Es cierto —respondió el confidente—. Eso se dice. Pero yo no he visto ninguna prueba.

—¿Quién puede haberla visto?

—No lo sé —respondió, después de encogerse nuevamente de hombros—. Puede que alguna de las chicas. Nunca comprendí cómo se proponía distribuir lo que intentaba importar. Usar a las chicas era lógico, evidentemente, pero peligroso para ellas... y para él, porque sus prostitutas habrían traicionado su lealtad ante la perspectiva de acabar en un campo. ¿Cuál es entonces la otra alternativa? —preguntó retóricamente el confidente—. Habría tenido que crear una organización completamente nueva y eso comportaba también sus peligros. De modo que sí, creo que pensaba en importar drogas para venderlas y ganar con ello muchísimo dinero, pero Gregoriy no sentía ningún deseo de ir a la cárcel y creo que sólo se lo planteaba y hablaba un poco de ello, pero no mucho. Me parece que todavía no se había decidido definitivamente. No creo que hubiera importado nada cuando murió.

—¿Rivales con las mismas ideas? —preguntó a continuación el policía.

—Hay personas que pueden suministrar cocaína y otras drogas, como bien sabe.

El policía levantó la cabeza. En realidad, el sargento de la milicia no lo sabía con certeza. Había oído rumores, pero no había recibido informes fiables de confidentes que merecieran su confianza (en la medida que cualquier policía de cualquier ciudad pueda confiar en un confidente). Como con tantas otras cosas, circulaban voces por las calles de Moscú, pero al igual que la mayoría de sus compañeros de la policía,

consideraba que donde se manifestaría en primer lugar sería en el puerto de Odessa, en el mar Negro, una ciudad cuya actividad criminal se remontaba a la época de los zares y que hoy en día, con la restauración del libre comercio con el resto del mundo, tendía a introducir en Rusia toda clase de actividades clandestinas. Si existía un comercio activo de drogas en Moscú, era tan nuevo y tan pequeño que todavía no lo había descubierto. Tomó nota mental de comprobarlo con Odessa, para averiguar si se había detectado allí algún indicio de lo mencionado.

—¿Y de qué personas podría tratarse? —preguntó el sargento.

Si existía en Moscú una red creciente de distribución, valía la pena averiguarlo.

El trabajo de Nomuri en Nippon Electric Company incluía la venta de avanzados ordenadores de sobremesa y periféricos. Para él, eso significaba dirigirse al gobierno de la República Popular China, cuyos funcionarios de alto rango debían poseer lo mejor y lo más nuevo en todos los campos, desde coches hasta amantes, pagados siempre por el gobierno, que a su vez obtenía el dinero del pueblo al que los funcionarios representaban y protegían como mejor sabían. Al igual que con muchas otras cosas, la República Popular China podía haber comprado marcas norteamericanas, pero en este caso había decidido adquirir ordenadores japoneses, que eran ligeramente más baratos (y con menos prestaciones), al igual que habían preferido comprar aviones Airbus de fabricación europea, en lugar del Boeing norteamericano, decisión tomada hacía unos años para darle una lección a Norteamérica. Dicha decisión había provocado cierto resentimiento en Estados Unidos durante un breve período, pero no habían tardado en olvidarlo, como suelen hacer con estas cosas, al contrario de los chinos, que nunca olvidan nada.

Cuando el presidente Ryan anunció la reanudación del reconocimiento oficial del gobierno de la República China en Taiwan, las repercusiones retumbaron por los pasillos del poder de Pekín, como fuertes sacudidas de un gran terremoto.

Nomuri no había estado allí el tiempo suficiente para percibir la ira que había generado, pero las secuelas eran suficientemente significativas y se había percatado de su eco desde su llegada a Pekín. Las preguntas que le formulaban eran a veces tan directas y tan exigentes que momentáneamente llegó a creer que sus interlocutores habían descubierto su tapadera y sabían que era un agente «clandestino» de la CIA en la capital de la República Popular China, sin ninguna clase de cobertura diplomática. Pero no se trataba de eso, sino simplemente del eco prolongado de su ira política. Paradójicamente, el propio gobierno chino intentaba ahuyentar dicha ira, porque ellos también tenían que hacer negocios con Estados Unidos, convertidos ahora en su primer socio comercial y fuente de vastas cantidades de dinero sobrante, que su gobierno necesitaba para hacer lo que Nomuri tenía la misión de averiguar. Y ahí estaba ahora, en la antesala del despacho de uno de los altos funcionarios de la nación.

—Buenos días —sonrió, con una reverencia a la secretaria.

Sabía que trabajaba para un ministro llamado Fang Gan, cuyo despacho estaba cerca. La secretaria vestía sorprendentemente bien para ser una trabajadora casi común, en un país donde la moda sólo se expresaba en el color de los botones de las chaquetas estilo Mao, tan características del uniforme de los funcionarios del estado como lo era la lana verde grisácea del de los soldados del Ejército Popular de Liberación.

—Buenos días —respondió la joven—. ¿Es usted Nomuri?

—Sí, ¿y usted...?

—Lian Ming —dijo la secretaria.

Interesante nombre, pensó Chester. «Lian», en mandarín, significaba «sauce grácil». Era bajita, como la mayoría de las mujeres chinas, con el rostro bastante cuadrado y los ojos oscuros. Lo menos atractivo en ella era el pelo, corto y peinado al peor estilo de los años cincuenta en Norteamérica, que incluso entonces usaban sólo los chicos de los suburbios marginales en los Apalaches. En general, sus facciones eran típicamente chinas y muy apreciadas en un país aferrado a sus tradiciones. Su mirada, por lo menos, desprendía inteligencia y educación.

—Ha venido para hablar de ordenadores y de impresoras, ¿no es así? —dijo en un tono neutro.

—Efectivamente. Creo que nuestra nueva impresora matricial les parecerá particularmente interesante.

—¿Por qué? —preguntó Ming.

—¿Habla usted inglés? —preguntó Nomuri en dicha lengua.

—Por supuesto —respondió Ming, también en inglés.

—Entonces se lo puedo explicar con mayor facilidad. En el caso de una transliteración inglesa de un texto en mandarín, la impresora convierte automáticamente la escritura a ideogramas mandarines —explicó, al tiempo que sacaba una hoja de su carpeta de plástico y se la entregaba a la secretaria—. También estamos elaborando un sistema de impresión por láser, cuya presentación será todavía más pulcra.

—Caramba —exclamó la secretaria.

La calidad de los caracteres era excelente, comparable fácilmente a la de las monstruosas máquinas de escribir que utilizaban las secretarias para mecanografiar documentos oficiales, cuando no los escribían a mano para procesarlos luego con fotocopiadoras, principalmente Canon, también de fabricación japonesa. El proceso era laborioso, tedioso y odiado por las secretarias.

—¿Y cómo se resuelven las variaciones de inflexión?

Buena pregunta, pensó Nomuri. El idioma chino dependía enormemente de la inflexión. El tono en el que se pronunciaba una palabra determinaba su verdadero

significado entre hasta cuatro opciones distintas y a su vez era también un factor determinante para designar el ideograma que la representaba.

—¿Aparecen también en esa forma los caracteres en la pantalla del ordenador? —preguntó la secretaria.

—Es posible hacerlo, basta pulsar el botón del ratón —afirmó Nomuri—. Puede haber un problema de software, en cuanto a que hay que pensar simultáneamente en dos idiomas —agregó con una sonrisa.

Ming soltó una carcajada.

—Bueno, aquí ya estamos acostumbrados a eso.

Un buen ortodoncista podría haber mejorado su dentadura, pensó Nomuri, pero al igual que otras especialidades burguesas, como la cirugía plástica, no abundaban en Pekín.

—¿Le gustaría ver una demostración de nuestras nuevas tecnologías? —preguntó el agente de campo de la CIA.

—Claro, ¿por qué no? —respondió la secretaria, al parecer ligeramente decepcionada de que no pudiera hacerlo en aquel mismo momento.

—Estupendo, pero necesitaré su autorización para introducir los aparatos en el edificio. Su personal de seguridad, ya me entiende.

¿Cómo pude haberlo olvidado?, vio que se preguntaba la secretaria, con un fuerte parpadeo de enfado consigo misma. Era preferible tenerlo todo previsto.

—¿Basta con su autorización, o debe consultarlo con sus superiores?

El aspecto más vulnerable de un burócrata comunista era su conciencia de la importancia del cargo que ocupaba.

—Sí, desde luego, mi autorización bastará —respondió, con una sonrisa de autosuficiencia.

—Estupendo —sonrió a su vez Nomuri—. Puedo estar aquí con mis aparatos, pongamos... a las diez de la mañana.

—Bien, vaya por la entrada principal. Lo estarán esperando.

—Gracias, camarada Ming —dijo Nomuri, con una pequeña reverencia formal a la joven secretaria, que en su opinión, también era probablemente la amante del ministro.

Esa chica tenía posibilidades, reflexionó mientras esperaba el ascensor, pero por el bien de ambos debería ser cauteloso con ella. Para eso cobraba un generoso salario de Langley, por no mencionar el sueldo principesco que le pagaba Nippon Electric Company, que iba directamente a su bolsillo. Pero aquí lo necesitaba para sobrevivir. Si el coste de la vida era a muy alto para los chinos, todavía era peor para un extranjero, porque todo era y debía ser especial para los forasteros. Los pisos eran especiales y casi con toda seguridad tenían micrófonos ocultos. Incluso la comida que Nomuri compraba en una tienda especial era más cara, pero no le importaba porque

casi con toda certeza era más sana.

China era lo que Nomuri denominaba un país de diez metros. Todo tenía muy buen aspecto a distancia, hasta que uno se acercaba a menos de diez metros. Entonces uno se percataba de que las piezas no encajaban a la perfección. Había descubierto que, entre otras cosas, podía ser particularmente complicado entrar en un ascensor. Con la ropa que usaba confeccionada en Occidente (para los chinos, Japón era un país occidental, lo cual habría parecido cómico a mucha gente, tanto japonesa como occidental), lo catalogaban inmediatamente de qwai, «diablo extranjero», incluso antes de verle la cara. Cuando eso ocurría cambiaban de expresión, unas veces para convertirse en mera curiosidad y otras en franca hostilidad, porque los chinos no eran como los japoneses, no se los había educado tan concienzudamente para ocultar sus sentimientos, o puede que no les importara un comino, pensaba el agente de la CIA tras su propio rostro impasible. Había aprendido la táctica durante su estancia en Tokio y la había aprendido bien, lo cual explicaba, tanto el hecho de que tuviera un buen trabajo en NEC como que nunca lo hubieran descubierto en su trabajo de campo.

El ascensor funcionaba bastante bien, pero daba la sensación de que tenía algún fallo. Puede que, una vez más, porque las piezas no encajaban a la perfección. Nomuri no había tenido esa sensación en Japón. A pesar de todos sus defectos, los japoneses eran ingenieros competentes. Lo mismo ocurría en Taiwan, pero tanto Taiwan como Japón tenían un sistema capitalista, que premiaba las buenas prestaciones con contratos, beneficios y buenos salarios para los obreros que hacían un buen trabajo. La República Popular China todavía lo estaba aprendiendo. Exportaban mucho, pero hasta ahora las mercancías que mandaban al extranjero eran bastante sencillas (como zapatillas de tenis), o estaban fabricadas ajustándose estrictamente a modelos elaborados en otro lugar y luego copiados fielmente aquí en China (como, por ejemplo, aparatos electrónicos). Eso, sin embargo, ya estaba cambiando. Los chinos eran tan listos como cualquiera, e incluso el comunismo sólo podía mantenerlos sometidos hasta cierto punto. Sin embargo, los industriales que empezaban a innovar y ofrecer al mundo productos auténticamente nuevos recibían, en el mejor de los casos, el mismo trato que campesinos inusualmente productivos por parte de sus maestros gubernamentales. Esta no era una idea reconfortante para los hombres útiles, que eran quienes aportaban riqueza a su país y que, de vez en cuando, entre copa y copa, se preguntaban por qué aquellos que se consideraban maestros de su país y de su cultura los trataban como a campesinos inusualmente productivos. Cuando Nomuri salió a la calle y se dirigía hacia donde su coche estaba aparcado se preguntó cuánto duraría aquella situación.

Sabía que aquel programa político y económico era esquizofrénico. Tarde o temprano, los industriales se levantarían y exigirían una voz en la dirección política

de su país. Tal vez, incluso, ya habían empezado dichos susurros. En tal caso, la voz habría llegado a los susurradores de que el árbol más alto es el que se tala para utilizar su madera, el pozo con el agua más dulce es el que antes se agota, y el que grita más fuerte es el primero en ser silenciado. De modo que, quizá, los principales industriales chinos se limitaban a esperar y miraban a su alrededor en los lugares donde se reunían, preguntándose cuál entre ellos sería el primero en arriesgarse y tal vez verse recompensado con la fama, el honor y los recuerdos posteriores de heroísmo o, con mayor probabilidad, su familia recibiría la factura de la bala del 7,62 x 39 necesaria para mandarlo al otro barrio, prometida por Buda pero negada desdeñosamente por el gobierno.

—De modo que todavía no lo han hecho público. Es un poco extraño — reflexionó Ryan.

—Lo es —asintió Ben Goodley.

—¿Tienes idea de por qué ocultan la noticia?

—No, señor..., a no ser que alguien espere sacar algún beneficio de ello, pero exactamente cómo...

—¿Comprando acciones de Atlantic Richfield? Algún constructor de equipos de excavación...

—O simplemente adquiriendo opciones de compra de terreno al este de Siberia —sugirió George Winston—. Claro que eso no es lo que hacen los honorables servidores del pueblo.

Al presidente le entró tanta risa, que tuvo que dejar el café sobre la mesa para no derramarlo.

—Ciertamente no, en esta administración —señaló el presidente.

Una de las suertes de los medios de comunicación respecto al equipo de Ryan era que muchos de sus miembros no fueran «trabajadores», sino plutócratas de mayor o menor magnitud. La prensa parecía tener la impresión de que el dinero se limitaba a aparecer milagrosamente en las manos de algunos afortunados... o mediante alguna actividad criminal secreta y silenciosa. Pero nunca como fruto del trabajo. La fuente de la riqueza no era el trabajo, sino alguna otra cosa nunca especificada, pero siempre sospechosa, lo cual constituía el más antiguo de los prejuicios políticos.

—Sí, Jack —rio a su vez Winston—. Somos suficientemente ricos para permitirnos el lujo de ser honrados. Además, ¿quién diablos necesita un yacimiento petrolífero o una mina de oro?

—¿Alguna novedad en un campo u otro?

Goodley movió la cabeza.

—No, señor. La información inicial se va confirmando. Ambos descubrimientos son grandes. Especialmente el petróleo, pero también el oro.

—Lo del oro alterará de algún modo el mercado —dijo el secretario de la

Tesorería—, según la rapidez con que se incorpore. Incluso puede obligarnos a tener que cerrar nuestra mina en Dakota.

—¿Por qué? —preguntó Goodley.

—Si el descubrimiento ruso es tan bueno como sugieren los datos, producirán oro por un coste aproximadamente un veinticinco por ciento inferior al nuestro, a pesar de las condiciones ambientales. La reducción consecuente del precio mundial del oro hará que la operación de Dakota no sea rentable —respondió Winston, encogiéndose de hombros—. Entonces pararán la producción y esperarán a que suba de nuevo el precio. Probablemente, después de la euforia productiva inicial, nuestros amigos rusos reducirán el ritmo para obtener sus beneficios de una forma más ordenada. Lo que ocurrirá es que otros productores, principalmente sudafricanos, se reunirán con ellos para aconsejarles el modo de explotar el yacimiento con mayor eficacia. Normalmente, los novatos suelen seguir los consejos de los veteranos. Los rusos coordinan la producción de diamantes con De Beers desde hace mucho tiempo, desde la época en que el país se llamaba Unión Soviética. Los negocios son los negocios, incluso para los comunistas. ¿Vas a ofrecerles nuestra ayuda a los amigos de Moscú? —preguntó, dirigiéndose al presidente.

Ryan movió la cabeza.

—Todavía no puedo. No puedo revelarles que lo sabemos. Sergey Nikolay'ch empezaría a preguntarse cómo lo hemos averiguado, probablemente acabaría por descubrir SIGNIT, y ése es un método de obtener información que procuramos mantener en secreto.

Ryan era perfectamente consciente de que con toda probabilidad era una pérdida de tiempo, pero el juego tenía sus reglas y todo el mundo las respetaba. Golovko podía imaginárselo por los indicios, pero nunca lo sabría con certeza. Probablemente nunca dejaré de ser un espía, reconoció el presidente para sus adentros. Guardar secretos era algo muy natural para él, demasiado natural, según solía advertirle Arnie Van Damm. Se suponía que un gobierno democrático moderno debía ser más abierto, como una cortina desgarrada en el dormitorio que permitiera a la gente mirar cuando lo deseara. Esa era una idea con la que Ryan nunca había llegado a simpatizar. Él era quien decidía qué y cuándo el pueblo estaba autorizado a saber. Era un punto de vista al que se aferraba incluso cuando sabía que estaba equivocado, por la única y simple razón de haber aprendido el funcionamiento de la administración gubernamental de la mano de un almirante llamado James Greer. Era difícil cambiar las viejas costumbres.

—Llamaré a Sam Sherman de Atlantic Richfield —sugirió Winston—. Si me lo comunica, será del dominio público, o por lo menos suficientemente público.

—¿Podemos confiar en él?

Winston asintió.

—Sam respeta siempre las reglas del juego. No podemos pedirle que traicione a

su propia junta, Jack, pero sabe cuál es su bandera.

—De acuerdo, George, una investigación discreta.

—Sí, señor. De acuerdo, señor presidente.

—¡Maldita sea, George!

—Jack, ¿cuándo aprenderás a relajarte en este jodido cargo que ocupas? —preguntó el secretario de la Tesorería.

—El día en que abandone este condenado museo y me convierta de nuevo en un hombre libre —respondió sumisamente Ryan.

Winston tenía razón. Debía aprender a mantener la calma en su cargo de presidente. Además, ponerse nervioso con la parafernalia del cargo no era beneficioso para él, ni especialmente provechoso para el país. Eso también daba pie a que el secretario de la Tesorería lo fastidiara, y George Winston era una de esas personas a quien le encantaba hacerlo... tal vez porque en definitiva lo ayudaba a relajarse, pensó Ryan.

—George, ¿por qué crees que debería relajarme en el trabajo?

—Porque tu trabajo, Jack, consiste en ser eficaz, y estar siempre nervioso no ayuda demasiado. Responde con un puñetazo, muchacho, puede que incluso llegue a gustarte algún aspecto del trabajo.

—¿Como qué?

—Maldita sea —exclamó Winston, encogiéndose de hombros, mientras movía la cabeza en dirección a la oficina de las secretarías—. Ahí hay un montón de chicas atractivas.

—De eso ya ha habido bastante —replicó Ryan, enojado, antes de lograr relajarse y sonreír un poco—. Además, estoy casado con una cirujana. Si cometo un pequeño error, tal vez un día podría despertar sin algún órgano importante de mi cuerpo.

—Sí, supongo que no sería bueno para el país que le amputaran la polla al presidente. Tal vez dejarían de respetarnos —dijo Winston, después de ponerse de pie—. Debo regresar al otro lado de la calle y examinar unos modelos económicos.

—¿Qué tal va la economía? —preguntó el presidente.

—Ninguna queja por mi parte, ni tampoco por parte de Mark Gant. Siempre y cuando al canciller federal no se le ocurra tocar el tipo de interés, pero no creo que lo haga. La inflación está bastante baja y no detecto ninguna presión ascendente.

—¿Ben?

Goodley consultó sus notas, como si hubiera olvidado algo.

—Ah, sí. ¿No es asombroso que el papa haya nombrado un nuncio para la República Popular China?

—Es curioso. ¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Winston de camino a la puerta, después de detenerse.

—El nuncio es esencialmente un embajador. La gente olvida que el Vaticano es

un estado soberano por derecho propio y tiene todo el boato de una nación. Eso incluye representación diplomática. Un nuncio no es más que eso, un embajador... y un espía —agregó Ryan.

—¿En serio? —preguntó Winston.

—George, el Vaticano tiene el servicio de espionaje más antiguo del mundo. De varios siglos de antigüedad. Y el nuncio recoge información que manda a su sede, porque la gente habla con él. ¿Quién mejor que un cura para contarle cualquier cosa? Son tan buenos obteniendo información, que en varias ocasiones hemos intentado intervenir sus comunicaciones. En los años treinta, esto provocó la dimisión de un criptógrafo decano del Departamento de Estado —explicó Ryan, convertido de nuevo en profesor de historia.

—¿Todavía lo hacemos? —preguntó Winston, dirigiéndose a Goodley, asesor presidencial de seguridad nacional. Goodley miró primero a Ryan y éste asintió.

—Sí, señor. En Fort Meade se siguen inspeccionando sus mensajes. Sus códigos son un poco anticuados y logramos descifrarlos.

—¿Y los nuestros?

—El sistema actual se denomina TAPDANCE. Es totalmente azaroso y, por consiguiente, teóricamente indescifrable, a no ser que alguien meta la pata y use de nuevo un segmento ya utilizado, pero con aproximadamente seiscientos cuarenta y siete millones de transposiciones en cada CD-ROM diario, no es muy probable que ocurra.

—¿Y nuestros servicios telefónicos?

—¿El STU? —preguntó Goodley, y Ryan asintió—. Es un sistema informatizado, con una clave de codificación de doscientos cincuenta y seis kas generada por ordenador. Puede descifrarse, pero se necesita un ordenador, el algoritmo adecuado y, al menos, un par de semanas. Además, cuanto más breve es el mensaje, más difícil es de descifrar, en lugar de a la inversa. Los muchachos de Fort Meade utilizan ecuaciones de física cuántica para descifrar códigos, y evidentemente obtienen cierto éxito, pero si quieren una explicación, tendrán que preguntárselo a otro. Yo ni siquiera fingí que escuchaba —reconoció Goodley—. Está tan fuera de mi alcance, que no llego ni a vislumbrar los cimientos.

—Llama a tu amigo Gant —sugirió Ryan—. Parece ser bastante ducho con los ordenadores. Por cierto, podrías hablarle de esos sucesos en Rusia. Tal vez pueda modelar los efectos que surtirán en la economía rusa.

—Sólo si todos respetan las reglas del juego —advirtió Winston—. Si prevalece la corrupción que ha caracterizado su economía durante los últimos años, es imposible hacer ningún pronóstico, Jack.

—No podemos permitir que suceda de nuevo, camarada presidente —dijo Sergey Nikolay'ch, con media copa de vodka en la mano.

Era todavía el mejor licor de su género en el mundo, aunque fuera el único producto ruso del que pudiera decirse tal cosa. Esa idea lo obligó a fruncir el entrecejo, sólo de pensar en lo que su país se había convertido.

—¿Qué propones, Sergey Nikolay'ch?

—Camarada presidente, esos dos descubrimientos son un auténtico regalo del cielo. Si los utilizamos adecuadamente podemos transformar nuestro país, o por lo menos empezar a hacerlo debidamente. Las ganancias en divisa serán colosales y nos permitirán reconstruir suficientemente nuestra infraestructura para transformar nuestra economía. Siempre y cuando —respondió Nikolay'ch, después de levantar un dedo en son de cautela— no permitamos que unos cuantos ladrones se apoderen del dinero y lo ingresen en Ginebra o Liechtenstein. Allí no nos serviría de nada, camarada presidente.

Golovko no agregó que unas cuantas personas, que ocupaban altos cargos, se beneficiarían considerablemente de aquel asunto. No agregó siquiera que él personalmente era una de ellas, al igual que su presidente. Era pedirle demasiado a alguien que volviera la espalda a semejante oportunidad. La integridad era una virtud más propia de quienes podían permitírsela, y la prensa podía irse al carajo, pensó el espía profesional. ¿Después de todo, qué habían hecho los periodistas por su país, o por cualquier otro? Se limitaban a sacar a la luz el trabajo honrado de unos y el fraudulento de otros, sin hacer gran cosa ellos mismos. Además, ¿no era cierto que se los podía sobornar fácilmente, como a cualquiera?

—¿Quién obtendrá entonces la concesión para explotar esos recursos? —preguntó el presidente ruso.

—En el caso del petróleo, nuestra propia empresa de prospección, junto con la empresa norteamericana Atlantic Richfield. Tienen más experiencia en la producción de petróleo en esas condiciones ambientales y nuestro personal puede aprender mucho de ellos. Yo propondría un acuerdo de pago por servicios prestados, un trato generoso, pero no un porcentaje en el yacimiento propiamente dicho. El contrato de prospección es de este género, ampliamente generoso, pero sin participación alguna en los descubrimientos.

—¿Y el oro?

—Todavía más fácil. Ningún extranjero ha intervenido en ese descubrimiento. El camarada Gogol tendrá una participación en el mismo, evidentemente, pero es un anciano sin herederos y al parecer de gustos muy sencillos. Una cabaña con buena calefacción y un nuevo rifle para cazar probablemente lo harán muy feliz, a juzgar por estos informes.

—¿Y el valor de esta empresa?

—Superior a setenta mil millones. Y lo único que debemos hacer es adquirir maquinaria especializada; la mejor procede de la empresa norteamericana Caterpillar.

—¿Es eso necesario, Sergey?

—Camarada presidente, los norteamericanos son nuestros amigos, en cierto modo, y no estará de más conservar las buenas relaciones con su presidente. Además, su maquinaria pesada es la mejor del mundo.

—¿Mejor que la japonesa?

—Para este propósito, sí, aunque un poco más cara —respondió Golovko, pensando que en realidad las personas eran todas iguales y que, a pesar de la educación que hubieran recibido en su infancia, en todo hombre parecía haber un capitalista que aspiraba a reducir costes e incrementar beneficios, olvidando a menudo los aspectos más generales.

Bueno, después de todo, ¿no era ésa la razón por la que Golovko estaba aquí ahora?

—¿Y quién querrá el dinero?

Sonó una inusual carcajada en el despacho.

—Camarada presidente, todo el mundo quiere tener dinero. Nuestras fuerzas armadas encabezarán la lista.

—Evidentemente —exclamó el presidente ruso, con un suspiro de resignación—. Siempre suelen hacerlo. Por cierto, ¿se sabe algo más del ataque contra tu coche? —preguntó, después de levantar la cabeza.

—No, nada interesante —respondió Golovko, negando con la cabeza—. Actualmente se supone que ese tal Avseyenko era realmente el objetivo y que su coche fuera igual que el mío fue pura coincidencia. La milicia sigue investigando.

—Mantenme al corriente, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, camarada presidente.

V. TITULARES

Sam Sherman era una de esas personas a las que el tiempo no había tratado con cariño, aunque él tampoco ponía mucho de su parte. Era un entusiasta jugador de golf, que se trasladaba en coche de hoyo en hoyo. Estaba demasiado obeso para caminar más de unos centenares de metros todos los días, lo cual era bastante triste, para un ex jugador de los Princeton Tigers. Winston consideraba que era normal que el músculo se convirtiera en grasa si no se utilizaba debidamente. Pero la obesidad de su cuerpo no desmerecía la agudeza de su cerebro. Sherman se había licenciado en el quinto lugar de una promoción que no estaba exactamente formada por memos, después de especializarse en Geología y Economía. A continuación había obtenido un MBA en Harvard y un doctorado en Geología por la Universidad de Texas. Gracias a ello, no sólo podía hablar de minerales con sus exploradores, sino de finanzas con sus directivos, razón por la cual, Atlantic Richfield era una de las empresas petrolíferas más sanas del planeta. Tenía el rostro agrietado por el sol y el polvo, y el vientre abultado por las muchas cervezas compartidas con los obreros de los pozos en numerosos lugares abandonados de la mano de Dios, así como abundantes perros calientes y otras porquerías por el estilo que les encantaban a quienes hacían esa clase de trabajo. A Winston le sorprendió que Sam no fuera también fumador. Pero luego vio una caja de cigarrillos sobre su escritorio; probablemente de calidad. Sherman podía permitirse lo mejor, pero conservaba los exquisites modales de las universidades de la costa este, como para no encender un cigarrillo ante un invitado a quien podría ofender la nube azul que generaba.

La central de Atlantic Richfield estaba en otro lugar, pero al igual que la mayoría de las grandes empresas, disponía también de oficinas en Washington, para poder influir con mayor facilidad en los miembros del congreso con alguna lujosa fiesta de vez en cuando. El elegante despacho personal de Sherman, con una gruesa moqueta beige, estaba en la esquina del piso superior. Su escritorio era de caoba, o de roble añejo, reluciente como el cristal, y probablemente costaba más de lo que ganaba su secretaria en uno o dos años.

—Bueno, George, ¿te gusta trabajar para el gobierno?

—Supone un cambio de ritmo agradable para mi vida. Ahora puedo jugar con todo aquello de lo que antes me quejaba, de modo que supongo que he sacrificado mi derecho a quejarme.

—Eso es un gran sacrificio, amigo mío —respondió Sherman, con una carcajada—. ¿No es como haberse pasado al enemigo?

—Bueno, Sam, a veces hay que pagar, y hacer política como Dios manda puede resultar interesante.

—No me quejo de cómo lo hacéis. Parece que a la economía le sienta bien. De

todos modos —dijo Sherman para cambiar de tema, después de incorporarse en su cómoda butaca, a fin de que su interlocutor se percatara de que su tiempo también era valioso—, tú no has venido para charlar de asuntos superficiales. ¿Qué puedo hacer por ti, señor secretario?

—Rusia.

La mirada de Sherman cambió ligeramente.

—¿Qué quieres saber?

—Tienes un equipo de expertos de alto nivel trabajando con los rusos... ¿han encontrado algo interesante?

—George, me preguntas por algo muy delicado. Si todavía dirigieras Columbus, esto constituiría información interna privilegiada. Maldita sea, ni siquiera yo puedo comprar más acciones ahora, basándome en esa información.

—¿Significa eso que te gustaría hacerlo? —sonrió el secretario.

—Bueno, después de todo, no tardará en ser del dominio público. Si, George. Parece que hemos encontrado el mayor yacimiento petrolífero de todos los tiempos, mayor que el del golfo Pérsico, mayor que el de México, mucho mayor que el de la bahía de Prudhoe y de Canadá occidental unidos. Hablo de algo gigantesco, de miles y miles de millones de barriles de lo que parece crudo de la mejor calidad, simplemente ahí, a la espera de que lo extraigamos de la tundra. Es un yacimiento que mediremos por años de producción, no sólo por barriles.

—¿Mayor que el del golfo Pérsico?

Sherman asintió.

—Del orden del cuarenta por ciento, calculado muy por lo bajo. El único problema es su ubicación. Extraer ese crudo va a ser muy complicado, por lo menos al principio. Hablamos de veinte mil millones de dólares, sólo para el oleoducto. Eso hará que Alaska parezca un proyecto de parvulario, pero valdrá la pena.

—¿Y tu participación? —preguntó el secretario de la Tesorería.

Sherman frunció el entrecejo.

—Eso es lo que estamos negociando ahora. Los rusos parecen querer pagarnos una cantidad fija por nuestro asesoramiento, del orden de mil millones de dólares anuales, aunque ahora hablan de mucho menos, pero ya sabes cómo empiezan esas negociaciones. Hablan de un par de centenares de millones, pero quieren decir mil millones, durante un período de siete a diez años, supongo. Y eso no está mal por lo que hacemos, pero yo quiero un mínimo de un cinco por ciento del yacimiento, lo cual no es una petición descabellada por nuestra parte. Disponen de buen personal en el campo de la geología, pero nadie puede oler el petróleo en el hielo como mi gente y tienen mucho que aprender sobre la explotación de algo semejante. Nosotros tenemos experiencia en esas condiciones ambientales. Nadie sabe tanto como nosotros, ni siquiera los de BP, que son bastante buenos, pero nosotros somos los

mejores del mundo, George. Esa es la ventaja que tenemos sobre ellos. Pueden hacerlo sin nosotros, pero con nuestra ayuda ganarán muchísimo más dinero y mucho más de prisa; ellos lo saben y nosotros sabemos que lo saben. De modo que mis abogados hablan con sus abogados. Bueno, en realidad, quienes negocian en su nombre son diplomáticos —agregó con una mueca—, mucho menos listos que mis abogados.

Winston asintió. De Texas habían salido mejores abogados que de la mayoría del resto de los estados norteamericanos y eso se justificaba diciendo que en Texas había más hombres que precisaban ser asesinados, que caballos que precisaban ser robados. Además, las empresas petrolíferas eran las que mejor pagaban, y en Texas, como en cualquier otro lugar, la gente de talento acudía al lugar donde estaba el dinero.

—¿Cuándo será del dominio público?

—Los rusos intentan mantenerlo en secreto. Algo que sabemos por nuestros abogados es que les preocupa la forma de explotación, en realidad, a quién mantener excluido; ya sabes, su mafia y todo lo demás. Allí tienen problemas muy graves de corrupción y los compadezco...

Winston sabía que podía prescindir de lo que venía a continuación. La industria petrolífera hacía negocios en el mundo entero. Tratar con la corrupción a pequeña escala (diez millones de dólares a lo sumo), o incluso a gran escala (diez mil millones de dólares como mínimo), formaba parte de las operaciones de empresas como la que dirigía Sam Sherman, y el gobierno de Estados Unidos nunca se había inmiscuido demasiado en esos asuntos. Aunque existían estatutos federales que regían la conducta de empresas norteamericanas en el extranjero, muchas de dichas leyes se aplicaban sólo selectivamente y éste era uno de dichos casos. Incluso en Washington, el negocio era el negocio.

—... de modo que procuran mantenerlo en secreto, hasta que hayan podido hacer los tratos pertinentes —concluyó Sherman.

—¿Has oído algo más?

—¿A qué te refieres? —dijo Sherman.

—Algún otro hallazgo geológico —aclaró Winston.

—No, no soy tan ambicioso. No me he expresado con suficiente claridad, George, este yacimiento es enorme. Es...

—Tranquilízate, Sam, soy capaz de sumar tan bien como cualquiera —afirmó el secretario de la Tesorería.

—¿Sabes algo que me convendría saber? —preguntó Sherman, que veía titubear a su interlocutor—. Toma y daca, George. ¿No he sido yo justo contigo?

—Oro —aclaró Winston.

—¿Cuánto?

—No están seguros. Por lo menos, tanto como en Sudáfrica. Puede que más.

—¿En serio? Bueno, ése no es mi campo, pero parece que nuestros amigos rusos tienen un buen año para variar. Me alegro por ellos —dijo Sherman.

—¿Te gustan?

—En realidad, sí. Son muy parecidos a los texanos. Pueden ser buenos amigos, pero también enemigos temibles. Son muy buenos anfitriones y, cielos, saben beber. Ya era hora de que tuvieran un poco de buena suerte; Dios sabe que han tenido mucha mala. Esto va a significar mucho para la economía de su país y casi todo será positivo, especialmente si logran controlar la corrupción y conservan el dinero dentro de sus fronteras, donde les permitirá beneficiarse, en lugar de ir a parar a algún ordenador de un banco suizo. Esa nueva mafia suya... son listos, duros... y dan un poco de miedo. Acaban de cargarse a un conocido mío.

—¿En serio? ¿De quién se trata, Sam?

—Lo llamábamos Grisha. Cuidaba de personas importantes en Moscú. Sabía cómo hacer bien las cosas. Era un buen contacto para necesidades especiales —reconoció Sherman.

Winston tomó nota mental de la información, para investigarla más adelante.

—¿Y lo mataron?

Sherman asintió.

—Sí, lo volaron con un bazuca en plena calle. Lo cubrió la CNN, ¿no lo recuerdas?

La cadena de noticias lo había tratado como un crimen común sin otro significado, salvo por la brutalidad del ataque, y lo olvidaron al día siguiente.

George Winston lo recordaba vagamente y decidió cambiar de tema.

—¿Con qué frecuencia vas tú allí de visita?

—No muy a menudo, dos veces este año. Suelo ir directo en mi G-V desde Reagan o Dallas-Fort Worth. Es un vuelo largo, pero lo hago de un tirón. Todavía no he visto el nuevo yacimiento petrolífero. Supongo que tendré que hacerlo dentro de unos meses, pero esperaré a que el clima sea razonable. Chico, no sabes lo que es el frío hasta que vas tan al norte en pleno invierno. Además, entonces está todo oscuro, por tanto es preferible esperar a que llegue el verano. Pero incluso en el mejor de los casos puedes dejar los palos en casa. En esa parte del mundo no se juega al golf, George.

—Entonces llévate el rifle y caza un oso, con la piel puedes hacerte una buena alfombra —sugirió Winston.

—Dejé la caza. Además, ya tengo tres osos polares. Ese es el número ocho en la escala universal de Boone Crockett —respondió Sherman, al tiempo que señalaba una foto que colgaba de la pared, en la que se veía un oso polar realmente grande—. He engendrado dos hijos sobre esa alfombra —agregó el presidente de Atlantic Richfield, con una pícaro sonrisa.

La piel en cuestión estaba frente a la chimenea de su dormitorio en Aspen, Colorado, donde a su esposa le gustaba esquiar en invierno.

—¿Por qué lo dejaste?

—Mis hijos creen que ya no quedan osos polares. Es toda esa mierda que aprenden ahora en la escuela sobre ecología.

—Sí —dijo compasivamente el secretario de la Tesorería—, con lo estupendas que son las alfombras que se hacen con sus pieles.

—Efectivamente y el caso es que esa piel era una amenaza para algunos de nuestros trabajadores en la bahía de Prudhoe, en el año setenta y cinco, si mal no recuerdo. Lo abatí a sesenta metros con mi Winchester 338. De un solo disparo —afirmó el texano—. Supongo que lo que hay que hacer hoy en día es esperar a que el oso mate a un ser humano y luego limitarte a meterlo en una jaula para trasladarlo a otro lugar, a fin de que el oso no se traumatice demasiado, ¿no es eso?

—Sam, yo soy secretario de la Tesorería. Dejo los pájaros y las mariposas para el Departamento de Protección del Medio Ambiente. No abrazo los árboles, por lo menos hasta que su pulpa se convierte en billetes de banco.

Sherman soltó una carcajada.

—Lo siento, George. No dejo de oír esas bobadas en mi casa. Puede que sea culpa de Disney. Todos los animales salvajes usan guantes blancos y hablan en un perfecto inglés de Iowa.

—Anímate, Sam. Por lo menos ahora no se meten con los superpetroleros como el Valdez. ¿Cuánto te pertenece del yacimiento de Alaska oriental y Canadá occidental?

—Un poco menos de la mitad, pero eso proporcionará leche y galletas a mis accionistas durante mucho tiempo.

—¿De cuántas opciones dispondrás ahora, entre eso y lo de Siberia?

Sam Sherman recibía un buen salario, pero a su nivel los ingresos se medían por el número de opciones sobre las acciones cuyo valor había incrementado gracias a su trabajo, ofrecidas invariablemente por la junta de directores, cuya propia cartera había aumentado de valor por sus esfuerzos.

—Muchas, George —respondió con una sonrisa de complicidad, levantando una ceja—. Muchas.

—La vida de casada le sienta bien, Andrea —comentó el presidente Ryan, con una sonrisa a su agente principal.

Ahora vestía mejor y había cierta alegría en su forma de andar. No estaba seguro de si su piel era más brillante, o puede que sencillamente hubiera cambiado de maquillaje. Jack había aprendido a no hacer ningún comentario sobre el maquillaje femenino; siempre metía la pata.

—No es usted el único que lo dice, señor.

—Uno duda en decirle eso a una mujer adulta, especialmente cuando es tan negado para la moda como yo —sonrió Jack, cuya esposa, Cathy, todavía aseguraba que debía ocuparse de la indumentaria de su marido, porque el único lugar donde tenía gusto era en la boca—. Pero el cambio es muy evidente, para que lo detecte incluso alguien como yo.

—Gracias, señor presidente. Pat es un gran hombre, incluso para un funcionario del FBI.

—¿Qué hace ahora?

—Actualmente está en Filadelfia. El director Murray lo ha mandado a investigar un atraco a un banco, en el que murieron dos policías locales.

—Lo vi la semana pasada por televisión. Un mal asunto. La agente del servicio secreto asintió.

—La forma en que los atracadores mataron a los policías, de un tiro en la nuca, fue muy despiadada, pero existe gente de esa calaña. En todo caso, el director Murray decidió que se ocupara de la investigación un inspector ambulante de la central y eso suele significar que es Pat quien debe hacerlo.

—Dígale que tenga cuidado —dijo Ryan.

El inspector Pat O'Day había salvado la vida de la hija del presidente hacía menos de un año y éste le había quedado eternamente agradecido.

—Lo hago todos los días —aseguró la agente especial Price O'Day.

—Bien, ¿qué hay en la agenda?

Su agenda estaba ya sobre la mesa. Andrea Price O'Day se la comentaba todas las mañanas, después del informe de seguridad nacional de Ben Goodley.

—Nada inusual hasta después del almuerzo. Una delegación de la Cámara de Comercio Nacional a la una y media y a las tres los Detroit Red Wings, que este año han ganado la copa Stanley. Fotografías, televisión, etcétera; durará unos veinte minutos.

—Este acto debería cedérselo a Ed Foley, él es el fanático del hockey...

—Él es un hinchista de los Caps, señor, y los Red Wings derrotaron a los Caps en la final. Puede que el director Foley se lo tome como algo personal —comentó Price O'Day con media sonrisa.

—Es verdad. Bueno, el año pasado conseguimos las camisetas y demás artilugios para su hijo, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Un buen juego, el hockey. Tal vez debería ir a ver algún partido. ¿Sería difícil organizarlo?

—No, señor. Lo tenemos previsto con todas las organizaciones deportivas locales. En Camden Yards disponen incluso de un palco especial para nosotros, que nos permitieron ayudar a diseñar, en lo que concierne a seguridad.

—Sí —refunfuñó Ryan—, no debo olvidar a toda esa gente que querría verme muerto.

—Ese es mi trabajo, señor, no el suyo —dijo Price O’Day.

—Salvo cuando no me permite ir de compras ni ir al cine.

Ni Ryan ni su familia se habían acostumbrado enteramente a las limitaciones impuesta en la vida del presidente de Estados Unidos, o de sus parientes más inmediatos. Era particularmente duro para Sally, que había empezado a salir con un chico (lo cual no fácil de digerir para su padre) y era difícil cortejar con un coche de escolta delante y otro detrás (cuando el joven conducía su propio coche), o en un coche oficial con un conductor y un guardaespaldas armado (cuando no lo hacía), además de personal armado por todas partes. Todo lo cual solía desalentar al joven en cuestión y Ryan no le había dicho a su hija que le parecía bien, para evitar que dejara de hablarle durante por lo menos una semana. La agente principal de Sally Wendy Merritt, había demostrado ser una excelente agente del servicio secreto y una especie de hermana mayor estupenda. Iban de compras por lo menos dos sábados al mes con una escolta reducida, que en realidad no lo era, aunque a Sally Ryan se lo parecía cuando iban a Tyson’s Corner o a las galerías Annapolis con el propósito de gastar dinero, algo para lo que las mujeres parecían tener una predisposición genética. El hecho de que dichas expediciones se hubieran programado con días de antelación, que todos los lugares estuvieran vigilados por el servicio secreto y que un contingente especial de jóvenes agentes, seleccionados por su habilidad para pasar relativamente inadvertidos, precediera su llegada, era algo que nunca se le había ocurrido a Sally Ryan. Era un alivio para ella, después de la irritación que le producían sus problemas para cortejar y de que un comando armado, como ella solía denominarlo, la siguiera a todas partes cuando circulaba por la escuela de Saint Mary en Annapolis. Por otra parte, al pequeño Jack le encantaba y últimamente había aprendido a disparar en la academia del servicio secreto en Beltsville, Maryland, con el permiso de su padre (aunque no había permitido que llegara a oídos de la prensa, para evitar que lo atacaran en la portada del New York Times, por la indiscreción social que suponía alentar a su propio hijo en el contacto con algo tan intrínsecamente perverso como una pistola). El agente principal del pequeño Jack era un muchacho llamado Mike Brennan, irlandés del sur de Boston, agente secreto de tercera generación, pelirrojo y con muy buen humor, que había jugado al béisbol en Holy Cross y jugaba frecuentemente a la pelota con el hijo del presidente en los jardines del sur de la Casa Blanca.

—Nunca le impedimos hacer nada, señor —dijo Price.

—No, son ustedes bastante sutiles —reconoció Ryan—. Saben que me preocupo demasiado por los demás y cuando me cuentan todas sus complicaciones para que yo pueda comprarme una hamburguesa en Wendy’s, suelo cambiar de opinión... como

un pelele.

El presidente movió la cabeza. Nada le asustaba más que la perspectiva de acostumbrarse a lo que él consideraba una retahíla de «tratos especiales». Como si acabara de descubrir que pertenecía a la familia real y apenas se le permitiera limpiarse el culo después de hacer sus necesidades. Indudablemente, algunos de los inquilinos de aquella casa lo habían hecho, pero John Patrick Ryan estaba decidido a evitarlo. Sabía que no era una persona tan especial, ni merecía tanto boato... y además, como todo mortal, cuando despertaba por la mañana, lo primero que hacía era ir al baño. Puede que fuera el ejecutivo en jefe, pero conservaba una vejiga de obrero. Gracias a Dios, pensó el presidente de Estados Unidos.

—¿Dónde está hoy Robby?

—Hoy el vicepresidente está en California, señor, en la base naval de Long Beach, haciendo un discurso en los astilleros. Ryan rio ligeramente entre dientes.

—Le doy mucho trabajo, ¿no es cierto?

—Como corresponde al vicepresidente —respondió Arnie Van Damm desde la puerta—. Y Robbie ya es mayor de edad —agregó el jefe de personal de la Casa Blanca.

—Te han sentado bien las vacaciones —comentó Ryan, después de observar lo moreno que estaba—. ¿Qué has hecho?

—Principalmente estar tumbado en la playa y leer todos los libros a los que no había podido dedicarme. Creí que iba a morir de aburrimiento —agregó Van Damm.

—¿Realmente te gusta esta mierda? —preguntó Jack con cierta incredulidad.

—Es mi trabajo, señor presidente —respondió—. Hola, Andrea —agregó, después de volver la cabeza.

—Buenos días, señor Van Damm —dijo Andrea, antes de dirigirse nuevamente a Jack—. Esto es todo lo que tengo para usted esta mañana. Si me necesita, estaré en mi puesto habitual.

Su despacho estaba en el viejo edificio ejecutivo, al otro lado de la calle, encima del nuevo centro de mando del servicio secreto, llamado JOC, que eran las siglas en inglés de Centro de Operaciones Conjuntas.

—De acuerdo, Andrea, gracias —asintió Ryan, cuando ésta se dirigía a la secretaría y de allí al centro de mando del servicio secreto—. ¿Café, Arnie?

—No es mala idea, jefe —respondió el jefe de personal, al tiempo que se sentaba en su silla habitual y se servía una taza de café.

El café en la Casa Blanca era particularmente bueno, una sabrosa mezcla de colombiano y de Blue Mountain jamaicano, a la que Ryan como presidente podía acostumbrarse con facilidad. Confiaba en encontrar algún lugar donde comprarla, cuando lograra escapar de aquel trabajo.

—Bien, he recibido el informe sobre seguridad nacional y el del servicio secreto.

Ahora hágame de la política del día.

—Maldita sea, Jack, hace ya más de un año que lo intento y todavía no lo asimilas demasiado bien.

Ryan le lanzó una mala mirada, ante el insulto simulado.

—Eso ha sido un golpe bajo, Arnie. He estudiado esa mierda con mucha aplicación, e incluso los malditos periódicos afirman que me desenvuelvo bastante bien.

—La Reserva Federal dirige brillantemente la economía, y eso tiene muy poco que ver contigo. Pero como eres el presidente, se te atribuye el mérito de todo lo bueno que sucede, y es bueno que así sea, pero no olvides que también se te responsabilizará de todo lo malo que suceda, porque tú simplemente estás ahí y el pueblo cree que eres capaz de provocar la lluvia para que se rieguen sus flores y de hacer que salga el sol cuando van de merienda al campo, por el mero hecho de desearlo.

—¿Sabes lo que te digo, Jack? —prosiguió el jefe de personal, después de tomar un sorbo de café—, en realidad no hemos superado la idea de los reyes y las reinas. Mucha gente realmente cree que tienes esa clase de poder personal...

—¿Por qué, Arnie? Ésa no es la realidad.

—Pero las cosas son así, Jack. No tiene por qué tener sentido. Es simplemente así. Acéptalo.

Cómo me gustan estas lecciones, pensó Ryan para sus adentros.

—Bien, ¿hoy es...?

—La Seguridad Social.

—He estado leyendo sobre eso —respondió Ryan, ligeramente relajado—. El tercer raíl de la vida política norteamericana. Tocarlo equivale a perder la vida.

Durante la siguiente media hora hablaron de sus problemas, sus causas y de la responsabilidad del Congreso, hasta que Jack se reclinó en su butaca con un suspiro.

—¿Por qué no aprenden, Arnie?

—¿Qué necesitan aprender? —preguntó Arnie con la sonrisa de un veterano privilegiado, de un ungido por Dios—. Han sido elegidos. ¡Ya deben de saberlo! De lo contrario, ¿cómo habrían llegado a su situación?

—¿Por qué diablos me he permitido a mí mismo seguir en este maldito lugar? —preguntó retóricamente el presidente.

—Porque tuviste un ataque de conciencia y decidiste hacer lo que era justo para tu país, bobo, ésa es la razón.

—¿Por qué tú eres la única persona que puede hablarme de ese modo?

—¿Aparte del vicepresidente? Porque soy tu maestro. Volvamos a la lección de hoy. Este año podríamos dejar a un lado la Seguridad Social. Su situación fiscal es bastante buena para otros siete o nueve años, y eso significa que podrías dejar este

asunto para tu sucesor...

—Eso no es ético, Arnie —replicó Ryan.

—Cierto —respondió el jefe de personal—, pero es una buena política. Se llama no molestar al perro cuando duerme.

—Eso no se hace cuando uno sabe que en el momento en que despierte, le abrirá la yugular al niño de un mordisco.

—Jack, realmente deberías ser rev. Lo harías muy bien —dijo Van Damm, al parecer con auténtica admiración.

—Nadie puede ostentar tanto poder.

—Lo sé. «El poder corrompe y el poder absoluto es, en realidad, bastante agradable», dijo el jefe de personal de uno de tus predecesores.

—¿Y no han ahorcado a ese cabrón por decir eso? —Debemos mejorar ese sentido del humor, señor presidente. Era una broma.

—Lo peor de este trabajo es que realmente veo su faceta humorística. De todos modos, le he dicho a George Winston que inicie un proyecto discreto, para ver lo que podemos hacer respecto a la Seguridad Social. Cuando digo discreto me refiero a secreto, un proyecto que no existe.

—Jack, si tienes una debilidad como presidente, es ésta: demasiado secretismo.

—Pero si haces algo así abiertamente, te machaca la crítica mal informada antes de haber producido nada, al tiempo que te acosa la prensa exigiendo información de la que todavía no dispones, y entonces se la inventan o acuden a algún patán que fragua una sarta de mentiras y te obligan a que respondas.

—Vas aprendiendo —dijo Arnie—. Así es exactamente como funciona el trabajo en esta ciudad.

—Eso no es «trabajo», según ninguna de las definiciones que yo conozco.

—Esto es Washington, ciudad gubernamental. Aquí no está previsto que nada funcione con eficacia. El ciudadano medio quedaría aterrorizado, si el gobierno empezara a funcionar debidamente.

—¿Qué te parece si dimito? —preguntó Ryan, mirando al techo—. Si no puedo conseguir que esta maldita mierda empiece a funcionar, ¿qué coño hago aquí?

—Estás aquí porque el piloto japonés de un 747 decidió irrumpir en la fiesta de la Cámara de Representantes, hace quince meses.

—Supongo que tienes razón, Arnie, pero todavía me siento como un maldito farsante.

—Bueno, Jack, según mis valores tradicionales, eres un farsante.

—¿Valores tradicionales? —preguntó Ryan.

—Ni siquiera Bob Fowler, después de tomar las riendas del estado de Ohio, intentó jugar limpio con tanto ahínco como tú, Jack, y además, acabó por sucumbir al sistema. Tú no lo has hecho todavía y eso es lo que me gusta de ti. O mejor dicho, eso

es lo que al ciudadano medio le gusta de ti. Puede que sus puntos de vista no coincidan con los tuyos, pero todo el mundo sabe que te esfuerzas enormemente y están seguros de que no eres corrupto. Y no lo eres. Y ahora volvamos a la Seguridad Social.

—Le he dicho a George que forme un pequeño grupo, que les tome juramento y que hagan varias recomendaciones, por lo menos, una de ellas de carácter enteramente extraoficial.

—¿Quién dirige el grupo?

—Mark Gant, el asesor técnico de George.

El jefe de personal reflexionó unos instantes.

—Menos mal que lo mantienes en secreto. Ese individuo no es del agrado del Capitolio. Demasiado listillo.

—¿Y ellos no lo son? —preguntó el presidente.

—Fuiste ingenuo en ese sentido, Jack. Intentaste que salieran elegidas personas que no eran políticos, y lo lograste a medias. Muchas de ellas eran personas normales, pero no tuviste en cuenta la naturaleza seductora de la vida al servicio de un gobierno democrático. El dinero no es espectacular, pero sí lo son las ventajas adicionales y a mucha gente le gusta que la traten como a un príncipe. A muchas personas les gusta imponer su voluntad al mundo. Las personas que estaban antes allí, las que aquel piloto congeló en sus asientos, también habían empezado actuando de buena fe, pero la naturaleza del trabajo te seduce y te atrapa. En realidad, el error que cometiste fue permitirles que conservaran su personal. Francamente, el problema en la cámara no es con los jefes, sino con el personal. Constantemente tienen más de diez personas a su alrededor que les repiten lo maravillosos que son y, tarde o temprano, empiezan a creerse esa basura.

—No se te ocurra hacer eso conmigo.

—No, en esta vida —afirmó Arnie, cuando se levantaba para retirarse—. Asegúrate de que el secretario Winston me mantenga informado respecto al proyecto de la Seguridad Social.

—Ninguna filtración —ordenó categóricamente Ryan.

—¿Yo? ¿Filtraciones? —exclamó Van Damm, con las manos abiertas y expresión de inocencia.

—Sí, Arnie, tú.

Cuando se cerró la puerta, el presidente se preguntó si Arnie habría sido un buen espía. Mentía con la credibilidad de un cura de confianza y era capaz de albergar en su mente simultáneamente toda clase de ideas contradictorias, como los mejores malabaristas circenses, sin que ninguna se le cayera al suelo. Actualmente Ryan era el presidente, pero el miembro de la administración al que no podía reemplazar era el jefe de personal, que había heredado de Bob Fowler a través de Roger Durling...

No obstante, Jack se preguntaba hasta qué punto lo manipulaba aquel funcionario. Francamente, no lo sabía y eso lo inquietaba ligeramente. Confiaba en Arnie, pero lo hacía porque no tenía otra alternativa. Jack no habría sabido qué hacer sin él... ¿pero era eso positivo?

Probablemente, no, reconoció Ryan mientras hojeaba su agenda, pero tampoco lo era estar aquí en el despacho oval y Arnie, en el peor de los casos, era uno más de los aspectos desagradables de aquel trabajo, y en el mejor de los casos era escrupulosamente honrado, muy trabajador y enteramente dedicado al servicio público... como todo el mundo en la ciudad de Washington, agregó el cinismo de Ryan.

VI. EXPANSIÓN

Moscú lleva ocho horas de adelanto respecto a Washington, lo cual enoja a los diplomáticos porque, o van un día por detrás de los acontecimientos, o el desfase sincrónico con su reloj corporal es excesivo para desempeñar debidamente sus funciones. Esto suponía un problema mayor para los rusos, ya que a las cinco o las seis de la tarde, la mayoría habían tomado unas cuantas copas y dada la rapidez relativa de los intercambios diplomáticos, ya había empezado a anochecer en Moscú cuando los diplomáticos norteamericanos concluían sus «almuerzos de trabajo» y mandaban una declaración, un comunicado o simplemente una carta de respuesta, a lo que los rusos hubieran planteado el día anterior. En ambas capitales, evidentemente, había un equipo que trabajaba de noche, para evaluar los asuntos en su momento. Estaba compuesto por subalternos, o en el mejor de los casos de funcionarios a punto de ser promocionados, que siempre debían decidir cuál de las siguientes posibilidades era peor: despertar a su jefe en plena noche para algo que no merecía la pena o esperar a comunicarle al ministro o al secretario algo que habría querido saber ¡inmediatamente! Más de un porvenir había triunfado o fracasado a raíz de dichas aparentes minucias.

Este caso en particular no pondría en peligro la carrera de ningún diplomático. Eran las seis y cuarto de un día primaveral en Rusia, con el sol alto en el firmamento, en perspectiva de las «noches blancas» por las que Rusia es justamente famosa.

—Dime, Pasha —dijo el teniente Provalov, que era quien interrogaba ahora a Klusov en lugar de Shablikov.

Este caso era demasiado importante para dejarlo en manos de cualquier otro y, además, nunca había confiado realmente en Shablikov, cuyo nivel de corrupción era un poco excesivo.

Pavel Petrovich Klusov no era exactamente un modelo de la calidad de vida en la nueva Rusia. Con un metro sesenta y cinco escaso de altura, pero casi noventa kilos de peso, era un hombre cuyas calorías emergían en forma líquida, mal afeitado cuando se molestaba en hacerlo y con una relación con el jabón menos íntima de lo deseable. Tenía los dientes torcidos, amarillos de no lavárselos y cubiertos de una capa de nicotina, debido a los cigarrillos baratos y sin filtro de elaboración local que fumaba. Tenía unos treinta y cinco años y, a juicio de Provalov, un cincuenta por ciento de probabilidades de alcanzar los cuarenta y cinco. Evidentemente, no supondría una gran pérdida para la humanidad. Klusov era un ladronzuelo de poca monta, que carecía incluso del talento, o del valor necesario, para cometer un delito importante. Pero conocía a quienes los cometían y, evidentemente, también a juicio del teniente de la milicia, deambulaba como un perrito en su entorno y les ofrecía pequeños servicios, como ir en busca de una botella de vodka. Pero Klusov tenía

oído, que era algo que pasaba curiosamente inadvertido a mucha gente, especialmente a los delincuentes.

—Avseyenko fue asesinado por dos individuos de San Petersburgo. Desconozco sus nombres, pero creo que fueron contratados por Klementi Ivan'ch Suvorov. Tengo entendido que los asesinos, de cerca de cuarenta años, son ex soldados del Spetsnaz, con experiencia en Afganistán. Uno es rubio y el otro pelirrojo. Después de asesinar a Grisha, regresaron al norte antes del mediodía en un vuelo de Aeroflot.

—Muy bien, Pasha. ¿Has visto sus caras?

Klusov movió la cabeza.

—No, camarada teniente. Lo he sabido gracias a... alguien a quien conozco en una taberna —respondió, al tiempo que encendía un cigarrillo con la colilla del anterior.

—¿Dijo tu contacto por qué nuestro amigo Suvorov había ordenado el asesinato de Avseyenko?

¿Y quién diablos era Klementi Ivan'ch Suvorov?, se preguntó el policía. Nunca había oído ese nombre, pero no quería que Klusov lo supiera todavía. Era preferible parecer omniscio.

El confidente se encogió de hombros.

—Ambos habían pertenecido al KGB, puede que se guardaran rencor.

—¿Qué hace ahora Suvorov exactamente?

Klusov se encogió nuevamente de hombros.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Tengo entendido que vive bien, pero nadie conoce la fuente de sus ingresos.

—¿Cocaína? —preguntó el policía.

—Es posible, pero no estoy seguro.

Lo bueno de Klusov era que no se inventaba las cosas. El teniente de la milicia estaba convencido de que, la mayor parte del tiempo, contaba (relativamente) la verdad sin ornamentos.

A Provalov ya le daba vueltas la cabeza. Un ex agente del KGB había contratado a dos ex soldados del Spetsnaz, para asesinar a otro ex agente del KGB especializado en la explotación de mujeres. ¿Le habría propuesto ese tal Suvorov su cooperación a Avseyenko para un negocio de drogas? Al igual que a la mayoría de los policías moscovitas, nunca habían llegado a gustarle los agentes del KGB. La mayor parte del tiempo actuaban como soberbios matones, demasiado obsesionados con su propio poder para investigar debidamente, salvo con los extranjeros, a quienes debían tratar con la delicadeza propia de una conducta civilizada, para evitar malos tratos a ciudadanos soviéticos, o aún peor, a diplomáticos soviéticos, en otros países.

Pero eran muchos los agentes que el KGB había despedido y muy pocos los que se dedicaban a trabajos de ínfima importancia. Habían recibido formación en el arte

de la conspiración, muchos de ellos habían viajado por el extranjero y habían conocido a muchas personas, a la mayoría de las cuales Provalov estaba convencido de que podían persuadir para llevar a cabo operaciones ilegales con el incentivo adecuado, que invariablemente significaba dinero. Por dinero la gente hacía cualquier cosa, como sabía todo agente de policía en cualquier país del mundo.

Suvorov. Debo localizar ese nombre —se dijo el teniente de la milicia, mientras sorbía un trago de vodka—. Examinar su historial, determinar su experiencia y obtener una fotografía. Suvorov, Klementi Ivan'ch.

—¿Algo más? —preguntó el teniente.

Klusov movió la cabeza.

—Esto es todo lo que he descubierto.

—Bueno, no está mal. Vuelve a trabajar y llámame cuando hayas descubierto algo más.

—Sí, camarada teniente —respondió el confidente, cuando se levantaba para retirarse.

Se marchó sin pagar la cuenta, pero al policía no le importó hacerse cargo de la misma. Oleg Gregoriyevich Provalov había pertenecido el tiempo suficiente a la policía, como para comprender que podía haber descubierto algo importante. Evidentemente, uno no podía estar seguro en ese momento, no hasta examinar todas las opciones y callejones sin salida, para lo cual se necesitaba cierto tiempo... pero si acababa por descubrir algo importante, habría valido la pena. De lo contrario, sería otro callejón sin salida, muy frecuentes en el trabajo policial.

Provalov pensó en que no le había preguntado a su confidente quién le había facilitado esa información. No lo había olvidado, pero tal vez se había dejado embaucar ligeramente por las descripciones de los supuestos ex soldados del Spetsnaz que habían cometido el asesinato. Tenía sus descripciones en la mente y sacó su cuaderno para tomar nota. Rubio y pelirrojo, experiencia en Afganistán, ambos domiciliados en San Petersburgo, regresaron en avión a su ciudad poco antes del mediodía, el día del asesinato de Avseyenko. Comprobaría el número de vuelo y examinaría los nombres de los pasajeros en los nuevos ordenadores que usaba Aeroflot para incorporarse al sistema global de billetes, luego lo cotejaría con la lista en su propio ordenador de delincuentes conocidos y supuestos, así como con los ficheros del ejército. Si obtenía algún resultado, mandaría a alguien para hablar con los tripulantes del vuelo de Moscú a San Petersburgo y comprobar si alguna persona los recordaba. Luego se ocuparía de que la milicia de San Petersburgo investigara discretamente a esos sujetos, sus domicilios, antecedentes si los tenían y un examen minucioso de su historial, que conduciría posiblemente a un interrogatorio. Puede que no lo dirigiera personalmente, pero estaría presente como observador para obtener su impresión de los presuntos implicados, porque era imprescindible poder mirarlos a

los ojos, ver cómo hablaban, cómo se sentaban, si estaban o no nerviosos, si miraban a los ojos del interrogador o si su mirada deambulaba por la sala. Si fumaban, daban caladas rápidas y nerviosas o lentas y desdeñosas... o con simple curiosidad, como lo harían si fueran inocentes de ese cargo, o tal vez de otro.

El teniente de la milicia pagó la cuenta del bar y salió a la calle.

—Debes elegir un lugar mejor para tus reuniones, Oleg —sugirió una voz a su espalda que le era familiar.

Provalov volvió la cabeza para verle la cara.

—Es una gran ciudad, Mishka, con muchas tabernas y la mayoría mal iluminadas.

—Y yo he encontrado la tuya, Oleg Gregoriyevich —respondió Reilly—. Dime, ¿qué has descubierto?

Provalov resumió lo que acababa de averiguar.

—¿Dos tiradores del Spetsnaz? Supongo que tiene sentido. ¿Cuánto costaría eso?

—No sería barato. Supongo que unos cinco mil euros, o algo por el estilo —especuló el teniente, cuando caminaban por la calle.

—¿Y quién podría permitirse derrochar tanto dinero?

—Un delincuente moscovita, Mishka. Como bien sabes, hay centenares de hombres que podrían permitírselo, y Rasputín no era el más popular de los seres humanos. Por cierto, tengo otro nombre: Suvorov, Klementi Ivan'ch.

—¿Quién es?

—No lo sé. Es un nombre nuevo para mí, pero Klusov hablaba como si debiera conocerlo bien. Es extraño que no lo conozca —reflexionó Provalov en voz alta.

—Ocurre. También me ha sucedido que algún listillo apareciera de la nada. ¿Vas a investigarlo?

—Sí, comprobaré el nombre. Evidentemente, también es un ex agente del KGB.

—Son muchos —reconoció Reilly, mientras conducía a su amigo al bar de un nuevo hotel.

—¿Qué harás cuando se desintegre la CIA? —preguntó Provalov.

—Reírme —prometió el agente del FBI.

La ciudad de San Petersburgo era conocida por algunos como la Venecia del norte, por los ríos y canales que la surcaban, aunque su clima, sobre todo en invierno, difícilmente podía haber sido más diferente. Y fue en uno de dichos ríos donde apareció la próxima pista.

Un transeúnte lo vio por la mañana cuando se dirigía al trabajo, se acercó a un miliciano en la próxima esquina, señaló el lugar y el policía miró por encima de la verja de hierro al lugar indicado.

No se veía gran cosa, pero el policía tardó sólo un segundo en percatarse de lo que era y lo que significaba. No era basura, ni un animal muerto, sino un cráneo humano de pelo rubio o castaño claro. Suicidio o asesinato, algo que debería

investigar la policía local. El miliciano se acercó a la cabina telefónica más próxima para llamar a la central y a los treinta minutos apareció un coche, seguido poco después de una furgoneta negra. Entonces, el miliciano había fumado ya dos cigarrillos al aire fresco de la mañana, sin dejar de mirar al agua de vez en cuando, para asegurarse de que el objeto no había desaparecido. Los recién llegados eran detectives, de la brigada urbana de Homicidios. Los dos ocupantes de la furgoneta que llegó a continuación eran conocidos como técnicos, aunque en realidad habían recibido su formación en el departamento urbano de Obras Públicas, que significaba en realidad agua y alcantarillado, pero eran empleados de la milicia local. Después de mirar por encima de la verja, decidieron que la recuperación del cadáver sería físicamente difícil, aunque rutinaria. Colocaron una escalera y el más joven, ataviado con un mono impermeable y unos gruesos guantes de goma, descendió hasta agarrar el cuello sumergido, mientras su compañero observaba y tomaba unas fotos con una máquina barata, y los tres policías observaban fumando a pocos metros de distancia. Fue entonces cuando tuvieron la primera sorpresa.

El procedimiento habitual consistía en sujetar una correa flexible bajo los brazos del cadáver, como las utilizadas por los helicópteros de rescate, para poder levantar el cuerpo con un cabrestante. Pero cuando intentó colocar la correa alrededor del cuerpo, uno de sus brazos permanecía inmóvil y después de varios desagradables minutos de esfuerzos para levantarlo, acabó por comprobar que estaba esposado a otro brazo.

La revelación hizo que ambos detectives arrojaran sus cigarrillos al agua. Probablemente no se trataba de un suicidio, ya que esa forma de morir no solía ser un deporte de equipo. La rata de cloaca —pues así consideraban los policías a sus casi compañeros— tardó otros diez minutos en colocar la correa en su lugar, luego subió por la escalera y empezó a izar el cadáver con el cabrestante.

Quedó claro en un momento. Eran dos hombres, no muy mayores, ni mal vestidos. A juzgar por la distorsión y la desfiguración de sus rostros, hacía varios días que habían muerto. El agua estaba fría y había retrasado la proliferación y el hambre de las bacterias que devoran la mayoría de los cadáveres, pero los efectos de la propia agua en los cuerpos eran difíciles de contemplar con el estómago lleno y aquellos dos rostros tenían el aspecto de... muñecos Pokemon, pensó uno de los detectives, tan horribles y perversos como los que le gustaban a uno de sus hijos. Las dos ratas de cloaca colocaron los cadáveres en bolsas de plástico, para su traslado al depósito donde se practicarían las autopsias. Todavía no sabían nada, salvo que estaban realmente muertos. Parecía que no habían sido mutilados y la mugre general de los cadáveres impedía ver si tenían algún agujero de bala o herida de arma blanca. De momento tenían lo que los norteamericanos llamaban dos «fulanos», uno de pelo rubio o castaño claro y otro que parecía pelirrojo. A juzgar por su aspecto, habían

estado en el agua tres o cuatro días. Y probablemente habían muerto juntos, puesto que estaban esposados, a no ser que uno hubiera matado al otro antes de quitarse su propia vida, en cuyo caso, uno o ambos podían haber sido homosexuales, pensó el más cínico de los detectives. Al policía uniformado se le ordenó rellenar los informes pertinentes en su comisaría, donde el miliciano pensó que estarla cómodo y caliente. No había nada como encontrar uno o dos cadáveres, para convertir un día frío en un día más frío todavía.

El equipo de recuperación de cadáveres cargó las bolsas en la furgoneta, para trasladarlas al depósito. Las bolsas no estaban propiamente cerradas debido a las esposas, y los cadáveres yacían uno junto al otro en el suelo de la furgoneta, con las manos perversamente unidas como amantes en la muerte... ¿al igual que en vida?, pensó en voz alta uno de los detectives en su coche. Su compañero se limitó a refunfuñar y siguieron su camino.

Era un día afortunadamente tranquilo en el depósito de cadáveres de San Petersburgo. El doctor Aleksander Koniev, patólogo de guardia, estaba en su despacho leyendo una revista médica, aburrido por la inactividad de la mañana, cuando se recibió la llamada de un posible doble asesinato. Los asesinatos eran siempre interesantes y Koniev era un entusiasta de las novelas de misterio, en su mayoría importadas de Inglaterra y Norteamérica, que además le resultaban útiles para mejorar sus conocimientos lingüísticos. Esperaba en la sala de autopsias cuando llegaron los cadáveres, los colocaron sobre unas camillas en la entrada y los introdujeron juntos en la sala. El patólogo tardó unos instantes en comprender por qué iban juntas las camillas.

—¿Entonces los ha matado la Milicia? —preguntó, con una sonrisa sardónica.

—Oficialmente, no —respondió en el mismo tono el detective en jefe, que conocía a Koniev.

—Muy bien —dijo el doctor, antes de conectar el magnetófono—. Tenemos dos cadáveres masculinos, todavía completamente vestidos. Parece que ambos han estado sumergidos en el agua. ¿Dónde los han encontrado? —preguntó, levantando la cabeza para mirar a los policías, que le respondieron—. Sumergidos en agua dulce en el Neva. A primera vista, calculo que han estado sumergidos tres o cuatro días después de muertos —prosiguió, mientras palpaba ambas cabezas con sus manos enguantadas—. ¡Ah! —exclamó—. Ambas víctimas parecen haber recibido disparos. Ambos cadáveres tienen lo que parecen ser agujeros de hala en el centro de la región occipital. La impresión inicial es que se trata de balas de pequeño calibre. Más adelante lo comprobaremos. Yevgeniy —agregó después de levantar la cabeza, dirigiéndose ahora a su propio ayudante—, desnúdalos y guarda la ropa en una bolsa, para inspeccionarla más tarde.

—Sí, camarada doctor —respondió el ayudante, antes de apagar su cigarrillo y

acercarse con las herramientas.

—¿Ambos son víctimas de disparos? —preguntó el segundo detective.

—En el mismo lugar de la cabeza —confirmó Koniev—. Por cierto, curiosamente los esposaron después de muertos. No hay ningún morado aparente en las muñecas. ¿Por qué hacerlo luego? —se preguntó el patólogo.

—Para mantener los cuerpos unidos —pensó en voz alta el detective en jefe.

¿Pero por qué sería eso importante?, reflexionó para sus adentros. ¿Tenían los asesinos, o el asesino, un exagerado sentido de la pulcritud? Sin embargo, había investigado suficientes homicidios para saber que uno no podía explicar plenamente todos los asesinatos que resolvía, ni mucho menos los que acababa de descubrir.

—Bueno, ambos estaban en forma —afirmó Koniev, cuando su ayudante acabó de quitarles la ropa—. ¿Veamos qué es eso? —prosiguió mientras observaba el brazo izquierdo del rubio y luego el del otro cadáver—. Ambos llevan el mismo tatuaje.

El detective en jefe se acercó para mirar, pensando al principio que tal vez su compañero tuviera razón y en aquel caso hubiera un elemento sexual, pero...

—Spetsnaz, la estrella roja y la centella, estos dos estuvieron en Afganistán. Anatoliy, mientras el doctor lleva a cabo la autopsia, vamos a examinar la ropa de los cadáveres.

Así lo hicieron y en media hora comprobaron que ambos llevaban ropa bastante cara, pero sin ninguna clase de identificación. Eso no tenía nada de inusual en semejantes circunstancias, pero los policías, como cualquiera, preferían el camino fácil. No llevaban cartera, documentos de identidad, billetes de banco, cadena de llavero, ni siquiera aguja de corbata. Pero podrían seguir la pista de las etiquetas de la ropa y, puesto que nadie les había amputado las puntas de los dedos, podrían utilizar también las huellas dactilares para su identificación. Los autores de aquel doble asesinato habían sido suficientemente listos para negarles a la policía cierta información, pero no toda.

¿Qué significaba eso?, se preguntó el detective en jefe. La mejor forma de impedir la investigación de un asesinato consistía en hacer desaparecer el cadáver. Sin cadáver no había prueba de la muerte y, por consiguiente, ninguna investigación criminal. Se limitaba a un caso de persona desaparecida, que podía haber huido con otra mujer u otro hombre, o que simplemente había decidido empezar una nueva vida en otro lugar. Y deshacerse de un cadáver no era tan difícil, si uno se limitaba a pensar un poco. Afortunadamente, la mayoría de los asesinatos, sin llegar a serlo enteramente, eran casi impulsivos y la mayoría de los asesinos eran tan idiotas como para sellar su propia suerte hablando demasiado.

Pero no en esta ocasión. Si se hubiera tratado de un crimen sexual, ahora probablemente ya habría oído algo al respecto. Esa clase de crímenes eran prácticamente proclamados a los cuatro vientos por sus propios perpetradores, con el

perverso anhelo de asegurar su propia detención y convicción, porque los que cometían esa clase de crímenes parecían incapaces de mantener la boca cerrada sobre cualquier cosa.

No, este doble asesinato mostraba todos los indicios de un crimen profesional. Ambos asesinados del mismo modo y luego esposados... probablemente para ocultar mejor o durante más tiempo los cadáveres. No había ningún indicio de resistencia en sus cuerpos, a pesar de que ambos eran claramente fuertes, adiestrados y peligrosos. Los habían cogido a ambos de improviso y eso solía significar que había sido alguien a quien conocían y en quien confiaban. Por qué los delincuentes confiaban en los de su calaña era algo que ninguno de los detectives alcanzaba a comprender. «Lealtad» era una palabra que apenas podían deletrear y mucho menos un principio al que cualquiera de ellos fuera capaz de adherirse... sin embargo, los delincuentes hacían gala de la misma.

Mientras los detectives observaban, el patólogo extrajo sangre de ambos cadáveres para su posterior análisis toxicológico. Puede que ambos hubieran sido drogados con antelación al disparo en la nuca; improbable pero posible y debían comprobarlo. Extrajo muestras de las veinte uñas de sus manos, cuyo análisis probablemente también resultaría infructuoso. Finalmente obtuvieron sus huellas dactilares, para poder identificarlos debidamente. El proceso no sería muy rápido. Los archivos centrales de Moscú eran notoriamente ineficaces y los detectives investigarían en su propio territorio, con la esperanza de descubrir la identidad de aquellos cadáveres.

—Yevgeniy, esos no son hombres con los que yo hubiera querido enemistarme.

—Estoy de acuerdo, Anatoliy —respondió el mayor de los detectives—. Pero alguien no los temía en absoluto... o los temía lo suficiente como para adoptar esta medida tan extrema.

Ambos detectives estaban acostumbrados a resolver asesinatos fáciles, en los que el asesino confesaba casi inmediatamente, o había cometido el crimen ante numerosos testigos presenciales. Este pondría a prueba su capacidad y se lo comunicarían a su teniente, con la esperanza de que les asignara recursos adicionales para el caso.

Mientras observaban se tomaron fotos de sus caras, pero estaban tan distorsionadas que eran prácticamente irreconocibles, y como medio de identificación no servirían para mucho. Pero las normas establecían que se tomaran fotografías antes de abrir el cráneo, y el doctor Koniev obedecía el reglamento. Los detectives abandonaron la sala para hacer unas llamadas telefónicas y fumar un cigarrillo, en un entorno ligeramente más agradable. Cuando regresaron, las dos balas estaban en recipientes de plástico y Koniev les dijo que la presunta causa de ambas muertes había sido una sola bala en cada uno de sus cerebros, con quemaduras de pólvora en

sus cráneos respectivos. Según el patólogo, ambos disparos se habían efectuado a corta distancia, menos de medio metro, con una pistola PSM de 5,45 mm reglamentaria de la policía. El hecho de que se tratara del arma reglamentaria de la policía podía parecer muy sospechoso, pero lo cierto era que habían llegado bastantes al mercado negro ruso.

—Los norteamericanos llaman a esto un trabajo profesional —comentó Yevgeniy.

—Es cierto, y realizado con gran pericia —reconoció Anatoliy—. Y ahora, en primer lugar...

—En primer lugar averiguaremos quiénes eran esos desgraciados. Luego, quiénes eran sus enemigos.

La calidad de la comida china en China era muy inferior a la de la comida china en Los Angeles, pensó Nomuri. Probablemente se debía a los ingredientes, dedujo en primera instancia. Si la República Popular disponía de una institución semejante al Ministerio de Sanidad, no le habían informado de ello y lo primero que pensó al entrar en aquel restaurante fue que prefería no inspeccionar la cocina. Al igual que la mayoría de los restaurantes de Pekín, éste era un pequeño negocio familiar, situado en el primer piso de lo que era esencialmente una residencia privada y para servir a veinte comensales con una cocina comunista estándar, habitual en China, debían hacer auténticos malabarismos. A pesar de que la mesa circular era pequeña, sumamente barata y la silla incómoda, el mero hecho de que el lugar existiera demostraba los cambios fundamentales en la dirección política de aquel país.

Pero su misión de aquella noche, Lian Ming, estaba sentada frente a él. Llevaba el habitual mono azulado, que constituía esencialmente el uniforme de los bajos y medios funcionarios ministeriales. Llevaba el cabello corto, casi como un casco. El responsable de la moda en aquella ciudad debía de ser un racista hijo de puta que detestaba a los chinos y procuraba que fueran lo menos atractivos posible. Todavía no había visto a ninguna mujer que vistiera de un modo que alguien pudiera considerar atractivo, salvo, quizás, por algunos atuendos importados de Hong Kong. El problema de Oriente era la uniformidad, la ausencia absoluta de variedad, a no ser que uno incluyera a los extranjeros, cada vez más abundantes, pero que llamaban la atención como cien rosas en un vertedero y sólo servían para poner de relieve la inmensidad de la basura. En su tierra, en California, uno disponía, o mejor dicho, uno podía contemplar, rectificó el agente de la CIA, todas las variedades de mujeres del planeta: blancas, negras, judías, cristianas, amarillas, latinas, algunas verdaderamente africanas y muchas auténticamente europeas. Existía, además, una gran diversidad: desenfadadas italianas de pelo oscuro, francesas altivas, damas británicas y severas alemanas. Había también algunas canadienses, españolas (que se esforzaban por diferenciarse de la población local de habla hispana) y muchas de origen japonés (que también se diferenciaban de los japoneses locales, aunque en este caso a instancias de

los últimos en lugar de los primeros), que en su conjunto constituían un verdadero bazar humano. Lo único que tenían en común era el ambiente californiano, que le exigía a todo el mundo trabajar intensamente para ser presentable y atractivo, ya que ése era el primer gran mandamiento de la vida en California, hogar del surf, del patinaje y de los cuerpos esbeltos propios de ambas actividades.

Pero no aquí. Aquí todo el mundo vestía del mismo modo, tenía el mismo aspecto, hablaba de la misma manera y en general actuaba de la misma forma... salvo en este caso. De ella podía obtenerse algo más, pensaba Nomuri, y ésa era la razón por la que la había invitado a cenar.

Se llamaba seducción y había formado parte de las técnicas de los espías desde tiempos inmemoriales, aunque ésta sería la primera vez para Nomuri. En Japón, donde habían cambiado las costumbres en la última generación, permitiendo que los jóvenes de distinto sexo se comunicaran y se relacionaran al más básico de los niveles, no había practicado exactamente el celibato, pero por una cruel ironía del destino para Chester Nomuri, las japonesas más disponibles se morían de ganas de ir con norteamericanos. Algunos decían que eso se debía a que los norteamericanos tenían la reputación de estar mejor dotados para hacer el amor que el japonés medio, lo que provocaba mucha risa entre las jóvenes japonesas sexualmente activas desde hacía poco tiempo. En parte se debía también a que los norteamericanos tenían la reputación de tratar mejor a las mujeres que los japoneses y puesto que las japonesas eran mucho más obsequiosas que las occidentales, con toda probabilidad las relaciones mixtas resultaban eminentemente satisfactorias para ambos. Pero Chet Nomuri era un espía en el pellejo de un asalariado japonés y se había integrado hasta tal punto que para las mujeres locales no era más que otro japonés, cuya pericia profesional dificultaba su vida sexual, lo cual no le parecía justo al agente, que había crecido como tantos norteamericanos con las películas de James Bond y sus numerosas conquistas: el señor beso-beso, polvo-polvo, como lo llamaban en el Caribe. Nomuri tampoco había utilizado ninguna pistola, por lo menos desde su época en La Granja, la academia de la CIA junto a la autopista 64, cerca de Yorktown, Virginia, e incluso entonces no había batido exactamente ninguna marca.

Pero esta situación ofrecía posibilidades, pensó el agente tras su expresión habitual de neutralidad, y no había ninguna norma que prohibiera acostarse con alguien durante una misión, lo cual habría sido muy desmoralizador, pensó. Los relatos sobre conquistas constituían un tema frecuente de conversación, en las escasas pero reales reuniones de agentes que organizaba de vez en cuando la institución, habitualmente en La Granja, a fin de que los espías compararan sus técnicas, cuyas sesiones posteriores de copas solían encaminarse en esa dirección. Desde la llegada de Chet Nomuri a Pekín, su vida sexual había quedado reducida a la contemplación de páginas pornográficas en Internet. Por alguna razón u otra, la cultura asiática

favorecía la existencia de una amplia colección de dicho material y aunque Nomuri no se sentía exactamente orgulloso de su adicción, su impulso sexual necesitaba alguna salida.

Con un poco de esfuerzo, Ming podía haber sido atractiva, pensaba Nomuri. En primer lugar, tenía que dejarse el pelo largo. Luego, tal vez, una montura mejor para sus gafas; la que llevaba parecía hecha de alambre reciclado. Después, un poco de maquillaje. Nomuri, que no era un experto en esos menesteres, no sabía exactamente qué clase de maquillaje, pero su piel tenía un aspecto parecido al marfil, que un poco de química podía haber convertido en algo atractivo. Sin embargo, en su cultura, salvo para actuar en un escenario (donde los maquillajes eran tan sutiles como un letrero luminoso de Las Vegas), el maquillaje consistía, a lo sumo, en lavarse la cara por la mañana. Decidió que eran sus ojos: vivaces y... hermosos. Había vida en los mismos, o tras los mismos; a saber cómo funcionaba. Puede que incluso tuviera buen tipo, aunque era difícil saberlo con la ropa que llevaba.

—¿Entonces, funcionan bien los nuevos equipos informáticos? —preguntó, después de un prolongado sorbo de té verde.

—Como una seda —respondió casi precipitadamente—. Los caracteres son hermosos y la impresora láser los reproduce a la perfección, como si fueran obra de un calígrafo.

—¿Qué opina tu ministro?

—Está muy satisfecho. ¡Trabajo más rápido y eso le encanta! —afirmó Ming.

—¿Suficientemente satisfecho para hacer un pedido? —preguntó Nomuri, convertido de nuevo en asalariado japonés.

—Eso debo preguntárselo al jefe de la administración, pero creo que quedarás satisfecho con la respuesta.

Eso complacerá a la NEC, pensó el agente de la CIA, mientras pensaba de nuevo brevemente en el dinero que había ganado para la empresa que le servía de tapadera. A su jefe en Tokio le habría provocado náuseas saber para quién trabajaba realmente Nomuri, pero el espía había alcanzado su posición en la NEC por méritos propios, mientras trabajaba en los ratos libres para su verdadero país. Era realmente una suerte, pensó Chet, que su auténtico trabajo y su tapadera se integraran a la perfección. Así como el hecho de haberse criado en un hogar muy tradicional, hablando dos lenguas maternas, pero más que todo su sentido inquebrantable del deber al país donde había nacido, muy por encima del que fingía por su cultura ancestral. Probablemente había contribuido a ello de forma decisiva la placa enmarcada de su abuelo, con el escudo de infantería en el centro del terciopelo azul, rodeado de medallas y condecoraciones por su valentía, la Estrella de Bronce por su valor en combate, la Citación Presidencial, las condecoraciones como soldado del Regimiento 442 en Italia y el sur de Francia. Su abuelo había conseguido por fin la

nacionalidad norteamericana, antes de regresar para dedicarse de nuevo al diseño de jardines, arte en el que se educaron sus hijos y sus nietos, y enseñarle a uno de ellos la deuda que tenía con su país. Además, podía ser divertido.

Ahora lo era, pensó Nomuri, con la mirada fija en los oscuros ojos de Ming, mientras se preguntaba en qué pensaba el cerebro que había tras los mismos. Tenía dos lindos hoyuelos, uno a cada lado de la boca y, a su parecer, una encantadora sonrisa en un rostro por otra parte corriente.

—Este país es fascinante —dijo Nomuri—. Por cierto, hablas muy bien el inglés.

Era cierto, mientras que el mandarín de Nomuri dejaba mucho que desear y uno no seduce a las mujeres hablando por señas.

—Gracias —sonrió, complacida—. Estudio mucho.

—¿Qué libros lees? —preguntó Nomuri, con una seductora sonrisa.

—Novelas, Danielle Steel, Judith Krantz. Norteamérica ofrece muchísimas oportunidades a las mujeres, a las que aquí no estamos acostumbradas.

—Norteamérica es un país interesante, pero caótico —respondió Nomuri—. Por lo menos en esta sociedad, uno puede saber el lugar que le corresponde.

—Sí —asintió Ming—. Esto da seguridad, pero a veces demasiada. Incluso el pájaro enjaulado aspira a desplegar las alas.

—Te diré una cosa que no me gusta de este país.

—¿De qué se trata? —preguntó Ming sin ofenderse, lo que pareció maravilloso a Nomuri.

Tal vez conseguiría una novela de Steel, para leer lo que a ella le gustaba.

—Deberíais vestir de otro modo. Vuestra ropa no os favorece en absoluto. Las mujeres deberíais llevar un atuendo más atractivo. En Japón la ropa es mucho más variada y uno puede vestir al estilo oriental u occidental, según le apetezca.

—Me contentaría con la ropa interior —dijo Ming con una risita—. Debe de ser muy agradable al tacto. Ésta no es una idea muy socialista —agregó, después de dejar la taza sobre la mesa.

Se acercó el camarero y, después de que Nomuri asintió, Ming pidió mao-tai, un fuerte licor del país. El camarero regresó rápidamente con dos pequeñas tazas de porcelana y un frasco, del que sirvió delicadamente. El agente de la CIA casi suspiró después del primer sorbo, que le ardió en la garganta y le calentó el estómago. Se percató de que a Ming se le enrojecía la piel y tuvo la sensación fugaz de que se acababa de abrir una puerta por la que habían entrado... y que probablemente conducía a la dirección correcta.

—No todo puede ser socialista —comentó Nomuri con otro pequeño sorbo—. Este restaurante es un negocio privado, ¿no es cierto?

—Desde luego. Y la comida es mejor que la que yo preparo. Esa es una habilidad que no poseo.

—¿En serio? Entonces tal vez me permitirás que yo cocine para ti algún día — sugirió Chet.

—No me digas.

—Por supuesto —sonrió—. Puedo cocinar al estilo norteamericano y conseguir los ingredientes adecuados en una tienda cercana.

Tampoco estarían tan buenos los ingredientes, importados como eran, pero mucho mejor que esa porquería que vendían en los mercados públicos y un bistec para cenar era probablemente algo que ella nunca había probado. ¿Podría justificar una buena carne en su cuenta de gastos de la CIA?, se preguntó Nomuri. Probablemente. Los contables de Langley no presionaban excesivamente a los agentes de campo.

—¿En serio?

—Por supuesto. Ser un bárbaro extranjero también tiene sus ventajas —respondió con una pícara sonrisa.

La risita de Ming le pareció la reacción adecuada. Sí, señor. Tomó cuidadosamente otro sorbo de aquel licor incendiario. Ella le había confesado lo que le gustaría ponerse y le pareció muy sensato, dada su cultura; por muy cómodo que fuera, sería también discreto.

—Dime, ¿qué más puedes contarme sobre ti? —preguntó Nomuri.

—No hay mucho que contar. Mi formación es superior a la del trabajo que realizo, pero es un cargo de prestigio... bueno, por razones políticas. Soy una secretaria muy cualificada. Mi jefe... bueno, técnicamente trabajo para el Estado, como la mayoría de nosotros, pero en realidad trabajo para mi ministro, como si formara parte del sector capitalista y me pagara de su propio bolsillo —se encogió de hombros—. Supongo que siempre ha sido igual. Veo y oigo cosas.

No quiero que me las cuentes ahora, pensó Nomuri. Más adelante, sin lugar a dudas, pero no ahora.

—A mí me ocurre lo mismo, secretos industriales y todo lo demás —refunfuñó—. Es preferible dejar esas cosas en el despacho. No, Ming, quiero que me hables de ti.

—Tampoco hay mucho que contar. Tengo veinticuatro años. Formación superior. Supongo que tengo suerte de estar viva. ¿Sabes lo que ocurre aquí con muchas niñas cuando nacen...?

Nomuri asintió.

—He oído lo que se cuenta. Es muy desagradable.

Era peor. No era raro que el padre de una niña recién nacida la arrojara al pozo, con la esperanza de que su esposa tuviera un hijo varón en el próximo intento. Un hijo por familia era prácticamente lo que marcaba la ley en la República Popular China y como la mayoría de las leyes en un estado comunista, ésta se aplicaba a rajatabla. A menudo se permitía que llegaran a término los embarazos no autorizados, pero en el momento del parto, cuando asomaba la cabeza del feto, en el mismo

momento del nacimiento, el médico o la enfermera que estuviera presente llenaba una jeringuilla con formaldehído, introducía la aguja en la parte blanda del cráneo del feto, empujaba el émbolo y extinguía su vida en el momento en que se iniciaba. No era algo que el gobierno de la República Popular China promulgara como política gubernamental, pero lo era. Nomuri sabía que su única hermana, Alice, que era ginecóloga licenciada en la Universidad de California, preferiría tomar ella misma el veneno antes de cometer semejante barbaridad, o estaría dispuesta a utilizar una pistola contra quien se lo ordenara. A pesar de todo, se producía cierto superávit de nacimientos femeninos y las niñas nacidas en esas condiciones solían ser abandonadas, para su posterior adopción, principalmente por parte de occidentales, porque para los propios chinos no eran de utilidad alguna. Si hubiera ocurrido con los judíos, se habría denominado genocidio, pero los chinos eran muy numerosos. Llevado a un extremo, podía haber conducido a la extinción racial, pero aquí lo llamaban simplemente control de la población.

—A su debido tiempo, Ming, la cultura china reconocerá de nuevo el valor de las mujeres. No cabe la menor duda.

—Supongo que sí —admitió la chica—. ¿Cómo tratan a las mujeres en Japón? Nomuri soltó una carcajada.

—La cuestión es cómo nos tratan ellas a nosotros y cómo nos permiten que las tratemos.

—¿En serio?

—Desde luego. Mi madre mandaba en casa hasta que murió.

—Interesante. ¿Eres religioso?

¿Por qué me preguntará eso?, pensó Chet.

—Nunca me he decidido entre el sintoísmo y el budismo zen —respondió sinceramente.

Había sido bautizado en la iglesia metodista, pero había abandonado la religión hacía muchos años. En Japón había examinado las religiones locales con el único propósito de comprenderlas, de encajar mejor en la sociedad, y después de aprender bastante sobre ambas, ninguna de ellas resultaba apetecible a sus costumbres norteamericanas.

—¿Y tú? —preguntó entonces Nomuri.

—En una ocasión me interesé por el Falun Gong, pero no seriamente. Tenía un amigo que se involucró muchísimo. Ahora está en la cárcel.

—¡Qué pena! —asintió compasivamente Nomuri, al tiempo que se preguntaba por la intimidad que habría habido entre ambos.

El comunismo seguía siendo un celoso sistema de creencias, que no toleraba ninguna clase de competencia. Los baptistas eran la nueva moda religiosa, que parecía surgir de la propia tierra, iniciada en su opinión por Internet, donde

últimamente los cristianos norteamericanos, especialmente los baptistas y los mormones, habían invertido muchos recursos. ¿De modo que Jerry Falwell estaba consiguiendo aquí cierto asidero religioso e ideológico? Sorprendente... o no. El problema con el marxismo/leninismo, y al parecer también con Mao, era que a pesar de la excelencia de su modelo teórico, carecía de algo que anhelaba el alma humana. Pero eso no gustaba, ni podía gustar, a los cabecillas comunistas. El Falun Gong no era siquiera una religión, no desde el punto de vista de Nomuri, pero por alguna razón que no alcanzaba a comprender plenamente, había asustado lo suficiente a las autoridades de la República Popular China, como para que éstas lo atacaran como si se tratara de un auténtico movimiento político contrarrevolucionario. Había oído que los líderes sentenciados de la organización cumplían condenas particularmente duras en las cárceles locales. Sólo cabía imaginar lo que constituía una condena especialmente dura en este país. Chet recordó que algunas de las torturas más perversas del mundo se habían inventado aquí, donde la vida humana tenía mucho menos valor que en su país de origen. China era un viejo país con una antigua cultura, pero en muchos sentidos podían haber sido klingons en lugar de seres humanos, por lo mucho que se diferenciaban sus valores sociales de los que Chester Nomuri había adquirido en su infancia.

—Bueno, en realidad no tengo muchas convicciones religiosas.

—¿Convicciones? —preguntó Ming.

—Creencias —rectificó el agente de la CIA—. Dime, ¿hay algún hombre en tu vida? ¿Tal vez algún novio?

—No —suspiró Ming—. No desde hace algún tiempo.

—¿En serio? Me parece asombroso —dijo Nomuri, con estudiada galantería.

—Supongo que aquí no es como en Japón —reconoció Ming, con cierta tristeza en el tono de su voz.

Nomuri levantó el frasco y llenó las copas de mao-tai.

—En tal caso —dijo con una sonrisa y una ceja arqueada—, brindemos por nuestra amistad.

—Gracias, Nomuri-san.

—Es un placer, camarada Ming.

Se preguntó cuánto tardaría. Tal vez no mucho. Entonces empezaría el verdadero trabajo.

VII. DESARROLLANDO PISTAS

Fue una de esas coincidencias que caracterizan el trabajo policial en el mundo entero. Provalov llamó al cuartel general de la milicia y puesto que investigaba un asesinato, le pusieron con un capitán, que era el jefe de la Brigada de Homicidios de San Petersburgo. Cuando le dijo que buscaba a dos ex soldados del Spetsnaz, el capitán recordó que en la reunión de la mañana, dos de sus hombres habían informado sobre el hallazgo de dos cadáveres con posibles tatuajes del Spetsnaz y eso le bastó para ordenar el desvío de la Llamada.

—¿El caso del lanzagranadas en Moscú? —preguntó Yevgeniy Petrovich Ustinov—. ¿Quién murió exactamente?

—El objetivo principal parece haber sido Gregoriy Filipovich Avseyenko. Era un proxeneta —respondió Provalov a su colega del norte—. También murieron su chófer y una de sus chicas, pero eso parece de poca importancia —agregó, sin entrar en detalles.

No se utilizaba una arma antitanque para matar a un chófer y a una prostituta.

—¿Y según vuestras fuentes, fueron dos veteranos del Spetsnaz quienes efectuaron el disparo?

—Exactamente y regresaron poco después en avión a San Petersburgo.

—Comprendo. Bueno, ayer sacamos dos cadáveres de esas características del río Neva, ambos de cerca de cuarenta años aproximadamente y los dos con un disparo en la nuca.

—No me digas.

—Sí. Tenemos las huellas dactilares de ambos cuerpos. Estamos a la espera de que las comprueben en el archivo central del ejército. Pero eso no suele ser muy rápido.

—Veré lo que puedo hacer, Yevgeniy Petrovich. El caso es que en el lugar del asesinato se encontraba también Sergey Nikolay'ch Golovko y nos preocupa que pudiera haber sido él el verdadero objetivo del atentado.

—Eso sería muy ambicioso —comentó tranquilamente Ustinov—. ¿Crees que vuestros amigos de la plaza Dzerzhinskiy pueden decirles a esos pasmarotes de los archivos que se apresuren?

—Los llamaré y lo intentaremos —prometió Provalov.

—Bien, ¿algo más?

—Otro nombre, Suvorov, Klementi Ivan'ch, supuestamente ex agente del KGB, pero eso es todo lo que tengo de momento. ¿Te suena de algo?

Provalov se percató de que casi podía oírlo mover la cabeza.

—Nyet, nunca había oído ese nombre —respondió el detective, mientras tomaba nota—. ¿Relación?

—Mi confidente cree que fue quien organizó el atentado.

—Comprobaré nuestros archivos para ver si tenemos algo sobre él. ¡Otro individuo de «placa y espada»! ¿Cuántos guardianes del Estado han ido por mal camino? —preguntó retóricamente el policía de San Petersburgo.

—Bastantes —respondió su colega de Moscú, con una mueca invisible.

—¿Ese tal Avseyenko estaba también en el KGB?

—Sí, al parecer dirigía la «Escuela de Gorriones». Ustinov soltó una carcajada.

—Vaya, un proxeneta formado por el Estado. Estupendo. ¿Buenas chicas?

—Encantadoras —confirmó Provalov—, aunque demasiado caras para nosotros.

—Un hombre de verdad no tiene por qué pagar, Oleg Gregoriyevich —afirmó el policía de San Petersburgo.

—Tienes razón, amigo mío. Por lo menos no hasta mucho después —respondió Provalov.

—¡Es la pura realidad! —exclamó con una carcajada—. ¿Me comunicarás lo que averigües?

—Sí, te mandaré mis notas por fax.

—Estupendo. Yo también te mantendré informado —prometió Ustinov.

Existía un vínculo entre investigadores de homicidios a lo largo y ancho del mundo. Ningún país tolera que se disponga en privado de la vida humana; las naciones se reservan para sí dicho derecho.

En su lúgubre despacho moscovita, el teniente Provalov tomó notas durante varios minutos. Era demasiado tarde para llamar a la SVR y pedirles que presionaran al personal de los archivos centrales del ejército. Prometió hacerlo a primera hora de la mañana. Había llegado la hora de marcharse. Cogió el abrigo de la percha que había junto a su escritorio y se dirigió al lugar donde estaba aparcado su coche oficial. Condujo hasta un bar cómodo y caliente llamado Boris Godunov's, cerca de la embajada norteamericana. Hacía sólo cinco minutos que había llegado, cuando sintió una mano familiar en el hombro.

—Hola, Mishka —dijo Provalov, sin volver la cabeza.

—¿Sabes una cosa, Oleg? Es agradable ver que los policías rusos son como los norteamericanos.

—¿Es igual en Nueva York?

—No te quepa la menor duda —confirmó Reilly—. Después de un día entero persiguiendo malhechores, ¿hay algo mejor que tomar unas copas con los amigos? —dijo el agente del FBI, mientras le pedía al camarero su habitual vodka con soda—. Además, se trabaja mucho en lugares como éste. ¿Algo nuevo sobre el caso del proxeneta?

—Sí, es posible que los dos que perpetraron el atentado hayan sido encontrados muertos en San Petersburgo —respondió Provalov, antes de tomarse el vodka de un

trago y contarle al norteamericano los detalles—. ¿Tú qué opinas?

—Amigo mío, es una venganza o un seguro. Lo he visto en mi país.

—¿Un seguro?

—Así sería si hubiera ocurrido en Nueva York. La mafia eliminó a Joey Gallo ante numerosos testigos presenciales, querían que sirviera de escarmiento y contrataron a un matón negro, pero el pobre desgraciado fue abatido a su vez a menos de cinco metros. Un seguro, Oleg. De ese modo, el sujeto no puede contarle a nadie quién lo había contratado para hacer el trabajo. El segundo asesino se limitó a retirarse sin dejar una sola pista. O podría tratarse de una venganza; quienquiera que los hubiera contratado pudo haberlos eliminado por equivocarse de objetivo. Quien paga manda, amigo.

—¿Cómo es eso que decís: más entresijos de lo que parece?

—Efectivamente —asintió Reilly—. Bueno, por lo menos te ofrece más posibilidades de investigación. Puede que los dos que efectuaron el disparo hablaran con alguien. Maldita sea, incluso es posible que escribieran un diario.

Era como arrojar una piedra a un estanque, pensó Reilly. En un caso como éste, las ondas no dejaban de extenderse. No como en un buen asesinato doméstico, donde el marido mataba a su esposa por ponerle los cuernos o por servir tarde la cena y luego confesaba con los ojos llenos de lágrimas de arrepentimiento. Pero al mismo tiempo, había sido un crimen muy espectacular y éstos solían ser los que uno acababa por resolver, porque la gente los comentaba y siempre había quien contaba algo que uno podía utilizar. Era sólo cuestión de sacar gente a la calle, ir de puerta en puerta y gastar suelas de zapatos, hasta conseguir la información necesaria. Esos policías rusos no eran imbéciles. A pesar de que carecían de cierta formación que Reilly daba por sentada, tenían los instintos policiales adecuados. Y, en realidad, si uno seguía el procedimiento establecido, acababa por resolver el caso, porque el otro bando no era excesivamente inteligente. Los listos no quebrantaban la ley de forma tan llamativa. No, el crimen perfecto era el que uno nunca llegaba a descubrir, la víctima de asesinato nunca encontrada, los fondos robados mediante una falsa contabilidad, el espionaje nunca descubierto. Cuando uno sabía que se había cometido un delito, disponía de un punto de partida y era como desentrañar un tejido. Lo que mantenía los puntos unidos no era mucho, bastaba con ir cortando los hilos.

—Dime, Mishka, ¿cómo eran de temibles tus adversarios de la mafia en Nueva York? —preguntó Provalov, después de sorber su segundo vodka.

—No es como en las películas, Oleg —respondió Reilly, después de tomar también un sorbo de vodka—. Salvo quizás Goodfellas. Son matones baratos. Carecen de formación. Algunos de ellos son verdaderamente estúpidos. Su distinción consiste en que en otra época no hablaban, solían llamarlo omerta, la ley del silencio. Es decir, cargaban con la culpa y nunca cooperaban. Pero eso ha cambiado con el

paso del tiempo. La gente de la «vieja patria» murió, apareció una nueva generación más blanda y nosotros nos endurecimos. Es más fácil pasar alegremente tres años a la sombra que cumplir una condena de diez años y, además, la organización se desintegró. Dejaron de ocuparse de las familias cuando el padre estaba en la cárcel y eso fue realmente desmoralizados. Entonces empezaron a hablar con nosotros. Además, nosotros nos hicimos también más listos, con sistemas de vigilancia electrónica, ahora denominadas «operaciones especiales» pero conocidos entonces como «trabajos oscuros» y no siempre nos preocupábamos de disponer de una orden judicial. En la década de los sesenta, un capo no podía mear sin que nosotros supiéramos el color de su orina.

—¿Y nunca tomaron represalias?

—¿Te refieres a meterse con nosotros? ¿Atacar a un agente del FBI? —sonrió Reilly, sólo de pensar en ello—. Oleg, nadie se mete jamás con el FBI. En aquella época, y hasta cierto punto todavía ahora, somos la mano derecha del propio Dios y si alguien se mete con nosotros, van a suceder cosas realmente graves. La verdad es que nunca ha sucedido nada parecido, pero a los delincuentes les preocupa que pueda ocurrir. Doblamos un poco las normas, pero nunca llegamos a quebrantarlas, por lo menos que yo sepa. Pero si amenazas a un delincuente por salirse del camino marcado, lo más probable es que se lo tome en serio.

—Aquí, no. Todavía no nos tienen tanto respeto.

—Entonces, Oleg, debéis hacer que os lo tengan.

Y en realidad el concepto era así de simple, aunque Reilly sabía que no sería tan fácil en la práctica. ¿Tendrían que salir los policías de vez en cuando de la reserva, para mostrarles a los delincuentes el precio de la insolencia? Eso formaba parte de la historia norteamericana, pensó Reilly. Sheriffs locales como Wyatt Earp, Bat Masterson y Wild Bill Hickock, Lone Wolf González de los Rangers de Texas, Bill Tilghman y Billy Threepersons de la policía federal, todos ellos policías que en su época, más que aplicar la ley, la representaban en su forma de caminar por las calles. No había ningún agente del orden legendario comparable en Rusia. Tal vez necesitaban uno. Formaba parte de la herencia de todo policía norteamericano y el público, después de haber visto muchas películas y series del Oeste, estaba convencido de que si quebrantaba la ley algún individuo semejante se metería en su vida y no exactamente para mejorarla. El FBI se había formado en una época de crimen creciente durante la Gran Depresión y había aprovechado la tradición del Oeste existente, con tecnología y procedimientos modernos, para crear su propio halo de misterio institucional. Para lograrlo tuvieron que condenar a muchos delincuentes y matar también algunos en las calles. En Norteamérica existía la idea de que los policías eran unos personajes heroicos, que no sólo hacían respetar la ley, sino que también protegían al inocente. Aquí no existía ninguna tradición semejante. Forjarla

resolvería muchos de los problemas de la antigua Unión Soviética, donde la tradición que persistía no era de protección, sino de opresión. No había ningún John Wayne ni Melvin Purvis en las películas rusas y eso empobrecía el país. A pesar de que a Reilly le gustaba trabajar aquí y de que había llegado a apreciar y respetar a sus homólogos rusos, tenía la sensación de que lo hubieran arrojado a un vertedero, con instrucciones de dejarlo tan ordenado como Bergdorf-Goodman's en Nueva York. Ahí estaban todos los componentes, pero ordenarlos convertiría la tarea de Hércules en los establos de Augias en algo insignificante. Oleg tenía la motivación necesaria y las aptitudes adecuadas, pero se enfrentaba a una tarea monumental. Reilly no lo envidiaba, pero debía ayudarlo tanto como pudiera.

—No te envidio mucho, Mishka, pero me gustaría que nuestra organización gozara del prestigio de la tuya en tu país.

—No surgió de la nada, Oleg. Es el producto de muchos años y de un montón de hombres extraordinarios. Tal vez debería mostrarte una película de Clint Eastwood.

—¿Harry, el sucio? La he visto.

Divertida —pensó el ruso—, pero no muy realista.

—No, La marca de la horca, sobre el servicio de policía federal en el antiguo Oeste, cuando los hombres eran hombres y las mujeres estaban agradecidas. A decir verdad, en el sentido estricto no es cierto. No se cometían muchos delitos en el viejo Oeste.

El ruso levantó la mirada, sorprendido.

—¿Entonces por qué todas las películas afirman lo contrario?

—Oleg, las películas tienen que ser emocionantes y no hay mucha emoción en el cultivo del trigo y la cría de ganado. El Oeste norteamericano lo poblaron principalmente veteranos de nuestra guerra civil. Aquél fue un conflicto duro y cruel, pero ningún superviviente de la batalla de Shiloh se dejaría intimidar fácilmente por un sujeto a caballo, con o sin pistola. Hace unos veinte años aproximadamente, un catedrático de la Universidad Estatal de Oklahoma escribió un libro sobre este tema. Entre otra documentación, examinó los archivos judiciales y comprobó que salvo tiroteos en los bares, las pistolas y el whisky no forman una combinación muy adecuada, no se cometían muchos delitos en el Oeste. Sus pobladores sabían cuidar de sí mismos y sus leyes eran muy duras, no había muchos reincidentes, pero lo cierto era que todos los pobladores tenían armas, en general sabían como usarlas y eso es un gran disuasivo para los delincuentes. A fin de cuentas, es menos probable que te dispare un policía que un ciudadano enfurecido. El policía no quiere enfrentarse a todo el papeleo si puede evitarlo, ¿no crees?

El norteamericano tomó un sorbo de vodka y soltó una carcajada.

—En eso somos iguales, Mishka —reconoció Provalov.

—Y, por cierto, todo ese desenfundar rápido de las películas, si alguna vez ha

ocurrido en la realidad, no tengo constancia de ello. No, eso es un invento de Hollywood. Uno no puede desenfundar y disparar de ese modo con precisión. Si fuera posible, lo habríamos aprendido en Quantico. Pero salvo en el caso de personas que practican para espectáculos y competiciones especiales, y entonces la distancia y el ángulo son siempre los mismos, eso es sencillamente imposible.

—¿Estás seguro?

No es fácil destruir las leyendas, especialmente para un policía por otra parte bastante inteligente, pero que había visto muchas películas del Oeste.

—Yo era el instructor principal de mi división de campo, y que me zurzan si puedo hacerlo.

—¿Entonces eres un buen tirador?

Reilly asintió con una modestia inusual.

—Aceptable —reconoció—. Bastante aceptable.

No llegaban a trescientos los nombres en la lista de la academia del FBI de los que habían aprendido a disparar a la perfección al graduarse. Mike Reilly era uno de ellos. También había sido subjefe del equipo del SWAT en su primer destino en la ciudad de Kansas, antes de su traslado a los jugadores de ajedrez del Departamento de Crimen Organizado. Se sentía un poco desnudo sin su automática SW 1070, pero así era la vida en el servicio diplomático del FBI, reflexionó el agente. Qué diablos, aquí el vodka era bueno y empezaba a gustarle. Para eso ayudaba su matrícula diplomática. La policía local era bastante diligente a la hora de poner multas. Lástima que todavía les faltara tanto por aprender sobre investigaciones criminales importantes.

—¿Entonces tú crees, Oleg, que nuestro amigo proxeneta era el objetivo principal?

—Sí, creo que es probable, pero todavía no estoy completamente seguro —respondió, encogiéndose de hombros—. No obstante, mantendremos abierta la posibilidad de que fuera Golovko —agregó Provalov, después de un prolongado sorbo de vodka—. Después de todo, eso nos aportará cooperación importante de otras instituciones.

Reilly no pudo evitar una carcajada.

—Oleg Gregoriyevich, tú sabes cómo manejar la parte burocrática de tu trabajo. ¡Yo no lo haría tan bien como tú!

Entonces llamó al camarero, que se apresuró a servirles otra ronda.

Internet debe de ser el mejor invento de la historia para el espionaje, pensó Patricia Foley. Bendijo también el día en que recomendó personalmente a Chester Nomuri al Directorio de Operaciones. Ese pequeño nipón hacía unas jugadas hermosas, para un agente que no había cumplido todavía los treinta. Su trabajo en Japón había sido excelente y se había ofrecido inmediatamente voluntario para la

operación Genghis en Pekín. Su empleo de tapadera en la Nippon Electric Company difícilmente podía haber sido más indicado para los requisitos de la misión y parecía haberse introducido con la elegancia y facilidad de Fred Astaire en un día particularmente bueno. Al parecer, la parte más fácil era obtener la información.

Hacia seis años que la CIA había acudido a Silicon Valley —evidentemente bajo una tapadera— y le había encargado a un fabricante moderno una breve remesa de un módem muy especial. En realidad, a muchos les parecía una porquería porque tardaba de cuatro a cinco segundos más de lo habitual en conectar. Lo que no se detectaba era que el sonido de los cuatro últimos segundos no era el habitual, sino que se trataba de un sistema especial de codificación, pero que si la línea telefónica estaba intervenida sonaba como un ruido corriente. De modo que lo único que Chester debía hacer era preparar su mensaje y mandarlo. Para mayor seguridad, los mensajes estaban codificados con un sistema muy especial de 256 bits elaborado por la Agencia Nacional de Seguridad, y la doble codificación era tan compleja que incluso la ANS con sus superordenadores tenía dificultad para descifrarla, después de mucho tiempo y muchos recursos. A continuación, lo único que se precisaba era establecer un dominio punto como a través de cualquier empresa pública fácilmente accesible y una conexión a la red mediante uno de los abundantes servidores locales. Podía incluso utilizarse en llamadas directas de ordenador a ordenador, que en realidad era su aplicación original, y aunque la oposición hubiera intervenido la línea telefónica, precisaría un genio matemático y el ordenador más grande y más completo de Sun Microsystems para empezar a descifrar el mensaje.

Lian Ming, leyó Mary Pat, secretaria de... ¡ah, él! Una fuente potencial nada desdeñable. Lo más encantador era que Nomuri había incluido las posibilidades sexuales implícitas en el reclutamiento. La chica era todavía bastante ingenua, decía Nomuri, probablemente ruborizado, pensó la subdirectora de operaciones de la Agencia Central de Inteligencia, pero lo había incluido porque era extraordinariamente sincero en todo lo que hacía. La señora Foley tomó nota debidamente, para añadirla como anexo a su ficha. Discípulo de James Bond, pensó mientras se reía para sus adentros. Lo más fácil era la respuesta: «aprobado, proceda». Ni siquiera tuvo que agregar «con precaución». Nomuri sabía cómo comportarse en el campo, lo cual no era siempre así con los jóvenes agentes. A continuación levantó el teléfono y llamó a su marido por la línea directa.

—Hola, cariño —dijo el director de la CIA.

—¿Ocupado?

Ed Foley sabía que su esposa no le hacía esa pregunta a la ligera.

—No demasiado ocupado para ti, amor mío. Ven a mi despacho. —Y colgó.

El despacho del director de la CIA era relativamente largo y estrecho, con unos ventanales del suelo al techo, desde donde se divisaba el bosque y el aparcamiento de

las visitas especiales. Más allá de los árboles está el valle del Potomac, la avenida del parque de George Washington y poca cosa más. La idea de que alguien pudiera haber divisado directamente este edificio, por no mencionar el despacho del director, habría causado graves quebraderos de cabeza al personal de seguridad. Ed levantó la cabeza cuando entró su esposa y se sentó en la butaca de cuero situada frente a su escritorio.

—¿Algo bueno?

—Incluso mejor que las notas de Eddie en el colegio —respondió con una suave sonrisa sensual, que reservaba exclusivamente para su marido.

Debía de tratarse de algo extraordinario. Edward Foley hijo se distinguía como estudiante en la politécnica de Rensselaer, en Nueva York, además de formar parte de su equipo de hockey, que casi siempre destacaba en la liga nacional. El pequeño Ed podía llegar a ganarse una plaza en el equipo olímpico, aunque el hockey profesional estaba descartado. Ganaría demasiado como ingeniero informático para perder el tiempo con una actividad tan pedestre.

—Creo que tal vez hayamos encontrado algo —agregó la esposa.

—¿Como qué, querida?

—Como la secretaria ejecutiva de Fang Gan —respondió—. Nomuri intenta reclutarla y dice que las perspectivas son buenas.

—GENGHIS —comentó Ed.

Debían haber elegido otro nombre, pero a diferencia de la mayoría de las operaciones de la CIA, el nombre de ésta no había sido generado por un ordenador en el sótano. La verdad era que dicha medida de seguridad no se había aplicado en este caso, por la sencilla razón de que nadie esperaba que diera fruto alguno. La CIA nunca había logrado introducir ningún agente en el gobierno de la República Popular China. Por lo menos, no de rango superior a capitán en el Ejército Popular de Liberación. Los problemas eran los habituales. En primer lugar debían reclutar a alguien de raza china, y la CIA no había tenido mucho éxito en ese sentido, y en segundo lugar, el agente debía poseer conocimientos lingüísticos, así como la capacidad de pasar inadvertido en dicha cultura. Por diversas razones, nada de eso había sucedido. Entonces, Mary Pat sugirió que probaran a Nomuri. Después de todo, su empresa hacía muchos negocios en China y el chico tenía buenos instintos. Ed Foley le siguió la corriente, sin esperar grandes resultados. Pero una vez más, los instintos de su esposa superaron los suyos. En general se consideraba a Mary Pat Foley la mejor agente que había tenido la CIA en veinte años y parecía decidida a demostrarlo.

—¿Cuál es el grado de exposición de Chet? —preguntó el director.

Su esposa no pudo evitar mostrarse preocupada.

—Está solo, pero sabe ser cuidadoso y su material de comunicaciones es el mejor que tenemos. A no ser que la tomen con él, ya sabes, que lo detengan porque no les

gusta su peinado, debería estar bastante seguro. En cualquier caso...

Le entregó a su marido la comunicación de Pekín.

El director leyó el documento tres veces, antes de devolvérselo a su esposa.

—Bien, cariño, si lo que pretende es acostarse con una chica, ésa no es la mejor técnica de un agente de campo. No es aconsejable involucrarte tanto con tu contacto...

—Lo sé, Ed, pero no olvides que uno juega con las cartas que le han repartido. Y si le facilitamos un ordenador como el que utiliza Chet, ella también estará bastante segura, ¿no te parece?

—A no ser que alguien lo desarme —pensó Ed Foley en voz alta.

—Maldita sea, Ed, nuestros mejores técnicos las pasarían canutas para comprenderlo. No olvides que me he ocupado personalmente del proyecto. ¡Es seguro!

—Tranquila, cariño —dijo el director, levantando la mano, consciente de que cuando Mary se expresaba de ese modo, realmente tenía la situación bajo control—. Si, es seguro, lo sé, pero recuerda que tú eres la vaquera y yo quien se preocupa.

—De acuerdo, querido —respondió ella con su seductora sonrisa, que le permitía salirse con la suya.

—¿Le has dicho ya que proceda?

—Es mi agente, Eddie.

El director asintió, resignado. No era justo tener que trabajar aquí con su esposa. Tampoco solía ganar ninguna discusión en el despacho.

—Bien, cariño. Es tu operación, adelante, pero...

—¿Pero qué?

—Pero vamos a cambiar Genghis por otro nombre. Si esta operación se prolonga, vamos a iniciar un ciclo de cambio de nombre mensual. Este tiene graves connotaciones y debemos procurar que la seguridad sea óptima en este caso.

Mary tuvo que estar de acuerdo. Como encargados de caso, ambos habían dirigido a un agente conocido legendariamente en la CIA como Cardinal, el coronel Mikhail Semyonovich Filitov, que había trabajado dentro del Kremlin durante más de treinta años, suministrando excelente información sobre todos los aspectos de las fuerzas armadas soviéticas, además de datos valiosísimos de inteligencia política. Perdido por razones burocráticas en la memoria de los tiempos, Cardinal no había recibido el trato habitual de un agente fijo y eso le había salvado de Aldrich Ames y de su perversa traición de una docena de ciudadanos soviéticos, que trabajaban para Norteamérica. Ames había ganado aproximadamente cien mil dólares por vida entregada. Los dos Foley lamentaban que a Ames se le hubiera permitido seguir viviendo, pero ellos no eran quienes imponían el cumplimiento de la ley.

—De acuerdo, Eddie, ciclo mensual. Tú siempre tan cauteloso, cariño. ¿Llamas tú

o lo hago yo?

—Esperaremos a que nos facilite algo útil antes de tomarnos tantas molestias, pero cambiemos Genghis por otro nombre. Es una referencia a China demasiado evidente.

—De acuerdo —respondió Mary con una pícaro sonrisa—. ¿Qué te parece de momento Sorge? —sugirió.

El nombre estaba inspirado en el de Richard Sorge, uno de los espías más extraordinarios de la historia, un alemán que había trabajado para los soviéticos y posiblemente quien impidió que Hitler ganara en el frente oriental contra Stalin. El dictador soviético, consciente de ello, no levantó un dedo para salvarlo del cadalso. «La gratitud —había dicho en una ocasión Iosif Vissarionovich— es una enfermedad de los perros».

El director asintió. Su esposa tenía un vivaz sentido del humor, particularmente en lo concerniente al trabajo.

—¿Cuándo crees que sabremos si va a cooperar con nosotros?

—Supongo que en el momento en que Chet se tome un respiro en la cama.

—Mary, ¿tú alguna vez...?

—¿En el campo? Ed, eso es cosa de chicos, no de chicas —respondió con una radiante sonrisa, mientras recogía sus papeles para retirarse— Salvo contigo, cariño.

El DC-10 de Alitalia tomó tierra con unos diez minutos de anticipo gracias al viento favorable. Al cardenal Renato DiMilo le complació rezar mentalmente una oración apropiada de agradecimiento. Después de mucho tiempo en el servicio diplomático vaticano, estaba acostumbrado a los vuelos de larga duración, pero eso no era exactamente igual que disfrutar de los mismos. Llevaba su atuendo cardenalicio rojo y negro, que era en realidad una especie de uniforme oficial y aparentemente no muy cómodo, a pesar de habérselo hecho a medida en una de las mejores sastrerías romanas. Uno de los mayores inconvenientes de su cargo clerical y diplomático era no haberse podido quitar la chaqueta durante el vuelo, pero había logrado quitarse los zapatos, sólo para comprobar que sus pies se habían hinchado durante el vuelo, y ponérselos de nuevo fue más difícil de lo habitual. Eso provocó un suspiro en lugar de una maldición, cuando el avión se acercaba a la terminal. El primer auxiliar de vuelo lo acompañó a la puerta delantera, para que pudiera abandonar el aparato en primer lugar. Una de las ventajas de su cargo diplomático era que le bastaba mostrar su pasaporte diplomático a los funcionarios, y en este caso lo esperaba un alto funcionario gubernamental de la República Popular China, para recibirlo al final del pasillo.

—Bien venido a nuestro país —dijo el funcionario, tendiéndole la mano.

—Me alegro de estar aquí —respondió el cardenal, consciente de que aquel comunista ateo no le había besado el anillo, como establecía el protocolo habitual.

Claro que el catolicismo, en particular, y el cristianismo, en general, no eran exactamente del agrado de la República Popular China. Pero si el país deseaba formar parte del mundo civilizado, no tenía más alternativa que aceptar la representación de la Santa Sede. Además, empezaría a trabajar con esa población y, quién sabe, tal vez convertiría uno o dos. Cosas más extrañas habían ocurrido y la Iglesia católica se las había visto con enemigos más formidables.

Con un ademán y acompañado de un pequeño séquito, el viceministro condujo al distinguido visitante al lugar donde esperaba el coche oficial y su escolta.

—¿Cómo le ha ido el vuelo? —preguntó el funcionario.

—Largo, pero no desagradable —respondió previsiblemente el cardenal.

Los diplomáticos debían comportarse como si les encantara volar, aunque incluso la tripulación se cansaba en esos vuelos tan prolongados. La misión del funcionario consistía en observar al nuevo embajador del Vaticano, estudiar su conducta, fijarse incluso en cómo miraba por las ventanas del coche, que en este caso no era diferente de la forma en como lo hacían los demás diplomáticos llegados por primera vez a Pekín. Observaban las diferencias. Las formas de los edificios eran nuevas y diferentes para ellos, y la estructura de las paredes vistas de cerca y de lejos, la forma en que las cosas que eran esencialmente las mismas se convertían en fascinantes, debido a diferencias realmente microscópicas vistas con objetividad.

Tardaron un total de veintiocho minutos en llegar a la residencia-embajada. Era un viejo edificio, de principios del siglo pasado, que había sido el extenso hogar de un misionero metodista norteamericano, aficionado evidentemente a las comodidades norteamericanas —pensó el funcionario—, y que había experimentado diversas transformaciones, incluido su uso como prostíbulo en el barrio diplomático durante las décadas de los años veinte y treinta, como había descubierto el día anterior, porque a los diplomáticos también les gustaban sus comodidades. Se preguntó si las mujeres eran chinas, o rusas que siempre alegaban pertenecer a la nobleza zarista, por lo que había oído. Después de todo, a los occidentales les gustaba acostarse con mujeres de la nobleza por alguna razón u otra, como si su cuerpo fuera de algún modo diferente. Esto lo había oído también en el despacho del ministerio, de un archivero que registraba esa clase de datos. Las costumbres personales del presidente Mao no estaban registradas, pero su pasión de toda la vida por desvirgar doncellas de doce años era sobradamente conocida en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El joven funcionario sabía que todo líder nacional tenía algún rasgo personal extraño y desagradable. Los grandes hombres cometían aberraciones.

El coche se detuvo frente a un edificio de estructura de madera, donde un policía uniformado abrió la puerta para el visitante italiano e incluso lo saludó, a lo que el hombre del solideo color rubí correspondió con una ligera inclinación de la cabeza.

En el porche esperaba otro extranjero, monseñor Franz Schepke, cuya categoría

diplomática era la de subdirector de la misión, lo que habitualmente significaba que él era quien se ocupaba de todo, mientras el embajador, elegido principalmente por razones políticas, reinaba en el despacho principal. Todavía no sabían si ahora sería éste el caso.

Schepke tenía un aspecto tan alemán como su árbol genealógico, alto y delgado con unos ojos azul grisáceo que no revelaban absolutamente nada, y poseía una asombrosa habilidad lingüística que le había permitido dominar, no sólo el complejo idioma chino, sino también el dialecto y acento local. Por teléfono, aquel extranjero podía pasar por un miembro del partido, para asombro de los funcionarios locales que no estaban acostumbrados a que los extranjeros logaran hablar debidamente su idioma, ni mucho menos dominarlo.

El funcionario chino se percató de que el alemán besaba el anillo de su superior. A continuación, el italiano estrechó la mano y abrazó al joven clérigo. Probablemente se conocían. Entonces, el cardenal DiMilo condujo a Schepke hasta su escolta se lo presentó. Evidentemente, ya lo había visto muchas veces y eso le dio la impresión al funcionario local de que el clérigo decano era un poco retrasado. A su debido tiempo se descargó el equipaje y acto seguido el funcionario chino subió de nuevo al coche oficial, para trasladarse al Ministerio de Asuntos Exteriores, donde redactaría su informe de la llegada. «El nuncio papal que ha superado su mejor edad —escribiría— es un anciano quizá bastante agradable, pero sin mucho intelecto». En otras palabras, un embajador occidental bastante típico.

Al entrar en el edificio, Schepke se tocó la oreja derecha y señaló a su alrededor.

—¿En todas partes? —preguntó el cardenal.

—Ja, doch —respondió monseñor Schepke en su alemán materno, antes de seguir hablando en griego, no moderno, sino clásico, como el que hablaba Aristóteles, semejante pero diferente de la versión moderna de dicho idioma, perpetuado sólo por un puñado de intelectuales en Oxford y en unas pocas universidades occidentales—. Bien venido, eminencia.

—Incluso los aviones pueden tardar demasiado. ¿Por qué no podemos viajar en barco? Sería una forma mucho más agradable de trasladarse de un lugar a otro.

—La maldición del progreso —respondió tímidamente el alemán.

Después de todo, el vuelo de Roma a Pekín tardaba sólo cuarenta minutos más que el de Roma a Nueva York, pero Renato era un hombre de otra época diferente y más paciente.

—Mi escolta. ¿Qué puede decirme de él?

—Se llama Qian. Cuarenta años, casado, con un hijo. Será nuestro contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Inteligente, buena educación, pero ferviente comunista, igual que su padre —respondió rápidamente Schepke, en el idioma que había aprendido hacía mucho tiempo en el seminario.

Tanto él como su jefe sabían que probablemente grababan su conversación, que luego volvería locos a los lingüistas del ministerio. Pero, al fin y al cabo, no era culpa suya que aquella gente fuera analfabeta.

—¿Entonces hay micrófonos en todo el edificio? —preguntó DiMilo, mientras se acercaba a una bandeja donde había una botella de vino tinto.

—Eso hay que suponer —asintió Schepke, al tiempo que el cardenal se servía un vaso de vino—. Haría inspeccionar el edificio, pero no es fácil encontrar aquí personas fiables y...

Y quienes fueran capaces de hacer un buen trabajo aprovecharían la oportunidad para colocar sus propios micrófonos para el país para el que trabajaran: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Israel... A todos les interesaba conocer lo que sabía el Vaticano.

El Vaticano, situado en el centro de Roma, es técnicamente un estado independiente, de ahí la categoría diplomática del cardenal DiMilo en un país donde las convicciones religiosas estaban mal vistas en el mejor de los casos, y perseguidas despiadadamente en el peor de los mismos. El cardenal Renato DiMilo era sacerdote desde hacía poco más de cuarenta años, durante la mayor parte de los cuales había pertenecido al servicio diplomático del Vaticano. Sus conocimientos lingüísticos no eran únicos en los confines de su propia organización, pero incluso allí, inusuales y sumamente excepcionales en el mundo exterior, donde hombres y mujeres tardaban muchísimo tiempo en aprender idiomas. Pero DiMilo los aprendía con facilidad, e incluso llegaba a sorprenderle que no pudieran hacerlo los demás. Además de sacerdote y diplomático, DiMilo era también agente de espionaje; todos los embajadores se supone que deben serlo, pero él iba mucho más allá. Una de sus misiones consistía en mantener informado al Vaticano, y por consiguiente al papa, de lo que sucedía en el mundo, a fin de que el Vaticano, y por consiguiente el papa, pudiera actuar o por lo menos usar su influencia en el sentido adecuado.

DiMilo conocía bastante bien al papa actual. Habían sido amigos muchos años antes de su elección al trono de Pontifex Maximus («maximus», que en este contexto significa «jefe», y «pontifex», que equivale a «constructor de puentes», ya que se supone que el sacerdote es el puente entre los hombres y su Dios). DiMilo había servido al Vaticano como diplomático en siete países. Antes de la caída de la Unión Soviética se había especializado en países de Europa oriental, donde había aprendido a discutir los méritos del comunismo con sus partidarios más acérrimos, generalmente para incomodidad de sus interlocutores y su propia diversión. Aquí sería diferente, pensó el cardenal, no sólo por las creencias marxistas, sino por tratarse de una cultura muy distinta. Hacía dos mil años que Confucio había definido el lugar de los chinos en el mundo, y ese lugar era diferente del que enseñaba la cultura occidental. Evidentemente, aquí había cabida para las enseñanzas de

Jesucristo, como en cualquier otro lugar. Pero el terreno no era tan fértil para el cristianismo como en otros sitios. Los que se acercaran a misioneros cristianos lo harían por curiosidad, y una vez expuestos a los evangelios, las creencias cristianas les parecerían todavía más curiosas, por lo mucho que se diferenciaban de sus creencias ancestrales. Incluso las creencias más «normales» que coincidían, más o menos, con las tradiciones chinas, como el movimiento espiritualista oriental denominado Falun Gong, habían sido brutalmente reprimidas. El cardenal DiMilo se recordó a sí mismo que había llegado a uno de los pocos países paganos existentes, donde el martirio todavía era posible para los más o menos afortunados, según el punto de vista de cada uno. Tomó un sorbo de vino, intentando decidir qué hora era según su reloj corporal, al contrario de lo que indicaba el de pulsera. En ambos casos, el vino sabía bien y le recordaba su tierra, que nunca había realmente abandonado, ni siquiera cuando estaba en Praga o en Moscú. Pekín, sin embargo, podía ser un reto.

VIII. SUBORDINADOS Y PAÑOS MENORES

No era la primera vez que lo hacía. A su manera, era emocionante, excitante y ligeramente peligroso, dado el momento y el lugar. Era principalmente un ejercicio de memoria práctica y capacidad de discernimiento. La parte más difícil consistía en convertir las medidas inglesas al sistema métrico. Se suponía que la mujer perfecta medía 36-24-36, no 90-60-90.

La última vez que había estado en un lugar parecido había sido en el Beverley Center Mall de Los Angeles, comprando para María Castillo, una voluptuosa latina a quien encantó su error de haber confundido su cintura por veinticuatro, en lugar de sus verdaderas veintisiete pulgadas. Era aconsejable errar por debajo en lo concerniente a cifras, pero probablemente por arriba en cuanto a letras. Si uno tomaba un pecho de 36B por 34C, a ella no le enfurecería, pero si creía que su cintura de veinticuatro medía veintiocho pulgadas, probablemente se enojaría. El estrés —pensó Nomuri mientras movía la cabeza— tenía manifestaciones diversas. Quería acertar porque aspiraba a convertir a Ming en una fuente de información, pero también en su amante, y ésa era una razón de más para no equivocarse.

El color era la parte fácil. Rojo. Evidentemente, rojo. Éste era todavía un país donde el rojo era un «buen» color, lo cual era conveniente, porque el rojo había sido siempre el color más vivaz elegido por las mujeres para su ropa interior, el color de la aventura, las risas y... la vida alegre. Y eso serviría para satisfacer, tanto sus necesidades biológicas como profesionales. También debía calcular otras cosas. Ming no era alta, medía escasamente cinco pies, ciento cincuenta y un centímetros aproximadamente, pensó Nomuri, después de hacer la conversión mentalmente. Era baja, pero no realmente menuda. En China no existía la obesidad auténtica. Aquí la gente no comía en exceso, probablemente por el recuerdo de la época en que escaseaba la comida, y el abuso era simplemente imposible. El peso de Ming se habría considerado excesivo en California, pensó Nomuri, pero eso era sólo por la estructura de su cuerpo. Parecía rechoncha porque era baja y eso era algo que no cambiaría ningún régimen, ejercicio, ni maquillaje. Su cintura no debía medir mucho menos de veintisiete pulgadas. En cuanto a su pecho, probablemente 34B... bueno, tal vez 34C... no, decidió, B+ a lo sumo. Por tanto, un sujetador 34B y unas bragas de talla mediana de seda roja, algo muy femenino... en el sentido arriesgado y libertino de la feminidad, algo que le permitiera mirarse al espejo a solas y reírse... tal vez incluso suspirar al comprobar lo diferente que era con esas prendas y quizá sonreír, con esa sonrisa interna que las mujeres reservan para esos momentos. El momento en el que uno sabe que la ha conseguido... y lo demás no es más que el postre.

La mejor parte de Victoria's Secret era el catálogo, diseñado para hombres que, en

realidad, y con buen criterio, querían comprar ellos mismos los modelos, a pesar de sus actitudes faciales, ya que a veces parecían lesbianas, aunque con semejantes cuerpos, ¿quién podía quejarse? Fantasías, cosas de la mente. Nomuri se preguntó si las modelos realmente existían o eran imágenes generadas por ordenador. Actualmente se podía hacer cualquier cosa con la informática: convertir a Rosie O'Donnell en Twiggy, o a Cindy Crawford en obsoleta.

Vuelta al trabajo, se dijo a sí mismo Nomuri. Puede que aquél fuera un lugar para fantasías, pero aún no para ésa. Bien, debía ser algo erótico. Algo que resultara simultáneamente divertido y excitante para Ming, y para él; eso también formaba parte del plan. Nomuri cogió un catálogo del montón, porque era mucho más fácil ver lo que quería cuando estaba relleno. Lo hojeó hasta detenerse en la página veintiséis. La modelo era negra y en su potaje genético debía de haber excelentes ingredientes, porque su rostro habría resultado tan atractivo a un miembro de las SS hitlerianas como a Idi Amín. Era esa clase de rostro. Mejor aún, llevaba un sujetador Racerback que hacía juego con sus braguitas y el color era perfecto, un rojo púrpura que los romanos en otra época habían denominado escarlata tirreno, el color de la franja de la toga de los miembros de la orden senatorial, reservada por su precio y por la tradición a la nobleza romana más acaudalada, no exactamente rojo, ni exactamente púrpura. El sujetador, de satén y lycra, se abrochaba por delante, lo cual facilitaba a la chica la operación de ponérselo y al chico la de quitárselo, pensó mientras se dirigía al estante pertinente. Treinta y cuatro be, decidió. Si era demasiado pequeño, sería más halagador... ¿las bragas pequeñas o medianas? Qué coño, unas de cada. Para asegurarse, compró también un sujetador sin varillas de forma triangular y unas braguitas estilo tanga de color rojo anaranjado, que para los católicos sería pecado mortal sólo mirarlas. Decidió impulsivamente adquirir varios pares adicionales de bragas, pensando que probablemente se ensuciaban con mayor facilidad que los sujetadores, cosa de la que no estaba seguro a pesar de ser agente de campo de la CIA. No le enseñaban a uno esas cosas en La Granja. Debería comentarlo en un mensaje. Probablemente, Mary Patricia soltaría una carcajada en su despacho del séptimo piso en Langley.

Otra cosa, pensó. Perfume. A las mujeres les encanta el perfume. Era lógico que les gustara, especialmente aquí. Toda la ciudad de Pekín olía como unos altos hornos, el aire estaba impregnado de polvo de carbón y otros productos contaminantes, probablemente como Pittsburgh a principios del siglo pasado, y la triste realidad era que los chinos no se duchaban con la diligencia de los californianos, ni mucho menos con la regularidad de los japoneses. Por consiguiente, algo que oliera bien...

Dream Angels era la marca. Estaba disponible en aerosol, loción y otras aplicaciones que Nomuri no alcanzaba a comprender, pero estaba seguro de que Ming lo entendería porque era mujer y eso era una quintaesencia femenina. De modo que

compró también el perfume, pagando con su tarjeta de crédito de NEC... sus jefes japoneses lo entenderían. Se hacían viajes meticulosamente preparados y organizados para asalariados japoneses a diversos lugares de Asia, especializados en comercio sexual. Así había sido probablemente como se había introducido el Sida en Japón, y Nomuri utilizaba un preservativo para todo, salvo para orinar. El total ascendió a unos trescientos euros. La dependienta se lo envolvió todo y comentó que la mujer de su vida era muy afortunada.

Lo será, se prometió Nomuri a sí mismo. La ropa interior que acababa de comprarle era tan suave al tacto como el cristal y sus colores excitarían incluso a un ciego. La única cuestión era cómo afectarían a la rechoncha secretaria china de un ministro gubernamental. No era como si intentara seducir a Suzie Wong. Lian Ming se distinguía más por su aspecto común que por su atractivo, pero nunca se sabe. Amy Irvin, su primera conquista a la madura edad de diecisiete años y tres meses, era suficientemente atractiva para despertar su inspiración, que para un chico de dicha edad significaba que poseía los atributos corporales necesarios, que no llevaba barba como los generales de la guerra civil y que durante el último mes había tomado una ducha. Por lo menos, Ming no sería como tantas norteamericanas actuales, que habían visitado al cirujano plástico para reducir el vientre, aumentar los pechos hasta que parecieran tazones, e inyectarse toda clase de productos químicos en los labios, que acababan por tener el aspecto de una extraña fruta partida. Lo que hacían las mujeres para atraer a los hombres... y lo que hacían los hombres con la esperanza de seducirlas. Qué fuente potencial de energía, pensó Nomuri, cuando hacía girar la llave del contacto en su Nissan de la empresa.

—¿Qué tenemos hoy Ben? —preguntó Ryan, dirigiéndose a su asesor de seguridad nacional.

—La CIA intenta lanzar una nueva operación en Pekín. De momento la denominan Sorge.

—¿Como Richard Sorge?

—Correcto.

—Alguien debe ser ambicioso. Bien, cuéntamelo.

—Hay un agente clandestino llamado Chester Nomuri que está en Pekín como vendedor de la empresa NEC. Corteja a la secretaria de un ministro decano de la República Popular, un individuo llamado Fang Gan...

—¿Quién es? —preguntó Ryan, sin soltar su taza de café.

—Una especie de ministro sin cartera que trabaja para el primer ministro y para el de Asuntos Exteriores.

—¿Como ese tal Zhang Han San?

—No tan decano, pero sí. Parece una especie de comodín de muy alto nivel. Tiene contactos en las fuerzas armadas y en los ministerios de Asuntos Exteriores,

buenas credenciales ideológicas, es un punto de referencia para otros miembros de su Politburó. En cualquier caso, Nomuri se propone seducir a la chica.

—Bond —comentó Ryan en un tono deliberadamente neutro—. James Bond. Conozco el nombre de Nomuri. Hizo un buen trabajo para nosotros en Japón, cuando yo ocupaba tu puesto. ¿Me lo comunicas a título meramente informativo o quieres mi aprobación?

—Correcto, señor presidente. La señora Foley dirige este caso y quiere mantenerlo informado.

—De acuerdo, dile a Mary Patricia que me interesa todo lo que vaya llegando.

Ryan hizo un esfuerzo para reprimir una mueca, provocada por el hecho de recibir información de la vida privada de otra persona, o si no privada, sexual.

—Sí, señor.

IX. RESULTADOS INICIALES

Chester Nomuri había aprendido muchas cosas en la vida, de sus padres, sus profesores y los instructores en La Granja, pero una lección que todavía le quedaba por aprender era el valor de la paciencia, por lo menos en lo concerniente a su vida privada. Eso, sin embargo, no le impedía ser cauteloso y por esa razón había comunicado sus planes a Langley. Era violento tener que explicarle a una mujer los proyectos de su vida sexual; a pesar de que Nomuri sabía perfectamente que Mary Pat era una espía brillante, se agachaba para mear como todas las mujeres, y él no quería que la CIA lo tomara por un gato callejero con sueldo gubernamental, porque la verdad era que le gustaba su trabajo. La emoción era por lo menos tan adictiva como la cocaína, con la que algunos de sus compañeros habían coqueteado.

Puede que quizá fuera ése el motivo por el que le gustaba a la señora Foley, especuló Nomuri. Mary Pat, según se decía en la dirección de operaciones, era «la vaquera». Se había pavoneado por las calles de Moscú durante los últimos días de la guerra fría, como la jodida Annie Oakley poniendo las cosas al rojo vivo, y a pesar de que la descubriera el subjefe del KGB, no sólo no les reveló absolutamente nada, sino que la operación que dirigía, que era todavía sumamente secreta, debía de tener una enorme importancia, porque nunca volvió a trabajar en el campo, pero ascendió por el escalafón de la CIA como una ardilla hambrienta a un roble. El presidente consideraba que era lista, y el mejor amigo que uno podía tener en ese trabajo era el presidente de Estados Unidos, porque conocía el mundo del espionaje. Luego se habló de lo que el presidente Ryan había hecho en otra época. ¿Exponer al jefe supremo del jodido KGB? Todos los jóvenes de la dirección de operaciones estaban convencidos de que Mary Pat debía de haber participado en aquello. Lo único que sabían incluso en los confines de la CIA, salvo, naturalmente, los que necesitaban saberlo (los dos imprescindibles, según se decía), era lo que había publicado la prensa, y aunque por regla general los medios de comunicación no sabían una mierda sobre operaciones clandestinas, un equipo de televisión de la CNN había colocado una cámara en la cara del ex jefe supremo del KGB, que vivía ahora en Winchester, Virginia. Éste no se fue demasiado de la lengua, pero el mero hecho de que apareciera su rostro en la pantalla, después de que el gobierno soviético lo declaró muerto en un accidente aéreo, provocó un buen escándalo. Nomuri dedujo que trabajaba para un par de auténticos profesionales y, por consiguiente, les reveló lo que se proponía, aunque eso pudiera ruborizar a Mary Patricia Foley, subdirectora de operaciones de la CIA.

Eligió un restaurante estilo occidental. No eran pocos los que había ahora en Pekín, destinados, tanto a la población local como a los turistas que sentían nostalgia de los sabores de su país (o a quienes les preocupaba la salud de su organismo,

justificadamente al parecer de Nomuri). Su calidad no era ni siquiera remotamente parecida a la de un verdadero restaurante norteamericano, pero sí considerablemente más apetecible que las ratas fritas, que Nomuri sospechaba que servían en muchos restaurantes de Pekín.

Él llegó primero, y se estaba relajando con un bourbon barato norteamericano cuando Ming entró por la puerta. La saludó con la mano, confiando no parecer excesivamente juvenil. Ella reaccionó con una sonrisa, que a Nomuri le pareció acertada. Ming se alegraba de verlo y eso suponía un paso adelante en los planes que tenía para la velada. Se acercó a su mesa, situada en un rincón del fondo. Él se puso en pie, mostrando un nivel de caballerosidad inusual en China, donde no se valoraba siquiera remotamente a las mujeres como en Occidente. Nomuri se preguntó si eso cambiaría, si la matanza de tantas niñas convertiría de pronto a Ming en un bien valioso, a pesar de su sencillez. Todavía no alcanzaba a digerir que mataran con tanta facilidad a los bebés y lo mantenía siempre presente en su mente, para no olvidar quiénes eran los buenos y los malos en el mundo.

—Me alegro mucho de verte —dijo Nomuri con una seductora sonrisa—. Temía que no vinieras.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Bueno, tu jefe... Estoy seguro de que él... bueno... te necesita. Supongo que ésa es la forma educada de expresarlo —titubeó Nomuri, consiguiendo a su parecer el efecto ensayado.

Ming se rio un poco.

—El camarada Fang tiene sesenta y cinco años —respondió—. Es un buen hombre, un buen jefe y un ministro excelente, pero trabaja mucho y ya no es joven.

De acuerdo, se acuesta contigo, pero no muy a menudo, interpretó Nomuri. ¿Y tal vez te apetece un poco más, con alguien de tu edad? Claro que si Fang tenía más de sesenta y cinco años y todavía ejercía, tal vez merecía cierto respeto, pensó, antes de descartar la idea.

—¿Has comido antes aquí?

El lugar se llamaba Vincenzo's y pretendía ser italiano. El gerente era un mestizo de Vancouver, chino e italiano, cuyo idioma le habría causado problemas con la mafia en Palermo o incluso en Mulberry Street, en Manhattan, pero en Pekín parecía bastante auténtico.

—No —respondió Ming, mientras miraba a su alrededor lo que para ella era un entorno sumamente exótico.

Sobre cada mesa había una vieja botella de vino, con la base cubierta de mimbre y una vela roja encendida en el cuello. Los manteles eran de cuadros blancos y rojos. Quienquiera que hubiera decorado el local, evidentemente había visto demasiadas películas antiguas. No se parecía en nada a los restaurantes locales, incluso a pesar de

los camareros chinos; paneles de madera oscura, perchas para los abrigos cerca de la puerta... Podía haberse encontrado en cualquier lugar de la costa este norteamericana, donde se habría reconocido como uno de esos viejos restaurantes familiares italianos, en los que una pareja madura sirve buena comida sin pretensiones.

—¿Cómo es la comida italiana? —preguntó Ming.

—Si está bien preparada, la comida italiana es de las mejores del mundo —respondió Nomuri—. ¿No la has probado? ¿Nunca? ¿Me permites entonces que elija por ti?

Ming reaccionó con un encanto juvenil. Las mujeres eran todas iguales. Si las tratas del modo adecuado, se derriten como la cera en tus manos y puedes moldearlas a voluntad. A Nomuri empezaba a gustarle aquella parte de su trabajo, que algún día podría serle también útil en su vida privada. Llamó al camarero, que se acercó con una sonrisa servil. Nomuri pidió en primer lugar un vino blanco auténticamente italiano, de una carta asombrosamente de primer orden y unos precios, por supuesto, elevadísimos, y luego, con un hondo suspiro, fettuccine Alfredo, la quintaesencia italiana de los síncope cardíacos. Miró a Ming y dedujo que no rechazaría una comida consistente.

—¿Siguen funcionando bien los nuevos ordenadores y las nuevas impresoras?

—Sí, el ministro Fang me ha felicitado ante los demás funcionarios por mi elección. Me has convertido en una especie de heroína, camarada Nomuri.

—Me alegro de saberlo —respondió el agente de la CIA, al tiempo que se preguntaba si era bueno o malo para su misión actual que lo llamara «camarada»—. Ahora vamos a sacar un nuevo ordenador portátil, un modelo que puedes llevarte a tu casa, pero evidentemente con la misma capacidad que el de tu oficina, las mismas características y el mismo software, e incluso un módem para acceder a Internet.

—¿En serio? Yo lo hago con muy poca frecuencia. En el trabajo no se nos permite navegar por la red, salvo cuando el ministro quiere algo específico.

—No me digas. ¿Qué le interesa de la red al ministro Fang?

—Principalmente comentarios políticos, sobre todo de Norteamérica y Europa. Todas las mañanas imprimo varios artículos de los periódicos como el Times de Londres, el New York Times, el Washington Post y otros por el estilo. Al ministro le gusta ver especialmente lo que piensan los norteamericanos.

—No mucho —comentó Nomuri, cuando llegaba el vino.

—¿Cómo dices? —preguntó Ming, obligándolo a volver la cabeza.

—Pues que los norteamericanos no piensan mucho. Son la gente más superficial que he conocido en mi vida. Son chillones, mal educados y sus mujeres... —la voz de Chet se perdió en la lejanía.

—¿Qué pasa con sus mujeres, camarada Nomuri? —preguntó Ming, casi como si

le diera una orden.

—Muy bueno —dijo Nomuri después de catar el vino, una cosecha de Toscana bastante satisfactoria, e indicarle al camarero que llenara las copas—. ¿Has visto alguna vez ese juguete norteamericano, la muñeca Barbie?

—Sí, se fabrican aquí en China, ¿no es cierto?

—Así es como quieren ser todas las norteamericanas, muy altas, con unos pechos enormes y una cintura que puedas rodear con las manos. Eso no es una mujer. Es un juguete, un maniquí para que se entretengan los niños. Y con una inteligencia semejante a las norteamericanas corrientes. ¿Crees que saben idiomas como tú? Piensa que tú y yo ahora hablamos en inglés, que no es tu idioma materno ni el mío, pero nos entendemos perfectamente, ¿no es cierto?

—Sí —reconoció Ming.

—¿Cuántos norteamericanos crees que hablan mandarín? ¿O japonés? No, los norteamericanos carecen de educación, de elegancia. Son un país retrasado y sus mujeres son muy retrasadas. Incluso acuden al cirujano para que haga sus pechos más grandes, como esa estúpida muñeca infantil. Son cómicas, especialmente desnudas —concluyó Nomuri.

—¿Las has visto? —preguntó Ming, tal como él había previsto.

—¿Visto qué, norteamericanas desnudas?

Ming asintió. Esto funcionaba a pedir de boca. Si, Ming, soy hombre de mundo.

—Sí, las he visto. Viví allí unos meses y fue interesante en un sentido un tanto grotesco. Algunas pueden ser encantadoras, pero no como una mujer asiática decente con las proporciones adecuadas y un cabello femenino sin adulteraciones cosméticas. Y los modales. Las norteamericanas no tienen los modales de una asiática.

—Pero allí hay muchas de las nuestras. ¿Tú no...?

—¿Si conocí a alguna? No, los de ojos redondos se las guardan para ellos. Supongo que valoran a las verdaderas mujeres, cuando las suyas se convierten en otra cosa —respondió Nomuri, mientras llenaba de vino la copa de Ming—. Pero debo reconocer que hay algunas cosas en las que los norteamericanos son buenos.

—¿Por ejemplo? —preguntó Ming, cuando el vino empezaba a soltarle ya la lengua.

—Te lo mostraré luego. Tal vez debería disculparme, pero me he tomado la libertad de comprarte unas cosas norteamericanas.

—¿En serio? —exclamó con emoción en la mirada.

Aquello funcionaba realmente bien, se dijo Nomuri. Desearía moderarse con el vino. Bueno, media botella, un par de vasos, no le perjudicarían. Como decía la canción... «puedes hacerlo en la primera». Y en este caso no tenía de qué preocuparse en cuanto a convicciones religiosas o inhibiciones. ¿No era ésa una ventaja del comunismo?

Los fettuccine llegaron en el momento oportuno, y eran sorprendentemente sabrosos. Observó a Ming cuando comía el primer bocado. (En Vincenzo's servían los platos con cuchillo y tenedor en lugar de palillos, que en cualquier caso era más práctico para comer fettuccine). Abrió enormemente sus ojos oscuros cuando la pasta entró en su boca.

—Excelente... aquí hay mucho huevo. Me encantan los huevos —confesó Ming.

Son tus arterias, querida, pensó el agente, observando cómo tragaba el primer bocado. Nomuri extendió el brazo para coger el vino y llenarle de nuevo la copa. Ming estaba tan entusiasmada con la pasta, que apenas se percató de lo que hacía.

Después de comerse medio plato, levantó la cabeza.

—Nunca había comido algo tan delicioso —dijo Ming. Nomuri respondió con una cálida sonrisa.

—No sabes cuánto me alegro de que te guste.

Espera a ver la ropa interior que te he comprado, cariño.

—¡Firmes!

El capitán general Marion Diggs se preguntaba qué le traería su nuevo puesto de mando. La segunda estrella en su charretera... creía poder percibir su peso, pero no era así en realidad. Los últimos cinco años con el uniforme de su país habían sido interesantes. Como primer comandante del reorganizado 10º Regimiento Blindado de Caballería, los «Buffalo Soldiers», había convertido a los miembros de aquel antiguo y honroso regimiento en los maestros de entrenamiento del ejército israelí, convirtiendo el desierto de Negev en otro Centro de Entrenamiento Nacional, y en dos años había reducido a polvo a todos los comandantes de brigada israelíes, para luego levantarlos de nuevo, triplicando su eficacia en combate por todos los medios cuantificables, de modo que ahora pudieran pavonearse justificadamente de su pericia. Luego le habían mandado al auténtico CEN en el desierto californiano, donde repitió la hazaña con su propio ejército estadounidense. Allí estaba cuando empezó la guerra biológica, con su propio 11º Regimiento Blindado de Caballería, la famosa Caballería de Caballos Negros y una brigada de la Guardia Nacional, cuyo inesperado uso de equipo avanzado de control bélico sorprendió enormemente a los Caballos Negros y a su orgulloso comandante, el coronel Al Hamm. Todos ellos se trasladaron a Arabia, junto con el 10º de Israel, e infligieron una derrota aplastante al ejército de la fugaz República Islámica Unida. Después de sobresalir como coronel en jefe, se distinguió como general de brigada, lo cual facilitó su ascenso y su nuevo destino como comandante en jefe de los conocidos como «primeros tanques», «viejos acorazados» o «división blindada norteamericana». Era la 1.ª División Blindada, basada en Bad Kreuznach, Alemania, una de las pocas divisiones pesadas que quedaban con bandera norteamericana.

En otra época habían sido muchas: dos cuerpos enteros aquí en Alemania, el 1º y el 3º blindados, el 3º y el 8º de infantería, además de un par de regimientos de caballería blindada, el 2.0 y el 11.0, y las bases de POMCUS, unos monstruosos almacenes de material, para unidades como la 2.a blindada y la 1.a de infantería, la Gran Roja de Fort Riley en Kansas, que podía establecerse en Europa con tanta rapidez como los aviones lograran trasladarla, recoger su equipo y ponerse en movimiento. Toda esa fuerza, que era realmente enorme según recordaba Diggs, formaba parte del compromiso de la OTAN para defender Europa occidental de un país denominado Unión Soviética y su organización paralela del Pacto de Varsovia, el objetivo de cuyas numerosísimas fuerzas era llegar hasta el Cantábrico, o eso habían creído siempre los agentes de operaciones e inteligencia en Mons, Bélgica. Habría sido una gran confrontación. ¿Quién habría ganado? Probablemente, la OTAN, pensaba Diggs, según la interferencia política y la habilidad de los mandos en ambos bandos.

Pero ahora la Unión Soviética ya no existía. Y ya no era tampoco necesaria la presencia de los cuerpos 5º y 7º en Alemania occidental, de modo que su 1º División Armada era el único vestigio que quedaba de lo que había sido en otra época una enorme y poderosa fuerza. Incluso los regimientos de caballería se habían retirado, el 11º a la fuerza de oposición, o «malos chicos», en el Centro de Entrenamiento Nacional y el 2.0 Regimiento de Dragones había sido esencialmente desarmado en Fort Polk, Louisiana, en un intento por crear una nueva doctrina de tropas sin armas. Quedaban sólo los «viejos acorazados», de tamaño un poco reducido desde su época idílica, pero con una fuerza todavía formidable. En aquel momento, Diggs no sabía a quién se enfrentaría, en el caso de que surgieran inesperadamente hostilidades de la nada.

Ése, evidentemente, era el trabajo de su oficial de inteligencia G-2, el teniente coronel Tom Richmond, y entrenarse para el mismo era la misión encomendada a su oficial de operaciones G-3, el coronel Duke Masterman, a quien Diggs había arrancado del Pentágono chillando y pataleando. En el ejército de Estados Unidos no era extraño que un jefe se rodeara de jóvenes oficiales a los que había conocido a lo largo de su carrera militar. Era responsabilidad del jefe cuidar de los ascensos de sus subordinados y obligación de los jóvenes oficiales cuidar de su mentor, conocido en el Departamento de Policía de Nueva York como «rabino» o como «padre del mar» en la armada estadounidense, en una relación que era más como padre e hijo que cualquier otra cosa. Lo único que Diggs, Richmond y Masterman esperaban de su tiempo en la 1ª División Blindada era una experiencia profesional interesante y eso era más que suficiente. Habían visto el elefante, frase que se remontaba en el ejército estadounidense a la guerra civil para indicar participación activa en operaciones de combate, y matar gente con armas modernas no era exactamente una excursión a

Disney World. Todos creían que les bastaría con un tranquilo período de entrenamiento y ejercicios tácticos sobre el tapete. Además, la cerveza era bastante buena en Alemania.

—Bien, Mary, es todo tuyo —dijo el capitán general saliente, Sam Goodnight, después de un saludo formal.

«Mary» era un apodo de Diggs que se remontaba a West Point y hacía mucho tiempo que había dejado de enfurecerle. Pero sólo oficiales de rango superior al suyo lo utilizaban y, a decir verdad, ya no eran muchos los que quedaban.

—Sam, parece que tienes a los muchachos bastante bien entrenados —dijo Diggs, dirigiéndose al hombre que acababa de relevar.

—Estoy especialmente satisfecho de las fuerzas de los helicópteros. Después del éxito con los Apaches en Yugoslavia decidimos acelerar este personal. Tardamos tres meses, pero ahora están en condiciones de comerse un león crudo, después de descuartizarlo con un cortaplumas.

—¿Quién es el comandante de la escuadrilla?

—El coronel Dick Boyle. Lo conocerás en unos minutos.

Ha participado en combate y sabe cómo dirigir a sus hombres.

—Me alegra saberlo —admitió Diggs, cuando subían al coche oficial de la segunda guerra mundial para pasar revista a la tropa, como despedida de Sam Goodnight y bienvenida de Mary Diggs, cuya reputación en las fuerzas armadas era la de un pequeño negro, duro de roer e hijo de puta. Su doctorado en Administración de Empresas de la Universidad de Minnesota no parecía contar para nada, salvo a efectos de promoción y de las empresas privadas que quisieran contratarlo después de su jubilación, posibilidad que ahora debía contemplar de vez en cuando, a pesar de que, a su parecer, las dos estrellas conseguidas eran apenas la mitad de lo que le esperaba. Diggs había luchado en dos guerras y se había distinguido en ambas. Había muchas formas de ascender en las fuerzas armadas, pero ninguna tan eficaz como tener éxito como comandante en el campo de batalla, porque en el fondo, la función del ejército consistía en matar gente y destrozar cosas con la mayor eficacia posible. No era divertido, pero de vez en cuando era necesario. Uno no podía permitirse perderlo de vista. Se entrenaba a los soldados de modo que si al día siguiente despertaban en una guerra, sabían lo que debían hacer y cómo debían hacerlo, estuvieran o no los oficiales a su alrededor para mandárselo.

—¿Qué me dices de la artillería? —preguntó Diggs, cuando pasaban frente a una formación de obuses autopropulsados de 155 mm.

—Ningún problema con la artillería, Mary. En realidad, ningún problema en ningún lugar. Tus comandantes de brigada estuvieron todos presentes en 1991, en general como comandantes de compañía o de batallón. Tus comandantes de batallón eran casi todos jefes de sección u oficiales ejecutivos de compañía. Están bastante

bien entrenados. Ya lo verás —prometió Goodnight.

Diggs sabía que todo sería cierto. Sam Goodnight era general de brigada, pendiente de promoción, lo cual significaba que obtendría su tercera estrella, en cuanto el Senado de Estados Unidos aprobara el nuevo decreto, que incluía a los altos mandos de las fuerzas armadas y eso no podía apresurarse. Ni siquiera el presidente podía hacerlo. Diggs había conseguido su segunda estrella hacía seis meses, antes de abandonar Fort Irving para pasar unos meses de sedentarismo en el Pentágono, para lo que denominaban un ciclo «de unificación» abreviado, antes de su traslado a Alemania. La división tenía programadas unas maniobras a gran escala contra el Bundeswehr en tres semanas. La División Blindada frente a cuatro brigadas alemanas, dos de tanques y dos de infantería mecanizada, lo que prometía poner la división a prueba. Eso era algo de lo que el coronel Masterman debía preocuparse; era su pellejo el que estaba en juego. Duke había llegado a Alemania la semana anterior; para conocer a su predecesor también saliente como oficial de operaciones de la división y repasar las normas y supuestos de las maniobras. El comandante de las fuerzas alemanas en las maniobras era el general Siegfried Model. Sigggy, como se lo conocía entre sus colegas, era descendiente de un comandante bastante bueno de la Wehrmacht en los viejos tiempos y se decía también de él que lamentaba la caída de la URSS, porque en parte deseaba enfrentarse al ejército ruso y aniquilarlo. Eso se había dicho de muchos mandos alemanes y algunos norteamericanos, pero en la mayoría de los casos no eran más que habladorías, porque nadie que hubiera visto un campo de batalla anhelaba ver otro.

Claro que, pensaba Diggs, no quedaban muchos alemanes que hubieran visto un campo de batalla.

—Tienen buen aspecto, Sam —dijo Diggs, cuando pasaban frente al último grupo estático.

—Es muy duro marcharse, Marion. Maldita sea —respondió el general saliente, haciendo un esfuerzo para controlar las lágrimas.

Diggs sabía que ahí se demostraba quiénes eran verdaderamente duros en su profesión. Dejar a los soldados bajo su mando era como abandonar a un hijo en el hospital, o tal vez aún peor. Todos habían sido los muchachos de Sam, pensó Diggs, y ahora serían los suyos. A primera vista, todos parecían bastante sanos e inteligentes.

—Sí, Arnie —dijo el presidente Ryan, en un tono que delataba sus sentimientos, más que si hubiera chillado o refunfuñado.

—Nadie dijo que el trabajo sería divertido, Jack. Maldita sea, no sé de qué te quejas. No tienes que embaucar a nadie para conseguir fondos para tu campaña de reelección. No tienes que lamer culos. Lo único que debes hacer es tu trabajo y eso te permite ahorrar una buena hora diaria, tal vez una hora y media, para ver televisión y jugar con tus hijos.

Si había algo que le encantaba a Arnie, pensó Ryan, era decirle lo fácil que era su jodido trabajo.

—Pero sigo dedicando la mitad del día a actividades inútiles, en lugar de hacer el trabajo para el que me pagan.

—Sólo la mitad y todavía se queja —exclamó Arnie, mirando al techo—. Jack, ya es hora de que empiece a gustarte esto, si no quieres que te devore. Esta es la parte agradable de ser presidente. Y, maldita sea, hacía quince años que trabajabas para el gobierno antes de llegar aquí. ¡Debería encantarte no ser productivo!

Ryan estuvo a punto de reírse, pero logró controlarse. Si había algo que Arnie sabía hacer, era suavizar las lecciones con humor. Eso podía ser muy molesto.

—Bien, ¿pero qué les prometo exactamente?

—Promételes que apoyarás ese proyecto de pantano y canal navegable.

—Pero probablemente es un desperdicio de dinero.

—No, no es ningún desperdicio de dinero. Proporciona empleo en esa zona de dos estados, lo cual favorece los intereses, no de uno ni de dos, sino de tres senadores estadounidenses, que te apoyan incondicionalmente en la cámara y a quienes tú, por consiguiente, también debes apoyar. Recompensas la ayuda que te han prestado ayudándolos a ellos a ser reelegidos. Y los ayudas a ser reelegidos permitiéndoles crear unos quince mil puestos de trabajo en ambos estados.

—Y a la mierda con un río perfectamente agradable por... —Ryan consultó la carpeta que tenía sobre el escritorio— tres mil millones y cuarto de dólares... Maldita sea —concluyó con un prolongado suspiro.

—¿Desde cuándo eres amante de los árboles? Las malditas truchas no votan, Jack. Y aunque el tráfico de barcazas no llegue a establecerse en el río, se habrá convertido en una magnífica zona de recreo para el esquí acuático y para la pesca, agrégale unos cuantos nuevos moteles, tal vez uno o dos campos de golf, restaurantes de comida rápida...

—No me gusta decir y hacer cosas en las que no creo —alegó a continuación el presidente.

—Para un político, esto es como el daltonismo o una pierna fracturada: un impedimento grave —señaló Van Damm—. Esto también forma parte del trabajo. Nikita Khrushchev lo definió: «Los políticos somos igual en todo el mundo, construimos puentes donde no hay ríos».

—¿Entonces desperdiciar dinero es algo que se supone que debemos hacer? ¡Arnie, no es nuestro dinero! Es el dinero del pueblo. Pertenece a la población, ¡y no tenemos derecho a derrocharlo!

—¿Derecho? ¿Quién ha dicho alguna vez que esto fuera una cuestión de derecho? —preguntó pacientemente Arnie, antes de consultar su reloj—. Esos tres senadores que estarán aquí dentro de un momento aprobaron tu decreto de defensa hace un mes,

por si lo habías olvidado, y puede que vuelvas a necesitar sus votos. ¿Reconocerás que el decreto de defensa era importante?

—Sí, claro que sí —respondió cautelosamente el presidente Ryan.

—¿Y que aprobar dicho decreto era lo indicado para el país? —preguntó a continuación Van Damm.

Un prolongado suspiro. Ryan veía hacia dónde se encaminaba.

—Sí, Arnie, lo era.

—Por consiguiente, ¿no es cierto que tomar esta pequeña decisión te ayuda a hacer lo que es bueno para el país?

—Supongo que sí.

Ryan detestaba ceder en esos asuntos, pero discutir con Arnie era como hacerlo con un jesuita. Uno casi siempre se encontraba desarmado.

—Jack, vivimos en un mundo imperfecto. No puedes esperar hacer siempre lo justo. A lo sumo puedes aspirar a que lo justo impere la mayor parte del tiempo; en realidad, harías bien en compensar con lo justo las cosas que no lo son tanto a largo plazo. La política es el arte del compromiso, el arte de conseguir las cosas importantes que deseas, al tiempo que les das a los demás las cosas menos importantes que ellos quieren, hecho de tal modo que seas tú quien se las dé y no ellos quienes se las tomen, porque eso es lo que te convierte en jefe. Debes comprenderlo —dijo Arnie, antes de hacer una pausa para tomar un sorbo de café—. Jack, tú te esfuerzas y aprendes bastante bien, para un alumno de cuarto en la escuela de posgrado, pero debes aprenderlo hasta que no precises siquiera pensar en ello. Debe convertirse en algo tan natural como subirse la cremallera después de mear. Todavía no tienes la menor idea de lo bien que lo estás haciendo.

Y puede que sea mejor así, agregó Arnie para sus adentros.

—El cuarenta por ciento de la población no cree que esté haciendo un buen trabajo.

—El cincuenta y nueve por ciento sí lo cree y, en cualquier caso, ¡parte de ese cuarenta por ciento votó por ti!

Ryan recordó que las elecciones se habían distinguido por la cantidad de candidatos cuyos nombres no estaban inscritos en las papeletas y habían sido agregados por los votantes, y el ratón Mickey había obtenido un éxito extraordinario.

—¿Qué hago para ofender a los demás? —preguntó Ryan.

—Jack, si en el antiguo Israel hubieran existido las encuestas, probablemente Jesús se habría desanimado y habría vuelto a la carpintería.

Ryan pulsó un botón en el teléfono de su escritorio.

—Ellen, la necesito.

—Sí, señor presidente —respondió la señora Sumter.

A los treinta segundos entró por la puerta, con una mano pegada al cuerpo. Se

acercó al escritorio del presidente y extendió la mano en la que llevaba un cigarrillo. Jack lo cogió, lo encendió con un mechero de butano y sacó un cenicero de cristal del cajón de su escritorio.

—Gracias, Ellen.

—De nada —respondió la secretaria, antes de retirarse.

Todos los días, Ryan le entregaba un dólar para saldar la deuda de los cigarrillos. Estaba mejorando y por regla general no pasaba de tres cigarrillos en los días de mayor estrés.

—No permitas que los medios de comunicación te sorprendan haciendo eso —aconsejó Arnie.

—Sí, lo sé. Puedo acostarme con una secretaria aquí mismo en el despacho oval, pero si me sorprendieran fumando sería como si hubiera abusado de un menor —respondió Ryan, mientras se llevaba el Virginia Slim a los labios y daba una prolongada calada, también consciente de lo que diría su esposa si lo sorprendiera—. ¡Si fuera rey, yo dictaría las malditas normas!

—Pero no lo eres —señaló Arnie.

—Mi trabajo consiste en conservar, proteger y defender el país...

—No, tu trabajo consiste en conservar, proteger y defender la Constitución, que es mucho más complicado. No olvides que para el ciudadano medio, «conservar, proteger y defender» significa recibir el sueldo todas las semanas y alimentar a su familia, pasar una semana en la playa todos los años o tal vez en Disney World, e ir al fútbol todos los domingos por la tarde en otoño. Tu trabajo consiste en mantenerlos contentos y seguros, protegiéndolos, no sólo de los ejércitos extranjeros, sino de las vicisitudes generales de la vida. La buena noticia es que si lo haces, podrás conservar este cargo otros siete largos años y jubilarte con su cariño.

—Has olvidado el aspecto del legado.

—¿El legado? —exclamó Arnie, con un vestigio de furor en la mirada—. Cualquier presidente que se preocupe excesivamente por eso ofende a Dios y eso es casi tan estúpido como ofender al Tribunal Supremo.

—Sí, y cuando el caso llegue a Pennsylvania...

Arnie levantó las manos, como para protegerse de un puñetazo.

—Jack, me preocuparé de este asunto cuando llegue el momento. No aceptaste mi consejo respecto al Tribunal Supremo, pero si, o mejor dicho, cuando estalle ante tus narices, no será agradable —dijo Van Damm, que ya preparaba la estrategia de la defensa.

—Tal vez, pero yo no voy a preocuparme por ello. A veces es preferible dejar que las cosas caigan por su propio peso.

—Y a veces uno vigila para que el maldito árbol no se le caiga encima.

Sonó el intercomunicador, Jack apagó el cigarrillo y se oyó la voz de la señora

Sumter:

—Los senadores acaban de entrar por la puerta oeste.

—Me voy —dijo Arnie—. No olvides que apoyarás el proyecto del pantano, el canal y ese maldito río, y que agradeces su apoyo. Estarán ahí cuando los necesites, Jack. No lo olvides. Y tú los necesitas. Tampoco lo olvides.

—Si, papá —respondió Ryan.

—¿Has venido andando? —preguntó Nomuri, un tanto sorprendido.

—Son sólo dos kilómetros —respondió alegremente Ming, con una risita—. Va bien para abrir el apetito.

Bueno, te has tragado esos fettuccine como un tiburón devora a su presa, pensó Nomuri. Supongo que no te faltaba apetito. Pero eso era injusto. Había sido él quien había planeado cuidadosamente la velada y ella había caído en su trampa, era culpa suya y no de la chica. Además, tenía cierto encanto, pensó cuando subía con él al coche de la empresa. Ya habían decidido que irían a casa de Nomuri, para que éste pudiera entregarle el regalo que le había prometido. Ahora él empezaba a sentirse un poco emocionado. Lo venía planeando desde hacía más de una semana y la persecución tenía su propio encanto, que no había cambiado en decenas de milenios para los varones de la especie... Y ahora se preguntó en qué estaría pensando ella. Se había tomado dos buenos vasos de vino con la cena y había decidido no tomar postre. Se incorporó de un brinco cuando él sugirió que lo acompañara a su casa. O bien había preparado magistralmente su trampa, o ella estaba más que lista por cuenta propia... El camino era corto y lo recorrieron en silencio. Aparcó en su estacionamiento numerado y se preguntó si alguien registraría el hecho de que hoy iba acompañado. Debía suponer que aquí lo vigilaban. El Ministerio chino de Seguridad Estatal se interesaba probablemente por todos los extranjeros que residían en Pekín, puesto que todos eran espías potenciales. Curiosamente, su piso no estaba en la misma parte del edificio que los de los norteamericanos y otros occidentales. No era segregación o categorización explícita, pero ése era el resultado, con los norteamericanos principalmente en una sección, junto a la mayoría de los europeos... donde Nomuri se percató de que también estaban los taiwaneses. Por consiguiente, la vigilancia que existiera se encontraba probablemente en dicho extremo del complejo. Afortunadamente ahora para Ming y más adelante tal vez para él.

Su piso estaba en una esquina de la segunda planta sin ascensor, de la versión china de un complejo ajardinado norteamericano. El piso era bastante amplio, unos cien metros cuadrados y probablemente sin micrófonos. O por lo menos, él no los había encontrado al instalarse y colgar sus cuadros, ni había captado ninguna señal anómala con su detector, aunque su teléfono debía de estar intervenido evidentemente, pero eso no significaba que alguien escuchara las cintas todos los días, ni siquiera todas las semanas. El Ministerio de Seguridad Estatal no era más que

un departamento gubernamental, que en China probablemente no se diferenciaba mucho de los de Norteamérica, o Francia, con empleados vagos y mal pagados que trabajaban lo menos posible, al servicio de una burocracia que no alentaba el esfuerzo personal. Probablemente pasaban la mayor parte del tiempo fumando esos asquerosos cigarrillos locales y masturbándose.

Tenía un cerrojo Yale norteamericano en la puerta, a prueba de ganzúas y con un sólido mecanismo de cierre. Si alguien le pedía explicaciones, diría que cuando estaba en California en representación de NEC unos ladrones habían forzado la puerta de su casa, los norteamericanos eran muy anárquicos e incivilizados, y no quería que volviera a sucederle.

—De modo que ésta es la casa de un capitalista —comentó Ming, mirando a su alrededor.

Las paredes estaban cubiertas de ilustraciones, sobre todo carteles de cine.

—Sí, bueno, es la casa de un asalariado. No sé si soy realmente un capitalista, camarada Ming —sonrió con una ceja arqueada, mientras señalaba el sofá—. Por favor, siéntate. ¿Puedo ofrecerte algo?

—Tal vez otro vaso de vino —sugirió Ming, al tiempo que vislumbraba y luego miraba un paquete envuelto, en el sillón situado frente al sofá.

—Encantado —sonrió Nomuri, antes de dirigirse a la cocina, donde guardaba una botella de Chardonnay californiano en la nevera, que descorchó sin ninguna dificultad. Regresó a la sala con dos copas y le entregó una a su invitada—. Por cierto —dijo entonces, entregándole el paquete envuelto en papel rojo, evidentemente de regalo—, esto es para ti, Ming.

—¿Puedo abrirlo ahora?

—Por supuesto —sonrió Nomuri, con toda la caballerosa lujuria de la que fue capaz—. Tal vez preferirías desenvolverlo en...

—¿Te refieres a tu dormitorio?

—Discúlpame. Sólo pensaba que tal vez prefieras abrirlo en privado. Te ruego que me perdones si soy demasiado atrevido.

El regocijo en su mirada lo decía todo. Ming tomó un sorbo de vino blanco, se dirigió al dormitorio y cerró la puerta. Nomuri tomó un pequeño sorbo de su propia copa y se sentó en el sofá a la espera de acontecimientos. Si su elección había sido errónea, puede que le arrojara el paquete a la cabeza y abandonara el piso furiosa... pero no le parecía probable. Seguramente, aunque lo considerara demasiado atrevido, se quedaría con el regalo y con la caja, acabaría su copa de vino, charlaría un poco y luego se despediría al cabo de unos treinta minutos, sólo por respeto a los buenos modales, lo que en realidad surtiría el mismo efecto sin el insulto explícito y se vería obligado a buscar otro recluta potencial. No, el mejor resultado sería...

Se abrió la puerta y ahí estaba Ming, con una pequeña y pícara sonrisa. El mono

había desaparecido. En su lugar llevaba el conjunto rojo anaranjado de bragas y sujetador, con cierre delantero. Levantó la copa para brindar; daba la impresión de que había tomado otro trago, tal vez para armarse de valor... o relajar sus inhibiciones.

De pronto Nomuri sintió cierta aprensión. Tomó otro trago antes de levantarse, para acercarse lentamente y con cierto titubeo a la puerta del dormitorio.

Detectó también cierto titubeo en su mirada, como si estuviera un poco asustada, y con un poco de suerte ella captaba a su vez la inquietud en sus ojos, porque a las mujeres les gustaba que los hombres fueran un poco vulnerables. Tal vez John Wayne no había logrado siempre todo lo que se proponía, pensó de pronto Nomuri, antes de sonreír.

—He acertado con la talla.

—Sí, y sienta de maravilla, como una segunda piel. Suave y sedoso.

Nomuri se percató de que todas las mujeres la poseían: esa habilidad de sonreír y mostrar, independientemente del exterior, su feminidad interna, frecuentemente perfecta, repleta de ternura y deseo, recato y coquetería, y todo lo que uno debía hacer...

Su mano se elevó para acariciarle la cara, con toda la suavidad que su ligero temblor le permitía. ¿Qué diablos es esto?, se preguntó a sí mismo. ¿Temblando? A James Bond nunca le temblaban las manos. Este era el momento en que se suponía que debía levantarla en brazos, llevarla imperiosamente a la cama y poseerla con el dominio que ejercía Vince Lombardi en un equipo de fútbol y el ímpetu de George Patton en el ataque. Pero a pesar de su triunfal anticipación de aquel momento, las cosas ocurrían de una forma distinta a la esperada. Quienquiera o comoquiera que fuese Ming, ahora se le entregaba. No había más en ella, eso era todo lo que poseía. Y se lo ofrecía.

Al agachar la cabeza para besarla captó el aroma del perfume Dream Ángel, de algún modo perfecto para la ocasión. Lo abrazó antes de lo esperado. Las manos de Nomuri emularon su ejemplo, descubrió que el tacto de su piel era suave, como seda humedecida, y las manos se desplazaron por su cuerpo ajenas a su voluntad. Sintió algo extraño en el pecho, agachó la cabeza y vio unas pequeñas manos que desabrochaban sus botones, los ojos de Ming fijos en los suyos, y su rostro ya no era común. Él se desabrochó los puños de la camisa, ella se la quitó, intentó quitarle la camiseta por la cabeza, pero tenía los brazos demasiado cortos y no alcanzaba, él la abrazó con fuerza y sintió el tacto sedoso de las fibras artificiales de su nuevo sujetador en su pecho lampiño. Fue entonces cuando la abrazó fuertemente, con mayor insistencia, al tiempo que le daba un apasionado beso en los labios, antes de colocar las manos en sus mejillas, mirar fijamente sus ojos oscuros, de pronto profundos, y ver a la mujer.

Ming le desabrochó el cinturón y los pantalones, que cayeron hasta sus tobillos. Estuvo a punto de caerse al mover una pierna, pero Ming lo sujetó y ambos se rieron un poco cuando levantó los pies para librarse de los zapatos y los pantalones, y se desplazaron juntos en dirección a la cama. Ming dio otro paso y una vuelta, para exhibir su cuerpo. La había subestimado. Su cintura medía cuatro pulgadas menos de lo que imaginaba, debido evidentemente a ese maldito mono que usaba para trabajar, y sus pechos llenaban el sujetador a la perfección. Incluso su atroz peinado parecía perfecto ahora, complementando su piel ambarina y sus ojos rasgados.

Lo que ocurrió a continuación fue simultáneamente fácil y enormemente difícil. Nomuri extendió la mano y la acercó, pero no demasiado. Luego la mano corrió hacia su pecho, acariciando por primera vez la tela sedosa de su sujetador, con la mirada en sus ojos pendiente de su reacción. No fue muy evidente, aunque sus ojos parecieron relajarse, incluso quizá sonreír un poco cuando la acariciaba y entonces llegó el próximo paso obligatorio. Con ambas manos, Nomuri le desabrochó el sujetador. Ming se cubrió inmediatamente el pecho con las manos. ¿Qué significa esto?, se preguntó el agente de la CIA. Pero entonces Ming bajó las manos, tiró de él, sus cuerpos se encontraron, Nomuri agachó la cabeza para besarla de nuevo, acabó de quitarle el sujetador y lo dejó caer al suelo. Quedaba poco por hacer y, al parecer, ambos proseguían con una mezcla de lujuria y temor. Ming bajó las manos para aflojar el elástico de sus calzoncillos, con la mirada fija en sus ojos y en esta ocasión con una radiante sonrisa que hizo que Nomuri se ruborizara, porque estaba tan listo como era necesario cuando ella le bajó los calzoncillos, dejando sólo los calcetines. Ahora le tocaba a él agacharse para bajarle las sedosas braguitas rojas; Ming las apartó con el pie y se separaron para contemplarse mutuamente. Sus pechos eran de la talla B grande, pensó Nomuri, y sus pezones, castaños como tierra fertilizada. Su cintura no era tan esbelta como la de una modelo, pero contrastaba femeninamente con sus caderas y su torso. Nomuri se acercó, la cogió de la mano, la condujo a la cama, la acostó con un suave beso y en aquel momento dejó de ser un espía al servicio de su país.

X. LECCIONES DEL OFICIO

El camino se inició en el piso de Nomuri y de allí a una página web basada en Pekín, perteneciente en teoría a la Nippon Electric Company, pero elaborada para NEC por un ciudadano norteamericano que trabajaba para más de una empresa, una de las cuales era una tapadera dirigida por y para la CIA. De ese modo, el destino preciso del mensaje electrónico de Nomuri era accesible al jefe de la estación de la CIA en Pekín, quien por cierto no sabía nada de Nomuri. Ésa era una medida de seguridad a la que probablemente habría puesto reparos, pero la habría comprendido como característica de la forma de dirigir la operación de Mary Patricia Foley; además, la estación de Pekín no se había lucido exactamente reclutando agentes en la República Popular China para Estados Unidos.

El mensaje que descargó el jefe de la estación era para él un puro galimatías de letras desordenadas, como si lo hubiera mecanografiado un chimpancé a cambio de un racimo de plátanos en algún centro de investigación y, sin prestarle la menor atención, lo sometió a su propio sistema interno de supercodificación denominado TAPDANCE y lo introdujo en una red oficial de comunicaciones gubernamentales vía satélite con destino a Sunnyvale, California, donde se descargó y cargó de nuevo dirigido ahora a Fort Belvoir, Virginia, frente a Washington, en la otra orilla del Potomac. De allí el mensaje se transmitió por fibra óptica de alta seguridad a la central de la CIA en Langley, donde se recibió en primer lugar en Mercury, centro de comunicaciones de la organización, en el que eliminaron la supercodificación de la estación de Pekín, convirtiendo de nuevo el mensaje en el galimatías original, que transmitieron entonces por última vez a la terminal personal de la señora Foley, que era la única que poseía el sistema de decodificación y la clave algorítmica cotidiana equivalente a la del ordenador portátil de Chet Nomuri, llamada INTERCRYPT. Mary Pat, que estaba ocupada en aquel momento, tardó veinte minutos en conectarse a su propia red y descubrir la llegada de un mensaje de SORGE. Eso despertó inmediatamente su interés. Ejecutó la orden para descifrar el mensaje y, al obtener otro galimatías, se percató (no por primera vez) de que donde se encontraba Nomuri era ya el día siguiente y había utilizado por tanto otra clave. Ajustó la fecha y... ¡efectivamente! Imprimió una copia del mensaje para su marido y lo guardó en su disco duro, codificándolo automáticamente mientras lo hacía. Luego dio un pequeño paseo hasta el despacho de Ed.

—Hola, cariño —dijo el director, sin levantar la cabeza.

No eran muchos los que entraban en su despacho sin llamar a la puerta. Mary Pat debía de ser portadora de buenas noticias, pues lo miró con una radiante sonrisa cuando le entregaba el papel.

—¡Anoche Chet se acostó con la chica! —dijo la directora de operaciones.

—¿Se supone que debo encender un cigarro? —preguntó el jefe de la CIA, mientras ojeaba el mensaje.

—Bueno, es un paso adelante.

—Tal vez para él —respondió Ed Foley, con un destello en la mirada—. Supongo que uno puede llegar a ponerse muy cachondo en esa clase de misiones, aunque personalmente nunca tuve ese problema.

Los Foley siempre habían trabajado en el campo como pareja y habían estado también juntos en La Granja. Eso le había ahorrado a Ed las múltiples complicaciones que James Bond debía de haber tenido.

—¡Eddie, a veces eres muy casca!

—¿Muy qué? —preguntó el director, después de levantar la cabeza.

—¡Cascarrabias! —exclamó Mary Pat—. Esto podría ser un paso de gigante. Esa pequeña buscona es la secretaria particular de Fang Can. Sabe un montón de cosas que nos gustaría conocer.

—Y Chet la probó anoche. Cariño, esto no es lo mismo que haberla reclutado. Todavía no disponemos de un agente residente —aclaró Ed.

—Lo sé, lo sé, pero tengo un presentimiento.

—¿Intuición femenina? —preguntó Ed, repasando de nuevo el mensaje en busca de detalles escabrosos, pero sin encontrar nada más que hechos objetivos, como si The Wall Street Journal hubiera descrito la seducción.

Bueno, por lo menos Nomuri tenía cierta discreción. Ninguna vara rígida y temblorosa introduciéndose en una vaina húmeda, aunque Nomuri tenía veintinueve años y a esa edad la vara solía ser bastante rígida. ¿No era Chet californiano?, se preguntó el director. Eso significaba que probablemente no era virgen, puede que incluso fuera un amante competente, aunque la primera vez que uno se acostaba con alguien deseaba comprobar principalmente que las piezas encajaran debidamente, como siempre lo hacían, por lo menos en la experiencia de Ed Foley, pero eso no impedía que deseara comprobarlo. Recordó a Robin Williams en su parodia de Adán y Eva: «¡Será mejor que retrocedas, cariño. No sé qué tamaño llega a alcanzar esto!». Una combinación de tradicionalismo cauteloso y deseo desenfrenado, común a todos los varones de la especie.

—Dime, ¿qué vas a responderle? ¿Cuántos orgasmos habéis tenido?

—¡Maldita sea, Ed! —exclamó su atractiva esposa, furiosa—. Sabes perfectamente lo que voy a sugerirle. Que deje florecer la relación y la induzca suavemente a hablar de su trabajo. Tardará un poco, pero si funciona habrá valido la pena esperar.

Y si no funciona, por lo menos Chet habrá disfrutado, pensó Ed Foley. No había muchas profesiones en el mundo en las que el sexo formara parte del trabajo que podía proporcionarle un ascenso.

—Mary.

—Dime, Ed.

—¿No te parece un poco extraño que ese muchacho nos informe de su vida sexual? ¿No te resulta ligeramente incómodo?

—Lo sería si lo hiciera cara a cara. El correo electrónico es preferible. Es menos humano.

—¿Estás satisfecha con la seguridad de la transferencia de información?

—Sí, ya lo hemos hablado. Este mensaje podría contener perfectamente información delicada y el sistema de codificación es muy robusto. Los chicos y chicas de Fort Meade son capaces de descifrarlo, pero siempre utilizando la fuerza bruta y pueden llegar a tardar una semana, incluso después de adivinar el funcionamiento del sistema de codificación. Los de la República Popular China tendrían que empezar de cero. La trampilla de acceso al servidor se ha diseñado con mucho ingenio y nuestra forma de intervenirlo también debería ser segura, pero incluso aunque se comprobara que se interviene un servidor desde el teléfono de una embajada, eso no significaría nada. Tenemos también a un funcionario del consulado que descarga pornografía de una página web local a través del mismo servidor, como tapadera adicional, por si allí aparece alguien más listo de lo esperado.

Aquello había sido meticulosamente planeado. Era lógico que uno deseara mantenerlo oculto y que al servicio de inteligencia de Pekín le parecería comprensible y divertido, en caso de que llegara a descifrarlo.

—¿Algo que valga la pena? —preguntó Ed Foley, sólo para buscarle las cosquillas a su esposa.

—No, a no ser que te guste el abuso de menores. Algunos de los sujetos de esa página son demasiado jóvenes para votar. Si la descargaras aquí, tendrías al FBI llamando a tu puerta de inmediato.

—Parece que allí ha despertado realmente el capitalismo.

—Al parecer, a algunos de los altos funcionarios del partido les gustan esas cosas. Supongo que cuando te acercas a los ochenta necesitas algo especial para que el motor arranque.

Mary Pat había visto algunas de las fotografías y con una sola vez le había bastado. Ella era madre y todos los sujetos de las fotografías habían sido niños, por extraño que pudiera parecerles a los suscriptores de dicha página. Los que abusaban de las niñas debían de creer que habían venido al mundo con las piernas abiertas y una expresión de anhelo en sus rostros infantiles. La directora de operaciones sabía que éste no era el caso, pero su trabajo no era el de un cura. A veces tenía que tratar con esos perversos, porque poseían información necesaria para su país. Si tenía suerte y la información era realmente útil, a menudo se organizaba su desertión para que se instalaran en Estados Unidos, donde podían vivir y disfrutar de sus

perversiones en mayor o menor grado, después de haberlos informado de la legislación vigente y de las consecuencias de quebrantarla. Luego siempre había un cuarto de baño y jabón para lavarse las manos. Era una necesidad de la que ella se había servido en más de una ocasión. Uno de los problemas del espionaje era que uno no siempre se relacionaba con la clase de gente que invitaría a su casa. Pero no era una cuestión de modales. Se trataba de obtener información que tu país necesitaba para proteger sus intereses estratégicos, e incluso, llegado el caso, para preponderar en la guerra. A menudo había vidas en juego, directa o indirectamente. Por consiguiente, uno trataba con las personas que poseían la información necesaria, aunque no pertenecieran precisamente al clero.

—De acuerdo, cariño. Mantenme informado —dijo Foley.

—Lo haré, encanto —respondió su esposa, antes de regresar a su propio despacho, donde escribió la respuesta a la comunicación de Nomuri: «Mensaje recibido. Mantennos informados de tu progreso. MP. Fin».

La respuesta supuso un alivio para Nomuri, cuando despertó por la mañana y comprobó su correo electrónico. Fue decepcionante no despertar acompañado, pero no era realista esperar lo contrario. Era desaconsejable para Ming no pasar la noche en su propia cama. Nomuri no pudo siquiera acompañarla en coche a su casa. Se limitó a marcharse con los regalos bajo el brazo y algunos puestos, para regresar andando al piso que compartía, donde Nomuri esperaba fervientemente que no comentara las aventuras de la velada. Nunca se sabía con las mujeres y lo mucho que hablaban. Tampoco se diferenciaban tanto los hombres, según recordaba Nomuri de la universidad, donde algunos de sus compañeros comentaban detalladamente sus conquistas, como si hubieran matado un dragón con un cortaplumas. Nomuri nunca había practicado ese deporte oral. Puede que ya entonces tuviera mentalidad de espía, o que estuviera de algún modo imbuido por la máxima de que un caballero besa pero no lo cuenta. ¿Pero lo hacían las mujeres? Era un misterio para él, como el hecho de que siempre parecieran ir de dos en dos al baño, sobre lo que a veces bromeaba diciendo que ahí era donde celebraban sus «reuniones sindicales». En cualquier caso, las mujeres hablaban más que los hombres. De eso estaba seguro. Y si bien guardaban muchos secretos de los hombres, ¿cuántos guardaban de las demás mujeres? Cielos, lo único que faltaba era que le confiara a una de sus compañeras de piso que había jodido apasionadamente con un asalariado japonés y que la compañera en cuestión fuera una confidente del Ministerio de Seguridad Estatal, para que Ming recibiera la visita de un agente de seguridad, que en el mejor de los casos le aconsejaría que no volviera a ver a Nomuri. Con mayor probabilidad, el consejo incluiría la exigencia de devolverle esa porquería norteamericana (la ropa interior de Victoria's Secret), más la amenaza de perder su trabajo ministerial si algún día volvía a coincidir con él en la misma calle. Y eso significaba a su vez que el Ministerio de

Seguridad lo vigilaría e investigaría también a él, y eso era algo que debía tomarse en serio. No era preciso que lo sorprendieran espiando. Aquél era un país comunista, donde el proceso legal era un concepto burgués que no merecía ser tenido en cuenta seriamente y los derechos civiles se limitaban a obedecer órdenes. Como extranjero que hacía negocios en la República Popular China recibiría tal vez un trato más indulgente, pero no mucho.

Más allá del maravilloso recuerdo de la apasionada velada, Nomuri era consciente de que no sólo había aplacado sus instintos sexuales. Había cruzado una ancha línea roja en la calle y su seguridad dependía enteramente de la discreción de Ming. No le había advertido —pero tampoco podía hacerlo— que no comentara que habían estado juntos. Esas cosas no podían decirse, porque agregaban un nivel de gravedad a lo que supuestamente había sido una experiencia gozosa y amigable... o incluso potencialmente más que amigable. Chester se recordó que las mujeres pensaban en dichos términos y por dicha razón, tal vez vería una nariz puntiaguda y unos bigotes la próxima vez que se mirara al espejo, pero esto era trabajo, nada personal, se dijo a sí mismo cuando apagaba su ordenador.

Salvo por un pequeño detalle. Había mantenido relaciones sexuales con una joven inteligente y no desprovista por completo de atractivo, y el problema era que cuando uno entregaba una pequeña parte de su corazón, en realidad nunca la recuperaba. Y Nomuri se percató retrospectivamente de que su corazón estaba lejanamente vinculado a su polla. Él no era James Bond. No podía besar a una mujer, como una prostituta profesional besa a un hombre. Era incapaz de actuar como un cerdo sin corazón. Lo que eso tenía de bueno era que, de momento, podía seguir mirándose al espejo. Lo negativo era que tal vez no perduraría su capacidad de hacerlo, si trataba a Ming como a un objeto y no como a una persona.

Nomuri necesitaba consejo sobre sus sentimientos respecto a esta operación y no tenía dónde obtenerlo. No era algo que pudiera consultarle por correo electrónico a Mary Pat, ni a ninguno de los siquiátras empleados por la organización, para aconsejar a los agentes que necesitaran un poco de orientación en su trabajo. Eso era algo que se debía hablar cara a cara con una persona real, cuyo lenguaje corporal uno pudiera interpretar y discernir el contenido del tono de su voz. No, el correo electrónico no era lo que necesitaba ahora. Necesitaba desplazarse a Tokio y hablar con un agente decano de la dirección de operaciones, para que le aconsejara cómo manejar la situación. ¿Pero qué haría si le aconsejaba que dejara de mantener relaciones íntimas con Ming?, se preguntó Nomuri. Después de todo, no tenía novia ni nada por el estilo, pero sentía la necesidad de mantener relaciones íntimas y, además, si dejaba de verla, ¿qué efecto surtiría en la perspectiva de su agente potencial? Uno no arrojaba a la alcantarilla sus sentimientos humanos cuando se afiliaba a la organización, a pesar de lo que dijeran los libros y de cuáles fueran las

expectativas públicas. Todas las risas entre cervezas, durante las noches después de las sesiones de entrenamiento, parecían ahora un recuerdo lejano, así como las expectativas que tanto él como sus colegas albergaban en aquella época. Había sido todo muy diferente, a pesar de lo que les habían dicho sus instructores. Entonces él no era más que un niño y en cierto modo lo seguía siendo incluso en Japón, pero de pronto se había convertido en hombre, solo en un país en el mejor de los casos sospechoso y en el peor hostil hacia él y hacia su pueblo. Bien, ahora estaba en las manos de Ming y eso no lo podía cambiar.

Sus colegas notaron una ligera diferencia. Sonreía un poco más y de una manera un tanto diferente. Algo bueno debía de haberle sucedido, pensaban algunas y se alegraban, aunque de un modo privado y reservado. Si Ming deseaba compartir su experiencia con ellas, se alegrarían de que lo hiciera y de lo contrario, tampoco les importaría, porque ciertas cosas eran privadas, aun entre un grupo de mujeres que lo compartían prácticamente todo, incluso las historias sobre su ministro, así como sus torpes, prolongados y a veces vanos esfuerzos de hacer el amor. Era un hombre sensato y generalmente amable, si bien como jefe tenía sus defectos. Sin embargo, hoy Ming no le encontraba ninguno. Su sonrisa era más dulce que nunca y sus ojos emitían destellos como pequeños diamantes, pensaban todas sus compañeras de la oficina. Todas lo habían visto antes, aunque no en Ming, cuya vida amorosa había sido muy breve y por quien el ministro sentía una debilidad ligeramente excesiva, pero sin satisfacer debidamente sus necesidades y además con escasa frecuencia. Se sentó frente a su ordenador, para ocuparse de la correspondencia y traducir los artículos de la prensa occidental que pudieran ser de interés para su ministro. Ming era quien mejor dominaba el inglés en aquel sector del edificio y el nuevo sistema informático funcionaba de maravilla. El próximo paso, según se decía, sería un ordenador al que bastaría hablarle para que elaborara los caracteres, que se convertiría con toda seguridad en la pesadilla de todas las secretarías de ejecutivos en el mundo entero, porque ellas pasarían a ser prescindibles. O tal vez no. El jefe no podía acostarse con un ordenador. Claro que el ministro Fang no era excesivamente exigente, y las primas que ofrecía a cambio no eran nada despreciables.

Su primera tarea del día duró como de costumbre noventa minutos, después de los cuales imprimió las copias y juntó las páginas por artículos. Esa mañana había traducido fragmentos del Times de Londres, The New York Times y The Washington Post, para que su ministro supiera lo que pensaban los bárbaros alrededor del mundo de la política ilustrada de la República Popular.

En su despacho privado, el ministro Fang repasaba los artículos. Entre los documentos había un doble informe sobre los rusos: petróleo y oro, decían los artículos. De modo que Zhang había tenido razón en todo momento, pensó el

ministro, incluso más de lo que él suponía. El este de Siberia era realmente un tesoro, repleto de cosas que todo el mundo necesitaba. Petróleo, porque el crudo era la misma sangre de la sociedad moderna, y oro, porque además de su valor negociable como medio antiguo pero todavía muy real de intercambio, tenía además usos industriales y científicos. Y cada uno en su propio alijo. Era lamentable que esa riqueza cayera en manos de quienes carecían del ingenio para utilizarla debidamente. Era muy extraño que los rusos, que habían ofrecido al mundo el don del marxismo pero no habían sabido explotarlo debidamente y luego lo habían abandonado, hubieran fracasado también en su transición a una sociedad capitalista y burguesa. Fang encendió un cigarrillo, el quinto del día —intentaba fumar menos porque le faltaba poco para cumplir los setenta—, dejó el informe sobre la mesa, se acomodó en su butaca y dio una honda calada a su cigarrillo sin filtro, mientras reflexionaba sobre la información que acababa de recibir. Siberia, como Zhang venía diciendo desde hacía varios años, tenía mucho de lo que la República Popular necesitaba: madera, minerales en abundancia, incluso en mayor cantidad de la imaginada según esos documentos, y espacio, que China necesitaba por encima de todo.

Había demasiada gente en China, a pesar de las medidas de control de la población que sólo cabía calificar de draconianas, tanto en su contenido como en su aplicación implacable. Dichas medidas eran una afrenta a la cultura china, que siempre había considerado a los hijos como una bendición, y ahora la ingeniería social surtía un efecto inesperado. Sólo se permitía un hijo por matrimonio, por lo que la gente solía preferir un varón a una hembra. No era extraño que un campesino arrojara a su hija de un par de años a un pozo —si era misericordioso, después de desnucarla— para librarse del molesto estorbo. Fang comprendía sus razones. La niña crecía para contraer matrimonio, para unir su vida a la de un hombre, mientras que siempre se podía depender de un varón para ayudar y honrar a sus padres, y aportarles seguridad. Sin embargo, la niña se limitaría a abrirse de piernas para el hijo de otra familia, ¿y qué seguridad aportaba eso a sus padres?

Eso había sido cierto en el caso de Fang. Cuando llegó a convertirse en un alto funcionario del partido se aseguró de que sus padres tuvieran un lugar cómodo donde vivir, porque ésa era la obligación de un hijo hacia quienes le habían dado la vida. Entretanto se había casado, evidentemente, pero su esposa había fallecido hacía mucho tiempo de una enfermedad cardiovascular y había ayudado un poco a sus suegros, pero no tanto como a sus propios padres. Incluso su esposa lo comprendía y utilizaba su influencia a la sombra, como esposa de un funcionario del partido, para tomar sus propias medidas, aunque modestas. Su hermano había fallecido joven, luchando contra el ejército norteamericano en Corea y, por consiguiente, no era más que un recuerdo sin valor práctico.

Pero el problema de China del que nadie realmente hablaba, ni siquiera a nivel de

su Politburó, era que su política de control de la población afectaba la demografía del país. Al elevar el valor de los varones por encima del de las hembras, la República Popular creaba un desequilibrio que empezaba a ser estadísticamente significativo. En el plazo de unos quince años habría escasez de mujeres, que según algunos supondría una ventaja, porque alcanzarían antes el gran objetivo nacional de estabilidad de la población, pero también significaba que durante una generación, millones de hombres chinos no tendrían mujeres con las que casarse y aparearse. ¿Provocaría eso una oleada de homosexualidad? Para la República Popular, la homosexualidad seguía siendo una despreciable degeneración burguesa, aunque en 1998 habían despenalizado la sodomía. Pero si no había mujeres, ¿qué debían hacer los hombres? Además de matar a las niñas sobrantes, las hembras abandonadas por sus padres eran frecuentemente entregadas a parejas norteamericanas y europeas que no podían tener sus propios hijos. Estos casos se daban por centenares de millares y se deshacían de los bebés con la misma facilidad que los norteamericanos venden perritos calientes en sus centros comerciales. En el fondo, a Fang le molestaba, pero eso era puro sentimentalismo burgués. La política nacional dictaba lo que debía ser y ésa era la forma de alcanzar la meta necesaria.

En su vida gozaba de todas las comodidades propias del privilegio. Además de un lujoso despacho tan agradable como el de cualquier capitalista, disponía de un coche oficial con chófer para desplazarse a su residencia, un bonito piso con sirvientes para cuidar de sus necesidades, la mejor comida disponible en el país, buenas bebidas y televisión vía satélite para recibir toda clase de espectáculos, incluidos los canales japoneses de pornografía, ya que sus impulsos varoniles no lo habían abandonado todavía. (No hablaba japonés, pero no es preciso entender el idioma para ver esa clase de películas).

Fang, que trabajaba todavía muchas horas diarias, se levantaba a las seis treinta y estaba en su despacho todas las mañanas antes de las ocho. Su equipo de secretarías y ayudantes cuidaba debidamente de él y algunas de las hembras eran muy complacientes, una u ocasionalmente dos veces por semana. Pocos hombres de su edad tenían su vigor, de eso Fang estaba seguro, y al contrario del presidente Mao, él no abusaba de los menores, cosa que cuando supo en su momento le pareció bastante desagradable. Pero los grandes hombres tenían sus defectos, que uno disculpaba por la grandeza que los convertía en quienes eran. En cuanto a él y sus semejantes, tenían derecho a un entorno adecuado donde descansar, buena comida para sustentar el cuerpo durante sus largas y agotadoras jornadas laborales, y las oportunidades de relajación y recreación que los hombres vigorosos e inteligentes necesitaban. Era necesario para ellos vivir mejor que la mayoría de los ciudadanos de su país y también se lo ganaban. Dirigir el país más poblado del mundo no era tarea fácil. Exigía toda su energía intelectual y dicha energía debía conservarse y renovarse.

Fang levantó la cabeza cuando entró Ming con su carpeta de nuevos artículos.

—Buenos días, ministro —dijo Ming, con la debida deferencia.

—Buenos días, niña —asintió afectuosamente Fang.

Aquella chica se portaba bastante bien en la cama y por tanto merecía algo más que un mero gruñido. ¿No era también cierto que le había conseguido una silla de despacho muy cómoda? Entonces Ming se retiró, como de costumbre con una respetuosa reverencia a la figura paterna. Fang no detectó nada raro en su actitud, cuando levantó la carpeta y sacó los artículos, junto con un lápiz para tomar notas. Los compararía con las estimaciones del Ministerio de Seguridad Estatal de la opinión y parecer de sus gobiernos. Era la forma de Fang de comunicarle al ministerio que los miembros del Politburó tenían todavía mentes con las que pensar. Era particularmente significativo que el Ministerio de Seguridad Estatal no hubiera pronosticado el reconocimiento diplomático de Taiwan por parte de Estados Unidos, aunque para ser justos, también era cierto que los medios de comunicación norteamericanos tampoco habían sido capaces de pronosticar las decisiones del presidente Ryan. Era un hombre muy extraño y no particularmente amigo de la República Popular. Campesino, lo llamaban los analistas del Ministerio de Seguridad y, en muchos sentidos, el calificativo parecía justo y apropiado. Sus puntos de vista eran curiosamente ingenuos, como comentaba con cierta frecuencia *The New York Times*. ¿Por qué no les gustaba? ¿No era suficientemente capitalista, o tal vez lo era en exceso? Comprender los medios de comunicación norteamericanos era algo que superaba la capacidad analítica de Fang, pero podía por lo menos digerir lo que decían, cosa de la que eran incapaces los «expertos» en inteligencia del instituto de estudios norteamericanos del Ministerio de Seguridad Estatal. Pensando en ello, Fang encendió otro cigarrillo y se acomodó en su butaca.

Era un milagro, pensó Provalov. En el archivo central del ejército habían encontrado las fichas, las huellas y las fotografías de los dos cadáveres recuperados en San Petersburgo, pero contra toda lógica se las habían mandado a él, en lugar de a Abramov y Ustinov, sin duda porque había invocado el nombre de Sergey Golovko. La plaza Dzerzhinskiy incitaba todavía a la gente a cumplir con su deber. Los nombres y demás datos esenciales serían transmitidos inmediatamente a San Petersburgo, para que sus colegas nortños pudieran seguir investigando. Los nombres y las fotografías, de casi veinte años de antigüedad con impasibles rostros juveniles, eran sólo el principio. Su historial militar era bastante impresionante. En otra época, Pyotr Alekseyevich Amalrik y Pavel Borissovich Zimyanin habían sido considerados soldados excepcionales, fuertes, inteligentes..., y desde un punto de vista político, altamente fiables, razón por la cual los habían mandado a la academia del Spetsnaz y a la de suboficiales. Ambos habían luchado en Afganistán con bastante éxito, habían sobrevivido, que no era lo habitual con las tropas del Spetsnaz,

encargadas de las misiones más peligrosas en una guerra particularmente sucia. Como era habitual, no se habían reenganchado. Casi nadie se reenganchaba voluntariamente en el ejército soviético. Después de licenciarse habían trabajado ambos en una fábrica de las afueras de Leningrado, como se llamaba entonces. Pero al parecer, tanto a Amalrik como a Zimyanin la vida de paisano les resultaba aburrida y ambos emprendieron otras actividades. Debería esperar a que los investigadores de San Petersburgo averiguaran algo más. Sacó una nota de ruta del cajón de su escritorio y la sujetó a la carpeta con una goma elástica. Los documentos se remitirían a San Petersburgo, donde Abramov y Ustinov trabajarían con su contenido.

—Un tal señor Sherman, señor secretario —dijo la secretaria de Winston por el intercomunicador—, por la línea tres.

—Hola, Sam —respondió el secretario de la Tesorería, después de descolgar el teléfono—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nuestro yacimiento petrolífero del norte —dijo el presidente de Atlantic Richfield.

—¿Buenas noticias?

—Podría decirse que sí. Nuestra gente en el campo dice que el yacimiento supera aproximadamente en un cincuenta por ciento nuestras estimaciones iniciales.

—¿Cómo es de fiable esa información?

—Más o menos como tus billetes de banco, George. El jefe de mi equipo es Ernie Beach. Es tan bueno para encontrar petróleo como tú solías serlo en Wall Street.

Tal vez mejor, pensó Sam Sherman. Winston tenía fama de ser un poco egocéntrico con respecto a su propia valoración. En todo caso, le llegó el mensaje de la coletilla.

—Hazme un resumen —ordenó el secretario de la Tesorería.

—Cuando ese yacimiento esté en producción, los rusos estarán en condiciones de comprar al contado Arabia Saudita, más Kuwait y tal vez la mitad de Irán. Hace que el este de Texas parezca un pedo en un huracán. Es enorme, George.

—¿Difícil de extraer?

—No será fácil ni barato, pero desde un punto de vista técnico es bastante sencillo. Si quieres hacer una buena inversión elige una empresa rusa que fabrique material de abrigo. Durante los próximos diez años aproximadamente, van a estar muy ocupados —sugirió Sherman.

—¿Y qué me dices de las consecuencias para Rusia en términos económicos?

—Es difícil de decir. Se tardarán entre ocho y doce años para que este yacimiento esté en plena producción y la cantidad de crudo que se introducirá en el mercado distorsionará bastante las condiciones del mismo. No lo hemos calculado todavía, pero será enorme, del orden de cien mil millones de dólares anuales, hablando de dólares actuales.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Winston y casi oyó cómo su interlocutor se encogía de hombros.

—Veinte años, puede que más. Nuestros amigos rusos todavía insisten en que guardemos el secreto, pero en nuestra empresa proliferan las habladurías; es como intentar ocultar la salida del sol. Yo le doy un mes antes de que aparezca en la prensa. Tal vez un poco más, pero no mucho.

—¿Qué me dices del hallazgo del oro?

—Maldita sea, George, no me cuentan nada de ese asunto, pero mi representante en Moscú dice que se trata de un gran descubrimiento, o por lo menos eso le parece a él. Probablemente reducirá el precio mundial del oro en un cinco o puede que un diez por ciento, pero nuestros modelos indican que el precio remontará antes de que los rusos empiecen a vender el oro que extraigan del subsuelo. Es como si a un tío rico de nuestros amigos rusos le hubiera tocado el gordo y se lo dejara todo a ellos.

—Sin consecuencias negativas para nosotros —reflexionó Winston.

—Todo lo contrario. Van a tener que comprarle a nuestra gente toda clase de maquinaria, además de necesitar muchos conocimientos que sólo nosotros poseemos, y cuando todo haya terminado bajará el precio del petróleo, lo cual a nosotros tampoco puede perjudicarnos. Sabes lo que te digo, George, me gustan los rusos. Han sido unos cabrones con mala suerte durante mucho tiempo, pero puede que esto cambie su fortuna.

—Ninguna objeción aquí, ni en el despacho contiguo, Sam —afirmó el secretario de la Tesorería—. Gracias por la información.

—Vosotros seguís siendo quienes cobráis mis impuestos —cabrones, agregó en silencio, pero Winston lo oyó, incluida la risita—. Hasta luego, George.

—De acuerdo. Que tengas un buen día, Sam, y gracias.

Winston apretó un botón para desconectar la llamada, seleccionó otra línea y pulsó el número nueve de marcado rápido.

—Diga —respondió una voz familiar.

Sólo diez personas tenían acceso a aquel número.

—Jack, soy George, acabo de hablar con Sam Sherman, de Atlantic Richfield.

—¿Rusia?

—Sí. El yacimiento es un cincuenta por ciento mayor de lo que pensaban inicialmente. Eso lo convierte en algo verdaderamente enorme, el mayor yacimiento petrolífero descubierto hasta ahora, en realidad más abundante que todos los del golfo Pérsico juntos. Extraerlo será un poco caro, pero Sam asegura que es pan comido. Difícil, pero saben cómo hacerlo, no hay que inventar nuevas tecnologías, es sólo cuestión de gastar dinero. Además, tampoco será excesivo porque allí la mano de obra es más barata que aquí. Los rusos van a hacerse ricos.

—¿Cómo de ricos? —preguntó el presidente.

—Del orden de los cien mil millones de dólares anuales a pleno rendimiento, durante veinte años o puede que más. Jack no pudo evitar un silbido.

—Dos billones de dólares. Eso es una fortuna, George.

—Eso es lo que decimos en Wall Street, señor presidente —reconoció Winston—. No cabe duda de que es una fortuna.

—¿Y qué efecto tendrá en la economía rusa?

—No los perjudicará —respondió el secretario de la Tesorería—. Les proporcionará una tonelada de divisas. Con ese dinero podrán comprar las cosas que desean y las herramientas para construir lo que puedan hacer por su cuenta. Les servirá para industrializar de nuevo su país, Jack, lanzarlos al nuevo siglo, en el supuesto de que tengan el cerebro para utilizarlo debidamente y no permitan que acabe todo en Suiza y Liechtenstein.

—¿Cómo podemos ayudarlos? —preguntó el presidente.

—Lo mejor sería que tú, yo y dos o tres personas más nos reuniéramos con nuestros homólogos rusos y les preguntáramos qué necesitan. No nos perjudicaría que algunos de nuestros industriales construyeran allí algunas plantas, y sin duda quedaría muy bien por televisión.

—Tomo nota, George. Consígueme un informe para principios de la semana próxima y luego veremos si encontramos la forma de comunicarles a los rusos que lo sabemos.

Era el fin de otro día excesivamente largo para Sergey Golovko. Dirigir la SVR era suficientemente laborioso para cualquiera, pero además tenía que apoyar a Eduard Petrovich Grushavoy, presidente de la República Rusa. El presidente Grushavoy tenía su propia colección de ministros, algunos competentes, otros seleccionados por su capital político o simplemente para negarles sus servicios a la oposición política. También podían perjudicar dentro de la administración de Grushavoy, pero no tanto como fuera. En el interior debían utilizar armas de pequeño calibre, para evitar lastimarse a sí mismos con sus disparos.

La buena noticia era que el ministro de Economía, Vasily Konstantinovich Solomentsev, era inteligente y al parecer también honrado, combinación tan inusual en el espectro político ruso como en cualquier otra parte del mundo conocido. Tenía sus ambiciones, era raro el ministro que no las tuviera, pero al parecer, su mayor anhelo era la prosperidad de su nación y no aspiraba a obtener grandes beneficios personales. A Golovko no le importaba enriquecerse moderadamente, siempre y cuando no exagerara. El límite, para Sergey Nikolay'ch, era de unos veinte millones de euros. Más sería un abuso, pero una cantidad inferior era comprensible. Después de todo, si un ministro lograba ayudar con éxito a su país merecía una recompensa adecuada. ¿Le importaría a la gente común, si a cambio obtenían un mayor nivel de vida para ellos? Probablemente no, pensó el maestro de espías. Rusia no era

Norteamérica, que estaba saturada de leyes «éticas» inútiles y contraproductivas. El presidente norteamericano, a quien Golovko conocía bien, tenía un aforismo que al ruso le encantaba: «Si te ves obligado a escribir tus normas éticas, ya has perdido». No era tonto ese Ryan, en otra época enemigo acérrimo y ahora buen amigo, o eso parecía. Golovko había cultivado esa amistad, proporcionando ayuda a Norteamérica en dos graves crisis internacionales. Lo había hecho en primer lugar porque era favorable a los intereses de su país y, en segundo lugar; porque Ryan era un hombre honorable que seguramente no olvidaría esos favores. También le había divertido a Golovko, después de pasar casi toda su vida adulta en una organización consagrada a la destrucción de Occidente.

¿Y su propia seguridad? ¿Alguien había decidido destruirlo? ¿Alguien había intentado poner un espectacular y ruidoso fin a su vida sobre los adoquines de la plaza Dzerzhinskiy? Cuanto más pensaba en ello, más aterradora le parecía la idea. Pocos hombres sanos podían plantearse el fin de su propia vida con imparcialidad, y Golovko no era uno de ellos. Nunca le temblaban las manos, pero no discutió en absoluto las crecientes medidas de seguridad del comandante Shelepin para proteger su vida. El coche cambiaba todos los días de color y a veces de marca, y las rutas a su despacho tenían sólo en común el punto de partida, ya que el edificio de la SVR era suficientemente grande para que su desplazamiento cotidiano al despacho pudiera acabar en cinco lugares diferentes. Lo más astuto, que Golovko admiraba, era que a veces él se desplazaba en el asiento delantero del primer vehículo, mientras algún funcionario lo hacía en el asiento trasero del coche supuestamente custodiado. Anatoliy no era ningún imbécil e incluso tenía destellos ocasionales de creatividad.

Pero ahora no tenía tiempo para pensar en eso. Movi6 la cabeza, abrió la última carpeta del día, examinó ante todo el resumen del contenido y con la mente casi paralizada extendió la mano, para marcar un número de teléfono.

—Habla Golovko —fue lo único que tuvo que decir a la voz masculina que contestó.

—Sergey Nikolay'ch —respondió amablemente el ministro a los cinco segundos—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Puedes confirmar estas cifras, Vasily Konstantinovich. ¿Son posibles?

—Son más que posibles, Sergey. Son tan reales como una puesta de sol —respondió Solomentsev al jefe de inteligencia, además de ministro y consejero del presidente Grushavoy.

—Solkinsyn —susurró el jefe del servicio secreto, ¡hijo de puta!—. ¿Y cuánto hace que está ahí esa riqueza? —preguntó con incredulidad.

—El petróleo, tal vez quinientos mil años; el oro, bastante más, Sergey.

—Y nunca lo supimos —farfulló Golovko.

—Nadie lo había buscado, camarada ministro. A mi parecer, lo más interesante es

el informe sobre el oro. Quiero ver una de esas pieles de lobo chapadas en oro. Dignas de Prokofiev, ¿no te parece? Pedro y el lobo dorado.

—Una idea interesante —respondió Golovko, descartándola inmediatamente—. ¿Qué significará para nuestro país?

—Sergey Nikolay'ch, tendría que ser adivino para responder con cierta propiedad, pero a largo plazo podría suponer la salvación de nuestro país. Ahora tenemos algo que todas las naciones quieren, dos cosas en realidad que nos pertenecen, por las que los extranjeros están dispuestos a pagar enormes cantidades de dinero y, además, con una sonrisa en los labios. Japón, por ejemplo. Satisfaremos sus necesidades energéticas durante los próximos cincuenta años y de paso les ahorraremos enormes cantidades en costes de transporte; los petroleros sólo deberán desplazarse unos centenares de kilómetros en lugar de diez mil. Y puede que también Norteamérica, a pesar de su propio descubrimiento en la frontera de Alaska y Canadá. La cuestión es cómo trasladar el petróleo al mercado. Construiremos un oleoducto desde el yacimiento a Vladivostok, evidentemente, pero puede que también otro a San Petersburgo para poder venderlo con mayor facilidad a Europa. En realidad, probablemente lograremos que los europeos, en particular los alemanes, construyan el oleoducto para nosotros, sólo con el fin de conseguir un descuento en el precio del petróleo. Sergey, si hubiéramos descubierto ese petróleo hace veinte años, habríamos...

—Tal vez.

No era difícil imaginar lo que venía a continuación: en lugar de caer, la Unión Soviética se habría hecho más fuerte. Golovko no compartía esas ilusiones. El gobierno soviético se las habría arreglado para joder esos nuevos tesoros, como había jodido todo lo demás. El gobierno soviético había sido propietario de Siberia durante setenta años, pero nunca se le había ocurrido investigar lo que podría haber allí. El país no disponía de los expertos adecuados, pero tenía demasiado orgullo para permitir que lo hicieran otros y menospreciaran la patria. Si algo en particular había acabado con la URSS, no había sido el comunismo, ni siquiera el totalitarismo. Era ese perverso amor propio que constituía el aspecto más peligroso y destructivo del carácter ruso, producto de un complejo de inferioridad que se remontaba más allá de la Casa de Romanov. La muerte de la Unión Soviética había sido tan autoinfligida como cualquier suicidio, aunque más lenta y, por tanto, más perniciosa. Golovko soportó los noventa segundos siguientes de especulación histórica, por parte de un hombre que tenía escaso sentido de la historia.

—Eso está muy bien, Vasily Konstantinovich, ¿pero qué me dices del futuro? —preguntó por fin—. Esa, después de todo, será la época en la que todos viviremos.

—No nos perjudicará. Sergey, ésta es la salvación de nuestro país. Tardaremos diez años en obtener plenos beneficios de los yacimientos, pero luego dispondremos

de unos ingresos regulares durante por lo menos una generación y puede que más.

—¿Qué ayuda necesitaremos?

—Los norteamericanos y los británicos tienen la experiencia que necesitamos, de sus propias explotaciones en los yacimientos de Alaska. Poseen los conocimientos. Nosotros los adquiriremos y los utilizaremos. Actualmente estamos negociando con Atlantic Richfield, la petrolera norteamericana, para conseguir apoyo técnico. Son muy codiciosos, pero era de esperar. Saben que sólo ellos tienen lo que necesitamos y pagarles es más barato que si tuviéramos que reproducirlo nosotros. Por consiguiente, conseguirán casi todo lo que piden. Puede que les paguemos en lingotes de oro — sugirió alegremente Solomentsev.

Golovko tuvo que resistir la tentación de interesarse excesivamente por el yacimiento de oro. El petróleo era mucho más lucrativo, pero el oro era más bonito. El también quería ver una de esas pieles, que ese tal Gogol había utilizado para recoger el polvo. Y habría que ocuparse debidamente de ese solitario habitante del bosque, aunque eso no sería un gran problema, porque vivía solo y no tenía hijos. Lo que le dieran, a su avanzada edad, el Estado no tardaría en recuperarlo. Y se haría un programa de televisión, puede que incluso una película, sobre ese cazador. Después de todo, en otra época había cazado alemanes, y los rusos todavía convertían en héroes a personas como él. ¿No bastaría eso para que Pavel Petrovich Gogol se sintiera suficientemente feliz?

—¿Qué sabe Eduard Petrovich?

—Me he reservado la información, hasta disponer de una lectura más completa y fiable. Ahora la tengo. Creo que se alegrará en la próxima reunión del gabinete, Sergey Nikolay'ch.

Debería hacerlo, pensó Golovko. Desde hacía tres años, el presidente Grushavoy estaba tan ocupado como un pintor de brocha gorda manco y con una sola pierna. O aún peor, como un mago o un prestidigitador obligado a sacar cosas reales de la nada, y su éxito para sacar la nación adelante a menudo parecía prácticamente milagroso. Puede que ésa fuera la forma en que Dios recompensaba sus esfuerzos, aunque no todo sería necesariamente una bendición. Todos los departamentos gubernamentales querrían su parte del pastel de oro y petróleo, cada uno de ellos con sus propias necesidades, presentadas por el ministro correspondiente como fundamentales para la seguridad del Estado, con una lógica aplastante y un razonamiento convincente. Quién sabe, puede que algunos dijeran incluso la verdad, aunque la verdad era un ingrediente inusual en la sala del gabinete. Cada ministro tenía un imperio que construir y cuanto mejor lo construyera, más cerca estaría de la silla de la Presidencia, que por ahora ocupaba Eduard Petrovich Grushavoy. Golovko se preguntó si habría sido lo mismo bajo los zares. Probablemente, decidió de inmediato. La naturaleza humana no cambiaba mucho. La forma de actuar de las

personas en la próxima reunión de ministros, que tendría lugar dentro de tres días, probablemente no sería muy diferente de la conducta de los babilonios y los bizantinos. Se preguntó cómo recibiría la noticia el presidente Grushavoy.

—¿Cuánto se ha divulgado? —preguntó el maestro del espionaje.

—Indudablemente circulan ciertos rumores —respondió el ministro Solomentsev—, pero los cálculos actuales tienen menos de veinticuatro horas y habitualmente tardan más las filtraciones. Te mandaré estos documentos por mensajero, mañana por la mañana.

—Me parece bien, Vasily. Haré que mis analistas examinen los datos, a fin de poder presentar mis propios cálculos independientes de la situación.

—No tengo ninguna objeción —respondió el ministro de Economía, sorprendiendo más que ligeramente a Golovko.

Pero aquello no era ya la Unión Soviética. Puede que el gabinete actual fuera la contrapartida moderna del antiguo Politburó, pero allí nadie contaba mentiras... o por lo menos no grandes mentiras. ¿Y acaso no era eso una medida de progreso para su país?

XI. LA FE DE LOS PADRES

Se llamaba Yu Fa An y dijo que era cristiano, lo cual era suficientemente extraño como para que monseñor Schepke lo invitara a entrar inmediatamente. Yu Fa An era un chino de cincuenta y tantos años, encorvado, con el pelo negro salpicado de canas, cosa bastante rara en esta parte del mundo.

—Bienvenido a nuestra embajada. Soy monseñor Schepke —dijo con una breve reverencia, antes de estrecharle la mano.

—Gracias. Soy el reverendo Yu Fa An —respondió.

—Estupendo. ¿De qué confesión?

—Soy baptista.

—¿Ordenado? ¿Cómo es posible? —dijo Schepke, mientras le indicaba al visitante que lo siguiera y a los pocos momentos se encontraban ante el nuncio—. Eminencia, he aquí el reverendo Yu Fa An. ¿De Pekín? —preguntó tardíamente el monseñor.

—Sí, efectivamente. Mi congregación está básicamente al noroeste de aquí.

—Bien venido —respondió el cardenal DiMilo, levantándose para estrecharle calurosamente la mano y ofrecerle una cómoda butaca donde sentarse, mientras Schepke iba en busca de té—. Es un placer conocer a otro cristiano en esta ciudad.

—No somos muchos, eminencia, la verdad sea dicha —confirmó Yu.

El monseñor Schepke regresó rápidamente con los ingredientes para el té en una bandeja, que colocó sobre la mesita.

—Gracias, Franz.

—Creía que algunos residentes locales le darían la bienvenida. Supongo que el Ministerio del Exterior lo ha recibido formalmente, con corrección y tal vez... ¿cierta frialdad? —preguntó Yu.

El cardenal sonrió cuando le entregaba una taza a su invitado.

—Como bien dice, la recepción ha sido correcta, pero podría haber sido más calurosa.

—Comprobará que aquí el gobierno tiene muy buenos modales y gran respeto por el protocolo, pero no se distingue precisamente por su sinceridad —dijo Yu en inglés, con un acento muy extraño.

—¿Y usted es originario de...?

—Nací en Taipei. De joven me trasladé a Estados Unidos para estudiar. Empecé en la Universidad de Oklahoma, pero recibí la llamada de Dios y cambié a la de Oral Roberts, en el mismo estado. Allí obtuve mi licenciatura en Ingeniería Eléctrica, para proseguir luego con un doctorado en Teología y ser ordenado —explicó Yu.

—Estupendo. ¿Y cómo llegó a la República Popular?

—En la década de los setenta, al gobierno del presidente Mao le encantaba que

vinieran a vivir aquí los taiwaneses, que rechazaban el capitalismo para abrazar el marxismo, ¿comprende? —agregó con un destello en la mirada—. Fue duro para mis padres, pero llegaron a comprenderlo. Inicié mi congregación al poco de mi llegada. Eso fue problemático para el Ministerio de Seguridad Estatal, pero también trabajaba como ingeniero y en aquel momento el Estado necesitaba especialistas como yo. Es asombroso lo que puede llegar a aceptar el Estado si tienes algo que necesite, y en aquella época tenía una necesidad acuciante de personas con mi formación. Pero ahora me dedico exclusivamente a la Iglesia.

Con esa afirmación triunfal, Yu levantó la taza para tomar un sorbo de té.

—¿Qué puede decirnos entonces del ambiente local? —preguntó Renato.

—El gobierno es auténticamente comunista. No tolera ni confía en ninguna lealtad, salvo a sí mismo. Incluso el Falun Gong, que no es realmente una religión, es decir, que no es un verdadero sistema de creencias como usted o yo lo entenderíamos, ha sido brutalmente reprimido y mi propia congregación ha sido perseguida. Es raro el domingo en que más de una cuarta parte de mi congregación acuda a la iglesia. Debo dedicar gran parte de mi tiempo a desplazarme de casa en casa, para hacer llegar el evangelio a mis feligreses.

—¿Cómo se mantiene? —preguntó el cardenal.

Yu sonrió serenamente.

—Ese es el menor de mis problemas. Los baptistas norteamericanos me tratan con suma generosidad. Hay un grupo de iglesias en Mississippi particularmente generosas, que curiosamente muchas de ellas son negras. Precisamente ayer recibí algunas cartas. Uno de mis compañeros de clase en Oral Roberts tiene una gran congregación cerca de Jackson, Mississippi. Se llama Gerry Patterson. Eramos buenos amigos y seguimos siendo hermanos en Cristo. Su congregación es grande y próspera, y sigue cuidando de mí.

Yu casi agregó que tenía más dinero del que podía gastar. En Norteamérica, esto se habría traducido en un Cadillac y una fastuosa parroquia. En Pekín, significaba una bonita bicicleta y regalos para sus feligreses necesitados.

—¿Dónde vive usted, amigo mío? —preguntó el cardenal.

El reverendo Yu se sacó una tarjeta de visita del bolsillo y se la entregó. Como muchas otras tarjetas en China, tenía un plano dibujado en el reverso.

—Tal vez tendría usted la amabilidad de cenar conmigo y con mi esposa. Usted también, por supuesto —agregó, refiriéndose a monseñor Schepke.

—Con mucho gusto. ¿Tiene usted hijos?

—Dos —respondió Yu—. Ambos nacidos en Norteamérica y, por consiguiente, exentos de las brutales leyes que han impuesto los comunistas.

—Conozco esas leyes —aseguró DiMilo—. Antes de obligarlos a que las cambien necesitamos más cristianos aquí. Rezo por ello todos los días.

—También yo, eminencia, también yo. Supongo que ya sabe que su residencia está, bueno...

Schepke se tocó la oreja y señaló con el dedo a su alrededor.

—Sí, lo sabemos.

—¿Le han asignado un chófer?

—Sí, es muy amable por parte del ministerio —respondió Schepke—. Es católico. ¿No le parece asombroso?

—No me diga —exclamó retóricamente Yu, mientras movía la cabeza de un lado a otro—. No me cabe duda de que también es leal a su país.

—Por supuesto —comentó Di Milo.

No era una gran sorpresa. Hacía mucho tiempo que el cardenal pertenecía al servicio diplomático vaticano y había visto la mayoría de los trucos por lo menos una vez. A pesar de lo listos que eran los comunistas chinos, la Iglesia católica tenía muchos más años de experiencia a sus espaldas, por mucho que al gobierno local le costara reconocerlo.

La charla duró otros treinta minutos antes de que el reverendo Yu se retirara, con otro caluroso apretón de manos de despedida.

—¿Y bien, Franz? —preguntó DiMilo en la calle, donde el ruido de la brisa impediría que los micrófonos instalados en el exterior captaran sus palabras.

—Es la primera vez que lo he visto. Oí su nombre a mi llegada. El gobierno chino le ha hecho la vida realmente difícil, en más de una ocasión, pero es un hombre de fe inquebrantable y no le falta valor. Desconocía su formación. Podemos comprobarlo.

—No es mala idea —respondió el nuncio papal, no porque desconfiara de Yu, sino porque siempre era bueno estar seguro de las cosas.

Les había facilitado incluso el nombre de un compañero de curso, Gerry Patterson, ahora ordenado ministro. En algún lugar de Mississippi, Estados Unidos. Eso facilitaría la operación. El mensaje hacia Roma salió al cabo de una hora, por Internet, medio que facilitaba enormemente las operaciones de inteligencia.

En este caso, la diferencia horaria funcionaba a su favor, como ocurría a veces cuando se solicitaba información al oeste en lugar del este. A las pocas horas, el mensaje había sido recibido, descifrado y mandado al despacho pertinente. De allí salió un nuevo mensaje también codificado en dirección a Nueva York, donde el cardenal Timothy McCarthy, arzobispo de Nueva York y jefe del servicio vaticano de inteligencia en Estados Unidos, lo recibió inmediatamente después del desayuno. A partir de allí fue todavía más fácil. El FBI seguía siendo un baluarte norteamericano de catolicismo irlandés, aunque no tanto como en los años treinta, con unos cuantos italianos y polacos agregados. El mundo no era perfecto, pero cuando la Iglesia necesitaba información y siempre y cuando no comprometiera la seguridad nacional norteamericana, se obtenía, habitualmente, con mucha rapidez.

En este caso, fue particularmente así. La Universidad Oral Roberts era una institución muy conservadora y, por consiguiente, dispuesta a cooperar con las investigaciones del FBI, fueran o no oficiales. Tan inofensiva le pareció a la secretaria la llamada telefónica del ayudante del agente especial Jim Brennan, de la oficina del FBI en Oklahoma, que no se molestó siquiera en consultar a su supervisor. El registro informático de la universidad no tardó en confirmar que Yu Fa An se había licenciado en aquella institución, en primer lugar en Ingeniería Eléctrica, y después de otros tres años se había doctorado en Teología, en ambos casos «con distinción», según dijo la secretaria, lo que significaba que nunca había obtenido una nota inferior a ocho. La oficina de alumnos agregó que el reverendo Yu residía ahora en Pekín, China, donde evidentemente hacía gala de su valor predicando los evangelios en tierra de paganos. Brennan le dio las gracias, tomó unas notas, mandó la respuesta por e-mail a Nueva York y acudió a su reunión matutina con el agente en jefe de la región, para repasar las actividades relacionadas con la aplicación de la ley federal en aquel estado.

Fue un poco diferente en Jackson, Mississippi. Allí, el propio agente especial en jefe fue personalmente a la primera iglesia baptista de Gerry Patterson, situada en un elegante barrio de la capital estatal de Mississippi. A la iglesia le faltaban ya sólo veinticinco años para cumplir dos siglos y era una de las más prósperas de la región. Difícilmente podía haber causado mejor efecto el reverendo Patterson, con su impecable camisa blanca y corbata a rayas azules. Su chaqueta oscura colgaba en un rincón, como concesión a la temperatura reinante. Recibió al visitante del FBI con modales aristocráticos, lo condujo a su lujoso despacho y le preguntó en qué podía ayudarlo.

—¡Yu! Sí, es un hombre excelente y un buen amigo de la universidad —respondió a la primera pregunta—. Solíamos llamarlo Skip. Fa se parecía demasiado a una nota musical, ya me comprende. Un buen tipo y un excelente sacerdote. Podría darle lecciones de fe a Jerry Falwell. ¿Si mantengo con él una relación epistolar? ¡Por supuesto! Le mandamos unos veinticinco mil dólares anuales. ¿Quiere ver una fotografía? La tenemos en la propia iglesia. Entonces los dos éramos mucho más jóvenes —agregó con una sonrisa—. Skip tiene muchas agallas. No puede ser muy divertido ser sacerdote cristiano en China, sabe usted. Pero nunca se queja. Sus cartas son siempre optimistas. Ojalá tuviéramos a muchos como él en el clero.

—¿Entonces está usted impresionado con él? —preguntó el agente en jefe Mike Leary.

—Era un buen muchacho en la universidad, hoy es un buen hombre y un excelente ministro de los evangelios que realiza su trabajo en un ambiente muy adverso. Para mí Skip es un héroe, señor Leary.

Era una declaración muy poderosa, viniendo de un miembro tan destacado de la

comunidad. La Primera Iglesia Bautista no había tenido una hipoteca en su vida, a pesar de su impresionante estructura y sus bancos cómodamente acolchados.

—Esto es todo lo que necesito —dijo el agente del FBI, después de ponerse en pie—. Gracias, caballero.

—¿Le importaría decirme por qué ha venido aquí a preguntar por mi amigo?

Leary esperaba que se lo preguntara y había preparado la respuesta.

—Pura rutina, señor. Su amigo no tiene ningún problema, por lo menos, no con el gobierno de Estados Unidos.

—Me alegra saberlo —respondió el reverendo Patterson, con una sonrisa y un apretón de manos—. Por cierto, nosotros no somos la única congregación que cuida de Skip.

—¿De veras? —preguntó Leary, después de volver la cabeza.

—Por supuesto. ¿Conoce usted a Hosiah Jackson?

—¿El reverendo Jackson, el padre del vicepresidente? Nunca he hablado con él, pero sé quién es.

—Sí. Hosiah es insuperable —asintió Patterson, sin que ninguno de ellos comentara lo inusual que habría sido cuarenta años antes que un pastor blanco hablara tan favorablemente de otro negro, pero Mississippi había cambiado con el transcurso del tiempo, en cierto sentido, más rápidamente que el resto de Norteamérica—. Lo visité hace unos años y empezamos a hablar de cosas en general, cuando surgió este tema. La congregación de Hosiah también le manda a Skip de cinco a diez mil dólares anuales, y además ha organizado a otras congregaciones negras para que también le manden ayuda.

Blancos y negros de Mississippi ayudando a un cura chino, —reflexionó Leary—. ¿En qué se estaba convirtiendo el mundo? Supuso que el cristianismo significaba algo después de todo y regresó a su despacho en su coche oficial, satisfecho de haber averiguado algo para variar, aunque no fuera exactamente en nombre del FBI.

El cardenal McCarthy se enteró por su secretario de que sus dos peticiones de información habían sido contestadas antes del almuerzo, lo cual era muy impresionante incluso para los niveles de la alianza entre el FBI y la Iglesia católica. Poco después del almuerzo, el cardenal McCarthy codificó personalmente ambas respuestas y las mandó a Roma. No sabía por qué se lo habían preguntado, pero suponía que lo averiguaría a su debido tiempo si era importante, o no, si no lo era. Le divertía ser el primer espía del Vaticano en Norteamérica.

No le habría divertido tanto saber que la Agencia de Seguridad Nacional en Fort Meade, Maryland, también se interesaba por aquellas actividades y que el monstruoso superordenador instalado en el vasto y tenebroso sótano de sus extensas instalaciones se ocupaba del caso. Esa máquina, cuyo fabricante se había arruinado hacía unos años, había sido simultáneamente el mayor orgullo y la mayor decepción entre una

enorme colección de ordenadores de la ASN, hasta que últimamente, uno de los matemáticos del centro había descubierto por fin cómo utilizarla. Era una máquina descomunal de procesamiento paralelo, que supuestamente funcionaba como el cerebro humano y que en teoría era capaz de atacar al mismo tiempo un problema desde distintos ángulos, como creían que lo hacía el cerebro. El problema estribaba en que nadie sabía cómo funcionaba realmente el cerebro humano y, por consiguiente, durante varios años había sido imposible elaborar el software necesario para obtener pleno rendimiento de aquel potentísimo ordenador. Esto había relegado aquel impresionante y carísimo artefacto a un uso tan común como el de una estación de trabajo corriente. Pero luego alguien se percató de que la mecánica cuántica había sido útil para descifrar algunos códigos extranjeros, se preguntó el porqué y empezó a examinar los problemas de programación. Siete meses después, el esfuerzo intelectual dio como resultado el primero de tres nuevos sistemas operativos para el superordenador, y el resto era material altamente secreto. La ASN era ahora capaz de descifrar cualquier código en el mundo y sus analistas, enriquecidos con dicha información, habían pagado a un carpintero para que construyera una especie de altar pagano, instalado frente al hipercerebro electrónico para el sacrificio simbólico de ovejas a su nuevo dios. (Sugerir el sacrificio de vírgenes habría ofendido al personal femenino de la institución). Hacía tiempo que la ASN era conocida por su sentido del humor institucional. El único temor real era que el mundo descubriera el sistema Tapdance elaborado por la ASN, que funcionaba totalmente al azar y era, por consiguiente, completamente indescifrable, además de fácil de elaborar. Pero era también una pesadilla administrativa y eso impediría que la mayoría de los gobiernos extranjeros lo utilizaran.

La ASN copió los comunicados electrónicos del cardenal, de forma ilegal pero rutinaria, los introdujo en el superordenador, que los convirtió en textos perfectamente claros y pasaron inmediatamente a la mesa de un analista de la ASN, del que se habían asegurado con antelación que no fuera católico.

Es curioso —pensó el analista—, ¿por qué se interesa el Vaticano por un predicador chino? ¿Y por qué se han dirigido a Nueva York para obtener información sobre él? Ah, claro, educado aquí y con amigos en Mississippi... ¿de qué diablos va todo esto? Se suponía que debía saber esas cosas, pero eso no era más que la teoría en que se basaba. A menudo no entendía absolutamente nada sobre la información que examinaba, pero era suficientemente honrado para reconocerlo ante sus superiores. Entonces transmitió electrónicamente su informe cotidiano a su supervisor, que lo examinó, lo codificó y lo transmitió a la CIA, donde lo examinaron otros tres analistas, decidieron que tampoco tenía ningún sentido para ellos y lo archivaron. En este caso, la información se grabó en dos cintas formato VHS, una de las cuales se guardó en un recipiente titulado «Doctor» y la otra en un recipiente llamado

«Gruñón», de los siete que había en la sala de informática de la CIA con los nombres de los enanitos de Blancanieves, después de introducir los nombres respectivos en el ordenador central, a fin de poder localizar la información que el gobierno de Estados Unidos todavía no comprendía. Esta situación era bastante común y por ello la CIA guardaba todos los datos que generaba informatizados y debidamente clasificados, de forma que cualquiera pudiera tener acceso inmediato a los mismos, tanto desde la vieja como desde la nueva central, separada por una cresta del río Potomac. La mayor parte de la información incluida en los siete enanitos estaba simplemente ahí, y ahí permanecería para siempre, sin que ni siquiera se interesara por ella el más estafalario de los intelectuales.

—¿Y bien? —preguntó Zhang Han San.

—Pues que nuestros vecinos rusos tienen la suerte del diablo —respondió Fang Gan, al tiempo que le entregaba la carpeta al ministro sin cartera de rango superior.

Zhang era siete años mayor que Fang y estaba más cerca del presidente, aunque no demasiado, y había poca competencia entre los dos ministros.

—Lo que haríamos nosotros si tuviéramos esos dones... —su voz se perdió en la lejanía.

—Efectivamente.

El hecho de que cualquier país se beneficiaría del petróleo y del oro era una verdad tan evidente que no era preciso hablar de ello. Lo que importaba realmente era que China no lo haría y Rusia, sí.

—¿Sabes que lo tenía previsto?

—Tus planes eran geniales, amigo mío —respondió Fang desde su butaca, antes de sacarse un paquete de cigarrillos del bolsillo, mostrárselo a su anfitrión, que había dejado de fumar hacía cinco años en busca de su aprobación, que éste hiciera un gesto con la mano para indicar que no le importaba, dar unos golpecitos en el extremo del cigarrillo y encenderlo con un mechero de butano—. Pero cualquiera puede tener mala suerte.

—Primero nos fallaron los japoneses y luego ese loco religioso de Teherán —refunfuñó Zhang—. Si uno u otro de nuestros aliados hubiera hecho honor a sus promesas, ahora el oro y el petróleo serían nuestros...

—Ciertamente útil para nuestros propósitos, pero tengo mis dudas respecto a la aceptación mundial de nuestra prosperidad teórica —dijo Fang, dando una prolongada calada.

Su interlocutor gesticuló de nuevo con una mano.

—¿Crees que los capitalistas gobiernan por principios? Necesitan petróleo y oro, y quien puede suministrarlo barato es quien más vende. Fíjate a quién se lo compran, mi viejo amigo, a cualquiera que lo tenga. Con todo el petróleo que hay en México, los norteamericanos no son siquiera capaces de armarse de valor y apoderarse del

mismo. ¡Son unos cobardes! En nuestro caso, los japoneses, como hemos aprendido para nuestro pesar, carecen de principios. Si pudieran comprarle el petróleo a la empresa que fabricó las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, lo harían. Lo denominan realismo —concluyó burlonamente Zhang.

Vladimir Il'ych Ulyanov, el propio Lenin, pronosticó, sin que le faltara razón, que las naciones capitalistas competirían para vender a la Unión Soviética la cuerda con la que más adelante los rusos los ahorcarían a todos. Pero Lenin nunca anticipó que fracasaría el marxismo. Al igual que Mao tampoco anticipó que su perfecta visión político-económica fracasaría en la República Popular, como lo manifiestan los lemas como «el gran salto adelante», que entre otras cosas alentaron a simples campesinos a fundir hierro en los patios traseros de sus casas. El hecho de que la escoria no sirviera ni para fabricar morillos no se había divulgado en el este ni en el oeste.

—El caso es que la suerte no nos ha sonreído y ni el petróleo ni el oro nos pertenecen.

—De momento —susurró Zhang.

—¿Cómo dices? —preguntó Fang, que no estaba seguro de haberle comprendido. Zhang levantó la mirada, casi sobresaltado de su sueño.

—¿Cómo? Ah, nada, amigo mío.

Durante el resto de la reunión, que duró setenta y cinco minutos antes de que Fang regresara a su propio despacho, hablaron de asuntos internos.

—Ming —dijo Fang en la antesala de su despacho, mientras gesticulaba.

La secretaria se puso en pie, lo siguió, cerró la puerta a su espalda y se instaló en su asiento.

—Nueva entrada —dijo Fang cansado, después de una larga jornada—. Reunión habitual de la tarde con Zhang Han San, en la que hemos hablado...

Prosiguió con el relato del contenido de la reunión, y Ming tomó debidamente notas para el diario oficial del ministro. Además de que los chinos eran cronistas empedernidos, los miembros del Politburó sentían tanto la obligación (por razones intelectuales e históricas), como la necesidad personal (por razones de supervivencia individual), de documentar todas sus conversaciones sobre asuntos políticos y de administración nacional, a fin de que quedara constancia de sus puntos de vista y sus meticulosas valoraciones, por si alguno de ellos cometía un error de juicio. El hecho de que eso significara que su secretaria personal, como en realidad todas las secretarías personales de los miembros del Politburó, tuvieran acceso a los secretos más delicados del país era algo a lo que no se daba importancia, puesto que esas chicas eran meros robots, máquinas de grabar y transcribir, y poca cosa más... bueno, un poco más, pensaban Fang y sus colegas con una sonrisa en los labios. Un magnetófono no podía chuparle a uno el pene, y Ming lo hacía de maravilla. Fang era comunista y lo había sido durante toda su vida adulta, pero no carecía enteramente de

corazón y sentía por Ming el afecto que otro, o incluso él mismo, podía haber sentido por una hija predilecta... salvo que uno no solía follar con su propia hija... Su relato para la anotación en el diario se prolongó durante veinte minutos, describiendo meticulosamente todos los puntos importantes de su intercambio con Zhang, que sin duda en aquel momento hacía exactamente lo mismo con su secretaria privada, a no ser que Zhang hubiera sucumbido a la costumbre occidental de usar un magnetófono, cosa que no habría sorprendido a Fang. A pesar del desprecio que Zhang aparentaba por los occidentales, los emulaba en muchos sentidos.

Localizaron también el nombre de Klementi Ivan'ch Suvorov. Era a su vez ex agente del KGB, incorporado entonces a la Tercera Jefatura, departamento híbrido de la antigua organización de espionaje, encargado de supervisar a los ex militares soviéticos, así como ciertas operaciones especiales de las fuerzas posteriores, como el Spetsnaz, por lo que sabía Oleg Provalov. Pasó unas páginas del informe de Suvorov, encontró una fotografía, sus huellas y también descubrió que su primer destino había sido en la Primera Jefatura, conocida como «jefatura extranjera» por su trabajo en la recopilación de inteligencia de otras naciones. Se preguntó por qué habría cambiado. Habitualmente, en el KGB, uno se quedaba donde empezaba. Pero un alto mando de la Tercera lo había rescatado de la Primera... ¿por qué? El comandante general Pavel Konstantinovich Kabinet había solicitado por nombre a Suvorov K. I. Ese nombre obligó a Provalov a hacer una pausa. Lo había oído antes en algún lugar, pero no recordaba exactamente dónde y era inusual en un investigador tan veterano. Tomó nota y la guardó.

De modo que tenían el nombre y la fotografía de ese tal Suvorov. ¿Habría conocido a Amalrik y Zimyanin, los presuntos y fallecidos asesinos del proxeneta Avseyenko? Parecía posible. En la Tercera Jefatura habría gozado posiblemente de acceso al Spetsnaz, aunque eso también podía haber sido una mera coincidencia. El principal interés de la Tercera Jefatura del KGB era el control político del ejército soviético, pero eso había dejado de ser una necesidad del estado. Toda la retahíla de oficiales políticos, la zanzpoliti que durante tanto tiempo había sido la pesadilla del ejército soviético, ahora había esencialmente desaparecido.

¿Dónde estaban ahora?, se preguntó Provalov con la ficha en las manos. Al contrario del archivo central del ejército, los archivos del KGB solían ser bastante precisos en cuanto al paradero y actividades de los ex oficiales de inteligencia. Era una secuela del régimen anterior útil para la policía, aunque no en este caso. ¿Dónde te has metido? ¿Cómo te ganas la vida? ¿Eres un delincuente? ¿Un asesino? Las investigaciones de homicidios, por su naturaleza, generaban más preguntas que respuestas y frecuentemente acababan con muchas de dichas preguntas sin responder, porque uno no podía penetrar nunca en la mente de un asesino y aunque pudiera haberlo hecho, lo que encontrara no habría tenido necesariamente ningún sentido.

Este había empezado como un caso complicado de asesinato, y su complejidad aumentaba. Lo único que sabía con certeza era que Avseyenko estaba muerto, junto con su chófer y una puta. Y ahora puede que aún supiera menos. Desde el principio había supuesto que el proxeneta era el verdadero objetivo, pero si ese tal Suvorov había contratado a Amalrik y Zimyanin para cometer el asesinato, ¿por qué se molestaría un ex teniente coronel de la Tercera Jefatura del KGB, por lo que había comprobado, en asesinar a un proxeneta? ¿No era igualmente probable que el objetivo fuera Sergey Golovko y no explicaría eso también la eliminación de los dos presuntos asesinos, por haberse equivocado de objetivo? El teniente de detectives abrió un cajón, en busca de un frasco de aspirinas. No era la primera jaqueca que le provocaba aquel caso, ni parecía probable que fuera la última. Quienquiera que fuera Suvorov, si el objetivo era Golovko, no habría sido él quien tomara la decisión de asesinarlo. Él era el asesino contratado y, por consiguiente, la decisión la habría tomado otro.

¿Pero quién?

¿Y por qué?

Qui bonuo era la vieja pregunta, tan antigua que se formulaba en una lengua muerta. ¿A quién el bien? ¿Quién se beneficia?

Llamó a Abramov y Ustinov. Tal vez lograrían localizar a Suvorov y entonces él se desplazaría al norte para interrogarlo. Provalov redactó el fax, lo mandó a San Petersburgo y abandonó su escritorio para dirigirse a su casa. Consultó su reloj. Sólo dos horas de retraso. No estaba mal para este caso.

El teniente general Gennady Iosifovich Bondarenko miró a su alrededor en su despacho. Ya hacía algún tiempo que lucía tres estrellas y a veces se preguntaba si llegaría más lejos. Había sido militar profesional durante treinta y un años, y el cargo al que siempre había aspirado era el de comandante general del ejército ruso. Muchos hombres buenos, y algunos malos, lo habían sido. Gregoriy Zhukov, por ejemplo, era el hombre que había salvado su país de los alemanes. Había muchas estatuas de Zhukov, a quien Bondarenko había oído pronunciando conferencias hacía muchos años, cuando era un mero cadete novato, y había visto su rostro franco de sabueso, con la mirada helada de un asesino, un auténtico héroe ruso a quien la política no podía doblegar y cuyo nombre habían llegado a temer los alemanes.

Nadie, ni siquiera el propio Bondarenko, se sorprendía de haber llegado tan lejos. Había empezado como oficial de comunicaciones, destinado brevemente al Spetsnaz en Afganistán, donde había burlado la muerte dos veces, en ambas ocasiones tomando el mando en situaciones dignas de pánico, a las que sobrevivió con extraordinario valor. Había sido herido y había matado con sus propias manos, cosa que pocos coroneles hacen y mucho menos se enorgullecen de ello, salvo en el club de oficiales con sus camaradas después de unas cuantas copas.

Como muchos generales que le habían precedido, Bondarenko era en cierto modo un general «político». Había ascendido bajo los auspicios de un casi ministro, Sergey Golovko, aunque en realidad no habría conseguido su segunda estrella sin mérito propio y el valor en el campo de batalla, tan reconocido en el ejército ruso como en cualquier otro. La inteligencia iba todavía más allá y por encima de todo estaban los logros. Su trabajo consistía en lo que los norteamericanos denominaban J-3, jefe de operaciones, que significaba matar gente en la guerra y entrenarla en tiempo de paz. Bondarenko había viajado por todo el planeta, aprendiendo cómo otros ejércitos entrenaban a sus hombres, analizando las lecciones y aplicándolas a sus propios soldados. Después de todo, la única diferencia entre un soldado y un paisano era el entrenamiento, y Bondarenko se proponía que el ejército ruso alcanzara nada menos que el estado de alerta dureza con el que había derribado las puertas de Berlín, a las órdenes de Zhukov y Koniev. La meta estaba todavía lejana, pero el general estaba convencido de haber construido unos buenos cimientos. Tal vez en diez años el ejército la habría alcanzado y él estaría allí para verlo, por supuesto, honrosamente jubilado, con sus condecoraciones enmarcadas colgando de la pared, nietos saltando sobre su regazo... y de vez en cuando objeto de alguna consulta, para que viera algo y diera su opinión, como ocurría a menudo con generales jubilados.

De momento había acabado su trabajo, pero no sentía ningún deseo de regresar a su casa, donde su esposa había invitado a las mujeres de otros altos mandos. A Bondarenko siempre le habían hastiado esas veladas. El agregado militar en Washington le había mandado un libro, *La espada veloz*, de Nicholas Eddington, coronel de la guardia nacional del ejército norteamericano. Eddington era efectivamente el coronel que se había entrenado con su brigada en el desierto de California, cuando se tomó la decisión de desplegarse en el golfo Pérsico y sus tropas, en realidad paisanos vestidos de uniforme, habían respondido bien; a decir verdad, más que bien, se dijo a sí mismo el general ruso. Habían practicado el «toque de medusa», aniquilado todo lo que se cruzaba en su camino, junto con las fuerzas regulares norteamericanas de los regimientos 10º y 11º de caballería. Dicha colección de fuerzas del tamaño de una división había destruido por completo cuatro cuerpos de tropas mecanizadas como ovejas en un matadero. Incluso el rendimiento de los guardias de Eddington había sido magnífico. Gennady Iosifovich sabía que eso se debía en parte a su motivación. El ataque biológico en su propia patria había enfurecido comprensiblemente a los soldados, y dicho furor podía convertir en héroe a un soldado mediocre, con la misma facilidad que se enciende un interruptor. «Voluntad de combate» era como lo denominaban técnicamente. En un lenguaje más cotidiano, era la razón por la que un hombre se jugaba la vida y, por consiguiente, era algo de no poca importancia para los altos mandos, cuya labor consistía en poner a dichos hombres en peligro.

Hojeando el libro, comprobó que para ese tal Eddington —que según la contracubierta, también era catedrático de historia, ¿no era eso interesante?— dicho factor tenía mucha importancia. Puede que fuera listo, además de afortunado. Su buena suerte consistía en tener bajo su mando soldados de la reserva con muchos años de experiencia, que a pesar de haberse entrenado sólo a tiempo parcial, formaban parte de unidades sumamente estables, donde todos los soldados se conocían entre sí y eso era un lujo prácticamente desconocido entre los soldados regulares. Además, disponían del nuevo y revolucionario equipo IVIS norteamericano, que ponía al alcance de todos los hombres y vehículos en el campo exactamente toda la información que poseía su comandante, a menudo con gran detalle... y a su vez comunicaba al comandante con toda exactitud lo que sus hombres veían. Eddington aseguraba que eso había hecho que el de cualquier comandante anterior de una fuerza mecanizada.

El oficial norteamericano también hablaba de saber, no sólo lo que sus comandantes subordinados decían, sino de la importancia de saber lo que pensaban y no tenían tiempo de expresar. El énfasis implícito estaba en la importancia de la continuidad dentro del cuerpo de oficiales y eso —pensó Bondarenko mientras tomaba nota— era una lección sumamente importante. Debería leer aquel libro detenidamente y tal vez encargar un centenar de ejemplares en Washington para que lo leyeran sus compañeros en el ejército... ¿conseguir incluso los derechos de impresión en Rusia? Los rusos lo habían hecho en más de una ocasión...

XII. CONFLICTOS DEL BOLSILLO

—Vamos, George, desembucha —dijo Ryan, después de tomar un sorbo de café.

En Casa Blanca había muchos actos rutinarios y uno que había surgido a lo largo del último año era que Ryan recibiera al secretario de la Tesorería dos o tres veces por semana, inmediatamente después del informe cotidiano sobre inteligencia. Habitualmente, Winston cruzaba andando la calle Quince, por un túnel que unía la Casa Blanca con el edificio de la Tesorería, que se remontaba a la época de Roosevelt. Otra parte de dicha rutina consistía en que los marinos que prestaban servicio como asistentes del presidente les servían café y unos bollos (con mantequilla) que ambos degustaban en detrimento de su nivel de colesterol.

—La República Popular China. Las negociaciones comerciales se han estrellado contra un muro de hormigón. Se niegan rotundamente a seguir las reglas del juego.

—¿Cuál es el problema?

—Maldita sea, Jack, ¿cuál no es el problema? —respondió el secretario, después de morder un bollo con mermelada de pomelo—. Esa nueva empresa de informática que su gobierno ha fundado elabora un aparato patentado por Dell, y ese nuevo aparatejo ha incrementado en un veinte por ciento el valor de sus acciones. Se limitan a introducirlo en las cajas que suministran en su propio mercado y en las que han empezado a vender en Europa. Esto es una violación de todas las patentes y tratados comerciales, pero cuando se lo mencionamos en la mesa de negociaciones se limitan a cambiar de tema sin prestar atención. Esto podría costarle a Dell unos cuatrocientos millones de dólares, y eso es una gran pérdida para cualquier empresa. Si yo fuera su asesor comercial, buscaría un asesino a sueldo en las páginas amarillas. Bien, ésta es una. Luego nos han dicho que si exageramos demasiado estos «pequeños» desacuerdos, Boeing puede olvidar su pedido de veintiocho aviones 777, que irán a parar a Airbus.

Ryan asintió.

—Dime, George, ¿cómo está ahora la balanza comercial con la República Popular?

—Setenta y ocho mil millones, a favor suyo, no nuestro, como bien sabes.

—¿Se ocupa Scott de analizarlo?

—Tiene un equipo bastante bueno —asintió el secretario de la Tesorería—, pero les falta un poco de dirección ejecutiva.

—¿Y cómo nos afecta eso a nosotros?

—Facilita a los consumidores un montón de mercancías a bajo precio, aproximadamente el setenta por ciento de las cuales son de baja tecnología, como montones de juguetes, animales disecados y cosas por el estilo. Pero el treinta por ciento son productos avanzados, Jack. Esa cantidad casi se ha doblado en dos años y

medio. Pronto empezará a costarnos puestos de trabajo, tanto en términos de la producción para consumo interno, como de exportaciones perdidas. Venden muchos ordenadores portátiles en el mercado nacional, me refiero a su país, pero no nos permiten entrar en el mismo, a pesar de que los superamos en prestaciones y precio. Sabemos con certeza que utilizan parte del superávit comercial con nosotros para subvencionar sus industrias informáticas. Supongo que quieren reforzar el sector por razones estratégicas.

—Además de vender armas a quienes preferiríamos que no las tuvieran —agregó el presidente.

Lo cual también hacían por razones estratégicas.

—¿Acaso no necesita todo el mundo un AK-47 para ocuparse de sus alimañas?

Un cargamento de mil cuatrocientos auténticos rifles de asalto, es decir, plenamente automáticos, había sido confiscado hacía dos semanas en el puerto de Los Angeles, pero la República Popular negaba toda responsabilidad, a pesar de que los servicios de inteligencia estadounidenses habían rastreado la transacción hasta un número de teléfono concreto de Pekín. Ryan lo sabía, pero no habían permitido que se divulgara, para no dar a conocer los métodos de espionaje utilizados en esta ocasión por la Agencia de Seguridad Nacional en Fort Meade. El nuevo sistema telefónico de Pekín no había sido construido por una empresa norteamericana, pero se había contratado gran parte del trabajo de diseño a una empresa, que había llegado a un acuerdo muy rentable con un organismo del gobierno de Estados Unidos. No era estrictamente legal, pero se aplicaban otras reglas a asuntos de seguridad nacional.

—Sencillamente se niegan a obedecer las reglas del juego.

—¡Y que lo digas! —refunfuñó Winston.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó el presidente Ryan.

—Recordarles a esos pequeños cabrones de ojos rasgados que nos necesitan mucho más a nosotros que nosotros a ellos.

—Debes tener cuidado cuando hablas de otras naciones, especialmente las que poseen armas nucleares —señaló Ryan—. Por no hablar del deje racial.

—Mira, Jack, el campo es llano o no lo es. Se respetan las reglas del juego o no se respetan. Si reciben mucho más dinero de nosotros que nosotros de ellos, deben jugar limpio con nosotros. Sí, lo sé —dijo, levantando las manos a la defensiva—, están un poco molestos por lo de Taiwan, pero eso fue una buena movida, Jack. Tu castigo fue justo. Esos pequeños cabrones estaban matando gente y además probablemente conspiraron durante nuestra última aventura en el golfo Pérsico, así como en el ataque de Ebola contra nosotros, de modo que se lo merecían. ¿No podemos castigarlos por asesinato y conspiración en un acto de guerra contra Estados Unidos? Somos demasiado fuertes y poderosos para actuar con tanta mezquindad. ¡Mezquindad, una mierda, Jack! Directa o indirectamente, esos pequeños cabrones

ayudaron a ese tal Daryaei a matar a siete mil de nuestros ciudadanos y establecer relaciones diplomáticas con Taiwan es el precio que han pagado por ello, además, en mi opinión, les ha salido muy barato. Deberían comprenderlo. Deben aprender que el mundo tiene reglas. Tenemos que mostrarles que hay dolor cuando se quebrantan las reglas y asegurarnos de que el dolor perdure. Hasta que lo comprendan, seguirán creando problemas. Tarde o temprano deben entenderlo. Creo que ya hemos esperado suficiente.

—De acuerdo, pero no olvides su punto de vista: ¿quiénes somos nosotros para dictar las reglas?

—¡Y una mierda, Jack! —exclamó Winston, que era una de las pocas personas con la capacidad, si bien no exactamente el derecho, para hablar de aquel modo en el despacho oval, debido en parte a su propio éxito y en parte a que Ryan respetaba el lenguaje franco, aunque ocasionalmente subiera de tono—. Recuerda que son ellos quienes nos lo imponen. Nosotros jugamos limpio. El mundo tiene reglas honradas y respetadas por la comunidad de las naciones, y si Pekín desea formar parte de la misma, debe obedecer las mismas reglas que todos los demás. Si uno desea hacerse socio de un club, debe pagar la cuota de ingreso, e incluso entonces no se le permite circular en coche por el green. Todo no pueden ser ventajas.

El problema —pensó Ryan— era que la gente que gobernaba naciones, especialmente si eran grandes y poderosas, no eran la clase de personas a las que se pudiera decir cómo y por qué hacer las cosas, especialmente en los países despóticos. En una democracia liberal, regirse por la legalidad era algo aplicable a prácticamente todo el mundo. Ryan era presidente, pero no podía robar un banco aunque necesitara dinero.

—De acuerdo, George. Siéntate con Scott, elaborad algo con lo que yo pueda estar de acuerdo y haremos que el Departamento de Estado explique las reglas a nuestros amigos de Pekín.

Y quién sabe, puede que en esta ocasión llegara incluso a funcionar. Aunque Ryan no habría apostado porque lo hiciera.

Ésta sería la noche importante, pensó Nomuri. Sí, efectivamente, la noche anterior se había acostado con Ming y parecía haberle gustado, ¿pero reaccionaría ahora del mismo modo, después de haber tenido tiempo para reflexionar? ¿O habría llegado a la conclusión de que se había aprovechado de ella, después de emborracharla? Nomuri había salido y se había acostado con bastantes mujeres, pero no confundía el éxito amoroso con ningún género de comprensión de la psique femenina.

Estaba sentado en el bar de un restaurante de tamaño medio, diferente del anterior, fumando un cigarrillo, que era algo nuevo para el agente de la CIA. No tosía, aunque después de las dos primeras caladas la sala parecía girar a su alrededor. Envenenamiento por monóxido de carbono, pensó. Fumar reducía el suministro de

oxígeno al cerebro y era perjudicial en muchos otros sentidos. Pero también facilitaba la espera. Había comprado un mechero Bic, azul, con una ilustración de la bandera de la República Popular, que parecía ondear en un cielo despejado. Sí —pensó—, aquí estoy, preguntándome si mi chica se presentará —consultó su reloj— y lleva ya nueve minutos de retraso. Llamó al camarero y pidió otro whisky.

Era japonés, potable, no excesivamente caro y, a fin de cuentas, el alcohol era alcohol.

¿Vas a llegar, Ming?, pensó el agente en voz alta. Igual que la mayoría de los bares en el mundo entero, éste tenía un espejo detrás de la barra y el californiano observó socarronamente su propio rostro, fingiendo ser otro y preguntándose qué vería en él: ¿Nerviosismo? ¿Recelo? ¿Temor? ¿Soledad? ¿Lujuria? En aquel mismo instante podía haber alguien efectuando dicha evaluación, algún agente de contraespionaje del Ministerio de Seguridad Estatal en servicio de vigilancia, que procurara no mirarlo con excesiva insistencia. Puede que lo vigilara indirectamente por el espejo. Con mayor probabilidad, sentado en diagonal a él, de modo que lo tuviera en la línea de su mirada, mientras que Nomuri debería volver la cabeza para verlo, brindándole al agente de vigilancia la oportunidad de desviar la mirada, probablemente hacia su compañero, ya que más que individual, ésta solía ser una labor de equipo, cuya cabeza estaría en la misma línea de su mirada, para poder observar a su objetivo sin que pareciera que lo hacía directamente. Todos los países del mundo disponían de una policía o fuerza de seguridad entrenada para ello, y sus métodos eran siempre los mismos porque la naturaleza humana era igual en todas partes, tanto si el objetivo era un traficante de drogas como un espía. Así eran las cosas, se dijo Nomuri a sí mismo, mientras consultaba de nuevo su reloj. Once minutos de retraso. No pasa nada, amigo, las mujeres llegan siempre tarde. Lo hacen porque no saben la hora que es, o porque tardan una eternidad en vestirse y maquillarse, o porque no se acuerdan de llevar un reloj... o con mayor probabilidad, porque les da ventaja. Puede que gracias a dicho comportamiento, parecieran más valiosas que los hombres; después de todo, ¿no eran ellos quienes las esperaban? Eso otorgaba un valor especial a su afecto, ya que si no se las esperaba, puede que un día no aparecieran y eso les daba a los hombres algo que temer.

Chester Nomuri, antropólogo conductista, refunfuñó para sus adentros, mientras miraba de nuevo al espejo.

Maldita sea, tío, puede que aún no haya salido del trabajo, o que haya mucho tráfico, o que alguna amiga de la oficina haya ido a su casa para ayudarla a mover sus malditos muebles. Diecisiete minutos. Sacó otro Kool de la cajetilla y lo encendió con su mechero comunista. El este es rojo, pensó. Y puede que éste fuera el último país del mundo que era realmente rojo... ¿No se sentiría Mao orgulloso...?

¿Dónde estás?

Si algún agente de seguridad lo estaba observando y tenía alguna duda respecto a lo que hacía, ahora sabría con seguridad que esperaba a una mujer y su nerviosismo delataría que lo tenía hechizado. ¿Pero no se suponía que los espías no debían dejarse cautivar por las mujeres?

—¿De qué te preocupas, imbécil, sólo de que puede que te quedes sin follarte esta noche?

Veintitrés minutos de retraso. Apagó el cigarrillo y encendió otro. Si éste era un mecanismo que las mujeres utilizaban para controlar a los hombres, era muy eficaz.

James Bond nunca tenía esos problemas, pensó el agente del servicio secreto. Él siempre dominaba a sus mujeres... y si alguien necesitaba alguna prueba de que Bond era un personaje de ficción, ¡ésta indudablemente lo era!

Nomuri estaba tan absorto en sus pensamientos, que no vio llegar a Ming. Sintió unos suaves golpecitos en la espalda y volvió inmediatamente la cabeza.

Ming lo miraba con una sonrisa radiante, contenta de haberlo sorprendido, y unas pequeñas arrugas en las comisuras de sus brillantes ojos oscuros, que reflejaban el placer del momento.

—Siento llegar tarde —dijo inmediatamente—. Fang necesitaba que le transcribiera unas cosas y me ha obligado a quedarme en el despacho hasta bastante tarde.

—Tendré que hablar con ese viejo —dijo Nomuri con aire de superioridad, irguiéndose en el taburete junto a la barra.

—Como bien dices, es un viejo y no oye muy bien. Puede que esté un poco sordo.

No, probablemente ese cabrón no quiere oír, pensó Nomuri, aunque no lo dijo. Fang era probablemente como muchos otros jefes en el mundo entero, de una edad demasiado avanzada para interesarse por las ideas de los demás.

—Dime, ¿qué te apetece para cenar? —preguntó Nomuri, y recibió la mejor respuesta posible.

—No tengo hambre —dijo Ming, con un destello en sus ojos oscuros que delataban lo que realmente le apetecía.

Nomuri vació su copa, apagó el cigarrillo y abandonaron juntos el local.

—¿Y bien? —preguntó Ryan.

—No son buenas noticias —respondió Arnie Van Damm.

—Supongo que eso depende del punto de vista. ¿Cuándo oirán los argumentos?

—En menos de dos meses y eso también lleva implícito un mensaje, Jack. Esos «rigurosos» jueces que tú nombraste van a oír este caso, y si tuviera que apostar, aseguraría que fallarán contra Roe.

Jack se acomodó en su butaca y sonrió.

—¿Qué tiene eso de malo, Arnie?

—Jack, es malo porque muchos ciudadanos quieren tener la opción de elegir si

abortar o no. Esa es la razón. Lo denominan «pro elección» y en estos momentos es lo que determina la ley.

—Puede que eso cambie —dijo el presidente, esperanzado, mientras consultaba su agenda.

El secretario del Interior estaba a punto de llegar para hablar de parques nacionales.

—¡No es nada halagüeño, maldita sea! ¡Y te culparán a ti!

—Si eso ocurre, alegraré que no soy juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos y me mantendré completamente al margen. Si la decisión que adopten es la que tanto tú como yo creemos que tomarán, el aborto se convertirá en un asunto legislativo, y como está previsto en la Constitución, se reunirá la legislatura de cada estado para decidir por su cuenta si sus votantes quieren o no que se mate a los bebés antes de nacer. Pero no olvides, Arnie, que yo tengo cuatro hijos. Estuve presente en todos sus nacimientos y nunca me convencerás de que el aborto es aceptable.

El cuarto hijo de Ryan, Kyle Daniel, había nacido durante la presidencia de su padre y las cámaras estaban presentes para registrar su rostro cuando salía de la sala de partos, permitiendo que toda la nación, y en realidad el mundo entero, compartiera su experiencia. Eso había aumentado la popularidad de Ryan en quince puntos y en aquel momento Arnie se sintió sumamente satisfecho.

—Maldita sea, Jack, yo nunca he dicho que lo fuera —declaró Van Damm—. ¿Pero no es cierto que de vez en cuando todos hacemos algo reprobable? Y tampoco les negamos a los demás el derecho de hacerlo. Por ejemplo, fumar —agregó, para tocarle un punto débil a Ryan.

—Arnie, eres sumamente astuto con las palabras y ahora te has lucido, lo reconozco. Pero existe una diferencia cualitativa entre encender un maldito cigarrillo y matar a un ser humano.

—Cierto, si un feto es un ser humano, lo cual es cosa de teólogos y no de políticos.

—Arnie, permíteme que te lo aclare. Los defensores del aborto dicen que tanto si el feto es humano como si no lo es carece de importancia, porque está dentro del cuerpo de una mujer y, por consiguiente, es algo que le pertenece y puede disponer a su antojo de él. Bien. Durante la república y el Imperio romano, la esposa y los hijos pertenecían legalmente al padre de familia, que podía disponer de sus vidas a su antojo. ¿Crees que deberíamos volver a esa situación?

—Claro que no, porque concede poder a los hombres pero se lo quita a las mujeres y ahora ya no hacemos las cosas así.

—De modo que tomas un asunto moral y lo degradas a lo que es políticamente bueno o malo. Arnie, yo no estoy aquí para esto. Incluso el presidente puede tener principios morales, ¿o crees que debería colgar mis ideas sobre el bien y el mal en la

antesala, cuando vengo a trabajar por la mañana?

—Pero no puedes imponérselos a los demás. Los principios morales son algo que guardas en tu interior, para ti mismo.

—Lo que llamamos ley no es más que la creencia colectiva de la población, su convicción de lo bueno y lo malo. Tanto si hablamos de asesinato, secuestro o saltarse un semáforo en rojo, la sociedad decide las reglas. En una república democrática, lo hacemos a través de la legislatura eligiendo a las personas que comparten nuestros puntos de vista. Así se hacen las leyes. Establecemos también una constitución, la ley suprema del país, que se elabora muy cuidadosamente porque decide lo que las demás leyes pueden y no pueden hacer y, por consiguiente, nos protege de nuestras pasiones transitorias. El trabajo de la judicatura consiste en interpretar las leyes, o en este caso los principios constitucionales incorporados en dichas leyes, en cuanto a su aplicación a la realidad. En Roe contra Wade, el Tribunal Supremo fue demasiado lejos. Legisló; cambió la ley de forma no prevista por quienes la habían elaborado y eso fue un error. La anulación de este veredicto devolverá el asunto del aborto a las legislaturas estatales, donde pertenece.

—¿Desde cuándo preparas este discurso? —preguntó Arnie.

La forma de expresarse de Ryan era demasiado refinada para ser improvisada.

—Desde hace algún tiempo —reconoció el presidente.

—En tal caso, cuando se anuncie la decisión, prepárate para la tormenta —advirtió su jefe de personal—. Hablo de manifestaciones, reportajes por televisión y suficientes artículos en los periódicos para empapelar las paredes del Pentágono. Además, el personal del servicio secreto deberá preocuparse del peligro adicional que correrá tu vida, la de tu esposa y las de tus hijos. Si crees que bromeo, pregúntaselo a ellos.

—Eso no tiene ningún sentido.

—No hay ninguna ley, federal, estatal ni local, que obligue al mundo a ser lógico, Jack. La gente depende de ti para que el jodido clima sea agradable, y te culpan cuando no lo es. Resuélvelo.

Dicho esto, el jefe de personal abandonó la sala, enojado, para dirigirse hacia su propio despacho.

—Mierda —exclamó Ryan, mientras hojeaba el informe del secretario de Interior:

Propietario de Smokey Bear. También guardián de los parques nacionales, que el propio presidente sólo había visto en los documentales, cuando tenía tiempo por la noche de encender el televisor.

No podía decirse mucho sobre cómo vestía la gente en ese país, pensó una vez más Nomuri, salvo una cosa: cuando desabrochabas los botones y debajo aparecían las prendas de Victoria's Secret, bueno, era como si una película pasara de blanco y negro a technicolor. En esta ocasión, Ming le permitió que fuera él quien se los

desabrochara, le quitara la chaqueta y luego los pantalones. Las bragas tenían un aspecto particularmente tentador, pero también lo tenía todo su cuerpo. Nomuri la levantó en brazos y la besó apasionadamente, antes de dejarla sobre la cama. Al cabo de un minuto, estaba junto a ella.

—Dime, ¿por qué has llegado tarde?

Ming hizo una mueca.

—Todas las semanas, el ministro Fang se reúne con otros ministros y a su regreso me ordena transcribir las notas de la reunión, para que quede constancia de todo lo que se ha dicho.

—¿Para ello utilizas mi ordenador? —preguntó Nomuri, sin delatar el escalofrío que recorrió su cuerpo al oír las palabras de Ming.

¡Esa chica podía ser una fuente extraordinaria! Nomuri respiró hondo y adoptó de nuevo su expresión cortés e impasible.

—Por supuesto. Estupendo. Tiene instalado un módem, ¿no es cierto?

—Claro está, lo utilizo todos los días para obtener artículos y noticias occidentales, de las páginas web de los medios de comunicación.

—Muy bien.

Concluida la misión del día, Nomuri se acercó a Ming para besarla.

—Antes de entrar en el restaurante, me he puesto carmín en los labios —explicó Ming—. No lo uso en la oficina.

—Ya veo —respondió el agente de la CIA, repitiendo el beso y prolongándolo.

Ming le rodeó el cuello con los brazos. La razón de su tardanza no guardaba relación alguna con falta de afecto. Eso era ahora evidente, cuando las manos de Nomuri empezaron también a vagar. El cierre delantero del sujetador había sido su mejor acierto. Bastaba con presionar levemente con el índice y el pulgar para que se abriera, revelando simultáneamente sus lindos pechos: otros dos lugares que su mano podía explorar. Su piel allí era particularmente sedosa... y, al cabo de unos momentos, decidió que también era sabrosa.

Esto provocó un agradable gemido y un estremecimiento de placer en su... ¿qué? ¿Amiga? Bueno, sí, pero no lo suficiente. ¿Agente? Todavía no. De momento sólo amante. Nunca habían hablado de esas cosas en La Granja, salvo la advertencia habitual de no intimar demasiado con tu agente, para no perder objetividad. ¿Pero cómo ibas a reclutar a alguien, sin intimar un poco? Aunque Chester en ese momento sabía que no sólo intimaba un poco.

Independientemente de su aspecto, Ming tenía una piel encantadora; que las yemas de sus dedos exploraban detenidamente entre beso y beso, con sus sonrientes miradas enlazadas. Tenía un cuerpo muy apetecible y un buen tipo incluso de pie. Tal vez demasiada cintura, pero aquello no era la playa de California, y el tipo estilo reloj de arena, por muy bonito que fuera en las ilustraciones, no era más que eso, un

modelo. Su cintura era más delgada que sus caderas y de momento eso bastaba. No era como si tuviera que desfilarse por una pasarela de Nueva York, donde en todo caso los modelos parecen chicos. De modo que Ming no es, ni será nunca una supermodelo; acéptalo Chet, se dijo el agente. Entonces llegó el momento de dejar a un lado todo lo relacionado con la CIA. Era un hombre, que sólo llevaba calzoncillos, junto a una mujer; que sólo llevaba bragas. Unas bragas con cuya tela se podría hacer quizás un pañuelo, aunque rojo anaranjado no sería el color ideal para que se lo sacara un hombre del bolsillo, especialmente, agregó para sí con una sonrisa, de seda artificial.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Ming.

—Porque eres muy atractiva —respondió Nomuri, con una sonrisa especial.

Y era cierto. No, nunca sería modelo, pero toda mujer encierra en su interior la belleza que no siempre manifiesta. Y su piel era maravillosa, especialmente sus labios, con la capa de carmín suave y grasienta aplicada después del trabajo, que no impedía que Nomuri persistiera en besarla. Poco tardaron sus cuerpos en estar casi entrelazados y calientes, el cuerpo de Ming agradablemente acurrucado bajo el brazo derecho de Nomuri, mientras su mano izquierda vagaba y jugaba. El pelo de Ming apenas se enmarañaba. Evidentemente podía cepillarlos con mucha facilidad, de tan corto que lo llevaba. Sus axilas también eran velludas, como las de muchas chinas, pero eso le facilitaba a Nomuri otro punto de recreo, rizando y tirando un poco de los pelos. Evidentemente le hacía cosquillas. Ming se rio y lo abrazó con fuerza, pero luego se relajó para que su mano siguiera vagando. Después de pasar el ombligo, permaneció de pronto inmóvil, en una especie de invitación relajada. Era el momento de darle otro beso mientras sus dedos se aventuraban más allá y había ahora humor en la mirada de Ming. ¿Qué juego podía ser éste...?

En el momento en que la mano de Nomuri entró en contacto con sus bragas, ella levantó el trasero de la cama. Él se incorporó, se las bajó por las piernas y al llegar al pie izquierdo, Ming las lanzó por el aire, donde describieron un arco iris monocromático, rojo anaranjado, y entonces...

—¡Ming! —exclamó Nomuri, como si la acusara.

—Me han dicho que esto les gustaba a los hombres —respondió radiante, con una risita.

—Caramba, es diferente —dijo Nomuri, cuando sus dedos acariciaban una piel todavía más suave que la del resto de su cuerpo—. ¿Lo has hecho en la oficina?

Ming soltó una sonora carcajada.

—¡No seas bobo! ¡Lo he hecho esta mañana en mi casa! En mi propio cuarto de baño, con mi propia maquinilla.

—Sólo quería asegurarme —afirmó el agente de la CIA.

¡Válgame Dios, esto es extraordinario!

Entonces la mano de Ming se movió, para hacerle a él casi lo mismo que él le hacía a ella.

—Eres diferente de Fang —dijo en un susurro juguetón.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Creo que lo peor que una mujer puede decirle a un hombre es «¿ya estás dentro?» y una de las secretarias se lo dijo en una ocasión a Fang. Él le dio una paliza y la obligó a ir al día siguiente a la oficina con los ojos morados. Aquella noche, me llevó a mí a la cama —reconoció, con más vergüenza que pudor—, para demostrar que todavía era un hombre. Evidentemente no se me ocurrió decirle lo mismo. Ahora ninguna de nosotras lo hacemos.

—¿Me lo dirás a mí? —preguntó Nomuri, con una sonrisa y otro beso.

—¡Claro que no! ¡Tú eres una salchicha, no una judía verde! —respondió Ming con entusiasmo.

No era el cumplido más elegante que había recibido en su vida —pensó Nomuri—, pero de momento bastaba.

—¿Crees que ha llegado el momento de que la salchicha encuentre un hogar?

—¡Ay, sí!

Al colocarse encima de ella, Nomuri vio dos cosas. La primera era una chica, una joven mujer con los impulsos femeninos habituales, que estaba a punto de satisfacer. La otra era una agente potencial, con acceso a secretos políticos con los que un agente experimentado sólo alcanzaba a soñar. Era todavía un poco novato y desconocía los límites de lo imposible. Debería preocuparse por su agente potencial, porque si tenía éxito en reclutarla, su vida correría un grave peligro... pensó en lo que le ocurriría, en cómo cambiaría su rostro con una bala en el cerebro... pero, no, era demasiado horrible. Con un esfuerzo, Nomuri alejó la idea de su mente mientras penetraba en su cuerpo. Para poder reclutarla, primero debía satisfacerla. Y si, de paso, él disfrutaba, pues mejor.

—Lo pensaré —prometió el presidente, cuando acompañaba al secretario del Interior a la puerta que daba al pasillo, a la izquierda de la chimenea.

Lo siento, amigo, pero no hay dinero para todo eso. Su secretario del Interior no era en absoluto una mala persona, pero había sido atrapado por la burocracia departamental, lo cual era tal vez el peor peligro de trabajar en Washington. Se acomodó en su butaca para leer los documentos que el secretario le había entregado. Evidentemente, no tendría tiempo de leerlo todo personalmente. Algún día lograría repasar el sumario, mientras algún subordinado examinaba todos los documentos y redactaba un informe, en realidad, otra especie de compendio, mecanografiado por un funcionario de la Casa Blanca de tal vez veintiocho años de antigüedad, basándose en el cual se elaboraría la política correspondiente.

¡Y eso era una locura!, pensó Ryan enojado. Se suponía que él era el jefe

ejecutivo del país y quien debía elaborar la política. Pero el tiempo del presidente era valioso. De hecho, era tan valioso que otros se lo administraban y en realidad se lo ahorraban, porque a fin de cuentas eran ellos quienes decidían lo que él veía y dejaba de ver. Así pues, a pesar de que Ryan era el jefe ejecutivo y único responsable de la política ejecutiva, la elaboraba basándose exclusivamente en la información presentada por otros. Y a veces le preocupaba sentirse controlado por la información que llegaba a su despacho, igual que la prensa decidía lo que veía el público y contribuía de ese modo a decidir lo que la gente pensaba sobre diversos asuntos cotidianos.

Bien, Jack, ¿te ha atrapado a ti también la burocracia? Era difícil de saber, difícil de asegurar y difícil de decidir cómo cambiar la situación, si la situación existía.

Puede que ésta sea la razón por la que Arnie quiere que salga de este edificio, para encontrarme con la gente de verdad, comprendió Jack.

El mayor problema era que Ryan fuera un experto en política exterior y seguridad nacional. En dichas áreas se sentía sumamente competente. Era en lo concerniente a asuntos internos que se sentía estúpido y desconectado. Eso se debía en parte a su riqueza personal. Nunca le había preocupado el precio del pan o de un litro de leche, especialmente desde que estaba en la Casa Blanca, donde en todo caso nunca veía la leche en una botella, sino en una jarrita de cristal refrigerada sobre una bandeja de plata, que un asistente de la marina llevaba hasta sus manos sin que él se moviera de su butaca. Había gente en la calle que se preocupaba de esas cosas, o por lo menos del coste de mantener a su hijo en la universidad, y Ryan, como presidente, debía interesarse por sus preocupaciones. Debía procurar mantener la economía equilibrada para que pudieran ganarse dignamente la vida, visitar Disney World en verano, ir al fútbol en otoño y que les sobrara lo suficiente para llenar el árbol de regalos en Navidad.

¿Pero cómo diablos se suponía que debía hacerlo? Recordó una cita atribuida al emperador romano César Augusto. Al enterarse de que se le había declarado Dios, que se habían levantado templos en su honor y que la gente ofrecía sacrificios ante las estatuas que lo representaban en dichos templos, Augusto preguntó, enojado: Cuando alguien me implora en sus oraciones que le cure la gota, ¿qué se supone que debo hacer? Lo verdaderamente fundamental era hasta qué punto la política gubernamental estaba relacionada con la realidad. Raramente se planteaba esa cuestión en Washington, ni siquiera por parte de los conservadores que detestaban ideológicamente al gobierno y todas sus medidas internas, aunque solían ser partidarios de enarbolar la bandera y esgrimir el sable nacional en el extranjero, sin que Ryan hubiera llegado nunca a comprender exactamente por qué les gustaba hacerlo. Tal vez para diferenciarse de los liberales, que se estremecían ante la perspectiva de utilizar la fuerza como un vampiro ante una cruz, pero que también al

igual que los vampiros pretendían extender el gobierno al máximo hasta meterse en la vida de todo el mundo y chuparles la sangre, o en realidad utilizar la maquinaria de los impuestos para sacarles cada vez más y aumentar los compromisos del gobierno.

Sin embargo, la economía parecía seguir adelante, independientemente de lo que hiciera el gobierno. La gente encontraba trabajo, la mayoría en el sector privado, donde fabricaban mercancías u ofrecían servicios por los que el pueblo pagaba con su dinero libre de impuestos. Sin embargo, «servicio público» era una expresión referida casi exclusivamente a cargos políticos, habitualmente los elegidos en las urnas. ¿No servía todo el mundo al público, de un modo u otro? Los médicos, los maestros, los bomberos, los farmacéuticos... ¿Por qué los medios de comunicación hablaban sólo de Ryan, Robby Jackson y los quinientos treinta y cinco diputados elegidos del Congreso? El presidente movió la cabeza.

Maldita sea. Sé que llegué hasta allí, ¿pero por qué diablos me permití a mí mismo presentarme a las elecciones?, se preguntaba Jack. Había contentado a Arnie. Había contentado incluso a la prensa; ¿tal vez porque les gustaba como objetivo? — se preguntó el presidente— y a Cathy no le había molestado. ¿Pero por qué diablos había permitido que lo metieran en aquel tobogán? Esencialmente, no sabía lo que se suponía que debía hacer como presidente. No tenía un verdadero programa y avanzaba a trompicones de día en día. Tomaba decisiones tácticas (para las que no estaba singularmente cualificado), en lugar de grandes decisiones estratégicas. No había nada importante que deseara cambiar realmente acerca de su país. Sí, claro, había algunos problemas que resolver. Era preciso reformar la política tributaria y dejaba que George Winston se ocupara de ello. También era necesario consolidar la defensa y de ello se encargaba Tony Bretano. Disponía de una comisión presidencial para examinar la política sanitaria, que en realidad su esposa supervisaba discretamente a cierta distancia, junto con algunos de sus colegas de Hopkins; sin olvidar la zona oscura de la Seguridad Social, dirigida por Winston y Mark Gant.

El «tercer raíl de la política norteamericana», pensó de nuevo. Pisarlo y morir. Pero la Seguridad Social era algo por lo que realmente se interesaba el público norteamericano, no por lo que era, sino por lo que erróneamente lo tomaban y, a decir verdad, a juzgar por las encuestas, sabían que sus ideas eran equivocadas. A pesar de estar tan mal administrada como la peor institución financiera, seguía formando parte de la promesa gubernamental de los representantes del pueblo y para el pueblo. No obstante, a pesar del cinismo reinante, que era considerable, el ciudadano medio confiaba realmente en que el gobierno cumpliera su palabra. El problema consistía en que lo que habían hecho los jefes sindicales y los empresarios de robar los fondos de jubilación, por lo que habían acabado en la cárcel federal, no era nada comparado con los efectos en la Seguridad Social de sucesivos congresos, pero la ventaja de un estafador en el Congreso consistía en que legalmente no lo era. Después de todo, el

Congreso elaboraba la ley. El Congreso elaboraba la política del gobierno, ¿podía ser eso malo? Era una prueba más de que los autores de la Constitución habían cometido un simple error, pero de largo alcance. Suponían que los representantes elegidos por el pueblo para dirigir la nación serían tan honrados y honorables como lo habían sido ellos. Casi podían oírse las exclamaciones de sorpresa que surgían de sus viejas tumbas. Las personas que redactaron la Constitución habían estado sentadas en una sala presidida por el propio George Washington y el honor del que pudieran haber carecido, probablemente lo suministró él de su abundante reserva con su mera presencia. El Congreso actual, lamentablemente, no disponía de ningún guía y dios viviente que ocupara el lugar de George, pensó Ryan. El mero hecho de que la Seguridad Social hubiera obtenido beneficios durante la década de los sesenta significó que, bueno, el Congreso no podía permitir que ganara dinero. Los beneficios eran lo que enriquecía a los ricos (que debían de ser malos, porque nadie se enriquece sin explotar a alguien, lo cual nunca impidió, evidentemente, que los miembros del Congreso acudieran a ellos en busca de contribuciones a sus campañas) y puesto que debían gastarse dichos beneficios, los impuestos de la Seguridad Social (correctamente denominados aportaciones, porque el verdadero nombre de la Seguridad Social era Seguro de ancianos, supervivientes e incapacitados) se transformaron en fondos generales, para gastárselos con todo lo demás. Uno de los alumnos de Ryan, de cuando enseñaba Historia en la Academia Naval, le había mandado una pequeña placa para su escritorio en la Casa Blanca, que decía así: «La república norteamericana perdurará hasta el día en que el Congreso descubra que puede sobornar al público con dinero público. Alexis de Tocqueville». Ryan le prestaba atención. Había momentos en los que deseaba agarrar al Congreso por su cuello colectivo y estrangularlo, pero dicho cuello no existía y Arnie no se cansaba de repetirle lo muy sumiso que era, especialmente la Cámara de Representantes, que era lo opuesto de lo que solía suceder.

El presidente refunfuñó y examinó su agenda, para ver cuál era su próximo compromiso. Como en todos los demás sentidos, el presidente de Estados Unidos seguía un horario determinado por otros, de citas concertadas con semanas de antelación, e informes elaborados el día anterior para que supiera quién diablos llegaría, de qué se proponía hablar y también cuál era su propia posición considerada al respecto (redactada principalmente por otros). La actitud del presidente era habitualmente amable, con el fin de que el visitante pudiera abandonar el despacho oval satisfecho de la experiencia y las normas impedían que se alterara la agenda, salvo si el jefe ejecutivo exclamaba: «¿Qué diablos queréis de mí ahora?!».

Eso alarmaba al invitado y a los agentes del servicio secreto a su espalda, con las manos cerca de sus pistolas, aspecto de robot, rostros impassibles pero que no dejaban de observar y oídos para todo. Al concluir su jornada laboral, probablemente se

dirigían al bar de policías que solían frecuentar y se reían de lo que el alcalde de Podunk había dicho en el despacho oval...

—¿Te has fijado en la mirada del jefe, cuando ese imbécil?...

Porque eran personas listas y de sentido común, que en muchos aspectos conocían mejor su trabajo que él mismo, pensó Ryan. Era lógico. Tenían la ventaja de haberlo visto todo, sin ser responsables de nada. Afortunados hijos de puta, pensó Jack, de pie para recibir a su próxima visita.

Si para algo servía un cigarrillo, era para esto, pensó Nomuri. Con su brazo izquierdo alrededor de Ming, sus cuerpos apretados, la mirada fija en el techo, saboreando la relajación del momento con suaves caladas a su Kool, escuchando la respiración de Ming y sintiéndose como un hombre. El cielo estaba oscuro tras las ventanas. Se había puesto el sol.

Nomuri se levantó de la cama, se dirigió primero al baño y luego a la cocina. Regresó con dos copas de vino. Ming se incorporó y tomó un sorbo de la suya. Por su parte, Nomuri no pudo resistir la tentación de extender la mano para acariciarla; su piel era tan suave y tentadora...

—Todavía no me funciona el cerebro —dijo Ming, después del tercer trago.

—Cariño, hay momentos en que los hombres y las mujeres no necesitan el cerebro.

—Tu salchicha no lo necesita —respondió ella, al tiempo que bajaba la mano para acariciársela.

—¡Cuidado, niña! ¡Ha participado en una carrera larga y dura! —sonrió para sí el agente de la CIA.

—No me cabe la menor duda —dijo Ming, agachándose para besarla suavemente—. Y ha ganado la carrera.

—No, pero ha logrado alcanzarte —respondió Nomuri, mientras encendía otro cigarrillo.

Entonces le sorprendió comprobar que Ming metía la mano en el bolso, sacaba también un cigarrillo, lo encendía elegantemente, daba una prolongada calada y por fin expulsaba el humo por la nariz.

—¡La dragona! —exclamó Nomuri con una carcajada—. ¿Van a salir llamas a continuación? No sabía que fumaras.

—Todo el mundo fuma en la oficina.

—¿Incluso el ministro?

—Especialmente el ministro —respondió con una carcajada.

—Alguien debería decirle que fumar es perjudicial para la salud y pernicioso para el yang.

—Una salchicha ahumada pierde rigidez —dijo Ming, con otra carcajada—. Puede que éste sea su problema.

—¿No te gusta tu ministro?

—Es un viejo con lo que él cree que es un pene joven. Utiliza al personal de la oficina como prostíbulo privado. Pero podría ser peor —reconoció Ming—. Ha pasado mucho tiempo desde que yo era su favorita. Últimamente se ha obsesionado con Chai, que está comprometida, y Fang lo sabe. Eso no es una conducta civilizada por parte de un ministro decano.

—¿Las leyes no son aplicables a él?

Ming refunfuñó casi con asco.

—Las leyes no son aplicables a ninguno de ellos, Nomuri-san, hablamos de ministros del gobierno. Ellos son la ley en este país y poco les importa lo que otros piensen de ellos y de sus costumbres, que, en cualquier caso, no muchos conocen. Su nivel de corrupción avergonzaría a los antiguos emperadores y dicen ser los protectores de la gente común, de los campesinos y los obreros, a los que aseguran querer como a sus propios hijos. Supongo que a veces yo soy una de esas campesinas, ¿no te parece?

—Creía que te gustaba tu ministro —respondió Nomuri, incitándola a que prosiguiera—. ¿De qué habla?

—¿A qué te refieres?

—El trabajo extra que te ha impedido llegar antes —sonrió Nomuri, señalando las sábanas con un ademán.

—Conversaciones entre ministros. Redacta un extenso diario político personal. Si el presidente pretendiera sustituirlo, ésa sería la defensa que podría presentar a sus pares, ¿comprendes? Fang no quiere perder su residencia oficial ni todos los privilegios que conlleva. De modo que guarda constancia de todo lo que hace, y puesto que yo soy su secretaria, transcribo todas sus notas. A veces dura eternamente.

—Evidentemente, lo haces en tu ordenador.

—Sí, el nuevo, en ideogramas mandarines perfectos, ahora que nos has facilitado el nuevo software.

—¿Lo guardas en tu ordenador?

—Sí, en el disco duro. Claro que está codificado —aseguró Ming—. Lo aprendimos de los norteamericanos, cuando penetramos en sus archivos de armamento. Se denomina sistema robusto de codificación, a saber lo que significa. Seleccione el archivo que deseo abrir, introduzco la clave y el archivo se abre. ¿Te gustaría saber qué clave utilizo? —preguntó con una risita—. «Submarino amarillo». En inglés, debido al teclado, es anterior a tu nuevo software, y es de una canción de los Beatles que oí una vez por la radio. Decía más o menos «todos vivimos en un submarino amarillo». En aquella época, al principio de estudiar inglés, escuchaba mucho la radio. Pasé media hora buscando submarinos en el diccionario y luego en la enciclopedia, intentando averiguar por qué se pintaba un buque de color amarillo —

concluyó con un suspiro, levantando las manos.

¡La clave de codificación! Nomuri intentó ocultar su emoción.

—Debes de tener muchas carpetas. Hace mucho tiempo que eres su secretaria — comentó Nomuri, como si no le diera importancia.

—Más de cuatrocientos documentos. Los guardo numerados en lugar de darles nombres. Hoy, por cierto, ha sido el número cuatrocientos ochenta y siete.

Cielos —pensó Nomuri—, cuatrocientos ochenta y siete documentos de conversaciones internas del Politburó. A su lado, una mina de oro parece un vertedero de residuos tóxicos.

—¿De qué hablan exactamente? Nunca he conocido a ningún alto funcionario del gobierno —aclaró Nomuri.

—¡De todo! —respondió Ming, mientras buscaba otro cigarrillo—. Quién tiene ideas en el Politburó, quién es partidario de ser amable con Norteamérica, quién quiere perjudicarla... todo lo que puedas imaginar. Política de defensa. Política económica. Lo más importante últimamente es cómo tratar a Hong Kong. La idea de «un país, dos sistemas» ha creado conflictos con algunos industriales alrededor de Pekín y de Shanghai. Consideran que no se los trata con el respeto que merecen, según ellos, menos del que reciben en Hong Kong, y eso les molesta. Fang es uno de los que intentan llegar a un compromiso satisfactorio. Puede que lo logre. Es muy listo para esas cosas.

—Debe de ser fascinante ver esa información, ¡saber realmente lo que ocurre en tu país! —exclamó efusivamente Nomuri—. En Japón nunca sabemos lo que hacen los caibatst y el personal del Ministerio de Industria y Comercio Internacional, en general unos imbéciles que no hacen más que arruinar la economía. Pero como nadie lo sabe, nunca se toma ninguna medida para resolver la situación. ¿Ocurre aquí lo mismo?

—¡Por supuesto! —respondió Ming, mientras encendía otro cigarrillo, imbuida en la conversación, sin apenas percatarse de que ya no hablaban de amor—. En otra época estudie a Marx y a Mao. Entonces creía en todo ello. Incluso estaba convencida de que nuestros ministros eran hombres de honor e integridad, creía todo lo que me habían enseñado en la escuela. Pero luego descubrí que el ejército tenía su propio imperio industrial, gracias al cual, los generales son ricos y felices y están gordos. Y he visto cómo los ministros utilizan a las mujeres y amueblan sus pisos. Se han convertido en los nuevos emperadores. Tienen demasiado poder. Tal vez una mujer podría utilizar ese poder sin ser corrupta, pero no un hombre.

¿También ha llegado el feminismo aquí?, se preguntó Nomuri. Puede que Ming fuera demasiado joven para recordar a la esposa de Mao, Jiang Qing, que podía haber dado lecciones de corrupción a la corte bizantina.

—Buena, eso no supone ningún problema para las personas como nosotros. Y tú

por lo menos llegas a ver y saber lo que ocurre. Eso te hace todavía más especial, Mine-chau —sugirió Nomuri, mientras le acariciaba el pezón izquierdo con la palma de la mano.

Ming se estremeció, como estaba previsto.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

Le dio un beso, fuerte y prolongado, sin dejar de acariciar su cuerpo. Estaba tan cerca... Le había facilitado toda la información que poseía, incluso su maldita contraseña. De modo que su ordenador estaba conectado a la red telefónica, lo que significaba que él podía acceder al mismo y con la contraseña sacar lo que quisiera, para mandarlo luego al ordenador de Mary Pat. Maldita sea, primero jodo a una china y luego puedo joder a todo su país. La situación no podía ser mucho más halagüena, decidió sonriente el espía, con la mirada en el techo.

XIII. AGENTE DE PENETRACIÓN

Cuando Mary Pat encendió su ordenador por la mañana, comprobó que en esta ocasión había omitido la parte lasciva. La Operación Sorge progresaba. Esa chica, Ming, quienquiera que fuese, hablaba un poco más de la cuenta. Extraño. ¿Acaso no habían recibido instrucciones las secretarías ejecutivas del Ministerio de Seguridad Estatal sobre esa clase de cosas? Probablemente —habría sido un descuido extraordinario que no lo hubieran hecho—, pero también parecía probable que de las cuatro razones para cometer traición o espionaje (conocidas como DICE: dinero, ideología, conciencia y ego), en este caso era el ego. La joven señorita Ming era utilizada sexualmente por su ministro Fang y Mary Patricia Foley comprendía perfectamente que no le gustara demasiado. Una mujer sólo podía ofrecerse a sí misma, y que un hombre poderoso la obligara a acostarse con él no era lo más propicio para su felicidad, aunque paradójicamente el poderoso en cuestión consideraba con toda probabilidad que le concedía un honor al dedicarle su atención biológica. Después de todo, él era un gran hombre, y ella, una simple campesina. La idea le hizo soltar un bufido, mientras tomaba su café matutino en el séptimo piso. Poco importa su raza o su cultura, todos los hombres son iguales. Muchos de ellos piensan con la polla, en lugar de hacerlo con la cabeza. Pues a éste le costaría muy caro, concluyó la subdirectora de Operaciones.

Ryan veía y escuchaba el IPC (Informe Presidencial Cotidiano) todos los días.

Cubría información secreta recopilada por la CIA, se redactaba tarde todas las noches y se imprimían menos de cien copias a primera hora de la mañana, la mayoría de las cuales eran trituradas e incineradas en el mismo día. Unas pocas copias, tal vez tres o cuatro, se guardaban en los archivos por si surgía algún problema con las fichas electrónicas, pero ni siquiera el presidente Ryan conocía la ubicación del archivo de seguridad. Esperaba que estuviera cuidadosamente custodiado, a ser posible por los marines.

El IPC no lo contenía todo, evidentemente. Algunas cosas eran tan secretas que no podían confiarlas siquiera al presidente, lo cual Ryan aceptaba con extraordinaria ecuanimidad. Los nombres de las fuentes debían permanecer secretos, incluso para él, y los métodos eran a menudo tan técnicos que, en cualquier caso, no le sería fácil comprender la tecnología que utilizaban. Pero incluso a veces se le ocultaba al jefe ejecutivo parte del «resultado», de la información obtenida por la CIA de fuentes anónimas y con métodos sumamente complejos, porque cierta información sólo podía proceder de un número limitado de fuentes. En el mundo del espionaje, el más mínimo error podía acabar con la vida de alguna persona irremplazable, y aunque eso había ocurrido en alguna ocasión, nadie se sentía bien al respecto, a pesar de que para algunos políticos había sido simplemente una cuestión de indiferencia. Para un

buen espía de campo, sus agentes eran como sus propios hijos, cuya vida protegía de todo peligro. Ése era un punto de vista necesario. Si alguien se despreocupaba morían personas, y con sus vidas se perdía información, que en realidad era el único objetivo de un servicio clandestino.

—Bien, Ben —dijo Ryan, acomodado en su butaca mientras hojeaba el IPC—, ¿hay algo interesante?

—Mary Pat tiene algo en China, pero no estoy seguro de lo que es. Es muy reservada al respecto. Todo lo demás puedes verlo hoy en la CNN.

Era deprimente que eso sucediera tan a menudo. Por otra parte, el mundo estaba bastante tranquilo y extraer información no era particularmente necesario... o eso parecía, rectificó Ryan. Nunca se sabía. Él también lo había descubierto en Langley.

—Tal vez la llamaré para preguntárselo —dijo el presidente, antes de volver la página—. ¡Caramba!

—¿El petróleo y el oro en Rusia?

—¿Son esas cifras reales?

—Eso parece. Coinciden con las que nos ha facilitado paso a paso el secretario de la Tesorería.

Ryan suspiró mientras examinaba los pronósticos para la economía rusa, antes de fruncir el entrecejo, decepcionado.

—El personal de George ha hecho una evaluación mejor de los resultados.

—¿Usted cree? Los especialistas en economía de la CIA tienen un historial bastante aceptable.

—George vive en ese mundo. Es mejor que ser un intelectual que observa los acontecimientos, Ben. La intelectualidad está bien, pero el mundo real es el mundo real, no lo olvides.

—Lo tendré en cuenta, señor —asintió Goodley.

—A lo largo de los ochenta, la CIA sobrevaloró la economía soviética. ¿Sabes por qué?

—No, no lo sé. ¿Qué falló?

Jack hizo una mueca.

—No fue lo que falló. Fue lo que no falló. En aquella época teníamos un agente que nos facilitaba la misma información que recibía el Politburó. Pero nunca se nos ocurrió que se mentían a sí mismos. El Politburó basaba sus decisiones en una quimera. Sus cifras casi nunca eran correctas, porque los subordinados se protegían a sí mismos. Metimos la pata.

—¿Cree que sucede lo mismo en China? —preguntó Goodley—. Después de todo, es el último país realmente marxista.

—Buena pregunta. Llama a Langley y pregúntaselo. Obtendrás la respuesta de la misma clase de funcionario que los chinos tienen en Pekín, pero que yo sepa no

disponemos de ningún agente debidamente infiltrado que nos pueda facilitar las cifras que queremos. —Ryan hizo una pausa para mirar la chimenea situada frente a su escritorio y pensó que algún día debería ordenar al servicio secreto que instalara ahí un hogar auténtico—. No, supongo que las cifras de los chinos son mejores. Pueden permitírselo. En cierto modo, su economía funciona. Probablemente se engañen a sí mismos en otros sentidos, pero ciertamente lo hacen. Es una característica humana universal y el marxismo no mejora mucho la situación.

Incluso en Norteamérica, a pesar de la libertad de prensa y otras medidas de seguridad, a veces la realidad golpeaba a los políticos en la cara, con la fuerza suficiente para hacerles saltar algunos dientes. En todas partes la gente tenía modelos teóricos basados en la ideología más que en la realidad y esas personas solían encontrarse en el mundo intelectual o en el de la política, porque las profesiones del mundo real castigaban a esos soñadores mucho más que la política.

—Buenos días, Jack —dijo una voz desde el pasillo.

—Hola, Robby —respondió el presidente, señalando la cafetera.

El vicepresidente Jackson se sirvió una taza, pero no cogió ningún bollo. Su cintura parecía un poco abultada. Claro que Robby nunca había tenido el cuerpo de un corredor de fondo. Muchos pilotos de caza tenían barriga. Puede que les favoreciera en combate, especuló Jack.

—He leído el IPC de esta mañana. Jack, todo eso del petróleo y del oro en Rusia, ¿realmente es tan enorme?

—George asegura que es aún mayor. ¿Te has sentado alguna vez con él para aprender economía?

—Al final de esta semana tendremos una sesión en Burning Tree y estoy leyendo a Milton Friedman, además de otros dos libros para prepararme. George parece bastante listo.

—Lo suficiente como para ganar una tonelada de dinero en Wall Street. Y me refiero a que si pesaras todo su dinero en billetes de cien dólares, realmente pesaría una tonelada.

—Debe de ser muy agradable —suspiró el hombre que nunca había ganado más de ciento treinta mil dólares anuales, antes de su empleo actual.

—Tiene sus momentos, pero aquí el café sigue siendo bastante bueno.

—Era mejor en el Big John, en otra época.

—¿Dónde?

—El John F. Kennedy, cuando yo era un joven oficial y hacía cosas divertidas, como despegar con un Tomcat desde la cubierta del buque.

—Robby, lamento comunicártelo, amigo mío, pero ya no tienes veintiséis años.

—Jack, tienes una gran habilidad para alegrarme el día. He cruzado antes las puertas de la muerte, pero es más seguro y mucho más divertido con un caza sujeto a

tu espalda.

—¿Cómo se te presenta la jornada?

—Aunque te cueste creerlo, debo ir al Capitolio y presidir durante unas horas el Senado, sólo para demostrar que sé lo que la Constitución dice que se supone que debo hacer. Luego, una cena en Baltimore, donde tengo que pronunciar un discurso sobre quién fabrica los mejores sujetadores —agregó con una sonrisa.

—¿Cómo? —preguntó Jack, levantando la cabeza del IPC. Robby tenía tal sentido del humor, que uno nunca sabía cuándo hablaba realmente en serio.

—Una reunión nacional de fabricantes de fibras artificiales.

También fabrican chalecos antibalas, pero según me informan mis investigadores, la mayor parte de su tejido se utiliza para sujetadores. Intentan preparar algunos chistes para el discurso.

—Ensáyalo —recomendó el presidente.

—Hace un momento te ha parecido gracioso —respondió Jackson a su viejo amigo.

—Rob, yo también creía tener gracia, pero Arnie dice que me falta sensibilidad.

—Lo sé, no hay que hacer chistes sobre los polacos. El año pasado algunos aprendieron a encender el televisor y hay seis o siete que incluso saben leer. Por no mencionar a la chica polaca que no utiliza el vibrador, porque le rompe los dientes.

—¡Maldita sea, Robby! —exclamó Ryan, que casi derramó el café de tanto reírse—. Ya no podemos siquiera pensar cosas por el estilo.

—Jack, yo no soy político. Soy piloto de caza. Tengo mi mono, mi cronómetro y mi palanca, ¿qué más puedo pedir? —preguntó el vicepresidente con una sonrisa—. Y de vez en cuando se me permite contar un chiste.

—Bien, pero no olvides que esto no es la sala de pilotos del Kennedy. Los periodistas no tienen el mismo sentido del humor que los aviadores.

—Si, a no ser que nos sorprendan metiendo la pata. Entonces se tronchan de risa —respondió el vicealmirante jubilado.

—Rob, veo que por fin empiezas a comprenderlo. Me alegro.

Ryan vio la espalda del traje impecable de su subordinado, que se retiraba blasfemando entre dientes.

—Bien, Misha, ¿alguna idea? —preguntó Provalov.

Reilly tomó un sorbo de vodka, que aquí era muy suave.

—Lo único que debes hacer, Oleg, es sacudir el árbol y ver lo que cae. Podría ser cualquier cosa, pero «no lo sé» significa «no lo sé» y, de momento, no lo sabemos. ¿No te parece que dos ex miembros del Spetsnaz es excesivo para cargarse a un proxeneta?

El ruso asintió.

—Sí, claro, yo también lo he pensado, pero no olvides, Misha, que era un

proxeneta muy próspero. Tenía muchísimo dinero y numerosos contactos en el mundo de la delincuencia. Era muy poderoso. Puede que también hubiera ordenado la muerte de otras personas. Nunca destacó su nombre en ninguna investigación criminal, pero eso no significa que Avseyenko no fuera un hombre muy peligroso y, por consiguiente, digno de esa atención a alto nivel.

—¿Ha habido suerte con ese tal Suvorov?

Provalov movió la cabeza.

—No. Tenemos su ficha del KGB y una fotografía, pero aunque correspondan a la persona indicada, todavía no lo hemos encontrado.

—Bien, Oleg Gregoriyevich, parece que tienes entre manos un caso realmente intrigante —dijo Reilly, al tiempo que levantaba la mano para pedir otra ronda.

—Se supone que eres un experto en crimen organizado —recordó el teniente ruso a su huésped del FBI.

—Es cierto, Oleg, pero no soy un adivino gitano, ni el oráculo de Delfos. Todavía no sabes quién era el verdadero objetivo, y hasta que lo averigües, no sabes una puta mierda. El problema estriba en que para saber quién era el objetivo, debes encontrar a alguien que sepa algo del crimen. Las dos cosas están entrelazadas, hermano. Consigue lo uno y tendrás lo otro. De lo contrario, no tienes nada.

Llegaron las copas, Reilly pagó y tomó otro trago.

—Mi capitán no está contento.

El agente del FBI asintió.

—Sí, todos los jefes del FBI son iguales, pero supongo que es consciente de los problemas que existen. Si lo es, sabe que debe concederte tiempo y recursos para investigar. ¿Cuántos hombres trabajan ahora en el caso?

—Seis aquí y otros tres en San Petersburgo.

—Puede que necesites algunos más, hermano.

En el departamento de crimen organizado del FBI de Nueva York dispondrían de hasta veinte agentes para un caso como éste, la mitad de ellos dedicados exclusivamente a este caso. Pero la falta de personal en la milicia de Moscú era sobradamente conocida. Para el nivel actual de delincuencia en la capital, la policía local no contaba con el apoyo gubernamental necesario. Pero podía haber sido peor. A diferencia de una gran parte de la sociedad rusa, los milicianos cobraban.

—Me dejas agotado —protestó Nomuri.

—Siempre puedo recurrir al ministro Fang —respondió juguetonamente Ming.

—¡Nava! —exclamó Nomuri, enojado—. ¿Me comparas con un viejo?

—Bueno, los dos sois hombres, pero es mejor una salchicha que una judía verde —respondió Ming, mientras se la cogía suavemente con la mano.

—Ten paciencia, muchacha, deja que me recupere de la primera carrera —dijo Nomuri, levantando a Ming y poniéndola encima de él.

Realmente debo gustarle —pensó—. Tres noches seguidas. Supongo que Fang no es el hombre que cree ser. Bueno, Charlie, no puedes ganarlas todas. Más la ventaja de ser cuarenta años más joven. Probablemente eso también contaba, reconoció el agente de la CIA.

—¡Pero tú corres mucho! —protestó Ming, frotándose contra él.

—Hay algo que quiero que hagas.

—¿De qué se trata? —sonrió juguetonamente Ming, mientras dejaba vagar un poco la mano.

—¡Eso no!

—¡Vaya! —exclamó, evidentemente decepcionada.

—Algo para el trabajo —explicó Nomuri.

Menos mal que ella no alcanzaba a percibir los temblores de su interior, que asombrosamente no se exteriorizaban.

—¿Para el trabajo? ¡No podemos hacer esto en la oficina! —respondió Ming con una carcajada, seguida de un beso cálido y afectuoso.

—Sí, quiero que introduzcas algo en tu ordenador —dijo Nomuri, mientras sacaba un CD-ROM del cajón de su mesilla de noche—. Toma, basta que lo introduzcas en tu PC, pulses «Instalar» y lo tires cuando hayas terminado.

—¿Y qué ocurrirá? —preguntó Ming.

—¿Te importa?

—Bueno... —titubeó sin comprenderlo—. Debe importarme.

—Me permitirá examinar tu ordenador de vez en cuando.

—¿Para qué?

—Para Nippon Electric... ¿no comprendes que nosotros fabricamos tu ordenador? —respondió Nomuri, al tiempo que se relajaba—. Para mi empresa es útil saber cómo se toman las decisiones económicas en la República Popular —explicó, con la mentira ampliamente ensayada—. Esto nos permitirá comprender un poco mejor el proceso, para poder hacer negocios de un modo más eficaz. Y cuanto mejor trabaje para la empresa, más me pagarán y más podré gastar en mi querida Ming.

—Comprendo —pensó equivocadamente Ming.

Se agachó para besar un punto particularmente agradable. El cuerpo de Ming se estremeció suavemente. Bien, no se resistía a la idea, o por lo menos no permitía que se interpusiera en su actividad actual, lo cual era bueno para Nomuri en más de un sentido. El agente secreto se preguntó si algún día le remordería la conciencia por usar a esa chica de ese modo. Pero primero era la obligación que la devoción, se dijo a sí mismo.

—¿Nadie lo sabrá?

—No, es imposible.

—¿Y no me causará problemas?

Al oír la pregunta Nomuri se giró en la cama, se colocó encima de ella y puso las manos en sus mejillas.

—¿Haría yo algo que pudiera crearle problemas a Ming-chan? ¡Jamás! —exclamó, antes de darle un beso fuerte y apasionado.

No se habló más del CD-ROM, que Ming guardó en su bolso antes de marcharse. Era un bonito bolso, copiado de algún modelo italiano que aquí podía comprarse en la calle, semejante a los que podían encontrarse en Nueva York «caídos accidentalmente de un camión», como solía decirse.

Cada vez que se separaban, era un poco duro. Ella no deseaba marcharse y él no quería que lo hiciera, pero era necesario. Si compartieran un piso, daría que hablar. Ming no podía plantearse ni siquiera en sueños dormir en la casa de un extranjero, porque gozaba de autorización de seguridad, había recibido instrucciones de un aburrido agente del Ministerio de Seguridad Estatal, junto con las demás secretarias, y no había informado de su contacto a sus superiores ni al jefe de seguridad de la oficina, como debía haberlo hecho. ¿Por qué? En parte porque había olvidado las normas, ya que nunca las había quebrantado ni conocía a nadie que lo hubiera hecho, y en parte porque, al igual que mucha gente, establecía una frontera entre su vida privada y su vida profesional. En su caso, no podían separarse, lo cual estaba incluido en las instrucciones de seguridad, pero de un modo tan torpe que ni siquiera había prestado atención al oírlo. Y ahí estaba, sin saber siquiera dónde y qué ahí era. Con un poco de suerte, nunca lo averiguaría, pensó Nomuri al verla desaparecer por la esquina. La suerte ayudaría. Era preferible no pensar en lo que le harían los interrogadores a una joven, en la versión pekinsa de la Lubyanka, sobre todo cuando uno acababa de hacer dos veces el amor con ella, en las dos últimas horas.

—Buena suerte, cariño —susurró Nomuri, cuando cerraba la puerta para dirigirse al baño y tomar una ducha.

XIV. (PUNTO).COM

Nomuri pasó una mala noche. ¿Lo haría? ¿Haría Ming lo que le había dicho? ¿Se lo contaría a un agente de seguridad y lo denunciaría? ¿La sorprenderían con el CD-ROM al llegar a la oficina y la interrogarían? En tal caso, una inspección superficial revelaría que se trataba de un CD musical, una copia barata de la banda sonora de Rocky compuesta por Bill Conti, sin pagar los derechos de autor norteamericanos, algo bastante común en la República Popular. Pero una inspección más meticulosa revelaría que la primera pista, la más exterior de la superficie metálica, ordenaba al lector del CD-ROM dirigirse a cierto lugar donde el contenido no era música, sino código binario y, en realidad, un código binario sumamente eficiente.

El CD-ROM no contenía un virus como tal, porque los virus circulan predominantemente por las redes informáticas y penetran subrepticamente en un ordenador, al igual que lo hace un organismo infeccioso en un ser viviente (de ahí el nombre). Pero éste entraba por la puerta principal y, al ser detectado por el lector de CD-ROM, se abrió en pantalla una sola ventana y Ming, después de echar una fugaz mirada a su alrededor, hizo un clic con el ratón en «Instalar» y la ventana desapareció inmediatamente. El programa examinó su disco duro a casi la velocidad de la luz, catalogando todas las carpetas y creando su propio índice, para comprimirse luego en un fichero más pequeño capaz de ocultarse a plena luz del día, por así decirlo, que cualquier analizador del disco identificaría con un nombre perfectamente inocente, referido a la función desempeñada por otro programa distinto. Así pues, sólo una inspección muy directa y meticulosa por parte de un informático competente permitiría detectar su presencia. Cuál era exactamente su función, sólo podía determinarse leyendo el código binario del propio programa, algo muy difícil, en el mejor de los casos. Sería como intentar averiguar qué ocurría con una sola hoja de un solo árbol en un gran bosque, donde todas las hojas y todos los árboles tenían esencialmente el mismo aspecto, salvo que esta hoja en particular era más pequeña y más humilde que la mayoría. La CIA y la ASN ya no atraían a los mejores programadores en Norteamérica. Se manejaba demasiado dinero en la industria electrónica de consumo para que el gobierno pudiera competir eficazmente en ese mercado. Pero todavía se les podía contratar y los resultados seguían siendo excelentes. Y si se les pagaba lo suficiente —que curiosamente significaba mucho más que a un empleado—, no se lo contaban a nadie. Además, nunca sabían en realidad de qué se trataba.

En este caso, había un nivel adicional de complejidad que se remontaba a sesenta años atrás. Cuando los alemanes ocuparon Holanda en 1940 crearon una situación extraña. En aquel país, los alemanes encontraron la mayor cooperación de las naciones conquistadas, pero también la resistencia más encarnizada. El tanto por

ciento de holandeses que se unió a los alemanes fue superior al de cualquier otra nacionalidad; suficiente para formar su propia división de las SS: SS Nordland. Simultáneamente, la resistencia holandesa se convirtió en la más eficaz de Europa, y uno de sus miembros era un matemático e ingeniero brillante que trabajaba en la compañía telefónica nacional. En la segunda década del siglo xx, el desarrollo del teléfono se había encontrado con un obstáculo. Al descolgar el teléfono, respondía una operadora que preguntaba por el destino deseado de la llamada y conectaba físicamente una clavija en el enchufe indicado. Este sistema fue práctico mientras hubo pocos teléfonos en uso, pero el invento demostró rápidamente ser demasiado útil para una aplicación limitada. Curiosamente, quien aportó una solución al problema fue un director de pompas fúnebres del sur de Estados Unidos. Harto de que la operadora local mandara a los clientes a una funeraria de la competencia, inventó el conmutador; que permitía a los usuarios llamar directamente, haciendo girar un disco rotatorio. Dicho sistema fue muy útil para todo el mundo, pero también exigió el desarrollo de un nuevo conjunto de conocimientos matemáticos denominado «teoría de la complejidad», que sistematizó la empresa norteamericana ATT en los años treinta.

Transcurridos diez años, simplemente agregando dígitos a la hora de marcar, el ingeniero holandés de la resistencia aplicó la teoría de la complejidad a operaciones clandestinas, creando caminos teóricos en las centrales y permitiendo así que los luchadores de la resistencia efectuaran llamadas sin saber a quién iban dirigidas o desconociendo incluso el número al que llamaban.

Un oficial del Ejecutivo de Operaciones Especiales británico fue el primero en detectar el inteligente teje maneje electrónico, que le pareció muy astuto y lo comentó con un colega norteamericano, mientras tomaban una cerveza en un bar de Londres. El oficial norteamericano del Departamento de Servicios Estratégicos, al igual que la mayoría de los elegidos por Wild Bill Donovan, era un abogado de profesión muy meticuloso que tomaba nota de todo y lo incluía en un informe. La noticia del ingeniero holandés llegó al despacho del coronel William Friedman, el primer descifrador de códigos norteamericano. Aunque no era un experto en hardware, Friedman reconocía algo útil cuando lo veía y era consciente de que la vida seguiría después de la guerra, cuando su organización —más tarde convertida en la Agencia de Seguridad Nacional— seguiría descifrando códigos y claves de otros países, además de elaborar los suyos propios. La posibilidad de elaborar vínculos telefónicos clandestinos, mediante un truco matemático relativamente sencillo, le pareció un don divino.

Durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta, la ASN había logrado contratar a los mejores matemáticos norteamericanos y una de las misiones que les encomendaron fue trabajar con la ATT, para crear un sistema operativo universal de

telefonía que pudieran utilizar clandestinamente los agentes secretos norteamericanos. En aquella época, la ATT era realmente el único rival de la ASN en la contratación de expertos matemáticos, pero, además, la ATT siempre había sido un contratista principal de casi todos los departamentos ejecutivos del gobierno. En 1955 lo habían logrado, y por un coste sorprendentemente modesto, la ATT ofreció a todo el planeta un modelo de sistema telefónico que casi todo el mundo adoptó; el bajo coste se explicaba por el deseo de la ATT de que los sistemas telefónicos de todos los países fueran compatibles en sí, para facilitar las comunicaciones internacionales. En la década de los setenta aparecieron los teléfonos de botones, que dirigían las llamadas electrónicamente mediante códigos de frecuencia controlada, todavía más sencillos para los sistemas electrónicos y de más fácil mantenimiento que los conmutadores electromagnéticos anteriores, con los que se había enriquecido enormemente el director de pompas fúnebres. A la ATT también le resultaba más fácil amañados para la ASN. Los sistemas operativos suministrados inicialmente a las compañías telefónicas de todo el mundo por el laboratorio de investigación de ATT en Pasippany, Nueva Jersey, se habían actualizado por lo menos una vez al año, brindando una mayor eficacia a los sistemas telefónicos del mundo entero, de modo que prácticamente no había ningún país en la tierra que no los utilizara. Y oculto en dicho sistema operativo había seis líneas de código binario, cuyo concepto operacional se remontaba a la ocupación nazi de Holanda.

Ming terminó la instalación, extrajo el disco y lo arrojó al cubo de la basura. La mejor forma de deshacerse del material secreto consistía en dejar que lo hiciera tu adversario; no a hurtadillas, sino abiertamente.

Nada ocurrió realmente durante varias horas, mientras Ming desempeñaba sus tareas habituales y Nomuri visitaba tres negocios para vender sus potentes ordenadores, pero todo cambió a las 19.45.

Ming estaba en su propia casa. Nomuri tenía la noche libre, mientras ella, para evitar sospechas, compartía la velada con su compañera de piso, viendo la televisión, charlando y pensando en su amante, con una serie de sonrisas inconscientes que delataban su estado de ánimo. Curiosamente, nunca se le ocurrió que su compañera lo había comprendido todo al instante, pero no lo mencionaba por pura cortesía.

Desde hacía mucho rato, su ordenador NEC estaba en modo pasivo, con la pantalla del monitor a oscuras y el piloto en la parte inferior derecha del marco de plástico de color naranja, en lugar de verde cuando estaba activado. El programa que había instalado aquel mismo día estaba diseñado especialmente para los ordenadores NEC, que como todos los aparatos semejantes disponía de códigos de fuente patentados, exclusivos para su marca. Sin embargo, la Agencia de Seguridad Nacional conocía dicho código.

Inmediatamente después de su instalación, el programa Fantasma —como había

sido bautizado en Fort Meade, Maryland—, se había ocultado en un hueco especial del sistema operativo de NEC, la última versión de Windows. Dicho hueco había sido creado por un empleado de Microsoft, cuyo tío predilecto había fallecido en el norte de Vietnam cuando pilotaba un bombardero F-105, y que desempeñaba su labor patriótica con el desconocimiento absoluto de la empresa para la que trabajaba. Encajaba también a la perfección con el código de NEC, convirtiéndolo prácticamente en invisible incluso a una inspección línea por línea realizada por un programador experto.

El Fantasma se había puesto a trabajar inmediatamente, creando un directorio que ordenaba los documentos en el ordenador de Ming, primero por fecha de creación o modificación y luego por categoría de archivo. Pasaba por alto algunos archivos, como el sistema operativo. También pasó por alto el programa de transcripción creado por NEC para la conversión de caracteres romanos, en realidad, los fonemas ingleses del mandarín hablado a sus ideogramas correspondientes, pero no pasó por alto los archivos de texto gráfico resultantes de dicho programa. Los copió, junto con los índices telefónicos y todos los demás archivos de texto, en el disco duro de cinco gigabytes. Guiado por el Fantasma, el ordenador tardó 1,14 segundos en completar dicha operación, agrupándolo todo en un solo archivo.

Después de un segundo y medio de reposo, el ordenador se activó de nuevo. Los aparatos NEC llevaban un módem interno de alta velocidad. El Fantasma lo activó, desconectando al mismo tiempo los pequeños altavoces incorporados, para que nadie pudiera oír la transmisión. (Dejar los altavoces conectados era una medida primordial de seguridad. Las lucecitas parpadeantes eran invisibles en este modelo, ya que se trataba de un módem interno). El ordenador marcó un número de doce cifras, en lugar de las siete que eran habituales en el sistema telefónico de Pekín. Las cinco cifras adicionales mandaron la señal a dar un buen rodeo por el hardware del ordenador central, hasta aparecer en el lugar designado dos semanas antes por los ingenieros de Fort Meade, que evidentemente no tenían la menor idea de por qué lo hacían, dónde se utilizaría, ni quién estaría involucrado. El número que sonó, en realidad sin indicación sonora alguna, fue el de la línea especial del módem situado junto al escritorio de Chester Nomuri, conectada a su avanzado ordenador portátil, que no era NEC, porque en lo relativo a la mayoría de las aplicaciones informáticas, lo mejor seguía siendo norteamericano.

Nomuri también miraba la televisión en aquel momento, pero en su caso eran las noticias internacionales de la CNN, para saber lo que ocurría en su país. Luego conectaría con un canal japonés vía satélite, porque formaba parte de su tapadera. Esa noche transmitían una serie sobre samuráis que le gustaba, de un argumento y una simplicidad parecidos a las historias de vaqueros que habían saturado la televisión norteamericana en los años cincuenta. A pesar de ser un hombre culto y agente de

inteligencia profesional, a Nomuri le gustaban los espectáculos tontos como a todo el mundo. El pitido le hizo volver la cabeza. Aunque su ordenador tenía un software similar al que funcionaba en el de Ming, había dejado conectada la alarma sonora para saber cuándo recibía algo, y se abría una ventana en su pantalla que le indicaba exactamente qué era y de dónde procedía.

—¡Sí! —exclamó, regocijado, el agente de la CIA, al tiempo que se daba un puñetazo con la mano derecha en la palma de la izquierda, que incluso le dolió.

Si. Su agente estaba en posición y ahí llegaba el fruto de la Operación Sorge. Una barra en la parte superior de la pantalla indicaba que la información llegaba a 57 000 bits por segundo; bastante rápido. Ahora sólo cabía esperar que en el servicio telefónico comunista no surgiera ninguna mala conexión entre la oficina de Ming y el servidor, o entre el servidor y su casa, pensó Chester. Aunque parecía improbable. La línea de salida de la oficina de Ming debía de ser de primera clase, destinada como estaba al servicio de la nobleza del partido. Y del servidor a su casa también parecía funcionar, porque ya había recibido varios mensajes, la mayoría de NEC en Tokio, felicitándolo por haber excedido ya su cuota de ventas.

Bueno, Chet, hay que reconocer que eres bastante buen vendedor, se dijo a sí mismo de camino a la cocina, decidido a premiarse con una copa. A su regreso comprobó que su ordenador todavía no había acabado de descargar el mensaje.

Maldita sea. ¿Cuánta mierda me está mandando? Luego se percató de que lo que recibía no eran archivos de texto, sino gráficos, porque el ordenador de Ming no guardaba los ideogramas como letras, sino como dibujos que en realidad eran. Eso hacía que el archivo fuera mucho más denso. Comprendió hasta qué punto, cuando acabó de recibirlos al cabo de cuarenta minutos.

Al otro extremo de la cadena electrónica, el programa Fantasma dio la impresión de haberse cerrado, pero en realidad dormía como los perros, con el oído siempre atento y siempre consciente de la hora del día que era. Terminada la transmisión, el Fantasma tomó nota en su índice interno de ficheros.

Lo había mandado todo hasta la fecha. De ahora en adelante, sólo mandaría los nuevos, con lo que las transmisiones serían mucho más rápidas y breves, pero sólo de noche y sólo después de noventa y cinco minutos de inactividad total en el ordenador y sólo cuando exteriormente estuviera en modo de reposo. Habilidad técnica y precaución formaban parte del programa.

—¡Mierda! —masculló Nomuri entre dientes, al ver el tamaño del archivo recibido.

Si se tratara de fotografías, podría ser un catálogo pornográfico de todas las putas de Hong Kong. Pero su trabajo estaba sólo a medias. Abrió uno de sus propios programas y seleccionó la carpeta de «preferencias» que lo controlaba. Ya estaba activada la función de autocodificación. En cualquier caso, prácticamente todo en su

ordenador estaba codificado, lo cual era fácil de explicar como secretos comerciales, pero con unos archivos más codificados que otros. Los que acaba de recibir del Fantasma fueron sometidos a la codificación más exhaustiva, derivada de un sistema de transcripción matemático de quinientos doce bits, más un elemento azaroso adicional que Nomuri no podía duplicar. Todo ello además de su clave numérica, 51240, que era el número de la casa en el este de Los Angeles donde había hecho su primera «conquista». Entonces llegó el momento de transmitir el contenido.

Este programa era un pariente cercano del Fantasma que le había entregado a Ming. Pero éste marcaba el número del servidor de Internet local y mandaba un extenso e-mail a un destino denominado patsbakery@brownienet.com. Brownienet era supuestamente una red para panaderos y pasteleros, profesionales y aficionados, a quienes gustaba intercambiar recetas, frecuentemente acompañadas de fotografías de sus creaciones, lo que justificaba los extensos archivos que se transferían de vez en cuando; las fotografías son notoriamente rapaces en su exigencia de bytes y espacio en el disco.

En realidad, Mary Patricia Foley había mandado su propia receta de una excelente tarta francesa de manzana, junto con una fotografía que su hijo mayor había tomado con su Apple digital. Esta operación había tenido menos que ver con establecer una buena tapadera, que con el orgullo femenino por su habilidad como cocinera, después de pasar una hora una noche examinando las recetas de otros en este tablón de anuncios electrónico. Unas semanas antes había probado una de una mujer de Michigan y era buena, aunque no extraordinaria. En las próximas semanas quería probar algunas recetas de pan, que parecían prometedoras.

Era por la mañana cuando Nomuri mandó su e-mail a Pat's Bakery, un negocio perfectamente real y legítimo situado a tres manzanas del parlamento estatal en Madison, Wisconsin, del que era propietaria una ex agente de la Jefatura de Ciencia y Tecnología de la CIA, ahora jubilada y ya abuela, pero demasiado joven para hacer calceta. Ella había creado este dominio de Internet y después de pagar la cuota nominal lo había olvidado, como había olvidado prácticamente todo lo que había hecho en Langley.

—Tiene correo —dijo el ordenador, cuando MP conectó con su servicio de correo en Internet, que utilizaba el programa Pony Express.

Dio la orden de cargar y vio que el remitente era cgood@jadecastle.com. El nombre de usuario era de Gunsmoke. El compañero lisiado de Marshal Dillon se llamaba Chester Good.

«Cargando», apareció en la ventana de la pantalla. Mostraba también el tiempo estimado que tardaría en cargar el mensaje: ¡cuarenta y siete minutos!

—Cabroncete —susurró entre dientes la subdirectora, antes de levantar el teléfono.

Pulsó un botón y esperó un segundo hasta oír la voz deseada.

—Ed, vale la pena que vengas a ver esto...

—De acuerdo, cariño, dame un minuto.

El director de la CIA entró con su taza matutina de café en la mano y vio a la mujer con la que estaba casado desde hacía veintitrés años, acomodada en su butaca, lejos de la pantalla de su ordenador. Mary Pat no solía alejarse de nada. Sencillamente, no era su naturaleza.

—¿De nuestro amigo japonés? —preguntó Ed.

—Eso parece —respondió MP.

—¿Cuánto material hay ahí?

—Parece que mucho. Supongo que Chester debe de ser bastante bueno en la cama.

—¿Quién lo entrenó?

—Quienquiera que sea, debería estar en La Granja y transmitir todos sus conocimientos. Por cierto —agregó después de levantar la cabeza, para captar la mirada de su marido—, tal vez tú podrías asistir al curso como oyente, cariño.

—¿Es una queja?

—Siempre se puede mejorar... y, sí, sé que yo también debo perder unos siete kilos —agregó, antes de que el director pudiera contraatacar.

Detestaba que su esposa actuara de ese modo, pero no ahora. En esta ocasión le acarició la cara con ternura, cuando una ventana en la pantalla advertía que faltaban aún treinta y cuatro minutos para completar la carga.

—¿Quién es el individuo de Fort Meade que ha elaborado los programas Fantasma?

—Contrataron una empresa de juegos... supongo que un individuo de dicha empresa —respondió la señora Foley—. Le pagaron cuatrocientos cincuenta de los grandes por el trabajo.

Dicha cantidad era superior a la suma de los sueldos del director y la subdirectora de Operaciones de la CIA, debido a que las normas federales prohibían que cualquier funcionario federal ganara más que un congresista, y éstos temían aumentar sus propios salarios para no ofender a los electores.

—Llámame cuando hayas acabado de recibir el mensaje, cariño.

—¿Quién es nuestro mejor especialista en China?

—Joshua Sears, doctorado en la Universidad de California, es quien dirige la sección china en la Jefatura de Inteligencia. Pero dicen que el especialista de la ASN es mejor en lo que concierne a sutilezas lingüísticas. Su nombre es Victor Wang —respondió el director.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó MP.

La desconfianza de los chinos en los servicios de seguridad nacional

norteamericanos había alcanzado un nivel considerablemente elevado.

—Mierda, yo qué sé. Debemos confiar en alguien y Wang ha sido investigado dos veces por año en los últimos ocho años. Los comunistas chinos no pueden comprometer a todos los chinos norteamericanos que viven aquí. Ese tal Wang es norteamericano de tercera generación, fue oficial de las fuerzas aéreas (estuvo en ELINT, evidentemente procedente de Wright-Patterson) y acaba de alcanzar el nivel máximo en la ASN. Tom Porter dice que es muy bueno.

—De acuerdo, déjame ver de qué va todo esto, luego le pediremos a Sears que lo examine y tal vez más adelante, si es imprescindible, hablaremos con ese tal Wang. No olvides, Eddie, que al otro extremo hay un agente llamado Nomuri y una extranjera con un par de ojos...

Su marido levantó la mano para interrumpirla.

—Y un par de orejas. Lo sé, querida. Hemos pasado por ahí. Nosotros también lo hemos hecho. Y tenemos las camisetas que lo demuestran.

Tan improbable era que lo olvidara él como su esposa. Conservar vivos a los agentes en los servicios de espionaje era tan importante como para un inversor conservar el capital.

Durante veinte minutos, Mary Pat no prestó atención al ordenador, y en su lugar se dedicó a repasar el correo manual, procedente de Mercury en el sótano del antiguo edificio. Eso no era particularmente fácil, aunque no obstante necesario, porque la CIA tenía operaciones y agentes clandestinos en todo el mundo, o por lo menos lo intentaba, rectificó Mary Pat. Su trabajo consistía en reconstruir la Jefatura de Operaciones, restaurar la capacidad de inteligencia humana, HUMINT, destruida en gran parte a finales de los setenta y muy lentamente recuperada. No era una tarea fácil, ni siquiera para una experta en el campo. Pero Chester Nomuri era uno de sus predilectos. Lo había descubierto hacía unos años en La Granja y se había percatado de su talento, sus dotes y su motivación. Para él, el espionaje era tan vocacional como el sacerdocio, algo importante para su país y además divertido, tanto como para Jack Nicklaus efectuar un lanzamiento de quince metros en Augusta. Agregada su inteligencia y su sabiduría callejera, Mary Pat en aquel momento creyó haber descubierto a un ganador. Ahora Nomuri cumplía sus expectativas. Estupendo. Por primera vez, la CIA disponía de un agente interno en el Politburó de la China comunista y eso era inmejorable. Puede que ni siquiera los rusos lo tuvieran, aunque uno no podía estar nunca seguro y se podía perder mucho dinero apostando contra los servicios rusos de inteligencia.

—Archivo completo —dijo por fin la voz electrónica del ordenador.

Eso provocó un movimiento de su silla giratoria. En primer lugar, la subdirectora hizo una copia de lo recibido en un segundo disco duro y luego otra en un disco de «tostadora», así llamado porque el disco entraba y salía del reproductor como una

rebanada de pan. Hecho esto, mecanografió la clave de descodificación: 51240. No tenía la menor idea acerca de por qué Nomuri había especificado aquel número en concreto, aunque no era necesario saberlo, con la condición de que nadie más lo supiera tampoco. Después de mecanografiar las cinco cifras y pulsar «Intro», cambiaron los iconos del archivo. Ya estaban ordenados por fechas, y MP eligió el más antiguo. Apareció una página llena de ideogramas chinos. Con esa información, MP levantó el teléfono y llamó a su secretaria.

—El doctor Joshua Sears, Jefatura de Inteligencia, Sección China. Dile que venga a verme inmediatamente.

Transcurrieron seis interminables minutos. No era fácil que Mary Patricia Kaminsky Foley sintiera escalofríos, pero ahora los sentía. La ilustración en la pantalla parecía que alguien hubiera empapado con tinta las patas de varias gallinas borrachas, antes de dejarlas corretear sobre un papel en blanco, pero el grabado contenía palabras e ideas. Palabras secretas e ideas ocultas. Su pantalla le ofrecía la posibilidad de leer la mente de sus adversarios. Era como algo que permitiera ganar el campeonato mundial de póquer en Las Vegas, pero infinitamente más importante. Era una de esas cosas que había ganado guerras y alterado el curso de la historia previsto por sus principales protagonistas, y en ello radicaba el valor del espionaje, la razón para disponer de unos servicios secretos, porque de ello dependía realmente el destino de las naciones...

Y ahora —reflexionó la señora Foley—, el destino de las naciones dependía del empuje de Chet Nomuri y del acierto con que lo utilizara. ¡Jodido mundo de locos! ¿Cómo diablos podían llegar a acertar los historiadores? Cómo podía uno comunicar la importancia de seducir a una secretaria anónima, una subordinada, una campesina de la era moderna que se limitaba a transcribir los pensamientos de los poderosos, pero que al haberse comprometido permitía que otros accedieran a dichos pensamientos y, al hacerlo, alteraba el rumbo de la historia con la misma certeza que el movimiento del timón cambia el rumbo de un gran buque. Para Mary Pat, subdirectora (de Operaciones) de la CIA, aquél era un momento de gratificación comparable al nacimiento de sus hijos. Toda su razón de ser se encontraba en los ideogramas en blanco y negro de la pantalla de su ordenador... y era incapaz de leer esos malditos dibujos. Sus conocimientos lingüísticos le permitían dar clases de literatura rusa en la universidad estatal de Moscú, pero lo único que sabía decir en chino era chop suey y moo goo gai pan.

—¿Señora Foley? —dijo una cabeza que acababa de asomarse a la puerta—. Soy Josh Sears.

Era alto, tenía cincuenta años, poco pelo y muy canoso. Ojos castaños. La subdirectora pensó que seguramente abusaba de la cafetería en la planta baja.

—Por favor, pase, doctor Sears. Necesito que traduzca unas cosas para mí.

—Por supuesto —respondió, acomodándose en una silla.

La subdirectora retiró unas hojas de su impresora láser y se las entregó.

—Bueno, dice que la fecha es el 21 de marzo y el lugar Pekín... Caramba, la sede del consejo de ministros. El ministro Fang habla con el ministro Zhang —dijo Sears, antes de examinar fugazmente el resto de la página—. Señora Foley, esto es material al rojo vivo. Hablan de las posibilidades de que Irán, o mejor dicho, la antigua República Islámica Unida, se apodere de todos los yacimientos petrolíferos del golfo Pérsico y del efecto que eso surtiría en China. Zhang parece optimista, aunque cauteloso. Fang es escéptico... Ah, claro, esto es un memorándum, ¿no es cierto? Son las notas de Fang sobre una conversación privada con Zhang.

—¿Significan los nombres algo para usted?

—Ambos son ministros sin cartera. Los dos son miembros de pleno derecho del Politburó, sin responsabilidades ministeriales directas. Eso significa que ambos gozan de la confianza del presidente, el primer mandatario de la República Popular China, Xu Kun Piao. Hace más de treinta años que ocupan sus cargos, desde la época de Mao y Chou. Como usted ya sabe, los chinos son partidarios de relaciones muy duraderas. No desarrollan amistades exactamente como nosotros las conocemos, sino asociaciones. A decir verdad, son unas situaciones cómodas. Como una mesa de juego. Uno conoce las maneras y habilidades del otro, y eso facilita un juego largo y agradable. Puede que no se gane mucho, pero tampoco se pierde demasiado.

—No, parece que no se arriesgan.

—Este documento lo demuestra. Como sospechábamos, la República Popular apoyó al ayatollah Daryaei en su jugada, pero nunca permitieron que se divulgara públicamente su apoyo. A primera vista, parece que fue Zhang quien lo impulsó, así como la movida de los japoneses. Hace tiempo que intentamos recopilar información sobre ese tal Zhang y también sobre Fang, pero sin mucho éxito. ¿Qué necesito saber sobre este asunto? —preguntó, levantando la página.

Según el código federal, «secreto» era la clasificación máxima, pero en realidad había cosas todavía más secretas, denominadas «programas de acceso especial», identificadas por la palabra clave que las designaba.

—Palabra clave —respondió MP—. Se llama «Sorge».

No tuvo que explicarle que no debía mencionar aquella información a nadie y que incluso soñar con ella estaba prohibido. Tampoco fue necesario aclararle a Sears que Sorge le ofrecía la posibilidad de ascender y adquirir mayor importancia personal en el panteón burocrático de la CIA.

—De acuerdo —asintió Sears—. ¿Qué puede contarme?

—Lo que tenemos aquí es un compendio de conversaciones entre Fang y Zhang, y probablemente también otros ministros. Hemos encontrado la forma de penetrar en el archivo de estos documentos. Creemos que son auténticos —concluyó MP.

Sears sabía que no le revelaría las fuentes ni los métodos, pero eso era de esperar. Como miembro decano de la Jefatura de Inteligencia, su función consistía en evaluar la información procedente de diversas fuentes, en este caso, de la Jefatura de Operaciones. Si recibía mala información, su evaluación sería también mala, pero la señora Foley acababa de decirle que no se le consideraría responsable de mala información. De todos modos, escribiría también uno o dos mensajes internos para cuestionar la autenticidad de los documentos, con el propósito evidente de cubrirse las espaldas.

—Muy bien, señora. En tal caso, lo que tenemos aquí es pura nitroglicerina. Lo sospechábamos, pero aquí está la confirmación. Significa que el presidente Ryan tomó la decisión adecuada, cuando concedió a Taiwan reconocimiento diplomático. La República Popular se lo merecía. Habían conspirado para entrar en guerra, y puesto que nosotros intervenimos, puede decirse que conspiraron contra nosotros. Apuesto a que lo hicieron dos veces. Veremos si otro de estos documentos hace referencia a la aventura japonesa. Recordará usted que los industriales japoneses mencionaron el nombre de ese tal Zhang como implicado. Hasta ahora no existen garantías absolutas, pero si estos documentos lo confirman, se convertirá casi en algo que se podría llevar ante un juez. Señora Foley, tenemos un asunto extraordinario entre manos.

—¿Evaluación?

—Parece auténtico —respondió el analista, después de examinar de nuevo la página—. Suena como una conversación. Me refiero a que es abierto, no como el lenguaje oficial de la diplomacia, ni siquiera interministerial. De modo que suena como lo que pretende ser; notas de una conversación privada e informal entre dos colegas decanos.

—¿Alguna forma de comprobarlo? —preguntó a continuación MP.

Sears negó inmediatamente con la cabeza.

—No. No sabemos gran cosa acerca de ninguno de ellos.

En cuanto a Zhang, bueno, tenemos la evaluación del secretario Adler, ya sabe, de las discusiones diplomáticas posteriores al derribo del Airbus, que esencialmente confirma lo que ese tal Yamata declaró a la policía japonesa y a nuestros agentes del FBI, sobre cómo y por qué los chinos los habían empujado al conflicto con nosotros. La República Popular mira el este de Siberia con ojos codiciosos —respondió el analista, demostrando sus conocimientos sobre la política y los objetivos de China—. Tenemos fotografías de Fang Gan tomando mao-tai en alguna recepción, con su chaqueta Mao y una sonrisa benigna, como hacen todos. Sabemos que es muy amigo de Xu, que le gusta jugar con el personal de la oficina, claro que muchos lo hacen, y eso es prácticamente todo.

Sears tuvo la delicadeza de no recordarle que lo de jugar con el personal de la

oficina no era un defecto que se limitara a China.

—Entonces, ¿qué opinión nos merecen?

—¿Fang y Zhang? Bueno, los dos son ministros sin cartera. De modo que son jugadores útiles dentro del campo, puede que incluso segundos entrenadores. El presidente Xu confía en su criterio. Son miembros de pleno derecho del Politburó. Tienen voz y voto sobre todo lo que se dice. Influyen en la política, no en su elaboración, pero sí moldeándola. Todos los ministros los conocen. Y ellos conocen a todos los demás. Ambos están en sus cargos desde hace mucho tiempo. Los dos tienen más de sesenta o setenta años, pero allí las personas no se suavizan con la edad, como en Norteamérica. Ambos deben de ser ideológicamente coherentes, lo que significa, con toda probabilidad, comunistas acérrimos. Eso conlleva cierta ausencia de piedad, que podemos agregar a su edad. A los setenta y cinco, la muerte empieza a parecer algo muy real. Uno no sabe de cuánto tiempo dispone y esos individuos no creen en otra vida. Por consiguiente, sean cuales sean sus metas, a su edad deben apresurarse, ¿no cree?

—No parece que el marxismo y el humanismo sean muy compatibles.

—En absoluto —respondió Sears, moviendo la cabeza—, sin olvidar que en su cultura, la vida humana tiene mucho menos valor que en la nuestra.

—De acuerdo. Buen resumen. Tome —dijo MP, entregándole diez páginas impresas—. Quiero una evaluación por escrito después del almuerzo. Deje lo que esté haciendo; Sorge es más importante.

Eso significaba un «encargo del séptimo piso» para el doctor Sears. Trabajaría directamente para los directores. Disponía ya de un despacho privado y de un ordenador que no estaba conectado a ninguna línea telefónica, ni siquiera a una red interna, como lo estaban muchos ordenadores de la CIA. Se guardó los documentos en un bolsillo de la chaqueta y se retiró, mientras Mary Pat miraba por los grandes ventanales, reflexionando sobre su próximo paso. En realidad, le correspondía decidir a Ed, pero esa clase de decisiones se compartían, especialmente cuando el director era tu marido. En esta ocasión fue ella quien se dirigió a su despacho.

La oficina de dirección era larga y estrecha, con el despacho del director cerca de la puerta, alejado de la antesala. Mary Pat se sentó en una butaca frente al escritorio.

—¿Cómo es de valioso? —preguntó Ed, consciente de la razón de su visita.

—Llamarlo Sorge ha sido asombrosamente profético por nuestra parte. Es, por lo menos, igualmente valioso.

Puesto que los comunicados de Richard Sorge de Tokio a Moscú probablemente habían salvado la Unión Soviética en 1941, el comentario de su esposa obligó a Ed Foley a abrir los ojos.

—¿Quién lo ha visto?

—Sears. Por cierto, parece bastante listo. Hasta ahora nunca había hablado

realmente con él.

—A Harry le gusta —respondió Ed, refiriéndose a Harry Hall, el subdirector actual (de Inteligencia), que ahora se encontraba en Europa—. ¿De modo que, según él, tiene bastante buen aspecto?

—Desde luego, Eddie —asintió solemnemente su esposa.

—¿Piensas mostrárselo a Jack?

¿Podían mostrárselo al presidente?

—¿Tal vez mañana?

Prácticamente, todo funcionario del gobierno podía hacer un hueco en su jornada laboral para visitar la Casa Blanca.

—Me parece bien. Dime, Eddie, ¿hasta dónde puede extenderse este asunto?

—Buena pregunta. Por supuesto a Jack. Tal vez al vicepresidente. Me gusta ese individuo, pero no se le suele informar de estas cosas —respondió el director—. Los secretarios de Estado y de Defensa son posibilidades. Quizá Ben Goodley. Mary, ya sabes cuál es el problema con estos asuntos.

Era el problema más antiguo y más frecuente con información secreta de alto nivel, realmente valiosa. Si se divulgaba demasiado, se corría el riesgo de comprometer la información, lo cual también equivalía a matar la fuente y, por consiguiente, la gallina de los huevos de oro. Por otra parte, si no se utilizaba de algún modo la información, ¿de qué servían los huevos? Establecer los límites era la operación más delicada en el campo del espionaje y uno nunca sabía el lugar exacto donde hacerlo. Uno también debía preocuparse de los métodos de divulgación. Si se mandaba la información codificada de un lado para otro, siempre cabía la posibilidad de que los malos hubieran aprendido a descodificarla. La ASN juraba que sus sistemas, especialmente Tapdance, eran invulnerables, pero los alemanes también creían que lo era Enigma.

Era casi igualmente peligroso entregar la información, incluso en mano, a un alto funcionario del gobierno. Esos cabrones hablaban demasiado. Vivían de hablar. Vivían de filtrar información. Vivían de mostrar a la gente lo importantes que eran, y la importancia en Washington significaba saber lo que otros desconocían. La información era la moneda del reino, en esta parte de Norteamérica. Lo bueno en este caso era que el presidente Ryan lo sabía. Había estado en la CIA, hasta ocupar el cargo de subdirector y conocía, por tanto, el valor de la seguridad. Probablemente era el mismo caso del vicepresidente Jackson, ex aviador de la armada. Seguramente había visto cómo se perdían vidas debido a una mala inteligencia. Scott Adler era diplomático y probablemente también lo sabía. Tony Bretano, respetado secretario de Defensa, trabajaba en estrecha colaboración con la CIA, como se veían obligados a hacerlo todos los secretarios de Defensa, y probablemente también era digno de confianza. Ben Goodley era el consejero de Seguridad Nacional del presidente y, por

tanto, no se le podía excluir fácilmente. ¿Cuántos eran entonces en total? Dos en Pekín. En Langley, el director, el subdirector general, el subdirector de Inteligencia, y la subdirectora de Operaciones, además de Sears en la Jefatura de Inteligencia. Ya sumaban siete. Luego el presidente, el vicepresidente, el secretario de Estado, el secretario de Defensa y Ben Goodley. Ya eran doce. Y eso bastaba de momento, especialmente en una ciudad donde se decía que «si dos personas lo saben, ya no es un secreto». Pero la razón de la existencia de la CIA era esa clase de información.

—Elige un nombre para la fuente —dijo Foley a su esposa—. «Mirlo» bastará de momento.

Para MP era una cuestión de sentimentalismo darles a los agentes nombres de pájaros, costumbre que se remontaba a Cardenal.

—Muy bien. Muéstreme las traducciones cuando las recibas, ¿de acuerdo?

—No te quepa la menor duda, cariño —respondió Mary Pat, inclinándose sobre el escritorio para darle un beso a su marido, antes de regresar a su propio despacho.

A su llegada examinó el archivo Sorge en su ordenador. Se percató de que debería cambiarlo. Incluso el nombre del acceso especial a este fichero debería clasificarse como secreto o muy secreto. A continuación contó las páginas y tomó nota en un papel junto a la pantalla.

«Todas las 1349 páginas de recetas recibidas —escribió como respuesta a `cgood@jadecastle.com`—. Examinaremos las recetas. Gracias, Miles. Mary». Pulsó «Intro» y el mensaje salió por el laberinto electrónico denominado Internet. Mil trescientas cuarenta y nueve páginas, pensó la subdirectora. Mantendría a los analistas ocupados durante algún tiempo. En el antiguo cuartel general, los analistas verían fragmentos del material de Sorge, con otros códigos transitorios elegidos al azar por el ordenador del sótano, pero sólo Sears conocería la historia completa y, en realidad, ni siquiera él lo sabía todo. Lo que sabía bastaría probablemente para que Ming perdiera la vida, cuando el Ministerio de Seguridad Estatal se percatara de quién tenía acceso a dicha información. En Washington podían tomar ciertas medidas para protegerla, pero no muchas.

Nomuri se levantó temprano en su piso de Pekín y lo primero que hizo fue conectar el ordenador para comprobar su correo electrónico. Ahí estaba, número siete en la lista, un mensaje de `patsbakery@brownienet.com`. Seleccionó el sistema de decodificación e introdujo la contraseña... bien, habían recibido todas las páginas. Estupendo. Arrastró el mensaje que había mandado a la papelera, donde Norton Utilities no sólo borraba el archivo, sino que limpiaba electrónicamente cinco veces el lugar del disco donde había residido temporalmente, de modo que no hubiera forma alguna de recuperarlo por muy experto que fuera quien lo intentara. A continuación eliminó toda prueba de haber mandado un mensaje a brownienet. Ahora no quedaba constancia alguna de que hubiera hecho algo, a no ser que su teléfono

estuviera intervenido, lo cual, en realidad, no sospechaba. Pero incluso en tal caso, la información estaba plenamente cifrada y codificada y, por consiguiente, era irrecuperable. No, la única persona que ahora cogía peligro era Ming. Nomuri, como experto que era en espionaje, estaba plenamente protegido por el método en que el ordenador de Ming lo llamaba y, de ahora en adelante, los mensajes se mandarían automáticamente a brownienet, antes de borrarse del mismo modo en cuestión de segundos. Debería ser una operación de contraespionaje muy astuta la que pudiera perjudicarlo ahora.

XV. EXPLOTACIÓN

—¿Qué significa esto, Ben? —preguntó Ryan, al comprobar un cambio en su agenda matutina.

—Ed y Mary Pat quieren hablar contigo. No han dicho de qué se trata —respondió Goodley—. El vicepresidente y yo también podemos estar presentes, pero eso es todo. Son sus requisitos.

—Una nueva clase de papel higiénico en el Kremlin, supongo —dijo el presidente.

Era un viejo chiste de la CIA, de los malos tiempos de Ryan durante la guerra fría. Removió el café de su taza y se reclinó en su cómoda butaca.

—Bien, ¿qué más ocurre en el mundo, Ben?

—¿De modo que esto es mao-tai? —preguntó el cardenal DiMilo.

No agregó que, según tenía entendido, los baptistas no tomaban bebidas alcohólicas. Era curioso, considerando que el primer milagro público de Jesús había consistido en convertir el agua en vino en las bodas de Caná. Pero el cristianismo tenía muchas caras. En cualquier caso, el mao-tai era terrible, peor que el orujo más ordinario. A su avanzada edad, el cardenal prefería bebidas más suaves; eran más fáciles de digerir.

—No debería tomar esto —reconoció Yu—, pero forma parte de mis costumbres ancestrales.

—No conozco ningún pasaje en las Sagradas Escrituras que prohíba esta debilidad humana en particular —respondió el católico.

Además, el vino formaba parte de la liturgia católica. Se percató de que su anfitrión chino tomaba sorbos diminutos de su pequeña copa. Probablemente, también por consideración a su estómago, pensó el italiano.

También tendría que acostumbrarse a la comida. El cardenal Renato DiMilo, buen gastrónomo como muchos italianos, comprobó que la comida en Pekín no era tan buena como la que había probado en los numerosos restaurantes chinos de Roma. Creía que el problema no era la cocina, sino los ingredientes. En este caso, el reverendo Yu se había disculpado a la llegada del cardenal, porque su esposa había ido a Taiwan para visitar a su madre enferma. Monseñor Schepke se había ocupado de servir la comida, como lo habría hecho un joven teniente que cuidara de satisfacer las necesidades de su general, pensó Yu, mientras contemplaba la función, ciertamente entretenido. No cabía duda de que los católicos tenían sus formas burocráticas. Pero ese Renato era un buen hombre, claramente culto y diplomático de profesión, de quien Yu comprendió que podía aprender mucho.

—De modo que ha cocinado usted mismo. ¿Cómo aprendió?

—La mayoría de los chinos sabemos cocinar. Aprendemos de pequeños de

nuestros padres.

DiMilo sonrió.

—Yo también aprendí de pequeño, pero no he cocinado desde hace muchos años. Cuanto más viejo me hago, menos me permiten hacer por mi cuenta, ¿no es cierto, Franz?

—Yo también tengo mis obligaciones, eminencia —respondió el alemán, que tomaba su mao-tai un poco más a gusto.

Debe de ser agradable tener un estómago joven, pensaron los dos ancianos.

—¿Qué le parece Pekín? —preguntó Yu.

—Realmente fascinante. Los romanos creemos que nuestra ciudad es antigua y está repleta de historia, pero la cultura china ya era antigua cuando los romanos empezaron a construir muros. Y las obras de arte que vimos ayer...

—La montaña de jade —explicó Schepke—. Hablé con la guía, pero no conocía a los artistas que habían participado en la obra, ni tampoco el tiempo que habían tardado en esculpirla.

—Los nombres de los artesanos y el tiempo que necesitaran no tenían importancia para los emperadores de la antigüedad. En aquella época había mucha belleza, no cabe duda, pero también mucha crueldad.

—¿Y hoy? —preguntó Renato.

—Hoy también, como usted bien sabe, eminencia —confirmó Yu con un suspiro, hablando en inglés con un acento de Oklahoma que fascinaba a sus invitados—. El gobierno carece del respeto por la vida humana, que usted y yo preferiríamos.

—Cambiarlo no será fácil —agregó monseñor Schepke.

El problema no se limitaba al gobierno comunista de la República Popular. Hacía mucho tiempo que la crueldad formaba parte de la cultura china, hasta el punto de que alguien había dicho en una ocasión que China era demasiado extensa para ser gobernada con amabilidad, y las izquierdas del mundo entero habían adoptado aquel aforismo con una premura vergonzosa, sin tener en cuenta el racismo explícito del mismo. Tal vez el problema era que China había estado siempre abarrotada de gente y en las multitudes se genera ira, que conduce a la insensibilidad y la crueldad para con los demás. La religión tampoco había ayudado. Confucio, lo más próximo a un gran líder religioso surgido en China, predicaba como mejor acción la conformidad respecto a los demás. Mientras la tradición judeocristiana hablaba de los valores trascendentes del bien y del mal, y de los derechos humanos que surgían de los mismos, para China, la autoridad no era Dios, sino la sociedad. Por esa razón, pensaba el cardenal DiMilo, había arraigado allí el comunismo. Ambos modelos sociales compartían la ausencia de una separación absoluta entre el bien y el mal. Y eso era peligroso. En el relativismo radicaba la caída del hombre porque, a fin de cuentas, si se carecía de valores absolutos, ¿qué diferencia había entre un hombre y

un perro? Y si dicha diferencia no existía, ¿dónde estaba la dignidad fundamental del ser humano? Incluso un ateo convencido reconocía la mayor aportación de la religión a la sociedad humana: la dignidad humana, el valor que se otorgaba a una sola vida humana, la simple idea de que el hombre era más que un animal. Esa era la base de todo progreso humano, porque sin ello la vida humana estaba condenada al modelo de Thomas Hobbes: «repugnante, brutal y breve».

El cristianismo, al igual que el judaísmo y el islamismo, que eran también religiones del Libro, exigían sólo que el hombre creyera en lo evidente: había orden en el universo, dicho orden procedía de una fuente y dicha fuente se denominaba Dios. El cristianismo no exigía siquiera que el hombre creyera en dicha idea, por lo menos ya no, sólo que aceptara su sentido y sus consecuencias, que eran la dignidad y el progreso humano. ¿Era eso tan difícil?

Lo era para algunos. El marxismo, al condenar la religión como «el opio del pueblo», se limitaba a recetar otra droga menos eficaz, «el radiante futuro», como lo habían descrito los rusos, pero que nunca habían sido capaces de ofrecer. En China, los marxistas habían tenido el buen sentido de adoptar algunas formas del capitalismo para salvar la economía de su país, pero sin incluir el principio de libertad humana que habitualmente lo acompañaba. Eso había funcionado hasta el momento, pensaba DiMilo, sólo porque la cultura china tenía un modelo previo de conformidad y aceptación de la autoridad suprema. ¿Pero cuánto duraría? ¿Y hasta qué punto podría prosperar China sin cierta idea de la diferencia entre el bien y el mal? Sin dicha información, China y los chinos estaban condenados a la perdición. Alguien tenía que llevar a los chinos la buena nueva de Jesús, porque no sólo aportaba la salvación eterna, sino también la felicidad temporal. Era algo muy ventajoso, y a pesar de ello había quienes eran demasiado estúpidos y demasiado ciegos para aceptarlo. Mao había sido uno de ellos. Había rechazado todas las formas de religión, incluso el confucionismo y el budismo. Pero cuando estaba tumbado en la cama, ¿en qué pensaba el presidente Mao? ¿Con qué «futuro radiante» soñaba entonces? ¿En qué pensaba un comunista en su lecho de muerte? Ninguno de los tres clérigos presentes deseaba conocer la respuesta a aquella pregunta, ni enfrentarse a la misma.

—Me ha decepcionado ver la pequeña cantidad de católicos que hay aquí, evidentemente sin incluir a los extranjeros y a los diplomáticos. ¿Es dura la persecución?

Yu se encogió de hombros.

—Depende de dónde se encuentre uno, del clima político y de la personalidad de los líderes locales del partido. A veces no nos molestan, sobre todo cuando hay extranjeros con cámaras de televisión. En otras ocasiones pueden ser muy rigurosos y llegar incluso a atosigarnos directamente. Me han interrogado muchas veces y sometido a asesoramiento político —levantó la cabeza y sonrió—. Es como oír ladrar

un perro, eminencia. No es preciso responder. Evidentemente, usted se librar  de eso —señaló el baptista, refiriéndose a la categoría diplomática de DiMilo y su correspondiente inviolabilidad personal.

El cardenal captó la referencia, con cierta incomodidad. No consideraba su vida más valiosa que la de cualquier otro. Tampoco deseaba que su fe pareciera menos sincera que la de aquel protestante chino, educado en una seudo universidad de la pradera norteamericana, mientras que él había adquirido sus conocimientos en una de las instituciones intelectuales más antiguas y respetables del planeta, cuyos orígenes se remontaban al Imperio romano y, más allá, a la estancia del propio Aristóteles. Si de algo pecaba el cardenal Renato DiMilo de vanidoso, era de su educación. Era excelente y lo sabía. Podía hablar de La república de Platón en griego ético, o de los casos jurídicos de Marco Tulio Cicerón en lat n imperial. Era capaz de debatir con un marxista comprometido los atributos de su filosofía política, en el mismo alemán hablado por el propio Marx y salir victorioso, porque Marx había dejado muchos huecos en los muros de sus teorías políticas. Había olvidado más de lo que sabían algunos sicólogos sobre la naturaleza humana. Estaba en el servicio diplomático vaticano porque era capaz de leer la mente de los demás, especialmente la de políticos y diplomáticos expertos en ocultar sus pensamientos. Podía haber sido un jugador de talento y riqueza con esas cualidades, pero en su lugar las consagraba a mayor gloria de Dios.

Su  nico defecto consistía en que, como todos los mortales, no podía predecir el futuro y, por tanto, era incapaz de prever la guerra mundial que aquella reunión acabaría por provocar.

— Le atosiga entonces el gobierno? —preguntó el cardenal.

Yu se encog  de hombros.

—De vez en cuando. Me propongo celebrar una sesión de oraciones públicas, para poner a prueba su voluntad de reprimir mis derechos humanos. Evidentemente, existe cierto peligro.

Fue un reto presentado con mucha pericia, que el anciano clérigo católico acept .

—Le agradecer  que nos mantenga informados a Franz y a mí.

— Mirlo? —preguntó Ryan—.  Qu  puedes decirme acerca de él?

— Realmente quieres saberlo, Jack? —respondió Ed Foley, de forma harto significativa.

— Me estás diciendo que no me conviene saberlo? —respondió Ryan, al tiempo que se percataba de que Robby Jackson y Ben Goodley también estaban presentes y de que, según las normas de clasificación, incluso a este nivel, había cosas que él podía saber pero no otros—. Bien, dejémoslo por ahora —asintió.

—La operación global se denomina Sorge. Esto cambiar  periódicamente —dijo Mary Pat a los presentes.

Inusualmente, el servicio secreto había abandonado el despacho oval para aquella reunión, que les habría ofrecido más información de la que la CIA deseaba, y habían conectado, además, un sistema especial de interferencia que bloquearía cualquier sensor electrónico en la sala. Podía comprobarse en el televisor situado a la izquierda del escritorio del presidente, sintonizado en la CNN. La pantalla estaba ahora cubierta de nieve, pero habían bajado el volumen para que no molestara el ruido. La posibilidad de que hubiera algún micrófono en aquella estancia de alta seguridad era muy improbable, pero el valor de Sorge era tan grande que habían tomado incluso esta precaución. Ya se habían distribuido las carpetas informativas. Después de hojear la suya, Robby levantó la cabeza.

—¿Notas del Politburó chino? ¡Válgame Dios! —exclamó el vicepresidente Jackson—. De acuerdo, ni fuentes ni métodos. Lo comprendo, muchachos. Ahora bien, ¿qué nivel tiene esto de fiabilidad?

—De momento lo hemos calificado de «B+» —respondió Mary Pat—. Esperamos aumentar la calificación más adelante. El problema estriba en que no utilizamos «A» sin confirmación externa y esto es tan profundo que no disponemos de otra forma de verificarlo.

—De modo que podría ser una falsa bandera —comentó Jackson—. Convincente, lo reconozco, pero no por ello menos falsa.

—Tal vez, pero es improbable. Aquí hay material sumamente confidencial para divulgarlo voluntariamente, aunque se tratara de un engaño a gran escala.

—Ya veo —dijo Ryan, parcialmente de acuerdo—. Pero recuerdo lo que solía decir Jim Greer: nada es demasiado descabellado para ser cierto. Nuestro problema fundamental con esa gente es que su cultura es tan diferente en muchos sentidos de la nuestra, que podríamos estar tratando con klingons.

—El caso es que aquí no nos muestran mucho afecto —observó Ben Goodley, a medio hojear su carpeta—. Cielos, este material es interesante. ¿Vamos a mostrárselo a Scott Adler?

—Esa es nuestra recomendación —dijo el director de la CIA—. Adler es bastante bueno para juzgar a las personas, y su opinión sobre este material, especialmente de la página cinco, será muy interesante. También habría que mostrárselo a Tony Bretano.

—Bien, eso es águila y trueno. ¿Alguien más? —preguntó Ryan.

—Eso es todo por ahora —respondió Ed Foley, al tiempo que su esposa asentía—. Señor pres...

Ryan le lanzó una mala mirada.

—Me llamo...

El director de la CIA levantó la mano.

—De acuerdo, Jack, mantengamos este asunto muy reservado de momento.

Estudiaremos la forma de lavar la información, para que otros puedan saber lo que hemos descubierto. Pero no cómo lo hemos hecho. Eso jamás. Mirlo es un bien demasiado valioso para perderlo.

—Potencialmente esto es tan importante como Cardenal, ¿no es cierto?

—Puede que incluso más, Jack —respondió Mary Pat—. Esto es como tener un micrófono en la sala de juntas, y en este caso hemos perfeccionado nuestros métodos. Somos extremadamente cautelosos con nuestra fuente.

—¿Y los analistas? —preguntó Ben Goodley—. Nuestro mejor especialista en la República Popular es el profesor Weaver, de la Universidad de Brown. Tú lo conoces, Ed.

Foley asintió.

—Sí, lo conozco, pero esperemos un poco. Disponemos de alguien bastante bueno en nuestro personal. Veamos de lo que es capaz, antes de empezar a divulgar el material. Por cierto, hablamos de unas mil quinientas páginas impresas de esta fuente, más nuevo material a diario.

Ryan levantó la cabeza. Información diaria. ¿Cómo diablos lo habían organizado? Manos a la obra, se dijo.

—Bien, para empezar, quiero una evaluación de la personalidad de Zhang Han San —dijo Ryan—. He visto antes el nombre de ese cabrón. Inició dos guerras a las que nos vimos arrastrados. ¿Qué coño se propone?

—Tenemos un siquiatra en plantilla para que se ocupe de esto —respondió Mary Pat, sin aclarar que lo harían después de limpiar la información de toda referencia a la fuente—. Hace los perfiles de personalidad para nosotros.

—Sí, lo recuerdo —asintió Ryan—. ¿Algo más?

—Sólo lo habitual —respondió Ed Foley, al tiempo que se levantaba—. No dejéis estos documentos sobre la mesa, ¿vale? Todos asintieron. Todos disponían de su propia caja fuerte para estos casos, conectada al centro de mando del servicio secreto y vigilada las veinticuatro horas del día por una cámara de televisión. La Casa Blanca era un buen lugar para guardar documentos, e incluso las secretarías pasaban más controles de seguridad que para entrar en el cielo. Mary Pat caminaba con alegría cuando abandonó el despacho. Cuando los demás se dirigían a la puerta del oeste, Ryan le indicó al vicepresidente que se quedara.

—¿Qué opinas? —preguntó el presidente.

—Parece un material muy fresco, Jack. Maldita sea, ¿cómo diablos se las arreglan para conseguirlo?

—Si algún día deciden revelármelo, tampoco podré contártelo, Rob, aunque no estoy seguro de querer saberlo. No siempre es agradable.

El piloto de caza jubilado estaba de acuerdo.

—Te creo. No es exactamente lo mismo que despegar de la cubierta del buque y

dispararle al cabrón en la boca. —Pero igualmente importante.

—Claro, Jack, lo sé. Como en la batalla de Midway. En 1942, Joe Rochefort y sus muchachos de FRUPAC ahorraron a nuestro país muchos quebraderos de cabeza con nuestros pequeños amigos amarillos en el Pacífico occidental, cuando le advirtieron a Nimitz lo que se acercaba.

—Sí, Robby, y parece que tenemos más amigos del mismo estilo. Si aquí hay material operativo, quiero tu opinión.

—Eso puedo hacerlo ya ahora. Su ejército y lo que pasa por su armada hablan abiertamente de cómo se enfrentarían a nosotros, cómo neutralizarían nuestros portaaviones y cosas por el estilo. En su mayor parte son fantasías y autoengaño, pero me pregunto por qué lo hacen abiertamente. Tal vez para impresionar a los ignorantes del mundo, como los periodistas y demás imbéciles que no saben una mierda sobre la guerra marítima, y tal vez para impresionar a su propia gente con lo listos y duros que son. Tal vez para aumentar la presión sobre la República China de Taiwan, pero si pretenden invadirla, antes deben hacer algo, como construir una auténtica armada con verdadera capacidad anfibia. Pero para esto tardarían diez años y probablemente detectaríamos esas grandes canoas grises en el agua. Disponen de algunos submarinos y los rusos, asombrosamente, les venden material; acaban de entregarles un destructor con misiles teledirigidos clase Sovremenny, supuestamente equipado con misiles Sunburn. No tengo la menor idea de qué se proponen hacer exactamente con eso. No es la forma en que yo construiría una armada, pero no me han pedido consejo. Lo que me asombra es que los rusos les vendan el material, además de otras mercancías. Es una locura —concluyó el vicepresidente.

—¿Por qué? —preguntó el presidente.

—Porque en otra época, un individuo llamado Genghis Khan llegó con sus tropas hasta el mar Báltico; es decir, cruzó enteramente Rusia. Los rusos tienen un buen sentido de la historia, Jack. No lo han olvidado. Si yo fuera ruso, ¿de qué enemigo me preocuparía? ¿La OTAN? ¿Los polacos? ¿Los rumanos? No creo. Pero al sureste hay un país enorme, con muchísimos habitantes, una buena colección de armas y un largo historial de matanza de rusos. Pero yo no soy más que un especialista operativo y a veces me pongo un poco paranoico sobre lo que mis rivales en otros países puedan estar pensando.

Robby no tuvo que agregar que, en otra época, eran los rusos quienes habían inventado la paranoia.

—¡Esto es una locura! —exclamó Bondarenko—. ¡Hay muchas formas de demostrar que Lenin estaba en lo cierto, pero ésta no es precisamente la que yo elegiría!

Vladimir Il'yich Ulyanov había dicho en una ocasión que llegaría el momento en que los países capitalistas competirían entre sí para vender la cuerda a la Unión

Soviética con la que la Unión Soviética más adelante los ahorcaría. No había anticipado la muerte del país que había fundado, ni tampoco que la próxima Rusia sería la que haría lo que había pronosticado.

Golovko no podía discrepar de su interlocutor. Él había presentado el mismo razonamiento, aunque de una forma más serena, en el despacho del presidente Grushavoy.

—Nuestro país necesita divisas, Gennady losifovich.

—Efectivamente. Y puede que algún día también necesitemos los yacimientos petrolíferos y las minas de oro de Siberia. ¿Qué haremos cuando los chinos nos los arrebatan? —preguntó Bondarenko.

—El Ministerio de Exteriores descarta esa posibilidad —respondió Sergey Nikolay'ch.

—Estupendo. ¿Cogerán las armas esos maricas del servicio exterior si resulta que se equivocan, o se limitarán a lavarse las manos y a decir que no es culpa suya? Mis fuerzas son insuficientes para semejante situación. No podría detener un ataque chino y ahora les vendemos los planos del tanque T-99...

—Tardarán cinco años en poner en marcha la producción en serie y, para entonces, nosotros fabricaremos el T-10 en Chelyabinsk, ¿no te parece?

No se mencionó, sin embargo, que el Ejército Popular de Liberación disponía de cuatro mil tanques T-80/90 de diseño ruso. Eso había ocurrido hacía algunos años. Pero los chinos no habían utilizado los rifles de diseño ruso de 115 mm y habían optado en su lugar por el de 105 mm que les habían vendido las Industrias de Defensa Israelíes, conocido en Norteamérica como M-68. Iban acompañados de tres millones de proyectiles homologados en Norteamérica, incluidos los de uranio empobrecido, fabricados probablemente con el uranio empobrecido de los mismos reactores donde se obtenía el plutonio para los dispositivos nucleares. ¿Qué les ocurría a los políticos?, pensaba Bondarenko. Uno podía cansarse de hablar con ellos, pero ¡nunca escuchaban! Debía de tratarse de un fenómeno ruso —pensaba el general—, más que político. Stalin había ejecutado al agente secreto que pronosticó, a la sazón correctamente, el ataque alemán de junio de 1941 contra la Unión Soviética y que llegó hasta las puertas de Moscú. ¿Por qué lo habían ejecutado? Porque su pronóstico era menos agradable que el de Levrenti Beriia, que tuvo la inteligencia de contarle a Stalin lo que le apetecía oír. Y Beriia sobrevivió, a pesar de estar completamente equivocado. He ahí la recompensa del patriotismo.

—Si disponemos de dinero para ello y Chelyabinsk no se ha convertido en una jodida fábrica de lavadoras.

Rusia había canibalizado su infraestructura defensiva incluso con mayor rapidez que Norteamérica. Ahora se hablaba de convertir las plantas de aviones MiG en fábricas de coches. ¿No acabaría nunca?, pensó Bondarenko. Tenía al lado una nación

potencialmente hostil y le faltaban muchos años para reconstruir el ejército ruso en la forma que deseaba. Pero para hacerlo debía pedirle al presidente Grushavoy algo que sabía que no podría concederle. Para construir un buen ejército debía pagar a los soldados un salario razonable, suficiente para atraer a muchachos patriotas y aventureros que quisieran vestir el uniforme de su patria durante unos años y especialmente a aquellos que disfrutaran lo suficiente de la vida militar para convertirla en una profesión, que llegaran a sargentos, los suboficiales sin los cuales, un ejército sencillamente no podía funcionar, los tendones que mantenían los músculos unidos al hueso. Para conseguirlo, un buen sargento debía ganar casi tanto como un especialista en la industria, que era sencillamente lo justo, ya que las exigencias que se le planteaban eran del mismo nivel intelectual. Las recompensas de una carrera militar no podían compararse a las de una fábrica de televisores. La camaradería y el puro placer de ser soldado eran algo que atraía a una clase especial de hombres. Los norteamericanos los tenían, al igual que los ingleses y los alemanes, pero esos profesionales de valor inestimable le habían sido negados al ejército ruso desde la época de Lenin, el primero entre muchos líderes soviéticos que supeditaron la eficacia militar a la pureza política en que la Unión Soviética insistía. O algo por el estilo, pensó Bondarenko. Ahora todo parecía demasiado lejano, incluso para alguien que se había criado bajo aquel maldito régimen.

—General, no olvide que yo soy su amigo en el gobierno —dijo Golovko.

Hizo bien en recordárselo. El ministro de Defensa era... bueno, decía las palabras adecuadas, pero era realmente incapaz de pensar correctamente. Podía repetir lo que otros le decían, pero eso era todo. En ese sentido, era un político perfecto.

—Gracias, Sergey Nikolay'ch —respondió el general, inclinando la cabeza con respeto—. ¿Significa eso que podré disponer de parte de la riqueza que el destino ha derramado en nuestro regazo?

—En el momento oportuno haré las recomendaciones adecuadas al presidente.

Para entonces estaré jubilado, escribiendo mis memorias o lo que se suponga que debe hacer un general ruso —pensó Bondarenko—. Pero por lo menos puedo intentar elaborar los programas necesarios para mis sucesores y, tal vez, ayudar a elegir al hombre adecuado para sucederme en la Jefatura de Operaciones. No esperaba llegar más lejos de donde ya estaba. Era jefe de Operaciones de su ejército (que incluía instrucción), y ésa era una de las mejores metas profesionales que cualquiera podía fijarse.

—Gracias, camarada ministro. Sé que su trabajo también es difícil. Por cierto, ¿hay algo que yo deba saber acerca de los chinos?

El ministro Golovko habría querido decirle al general que la SVR ya no disponía de una línea de información aceptable en la República Popular. Su hombre, un segundo secretario ministerial que había trabajado mucho tiempo en el KGB, se había

retirado por cuestiones de salud.

Pero no podía reconocer que la fuente rusa dentro de la ciudad prohibida ya no era operativa y que con su desaparición no disponían de la información necesaria para evaluar los planes y las intenciones de la República Popular a largo plazo. Estaba todavía el embajador ruso en Pekín, que no era un imbécil, pero un diplomático veía principalmente lo que sus anfitriones querían que viera. Otro tanto ocurría con los agregados del ejército, de la marina y de las fuerzas aéreas, todos ellos oficiales de inteligencia, pero también limitados a lo que los chinos deseaban que vieran, e incluso esto debía tener su correspondencia en Moscú, como si de un elegante vals internacional se tratara. No, no había forma de sustituir a un buen agente de inteligencia con sus correspondientes enlaces para espiar en otro gobierno, para que Golovko pudiera saber exactamente lo que sucedía y comunicárselo a su presidente. No era frecuente que Golovko tuviera que reconocer que no sabía lo suficiente, pero en este caso había sucedido y no reconocería sus limitaciones ante este soldado, por muy decano que fuera.

—No, Gennady Iosifovich, no tengo nada que indique que los chinos pretendan amenazarnos.

—Camarada ministro, los descubrimientos en Siberia son demasiado importantes para no considerar la ventaja de apoderarse de ellos. Si yo estuviera en su lugar, haría los planes necesarios. Importan petróleo y con estos nuevos yacimientos, no sólo no tendrían que hacerlo, sino que obtendrían riqueza en divisas, que es lo que pretenden. Y en cuanto al oro, camarada, ¿no habla por sí solo?

—Tal vez —asintió Golovko—. Pero su economía parece sana actualmente y las guerras no las empiezan quienes ya son ricos.

—Hitler era bastante próspero en 1941. Eso no le impidió conducir a su ejército casi hasta las puertas de este edificio —señaló el jefe de Operaciones del ejército ruso—. Si tu vecino tiene un manzano, a veces le coges una manzana aunque tu barriga esté llena, tal vez sólo para probarla —sugirió Bondarenko.

Golovko tenía que admitir que era lógico.

—Gennady Iosifovich, somos muy parecidos. Ambos buscamos el peligro incluso cuando no es evidente. Usted habría sido un excelente agente de inteligencia.

—Gracias, camarada ministro —dijo el general de tres estrellas, levantando su copa medio vacía de vodka, para brindar a la salud de su anfitrión—. Antes de dejar el cargo, tengo la esperanza de dejarle un plan a mi sucesor, que si se lleva a cabo hará invulnerable a cualquier ataque a nuestro país. Sé que no podré ponerlo personalmente en acción, pero agradecería las facilidades para organizarlo, si nuestros líderes políticos consideran que la idea se lo merece.

Y ahí radicaba precisamente el problema. Tal vez el ejército ruso fuera capaz de ocuparse de enemigos externos. Pero eran los internos los que constituían realmente

un problema insuperable. Uno normalmente sabía dónde se encontraba el enemigo, porque estaba frente a él. Saber dónde estaban los amigos era más difícil, porque normalmente se encontraban a la espalda.

—Me aseguraré de que presente usted mismo el caso ante el gabinete. Pero —Golovko levantó la mano— debe esperar el momento oportuno.

—Comprendo, y confiemos en que los chinos nos permitan esperar hasta dicho momento —dijo Golovko, vaciando la copa antes de levantarse—. Gracias por permitirme sincerarme con usted, camarada presidente.

—¿Entonces dónde está? —preguntó Provalov.

—No lo sé —respondió Abramov, hastiado—. Hemos identificado a una persona que asegura conocerlo, pero nuestro informador no tiene la menor idea sobre su paradero.

—Muy bien. ¿Qué es lo que sabéis? —preguntó desde Moscú.

—Nuestro informador dice que Suvorov pertenecía al KGB, fue despedido aproximadamente en 1996 y probablemente vive en San Petersburgo, pero si eso es cierto, tiene una documentación y un nombre falsos, o puede que «Suvorov» sea falso. Tengo una descripción: varón, alrededor de cincuenta años, altura y corpulencia medias, escaso pelo rubio, facciones regulares, ojos azules, en buena forma física, soltero, y se cree que frecuenta la compañía de prostitutas. Algunos de mis agentes hablan con esas mujeres en busca de información. De momento, nada —respondió el investigador de San Petersburgo.

Esto es asombroso —pensó el teniente Provalov—. Con todos los recursos con los que contamos, y no somos capaces de encontrar ni un poco de información fiable. ¿Perseguía fantasmas? El caso es que de esos tenía ya cinco: Avseyenko, Maria Ivanova Sablin, el conductor cuyo nombre no recordaba en aquel momento y dos presuntos asesinos del Spetsnaz, Pyotr Alekseyevich Amalrik y Pavel Borissovich Zimyanin. Tres habían volado espectacularmente por los aires durante la hora punta de la mañana, y dos habían sido asesinados en San Petersburgo después de hacer el trabajo; ¿pero asesinados por haberlo logrado o por haber fracasado?

—Bien, infórmame cuando descubráis algo.

—Lo haré, Oleg Gregoriyevich —prometió Abramov.

El teniente de la milicia colgó el teléfono, ordenó su escritorio, guardó todas sus fichas «comprometidas» en un cajón bajo llave, bajó por la escalera para dirigirse a su coche oficial y condujo hasta su bar predilecto. Reilly estaba dentro y lo saludó con la mano cuando entró por la puerta. Provalov colgó su abrigo en una percha y se acercó para estrecharle la mano. Vio que le esperaba una copa.

—Eres un auténtico camarada, Mishka —dijo el ruso a su amigo norteamericano, cuando tomaba el primer trago.

—Comprendo tu problema, compañero —respondió compasivamente el agente

del FBI.

—¿A vosotros también os ocurren estas cosas?

—Por supuesto. Cuando era novato empecé a trabajar en el caso Gotti. Nos esforzamos enormemente para condenar a esa escoria. Se necesitaron tres jurados para mandarlo a Marion. Nunca volverá a salir. Marion es una cárcel particularmente dura.

El concepto de «duro» que tenían en Norteamérica era muy distinto del de Rusia. Las cárceles rusas eran realmente inimaginables, pero eso a Reilly no le preocupaba excesivamente. Las personas que quebrantaban la ley en cualquier sociedad eran conscientes de las posibles consecuencias y lo que les ocurriera cuando los atrapaban no era su problema, sino el de ellos.

—Bien, ¿qué ocurre? —preguntó el norteamericano.

—Es Suvorov. No podemos encontrarlo, Mishka. Es como si no existiera.

—¿En serio?

Reilly estaba y no estaba al mismo tiempo sorprendido. Lo estaba en cuanto a que Rusia, al igual que muchas sociedades europeas, controlaba a sus habitantes de una forma que en Norteamérica hubiera provocado una segunda revolución. Aquí se suponía que la policía debía saber dónde vivía todo el mundo, una secuela de los malos tiempos cuando el KGB utilizaba un tercio de la población como informadores de los otros dos tercios. Era inusual para la policía local no poder encontrar a alguien.

Sin embargo, la situación no era sorprendente, porque si ese memo de Suvorov era realmente un ex agente del KGB, habría recibido una formación experta en el arte de desaparecer y esa clase de adversario no se perdía por estupidez, como la mayoría de los delincuentes norteamericanos o rusos. Tampoco se perdería por hablar demasiado. Los delincuentes comunes actuaban... bueno, como delincuentes. Presumían demasiado y con la gente equivocada, por regla general, otros delincuentes, cuya lealtad era como la de las serpientes de cascabel, y les costaba tan poco vender a un «amigo» como echar una meada. No, ese tal Suvorov, si era como los informadores decían, era un profesional, y la persecución de profesionales solía ser interesante y habitualmente ardua. Pero uno siempre acababa por atraparlos, porque la policía nunca dejaba de observar y tarde o temprano cometería un error, puede que no demasiado importante, aunque lo suficiente. No alternaría con sus antiguos compañeros del KGB, que lo habrían ayudado a esconderse, y lo poco que hablaran lo harían sólo entre ellos. No, ahora estaba en otro ambiente, hostil, inseguro, y se lo merecía. Ocasionalmente, Reilly había llegado a sentir compasión por algún delincuente, pero nunca por un asesino. Había ciertos límites que uno sencillamente no podía cruzar.

—Se ha metido en un agujero y lo ha tapado desde el interior —dijo el ruso, con cierta frustración.

—Dime, ¿qué sabemos de él?

Provalov le contó lo que acababa de descubrir.

—Dicen que preguntarán a las putas si lo conocen.

—Buena idea —asintió Reilly—. Apuesto a que le gustan las de alto nivel. Tal vez como nuestra señorita Tanya. ¿Sabes lo que te digo, Oleg?, puede que conociera a Avseyenko. Puede que conozca a algunas de sus chicas.

—Es posible. Puedo ordenarles a mis hombres que lo comprueben.

—No perdemos nada —asintió el agente del FBI, mientras le indicaba al camarero que les sirviera otra ronda—. Amigo mío, tienes entre manos una auténtica investigación. Me gustaría pertenecer a tu cuerpo para poder ayudarte.

—¿Esto te divierte?

—No te quepa la menor duda, Oleg. Cuanto más difícil es el caso, más emocionante es la persecución. Y al final te sientes muy satisfecho, cuando metes a los cabrones en la cárcel. Maldita sea, cuando condenamos a Gotti celebramos una gran fiesta en Manhattan. El don de Teflón —dijo Reilly, con la copa en alto—. Espero que disfrutes en Marion, muchacho.

—¿Ese Gotti mataba gente? —preguntó Provalov.

—Desde luego. A veces, personalmente, y en otras ocasiones daba las órdenes. Su mano derecha, Salvatore Gravano, conocido como Sammy, el Toro, se convirtió en testigo de la acusación y nos ayudó a cerrar el caso. Entonces lo introdujimos en el programa de protección de testigos y el muy idiota empezó a traficar de nuevo con drogas en Arizona. De modo que Sammy está de nuevo en la cárcel. El muy imbécil.

—Como tú dices, todos son delincuentes —señaló Provalov.

—Sí, Oleg, lo son. Son demasiado idiotas para ir por el buen camino. Se creen más listos que nosotros. Y, ¿sabes una cosa?, al principio lo son. Pero tarde o temprano...

Reilly tomó un trago y movió la cabeza.

—¿Incluso ese Suvorov? ¿Tú crees?

Reilly miró a su amigo y sonrió.

—Oleg, ¿tú te equivocas alguna vez?

—Por lo menos, una vez todos los días —refunfuñó el ruso.

—¿Entonces por qué supones que son más listos que tú? —preguntó el agente del FBI—. Todo el mundo comete errores. Da igual que sea basurero o presidente de Estados Unidos. Todos metemos la pata de vez en cuando. Forma parte de nuestra naturaleza humana. El caso es que si lo reconoces, puedes llegar mucho más lejos. Puede que ese individuo haya recibido una buena formación, pero todos tenemos debilidades, aunque no siempre somos lo suficientemente listos para reconocerlas, y cuanto más listos seamos, menos probable es que las reconozcamos.

—Eres filósofo —sonrió Provalov.

Le gustaba aquel norteamericano. Parecían gemelos, como si alguna gitana hubiera cambiado los bebés durante el parto, o algo por el estilo.

—Tal vez, ¿pero conoces la diferencia entre un sabio y un imbécil?

—Estoy seguro de que me lo dirás —respondió Provalov, que reconocía un sermón a media legua, y éste llegaba con una luz roja intermitente sobre el techo.

—La diferencia entre un sabio y un imbécil estriba en la magnitud de sus errores. A un imbécil no se le confía nada importante —dijo Reilly, convencido de que el vodka empezaba a afectar su locuacidad—, pero sí al sabio, de modo que el imbécil no tiene la oportunidad de cometer ningún gran disparate, pero sí el sabio. Oleg, un soldado raso no puede perder una batalla, pero sí un general. Y los generales son listos, ¿no es cierto? Hay que ser bastante inteligente para ser médico, pero los médicos a menudo matan accidentalmente. Es propio de la naturaleza humana cometer errores y la formación no importa un carajo. Yo los cometo. Tú los cometes —dijo Reilly, levantando nuevamente la copa—. Y también los comete el camarada Suvorov.

Apuesto a que será su polla —pensó Reilly—. Si le gusta jugar con putas, le perderá la polla. Mala suerte, hermano. Pero Reilly sabía que no sería el primero en meter la pata por culpa de la polla. Y probablemente tampoco el último.

—¿Entonces ha funcionado? —preguntó Ming.

—¿Cómo? —exclamó Nomuri.

Era extraño. Se suponía que debía estar en la gloria, entre sus brazos, ambos fumando un cigarrillo después del coito.

—Hice lo que me pediste con mi ordenador. ¿Ha funcionado?

—No estoy seguro —arriesgó Nomuri como respuesta—. No lo he comprobado.

—¡No te creo! —respondió Ming, con una carcajada—. Lo he estado pensando. ¡Me has convertido en una espía! —agregó con una risita.

—¿Qué dices?

—Has querido tener acceso a mi ordenador para poder leer todas mis notas, ¿no es verdad?

—¿Te importa?

Ya se lo había preguntado en una ocasión y había obtenido la respuesta correcta. ¿Ocurriría lo mismo ahora? Sin duda, había visto a través de su tapadera. En realidad, no era particularmente sorprendente. Si no fuera lista, no serviría como agente infiltrada. Pero sabiendo lo que era... ¿hasta dónde llegaba su patriotismo? ¿Había interpretado Nomuri correctamente su personalidad? Asombrosamente, logró dominarse y no ponerse tenso, y se felicitó a sí mismo por haber aprendido otra lección en el mundo de la duplicidad.

—No —respondió Ming, después de reflexionar unos instantes.

Nomuri procuró no suspirar con excesivo alivio.

—Entonces, no tienes por qué preocuparte. De ahora en adelante, no harás nada en absoluto.

—¿Salvo esto? —preguntó con otra risita.

—¡Mientras siga complaciéndote, supongo!

—¡Salchicha maestra!

—¿Cómo?

—Tu salchicha me encanta —dijo Ming, con la cabeza apoyada sobre el pecho de Nomuri.

Y eso, de momento, era suficiente, pensó Nomuri.

XVI. LA FUNDICIÓN DEL ORO

Pavel Petrovich Gogol sólo alcanzaba a dar crédito a sus ojos, porque de joven había visto la totalidad del cuerpo acorazado del Ejército Rojo avanzando por el oeste de Ucrania y Polonia. Los vehículos de oruga que veía ahora eran más grandes y derribaban casi todos los árboles que los ingenieros aún no habían hecho volar con explosivos. La brevedad de la temporada no permitía andarse con sutilezas tales como la tala de árboles y la construcción de carreteras como en el decadente oeste. El equipo de exploración había encontrado la fuente del oro en polvo con sorprendente facilidad y ahora un equipo de ingenieros civiles y militares abría una pista hasta el lugar, arrasando la tundra y los árboles y depositando toneladas de grava en lo que algún día tal vez sería una carretera asfaltada, aunque dichas carreteras eran problemáticas en esas condiciones meteorológicas. Por ellas circularía maquinaria pesada de minería y material de construcción para los obreros, que no tardarían en construir sus casas en lo que habían sido los bosques «de Gogol». Le dijeron que le pondrían su nombre a la mina en honor a él. Su única reacción había consistido en escupir en el suelo. También se habían llevado la mayoría de sus pieles de lobo doradas, después de pagar por ellas y, según él, con mucha generosidad. Le habían dado un nuevo rifle que le gustaba mucho: un Steyr austríaco con mira telescópica Zeiss, del calibre 338 Winchester Magnum norteamericano, más que suficiente para la caza local. El rifle era completamente nuevo y lo había disparado sólo quince veces, para asegurarse de que la mira estaba debidamente ajustada. El acero azulado era inmaculado, y la culata de nogal, realmente sensual, con su melosa pureza. ¡Cuántos alemanes podría haber matado con esto!, pensó Gogol. Y cuántos lobos y osos cazaría ahora.

Querían que abandonara su río y sus bosques. Le prometieron estancias en las playas de Sochi, cómodos pisos en cualquier lugar del país. Gogol respondió con un resuello. ¿Lo tomaban por un marica de ciudad? No, él era un hombre de los bosques, un hombre de las montañas, un hombre temido por los lobos y los osos, e incluso los tigres del sur probablemente habían oído hablar de él. Esta era su tierra. Y, a decir verdad, no sólo no conocía otro estilo de vida, sino que, en cualquier caso, era demasiado viejo para aprender. Lo que otros llamaban comodidades, para él eran molestias, y cuando llegara su hora se contentaría con morir en el bosque y dejar que los lobos y los osos se cebaran en su cuerpo. Era lo justo. Después de todo, él había matado y despellejado a muchos de ellos, y el deporte es el deporte.

La comida que le habían traído por avión, según dijeron, era bastante buena, especialmente la ternera, más sabrosa que el reno que comía habitualmente, y ahora tenía tabaco fresco para su pipa. A los periodistas de televisión les encantaba la pipa y lo alentaron a que les contara su vida en los bosques siberianos, así como sus mejores

historias de osos y lobos. Pero nunca vería el documental televisivo que hacían sobre él; estaba demasiado lejos de lo que ocasionalmente denominaban «civilización» para tener su propio televisor. No obstante, procuró contar sus historias de forma clara y meticulosa, para que los hijos y nietos que nunca había tenido vieran el gran hombre que había sido. Como todos los hombres, Gogol tenía un buen sentido de la dignidad personal y habría sido un buen narrador en cualquier escuela infantil, cosa que no se les ocurrió a los burócratas y funcionarios que habían llegado para perturbar su existencia. En su lugar, lo veían como una especie de personaje televisivo y como ejemplo del individualista inquebrantable al que, por una parte, los rusos siempre habían idolatrado, y por otra, reprimido brutalmente.

Pero el verdadero sujeto del reportaje de cuarenta minutos, que elaboraba la televisión nacional rusa, no estaba realmente allí. Se encontraba a diecisiete kilómetros, donde un geólogo lanzaba al aire una pepita de oro del tamaño de un puño como si fuera una pelota, aunque pesaba mucho más que su volumen equivalente en hierro. Era la mayor pepita que habían encontrado. Ese yacimiento, explicó el equipo de geólogos ante las cámaras, era digno de una leyenda mitológica, tal vez del jardín del propio Midas. El alcance exacto de su riqueza era algo que sólo descubrirían cuando perforaran el suelo, pero el jefe del equipo de geólogos estaba dispuesto a apostar su reputación profesional a que sería mucho mayor que la mina sudafricana, hasta ahora sobradamente la más extensa del planeta. Todos los días, las cintas grabadas por las cámaras se transmitían al satélite de comunicaciones ruso, que pasaba la mayor parte del tiempo sobre el Polo Norte; la mayor parte del país es demasiado septentrional para aprovecharse de los satélites geosincrónicos utilizados por el resto del mundo.

Eso no suponía ningún problema para la Agencia de Seguridad Nacional, que dispone de estaciones en el mundo entero. Una de ellas, situada en la localidad inglesa de Chicksands, captó la señal del satélite ruso y la transmitió inmediatamente a un satélite norteamericano de comunicaciones militares, que la mandó a Fort Meade en Maryland. Por suerte, la señal no estaba codificada y pudieron mandarla inmediatamente a lingüistas rusos para su traducción, y luego a la CIA y a otras instituciones nacionales para su evaluación. Dadas las circunstancias, el presidente de Estados Unidos vería la filmación una semana antes que el público ruso.

—Maldita sea, ¿quién es ese tipo, Jim Bridger? —preguntó Jack.

—Su nombre es Pavel Petrovich Gogol. Es el individuo a quien se atribuye el descubrimiento del yacimiento de oro. Fíjate —dijo Ben Goodley, en el momento en que la cámara captaba una fila de pieles de lobo doradas.

—Maldita sea, podrían colgarlas en el Smithsonian... como si fueran objetos salidos de una película de George Lucas... —comentó el presidente.

—O podrías comprarle una a tu esposa —sugirió Goodley. El presidente movió la

cabeza.

—No... pero... tal vez si se tratara de una piel dorada de marta cebellina... ¿crees que los votantes lo aceptarían?

—Creo que pasaría la pregunta al señor Van Damm —respondió el consejero de Seguridad Nacional, después de reflexionar unos instantes.

—Sí, podría ser divertido verlo rabiar aquí, en el despacho oval. Por cierto, ¿no será secreta esta cinta?

—Sólo «confidencial».

—Bien, quiero mostrársela a Cathy esta noche.

La clasificación de la cinta no molestaría a nadie, ni siquiera a un periódico de gran circulación.

—¿La prefieres con subtítulos o doblada?

—Ambos detestamos los subtítulos —respondió Jack, mirándolo a los ojos.

—Entonces me ocuparé de que lo hagan en Langley —prometió Goodley.

—Se volverá loca cuando vea esa piel.

Con el dinero de su cartera de inversiones, Ryan se habían convertido en un buen conocedor de la alta joyería y peletería. Para las joyas, tenía un arreglo con Blickman's, una casa muy especial en el Rockefeller Center. Dos semanas antes de la última Navidad, una de sus vendedoras se había desplazado en tren a Washington, acompañada de dos guardias armados, a los que no se permitió entrar en el edificio de la Casa Blanca, después de que se organizara un gran revuelo entre la guardia exterior, al descubrir la presencia de hombres armados en el recinto, pero Andrea Price-O'Day apaciguó los ánimos y le mostró al presidente joyas clásicas y nuevas piezas creadas en la misma calle donde tenían sus dependencias, por un valor de cinco millones de dólares, y Ryan le compró algunas piezas. Su compensación fue ver cómo a Cathy casi se le salían los ojos de las órbitas bajo el árbol de Navidad y lamentaba que sólo le había comprado un juego de palos de golf Taylor. Pero eso no le importaba al presidente. Ver la sonrisa de su esposa el día de Navidad por la mañana era la mejor recompensa que podía obtener en la vida. Además, demostraba que tenía buen gusto con las joyas, que para un hombre era una de las mejores cualidades, por lo menos desde el punto de vista de su esposa. Pero, maldita sea, si pudiera conseguirle una de esas pieles de lobo... ¿Podría llegar a un acuerdo con Sergey Golovko?, se preguntó fugazmente. ¿Pero dónde diablos podría usarla? Debía ser práctico.

—Quedaría bien en el armario —dijo Goodley, al ver la mirada de su jefe perdida en la lejanía.

El color quedaría muy bien con su cabello dorado como la mantequilla. Después de unos momentos más de reflexión, movió la cabeza para alejar la idea de su mente.

—¿Algo más?

—Sorge ha generado nueva información. Se está procesando en este momento.

—¿Importante?

—La señora Foley no lo ha dicho, pero ya sabes cómo funciona.

—Desde luego, incluso las cosas insignificantes encajan para formar una buena imagen cuando es necesario.

La parte principal de la información estaba todavía en su caja fuerte. La triste realidad era que si bien, técnicamente, tenía tiempo de haberla leído, eso habría significado pasar menos tiempo con su familia y debería tratarse de algo sumamente importante para hacerlo.

—¿Qué harán entonces los norteamericanos? —preguntó Fang, dirigiéndose a Zhang.

—¿Sobre la cuestión comercial? Se rendirán finalmente ante lo inevitable, nos concederán la calificación de nación altamente favorecida y retirarán su objeción a que nos incorporemos plenamente a la Organización Mundial de Comercio —respondió el ministro.

—Ya sería hora —comentó Fang Gan.

—Es verdad —reconoció Zhang Han San.

Hasta el momento se había ocultado perfectamente la situación financiera de la República Popular, que era una de las ventajas del sistema de gobierno comunista, como lo reconocerían ambos ministros, si alguna vez consideraran otra forma de gobierno. La pura verdad era que la República Popular se había quedado casi sin divisas, después de gastárselas principalmente en armamento y tecnología bélica en el mundo entero. Lo único llegado de Estados Unidos eran mercancías incidentales, sobre todo chips informáticos que podían utilizarse en casi cualquier artefacto mecánico. El material militar que compraban abiertamente procedía frecuentemente de Europa occidental y algunas veces de Israel. Norteamérica vendía las armas que destinaba a esta parte del mundo a los renegados de Taiwan, que evidentemente pagaban al contado. Eso era como una picadura de mosquito para el régimen continental, no muy grande ni peligrosa para la vida, pero sí algo molesto que producía escozor y cuanto más se rascaba, en lugar de mejorar empeoraba. Había más de mil millones de habitantes en la China continental y menos de treinta millones en la isla al otro lado del estrecho. La mal denominada República China utilizaba bien su población, que producía más de una cuarta parte de las mercancías y servicios que generaba anualmente la República Popular, con una cantidad cuarenta veces superior de obreros y campesinos. Pero si bien la China continental codiciaba las mercancías, los servicios y la riqueza resultante, no codiciaba el sistema político y económico que los hacía posibles. Su sistema, evidentemente, era muy superior, porque se basaba en una ideología mejor. El propio Mao lo había dicho.

Ninguno de esos dos miembros del Politburó, ni tampoco ninguno de los demás,

reflejaba mucho de las realidades objetivas existentes. Estaban tan convencidos de sus creencias, como cualquier clérigo occidental de las suyas. No reconocían siquiera el hecho evidente de que la prosperidad de la que gozaba la República Popular se debía a empresas capitalistas autorizadas por dirigentes anteriores, a menudo contra las protestas y los gritos de horror de otros políticos de rango ministerial. Los últimos se contentaban con negarles influencia política a los que enriquecían el país, convencidos de que dicha situación duraría eternamente, y de que dichos empresarios e industriales se contentarían con ganar dinero y vivir en un lujo relativo, mientras ellos, los teóricos de la política, seguían dirigiendo los asuntos nacionales. Después de todo, ¿no era cierto que las armas y los soldados les pertenecían a ellos? Y la base del poder seguía siendo el cañón de una pistola.

—¿Estás seguro? —preguntó Fang Gan.

—Sí, camarada, completamente seguro. ¿No nos hemos portado «bien» con los yanquis? ¿No es verdad que últimamente no hemos amenazado a los bandidos taiwaneses?

—¿Y las quejas comerciales de los norteamericanos?

—¿No entienden cómo funcionan los negocios? —preguntó ostentosamente Zhang—. Les vendemos mercancías por su calidad y su precio. Compramos del mismo modo. Sí, lo reconozco, su empresa Boeing fabrica unos aviones excelentes, pero también lo hace la Airbus europea y los europeos han sido más... políticamente complacientes con nosotros. Norteamérica insiste en que abramos nuestros mercados a sus mercancías y nosotros lo hacemos; lentamente, por supuesto. Debemos conservar la llave del superávit que tan amablemente se nos ha brindado y adquirir los artículos que son importantes para nosotros. Pronto empezaremos a fabricar automóviles y los introduciremos en su mercado, como hicieron en otra época los japoneses. Dentro de cinco años, Fang, les estaremos sacando otros diez mil millones de dólares anuales a los norteamericanos... y eso, amigo mío, calculando muy por lo bajo.

—¿Tú crees?

—¡Sí! —afirmó categóricamente Zhang—. No repetiremos el error que cometieron al principio los japoneses, de venderles coches pequeños y feos. Ya estamos buscando ingenieros de estilo norteamericano, que nos ayuden a diseñar automóviles estéticamente agradables para los diablos blancos.

—Si tú lo dices...

—Cuando dispongamos del dinero necesario debemos reforzar nuestros ejércitos y nos convertiremos en la primera potencia mundial en todos los sentidos. Nuestra industria será la más importante del planeta. Militarmente, somos el centro del mundo.

—Me temo que esos planes son demasiado ambiciosos —dijo cautelosamente

Fang—. En cualquier caso, no disponemos del tiempo necesario para llevarlos a cabo, ¿pero qué legado le dejaremos a nuestro país, si lo encaminamos por un rumbo equivocado?

—¿A qué equivocación te refieres, Fang? —preguntó Zhang—. ¿Dudas de nuestras ideas?

Siempre la misma cuestión, pensó Fang, suspirando interiormente.

—Recuerdo cuando Deng dijo: «No importa que el gato sea blanco o negro, siempre y cuando cace ratones». A lo que Mao respondió con un gruñido: «¿Qué emperador dijo eso?».

—Pero sí que importa, amigo mío, y tú lo sabes bien.

—Es cierto —asintió sumisamente Fang, que no quería una confrontación tan avanzado el día y con la jaqueca que tenía.

Con la edad, era aún mayor la pureza ideológica de Zhang que en su juventud y no había templado su ambición imperial. Fang suspiró de nuevo. Era partidario de abandonar el tema. No valía la pena. Pero insistiría sólo una vez más, para cubrirse políticamente las espaldas.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó finalmente Fang.

—¿Qué?

—¿Si no nos siguen la corriente? ¿Si los norteamericanos crean problemas sobre el asunto comercial?

—No lo harán —aseguró Zhang.

—Pero si lo hacen, camarada, ¿qué haremos nosotros entonces? ¿Qué opciones tenemos?

—Pues supongo que podemos castigarlos con una mano y alentarles con la otra, anular algunos pedidos de Norteamérica e interesarnos por otras compras. Ha funcionado antes muchas veces —afirmó Zhang—. Ese presidente, Ryan, es previsible. Sólo necesitamos controlar las noticias. No le daremos nada que pueda utilizar contra nosotros.

Zhang y Fang siguieron hablando de otros temas, hasta que el último regresó a su despacho donde, una vez más, le dictó a Ming las notas de su conversación y ella las introdujo en su ordenador. El ministro pensó en invitarla a su apartamento, pero finalmente decidió no hacerlo. Aunque en las últimas semanas estaba más atractiva que nunca y no le habían pasado inadvertidas sus sonrisas en la oficina, había sido un día muy largo y estaba demasiado cansado, a pesar de lo bien que se lo solía pasar con Ming. El ministro Fang no sospechaba que sus notas estuvieran en Washington, en menos de tres horas.

—¿Qué opinas, George?

—¿Qué coño es esto, Jack? ¿Y cómo diablos lo hemos conseguido?

—Una comunicación interna, más o menos, del gobierno de la República Popular

China, George. Y en cuanto a cómo lo hemos obtenido, no, insisto, no necesitas saberlo.

El documento había sido mejor lavado, refregado, que los ingresos de la mafia. Todos los apellidos habían sido cambiados, al igual que la sintaxis y los adjetivos, para ocultar pautas lingüísticas. Se creía, o mejor dicho, se tenía la esperanza de que ni siquiera los autores reconocieran sus propias palabras. Pero se había respetado el contenido, en realidad incluso se había mejorado, ya que las sutilezas del mandarín se habían adaptado perfectamente al inglés de Norteamérica. Esta había sido la parte más difícil. No es fácil traducir de un idioma a otro. Las denotaciones de las palabras son una cosa. Las connotaciones, otra, que nunca tienen realmente paralelismo en otra lengua. Los lingüistas empleados por los servicios de inteligencia estaban entre los mejores del país, eran lectores habituales de poesía, que a veces publicaban artículos firmados en las revistas para divulgar sus conocimientos e, indudablemente, su amor por el idioma extranjero de su elección, entre otros de semejante parecer. El resultado eran unas traducciones bastante buenas, pensaba Ryan, aunque siempre las miraba con cierto recelo.

—¡Esos gilipollas! Hablan de cómo piensan jodernos —exclamó George Winston, que a pesar de su riqueza conservaba el habla de sus orígenes de clase obrera.

—George, son negocios, nada personal —respondió el presidente, intentando calmarlo.

El secretario de la Tesorería levantó la mirada del documento.

—Jack, cuando dirigía el Grupo Columbus debía considerar a todos mis inversores como miembros de mi familia, ¿vale? Su dinero tenía que ser tan importante para mí como el mío. Esa era mi obligación profesional como asesor de inversiones.

—Lo sé, George —asintió Jack—. Por eso te pedí que formaras parte del gabinete. Eres honrado.

—Bien, pero ahora soy secretario de la jodida Tesorería, ¿vale? Eso significa que todos los ciudadanos de este país forman parte de mi familia y esos cabrones orientales pretenden joder a mi país, a toda esa gente —respondió el secretario Winston, gesticulando en dirección a las gruesas ventanas del despacho oval—, esas personas que confían en nosotros para mantener la economía equilibrada. ¿De modo que pretenden convertirse en una «nación favorecida»? ¿Y quieren ingresar en la Organización Mundial de Comercio? ¡Pues que se jodan!

El presidente Ryan se permitió una carcajada matutina y se preguntó si los agentes del servicio secreto habrían oído la voz de George y se habrían acercado a la mirilla de la puerta, para ver a qué se debía el escándalo.

—Café y bollos, George. Incluso la mermelada de pomelo está deliciosa.

El secretario se levantó y dio la vuelta al sofá, agitando la cabeza como un semental alrededor de una yegua en celo.

—De acuerdo, Jack, me tranquilizaré, pero tú estás acostumbrado a esa mierda, yo no —dijo antes de hacer una pausa y sentarse de nuevo—. Es cierto que en Wall Street contamos chistes, circulan anécdotas, e incluso nos confabulamos un poco, ¡pero no jodemos deliberadamente a la gente! ¡Yo nunca lo he hecho! ¿Y sabes lo peor?

—¿Qué, George?

—Son unos estúpidos, Jack. Creen que pueden jugar con el mercado según sus pequeñas teorías políticas y que todo caerá en su sitio, como un puñado de soldados salidos del campamento de instrucción. Esos pequeños cabrones serían incapaces de dirigir un supermercado y obtener beneficios, pero les permiten manejar su economía nacional y pretenden manejar también la nuestra.

—¿Te has desahogado?

—¿Te parece gracioso? —preguntó Winston, enojado.

—George, nunca te había visto tan excitado. Tu pasión me sorprende.

—¿Por quién me tomas, por Jay Gould?

—No —respondió juiciosamente Ryan—. Pensaba más bien en J. P. Morgan.

El comentario surtió el efecto deseado. El secretario de la Tesorería se rio.

—De acuerdo, tienes razón. Morgan fue en realidad el primer presidente de la Reserva Federal, a la que llegó como ciudadano privado, e hizo un buen trabajo, aunque eso es probablemente una función institucional, porque no hay muchos J. P. Morgan donde elegir. Bien, señor presidente, me ha tranquilizado. Sí, son negocios, no asuntos personales. Y nuestra respuesta a su repugnante actitud política será también política. La República Popular China no será catalogada como «nación favorecida». No ingresarán en la Organización Mundial de Comercio, cosa que, por cierto, no se merecen, a juzgar por el tamaño de su economía. Y creo que les aplicaremos rigurosamente la Ley de Reforma del Comercio. Ah, hay algo más y me sorprende que no esté aquí —agregó Winston, señalando el informe.

—¿De qué se trata?

—Creo que podemos agarrarlos fácilmente de los pelos. La CIA no está de acuerdo, pero Mark Gant cree que su reserva de divisas es bastante escasa.

—¿En serio? —preguntó el presidente, mientras removía su café.

—No olvides que Mark es mi pequeño técnico —asintió enfáticamente Winston—. Es muy bueno en la elaboración de modelos informáticos. He organizado su propia sección, para que se ocupe de vigilar varias cosas. También he llamado al catedrático de Economía de la Universidad de Boston, Morton Silber, que es muy bueno con los microprocesadores. En cualquier caso, Mark ha estado estudiando el caso de la República Popular y cree que están al borde del Gran Cañón, porque se han

dedicado a dilapidar su dinero, sobre todo en material bélico y maquinaria pesada, como para fabricar tanques y cosas por el estilo. Es una repetición del viejo comunismo, están obsesionados con la industria pesada. Están perdiendo el tren de la electrónica. Disponen de pequeñas empresas que fabrican juegos de ordenador y cosas parecidas, pero no aplican la tecnología en su país, salvo esa nueva empresa de informática que está robando a Dell.

—¿Entonces crees que esto es lo que debemos plantearles en las negociaciones comerciales?

—Es lo que pienso recomendarle a Scott Alder durante el almuerzo —respondió el secretario de la Tesorería—. Se lo hemos advertido, pero ahora vamos a presionarlos.

—Respecto a su cuenta exterior, ¿cómo está realmente?

—Mark cree que sus reservas son negativas.

—¿Están en el pozo? ¿Cuánto? —preguntó el presidente.

—Dice que, por lo menos, quince mil millones, mayormente en préstamos de bancos alemanes, pero los alemanes no lo han mencionado y no sabemos exactamente por qué. Podría tratarse de una transacción perfectamente normal, pero Alemania o la República Popular quieren mantener el secreto.

—No creo que fueran los alemanes, ¿no te parece? —preguntó a continuación el presidente.

—Probablemente, no. Sería buena publicidad para sus bancos. Seguramente son los chinos quienes lo encubren.

—¿Hay forma de confirmarlo?

—Tengo algunos amigos en Alemania. Puedo hacer algunas preguntas, o encargarle a un amigo que lo haga por mí. Supongo que así será mejor. Todo el mundo sabe que ahora trabajo para el gobierno y eso me convierte en un hombre siniestro —comentó Winston con una ligera sonrisa—. En cualquier caso, hoy voy a almorzar con Scott. ¿Qué le digo sobre las negociaciones comerciales?

Ryan reflexionó unos segundos. Este era uno de esos momentos, aterradores a su parecer, cuando sus palabras forjarían la política de su propio país y posiblemente también la de otros. Era fácil hablar a la ligera, decir lo primero que se le ocurriera, pero no, no podía hacerlo. Momentos como aquél eran demasiado importantes, demasiado vastos en sus consecuencias potenciales y no podían permitir que su capricho forjara la política gubernamental. Debía reflexionar a fondo, tal vez con rapidez, pero a fondo.

—Necesitamos que China sepa que queremos el mismo acceso a sus mercados, que nosotros les hemos concedido a los nuestros y que no les permitiremos vender productos de empresas norteamericanas, sin la compensación correspondiente. George, quiero que el campo de juego sea llano y justo para todos. Si no quieren

jugar de ese modo, empezaremos a perjudicarlos.

—Me parece justo, señor presidente. Le pasaré el mensaje a tu secretario de Estado. ¿Quieres que le entregue también esto? —preguntó Winston, con el informe de Sorge en la mano.

—No, Scott ya tiene el suyo. Por cierto, George, ten muchísimo cuidado con esto. Si se divulga esta información, un ser humano morirá —dijo el presidente, ocultando deliberadamente el sexo de la persona en cuestión y confundiendo por tanto al secretario de la Tesorería.

Pero eso tampoco era personal, sino política.

—Lo guardaré en mi fichero confidencial —respondió, consciente de que ambos sabían que era un lugar bastante seguro—. Es interesante leer la correspondencia de otro, ¿no te parece?

—Prácticamente la mejor inteligencia que existe —reconoció Ryan.

—Los muchachos de Fort Meade, ¿no es cierto? ¿Han pinchado un teléfono móvil vía satélite?

—Las fuentes y los métodos, George, realmente no quieras saberlos. Siempre existe la posibilidad de que lo menciones al hombre equivocado por error y luego tengas el peso de la muerte de una persona sobre tu conciencia. Es algo que conviene evitar, créeme.

—Entendido, Jack. Bien, debo empezar mi jornada laboral. Gracias por el café y el bollo, jefe.

—De nada, George. Hasta luego.

Ryan consultó su agenda, mientras el secretario avanzaba por el pasillo desde donde descendería, saldría al exterior porque el ala del oeste no estaba realmente unida a la Casa Blanca propiamente dicha, entraría de nuevo en el edificio y luego se internaría por el túnel que conducía a la Tesorería.

En la antesala del despacho de Ryan, los agentes del servicio secreto consultaron también la agenda, pero su copia incluía, además, un informe del centro nacional de asuntos penales, para asegurarse de que no permitían el acceso de ningún asesino convicto al sanctasanctórum de los Estados Unidos de América.

XVII. LA ACUÑACIÓN DEL ORO

Scott Adler era considerado demasiado joven e inexperto para su trabajo, pero ése era el parecer de políticos en potencia que habían alcanzado casi la cima del escalafón, mientras que Adler había sido diplomático de carrera desde que se licenció en Derecho y Diplomacia en la Universidad de Tufts, hacía veintiséis años. Los que lo habían visto trabajar, lo consideraban un diplomático muy astuto. Y los que jugaban con él al póquer, cosa que a Adler le gustaba hacer antes de una reunión o negociación importante, pensaban de él que era un hijo de puta muy afortunado.

Su despacho, en el séptimo piso del edificio del Departamento de Estado, era espacioso y cómodo. Tras su escritorio había una cómoda, con las habituales fotos enmarcadas de su esposa, sus hijos y sus padres. No le gustaba llevar puesta la chaqueta cuando se sentaba a la mesa, porque le resultaba incómoda. Eso escandalizaba a algunos de los burócratas decanos del Departamento de Estado, que lo consideraban una informalidad completamente inaceptable. Evidentemente se la ponía para reuniones importantes con dignatarios extranjeros, pero no consideraba que las reuniones internas fueran suficientemente importantes como para estar incómodo.

A George Winston le parecía perfectamente apropiado y se quitaba la suya en el momento de entrar en el despacho. Al igual que él, Scott Adler se consagraba al trabajo y ésas eran las personas con las que Winston se sentía más a gusto. A pesar de haber sido siempre funcionario del gobierno, ese hijo de puta tenía ética profesional, que era más de lo que podía decirse de muchos de los empleados en su propio departamento. Hacía todo lo posible para eliminar a los zánganos, pero no era fácil y las normas del funcionariado convertían el despido del personal improductivo en una operación muy compleja.

—¿Has leído el material chino? —preguntó Adler, cuando acababan de depositar la bandeja del almuerzo sobre la mesa.

—Si, Scott. Menuda mierda, amigo.

—Bienvenido a bordo. El material secreto que recibimos puede ser muy interesante —respondió Adler, que disponía de su propio servicio de espionaje en el Departamento de Estado, denominado Inteligencia e Investigación, y que aunque no podía competir con la CIA y demás servicios secretos, de vez en cuando extraía algún pequeño diamante en bruto del espeso lodo diplomático—. ¿Qué opinas de nuestros hermanitos amarillos?

Winston reprimió un gruñido.

—Amigo mío, puede que incluso deje de comer su maldita comida.

—Hacen que nuestros peores estafadores parezcan la madre Teresa. Son unos cabrones sin conciencia alguna, George, no cabe duda.

Winston empezó a sentir súbitamente un mayor afecto por Adler. Alguien que hablara de ese modo tenía verdaderas posibilidades. Ahora le correspondía a él actuar con frialdad profesional, para contrarrestar la jerga callejera de Adler.

—¿Crees entonces que actúan impulsados por su ideología?

—Completamente... bueno, quizás con un poco de corrupción agregada, pero no olvides que, a su parecer, la astucia política les concede el derecho a vivir mejor, y por consiguiente para ellos no es corrupción. Se limitan a cobrarles un tributo a los campesinos; la palabra «campesino» todavía se usa en su país.

—En otras palabras, ¿tratamos con duques y condes?

El secretario de Estado asintió.

—Esencialmente, así es. Tienen un sentido extraordinario de los derechos personales. No están acostumbrados a oír la palabra «no» en forma alguna y, por consiguiente, no siempre saben qué hacer cuando la oyen de alguien como yo. De ahí que a menudo estén en situación de desventaja en las negociaciones, por lo menos cuando nos ponemos duros. No solemos hacerlo, pero el año pasado, después del atentado del Airbus, me puse un poco intransigente y a continuación concedimos reconocimiento diplomático a la República China de Taiwan.

Eso molestó profundamente a la República Popular, a pesar de que el gobierno de la República China no ha declarado oficialmente su independencia.

—¿Cómo? —preguntó el secretario de la Tesorería, a quien el detalle le había pasado por alto.

—Sí, la población de Taiwan practica un juego bastante equilibrado y razonable. Nunca han hecho nada que realmente pudiera ofender a la China continental. Aunque tienen embajadas en todo el mundo, nunca han proclamado que sean una nación independiente. Eso enfurecería a los chinos de Pekín. Tal vez los habitantes de Taipei consideren que sería de mala educación o algo por el estilo. Entretanto, tenemos un acuerdo del que Pekín es consciente. Si alguien se mete con Taiwan, aparece la séptima flota para vigilar la situación y no permitiremos ninguna amenaza militar contra el gobierno de la República China. La República Popular no dispone de una armada que preocupe demasiado a nuestros muchachos y, por consiguiente, lo único que se intercambian son palabras —dijo Adler, levantando la vista de su bocadillo—. Ya sabes, «a palabras necias, oídos sordos».

—Esta mañana he desayunado con Jack y hemos hablado de las negociaciones comerciales.

—¿Y Jack quiere que nos pongamos un poco más duros? —preguntó el secretario de Estado.

No era sorprendente. Ryan siempre había preferido jugar limpio y eso era algo poco común en las relaciones entre distintos países.

—Efectivamente —respondió Winston, después de darle un mordisco a un

bocadillo.

Una característica de las personas de clase obrera como Adler, pensaba el secretario de la Tesorería, era que sabían lo que era un buen almuerzo. Estaba harto de comer delicadezas francesas al mediodía. Se suponía que el almuerzo debía ser un trozo de carne envuelto en pan. La comida francesa estaba bien, pero para la cena, no para el almuerzo.

—¿Cómo de duros?

—Debemos conseguir lo que queremos. Es preciso que se acostumbren a la idea de que ellos nos necesitan a nosotros mucho más que nosotros a ellos.

—Eso es mucho, George. ¿Qué ocurre si no nos escuchan?

—Llama más fuerte a la puerta, o a su cabeza. Scott, ¿no has leído tú el mismo documento que yo esta mañana?

—Sí —confirmó el secretario de Estado.

—La gente a la que dejan sin empleo son ciudadanos norteamericanos.

—Lo sé. Pero recuerda que no podemos dictar órdenes a un país soberano. Así no es como funciona el mundo.

—Bien, de acuerdo, pero podemos decirles que ellos tampoco nos pueden dictar prácticas comerciales a nosotros.

—George, desde hace mucho tiempo Norteamérica ha adoptado una actitud muy suave en este sentido.

—Tal vez, pero el Decreto de Reforma del Comercio ha entrado ahora en vigor...

—Sí, lo recuerdo. También recuerdo que involucré al país en una guerra —dijo Adler.

—Ganamos. Yo también lo recuerdo. Y puede que otros también lo recuerden. Scott, tenemos un déficit enorme en nuestra balanza comercial con los chinos. El presidente dice que eso debe acabar. Yo estoy de acuerdo. Si nosotros podemos comprarles a ellos, maldita sea, ellos deben comprarnos a nosotros, o de lo contrario adquiriremos los palillos y los ositos de peluche en otro lugar.

—Hay puestos de trabajo en juego —advirtió Adler—. Saben cómo jugar esa baza. Anulan contratos, dejan de comprarnos productos acabados y algunos de nuestros obreros también pierden su empleo.

—O, si tenemos éxito, les vendemos más productos acabados y nuestras industrias contratan más personal para fabricarlos. Juega a ganar, Scott —sugirió Winston.

—Siempre lo hago, pero esto no es un juego de béisbol con reglas y verjas. Es como una regla en plena niebla. Uno no siempre ve al adversario y la maldita línea de llegada es prácticamente invisible.

—Entonces puedo regalarte un radar. ¿Qué te parece si uno de mis chicos te echa una mano?

—¿Quién?

—Mark Gant. Es mi gurú informático. Conoce a fondo los asuntos desde un punto de vista técnico y monetario.

Adler reflexionó. Ese siempre había sido un punto débil en el Departamento de Estado. No muchos conocedores del mundo de los negocios acababan en el servicio diplomático y aprenderlo en los libros no era lo mismo que vivirlo en el mundo real, aunque muchos «profesionales» del Departamento de Estado no fueran suficientemente conscientes de ello.

—De acuerdo, mándamelo. Pero, dime, ¿cómo se supone que debemos ponernos de duros?

—Bueno, supongo que eso tendrás que hablarlo con Jack, pero por lo que me ha dicho esta mañana, quiere que se equilibre el campo de juego.

Era fácil decirlo, pensó Adler, pero no tanto conseguirlo. Sentía afecto y admiración por el presidente Rvan, pero no le pasaba inadvertido el hecho de que no era el hombre más paciente del mundo y, en el mundo de la diplomacia, la paciencia lo era todo. Maldita sea, la paciencia era prácticamente lo único.

—Bien —respondió después de unos momentos de reflexión—. Lo hablaré con él, antes de indicarles a mi personal lo que deben decir. Esto podría ponerse feo. Los chinos juegan duro.

—La vida es una putada, Scott —comentó Winston.

—De acuerdo, tomo nota —sonrió el secretario de Estado—. Veremos lo que dice Jack. Por cierto, ¿cómo va el mercado?

—Todavía bastante sano. Los precios y ganancias siguen ligeramente desequilibrados, pero en general aumentan los beneficios, la inflación está bajo control y la comunidad de inversores se siente a gusto. El presidente de la Reserva Federal mantiene un buen control de la política monetaria. Conseguiremos los cambios que deseamos en el código tributario. Todo tiene bastante buen aspecto. Siempre es más fácil navegar cuando la mar está en calma.

—Sí, algún día deberé probarlo —respondió Adler con una mueca.

Sin embargo, él tenía órdenes de desencadenar un maremoto. Sería interesante.

—¿Cuál es el estado de preparación de la tropa? —preguntó el general Diggs a sus oficiales reunidos.

—Podría ser mejor —reconoció el coronel en jefe de la primera brigada—. Últimamente han escaseado los fondos para la instrucción. Tenemos el equipo y los soldados, y pasamos mucho tiempo en los simuladores, pero no es lo mismo que salir al campo.

Todos asintieron.

—Es un problema para mí, señor —dijo el teniente coronel Angelo Giusti, comandante del primer escuadrón del cuarto regimiento acorazado de caballería,

conocido en el ejército como «cuarto caballo», que era la unidad de reconocimiento de la división y su comandante estaba a las órdenes directas del general de los Primeros Tanques, en lugar de recibir órdenes del comandante de la brigada—. No puedo sacar a mis hombres y es difícil entrenar para el reconocimiento sin salir del cuartel. Los agricultores locales se ponen bastante furiosos cuando aplastamos sus campos y, por tanto, debemos fingir que hacemos reconocimiento desde carreteras asfaltadas. El caso es que no podemos, señor, y eso me preocupa.

Era innegable que hacer circular carros blindados por un campo de maíz era duro para el maíz y, si bien tras todas las formaciones del ejército estadounidense había un vehículo, cuyos pasajeros compensaban inmediatamente a los agricultores por el daño causado, los alemanes eran gente ordenada y los dólares norteamericanos no siempre compensaban el desorden repentino de los campos. Había sido más fácil cuando el Ejército Rojo estaba al otro lado de la verja, amenazando Alemania occidental con la muerte y la destrucción, pero ahora Alemania era un país soberano y los rusos, que se habían retirado más allá de Polonia, habían dejado de suponer la amenaza de antaño. Había unos pocos lugares donde las grandes formaciones podían hacer maniobras, pero había que reservar con tanta antelación como para bailar con la más bella de las doncellas, en una fiesta de puesta de largo. Por consiguiente, el «cuarto caballo» pasaba también demasiado tiempo en los simuladores.

—De acuerdo —dijo Giggs—. La buena noticia es que vamos a beneficiarnos del nuevo presupuesto federal. Disponemos de muchos más fondos para entrenamiento y podemos empezar a gastarlos en doce días. Coronel Masterman, ¿se le ocurre alguna forma de gastarlos?

—Sí, general, creo que se me ocurrirá algo. ¿Podemos imaginar que estamos de nuevo en 1983?

En plena guerra fría, el séptimo ejército alcanzó un excelente nivel de entrenamiento sin parangón en la historia militar, como se demostró finalmente en Irak en lugar de Alemania, pero con un efecto espectacular. En 1983 había empezado a estar realmente vigente el incremento de financiación, hecho del que se percataron plenamente los agentes secretos del KGB y del GRU, hasta entonces convencidos de que el Ejército Rojo podría ser capaz de derrotar a la OTAN. En 1984, incluso los oficiales rusos más optimistas habían abandonado permanentemente dicha idea. Si lograban recuperar aquel nivel de entrenamiento, todos los oficiales reunidos sabían que sus soldados se sentirían felices, porque aunque el entrenamiento fuera duro, ésa era la razón por la que se habían alistado. Un soldado en el campo suele ser un soldado feliz.

—Coronel Masterman, la respuesta a su pregunta es sí. Volviendo a mi pregunta original, ¿cuál es el estado de preparación de la tropa?

—Nuestro nivel es aproximadamente de un ochenta y cinco por ciento —

respondió el comandante de la segunda brigada—. Probablemente un noventa, más o menos, para la artillería...

—Gracias, coronel, estoy de acuerdo —interrumpió el coronel en jefe de la división de artillería.

—Pero todos sabemos lo fácil que es la vida para los artilleros —agregó con sarcasmo el comandante de la segunda brigada.

—¿La aviación? —preguntó Diggs.

—Señor, mi personal está a tres semanas del cien por cien. Afortunadamente, nosotros no destruimos ningún campo de maíz cuando estamos ahí arriba practicando. Mi única queja es que es demasiado fácil para mis muchachos localizar los tanques, cuando tienen que permanecer necesariamente en las carreteras, y no les vendrían mal unas prácticas un poco más realistas. Pero sí, señor, mis pilotos están en condiciones de enfrentarse a cualquiera, especialmente los apaches.

Los pilotos «de serpiente» disfrutaban con un régimen de carne cruda y bebés humanos. Los problemas que habían tenido en Yugoslavia unos años antes habían alarmado a mucha gente y la comunidad aérea había resuelto con presteza la situación.

—Bien, veo que todos están en bastante buena forma, pero no creo que les importe mejorar un poco, ¿no es así? —preguntó Diggs.

Todos asintieron, como era de suponer. Se había informado sobre todos sus mandos cuando cruzaba el charco. Había poco entre ellos que fuera desechable. El ejército tenía menos problemas que otros servicios para conservar a las personas valiosas. Las líneas aéreas no intentaban contratar a comandantes de tanques de la primera acorazada, aunque siempre intentaban robar pilotos de las fuerzas aéreas y, si bien a los cuerpos de policía les encantaba contratar personal de infantería con experiencia, su división contaba sólo con unos mil quinientos soldados y eso era la debilidad estructural de una división acorazada: insuficientes hombres con rifles y bayonetas. Una división de tanques norteamericana estaba extraordinariamente bien organizada para ocupar territorio, aniquilando a todo aquel que se encontrara en la zona que pretendían ocupar, pero no tan bien equipados para conservar el terreno conquistado. El ejército estadounidense nunca había sido un ejército conquistador. En realidad, su espíritu había sido siempre liberador y por tanto esperaban que los habitantes del lugar ofrecieran su ayuda, o por lo menos mostraran su gratitud, pero no hostilidad. Esto constituía una parte tan fundamental de la historia militar norteamericana, que sus altos mandos raramente pensaban en otras posibilidades, si es que alguna vez lo hacían. Vietnam formaba ya parte de un pasado remoto. Incluso Diggs era entonces demasiado joven para participar en el conflicto y a pesar de que le habían dicho la suerte que había tenido de habérselo perdido, eso era algo en lo que casi nunca pensaba. Vietnam no había sido su guerra y en realidad no quería saber

nada de infantería ligera en la jungla. Él pertenecía a la caballería y su idea de combate eran tanques y Bradleys en campo abierto.

—Bien, caballeros. Quiero reunirme por separado con cada uno de ustedes durante los próximos días. Luego precisaré salir para ver sus unidades. Comprobarán que es bastante fácil trabajar para mí —dijo, refiriéndose a que no chillaba como otros generales, y a pesar de que exigía excelencia al igual que cualquiera, no creía que humillar a alguien en público fuera la manera de conseguirlo—, y sé que todos ustedes son bastante buenos. Dentro de seis meses a lo sumo quiero que esta división esté lista para enfrentarse a lo que se presente. Sea lo que sea.

¿Quién podría ser? —pensó el coronel Masterman—. ¿Los alemanes? Podría ser un poco más difícil motivar a la tropa, dada la ausencia total de una amenaza verosímil, pero el puro placer de ser soldado no era tan diferente del de jugar al fútbol. Para la persona adecuada, simplemente era divertido jugar en el barro con grandes juguetes y, con el transcurso del tiempo, empezaban a preguntarse cómo sería en una situación real. Había un contingente en los primeros tanques, de los regimientos 10º y 11º, que había luchado el año anterior en Arabia Saudita y que, como todos los soldados, explicaban sus anécdotas. Pero pocas eran desgraciadas. En general contaban lo mucho que esa guerra se había parecido a unas maniobras, y tildaban a los que habían sido sus enemigos de «pobres, imbéciles, hijos de puta», es decir, que a fin de cuentas no merecían siquiera ser sus enemigos. Pero eso sólo les servía para presumir un poco más. Una guerra ganada en su mayoría sólo deja buenos recuerdos, especialmente si ha sido breve. Se levantaban las copas y se brindaba por los caídos con tristeza y respeto, pero la experiencia global no había sido mala para los soldados que habían participado en la misma.

No era que los soldados anhelaran entrar en combate, sino que a menudo se sentían como futbolistas, que después de mucho entrenamiento nunca llegaban a jugar realmente un partido. Intellectualmente, sabían que el combate era el juego de la muerte, no como el fútbol, pero eso era demasiado teórico para la mayoría de ellos. Los artilleros de los tanques disparaban en las prácticas de tiro, y si el objetivo era de acero, tenían la satisfacción de ver las chispas del impacto, pero no era exactamente lo mismo que ver estallar la torreta del objetivo envuelta en llamas y humo... y ser consciente de que las vidas de tres o cuatro personas habían sido extinguidas, como las velas de un pastel de aniversario frente a un niño de cinco años. Los veteranos de la segunda guerra del Golfo hablaban ocasionalmente de la sensación de ver el resultado de su trabajo, generalmente con un «maldita sea, hermano, fue algo realmente terrible», pero no solía ir más allá. Para los soldados, matar no era realmente asesinar cuando se distanciaban del hecho; ellos habían sido el enemigo y ambos participaban en el mismo juego de la muerte en el campo de batalla, donde uno había ganado y el otro perdido, y si uno no estaba dispuesto a correr ese riesgo,

¿para qué ponerse el uniforme? Además, estaban acostumbrados a oír: «Entrénate mejor, imbécil, porque aquí va en serio». Y ésa era la otra razón por la que a los soldados les gustaba el entrenamiento. No era sólo un ejercicio duro e interesante y bastante divertido. Era un seguro de vida si el juego llegaba a convertirse en realidad y a los soldados, igual que a los jugadores, les gustaba tener buenas cartas.

Diggs dio la reunión por concluida y le indicó al coronel Masterman que se quedara.

—¿Y bien, Duke?

—He estado husmeando. Lo que he visto está bastante bien, señor. Giusti es especialmente bueno y no deja de insistir en el entrenamiento. Eso me gusta.

—A mí también —reconoció inmediatamente Diggs—. ¿Qué más?

—Como ha dicho el jefe, la artillería está en bastante buena forma y las brigadas móviles se desenvuelven satisfactoriamente considerando la falta de práctica en el campo. Puede que no les guste mucho ser los simuladores, pero les sacan buen provecho. Están aproximadamente a un veinte por ciento de nuestro nivel en el décimo de caballería, cuando jugábamos con los israelíes en el Negev, y eso no está nada mal. Si me concede tres o cuatro meses en el campo, señor, estarán listos para tomar el mundo.

—Bien, Duke, le entregaré el cheque la semana próxima. ¿Están listos sus planes?

—Pasado mañana. Voy a dar unas vueltas en helicóptero, para estudiar el terreno que podemos y que no podemos utilizar. Hay una brigada alemana dispuesta a ser nuestro rival.

—¿Son buenos?

—Eso aseguran. Supongo que habrá que verlo. Recomiendo que mandemos primero la segunda brigada. Están ligeramente mejor preparados que las otras dos. El coronel Lisle es nuestro mando.

—Su historial parece bastante bueno. Conseguirá su estrella en la próxima promoción.

—Se la merece —reconoció Masterman.

¿Y qué ocurre con la mía?, pensó aunque no se atrevió a preguntar. Consideraba que merecía el ascenso, pero en realidad nunca se sabía. En cualquier caso, por lo menos trabajaba para otro miembro de la caballería.

—Bien, ¿podrá mostrarme mañana sus planes para la próxima aventura de la segunda brigada en el campo?

—Sí señor, grosso modo —respondió Masterman, inclinando la cabeza, antes de dirigirse a su despacho.

—¿Cómo de duro? —preguntó Cliff Rutledge.

—Acabo de hablar por teléfono con el presidente —respondió Adler— y dice que quiere lo que quiere que es nuestro trabajo conseguirlo.

—Eso es un error, Scott —advirtió el ayudante del secretario de Estado.

—Error o no, trabajamos para el presidente.

—Supongo que sí, pero Pekín ha sido bastante razonable al no ensañarse con nosotros por lo de Taiwan. Puede que éste no sea el mejor momento para presionarlos tanto.

—Mientras hablamos, se están perdiendo puestos de trabajo norteamericanos debido a su política comercial —señaló Adler—. ¿En qué momento bastante se convierte en demasiado?

—Supongo que es Ryan quien lo decide.

—Eso dice la Constitución.

—Y quieres que yo me reúna con ellos, ¿no es cierto? El secretario de Estado asintió.

—Exactamente. Dentro de cuatro días. Redacta tu posición por escrito y muéstramela antes de entregársela, pero quiero que sepan que no bromeamos. El déficit comercial debe disminuir y debe hacerlo pronto. No pueden ganar tanto dinero con nosotros y gastárselo en otro lugar.

—Pero a nosotros no pueden comprarnos armamento —señaló Rutledge.

—¿Para qué necesitan tanto armamento? —preguntó retóricamente Scott Adler—. ¿Qué enemigos exteriores tienen?

—Responderán que su seguridad nacional es asunto suyo.

—Y nosotros les responderemos que nuestra seguridad económica es asunto nuestro y que ellos no colaboran.

Eso significaba señalar a la República Popular, que parecían prepararse para una guerra, pero Rutledge les preguntaría, con una sangre fría premeditada, contra quién se proponían luchar y si eso era bueno para el mundo.

—De acuerdo, puedo presentar nuestro caso —dijo Rutledge, después de ponerse de pie—. No me siento muy a gusto con la situación, pero supongo que eso no importa.

—También es cierto —respondió Adler, a quien no le gustaba mucho Rutledge.

Su historial y sus ascensos eran más políticos que meritorios. Por ejemplo, había sido íntimo amigo del vicepresidente Kealty, pero después de que se apaciguaron los ánimos respecto a aquel incidente, Cliff había lavado su imagen con admirable rapidez. Probablemente no obtendría otro ascenso. Había llegado tan lejos como era posible sin vínculos políticos realmente importantes, como ser profesor en el colegio Kennedy de Harvard, donde era un personaje público que aparecía en las noticias de la televisión por la noche, con la esperanza de llamar la atención del político potencial adecuado. Pero eso era puramente una cuestión de suerte. Rutledge había llegado más lejos de lo que el mérito podía justificar, pero con un sueldo cómodo y mucho prestigio en los cócteles de Washington, donde siempre era uno de los

principales invitados. Y eso significaba que, cuando dejara de trabajar para el gobierno, aumentaría considerablemente sus ingresos en alguna empresa de asesoría. Adler sabía que también podía hacerlo, pero con toda probabilidad no lo haría. Seguramente se haría cargo del colegio Fletcher en Tufts, e intentaría transmitir lo que había aprendido a una nueva generación de diplomáticos en potencia. Realmente era demasiado joven para jubilarse y las perspectivas en el gobierno eran escasas después de haber ocupado el cargo de secretario de Estado, pero la vida académica no estaría demasiado mal. Además, podría realizar algunos trabajos de asesoría y escribir algunos artículos para los periódicos, donde jugaría el papel de sabio estadista decano.

—Bien, voy a trabajar —dijo Rutledge cuando salía por la puerta y giraba a la izquierda, para dirigirse a su propio despacho del séptimo piso.

Bien, eso era un bombón, pensó el ayudante del secretario, aunque el chocolate fuera amargo. Ese Ryan no era como debía ser un presidente. Creía que las relaciones internacionales consistían en apuntar con armas a la cabeza de la gente y exigir, en lugar de razonar con ellos. El método de Rutledge era más lento, pero mucho más seguro. Había que dar algo, para conseguir algo a cambio. Claro que tampoco quedaba mucho por darles a la República Popular, salvo tal vez renunciar al reconocimiento diplomático de Taiwan. No era difícil comprender la razón por la que lo habían hecho, pero no dejaba de ser un error. No era del agrado de la República Popular y uno no podía permitir que un maldito «principio» se interpusiera en el camino de la realidad internacional. La diplomacia, al igual que la política, en la que Ryan también era tristemente deficiente, era una cuestión práctica. Había mil millones de habitantes en la República Popular y eso merecía un respeto. Claro que Taiwan tenía un gobierno democráticamente elegido y todo lo demás, pero no dejaba de ser una provincia emancipada de China y eso lo convertía en un asunto interno. Su guerra civil había estallado hacía más de cincuenta años, pero los asiáticos pensaban a largo plazo.

Bueno —pensó, al sentarse en su despacho—. Queremos lo que queremos y lo conseguiremos... Sacó un cuaderno y se acomodó en su butaca, para tomar unas notas. Puede que fuera la política equivocada, una política estúpida, una política con la que él no estaba de acuerdo, pero era una política y si algún día pretendía ascender, en realidad trasladarse a otro despacho del mismo piso, al de subsecretario de Estado, debía presentarla como si brotara de su propio corazón. Era como ser abogado, pensaba Rutledge. Siempre tenían que estar defendiendo casos estúpidos. Pero eso no los convertía en mercenarios. Los convertía en profesionales, y él era un profesional.

Además, nunca lo habían descubierto. Ed Kealty nunca había revelado a nadie que Rutledge había intentado ayudarlo a convertirse en presidente. Puede que su actitud respecto al presidente hubiera sido artera, pero manteniendo siempre la lealtad

a su propia gente, como se suponía que debía hacerlo un político. Y ese Ryan, a pesar de lo listo que era, nunca se había enterado. Aquí estamos, señor presidente —pensó Rutledge—. Se cree usted muy listo, pero me necesita a mí para llevar a cabo su política. ¡Ja!

—Es un cambio agradable, camarada ministro —comentó Bondarenko al entrar en el despacho.

Golovko le indicó que tomara asiento y le sirvió una copa de vodka, el combustible de las reuniones de trabajo en Rusia. El teniente general tomó el sorbo obligado y dio las gracias por la hospitalidad formal. Solía acudir a aquel despacho después de las horas de trabajo, pero en esta ocasión había sido citado oficialmente, e inmediatamente después del almuerzo. Se habría sentido incómodo —en otra época, uno se apresuraba en ir al servicio cuando recibía una llamada del cuartel general del KGB—, de no haber sido por la relación cordial que mantenía con el jefe del espionaje ruso.

—Bien, Gennady Iosifovich, he hablado de usted y de sus ideas con el presidente Grushavoy y hace mucho tiempo que tiene tres estrellas. Ha llegado el momento, el presidente y yo estamos de acuerdo en que se le conceda otra y un nuevo destino.

—¿En serio?

Bondarenko no estaba sorprendido, pero adoptó inmediatamente una actitud cautelosa. No siempre era agradable que su carrera estuviera en manos de otros, aunque fueran personas que le gustaban.

—Sí. A partir del próximo lunes será usted el general Bondarenko y poco después se trasladará para convertirse en capitán general del distrito militar del Lejano Oriente.

Esto le obligó a levantar las cejas. Era un sueño que albergaba en su mente desde hacía tiempo, y ahora se había convertido en realidad.

—¿Puedo preguntar por qué?

—El caso es que yo comparto su preocupación por nuestros vecinos amarillos. He visto algunos informes del GRU sobre las constantes maniobras del ejército chino y, para ser sinceros, la información secreta que recibimos de Pekín deja mucho que desear. Por consiguiente, Eduard Petrovich y yo consideramos que puede ser necesario reforzar nuestras defensas orientales. Esa será su misión, Gennady. Hágalo bien y probablemente le sucedan otras cosas buenas.

Y eso sólo podía significar una cosa, pensó Bondarenko, tras un rostro admirablemente impasible. Más allá de las cuatro estrellas existía sólo la grande de mariscal, que era el rango más elevado que podía alcanzarse en el ejército ruso. Luego, uno ya sólo podía ser comandante en jefe de las fuerzas armadas, o ministro de Defensa, o jubilarse para escribir sus memorias.

—Hay algunas personas a las que querría llevarme a Chabarsovil, unos coroneles

de mi oficina de Operaciones —dijo contemplativamente el general.

—Está en su derecho, naturalmente. Dígame, ¿qué piensa hacer allí?

—¿Realmente quiere saberlo? —preguntó el general recién ascendido.

—Comprendo —respondió Golovko, con una radiante sonrisa—. ¿Piensa reconstruir el ejército ruso a su imagen y semejanza?

—No a mi imagen, camarada ministro. A una imagen de victoria, como la que teníamos en 1945. Hay imágenes que uno prefiere borrar y otras que son intocables. ¿Cuál cree que debería ser la nuestra?

—¿Cuánto costará?

—Sergey Nikolay'ch, yo no soy economista ni contable, pero puedo asegurarle que el coste de hacer esto será muy inferior al de no hacerlo.

Y ahora tendría más acceso a la información secreta que su país poseyera, pensó Bondarenko. Hubiera sido preferible que Rusia invirtiera los mismos recursos que en otra época invertía la Unión Soviética, en lo que los norteamericanos denominaban delicadamente «medios técnicos nacionales»: satélites estratégicos de reconocimiento. Pero dispondría de lo que había y tal vez lograría convencer a las fuerzas aéreas para que efectuaran algunos vuelos especiales...

—Se lo comunicaré al presidente Grushavoy.

Claro que no serviría de mucho. Las arcas seguían vacías, aunque eso podía cambiar en unos años.

—¿Nos permitirán gastar un poco más esos minerales de Siberia?

—Sí —asintió Golovko—, pero habrá que esperar unos años. Paciencia, Genady. El general tomó un último trago de vodka.

—Yo puedo tener paciencia, ¿pero la tendrán los chinos?

Golovko comprendía la preocupación de su interlocutor.

—La verdad es que hacen más maniobras militares que antes. Pero no hay razones diplomáticas para preocuparse. Las relaciones entre nuestros países son cordiales.

Lo que al principio había sido motivo de preocupación se había convertido por su continuidad en una cuestión rutinaria y Golovko, al igual que muchos otros, tendía a perder esa información entre el ruido aparentemente azaroso de la vida cotidiana.

—Camarada ministro, no soy diplomático ni agente de inteligencia, pero estudio historia. Recuerdo que las relaciones entre la Unión Soviética y la Alemania de Hitler fueron cordiales hasta el 23 de junio de 1941. Las avanzadillas alemanas se cruzaron con trenes soviéticos que circulaban hacia el oeste, con aceite y grano para los fascistas. Eso me permite llegar a la conclusión de que la situación diplomática no es siempre un indicador de las intenciones de una nación.

—Es cierto y ésa es la razón por la que tenemos un servicio de inteligencia.

—Entonces recordará que, en el pasado, la República Popular siempre ha mirado

con envidia las riquezas minerales de Siberia. Esa envidia probablemente ha crecido a raíz de nuestros últimos descubrimientos. No los hemos divulgado, pero debemos suponer que los chinos disponen de fuentes de inteligencia aquí, en Moscú, ¿me equivoco?

—Es una posibilidad que no podemos descartar —reconoció Golovko.

No agregó que dichas fuentes probablemente eran comunistas convencidos de la antigua Rusia, personas que lamentaban la caída del sistema político anterior en su país y tal vez veían en China el medio de restaurar en Rusia la verdadera fe marxista/leninista, aunque sazonada con un poco de maoísmo. En otra época, ambos habían sido miembros del partido comunista; Bondarenko, porque era un requisito para ascender en el ejército soviético, y Golovko, porque de lo contrario nunca se le habría confiado un cargo en el KGB. Ambos habían pronunciado las palabras y habían mantenido los ojos bien abiertos en las reuniones del pasado, al tiempo que tanto uno como otro contemplaban a las mujeres presentes, o se limitaban a soñar en cosas más inmediatas. Pero había quienes habían escuchado y reflexionado, que creían realmente en aquella basura política. Tanto Bondarenko como Golovko eran pragmáticos, interesados sólo en la realidad palpable, más que en un discurso que algún día podría o no convertirse en realidad. Afortunadamente para ambos, ejercían profesiones más interesadas por la realidad que por la teoría, donde sus exploraciones intelectuales se exploraban con mayor facilidad, porque los hombres de visión eran siempre necesarios, incluso en un país donde se suponía que la visión estaba controlada.

—Pero dispondrá de amplios recursos para actuar según sus preocupaciones.

No era cierto, pensó el general. Dispondrá de... ¿qué...? Seis divisiones de infantería motorizada, una división de tanques y una división de artillería, todas ellas formaciones del ejército regular con un setenta por ciento aproximado de fuerza nominal y un entrenamiento dudoso. Su primera misión, que no sería despreciable, consistiría en convertir a esos chicos uniformados en soldados del Ejército Rojo, como los que habían derrotado a los alemanes en Kursk y avanzado luego hasta capturar Berlín. Eso constituiría una auténtica proeza, ¿pero quién sería el más indicado para conseguirlo?, se preguntó Bondarenko. Sabía que había algunos jóvenes generales muy prometedores y tal vez robaría a uno de ellos, pero en su propia generación, el general Gennady Iosifovich Bondarenko se consideraba el mayor cerebro de las fuerzas armadas de su país. Pues ahora ocuparía un cargo que le brindaría la oportunidad de demostrarlo. Evidentemente, existía la posibilidad de que fracasase, pero los hombres como él veían oportunidades donde otros veían peligros.

—¿Supongo que tendré vía libre? —preguntó, después de unas últimas reflexiones.

—Dentro de lo razonable —asintió Golovko—. Preferiríamos que no iniciara una

guerra allí.

—No tengo intención de llegar a Pekín. Nunca me ha gustado su comida — bromeó Bondarenko.

Y los rusos deberían ser mejores soldados. Nunca se había puesto en duda la habilidad en combate de los varones rusos.

Sólo necesitaban un buen entrenamiento, un buen equipo un buen liderazgo. Bondarenko creía poder suministrar dos de esos requisitos y eso debería bastarle. Su mente ya volaba hacia el este, pensaba en su cuartel general, en el cuadro de oficiales que encontraría, en los que tendría que reemplazar y de dónde procederían los sustitutos. Únicamente habría zánganos, oficiales de carrera que sólo pretendían pasar el tiempo y rellenar formularios, como si ésa fuera la misión de un oficial de campo. A esos individuos se les acabaría la carrera... bueno, les concedería treinta días para enderezarse y, conociéndose a sí mismo, inspiraría a algunos a descubrir de nuevo su vocación. Su mejor esperanza radicaba en los soldados individuales, los jóvenes que llevaban el uniforme de su país con indiferencia, porque nadie les había explicado con exactitud lo que eran y la importancia de su misión. Pero él lo resolvería. Esos muchachos eran soldados. Eran guardianes de su país y merecían sentirse orgullosos de ello. Con un entrenamiento adecuado, en nueve meses vestirían mejor su uniforme, caminarían más erguidos y presumirían un poco cuando estuvieran de permiso, como debían hacer los soldados. Les mostraría cómo hacerlo, se convertiría en un padre putativo que impulsaba y alentaba a sus nuevos hijos hacia la virilidad. Era una misión tan digna como la que cualquier hombre pudiera desear, y como comandante en jefe del Lejano Oriente, tal vez establecería un ejemplo que las fuerzas armadas de su país pudieran emular.

—Bien, Gennady Iosifovich, ¿qué le digo a Eduard Petrovich? —preguntó Golovko, inclinado sobre la mesa para servirle otra copa del excelente vodka Starka a su invitado.

Bondarenko levantó la copa para brindar.

—Camarada ministro, le ruego que le comunique a nuestro presidente que tiene un nuevo comandante en jefe del Lejano Oriente.

XVIII. EVOLUCIONES

Lo interesante para Mancuso de su nuevo trabajo era que ahora tenía aviones bajo su mando, que comprendía bastante bien, pero, además, tropas de tierra, que apenas entendía. Su último contingente comprendía la 3ª División de Infantería de Marina con base en Okinawa y la 25ª División de Infantería Ligera del Ejército de Tierra, estacionada en los cuarteles de Schofield, en Oahu. Nunca había tenido bajo su mando directo a más de unos ciento cincuenta hombres, todos a bordo de su primera y última auténtica comandancia, como él lo entendía, el USS Dallas. Eso era una buena cantidad, suficientemente grande para ser mayor que una gran familia y suficientemente pequeña para conocer los rostros y los nombres de todos ellos. La comandancia del Pacífico era algo muy diferente. El cuadrado de la tripulación del Dallas no se acercaba siquiera a la fuerza que mandaba directamente desde su escritorio.

Había hecho el curso de Capstone, un programa diseñado para introducir a los altos mandos de la armada a otras ramas del servicio. Había caminado por el monte con los soldados del ejército de tierra, se había arrastrado por el barro con los marines, había presenciado incluso un abastecimiento de combustible en pleno vuelo, desde el asiento auxiliar de un transporte aéreo C-5B (el acto más contranatural que había imaginado ver en su vida, el de dos aviones apareados en el aire a trescientos nudos) y había jugado con los equipos pesados del ejército en Fort Irwin, California, donde se había puesto a prueba conduciendo tanques y Bradleys. Pero verlo y jugar con los muchachos, así como embadurnarse de barro, no era exactamente lo mismo que conocerlo. Tenía una vaga idea sobre su aspecto, su ruido y su olor. Había visto la seguridad que reflejaban los rostros de los hombres con uniformes de diferentes colores y se había dicho a sí mismo un millar de veces que, en realidad, todos pertenecían a un mismo ejército. El espíritu de un sargento al mando de un tanque Abrams no se diferenciaba mucho del capitán de una lancha torpedera, ambos hacía tiempo que no se duchaban, y había escasa diferencia en la seguridad que tenían en sí mismos un «boina verde» y un piloto de caza. Pero para mandar a esas personas con eficacia precisaba más conocimientos, se dijo a sí mismo el comandante en jefe del Pacífico. Debía haber recibido más formación «conjunta». Pero luego pensó en que, incluso para los mejores pilotos de las fuerzas aéreas o de la armada, sería difícil comprender lo que había hecho en el Dallas. Maldita sea, sólo para comprender la importancia de la seguridad del reactor necesitarían un año, que era aproximadamente lo que había tardado él en otra época, sin llegar a convertirse en un «especialista nuclear». Los distintos servicios se diferenciaban en su forma de sentir la misión, y eso se debía a que las misiones eran tan diferentes por naturaleza como un perro ovejero y un pitbull.

Pero él debía mandarlos a todos y hacerlo con eficacia, para evitar que como consecuencia de algún error la señora Smith recibiera un telegrama comunicándole la muerte prematura de su hijo o de su esposo, debida a la metedura de pata de un alto mando. Por esa razón, reflexionó el almirante Bart Mancuso, disponía de una amplia colección de oficiales, incluido un especialista en superficie que explicaba lo que hacía un objetivo determinado (para Mancuso, cualquier barco de superficie era un objetivo), un sabueso del aire que explicaba los atributos de los aviones de la armada, un marine y algunos soldados que explicaban cómo desenvolverse en el barro, y algunos pilotos de las fuerzas aéreas que contaban de lo que eran capaces sus aparatos. Todos le ofrecían consejos, que cuando los aceptaba se convertían en sus propias ideas, porque él era quien estaba al mando y eso significaba ser responsable de todo lo que ocurría en o cerca del océano Pacífico, incluso cuando algún suboficial de un E-4 recién ascendido hacía un comentario lujurioso sobre las hermosas tetas de alguna compañera, algo nuevo en la marina que Mancuso habría preferido postergar otra década. Ahora admitían mujeres incluso en los submarinos, y el almirante no lamentaba en absoluto habérselo perdido. ¿Qué habrían pensado de eso Much Morton y los tripulantes de sus submarinos en la segunda guerra mundial?

Calculó que sabía cómo organizar unas maniobras navales, unos de esos grandes ejercicios de entrenamiento en los que la mitad de la 7ª flota atacaría y destruiría administrativamente la otra mitad, seguidos de un desembarco simulado de un batallón de marines. Los aviones de la marina entrarían en combate con los de las fuerzas aéreas y, cuando todo hubiera terminado, los ordenadores indicarían quién había ganado y quién había perdido; en diversos bares se pagarían toda clase de apuestas y habría algunos disgustos, porque quedaba constancia en los expedientes (e influían en las perspectivas de ascenso) de los resultados de los combates simulados.

Entre todas las fuerzas de las que disponía, Mancuso calculaba lógicamente que los submarinos eran los que estaban en mejor forma, porque su destino anterior era el de comandante en jefe de Submarinos en el Pacífico y había sometido sus buques sin contemplaciones a una preparación impecable. Además, el pequeño intercambio bélico en el que se habían visto envueltos dos años antes había imbuido en sus tripulaciones la sensación de una misión real, hasta el punto de que los tripulantes de los boomers, autores de una emboscada contra un submarino, digna de los mejores momentos de Charlie Lockwood, todavía presumían cuando andaban por la playa. Los boomers seguían en servicio como buques auxiliares de ataque rápido, porque Mancuso se lo había solicitado al comandante en jefe, que era su amigo Dave Seaton, y éste a su vez había solicitado fondos adicionales al Congreso, que respondió con amabilidad y solicitud después de dos conflictos recientes, en los que había quedado claro que el personal uniformado no sólo servía para abrirles y cerrarles las puertas a los representantes electos del pueblo. Además, los buques clase Ohio eran demasiado

caros para ser desguazados y se utilizaban principalmente para valiosas misiones oceanográficas en el Pacífico norte, lo cual agradaba a los amantes de los árboles (o en este caso de los peces y los delfines), que gozaban de un poder excesivo a juicio de este guerrero de traje blanco.

Con cada nuevo día llegaba su informe oficial matutino, presentado habitualmente por el general de brigada Mike Lahr, su oficial de inteligencia J-2. Las noticias eran particularmente buenas. En la mañana del 7 de diciembre de 1941, Estados Unidos descubrió la ventaja de facilitar a los comandantes de zona la información secreta que pudieran necesitar y ahora el comandante en jefe del Pacífico, al contrario del almirante Husband E. Kimmel, recibía mucha información.

—Buenos días, Mike —dijo Mancuso, mientras un asistente preparaba el café.

—Buenos días, señor —respondió el general de una estrella.

—¿Qué hay de nuevo en el Pacífico?

—La noticia más importante es que los rusos han nombrado a un nuevo jefe de su distrito militar del Lejano Oriente. Su nombre es general Bondarenko. Su destino anterior era como oficial de operaciones J-3 del ejército ruso. Su historial es bastante interesante. Empezó en Comunicaciones, que no es una sección de combate, pero luego se distinguió en Afganistán al final de aquella aventura. Tiene la Orden de la Bandera Roja y es Héroe de la Unión Soviética, ambas condecoraciones concedidas cuando era coronel. A partir de ahí ascendió rápidamente. Buenos contactos políticos. Ha trabajado de cerca con un individuo llamado Golovko, ex agente del KGB que todavía se dedica al espionaje y conoce personalmente al presidente, me refiero al nuestro. Golovko es esencialmente el jefe operativo del presidente ruso Grushavoy, como una especie de primer ministro o algo por el estilo. Grushavoy le presta atención sobre muchos asuntos y es una vía de comunicación con la Casa Blanca para cuestiones de «interés mutuo».

—Estupendo. De modo que los rusos tienen acceso a Jack Ryan a través de ese individuo. ¿Qué clase de personaje es? —preguntó el almirante.

—Muy listo y muy capacitado, según nuestros amigos de Langley. Pero, volviendo a Bondarenko, según su historial, también es muy listo y muy capacitado, con buenas perspectivas de ascenso. La inteligencia y el valor personal pueden ser muy útiles en su ejército, al igual que en el nuestro.

—¿En qué condiciones está su nueva tropa?

—No muy buenas, señor. Observarnos ocho formaciones del tamaño de divisiones, seis divisiones de infantería motorizada, una de tanques y una de artillería. Todas parecen de bajo nivel según nuestra evaluación y pasan poco tiempo en el campo. Bondarenko cambiará la situación, si actúa según lo previsto.

—¿Usted cree?

—Como J-3, se quejaba de que era preciso aumentar el nivel de instrucción; es

bastante intelectual. El año pasado publicó un extenso ensayo sobre las legiones romanas, titulado Los soldados de los césares, en el que aparecía la famosa cita de Josephus: «Sus maniobras son batallas sin sangre y sus batallas son maniobras sangrientas». En cualquier caso, era un escrito puramente histórico, con fuentes como Josephus y Vegetius, pero sus implicaciones eran claras. Pedía a gritos un mejor entrenamiento para el ejército ruso y también el establecimiento de suboficiales profesionales. Dedicó muchas páginas a las discusiones de Vegetius sobre la formación de centuriones. El ejército soviético no tenía sargentos como los conocemos nosotros y Bondarenko forma parte de una nueva generación de altos mandos, según los cuales, el ejército ruso debería introducir de nueva esa institución. Y tiene razón —opinó Lahr.

—¿Entonces cree que pondrá a su personal en forma? ¿Y la marina rusa?

—No está bajo su mando. Dispone de aviación frontal táctica y tropas terrestres, pero eso es todo.

—Su armada está tan hundida en la mierda que no alcanza siquiera a ver el papel higiénico —comentó Mancuso.

—¿Qué más?

—Un montón de material político que puede leer a su antojo. Los chinos prosiguen con sus maniobras. Ahora hacen ejercicios con cuatro divisiones al sur del río Amur.

—¿Tan grandes?

—Almirante, están en un régimen creciente de entrenamiento desde hace casi tres años. Nada desesperado, pero han estado gastando dinero para acelerar el Ejército Popular. En estas maniobras utilizan muchos tanques y transportes de personal blindados. Mucha artillería con fuego real. Disponen de una zona muy buena, con pocos civiles, parecida a Nevada pero no tan llana. Al principio los vigilábamos con mucha atención, pero ahora se ha convertido en algo bastante rutinario.

—No me diga. ¿Y qué piensan de eso los rusos?

Lahr se acomodó en su butaca.

—Probablemente es ésa la razón del nuevo destino de Bondarenko, señor. Es el revés de la forma en que han aprendido a luchar los rusos. Los chinos los superan por mucho en cantidad sobre el terreno, pero nadie anticipa hostilidades. La política es bastante estable en este momento.

—¿Y Taiwan? —refunfuñó el almirante tras su escritorio.

—Ligero aumento de maniobras cerca del estrecho, pero principalmente de formaciones de infantería, sin nada que se parezca siquiera remotamente a ejercicios anfibios. Eso es algo que vigilamos de cerca, con la ayuda de nuestros amigos de la República China.

Mancuso asintió. Tenía un archivo lleno de planes para mandar la 7.a Flota hacia

el oeste y casi siempre había uno de sus buques de superficie en «visita de cortesía» en la isla. Para sus marinos, la República China era un puerto maravilloso, repleto de mujeres cuyos servicios eran objeto de negociaciones comerciales. Y la presencia de un buque gris norteamericano amarrado en el puerto suponía una protección para la ciudad contra un posible ataque con misiles. Un mero rasguño a un barco de guerra estadounidense era considerado como una provocación bélica. Y nadie creía que los comunistas chinos estuvieran todavía en condiciones de hacerlo. Para que no cambiara la situación, Mancuso mantenía sus buques en maniobras permanentes, practicando su fuerza de interceptación y ataque como en la década de los ochenta. Por lo menos, siempre tenía un submarino de ataque rápido o un boomer de ataque lento en el estrecho de Formosa, sobre lo que de vez en cuando se permitía una filtración a la prensa aparentemente no intencionada. Pero sólo muy raramente entraba uno de los submarinos en el puerto. Eran más eficaces cuando no se los veía. En otro archivo tenía gran cantidad de fotografías de periscopio de buques de guerra chinos y algunas fotos de «cascos» tomadas directamente desde debajo, que servían esencialmente para poner a prueba el temple de los comandantes de sus submarinos.

De vez en cuando también ordenaba localizar submarinos chinos a su personal, como lo había hecho él en el Dallas con los de la antigua armada soviética. Los reactores nucleares chinos eran tan ruidosos que hasta los peces huían para que no les dañaran los oídos, según bromeaban sus sonaristas. Por mucho que esgrimiera la República Popular su sable ante Taiwan, un ataque por su parte, si se enfrentaban a la 7.a Flota, pronto se convertiría en una sangrienta masacre, y confiaba en que Pekín fuera consciente de ello. Si no lo eran, averiguarlo sería un ejercicio sucio y caro. Pero la capacidad anfibia de los comunistas chinos todavía era muy limitada y no mostraban indicios de mejorarla.

—¿De modo que en el campo parece un día como otro cualquiera? —preguntó Mancuso, concluido el informe.

—Así es —confirmó el general Lahr.

—¿Qué medios hemos asignado para vigilar a nuestros amigos chinos?

—Sobre todo aéreos —respondió J-2—. Nunca hemos tenido gran cosa en el sentido de inteligencia humana en la República Popular, por lo menos que yo sepa.

—¿A qué se debe?

—En términos sencillos, sería bastante difícil para personas como nosotros pasar inadvertidos en su sociedad y, según mis últimas noticias, la mayoría de los norteamericanos de origen asiático trabajan en empresas informáticas.

—No hay muchos en la marina. ¿Y en el ejército?

—No muchos, señor. Su representación es mínima.

—Me pregunto por qué.

—Señor; yo soy oficial de inteligencia, no demógrafo —respondió Lahr.

—Supongo que ese trabajo ya es bastante difícil, Mike. Bien, si ocurre algo interesante, comuníquemelo.

—No le quepa la menor duda, señor —dijo Lahr, de camino a la puerta, cuando llegaba el oficial J-3 de Operaciones, que aquel espléndido día informaría al almirante del paradero de todas sus naves, incluido el de los buques y aviones averiados a la espera de reparación.

Seguía tan atractiva como antes, aunque no había sido fácil lograr que viniera. Tanya Bogdanova no se había escondido, pero durante varios días no habían logrado localizarla.

—¿Has estado ocupada? —preguntó Provalov.

—Da, con un cliente especial —asintió Tanya—. Hemos estado en San Petersburgo. No me llevé el busca. Le molestan las interrupciones —explicó, sin el menor remordimiento.

Provalov podría haberle preguntado por el coste de pasar varios días con ella, y probablemente se lo habría dicho, pero decidió que no era imprescindible saberlo. Seguía siendo como un espejismo, al que sólo faltaban alas para ser un ángel. Salvo por los ojos y, naturalmente, el corazón. Los primeros, fríos, y lo segundo, inexistente.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo el teniente de policía.

—Adelante.

—Un nombre. Klementi Ivan'ch Suvorov. ¿Te dice algo? Se reflejó humor en su mirada.

—Sí, claro, lo conozco bien —respondió, sin tener que aclarar lo que se entendía por «bien».

—¿Qué puedes decirme de él?

—¿Qué quiere saber?

—Su dirección, para empezar.

—Vive en las afueras de Moscú.

—¿Con qué nombre?

—El no sabe que yo lo sé, pero en una ocasión vi sus documentos. Ivan Yurievich Koniev.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Provalov.

—Estaba dormido, evidentemente, y registré su ropa —respondió con toda tranquilidad, como si le contara al teniente de policía dónde compraba el pan.

—De modo que él te jodió y tú lo jodiste a él, pensó Provalov. —¿Recuerdas su dirección?

Tanya negó con la cabeza.

—No, pero vive en una de las nuevas urbanizaciones junto a la ronda exterior.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Una semana antes de la muerte de Gregorio Filipovich —respondió inmediatamente.

Entonces Provalov tuvo un ramalazo de inspiración.

—Tanya, la noche anterior a la muerte de Gregoriy, ¿con quién estuviste?

—Un ex soldado o algo por el estilo, deje que piense... un tal... Pyotr Alekseyevich...

—¿Amalrik? —preguntó Provalov, casi levantándose de un brinco.

—Sí, algo así. Tenía un tatuaje en el brazo, un tatuaje del Spetsnaz que muchos se hicieron en Afganistán. Era un tipo muypreciado de sí mismo, pero no muy bueno en la cama —agregó desdeñosamente Tanya.

Y nunca lo será, pudo haber añadido Provalov, pero no lo hizo.

—¿Quién organizó la... cita?

—Ah, eso fue cosa de Klementi Ivan'ch. Tenía un arreglo con Gregoriy. Evidentemente, hacía mucho tiempo que se conocían. A menudo, Gregoriy organizaba citas especiales para los amigos de Klementi.

¿Suvorov hizo que uno o ambos de sus asesinos follaran con las putas pertenecientes al hombre que asesinarían al día siguiente...? Quienquiera que fuese Suvorov tenía un sentido curioso del humor... a no ser que el auténtico objetivo hubiera sido Sergey Nikolay'ch. Provalov acababa de descubrir una información importante, pero no parecía aclarar en absoluto el caso que investigaba. Un dato más que no facilitaba su trabajo, sino que lo dificultaba. Se enfrentaba de nuevo a las dos mismas posibilidades: ese Suvorov había contratado a dos soldados del Spetsnaz para matar a Rasputín y luego los había eliminado a ellos como «seguro» para evitar repercusiones, o los había contratado para eliminar a Golovko y luego los había matado a ellos por haber cometido un grave error. ¿Cuál de las dos? Tendría que encontrar a Suvorov para averiguarlo. Pero ahora disponía de un nombre y de un paradero probable, que le brindaban la posibilidad de seguir investigando.

XIX. PERSECUCIÓN

Las cosas se habían calmado en el cuartel general de Rainbow en Hereford, Inglaterra, hasta el punto de que John Clark y Ding Chavez empezaban a manifestar síntomas de impaciencia. El régimen de entrenamiento era tan estricto como de costumbre, pero nadie había sufrido nunca de agotamiento y los objetivos —de papel y electrónicos en sustitución de seres humanos— no eran tan satisfactorios, o puede que el calificativo más apropiado fuera emocionantes. Sin embargo, los miembros del equipo Rainbow no lo expresaban, ni siquiera entre ellos, por temor a parecer poco profesionales y ávidos de sangre. Les habían enseñado que el entrenamiento era una batalla sin sangre y la batalla era un entrenamiento sangriento. Y lo cierto era que, al tomarse el entrenamiento tan en serio, mantenían sus habilidades muy afiladas; lo suficiente como para afeitar el vello del rostro de un bebé.

El equipo nunca se había dado a conocer públicamente, por lo menos no como tal. Pero de algún modo se sabía de su existencia. No en Washington ni en Londres, sino en algún lugar de Europa, se había filtrado la noticia de que la OTAN disponía ahora de un equipo contraterrorista muy especial y muy capacitado que había llevado a cabo varias misiones con violaciones y saqueos. Sólo en una ocasión habían sido contraatacados por terroristas irlandeses, pero luego pagaron un alto precio por su error de cálculo. Los periódicos europeos los llamaban «los hombres de negro» por el color de sus uniformes de asalto, y debido a su relativa ignorancia, la prensa europea había convertido Rainbow en algo aún más temible de lo que en realidad era. Tal era su reputación que, cuando siete meses antes el equipo se trasladó a Holanda, pocas semanas después de que circulara la noticia de su existencia, y los malos en una escuela secundaria descubrieron que había caras nuevas en el vecindario, se apresuraron a negociar con el doctor Paul Bellow y llegaron a un acuerdo antes de iniciar las hostilidades, para satisfacción de todos. Ni siquiera a «los hombres de negro» les atraía la idea de iniciar un tiroteo en una escuela llena de niños.

Durante los últimos meses, algunos miembros del equipo habían resultado heridos o habían regresado a los servicios de los que procedían, y habían llegado otros nuevos para reemplazarlos. Uno de ellos era Ettore Falcone, ex miembro del Cuerpo de Carabineros, mandado a Hereford tanto por su propia protección como para ayudar al equipo de la OTAN. Un buen día, Falcone estaba paseando por las calles de Palermo, en Sicilia, con su esposa e hijo en una agradable tarde primaveral, y se inició un tiroteo justo delante de él. Tres asesinos con ametralladoras acribillaban a un peatón, acompañado de su esposa y de un guardaespaldas de la policía, Falcone desenfundó inmediatamente su Beretta y aniquiló a los tres malhechores disparándoles a la cabeza desde diez metros de distancia. Su actuación no sirvió para salvar a las víctimas, pero despertó la ira del capo mafioso, dos de cuyos hijos participaban en el

tiroteo. Falcone se mofó públicamente de la amenaza, pero en Roma, donde el gobierno italiano no quería que estallara una contienda entre la mafia y su propia policía federal, predominó la sensatez y mandaron a Falcone a Hereford, para convertirse en el primer miembro italiano de Rainbow. Pronto demostró ser el mejor tirador de pistola que habían visto nunca.

—Maldita sea —exclamó John Clark, después de terminar su quinta ronda de diez disparos.

¡Aquel individuo le había vuelto a ganar! Lo llamaban «gran pájaro». Ettore, Héctor, medía aproximadamente metro noventa y estaba delgado como un jugador de baloncesto, lo cual no era la mejor constitución para un miembro de un comando antiterrorista, ¡pero, joder, cómo disparaba aquel hijo de puta!

—Grazie, general —dijo el italiano, cuando recogía las cinco libras que se habían apostado.

John no podía siquiera presumir de haberlo hecho en la vida real, mientras que el «gran pájaro» sólo lo lograba en dianas de papel. Aquel italiano había aniquilado a tres individuos armados con metralletas y lo había hecho cuando paseaba con su esposa y su hijo. No sólo era un tirador de gran talento, sino que tenía dos enormes cojones de bronce entre las piernas. Y su esposa, Anna María, tenía la reputación de ser una excelente cocinera. En cualquier caso, Falcone le había superado por un punto en una ronda de cincuenta disparos. Y John había practicado durante varias semanas antes de la competición.

—Ettore, ¿dónde diablos ha aprendido a disparar? —preguntó Rainbow Seis.

—En la academia de policía, general Clark. Antes nunca había disparado un arma, pero tuve un buen instructor —respondió el sargento con una amable sonrisa, que no presumía en absoluto de su talento, lo cual empeoraba todavía más la situación.

—Sí, claro —dijo Clark, al tiempo que guardaba la pistola en su funda y se alejaba de la galería de tiro.

—¿Usted también, señor? —preguntó Dave Woods, el mejor tirador del equipo, cuando Clark se dirigía hacia la puerta.

—¿De modo que no soy el único? —respondió Rainbow Seis.

Woods levantó la mirada de su bocadillo.

—¡Maldita sea, tiene barra libre en el Green Dragon por haberme ganado! —declaró el brigada Woods, que era quien le había enseñado a Wyatt Earp todo lo que sabía.

En el bar del SAS/Rainbow, probablemente le había enseñado al nuevo muchacho a tomar cerveza inglesa. No sería fácil vencer a Falcone. El margen de probabilidades era muy limitado, con alguien que casi siempre daba en el blanco «posible» o certero.

—En tal caso, brigada, supongo que estoy en buena compañía.

Clark movió la cabeza y le dio una palmada en el hombro cuando se dirigía a la puerta. A su espalda, Falcone disparó otra ronda. Evidentemente, le gustaba ser el número uno, y practicaba mucho para no perder su puesto. Hacía mucho tiempo que nadie lo ponía a prueba en un campo de tiro. A John no le gustaba, pero reconocía que era justo y que Falcone había ganado ajustándose a las reglas del juego.

¿Era un indicio más de que empezaba a ser más lento? Evidentemente no corría con la rapidez de los jóvenes de Rainbow y eso también le preocupaba. John Clark todavía no estaba preparado para ser viejo. Tampoco lo estaba para ser abuelo, pero ahí no había tenido elección. Su hija y Ding le habían dado un nieto y no podía pedirles que lo devolvieran. Mantenía su peso controlado, aunque ello supusiera, como había ocurrido hoy, tener que sacrificar el almuerzo para perder cinco rondas en el campo de tiro.

—¿Cómo ha ido, John? —preguntó Alistair Stanley, cuando Clark entraba en las oficinas.

—Ese muchacho es realmente bueno, Al —respondió John, al tiempo que guardaba su pistola en el cajón del escritorio.

—Desde luego. La semana pasada me ganó cinco libras.

—Supongo que esto lo convierte en unánime —refunfuñó John, acomodándose en su silla giratoria, como el «administrativo» en el que se había convertido—. Bien, ¿ha llegado algo mientras yo me dedicaba a perder dinero?

—Sólo esto de Moscú. En cualquier caso, no tenía por qué haber llegado aquí —respondió Stanley, cuando le entregaba el fax a su jefe.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Ed Foley, en su despacho del séptimo piso.

—Quieren que los ayudemos a entrenar a algunos de sus muchachos —respondió Mary Pat a su marido.

El mensaje original era suficientemente absurdo, para haber tenido que repetirlo.

—Maldita sea, muchacha, ¿hasta qué punto se supone que debemos ser ecuménicos? —preguntó el director de inteligencia.

—Sergey Nikolay'ch cree que estamos en deuda con él. Y tú sabes...

Ed tuvo que asentir.

—Se bueno, puede que sí, supongo. Pero esto hay que consultarlo con las altas esferas.

—A Jack le parecerá gracioso —pensó la subdirectora (de Operaciones).

—¡Mierda! —exclamó Ryan en el despacho oval antes de levantar la cabeza, cuando Ellen Sumter le entregó el fax de Langley—. Discúlpeme, Ellen.

Ella le sonrió como una madre a un hijo precoz.

—Sí señor presidente.

—¿No tendrá un...?

La señora Sumter se había acostumbrado a llevar vestidos con grandes bolsillos

laterales, de uno de los cuales sacó un paquete de Virginia Slims y se lo ofreció a su presidente, que cogió un cigarrillo y lo encendió con el mechero de butano que guardaba en el interior del paquete.

—Bueno, ¿no le parece que es extraordinario?

—Usted conoce a ese individuo, ¿no es cierto? —preguntó la señora Sumter.

—¿Golovko? Sí. —Sonrió Ryan con una mueca, recordando una vez más la pistola apuntándole a la cabeza, cuando el VC-137 corría por la pista del aeropuerto Sheremetyevo de Moscú, muchos años atrás, lo cual en su momento no le había hecho ninguna gracia—. Sí, por supuesto, Sergey y yo somos viejos amigos.

Como secretaria presidencial, Ellen Sumter tenía acceso a casi toda la información, incluido el hecho de que el presidente Ryan le pedía de vez en cuando un cigarrillo, pero había cosas que nunca sabría. Era lo suficientemente lista para sentir curiosidad, pero también bastante inteligente para no hacer preguntas.

—Si usted lo dice, señor presidente...

—Gracias, Ellen.

Ryan se acomodó en su butaca, acercó el fino pitillo a sus labios y dio una honda calada. ¿Por qué la más mínima tensión lo impulsaba hacia ese maldito producto que le provocaba tos? Además, también se mareaba. Eso significaba que realmente no era fumador, se dijo a sí mismo el presidente. Leyó de nuevo el fax. Tenía dos páginas. Una era del fax original de Sergey Nikolay'ch a Langley, mandado a la línea directa de Mary Pat, que naturalmente Sergey conocía y quiso hacer gala de ello, y la segunda contenía las recomendaciones de Edward Foley, su director de la CIA.

A pesar de todo el bagaje oficial, era un asunto bastante sencillo. Golovko no precisaba siquiera explicar por qué Norteamérica debía acceder a su petición. Los Foley y Jack Ryan sabrían que el KGB había ayudado a la CIA y al gobierno norteamericano en dos misiones muy importantes y delicadas, y el hecho de que ambas también hubieran sido útiles para los intereses rusos no venía al caso. Por consiguiente, Ryan no tenía otra alternativa. Levantó el teléfono y pulsó una tecla de marcado directo.

—Foley —dijo la voz al otro extremo de la línea.

—Ryan —respondió, y oyó que su interlocutor se incorporaba en su butaca—. He recibido el fax.

—¿Y? —preguntó el director de la CIA.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Estamos de acuerdo.

Foley podía haber añadido que personalmente le gustaba Sergey Golovko, y sabía que a Ryan también. Pero eso no tenía nada que ver con gustar o dejar de gustar. Lo que hacían ahora era política gubernamental, que estaba por encima de factores personales. Rusia había prestado ayuda a Estados Unidos y ahora pedía que se la

devolviera. En las relaciones habituales entre naciones, dichas peticiones, si existían precedentes, debían concederse. El principio era el mismo que prestarle a tu vecino un rastrillo, si el día anterior él te había dejado una manguera, sólo que a este nivel, de vez en cuando, moría alguien.

—¿Te ocupas tú del asunto o lo hago yo?

—La petición ha llegado a Langley. Responde tú. Averigua cuáles son los parámetros. No queremos comprometer a Rainbow, ¿no te parece?

—No, Jack, pero no es probable que ocurra eso. La situación se ha calmado bastante en Europa. Los componentes de Rainbow se dedican principalmente a hacer ejercicio y agujerear dianas de papel. En cuanto a la noticia que circuló, bueno... casi deberíamos darle las gracias al chivato que la divulgó.

El director de la CIA raramente decía algo favorable sobre la prensa. En este caso, algún funcionario había hablado demasiado sobre algo que sabía, pero a fin de cuentas, la noticia había surtido el efecto deseado, aunque la versión de la prensa estuviera repleta de errores, lo cual no era nada sorprendente. Pero algunos de los errores habían hecho que Rainbow pareciera bastante sobrehumano, lo cual satisfacía el ego de sus componentes e invitaba a sus enemigos potenciales a la reflexión. De este modo, el terrorismo había disminuido enormemente en Europa, después de su breve —y, por lo que ahora sabían, un tanto artificial— reaparición. Los «hombres de negro» eran demasiado aterradores para meterse con ellos. Los atracadores, después de todo, elegían como víctimas a las viejecitas que acababan de cobrar la pensión, no al policía armado que estaba en la esquina de la calle. En este sentido, los delincuentes eran sencillamente racionales. Una viejecita no puede resistirse fácilmente a un atracador, pero el policía va armado.

—Confío en que nuestros amigos rusos serán discretos.

—Creo que podemos estar seguros de ello, Jack —respondió Ed Foley.

—¿Alguna razón para no hacerlo?

Ryan oyó que el director de la CIA se revolvía en su silla.

—Nunca he sido partidario de revelar nuestros «métodos» a nadie, pero esto no es una operación de inteligencia propiamente dicha y podrían averiguarlo casi todo leyendo los libros adecuados. De modo que creo que podemos permitirlo.

—Autorizado —dijo el presidente.

Ryan imaginó a Ed asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo, hoy saldrá la respuesta.

Con una copia a Hereford, evidentemente, que llegó al despacho de John antes de concluir la jornada laboral. Llamó a Al Stanley y se la mostró.

—Supongo que nos estamos haciendo famosos, John.

—Te hace sentir bien, ¿no es cierto? —preguntó Clark de mala gana.

Ambos eran ex operadores clandestinos y, si hubiera habido una forma de

ocultarles a sus propios supervisores sus nombres y sus actividades, hacía mucho tiempo que la habrían encontrado.

—Supongo que irás personalmente. ¿A quién te llevarás a Moscú contigo?

—A Ding y al número Dos. Ding y yo ya hemos estado antes allí. Ambos conocemos a Sergey Nikolay'ch. Por lo menos, así no verá muchas caras nuevas.

—Y, si mal no recuerdo, hablas ruso a la perfección.

—La escuela de idiomas de Monterey es bastante buena —asintió John.

—¿Cuánto tiempo calculas que estarás fuera?

Clark examinó el fax y reflexionó unos instantes.

—No más de... tres semanas —respondió—. Su personal del Spetsnaz no es malo. Les organizaremos un grupo de entrenamiento y al cabo de un tiempo probablemente podemos invitarlos a que vengan aquí, ¿no te parece?

Stanley no tuvo que señalarle que al SAS, en particular, y al Ministerio de Defensa británico, en general, les daría un ataque, pero a fin de cuentas deberían aceptarlo. Se denominaba diplomacia y sus principios, les gustara o no, configuraban la política de la mayor parte de los países del mundo.

—Supongo que no tendremos otra alternativa, John —dijo Stanley, que ya oía los gritos, los gemidos y los alaridos del resto del campo y de Whitehall.

Clark levantó el teléfono y pulsó un botón para llamar a su secretaria, Helen Montgomery.

—Helen, ¿tendría la bondad de llamar a Ding y decirle que venga a mi despacho? Gracias.

—Me parece recordar que también habla muy bien el ruso. —Tuvimos buenos profesores. Pero su acento es un poco sureño.

—¿Y el tuyo?

—De Leningrado... bueno, supongo que ahora debo decir de San Petersburgo. Al, ¿tú crees en todos los cambios? Stanley tomó una silla.

—John, todo es una locura, incluso hoy día, y lo ha sido desde hace diez años, cuando arriaron la bandera roja de la puerta de Spaskiy.

Clark asintió.

—Recuerdo cuando lo vi por la televisión. Aquello era de locos.

—Hola, John —dijo una voz familiar entrando por la puerta—. Hola, Al.

—Entra y siéntate, muchacho.

Chavez, supuesto comandante del SAS, titubeo, ante lo de «muchacho». Cuando John hablaba de ese modo, algo raro ocurría. Pero podía haber sido peor. «Hijo» solía ser el precursor de algún peligro, y ahora que tenía esposa e hijo, Domingo siempre procuraba evitar problemas. Se acercó al escritorio de Clark y cogió los papeles que éste le ofrecía.

—¿Moscú? —preguntó.

—Parece que nuestro comandante en jefe lo ha autorizado.

—Estupendo —dijo Chavez—. Hace tiempo que no vemos al señor Golovko. Supongo que el vodka sigue siendo bueno.

—Es una de las cosas que hacen bien —reconoció John.

—¿Y quieren que nosotros les enseñemos a hacer otras cosas?

—Eso parece.

—¿Nos llevaremos a nuestras esposas?

—No —respondió Clark, moviendo la cabeza—. Sólo trabajo.

—¿Cuándo?

—Hay que calcularlo. Probablemente dentro de una semana, más o menos.

—Muy bien.

—¿Cómo está el pequeño?

—Todavía anda a gatas —sonrió—. Anoche intentaba ponerse de pie. Supongo que empezará a andar en unos días.

—Domingo, pasas el primer año enseñándolos a andar y hablar. Y los próximos veinte años intentando que se sienten y se callen —advirtió Clark.

—Oye, viejo, el niño duerme toda la noche y se despierta con una sonrisa, que es mucho más de lo que puedo decir de mí.

Era lógico. Cuando Domingo se despertaba, su única perspectiva eran los ejercicios habituales y una carrera de ocho kilómetros, que no sólo era agotador, sino al cabo de un tiempo también aburrido.

Clark no tuvo más remedio que asentir: que los pequeños siempre despertaran de buen humor era uno de los grandes misterios de la vida. Se preguntó en qué momento se perdía eso.

—¿Todo el equipo? —preguntó Chavez.

—Probablemente, sí. Incluido «gran pájaro» —agregó Rainbow Seis.

—¿Hoy también te ha derrotado? —preguntó Ding.

—La próxima vez que compita con ese hijo de puta en el campo de tiro quiero que sea después de la carrera de la mañana, cuando esté un poco tembloroso —respondió Clark, enojado.

En general no le gustaba perder en nada, pero aún menos si se trataba de algo tan propio de su identidad como disparar con pistola.

—Señor C, Ettore sencillamente no es humano. Con la MP es bueno, aunque no espectacular, pero con la Beretta es como Tiger Woods con el hierro de pitch. No falla una.

—Hasta hoy no me lo creía. Me parece que tal vez debería haber ido a almorzar al Green Dragon.

—Estoy de acuerdo contigo, John —dijo Chavez, que decidió no hacer ningún comentario sobre la barriga de su suegro—. No olvidéis que yo también soy bastante

bueno con la pistola, pero Ettore me ha ganado por tres puntos.

—Ese cabrón me ha vencido por uno —dijo John, dirigiéndose al subjefe del equipo—. Es la primera vez que he perdido desde que pertenecía al tercer grupo de Operaciones Especiales.

Eso había sucedido hacía treinta años, compitiendo con el comandante de su unidad, después de apostarse unas cervezas. Había perdido por dos puntos, pero recordaba con orgullo que luego le había vencido tres veces seguidas.

—¿Es ése? —preguntó Provalov.

—No tenemos ninguna fotografía —respondió su sargento—, pero corresponde con la descripción general.

Además, se dirigía al coche correcto, mientras se disparaban varias cámaras de fotos.

Ambos estaban en una furgoneta, a media manzana del bloque de pisos que vigilaban. Los dos usaban prismáticos verdes forrados de goma, modelo militar.

Parecía ser el individuo que buscaban. Había bajado en el ascensor del edificio, desde el piso correcto. Aquella misma noche habían averiguado que un tal Ivan Yurievich Koniev vivía en el octavo piso de aquel lujoso edificio. No habían tenido tiempo de interrogar a sus vecinos, lo que, en cualquier caso, debía hacerse con mucho cuidado. Era más que probable que los vecinos de ese Koniev/Suvorov fueran ex agentes del KGB, como se suponía que lo era él y, por tanto, hacerles preguntas podría poner sobre aviso al sujeto de su investigación. Provalov no dejaba de recordarse a sí mismo que no se trataba de una persona corriente.

El coche al que subió era de alquiler. Había un coche privado registrado a nombre de Koniev, Ivan Yurievich, en esa dirección, un Mercedes serie C, y quién sabe cuántos otros coches podía tener bajo otras identidades. Provalov estaba seguro de que debía de tenerlas y de que los documentos debían de estar muy bien elaborados. El de Koniev ciertamente lo estaba. El KGB había formado concienzudamente a su personal.

El sargento al volante de la furgoneta arrancó el motor y habló por radio. Había otros dos coches de policía en las inmediaciones, con dos expertos investigadores en cada uno de ellos.

—Nuestro amigo está en movimiento. El coche azul de alquiler —dijo Provalov por radio y los otros dos coches acusaron recibo de la llamada.

El coche de alquiler era un auténtico Fiat fabricado en Turín, y no una de las copias rusas fabricadas en Togliattistad, uno de los pocos proyectos económicos especiales de la Unión Soviética que, en cierto modo, habían llegado a funcionar. ¿Lo había elegido porque era un coche ligero, se preguntó Provalov, o simplemente porque era un coche barato de alquiler? En aquel momento no había forma de saberlo. Koniev/Suvorov arrancó, y el primer coche que lo seguiría se colocó tras él,

a media manzana de distancia, mientras el segundo lo precedía a otra media manzana, porque incluso un experto agente del KGB raramente miraría delante de él en busca de un coche que lo siguiera. Con un poco más de tiempo, tal vez habrían colocado un localizador en el Fiat, pero no llevaban ninguno, ni había oscuridad suficiente. Si regresaba a su casa, lo harían por la noche, a eso de las cuatro de la madrugada. Un transmisor que emitiera pitidos, sujeto con un imán al parachoques trasero, con una antena colgante como la cola de un ratón, prácticamente invisible. Parte de la tecnología a disposición de Provalov había sido utilizada originalmente para vigilar a supuestos espías extranjeros que circulaban por Moscú y eso significaba que era bastante buena, por lo menos para los niveles rusos.

Seguir el coche fue más fácil de lo que esperaba. Disponer de tres coches de seguimiento facilitó la operación. Detectar un solo coche no era demasiado difícil. Dos también podían ser identificados, ya que se turnarían cada pocos minutos. Pero con tres se rompía convenientemente la pauta, y aunque había sido entrenado por el KGB, Koniev/Suvorov no era un superhombre. Su verdadera defensa consistía en ocultar su identidad, que habían descubierto gracias a una combinación de buena investigación y suerte, que era algo con lo que contaba la policía. Pero no el KGB. Con su organización obsesiva, no la habían incluido en su programa de formación, tal vez porque confiar en la suerte era una debilidad que en el campo podía conducir al desastre. Eso le indicaba a Provalov que Koniev/Suvorov no había pasado mucho tiempo en operaciones de campo. En el mundo real de las calles, esas cosas se aprenden con rapidez.

El seguimiento se hizo a la máxima distancia, más de una manzana, y las manzanas de la ciudad eran muy grandes. La furgoneta estaba especialmente equipada para ello. Las placas de la matrícula estaban sujetas a un soporte triangular y bastaba pulsar un interruptor para que éste girara, permitiendo elegir entre tres juegos de placas diferentes. Las luces delanteras también eran dobles, lo cual permitía cambiar el aspecto de la iluminación, que era en lo que un adversario experto se fijaría por la noche. Bastaba pulsar una o dos veces un interruptor, cuando no pudiera verlos por el retrovisor, y debería ser un genio para darse cuenta de lo sucedido. El que tenía la tarea más difícil era el que iba delante, porque no era fácil leer la mente de Koniev/Suvorov y cuando éste giraba inesperadamente, el que iba en cabeza debía apresurarse a seguir las instrucciones de los que lo seguían, para recuperar su posición delantera. Sin embargo, todos los agentes en aquella operación eran investigadores de homicidios experimentados, que habían aprendido a seguir las presas más peligrosas del planeta: seres humanos dispuestos a arrebatar la vida de otra persona. Incluso los asesinos más estúpidos podían tener astucia instintiva y habían aprendido mucho sobre operaciones policiales simplemente viendo la televisión. Eso hacía algunas de sus investigaciones más difíciles de lo que deberían

haber sido, pero en un caso como éste, la dificultad adicional servía para que sus hombres alcanzaran un nivel de entrenamiento superior al que podría proporcionarles cualquier academia.

—Gira a la derecha —dijo su conductor por radio—. La furgoneta se coloca en cabeza.

El coche que iba en cabeza giraría a la derecha en la próxima calle y luego se apresuraría para recuperar su posición. El primer coche que lo seguía se colocaría detrás de la furgoneta y desaparecería unos minutos, antes de recuperar su lugar. Era una imitación de Fiat, blanco cortado, fabricado en Togliattistad; era el coche familiar más común en Rusia y, por consiguiente, bastante anónimo.

—Si ésta es su única tentativa para despistarnos, es que está muy seguro de sí mismo.

—Cierto —reconoció Provalov—. Veamos qué más hace a continuación.

El «qué más» tuvo lugar a los cuatro minutos. El Fiat giró de nuevo a la derecha, pero no por una calle, sino por el paso subterráneo de un bloque de pisos, que abarcaba toda la manzana. Afortunadamente, el primer coche que lo seguía ya estaba en la esquina lejana del edificio, intentando alcanzar al Fiat, cuando tuvo la suerte de que Koniev/Suvorov apareciera treinta metros delante de él.

—Lo tenemos —se oyó por la radio—. Vamos a retrasarnos un poco.

—¡Adelante! —ordenó Provalov y su conductor aceleró hasta la próxima esquina.

Entretanto, pulsó el interruptor para cambiar las placas de la matrícula y la iluminación, de modo que de noche la furgoneta parecería otra.

—Está seguro de sí mismo —comentó Provalov a los cinco minutos.

Ahora la furgoneta circulaba cerca del Fiat, seguida de los otros dos coches de vigilancia. Dondequiera que fuese, no lo perdían de vista. Había hecho una maniobra evasiva, muy astuta, pero sólo una. Tal vez consideró que con una bastaba, que si alguien lo seguía lo haría en un solo coche y lo habría detectado por el retrovisor en el paso subterráneo. Muy bien, pensó el teniente de la milicia. Lástima que no lo acompañara su amigo norteamericano del FBI. El FBI no lo habría hecho mejor, a pesar de sus vastos recursos. No era una desventaja que sus hombres conocieran las calles de Moscú y sus alrededores tan bien como cualquier taxista.

—Va a cenar y a tomar una copa en algún lugar —reparó el conductor de Provalov—. Parará en menos de un kilómetro.

—Veremos —respondió el teniente, pensando que probablemente el conductor estaba en lo cierto.

En aquella zona había diez u once restaurantes de categoría. ¿Cuál elegiría su presa?

Resultó ser el Príncipe Miguel de Kiev, un establecimiento ucraniano especializado en pollo y pescado, también conocido por su excelente bar.

Koniev/Suvorov paró frente a la puerta, dejó que el portero aparcara su coche y entró.

—¿Quién es el que va mejor vestido de todos nosotros? —preguntó Provalov por radio.

—Usted, camarada teniente.

Las otras dos parejas vestían de obrero, lo cual no era lo más indicado para aquel lugar. La mitad de los clientes del Príncipe Miguel de Kiev eran extranjeros y era preciso vestir bien en su compañía; el restaurante se encargaba de ello. Provalov se apeó a media manzana y caminó a paso ligero hasta la marquesina de la puerta. El portero le permitió entrar, después de examinar su indumentaria; en la nueva Rusia, el atuendo tenía más importancia que en cualquier otro país europeo. Podría haber mostrado su placa, pero no habida sido una buena idea, pues era perfectamente posible que algún empleado del restaurante se lo comunicara a Koniev/Suvorov. En ese momento tuvo un destello de inspiración. Entró inmediatamente en el servicio y sacó su teléfono móvil.

—Diga —respondió una voz familiar.

—¿Mishka?

—¿Oleg? —preguntó Reilly—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Conoces un restaurante llamado Príncipe Miguel de Kiev?

—Sí, claro, ¿por qué?

—Necesito tu ayuda. ¿Cuánto puedes tardar en llegar? —preguntó Provalov, consciente de que Reilly vivía a sólo dos kilómetros del lugar.

—Diez o quince minutos.

—Date prisa. Estaré en la barra. Ponte presentable —agregó el policía.

—De acuerdo —respondió Reilly, mientras se preguntaba cómo le explicaría aquello a su esposa y por qué le habrían interrumpido su tranquila velada frente al televisor.

Provalov volvió a la barra, pidió un vodka con pimienta y encendió un cigarrillo. Su presa estaba a siete taburetes de distancia, también tomando una copa solo, tal vez a la espera de que se desocupara una mesa. El restaurante estaba lleno. Al fondo del comedor, un cuarteto de cuerda tocaba algo de Rimsky Korsakov. Era un establecimiento muy por encima de lo que Provalov podía permitirse habitualmente. Eso significaba que Koniev/Suvorov gozaba de una posición económica holgada, lo que no era particularmente sorprendente. Muchos ex agentes del KGB se desenvolvían muy bien en el sistema económico de la nueva Rusia. Tenían una mundología y unos conocimientos que muy pocos de sus conciudadanos podían igualar. En una sociedad conocida por su creciente corrupción, había un lugar para ellos en el mercado y una red de colegas deambulantes a los que podían acudir, con quienes compartir sus beneficios, legales o ilegales, a cambio de diversas consideraciones.

Provalov había vaciado su primera copa y acababa de llamar al camarero para que le sirviera otra, cuando apareció Reilly.

—Oleg Gregoriyevich —exclamó el norteamericano a modo de saludo.

El policía ruso se percató de que no era ningún imbécil. El ruso que hablaba a voces era claramente norteamericano y constituía una tapadera perfecta en aquel entorno. Además, iba bien vestido, proclamando a los cuatro vientos su origen extranjero.

—¡Mishka! —respondió Provalov, estrechando calurosamente la mano del norteamericano, mientras llamaba al camarero.

—Bien, ¿a quién buscamos? —preguntó más discretamente el agente del FBI.

—El del traje gris, siete taburetes a mi izquierda.

—Lo tengo —dijo inmediatamente Reilly—. ¿Quién es?

—Actualmente utiliza el nombre de Koniev, Ivan Yurievich. En realidad creemos que se trata de Suvorov, Klementi Ivan'ch.

—Caramba —exclamó Reilly—. ¿Qué más puedes contarme?

—Lo hemos seguido hasta aquí. Ha utilizado un método de evasión simple aunque eficaz, pero disponíamos de tres coches para seguirlo y hemos vuelto a localizarlo inmediatamente.

—Muy bien, Oleg —dijo el agente del FBI.

Puede que su formación fuera deficiente y sus recursos precarios, pero Provalov no era un mal policía. En el FBI sería por lo menos agente especial supervisor. Oleg tenía un instinto policial excelente. Seguir a un individuo del KGB por las calles de Moscú no era un ejercicio trivial, como tampoco lo era seguir a un sicario paranoico por las de Queens. Reilly tomó un sorbo de su vodka con pimienta y se volvió de lado en su taburete. Más allá del sujeto había una belleza de pelo oscuro, con un ceñido vestido negro. A Reilly le dio la impresión de que era una de esas prostitutas caras, que anunciaba la mercancía. Sus ojos oscuros examinaban el entorno con la misma atención que los suyos. La diferencia era que Reilly era un hombre y el hecho de que buscara a una chica atractiva, o lo aparentara, no tenía nada de raro. En realidad, no era a ella a quien miraba fijamente, sino al hombre. Aparentaba unos cincuenta años, apuesto, nada inusual en su aspecto, como se suponía que un espía debía ser, al parecer a la espera de que se desocupara una mesa, acariciando su copa y con la mirada puesta en el espejo situado detrás de la barra, para comprobar si alguien lo vigilaba. Evidentemente, se había despreocupado del norteamericano y de su amigo ruso. Después de todo, ¿qué interés podía tener él para un hombre de negocios norteamericano? Además, el norteamericano estaba pendiente de la prostituta que había a su izquierda. Por consiguiente, no prestaba atención a los hombres a su derecha, ni directamente ni a través del espejo. Oleg era listo, pensó Reilly, utilizándolo como tapadera para su discreta vigilancia.

—¿Ha surgido algo más últimamente? —preguntó el agente del FBI.

Provalov le contó lo que había descubierto sobre la prostituta y lo que había ocurrido la noche anterior a los asesinatos.

—Eso es fascinante. Pero todavía no sabes quién era el objetivo.

—No —reconoció Provalov, y le dio un trago a su segunda copa.

Sabía que debía moderarse con el alcohol, para no cometer ningún error. Su presa era demasiado astuta y peligrosa para exponerse a cualquier riesgo. Siempre le quedaba la opción de detener al individuo para interrogarlo, pero sabía que eso sería inútil. A esa clase de delincuentes había que tratarlos con la misma delicadeza que a un ministro del gabinete. Provalov fijó su mirada en el espejo, donde examinó detenidamente el perfil de un probable asesino múltiple. ¿Por qué no tendrían las personas como él una aureola negra alrededor de la cabeza? ¿Por qué parecían personas normales?

—¿Se sabe algo más sobre ese memo?

Al ruso había llegado a gustarle la jerga norteamericana.

—No, Mishka —respondió, moviendo la cabeza—. Todavía no lo hemos comprobado con la SVR.

—¿Te preocupa que pueda tener una fuente dentro del edificio? —preguntó el norteamericano.

—La posibilidad existe —asintió Oleg.

Evidentemente existía. Los ex agentes del KGB probablemente constituían una estrecha fraternidad. Podían disponer perfectamente de alguien dentro del antiguo cuartel general —tal vez en los archivos de personal— que se lo comunicara si la policía se interesaba por alguna ficha en particular.

—Maldita sea —exclamó el norteamericano, mientras pensaba: menudo hijo de perra, acostarse con una de sus putas antes de cargárselo.

Había en ello una frialdad desagradable, como sacado de una película de la mafia. Pero en la vida real la Cosa Nostra no tenía agallas para hacer algo semejante. Por impresionantes que fueran, los sicarios de la mafia no tenían la formación de un agente de inteligencia profesional y en esta jungla en particular eran simples gatos callejeros comparados con panteras. Dirigió de nuevo su atención al sujeto. La chica era una distracción, pero no excesiva.

—Oleg.

—Dime, Mikhail.

—Mira a alguien que está cerca de los músicos. Su mirada vuelve siempre al mismo punto. No examina el entorno como lo hacía al principio.

El sujeto se fijaba en todos los que entraban en el restaurante, pero su mirada volvía a una parte concreta del espejo y probablemente había decidido que ninguno de los presentes suponía un peligro para él. Bueno, pensó Reilly, incluso la formación

tiene sus limitaciones y tarde o temprano tu propia pericia puede volverse contra ti. Acababas por adoptar pautas y hacer suposiciones que podían perderte. En este caso, Suvorov suponía que ningún norteamericano podía estar vigilándolo. Después de todo, él no le había hecho nada a ningún norteamericano en Moscú, ni tal vez en toda su carrera, no estaba en territorio extranjero, sino en su propio campo y por el camino se había librado de quien pudiera seguirlo, como siempre hacía, en el supuesto de que se tratara de un solo coche. Bueno, los listos conocían sus limitaciones. ¿Cómo era el proverbio? La diferencia entre la genialidad y la estupidez consistía en que el genio sabía que tenía limitaciones. Ese Suvorov se consideraba un genio... ¿pero a quién miraba? Reilly hizo girar un poco más su taburete y examinó aquella parte de la sala.

—¿Qué ves, Mishka?

—Un montón de gente, Oleg Gregoriyevich, principalmente rusos, algunos extranjeros, todos bien vestidos. Dos chinos que parecen diplomáticos, cenando con dos rusos de aspecto oficial. La situación parece cordial.

Reilly pensó en que había cenado aquí tres o cuatro veces con su esposa. La comida era bastante buena, especialmente el pescado. Además, en el Príncipe Miguel de Kiev tenían un buen caviar, que era una de las cosas más exquisitas que se podían conseguir aquí. A su esposa le encantaba, y había descubierto que en su país sería mucho más caro... Hacía tantos años que Reilly realizaba vigilancias discretas, que había aprendido a ser invisible. Podía pasar inadvertido casi en cualquier lugar, salvo en Harlem, donde el FBI tenía agentes negros.

No cabía la menor duda, ese Suvorov miraba a un mismo lugar, aparentemente sin darle importancia y siempre a través del espejo. Incluso se colocó de tal modo que sus ojos miraran de forma natural al lugar en cuestión, desde su taburete. Pero las personas como él no hacían nada porque sí. Estaban entrenadas para pensar en todo, incluso para ir al retrete... y por consiguiente era asombroso que lo hubieran descubierto de un modo tan estúpido: mediante una puta que le había registrado los bolsillos, mientras dormía para recuperarse de un orgasmo. Había hombres, por inteligentes que fueran, que pensaban con la polla... Reilly volvió de nuevo la cabeza... uno de los chinos de la mesa del fondo se disculpaba para dirigirse al servicio. Reilly pensó en hacer lo mismo inmediatamente, pero... no. Si estaba preparado con antelación, eso podría estropearlo... Paciencia, Mishka, se dijo a sí mismo, al tiempo que volvía la cabeza para mirar al sujeto principal. Koniev/Suvorov dejó su copa en la barra y se puso de pie.

—Oleg. Quiero que me indiques dónde está el servicio —dijo el agente del FBI—. Dentro de quince segundos.

Provalov contó mentalmente los segundos y luego extendió el brazo en dirección a la puerta principal. Reilly le dio una palmada en la espalda y tomó la dirección indicada.

El Príncipe Miguel de Kiev era un bonito restaurante, pero no tenía ningún empleado que cuidara de los servicios, como en muchos lugares europeos, tal vez porque a los norteamericanos les resultaba incómodo o quizás porque la dirección lo consideraba un gasto innecesario. Reilly entró y vio tres urinarios, dos de ellos ocupados. Se bajó la cremallera, orinó, volvió a subírsela, bajó la mirada al darse la vuelta para ir a lavarse las manos y por el rabillo del ojo vio que aquellos individuos intercambiaban una fugaz mirada. El ruso era más alto. En aquel servicio había una toalla circular, como las que prácticamente habían desaparecido en Norteamérica. Reilly dio un tirón y se secó las manos, sin poder esperar mucho más. De camino a la puerta se metió la mano en el bolsillo, dejó colgando las llaves de su coche y se le cayeron al suelo cuando empujaba la puerta.

—Maldita sea —exclamó, al tiempo que se agachaba para recogerlas del suelo embaldosado, protegido de su mirada por un tabique de acero.

Entonces lo vio. Estaba bien hecho. Podían haber sido más pacientes, pero probablemente descartaron la importancia del norteamericano, y ambos eran profesionales. Apenas se tocaron y el ligero roce que tuvo lugar ocurrió por debajo del nivel de la cintura, fuera del campo de visión de un observador accidental. Pero Reilly no era un observador accidental e incluso por el rabillo del ojo, era evidente para un iniciado. Era un pase de roce clásico, tan bien hecho que ni siquiera Reilly, con toda su experiencia, pudo determinar quién le había pasado qué a quién. El agente del FBI siguió su camino y regresó a su taburete junto a la barra, donde le hizo una seña al camarero para que le sirviera la copa que consideraba haberse ganado.

—¿Y bien?

—Debes identificar a ese chino. Él y nuestro amigo han intercambiado algo en el retrete. Un pase de roce, muy bien hecho —respondió Reilly, sonriente, mientras gesticulaba en dirección a la morena de la barra.

En realidad lo habían hecho tan bien, que si Reilly se hubiera visto obligado a declarar en un juicio y describírselo a un jurado, cualquier abogado recién salido de la facultad lo habría obligado a reconocer que no había visto nada en absoluto. Pero eso era muy significativo. Ese nivel de pericia era propio de un encuentro casual entre dos personas completamente inocentes, la más pura de las coincidencias, o de dos agentes secretos profesionales que utilizaban su habilidad a la perfección en un lugar ideal. Provalov estaba situado de forma que vio salir a los dos individuos del servicio. Ni siquiera se miraron, se prestaron menos atención que a un perro extraviado, exactamente como harían dos perfectos desconocidos después de coincidir en el servicio de cualquier lugar. Pero cuando Koniev/Suvorov regresó a su taburete en la barra se centró en su copa y dejó de mirar regularmente el espejo. En realidad, volvió la cabeza y saludó a la chica situada a su izquierda, antes de llamar al camarero para que le sirviera otra copa, que ella aceptó con una cálida sonrisa comercial. Su

expresión proclamaba que había encontrado un cliente con quien pasar la noche. Era una buena actriz, pensó Reilly.

—Nuestro amigo va a follar esta noche —dijo Reilly.

—Es atractiva —reconoció Provalov—. ¿Veintitrés, te parece?

—Más o menos, tal vez un poco más joven. Bonitas maracas.

—¿Maracas? —preguntó el ruso.

—Tetas, Oleg, tetas —aclaró el agente del FBI—. Ese chino es un espía. ¿Ves a alguien que lo vigile?

—A nadie que yo conozca —respondió el teniente—. Puede que no sea conocido como agente secreto.

—Sí, claro, ¿vas a decirme que todo vuestro personal de contraespionaje se ha retirado a Sochi? Maldita sea, a veces me siguen incluso a mí.

—¿Significa esto entonces que yo soy uno de tus agentes? —preguntó Provalov. Reilly soltó una carcajada.

—Avísame si piensas desertar, Oleg Gregoriyevich.

—¿El chino de traje azul claro?

—El mismo. Bajo, de unos cinco con cuatro, ciento cincuenta y cinco, rechoncho, cabello corto, cuarenta y cinco años aproximadamente.

Provalov lo convirtió a un metro sesenta y tres centímetros y unos setenta kilos, tomó nota mentalmente y volvió la cabeza para examinar su rostro, situado a unos treinta metros de distancia. Tenía un aspecto perfectamente común, como la mayoría de los espías. A continuación se dirigió al servicio, para llamar por teléfono a sus agentes que estaban en la calle.

Y así acabó prácticamente la velada. Koniev/Suvorov abandonó el restaurante al cabo de unos veinte minutos, con la chica del brazo, y se fue directamente a su casa. Uno de los que se habían quedado acompañó al chino a su coche, que llevaba matrícula diplomática. Los policías tomaron sus notas antes de dar por concluida su larga jornada, mientras se preguntaban qué habían descubierto y qué importancia tendría.

XX. DIPLOMACIA

—¿Y bien? —preguntó Rutledge, cuando el secretario Adler le devolvía sus notas.

—Me parece bien, Cliff, con la condición de que puedas transmitir el mensaje de forma adecuada —respondió el secretario de Estado a su subordinado.

—Comprendo el proceso —dijo Rutledge, antes de hacer una pausa—. El presidente quiere que se entregue este mensaje en términos inequívocos, ¿estoy en lo cierto?

—Efectivamente —asintió Adler.

—Sabes lo que te digo, Scott, nunca he presionado tanto a nadie.

—¿Alguna vez has querido hacerlo?

—Algunas veces, con los israelíes. Con Sudáfrica —agregó pensativamente.

—¿Nunca con los chinos o los japoneses?

—Scott, no olvides que nunca había sido negociador hasta ahora.

Pero lo era en esta ocasión, porque la misión con Pekín estaba considerada de gran importancia y requería un diplomático de alto nivel, en lugar de alguien con el mero título de embajador. Los chinos ya lo sabían. En su caso, el encargado público de las negociaciones sería su ministro de Exteriores, aunque quien se sentaría a la mesa sería un diplomático de rango inferior especializado en comercio exterior, que había sido muy afortunado en sus tratos con Norteamérica. El secretario Adler, con la autorización del presidente Ryan, filtraba lentamente a la prensa que tal vez deberían modificarse ligeramente las fechas y las normas. Le preocupaba que Cliff Rutledge no fuera exactamente la persona indicada para entregar el mensaje, pero Cliff era el bateador de turno.

—¿Cómo te llevas con ese tal Gant, de la Tesorería?

—Si fuera diplomático, estaríamos en guerra con todo el maldito planeta, pero supongo que probablemente conoce sus cifras y sus ordenadores —respondió Rutledge, sin disimular su desagrado por el judío nacido en Chicago, con aires de nuevo rico.

Rutledge era de origen humilde, pero eso hacía mucho tiempo que estaba olvidado. Una formación en Harvard y un pasaporte diplomático lo ayudaban a uno a olvidar cosas tan desagradables, como haberse criado en un barrio obrero comiendo las sobras del día anterior.

—Recuerda que a Winston le gusta y que a Ryan le gusta Winston, ¿de acuerdo? —advirtió amablemente Adler, que decidió no preocuparse por el antisemitismo de Cliff, propio de un blanco, anglosajón y protestante.

La vida era demasiado corta para tonterías y Rutledge sabía que su carrera estaba en manos de Scott Adler. Puede que ganara más dinero como asesor cuando

abandonara el Departamento de Estado, pero si lo despedían de su cargo no mejoraría su valor como agente libre en el mercado.

—De acuerdo, Scott. Y, sí, necesito ayuda con los aspectos monetarios de esa negociación —asintió casi respetuosamente.

Bien. Sabía cómo postrarse cuando era necesario. Adler, ni siquiera se planteó revelarle la fuente de inteligencia que tenía en el bolsillo, gracias al presidente. Había algo en ese profesional de la carrera diplomática que hacía que su superior desconfiara de él.

—¿Y las comunicaciones?

—La embajada de Pekín dispone del sistema Tapdance. Así como del nuevo sistema telefónico, al igual que el avión.

Pero había problemas con el mismo, investigados recientemente en Fort Meade. Los instrumentos tenían dificultad en conectarse entre sí, y utilizar un vínculo vía satélite no resolvía el problema. Al igual que la mayoría de los diplomáticos, Rutledge raramente se interesaba por esas trivialidades. Esperaba que la información apareciera como por arte de magia, sin preguntarse generalmente cómo se había obtenido, pero cuestionando siempre los motivos de la fuente, fuera quien fuese. A fin de cuentas, Clifford Rutledge segundo era el diplomático perfecto. Creía en muy pocas cosas, salvo en su propia carrera, unas vagas nociones de concordia internacional y su habilidad personal para generarla, así como evitar la guerra mediante la pura fuerza de su genialidad.

Pero en su lado positivo, Adler reconocía que Rutledge era un técnico diplomático competente, que sabía cómo funcionaban los trueques y cómo presentar una posición de la manera más suave posible, pero en términos firmes. En el Departamento de Estado no había muchos como él. Como alguien había comentado en una ocasión sobre Theodore Roosevelt: «El caballero más amable que ha degollado a alguien». Pero Cliff nunca llegaría tan lejos, ni siquiera para avanzar en su propia carrera. Probablemente se afeitaba con una maquinilla eléctrica, no por temor a cortarse, sino por miedo a ver la sangre.

—¿Cuándo sale tu avión? —preguntó el secretario.

Barry Wise ya había hecho las maletas. Era un experto, como era lógico, teniendo en cuenta que viajaba tanto como un piloto de unas líneas aéreas internacionales. El ex marine negro tenía cincuenta y cuatro años, había trabajado para la CNN desde su inauguración hacía más de veinte años y lo había visto todo. Había cubierto el conflicto de los «contras» en Nicaragua y los primeros bombardeos de Bagdad. Estaba en Yugoslavia cuando excavaban fosas comunes y había hecho retransmisiones en directo desde las carreteras de la muerte en Ruanda, con el deseo de hacer llegar el olor horrible que todavía lo perseguía en sus sueños y simultáneamente agradeciéndole a Dios no poder hacerlo. Como profesional de la

información, Wise consideraba que su misión en la vida consistía en transmitir la verdad desde donde fuera, al lugar donde se encontrara la gente interesada en la misma y ayudar a que se interesaran si no lo estaban. No tenía mucho en cuanto a ideología personal, aunque era un gran creyente en la justicia y una de las formas de contribuir a que ésta se cumpliera consistía en facilitar la información correcta al jurado, en este caso a los televidentes. El y personas como él habían transformado Sudáfrica de estado racista en democracia funcional y también había jugado un papel en la destrucción del comunismo en el planeta. A su entender, la verdad era el arma más poderosa del mundo, si se disponía de los medios para hacerla llegar al público en general. Al contrario de la mayoría de los miembros de su profesión, Wise respetaba al ciudadano de a pie, por lo menos al que se tomaba la molestia de escucharlo. La gente común quería conocer la verdad, y su trabajo consistía en ofrecérsela como mejor pudiera, sobre lo que a veces dudaba y cuestionaba permanentemente sus propias habilidades.

Besó a su esposa de camino a la puerta, con la promesa de traer algo para los niños a su regreso, como siempre hacía, y cargó su bolsa de viaje en el único lujo personal que se había permitido, un Mercedes deportivo de color rojo, que luego condujo hasta la ronda exterior de Washington y de allí a la base Andrews de las fuerzas aéreas. Debía llegar temprano, porque las fuerzas aéreas se habían vuelto excesivamente precavidas respecto a la seguridad. Tal vez por esa estúpida película en la que unos terroristas cruzaban una serie de controles con guardias armados y, a pesar de que eran sólo aviadores y no marines, llevaban rifles y por lo menos parecían bastante competentes, incluso a bordo del avión militar, en el que un intruso era tan improbable, al parecer de Wise, como un ladrón en el despacho oval que le robara la cartera al presidente. Pero los militares tenían sus propias reglas, por ilógicas que fueran, como recordaba perfectamente de su época en el cuerpo. A su llegada había cruzado todos los controles, cuyos guardias lo conocían mejor que a su propio comandante y esperaba la llegada de la comitiva oficial, en la lujosa sala para visitantes distinguidos, junto a la pista Cero Uno Izquierda de Andrews. Luego subirían a bordo del venerable CV-137, para emprender el interminable vuelo a Pekín. Los asientos eran tan cómodos como podían serlo en un avión, y el servicio tan bueno como en primera clase de cualquier compañía, pero los vuelos tan largos no eran nunca divertidos.

—Nunca he estado antes allí —dijo Mark Gant, en respuesta a la pregunta de George Winston—. ¿Qué tal es ese Rutledge?

El secretario de la Tesorería se encogió de hombros.

—Funcionario del Departamento de Estado, que ha ascendido hasta casi la cima del escalafón. Solía tener buenos contactos políticos; en otra época fue íntimo de Ed Kealty.

El ex financiero levantó la cabeza.

—¿Y por qué Ryan no lo ha puesto de patitas en la calle?

—No es así como Jack hace las cosas —respondió Winston, al tiempo que se preguntaba si en esta ocasión los principios no se interponían en el camino del sentido común.

—¿No te parece, George, que sigue siendo bastante ingenuo?

—Puede que sí, pero es una persona recta y eso me gusta. Sin duda nos ha apoyado con lo de la política tributaria y el Congreso lo aprobará dentro de unas semanas.

Gant no se lo creería hasta que lo viera.

—Siempre y cuando no se les ocurra a todos los miembros de los grupos de presión de la ciudad cruzarse en la vía del tren.

—Sólo hay que engrasar un poco más las ruedas —respondió Winston de buen humor—. ¿No sería agradable encerrar a todos esos cabrones...?

George —pensó Gant—, si crees eso, es que has pasado demasiado tiempo con el presidente. ¿Pero estaba tan mal el idealismo después de todo?

—Me contentaré con estrujar a esos cabrones chinos en la balanza comercial. ¿Nos apoyará Ryan?

—Hasta las últimas consecuencias, según dice. Y yo lo creo, Mark.

—Supongo que ya lo veremos. Espero que ese Rutledge sepa interpretar las cifras.

—Estudió en Harvard —señaló el secretario Winston.

—Lo sé —replicó Gant, que se había licenciado veinte años atrás en la Universidad de Chicago y tenía sus propios prejuicios intelectuales.

¿Qué diablos era Harvard, salvo un nombre y un legado?

—No todos son imbéciles —dijo Winston, con una carcajada.

—Bueno, jefe, supongo que ya lo veremos —respondió, al tiempo que levantaba su maleta sobre las ruedas y se echaba la bolsa de su ordenador al hombro—. Mi coche espera en la puerta.

—Buen viaje, Mark.

Su nombre era Yang Lien Hua. Tenía treinta y cuatro años, estaba embarazada de nueve meses y muy asustada. Era su segundo embarazo. Del primero había tenido un hijo llamado Ju Long, un nombre particularmente auspicioso que significaba aproximadamente «gran dragón». Pero el niño había muerto a los cuatro años, empujado en la acera por una bicicleta bajo las ruedas de un autobús. Su muerte había destrozado a sus padres y afligido incluso a los funcionarios locales del partido comunista encargados de la investigación, que absolvieron al conductor del autobús y nunca lograron identificar al imprudente ciclista. El sufrimiento de la señora Yang había sido suficientemente intenso, para buscar consuelo de un modo que el gobierno

de aquel país no aprobaba particularmente.

Lo había buscado en el cristianismo, la religión extranjera detestada en la realidad, aunque no exactamente ilegal. En otra época habría buscado consuelo en las enseñanzas de Buda o de Confucio, pero éstas también habían sido eliminadas en gran parte de la conciencia popular por el gobierno marxista, que todavía consideraba todas las religiones como un narcótico público. Una compañera de trabajo le había sugerido discretamente que hablara con un «amigo» suyo, un hombre llamado Yu Fa An. La señora Yang lo buscó, y así empezó su primera aventura en el mundo de la traición.

Comprobó que el reverendo Yu era un hombre culto y que había viajado mucho, lo cual para ella aumentaba su talla humana. También sabía escuchar, prestaba atención a cada una de sus palabras y de vez en cuando le servía compasivamente un té y le acariciaba la mano, cuando le brotaban las lágrimas. Sólo cuando ella terminaba de contarle sus lamentos, empezaba él a hablar.

Le dijo que Ju Long estaba con Dios, porque Dios se interesaba particularmente por las necesidades de los niños inocentes. Si bien no podía ver a su hijo en aquel momento, él la veía a ella desde el cielo, y aunque su aflicción fuera completamente comprensible, debía creer que el Dios de la tierra era el Dios de la misericordia y del amor, que había mandado a su único hijo a la tierra para mostrar el camino a los hombres y sacrificar su propia vida por los pecados de la humanidad. Le entregó una Biblia impresa en gouyu, idioma oficial de la República Popular (también llamado mandarín) y le ayudó a encontrar pasajes apropiados.

No fue fácil para la señora Yang, pero tan honda era su aflicción que volvía en busca de consejo, hasta que por fin se presentó con su marido, Quon. El señor Yang resultó ser más difícil de convencer. Había servido en el Ejército Popular, donde había sido totalmente aleccionado en la política de su nación y sus respuestas habían llegado a ser suficientemente correctas para que lo destinaran a la escuela de suboficiales, para lo cual se requería fiabilidad política. Pero Quon había sido un buen padre para su pequeño «gran dragón» y también encontraba que el vacío en su sistema de creencias era excesivo para superarlo con facilidad. El reverendo Yu llenaba dicho vacío y paulatinamente llegaron a aceptar su pérdida, convencidos de la continuidad de la vida de Ju Long y de que un día volverían a verlo en presencia del Todopoderoso, cuya existencia era crecientemente real para ambos.

Hasta entonces, la vida debía seguir adelante. Ambos trabajaban como obreros en la misma fábrica y vivían en un piso para trabajadores en el distrito de Di'Anmen de Pekín, cerca del parque de Jingshan («colina de carbón»). Trabajaban en la fábrica durante el día, miraban la televisión estatal por la noche y, en su momento, Lien Hua quedó de nuevo embarazada.

Y con ello infringió la política gubernamental de control de la población, que era

mucho más que draconiana. Se había decretado hacía mucho tiempo que los matrimonios podían tener un solo hijo. Un segundo embarazo requería autorización gubernamental. Aunque no solía negarse a aquellos cuyo primer hijo hubiera fallecido, era imprescindible obtener la debida autorización, y en el caso de padres políticamente inaceptables, el gobierno retenía generalmente dicha autorización como medio adicional de control de la población viva. Eso significaba que un embarazo no autorizado debía interrumpirse. Con garantías de seguridad y a costa del Estado en un hospital público, pero debía interrumpirse.

Para el gobierno comunista, el cristianismo era poco fiable, y no era sorprendente que el Ministerio de Seguridad Estatal hubiera infiltrado un agente secreto en la congregación del reverendo Yu. Dicho individuo, que en realidad eran tres por si alguno de ellos se dejaba corromper por la religión y se convertía, a su vez, en poco fiable, había incluido los nombres de los Yang en una lista de personas políticamente no fiables. Así pues, cuando la señora Yang Lien Hua registró debidamente su embarazo, recibió una carta oficial en la que se le ordenaba presentarse en el hospital Longfu, situado en la calle Meishuguan, para someterse a un aborto terapéutico.

Lien Hua no estaba dispuesta a hacerlo. Su nombre significaba «flor de loto», pero su interior estaba hecho de algo mucho más robusto. Al cabo de una semana escribió una carta al departamento gubernamental apropiado, para comunicarles que un aborto accidental había puesto fin a su embarazo. Debido a la naturaleza de las burocracias, nunca se comprobó su mentira.

La mentira sólo le concedió a Flor de Loto seis meses de estrés creciente. Nunca vio a un doctor, ni siquiera a uno de los «médicos descalzos» que la República Popular había inventado hacía una generación, ante la admiración de los izquierdistas de todo el mundo entero. Lien Hua estaba sana y fuerte, y la naturaleza había diseñado el cuerpo humano para producir hijos sanos mucho antes de la aparición de los ginecólogos. Lograba ocultar con bastante éxito su barriga progresivamente abultada, bajo la holgada ropa que llevaba. Lo que no podía ocultar, por lo menos a sí misma, era el miedo que sentía en su interior. Llevaba un bebé en la barriga. Ella lo quería. Quería una segunda oportunidad de ser madre. Anhelaba la sensación de un hijo que se alimentara en su pecho. Quería ofrecerle amor y cariño, ver cómo aprendía a gatear, levantarse, caminar, hablar y verlo crecer más allá de los cuatro años, ingresar en la escuela, aprender y convertirse en un buen adulto del que pudiera sentirse orgullosa.

El problema era la política. El Estado imponía despiadadamente su voluntad. Sabía lo que podía ocurrir: que en el mismo momento del parto se inyectara una jeringuilla llena de formol en la cabeza del bebé. Era la política estatal de China. Para los Yang era un asesinato premeditado a sangre fría y estaban decididos a no perder su segundo hijo, que según el reverendo Yu era un don del propio Dios.

Y había una forma de conseguirlo. Si el parto tenía lugar en casa sin asistencia médica y el bebé empezaba a respirar, el Estado no lo mataría. Algunas cosas arredraban incluso al gobierno de la República Popular, y matar a un niño que vivía y respiraba era una de ellas. Pero hasta que tomara aquel primer aliento, no tenía mayor importancia que una pieza de carne en un mercado. Se rumoreaba incluso que el gobierno chino vendía órganos de fetos abortados en el mercado mundial de tejidos humanos, para ser utilizados con fines médicos, y para los Yang no era difícil creerlo.

De modo que el plan de Lien Hua era parir en casa, para presentárselo luego al Estado como cosa hecha y más adelante el reverendo Yu lo bautizaría. Con dicho propósito, la señora Yang se mantenía en buena forma física, caminaba dos kilómetros todos los días, comía con sensatez y en general seguía todas las recomendaciones de las publicaciones del gobierno para futuras madres. Y si surgía algún problema grave, acudirían al reverendo Yu en busca de consejo y asesoramiento. El plan le permitía a Lien Hua controlar el estrés —que en realidad era terror— de su estado no autorizado.

—¿Y bien? —preguntó Ryan.

—Rutledge tiene la capacidad adecuada y le hemos dado las instrucciones pertinentes. Debería poder llevarlas a cabo. La incógnita radica en si los chinos seguirán la corriente.

—Si no lo hacen, las cosas se pondrán difíciles para ellos —respondió el presidente, si no con frialdad, sí con cierto grado de determinación—. Si creen que pueden intimidarnos, Scott, ha llegado el momento de que descubran quién es el matón del barrio.

—Lucharán. ¿Recuerdas que hace cuatro días hicieron un pedido provisional de catorce aviones Boeing 777? Eso será lo primero que anularán si no les gusta nuestra propuesta. Eso significa mucho dinero y muchos puestos de trabajo para Boeing en Seattle —advirtió el secretario de Estado.

—Nunca me ha gustado el chantaje, Scott. Además, éste es un caso clásico de «proteger un puñado de árboles y descuidar el bosque». Si cedemos por esa causa, perderemos diez veces más dinero y diez veces más puestos de trabajo en otros lugares; sé que estarán repartidos, que los cámaras de televisión no tendrán un lugar concreto al que enfocar sus objetivos y, por consiguiente, no se divulgará la historia real, sino sólo lo que quepa en una cinta de un centímetro y cuarto. Pero no estoy aquí para complacer a los malditos medios de comunicación. Estoy aquí para servir al pueblo como mejor sepa, Scott. Y juro por Dios que así lo haré —prometió el presidente.

—No lo dudo, Jack —respondió Adler—. Pero recuerda que no sucederá exactamente como tú lo deseas.

—Nunca sucede, pero si se ponen duros, les costará setenta mil millones anuales.

Nosotros podemos permitirnos prescindir de sus productos. ¿Pueden permitirse ellos prescindir de nuestro dinero? —preguntó Ryan.

Adler no se sentía plenamente cómodo con la forma en que el presidente había formulado la pregunta.

—Supongo que tendremos que mantenernos a la expectativa.

XXI. HERVOR

—Dime, ¿qué averiguaste anoche? —preguntó Reilly.

Llegaría tarde a su despacho de la embajada, pero presentía que el caso del lanzagranadas, que era como él se lo planteaba, empezaba a aclararse y el director Murray tenía un interés personal en el mismo, porque también lo tenía el presidente, y eso lo convertía en algo más importante que el papeleo rutinario de su escritorio.

—Nuestro amigo chino, me refiero al que fue al lavabo, es el tercer secretario de su embajada. Nuestros amigos de la SVR, al otro lado de la ciudad, sospechan que pertenece al Ministerio de Seguridad del Estado. En el Ministerio de Exteriores, me refiero al nuestro, no se lo considera particularmente listo como diplomático.

—Así es como disimula uno a un espía —dijo Reilly—. Como un torpe funcionario. El caso es que está en el juego.

—Efectivamente, Mishka —respondió Provalov—. Ahora sería agradable saber quién le pasó qué a quién.

—Oleg Gregoriyevich —dijo Reilly, a quien le gustaba el tratamiento ruso semiformal—, aunque hubiera estado junto a ellos, mirándolos fijamente, dudo que lo hubiera visto.

Ese era el problema cuando una trataba con auténticos profesionales. Eran tan hábiles con sus maniobras como un crupier de Las Vegas con una baraja de naipes. Se necesitaba un buen objetivo y poder verlo a cámara lenta para estar seguro, y eso abultaba demasiado para el trabajo de campo. Pero habían demostrado que los dos estaban activos en el mundo del espionaje, y eso abría nuevas oportunidades en el caso, se mirara como se mirara.

—¿Habéis identificado a la chica?

—Yelena Ivanova Dimitrova —respondió Provalov, entregándole una carpeta—. No es más que una puta, pero, evidentemente, muy cara.

Reilly abrió la carpeta y hojeó las notas. Era una conocida prostituta especializada en extranjeros. Su fotografía era inusualmente halagadora.

—¿Has venido temprano esta mañana? —preguntó Reilly, pensando que debía de haberlo hecho si ya había resuelto tantos asuntos.

—Antes de las seis —confirmó Oleg, que también empezaba a emocionarse cada vez más con el caso—. De todos modos, Klementi Ivan'ch la ha retenido toda la noche. Ha salido de su piso y ha cogido un taxi a su casa a las siete cuarenta de esta mañana. Según mi personal, parecía feliz y satisfecha.

Soltaron una carcajada. ¿Había estado con su cliente hasta después de que Oleg llegara a su despacho? Eso debía de haber afectado su actitud de algún modo, pensó Reilly, sonriendo para sus adentros. Indudablemente habría afectado la suya.

—Me alegro por tu sujeto. No creo que repita la hazaña en unos meses —pensó el

agente del FBI en voz alta, con la esperanza de que su colega ruso se sintiera un poco mejor.

—Siempre cabe la esperanza —respondió fríamente Provalov—. Dispongo de cuatro hombres que vigilan su casa. Si sale y da la impresión de que tardará en regresar, intentaré introducir un equipo en su piso para instalar algunos aparatos de vigilancia electrónica.

—¿Saben cómo ser cautelosos? —preguntó Reilly, pensando en que, si ese tal Suvorov era tan experto como creían, dejaría trampas en su casa que dificultarían la intrusión.

—También han sido formados por el KGB. Uno de ellos ayudó a capturar a un agente secreto francés en otra época. Ahora quiero hacerte yo una pregunta —dijo el policía ruso.

—Adelante.

—¿Qué sabes de un grupo especial antiterrorista con sede en Inglaterra?

—¿Te refieres a «los hombres de negro»?

—Sí —asintió Provalov—. ¿Sabes algo acerca de ellos? Reilly sabía que debía medir sus palabras, aunque sus conocimientos eran muy escasos.

—En realidad no sé más que lo que han publicado en los periódicos. Parece ser un grupo multinacional de la OTAN, creo que en parte militar y en parte policial. El año pasado tuvieron mucho éxito. ¿Por qué me lo preguntas?

—Una petición de las altas esferas, porque te conozco. Me han dicho que van a venir a Moscú, para ayudar a entrenar a nuestro personal: grupos especiales del Spetsnaz con funciones parecidas —explicó Oleg.

—¿En serio? Bueno, yo nunca he pertenecido a los grupos de fuerza del FBI, salvo en otra época al SWAT local. Gus Werner probablemente sabe mucho sobre ellos. Gus dirige la nueva división antiterrorista en el cuartel general. Anteriormente dirigía el equipo de rescate de rehenes y era comandante de campo, de una división, un gran departamento urbano. He hablado con él una sola vez. Gus tiene muy buena rep. en el servicio.

—¿Rep?

—Reputación, Oleg. Está muy bien considerado por los agentes de campo. Pero como ya te he dicho, eso pertenece a los grupos de fuerza del FBI. Yo siempre he estado entre los jugadores de ajedrez.

—Querrás decir, investigaciones.

—Efectivamente —asintió Reilly—. Eso es lo que se supone que debe ser el FBI, pero la organización ha cambiado un poco a lo largo de los años —agregó, antes de hacer una pausa—. ¿De modo que vigilas muy de cerca a ese tal Suvorov/Koniev? —preguntó, para centrar de nuevo la conversación.

—Mis hombres tienen orden de ser discretos, pero sí, lo vigilamos de cerca, como

tú dices.

—Si realmente trabaja con los espías chinos, ¿crees que su propósito puede ser el de matar a ese tal Golovko?

—No lo sé, pero debemos considerarlo como una posibilidad real.

Reilly asintió, pensando que aquello constituiría un informe interesante para mandarlo a Washington y puede que también para comentárselo al jefe de sección de la CIA.

—Quiero las fichas de todos los que han trabajado en alguna ocasión con él —ordenó Sergey Nikolay'ch—. Y también quiero su ficha personal.

—Sí, camarada director —respondió el comandante Shelepin, inclinando la cabeza.

El informe matutino, presentado por un coronel de la milicia, no había satisfecho al director de la SVR, ni a su guardaespaldas principal. En este caso, para variar, se había burlado la lentitud legendaria de la burocracia rusa y la información había llegado rápidamente a los interesados, entre los que se encontraba el hombre cuya vida, después de todo, tal vez se hubiera salvado por casualidad.

—Y formaremos un grupo de acción especial, para trabajar con ese joven Provalov.

—Por supuesto, camarada director.

Era asombrosa —pensó Sergey Nikolay'ch— la rapidez con la que podía cambiar el mundo. Guardaba un vivo recuerdo de la mañana del asesinato. No era algo que se olvidara con facilidad, pero superado el susto y el temor de los primeros días, había llegado a relajarse, a creer que ese tal Avseyenko realmente había sido el objetivo de un ajuste de cuentas de los bajos fondos y que su propia vida nunca había estado directamente amenazada. Con dicha aceptación, todo lo que había sucedido era como haber pasado junto a un accidente de tráfico. Aunque un desgraciado conductor hubiera fallecido en plena calle, uno lo descartaba como algo carente de importancia, porque era algo que no podía sucederle a él en su lujoso coche oficial, especialmente cuando lo conducía Anatoliy. Pero ahora había empezado a preguntarse si tal vez su vida se había salvado por casualidad. Se suponía que esas cosas no debían ocurrir, que eran innecesarias.

Ahora estaba más asustado que aquella espléndida mañana moscovita, cuando contemplaba desde su ventana los restos humeantes en la calzada. Significaba que tal vez todavía corría peligro y temía dicha perspectiva tanto como cualquiera.

Peor aún, el cazador podía ser perfectamente uno de sus propios hombres, un ex agente del KGB vinculado al Spetsnaz y si estaba en contacto con los chinos...

¿Pero por qué querrían los chinos acabar con su vida? O, para el caso, ¿por qué querrían los chinos cometer semejante crimen en un país extranjero? Aquello sobrepasaba los límites de la imprudencia.

Nada tenía sentido, pero como profesional del espionaje, Golovko había abandonado desde hacía mucho tiempo la ilusión de que el mundo debiera tener sentido. Lo que sí sabía era que necesitaba más información y, por lo menos, estaba en una situación excelente para obtenerla. Aunque no fuera tan poderoso como pudiera haberlo sido en otra época, todavía era lo suficiente para sus propios propósitos, se dijo Golovko a sí mismo.

Probablemente.

Procuraba no acudir muy a menudo al ministerio. No era más que una medida elemental de seguridad, pero muy sensata. Después de reclutar a un o una agente, era conveniente no exhibirse en público con él o con ella, para no comprometerle. Era una de las cosas que se enseñaban en La Granja. Si alguien comprometía a uno de sus agentes, podía tener problemas en dormir por la noche, porque la CIA actuaba generalmente en países donde la advertencia iba acompañada de una pistola, un puñal, los puños o algo igualmente indeseable, como solía ocurrir en los estados policiales y eso, por lo que le habían contado sus instructores en clase, podía ser muy desagradable. Especialmente en un caso como éste, en el que mantenía relaciones íntimas con su agente y, si dejaba de hacerlo, podría cesar su cooperación, que según Langley era excelente y querían que prosiguiera. Borrar el programa que había introducido en su ordenador sería difícil para un genio de la informática, pero se podía lograr el mismo efecto eliminando toda la información del disco duro e instalando nuevos archivos sobre los viejos, porque el pequeño programa en cuestión estaba oculto en el software del sistema y escribir de nuevo encima del mismo lo destruiría con la misma certeza que el terremoto de San Francisco.

De modo que realmente no quería estar allí, pero además de espía era un hombre de negocios y su cliente lo había llamado. La chica situada dos mesas más allá de la de Ming tenía un problema con el ordenador y él era el representante de NEC para las oficinas del ministerio.

Resultó ser un problema de menor importancia... había mujeres que no estaban hechas para los ordenadores. Era como dejar suelto a un niño de cuatro años en una armería, pensó, pero no se atrevía a decir cosas semejantes en esta época de la liberación, ni siquiera en un país como éste. Afortunadamente, Ming no estaba a la vista cuando llegó. Se había acercado al ordenador donde se encontraba el problema, lo había reparado en unos tres minutos y luego le había explicado el error a la secretaria en términos sencillos que pudiera comprender y que de ahora en adelante la convertirían en la experta de la oficina para problemas semejantes. Cuando se despedía con una sonrisa y una cortés reverencia al estilo japonés se abrió la puerta del despacho interior y apareció Ming, seguida del ministro Fang, que examinaba unos documentos.

—Hola, Nomuri-san —exclamó Ming, sorprendida, mientras Fang se dirigía a

otra chica llamada Chai y le indicaba que lo siguiera.

Si Fang vio a Nomuri no dio muestras de haberlo hecho y se limitó a entrar de nuevo en su despacho privado.

—Hola, camarada Ming —dijo el norteamericano en inglés—. ¿Funciona bien su ordenador? —preguntó formalmente.

—Sí, muy bien, gracias.

—Estupendo. Si surge algún problema, ya tiene usted mi tarjeta.

—Sí, desde luego. ¿Ya está bien instalado en Pekín? —preguntó educadamente.

—Sí, muchas gracias.

—Debería usted probar la comida china, en lugar de limitarse a la de su país, aunque debo reconocer que últimamente me he aficionado a la salchicha japonesa —dijo Ming ante todos los presentes en la sala, con una expresión que habría enorgullecido a Amarillo Slim.

Por su parte, Chester Nomuri sintió que el corazón se le paraba por completo durante lo que parecieron unos diez segundos.

—Sí, claro —respondió cuando recuperó el aliento—, puede ser muy sabrosa.

Ming se limitó a asentir, antes de regresar a su escritorio y ponerse a trabajar. Después de una cortés reverencia, Nomuri abandonó la sala y avanzó por el pasillo para dirigirse inmediatamente al servicio, con una necesidad urgente de orinar. Santo cielo. Ese era uno de los problemas con los agentes. A veces su trabajo les producía una excitación como la de los drogadictos cuando la sustancia química penetra en su organismo y le hacían cosquillas al dragón, movidos por su entusiasmo nuevo y juguetón, para incrementar un poco la emoción, olvidando que la cola del dragón estaba mucho más cerca de la boca de lo que parecía. Era una estupidez disfrutar del peligro. Después de subirse la cremallera, se recordó a sí mismo que no había cometido ningún error, no se le había trabado la lengua al responder a su juguetona indirecta. Pero debería advertir a Ming del peligro de bailar en un campo minado. Uno nunca sabía realmente dónde poner los pies, y los errores se podían pagar muy caros.

Entonces fue cuando comprendió por qué había sucedido, y la idea lo dejó paralizado. Ming se había enamorado de él. Bromeaba porque... bueno... ¿por qué lo habría hecho si no fuera así? ¿Para jugar simplemente? ¿Lo consideraba todo como un juego? No, no tenía la personalidad adecuada para actuar como una prostituta. El sexo había sido bueno, tal vez demasiado, si es que eso era posible, pensó Nomuri cuando empezó de nuevo a andar en dirección al ascensor. Indudablemente aparecería esta noche, después de lo que había dicho. Tendría que detenerse en la bodega de camino a su casa y comprar otra botella de aquel terrible whisky japonés, a treinta pavos el litro. Aquí un obrero no podía emborracharse, a no ser que lo hiciera con el licor local, que era demasiado repugnante para contemplarlo.

Pero Ming acababa de consagrar su relación, arriesgando su vida frente a su ministro y sus compañeras de trabajo, lo cual era mucho más aterrador para Nomuri que el lamentable comentario sobre su polla y el hecho de que a Ming le gustara. Cielos —pensó—, esto se pone demasiado serio. ¿Pero qué podía hacer ahora? La había seducido, la había convertido en una espía y ella se había enamorado de él, probablemente por la simple razón de que era más joven que ese viejo cabrón para el que trabajaba; además, él la trataba mucho mejor. Puede que fuera bastante bueno en la cama, lo cual era excelente para su ego masculino, además, era un extranjero en un país desconocido, donde debía satisfacer sus necesidades biológicas, y hacerlo con ella era probablemente más seguro que buscar prostitutas en los bares. Por otra parte, no quería siquiera pensar en la posibilidad de tener una relación formal con una chica...

Pero cómo diferenciar una cosa de la otra, se preguntó a sí mismo, sin tener en cuenta el hecho de que mientras hacían el amor, su ordenador transmitía las notas que ella había transcrito al mundo etéreo...

Lo estaba haciendo de nuevo poco después de terminada la jornada laboral, y las once horas de diferencia prácticamente garantizaban que llegaría a los despachos de los funcionarios norteamericanos, poco después de la hora del desayuno. En el caso de Mary Patricia Foley, las mañanas eran mucho menos ajetreadas que en otra época. Su hija menor no estaba todavía en la universidad, pero prefería prepararse ella misma el desayuno e iba en su propio coche al colegio, lo cual le permitía a su madre quedarse otros veinte minutos en la cama todas las mañanas. Veinte años como espía de campo, compartidos con la maternidad, podían haber bastado para volverla completamente loca; pero había sido una vida de la que en realidad había disfrutado, especialmente los años que había pasado en Moscú haciendo su trabajo desde las propias entrañas de la bestia y ocasionándole al mismo tiempo una buena úlcera a ese cabrón.

Otro tanto podía decir su marido. Eran el primer equipo formado por marido y mujer que había llegado tan alto en Langley y conducían todas las mañanas a la oficina en su propio coche, en lugar de uno de la «casa» al que tenían derecho, aunque con un coche delante y otro detrás llenos de personal armado, porque cualquier terrorista con medio cerebro los consideraría objetivos más valiosos que rubíes. Así podían hablar por el camino, y todas las semanas se comprobaba que no hubiera micrófonos en el coche.

Aparcaban en el amplio espacio reservado, en el sótano del edificio del antiguo cuartel general, y luego subían en el ascensor para ejecutivos, que siempre los estaba esperando para llevarlos hasta sus despachos en el séptimo piso.

El escritorio de la señora Foley estaba siempre ordenado. El personal de noche ordenaba impecablemente todos los documentos importantes para ella. Pero hoy,

como venía haciéndolo desde hacía una semana, en lugar de examinar las carpetas con material clasificado como «Secreto y codificado», conectó primero el ordenador para comprobar su correo electrónico especial. Esa mañana no se llevó una decepción. Copió el fichero en su disco duro, imprimió una copia y a continuación borró el mensaje del sistema. Leyó de nuevo la copia impresa, levantó el auricular del teléfono y llamó al despacho de su marido.

—Dime, cariño.

—Sopa de huevo —dijo la esposa del director de la CIA, a quien le gustaba atormentar a su marido, refiriéndose a un plato de la cocina china que a él le parecía particularmente repugnante.

—De acuerdo, cariño. Ven a mi despacho.

El director comprendió que debía de tratarse de algo bastante importante, si su esposa intentaba provocarle náuseas por la mañana temprano.

—¿Más Sorge? —preguntó el presidente, después de setenta y cinco minutos.

—Sí, señor —respondió Ben Goodley, entregándole una hoja, breve pero interesante.

—¿Análisis? —preguntó Ryan, después de leerla por encima.

—La señora Foley quiere repasarla con usted esta tarde. Tiene un hueco en su agenda a las dos y cuarto.

—De acuerdo. ¿Quién más?

—El vicepresidente, puesto que está en Washington —respondió Goodley, consciente de que a Ryan le gustaba entrevistarse con Robby Jackson, para recibir interesante información estratégica—. El también está libre esta tarde.

—Bien. Organízelo —ordenó el presidente.

A seis manzanas de distancia, Dan Murray llegaba a su espacioso despacho (por cierto, bastante mayor que el del presidente) con su propia escolta, porque él, como agente principal del país de contraespionaje y antiterrorismo, disponía de abundante información por la que otros se interesaban. Y esa mañana recibió un poco más.

—Buenos días, director —dijo una de las empleadas, que era una agente armada y no una mera secretaria.

—Hola, Toni —respondió Murray.

Aquella agente tenía unas curvas espléndidas, pero el director del FBI se percató de que su esposa, Liz, tenía razón: se estaba convirtiendo en un viejo verde.

El personal de noche organizaba los montones sobre el escritorio, de acuerdo con cierto método. El montón de la derecha era de material de inteligencia, el de la izquierda de operaciones de contrainteligencia y el mayor, en el centro, de investigaciones penales en curso que requerían su atención o notificación personal. La tradición se remontaba al «señor Hoover», como se lo recordaba en el FBI, que al

parecer examinaba los casos más importantes.

Pero Murray se interesaba desde hacía tiempo por el lado «negro» del cuerpo y eso significaba que atacaba primero el montón de la derecha. No había mucho. Actualmente, el FBI llevaba a cabo algunas operaciones propias puramente de inteligencia, lo que incomodaba en cierto modo a la CIA, aunque dichos cuerpos nunca se habían llevado especialmente bien, a pesar de que a Murray le gustaban los Foley. Qué diablos —pensaba—, un poco de competencia era buena para todo el mundo, siempre y cuando la CIA no interviniera en investigaciones criminales, lo cual sería harina de otro costal. El primer informe era de Mike Reilly en Moscú...

—Maldita sea —susurró entre dientes, antes de sonreír para sus adentros.

Murray había seleccionado a Reilly personalmente para el puesto de Moscú, a pesar de las objeciones de algunos de sus funcionarios más decanos, que eran todos partidarios de mandar a Paul Landau, de la División de Inteligencia. Pero Murray decidió que lo que Moscú necesitaba era ayuda con el trabajo policial, no persiguiendo espías, en lo que ellos tenían mucha experiencia, y por consiguiente decidió mandar a Mike, un agente de segunda generación, que al igual que su padre, Pat Reilly, había provocado una seria indigestión a la mafia de Nueva York. Landau estaba ahora en Berlín, jugando con la Bundeskriminalamt alemana, la BKA, como enlace de asuntos penales y con bastante éxito. Pero Reilly era una estrella potencial. Su padre se había jubilado como ayudante de agente especial en jefe; Mike podía llegar más lejos.

Y el vínculo que había establecido con Provalov, ese detective ruso, no perjudicaría en absoluto su carrera. ¿De modo que habían descubierto una conexión entre un ex agente del KGB y el Ministerio chino de Seguridad del Estado? ¿Y eso formaba parte de la investigación de la gran explosión que había tenido lugar en Moscú...? Maldita sea, ¿los chinos podían estar involucrados? Y si así fuera, ¿qué diablos significaría eso? Era algo que debían ver los Foley. Con dicho propósito, el director Murray levantó el teléfono. A los diez minutos, el documento de Moscú era introducido en su fax de seguridad con destino a Langley, y sólo para asegurarse de que la CIA no se atribuyera el trabajo del FBI se mandó una copia impresa a la Casa Blanca, que entregaron en mano al doctor Benjamin Goodley, que sin duda se lo mostraría al presidente antes del almuerzo.

Había llegado al punto de reconocer su forma de llamar a la puerta. Nomuri dejó la copa sobre la mesa y se apresuró a abrirla, menos de cinco segundos después de que ella la golpeará sensualmente.

—Ming —exclamó Chet.

—Nomuri-san —respondió ella.

Tiró de ella hacia el interior, cerró la puerta y echó el pestillo. Luego la levantó del suelo y le dio un apasionado abrazo, que era menos del tres por ciento ficticio.

—¿De modo que te gusta la salchicha japonesa? —preguntó con un beso y una sonrisa.

—Ni siquiera sonreíste cuando te lo dije. ¿No te hizo gracia? —preguntó Ming, cuando él desabrochaba algunos de sus botones.

—Ming... —titubeó y optó por decir algo que había aprendido durante el día—. Bai-bei —dijo, que significaba «amor mío».

—Shing gan —respondió Ming con una sonrisa, que significaba «corazón e hígado», pero en este contexto «corazón y alma».

—Amor mío —repitió Nomuri, después de darle un beso—, ¿haces publicidad de nuestra relación en tu oficina?

—No, puede que no le pareciera bien al ministro Fang, pero probablemente a las demás chicas de la oficina no les importaría si lo supieran —respondió, con una coqueta sonrisa—. Aunque nunca se sabe.

—¿Entonces por qué correr riesgos con ese tipo de bromas, a no ser que pretendas que te traicione?

—No tienes sentido del humor —dijo Ming, mientras le acariciaba el pecho por debajo de la camisa—. Pero no importa. Tienes otras cosas que necesito.

Entonces llegó el momento de poner manos a la obra.

—¿Bai-bei?

—Dime.

—¿Sigue funcionando bien tu ordenador?

—Desde luego —respondió con una voz adormilada. Nomuri la acariciaba suavemente con la mano izquierda—. ¿Alguna de las otras chicas de la oficina utiliza su ordenador para navegar por la red?

—Sólo Chai. Fang la utiliza al igual que me utiliza a mí. A decir verdad, ella le gusta más que yo. Cree que su boca es mejor que la mía.

—¿Cómo? —preguntó Nomuri, suavizando la pregunta con una sonrisa.

—Ya te lo he dicho, el ministro Fang es un anciano. A veces necesita una estimulación especial y a Chai no le importa. Dice que Fang le recuerda a su abuelo —respondió Ming.

El norteamericano sintió asco al oír aquella respuesta.

—¿Entonces todas las chicas de la oficina habláis de vuestro ministro?

Ming se rio. Tenía gracia.

—Claro, todas lo comentamos.

Maldita sea, pensó Nomuri. Siempre había creído que las mujeres serían más... discretas, que eran sólo los hombres los que se vanagloriaban en los vestuarios de sus conquistas.

—La primera vez que me llamó —prosiguió Ming—, no sabía qué hacer y decidí pedirle consejo a Chai. Ella es la más veterana, ¿comprendes? Sólo me dijo que

disfrutara, que procurara hacerlo feliz y que tal vez conseguiría una nueva silla de despacho, como ella. Chai debe de ser muy buena con él. El pasado noviembre recibió una bicicleta nueva. En cuanto a mí, creo que sólo le gusto porque tengo un aspecto un poco diferente. Chai tiene más pecho que yo; creo que yo soy más atractiva, pero ella tiene una personalidad encantadora y creo que le gusta el viejo. Por lo menos más que a mí —hizo una pausa—. No tengo tantas ganas de tener una bicicleta nueva.

—¿Qué significa esto? —preguntó Robby Jackson.

—No estamos seguros —reconoció el director de la CIA—. Ese tal Fang mantuvo una larga conversación con nuestro viejo amigo Zhang Han San. Hablaron de la reunión con nuestros negociadores comerciales que empieza mañana. Maldita sea —exclamó, mientras consultaba su reloj—, dentro de catorce horas a partir de este momento. Y parece que quieren concesiones por nuestra parte, en lugar de ofrecérnoslas ellos a nosotros. Están incluso más enojados sobre nuestro reconocimiento de Taiwan de lo que suponíamos.

—Que se jodan —exclamó Ryan.

—Jack, simpatizo contigo, pero procuremos considerar sus opiniones, ¿no te parece? —sugirió Foley.

—Empiezas a hablar como Scott —dijo el presidente.

—¿Qué tiene eso de malo? Si quieres en Langley a alguien que se limite a darte la razón, yo no soy la persona adecuada —replicó el director de la CIA.

—De acuerdo, Ed —reconoció Jack—. Prosigue.

—Jack, debemos advertirle a Rutledge que a la República Popular no le gustará lo que va a decirles. Puede que no estén de humor para hacer muchas concesiones comerciales.

—Bueno, tampoco lo están los Estados Unidos —dijo Ryan—. Y volvemos al hecho de que ellos necesitan más nuestro dinero que nosotros sus mercancías.

—¿Qué probabilidad existe de que esto sea una trampa? Me refiero a esta información —preguntó el vicepresidente Jackson.

—¿Te refieres a que utilicen esta fuente para filtrarnos información falsa? —dijo Mary Patricia Foley—. Según mi evaluación, prácticamente cero. Lo más cerca de cero que pueda estar cualquier cosa en el mundo real.

—¿Cómo puedes estar tan segura, Mary Pat? —preguntó el presidente Ryan.

—Este no es el momento, Jack, pero lo estoy.

Ryan se percató de que la respuesta de Mary Pat había incomodado ligeramente a su marido. Entre agentes secretos no era usual que alguien pudiera estar tan seguro de algo, pero Ed siempre había sido el precavido, mientras que Mary Pat era la vaquera. Era tan leal a su gente como una madre a su bebé, y Ryan la admiraba por ello, aunque tampoco podía olvidar que eso no era siempre realista.

—¿Ed? —preguntó Ryan, para saber su parecer.

—En este caso, apoyo a Mary. Esta fuente parece impecable.

—¿De modo que este documento representa el punto de vista de su gobierno? —preguntó el vicepresidente.

Foley sorprendió al vicepresidente moviendo la cabeza.

—No, representa el punto de vista de ese individuo llamado Zhang Han San. Es un ministro poderoso e influyente, pero no habla propiamente en nombre del gobierno. En este texto no se expresa cuál es su posición oficial. Zhang probablemente representa un punto de vista y muy poderoso, dentro de su Politburó. También hay elementos moderados, cuya posición no se menciona en este documento.

—Estupendo —dijo Robby, moviéndose en su silla—. ¿Entonces, por qué nos estás haciendo perder el tiempo con esto?

—Este tal Zhang es íntimo amigo de su ministro de Defensa; en realidad, tiene mucha influencia en todo lo relacionado con la seguridad nacional. Si ahora extiende su influencia a la política comercial, tendremos un problema, y nuestro equipo negociador necesita saberlo con antelación —explicó el director de la CIA.

—¿Y bien? —preguntó Ming, cansada.

Detestaba tener que vestirse, marcharse y dormir poco.

—Debes llegar temprano a la oficina y cargar esto en el ordenador de Chai. Sólo es un nuevo sistema de ficheros, de última generación, 6.8.1, como el que cargué en tu ordenador.

En realidad, la última versión era 6.3.2 y eso significaba que transcurriría por lo menos un año antes de que fuera necesaria una actualización.

—¿Por qué me obligas a hacer esto?

—¿Te importa, Bai-bei? —preguntó.

Ming llegó a titubear, reflexionó durante unos instantes y su incertidumbre congeló al espía norteamericano.

—No, supongo que no.

—Debo conseguirte algunas cosas nuevas —susurró Nomuri, cogiéndola en brazos.

—¿Como qué? —preguntó Ming.

Todos sus regalos anteriores habían sido debidamente apreciados.

—Será una agradable sorpresa —prometió.

Sus ojos oscuros brillaron de anticipación. Nomuri la ayudó a ponerse su horrible chaqueta. Vestirla no era tan emocionante como desnudarla, pero era de esperar. Al cabo de un momento, le dio un beso de despedida en la puerta, vio cómo se alejaba y entonces se dirigió a su ordenador para comunicarle a patsbakery@brownienet.com que había organizado una segunda receta, que esperaba que fuera de su agrado.

XXII. LA MESA Y LA RECETA

—Ministro, es un placer —dijo Cliff Rutledge en su tono diplomático más amigable, al tiempo que le estrechaba la mano.

Rutledge se alegraba de que la República Popular hubiera adoptado la costumbre occidental, porque nunca había aprendido el protocolo exacto de las reverencias.

Carl Hitch, embajador estadounidense en la República Popular, estaba presente para la ceremonia de inauguración. Era un profesional del servicio diplomático, que siempre había preferido trabajar en el extranjero a hacerlo en un despacho en el ministerio. Ocuparse de las relaciones diplomáticas cotidianas no era particularmente emocionante, pero en un lugar como éste requería una mano templada. Hitch la tenía y al parecer estaba muy bien considerado por el resto de la comunidad diplomática, lo cual no le perjudicaba.

Pero todo era nuevo para Mark Gant. El lugar era impresionante, como la sala de juntas de una gran empresa, diseñada para que los directivos se sintieran felices, como los aristócratas italianos de la Edad Media, con el techo elevado y las paredes cubiertas de tapices, o en este caso sedas chinas, evidentemente de color rojo, cuyo efecto era como el de penetrar en el corazón de una ballena, con arañas de cristal tallado y latón barnizado. Todos tenían una pequeña copa de Mao-tai, que según le habían advertido, era como beber gasolina.

—¿Es ésta su primera visita a Pekín? —le preguntó un subalterno.

Gant volvió la cabeza para mirar al pequeñajo.

—Sí, lo es.

—¿Es aún demasiado pronto para formarse una opinión?

—Sí, pero esta sala es realmente impresionante... claro que la seda es algo en lo que ustedes tienen una larga y fructífera tradición —respondió, inseguro de si parecía diplomático o simplemente torpe.

—Sí, así es —dijo el funcionario con una radiante sonrisa y haciendo un ademán con la cabeza, que no revelaron nada al visitante norteamericano, salvo que no gastaba mucho en cepillos de dientes.

—He oído hablar de la colección de arte imperial.

—La verá —prometió el funcionario—. Forma parte del programa oficial.

—Estupendo. Además de cumplir con mis obligaciones, me gustaría hacer un poco de turismo.

—Confío en que seamos unos buenos anfitriones para usted —dijo el pequeñajo.

Por su parte, Gant se preguntaba si aquel sonriente y solícito enano acabaría por arrodillarse y ofrecerle una mamada, pero la diplomacia era un campo completamente nuevo para él. Aquellos individuos no eran banqueros inversionistas, que solían comportarse como buitres cortesés que le ofrecían a uno comida y bebida, antes de

intentar arrebatarse el pene de un mordisco, pero sin ocultar nunca el hecho de que eran buitres. No estaba seguro con respecto a esa gente. Ese nivel de cortesía y solicitud era una experiencia nueva para Gant, pero dada la información que había recibido con antelación, se preguntaba si la hospitalidad no sería más que el preludio de una reunión inusualmente hostil cuando empezaran a hablar de negocios. Si los dos extremos debían equilibrarse, estaba seguro de que el polo opuesto sería bastante desagradable.

—¿Entonces, usted no es del Departamento de Estado norteamericano? —preguntó el chino.

—No. Soy del Departamento de la Tesorería. Trabajo directamente para el secretario Winston.

—Ah, ¿entonces pertenece al mundo de los negocios?

De modo que ese pequeño cabrón había sido informado... Era de esperar. A este nivel de gobierno no se improvisaba. Todo el mundo habría sido debidamente informado. Todos habrían leído el libro sobre los norteamericanos. Los miembros del Departamento de Estado del equipo norteamericano habían hecho lo mismo. Pero éste no era el caso de Gant, porque no era realmente un jugador propiamente dicho y sólo le habían contado lo que necesitaba saber. Eso le concedía una ventaja respecto al chino que le habían asignado para que cuidara de él. No pertenecía al Departamento de Estado y, por consiguiente, no se lo consideraría importante, pero era el representante personal de un funcionario norteamericano muy decano, a cuyo círculo íntimo se sabía que pertenecía y eso lo convertía en una persona sumamente importante. Podría ser incluso el consejero principal de Rutledge y eso, en el contexto chino, significaría que era él quien dirigía las negociaciones, en lugar del diplomático titular, porque los chinos solían hacer así las cosas. Gant pensó que tal vez podía confundirlo un poco... ¿pero cómo?

—Sí, he sido capitalista toda mi vida —respondió Gant, decidido a conservar la calma y tratar a ese individuo como si fuera un ser humano y no un jodido diplomático comunista—. Al igual que el secretario Winston y que nuestro presidente.

—Pero él era principalmente un agente secreto, por lo que me han contado.

Había llegado el momento de clavar el aguijón.

—Supongo que eso es en parte cierto, pero creo que su corazón siempre ha estado en los negocios. Cuando deje el gobierno, él y George probablemente se dedicarán a los negocios, y juntos se apoderarán del mundo entero.

Lo cual era casi cierto, reflexionó Gant, pensando en que las mejores mentiras solían serlo.

—Y usted ha trabajado varios años para el secretario Winston.

Gant se percató de que más que una pregunta era una afirmación. ¿Cómo

responderle? ¿Cuánto sabían realmente acerca de él... o era un personaje misterioso para los comunistas chinos? En ese caso, ¿podría aprovecharlo en su propio beneficio...?

—Bueno, sí, George y yo hemos ganado algo de dinero juntos —respondió con una amable sonrisa—. Cuando Jack le dio un puesto en el gabinete, George decidió que quería que trabajara con él, para ayudarlo un poco con la política gubernamental. Especialmente, la política tributaria. Era un verdadero caos, y George la dejó en mis manos. ¿Y sabe lo que le digo? Puede que logramos resolverlo. Parece que el Congreso hará lo que le hemos ordenado, y no está mal poder obligar a esos idiotas a hacer lo que queremos —agregó, mientras contemplaba de una forma bastante intencionada una figura de marfil tallado en un aparador de madera, a la que algún artesano había dedicado mucho tiempo con un cuchillo afilado, hasta conseguir el efecto deseado... ¿Y bien, señor chino, le parezco ahora suficientemente importante? Reconoció que podía haber sido un buen jugador de póquer, porque sus ojos no expresaban absolutamente nada—. Discúlpeme, hablo demasiado. El chino sonrió.

—Siempre se habla mucho en momentos como éste. ¿Por qué cree que todo el mundo toma una copa? —dijo con humor.

¿Tal vez le estaba recordando a Gant quién estaba realmente al mando de la situación...?

—Supongo —respondió Gant, no muy seguro de sí mismo, antes de echar a andar, seguido del subalterno, si es que lo era.

Por su parte, Rutledge intentaba averiguar si sus rivales sabían cuáles eran sus instrucciones. Se habían filtrado algunos indicios a la prensa, pero Adler lo había hecho con suficiente pericia como para que incluso un observador meticulado —y el embajador de la República Popular en Washington indudablemente lo era— tuviera dificultad en decidir quién filtraba qué y con qué propósito. La administración de Ryan probablemente había utilizado a la prensa con bastante habilidad, pensó Rutledge, porque los ministros solían seguir las indicaciones del jefe de personal de la Casa Blanca, Arnie Van Damm, que era un político sumamente diestro. El nuevo gabinete no estaba formado por la colección habitual de personajes políticos temporales, que necesitaban el apoyo de la prensa para progresar en su propia carrera. Ryan había elegido primordialmente a personas sin agenda personal, lo cual había sido una hazaña considerable, dado especialmente que en su mayoría parecían técnicos competentes que, al igual que el propio Ryan, sólo pretendían abandonar Washington con su virtud intacta y volver a su vida real, cuando acabaran de servir a su país durante un período limitado. Al diplomático de carrera le parecía imposible que el gobierno de su país se hubiera transformado como lo había hecho. Atribuía el mérito de lo sucedido a aquel loco piloto japonés, que había sembrado la muerte entre la oficialidad de Washington con un solo acto demencial.

Fue entonces cuando Xu Kun Piao hizo acto de presencia en la sala, acompañado de su séquito oficial. Xu era secretario general del partido comunista de la República Popular China y presidente del Politburó chino, aunque denominado por la prensa «primer ministro», que a pesar de ser incorrecto había sido adoptado por la comunidad diplomática. Tenía setenta y un años y pertenecía a la segunda generación de dirigentes chinos. Los supervivientes de la «larga marcha» habían fallecido hacía mucho tiempo, a pesar de que había algunos funcionarios decanos que aseguraban haber participado en la misma, pero bastaba hacer unos cálculos para percatarse de que en aquella época se estaban amamantando y nadie se los tomaba en serio. No, la generación actual de los dirigentes políticos chinos la constituían primordialmente los hijos o sobrinos del equipo original, criados en una situación de privilegio y comodidad relativa, pero siempre conscientes de que su lugar en la vida era precario. Por una parte estaban los otros descendientes políticos que aspiraban a llegar más lejos que sus predecesores, y para ello habían sido más católicos que el papa comunista local. Llevaban consigo su Pequeño libro rojo como adultos durante la Revolución Cultural, después de mantener la boca cerrada y los oídos bien abiertos durante la frustrada y depredadora campaña de las «cien flores» en los años cincuenta, en la que se había atrapado a muchos intelectuales, a los que se les había ocurrido ocultarse durante la primera década del régimen maoísta. Incentivados a salir a la luz del día, a instancias del propio Mao, para que aportaran sus ideas, cometieron el error de seguirle la corriente, extendiendo al mismo tiempo sus cuellos sobre el cadalso, para ser decapitados pocos años después durante la brutal y antropófaga Revolución Cultural.

Los miembros del Politburó actual habían sobrevivido en dos sentidos. En primer lugar, les habían protegido sus padres y su abolengo. En segundo lugar, se les había advertido meticulosamente lo que podían y lo que no podían expresar, y habían declarado siempre cautelosamente que las ideas del presidente Mao eran lo que China realmente necesitaba y que las demás, aunque tal vez interesantes en un limitado sentido intelectual, eran peligrosas en cuanto a que alejaban a los obreros y los campesinos del «verdadero camino» de Mao. Y cuando empezaron a rodar cabezas, por inspiración del Pequeño libro rojo, ellos se encontraban entre los primeros que salieron con dicho libro para mostrárselo a los demás y escapar en gran parte a la destrucción, aunque evidentemente algunos entre ellos fueron sacrificados, pero ninguno de los realmente listos que ocupaban ahora los escaños del Politburó. Había sido un brutal proceso darwiniano, al que habían sobrevivido por ser un poco más listos que los demás y ahora, en la cumbre del poder alcanzado mediante la inteligencia y la precaución, había llegado el momento de disfrutar de lo que habían ganado.

La nueva generación de líderes aceptaba el comunismo con la misma convicción

que otros creían en Dios, porque no habían aprendido otra cosa ni utilizado su agilidad intelectual en busca de otra fe, ni habían buscado soluciones a las incógnitas que el marxismo no alcanzaba a resolver. Era una fe basada en la resignación, más que en el entusiasmo. Habían sido criados en una caja intelectual circunscrita, y nunca se habían aventurado a salir de la misma, por temor a lo que pudieran descubrir. En los últimos veinte años se habían visto obligados a permitir que el capitalismo floreciera, dentro de los confines de su país, porque necesitaban dinero para convertir China en un país más poderoso que el experimento fracasado de la República Democrática de Corea. China había experimentado su propia hambruna en torno a 1960, de la que habían aprendido lentamente y la habían utilizado a su vez como plataforma de lanzamiento de la Revolución Cultural, capitalizando, así, políticamente un desastre autoinfligido.

Querían que su país fuera una gran nación. En realidad, ya lo consideraban como tal, aunque eran conscientes de que otros países no compartían dicha visión y, por consiguiente, debían encontrar los medios de corregir el estúpido error del resto del mundo. Eso significaba dinero, y dinero significaba industria, y la industria requería capitalistas. Eso era algo que habían descubierto antes que sus estúpidos vecinos soviéticos, al norte y oeste de su país. Por consiguiente, la Unión Soviética había caído, pero la República Popular China sobrevivía.

O eso creían todos. Miraban al exterior, cuando se molestaban en hacerlo, a un mundo que fingían comprender y al que se sentían superiores, sin otra razón que su piel y su idioma, con la ideología según ellos en un segundo lugar, porque el amor propio brotaba del interior. Esperaban que la gente los tratara con deferencia, y los años anteriores de diplomacia interactiva con el mundo circundante no habían cambiado sustancialmente su visión.

Pero en este sentido eran víctimas de sus propias fantasías. Henry Kissinger había visitado China en 1971 a instancias del presidente Richard Nixon, no porque considerara necesario establecer relaciones normales con la nación más poblada del planeta, sino para utilizar a la República Popular China como azote, a fin de forzar la sumisión de la Unión Soviética. En realidad, Nixon había iniciado un proceso tan duradero que se consideraba ajeno a las posibilidades de Occidente; era algo que, a criterio de los occidentales, los propios chinos eran capaces de concebir por cuenta propia. Con dichas ideas, la gente se limita a manifestar prejuicios étnicos de un modo u otro.

El jefe típico de un gobierno totalitario es excesivamente egocéntrico para pensar mucho más allá de su propia vida, y las personas viven aproximadamente el mismo número de años en el mundo entero. Por esa razón tan sencilla, todos piensan en términos de programas que ellos puedan ver terminados en vida y poco más allá, porque siempre han sido hombres que han derribado las estatuas de otros y por tanto

con escasa fe en sus propios monumentos. Sólo cuando se acercan a la muerte consideran lo que han hecho, y Mao reconoció tristemente ante Henry Kissinger que lo único que había logrado había sido cambiar la vida de los campesinos en un radio de pocos kilómetros alrededor de Pekín.

Pero los hombres en esta sala ceremonial no estaban suficientemente cerca de la muerte para pensar en dichos términos. Eran los magistrados de su tierra. Creaban las reglas que otros seguían. Su palabra era ley. Sus caprichos se materializaban con presteza. El pueblo los consideraba como en otra época habían considerado a los emperadores y los príncipes de la antigüedad. Tenían todo lo que un hombre podía desear. Por encima de todo, gozaban de poder. Eran sus deseos los que regían su vasto y antiguo territorio. Su ideología comunista era sólo la magia que definía la forma que adoptaban sus deseos, las reglas del juego que todos habían decidido utilizar hacía ya muchos años. Lo importante era el poder. Podían conceder o arrebatar la vida de un plumazo, o para ser más exactos, dictando las instrucciones a una secretaria personal, que las transmitía a los subordinados que apretaban el gatillo.

Xu era un hombre mediano en todos los sentidos: altura, peso, ojos, cara y, según algunos, intelecto. Rutledge lo había leído todo en su ficha informativa. El verdadero poder estaba en otro lugar. Xu era una especie de cabeza simbólica, elegido parcialmente por su aspecto, su facilidad de palabra y su capacidad para defender alguna idea ocasional de otros miembros del Politburó, con aparente convicción. Como un actor de Hollywood; lo importante no era ser listo, sino parecerlo.

—Camarada primer ministro —dijo Rutledge, tendiéndole la mano, que el chino estrechó.

—Señor Rutledge —respondió Xu en un inglés aceptable, aunque había un intérprete presente para ideas más complejas—, bien venido a Pekín.

—Es para mí un placer y un honor visitar de nuevo su antiguo país —dijo el diplomático norteamericano, con el debido respeto y sumisión a juicio del dirigente chino.

—Es siempre un placer recibir a un amigo —prosiguió Xu, fiel a las instrucciones que había recibido.

Rutledge había estado antes de visita oficial en China, pero nunca como jefe de una delegación. Era conocido por el ministro de Exteriores chino como un diplomático que había escalado el escalafón de su burocracia, como lo hacían ellos, un mero técnico, aunque de alto nivel. El jefe del Politburó levantó su copa.

—Brindo por el éxito y la cordialidad de las negociaciones.

—Lo mismo digo, caballero —sonrió Rutledge, levantando también la suya.

Las cámaras lo captaron. Circulaban también los periodistas. Los cámaras se limitaban a filmar lo que ellos denominan tomas de «localización», como lo haría un aficionado con una modesta minicam. Filmaron la sala desde una distancia artificial,

para mostrar los colores a los televidentes, con algunos primeros planos de los muebles en los que nadie debía sentarse y de algunos de los principales participantes, copa en mano y sonrientes, a fin de hacer llegar al público el ambiente de un gran cóctel oficial y no particularmente agradable. La auténtica cobertura de las noticias correría a cargo de personajes como Barry Wise y otros presentadores, capaces de explicar a los televidentes lo que no podían mostrar las imágenes.

Luego devolverían la conexión a los estudios de la CNN en Washington, junto a la colina de Union Station, donde otros presentadores comentarían lo que se les había filtrado o dejado de filtrar, antes de proponer según su sagaz visión personal cuál debía ser la posición que tendría que adoptar Estados Unidos. El presidente Ryan lo vería durante el desayuno, mientras leía los periódicos y el servicio Early Bird producido por el gobierno. Mientras desayunaba, Ryan haría breves comentarios ante su esposa, que ella comentaría durante el almuerzo con sus colegas la Johns Hopkins, quienes a su vez lo mencionarían a sus respectivos esposos o esposas, pero no pasaría de ahí. Por consiguiente, el parecer del presidente solía ser un misterio.

La recepción se dio por concluida a la hora prevista, y los norteamericanos regresaron a su embajada en sus coches oficiales.

—¿Qué puedes decirme extraoficialmente? —preguntó Barry, sentado junto a Rutledge en el asiento trasero del Lincoln extralargo.

—A decir verdad, no mucho —respondió el ayudante del secretario de Estado para Asuntos Políticos—. Escucharemos lo que tengan que decir, ellos nos escucharán a nosotros y a partir de ahí seguiremos.

—Pretenden ser considerados como «nación sumamente favorecida». ¿Lo conseguirán?

—No soy yo quien debe decidirlo, Barry, y tú lo sabes —respondió Rutledge, que estaba demasiado cansado y desconcertado después del vuelo para mantener una conversación inteligente en aquel momento.

No confiaba en lo que pudiera decir en esas circunstancias, y suponía que Wise lo sabía. Esa era precisamente la razón por la que el periodista insistía.

—¿De qué vais a hablar entonces?

—Evidentemente, nos gustaría que los chinos abrieran un poco más sus mercados, y también queremos examinar algunos asuntos, como la infracción de patentes y derechos de propiedad, de la que se han quejado empresas norteamericanas.

—¿El asunto de los ordenadores Dell?

Rutledge asintió.

—Sí, efectivamente —respondió con un bostezo—. Discúlpame. Ha sido un vuelo muy largo... ya sabes.

—Yo estaba en el mismo avión —señaló Barry Wise.

—Pues puede que a ti te sienta mejor que a mí —respondió Rutledge—. ¿Te importa aplazar esta conversación un día o dos?

—Como tú digas —dijo el periodista de la CNN.

No sentía mucho afecto por ese pijo cretino, pero era una fuente de información, y el trabajo de Wise consistía en obtener información. En cualquier caso, el viaje fue muy corto. Los miembros de la delegación oficial se apearon en la embajada y los coches llevaron a los periodistas a sus hoteles.

La embajada disponía de habitaciones para todos los miembros de la delegación, sobre todo para asegurarse de que no se grabara nada de lo que dijeran mediante micrófonos colocados por el Ministerio de Seguridad Estatal en todas las habitaciones de los hoteles de la ciudad. Eso no significaba que las dependencias fueran palaciegas, pero Rutledge disponía de una habitación cómoda. El protocolo no trató tan bien a Mark Gant, aunque disponía de una confortable cama individual en una pequeña habitación privada, con cuarto de baño compartido. Decidió tomar un baño caliente y una pastilla para dormir, que le había suministrado el médico de la delegación oficial. Se suponía que debía proporcionarle unas ocho horas de sueño sin interrupción, que lo sincronizarían aproximadamente con el horario local por la mañana. Entonces tendría lugar un gran desayuno de trabajo, parecido al de los astronautas antes del lanzamiento de un transbordador, y algo tan tradicionalmente norteamericano como las barras y las estrellas sobre Fort McHenry.

Nomuri vio la llegada de la delegación comercial por la televisión china, que miraba principalmente para perfeccionar sus conocimientos lingüísticos. Iba mejorando, aunque la naturaleza tónica del mandarín lo volvía bastante loco. En otra época había considerado que el japonés era difícil, pero era coser y cantar comparado con el gouyu. Miraba sus rostros y se preguntaba quiénes eran. El comentarista chino le sirvió de ayuda, a pesar de sus dificultades para pronunciar «Rutledge». Bueno, los norteamericanos también cometían verdaderos asesinatos con los nombres chinos, salvo los sencillos como Ming o Wang, y oír a algún hombre de negocios norteamericano intentando hacerse comprender por los lugareños era algo que a Nomuri le provocaba náuseas. El comentarista habló a continuación de la posición china en las negociaciones comerciales y de que Norteamérica debía a la República Popular toda clase de concesiones, ya que ¿no era China generosa permitiendo que los norteamericanos gastaran sus despreciables dólares en valiosos productos de la República Popular?

En este sentido, China era muy parecida a Japón en otra época, pero el nuevo gobierno japonés había abierto sus mercados. Aunque la balanza comercial era todavía favorable a Japón, la libre competencia en el terreno de juego había acallado las críticas norteamericanas, a pesar de que los coches japoneses eran aún peor recibidos que antes en Norteamérica. Pero eso pasaría, Nomuri estaba seguro de ello.

Si Norteamérica tenía una debilidad, era la de perdonar y olvidar con excesiva rapidez. En este sentido, admiraba enormemente a los judíos. Todavía no habían olvidado Alemania, ni a Hitler. Y ojalá no lo hicieran, pensó. Lo último que se preguntó antes de acostarse fue cómo funcionaría el nuevo software en el ordenador de Chai y si Ming lo habría instalado. Entonces decidió comprobarlo.

Se levantó de la cama, conectó su ordenador y... efectivamente. El ordenador de Chai no disponía del software de transcripción que tenía el de Ming, pero transmitía lo que tenía. Bueno, para eso disponían de lingüistas en Langley. Puesto que a él no le apetecía hacerlo, se limitó a transmitirlo y se acostó de nuevo.

—¡Maldita sea! —exclamó Mary Pat.

Casi todo era ilegible, pero se trataba de la segunda fuente de Sorge; era evidente, por el camino que había seguido por la red. Se preguntó si Nomuri presumía, o si había logrado acostarse con la secretaria de otro alto funcionario chino. No sería la primera vez que un agente de campo llevara una vida sexual tan activa, pero tampoco era muy común. Imprimió el mensaje, lo guardó en el disco y llamó a un lingüista para que acudiera a traducirlo. A continuación descargó el último mensaje del Mirlo. Se estaba convirtiendo en algo tan regular como The Washington Post, aunque mucho más interesante. Se acomodó en su butaca y empezó a leer la traducción de las últimas notas de Ming, dictadas por el ministro Fang Gan. Esperaba que hablara de las negociaciones comerciales y, efectivamente, así lo hacía... Eso prometía ser importante, pensó la subdirectora. Sin embargo, pronto le sorprendería comprobar lo equivocada que estaba.

XXIII. MANOS A LA OBRA

Huevos con tocino, pan tostado y patatas salteadas, acompañados de café colombiano. Gant era judío, pero no ortodoxo, y le encantaba el tocino. Al parecer, todo el mundo estaba levantado y con bastante buen aspecto. Las cápsulas negras suministradas por el gobierno (como todos las llamaban, debido evidentemente a alguna tradición que él desconocía) habían hecho su efecto, y los negociantes estaban muy despiertos y listos para entrar en acción. Gant vio que Rutledge estaba en la cabecera de la mesa, charlando amigablemente con el embajador Hitch, que parecía un hombre de gran entereza. En ese momento apareció un empleado de la embajada, muy alterado, que llevaba en las manos una carpeta con una cinta blanca y roja a su alrededor. Se la entregó al embajador Hitch y éste la abrió de inmediato.

Gant se percató instantáneamente de que era material clasificado. No era algo que abundara en la Tesorería, aunque aparecía de vez en cuando, y al entrar a formar parte del personal del secretario Winston, había recibido autorización para tener acceso al material secreto. No alcanzaba a ver exactamente de qué se trataba, ni sabía si lograría verlo. Se preguntó si lograría ejercitar sus músculos institucionales en este asunto, pero Rutledge sería quien decidiría si podía o no verlo y no deseaba brindarle a ese repelente del Departamento de Estado la oportunidad de demostrar quién era el jefe de la manada. La paciencia era una virtud que poseía desde hacía tiempo y ésta era una nueva oportunidad para ejercerla. Volvió a concentrarse en su desayuno y luego se levantó para servirse otra ración. El almuerzo en Pekín probablemente no sería muy apetitoso, ni siquiera en el edificio del Ministerio de Exteriores, donde se sentirían obligados a ofrecerles sus platos nacionales más exóticos, y pene de panda frito con raíces de bambú caramelizadas no era exactamente lo que le apetecía. Por lo menos, el té que les servían era aceptable, pero incluso en el mejor de los casos, no era comparable al café.

—Mark —dijo Rutledge desde su asiento, al tiempo que le indicaba con la mano que se acercara.

Gant se dirigió hacia él, con el plato de huevos con tocino que acababa de servirse.

—Dime, Cliff.

El embajador Hitch le ofreció una silla y un camarero le trajo unos cubiertos. Cuando se lo proponía, el gobierno podía hacer que uno se sintiera cómodo. Le pidió al camarero más patatas salteadas y tostadas. El café llegó aparentemente por voluntad propia.

—Mark, esto acaba de llegar de Washington. Es material clasificado...

—Sí, lo sé. No puedo verlo siquiera ahora, ni estoy autorizado a recordarlo. Así que, ¿me dejas verlo?

Rutledge asintió y le entregó los documentos.

—¿Cómo interpretas estas cifras del comercio exterior? Gant mordió un trozo de tocino y dejó de masticar casi inmediatamente.

—Maldita sea, ¿tan bajos están? ¿En qué han dilapidado el dinero?

—¿Qué significa esto?

—Cliff, en otra época el doctor Samuel Johnson dijo lo siguiente: «Tengas lo que tengas, gasta menos». Pues los chinos no han seguido su consejo —respondió Gant, mientras hojeaba el documento—. No dice cómo se lo han gastado.

—Sobre todo en equipamiento militar, por lo que tengo entendido —dijo el embajador Hitch—. O en cosas que pueden tener aplicaciones militares, especialmente electrónicas. Tanto mercancías elaboradas como maquinaria para la construcción de componentes electrónicos. Al parecer, todo eso es carísimo.

—Puede serlo —reconoció Gant.

Volvió las páginas para empezar a leerlo desde el principio y comprobó que había sido transmitido mediante el sistema de codificación Tapdance. Eso significaba que era muy importante. Tapdance se usaba sólo para el material más delicado, debido a ciertas dificultades técnicas en su utilización... por consiguiente, esto debía de ser un documento secreto de gran importancia. Luego comprendió por qué. Alguien debía de haber instalado micrófonos ocultos en los despachos de funcionarios chinos de muy alto rango, para conseguir ese material...

—¿Eso qué significa, Mark?

—Significa que se han estado gastando más dinero del que ingresan, e invirtiendo la mayor parte de él en áreas no comerciales. Maldita sea, actúan como algunos de los imbéciles de nuestro gobierno. Creen que basta con chasquear los dedos para que aparezca el dinero, gastárselo con la rapidez que se les antoje y luego chasquearlos de nuevo para que aparezca más... Esa gente no vive en el mundo real, Cliff. No tienen la menor idea cómo y por qué aparece el dinero —dijo antes de hacer una pausa, pensando que había ido demasiado lejos, ya que alguien en Wall Street entendería su lenguaje, pero Rutledge probablemente no le comprendía—. En otras palabras, saben que el dinero procede de su desequilibrio comercial con Estados Unidos y parecen creer que el desequilibrio es un fenómeno natural, algo que pueden imponer fácilmente por ser quienes son. Creen que el resto del mundo está en deuda con ellos. Dicho de otro modo, si eso es lo que creen, negociar con ellos va a ser muy difícil.

—¿Por qué? —preguntó Rutledge, consciente de que el embajador Hitch, que debía de comprender mejor a esos bárbaros chinos, ya asentía.

—Las personas que piensan de ese modo no comprenden que las negociaciones son un tira y afloja. Quienquiera que sea el portavoz, cree que conseguirá lo que se le antoje porque todo el mundo se lo debe. Así es como debía de pensar Hitler en Munich. Yo lo quiero, tú me lo das y me siento feliz. ¿Supongo que no vamos a ceder

ante esos cabrones?

—Esas son mis instrucciones —respondió Rutledge.

—¿Pues sabes lo que te digo? Esas son también las instrucciones de tu oponente chino. Además, su situación económica evidentemente es mucho más precaria de lo que nos habían dado a entender. Dile a la CIA que necesitan mejores especialistas en el Departamento de Inteligencia Financiera —observó Gant.

Hitch levantó la cabeza para mirar a un individuo al otro lado de la mesa, que debía de ser el encargado local de la CIA.

—¿Son conscientes de lo grave que es su situación? —preguntó Rutledge.

—Sí y no. Saben que necesitan divisas para hacer lo que tienen previsto, pero creen que pueden seguir indefinidamente como hasta ahora, que en su caso el desequilibrio es natural porque... ¿por qué? ¿Porque creen pertenecer a la maldita raza suprema? —preguntó Gant.

Una vez más, fue el embajador Hitch quien asintió.

—Se denomina complejo del «reino medio». Si, señor Gant, piensan en esos términos y esperan que la gente acuda a ellos para darles lo que quieren, no que deban ser ellos quienes acudan a los demás para pedírselo. Algún día eso será su perdición. Aquí hay una soberbia institucional... tal vez racial, difícil de describir y aún más difícil de cuantificar —dijo Hitch, antes de mirar a Rutledge—. Cliff, vas a tener un día interesante.

Gant se percató inmediatamente de que eso no era precisamente una bendición para el subsecretario de Estado de Asuntos Políticos.

—Ahora deben de estar desayunando —dijo el secretario Adler, con una copa de Hennessy en la mano, en la sala este.

La recepción había ido bien; aunque en realidad a Jack y Cathy Ryan esas funciones les resultaban tan aburridas como las reposiciones de La isla de Gilligan; eran tan intrínsecas a la Presidencia como el discurso del Estado de la Unión. Por lo menos, la cena había sido buena; una de las cosas que se podía esperar de la Casa Blanca era la calidad de la comida. Los asistentes eran gente de Washington. Incluso esto, aunque Ryan no se percatara de ello, había mejorado enormemente respecto de años anteriores. En otra época, los congresistas eran, en su mayoría, personas cuya ambición era el «servicio público», frase cuya noble intención había sido usurpada por quienes consideraban que ciento treinta mil dólares anuales era un salario principesco (aunque era mucho menos de lo que podía ganar un estudiante que abandonara la universidad para elaborar programas para una empresa de juegos informáticos y muchísimo menos de lo que podía ganar alguien trabajando en Wall Street), y cuya verdadera ambición era la de aplicar su voluntad a las leyes de la nación. Ahora, muchos de ellos —debido principalmente a los discursos pronunciados por el presidente a lo largo y ancho del país— eran personas que habían

servido realmente al pueblo con su trabajo, hasta que, hartos de las maquinaciones del gobierno, habían decidido tomarse unos años para reparar el tren averiado en el que Washington se había convertido, antes de escapar al trabajo productivo del mundo real. La primera dama había pasado gran parte de la velada hablando con el joven senador de Indiana, que gozaba de una buena reputación como médico pediatra y cuyos esfuerzos actuales iban encaminados a enderezar los programas sanitarios del gobierno, antes de que acabaran con demasiadas de las vidas que supuestamente pretendían salvar. Su mayor dificultad consistía en convencer a la prensa de que un médico podía saber tanto sobre curar a los enfermos como los grupos de presión de Washington, y se lo había repetido insistentemente al director general de Salud Pública a lo largo de la noche.

—El material que hemos recibido de Mary Pat debería ayudar a Rutledge.

—Me alegro de que Gant esté allí para traducírselo. Cliff tendrá un día ajetreado, mientras nosotros digerimos la comida y la bebida, Jack.

—¿Está a la altura de las circunstancias? Sé que era íntimo de Ed Kealthy, y eso no es una buena referencia para él.

—Cliff es un buen técnico —respondió Adler, después de otro trago de brandy—. Además, ha recibido unas instrucciones muy claras y dispone de información secreta sumamente útil para su tarea. Esto es como lo que Jonathan Yardley les facilitó a nuestros muchachos, durante las negociaciones del tratado naval en Washington. No llegamos exactamente a leer sus cartas, pero vemos cómo piensan y eso es prácticamente lo mismo. De modo que creo que sí, está a la altura de las circunstancias, de lo contrario no lo habría mandado.

—¿Cómo es el embajador que tenemos allí? —preguntó el presidente.

—¿Carl Hitch? Un tipo excelente, Jack. Diplomático profesional, a punto de jubilarse, pero es como un buen ebanista. Puede que no sea capaz de diseñar una casa, pero la cocina estará impecable cuando acabe con ella y, ¿sabes lo que te digo?, que me conformo con que un diplomático sea así. Además, diseñar la casa es tu trabajo, señor presidente.

—Sí, claro —comentó Ryan, mientras le indicaba a un camarero que le sirviera agua fresca, después de decidir que ya había bebido bastante por esa noche y de que Cathy empezara a darle de nuevo la lata; a quién se le ocurre casarse con una doctora, pensó—. ¿Pero a quién acudo para pedirle consejo cuando no sé qué coño estoy haciendo?

—Mierda, yo qué sé —respondió Adler, pensando que tal vez lo que necesitaba era un poco de humor—. Prueba con una sesión de espiritismo para ponerte en contacto con Tom Jefferson y George Washington —agregó con una carcajada, mientras vaciaba su copa de Hennessy—. Tranquilízate, Jack y haz tu jodido trabajo. Lo haces muy bien, te lo aseguro.

—Detesto este trabajo —dijo el presidente, con una amigable sonrisa a su secretario de Estado.

—Lo sé. Esa es probablemente la razón por la que lo haces tan bien. Dios nos proteja de alguien que quiera ocupar un alto cargo público. Joder, fíjate en mí. ¿Crees que mi ambición era ser secretario de Estado? Era mucho más divertido almorzar en la cafetería con mis compañeros y criticar al hijo de puta que ocupara el cargo. Pero ahora, maldita sea, ¡ellos siguen allí hablando de mí! No es justo, Jack. Yo soy un trabajador.

—¿A quién se lo cuentas?

—Plantéatelo de este modo: cuando escribas tus memorias recibirás un buen anticipo de tu editor, ¿el presidente accidental? —especuló Adler, respecto al título.

—Scott, eres muy gracioso cuando estás borracho. Me conformaré con el golf.

—¿Quién ha mencionado la palabra mágica? —preguntó el vicepresidente Jackson, al unirse a la conversación.

—Este individuo me humilla de tal modo en el green —protestó Ryan—, que a veces me gustaría que me tragara la tierra. ¿Cuál es tu handicap ahora?

—No juego mucho, Jack, ha bajado a seis, tal vez siete.

—Va a convertirse en un profesional —sugirió Jack.

—Por cierto, Jack, te presento a mi padre. Su avión ha llegado tarde y se ha perdido la recepción oficial —explicó Robby.

—Reverendo Jackson, por fin nos conocemos —dijo Jack, al tiempo que estrechaba la mano del anciano cura negro. Durante la inauguración estaba en el hospital con cálculos renales, que probablemente no fueron tan divertidos como la fiesta.

—Robby me ha hablado muy bien de usted.

—Su hijo es piloto de las fuerzas aéreas, caballero, y ya se sabe que son unos exagerados.

El cura soltó una carcajada.

—Lo sé, señor presidente, lo sé.

—¿Qué le ha parecido la comida? —preguntó Ryan.

Hosiah Jackson tenía casi ochenta años, era bajo como su hijo y progresivamente redondeado con el paso del tiempo, pero poseía la inmensa dignidad propia de los sacerdotes negros.

—Demasiado fuerte para un anciano, señor presidente, pero me la he comido de todos modos.

—No te preocupes, Jack. Papá no bebe —dijo el vicepresidente, que lucía un escudo de las alas doradas de la marina en la solapa de su esmoquin.

Robby nunca dejaría de ser un piloto de caza.

—¡Y tú tampoco deberías hacerlo, muchacho! En la marina has adquirido muchos

vicios, como el de fanfarronear demasiado.

Jack tuvo que acudir en defensa de su amigo.

—Caballero, al piloto de caza que no fanfarronea no se le permite volar. Además, Dizzy Dean lo expresó a la perfección: «Si puedes hacerlo, no es fanfarronear». Robby puede hacerlo... o al menos eso asegura.

—¿Han empezado ya a hablar en Pekín? —preguntó Robby, después de consultar su reloj.

—Dentro de media hora aproximadamente —respondió Adler—. Será interesante —agregó, refiriéndose al material de Sorge.

—Me lo imagino —reconoció el vicepresidente Jackson, que había captado el mensaje—. No es fácil querer a esa gente.

—Robby, tú no deberías decir esas cosas —protestó su padre—. Tengo un amigo en Pekín.

—¿Ah, sí? —exclamó su hijo, que no lo sabía.

—Sí, el reverendo Yu Fa An, un excelente predicador baptista, educado en la Universidad Oral Roberts —respondió, como si se tratara de un pronunciamiento papal—. Fue compañero de estudios de mi amigo Gerry Patterson.

—Un lugar difícil para un sacerdote, o para un ministro, supongo —observó Ryan.

Fue como si Ryan hubiera pulsado el interruptor de su dignidad.

—Señor presidente, yo lo envidio. Predicar en cualquier parte el Evangelio del Señor es un privilegio, pero hacerlo en tierra de infieles es una bendición muy inusual.

—¿Café? —preguntó un camarero que pasaba.

Hosiah tomó una taza, a la que agregó nata y azúcar. —Esto está bien— comentó inmediatamente.

—Una de las ventajas de este lugar, papá —dijo Jackson, con gran afecto—. Está incluso mejor que el café de la armada, claro que los asistentes que lo sirven son de la marina. El Blue Mountain jamaicano cuesta unos cuarenta pavos la libra —agregó.

—Cielos, Robby, no lo digas en voz alta. ¡La prensa todavía no lo ha descubierto! —advirtió el presidente—. Además, lo he preguntado y sé que lo compramos al por mayor, a treinta y dos pavos la libra.

—Menuda ganga —exclamó el vicepresidente con una carcajada.

Celebrada la ceremonia de bienvenida, las sesiones plenarias empezaron con poca fanfarria. El subsecretario Rutledge ocupó su lugar, saludó a los diplomáticos chinos al otro lado de la mesa y empezaron. Su discurso de apertura empezó con los cumplidos habituales, tan previsibles como los créditos de un largometraje.

—A Estados Unidos —prosiguió, entrando en el meollo de la cuestión—, le preocupan diversos aspectos inquietantes de nuestra relación comercial mutua. El

primero es la aparente incapacidad de la República Popular para respetar acuerdos anteriores sobre el reconocimiento de tratados y convenciones internacionales respecto a marcas, derechos de propiedad y patentes. Todos estos asuntos han sido debatidos y negociados extensamente en reuniones anteriores como ésta y creíamos que las áreas de desacuerdo habían sido resueltas de un modo satisfactorio. Lamentablemente, éste no parece ser el caso.

Prosiguió citando varios casos concretos, que describió como ilustrativos, pero sin constituir en absoluto una lista completa de sus áreas de preocupación...

—Asimismo —prosiguió Rutledge—, no se han honrado los compromisos de abrir el mercado chino a las mercancías norteamericanas. Esto ha producido un desequilibrio en el intercambio mercantil, que no favorece el conjunto de nuestras relaciones. El desequilibrio actual se aproxima a los setenta mil millones de dólares estadounidenses y eso es algo que Estados Unidos no está dispuesto a aceptar.

—En resumen, el compromiso de la República Popular de honrar las obligaciones de los tratados internacionales y los acuerdos privados con Estados Unidos no se ha cumplido. Es una realidad del código norteamericano que nuestro país tiene derecho a incluir las prácticas comerciales de otros países en nuestra propia legislación. Me refiero al conocido Decreto de Reforma Comercial, aprobado por el gobierno norteamericano hace unos años. Por consiguiente, tengo la desagradable obligación de comunicar al gobierno de la República Popular que Norteamérica aplicará dicha ley de inmediato, respecto a las relaciones comerciales con la República Popular, a no ser que se respeten sin demora alguna los compromisos adquiridos con anterioridad. Doy por terminado mi discurso de apertura —concluyó Rutledge.

«De inmediato» no era un término habitual en el discurso internacional.

Por su parte, Mark Gant se preguntaba si el otro equipo saltaría sobre la impecable mesa de roble con sables y puñales después de oír el discurso inaugural de Rutledge. Se había arrojado el guante en términos muy decididos, evidentemente, no con la intención de hacer felices a los chinos. Pero el ministro de Exteriores Shen Tang reaccionó con la misma tranquilidad que si acabara de recibir la cuenta en un restaurante y comprobara que le cobraban cinco dólares de más. Ni siquiera levantó la cabeza. Siguió examinando sus notas hasta que intuyó que el discurso de Rutledge tocaba a su fin y entonces levantó la mirada, con tan poca emoción o sentimiento como un individuo que examine un cuadro en una galería de arte, que su esposa quería que comprara para ocultar una grieta en la pared del comedor.

—Gracias por su exposición, secretario Rutledge —empezó a decir el chino—. En primer lugar, la República Popular les da la bienvenida a nuestro país y expresa su deseo de que continúen sus relaciones amigables con Norteamérica y con el pueblo norteamericano.

—Sin embargo, no alcanzamos a conciliar el deseo expreso de Norteamérica por

mantener unas relaciones cordiales, con el reconocimiento de la provincia disidente de la isla de Taiwan como nación independiente que no es. Este ha sido un acto deliberado para inflamar nuestras relaciones; para avivar las llamas en lugar de extinguirlas. La población de nuestro país no aceptará esta intromisión desmesurada en los asuntos internos chinos y...

El diplomático levantó la cabeza, sorprendido, al comprobar que Rutledge había alzado la mano para interrumpirlo. Una interrupción tan temprana del protocolo lo desconcertó lo suficiente para que dejara de hablar.

—Ministro —dijo Rutledge—, el propósito de esta reunión es hablar de comercio. Es preferible dejar para otra ocasión el asunto del reconocimiento diplomático de la República China por parte de Norteamérica. La delegación norteamericana no desea entrar hoy en esa cuestión —lo cual era una forma de decir «métense ese asunto por donde les quepa».

—Señor Rutledge, usted no puede dictar a la República Popular cuáles son nuestras preocupaciones y asuntos de nuestro interés —respondió el ministro Shen, en un tonotán sosegado como si hablara del precio de una lechuga en un mercado callejero.

Las reglas de una reunión como aquélla eran simples: el primero en enojarse perdía.

—Prosiga entonces, si es indispensable —dijo Rutledge con hastío.

«Me está haciendo perder el tiempo, pero trabaje o no, sigo cobrando», proclamaba la actitud del diplomático norteamericano.

Gant se percató de que la dinámica inicial consistía en que ambos países tenían sus agendas respectivas y cada uno intentaba ignorar la del contrario, para tomar el control de la sesión. Era tan diferente de una habitual reunión de negocios como para ser irreconocible como forma de intercambio verbal; en términos de relaciones íntimas, era como si dos personas desnudas en la cama, con el propósito expreso de hacer el amor, iniciaran el juego peleándose por el mando a distancia del televisor. Gant había visto toda clase de negociaciones, o eso creía. Pero esto era algo completamente nuevo para él y sumamente extraño.

—Los bandidos renegados de Taiwan forman parte de China, tanto histórica como hereditariamente, y la República Popular no puede ignorar este insulto deliberado a nuestra integridad nacional, por parte del régimen de Ryan.

—Ministro Shen, el gobierno de Estados Unidos tiene una larga historia de apoyo a los gobiernos democráticamente elegidos en el mundo entero. Esto ha formado parte de los valores de nuestra nación desde hace más de doscientos años. Deseo recordar a la República Popular que Estados Unidos de América tiene el gobierno más antiguo del mundo. Hemos vivido bajo nuestra forma constitucional de gobierno desde hace más de doscientos años. La cifra es pequeña comparada con la historia

china, pero también me gustaría recordarles que cuando Norteamérica eligió a su primer presidente y su primer congreso, China era gobernada por una monarquía hereditaria. El gobierno de su país ha cambiado muchas veces desde entonces, pero no el gobierno de Estados Unidos de América. Por consiguiente, como nación independiente reconocida por las leyes internacionales y también como derecho moral propio de un gobierno duradero y por tanto legítimo, gozamos de la autoridad necesaria para actuar según nuestro propio criterio y para alentar gobiernos como el nuestro. El gobierno de la República China ha sido elegido democráticamente y por tanto merece el respeto de otros gobiernos semejantes elegidos por el pueblo, como el nuestro. En cualquier caso, ministro, el propósito de esta reunión es hablar de comercio. ¿Quiere que lo hagamos, o prefiere perder el tiempo hablando de irrelevancias?

—Nada podría ser más relevante para estas conversaciones que la falta fundamental de respeto mostrada por el gobierno de su país, ¿o debería decir por el régimen de Ryan?, respecto al gobierno de nuestro país. El asunto de Taiwan tiene una importancia fundamental para...

Siguió otros cuatro minutos con la cantinela.

—Ministro Shen, Estados Unidos de América no es un «régimen» de ningún tipo. Es un país independiente con un gobierno elegido libremente por sus habitantes. Esta forma de gobierno experimental que adoptamos cuando su país estaba gobernado por la dinastía Manchú es algo que tal vez consideren la posibilidad de imitar en algún tiempo futuro, por el bien de su propia gente. ¿Y ahora está usted dispuesto a volver al asunto que nos ocupa, o desea seguir perdiendo el tiempo hablando de una cuestión para la que no tengo instrucciones ni ningún interés en particular?

—No permitiremos que se nos descarte elegantemente de ese modo —respondió Shen, ganándose momentáneamente, pero sin mayores consecuencias, el respeto de Rutledge por su dominio de la lengua inglesa.

El diplomático norteamericano se acomodó en su silla y miró educadamente al otro lado de la mesa, mientras pensaba en los planes de su esposa para redecorar la cocina de su casa en Georgetown. ¿Eran el verde y el azul los colores más indicados? Él prefería los tonos terrosos, pero era mucho más probable que ganara aquella discusión de Pekín que la de Georgetown. La vida entera al servicio de la diplomacia no le permitía vencer en las discusiones con la señora Rutledge, en asuntos de decoración...

Y así prosiguió durante los primeros noventa minutos, hasta que llegó el momento de hacer el primer descanso. Les sirvieron té y canapés, y salieron al jardín. A Gant, que era su primera aventura en el mundo de la diplomacia y estaba a punto de aprender cómo funcionaban esas cosas, le pareció muy raro. Los chinos se juntaron con norteamericanos. A lo lejos se distinguía quién era quién. Todos y cada

uno de los chinos fumaban, vicio sólo compartido por dos de los miembros de la delegación norteamericana, los cuales agradecieron la oportunidad de disfrutar de su hábito dentro de un edificio en este país. Puede que fueran nazis en el sentido comercial, pensó el funcionario de la Tesorería, pero no eran nazis sanos.

—¿Qué opina usted? —preguntó una voz.

Gant volvió la cabeza y vio al pequeñajo que lo había atosigado en la recepción. Recordó que se llamaba Xue Ma, con su metro sesenta de altura, la mirada de un jugador de póquer y cierta habilidad histriónica. Era más listo de lo que parecía, se recordó el norteamericano. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar? Ante la duda, lo mejor era decir la verdad, decidió Gant.

—Es la primera vez que observo una negociación diplomática. Me parece sumamente aburrida —respondió Gant, mientras tomaba un sorbo de su (horrible) café.

—Bueno, es normal —dijo Xue.

—¿En serio? No es así en los negocios. ¿Cómo llegan a resolver algo?

—Todo proyecto tiene su proceso —respondió el chino.

—Supongo. ¿Puede decirme algo?

—Puedo intentarlo.

—¿Por qué le dan tanta importancia a Taiwan?

—¿Qué tenía tanta importancia cuando empezó la guerra civil en su país? —respondió Xue, con una inteligente pregunta.

—Bien, de acuerdo, pero después de cincuenta años, ¿por qué no olvidar viejas rencillas y empezar de nuevo?

—No pensamos tan a corto plazo —respondió Xue, con una sonrisa de superioridad.

—En Norteamérica a eso lo llamamos vivir anclados en el pasado.

¡Trágate ésa, chinito!

—Son nuestros compatriotas —insistió Xue.

—Pero han decidido dejar de serlo. Si quieren recuperarlos, ofrézcanles ventajas. Ya sabe, alcanzando la misma prosperidad aquí que han conseguido ellos.

Comunista retrasado.

—Si uno de sus hijos se escapara de casa, ¿no intentaría recuperarlo?

—Probablemente, pero lo haría con alicientes, no con amenazas, especialmente si no tuviera la capacidad necesaria para amenazarlo eficazmente.

Y vuestras fuerzas armadas son también una mierda, según había leído en los informes durante el vuelo.

—Pero cuando otros alientan a nuestro hijo a que huya y desafíe a sus padres, ¿debemos permanecer impassibles?

—Escúcheme, amigo —respondió Gant, a su parecer sin mostrar lo irritado que

estaba—, si quieren hacer negocios, hagan negocios. Si prefieren charlar, charlemos. Pero mi tiempo es valioso, como también lo es el de mi país y podemos dejar la charla para otro momento —agregó, consciente de que efectivamente no era un diplomático y de que aquél no era un juego en el que pudiera ganar—. Como usted puede comprobar, no soy muy hábil para esta clase de intercambios. Disponemos de personas que lo son, pero yo no soy una de ellas. Soy la clase de norteamericano que hace un trabajo real y gana un dinero real. Si a usted le gusta este juego, no tengo ningún inconveniente, pero no es mi juego. La paciencia es recomendable, supongo, pero no cuando impide alcanzar el objetivo, y creo que a su ministro se le pasa algo por alto.

—¿Y qué es, señor Gant?

—Seremos nosotros quienes conseguiremos lo que deseamos de estas reuniones —dijo Gant y se percató inmediatamente de que se había ido de la lengua y acababa de meter la pata hasta el fondo.

Se terminó el café, se disculpó y se dirigió innecesariamente al servicio, donde se lavó las manos antes de reunirse nuevamente con los demás. Vio a Rutledge que estaba solo, contemplando unas flores.

—Cliff, creo que he metido la pata —confesó inmediatamente Gant.

—¿Cómo? —preguntó el subsecretario, antes de oír la confesión—. No te preocupes. No le has dicho nada que yo no hubiera expresado ya. Lo que ocurre es que no entiendes nuestro lenguaje.

—¿Pero no nos considerarán vulnerables al creer que estamos impacientes?

—No, mientras sea yo quien hable en la sala —respondió Rutledge, con una amable sonrisa—. Aquí soy Jimmy Connors en el Open de Estados Unidos, Mark. Es mi oficio.

—El otro bando también lo cree.

—Cierto, pero tenemos una ventaja. Nos necesitan más a nosotros que nosotros a ellos.

—Tenía entendido que no te gustaba adoptar esa posición con la gente —comentó Gant, confuso por la actitud de Rutledge.

—No tiene por qué gustarme. Sólo debo hacerlo, y ganar es siempre divertido.

No agregó que nunca había hablado antes con el ministro Shen y, por tanto, no disponía de información personal para ponerle la zancadilla, como ocurría a menudo entre diplomáticos que anteponian sus amistades personales a los intereses de su país. Generalmente lo justificaban diciéndose a sí mismos que aquel cabrón estaría en deuda con ellos para la próxima vez y servirían entonces los intereses de su país. La diplomacia había sido siempre una cuestión personal y eso era algo que solía pasarles inadvertido a los observadores, que consideraban a esos técnicos de lenguaje ampuloso como robots.

A Gant todo aquello le parecía confuso, pero le seguiría la corriente a Rutledge porque no tenía otra alternativa y, además, ese individuo parecía que sabía lo que se hacía. Lo supiera o no... Gant no tendría forma de saberlo. Llegó el momento de entrar de nuevo en la sala.

Los sirvientes, que probablemente eran funcionarios políticamente fiables de un modo u otro, o con mayor probabilidad agentes secretos, que estaban ahí porque su gobierno no se exponía a ningún riesgo, o por lo menos procuraba no hacerlo, habían limpiado los ceniceros y rellenado las botellas de agua. Aquello era en realidad un desperdicio de personal especializado, pero los comunistas nunca se habían preocupado demasiado de utilizar la fuerza laboral con eficacia.

El ministro Chen encendió un cigarrillo y le indicó a Rutledge que prosiguiera. Por su parte, el norteamericano recordó que Bismarck recomendaba el uso de cigarros en las negociaciones, porque a algunos les irritaba el espeso humo del tabaco y eso le daba una ventaja al fumador.

—Ministro, un pequeño grupo de personas decide la política comercial de la República Popular y lo hace por razones políticas. En Norteamérica lo comprendemos. Lo que ustedes no alcanzan a comprender es que el nuestro es realmente un gobierno del pueblo y que nuestro pueblo exige que resolvamos el desequilibrio comercial. La incapacidad de la República Popular para abrir mercados a las mercancías norteamericanas supone la pérdida de empleos para ciudadanos norteamericanos. En nuestro país, la función del gobierno consiste en servir al pueblo, no en dirigirlo y, por ello, debemos resolver el desequilibrio comercial de una forma eficaz.

—Estoy completamente de acuerdo en que la función del gobierno consiste en servir al pueblo y por ello debemos considerar también la agonía que la cuestión de Taiwan supone para los ciudadanos de mi país. Los que deberían ser nuestros conciudadanos han sido separados de nosotros y Estados Unidos ha colaborado en la separación de nuestra gente...

Lo asombroso, pensó Rutledge, era que aquel viejo cretino no hubiera muerto como consecuencia de fumar esa porquería. Tenía el aspecto y el olor de los Lucky Strike que habían matado a su abuelo, a los ochenta años. Pero no había sido una muerte que complaciera a los médicos. El abuelo Owens conducía el coche en el que llevaba a su nieto a la estación del sur en Boston, cuando se le cayó un cigarrillo encendido sobre el regazo y al recogerlo se colocó en el lado equivocado de la carretera. El abuelo tampoco creía en los cinturones de seguridad... era un fumador empedernido que encendía un cigarrillo con la colilla del anterior, como Bogie en las películas de los años treinta. Tal vez ése era el método que utilizaban los chinos como política de control de su población... aunque bastante desagradable...

—Señor ministro de Exteriores —empezó a decir Rutledge, cuando le llegó el

turno—, el gobierno de la República China ha sido elegido con libertad y justicia por los habitantes de dicho país. Desde el punto de vista norteamericano, esto convierte el gobierno de la República China en un gobierno legítimo...

No dijo que el gobierno de la República Popular fuera por consiguiente ilegítimo, pero la idea permaneció suspendida en el aire como un oscuro nubarrón.

—Y eso hace que el gobierno en cuestión merezca ser reconocido internacionalmente —prosiguió Rutledge—, como habrá comprobado que ha ocurrido durante el último año.

—Es la política de nuestro gobierno reconocer a dichos gobiernos. No cambiaremos una política basada en unos principios sólidos, para satisfacer los deseos de otros países que no los comparten. Podemos hablar hasta que se le acaben los cigarrillos, pero la posición de mi gobierno en este asunto es inamovible. Usted elige, naturalmente, ¿pero no sería preferible ser productivos?

—Norteamérica no puede dictar a la República Popular asuntos que nos conciernen. Usted asegura que ustedes tienen principios y, naturalmente, nosotros tenemos los nuestros, uno de los cuales es la importancia de nuestra integridad territorial.

Para Mark Gant, lo difícil era permanecer impasible. Tenía que fingir que todo aquello tenía sentido y era importante, cuando habría preferido conectar el ordenador para repasar los valores de la Bolsa, o leer una novela bajo la mesa. Pero no podía hacerlo. Debía fingir que aquello era interesante y, si lo hacía bien, tal vez obtendría una nominación de la Academia como mejor actor secundario: «Por mantenerse despierto durante la competición más aburrida desde los campeonatos de crecimiento de césped en Iowa, el ganador es...». Se concentró en no moverse en el asiento, pero esto sólo sirvió para que empezara a dolerle el trasero, y aquellas sillas no eran de su tamaño. Puede que fueran cómodas para esos chinos enclenques, pero no para un profesional criado en Chicago que comía un bocadillo de carne acompañado de cerveza por lo menos una vez por semana para almorzar y no hacía suficiente ejercicio. Su trasero necesitaba una base más amplia y suave, pero no la tenía. Intentó encontrar algo interesante. Decidió que el ministro de Exteriores Shen tenía una piel terrible, como si en alguna ocasión se le hubiera quemado el rostro y alguien hubiera intentado apagar el fuego con un punzón. Gant intentó imaginar la situación sin reírse. Luego estaba la cuestión de que Shen fumara sin interrupción, encendiendo los cigarrillos con unos rudimentarios fósforos de papel, en lugar de con un encendedor. Tal vez era una de esas personas que dejan las cosas en un lugar y olvidan dónde las han puesto, lo que explicaría por qué utilizaba bolígrafos baratos desechables en lugar de una pluma propia de su rango. ¿De modo que ese cabrón había tenido acné de joven y era un patoso...? La idea hizo que Gant sonriera para sus adentros, su cantinela en un inglés aceptable. Eso generó un nuevo pensamiento. Tenía a su

disposición un auricular para la traducción simultánea... ¿podría sintonizarlo a una estación de radio local? En Pekín debía de haber alguna emisora que transmitiera música de algún género.

Cuando le tocó el turno a Rutledge, fue casi igual de lamentable. La declaración de la posición norteamericana era tan repetitiva como la china, tal vez más razonable pero igualmente aburrida. Gant imaginó que los abogados que discutían un convenio de divorcio probablemente decían bobadas por el estilo. Al igual que los diplomáticos, cobraban por horas y no por trabajo hecho. Diplomáticos y abogados; menuda pareja, pensó Gant. No podía consultar su reloj. La delegación norteamericana debía presentar un frente unido sólido como una roca para mostrar a los infieles chinos que las fuerzas de la verdad y la belleza no cejaban en su empeño. O algo por el estilo. Se preguntó si sería diferente negociar con los británicos, por ejemplo, hablando todos el mismo idioma, pero esas negociaciones probablemente se hacían por teléfono o por correo electrónico, en lugar de toda aquella ceremoniosa mierda...

La hora del almuerzo llegó cuando era de esperar; con unos diez minutos de retraso porque Shen se había extendido demasiado. La delegación norteamericana se dirigió en peso al servicio, donde nadie dijo nada por temor a los micrófonos. Luego regresaron a la sala y Gant se acercó a Rutledge.

—¿Así es como te ganas la vida? —preguntó el financiero con no poca incredulidad.

—Lo intento. Estas conversaciones van bastante bien —respondió el subsecretario de Estado.

—¿Cómo? —exclamó Gant, completamente asombrado.

—El caso es que su ministro de Exteriores es quien conduce la negociación y, por consiguiente, jugamos con su primer equipo —explicó Rutledge—. Eso significa que podremos alcanzar un verdadero acuerdo y ahorrarnos un montón de idas y venidas entre subalternos y el Politburó que podrían complicar mucho las cosas. Algo de eso habrá, evidentemente. Shen deberá analizar sus posiciones con ellos todas las noches, puede que incluso ahora, porque no lo veo por ninguna parte. Me pregunto de quién recibe exactamente las órdenes. No creemos que tenga poderes plenipotenciarios, sino que los demás altos mandos tienen mucho que decir. Igual que los rusos en otra época. Ese es el problema con su sistema. Nadie confía realmente en nadie.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto, así es como funciona su sistema.

—Esto es un puticlub —dijo Gant.

—¿Por qué crees que la Unión Soviética estiró la pata? —pregunto humorísticamente Rutledge—. Nunca lograron actuar de una forma coherente, porque fundamentalmente no sabían cómo utilizar el poder del que gozaban. En realidad fue

bastante triste, pero ahora van mucho mejor.

—¿Pero en qué sentido van bien las conversaciones?

—Si Taiwan es lo único que pueden sacar a relucir, sus argumentos comerciales no serán muy impresionantes. Taiwan es un asunto zanjado y ellos lo saben. Puede que firmemos un tratado con ellos de defensa mutua dentro de diez u once meses y probablemente también lo sepan. Disponen de buenas fuentes de información en Taipei.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gant.

—Porque nuestros amigos en Taipei se aseguran que así sea. Queremos que nuestros adversarios sepan muchas cosas. Eso contribuye a una mejor comprensión, evita errores y cosas por el estilo —respondió Rutledge, antes de hacer una pausa—. ¿Me pregunto qué habrá para almorzar...?

Cielos, pensó Gant. Luego dio gracias a Dios de que sólo estaba allí para ofrecer apoyo comercial a aquel diplomático. Su juego era tan diferente de todo lo que había conocido hasta entonces que se sentía como un camionero jugando a la Bolsa con su ordenador portátil en una cabina telefónica.

Los periodistas aparecieron a la hora del almuerzo para filmar a los diplomáticos charlando de cosas como el tiempo y la comida; los espectadores, por supuesto creerían que hablaban de asuntos de Estado, cuando en realidad, por lo menos la mitad de las conversaciones giraban en torno a la educación de los hijos o a cómo evitar las malas hierbas en el jardín. En realidad, todo era una especie de juego con escasos paralelismos en otras actividades que Gant sólo empezaba a comprender. Vio que Barre Wise se acercaba a Rutledge sin, al parecer, ningún micrófono ni ninguna cámara.

—¿Cómo va, señor secretario? —preguntó el periodista.

—Bastante bien. En realidad, hemos tenido una excelente sesión de apertura. — Gant oyó que respondía Rutledge.

Era una pena, decidió el financiero, que el público no pudiera ver lo que ocurría en realidad. Sería lo más gracioso a este lado de Chris Rock. Hacía que Laverne Shirley parecieran El rey Leer en su locura y que el campeonato mundial de ajedrez pareciera el campeonato de pesos pesados aletargado. Pero cada actividad humana tenía sus reglas, y éstas eran sencillamente diferentes.

—Ahí está nuestro amigo —observó el policía, cuando se detuvo el coche.

Era Suvorov/Ronney en su Mercedes serie C. La matrícula coincidía, al igual que su cara a través de los prismáticos.

Provalov había logrado que el equipo local se ocupara del caso, incluso con cierta ayuda del Servicio de Seguridad Federal, antes denominado Segunda Jefatura del ex KGB, los cazadores de espías profesionales que habían dificultado la vida en Moscú

de los agentes secretos extranjeros. Seguían muy bien equipados y aunque no tan bien financiados como en el pasado, poco se podía criticar respecto a su formación.

El problema, evidentemente, era que ellos lo sabían y eso comportaba cierto nivel de soberbia institucional, que molestaba considerablemente a los investigadores de homicidios. No obstante, eran unos aliados muy útiles. Disponían de un total de siete vehículos para la vigilancia. En Norteamérica, el FBI habría dispuesto también de un helicóptero, pero Michael Reilly no estaba aquí para hacer observaciones condescendientes, de lo cual Provalov se alegraba. Aquel individuo se había convertido en un buen amigo y en un mentor de gran talento en lo concerniente a la investigación, pero a veces todo tenía un límite. Había furgonetas con cámaras de televisión para filmar los acontecimientos de la mariana y en todos los coches había dos ocupantes, para que la conducción no entorpeciera la vigilancia. Siguieron a Suvorov/Koniev al centro de Moscú.

En su piso, otro equipo había vencido ya el cerrojo y estaba en el interior de la casa. Lo que allí ocurría era tan elegante como una actuación del ballet Bolshoi. Una vez en el interior, el equipo de investigadores inicialmente permaneció inmóvil, en busca de trampas como un inocente pelo humano en la puerta de un armario, lo cual delataría que alguien lo había abierto. La ficha de Suvorov del KGB estaba ahora por fin en manos de Provalov y conocía todas las áreas en las que había recibido formación. Resultó que su formación era bastante amplia y que su nota media era «C», no lo suficiente para actuar como agente «clandestino» en territorio del «enemigo principal», es decir, Estados Unidos, pero sí para un especialista en inteligencia diplomática, sobre todo examinando información obtenida por otros, pero también para pasar cierto tiempo en el campo, intentando reclutar y «dirigir» agentes. A lo largo de su carrera había establecido contacto con varios diplomáticos extranjeros, sobre todo a nivel de charla superficial, pero todo se consideraba útil. El último destino de Suvorov había sido entre 1989 y 1991 en la embajada soviética de Pekín, donde había intentado reunir inteligencia diplomática y, por lo que pudieron comprobar, con cierto éxito en su momento. Provalov vio que nadie había comprobado los resultados en aquella época, probablemente porque había obtenido algunas pequeñas victorias contra el servicio diplomático de aquel mismo país, cuando estaba en Moscú. Según su ficha, hablaba y escribía el chino, que había aprendido en la academia del KGB, donde intentaban convertirlo en un especialista en China.

Uno de los problemas con las operaciones de inteligencia era que lo que parecía sospechoso, a menudo era inocuo y lo que parecía inocuo podía ser muy sospechoso. Un agente de inteligencia debía establecer contacto con personas de nacionalidad extranjera, a menudo agentes secretos, y entonces el espía extranjero podía ejecutar una maniobra que los norteamericanos denominaban «voltereta», convirtiendo al

enemigo en aliado. El KGB había hecho lo mismo muchas veces y parte de la recompensa de dichas operaciones era que podía ocurrirle a tu propia gente, no tanto cuando no vigilabas, sino precisamente cuando lo hacías. El período del 89 al 91 había sido la época de glasnost, la «transparencia» que había destruido la Unión Soviética con la misma certeza que la viruela había aniquilado tribus primitivas. En aquella época, el KGB tenía sus propios problemas, recordó Provalov, ¿no podían los chinos haber reclutado a Suvorov? Entonces la economía china había empezado a crecer de nuevo y, por consiguiente, disponían de dinero para gastar, no tanto como parecían tener siempre los norteamericanos, pero lo suficiente para tentar a un funcionario soviético con la perspectiva de perder pronto el empleo.

¿Pero qué había estado haciendo Suvorov desde entonces? Ahora conducía un Mercedes Benz, y esos coches no caían del cielo. La verdad era que no lo sabían y no sería fácil averiguarlo. Sabían que ni Klementi Ivan'ch Suvorov, ni Ivan Yurievich Koniev habían pagado sus impuestos, pero eso simplemente los situaba en la misma categoría que la mayoría de los ciudadanos rusos, que no querían molestarse con esas irrelevancias. Y una vez más, no quisieron interrogar a sus vecinos, cuyos nombres examinaban para comprobar si habían pertenecido al KGB y podían ser aliados de su sospechoso. No querían ponerlo sobre aviso.

El piso parecía «limpio» en el sentido policial. Entonces empezaron a examinarlo. La cama estaba desordenada. Suvorov/Koniev era un hombre y, por consiguiente, no era muy ordenado. Sin embargo, el contenido del piso era caro y, en su mayoría, de fabricación extranjera. Electrodomésticos de Alemania occidental; una debilidad habitual de los rusos adinerados. Los investigadores llevaban guantes de látex cuando abrieron la puerta del frigorífico (los frigoríficos con congelador eran conocidos escondrijos) para una inspección visual. Nada evidente. Luego, los cajones de la cómoda. El problema era que su tiempo era limitado y toda residencia disponía de demasiados lugares donde poder esconder algo, ya fuera dentro de unos calcetines o en el cartón de un rollo de papel higiénico. En realidad, no esperaban encontrar gran cosa, pero era imprescindible intentarlo; era más difícil explicarle a un superior por qué no lo habían hecho que mandar a un equipo de expertos a perder el tiempo. En otro lugar, alguien se ocupaba de intervenir el teléfono del piso. Pensaron en instalar diminutas cámaras. Eran tan fáciles de ocultar, que sólo un genio tenía posibilidades de encontrarlas, pero su instalación llevaba tiempo (la parte más difícil era la colocación de cables hasta una estación de control), y tiempo era algo de lo que no disponían. El jefe del equipo llevaba un teléfono móvil en el bolsillo de su camisa, a la espera de que vibrara si el sospechoso conducía de regreso a su casa, en cuyo caso lo ordenarían todo y saldrían a toda prisa.

Estaba a doce kilómetros. A su espalda, los coches que lo seguían aparecían y desaparecían de su campo visual, con la pericia del equipo nacional de fútbol ruso

avanzando en el terreno de juego. Provalov iba en el coche de mando, vigilando y escuchando al jefe del equipo del KGB/FSS, que con la ayuda de una radio y un mapa dirigía los movimientos de su personal. Los vehículos eran todos viejos, sucios y discretos, que podían pertenecer tanto al municipio de Moscú como a taxistas gitanos y pasaban perfectamente inadvertidos entre muchos otros parecidos. En la mayoría de los casos, el segundo ocupante no iba junto al conductor, sino en el asiento trasero, como el pasajero de un taxi, y llevaban incluso teléfonos móviles para completar el disfraz, lo que les permitía comunicarse con la base sin despertar sospechas. Esa era una de las ventajas de la nueva tecnología, le comentó el jefe del equipo al policía.

Entonces les comunicaron que el sujeto se había detenido y había aparcado el coche. Los dos vehículos de vigilancia dentro de su campo visual siguieron su camino, dejando que otros se acercaran y pararan.

—Se apea —dijo un comandante del Servicio de Seguridad Federal—. Voy a seguirlo a pie.

El comandante era joven para su rango, generalmente indicio de un joven oficial precoz y prometedor que tendría éxito en su carrera, como era su caso. A sus veintiocho años era también apuesto y vestía con ropa cara, como un moscovita de la nueva generación de empresarios. Hablaba animadamente por su teléfono móvil, todo lo contrario de lo que haría alguien en servicio de vigilancia. Eso le permitió situarse a menos de treinta metros de su objetivo y vigilar atentamente todos y cada uno de sus movimientos. Esos ojos de lince eran precisos para captar la más elegante de las maniobras. Suvorov/Koniev se sentó en un banco, con la mano derecha ya en el bolsillo de su abrigo, mientras con la izquierda hojeaba el periódico que había sacado del coche y que era lo que le había indicado al comandante del FSS que algo se proponía. Un periódico era el objeto más común que utilizaban los espías, para disimular los movimientos de una mano, al igual que un prestidigitador en el escenario, que mantiene una mano deliberadamente activa mientras hace el truco con la otra. Y fue aquí, hecho con tanta perfección, que de no haber sido un experto, nunca lo habría detectado. El comandante se sentó en otro banco y llamó a otro número ficticio con su teléfono móvil, para hablar con un socio imaginario, y entonces vio que el sujeto se levantaba y empezaba a andar tranquilamente de regreso a su Mercedes.

El comandante Yefremov llamó a un número verdadero, cuando el sujeto se encontraba a cien metros.

—Habla Pavel Georgiyevich. Voy a quedarme aquí para comprobar lo que ha dejado —dijo a la base.

Se cruzó de piernas y encendió un cigarillo, mientras observaba al sujeto, que subía a su coche y se alejaba. Cuando se perdió de vista, Yefremov se acercó al otro

banco y palpó debajo del mismo. Efectivamente: un sujetador magnético. Suvorov los utilizaba desde hacía algún tiempo. Había adherido una placa metálica debajo de la madera pintada de verde, a la que había fijado un sujetador magnético de aproximadamente un centímetro de grosor, a juzgar por el tacto de su mano. Su sujeto era un «jugador», después de todo. Acababa de hacer una entrega.

Al oírlo, Provalov experimentó la emoción de haber presenciado un delito con sus propios ojos. Ahora su hombre cometía un delito contra el Estado. Había caído en sus manos. Ahora podían detenerlo en cualquier momento. Pero, evidentemente, no lo harían. El comandante de la operación que estaba junto a él le ordenó a Yefremov recoger el objeto para examinarlo. Debería hacerlo con mucha rapidez, porque luego tendría que devolverlo a su lugar. Sólo habían descubierto la mitad del equipo de espionaje; la otra mitad acudiría a recogerlo.

Era el ordenador. No podía ser otra cosa. Al encenderlo encontraron un laberinto de carpetas, pero se percataron inmediatamente de que el contenido de una de ellas estaba codificado. El programa de codificación era desconocido para ellos. Era norteamericano y aparecía su nombre. Por el momento no podían hacer nada más ahora. No disponían de discos para copiar el fichero. Podían resolverlo y copiar incluso el programa de codificación. A continuación deberían instalar un sensor en el teclado. De ese modo podrían utilizar la propia clave de Suvorov para descifrar el fichero codificado. Tomada dicha decisión, el equipo de intrusos abandonó la estancia.

La próxima parte se decidió visualmente. Siguieron el Mercedes con el mismo sistema de coches diversos, y la suerte les sonrió cuando se acercó enormemente un camión volquete, que seguía siendo el vehículo dominante en las calles de Moscú. El sujeto aparcó su coche alemán, se apeó, pegó una cinta adhesiva al poste de una farola y subió de nuevo a su coche. Ni siquiera se molestó en mirar atrás, como si hubiera hecho algo perfectamente rutinario.

Pero no era el caso. Acababa de dejar un mensaje, un recado para alguien desconocido indicando que había algo en el paquete del banco. Ese alguien pasaría andando o en coche, vería la cinta y sabría adónde dirigirse. Por consiguiente, debían examinar rápidamente la cápsula y devolverla a su lugar, si no querían advertir al espía enemigo que su pequeña operación estaba comprometida. No, uno no quería hacerlo hasta que se viera obligado a ello, porque eso era como deshacer el jersey que llevaba puesto una mujer atractiva. Uno no quería dejar de tirar de la lana hasta dejar sus pechos al descubierto, le dijo el comandante del FSS a Provalov.

XIV. INFANTICIDIO

—¿Qué es esto? —preguntó el presidente, durante su informe matutino del servicio secreto.

—Una nueva fuente de Sorge, ésta se llama Warbler. Me temo que no es tan buena desde el punto de vista de inteligencia, pero revela cosas sobre sus ministros —respondió el doctor Goodley, con fingida delicadeza.

Quienquiera que fuera Warbler, Ryan se percató de que era una mujer que escribía un diario íntimo. Trabajaba también para el ministro Fang Gan, que al parecer estaba enamorado de ella, y ella, aunque no estaba exactamente enamorada, ciertamente dejaba constancia de sus actividades; de todas, por lo que Ryan pudo comprobar. Lo suficiente para obligarlo a abrir enormemente los ojos, a aquella temprana hora de la mañana.

—Dígale a Mary Pat que puede vender este material a Hustler si lo desea, pero yo no lo necesito a las ocho de la mañana.

—Lo ha incluido para facilitar más detalles de la fuente —aclaró Ben—. El material no es estrictamente político como el que recibimos de Mirlo, pero Mary Pat cree que es muy informativo respecto al carácter del personaje, lo que siempre es útil, e incluye también cierto contenido político junto a la información sobre la vida sexual de Fang. Parece ser un hombre de... una virilidad encomiable, supongo, aunque es evidente que la chica en cuestión preferiría un amante más joven. Al parecer lo tenía, pero ese tal Fang lo ahuyentó.

—Posesivo hijo de puta —dijo Ryan, mientras examinaba dicha sección—. Supongo que, a esa edad, uno se aferra a lo que necesita. ¿Nos dice algo todo esto?

—Señor, nos dice algo sobre la clase de personas que allí toman las decisiones. Aquí los denominamos depredadores sexuales.

—De los que también tenemos unos cuantos en el gobierno —observó Ryan.

Los periódicos acababan de publicar una historia sobre un miembro del Senado.

—Por lo menos no en este despacho —dijo Goodley, sin agregar ahora.

—Este presidente está casado con una cirujana, que sabe cómo utilizar instrumentos afilados —dijo Ryan con una mueca—. ¿De modo que el asunto de ayer sobre Taiwan no fue más que una estratagema, porque todavía no han resuelto cómo tratar los asuntos comerciales?

—Eso parece y, efectivamente, es un poco extraño. Además, Mary Pat cree que disponen de una fuente de información de bajo nivel. Cree que saben un poco más de lo que pueden haber obtenido de la prensa.

—Estupendo —exclamó Jack—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Las empresas japonesas han vendido sus viejas fuentes a los chinos?

—Es imposible saberlo en este momento —respondió Goodley, encogiéndose de

hombros.

—Dígale a Mary Pat que llame a Dan Murray y se lo comente. El contraespionaje es cosa del FBI. ¿Queremos actuar inmediatamente sobre esto, o comprometerá a Mirlo?

—No soy yo quien debe juzgarlo, señor —respondió Goodley, para recordarle al presidente que era bueno en su trabajo, pero no tanto.

—Ni yo tampoco. ¿Qué más?

—La Junta de Inteligencia del Senado quiere examinar la situación rusa.

—Vaya, ¿qué les preocupa?

—Parecen tener dudas respecto a la fiabilidad de nuestros amigos en Moscú. Les preocupa que utilicen el dinero del petróleo y del oro para convertirse de nuevo en la URSS y amenazar la OTAN.

—La última vez que lo comprobé, la OTAN se había desplazado varios centenares de kilómetros al este. La zona parachoques no perjudicará nuestros intereses.

—Salvo que ahora estamos obligados a defender Polonia —le recordó Goodley a su jefe.

—Lo sé. Dígale al Senado que autorice fondos para trasladar una brigada de tanques al este de Varsovia. Supongo que podremos utilizar una de las antiguas bases soviéticas, ¿no le parece?

—Si lo desean los polacos, señor, que no parecen estar particularmente preocupados.

—Probablemente lo están más por los alemanes, ¿no es cierto?

—Exactamente, y existe un precedente para su preocupación.

—¿Cuándo aprenderá Europa a vivir en paz? —preguntó Ryan, mirando al techo.

—Hay mucha historia, en cierta manera muy reciente, que no pueden olvidar, señor presidente. Y en gran parte apunta en otra dirección.

—¿No tengo un viaje programado a Polonia?

—Sí, dentro de poco; ahora están calculando el itinerario.

—Bien, le diré personalmente al presidente polaco que pueden contar con nosotros para mantener a los alemanes bajo control. Si se salen de madre, volveremos a quedarnos con Chrysler —dijo Jack, mientras tomaba un sorbo de café y consultaba su reloj—. ¿Algo más?

—Esto es todo por hoy.

El presidente miró con una pícaro sonrisa.

—Dígale a Mary Pat que si va a mandarme más material de Warbler, que incluya fotografías.

—Así lo haré, señor —respondió Goodley, soltando una buena carcajada.

Ryan levantó el informe y lo leyó de nuevo ahora más lentamente, entre sorbos de

café, bufidos y alguna que otra muestra de descontento. La vida era mucho más sencilla cuando era él quien preparaba esos informes, en lugar de quien los leía. ¿Por qué? ¿No debería ser a la inversa? Antes, él era quien encontraba las respuestas y anticipaba las preguntas, pero ahora que otros lo habían hecho por él... era más difícil. Eso no tenía ningún sentido, maldita sea. Decidió que tal vez se debía a que, después de él, la información se detenía. Él debía tomar las decisiones, y las que se hubieran tomado y analizado a niveles inferiores llegaban a un mismo lugar y paraban en seco. Era como conducir un coche; alguien podía decirle que girara a la derecha, pero él era quien ejecutaba la acción, y si alguien chocaba contra el vehículo, sería él quien se llevara la culpa. Momentáneamente, Jack se preguntó si estaba mejor preparado para permanecer uno o dos peldaños más abajo en el proceso, donde llevar a cabo el trabajo analítico y hacer sus recomendaciones con seguridad en sí mismo... aunque perfectamente consciente de que siempre sería otro a quien se atribuiría el mérito de los aciertos, o la culpa de los errores. Dicho aislamiento de consecuencias proporcionaba seguridad. Pero eso era una expresión de cobardía, pensó Ryan. Si había alguien en Washington mejor preparado para tomar decisiones, él todavía no lo había conocido y si eso era soberbia, ¿qué le vamos a hacer?

Pero debería existir alguien mejor, pensó Jack, cuando se acercaba la hora de su primera cita del día, y no era culpa suya que no existiera. Consultó su agenda. Tenía todo el día lleno de basura política... salvo que no era basura. Todo lo que hacía en su despacho afectaba la vida de ciudadanos norteamericanos y eso lo convertía en importante, para ellos y para él. ¿Pero quién había decidido convertirlo en papá de la nación? ¿Qué diablos lo convertía en un hombre tan listo? La gente a su espalda, según su criterio, más allá de las ventanas exageradamente gruesas del despacho oval, esperaba ineludiblemente que supiera tomar la decisión correcta, y alrededor de la mesa del comedor o mientras jugaban a los naipes, criticaban y protestaban de las decisiones que él había tomado y no les gustaban, como si ellos pudieran hacerlo mejor, lo cual era fácil de decir ahí afuera. Aquí era diferente. Por consiguiente, Ryan debía concentrarse en todas las pequeñas decisiones, incluso en los menús escolares, que eran un auténtico quebradero de cabeza. Si uno les daba a los niños lo que les apetecía comer, los expertos en dietética protestaban y aseguraban que deberían comer sanos brotes verdes y bayas, aunque seguramente la mayoría de los padres optarían por hamburguesas y patatas fritas, porque eso era lo que los niños comían, y por muy sana que fuera la comida, no les aprovechaba si no se la comían. En un par de ocasiones lo había hablado con Cathy, aunque no era necesario. Permitía que sus propios hijos comieran pizza cuando les apetecía, que según ella, era muy rica en proteínas y el metabolismo infantil era capaz de digerir casi cualquier cosa sin ningún efecto perjudicial, aunque cuando se veía acorralada reconocía que no todos sus colegas en la Johns Hopkins estaban de acuerdo. ¿Qué se suponía entonces que debía

pensar Jack Ryan, presidente de Estados Unidos, doctor en Historia, licenciado en Economía y contable diplomado (no recordaba por qué se había molestado en hacer ese examen), cuando los expertos, incluida la mujer con la que estaba casado, no se ponían de acuerdo? Eso le hizo soltar otro bufido, cuando sonaba el timbre de su escritorio y la señora Sumter le comunicaba que había llegado su primera visita. A Jack le apetecía ya un cigarrillo de gorra, pero no podría fumar hasta que tuviera un hueco en su agenda, porque sólo la señora Sumter y algunos de los miembros de su escolta podían saber que el presidente de Estados Unidos padecía, intermitentemente, de ese vicio.

Cielos —pensó—, como hacía a menudo al empezar el día, ¿cómo he podido llegar a verme en esta situación? Entonces se puso en pie mirando a la puerta, mientras evocaba su mejor sonrisa presidencial e intentaba recordar a quién diablos estaba a punto de recibir en primer lugar, para hablar de ayudas a la agricultura en Dakota del Sur.

El vuelo, como de costumbre, salía de Heathrow, en este caso, en un Boeing 737, porque Moscú no estaba tan lejos. Los miembros de Rainbow llenaron por completo la cabina de primera clase, lo cual complacería a los auxiliares de vuelo, aunque todavía no lo sabían, porque los pasajeros serían sumamente educados y poco exigentes. Chavez estaba sentado junto a su suegro, observando cortésmente el vídeo de seguridad, aunque ambos sabían que si el avión se estrellaba a cuatrocientos nudos, realmente no serviría de mucho saber dónde se encontraba la salida de emergencia más cercana. Pero esas cosas eran suficientemente inusuales para no prestarles atención. Ding sacó la revista del bolsillo del asiento y la hojeó, con la esperanza de encontrar algo interesante. Ya había comprado todos los artículos útiles del catálogo y algunos habían divertido compasivamente a su esposa.

—¿Anda mejor el pequeño? —preguntó Clark.

—Su entusiasmo es divertido, esa enorme sonrisa cada vez que llega del televisor a la mesilla, como si acabara de ganar la maratón, recibir una medalla de oro y un beso de miss América, de camino a Disney World.

—Las cosas grandes se componen de cosas pequeñas, Domingo —comentó Clark, cuando el avión aceleraba para despegar—. Y el horizonte está mucho más cerca cuando eres pequeño.

—Supongo. Pero es divertido... y enternecedor —reconoció.

—No está mal como misión ser padre de un pequeñajo, ¿verdad?

—No me quejo —respondió Chavez, mientras reclinaba el respaldo de su asiento cuando se había levantado el tren de aterrizaje.

—¿Cómo le va a Ettore? —preguntó Clark, volviendo a centrarse en el trabajo. Eso de ser abuelo tenía sus límites.

—Ahora está en mejor forma. Ha necesitado aproximadamente un mes para

lograrlo. Le tomamos un poco el pelo, pero lo aceptó estupendamente. Es listo. Tiene buenos instintos tácticos, teniendo en cuenta que es policía y no soldado.

—Ser policía en Sicilia no es como patrullar por Oxford Street en Londres.

—Me lo imagino —reconoció Chavez—. Pero en el simulador no ha cometido un solo error a la hora de disparar o dejar de hacerlo y eso no está mal. La única otra persona que no ha metido la pata es Eddie Price.

El simulador de entrenamiento informatizado en Hereford era particularmente despiadado en su presentación de posibles escenarios tácticos, hasta el punto de que un niño de doce años cogía un AK-74 y te acribillaba a balazos, si no prestabas mucha atención. Otro hueso era el de la mujer con un bebé en brazos, que cogía la pistola de un terrorista muerto y se volvía inocentemente para mirar a los «hombres de negro». En una ocasión, Ding le había disparado y al día siguiente se encontró una muñeca de trapo sobre su escritorio, con la cara embadurnada de ketchup de McDonald's. Los componentes de Rainbow tenían un buen sentido del humor institucional, aunque un tanto perverso.

—¿Qué se supone entonces que debemos hacer?

—La antigua Octava Jefatura del KGB, su servicio de protección de ejecutivos —explicó John—. Les preocupa el terrorismo nacional, chechenos, supongo, y de otras nacionalidades que no quieren pertenecer al país. Quieren que los ayudemos a entrenar a sus muchachos, para ocuparse de ellos.

—¿Son buenos? —preguntó Ding.

—Buena pregunta —respondió Rainbow Seis, encogiéndose de hombros—. Su personal está formado por ex agentes del KGB, entrenados por los Spetsnaz, lo cual indica que probablemente son militares de carrera, en lugar de los que sólo sirven dos años en el Ejército Rojo. Con toda probabilidad son todos oficiales, pero con responsabilidades de suboficiales. Supongo que deben de ser listos, que están debidamente motivados, en buena forma física que comprenden la misión. ¿Serán tan buenos como es preciso? Probablemente, no —reflexionó John—. Pero en unas pocas semanas deberíamos ser capaces de mostrarles el buen camino.

—¿Entonces nuestra misión principal consiste en entrenar a sus instructores?

—Eso tengo entendido —asintió Clark.

—Estupendo —respondió Chavez, cuando llegó la carta del almuerzo.

—¿Por qué sería —se preguntó Chavez—, que en los aviones nunca tenían la comida que uno quería? Aquello era comida para la cena, no para el almuerzo. ¿Que tenían de malo una hamburguesa con queso y unas patatas fritas? Bueno, por lo menos podría tomarse una buena cerveza. Una de las cosas que había llegado a encantarle de la vida en el Reino Unido era la cerveza. Estaba seguro de que no habría nada parecido en Rusia.

El amanecer en Pekín era tan desabrido como la contaminación atmosférica podía

hacerlo, pensó Mark Gant. Por alguna razón había perdido el sincronismo con el horario local, a pesar de la cápsula negra y del sueño planificado se despertó con la primera luz del alba, que luchaba para surcar el aire como en los peores días de Los Angeles. Evidentemente, en la República Popular no había ningún departamento de protección ambiental, y de momento todavía no circulaban muchos coches por allí. Si algún día sucedía. China podría resolver su problema de población intoxicándola en masa. No había viajado lo suficiente para reconocer dicho problema como característico de los países marxistas, aunque tampoco eran muchos los que quedaban. Gant nunca había fumado; este era un vicio en general erradicado de la comunidad financiera, donde bastaba el estrés de su trabajo como agente letal para necesitar otros, y con este nivel de contaminación atmosférica se le humedecían los ojos.

No tenía nada que hacer y mucho tiempo por delante (cuando se despertaba, nunca podía volver a conciliar el sueño), por lo que decidió encender la lámpara de la mesilla de noche y examinar unos documentos que le habían entregado, en su mayoría sin la esperanza de que los leyera. El propósito de la diplomacia, había dicho en una ocasión el comandante Spock de «Star Trek», consistía en prolongar la crisis. El discurso serpenteaba lo suficiente como para que el río Mississippi pareciera un rayo láser, pero al igual que el «padre de las aguas», por fin debería avanzar, o descender, o lo que diablos hicieran los ríos. ¿Pero qué era lo que lo había despertado esta mañana? Miró por la ventana y vio la mancha de un color rosa anaranjado que empezaba a formarse en el horizonte, alumbrando de fondo los edificios. A Gant le parecían feos, pero sabía que no estaba acostumbrado a ellos. Los bloques de pisos de Chicago no eran exactamente el Taj Mahal y la casa de estructura de madera de su juventud no era el palacio de Buckingham. No obstante, la diferencia era sobrecogedora. Mirara donde mirara, todo le parecía extraño y no era suficientemente cosmopolita para superar esa sensación. Era como el ruido de fondo del hilo musical, que nunca estaba realmente allí, pero tampoco desaparecía. Era casi como un mal presentimiento, pero lo alejó de su mente. No tenía ninguna razón para sentirse de aquel modo. No sabía que muy pronto se demostraría que estaba equivocado.

Barry Wise ya estaba levantado, a la espera del desayuno, en la habitación de su hotel, que pertenecía a una cadena norteamericana, y la carta del desayuno era también más o menos norteamericana. El tocino local sería diferente, pero las gallinas chinas ponían huevos auténticos, de eso estaba seguro. Su experimento del día anterior con los barquillos no había tenido mucho éxito y Wise era un hombre que necesitaba un buen desayuno para funcionar debidamente durante el día.

Al contrario que la mayoría de los corresponsales de la televisión norteamericana, Wise buscaba sus propios reportajes. Su productor, más que un jefe, era un socio. Eran testigos de su éxito la colección de galardones Emmy que había recibido,

aunque su esposa siempre se quejaba de tener que quitarles el polvo a esas malditas estatuillas detrás del bar del sótano.

Hoy necesitaba un nuevo reportaje. Su audiencia norteamericana se aburriría con las palabras de otro portavoz y una filmación del ambiente de las negociaciones. Necesitaba algo con sabor local, pensó, algo que permitiera al pueblo norteamericano identificarse con el chino. No era fácil y ya había suficientes reportajes sobre restaurantes chinos, que era lo único chino con lo que estaban familiarizados los norteamericanos. ¿Qué podía hacer entonces? ¿Qué tenían en común los norteamericanos con los ciudadanos de la República Popular China? No mucho, se dijo Wise, pero debía de haber algo que pudiera utilizar. Se puso de pie al llegar el desayuno y miró por la ventana cuando el camarero acercaba el carro a la cama. Resultó que habían confundido su pedido y le habían traído jamón en lugar de tocino, pero tenía buen aspecto y decidió comérselo, después de darle una propina al camarero y volver a sentarse.

Algo —pensó mientras se servía una taza de café—, ¿pero qué? Se había planteado aquel mismo dilema con bastante frecuencia. Los escritores de ficción censuraban a menudo a los corresponsales por su propia forma de «creatividad», pero el proceso era real. Encontrar algo de interés era doblemente difícil para los corresponsales, porque al contrario de los novelistas, no podían inventar. Debían utilizar la realidad y ésta podía ser muy dura, pensó Barry Wise. Abrió el cajón de la mesilla de noche para coger sus gafas y le sorprendió ver...

Bueno, tampoco era tan sorprendente. Era habitual en cualquier hotel norteamericano: una Biblia que había dejado allí la sociedad Gideon. Probablemente, sólo estaba allí porque el hotel era de propiedad y gerencia norteamericanas, y debía de tener algún convenio con la sociedad Gideon... pero no dejaba de ser un lugar extraño donde encontrarse una Biblia. La República Popular no estaba exactamente repleta de iglesias. ¿Habría cristianos allí? Bueno, ¿por qué no averiguarlo? Puede que ahí hubiera un reportaje... En cualquier caso, mejor eso que nada. Con esa decisión parcialmente tomada, se concentró de nuevo en el desayuno. Ahora su equipo empezaría a despertar. Le indicaría a su productor que buscara a un pastor cristiano, incluso tal vez a un sacerdote católico; un rabino sería pedir demasiado. Eso supondría acudir a la embajada israelí, y sería hacer trampa.

—¿Cómo te ha ido el día, Jack? —preguntó Cathy.

La noche era un accidente. No tenían nada que hacer: ninguna cena política, ningún discurso, ninguna recepción, ninguna obra ni ningún concierto en el Kennedy Center, ni tampoco ninguna fiesta privada para veinte o treinta invitados en el piso del dormitorio de la parte residencial de la Casa Blanca, que Jack detestaba pero a Cathy le gustaban, porque a las mismas podían invitar a personas conocidas que eran de su agrado, o por lo menos a personas que deseaban conocer. A Jack no le

importaban las fiestas propiamente dichas, pero consideraba que el piso del dormitorio de La Casa (como la denominaba el servicio secreto, para distinguirla de la otra Casa a dieciséis manzanas a lo largo de la calle) era el único espacio privado que le quedaba. Incluso, la casa de la que eran propietarios en Peregrine Cliff, en la bahía de Chesapeake, había sido renovada por el servicio secreto. Ahora disponía de rociadores antiincendios, unas setenta líneas telefónicas, un sistema de alarma como los utilizados para proteger los almacenes de armas nucleares y un nuevo edificio para albergar al personal de protección, cuando los Ryan decidían pasar allí el fin de semana, para comprobar si todavía disponían de una casa donde alojarse, cuando aquel museo oficial se les caía encima.

Pero esta noche no ocurría nada de eso. Esta noche eran casi personas normales. La diferencia era que si a Jack le apetecía una cerveza o una copa, no podía ir a buscarla personalmente a la cocina. Eso no estaba permitido. No, debía pedírsela a uno de los camareros de la Casa Blanca, que cogería el ascensor para bajar a la cocina en el sótano, o subir al bar en el piso superior. Evidentemente podía insistir y hacerlo él mismo, pero eso sería un insulto para los camareros, y aunque a ellos, principalmente negros (se decía que eran descendientes directos de los esclavos personales de Andrew Jackson), no les importaba, parecía innecesario insultarles. A Ryan, sin embargo, nunca le había gustado que otros hicieran su trabajo. Por supuesto, era agradable que alguien que no tenía otra cosa que hacer y que cobraba por ello un cómodo sueldo del gobierno le lustrara los zapatos por la noche, pero sencillamente no le parecía justo que lo trataran como a una especie de aristócrata, cuando en realidad su padre había trabajado intensamente como detective de homicidios en la policía de Baltimore y él había necesitado una beca del gobierno (por gentileza del cuerpo de marines de Estados Unidos) para estudiar en la Universidad de Boston, sin que su madre tuviera que buscarse un empleo. ¿Se debía a sus raíces y a su infancia de clase obrera? Probablemente, pensó Ryan. Esas raíces también explicaban lo que hacía ahora, sentado en un sillón con una copa en la mano, mirando la televisión, como una persona normal y corriente.

La vida de Cathy era la que en realidad menos había cambiado en la familia, salvo que por la mañana se desplazaba al trabajo en un helicóptero Blackhawk VH-60 del cuerpo de marines, de lo que no se quejaban los contribuyentes ni la prensa, después de que Sandbox, también conocida como Katie Ryan, hubiera sido víctima de un atentado terrorista en el Centro de Atención Diurna. Los niños miraban la televisión por su cuenta y Kyle Daniel, conocido por el servicio secreto como Sprite, dormía en su cuna. Y la doctora Ryan, apodada Cirujana, sentada frente al televisor, examinaba las notas de sus pacientes y repasaba una revista médica, como parte de su interminable formación profesional.

—¿Cómo van las cosas en el trabajo, cariño? —preguntó el presidente.

—Bastante bien, Jack. Bernie Katz tiene una nueva nieta. Está muy emocionado.

—¿De qué hijo?

—Mark, que se casó hace dos años. ¿Recuerdas que asistimos a la boda?

—¿El abogado? —preguntó Jack, recordando la ceremonia, en los viejos tiempos felices, antes de la maldición de la presidencia.

—Sí, su otro hijo, David, es médico, cirujano torácico y trabaja como profesor en Yale.

—¿Lo conozco? —preguntó Jack, que no estaba seguro.

—No. Estudió en Los Angeles, en la Universidad de California.

Volvió la página del Nett, England Journal of Medicine y luego decidió marcarla. Era un artículo interesante sobre un nuevo descubrimiento relacionado con la anestesia, que valía la pena recordar. Se lo comentaría durante el almuerzo a alguno de los profesores. Solía almorzar con sus colegas de distintas especialidades, para mantenerse al corriente del progreso de la medicina. El próximo gran salto creía que se daría en neurología. Uno de sus colegas de Hopkins había descubierto un medicamento, que parecía hacer crecer de nuevo las células nerviosas dañadas. Si se comprobaba su eficacia, eso significaría un Premio Nobel. Sería el noveno en la vitrina de los trofeos de la Facultad de Medicina de la Universidad Johns Hopkins. Por su trabajo con láseres quirúrgicos, a ella le habían otorgado el Galardón Lasker de Servicio Publico, la más alta condecoración de su género en Norteamérica, pero no había sido suficientemente fundamental para desplazarse a Estocolmo. A ella no le importaba. La oftalmología no era esa clase de especialidad, pero arreglarle la vista a la gente era muy gratificante. Tal vez una consecuencia positiva del alto cargo de Jack y del suyo como primera dama sería la posibilidad real de hacerse con la dirección del Instituto Wilmer, en el supuesto de que Bernie Katz se decidiera algún día a soltar las riendas. Todavía podría ejercer la medicina, que era algo que nunca quería abandonar y supervisar también investigación en su campo, decidir a quién se concedían las becas y dónde se realizaba el trabajo de exploración realmente importante, para lo que se consideraba particularmente dotada. Puede que, después de todo, la presidencia no hubiera sido una pérdida total de tiempo.

Su única queja era realmente que la gente esperara de ella que vistiera como una supermodelo, y aunque siempre vestía con elegancia, nunca le había apetecido ser una maniquí. En su opinión, bastaba ponerse unos bonitos vestidos formales para las recepciones oficiales a las que asistía (sin tener que pagar por ellos, porque los fabricantes se los regalaban). Sin embargo, a Worxen's Wear Daily no le gustaba su vestuario habitual, como si intentara imponer la moda de la bata blanca. No era eso, era su uniforme, como los marines en la puerta de la Casa Blanca usaban el suyo, que ella lucía con mucho orgullo. No muchas mujeres, ni tampoco muchos hombres, podían afirmar haber llegado a la cima de su profesión. Pero ella podía hacerlo. La

velada había resultado ser agradable. Ni siquiera le importaba la adicción de Jack al Canal Histórico, aun cuando se quejara de algún pequeño error en sus documentales. Suponiendo —rio para sus adentros— que él estuviera en lo cierto y el programa se equivocara... Su copa de vino estaba vacía, y puesto que no tenía nada urgente programado para el día siguiente, le indicó al camarero que se la llenara. La vida podía ser peor. Además, se habían llevado un buen susto con aquellos malditos terroristas, aunque con suerte y con la ayuda de aquel maravilloso agente del FBI con el que Andrea Price se había casado, habían sobrevivido y no esperaba que volviera a suceder nada parecido. Su propia escolta del servicio secreto lo impediría. Su propio agente principal, Roy Altman, inspiraba tanta confianza en su trabajo como ella en el suyo, a juicio de Cathy.

—Aquí la tiene, doctora Ryan —dijo el camarero, entregándole la copa llena.

—Gracias, George. ¿Cómo están sus hijos?

—La mayor acaba de ser aceptada en Notre Dame —respondió con orgullo.

—Es maravilloso. ¿Qué tiene pensado estudiar?

—Un curso preliminar de medicina.

Cathy levantó la cabeza.

—Estupendo. Si puedo hacer algo por ella, dígamelo, ¿de acuerdo?

—Sí, señora, lo haré.

Y lo mejor del caso, pensó George, era que no bromeaba. Los Ryan eran muy populares entre el personal, a pesar de su torpeza con el protocolo. Había otra familia de la que se ocupaban los Ryan, la viuda e hijos de un sargento de las fuerzas aéreas, cuyo vínculo con los Ryan nadie parecía comprender. Además, Cathy se había ocupado personalmente de dos hijos de miembros del personal, que tenían problemas en los ojos.

—¿Cómo se presenta el día de mañana, Jack?

—Un discurso en la convención de veteranos de guerra en Atlantic City. Ida y vuelta en helicóptero después del almuerzo. No es un mal discurso el que me ha escrito Callie.

—Es un poco rara.

—Es diferente —reconoció el presidente—, pero es buena en lo que hace.

¡Gracias a Dios —pensó Cathy para sus adentros—, que generalmente no tengo que hacer yo esas cosas! Para ella, un discurso consistía en contarle a un paciente cómo iba a resolver su problema de visión.

—Hay un nuncio papal en Pekín —dijo el productor—. ¿No es eso lo mismo que embajador?

—Esencialmente, sí —asintió el productor—. Es italiano y se llama Renato DiMilo. Anciano, no sé nada de él.

—Bueno, tal vez podamos hacerle una visita y conocerlo —dijo Barry, mientras

se hacía el nudo de la corbata—. ¿Tienes su dirección y su número de teléfono?

—No, pero nuestro contacto en la embajada norteamericana nos los puede facilitar rápidamente.

—Llámallo —ordenó amablemente Wise.

Wise y su productor trabajaban juntos desde hacía once años, durante los cuales habían aguantado tiroteos y ganado un montón de galardones, lo que no estaba mal para dos ex sargentos de los marines.

—De acuerdo.

Wise consultó su reloj. El horario era perfecto. Podía hacer un reportaje sin precipitarse, mandarlo a Atlanta vía satélite para que lo montaran y pudieran retransmitirlo en Norteamérica a la hora del desayuno. Eso le ocuparía el día en este país de paganos. Maldita sea, ¿por qué no celebrarían una conferencia comercial en Italia? Guardaba excelentes recuerdos de la comida italiana, cuando estaba con los marines en la flota mediterránea. Y también de las mujeres italianas. Les gustaba el uniforme de los marines estadounidenses. Bueno, a muchas mujeres les encantaba.

Algo que ni al cardenal DiMilo ni a monseñor Schepke había llegado a gustarles era la comida china para el desayuno, que no se parecía en nada a lo que los europeos estaban acostumbrados a desayunar. Por consiguiente, Schepke preparaba el desayuno todas las mañanas antes de que llegaran sus sirvientes chinos y les dejaban los platos para lavar. Ambos habían celebrado su misa matutina, para lo que se levantaban antes de las seis, más o menos como solían hacerlo los soldados, se decía a sí mismo frecuentemente el italiano.

Su periódico matutino era el International Herald Tribune, cuya orientación era excesivamente norteamericana, pero el mundo no era un lugar perfecto. Por lo menos publicaba los resultados del fútbol, que era un deporte que les interesaba a ambos y al que Schepke todavía jugaba, cuando se presentaba la oportunidad. DiMilo, que en su época había sido un buen mediocampista, ahora debía contentarse con verlo y protestar.

El equipo de la CNN tenía su propio transporte, una furgoneta americana que habían mandado a China hacía ya bastante tiempo. El vehículo disponía de su propio transmisor/receptor en miniatura vía satélite, una especie de pequeño milagro de la técnica que les permitía establecer contacto inmediato con cualquier lugar del planeta, a través de los satélites de comunicaciones en órbita alrededor de la Tierra. Podía hacer cualquier cosa, salvo operar cuando el coche estaba en movimiento, y eso era algo que intentaban solucionar, porque a los equipos móviles les permitiría transmitir con escaso riesgo de interferencias desde donde se encontraran.

Disponía también de un sistema de navegación por satélite: un verdadero milagro que les permitía encontrar cualquier lugar de cualquier ciudad, para la que

dispusieran de un plano en CD-ROM. Con lo mismo, podían localizar cualquier dirección con mayor rapidez que un taxista local. El teléfono móvil les permitía obtener la dirección propiamente dicha, en este caso, de la embajada estadounidense que tenía las direcciones de todas las delegaciones extranjeras, entre las que figuraba la del nuncio papal. El teléfono móvil también les permitía llamar con antelación. El primero en responder fue una voz china, seguida de otra que parecía curiosamente alemana, que le dijo que los recibirían con mucho gusto.

Barry Wise vestía impecablemente, como de costumbre, con chaqueta y corbata, otra secuela de los marines, cuando llamó a la puerta y la abrió, como era de suponer, un ciudadano local, a los que sentía la tentación de denominar «indígenas», aunque eso le sonaba demasiado inglés y vagamente racista. El hombre los invitó a entrar en la casa. El primer occidental al que vieron no era el cardenal: era demasiado joven, demasiado alto y excesivamente germánico.

—Hola, soy monseñor Schepke.

—Buenos días, yo soy Barry Wise, de la CNN.

—Sí —sonrió Schepke—, lo he visto muchas veces por televisión. ¿Qué les trae por aquí?

—Hemos venido para cubrir la reunión comercial entre Norteamérica y China, pero hemos decidido buscar otros asuntos de interés. Nos ha sorprendido descubrir que el Vaticano tenía aquí una legación diplomática.

Schepke introdujo a Wise en su despacho y le ofreció una cómoda butaca.

—Yo hace varios meses que estoy aquí, pero el cardenal ha llegado hace poco.

—¿Puedo hablar con él?

—Por supuesto, pero en este momento su eminencia está hablando por teléfono con Roma. ¿Le importa esperar unos minutos?

—En absoluto —respondió Wise.

Observó al monseñor. Tenía aspecto atlético, alto y muy germánico. Wise había estado muchas veces en Alemania y siempre se había sentido ligeramente incómodo, como si el racismo que había causado el holocausto siguiera todavía ahí, oculto pero no muy lejano. Con otra indumentaria, habría tomado a Schepke por un militar, incluso por un marine. Parecía estar en buena forma y ser muy listo, claramente un buen observador.

—¿A que orden pertenece, si no le importa que se lo pregunte? —dijo Wise.

—A la Compañía de Jesús —respondió Schepke.

Un jesuita, comprendió inmediatamente Wise. Naturalmente.

—¿Alemán?

—Efectivamente, pero ahora residente en Roma, en la Universidad Robert Bellarmine, y me han pedido que acompañara aquí a su eminencia debido a mi habilidad lingüística.

Su inglés, a medio camino entre el de Inglaterra y el de Norteamérica, pero no canadiense, era gramaticalmente perfecto, y su pronunciación, impecable.

Y porque es usted muy listo, pensó Wise. Sabía que el Vaticano disponía de un respetable servicio de inteligencia, probablemente el más antiguo del mundo, y decidió que el monseñor era una mezcla de diplomático y espía.

—No le preguntaré cuántos idiomas habla, seguro que más que yo —comentó Wise, que nunca había conocido ni había oído hablar de un jesuita que fuera tonto.

Schepke le sonrió amablemente.

—Es mi función —respondió antes de mirar el teléfono de su escritorio, comprobar que se había apagado el piloto, disculparse para entrar en el despacho interior y salir de nuevo—. Su eminencia lo recibirá ahora.

Wise se levantó y siguió al cura alemán. El hombre al que vio era corpulento y claramente italiano, sin atuendo eclesiástico, de chaqueta, pantalón y camisa roja (¿o era una camiseta?) con collarín. El corresponsal de la CNN no recordaba si, según el protocolo, debía besarle el anillo, pero ante la duda, decidió estrecharle la mano al estilo norteamericano.

—Bien venido a nuestra legación —dijo el cardenal DiMilo—. Usted es nuestro primer corresponsal norteamericano. Por favor... —agregó, ofreciéndole una silla.

—Gracias, eminencia —respondió Wise, que recordaba aquella parte del protocolo.

—¿En qué podemos servirlo?

—Estamos aquí para cubrir las conversaciones comerciales entre Norteamérica y China, y pensamos hacer un reportaje sobre la vida en Pekín. Acabamos de descubrir que el Vaticano tiene aquí una embajada y se nos ha ocurrido venir a hablar con usted.

—Estupendo —respondió DiMilo, con una beatífica sonrisa—. Hay algunos cristianos en Pekín, aunque esto no es exactamente Roma.

Wise tuvo la sensación de que se le apagaba la luz.

—¿Qué me dice de cristianos chinos?

—Sólo hemos conocido unos pocos. Curiosamente, vamos a visitar uno esta tarde, un pastor baptista llamado Yu.

—¿En serio?

Menuda sorpresa. ¿Un baptista local?

—Efectivamente —confirmó Schepke—. Un buen hombre, formado en Norteamérica, en la Universidad Oral Roberts.

—¿Un ciudadano chino de Oral Roberts? —preguntó Wise con cierta incredulidad, mientras en su mente veía un gran reportaje.

—Sí, bastante inusual, ¿no le parece? —comentó DiMilo.

Ya era bastante inusual que un baptista y un cardenal de la Iglesia católica se

hablaran, pensó Wise, pero que eso ocurriera precisamente aquí parecía tan improbable como ver a un dinosaurio paseando por el centro de Washington. Indudablemente, eso les gustaría en Atlanta.

—¿Podemos acompañarlo? —preguntó el corresponsal de la CNN.

El terror empezó cuando llegó al trabajo. A pesar de la espera y la anticipación, la primera punzada en el bajo abdomen la cogió por sorpresa y no fue particularmente agradable. La vez anterior, hacía ahora casi seis años, también le había sorprendido el nacimiento de Ju Long a pesar de haberlo presagiado, pero aquél era un embarazo autorizado y éste no. Esperaba que el parto empezara por la mañana, un fin de semana, en su casa, donde ella y Quon podían haberse ocupado de todo sin complicaciones externas, pero en China, como en cualquier otro lugar del mundo, los bebés nacían cuando se les antojaba y éste no sería una excepción. La cuestión era si el Estado le permitiría tomar su primer respiro y con su primer espasmo muscular, el primer indicio de las contracciones del parto, llegó el temor de que se cometiera un asesinato, de que su propio cuerpo fuera la escena del crimen, de estar presente para ver y sentir cómo el bebé dejaba de moverse, de sentir la muerte. El miedo era la culminación de muchas noches sin dormir y de muchas pesadillas, que la habían hecho sudar en la cama a lo largo de las semanas. Sus compañeras se preguntaron por su estado al verle la cara. Unas pocas mujeres de la fábrica habían adivinado su secreto, pero nunca se lo habían comentado. El milagro era que nadie la hubiera denunciado, lo cual había sido el peor temor de Lien Hua, pero eso era sencillamente algo que no se hacía entre mujeres. Algunas de ellas habían tenido niñas, que habían fallecido «accidentalmente» al cabo de uno o dos años, para satisfacer el deseo de su esposo de tener un descendiente varón. Ese era un aspecto más de la vida en la República Popular del que raramente se hablaba, incluso entre mujeres en privado.

Yang Lien Hua miró a su alrededor en la fábrica, mientras sus músculos anunciaban lo que estaba por llegar y sólo le cabía esperar que parara o se retrasara. Dentro de otras cinco horas podría pedalear en su bicicleta hasta su casa y dar a luz allí, que aunque no fuera tan conveniente como en un fin de semana, era preferible a tener una emergencia en la fábrica. Flor de Loto se dijo a sí misma que debía ser fuerte y decidida. Cerró los ojos, se mordió el labio, e intentó concentrarse en su trabajo, pero los espasmos empezaron a ser molestos. Luego llegaría un dolor suave, seguido de las contracciones propiamente dichas, que le impedirían seguir de pie y... ¿qué haría entonces? Fue su incapacidad para imaginar las próximas horas lo que la obligó a contorsionar el rostro con mayor fuerza que el propio dolor. Temía la muerte y aunque eso era común a todos los seres humanos, su temor era por una vida que todavía formaba parte de la suya, pero que realmente no le pertenecía. Temía verlo morir, sentirlo morir, percibir el alma que se alejaba, y aunque estaba segura de que regresaría junto a Dios, ésa no era la intención del Todopoderoso. Ahora necesitaba a

su asesor espiritual. Necesitaba a Quon, su marido. Necesitaba aún más al reverendo Yu. ¿Pero qué podía hacer?

El montaje de la cámara fue rápido. Los dos eclesiásticos observaron con interés, porque ninguno de ellos había visto antes aquella operación. A los diez minutos, ambos estaban decepcionados por las preguntas. Habían visto a Wise por televisión y esperaban algo mejor de él. No se percataban de que el reportaje que realmente le interesaba estaba a unos cuantos kilómetros y a una hora aproximadamente de allí.

—Perfecto —dijo Wise, terminada la inofensiva serie de preguntas y respuestas—. ¿Podemos seguirlos a casa de su amigo?

—Desde luego —respondió su eminencia, antes de ponerse en pie y disculparse, porque incluso los cardenales debían ir al baño antes de salir en coche, sobre todo a la edad de DiMilo.

Pero volvió y caminó con Franz hasta el coche, que el monseñor conduciría, ante la persistente decepción de su propio chófer que, tal como sospechaban, era un soplón del Ministerio de Seguridad Estatal. La furgoneta de la CNN los siguió por una serie de tortuosos callejones, hasta llegar a la modesta residencia del reverendo Yu Fa An. Aparcaron sin dificultad alguna. Los dos curas católicos se acercaron a la puerta de Yu y Wise se percató de que llevaban un gran paquete en las manos.

—¡Caramba! —sonrió Yu, sorprendido, al abrir la puerta—. ¿Qué los trae por aquí?

—Amigo mío, le hemos traído un regalo —respondió su eminencia, entregándole el paquete.

Claramente se trataba de una Biblia de grandes dimensiones, aunque no menos agradable por su evidencia. Yu los invitó a entrar y vio a los norteamericanos.

—Han preguntado si podían acompañarnos —explicó monseñor Schepke.

—Por supuesto —respondió inmediatamente Yu, al tiempo que se preguntaba si tal vez Gerry Patterson vería el reportaje, e incluso quizá su lejano amigo Hosiah Jackson.

Pero no montaron las cámaras, antes de que abriera el paquete.

Yu lo desenvolvió en su escritorio y al verlo levantó la cabeza, considerablemente sorprendido. Esperaba ver una Biblia, pero ésa debía de haber costado centenares de dólares norteamericanos... Era un ejemplar de la versión del rey Jaime en mandarín... y magníficamente ilustrada. Yu se puso en pie y dio la vuelta a su escritorio, para darle un abrazo a su colega italiano.

—Que Nuestro Señor Jesucristo lo bendiga por este regalo, Renato —dijo Yu, considerablemente emocionado.

—Ambos servimos a Jesucristo como mejor podemos. Se me ocurrió y pensé que le gustaría —respondió DiMilo, como podía haberlo hecho a un párroco en Roma, ya que eso era Yu, o algo muy parecido.

Por su parte, Barry Wise lamentó no haber montado antes la cámara para filmarlo.

—No es frecuente ver a católicos y baptistas tan amigos —comentó el corresponsal.

Fue Yu quien respondió y, en esta ocasión, la cámara filmaba.

—Se nos permite ser amigos. Ambos trabajamos para el mismo jefe, como dicen en Norteamérica.

Cogió la mano de DiMilo y la estrechó calurosamente. Raramente recibía un regalo tan sincero y era extraño recibirlo aquí en Pekín, de alguien a quien sus colegas norteamericanos denominarían papista y, además, italiano. Después de todo, había un propósito en la vida. El reverendo Yu tenía suficiente fe para no dudarlo nunca, pero era una bendición que algo lo confirmara de vez en cuando.

Las contracciones eran demasiado fuertes y se producían con excesiva frecuencia. Lien Hua las aguantó tanto como pudo, pero al cabo de una hora tenía la misma sensación que si alguien le hubiera disparado un tiro en la barriga. Se le doblaban las rodillas. Se esforzó por controlar el dolor, por permanecer de pie, pero era superior a sus fuerzas. Se quedó completamente pálida y se desplomó sobre el suelo de hormigón. Acudió inmediatamente una compañera de trabajo, que también era madre y sabía lo que ocurría.

—¿Estás de parto? —preguntó.

—Sí —asintió con un doloroso suspiro.

—Voy a llamar a Quon —dijo antes de salir corriendo.

A raíz de aquella conversación, empezaron a complicarse las cosas para Flor de Loto.

El encargado vio a una empleada que corría y, al volver la cabeza, a otra postrada en el suelo. Se acercó como lo haría alguien después de un accidente de tráfico, más por curiosidad que por deseo de intervenir. Raramente había prestado atención alguna a Yang Lien Hua. Desempeñaba satisfactoriamente su función, sin necesidad de regañarla ni de llamarle la atención, se llevaba bien con sus compañeras de trabajo y en realidad eso era todo lo que sabía acerca de ella y lo que consideraba que necesitaba saber. No había sangre. Su caída no la había provocado ningún accidente, ni ninguna avería mecánica. Qué extraño. La observó unos segundos, comprobó que no se sentía bien y se preguntó qué debía sucederle, pero él no era médico ni practicante y no quería entrometerse. Si hubiera sangrado, seguramente habría intentado vendarle la herida o algo por el estilo, pero ése no era el caso y se limitó a permanecer allí, como supuso que debía hacerlo un encargado, haciendo acto de presencia, pero sin empeorar la situación. Había una auxiliar médica en la enfermería, a doscientos metros de distancia. Probablemente la otra chica había ido a llamarla, pensó.

El rostro de Lien Hua se contorsionó de nuevo después de unos minutos de

tranquilidad relativa, cuando se inició otra contracción. El encargado vio que cerraba fuertemente los ojos, empalidecía y jadeaba. Ah, se trata de eso, comprendió. Qué extraño. Se suponía que debía de estar al corriente de ese tipo de cosas para programar las sustituciones en la cadena de producción. Entonces comprendió algo más. Éste no era un embarazo autorizado. Lien Hua había quebrantado las normas y se suponía que esto no debía suceder. Quedaría mal su departamento y él como encargado del mismo... Y algún día aspiraba a poseer su propio coche.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

Pero Yang Lien Hua no estaba en condiciones de responder en aquel momento. Las contracciones se aceleraban mucho más que con Ju Long. ¿Por qué no podía haber esperado hasta el sábado? —le preguntó al destino—. ¿Por qué quiere Dios que mi hijo muera sin haber nacido? Intentó rezar entre el dolor, procurando concentrarse, suplicando la misericordia de Dios y su ayuda en aquel trance doloroso y aterrador, pero lo único que veía a su alrededor incrementaba su miedo. En el rostro del encargado no detectaba ninguna intención de prestarle ayuda. Entonces oyó pasos y vio que Quon se acercaba corriendo, pero antes de llegar, el encargado le cortó el paso.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el hombrecillo, con toda la dureza de su insignificante autoridad—. ¿Su esposa va a tener aquí un bebé? ¿Un bebé no autorizado? Ju hai —agregó, que significaba «puta».

Incluso el más insignificante de los funcionarios preguntaba y acusaba simultáneamente.

Por su parte, Quon quería también que naciera el bebé. No le había revelado a su esposa los temores que había compartido con ella, porque consideraba que habría sido poco varonil, pero las últimas palabras del encargado habían sido demasiado para un hombre sometido simultáneamente a dos clases de presión. Recordó el entrenamiento que había recibido en el ejército y le dio un puñetazo, acompañado de su propio insulto:

—¡Pok gai! —exclamó, que significaba literalmente «cáete en la calle», pero en aquel contexto, «¡quítate de mi jodido camino!».

El encargado se produjo un corte en la cabeza al caerse, brindándole a Quon la satisfacción de ver vengado el insulto a su esposa. Pero Quon tenía otras cosas que hacer.

Dicho lo que debía decirse y hecho lo que debía hacerse, levantó a Lien Hua y la sostuvo lo mejor que pudo, en dirección al lugar donde se encontraban sus bicicletas. ¿Pero qué hacer ahora? Al igual que su esposa, Quon esperaba que todo esto sucediera en su casa, desde donde, en el peor de los casos, podía llamar para decir que estaba enferma. Pero se sentía tan impotente para detener aquel proceso como para impedir que la Tierra girara sobre su eje. No disponía siquiera del tiempo ni de

la energía para maldecir el destino. Debía enfrentarse a la realidad tal como se presentaba, un segundo de inseguridad después de otro, y ayudar como mejor pudiera a su esposa.

—¿Se educó usted en Norteamérica? —preguntó Wise ante la cámara.

—Sí —respondió Yu, con una taza de té en la mano—. En la Universidad Oral Roberts de Oklahoma. Primero me licencié en Ingeniería Eléctrica, luego estudié Teología y me ordené más adelante.

—Veo que está usted casado —dijo el corresponsal, señalando una fotografía que colgaba de la pared.

—Mi esposa está en Taiwan, cuidando de su madre, que actualmente está enferma —explicó Yu.

—¿Entonces cómo se conocieron? —preguntó Wise, refiriéndose a Yu y al cardenal.

—Por iniciativa de Fa An —respondió el cardenal—. Él fue quien vino a dar la bienvenida a un recién llegado, podríamos decir que del mismo oficio —agregó DiMilo, con la tentación de decir que habían tomado unas copas juntos, pero consciente de que algunos baptistas se oponían radicalmente al consumo de alcohol y podrían pensar mal de su colega, prefirió no hacerlo—. Como puede usted imaginar, no hay muchos cristianos en esta ciudad y los pocos que somos debemos mantenernos unidos.

—¿No les parece extraño que un católico y un baptista sean tan amigos?

—En absoluto —respondió inmediatamente Yu—. ¿Por qué debería serlo? ¿No compartimos la misma fe?

DiMilo asintió, ante aquella perfecta e inesperada afirmación de sus creencias.

—¿Qué me dice de sus feligreses? —preguntó Wise, dirigiéndose al pastor chino.

El aparcamiento de bicicletas era una masa confusa de hierro y goma, ya que pocos obreros chinos poseían automóviles, pero cuando Quon conducía a Lien Hua hacia el rincón lejano del mismo fueron avistados por alguien que utilizaba un vehículo motorizado. Era un guarda de seguridad de la fábrica, que conducía un triciclo motorizado alrededor del perímetro de la planta, que le proporcionaba una sensación de importancia aún mayor que su uniforme y su placa. Al igual que Quon, era un ex sargento del ejército popular, que no había perdido una sensación de autoridad personal que se exteriorizaba en su forma de hablar con la gente.

—¡Alto! —exclamó desde el asiento de su triciclo—. ¿Qué ocurre ahí?

Quon volvió la cabeza. A Lien Hua, que acababa de tener otra contracción, se le doblaban las rodillas y jadeaba, mientras él prácticamente la arrastraba hacia sus bicicletas. De pronto comprendió que eso no funcionaría. Ella no sería en modo alguno capaz de pedalear en su propia bicicleta. Su piso estaba a once manzanas.

Probablemente lograría arrastrarla por la escalera hasta el tercer piso, ¿pero cómo diablos iban a llegar al edificio?

—Mi esposa está... herida —respondió Quon, a quien el miedo le impedía confesar la verdad, a pesar de que conocía a aquel guarda, que se llamaba Zhou Jingjin y parecía una buena persona—. Intento llevarla a casa.

—¿Dónde vives, camarada? —preguntó Zhou.

—En los pisos de La Larga Marcha, número setenta y cuatro —respondió Quon—. ¿Puedes ayudarnos?

Zhou los observó. La mujer parecía sentirse mal. El suyo no era un país que valorara particularmente la iniciativa personal, pero aquella mujer era una camarada que tenía dificultades y se suponía que debía haber solidaridad entre la gente. Además, su casa estaba a sólo diez u once manzanas, apenas quince minutos incluso en aquel triciclo lento y torpe. Tomó su decisión, basada en la solidaridad socialista obrera.

—Súbela detrás, camarada.

—Gracias, camarada —respondió Quon, que se acercó con su esposa, le levantó el trasero y la colocó sobre la plataforma oxidada detrás del conductor.

Entonces le indicó con la mano a Zhou que se dirigiera al oeste. Esta contracción resultó ser dolorosa. Lien Hua jadeó y luego dio un grito, que afligió a su esposo y aún más al conductor, que volvió la cabeza y vio a una mujer que debería estar sana agarrándose la barriga con gran dolor. No era en absoluto una escena agradable y Zhou, después de haber tomado ya una iniciativa, decidió tomar otra. De camino a los pisos de La Larga Marcha se pasaba por la calle Meishuguan, donde se encontraba el hospital Longfu, que como casi todos los hospitales de Pekín disponía de un buen servicio de urgencias e ingresos. Aquella mujer estaba en peligro y era una camarada, miembro como él de la clase obrera, y merecía que se la ayudara. Volvió la cabeza. Quon estaba demasiado ocupado procurando consolar a su esposa para hacer cualquier otra cosa, mientras el triciclo de seguridad traqueteaba por la irregular calzada a veinte kilómetros por hora.

Sí, decidió Zhou, debía hacerlo. Giró suavemente el manillar, subió por una rampa construida más para camiones que para ambulancias y se detuvo.

Quon tardó varios segundos en percatarse de que se habían detenido. Miró a su alrededor, dispuesto a bajar a su esposa de la plataforma, pero entonces se dio cuenta de que no estaban en su bloque de pisos. Desorientado por los treinta minutos anteriores de urgencia y caos inesperado, no alcanzaba a comprenderlo, no sabía dónde estaban, hasta que vio aparecer en la puerta a alguien uniformado. Era una mujer con una cofia blanca en la cabeza. ¿Una enfermera? ¿Estaban en el hospital? No, no podía permitirlo.

Yang Quon se apeó para dirigirse a Zhou. Empezó a decirle que estaban en el

lugar equivocado, que no quería estar allí, pero en aquel momento los trabajadores del hospital estaban inusualmente diligentes, sin nada que hacer en el servicio de urgencias y aparecieron dos individuos en la puerta con una camilla. Yang Quon intentó impedirselo, pero simplemente lo empujaron a un lado mientras colocaban a Lien Hua en la camilla y entraban con ella en el hospital, sin que él pudiera hacer más que abrir y cerrar la boca. Respiró hondo y los siguió, pero un administrativo le cortó el paso y lo obligó a parar en seco como si lo apuntara con un rifle cargado, aunque de forma mucho más ignominiosa, para pedirle la información necesaria a fin de rellenar los formularios de admisión.

En la sala de urgencias propiamente dicha, un médico y una enfermera vieron cómo los celadores colocaban a Lien Hua sobre la mesa de observación. Con su experiencia, tardaron escasos segundos en hacer un primer diagnóstico, que compartieron con una mirada. Después de otros pocos segundos le habían quitado su ropa de trabajo y el embarazo era tan evidente como la salida del sol. También era evidente que Lien Hua había iniciado las contracciones del parto y eso no era una urgencia. La llevaron al ascensor para trasladarla al segundo piso, dónde se encontraba el personal de ginecología. El médico, una mujer, les indicó a los celadores dónde trasladar a la paciente. Luego se dirigió al teléfono para llamar al segundo piso y advertirles que subían a una parturienta. Hecho esto, la doctora regresó a la sala de médicos para fumar un cigarrillo y leer una revista.

—¿Camarada Yang? —preguntó otro administrativo de rango superior.

—Sí —respondió el preocupado marido, que seguía en la sala de espera prisionero de los administrativos.

—Su esposa está siendo trasladada al Departamento de Ginecología. Pero —agregó el administrativo— tenemos un problema.

—¿De qué se trata? —preguntó Quon, consciente de la respuesta, pero con la esperanza de que se produjera un milagro y completamente atrapado por los requisitos burocráticos del momento.

—En nuestros archivos no tenemos constancia del embarazo de su esposa. Ustedes están en nuestro distrito sanitario, su dirección es La Larga Marcha, 72. ¿Es correcto?

—Sí, allí vivimos —tartamudeó Quon, intentando encontrar en vano una salida a aquella trampa.

—Bien —asintió el administrativo—. Comprendo. Gracias. Debo hacer una llamada.

Fue la forma de pronunciar las últimas palabras lo que asustó a Quon: «Sí, claro, debo asegurarme de que esa porquería se elimine debidamente». «Sí, claro, se ha roto el cristal e intentaré encontrar a alguien que lo repare». «Sí, claro, un embarazo no autorizado, llamaré arriba para que sepan que deben matar al bebé cuando asome la

cabeza».

En el segundo piso, Lien Hua podía ver la diferencia en su mirada. Cuando Ju Long estaba a punto de nacer, había alegría y anticipación en los ojos de las enfermeras que cuidaban del parto. Se distinguía su sonrisa en la comisura de sus ojos por encima de su mascarilla... pero no ahora. Alguien entró en la sala de partos número tres donde se encontraba, le dijo algo a la enfermera, que volvió rápidamente la cabeza hacia Lien Hua, con una mirada que dejó de ser compasiva para convertirse en algo diferente, y aunque la señora Yang desconocía su significado, comprendía su importancia. Puede que no le gustara particularmente a la enfermera, pero ayudaría a hacerlo porque era su obligación. China era un lugar donde la gente hacía lo que debía, estuvieran o no de acuerdo, les gustara o dejara de gustarles. Lien Hua sintió una nueva contracción. El bebé estaba intentando nacer, sin saber que se precipitaba hacia su propia destrucción en manos del Estado. Pero el personal del hospital lo sabía. En la ocasión anterior, con Ju Long, aunque no tenía a las enfermeras constantemente encima, nunca se alejaron, sino que permanecieron suficientemente cerca para observar y asegurarse de que todo iba bien. Pero ahora no. Ahora se retiraron para no oír los gemidos de una madre que se esforzaba por alumbrar la muerte en un pequeño envoltorio.

En la planta baja, estaba igualmente claro para Yang Quon. Lo que recordaba ahora era a su primer hijo, Ju Long, la sensación de su pequeño cuerpo en sus brazos, los pequeños ruidos que hacía, su primera sonrisa, la primera vez que se sentó, que andó a gatas, que dio sus primeros pasos en su pequeño piso, cuando pronunció sus primeras palabras... pero su pequeño Gran Dragón había muerto, aplastado bajo las ruedas de un autobús; nunca volvería a verlo. Un destino cruel le había arrebatado a su hijo de los brazos, para aplastarlo en la calle como una basura cualquiera, y ahora el Estado estaba a punto de asesinar a su segundo hijo. Y todo sucedería en el piso de arriba, a menos de diez metros de distancia, sin que él pudiera hacer nada para impedirlo... No era una sensación desconocida para los habitantes de la República Popular, donde la norma de arriba era la norma, pero a la que ahora se oponía el más fundamental de los impulsos humanos. Las dos fuerzas luchaban en la mente del obrero Yang Quon. Le temblaban las manos, mientras el debate seguía en su mente. Forzaba la mirada, que no iba más allá de las paredes de la sala, pero la forzaba de todos modos... algo, debía haber algo...

Había un teléfono público y tenía las monedas necesarias y recordaba el número. Yang Quon levantó el auricular y marcó, incapaz de encontrar en sí mismo la forma de cambiar el destino, pero con la esperanza de que otro la encontrara.

—Yo contestaré —dijo el reverendo Yu en inglés, levantándose para acercarse al teléfono.

—Es un hombre extraordinario, ¿no les parece? —preguntó Wise, dirigiéndose a los sacerdotes católicos.

—Es un buen hombre —reconoció el cardenal DiMilo—. Un buen pastor para su rebaño y eso es todo lo que un hombre puede esperar de sí mismo.

Monseñor Schepke volvió la cabeza, al oír el tono de la voz de Yu. Algo no iba bien, y a juzgar por su tono, era grave. Cuando el pastor regresó a la sala de estar, lo llevaba escrito en la cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Schepke en impecable mandarín. Tal vez aquello no era de la incumbencia de los periodistas norteamericanos.

—Una de mis feligresas —respondió Yu, cuando cogía su chaqueta—. Está embarazada, de parto en este momento, pero su embarazo no está autorizado y su marido teme que en el hospital intentarán matar al bebé. Debo acudir en su ayuda.

—Franz, ¿was gibt's hier? —preguntó en alemán DiMilo.

El jesuita respondió en griego clásico, para tener la seguridad absoluta de que los norteamericanos no lo comprendían.

—Usted ya lo sabe, eminencia —dijo monseñor Schepke, en la lengua de Aristóteles—. Los abortistas aquí cometen lo que en cualquier país civilizado del mundo son literalmente asesinatos, y la decisión, en este caso, es puramente política e ideológica. Yu desea ir a ayudar a los padres a impedir este vil asesinato.

DiMilo tardó menos de un segundo. Se puso en pie y volvió la cabeza.

—¿Fa An?

—Diga, Renato.

—¿Podemos acompañarlo y ayudar? Puede que nuestra condición diplomática sea útil —dijo su eminencia en un mandarín mal pronunciado, pero comprensible.

El reverendo Yu tampoco tardó en responder:

—¡Sí, buena idea! ¡Renato, no puedo permitir que ese niño muera!

Si el deseo de procrear es el más fundamental conocido por la humanidad, hay pocas llamadas más poderosas para un adulto que la de un niño en peligro. Para ello, el hombre entra apresuradamente en un edificio en llamas o se arroja a un río. Para ello, ahora, tres eclesiásticos acudirían al hospital comunitario, con el propósito de desafiar el poder de la nación más poblada del planeta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wise, sorprendido por el cambio repentino de idioma y la forma en que los tres curas se habían incorporado.

—Una emergencia pastoral. Una feligresa de Yu está en el hospital y lo necesita. Nosotros lo acompañaremos para ayudar en las labores pastorales —respondió DiMilo.

Las cámaras seguían filmando, aunque éste era el tipo de material que luego se editaba. Qué diablos, pensó Wise.

—¿Está lejos? ¿Podemos ayudarlos? ¿Quiéren que los llevemos?

Yu reflexionó y llegó rápidamente a la conclusión que su bicicleta no podía ir tan de prisa como una furgoneta de la prensa norteamericana.

—Si, son ustedes muy amables.

—Bien, vámonos —dijo Wise ya de pie, haciendo un ademán con la cabeza en dirección a la puerta.

Su equipo lo recogió todo en escasos segundos y llegaron a la puerta antes que los demás.

El hospital de Longfu resultó estar a menos de tres kilómetros y medio, frente a una calle que iba de norte a sur. El edificio, pensó Wise, era tan feo que parecía diseñado por un arquitecto ciego; unas dependencias típicamente gubernamentales incluso en este país. Los comunistas probablemente habían matado a todo aquel que tuviera cierto sentido estético allá por los años cincuenta y nadie los había sustituido. Como la mayoría de los periodistas, el equipo de la CNN se presentó en la puerta principal al igual que un comando policial del SWAT. El cámara, con su equipo al hombro, junto al técnico de sonido, seguidos de Barry Wise y del productor, que estudiaban las mejores tomas. Calificar el vestíbulo de lóbrego habría sido pecar de generoso. El ambiente era más agradable en una penitenciaría estatal de Mississippi, a lo que había que agregar el olor a desinfectante que estremece a los perros en la consulta del veterinario y hace que los niños se te aferren al cuello por miedo al pinchazo inminente.

Por su parte, Barry Wise estaba inusualmente atento. Lo denominaba su formación militar, aunque nunca había participado en operaciones de combate. Pero una noche de enero en Bagdad, había empezado a mirar por la ventana cuarenta minutos antes de que cayeran las primeras bombas de los cazas Stealth y siguió mirando hasta que el edificio que los planificadores de las fuerzas aéreas estadounidenses denominaban ATT recibió el primer impacto espectacular. Cogió el brazo del productor y le indicó que mantuviera los ojos abiertos. El segundo ex marine asintió. Lo significativo para él era la expresión de pronto lúgubre de los tres clérigos, que tan joviales estaban hasta que sonó el teléfono. Para que el viejo italiano tuviera aquel aspecto, ambos estaban seguros de que debía de tratarse de algo desagradable, lo cual a menudo significaba un buen reportaje y estaban sólo a escasos segundos de su conexión vía satélite. Como cazadores que hubieran oído el primer ruido de hojas en el bosque, los cuatro hombres de la CNN estaban atentos a la presa y al disparo.

—¡Reverendo Yu! —exclamó Yang Quon, casi corriendo hacia donde estaban.

—Eminencia, éste es mi feligrés, el señor Yang.

—Bacon giorno —respondió educadamente DiMilo.

Vio que los periodistas los filmaban sin entrometerse y con mayor discreción de la que esperaba de ellos. Mientras Yu hablaba con Yang, el cardenal se acercó a Wally

Wise para explicarle la situación.

—Tiene usted razón en que las relaciones entre católicos y baptistas no siempre son lo amigables que deberían ser, pero en este caso estamos completamente unidos. En el piso de arriba, los funcionarios de este gobierno pretenden matar a un bebé humano. Yu quiere salvarlo. Franz y yo intentaremos ayudar.

—Esto podría ponerse feo, señor —advirtió Wise—. El personal de seguridad en este país puede ser muy contundente. Lo he visto antes.

DiMilo no era un hombre imponente en términos físicos. Era bajo y el norteamericano calculó que le sobraban unos quince kilos. Le empezaba a escasear el pelo. Tenía pliegues en la piel a causa de la edad. Probablemente se quedaría sin aliento, subiendo dos pisos por la escalera. No obstante, el cardenal reunió toda su virilidad y se transformó ante los ojos del norteamericano. Su sonrisa y su cordialidad habían desaparecido como el vapor en el aire frío. Ahora su aspecto era el de un general en el campo de batalla.

—La vida de un niño inocente está en peligro, señor Wise —fue todo lo que dijo DiMilo y no tenía más que decir. El cardenal volvió junto a su colega chino.

—¿Lo has captado? —preguntó Wise, dirigiéndose a su cámara, Pete Nichols.

—¡Un número uno, Barry! —respondió el cámara.

Yang señaló, Yu se encaminó en la dirección indicada y DiMilo y Schepke lo siguieron. En la recepción, el encargado levantó el teléfono e hizo una llamada. El equipo de la CNN siguió a los demás por la escalera, en dirección al segundo piso.

Si cabe, la planta de tocología y ginecología era todavía más lúgubre que la planta baja. Oyeron las voces, los gritos y los gemidos de las parturientas, porque en China, la medicina pública no desperdiciaba medicamentos para aliviar el parto. Wise llegó cuando Yang, el padre del bebé, de pie en medio del pasillo, intentaba identificar los gritos de su esposa. Evidentemente no lo logró y se dirigió a la mesa de la enfermera.

Wise no necesitaba comprender el chino para entender lo que sucedía. Yang, apoyado por el reverendo Yu, exigía saber dónde estaba su esposa. La enfermera en jefe les preguntó qué coño hacían allí y les ordenó que se marcharan inmediatamente. Yang, con la espalda erguida por la dignidad y el miedo, se negó a marcharse y repitió su pregunta. Una vez más, la enfermera lo mandó a freír espárragos. Entonces Yang quebrantó gravemente las normas, extendiendo el brazo sobre el mostrador y agarrando a la enfermera. Se distinguía en su mirada. La enfermera estaba traspuesta a un nivel muy fundamental, por el hecho de que alguien osara desafiar con tanta desfachatez la autoridad que le otorgaba el Estado. Intentó retroceder, pero él la sujetaba con fuerza, y por primera vez se percató de que ya no era miedo lo que reflejaban sus ojos. Ahora manaba de su mirada una ira asesina, porque para Yang, los instintos humanos habían desplazado todo el condicionamiento social adquirido a lo largo de treinta y seis años. Su esposa y su hijo estaban en peligro y por ellos, aquí

y ahora, estaba dispuesto a enfrentarse a un dragón que lanzara llamas por la boca, sin reparar en las consecuencias. La enfermera optó por la solución más sencilla y señaló a la izquierda. Yang siguió la dirección indicada, acompañado de Yu y los otros dos clérigos y seguidos del equipo de la CNN. La enfermera se tocó el cuello y tosió para recuperar el aliento, todavía demasiado sorprendida para tener miedo, intentando comprender cómo y por qué se habían desobedecido sus órdenes.

Yang Lien Hua estaba en la sala de partos número tres. Las paredes eran de ladrillo amarillo barnizado y las baldosas del suelo, con el transcurso del tiempo, habían adquirido un color castaño grisáceo.

Para Flor de Loto había sido una pesadilla interminable. Sola, completamente sola en aquel establecimiento de vida y muerte, había sentido cómo aumentaba la fuerza de sus contracciones para fundirse en una tensión constante de sus músculos abdominales, empujando al bebé por el canal del parto, hacia un mundo que no lo quería. Lo había visto en el rostro de las enfermeras, la tristeza y la resignación, lo mismo que debían de haber visto y sentido en otros lugares del hospital, cuando llegaba la muerte para arrebatarse la vida de algún paciente. Todas habían aprendido a aceptarlo como inevitable y procuraban eludirlo, porque lo que debía hacerse era tan contrario a todos los instintos humanos que la única forma de soportarlo era irse a otro lugar. Pero ni eso funcionaba y aunque raramente lo reconocían incluso entre ellas, cuando regresaban a su casa después del trabajo y se acostaban en la cama, lloraban desconsoladamente por lo que ellas, siendo mujeres, se veían obligadas a hacer a los recién nacidos. Algunas abrazaban al bebé muerto que nunca había llegado a respirar, intentando expresar el cariño maternal a alguien que nunca lo experimentaría, salvo quizá los espíritus de los bebés asesinados que pudieran pulular por las inmediaciones. Otras hacían todo lo contrario y los arrojaban sin contemplaciones al cubo, como la basura que el Estado afirmaba que eran. Pero nunca bromeaban, ni siquiera hablaban de ello, salvo tal vez para indicar que ya estaba hecho, o para comunicar que la mujer de determinada sala «necesitaba la inyección».

Lien Hua experimentaba las sensaciones, pero lo peor era que conocía los pensamientos, e imploró la misericordia de Dios. ¿Tan malo era ser madre, aunque frecuentara una iglesia cristiana? ¿Tan malo era tener un segundo hijo, para reemplazar al primero que el destino le había arrebatado de los brazos? ¿Por qué le negaba el Estado la bendición de la maternidad? ¿No había ninguna salida? No había matado a su primer hijo, como hacían muchas familias chinas. No había asesinado a su pequeño Gran Dragón, con sus brillantes ojos negros, su cómica risa y sus pequeñas manos que todo lo tocaban. Otra fuerza se lo había arrebatado y quería, necesitaba otro hijo. Sólo uno. No era codiciosa. No pretendía criar dos hijos. Sólo uno. Sólo uno al que pudiera amamantar y que le sonriera por la mañana. Lo necesitaba. Trabajaba mucho para el Estado y pedía poco a cambio, ¡por eso lo

quería! ¿Acaso no estaba en su derecho como todo ser humano?

Pero lo único que sentía ahora era desesperación. Intentó invertir las contracciones, impedir el parto, pero era como pretender detener la marea con una pala. Su pequeño llegaba. Lo sentía. Reconocía su existencia en la cara de la enfermera, que consultó su reloj, se asomó al pasillo y agitó el brazo, en el momento en que Lien Hua sentía el impulso de empujar y completar el proceso, ofreciendo su hijo a la muerte. Luchó, controló su respiración, intentó dominar sus músculos, jadeó en lugar de respirar hondo, luchó, luchó y luchó, pero todo ello en vano. Ahora lo comprendía. Su marido no estaba junto a ella para protegerla. Había tenido suficiente vigor para llevarla hasta allí, pero no el necesario para protegerlos a ella y a su hijo de lo que ahora sucedía. Con la desesperanza llegó el relajamiento. Había llegado el momento. Reconocía la sensación de la vez anterior. No podía seguir luchando. Era hora de rendirse.

El doctor vio que la enfermera agitaba el brazo. Era un hombre. Era más fácil para los hombres, y ellos eran quienes administraban la mayor parte de las «inyecciones» en el hospital. Cogió una jeringuilla de cincuenta centímetros cúbicos del almacén, se dirigió al armario de los medicamentos, abrió el cerrojo y sacó una gran botella de formol. Llenó la jeringuilla, sin molestarse en eliminar las burbujas de aire, porque su propósito era el de matar y toda precaución especial era superflua. Avanzó por el pasillo en dirección a la sala de partos número tres. Hacía nueve horas que estaba de servicio. Unas horas antes, había practicado con éxito una difícil cesárea y ahora con esto acabaría su jornada laboral. No le gustaba. Lo hacía porque era su obligación; formaba parte de la política del Estado. ¡Esa insensata! ¿A quién se le ocurre quedarse embarazada sin permiso? En realidad, ella tenía la culpa. Conocía las normas. Todo el mundo las conocía. Era imposible no conocerlas. Pero ella las había quebrantado. Y no se la castigaría por ello. No a ella. No iría a la cárcel, ni perdería su empleo, ni se le impondría ninguna multa. Se limitaría a regresar a su casa con el útero tal y como lo tenía nueve meses antes: vacío. Sería un poco mayor y un poco más sensata y habría comprendido que si volvía a sucederle, era preferible abortar durante el segundo o el tercer mes del embarazo, antes de sentirse demasiado apegada al maldito feto. Indudablemente, era mucho más cómodo que soportar una vez más todos los dolores del parto en vano. Era triste, pero había mucha tristeza en la vida y para esta parte de la misma todos se habían ofrecido voluntarios. El doctor había elegido ser médico y la mujer de la sala tres había elegido quedar embarazada.

Entró en la sala con la mascarilla puesta, para no infectar a la paciente. Por la misma razón utilizaba una jeringuilla limpia, en caso de que se le fuera la mano y la pinchara a ella por error.

Bien.

Se sentó en el taburete que utilizaban los ginecólogos para los partos y los abortos

tardíos. El procedimiento que utilizaban en Norteamérica era un poco más agradable. Se limitaban a presionar el cráneo del feto, succionarle el cerebro, aplastarle el cráneo y extraerlo con mucha más facilidad que un feto plenamente formado, y además mucho más cómodo para la mujer. Se preguntó cuál sería el historial en este caso, pero en realidad carecía de importancia. ¿Qué sentido tiene conocer lo que uno no puede cambiar?

Bien.

Observó. Estaba plenamente dilatada y, efectivamente, ahí estaba la cabeza. Una pequeña cosa peluda. Era preferible esperar uno o dos minutos, a fin de que cuando él hubiera cumplido con su obligación, ella pudiera expulsarlo con un solo empujón y dar la operación por concluida. Entonces ella podría marcharse, llorar un rato y empezar a recuperarse. El médico estaba demasiado concentrado para percatarse del alboroto en el pasillo, junto a la puerta de la habitación.

Yang fue quien abrió la puerta. Y ahí estaba, a la vista de todos. Lien Hua estaba en la mesa de partos. Quon nunca había visto una antes y de la forma en que mantenía las piernas de la mujer levantadas y abiertas, parecía un artefacto diseñado para facilitar su violación. Su esposa tenía la cabeza echada hacia atrás, no levantada para ver el parto, y entonces comprendió por qué.

Ahí estaba el... ¿médico? Y en la mano tenía una jeringuilla llena de...

¡Habían llegado a tiempo! Yang Quon empujó al doctor de su taburete y se acercó a la cabeza de su esposa.

—¡Estoy aquí, Lien! El reverendo Yu ha venido conmigo.

Fue como si se encendiera una luz en la oscuridad.

—¡Quon! —exclamó Lien Hua, que sentía la necesidad de empujar y por fin quiso hacerlo.

Pero entonces se complicó aún más la situación. El hospital disponía de su propio personal de seguridad, pero al recibir la alarma de la recepción, uno de ellos había llamado a la policía, que al contrario del personal del hospital, iban armados. Aparecieron dos agentes en el pasillo, sorprendidos al principio de ver a todos aquellos extranjeros con equipos de televisión. Sin prestarles atención, se abrieron paso al interior de la sala y vieron a una mujer a punto de alumbrar, a un médico en el suelo y a cuatro hombres, dos de ellos también extranjeros.

—¿Qué ocurre aquí?! —exclamó el más veterano de los agentes, puesto que la intimidación era una de las formas principales de control en la República Popular.

—¡Estas personas me impiden desempeñar mi obligación! —respondió el doctor, también a voces.

Si no actuaba con rapidez, el maldito bebé habría nacido, respiraría y entonces ya no podría...

—¡Explíquese! —exigió el policía.

—Esa mujer tiene un embarazo no autorizado y es mi obligación destruir el feto. Estas personas me lo impiden. Por favor, sáquelas de la sala.

Eso bastó para los policías y se enfrentaron a los visitantes, evidentemente no autorizados.

—¡Salgan ahora mismo! —ordenó el más veterano, mientras el joven colocaba la mano sobre su pistola reglamentaria.

—¡No! —respondieron inmediatamente Yang Quon y Yu Fa An.

—El doctor se lo ha ordenado, deben marcharse —insistió el policía, que no estaba acostumbrado a que la gente corriente desobedeciera sus órdenes—. ¡Se marcharán ahora!

El médico consideró que aquél era el momento de completar su desagradable obligación, para poder marcharse finalmente a su casa. Levantó de nuevo el taburete y lo colocó en el lugar oportuno.

—¡No lo hará! —ordenó en esta ocasión Yu, con toda la autoridad moral que su formación y su condición le otorgaban.

—¿Les importa sacarlo de aquí? —refunfuñó el médico, mientras colocaba el taburete.

Quon no podía hacer nada desde donde se encontraba, junto a la cabeza de su esposa. Vio, horrorizado, como el médico levantaba la jeringuilla y se ajustaba las gafas. En aquel momento, su esposa, que durante los dos últimos minutos podía haber estado en otra galaxia, respiró hondo y empujó.

—¡Ah! —exclamó el doctor, al comprobar que el bebé había asomado la cabeza por completo y lo único que debía hacer era...

El reverendo Yu había visto tanta maldad en la vida como la mayoría de los sacerdotes, que llegan a presenciar tanta perversión como cualquier policía veterano, pero ver el asesinato de un bebé con sus propios ojos era sencillamente demasiado. Apartó al joven policía de un fuerte empujón, golpeó al médico en la nuca, derribándolo de costado y le saltó encima.

—¿Lo estás filmando? —preguntó Barry Wise en el pasillo.

—Sí —confirmó Nichols.

Lo que ofendió al joven policía no fue que atacara al doctor, sino el hecho de que ese... ese ciudadano hubiera puesto las manos encima de un miembro de la policía armada. Escandalizado, desenfundó su pistola y lo que había sido una situación confusa se convirtió en mortal.

—¡No! —exclamó el cardenal DiMilo, acercándose al joven policía.

El agente volvió la cabeza y vio a un gwai de edad avanzada, un extranjero con un atuendo muy extraño, que se le acercaba con actitud hostil. La primera reacción del policía fue abofetear al extranjero con la mano izquierda.

El cardenal DiMilo no había recibido ningún bofetón desde la infancia y la

afrenta personal era más ofensiva debido a su condición religiosa y diplomática, y por provenir de un crío. Recuperado del golpe, empujó al joven con la intención de ayudar a Yu, e impedir que ese médico asesino matara al bebé que estaba a punto de nacer. El doctor se tambaleaba sobre un pie, con la jeringuilla en el aire. El cardenal se la arrebató, la arrojó contra la pared y, aunque no se rompió porque era de plástico, la aguja metálica se dobló.

Si los policías hubieran comprendido mejor lo que sucedía, o si hubieran tenido mejor formación, aquí habrían acabado las cosas. Pero no era el caso. Ahora el policía veterano había desenfundado su pistola serie setenta y siete, con la que golpeó al italiano en la nuca, pero con poco acierto y sólo logró hacerle perder el equilibrio y producirle un rasguño.

Ahora le tocaba el turno a monseñor Schepke. Su cardenal, el hombre al que tenía el deber de servir y proteger, había sido atacado. Él no podía atacar, pero podía defender, y lo hizo. Agarró la mano que sostenía la pistola del policía veterano y la dobló para que apuntara a un lugar de la habitación donde no había nadie. Pero entonces se disparó el arma, y aunque la bala se incrustó inofensivamente en el techo de hormigón, el ruido en la pequeña sala fue ensordecedor.

De pronto, el joven policía creyó que atacaban a su compañero. Dio media vuelta y disparó, pero en lugar de darle a Schepke alcanzó al cardenal DiMilo en la espalda. La bala del calibre 30 atravesó el cuerpo del clérigo y lo hirió en el bazo. El dolor sorprendió a DiMilo, pero tenía la mirada fija en el bebé que emergía.

El ruido del disparo había sobresaltado a Lien Hua y el empujón que siguió fue puro reflejo. El bebé salió y se habría caído de cabeza al suelo, de no haber sido por las manos extendidas del reverendo Yu, que evitó la caída y probablemente salvó la vida del bebé. Yacía de costado en el suelo y entonces vio que su amigo católico había sido herido de gravedad por el segundo disparo. Se esforzó para ponerse de pie con el bebé en brazos y miró vengativamente al joven policía.

—¡Huai dan! —exclamó, que significaba «villano». Totalmente ajeno al bebé que llevaba en brazos, avanzó agresivamente hacia el confuso y asustado agente.

De una forma tan automática como un robot, el joven policía se limitó a extender el brazo y disparar al pastor baptista en la frente.

Yu se contorsionó y se desplomó de espaldas sobre el cardenal DiMilo, con el recién nacido sobre su pecho.

—¡Guarda esto! —ordenó el policía veterano, refiriéndose al arma de su joven colega.

El reverendo Yu estaba muerto, con la masa gris que le salía por la parte posterior del cráneo y una gran cantidad de sangre sobre las sucias baldosas del suelo.

El doctor fue el primero en reaccionar inteligentemente. Ahora el bebé había nacido y no podía matarlo. Se lo quitó a Yu de los brazos y lo levantó por los pies con

la intención de darle una palmada en el trasero, pero el bebé lloró por cuenta propia. Entonces, de una forma tan automática como el disparo del segundo policía, el médico pensó que aquella locura había tenido un buen resultado. El hecho de que hubiera estado dispuesto a matarlo sesenta segundos antes no tenía nada que ver. Entonces era tejido no autorizado. Ahora era un ciudadano de la República Popular que respiraba, y su obligación como médico era protegerlo. La ambivalencia no le preocupaba, porque ni siquiera se le había ocurrido pensar que existiera.

Durante varios segundos, intentaron asimilar lo sucedido. Monseñor Schepke vio que Yu estaba muerto. No podía estar vivo con esa herida. Su obligación ahora era para con el cardenal.

—Eminencia —dijo, después de agacharse para levantarlo del suelo ensangrentado.

A Renato DiMilo le pareció extraño que el dolor fuera tan mínimo, porque sabía que su muerte era inminente. En su interior, su bazo estaba destrozado y tenía una copiosa hemorragia interna. No tenía tiempo de reflexionar sobre su vida, ni sobre el futuro inmediato; sin embargo, su vida de servicio y fe se impuso una vez más.

—¿Y el bebé, Franz, y el bebé? —preguntó en un jadeo—. El bebé vive —respondió monseñor Schepke.

—Bene —sonrió amablemente el moribundo, antes de cerrar los ojos por última vez.

La última toma del cámara de la CNN fue del bebé sobre el pecho de la madre. Desconocían su nombre y el rostro de la mujer era de absoluta confusión, pero cuando percibió el tacto de su hija se le transformó la cara y dominaron por completo sus instintos maternos.

—Larguémonos de aquí cuanto antes, Barry —susurró el cámara.

—Creo que tienes razón, Pete.

Wise retrocedió y se dirigió a la izquierda por el pasillo, en dirección a la escalera. Ahora tenía en sus manos un reportaje, con el que podría ganar potencialmente un Emmy. Había presenciado un drama humano sin par y debían mandar la grabación cuanto antes.

En la sala de partos, el policía veterano sacudía la cabeza, todavía ensordecido por los disparos, intentando comprender qué coño había sucedido, cuando se percató de que había disminuido la intensidad de la luz, ¡y la cámara de televisión había desaparecido! Debía hacer algo. Se irguió, salió inmediatamente de la sala y al fondo del pasillo vio al último de los norteamericanos que desaparecía por la escalera. Dejó a su joven compañero en la sala, corrió hacia la escalera de incendios y bajó tan rápido como pudo.

Wise cruzó el vestíbulo principal con su personal en dirección a la puerta, donde se encontraba su furgoneta. Casi habían llegado, cuando una voz a su espalda los

obligó a volver la cabeza. Era el mayor de los policías, a su parecer de unos cuarenta años, que había desenfundado de nuevo su pistola, alarmando considerablemente a la gente que circulaba por el vestíbulo.

—Seguid caminando —dijo Wise, mientras abría la puerta para salir a la calle.

La furgoneta estaba al alcance de la vista, con su pequeña antena parabólica sobre el techo, que era la clave para mandar su reportaje.

—¡Alto! —exclamó el policía, que al parecer sabía algo de inglés.

—Bien, muchachos, no perdamos la calma —dijo Wise a sus tres compañeros.

—Todo controlado —respondió Pete, el cámara, que se había quitado el aparato del hombro y tenía ocultas las manos.

El policía guardó su pistola y se acercó, extendiendo la palma de la mano derecha.

—Denme cinta —ordenó—. Denme cinta —repitió con un pésimo acento, pero en un inglés comprensible.

—¡Esa cinta es de mi propiedad! —protestó Wise—. Nos pertenece a mí y a mi empresa.

El inglés del policía no era tan bueno y se limitó a repetir:

—¡Denme cinta!

—De acuerdo, Barry —dijo Pete—. La aquí tengo.

El cámara, cuyo nombre era Peter Nichols, levantó la cámara Sony, pulsó el botón de «Eject» y sacó una cinta formato Beta, que entregó de mala gana al agente. El policía la cogió con cara de satisfacción, dio media vuelta y entró de nuevo en el hospital.

No tenía forma de saber que Pete Nichols, como todos los cámaras de noticias, era tan hábil para cambiar cintas como un crupier de Las Vegas para cambiar naipes.

—¿Lo mandamos ahora? —preguntó el productor.

—No llamemos demasiado la atención —respondió Wise—. Vamos a desplazarnos unas manzanas.

Se dirigieron hacia la plaza Tiananmen, donde no era raro ver furgonetas con equipos de transmisión vía satélite. Wise hablaba ya por teléfono con Atlanta.

—Habla Wise desde Pekín con un reportaje —dijo el corresponsal por teléfono.

—Hola, Barry —respondió una voz familiar—. Soy Ben Golden. ¿Qué tienes para nosotros?

—Es espectacular —respondió Wise—. Un doble asesinato y un parto. Una de las víctimas es un cardenal católico, el embajador del Vaticano en Pekín. La otra es un pastor baptista chino. Los dos han sido asesinados ante la cámara. Tal vez debas consultar al departamento jurídico.

—¡Joder! —exclamaron en Atlanta.

—Ahora vamos a mandar la cinta sin montar, para que esté en vuestras manos.

Estaré a vuestra disposición para el reportaje hablado. Pero mandemos antes el vídeo.

—De acuerdo. A la espera por el canal cero seis.

—Cero seis, Pete —dijo Wise, dirigiéndose al cámara, que también se ocupaba de la transmisión.

Nichols estaba agachado junto al cuadro de mandos.

—Listos... cinta introducida... ajustando seis... transmitiendo... ¡ahora!

Y así salió la señal que se elevó hasta el satélite situado a 36 500 kilómetros de la Tierra, sobre las islas del Almirantazgo, en el mar de Bismarck.

La CNN no se molesta en codificar sus imágenes. Hacerlo sería técnicamente engorroso y son pocos los que se interesan por piratear imágenes que podrán ver gratuitamente por cable a los pocos minutos, o escasos segundos si se transmiten en directo.

Pero esta transmisión se efectuaba a una hora inoportuna, que era, sin embargo, ventajosa para la CNN en Atlanta, porque brindaría a algunas personas de la central la oportunidad de repasar el material. Ver morir a alguien por un disparo no era lo que el norteamericano medio deseaba ver mientras desayunaba.

Recibía también las imágenes la comunidad de inteligencia norteamericana, que siente mucho respeto por la CNN y que, en cualquier caso, no divulga la información. Pero en esta ocasión llegó al Departamento de Señales de la Casa Blanca, institución esencialmente militar situada en el sótano del ala oeste. El oficial de guardia tuvo que decidir su importancia. Si se catalogaba de prioridad «crítica», el presidente debía ser informado en quince minutos, lo cual significaba despertarlo inmediatamente, lo cual no se podía hacer a la ligera con el comandante en jefe. Un simple «avance» podía esperar un poco más, como hasta la hora del desayuno, decidió el oficial después de consultar su reloj. Por consiguiente, llamaron en su lugar al consejero de Seguridad Nacional de la Presidencia, el doctor Benjamin Goodley. Dejarían que fuera él quien hiciera la llamada. Era el oficial titular de la Inteligencia Nacional.

—Diga —refunfuñó Goodley por teléfono, mientras miraba el reloj de la mesilla de noche.

—Doctor Goodley, lo llamo de Señales. Acabamos de recibir algo de la CNN desde Pekín, que le interesará al jefe.

—¿De qué se trata? —preguntó el asesor de Seguridad—. ¿Qué seguridad tienen?
—agregó, después de oír la respuesta a la primera pregunta.

—Puede que el italiano haya sobrevivido, a juzgar por el video, si había un buen cirujano cerca de allí, pero al pastor chino le habían volado los sesos. No tenía posibilidad alguna de sobrevivir.

—¿A qué venía todo eso?

—No estamos seguros. Puede que la ASN tenga la conversación telefónica entre ese tal Wise y Atlanta, pero nosotros todavía no la hemos oído.

—Bien, cuénteme de nuevo lo que tienen —ordenó Goodley, ahora que estaba aproximadamente despierto.

—Señor, tenemos las imágenes de dos individuos abatidos por disparos y de un parto en Pekín. El vídeo procede de Barry Wise de la CNN. Se han filmado tres disparos de arma de fuego. Uno dirigido contra el techo de lo que parece la sala de partos de un hospital. El segundo alcanza a un individuo por la espalda. Ese individuo ha sido identificado como el nuncio papal en Pekín. El tercer disparo se efectúa directamente a la cabeza de un individuo identificado como pastor baptista en Pekín. Este parece de nacionalidad china. Entretanto, tenemos el parto. Ahora... espere un momento, doctor Goodley, ¿de acuerdo?, estoy recibiendo un avance de Fort Meade. Bien, ellos también lo han recibido y han recibido también la transmisión telefónica a través de su sistema Echelon, que están leyendo ahora. Bien, el cardenal católico está muerto, según esta información. Dice que se trata del cardenal Renato DiMilo, no puedo comprobar la ortografía, pero tal vez el Departamento de Estado pueda hacerlo, y el pastor baptista es un individuo llamado Yu Fa An, una vez más sin confirmar la ortografía. Estaban allí para, ¿cómo?, ah, bien, comprendo, impedir un aborto tardío, y parece ser que lo consiguieron, pero esos dos clérigos lo han pagado con su vida. El tercero, un monseñor llamado Franz Schepke, que a mí me parece bastante alemán, también estaba presente y parece ser que ha sobrevivido, sí, claro, debe de ser el alto que vemos en las imágenes. Debe usted ver la cinta. Es todo muy confuso, señor, y cuando ese individuo Yu recibe el disparo, bueno, es como aquel vídeo de Saigón durante la ofensiva Tet. Ya sabe, cuando el coronel de la policía sudvietnamita le dispara en la sien a aquel espía nordvietnamita con una Smith Chief especial y de su cabeza mana un torrente de sangre. No es para verlo mientras uno desayuna, ¿comprende? La referencia era de una claridad cristalina. La prensa enarboló aquel incidente como ejemplo de la sed de sangre del gobierno sudvietnamita. Lo que nunca explicaron, ni probablemente nunca supieron, fue que la víctima era un oficial del ejército nordvietnamita, capturado en zona de combate con ropa de paisano y, por consiguiente, según la Convención de Ginebra, un espía expuesto a ser inmediatamente ejecutado, que fue exactamente lo que ocurrió.

—Bien, ¿qué más?

—¿Despertamos al jefe para comunicárselo? El caso es que allí tenemos un equipo diplomático y esto parece tener algunas implicaciones graves.

Goodley reflexionó durante un par de segundos.

—No. Yo se lo comunicaré dentro de unas horas.

—Señor, no le quepa la menor duda de que aparecerá en las noticias de la CNN de las siete de la mañana —advirtió el oficial de guardia.

—Bueno, deje que se lo comunique cuando tengamos algo más que sólo imágenes.

—Usted manda, doctor Goodley.

—Gracias. Ahora creo que intentaré descansar una hora más, antes de ir a Langley.

La línea se cortó antes de que Goodley reaccionara. Su cargo era muy prestigioso, pero le privaba de mucho sueño y de mucha vida social o sexual, y había momentos en los que se preguntaba qué diablos tenía de prestigioso.

XXV. DEMOLICIÓN DE LA VERJA

La velocidad de las comunicaciones modernas creaba un curioso desfase. En este caso, el gobierno norteamericano estaba al corriente de lo sucedido en Pekín, mucho antes que el de la República Popular. Lo que apareció en el Departamento de Señales de la Casa Blanca lo hizo también en el Centro de Operaciones del Departamento de Estado. Allí, el oficial de guardia había decidido, razonablemente, transmitir la información de inmediato a la embajada estadounidense en Pekín. El embajador Carl Hitch recibió la llamada en su despacho, por su línea codificada. Obligó a su interlocutor a confirmar dos veces la noticia, antes de su primera reacción: un silbido. No solía ocurrir que ningún embajador acreditado fuera asesinado en su país anfitrión, y mucho menos por los propios agentes de dicho país. ¿Qué diablos haría Washington al respecto?, se preguntó.

—Maldita sea —susurró Hitch.

Ni siquiera había conocido todavía al cardenal DiMilo. La recepción oficial estaba prevista para dentro de dos semanas, en un futuro que nunca llegaría. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? En primer lugar, decidió mandar un mensaje de condolencia a la legación del Vaticano. (Probablemente, la central lo notificaría al Vaticano a través del nuncio en Washington. Era incluso posible que el secretario Adler acudiera personalmente para dar el pésame oficial. Maldita sea, puede que lo hiciera el propio presidente Ryan en persona, que era católico, especuló Hitch). En cualquier caso, pensó el embajador, había cosas que él debía hacer. Ordenó a su secretaria que llamara a la residencia del nuncio, pero fue un chino quien contestó al teléfono y eso no les servía absolutamente para nada. Debería dejarlo para más adelante... ¿Y si llamaba a la embajada italiana?, pensó a continuación. ¿No era el nuncio un ciudadano italiano? Probablemente. Bien. Consultó su archivo y llamó al teléfono privado del embajador italiano.

—¿Paulo? Habla Carl Hitch. Gracias, ¿y tú? Me temo que tengo una mala noticia... el nuncio del papa, el cardenal DiMilo, ha muerto de un disparo efectuado por un policía chino, en un hospital de Pekín... lo transmitirá pronto la CNN, no sé exactamente cuándo... me temo que estamos bastante seguros... No sé exactamente cómo, pero lo que me han contado es que intentaba impedir el asesinato de un bebé, o uno de esos abortos tardíos que practican aquí... sí... ¿No es cierto que pertenece a una destacada familia? —preguntó Hitch, que había empezado a tomar notas—. ¿Has dicho Vincenzo? Comprendo... ¿ministro de Justicia hace dos años? He intentado llamar, pero me ha contestado un chino. ¿Aleman? ¿Schepke? —Más notas—. Comprendo. Gracias, Paulo. Por cierto, si desde aquí os podemos ayudar en algo... Bien, de acuerdo. Hasta luego.

Colgó el teléfono.

—Maldita sea. ¿Y ahora qué? —preguntó a solas, con la mirada en el escritorio.

Debería comunicar la mala noticia a la embajada alemana, pero no, dejaría que otro se ocupara de ello. De momento... consultó su reloj. Todavía no había amanecido en Washington, donde al despertar se encontrarían con una tormenta de fuego. Decidió que su misión consistía en verificar lo sucedido, para que Washington dispusiera de información fidedigna. ¿Pero cómo diablos hacerlo? Su mejor fuente potencial de información era ese monseñor Schepke, pero la única forma de localizarlo consistiría en vigilar la embajada vaticana y esperar a que regresara. ¿Lo tendrían detenido los chinos en algún lugar? No, probablemente no. Cuando el ministro de Exteriores averiguara lo sucedido, seguramente intentarían deshacerse en excusas. Aumentarían las medidas de seguridad en la residencia del nuncio, para mantener alejados a los periodistas, pero no molestarían a los diplomáticos acreditados, no después de haber matado a uno de ellos. Esto era muy extraño. Carl Hitch había pertenecido al cuerpo diplomático desde que tenía poco más de veinte años y nunca se había encontrado con nada parecido. O por lo menos, no desde que Spike Dobbs fue secuestrado por la guerrilla en Afganistán y murió cuando los rusos metieron la pata con la misión de rescate. Algunos creyeron que lo habían hecho deliberadamente, pero Hitch creía que ni siquiera los soviéticos eran tan estúpidos. Asimismo, éste tampoco había sido un acto deliberado. Los chinos eran comunistas y los comunistas no se arriesgaban de ese modo. Sencillamente, no formaba parte de su naturaleza, ni de su formación.

Entonces, ¿cómo había podido ocurrir? ¿Y qué era, exactamente, lo que había sucedido?

¿Y cuándo se lo comunicaría a Cliff Rutledge? ¿Y qué efecto podría surtir esto en las negociaciones comerciales? Carl Hitch calculó que estaría ocupado toda la noche.

—La República Popular no permitirá que se le dicten órdenes —concluyó el ministro de Exteriores, Shen Tang.

—Señor ministro —respondió Rutledge—, no es la intención de Estados Unidos dictarle nada a nadie. Ustedes elaboran la política nacional que conviene a las necesidades de su país. Lo entendemos y lo respetamos. Precisamos, sin embargo, que ustedes entiendan y respeten nuestro derecho a elaborar también nuestra política nacional, compatible con las necesidades de nuestro país. En este caso, eso significa invocar las provisiones del Decreto de Reforma del Comercio.

Era una espada muy grande y afilada la que se blandía, pensó Mark Gant. El Decreto de Reforma del Comercio permitía que el ejecutivo impusiera las mismas leyes comerciales que cualquier país aplicara a las mercancías norteamericanas y equipararlas exactamente a las mercancías de dicho país. Era una prueba internacional de que donde las dan, las toman. En este caso, todo lo que hacía China para excluir mercancías de fabricación norteamericana del mercado chino,

sencillamente se aplicaría con el fin de hacer lo mismo con las mercancías chinas y con un superávit anual de setenta mil millones de dólares; eso podía equivaler perfectamente a dicha cantidad, todo ello en divisa extranjera. El gobierno de la República Popular dejaría de disponer del dinero necesario para comprar lo que deseaba en Norteamérica o cualquier otro lugar. El comercio se convertiría en intercambio, uno mío por uno tuyo, que era la teoría que, de algún modo, no se convertía nunca en realidad.

—Si Norteamérica aplica un embargo al comercio chino, China podrá hacer lo mismo a la inversa —replicó Shen.

—Lo cual no satisface sus propósitos ni los nuestros —respondió Rutledge.

Y eso no va a suceder, fue innecesario que dijera. Los chinos lo sabían perfectamente, sin que se lo recordara.

—¿Y nuestro reconocimiento como país sumamente favorecido? ¿Y nuestro ingreso en la Organización Mundial de Comercio? —preguntó el ministro de Exteriores chino.

—Señor ministro, Estados Unidos no podrá considerar favorablemente ninguna de estas posibilidades, mientras su país espere que se mantengan abiertos los mercados de exportación y mantenga cerrados los de importación. El comercio, señor ministro, significa intercambio, el canje igualado de sus mercancías por las nuestras —señaló Rutledge, probablemente por duodécima vez desde la hora del almuerzo.

Puede que en esta ocasión lo entendiera. No, eso no era justo. Ya lo había comprendido. No era más que la política nacional china, proyectada al terreno internacional.

—¡Está dictando de nuevo a la República Popular! —exclamó Shen, con la misma ira, real o ficticia, que si Rutledge le hubiera usurpado el aparcamiento.

—No, señor ministro, no hacemos tal cosa. Es usted, señor; quien pretende dictar lo que tiene que hacer a los Estados Unidos de Norteamérica. Usted dice que debemos aceptar sus condiciones comerciales. En esto, señor, está usted equivocado. No tenemos más necesidad de adquirir sus mercancías que ustedes de comprar las nuestras.

—¡Pero nuestras divisas son mucho más necesarias para ustedes, que para nosotros! ¡Sus malditos juguetes para los jodidos perros!

—Podemos adquirir fácilmente nuestros aviones a Airbus, en lugar de comprárselos a Boeing.

Esto empezaba a ponerse realmente pesado. A Rutledge le apetecía responderle: Pero sin nuestros dólares, amigo, ¿con qué vais a pagarlos? Claro que Airbus ofrecía unas condiciones excelentes a sus clientes, que era otro ejemplo del «juego limpio» en el mercado de las empresas europeas con subvenciones estatales, frente a la empresa privada norteamericana.

—Sí, señor ministro —dijo Rutledge en su lugar—, pueden hacerlo y nosotros podemos adquirir esas mercancías en Taiwan, Corea, Tailandia o Singapur, con la misma facilidad que lo hacemos aquí. ¡Y ellos comprarán a Boeing sus malditos aviones! Pero eso no beneficiaría a su pueblo, ni al nuestro —concluyó razonablemente.

—Pero somos una nación soberana y un pueblo soberano —replicó Shen, sin cambiar de actitud, y Rutledge dedujo que el propósito de su retórica era el de controlar el discurso.

Era una estrategia que les había funcionado en muchas ocasiones anteriores, pero en esta ocasión a Rutledge se le había ordenado hacer caso omiso del histrionismo diplomático, y los chinos todavía no lo habían captado. Tal vez dentro de unos días, pensó.

—Igual que nosotros, señor ministro —respondió Rutledge, cuando concluyó Shen.

Entonces Rutledge consultó ostentadamente su reloj y Shen captó la indirecta.

—Propongo que levantemos la sesión hasta mañana —dijo el ministro de Exteriores de la República Popular.

—Bien. Espero tener el gusto de verlo de nuevo por la mañana, señor ministro —respondió Rutledge después de levantarse y extender el brazo sobre la mesa para estrecharle la mano.

Los demás hicieron lo mismo, aunque de momento Mark Gant no tenía a nadie con quien fraternizar. Los miembros del equipo norteamericano salieron y bajaron para dirigirse a sus coches.

—La sesión ha estado animada —comentó Gant, cuando llegaron a la calle.

En el rostro de Rutledge se dibujaba una radiante sonrisa.

—Si, ha sido bastante divertido, ¿no es cierto? —respondió, antes de hacer una pausa—. Creo que están explorando hasta dónde pueden llegar con su bravuconería. En realidad, Shen es una persona bastante sosegada. La mayor parte del tiempo se inclina por la suavidad y la tranquilidad.

—¿De modo que él también recibe órdenes? —preguntó Gant.

—Por supuesto, pero en su caso son de una junta, su Politburó, mientras que en el nuestro es Scott Adler, que a su vez las recibe del presidente Ryan. Al principio yo estaba un poco enojado con mis instrucciones, pero la verdad es que empiezo a divertirme. No solemos tener la oportunidad de contestar con un gruñido. Representamos a los Estados Unidos y se supone que debemos ser amables, sosegados y complacientes con todo el mundo. Eso es lo que se supone que debo hacer. Pero esto me gusta.

Eso no significaba que estuviera de acuerdo con el presidente Ryan, evidentemente, pero pasar de la canasta al póquer era un cambio interesante. ¿No es

cierto que a Scott Adler le gustaba el póquer? Puede que eso explicara por qué se llevaba tan bien con ese patán de la Casa Blanca.

Era un corto recorrido hasta la embajada. Los norteamericanos se desplazaron mayormente en silencio, agradecidos por los pocos minutos de sosiego. Durante las horas dedicadas a determinado intercambio diplomático debían concentrarse al igual que un abogado al leer un contrato, analizándolo todo palabra por palabra, así como sus significados y matices, como si buscaran un diamante en una fosa séptica. Ahora descansaban en sus asientos y cerraban los ojos, o contemplaban en silencio el lúgubre paisaje sin reprimir sus bostezos, hasta llegar a las puertas de la embajada.

La única queja era que aquí, como en todas partes, era difícil entrar y salir de las limusinas, salvo para un niño de seis años de edad. Pero en el momento de apearse de su medio de transporte oficial vieron que había algún problema. El embajador Hitch estaba allí para recibirlos, cosa que no se había molestado en hacer hasta entonces. Los embajadores son personas importantes, de alto rango diplomático. No suelen actuar como porteros para con sus compatriotas.

—¿Qué ocurre, Carl? —preguntó Rutledge.

—Un bache importante en el camino —respondió Hitch.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó a la ligera el subsecretario de Estado.

—Sí —respondió inesperadamente el embajador, mientras les indicaba que entraran—. Adelante.

Los miembros decanos de la delegación siguieron a Rutledge a la sala de juntas de la embajada, donde vieron que ya se encontraba el subdirector de la legación, el oficial ejecutivo del embajador, que en muchos casos era quien realmente mandaba en la embajada, así como el resto del personal ejecutivo, incluido el individuo que, según Gant, debía de ser el jefe local de la CIA. ¿Qué diablos?, pensó. Todos tomaron asiento y Hitch les reveló la noticia.

—¡Mierda! —exclamó Rutledge, expresando el sentimiento colectivo—. ¿Cómo ha ocurrido?

—No estamos seguros. Nuestro agregado de prensa intenta localizar a ese tal Wise, pero hasta que tengamos más información, realmente no sabemos cómo ha sucedido el incidente —respondió Hitch, encogiéndose de hombros.

—¿Lo sabe la República Popular? —preguntó a continuación Rutledge.

—Probablemente se están enterando ahora —opinó el presunto agente de la CIA—. Debemos suponer que la noticia ha tardado un poco en filtrarse por su burocracia.

—¿Cómo se espera que reaccionen? —preguntó uno de los subordinados de Rutledge, ahorrándole a su jefe la necesidad de formular una pregunta tan evidente y también bastante tonta.

La respuesta de Hitch fue tan tonta como la pregunta:

—Su opinión es tan válida como la mía.

—De modo que podría ser desde un pequeño bochorno hasta un gran infausto — comentó Rutledge.

«Infausto» era un término común en el Departamento de Estado norteamericano, que generalmente significaba una gran cagada.

—Yo me inclinaría por lo segundo —reflexionó el embajador Hitch.

No tenía ninguna explicación racional para pensarlo, pero sus instintos habían alumbrado un sinfín de brillantes luces rojas que parpadeaban y Carl Hitch era un hombre que confiaba en sus instintos.

—¿Alguna orientación desde Washington? —preguntó Cliff.

—Todavía no se han levantado.

Todos los miembros de la delegación consultaron simultáneamente sus relojes. Los de la embajada, evidentemente, ya lo habían hecho. En la capital de su país todavía no había amanecido. Cualquier decisión se tomaría en las próximas horas. Ninguno de los presentes dormiría mucho durante algún tiempo, porque cuando las decisiones se hubieran tomado, entonces deberían pensar en cómo aplicarlas, cómo presentar la posición de su país ante la República Popular.

—¿Alguna idea? —preguntó Rutledge.

—Al presidente no va a gustarle —comentó Gant, convencido de que probablemente sabía tanto como cualquiera de los presentes—. Lo primero que sentirá será asco. La cuestión es si eso afectará la razón de nuestra presencia aquí. Creo que es posible, según cómo reaccionen ante la noticia nuestros amigos chinos.

—¿Cómo reaccionarán los chinos? —preguntó Rutledge, dirigiéndose a Hitch.

—No estoy seguro, Cliff, pero dudo que nos guste. Considerarán el incidente como una intrusión, una intromisión en sus asuntos internos, y sospecho que su reacción será un tanto grosera. Esencialmente, se limitarán a decir «mala suerte». Si lo hacen, en Norteamérica especialmente en Washington, tendrá lugar una reacción visceral. No nos conocen tanto como creen. Interpretan erróneamente una y otra vez nuestra opinión pública y no me han mostrado ningún indicio de que estén aprendiendo. Estoy preocupado —concluyó Hitch.

—Entonces tendremos que llevarlos de la mano —reflexionó Rutledge en voz alta —, esto podría favorecer el conjunto de la misión que nos ha traído hasta aquí.

A Hitch se le pusieron los pelos de punta.

—Cliff, cometerías un grave error enfocándolo de ese modo. Es preferible que dejes que lo asimilen ellos mismos. La muerte de un embajador es un asunto muy grave —dijo el embajador norteamericano, como si los presentes no lo supieran—. Y mucho más si muere a manos de un agente de su gobierno. Pero, escúchame, Cliff, si intentas hacérselo tragar de un bocado, se atragantarán, y tampoco queremos que eso suceda. Creo que nuestra mejor estrategia sería pedir un receso de un día o dos en las negociaciones, para brindarles una oportunidad de que lo resuelvan.

—Eso sería una muestra de debilidad por nuestra parte, Carl —respondió Rutledge, moviendo la cabeza—. Creo que te equivocas. Creo que debemos seguir adelante y hacerles saber que el mundo civilizado tiene normas y que esperamos que las respeten.

—¿Qué clase de locura es ésta? —exclamó Fang Gan, con la mirada en el techo.

—No estamos seguros —respondió Zhang Han San—. Parece que se trata de un cura conflictivo.

—Y de un policía imbécil, con más pistola que cerebro. Evidentemente será castigado —sugirió Fang.

—¿Castigado? ¿Por qué? ¿Por aplicar nuestras leyes de control de la población, por proteger a un médico del ataque de un *kwai*? —replicó Zhang, meneando la cabeza—. ¿Vamos a permitir que los extranjeros escupan de ese modo en nuestras leyes? No, Fang, no vamos a permitirlo. No dejaré que nos pongamos en ridículo.

—Zhang, ¿qué es la vida de un insignificante agente de policía, junto al lugar de nuestro país en el mundo? —preguntó Fang—. Ese individuo ha matado a un embajador. Zhang, un extranjero acreditado en nuestro país por otro...

—¿País? —exclamó Zhang entre dientes—. Una ciudad, amigo mío, ni siquiera eso, un barrio de Roma, ¡más pequeño que Qiong Dao! —agregó, refiriéndose a la Isla de Jade, donde se encontraba uno de los muchos templos construidos por los emperadores y no muy mayor que el propio templo, antes de recordar una cita del propio Iosep Stalin—. En cualquier caso, ¿qué tamaño tiene el ejército del papa? —preguntó, mientras movía desdeñosamente la mano.

—Tiene un país, cuyo embajador nosotros acreditamos, con la esperanza de mejorar nuestra posición en el mundo diplomático —recordó Fang a su amigo—. Lo mínimo es lamentar su muerte. Puede que no fuera más que un conflictivo diablo extranjero, Zhang, pero por razones diplomáticas debemos aparentar que lamentamos su defunción.

Y si eso suponía ejecutar a un policía anónimo, no se molestó en agregar Fang, tenían muchos policías.

—¿Por qué? ¿Por entrometerse en nuestras leyes? Un embajador no puede hacer tal cosa. ¿No es cierto que eso viola el protocolo diplomático? Fang, te has vuelto demasiado solícito respecto a los diablos extranjeros —concluyó Zhang, utilizando aquellos términos históricos para referirse a la gente inferior de países inferiores.

—Si queremos adquirir sus mercancías y que ellos nos paguen por las nuestras para disponer de divisa extranjera, debemos tratarlos como invitados en nuestra casa.

—Un invitado en tu casa no escupe en el suelo, Fang.

—¿Y si los norteamericanos no reaccionan favorablemente ante este incidente?

—Entonces, Shen les dirá que se ocupen de sus propios asuntos —respondió Zhang, con la contundencia de alguien que había tomado su decisión hacía mucho

tiempo.

—¿Cuándo se reúne el Politburó?

—¿Para hablar de esto? —preguntó Zhang, sorprendido—. ¿Por qué? ¿La muerte de un extranjero conflictivo y un chino... que era cura? Fang, eres demasiado cauteloso. Ya he hablado con Shen del incidente. No habrá reunión plenaria del Politburó por esta insignificancia. Nos reuniremos pasado mañana, como de costumbre.

—Como tú digas —respondió Fang, inclinando sumisamente la cabeza.

Zhang tenía un rango superior en el Politburó. Gozaba también de mucha influencia en los ministerios de Exteriores y de Defensa, además de contar con la confianza de Xu Kun Piao. Fang disponía de su propio capital político, especialmente en asuntos interiores, aunque no tanto como Zhang, y por tanto debía usarlo cautelosamente, cuando pudiera hacerlo en beneficio propio. Este no era el caso, pensó. A continuación regresó a su despacho y llamó a Ming para que transcribiera sus notas. Luego, más tarde, pensó, llamaría a Chai. Le resultaba útil para aliviar la tensión de su trabajo.

Al despertar por la mañana se sentía mejor que de costumbre, probablemente porque la noche anterior se había acostado a una hora razonable, pensó Jack de camino al cuarto de baño, para su rutina habitual matutina. Aquí nunca disponía de un día de descanso, por lo menos no en el sentido que generalmente se entendía dicho término. Uno nunca se acostaba realmente tarde, las 20.25 era la marca actual, que se remontaba a aquel terrible día invernal en que esto había comenzado, y luego la rutina era la misma todos los días, incluido el temido informe de seguridad nacional, que revelaba que había gente que realmente creía que el mundo podía proseguir sin ti. Se miró en el espejo como de costumbre. Vio que necesitaba un corte de pelo, pero para ello acudía el barbero a la casa, lo que en realidad era bastante cómodo, salvo que uno se perdía realmente la fraternidad de un lugar exclusivamente masculino, hablando de temas varoniles. Ser el hombre más poderoso del mundo lo aislaba a uno de muchas de las cosas que importaban. La comida era buena, la bebida agradable, si a uno no le gustaban las sábanas se las cambiaban a la velocidad de la luz y el personal daba un brinco sólo con oír tu voz. Nunca había tenido tantas ventajas Enrique VIII... pero a Jack Ryan jamás se le había ocurrido convertirse en un monarca. Sin embargo, la rutina de la Casa Blanca parecía diseñada para que se sintiera como un rey y eso era tan inquietante como intentar agarrar una bocanada de humo de un cigarrillo. Estaba ahí, pero cada vez que uno intentaba sujetarlo, sencillamente se esfumaba. El personal estaba ansioso por complacer; por facilitarles la vida en todos los sentidos, con denuedo y amabilidad. Lo que más le preocupaba era el efecto que eso podría surtir en sus hijos. Si empezaban a pensar en sí mismos como príncipes y princesas, tarde o temprano su vida se derrumbaría con mucha

rapidez. Pero ése era un problema de su propia incumbencia, pensó Jack mientras se afeitaba. Suya y de Cathy. Nadie más podía criar a sus hijos. Ese era su trabajo. Aunque toda esa mierda de la Casa Blanca a menudo se lo impedía.

Pero la peor parte era que debía ir siempre vestido. Salvo en la cama y en el baño, el presidente debía vestir siempre correctamente, ¿qué pensaría el personal de lo contrario? De modo que Ryan no podía salir al pasillo sin pantalones y, por lo menos, una camisa. En su propia casa, una persona normal circularía descalza y en pantalón corto, pero si bien un camionero podía hacerlo, el presidente de Estados Unidos no gozaba de dicha libertad en la suya.

No pudo evitar una sonrisa torcida frente al espejo. Todas las mañanas se enojaba por las mismas cosas, que podría cambiar si realmente se lo propusiera. Pero temía hacerlo, temía tomar medidas que pudieran costar puestos de trabajo. Además de que quedaría realmente mal en la prensa y prácticamente todo lo que hacía era noticia, él también se sentiría incómodo, aquí, afeitándose todas las mañanas. Tampoco precisaba salir al buzón para recoger el periódico de la mañana.

Aparte del código del vestuario, no estaba demasiado mal. El desayuno era bastante bueno, aunque se desperdiciaba por lo menos cinco veces la cantidad de comida que se servía. Su colesterol estaba todavía en el nivel normal, y por tanto a Ryan le gustaba comer huevos por la mañana, dos o tres veces por semana, a pesar de que a su esposa no le encantara. Sus hijos solían preferir cereales o bollos, que Llegaban todavía calientes de la cocina del sótano, en diversas variedades sanas y sabrosas.

El Early Bird era la hoja informativa que el gobierno suministraba a los funcionarios más decanos, pero para leer con el desayuno el presidente prefería un periódico auténtico, con chistes incluidos. Como muchos, Ryan lamentaba la jubilación de Gary Larson y la consiguiente pérdida del Far Side matutino, pero era consciente de la presión que imponía una publicación diaria. El periódico normal tenía también una página deportiva, que en el Early Bird brillaba por su ausencia. Y luego estaban las noticias de la CNN, que en la sala del desayuno de la Casa Blanca empezaban a las siete en punto.

Ryan levantó la cabeza, cuando oyó la advertencia de que los niños no deberían ver lo que iban a mostrar a continuación. Sus hijos, como todos los demás chiquillos, abandonaron lo que estuvieran haciendo para mirar.

—¡Es repugnante! —exclamó Sally Ryan, cuando un chino recibía un disparo en la cabeza.

—Eso es lo que ocurre con una herida craneal —respondió su madre, sin poder evitar una mueca, que ejercía la cirugía, aunque no de aquel estilo—. Jack, ¿qué es eso?

—Sabes tanto como yo, cariño —respondió el presidente a la primera dama.

A continuación aparecieron en pantalla las imágenes de archivo de un cardenal católico. «El nuncio del Vaticano» oyó Jack que decían, mientras buscaba el control remoto para subir el volumen.

—Chuck —dijo Ryan, dirigiéndose al agente del servicio secreto más cercano—. Ponme con Ben Goodley al teléfono, por favor.

—Sí, señor presidente.

Transcurridos aproximadamente treinta segundos, le entregaron a Ryan el teléfono inalámbrico.

—Ben, ¿qué diablos son esas imágenes procedentes de Pekín?

En Jackson, Mississippi, el reverendo Gerry Patterson estaba acostumbrado a levantarse temprano para hacer footing por el barrio y encendió el televisor del dormitorio, mientras su esposa le preparaba una taza de chocolate (Patterson estaba tan en contra del café como del alcohol). Volvió la cabeza cuando oyó «reverendo Yu» y se le puso la piel de gallina con las palabras «pastor baptista aquí en Pekín...». Entró de nuevo en el dormitorio, en el momento en que caía una cara china y despedía sangre como una manguera. En la cinta no logró reconocer el rostro.

—Oh, Dios... Skip... No, Dios mío... —exclamó el pastor. Su mañana había sido ineludiblemente alterada.

Los pastores trataban con la muerte a diario, entre funerales de feligreses, ofrecer consuelo a los afligidos y rogar a Dios por las necesidades de ambos. Pero aquel día no fue más fácil para Gerry Patterson de lo que lo hubiera sido para cualquiera, porque había sucedido sin previo aviso, sin una «larga enfermedad» que permitiera prepararse mentalmente para la posibilidad de la muerte, ni siquiera una edad avanzada para reducir el factor sorpresa. Skip tenía... ¿cuántos? ¿Cincuenta y cinco años? A lo sumo. Era todavía joven, pensó Patterson, joven y vigoroso para predicar los evangelios de Jesucristo a sus feligreses. ¿Muerto? ¿De un disparo? ¿Asesinado? ¿Por quién? ¿Asesinado por ese gobierno comunista? ¿Un hombre de Dios asesinado por los infieles ateos?

—Mierda —exclamó el presidente, frente a su desayuno—. ¿Qué más sabemos, Ben? ¿Algo de Sorge? —preguntó, antes de mirar a su alrededor, al percatarse de que acababa de mencionar una palabra clasificada y comprobar que los niños miraban en otra dirección, pero Cathy estaba pendiente de él—. Bien, lo hablaremos cuando llegues.

Pulsó el botón para desconectar el teléfono y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó la cirujana.

—Un buen lío, cariño —respondió el presidente, antes de resumirle en un minuto lo que sabía—. El embajador no nos ha facilitado ninguna información que la CNN no haya mostrado.

—¿Me estás diciendo que con todo el dinero que gastarnos en la CIA y cosas por

el estilo, la CNN es la mejor fuente de información que tenemos? —preguntó Cathy Ryan, un tanto incrédula.

—Has acertado, cariño —reconoció su marido.

—¡Esto no tiene sentido!

—La CIA no puede estar en todas partes y sería un poco curioso si todos nuestros espías circularan siempre con cámaras de vídeo, ¿no te parece? —intentó explicar Jack.

Cathy hizo una mueca, ante la elegancia con que su marido le cerraba la boca.

—Pero...

—Pero no es tan sencillo, Cathy, y los periodistas hacen el mismo trabajo, buscar información, y a veces llegan antes.

—Pero tú tienes otras formas de obtener información, ¿no es cierto?

—Cathy, tú no tienes por qué saber esas cosas —respondió el presidente.

Había oído antes esas palabras, pero nunca habían llegado a gustarle. Cathy volvió a concentrarse en su periódico, mientras su marido leía el *Early Bird*. Jack se percató de que la historia de Pekín había llegado demasiado tarde para la primera edición de los periódicos, con lo que una vez más los periodistas de la televisión se pusieron locos de contentos, ante el con siguiente enojo de los de la prensa. De pronto esta mañana no parecía tan importante el presupuesto federal para la educación, pero había aprendido a hojear los titulares, porque solían reflejar las preguntas que formularían los periodistas en las conferencias de prensa y ésta era una forma de defenderse.

A las 7.45, los chicos estaban casi listos para que les llevaran a la escuela, y Cathy estaba completamente lista para su vuelo a Hopkins. Kyle Daniel iría con ella acompañado de su propia escolta del servicio secreto, compuesta enteramente de mujeres, que lo protegerían en la guardería de Hopkins como una manada de lobas. Katie regresaría a su guardería infantil, en los reconstruidos Giant Steps al norte de Annapolis, donde ahora había menos niños pero más personal de seguridad. Los mayores iban a Saint Mary's. En el momento preciso, el helicóptero Blackhawk VH-60 de los marines se posó en el helipuerto del jardín sur. El día estaba a punto de empezar. Todos los miembros de la familia Ryan bajaron en el ascensor a la planta baja. Primero, los padres acompañaron a sus hijos a la entrada occidental del ala oeste, donde después de los consiguientes besos y abrazos, tres de los hijos subieron a sus respectivos coches. Luego Jack acompañó a Cathy al helicóptero, donde se dieron un beso de despedida, antes de que el gran Sikorsky, al mando del coronel Dan Malloy, se elevara para su desplazamiento a Johns Hopkins. Hecho esto, Ryan caminó de regreso al ala oeste y se dirigió al despacho oval. Ben Goodley lo estaba esperando.

—¿Mal asunto? —preguntó Jack a su asesor de Seguridad Nacional.

—Malo —respondió inmediatamente Goodley.

—¿Qué ha ocurrido?

—Intentaban impedir un aborto. Los chinos los practican en el último momento, si el embarazo no ha sido aprobado por el gobierno. Esperan a que el bebé esté a punto de aparecer y le clavan una aguja en la cabeza antes de que empiece a respirar. Es evidente que el embarazo de la mujer de la filmación no estaba autorizado y su pastor, el chino que recibe un disparo en la cabeza, que era un predicador baptista educado evidentemente en Oral Roberts, Oklahoma, ¿no es increíble?, había acudido al hospital para ayudarla. El nuncio del Vaticano, el cardenal Renato DiMilo, evidentemente conocía bastante bien al pastor baptista y estaba allí para ofrecer su apoyo. Es difícil saber qué falló exactamente, pero fue una verdadera tragedia, como lo muestran las imágenes.

—¿Alguna declaración?

—El Vaticano deplora el incidente y ha pedido explicaciones. Pero hay algo peor. El cardenal pertenecía a la familia DiMilo. Su hermano, Vincenzo DiMilo, es miembro del parlamento y un ministro del gobierno italiano, por lo que Italia ha presentado su propia protesta, lo mismo ha hecho el gobierno alemán, porque el ayudante del cardenal es un monseñor alemán llamado Schepke, jesuita, que también recibió malos tratos, y los alemanes no están muy contentos. Monseñor Schepke estuvo detenido unas horas, pero lo soltaron cuando los chinos recordaron su categoría diplomática. La opinión del Departamento de Estado es que la República Popular probablemente lo declare «persona non grata», para obligarlo a abandonar el país y olvidar todo el asunto.

—¿Qué hora es en Pekín?

—La nuestra menos once, de modo que ahora allí son las nueve de la noche.

—La delegación comercial necesitará algún tipo de instrucciones sobre este asunto. Debo hablar con Scott Adler cuando aparezca esta mañana.

—Necesitas algo más, Jack —dijo Arnold Van Damm desde la puerta del despacho.

—¿Qué?

—El baptista chino al que han matado, acabo de enterarme que tiene amigos en nuestro país.

—La Universidad Oral Roberts —dijo Ryan—. Ben me lo ha contado.

—Esto no les gustará a los feligreses, Jack —advirtió Arnie.

—Bueno, muchachos, a mí tampoco me gusta —señaló el presidente—. Maldita sea, ¿habéis olvidado que no me gustan los abortos en el mejor de los casos?

—No lo he olvidado —respondió Van Damm, recordando el revuelo que había provocado la primera declaración presidencial sobre dicho asunto.

—Además, esa clase de aborto es particularmente brutal, y cuando dos individuos

acuden al jodido hospital para intentar salvar la vida del bebé, ¡ellos acaban asesinados! Joder —concluyó Ryan—, y nosotros debemos hacer negocios con esa clase de gente.

Entonces apareció otra cara en la puerta.

—Te has enterado, supongo —dijo Robby Jackson—. Por supuesto. Menuda noticia para verla con el desayuno.

—Mi papá lo conoce.

—¿Cómo? —exclamó Ryan.

—¿Te acuerdas de la recepción de la semana pasada? Te hablé de él. Mi papá y Gerry Patterson mantienen ambos su parroquia desde Mississippi, con la colaboración también de otras parroquias. Así actúan los baptistas, Jack. Las parroquias prósperas ayudan a las necesitadas y, por lo que parece, ese tal Yu realmente precisaba ayuda. No he hablado todavía con él, pero puedes tener la seguridad absoluta de que pondrá el grito en el cielo sobre este asunto —afirmó el vicepresidente—. ¿Quién es Patterson? —preguntó Van Damm.

—Un pastor blanco que tiene una gran iglesia con aire acondicionado en las afueras de Jackson. En realidad es un individuo bastante correcto. El y mi papá se conocen de toda la vida. Creo que Patterson y ese tal Yu fueron compañeros de estudios.

—Esto va a ponerse feo —comentó el jefe de personal.

—Mi querido Arnie, ya se ha puesto feo —señaló Jackson.

El cámara de la CNN era demasiado bueno o estaba en un lugar privilegiado y había captado ambos disparos en toda su majestuosidad gráfica.

—¿Qué dirá tu padre? —preguntó Ryan.

El piloto los obligó a esperar la respuesta.

—Invocará la ira del Todopoderoso contra esos salvajes asesinos. Calificará al reverendo Yu de mártir de la cristiandad, al que colocará en un pedestal junto a los macabeos del Antiguo Testamento y a los valientes desgraciados que los romanos entregaban a los leones. ¿Has visto alguna vez, Arnie, a un predicador baptista invocando la venganza del Señor? Es más impresionante que la final del campeonato de béisbol —prometió Robby—. El reverendo Yu ahora está orgulloso y erguido ante Nuestro Señor Jesucristo y sus asesinos tienen cámaras reservadas en el fuego eterno del infierno. Podréis comprobarlo cuando lo oigáis. Es impresionante. Yo se lo he visto hacer. Y Gerry Patterson tampoco se quedará corto.

—Y lo peor del caso es que no puedo discrepar en nada —musitó Ryan—. Maldita sea, esos dos hombres murieron para salvar la vida de un bebé. Si uno debe morir, ésa no es una mala razón para hacerlo.

—Murieron ambos como hombres, señor C —decía Chavez en Moscú—. Ojalá hubiera estado yo allí con una pistola.

Había afectado particularmente a Ding. La paternidad había cambiado en muchos sentidos su perspectiva y éste era sólo uno de ellos. La vida de un niño era sacrosanta y amenazar a un niño equivalía a una invitación a una muerte inmediata, en su universo ético. Y en el mundo real, no sólo solía ir armado, sino que tenía la formación necesaria para usar su arma con eficacia.

—Diferentes personas tienen distintas formas de ver las cosas —respondió Clark a su subordinado.

Pero si hubiera estado allí, habría desarmado a los dos policías chinos. En la filmación, no parecían tan impresionantes. Y uno no mataba innecesariamente a las personas. Domingo conservaba todavía el temperamento latino, pensó John. Y, después de todo, eso no era tan malo.

—¿Qué dices, John? —preguntó Ding, sorprendido.

—Digo que dos hombres buenos murieron ayer, e imagino que Dios cuidará de ellos.

—¿Has estado alguna vez en China?

—Sólo una vez en Taiwan, de descanso y recuperación, hace mucho tiempo. Estuvo bien, pero salvo en esa ocasión, lo más cerca que he estado ha sido en el norte de Vietnam. No hablo el idioma y no puedo pasar inadvertido.

Dos factores bastante inquietantes para Clark. La facilidad de pasar desapercibido era un requisito indispensable para un espía.

Estaba en el bar de un hotel de Moscú, después de su primer día de clases con estudiantes rusos. La cerveza de barril era aceptable. A ninguno de ellos le apetecía tomar vodka. La vida en Inglaterra los había mimado en exceso. En el bar donde se encontraban, concebido para satisfacer a los norteamericanos, había un gran televisor junto a la barra sintonizado en la CNN, que hoy divulgaba esta gran noticia a los cuatro vientos. El gobierno norteamericano, concluía el reportaje, todavía no había reaccionado ante el incidente.

—¿Qué hará Jack? —preguntó Chavez.

—No lo sé. Actualmente tenemos un equipo en Pekín para negociaciones comerciales —recordó Clark.

—Puede que se altere un poco la charla diplomática —pensó Domingo en voz alta.

—Scott, no podemos pasar esto por alto —dijo Jack, después de que una llamada de la Casa Blanca obligara al coche oficial de Adler a dirigirse allí, en lugar de Langley.

—Estrictamente hablando, no es pertinente a las conversaciones comerciales —respondió el secretario de Estado.

—Puede que tú estés dispuesto a hacer negocios con esa clase de gente —replicó el vicepresidente Jackson—, pero tal vez éste no sea el caso de la gente ajena al

círculo financiero.

—En este caso, debemos tener en cuenta la opinión pública, Scott —dijo Ryan—. Y sabes que también debemos considerar mi opinión. El asesinato de un diplomático no es algo de lo que podamos hacer caso omiso. Italia es miembro de la OTAN. También lo es Alemania. Además, tenemos relaciones diplomáticas con el Vaticano y unos setenta millones de católicos en este país, así como varios millones de baptistas.

—De acuerdo, Jack —respondió el secretario, con las manos levantadas a la defensiva—. No pretendo defenderlos, ¿de acuerdo? Hablo de la política exterior de Estados Unidos y se supone que no debe basarse en cuestiones emotivas. El pueblo nos paga para que usemos la cabeza, no la polla.

Ryan suspiró profundamente.

—Vale, puede que me lo haya buscado. Sigue.

—Hacemos una declaración lamentando este triste incidente en términos contundentes. Le ordenamos al embajador Hitch que acuda a su Ministerio de Exteriores y diga lo mismo, de forma tal vez más categórica, pero en un lenguaje menos formal. Les brindamos la oportunidad de reflexionar antes de convertirse en unos parias a nivel internacional, tal vez de castigar a esos polis que disparan a la menor provocación, maldita sea, quizás incluso fusilarlos, dado el funcionamiento de sus leyes. Dejemos que impere el sentido común.

—¿Y yo qué digo?

Adler reflexionó unos instantes.

—Di lo que se te antoje. Siempre podremos explicarles que en este país hay muchos creyentes y has tenido que aplacar sus sentimientos, que han exaltado la opinión pública norteamericana, y en nuestro país la opinión pública cuenta para algo. Intelectualmente son conscientes de ello, pero a nivel visceral no acaban de asimilarlo. No importa —prosiguió el secretario de Estado—, con la condición de que lo absorba su cerebro, porque de vez en cuando la mente se comunica con las entrañas. Deben comprender que al mundo no le gusta ese tipo de cosas.

—¿Y si no lo entienden? —preguntó el vicepresidente.

—En tal caso disponemos de una delegación comercial que les mostrará las consecuencias de una conducta incivilizada —dijo Adler, mirando a su alrededor—. ¿Estamos de acuerdo?

Ryan bajó la mirada a la mesilla. Había momentos en los que preferiría ser camionero, para despotricar a su antojo, pero ésa era una más de las libertades de las que no gozaba el presidente de Estados Unidos. De acuerdo, Jack, debes ser sensitivo y racional en este asunto.

—Sí, Scott, estamos más o menos de acuerdo —respondió, después de levantar la cabeza.

—¿Alguna noticia sobre este asunto de nuestra nueva fuente?

Ryan movió la cabeza.

—No, Mary Pat todavía no ha mandado nada.

—Si lo hace...

—Recibirás una copia inmediatamente —prometió el presidente—. Preparad algunos puntos sobre los que pueda hablar. Tendré que hacer una declaración... ¿cuándo, Arnie?

—En torno a las once parece indicado —decidió Van Damm—. Hablaré del tema con algunos muchachos de la prensa.

—De acuerdo, si a alguien se le ocurre alguna idea más adelante, quiero que me la comunique —dijo Ryan, poniéndose en pie y dando por concluida la reunión.

XXVI. CASAS DE CRISTAL Y ROCAS

Fang Gan había trabajado hasta tarde aquel día, debido al incidente por el que en Washington trabajaban temprano. Por consiguiente, Ming no había transcrito sus notas y su ordenador no las había mandado a la red tan temprano como de costumbre, pero Mary Pat recibió su e-mail a las 9.45 aproximadamente. Lo leyó, le mandó una copia a Ed, su marido, y otra por un fax de seguridad a la Casa Blanca, donde Ben Goodley se dirigió al despacho oval. La nota que acompañaba al mensaje no contenía el comentario inicial de Mary Pat al leerlo: «¡Oh, mierda...!».

—¡Esos gilipollas! —exclamó Ryan, para asombro de Andrea Price, que estaba presente en aquel momento.

—¿Algo que yo deba saber; señor? —preguntó Andrea, al comprobar lo furioso que estaba el presidente.

—No, Andrea, es sólo esa noticia de la CNN de esta mañana —respondió, ruborizado por haber perdido una vez más los estribos—. Por cierto, ¿cómo le va a su marido?

—Ha logrado detener a esos tres atracadores en Filadelfia y lo ha hecho sin efectuar un solo disparo. Me tenía un poco preocupada.

—Es un individuo con el que no querría enfrentarme a tiros —sonrió Ryan—. Supongo que ha visto la CNN esta mañana.

—Sí, señor, y lo hemos visto de nuevo en el centro de mando.

—Su opinión...

—Si hubiera estado presente, habría desenfundado mi pistola. Ha sido un asesinato a sangre fría. Queda muy mal cometer una estupidez semejante ante las cámaras de televisión, señor.

—No cabe la menor duda —reconoció el presidente.

Estuvo a punto de preguntarle qué creía que debía hacer al respecto. Ryan respetaba el criterio de la señora O'Day (conocida todavía en el trabajo como Price), pero no habría sido justo pedirle que se inmiscuyera en asuntos exteriores y, además, su decisión ya estaba prácticamente tomada. Llamó a Adler por la línea directa de su teléfono.

—Dime, Jack —respondió, puesto que era la única persona con acceso a dicha línea directa.

—¿Qué opinas de lo que hemos recibido de Sorge?

—Lamentablemente no me sorprende. Es comprensible que se pongan a la defensiva.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros? —preguntó el presidente.

—Decir lo que pensamos, pero procurando no empeorar aún más la situación —respondió el secretario de Estado con su cautela habitual.

—Claro —refunfuñó Ryan, aunque era exactamente el buen consejo que esperaba de su secretario.

Después de colgar, recordó que Arnie le había dicho hacía mucho tiempo que a un presidente no le estaba permitido enojarse, pero eso era mucho pedir, y ¿en qué momento tenía derecho a reaccionar como necesitaba hacerlo un hombre? ¿Cuándo podía dejar de actuar como un maldito robot?

—¿Quieres que Callie te prepare algo rápidamente? —preguntó Arnie por teléfono.

—No —respondió Ryan—. Voy a improvisar.

—Cometerás un error —advirtió su jefe de personal. —Arnie, déjame ser espontáneo de vez en cuando, ¿vale?

—De acuerdo, Jack —respondió Van Damm, sin que afortunadamente el presidente viera su expresión.

«No empeores aún más la situación —se dijo Ryan a sí mismo en el despacho—. Sí, claro, como si eso fuera posible...».

—Hola, papa —dijo Robby Jackson, desde su despacho en la esquina noroeste del ala oeste.

—Robert, ¿has visto...?

—Sí, todos lo hemos visto —aseguró el vicepresidente.

—¿Y qué pensáis hacer al respecto?

—Todavía no lo hemos decidido, papá. No olvides que debemos hacer negocios con esa gente. El trabajo de muchos norteamericanos depende del comercio con China y...

—Robert —interrumpió el reverendo Hosiah Jackson, que utilizaba el nombre literal de su hijo cuando se sentía particularmente severo—, esa gente ha asesinado a un servidor del Señor; no, perdona, han asesinado a dos servidores del Señor cuando cumplían con su obligación, intentando salvar la vida de un niño inocente, y uno no hace negocios con asesinos.

—Lo sé, me gusta tan poco como a ti, y te aseguro que a Jack Ryan tampoco le gusta en absoluto. Pero cuando elaboramos la política exterior de nuestro país debemos pensarlo detenidamente, porque si metemos la pata, algunas personas pueden perder la vida.

—Algunas ya la han perdido, Robert —señaló Jackson.

—Lo sé. Mira, papá, sé más que tú sobre este asunto, ¿comprendes? Me refiero a que disponemos de fuentes de información que no llega a la CNN —dijo el vicepresidente, con el informe de Sorge en la mano.

En parte le habría gustado mostrárselo a su padre, a quien le sobraba inteligencia para comprender la importancia de los secretos que él y Ryan conocían. Pero no podía siquiera mencionar esas cosas a alguien que no dispusiera de acceso autorizado

a material de alto secreto, y eso incluía a su esposa, al igual que a Cathy Ryan. Uno debía poder hablar de esas cosas con alguien en quien confiara, sólo como punto de referencia de lo que estaba bien o mal. ¿Eran sus esposas un riesgo para la seguridad?

—¿Como qué? —preguntó su padre, sin estar seguro de recibir una respuesta.

—Como que no puedo hablar de ciertas cosas contigo, papá y tú lo sabes. Lo siento. Estoy sometido a las mismas normas que todos los demás.

—¿Entonces qué vamos a hacer sobre este asunto?

—Les haremos saber a los chinos que estamos bastante enojados, que esperamos que rectifiquen su conducta, que se disculpen y...

—¡Disculparse! —exclamó el reverendo Jackson—. ¡Robert, han asesinado a dos personas!

—Lo sé, papá, ¿pero no pretenderás que mandemos al FBI para detener a su gobierno? Aquí somos muy poderosos, pero no somos Dios, y por mucho que me gustaría mandarles un rayo, no puedo hacerlo.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—Todavía no lo hemos decidido. Te lo comunicaré cuando lo sepamos —prometió el vicepresidente.

—Hazlo —dijo Hosiah, antes de colgar de un modo mucho más abrupto que de costumbre.

—Maldita sea, papá —susurró Robby, con el teléfono todavía en la mano.

Entonces se preguntó hasta qué punto su padre era representativo de la comunidad religiosa. Lo más difícil de anticipar era la reacción pública. La gente reaccionaba a un nivel infraintelectual a lo que veía por televisión. Si mostraba a un jefe de Estado arrojando un cachorro por la ventana de un coche, la sociedad protectora de animales probablemente exigiría el cese de relaciones diplomáticas, y la Casa Blanca recibiría casi con toda seguridad millones de telegramas y mensajes electrónicos. Jackson recordaba un caso en California, donde la matanza de un perro había provocado más indignación pública que el secuestro y el asesinato de una niña. Aunque por lo menos el cabrón que había asesinado a la niña fue atrapado, juzgado y sentenciado a muerte, mientras que nunca logró identificarse al cretino que arrojó al cachorro al tráfico, a pesar de la generosa recompensa que se ofrecía. Todo sucedió en la zona de San Francisco. Puede que eso lo explicara. Se suponía que Norteamérica no debía basar su política en las emociones, pero Norteamérica era una democracia y, por consiguiente, sus funcionarios electos debían prestar atención a lo que el pueblo pensaba y no era fácil, especialmente desde un punto de vista racional, pronosticar las emociones del público en general. ¿Las imágenes que acababan de ver podrían alterar teóricamente el comercio internacional? Sin lugar a dudas, y eso tenía mucha importancia.

Jackson se levantó de su escritorio, para dirigirse al despacho de Arnie.

—Tengo una pregunta —dijo cuando cruzaba el umbral de la puerta.

—Adelante —respondió el jefe de personal.

—¿Cómo reaccionará el público ante este desastre de Pekín?

—Todavía no estamos seguros —respondió Van Damm.

—¿Cómo podemos averiguarlo?

—Generalmente hay que esperar para comprobarlo. No soy partidario de analizar la reacción de un grupo seleccionado. Prefiero evaluar la opinión pública de la forma habitual: editoriales en los periódicos, cartas al director y el correo que nosotros recibimos. ¿Te preocupa este asunto?

—Sí —asintió Robby.

—Sí, a mí también. Los defensores del derecho a la vida atacarán este asunto como leones a una gacela lisiada, y también lo hará la gente a quien no le gusta la República Popular. Muchos de ellos, en el Congreso. Los chinos alucinan si creen que este año se les otorgará la categoría de nación altamente favorecida. Es una pesadilla de relaciones públicas para la China, pero no creo que sean capaces de comprender lo que han desencadenado. No creo que pidan disculpas a nadie.

—Sí, bueno, mi padre acaba de ensañarse conmigo por este asunto —dijo el vicepresidente Jackson—. Si los demás clérigos siguen su ejemplo, habrá una verdadera tormenta de fuego. Los chinos deben disculparse con claridad y rapidez, si pretenden evitar males mayores.

—Sí, pero no lo harán —asintió Van Damm—. Son demasiado orgullosos.

—El orgullo precede a la caída —observó el vicepresidente.

—Sólo después de haberse fracturado el coxis, almirante —señaló Van Damm.

Ryan estaba tenso cuando entró en la sala de prensa de la Casa Blanca. Ahí estaban las cámaras habituales. La CNN y la Fox probablemente transmitirían la conferencia en directo, así como C-SPAN. Las demás cadenas la grabarían para transmitirla seguramente a las noticias de sus estaciones locales y utilizarla en los titulares de las noticias de la noche. Se acercó al atril y tomó un sorbo de agua, antes de mirar fijamente a la cara de los aproximadamente treinta periodistas reunidos.

—Buenos días —dijo Jack, agarrado fuertemente al atril como solía hacerlo cuando estaba enojado.

No era consciente de que los periodistas también lo sabían podían verlo desde donde estaban sentados.

—Todos hemos visto esas horribles imágenes por televisión esta mañana, de la muerte del cardenal Renato DiMilo, nuncio del Vaticano en la República Popular China, del reverendo Yu Fa An nacido, según creemos, en la República China educado en la Universidad Oral Roberts de Oklahoma. En primer lugar. Estados Unidos extiende su sentido pésame a las familias de ambos. En segundo lugar, apelamos al gobierno de la República Popular para que abra inmediatamente una

investigación a fondo de esta horrible tragedia, con el fin de determinar responsabilidades si corresponde, y en el caso de identificarse algún culpable o culpables, aplicarles el pleno peso de la ley.

—La muerte de un diplomático a manos de un agente de algún gobierno es una violación grave de los tratados y convenciones internacionales. Es un acto profundamente incivilizado que debe rectificarse con la mayor contundencia y a la mayor presteza posibles. Sin diplomacia no pueden existir relaciones pacíficas entre las naciones, y la diplomacia sólo puede ejercerse mediante hombres y mujeres cuya seguridad personal es sacrosanta. Así ha sido literalmente a lo largo de los milenios. Incluso en tiempo de guerra, las vidas de los diplomáticos han sido siempre protegidas por todos los bandos por esa misma razón. Precisamos que el gobierno de la República Popular explique este trágico acontecimiento y tome las medidas oportunas para garantizar que nada parecido vuelva a ocurrir jamás. Aquí concluye mi declaración. ¿Alguna pregunta?

Ryan levantó la cabeza, procurando no prepararse de forma excesivamente evidente para la tormenta que estaba a punto de desencadenarse.

—Señor presidente, los dos clérigos fallecidos estaban allí para impedir un aborto —dijo el representante de Associated Press—. ¿Afecta eso su reacción ante este incidente?

Ryan se tomó la libertad de mostrarse sorprendido ante una pregunta tan estúpida.

—Mi punto de vista sobre el aborto es sobradamente conocido, pero creo que cualquiera, incluso los defensores de la libre elección, reaccionarán negativamente ante lo sucedido. La mujer en cuestión no había decidido abortar; pero el gobierno chino intentaba imponerle su voluntad, matando a un feto plenamente desarrollado a punto de nacer. Si alguien hiciera algo semejante en Estados Unidos sería por lo menos culpable de un delito grave, mientras que en la República Popular esto forma parte de su política gubernamental. Como ustedes saben, yo estoy personalmente en contra del aborto por motivos morales, pero lo que hemos visto esta mañana por televisión es mucho peor. Es un acto incomprensible de barbarismo. Esos dos valientes intentaban impedirlo y perdieron la vida en su empeño, pero, gracias a Dios, el bebé parece haber sobrevivido. ¿Otra pregunta? —preguntó Ryan, señalando a una conocida alborotadora.

—Señor presidente —dijo la representante del Boston Globe—, la actuación de las autoridades de la República Popular está en consonancia con su política de control de la población. ¿Tenemos derecho nosotros a criticar la política interna de otro país?

«Maldita sea» —pensó Ryan—. ¿Otro?

—Mire usted, en otra época, un individuo llamado Hitler intentó controlar la población de su país, en realidad la de gran parte de Europa, matando a los enfermos mentales, a los indeseables sociales y a los que practicaban religiones que no le

gustaban. Es verdad que Alemania era un estado soberano y que mantuvimos relaciones diplomáticas con Hitler hasta diciembre de 1941. ¿Pero me está usted diciendo que Norteamérica no tiene derecho a discrepar de una política que consideramos brutal, sólo porque sea la política oficial de un estado soberano? Hermann Goring intentó esta defensa en los juicios de Nuremberg. ¿Le gustaría que Estados Unidos de Norteamérica la reconociera? —preguntó Jack.

La periodista no estaba tan acostumbrada a responder preguntas como a formularlas. Entonces se percató de que la enfocaban las cámaras y tenía uno de esos días en los que no se sentía particularmente atractiva. Su respuesta, por consiguiente, podía haber sido mejor:

—Señor presidente, ¿es posible que su opinión sobre el aborto haya influido en su reacción a este incidente?

—No, señora. He estado contra el asesinato incluso desde antes de oponerme al aborto —respondió fríamente Ryan.

—Pero acaba usted de comparar la República Popular China con la Alemania de Hitler —exclamó, escandalizada, la corresponsal del Globe.

—Ambos países compartían la idea de control de la población, que es la antítesis de las tradiciones norteamericanas. ¿O les impondría usted abortos tardíos a las mujeres que han elegido no tenerlos?

—Señor, yo no soy el presidente —respondió la corresponsal del Globe, al tiempo que se sentaba para eludir la pregunta, pero sin evitar ruborizarse.

—Señor presidente —dijo entonces el representante del San Francisco Examiner—, tanto si a usted le gusta como si no, China ha decidido por su cuenta la clase de legislación que desea tener, y ¿no es cierto que los hombres que han muerto esta mañana se entrometían en sus leyes?

—El reverendo Martin Luther King se entrometía en las leyes de Mississippi y Alabama cuando yo estaba en el instituto. ¿Se opuso entonces el Examiner a sus actos?

—Bueno, no, pero...

—¿Pero no es cierto que consideramos la conciencia personal humana como fuerza soberana? —interrumpió Jack—. El principio se remonta a san Agustín, cuando dijo que una ley injusta no es legal. Ustedes, los periodistas, están de acuerdo con dicho principio. ¿Pero lo hacen sólo cuando están de acuerdo con la persona que lo aplica? ¿No es eso deshonestidad intelectual? Personalmente no apruebo el aborto. Todos ustedes lo saben. He soportado bastantes agravios debido a esta convicción personal, algunas veces por parte de buenas personas entre ustedes. Bien. La Constitución nos permite a todos tener nuestros propios sentimientos. Pero la Constitución no me autoriza a no aplicar la ley contra quienes colocan bombas en las clínicas abortivas. Puedo simpatizar con sus ideas en general, pero no puedo estar de

acuerdo ni simpatizar con el uso de la violencia con fines políticos. A eso lo llamamos terrorismo, que va contra la ley y yo he jurado aplicarla en todos los casos, independientemente de mis sentimientos en determinadas situaciones.

—Por consiguiente, si no aplican ustedes la ley con imparcialidad, damas y caballeros, deja de ser un principio para convertirse en una ideología, que no sería muy útil para la forma en que gobernamos nuestras vidas y nuestro país.

—En un sentido más amplio, dice usted que China ha elegido sus leyes. ¿Lo ha hecho? ¿En serio? La República Popular lamentablemente no es un país democrático. Es un lugar donde una pequeña élite impone las leyes. Dos hombres valientes murieron ayer oponiéndose a dichas leyes, e intentando con éxito salvar la vida de un niño a punto de nacer. A lo largo de la historia, muchas personas han sacrificado sus vidas por causas peores. Bajo cualquier punto de vista, esos hombres son unos héroes, pero no creo que nadie en esta sala, ni para el caso en todo el país, crea que merecieran morir, heroicamente o no. El castigo por desobediencia civil no se supone que deba ser la muerte. Ni siquiera en la época más oscura de los años sesenta, cuando los norteamericanos negros se esforzaban por asegurar sus derechos civiles, llegó la policía a cometer asesinatos en masa en los estados del sur. Y los policías locales y miembros del Ku Klux Klan que se pasaron de la raya fueron detenidos y condenados por el FBI y el Departamento de Justicia.

—En resumen, existen diferencias fundamentales entre la República Popular China y Estados Unidos, y si me dan a elegir entre ambos sistemas, prefiero sobradamente el nuestro.

Ryan huyó de la sala de prensa a los diez minutos y se encontró con Arnie al pie de la rampa.

—Muy bien, Jack.

—No me digas —respondió el presidente, que había aprendido a temer aquel tono de voz.

—Sí, has comparado la República Popular China con la Alemania nazi y con el Ku Klux Klan.

—Dime, Arnie, ¿por qué es la prensa tan solícita con los países comunistas?

—No lo es y...

—¡Sí que lo es! Acabo de comparar la República Popular China con la Alemania nazi y esos periodistas casi se mean en los pantalones. ¿Pues sabes una cosa? Mao asesinó a más personas que Hitler. Es del dominio público, recuerdo cuando la CIA publicó el estudio que lo documentaba, pero ellos lo ignoran. ¿Está un chino asesinado por Mao menos muerto que un pobre polaco asesinado por Hitler?

—Jack, tienen su sensibilidad —respondió Van Damm.

—¿Ah, sí? Pues me gustaría que de vez en cuando expresaran algo que yo pudiera reconocer como principio —dijo Ryan, mientras caminaba a grandes zancadas hacia

su despacho, con la cabeza prácticamente chispeante.

—Ese genio, Jack, ese genio —exclamó Arnie, sin dirigirse a nadie en particular.

Al presidente todavía le quedaba por aprender el primer principio de la vida política, la habilidad de tratar a un hijo de puta como a tu mejor amigo, porque de ello dependían las necesidades de tu país. El mundo sería un lugar mejor donde vivir si fuera tan simple como Ryan deseaba, pensó el jefe de personal. Pero no lo era, ni mostraba indicios de llegar a serlo.

A pocas manzanas de allí, en las dependencias del servicio secreto, Scott Adler terminaba de estremecerse y tomaba notas sobre cómo reparar las verjas que su presidente acababa de derribar. Debería sentarse con Jack y repasar algunas cosas, como los principios que eran tan importantes para él.

—¿Qué le ha parecido, Gerry?

—Hosiah, creo que tenemos un auténtico presidente. ¿Qué piensa tu hijo de él?

—Gerry, hace veinte años que son amigos, desde que ambos enseñaban en la academia naval. He hablado con él. Es católico, pero creo que se lo podemos disculpar.

—No nos queda otro remedio —estuvo a punto de reírse Patterson—. No olvides que también lo era uno de los asesinados ayer.

—Además de italiano y probablemente gran bebedor de vino.

—Bueno, Skip también tomaba una copa de vez en cuando —dijo Patterson a su colega negro.

—No lo sabía —respondió el reverendo Jackson, desconcertado.

—Hosiah, vivimos en un mundo imperfecto.

—Siempre y cuando no fuera bailarín —casi bromeó, pero no exactamente.

—¿Skip? No, nunca he tenido noticia de que bailara —aseguró el reverendo Patterson—. Por cierto, tengo una idea.

—¿De qué se trata, Gerry?

—¿Qué te parece si este domingo yo predicara en tu iglesia y tú en la mía? Estoy seguro de que ambos hablaremos de la vida y martirio de un chino.

—¿Y en qué pasajes basarás tu sermón? —preguntó Hosiah, sorprendido e interesado por la sugerencia.

—Hechos —respondió inmediatamente Patterson.

El reverendo Jackson reflexionó. No era difícil imaginar el pasaje exacto. Gerry era un excelente exégeta bíblico.

—Sí, señor, admiro tu elección.

—Gracias, reverendo. ¿Qué opinas de mi otra sugerencia?

El reverendo Jackson titubeó sólo unos instantes.

—Reverendo Patterson, será un honor para mí predicar en tu iglesia y extendiendo encantado la invitación a que prediques en la mía.

Cuarenta años antes, cuando Gerry Patterson jugaba al béisbol en la pequeña liga promocionada por la iglesia, Hosiah Jackson era un joven predicador baptista y la mera idea de predicar en la iglesia de Patterson podía haber incitado un linchamiento. Pero, por la gracia de Dios, ambos eran representantes del Señor; afligidos por la muerte, el martirio, de otro representante del Señor, todavía de otro color. Ante Dios, todos los hombres eran iguales y ése era el verdadero significado de la fe que compartían. Los dos pensaban rápidamente en cómo deberían alterar sus estilos, porque a pesar de que ambos eran baptistas y de que los dos predicaban los evangelios de Jesucristo a feligreses también baptistas, sus parroquias eran ligeramente diferentes y precisaban enfoques un poco distintos. Pero era un ajuste que ambos eran capaces de hacer fácilmente.

—Gracias, Hosiah. A veces debemos reconocer que nuestra fe es mayor que nosotros.

Por su parte, el reverendo Jackson estaba impresionado. Nunca había dudado de la sinceridad de su colega blanco y a menudo hablaban de asuntos de religión y de las escrituras. Hosiah estaba incluso dispuesto a reconocer, en voz baja y para sus adentros, que Patterson lo superaba como exégeta de las Sagradas Escrituras, debido a su formación ligeramente más prolongada, aunque entre los dos, Hosiah Jackson superaba marginalmente a su compañero como orador y eso equiparaba sus respectivas habilidades.

—¿Qué te parece si almorzamos juntos para ultimar los detalles? —preguntó Jackson.

—¿Hoy? Estoy libre.

—Por supuesto. ¿Dónde?

—¿En el club de campo? ¿Juegas al golf? —preguntó Patterson, esperanzado, que disponía excepcionalmente de la tarde libre y le apetecía jugar.

—Nunca he tocado un palo de golf en mi vida, Gerry —respondió Hosiah, soltando una carcajada—. Robert juega, aprendió en Annapolis y ya nunca lo ha dejado. Dice que derrota al presidente siempre que salen al campo.

Tampoco había estado nunca en el club de campo de Willow Glen y se preguntó si tendrían algún socio negro. Probablemente, no. Mississippi todavía no había cambiado tanto, a pesar de que Tiger Woods había jugado en el campeonato local y por lo menos se había cruzado esa barrera racial.

—Probablemente también me ganaría. Tal vez cuando vuelva por aquí podamos jugar un poco.

Patterson era socio honorario de Willow Glen, otra ventaja de ser pastor de una parroquia próspera.

Y la verdad era que, a pesar de ser blanco, Gerry Patterson no tenía el más mínimo prejuicio; el reverendo Jackson lo sabía. Predicaba los evangelios con pureza

de corazón. Hoshiah era suficientemente mayor para recordar cuando las cosas eran diferentes, pero, gracias a Dios, eso había cambiado también irrevocablemente.

Para el almirante Mancuso, los asuntos eran los mismos y un poco diferentes. Como buen madrugador, había visto las noticias de la CNN al igual que todos los demás. También las había visto el general de brigada Mike Lahr.

—Bien, Mike, ¿de qué diablos va todo esto? —preguntó el comandante de las fuerzas del Pacífico a su lugarteniente, durante su informe matutino de inteligencia.

—Almirante, parece una cagada monumental. Esos dos clérigos metieron las narices donde no debían y han pagado por ello. Y lo más importante del caso es que el CS está realmente cabreado.

CS era el acrónimo de comandante supremo: el presidente Jack Ryan.

—¿Qué necesito saber sobre este asunto?

—Para empezar, es probable que aumente la tensión entre Estados Unidos y China. Nuestra delegación comercial en Pekín seguramente se verá sometida a cierta presión. Si la presión es excesiva... —su voz se perdió en la lejanía.

—Plantéame lo peor —ordenó el comandante.

—En el peor de los casos, la República Popular adopta una actitud agresiva, nosotros retiramos la delegación comercial y al embajador, y las cosas se ponen tensas durante un tiempo.

—¿Y luego?

—Luego se convierte en una cuestión esencialmente política, pero no nos perjudicaría tomárnoslo un poco en serio, señor —respondió Lahr a su jefe, que se lo tomaba casi todo en serio.

Mancuso contempló el mapa del Pacífico que colgaba de su pared. El Enterprise estaba de maniobras entre las islas Marcos y las Marianas. El John Stennis se encontraba en Pearl Harbor. El Harry Truman navegaba rumbo a Pearl Harbor después de doblar el cabo de Hornos, porque los portaaviones modernos tenían demasiado calado para el canal de Panamá. El Lincoln acababa de ser reparado en San Diego y estaba a punto de hacerse de nuevo a la mar. El Kitty Hawk y el Independence, sus dos portaaviones más antiguos con motores diésel, se encontraban en el océano Índico. Y en eso estaba de suerte. La primera y la séptima flota disponían de seis portaaviones plenamente operativos, por primera vez en muchos años. Por consiguiente, si precisaba hacer una demostración de fuerza, disponía de los medios para dar a la gente en qué pensar. Tenía también a su disposición muchos aparatos de las fuerzas aéreas. La 3.ª División de Infantería de Marina y la 25.ª del Ejército con base en Hawai no intervendrían. Puede que la marina y las fuerzas aéreas entraran en conflicto con los comunistas chinos, pero no disponía de los medios anfibios para invadir China, ni estaba lo suficientemente loco para pensar en dicha posibilidad, dadas las circunstancias.

—¿Qué tenemos actualmente en Taiwan?

—El Mobile Bay, el Milius, el Chandler y el Fletcher están en visita de cortesía. Las fragatas Curtis y Reid están de maniobras con la armada taiwanesa. Los submarinos La Jolla, Helena y Tennessee patrullan por el estrecho de Formosa o por la costa china, observando su flota.

Mancuso asintió. Solía tener algunos buques con misiles antiaéreos cerca de Taiwan. El Milius era un destructor clase Burke y el Mobile Bay un crucero, ambos con el sistema Aegis a bordo, a fin de que la República China se sintiera un poco más tranquila ante la supuesta amenaza de misiles contra su isla. Mancuso no creía que los chinos fueran suficientemente temerarios para lanzar un ataque contra una ciudad donde hubiera buques estadounidenses, con cuyo equipo Aegis tenían bastantes probabilidades de interceptar cualquier cosa que volara hacia ellos. Pero nunca se sabe, y si escalaba ese incidente de Pekín... Levantó el teléfono para llamar al general de tres estrellas, jefe administrativo de los buques de superficie de la comandancia del Pacífico.

—Diga —respondió el vicealmirante Ed Goldsmith—. Ed, habla Bart. ¿En qué estado físico se encuentran esos buques que tenemos en el puerto de Taipei?

—Me llamas por lo de la CNN, ¿no es cierto?

—Efectivamente —respondió el comandante en jefe de la fuerza del Pacífico.

—Bastante bueno. Ninguna deficiencia material, que yo sepa. Están haciendo una visita habitual de cortesía, dejando que el público suba a bordo, etc. Las tripulaciones pasan mucho tiempo en la playa.

Mancuso no tuvo que preguntar lo que hacían en la playa. En otra época, él también había sido un joven marino, aunque nunca en Taiwan.

—No les vendría mal mantenerse un poco atentos.

—Entendido —respondió el vicealmirante.

Mancuso no tuvo que insistir. Los buques permanecerían ahora en condición alternativa tres en sus sistemas de combate. Los radares de vigilancia aérea estarían conectados en todo momento a bordo de uno de los buques Aegis. Una de las maravillas de esta clase de buques era su facilidad para pasar de estado de reposo a plena operación en unos sesenta segundos; era sólo cuestión de hacer girar unas llaves. Debían utilizar ciertas precauciones. El radar de vigilancia aérea emitía con suficiente potencia para carbonizar componentes electrónicos en varios kilómetros a la redonda, pero era sólo cuestión de la forma de dirigir los rayos electrónicos y eso estaba controlado por ordenador.

—Bien, daré la orden inmediatamente.

—Gracias, Ed. Luego te mandaré un informe completo.

—De acuerdo —respondió el jefe de los buques de superficie, antes de llamar a los comandantes de sus escuadras.

—¿Algo más? —preguntó Mancuso.

—No hemos recibido ninguna noticia directamente de Washington, almirante —respondió BG Lahr.

—Es lo agradable de ser el comandante en jefe, Mike. A uno se le permite pensar un poco por cuenta propia.

—¡Menudo desastre! —exclamó el general Bondarenko, con su copa en la mano.

No hablaba de la noticia del día, sino de su destino, a pesar de que el club de oficiales de Chabarsovil era un lugar cómodo. A los mandos rusos siempre les han gustado las comodidades, y el edificio se remontaba a la época de los zares. Había sido construido durante la guerra entre Rusia y Japón a principios del siglo anterior y ampliado varias veces. Se distinguía la diferencia entre la obra anterior y posterior a la revolución. Evidentemente, los prisioneros de guerra alemanes que habían construido la mayoría de las casas de campo para la antigua élite del partido no habían llegado tan al este. Pero el vodka era bueno y la compañía tampoco estaba demasiado mal.

—Las cosas podrían estar mejor, camarada general —reconoció el jefe de Operaciones de Bondarenko—. Pero queda muchísimo por hacer adecuadamente y muy poco lo malo por deshacer.

Esa era una forma suave de decir que el Distrito Militar del Lejano Oriente, más que una comandancia militar, era un ejercicio teórico. De las cinco divisiones motorizadas nominalmente bajo su mando, sólo una, la 265, contaba con una fuerza del ochenta por ciento. Las demás, en el mejor de los casos, eran formaciones del tamaño de un regimiento, o meros cuadros. Tenía también el mando teórico de una división de tanques, aproximadamente un regimiento y medio, más el de trece divisiones de la reserva, que más que en papel existían sólo en los sueños de algunos mandos del estado mayor. De lo que sí disponía era de unos enormes almacenes de material, pero en su mayoría, de los años sesenta o incluso anteriores. Las mejores tropas en su zona de mando no estaban realmente a sus órdenes. Eran los Guardias de Fronteras, formaciones del tamaño de un batallón que habían formado parte del KGB y ahora constituían un ejército semi-independiente, a las órdenes del presidente ruso.

También había una especie de línea defensiva, que se remontaba a los años treinta, y su antigüedad era evidente. Para dicha línea se habían enterrado numerosos tanques como búnkers, algunos de ellos de origen alemán. En realidad, era reminiscente de la línea francesa Maginot, también de los años treinta. Se había construido para proteger la Unión Soviética de un ataque japonés, y luego había sido parcialmente mejorada a lo largo de los años para protegerse de la República Popular China; nunca olvidada, pero tampoco nunca plenamente recordada. Bondarenko la había inspeccionado parcialmente el día anterior. Ya desde la época de los zares, los ingenieros militares rusos nunca habían sido estúpidos. El emplazamiento de algunos

de los búnkers se había elegido con astucia, incluso con una apreciación brillante del entorno, pero el problema de los búnkers se resumía en un reciente aforismo norteamericano: «Si puedes verlo, puedes alcanzarlo y si puedes alcanzarlo, puedes destruirlo». La línea se había concebido y construido cuando el fuego de artillería era azaroso y las bombas de los aviones no siempre caían en la provincia adecuada. Actualmente se podía utilizar un cañón de quince centímetros como un rifle de alta precisión y un avión podía elegir la ventana por la que introduciría una bomba en un edificio determinado.

—Andrey Petrovich, me alegro de oír tu optimismo. ¿Cuál es tu primera recomendación?

—Será fácil mejorar el camuflaje de los búnkers de la frontera, descuidado enormemente a lo largo de los años —respondió el coronel Aliyev—. Eso reducirá considerablemente nuestra vulnerabilidad.

—Permitiéndoles sobrevivir a un ataque importante durante... ¿sesenta minutos, Andrushka?

—Puede que incluso noventa, camarada general. ¿No es mejor que cinco minutos? —dijo antes de hacer una pausa para tomar un sorbo de vodka, como venían haciendo ambos desde hacía media hora—. En cuanto a la 265, debemos empezar inmediatamente un programa serio de entrenamiento. Debo reconocer que el comandante de la división no me ha causado muy buena impresión, pero supongo que debemos brindarle una oportunidad.

—Hace tanto tiempo que está aquí —dijo Bondarenko—, que tal vez le guste la comida china.

—General, yo estuve aquí como teniente —respondió Aliyev—. Recuerdo que los oficiales políticos nos contaban que los chinos habían aumentado la longitud de sus bayonetas en los AK-47, para atravesar la capa adicional de grasa que teníamos después de haber abandonado el auténtico marxismo/leninismo y dedicarnos a comer demasiado.

—¿En serio? —preguntó Bondarenko.

—Es cierto, Gennady Iosifovich.

—¿Qué sabemos del Ejército Popular?

—Son muchos y se entrenan seriamente desde hace aproximadamente cuatro años, con mucho más ahínco que nosotros.

—Pueden permitírselo —comentó con amargura Bondarenko.

Otra cosa que había descubierto a su llegada era la escasez de fondos para equipo de entrenamiento. Pero no todo era lúgubre. Disponía de suministros almacenados a lo largo de tres generaciones. Por ejemplo, literalmente había una montaña de proyectiles para los cañones de 100 mm de los numerosos tanques T-54/55, inútiles desde hacía mucho tiempo, y un mar de combustible oculto en depósitos

subterráneos, demasiado numerosos para contarlos. Algo de lo que disponía en el Distrito Militar del Lejano Oriente era una infraestructura, construida por la Unión Soviética durante varias generaciones de paranoia institucional. Pero eso no era lo mismo que un ejército bajo su mando.

—¿Qué me dices de la aviación?

—En gran parte incapacitada —respondió tristemente Aliyev—. Problemas de piezas. Utilizamos tanto material en Chechenia que no alcanza para todos y el Distrito Occidental todavía tiene prioridad.

—¿Ah, sí? ¿Nuestros líderes políticos temen que nos invadan los polacos?

—En aquella dirección se encuentra Alemania —respondió el lugarteniente.

—Hace tres años que discuto este asunto con el estado mayor —refunfuñó Bondarenko, pensando en su época como jefe de Operaciones de todo el ejército ruso—. Algunas personas prefieren escucharse a sí mismas que oír la voz de la razón —agregó, mirando a Aliyev—. ¿Y si vienen los chinos?

—Entonces tendremos un problema —respondió el coronel, encogiéndose de hombros.

Bondarenko se acordó de los mapas. No estaban muy lejos del nuevo yacimiento de oro... y los siempre diligentes ingenieros del ejército construían las malditas carreteras hacia el mismo...

—Mañana, Andrey Petrovich. Mañana empezaremos a elaborar un programa global de entrenamiento para todas las fuerzas —dijo el comandante en jefe del Distrito Militar del Lejano Oriente.

XXVII. TRANSPORTE

Diggs no se sentía plenamente satisfecho con lo que veía, pero tampoco era inesperado. Un batallón de la segunda brigada del coronel Lisle operaba en el campo de maniobras con cierta torpeza, al parecer de Diggs. Evidentemente debía cambiar su forma de pensar. Aquello no era el centro de entrenamiento nacional de Fort Irwin en California, ni la segunda brigada de Lisle era el 11º Regimiento de Caballería Acorazada, cuyas tropas se entrenaban prácticamente a diario y por consiguiente dominaban tanto su oficio como un cirujano el bisturí. No, la 1.ª División Acorazada se había convertido en una fuerza acuartelada desde la desintegración de la Unión Soviética, y todo ese tiempo perdido en lo que quedaba de Yugoslavia, intentando actuar como «pacificadores», no había mejorado sus habilidades en la lucha. Ése era un término que Diggs detestaba. Malditos pacificadores, pensaba el general, se suponía que eran soldados, no policías con uniforme de campaña. La fuerza rival en este caso era una brigada alemana con sus tanques Leopard II, y al parecer bastante buena. Para los alemanes, ser soldados era algo intrínseco a su código genético, pero no estaban mejor entrenados que los norteamericanos y el entrenamiento era lo que diferenciaba a un paisano cualquiera de un soldado. Entrenamiento significaba saber dónde mirar y qué hacer cuando se viera algo. Significaba saber lo que haría el tanque que estaba a tu izquierda sin tener que mirarlo. Significaba saber reparar el tanque o el Bradley cuando se estropearan. A fin de cuentas, significaba sentirse orgulloso, porque el entrenamiento aportaba seguridad en sí mismo, la seguridad de ser el cabrón más malvado en el valle de la muerte y no tener que temerle a nada.

El coronel Boyle pilotaba el UH-60A en el que Diggs se encontraba, sentado inmediatamente detrás de los pilotos. Se desplazaban a unos ciento sesenta metros del suelo.

—Vaya, esa sección de ahí abajo acaba de encontrarse con algo —declaró Boyle, señalando con el dedo.

Efectivamente, la luz amarilla del primer tanque empezó a parpadear, para indicar que estaba muerto.

—Veamos cómo se recupera el sargento de la sección —dijo el general Diggs.

Observaron la operación y, efectivamente, el sargento ordenó retroceder a los tres tanques restantes, mientras la tripulación del primer tanque salía de su M1A2. En la práctica, probablemente, tanto el tanque como su tripulación habrían sobrevivido al supuesto impacto de los alemanes. Nadie había elaborado todavía un arma capaz de perforar con fiabilidad el blindaje del Chobham, pero alguien podría lograrlo algún día y, por consiguiente, a la tripulación de los tanques se les recomendaba no considerarse inmortales, ni a sus vehículos invulnerables.

—Bien, el sargento conoce su trabajo —comentó Diggs, cuando el helicóptero se

trasladaba a otra posición, mientras el coronel Materman no dejaba de tomar notas—. ¿Qué opina, Duke?

—Creo que su nivel de eficacia es de un setenta y cinco por ciento, señor —respondió el jefe de Operaciones—. Tal vez un poco más alto. Tenemos que ponerlos a todos en el SimNet, para sacudirlos un poco.

Era una de las mejores inversiones del ejército. El SimNet, o red de simuladores, consistía en un almacén lleno de simuladores M1 y Bradley, conectados mediante un superordenador y un satélite a otros dos almacenes parecidos, para librar electrónicamente batallas complejas y realistas. Era terriblemente caro y aunque no era plenamente equiparable a las maniobras en el campo, brindaba unas posibilidades de entrenamiento inigualables.

—General, todo ese tiempo en Yugoslavia no ha favorecido a los muchachos de Lisle —dijo Boyle, desde el asiento derecho del helicóptero.

—Lo sé —reconoció Diggs—. Pero de momento todavía no voy a despedir a nadie —prometió.

Boyle volvió la cabeza con una sonrisa.

—Me alegro, señor. Haré correr la voz.

—¿Qué le parecen los alemanes?

—Conozco a su jefe, el general Siegfried Model. Es muy listo. Juega muy bien a los naipes. No lo olvide, general.

—No me diga —respondió Diggs, que hasta hacía poco había sido comandante en jefe del centro nacional de entrenamiento y de vez en cuando iba a probar suerte en Las Vegas, a dos horas escasas de su destino por la I-15.

—Sé qué está pensando. Piénselo dos veces —sugirió Boyle.

—Sus helicópteros parecen portarse bien.

—Sí, Yugoslavia fue un entrenamiento bastante bueno para nosotros, y mientras dispongamos de combustible puedo entrenar a mi personal.

—¿Qué me dice de fuego real? —preguntó el general al mando de los primeros tanques.

—Hace algún tiempo que no lo practicamos, señor, pero una vez más los simuladores son casi tan buenos como la realidad —respondió Boyle por el intercomunicador—. Sin embargo, creo que los tanques deberían practicarlo, general.

Y Boyle tenía razón. Nada sustituía el fuego real en los Abrams o los Bradley.

La vigilancia del banco público fue larga y aburrida. En primer lugar, evidentemente, retiraron el recipiente, lo abrieron y comprobaron que contenía dos hojas de papel, densamente impresas en caracteres cirílicos, pero codificadas. Las fotografiaron y las mandaron a los criptólogos para su descodificación, que no fue fácil. En realidad, hasta el momento había resultado ser imposible, por lo que los agentes del Servicio de Seguridad Federal habían llegado a la conclusión de que los

chinos (si de ellos se trataba) habían adoptado el sistema del antiguo KGB de utilizar métodos de un solo uso. En teoría, dichos métodos eran indescifrables, porque no disponían de ninguna pauta, fórmula, ni algoritmo para descodificarlos.

El resto del tiempo fue sólo cuestión de esperar; para comprobar quién recogía el paquete.

La espera duró varios días. El SSF asignó diversos vehículos al caso. Dos de ellos eran furgonetas con teleobjetivos enfocados al banco. Entretanto, el piso de Suvorov/Koniev estaba sometido a una vigilancia tan intensa como la teleimpresora de la bolsa de Moscú. Al propio sujeto lo seguían permanentemente hasta diez expertos, principalmente agentes de contraespionaje formados por el KGB, en lugar de los investigadores de homicidios de Provalov, pero manteniendo a estos últimos siempre informados porque técnicamente todavía les pertenecía el caso. Seguiría siendo un caso de homicidio hasta que algún extranjero, esperaban, recogiera el paquete del banco.

Por tratarse de un banco público, la gente se sentaba regularmente en el mismo. Adultos que leían el periódico, niños con tebeos, adolescentes cogidos de la mano, personas que charlaban amigablemente, e incluso dos ancianos que se reunían allí todas las tardes para jugar al ajedrez sobre un pequeño tablero magnético. Después de cada visita se inspeccionaba el paquete, para comprobar cualquier alteración o movimiento, siempre en vano. Al cuarto día empezaron a especular en voz alta sobre la posibilidad de que se tratara de un truco. Podía ser la forma de Suvorov/Koniev de comprobar si alguien lo vigilaba. En tal caso, sería un astuto hijo de puta, concluyeron los que lo vigilaban. Aunque eso ya lo sabían.

Su suerte cambió ya avanzada la tarde del quinto día, y el individuo era quien ellos deseaban. Se llamaba Kong Deshi y era un diplomático secundario en la lista oficial, de cuarenta y seis años, dimensiones moderadas y, según la ficha del Ministerio de Exteriores, de modestas dotes intelectuales, que era una forma educada de decir que se lo consideraba un paleta. Pero como otros habían comprobado, todo ello constituía una tapadera perfecta para un espía, que además obligaba al personal de contraespionaje a perder mucho tiempo siguiendo a diplomáticos estúpidos por todo el mundo, que luego no resultaban ser más que eso, unos paletos, de los que había un amplio suministro en todas partes. El individuo en cuestión caminaba tranquilamente con otro chino, que parecía ser un hombre de negocios. Siguieron charlando sentados en el banco, hasta que el segundo individuo volvió la cabeza para mirar algo que Kong señalaba. Entonces, la mano derecha de Kong se deslizó rápida y casi invisiblemente bajo el banco, retirando el paquete y colocando posiblemente otro, antes de poner de nuevo la mano sobre su regazo. A los cinco minutos, después de fumarse un cigarrillo, ambos se levantaron para dirigirse a la estación de metro más cercana.

—Paciencia —dijo por radio a sus agentes el oficial en jefe del SSF y esperaron más de una hora, hasta asegurarse de que no había ningún coche aparcado desde donde se vigilara el banco.

Sólo entonces se acercó un agente del SSF, se sentó en el banco con un periódico y retiró el paquete. Por su forma de arrojar la colilla, comunicó a sus compañeros de equipo que había tenido lugar una sustitución.

En el laboratorio se comprobó inmediatamente que la caja llevaba un cerrojo, y eso llamó la atención de todo el mundo. La radiografiaron de inmediato y vieron que contenía una pila, algunos cables y un rectángulo semiopaco, que en su conjunto constituían un artefacto pirotécnico. Un experto cerrajero tardó veinte minutos en abrir el cerrojo, y en el interior de la caja encontraron varias hojas de papel impreso. Las sacaron, las fotografiaron y comprobaron que contenían numerosos caracteres cirílicos ordenados al azar. Era un código de un solo uso, lo mejor que podían haber esperado encontrar. Doblaron de nuevo las hojas exactamente como antes, las volvieron a colocar en la fina caja metálica, que parecía un paquete barato de cigarrillos, y la devolvieron al banco.

—¿Y bien? —preguntó Provalov al oficial del SSF que trabajaba en el caso.

—Pues que la próxima vez que nuestro sujeto mande un mensaje, podremos leerlo.

—Y entonces lo sabremos —dijo Provalov.

—Tal vez. Sabremos algo más de lo que sabemos ahora. Tendremos pruebas de que ese tal Suvorov es un espía. De eso no cabe la menor duda —aseguró el agente de contraespionaje.

Provalov tuvo que reconocer que no estaban más cerca de resolver el asesinato ahora que hacía dos semanas, pero por lo menos se movían las cosas, aunque el camino los condujera simplemente a las tinieblas.

—¿Y bien, Mike? —preguntó Dan Murray, a ocho zonas horarias de distancia.

—Todavía nada, jefe, pero ahora parece que perseguimos a un espía. El sujeto se llama Klementi Ivan'ch Suvorov, actualmente conocido como Ivan Urievich Koniev —respondió Reilly, antes de leerle la dirección—. La pista conduce hasta él, o por lo menos eso parece, y lo hemos visto estableciendo contacto probable con un diplomático chino.

—¿Y qué significa todo esto? —se preguntó en voz alta el director Murray del FBI, junto al teléfono de seguridad.

—No lo sé, jefe, pero sin duda se ha convertido en un caso interesante.

—Debe de ser muy amigo de ese tal Provalov.

—Es un buen policía y sí, señor, nos llevamos muy bien.

Eso era más de lo que podía decir Cliff Rutledge acerca de su relación con Shen Tang.

—Su forma de informar sobre este incidente ya era bastante pernicioso, ¡pero los comentarios de su presidente sobre nuestra política interna son una violación de la soberanía china! —exclamó casi a gritos el ministro de Exteriores chino, por séptima vez desde el almuerzo.

—Señor ministro —respondió Cliff Rutledge—, nada de esto habría sucedido si su policía no hubiera disparado contra un diplomático acreditado, y eso, hablando con propiedad, no es un acto enteramente civilizado.

—Nuestros asuntos internos son nuestros asuntos internos —replicó inmediatamente Shen.

—Efectivamente, señor ministro, pero Estados Unidos tiene sus propios principios y si usted pretende que respetemos los suyos, debo suplicarle que muestre cierto respeto por los nuestros.

—Nos estamos cansando de la intromisión de Norteamérica en los asuntos internos de nuestro país. En primer lugar, reconocen a nuestra provincia rebelde de Taiwan. Luego alientan a ciertos extranjeros para que se entrometan en nuestra política interna. A continuación nos mandan a un espía so pretextos religiosos para violar nuestras leyes acompañado de un diplomático de otro país, fotografían a un policía chino que cumple con su obligación y acto seguido su presidente nos condena a nosotros por su intromisión en nuestros asuntos internos. ¡La República Popular no tolerará estas actividades incivilizadas!

«Y ahora exigirá que se les reconozca como país eminentemente favorecido, ¿no es cierto?», pensó Mark Gant en su butaca. Maldita sea, aquello era como una reunión en Wall Street con banqueros inversionistas, de la categoría de los piratas.

—Señor ministro —respondió Rutledge—, usted nos llama incivilizados. Pero nuestras manos no están manchadas de sangre. Y si mal no recuerdo, estamos aquí para hablar de asuntos comerciales. ¿Podemos volver a nuestro programa?

—Señor Rutledge, Estados Unidos no tiene derecho a dar órdenes a la República Popular por una parte y negarnos nuestros derechos por otra —replicó Shen.

—Señor ministro, Estados Unidos no se ha entrometido en los asuntos internos de la República Popular. Si asesinan ustedes a un diplomático, deben esperar que se produzca una reacción. En lo concerniente a la República China...

—¡No existe ninguna República China! —exclamó el ministro de Exteriores de la República Popular, casi a gritos—. ¡Son una provincia renegada, y al reconocerla, ustedes han violado nuestra soberanía!

—Señor ministro, la República China es una nación independiente con un gobierno elegido libremente y nosotros no somos el único país que lo reconoce. La política de Estados Unidos de Norteamérica consiste en alentar la autodeterminación de los pueblos. En el momento en que el pueblo de la República China decida formar parte de su país, serán ellos quienes deberán decidirlo. Pero puesto que han optado

libremente por ser lo que son, Estados Unidos ha decidido reconocerlos. De la misma forma en que esperamos que otros reconozcan la legitimidad del gobierno norteamericano, porque representa la voluntad de nuestro pueblo, corresponde a Estados Unidos reconocer la voluntad de otros pueblos.

Rutledge se reclinó en su butaca, evidentemente aburrido con el progreso de la sesión de aquella tarde. Por la mañana se lo esperaba. La República Popular tenía necesidad de desahogarse, pero con una mañana bastaba. Empezaba a ser tedioso.

—Y si otra de nuestras provincias se rebela, ¿también la reconocerán ustedes?

—¿Me está diciendo el señor ministro que hay descontento político en la República Popular? —preguntó inmediatamente Rutledge, con excesiva rapidez y elocuencia, según decidiría a los pocos momentos—. En cualquier caso, no he recibido instrucciones para tal situación.

Se suponía que bromeaba (parcialmente) en respuesta a una pregunta bastante estúpida, pero el sentido del humor del ministro Shen hoy brillaba por su ausencia. Levantó la mano señalando con el índice y la agitó en dirección a Rutledge y a Estados Unidos.

—Ustedes nos engañan. Se entrometen en nuestros asuntos. Nos insultan. Nos acusan de la ineficacia de su economía. Nos niegan un acceso justo a sus mercados. Y están ahí sentados como si fueran ustedes la sede mundial de la virtud. ¡No se lo toleraremos!

—Señor ministro, hemos abierto nuestras puertas comerciales a su país y ustedes nos han cerrado la puerta en las narices. Ustedes son dueños de abrir o cerrar su propia puerta —reconoció—, pero nosotros también podemos cerrar las nuestras, si nos obligan a ello. No deseamos hacerlo. Aspiramos a un comercio justo y libre entre el gran pueblo chino y el pueblo norteamericano, pero los impedimentos no están en Norteamérica.

—¿Después de insultarnos pretenden ustedes que los invitemos a entrar en nuestra casa?

—Señor ministro, Estados Unidos no insulta a nadie. Ayer sucedió una tragedia en la República Popular. Probablemente ustedes preferirían haberlo evitado, pero sucedió. El presidente de Estados Unidos les ha pedido que investiguen el incidente. No es una petición irracional. ¿De qué nos acusan ustedes? Un periodista informó de los hechos. ¿Niega China los hechos que hemos visto por televisión? ¿Afirman que una empresa privada norteamericana se lo ha inventado? Creo que no. ¿Me está diciendo que aquellos dos hombres no están muertos? Lamentablemente, ése no es el caso. ¿Me está diciendo que la actuación de su policía estaba justificada, cuando mató a un diplomático acreditado y a un sacerdote con un recién nacido en los brazos? —preguntó Rutledge, en un tono sumamente razonable—. Señor ministro, lo único que ha dicho usted durante las últimas tres horas y media, es que Norteamérica hace mal

en poner objeciones a lo que parece un asesinato a sangre fría. Y nuestra única objeción consiste en una petición para que su gobierno investigue el incidente. Señor ministro, Estados Unidos no ha hecho ni dicho nada que no sea razonable, y ya empezamos a cansarnos de sus acusaciones. Mi delegación y yo hemos venido para hablar de comercio. Nos gustaría que la República Popular abriera más sus mercados para que el comercio pudiera ser comercio: un libre intercambio de mercancías a través de las fronteras internacionales. Ustedes quieren que se los considere como nación eminentemente favorecida, en su trato comercial con Estados Unidos. Esto no sucederá hasta que sus mercados estén tan abiertos a Norteamérica, como los norteamericanos lo están a China, pero podrá ocurrir en el momento en que efectúen los cambios que les pedimos.

—La República Popular no seguirá accediendo a las exigencias ofensivas de Norteamérica. No seguiremos tolerando sus insultos a nuestra soberanía. No permitiremos más intromisiones en nuestros asuntos internos. Ha llegado el momento de que Estados Unidos considere nuestras razonables peticiones. China desea mantener una relación comercial justa con Estados Unidos. No pedimos más de lo que otorgan a otros países: nación eminentemente favorecida.

—Señor ministro, esto no sucederá hasta que abran sus mercados a nuestras mercancías. El comercio no es libre si no es justo. Tenemos también objeciones respecto a la violación de la República Popular de los tratados y acuerdos de derechos de propiedad y marcas registradas, hasta el punto de fabricar productos de patente norteamericana, sin permiso ni compensación y...

—¿De modo que ahora nos llama ladrones? —exclamó Shen.

—Señor ministro, le señalo que estas palabras no han salido de mis labios. No obstante, lo cierto es que tenemos ejemplos de productos fabricados en China por empresas pertenecientes a su gobierno, que parecen contener inventos norteamericanos por los que sus inventores no han recibido compensación alguna, ni se ha obtenido su autorización para la fabricación de los mismos. Puedo mostrarle ejemplos de dichos productos, si lo desea.

Shen reaccionó con un gesto enojado, que Rutledge interpretó como «no, gracias», o algo por el estilo.

—No tengo ningún interés en ver pruebas materiales de las mentiras y distorsiones norteamericanas.

Gant permanecía reclinado en su butaca mientras Rutledge respondía, ofendido, como un espectador en un combate de boxeo, y se preguntaba si alguien dejaría a su contrincante fuera de combate. Probablemente, no, pensó. Ninguno de ellos tenía la mandíbula de cristal y ambos eran demasiado ágiles. Todo acabó en abundantes aspavientos, pero sin graves consecuencias. Tomó algunas notas, pero sólo como ayuda a su memoria para recordar cómo se había desarrollado la sesión. Podría ser un

capítulo divertido en su autobiografía. Se preguntó qué título le pondría. ¿Tal vez «Comerciante diplomático»?

A los cuarenta y cinco minutos se levantó la sesión, con los habituales apretones de manos, tan cordiales como contenciosa había sido la sesión, lo cual dejó a Mark Gant bastante asombrado.

—Son todo negocios, nada personal —explicó Rutledge—. Me sorprende su insistencia. Después de todo, no los hemos acusado de nada. Maldita sea, incluso el presidente se ha limitado a pedir una investigación. ¿Por qué son tan susceptibles? —se preguntó en voz alta.

—Tal vez les preocupe no conseguir lo que quieren en las negociaciones —especuló Gant.

—¿Pero por qué están tan preocupados? —preguntó Rutledge.

—Puede que sus reservas de divisa extranjera sean incluso inferiores a lo que sugiere al modelo informático —respondió Gant, encogiéndose de hombros.

—Pero aunque sea así, no siguen exactamente el camino más indicado para mejorar su situación —dijo Rutledge, con una palmada de frustración—. No actúan de forma lógica. Comprendo que estén furiosos por los asesinatos y que tal vez el presidente Ryan, que Dios sabe que es un auténtico hombre de Neanderthal en lo concerniente al aborto, se haya excedido un poco. Pero eso no justifica tanto apasionamiento tan duradero.

—¿Miedo? —se preguntó Gant.

—¿Miedo de qué?

—Si sus reservas son tan bajas, o incluso puede que más, podrían estar en un trance difícil, Cliff. Más de lo que suponemos.

—Supongamos que sea cierto, Mark. ¿Qué lo convertiría en algo tan temible?

—Un par de cosas —respondió Gant, después de inclinarse hacia adelante en el asiento de la limusina—. Significaría que no disponen de fondos para comprar cosas, o para pagar los plazos de lo que ya han comprado. Sería un trance vergonzoso y, como bien has dicho, son gente orgullosa. No los imagino reconociendo que se han equivocado, ni dispuestos a mostrar su debilidad.

—Es cierto —reconoció Rutledge.

—El orgullo puede crearle problemas a la gente, Cliff —reflexionó Gant en voz alta.

Recordaba un fondo en Wall Street que había perdido cien millones de dólares, porque su gerente se negó a rectificar una posición que había creído correcta unos días antes, incluso cuando llegó a ser evidente que estaba equivocado. ¿Por qué? Porque no quería parecer un memo en Wall Street. Y, de ese modo, en lugar de parecer un memo, proclamó ante todo el mundo que era un imbécil. ¿Pero a qué equivalía esa situación en asuntos exteriores? ¿No era más listo un jefe de Estado?

—No va bien, amigo mío —dijo Zhang, dirigiéndose a Fang.

—Es culpa de ese policía imbécil. Sí, la reacción de los norteamericanos ha sido demasiado enérgica, pero nada de esto habría ocurrido de no haber sido por el celo excesivo de ese agente de policía.

—¿Por qué nos odia tanto el presidente Ryan?

—Zhang, te has confabulado dos veces contra los rusos y en dos ocasiones has tramado algo contra Norteamérica. ¿No es posible que los norteamericanos lo sepan? ¿No es posible que lo hayan adivinado? ¿No se te ha ocurrido que ésta podría ser la razón por la que han reconocido el régimen de Taiwan?

—Eso es imposible —respondió Zhang Han San, meneando la cabeza—. Nunca se dejó constancia escrita de nada.

«Y nuestra seguridad fue perfecta en ambos casos», no se molestó en agregar.

—Zhang, cuando las cosas se dicen ante personas que tienen oídos, las recuerdan. Hay pocos secretos en el mundo. Es tan difícil ocultar los asuntos de Estado como la salida del sol —prosiguió Fang, pensando que se aseguraría de que quedara constancia de aquella frase cuando le dictara sus notas a Ming—. Su alcance es excesivo. Llegan a demasiadas personas y todas tienen boca.

—¿Qué crees entonces que debemos hacer?

—El norteamericano ha pedido una investigación, pues se la damos. Descubriremos lo que queramos descubrir. Si un policía debe morir, hay muchos otros para ocupar su lugar. Nuestra relación comercial con Norteamérica es más importante que este asunto insignificante, Zhang.

—No podemos permitirnos el lujo de humillarnos ante ese bárbaro.

—En este caso, no podemos permitirnos el lujo de no hacerlo. No podemos permitir que un falso orgullo ponga a nuestro país en peligro —suspiró Fang.

Su amigo Zhang siempre había sido un hombre arrogante. Tenía ciertamente una visión de futuro, pero era demasiado consciente de sí mismo y del cargo al que aspiraba. Sin embargo, el que había elegido no era fácil. Nunca quería el primer lugar para sí mismo, sino que prefería ser quien influía en el líder, como los eunucos de la corte que habían dirigido a diversos emperadores durante más de un milenio. Fang estuvo a punto de sonreír, sólo de pensar que ninguna cantidad de poder merecía convertirse en eunuco, aunque fuera de la corte real, y probablemente Zhang tampoco estaba dispuesto a ir tan lejos. Pero ser el hombre de poder entre bastidores probablemente era más difícil que ocupar el sillón presidencial... y, sin embargo, Fang recordaba que Zhang había sido el artífice principal en la elección de Xu como secretario general. Intelectualmente, Xu era un don nadie, agradable y de buen porte, buen orador, pero no de grandes ideas...

Y eso lo explicaba... Zhang había ayudado a Xu a convertirse en jefe del Politburó, precisamente porque era un terreno baldío y él podía llenar el vacío con sus

propias ideas. Era evidente. Debería haberlo comprendido antes. En otros lugares, se creía que habían elegido a Xu por su actitud centrista ante toda situación: conciliador, creador de consenso, era lo que se decía de él fuera de la República Popular. En realidad, era un hombre de escasas convicciones, capaz de adoptar las de cualquiera, siempre y cuando ese cualquiera (Zhang) mirara antes a su alrededor y decidiera la dirección que debía tomar el Politburó.

Xu no era una mera marioneta, evidentemente. Ese era el problema con la gente. A pesar de lo muy útiles que pudieran ser en ciertos sentidos, por otra parte se aferraban a la ilusión de que pensaban por sí mismos, hasta el punto de que los más imbéciles tenían ideas, que raramente eran lógicas y casi nunca útiles. Xu había avergonzado a Zhang en más de una ocasión y puesto que era el presidente del Politburó, gozaba de auténtico poder personal, aunque careciera de la sensatez para utilizarlo debidamente. Pero en el sesenta por ciento de los casos, ¿tal vez más?, era simplemente el portavoz de Zhang. Mientras Zhang, por su parte, en general podía ejercer libremente su propia influencia y elaborar su propia política nacional. Lo hacía predominantemente sin ser visto ni conocido allén del propio Politburó y tampoco plenamente conocido dentro de sus confines, puesto que muchas de sus reuniones con Xu se celebraban en privado y Zhang casi nunca las mencionaba, ni siquiera a Fang.

Su viejo amigo era un camaleón, pensó Fang y desde luego no por primera vez. Pero demostraba humildad al no buscar una preeminencia semejante a su influencia, que luego contrarrestaba con el defecto del orgullo y, aún peor, no parecía ser consciente de la debilidad que manifestaba. Tal vez no lo consideraba en absoluto como un defecto, o quizá creía que sólo él lo sabía. Todo el mundo tenía sus debilidades, y las peores eran invariablemente las que el propio sujeto desconocía. Fang consultó su reloj y se retiró. Con un poco de suerte, estaría en su casa a una hora razonable, después de dictarle sus notas a Ming. Era toda una novedad no llegar tarde a casa.

XXVIII. RUMBOS DE COLISIÓN

—Esos hijos de puta —observó el vicepresidente Jackson, con una taza de café en la mano.

Ryan miró a su viejo amigo. Eran las 7.45 de la mañana en el despacho oval. Cathy y sus hijos habían salido temprano y el día empezaba con mucha actividad.

—Teníamos nuestras sospechas, pero ahí está la prueba, si podemos llamarla así. La guerra con Japón y el pequeño problema que tuvimos con Irán empezaron en Pekín; bueno, no exactamente, pero parece que ese tal Zhang, en nombre de Xu, actuó como instigador en ambos casos.

—Puede que sea un cabrón, pero yo no le otorgaría muchos puntos a su cerebro —dijo Robby, después de unos momentos de reflexión, antes de proseguir—. Aunque puede que no sea justo con él. Desde su punto de vista, sus planes eran bastante astutos, utilizando a otros para alcanzar sus objetivos. Sin arriesgar nada personalmente, calculó que luego podría aprovecharse de los riesgos de los demás, supongo que parecía ciertamente astuto.

—La cuestión es: ¿cuál será su próxima movida?

—Entre esto y lo que Rutledge nos cuenta desde Pekín, yo diría que debemos tomarnos a esa gente un poco más en serio —comentó Robby, antes de levantar un poco más la cabeza—. Jack, debemos incluir a alguien más en este asunto.

—A Mary Pat le dará algo si se lo sugerimos —respondió Ryan.

—Mala suerte. Jack, es el problema de siempre con la información secreta. Si se divulga demasiado, uno se arriesga a ponerla en peligro y luego a perderla, pero si uno no la utiliza, es como si no la tuviera. ¿Dónde se establece el límite? —la pregunta era retórica—. Si uno se equivoca, debe hacerlo a favor de la seguridad, pero de la seguridad del país, no de la fuente.

—Al otro lado de este papel hay una persona de carne y hueso, Rob —señaló Jack.

—No me cabe la menor duda. Pero hay doscientos cincuenta millones de personas al otro lado de estas paredes y tanto tú como yo hemos jurado proteger sus intereses, no los de un funcionario chino en Pekín. Lo que esto nos indica es que ese individuo que hace política en China está dispuesto a iniciar guerras, y en dos ocasiones hemos mandado gente a luchar en conflictos que él ha contribuido a empezar. Maldita sea, se supone que las guerras son algo del pasado, pero ese tal Zhang todavía no se ha enterado. ¿Qué estará haciendo que nosotros no sepamos?

—Esa es la misión de Sorge, Rob. La idea consiste en averiguarlo con antelación y así tener la oportunidad de impedirlo. Jackson asintió.

—Puede que así sea, pero tiempo disponíamos de una fuente llamada Magic que nos facilitó mucha información sobre las intenciones de cierto enemigo. Sin embargo,

cuando dicho enemigo lanzó su primer ataque, nosotros estábamos dormidos, porque Magic era tan importante que nunca se había hablado del mismo a la comandancia del Pacífico y por consiguiente, no se había preparado para Pearl Harbor. Sé que la inteligencia es importante, pero tiene sus limitaciones operativas. Lo que todo esto nos dice, en realidad, es que tenemos a un adversario potencial con escasas inhibiciones. Conocemos su forma de pensar, pero no sus intenciones ni sus movimientos actuales. Además, lo que Sorge nos facilita es el resumen de conversaciones privadas entre un individuo que elabora política y otro que intenta influir en ella. Hay mucha información que no se menciona. Esto parece un diario para cubrirse las espaldas, ¿no crees?

Ryan pensó que aquello era una crítica particularmente inteligente. Al igual que el personal de Langley, se había dejado llevar ligeramente por la euforia de una fuente, a la que antes ni siquiera se habían acercado. Mirlo era bueno, pero no carecía de limitaciones. Importantes.

—Sí, Rob, probablemente eso es lo que es. Ese tal Fang seguramente escribe un diario sólo para poder sacarlo del cajón si alguno de sus colegas del Politburó intenta joderlo.

—No son las palabras de sir Thomas More lo que leemos —señaló el vicepresidente.

—En absoluto —reconoció Ryan—. Pero es una buena fuente. Todas las personas que lo han examinado dicen que parece muy auténtico.

—No digo que no sea verdad, Jack. Sólo digo que no es todo —insistió el vicepresidente.

—Mensaje recibido, almirante —respondió Ryan, con la mano levantada en son de rendición—. ¿Qué recomendas?

—En primer lugar, incluir al secretario de Defensa, a los jefes, a J-3 y J-5 y probablemente a tu muchacho Bart Mancuso, comandante de las fuerzas navales en el Pacífico —agregó Jackson con cierto desdén.

—¿Por qué no te gusta ese individuo? —preguntó el presidente.

—Tiene cabeza de chorlito —respondió el piloto—. Los submarinos no circulan mucho... pero reconozco que es bastante buen operador.

La operación que había dirigido contra los nipones utilizando viejos boomers había sido bastante veloz y eficaz, reconoció Jackson para sus adentros.

—¿Alguna recomendación específica?

—Rutledge dice que los comunistas chinos hablan como si estuvieran realmente furiosos por lo de Taiwan. ¿Y si deciden pasar a la acción? Por ejemplo, lanzando misiles contra la isla. Dios sabe que disponen de suficientes misiles, y nosotros siempre tenemos algunos buques en ese puerto.

—¿Crees que realmente serían tan estúpidos como para lanzar un ataque contra

una ciudad con uno de nuestros buques en el puerto? —preguntó Ryan.

Malvado o no, ¿se arriesgaría ese tal Zhang a entrar en guerra con Estados Unidos, cometiendo semejante estupidez?

—¿Y si no saben que nuestro buque está en el puerto? ¿Y si no disponen de una buena fuente de información? Jack, los tiradores no siempre reciben los datos correctos de los muchachos en la trastienda. Créeme. He estado allí, lo he vivido y conservo las cicatrices.

—Los buques pueden cuidar de sí mismos, ¿no es cierto?

—No, si no tienen todos sus sistemas conectados, y ¿puede un SAM de la armada interceptar un misil balístico que se dirija hacia él? —reflexionó Robby en voz alta—. Yo no lo sé. ¿Por qué no le pedimos a Tony Bretano que lo compruebe?

—De acuerdo, llámalo —dijo Ryan, antes de hacer una pausa—. Robby, voy a recibir una visita dentro de pocos minutos. Debemos hablar más de este asunto. Con Adler y Bretano —agregó el presidente.

—Tony es muy bueno sobre material y sus aplicaciones, pero necesita un poco de educación respecto a operaciones.

—Entonces, edúcalo —respondió Ryan.

—A sus órdenes, señor.

Devolvieron el recipiente a su hogar magnético en menos de dos horas después de retirarlo, dando gracias a Dios —lo cual ahora los rusos podían permitirse— de que el mecanismo de la cerradura no fuera uno de los nuevos artefactos electrónicos. Podían ser muy difíciles de manipular. Pero el problema con todas esas medidas de seguridad era que con excesiva frecuencia se exponían a que fallaran y destruyeran lo que en principio debían proteger, lo cual agregaba complicaciones a un trabajo ya de por sí demasiado complejo. En el mundo del espionaje, todo lo que podía fallar ineludiblemente lo hacía y, por tanto, a lo largo de los años, sus participantes habían procurado simplificar las operaciones al máximo. Por consiguiente, puesto que lo que funcionaba para uno lo hacía para todos, cuando uno veía a alguien que utilizaba los mismos procedimientos que sus propios agentes, sabía que tenía a un participante a la vista.

Y así se renovó la vigilancia del banco, que evidentemente nunca se había abandonado, por si Suvorov/Koniev aparecía inesperadamente mientras la caja estaba en el laboratorio, con una nueva serie de coches y camiones, además de un puesto de vigilancia en un edificio desde donde se vislumbraba el banco. El chino seguía bajo vigilancia, aunque nadie lo había visto dejar ninguna señal de que había cambiado el paquete. Claro que eso podía hacerse de una forma tan sencilla como llamando al localizador de Suvorov/Koniev... aunque probablemente no lo harían, porque supondrían que todas las líneas telefónicas de la embajada china estaban intervenidas, lo cual permitiría descubrir el número, y posiblemente, localizar a su usuario. Los

espías debían ser cautelosos, porque los que los perseguían eran hábiles e implacables. Eso los convertía en personas eminentemente conservadoras. Pero, por difícil que fuera descubrirlos, cuando eso sucedía generalmente caían. Y todos los hombres del SSF confiaban en que eso ocurriera con Suvorov/Koniev.

En este caso, tuvieron que esperar hasta caída la noche. El sujeto salió del edificio donde vivía, circuló durante cuarenta minutos siguiendo exactamente la misma ruta que dos días antes, probablemente para comprobar si alguien lo seguía y también para detectar alguna señal que el personal del SSF no había descubierto todavía. Pero en esta ocasión, en lugar de regresar a su casa, se dirigió al parque, estacionó su coche a dos manzanas del banco y se fue al mismo dando un rodeo y deteniéndose por el camino para encender un cigarrillo, lo que le brindó una buena oportunidad de volver la cabeza para comprobar si había alguien a su espalda. Todo como en un libro de texto. No vio nada, aunque tres hombres y una mujer lo seguían andando. La mujer empujaba un cochecito, que le servía de pretexto para parar de vez en cuando y arreglar la manta del bebé. Los hombres simplemente paseaban, sin mirar aparentemente al sujeto ni a nada en particular.

—¡Ahí está! —dijo uno de los agentes del SSF.

En esta ocasión, Suvorov/Koniev no se sentó en el banco. Se limitó a colocar el pie izquierdo sobre el mismo, ató el cordón de su zapato y se ajustó el pantalón. Recogió el paquete con tanta habilidad que nadie llegó a verlo, pero parecía demasiada coincidencia que hubiera elegido precisamente ese banco para atarse el cordón del zapato y, además, uno de los agentes del SSF no tardaría en acercarse para comprobar si había cambiado el paquete. A continuación, el sujeto regresó andando a su coche, dando un rodeo y encendiendo dos Malboros norteamericanos por el camino.

Lo divertido del caso, pensó el teniente Provalov, era lo evidente que resultaba cuando uno sabía a quién mirar lo que antes pasaba inadvertido estaba ahora tan claro como un cartel publicitario.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el teniente de la milicia, a su homólogo del SSF.

—Nada en absoluto —respondió el supervisor del SSF—. Esperaremos a que coloque otro mensaje bajo el banco, entonces lo recogeremos, lo descodificaremos y averiguaremos exactamente lo que está haciendo. A continuación tomaremos una decisión.

—¿Qué me dices del caso de asesinato? —preguntó Provalov.

—¿Qué quieres que te diga? Ahora esto es un caso de espionaje, camarada teniente, y es prioritario.

Oleg Gregoriyevich tuvo que reconocer para sus adentros que era cierto. El asesinato de un chulo, una puta y un chófer era insignificante comparado con la

traición al Estado.

Tal vez su carrera en la armada nunca terminaría, se dijo el almirante de la reserva naval estadounidense Joshua Painter. Y, después de todo, eso no era tan malo. Había nacido en el campo de Vermont, se había licenciado en la academia naval hacía casi cuarenta años, para pasar luego por Pensacola y conseguir a continuación el sueño de su vida: pilotar reactores desde los portaaviones. Se dedicó a ello durante los veinte años siguientes, además de un período como piloto de pruebas, jefe de escuadrilla, luego de un portaaviones, a continuación de una escuadra y por fin comandante supremo aliado en el Atlántico, comandante en jefe del Mando Atlántico y comandante en jefe de la Flota estadounidense en el Atlántico; tres cargos de gran responsabilidad que había desempeñado cómodamente, en los últimos tres años antes de colgar definitivamente el uniforme. La jubilación supuso un trabajo civil, con un sueldo unas cuatro veces superior al que cobraba del gobierno, sobre todo como asesor de almirantes a los que había visto ascender, contándoles cómo lo habría hecho él. En realidad, era algo que habría hecho gratis en el club de oficiales de cualquier base naval norteamericana, tal vez a cambio de una buena cena, unas cuantas cervezas y la oportunidad de oler el aire del mar.

Pero ahora estaba en el Pentágono, de nuevo con un sueldo del gobierno, como alto funcionario civil y ayudante especial del secretario de Defensa. En su opinión, Tony Bretano era listo, además de ser un ingeniero y director de ingenieros absolutamente brillante. Solía buscar soluciones matemáticas a los problemas, en lugar de humanas, y tenía tendencia a presionar bastante a la gente. En general, pensaba Painter, Bretano podía haber sido un buen oficial de la marina, especialmente nuclear.

Su despacho en el Pentágono era más pequeño que el que había ocupado diez años antes como OP-05, subjefe de Operaciones Navales Aéreas, cargo que desde entonces había dejado de existir. Disponía de su propia secretaria y de un joven y listo comandante para cuidar de él. Para muchas personas, una de las cuales era curiosamente el vicepresidente, constituía una puerta de entrada a la Secretaría de Defensa.

—Lo llama el vicepresidente —dijo una operadora de la Casa Blanca por su línea privada.

—Adelante —respondió Painter.

—Josh, Robby.

—Buenos días, señor. ¿Qué puedo hacer por usted? Después de haber servido en varias ocasiones a las órdenes de Painter, a Jackson le molestaba que lo tratara de usted, pero Josh Painter era incapaz de tutearse con un funcionario del Estado elegido por el pueblo.

—Tengo una pregunta. El presidente y yo examinábamos algo esta mañana y yo

no he sabido responder a su pregunta.

¿Puede un Aegis interceptar y destruir un misil balístico que se dirija hacia él?

—No lo sé, pero lo dudo. Lo examinamos durante la guerra del Golfo y... ah, sí, ya lo recuerdo. Decidimos que probablemente podía detener un Scud, debido a su velocidad relativamente lenta, pero que ése era el límite de su capacidad. Es un problema de software, el software del propio SAM —que era el mismo de los misiles Patriot, como ambos recordaron entonces—. ¿A qué venía eso?

—Al presidente le preocupa la posibilidad de que los chinos lancen alguno contra Taiwan, y preferiría que el buque que tengamos en su puerto fuera capaz de cuidar de sí mismo.

—Puedo estudiarlo —prometió Painter—. ¿Quiere que se lo mencione hoy a Tony?

—Afirmativo —respondió el vicepresidente.

—A sus órdenes, señor. Le llamaré más tarde.

—Gracias, Josh —dijo Jackson, antes de colgar.

Painter consultó su reloj. En cualquier caso, era hora de presentarse. Salió al ajetreado pasillo y luego dobló a la derecha en dirección a las oficinas de la Secretaría de Defensa, por el control de seguridad, frente a diversas secretarías personales y ayudantes. Llegaba a la hora justa, y la puerta del despacho principal estaba abierta.

—Buenos días, Josh —dijo Bretano.

—Buenos días, señor secretario.

—Bien, ¿qué hay de nuevo e interesante hoy en el mundo?

—Acaban de formularnos una pregunta desde la Casa Blanca, señor.

—¿De qué se trata? —preguntó el secretario, antes de que Painter se lo explicara.

—Buena pregunta. ¿Por qué es la respuesta tan difícil de calcular?

—Es algo que, a decir verdad, hemos examinado varias veces, pero en realidad el Aegis se construyó para contrarrestar la amenaza de los misiles de crucero y su límite es aproximadamente Match tres.

—Pero el radar Aegis es ideal para esta clase de amenaza, ¿no es cierto? —dijo el secretario de Defensa, que estaba plenamente informado respecto al funcionamiento del sistema de radar informatizado.

—Sí, señor, es un sistema de radar magnífico —reconoció Painter.

—¿Y adaptarlo para esta misión es sólo una cuestión de software?

—Esencialmente, así es. Eso significa, indudablemente, software para la cabeza de búsqueda del misil, así como también para los radares de vigilancia y orientación. Ése no es exactamente mi campo, señor.

—El software no es tan difícil de elaborar, ni tampoco es tan caro. Maldita sea, en la Thompson Ramo Wooldridge Company tenía un subordinado que es un experto mundial en este tema, que trabajaba abajo, en la Organización de la Iniciativa de

Defensa Estratégica. Alan Gregory, teniente coronel de la reserva, doctorado en Stony Brook, si mal no recuerdo. ¿Por qué no lo llamamos para que lo compruebe?

A Painter le asombró que Bretano, después de dirigir una gran empresa y de haber estado a punto de ser reclutado como gerente de Lockheed-Martin antes de que lo captara el presidente Ryan, tuviera tan poco respeto por los procedimientos establecidos.

—Señor secretario, para hacer eso deberíamos...

—¡Un carajo! —interrumpió el secretario—. ¿No sabe que dispongo de autoridad discrecional para pequeñas cantidades de dinero?

—Sí, señor secretario —confirmó Painter.

—¿Y que ya he vendido todos mis valores en la TRW?

—Sí, señor.

—Por tanto no violo ninguna de esas normas éticas, ¿no le parece?

—Desde luego, señor —reconoció Painter.

—Bien, entonces llame a la TRW en Sunnyvale, pregunte por Alan Gregory, creo que actualmente es vicepresidente asociado, y dígame que apreciamos que coja un avión y venga aquí inmediatamente para estudiar este asunto y comprobar lo fácil que sería elevar el nivel de prestaciones del Aegis, para brindar una capacidad defensiva limitada contra misiles balísticos.

—Señor, esto no gustará a otras empresas con contratos gubernamentales. — TRW incluida, no agregó Painter.

—No estoy aquí para hacerlos felices, almirante. Alguien me dijo que mi misión era defender al país con eficacia.

—Sí, señor.

Era difícil que a uno no le gustara aquel individuo, aunque tuviera la sensibilidad burocrática de un rinoceronte furioso.

—Entonces averigüemos si Aegis dispone de la capacidad técnica necesaria para desempeñar esta labor en particular.

—A sus órdenes, señor.

—¿A qué hora debe ir al Capitolio? —preguntó el secretario de Defensa a continuación.

—Dentro de unos treinta minutos, señor.

Bretano refunfuñó. Pasaba la mitad del tiempo explicando cosas al Congreso, hablando con personas que ya habían tomado una decisión y que sólo formulaban preguntas para quedar bien en la red por cable y el satélite de relaciones públicas. Para Tony Bretano, un ingeniero era un ingeniero, y aquello le parecía una forma atroz de perder el tiempo. ¿Pero no era cierto que lo denominaban servicio público? En otro contexto ligeramente diferente se llamaría esclavitud, pero Ryan estaba aún más atrapado que él y, por tanto, no podía quejarse. Además, él también se había

ofrecido voluntario.

Esos jóvenes oficiales del Spetsnaz tenían suficiente entusiasmo, y Clark recordó que a menudo lo que hace que ciertas tropas sean de élite es el simple hecho de decirles que lo son y esperar luego a que estén a la altura de la imagen que tenían de sí mismos. Eso no era todo, evidentemente. El Spetsnaz era especial en términos de su misión. Esencialmente, eran una copia del Servicio Especial Aéreo británico, el SAS. Como ocurre muy a menudo en la vida militar, lo que un país inventa otros suelen copiarlo, y el ejército soviético había elegido soldados para someterlos a pruebas de alto rendimiento físico y de un elevado nivel de fiabilidad política (Clark nunca comprendió exactamente cómo se comprobaba esta característica) y ofrecerles luego un régimen de entrenamiento diferente, que los convertiría en comandos. La idea inicial había fracasado por una razón previsible para cualquiera, salvo los dirigentes políticos de la Unión Soviética: la inmensa mayoría de los soldados soviéticos eran conscriptos, que regresaban a sus casas después de dos años de servicio militar. El SAS británico ni siquiera consideraba a un candidato hasta después de cuatro años de servicio y con galones de cabo, por la simple razón de que se tarda más de dos años en aprender a ser un soldado competente para misiones corrientes, y mucho más para pensar en el campo de batalla. Esto suponía otro problema para los soviéticos, que no alentaban el pensamiento individual entre el personal uniformado, y mucho menos entre los conscriptos. Para compensarlo, habían elaborado algunas armas ingeniosas. La navaja de muelle, con la que Chavez había estado jugando durante el día, era una de ellas. Al apretar un botón, salía disparada la hoja de una robusta navaja de combate, con bastante precisión hasta unos cinco o seis metros de distancia. Pero el ingeniero soviético a quien se le había ocurrido la idea debía ser aficionado al cine, porque sólo en las películas muere una persona instantáneamente y cae en silencio, cuando se le clava una navaja en el pecho. A casi todo el mundo le resulta dolorosa esta experiencia, y la mayoría de la gente reacciona al dolor haciendo ruido. Como instructor en La Granja, Clark siempre advertía a sus alumnos: «No le corten nunca el cuello a nadie con un cuchillo; se estremecen y hacen ruido».

Por el contrario, con todo el ingenio y precisión mecánica que habían utilizado para la navaja de muelle, los silenciadores de sus pistolas eran una porquería. Consistían en latas llenas de estropajo metálico que se autodestruía en menos de diez disparos, cuando bastaba un mecánico semiespecializado para fabricar un buen supresor en unos quince minutos. John soltó un suspiro. No había forma de comprender a esa gente.

Ninguna queja respecto a los individuos. Los había visto correr con el equipo segundo de Ding y ninguno de los rusos se había salido de la formación. En parte se debía evidentemente al orgullo, pero sobre todo a su habilidad. Su experiencia en la

galería de tiro había sido menos impresionante. No estaban tan bien entrenados como los muchachos de Hereford y mucho peor equipados. Sus armas supuestamente silenciadas hacían el ruido suficiente para provocarles un sobresalto tanto a John como a Ding... pero el entusiasmo de esos muchachos era impresionante. Todos los rusos tenían el rango de teniente y eran pilotos titulados. Todos manejaban bastante bien las armas ligeras, y sus tiradores de precisión eran tan buenos como Homer Johnston y Dieter Weber; ante la enorme sorpresa de este último. Los rifles rusos parecían un poco desvencijados, pero disparaban con bastante precisión, por lo menos hasta los ochocientos metros.

—Les falta un buen tramo por recorrer; pero tienen espíritu. En dos semanas estarán en forma —dijo Chavez a su superior, mientras miraba con escepticismo el abundante suministro de vodka, en el club de oficiales rusos donde se encontraban.

—¿Sólo dos? —preguntó John.

—En dos semanas habrán aprendido todo lo que necesitan saber y dominarán sus nuevas armas.

Rainbow transfería cinco equipos completos de armas al equipo del Spetsnaz ruso: metralletas MP-10, pistolas Beretta del calibre 45 y, lo más importante, el equipo de radio que permitiría comunicarse al equipo, incluso en un tiroteo. Los rusos conservarían sus propios rifles Dragunov, en parte por orgullo, pero el caso es que podían disparar y eso bastaba para su tarea.

—Lo demás es experiencia, John —prosiguió Chavez—, y la verdad es que eso no podemos ofrecérselo. Lo único que podemos hacer en realidad es organizarles un buen programa de entrenamiento; el resto es cosa suya.

—Bueno, nunca ha dicho nadie que Ivan fuera incapaz de luchar.

John vació su copa de un trago. La jornada laboral había concluido y todo el mundo lo hacía.

—Lástima que la situación de su país sea tan caótica —comentó Chavez.

—Es su caos y ellos deben resolverlo, Domingo. Lo harán si no nos entrometemos.

Probablemente, pensó John. Lo difícil para él era dejar de pensar en ellos como enemigos. Había estado allí en los «malos tiempos» del pasado, actuando brevemente en Moscú en varias ocasiones como agente de campo «clandestino», que retrospectivamente parecía como pasear por la Quinta Avenida de Nueva York completamente desnudo, con una pancarta proclamando que odiaba a los judíos, a los negros y a los policías. John recordaba que, en su momento, simplemente le había parecido parte de su trabajo. Pero ahora era mayor, abuelo y evidentemente mucho más cauteloso que en los años setenta y ochenta. ¡Maldita sea, los riesgos a los que se había expuesto en aquella época! Más recientemente, había estado en la central del KGB, para él siempre sería el KGB, en el número 2 de la plaza Dzerzhinskiy, como

invitado del director. Claro, Wilbur, y pronto se subiría al platillo volante que aterrizaba todos los meses en su jardín y aceptaría su invitación para almorzar con ellos en Marte. Así de descabellado le parecía a John.

—¡Ivan Sergeyevich! —exclamó una voz.

Era la del teniente general Yuriy Kirillin, recientemente nombrado jefe de las fuerzas especiales rusas, un hombre que definía su misión sobre la marcha, algo bastante habitual en esta parte del mundo.

—Yuriy Andreyevich —respondió Clark, que había conservado el nombre y apellido que utilizaba como tapadera en la CIA, convencido de que los rusos lo sabían perfectamente.

Por consiguiente, no perjudicaba a nadie. Levantó una botella de vodka. Era vodka de manzana, aromatizado con piel de manzana en el fondo de la botella, y no sabía mal del todo. En cualquier caso, el vodka era el combustible para cualquier clase de reunión de negocios en Rusia, y como «donde fueres haz lo que vieres», Clark se portaba como uno de ellos.

Kirillin vació su primera copa como si llevara una semana sin beber; la llenó de nuevo y brindó a la salud del compañero de John.

—Domingo Stepanovich —dijo, acercándose bastante, al tiempo que Chavez levantaba también su copa—. Sus hombres son excelentes, camaradas. Aprenderemos mucho de ellos.

«Camaradas —pensó John—. ¡Serás cabrón!».

—Sus muchachos tienen entusiasmo, Yuriy, y trabajan mucho.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Kirillin, sin que en sus ojos se reflejara en absoluto el vodka.

Puede que sean inmunes, pensó Ding. Él debía tomárselo con calma, si no quería que John tuviera que llevarlo a su casa.

—Dos semanas —respondió Clark—. Eso es lo que dice Domingo.

—¿Tan rápido? —preguntó Kirillin, no disgustado por dicha perspectiva.

—Son buenos soldados, general —dijo Ding—. Su pericia básica ya está ahí. Están en una excelente forma física y son listos. Lo único que necesitan es familiarizarse con su nuevo armamento y un entrenamiento un poco más específico, que les organizaremos. Luego ellos entrenarán al resto de las fuerzas, ¿no es cierto?

—Efectivamente, comandante. Estableceremos fuerzas regionales de operaciones especiales y antiterroristas a lo largo y ancho del país. Los hombres que instruyen ustedes esta semana instruirán a otros en pocos meses. El problema de los chechenos nos ha cogido por sorpresa y debemos prestar más atención a la amenaza terrorista.

Clark no envidiaba la misión de Kirillin. Rusia era un país muy grande que albergaba demasiadas nacionalidades desde la Unión Soviética (y para el caso, de la época de los zares), a muchas de las cuales nunca les había gustado particularmente la

idea de formar parte de Rusia. Norteamérica había tenido ese problema en otra época, aunque nunca del alcance de Rusia, y aquí no parecía que las cosas mejoraran a corto plazo. La prosperidad económica era el único remedio seguro, la gente próspera no se pelea, estropearía la vajilla y la cubertería, pero aquí la prosperidad era algo todavía muy lejano.

—Dentro de un año, señor —prosiguió Chavez—, dispondrá usted de una fuerza seria y creíble, siempre y cuando cuente con el apoyo financiero necesario.

—Ésa es la cuestión en mi país —refunfuñó Kirillin—, y probablemente también en el suyo, ¿me equivoco?

—Efectivamente —respondió Clark con una carcajada—. Siempre ayuda si uno es del agrado del Congreso.

—Tienen muchas nacionalidades en su equipo —comentó el general ruso.

—Sí, bueno, primordialmente somos un servicio de la OTAN, pero estamos acostumbrados a trabajar juntos. En este momento, nuestro mejor tirador es italiano.

—¿En serio? Lo he visto, pero...

Chavez lo interrumpió:

—General, en una vida anterior, Ettore era James Butler Hickock. Discúlpeme, para usted, Wild Bill Hickock. Ese cabrón es capaz de escribir su nombre con una pistola.

Clark llenó de nuevo las copas de vodka.

—Yuriy, nos ha sacado dinero a todos en el campo de tiro. Incluso a mí.

—¡No me diga! —exclamó Kirillin, con la misma expresión de Clark unas semanas antes.

—Sé en lo que está pensando —dijo John, al tiempo que le daba una palmada en el brazo—. Traiga dinero cuando lo rete, camarada general. Lo necesitará para saldar su deuda.

—Habrá que verlo —respondió el ruso.

—¡Eddie! —exclamó Chavez, llamando a su lugarteniente.

—Diga, señor.

—Cuéntele al general lo bueno que es Ettore con la pistola.

—¡Ese maldito italiano! —exclamó el brigada—. Incluso a Dave Woods le ha sacado veinte libras.

—Dave es el jefe de la galería de tiro en Hereford y también es bastante bueno —explicó Ding—. Ettore debería ir a las olimpiadas o algo por el estilo. ¿O tal vez a Camp Perry, John?

—Ya lo había pensado, tal vez podría presentarse el próximo año a la Copa del Presidente... —musitó Clark, antes de volver la cabeza—. Adelante, Yuriy. Desafíelo. Puede que tenga éxito donde todos hemos fracasado.

—¿Todos ustedes?

—Todos y cada uno de nosotros —confirmó Eddie Price—. Me pregunto por qué nos lo habrá ofrecido el gobierno italiano. Si la mafia pretende cazarlo, les deseo suerte a esos cabrones.

—Debo verlo con mis propios ojos —insistió Kirillin, ante el asombro de sus contertulios.

—Entonces lo verá, tovarisch general —prometió Clark.

Kirillin, que había formado parte del equipo de tiro a pistola del Ejército Rojo como teniente y como capitán, no concebía que alguien pudiera ganarle en un duelo a pistola. Supuso que aquellos individuos de la OTAN se limitaban a divertirse a costa suya, como tal vez lo haría él en la situación inversa. Llamó al camarero y pidió vodka con pimienta para la próxima ronda. Pero a pesar de todo, le gustaban aquellos visitantes de la OTAN, y su excelente reputación hablaba por sí misma. Kirillin sabía que el comandante Chavez pertenecía realmente a la CIA, que según el informe del SVR era evidentemente un buen espía y tenía aspecto de ser un buen soldado, con una seguridad en sí mismo adquirida en el campo de batalla, como debe ser en el caso de un soldado. Clark era parecido y también muy capacitado, como se leía en su informe, con una amplia experiencia como soldado y como espía. Además, hablaba un ruso excelente y culto, con acento de San Petersburgo, donde probablemente podía pasar por un nativo, y casi seguro que debía de haberlo hecho en más de una ocasión, pensó Kirillin. Era muy extraño que hombres como aquéllos pudieran haber sido en otra época sus enemigos mortales. De haber tenido lugar la batalla, habría sido muy sangrienta, y su resultado, muy lamentable. Kirillin había pasado tres años en Afganistán y había descubierto de primera mano lo horrible que era el combate. Había oído las historias que contaba su padre, general de infantería muy condecorado, pero oírlo no era lo mismo que verlo y, además, uno nunca contaba los aspectos realmente horribles, porque solía borrarlos de su propia memoria. Uno no contaba haber visto la cara de un amigo desintegrada por una bala de rifle, mientras tomaba unas copas en un bar, porque sencillamente era inexplicable para alguien incapaz de comprenderlo, y no era necesario describirlo a quien ya lo entendía. Uno se limitaba a levantar la copa para brindar por Grisha o Mirka o cualquier otro compañero y con eso bastaba en la comunidad armada. ¿Hacían ellos lo mismo? Probablemente. En una ocasión habían perdido hombres, cuando los terroristas irlandeses atacaron su propia base, para ser derrotados en última instancia, pero no sin antes infligir sus propios daños entre hombres muy preparados.

Y ésa era aquí la esencia de la profesión de las armas. Uno se entrenaba para decantar la suerte de su lado, pero sin lograr nunca llevar todas las de ganar.

Yu Chun había tenido un día realmente terrible. En la ciudad de Taipei, donde cuidaba de su madre anciana y gravemente enferma, había recibido la llamada urgente de una vecina para que encendiera el televisor, y ante sus ojos parpadeantes

vio cómo abatían a su marido de un disparo. Y eso sólo había sido el primer golpe del día.

El próximo había sido desplazarse a Pekín. Los dos primeros vuelos a Hong Kong estaban llenos y eso la obligó a pasar catorce horas de triste soledad entre un mar de rostros anónimos, hasta poder por fin coger un vuelo a la capital de la República Popular. Hubo turbulencias durante el vuelo, y ella se había acurrucado en el asiento junto a la ventana de la última fila, con la esperanza de que nadie viera la angustia de su cara, que intentaba ocultar. Por fin concluyó la epopeya, abandonó el avión y cruzó con bastante facilidad los controles de inmigración y de la aduana, porque no llevaba prácticamente equipaje en el que pudiera ocultar contrabando. Luego empezó todo de nuevo, en el taxi que la llevaba a casa.

Su casa estaba oculta tras un muro de policías. Intentó cruzar la línea del mismo modo en que uno procura abrirse paso en la cola del supermercado, pero la policía tenía órdenes de no admitir a nadie en la casa, sin exceptuar a alguien que viviera en la misma. Tardó veinte minutos y tuvo que hablar con tres policías de rango superior, pero ni aun así resolvió el problema. Llevaba entonces veintiséis horas sin dormir, durante veintidós de las cuales había estado viajando. Dadas las circunstancias, no era siquiera capaz de llorar, y arrastró los pies hasta la casa cercana de un feligrés de su marido, Wen Zhong, un hombre alto y rollizo, habitualmente alegre, que caía bien a todo el mundo y que regentaba un pequeño restaurante en su propia casa. Al ver a Chun le dio un abrazo, la invitó a entrar en su casa, le ofreció inmediatamente una habitación donde dormir y unas copas para relajarse. Yu Chun se quedó dormida en pocos minutos, y permaneció así durante varias horas, mientras Wen decidía resolver algunos asuntos por su cuenta. Prácticamente, lo único que Chun había logrado decir antes de caer presa del agotamiento era que quería trasladar el cuerpo de Fa An a su casa para ofrecerle un funeral como Dios manda. Wen no podía organizarlo por su cuenta, pero llamó a varios feligreses para comunicarles que la viuda del pastor había llegado a la ciudad. Supuso que el entierro tendría lugar en la isla de Taiwan, donde Yu había nacido, pero sus feligreses no podían despedirse de su querido líder espiritual sin su propia ceremonia y llamó a los demás feligreses para organizar un funeral en su pequeño templo. No tenía forma de saber que uno de los feligreses a los que había llamado pasaba directamente la información al Ministerio de Seguridad Estatal.

Barry Wise estaba bastante satisfecho de sí mismo. Si bien no ganaba tanto como sus colegas de las llamadas cadenas «principales», ya que la CNN no disponía de una división de entretenimiento para subvencionar las noticias, creía ser tan conocido como sus presentadores (blancos) y se diferenciaba de ellos por ser un informador serio que se desplazaba al campo, encontraba sus propias historias y escribía sus propios guiones. Barry Wise se ocupaba de las noticias y eso era todo. Disponía de un

pase para la sala de prensa de la Casa Blanca y en todas las ciudades importantes del mundo, no sólo gozaba de la reputación de ser un buen corresponsal con el que no se jugaba, sino también la de ser un informador honrado. Unos lo respetaban y otros lo detestaban, según el gobierno y la cultura. Este gobierno, pensó, tenía pocas razones para quererlo. Para Barry Wise, eran unos jodidos bárbaros. La policía aquí tenía ilusiones de grandeza, evidentemente inculcadas por los peces gordos del gobierno, que debían creerse con unos cojones muy grandes, porque mucha gente bailaba al son que ellos tocaban. Para Wise, eso indicaba todo lo contrario, pero no lo expresaba en voz alta, porque pequeños o no, disponían de policías armados y las armas eran, sin duda, lo suficientemente grandes.

Pero Wise también sabía que esa gente tenía un gran defecto. Veían el mundo distorsionado, como las personas con astigmatismo, suponían que ésa era su forma real. Eran como científicos en un laboratorio que no veían más allá de sus propias teorías, e intentaban tergiversar los datos experimentales para obtener el resultado esperado, o descartaban la información que su teoría no alcanzaba a explicar.

Aunque eso iba a cambiar. La información penetraba. Al permitir el comercio del libre mercado, el gobierno de la República Popular también había permitido la instalación de una selva de líneas telefónicas. Muchas de ellas estaban conectadas a aparatos de fax y muchas más a ordenadores, de modo que por todo el país circulaba ahora muchísima información. Wise se preguntaba si el gobierno era consciente de lo que eso suponía. Probablemente, no. Ni Marx ni Mao habían comprendido realmente lo poderosa que era la información, porque era el lugar donde uno encontraba la verdad, después de escarbar un poco, y la verdad no era lo mismo que la teoría. La verdad era la realidad de las cosas, y de ahí que fuera tan peligrosa. Uno podía negarla, pero sólo con el riesgo de ponerse a sí mismo en peligro, porque tarde o temprano le pondría en evidencia. Negarla sólo servía para empeorar lo inevitable, porque cuanto mayor fuera el tiempo en que se ocultara, más virulenta sería su reacción. El mundo había cambiado bastante desde la aparición de la CNN. Hasta 1980, un país podía negar cualquier cosa, pero las señales de la CNN, la voz y las imágenes descendían del satélite. Uno no podía negar las imágenes.

Y eso convertía a Barry. Wise en el crupier del casino de la información y la verdad. Era un repartidor de cartas honrado, debía serlo para sobrevivir en el casino, porque así se lo exigían los clientes. En el mercado libre de las ideas, siempre acababa por vencer la verdad, porque no necesitaba nada para sostenerse. La verdad se sostenía sola, y tarde o temprano el viento acababa por derribar los puntales de la mentira.

Era una profesión bastante noble, pensaba Wise. Su misión en la vida consistía en dar a conocer la historia y de paso intervenir un poco personalmente en ella, o por lo menos aportar su granito de arena, razón por la cual lo temían quienes se creían con

derecho exclusivo a definir la historia. A menudo, la idea le provocaba una sonrisa. Había ayudado un poco en el otro sentido, pensó Wise, con esos dos sacerdotes. No sabía a qué conduciría. Ese era el trabajo de otros.

A él todavía le quedaban sus propias cosas por hacer en China.

XXIX. BILLY BUDD

—¿Qué más puede fallar? —preguntó Ryan.

—La situación se calmará si tienen un poco de cerebro —respondió Adler, esperanzado.

—¿Lo tienen? —preguntó Robby Jackson, anticipándose a Arnie Van Damm.

—Esta pregunta no tiene fácil respuesta. ¿Son estúpidos? No, no lo son. ¿Pero ven las cosas como nosotros? No, tampoco. Ese es el problema principal que tenemos para tratar con ellos.

—Sí, son como klingons —observó Ryan lacónicamente—. Alienígenas del espacio. Maldita sea, Scott, ¿cómo podemos prever lo que van a hacer?

—En realidad, no podemos —respondió el secretario de Estado—. Tenemos un montón de personas valiosas, pero el problema está en que se pongan todas de acuerdo cuando hay que tomar una decisión importante. Nunca lo hacen —agregó Adler, frunciendo el entrecejo antes de proseguir—. Esos individuos son reyes de otra cultura, que ya era muy diferente de la nuestra antes de la llegada del marxismo y que ha empeorado gracias a las ideas de nuestro viejo amigo Karl. Son reyes porque gozan de poder absoluto. Existen ciertas limitaciones a dicho poder, pero no comprendemos plenamente cuáles son y, por consiguiente, no es fácil para nosotros aplicarlas o explotarlas. Son klingons. Por tanto, lo que necesitamos es a alguien como el señor Spock. ¿Alguien tiene uno a mano?

Se oyeron algunas risas alrededor de la mesa, propias de algo que no es particularmente gracioso, pero tampoco fácilmente eludible.

—¿Hoy no ha llegado nada nuevo de Sorge? —preguntó Van Damm.

Ryan negó con la cabeza.

—No, la fuente no mana todos los días.

—Lástima —dijo Adler—. He hablado de los informes de Sorge con algunos de mis investigadores... sólo para satisfacer mis propias especulaciones teóricas...

—¿Y? —preguntó Jackson.

—Les parecen perfectamente verosímiles, pero no como para hipotecar la casa por ellos.

El comentario les pareció divertido a los presentes.

—Ése es el problema con la buena información secreta —observó el vicepresidente—. No concuerda con lo que piensa tu propia gente, en el supuesto de que realmente piense.

—Eso no es justo, Robby —dijo Ryan.

—Lo sé, lo sé —respondió Jackson con las manos en alto—. Pero no puedo olvidar el lema general de la comunidad de inteligencia: «Apostamos tu vida». Uno se siente solo ahí arriba con un caza sujeto a la espalda, jugándose la vida por un

trozo de papel con la opinión de alguien mecanografiada en el mismo, cuando uno no conoce al individuo ni en qué basa su información. —Hizo una pausa para remover el café—. En la flota solíamos creer, o mejor dicho, confiar en que las decisiones tomadas en esta sala se basaban en información sólida. Es bastante decepcionante descubrir cómo son realmente las cosas.

—Robby, cuando estaba en el instituto recuerdo la crisis de los misiles de Cuba. Recuerdo que me pregunté si el mundo estaba a punto de estallar. Pero eso no me eximía de traducir media página de las malditas guerras de las Galias de Julio César. Entonces vi al presidente por televisión y supuse que todo estaba bien, porque, maldita sea, era el presidente de Estados Unidos y debía saber lo que realmente sucedía. De modo que traduje la batalla con los helvetii, y aquella noche dormí. El presidente sabe, porque por algo es presidente, ¿no es cierto? Luego me convertí yo en presidente y no sé más de lo que sabía un mes antes de serlo, pero, joder, todo el mundo ahí afuera —dijo Ryan, gesticulando en dirección a la ventana— cree que soy omniscien... ¡Ellen! —chilló con suficiente fuerza para que la secretaria lo oyera desde la antesala.

A los pocos segundos se abrió la puerta.

—Diga, señor presidente.

—Creo que ya lo sabe, Ellen —respondió Jack.

—Sí, señor —dijo la secretaria, al tiempo que se sacaba un paquete de Virginia Slims del bolsillo.

Ryan cogió un cigarrillo, lo encendió con el mechero que había dentro del paquete y dio una prolongada calada.

—Gracias, Ellen.

—De nada, señor presidente —sonrió maternalmente la secretaria, antes de regresar a su propio despacho y cerrar la puerta a su espalda.

—Jack.

—Dime, Rob —respondió Ryan, volviendo la cabeza—. Esto es asqueroso.

—De acuerdo, no tengo el don de la omnisciencia ni el de la perfección —respondió el presidente, enojado, después de su segunda calada—. Ahora, volvamos a China.

—No pueden olvidar lo de «nación sumamente favorecida» —dijo Van Damm—. Y si se lo pides al Congreso, Jack, te llevarán ante los tribunales. Además, puedes imaginarte que el Capitolio ofrecerá a Taiwan cualquier armamento que quieran comprar, la próxima vez que se lo pidan.

—Eso no me importa. Y no tenía la menor intención de ofrecerles la categoría de «nación sumamente favorecida», a no ser que decidan dejarse de tonterías y empezar a portarse como gente civilizada.

—He ahí el problema —recordó Adler a todos los presentes—. Ellos creen que

los incivilizados somos nosotros.

—Veo problemas —dijo Jackson, anticipándose a los demás, según Ryan a causa de su formación como piloto de caza, que lo inducía a tomar la iniciativa—. Simplemente están desconectados del resto del mundo. La única forma de ponerlos de nuevo en contacto será un tanto dolorosa. No particularmente para el pueblo, pero con toda seguridad, para los que toman las decisiones.

—Y éstos son los que controlan las armas —señaló Van Damm.

—Efectivamente, Arnie —confirmó Jackson.

—¿Cuál sería entonces la forma de conducirlos con suavidad? —preguntó Ryan, para intervenir de nuevo en la conversación.

—Mantenemos firmes. Decirles que queremos acceso comercial recíproco o, de lo contrario, se enfrentarán a barreras comerciales recíprocas. Decirles que ese incidente del nuncio imposibilita cualquier concesión por nuestra parte y que así es como son las cosas. Si quieren comerciar con nosotros, deben cambiar de actitud —aclaró Adler—. No les gusta que les digan estas cosas, pero es el mundo real y deben reconocer la realidad objetiva. En su mayoría lo comprenden —concluyó el secretario de Estado.

Ryan miró a su alrededor y vio que los presentes asentían.

—Bien, asegúrate de que Rutledge comprenda el mensaje.

—Sí, señor —asintió el secretario de Estado.

Todos se pusieron en pie y empezaron a abandonar el despacho. El vicepresidente Jackson cedió el paso a los demás.

—Rob —dijo Ryan a su viejo amigo.

—Anoche para variar miré un poco la televisión y vi una vieja película que no había visto desde que era niño.

—¿Cuál?

—Billy Bud, la historia de Melville sobre un pobre marino imbécil que logra que lo ahorquen. Había olvidado el nombre del barco de Billy.

—¿Ah, sí? —dijo Ryan, que también lo había olvidado.

—Se llamaba Los derechos del hombre. Un nombre muy noble para un barco. Imagino que Melville lo llamó así con premeditada malicia, como hacen los escritores, ¿pero no es eso por lo que luchamos? Ni siquiera la Armada Real británica luchó como lo hicimos nosotros en aquella época. Los derechos del hombre —repitió Jackson—. Un noble sentimiento.

—¿Qué relación tiene con nuestro problema actual, Rob?

—Jack, la primera regla de la guerra es la misión: en primer lugar, por qué diablos estás allí, y luego, qué te propones hacer al respecto. ¿No te parece que «los derechos del hombre» son un buen punto de partida? Por cierto, mañana la CNN visitará la iglesia de papá y la de Gerry Patterson. Intercambian iglesias, cada uno

predicará en el púlpito del otro para el responso, y la CNN ha decidido cubrirlo como noticia. Buena idea —opinó Jackson—. No eran así las cosas en Mississippi cuando yo era niño.

—¿Sucederá lo que tú anticipaste?

—Es sólo una intuición —reconoció Robby—, pero no imagino a ninguno de ellos tomándose lo sosegadamente. Es una oportunidad demasiado buena para dar una buena lección, sobre el hecho de que al Señor no le importa un carajo el color de la piel y que todos los creyentes deben permanecer unidos. Probablemente, ambos mencionarán lo del aborto, a mi papá no le entusiasma realmente el derecho al aborto, ni a Patterson tampoco, pero sobre todo hablarán de justicia y de igualdad y de cómo dos buenos hombres están en presencia de Dios después de cumplir con su obligación.

—Tu papá es muy buen predicador, ¿no es cierto?

—Si otorgaran Pulitzer por predicar, tendría la pared cubierta de galardones, Jack, y Gerry Patterson tampoco está mal para ser blanco.

—¡Ah! —exclamó Yefremov, desde su puesto de vigilancia en el edificio, en lugar de uno de los vehículos, donde se sentía más cómodo y era suficientemente veterano para merecer y apreciar la comodidad.

Ahí estaba Suvorov/Koniev, sentado en el banco, con el periódico de la tarde en las manos. No era preciso vigilarlo, pero lo hacían sólo para estar seguros. Evidentemente, había millares de bancos públicos en Moscú, y la probabilidad de que su sujeto se sentara tantas veces en el mismo era realmente astronómica. Eso sería lo que argumentarían ante el juez cuando llegara el momento del juicio... según lo que el sujeto llevara en la mano derecha. (Su ficha del KGB decía que era diestro, y parecía ser cierto). Era tan hábil que apenas pudieron darse cuenta de lo que hacía, pero lo hizo y lo vieron. Su mano derecha soltó el periódico, se introdujo en el bolsillo de su chaqueta y sacó algo metálico. Entonces la mano hizo una breve pausa y cuando volvía las páginas del periódico, distrayendo con el movimiento del papel a cualquiera que pudiera estar observándolo, puesto que el ojo humano se dirige ineludiblemente al movimiento, la mano derecha se desplazó bajo el banco, fijó la nueva caja al sujetador magnético y volvió al periódico, todo ello con un movimiento tan fluido y rápido que pareció invisible. Bueno, casi, pensó Yefremov, que ya había capturado a varios espías, cuatro para ser exactos, lo que explicaba su promoción al cargo de supervisor. Todos sus casos habían sido emocionantes, porque consistían en perseguir y atrapar las presas más escurridizas. Y en este caso era un sujeto entrenado en Rusia, los más difíciles de aprehender. Nunca había atrapado a uno de ellos, y era más emocionante aún por tratarse no sólo de un espía, sino también de un traidor... y puede que además culpable de asesinato, pensó. Eso sería otra novedad. En su experiencia, el espionaje nunca incluía la violación de la ley. Una operación de

inteligencia consistía en una transferencia de información, lo cual era ya bastante peligroso. El asesinato suponía un peligro adicional, que no estaba previsto para complacer a un espía profesional. Hacía ruido, como solían decir ellos, y el ruido era algo que los espías evitaban tanto como los ladrones de azotea y por las mismas razones.

—Llame a Provalov —ordenó Yefremov a su subordinado.

Tenía dos razones para hacerlo. En primer lugar, estaba en deuda con el teniente de la milicia, que era quien le había presentado tanto el caso como al sujeto. En segundo lugar, tal vez el policía moscovita supiera algo útil para su parte de aquel caso. Siguieron vigilando a Suvorov/Koniev otros diez minutos. Por fin se levantó del banco y dio un paseo hasta el coche para regresar luego a su casa, durante cuyo trayecto lo siguió debidamente un equipo de vigilancia que se alternaba permanentemente. Después de los quince minutos de rigor, uno de los hombres de Yefremov cruzó la calle y retiró la caja del banco. Una vez más era la de la cerradura, lo cual indicaba que su contenido posiblemente era más importante. Era preciso desactivar el mecanismo de seguridad, para evitar que se destruyera su contenido, pero el SSF disponía de personal experto en dichos menesteres, que ya había descubierto la forma de abrir aquella caja. Eso se confirmó a los veinte minutos, cuando se abrió la caja, se extrajo su contenido, se desdobló, se fotografió, se volvió a doblar, se introdujo de nuevo en la caja y por fin se volvió a cerrar, para devolverla inmediatamente al banco.

En el cuartel general del SSF, el equipo de descodificación mecanografió el mensaje en un ordenador, donde ya habían introducido la clave de un solo uso. Acto seguido, en cuestión de segundos, el ordenador realizó una función parecida a la de pasar un documento por una plantilla. El texto estaba claro y, afortunadamente, en ruso. El contenido era harina de otro costal.

—¡Yob tvoyu maht! —exclamó el técnico, utilizando una de las expresiones más groseras de su idioma: «me cago en tu madre».

A continuación entregó la página a uno de los supervisores, cuya reacción fue parecida. Luego se dirigió al teléfono y llamó a Yefremov.

—Pavel Georgiyevich, tiene que ver esto.

Provalov estaba allí cuando entró el jefe de la sección de descodificación. La copia impresa estaba en un sobre amarillo, que le entregó sin decir palabra.

—¿Y bien, Pasha? —preguntó el investigador de homicidios.

—Tenemos la respuesta a nuestra primera pregunta.

El coche fue adquirido incluso en el mismo concesionario del centro de Moscú —decía el papel—. Aquí no hay ningún fallo por descubrir. Los hombres que llevaron a cabo la misión están ambos muertos en S. P. Antes de hacer otro intento, necesito una indicación por su parte respecto a la sincronización y también al pago de mis

contratistas.

—Entonces, Golovko era el objetivo —observó Provalov, y el jefe del servicio de inteligencia de nuestro país debe la vida a un proxeneta, pensó.

—Eso parece —reconoció Yefremov—. Fíjese que no pide dinero para sí mismo. Supongo que está ligeramente avergonzado por haber fallado en su primer intento.

—¿Entonces trabaja para los chinos?

—Eso parece también —respondió el agente del SSF, con un escalofrío interno.

«¿Por qué querrán los chinos hacer tal cosa? —se preguntó a sí mismo—. ¿No es esto casi un acto de guerra?».

Se reclinó en su butaca y encendió un cigarrillo, con la mirada fija en los ojos de su colega de la policía. Ninguno de ellos sabía qué decir en aquel momento y ambos guardaron silencio. La noticia no tardaría en circular y alejarse de sus manos. Tomada dicha decisión, se dirigieron ambos a sus respectivas casas para cenar.

La mañana era más clara que de costumbre en Pekín. La señora Yu había dormido a pierna suelta y, a pesar de despertar con una ligera jaqueca, agradecía la insistencia de Wen en que tomara un par de copas antes de acostarse. Entonces recordó por qué estaba en Pekín y todo pensamiento agradable voló de su mente. El desayuno consistió primordialmente en té verde, y ella permaneció cabizbaja, con el recuerdo de la voz de su marido y el lúgubre reconocimiento de que no volvería a oírla. Siempre estaba de buen humor a la hora del desayuno y nunca olvidaba, como ella acababa de hacerlo, darle gracias al Señor por los alimentos recibidos y por un nuevo día para servirle. No se repetiría. Ya no volvería a hacerlo, se recordó a sí misma. Pero ella también tenía obligaciones que cumplir.

—¿Qué podemos hacer, Zhong? —preguntó, cuando apareció su anfitrión.

—Iré contigo a la comisaría de policía, pediremos el cuerpo de Fa An, luego te ayudaré a trasladar a nuestro amigo en avión a su casa y celebraremos un responso en...

—No, no puede ser, Zhong. Está allí la policía y no permite que pase nadie. Ni siquiera me dejaron entrar a mí, a pesar de tener todos los papeles en regla.

—Entonces lo haremos en la calle y nos verán rezar por nuestro amigo —dijo decididamente el propietario del restaurante.

A los diez minutos se había aseado y estaba lista para salir. La comisaría de policía estaba a sólo cuatro manzanas de distancia y era un edificio sencillo, corriente en todos los sentidos, salvo por un cartel que había sobre la puerta.

—¿Qué desean? —preguntó el agente de servicio, cuando vio de reojo a unas personas cerca del mostrador.

Levantó la cabeza de los formularios que ocupaban su atención desde hacía unos minutos, y vio a un hombre y a una mujer aproximadamente de la misma edad.

—Soy Yu Chun —respondió la señora Yu, y detectó un vestigio de

reconocimiento en la mirada del agente al oír su nombre.

—¿Es usted la esposa de Yu Fa An? —preguntó el policía.

—Efectivamente.

—Su marido era un enemigo del pueblo —declaró a continuación el agente, que estaba seguro de ello pero no de mucho más en aquel delicado caso.

—Yo no creo que lo fuera, pero lo único que pido es su cuerpo para poder llevarlo a casa y enterrarlo con su familia.

—No sé dónde está el cuerpo —respondió el policía.

—Pero murió como consecuencia del disparo de un policía —insistió Wen—, y por tanto disponer del cadáver es un asunto policial. ¿Tendría usted la amabilidad, camarada, de llamar al número que corresponda para que podamos retirar el cadáver de nuestro amigo?

Sus modales no daban pie a que el agente se enojara. Pero el policía no sabía realmente a qué número llamar y acabó por marcar un número interno, en la extensa división administrativa. Se sentía cohibido ante dos paisanos junto al mostrador, pero no había forma de evitarlo.

—Diga —respondió una voz al tercer intento.

—Soy el sargento Jiang desde la recepción. Está aquí Yu Chun, que busca el cuerpo de su marido, Yu Fa An. Debo indicarle adónde dirigirse.

La respuesta tardó unos segundos, porque el individuo que estaba al otro extremo de la línea tuvo que hacer un esfuerzo para recordarlo...

—Ah, sí, dígame que puede ir al río Da Yunhe. Su cadáver fue incinerado anoche, y las cenizas, arrojadas al agua.

Fuera o no enemigo del pueblo, no sería agradable darle la noticia a su viuda, que probablemente le quería. El sargento Jiang colgó el teléfono y decidió contárselo.

—El cuerpo de Yu Fa An fue incinerado anoche y sus cenizas se arrojaron al río, camarada.

—¡Esto es una crueldad! —exclamó inmediatamente Wen. En aquel momento, Chun estaba demasiado aturdida para reaccionar.

—No puedo hacer nada más por ustedes —dijo Jiang y bajó la cabeza para concentrarse de nuevo en sus papeles.

—¿Dónde está mi marido? —logró preguntar Yu Chun, después de unos treinta segundos de silencio.

—El cadáver de su marido fue incinerado y se han desparramado las cenizas —respondió Jiang, sin levantar la cabeza, porque dadas las circunstancias, realmente no quería verle los ojos—. No puedo hacer nada más por ustedes. Ahora pueden marcharse.

—¡Quiero que me devuelvan a mi marido! —insistió Chun.

—Su marido está muerto y su cadáver ha sido incinerado. ¡Ahora, márchense! —

repitió el sargento Jiang, con el deseo de que desaparecieran y le permitieran seguir con su papeleo.

—Quiero a mi marido —exclamó ahora a voces, llamando la atención de varias personas presentes en el vestíbulo.

—Nos ha abandonado, Chun —dijo Zhong, al tiempo que la cogía del brazo para conducirla hacia la puerta—. Vamos, rezaremos por él en la calle.

—Pero por qué han... quiero decir, por qué está... y por qué...

Lo que había sucedido en un período de veinticuatro horas sencillamente era demasiado. A pesar de haber dormido durante la noche, Yu Chun todavía estaba demasiado desconcertada. Su marido desde hacía veinte años había desaparecido, ¿y ahora ni siquiera podía ver la urna con sus cenizas? Era mucho que digerir para una mujer que nunca se había tropezado siquiera con un policía en la calle, que nunca había hecho nada que pudiera ofender al Estado, salvo quizá casarse con un cristiano, pero, en cualquier caso, ¿qué mal había en ello? ¿Si había alguno de ellos, o alguno de sus feligreses, confabulado alguna vez contra el Estado? No. ¿Alguno de ellos había quebrantado alguna ley, civil o penal? No. Entonces, ¿por qué le había caído a ella esa desgracia? Se sentía como si la hubiera atropellado un camión invisible al cruzar la calle y a continuación se hubiera decidido que las heridas eran culpa suya. Tras un camión invisible había otro, aún menos misericordioso que el anterior.

No le quedaba nada por hacer, ni recurso legal, ni de ningún otro género, por presentar. Ni siquiera podían ir a su propia casa, cuya sala de estar había servido a menudo de iglesia, para rezar por el alma de Yu y pedirle a Dios su ayuda y su misericordia. En su lugar rezarían... ¿dónde?, se preguntó. Cada cosa a su debido tiempo. Chun y Wen salieron a la calle, para huir de las miradas que se habían fijado en ellos en el vestíbulo, con un impacto casi físico. Pronto dejaron atrás las miradas y el peso de las mismas, pero el sol de la calle era otra intrusión en lo que debía haber sido y necesitaba ser un día de recogimiento para rezar a Dios, cuya misericordia no era muy evidente en aquel momento. En su lugar, el brillo del sol avasallaba los párpados de Chun, iluminando la oscuridad que podía haber simulado, si no exactamente otorgado, la paz que anhelaba. Tenía un vuelo de vuelta reservado a Hong Kong, y de allí a Taipei, donde por lo menos podría llorar en presencia de su madre, que también esperaba la llegada de la muerte, porque tenía más de noventa años y estaba muy débil.

Para Barry Wise, hacía mucho que había empezado el día. Sus colegas de Atlanta lo habían felicitado con entusiasmo en un e-mail, por su último reportaje. Tal vez otro Emmy, decían. A Wise le gustaba recibir galardones, pero no eran la razón de su trabajo. Lo hacía sencillamente porque era su oficio. No podía siquiera decir que disfrutara haciéndolo, porque las noticias sobre las que informaba raramente eran bonitas o agradables. Era sólo su trabajo, el que había elegido. Si había un aspecto

que realmente le gustara, era la novedad. Así como mucha gente al despertar por la mañana se preguntaba qué vería todos los días en la CNN, desde los resultados de béisbol hasta ejecuciones, él se preguntaba todos los días al despertar cuál sería la noticia sobre la que informaría. A menudo tenía cierta idea del lugar donde encontraría su reportaje y aproximadamente en qué consistiría, pero nunca podía estar completamente seguro, y en la novedad radicaba la aventura de su trabajo. Había aprendido a confiar en sus instintos, aunque nunca había comprendido realmente de dónde procedían o cómo parecían saber lo que intuían, y hoy sus instintos le recordaron que una de las personas a las que había visto morir de un disparo había dicho que estaba casado y que su esposa se encontraba en Taiwan. ¿Habría regresado? Valía la pena intentarlo. Procuró que Atlanta se pusiera en contacto con el Vaticano, pero de ese reportaje se ocuparía la oficina de Roma. El avión con el cuerpo del cardenal DiMilo volaba hacia Italia, donde alguien se ocuparía de filmarlo todo en directo para la CNN y el reportaje se transmitiría al mundo entero por lo menos diez veces.

En la habitación de su hotel había una cafetera y se preparó un café con granos robados de la oficina de la CNN en Pekín. Tomar café, como a tantos otros, le ayudaba a pensar.

Bien, pensó, el cuerpo del italiano, el cardenal, estaba siendo trasladado en un ataúd a bordo de un 747 de Alitalia, que probablemente volaba sobre algún lugar de Afganistán. ¿Pero y el chino, el pastor baptista que había recibido un disparo en la cabeza? Debía haber dejado también un cadáver, además de feligreses, ¿y no había dicho que estaba casado? En ese caso, tenía una esposa en algún lugar que querría recuperar su cuerpo para enterrarlo. Por lo menos podría intentar entrevistarla a ella... sería una buena continuación del reportaje y permitiría a Atlanta mostrar una vez más la cinta de los asesinatos. Estaba seguro de que el gobierno de Pekín lo habría incluido en su lista negra oficial, pero no le importaba un carajo, pensó Wise mientras tomaba un sorbo de Starbucks; no era ninguna vergüenza formar parte de dicha lista. Esa gente era terriblemente racista. Incluso la gente en la calle se estremecía al cruzarse con él, debido a su piel oscura. Ni siquiera en Birmingham bajo el mandato de Bull Connor se había tratado a los negros norteamericanos como si fueran malditos alienígenas de otro planeta. Aquí todo el mundo tenía el mismo aspecto, vestía del mismo modo y hablaba de la misma manera. Maldita sea, necesitaban algunos negros, aunque sólo fuera para animar un poco la mezcla. También podrían añadir algunos suecos rubios y tal vez unos cuantos italianos para abrir algún buen restaurante...

Pero su misión no consistía en civilizar el mundo, sino en limitarse a contar lo que sucedía. Las negociaciones comerciales no eran el centro de interés, pensó Wise, por lo menos no hoy. Hoy, él y su furgoneta con la antena parabólica volverían a la

casa del reverendo Yu Fa An. Wise tenía una corazonada. Sólo eso. Pero raramente le habían defraudado.

Ryan disfrutaba de otra noche libre. La noche siguiente sería diferente. Tenía que hacer otro maldito discurso sobre política exterior. Por qué no podía limitarse a anunciar la política en la sala de prensa y asunto concluido; eso era algo que nadie le había dicho, ni él lo había preguntado, por temor a que Arnie lo tomara (una vez más) por un imbécil. Sencillamente, así era como se hacía. El discurso y su contenido no tenían nada que ver con la identidad del grupo al que se dirigía. Sin duda debía haber una forma más fácil de contarle al mundo lo que pensaba. De esa forma, Cathy se veía también obligada a acompañarlo y ella odiaba esos acontecimientos, porque la alejaban de las notas de sus pacientes, que guardaba con el celo de un león custodiando la presa que acaba de matar para la cena. Cathy se quejaba a menudo de que lo de ser primera dama entorpecía su labor como cirujana. Jack no lo creía. Le parecía más probable que, al igual que la mayoría de las mujeres, Cathy necesitaba algo de que quejarse y este aspecto era más impresionante que sus protestas más comunes, como la de no poder preparar la cena de vez en cuando, que echaba de menos mucho más de lo que a las feministas les habría gustado saber. Cathy había pasado más de veinte años perfeccionando sus artes culinarias, y cuando el tiempo lo permitía (no muy a menudo) se escabullía a la espaciosa cocina de la Casa Blanca, para intercambiar ideas y recetas con el jefe de cocina. Ahora, sin embargo, estaba acurrucada en un cómodo sofá, repasando las notas de sus pacientes y tomando una copa de vino, mientras Jack miraba la televisión, para variar, no bajo la vigilancia de la escolta del servicio secreto y del personal doméstico.

Pero el presidente realmente no miraba la televisión. Sus ojos miraban en dicha dirección, pero su mente estaba en otro lugar. Era una forma de mirar que su esposa había aprendido a distinguir durante el último año, casi como si durmiera con los ojos abiertos, mientras su cerebro analizaba algún problema. En realidad, era algo que ella también hacía con cierta frecuencia, cuando pensaba en la mejor forma de tratar el problema de algún paciente mientras almorzaba en la cafetería de Hopkins, creando una imagen en su mente como un dibujo de Disney, simulando el problema y aplicándole soluciones teóricas. Ahora no le sucedía con tanta frecuencia. Los procedimientos con láser que ella había contribuido a desarrollar empezaban a llegar a un punto en que un mecánico de coches podía aplicarlos, aunque, evidentemente, ni ella ni sus colegas lo divulgaban. Debía haber misterio en la medicina, o de lo contrario el médico perdía el poder de decirles a sus pacientes lo que debían hacer, de modo que realmente lo hicieran.

Por alguna razón, pensó Cathy, eso no era aplicable a la presidencia. El Congreso, bueno, casi siempre le seguía la corriente, como era lógico, dado que las peticiones de Jack solían ser eminentemente razonables, pero no siempre y a menudo por las

razones más mezquinas.

—Puede que sea bueno para el país, pero no lo es para mi distrito y...

Y olvidaban que al llegar a Washington habían hecho un juramento al país y no a sus estúpidos distritos. Cuando se lo mencionó a Arnie, éste soltó una buena carcajada y le soltó un discurso sobre cómo funcionaba el mundo real, ¡como si un médico no lo supiera!, pensó, enojada. De modo que Jack debía equilibrar lo que era real y lo que no lo era pero debería serlo, por una parte, en contraposición a lo que no lo era ni nunca lo sería. Como la política exterior. Para un hombre casado tenía mucho más sentido mantener una relación con una fulana que intentar razonar con algunos países extranjeros. Por lo menos, uno podía decirle a la fulana que todo había terminado después de tres o cuatro veces, pero esos malditos jefes de Estado extranjeros seguían ahí permanentemente con su estupidez.

Eso era algo bueno de la medicina, pensó la profesora Ryan. Los médicos en todo el mundo trataban a los pacientes prácticamente del mismo modo, porque el cuerpo humano era igual en todas partes, y un tratamiento que hubiera funcionado en Johns Hopkins al este de Baltimore tendría la misma eficacia en Berlín, Moscú o Tokio, aunque variara el aspecto de la gente y su forma de hablar. Y si eso era cierto, ¿por qué no podía la gente en el mundo entero pensar del mismo modo? ¿No es cierto que sus malditos cerebros eran iguales? Ahora le tocaba quejarse a ella, como a menudo lo hacía su marido.

—Jack —dijo, después de cerrar su cuaderno.

—Dime, Cathy.

—¿En qué estás pensando ahora?

Sobre todo en cuánto me gustaría que estuviera aquí Ellen Sumter con un cigarrillo, pensó él. Si Cathy sabía que fumaba a hurtadillas en el despacho oval, y era probable que lo supiera, no lo manifestaba, porque no buscaba motivos de pelea y él había dejado de fumar en su presencia y la de sus hijos. Cathy le permitía disfrutar de su vicio, siempre y cuando lo hiciera con suma moderación. Lo que ella se preguntaba era por la causa de su anhelo por la nicotina.

—En China, cariño. En esta ocasión han metido realmente la pata, pero no parecen ser conscientes de la mala impresión que han dado.

—¿Cómo puede dejar de dar mala impresión matar a esas dos personas? —preguntó la cirujana.

—No todo el mundo valora la vida humana igual que nosotros, Cath.

—Los médicos chinos que he conocido la valoran; pero, claro, son médicos y todos hablamos como tales.

—Supongo —dijo Ryan, en el momento en que se interrumpía el programa de televisión que fingía mirar, para una pausa publicitaria y se levantó para dirigirse a la cocina del piso de arriba en busca de otro whisky—. ¿Otra copa, cariño?

—Sí, por favor —respondió Cathy, con su sonrisa de árbol de Navidad.

Jack cogió la copa de su esposa. De modo que no tenía compromisos para el día siguiente. Había llegado a encantarle el Chardonnay Chateau Sainte Michelle que habían probado por primera vez en Camp David. Él, esta noche, tomaba whisky americano Wild Turkey con hielo. Le encantaba su fuerte olor a maíz y semillas de centeno, y hoy había dado la noche libre al personal del piso superior, lo cual le permitía el relativo lujo de servirse sus propias copas y prepararse incluso un bocadillo de mantequilla de cacahuete, si le apetecía. Cuando regresó con las copas acarició el cuello de su esposa, y ella se estremeció con coquetería, como siempre hacía en dichas circunstancias.

—¿Qué ocurrirá entonces en China?

—Lo descubriremos como todo el mundo, viendo la CNN. En ciertos aspectos son mucho más rápidos que nuestro personal de inteligencia. Y nuestros espías no son más hábiles para pronosticar el futuro que los corredores de Wall Street.

«Sería fácil identificar a dicho personaje en Merrill Lynch si existiera —pensó Jack—. Todos los millonarios harían cola en la puerta de su despacho».

—¿Entonces tú qué crees?

—Estoy preocupado, Cath —reconoció Ryan, después de sentarse.

—¿Por qué?

—Por lo que tendremos que hacer si vuelven a meter la pata. Pero no se lo podemos advertir. Eso sólo aseguraría que ocurriera algo malo, porque cometerían alguna enorme estupidez sólo para demostrar lo poderosos que son. Así son las naciones. No se puede hablar con ellas como personas reales. Las personas que toman las decisiones allí piensan con la...

—¿Polla? —sugirió Cathy con una risita.

—Efectivamente —asintió Jack—. Y muchos se guían por ella dondequiera que estén. Los hábitos de algunos líderes extranjeros que conocemos bastarían para que los expulsaran de cualquier prostíbulo respetable del planeta. Les encanta demostrar a todo el mundo lo duros y varoniles que son, y para ello se comportan como animales en un maldito corral.

—¿Secretarias?

—Hay mucho de eso —asintió Ryan—. Maldita sea, al presidente Mao le gustaba desvirgar doncellas de doce años, como quien se muda de camisa. Supongo que, a su avanzada edad, era lo mejor que podía hacer...

—En aquella época no existía la Viagra, Jack —señaló Cathy.

—¿Crees que ese medicamento civilizará el mundo? —preguntó con una mueca, mirando a la doctora con la que estaba casado.

Parecía improbable.

—Bueno, tal vez proteja a muchas niñas de doce años.

Jack consultó su reloj. Dentro de otra media hora se acostaría. Hasta entonces, tal vez podría mirar realmente un poco la televisión.

Rutledge apenas acababa de despertarse. Vio un sobre junto a la puerta, lo cogió, lo abrió y en su interior encontró un comunicado oficial de la central, con instrucciones para el día que no eran muy diferentes de las del día anterior. Nada en cuanto a ofrecer concesiones, que eran el lubricante de los tratos con la República Popular. Era preciso darles alguna cosa para obtener algo a cambio, y los chinos no parecían percatarse de que dicho sistema podía y de vez en cuando debía funcionar también a la inversa. Cuando se dirigía a su cuarto de baño privado, Rutledge se preguntó si habrían sido parecidas las conversaciones con los diplomáticos alemanes en mayo de 1939. ¿Pudo alguien haber evitado que estallara aquella guerra?, se preguntó. Retrospectivamente, parecía que no. Algunos jefes de Estado simplemente eran demasiado estúpidos para asimilar lo que les decían sus diplomáticos, o puede que la idea de la guerra resultara sencillamente atractiva para ciertas mentalidades. Bueno, incluso la diplomacia tenía sus limitaciones.

El desayuno se sirvió al cabo de media hora, cuando Rutledge acababa de ducharse y afeitarse impecablemente. Todos sus subordinados estaban en el comedor; en su mayoría leyendo el periódico, para enterarse de lo que sucedía en su país. Ya sabían, o creían saber, lo que sucedería aquí. Nada. Rutledge estaba de acuerdo con dicha evaluación. Pero también se equivocaba.

XXX. Y LOS DERECHOS DEL HOMBRE

—¿Tienes la dirección? —preguntó Wise dirigiéndose al conductor, que además era el cámara del equipo, e iba al volante por su pulso firme y por su habilidad para evitar embotellamientos de tráfico.

—Si, Barry, la tengo —respondió.

Además, la había introducido en el sistema de navegación vía satélite y el ordenador les indicaría la ruta que debían seguir. «Algún día, Hertz acabaría por conquistar el mundo», pensó Wise con una carcajada. Siempre y cuando no volvieran los anuncios de O. J.

—Parece que va a llover —comentó Barry Wise.

—Es posible —respondió su productor.

—¿Qué creéis que le habrá sucedido a la chica que dio a luz? —preguntó el cámara al volante.

—Probablemente ya está en su casa con su hijo. Apuesto a que aquí las madres no se quedan mucho tiempo en el hospital —especuló Wise—. El problema es que no tenemos su dirección. No hay forma de hacer un segundo reportaje sobre ella y el bebé.

Lamentablemente, pudo haber agregado Wise. Conocían su apellido, Yang, por la cinta original, pero su nombre de pila y el de su marido eran confusos.

—Aquí habrá un montón de Yang en la guía telefónica.

—Probablemente —dijo Wise, que no estaba siquiera seguro de que en Pekín hubiera una guía telefónica, o de que la familia Yang tuviera teléfono, y además ningún miembro de su equipo era capaz de leer los caracteres ideográficos que configuraban el idioma chino escrito.

Todo ello constituía un muro de piedra infranqueable.

—Dos manzanas —anunció el cámara al volante—. Sólo debo girar a la izquierda... aquí...

Lo primero que vieron fue una multitud de uniformes color caqui, de la policía local, firmes como centinelas, que evidentemente es lo que eran. Aparcaron la furgoneta, se apearon e inmediatamente fueron objeto de un escrutinio, como si salieran de una nave espacial extraterrestre. Pete Nichols ya llevaba su cámara al hombro y eso no alegró a los policías, porque todos habían recibido información sobre el equipo de la CNN en el hospital Longfu y los perjuicios causados a la República Popular. Por consiguiente, miraron con odio al equipo de televisión, y Wise y sus compañeros no podrían haber deseado nada mejor para sus fines.

Wise se acercó al policía con más galones en su uniforme.

—Buenos días —dijo amablemente Barry.

El sargento que estaba al mando de la unidad se limitó a inclinar la cabeza. Su

rostro permanecía perfectamente impasible, como si jugara al póquer con apuestas moderadas.

—¿Podría usted ayudarnos? —preguntó Wise.

—¿Ayudarlos, a qué? —dijo el policía en un inglés chapurreado, de pronto enojado consigo mismo por haber delatado que entendía el idioma.

Habría sido preferible hacerse el tonto, comprendió con unos segundos de retraso.

—Buscamos a la señora Yu, la esposa del reverendo Yu, que vivía aquí.

—Aquí, no —respondió el sargento de policía, agitando las manos—. Aquí, no.

—Entonces esperaremos —replicó Wise.

—Señor ministro —dijo Cliff Rutledge, a modo de saludo.

Shen llegaba tarde, para sorpresa de la delegación norteamericana. Puede que fuera un mensaje dirigido a sus invitados, para indicarles que no eran terriblemente importantes en el esquema global de las cosas, o que el retraso se debiera a que estaba recibiendo nuevas instrucciones del Politburó, o tal vez su coche había tenido dificultades para arrancar por la mañana. Rutledge se inclinaba personalmente por la segunda alternativa. El Politburó habría querido participar en las conversaciones. Shen Tang probablemente había sido una influencia moderadora, al explicarles a sus colegas que la posición norteamericana, por muy injusta que fuera, sería difícil de alterar en esta serie de conversaciones y, por consiguiente, lo inteligente sería ajustarse de momento a la posición norteamericana, para recuperar luego lo perdido en una nueva serie de conversaciones al año siguiente. Les había hablado de que el sentido norteamericano del juego limpio les había costado, después de todo, más negociaciones que cualquier otro factor a lo largo de la historia.

Eso era lo que Rutledge habría hecho en su lugar y sabía que Shen no era imbécil. En realidad, era un técnico diplomático competente y bastante hábil para captar rápidamente la situación. Sabía, o mejor dicho, rectificó Rutledge, debería o tendría que saber que la posición norteamericana se apoyaba en la opinión pública de su país y que dicha opinión pública iba contra los intereses de la República Popular, porque los chinos habían metido la pata estrepitosamente. De modo que, si había logrado persuadir de su actitud al resto del Politburó, empezaría con una pequeña concesión, que indicaría la pauta de la jornada, y le permitiría a Rutledge avanzar unos pasos antes del cierre de la sesión por la tarde. Eso era lo que Rutledge esperaba, porque le permitiría conseguir lo que su país deseaba sin mayores contratiempos, además de ensalzar su reputación en el ministerio. Tomó un último sorbo del agradable té, se acomodó en su butaca y gesticuló en dirección a Shen para que iniciara la sesión.

—Nos resulta difícil comprender la posición norteamericana en éste y otros asuntos...

Vaya, vaya...

—Estados Unidos ha optado por afrentar nuestra soberanía en muchos sentidos.

En primer lugar, está el asunto de Taiwan...

Rutledge escuchaba por el auricular que le facilitaba una traducción simultánea. De modo que Shen no había logrado persuadir al Politburó de que adoptase una actitud razonable. Eso significaba otro día improductivo en las conversaciones y, tal vez, posible pero todavía no probablemente, el fracaso completo de la negociación. Si Estados Unidos no conseguía concesiones por parte de China y se veían obligados a imponer sanciones, sería ruinoso para ambos países y eso no convertiría el mundo en un lugar más seguro. La diatriba duró veinte minutos, según su reloj.

—Señor ministro —empezó a decir Rutledge, cuando tuvo la palabra—, me resulta también difícil comprender su intransigencia... —prosiguió según su pauta claramente marcada, variándola sólo ligeramente cuando dijo—: Les advertimos formalmente de que si la República Popular no abre sus mercados a las mercancías norteamericanas, el gobierno de Estados Unidos aplicará las provisiones del Decreto de Reforma del Comercio...

Rutledge se percató de que Shen se ruborizaba ligeramente. ¿Por qué? Debía conocer las reglas del juego. Rutledge se lo había advertido centenares de veces durante los días anteriores. Claro que no había mencionado nunca la palabra «formalmente», que en la jerga diplomática significaba «no bromeo, amigo, hasta aquí hemos llegado», pero la importancia de sus declaraciones anteriores era perfectamente evidente, y Shen no era tonto... ¿o lo era? ¿O era Cliff Rutledge quien lo había interpretado todo erróneamente?

—Hola —dijo una voz femenina.

—Hola —respondió Wise, volviendo la cabeza inmediatamente—. ¿Nos conocemos?

—Usted conoció fugazmente a mi marido. Soy Yu Chun —respondió la mujer en un inglés bastante aceptable, probablemente de ver televisión, que servía para que todo el mundo aprendiera inglés (por lo menos la versión norteamericana). Barry Wise se puso en pie.

—Caramba —parpadeó Wise varias veces—. Señora Yu, le ruego que acepte nuestro pésame por la pérdida de su marido. Era un hombre muy valiente.

Yu asintió para agradecer sus buenos deseos, con un nudo en la garganta al recordar la clase de hombre que había sido Fa An.

—Gracias —logró decir, controlando las emociones que bullían en su interior, como con el grueso muro de una presa.

—¿Se celebrará un funeral por la muerte de su marido? De ser así, señora, nos gustaría tener su permiso para dejar constancia del mismo.

A Wise nunca le había gustado la escuela de periodismo que se especializaba en «¿cómo se siente usted, después de la muerte de su ser querido?». Había visto muchas más muertes como periodista que en la infantería de marina, y eran lo mismo

en todo el mundo. Llegaba el hombre de la guadaña, para llevarse siempre algo preciado por alguien, generalmente por más de una persona, y el vacío que dejaba a su espalda sólo podía llenarse con lágrimas, que eran el lenguaje universal. Lo que eso tenía de positivo era que la gente lo entendía en el mundo entero. Lo negativo era que exteriorizarlo causaba más daño a las víctimas supervivientes, y a Wise le resultaba difícil su obligación ocasional de hacerlo, por muy significativo e importante que fuera para su reportaje.

—No lo sé. Solíamos rezar aquí en la casa, pero la policía no me permite entrar —respondió Yu.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Wise sinceramente—. A veces, la policía escucha a la gente como nosotros —agregó, gesticulando en dirección a los agentes, situados a unos veinte metros de distancia, antes de dirigirse discretamente a Pete Nichols—: Carga la cámara.

Era difícil para los norteamericanos imaginar la impresión que les causaba a los policías, pero la viuda Yu avanzó hacia ellos con su acompañante negro norteamericano, seguidos de cerca por el cámara blanco.

Yu empezó a hablarle al comandante, con el micrófono de Wise entre ambos, en un tono sosegado y cortés, pidiéndole permiso para entrar en su casa.

El sargento de policía meneó la cabeza, en un gesto que significaba «no, no puede pasar».

—Espere un momento. Señora Yu, ¿podría usted traducir para mí? —Ella asintió—. Sargento, usted sabe quién soy y a lo que me dedico, ¿no es cierto?

El policía asintió de forma breve y poco amigable.

—¿Cuál es la razón para que no se le permita a esta señora entrar en su propia casa?

—«Tengo mis órdenes» —tradujo Chun.

—Comprendo —dijo Wise—. ¿Sabe que esto no será bueno para la imagen de su país? La gente lo verá en el mundo entero y lo considerará incorrecto.

Yu Chun se lo tradujo literalmente al sargento.

—«Tengo mis órdenes» —insistió el policía; era evidente que sería inútil seguir discutiendo con una estatua.

—Tal vez si llamara a su superior —sugirió Wise, y le sorprendió comprobar que el policía chino levantaba inmediatamente su radio portátil, para llamar a su comisaría.

—«Mi teniente vendrá ahora» —tradujo Yu Chun.

El sargento se sentía ahora claramente aliviado, después de descargar la responsabilidad en otra persona, que estaba a las órdenes directas del capitán de la comisaría.

—Bien, volvamos a la furgoneta y esperémosle allí —sugirió Wise.

En el vehículo, Yu encendió un cigarrillo chino sin filtro y procuró conservar su compostura. Nichols dejó la cámara y todos se relajaron unos minutos.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted casada, señora? —preguntó Wise, con la cámara apagada.

—Veinticuatro años —respondió Yu.

—¿Hijos?

—Uno. Estudia en Norteamérica, en la Universidad de Oklahoma. Ingeniería — declaró Chun.

—Pete —dijo Wise en voz baja—, levanta la parabólica y conéctala.

—De acuerdo —respondió el cámara, que se agachó para entrar en el estudio móvil, donde conectó el sistema vía satélite.

En el techo de la furgoneta, la miniparabólica giró cincuenta grados en el plano horizontal y sesenta grados en el vertical, hasta encontrar el satélite de comunicaciones que utilizaban habitualmente desde Pekín. Cuando recibió la señal en su indicador, seleccionó de nuevo el canal seis y lo usó para comunicar a Atlanta que iniciaban una transmisión en directo desde Pekín. Un productor en los estudios centrales empezó a controlar la señal y no vio nada. Puede que hubiera sucumbido al aburrimiento, pero sabía que Barry Wise solía tener algo interesante y no transmitía en directo si no había una buena razón para ello. De modo que se acomodó en su silla giratoria, tomó un sorbo de café y comunicó al director de servicio en la sala de control que recibían una señal en directo desde Pekín, de contenido y alcance desconocidos. Pero el director también sabía que Wise y su equipo habían mandado un reportaje hacía sólo dos días, potencialmente ganador de un Emmy y, que él supiera, ninguna de las demás cadenas importantes hacía nada en Pekín en aquel momento; la CNN examinaba el tráfico del satélite de comunicaciones con tanta asiduidad como la Agencia de Seguridad Nacional, para comprobar lo que hacía la competencia.

Empezó a llegar más gente a la casa/iglesia de Wen. Algunos se asustaron al encontrarse con la furgoneta de la CNN, pero se tranquilizaron cuando vieron a Yu Chun, porque confiaban en que ella debía de saber lo que sucedía. Fueron llegando de uno en uno o de dos en dos, hasta reunir pronto una treintena de personas, cada una con lo que parecía una Biblia en la mano, pensó Wise, al tiempo que le indicaba a Nichols que filmara, pero en esta ocasión, para transmitir la señal directamente a Atlanta.

—Soy Barry Wise desde Pekín. Nos encontramos frente a la casa del reverendo Yu Fa An, el pastor baptista que murió hace sólo dos días junto con el cardenal Renato DiMilo, nuncio del papa, o embajador del Vaticano en la República Popular. Está conmigo su viuda, Yu Chun. Estaban casados desde hace veinticuatro años y tienen un hijo que actualmente estudia en Norman, en la Universidad de Oklahoma.

Como pueden imaginar, éste no es un momento agradable para la señora Yu, pero aún lo es menos porque la policía local no le permite entrar en su propia casa. La casa servía también como iglesia para su reducido número de feligreses que, como pueden ver, se han congregado aquí para rezar por su difunto líder espiritual, el reverendo Yu Fa An.

—Pero no parece que las autoridades locales vayan a permitirles hacerlo en su lugar acostumbrado. He hablado personalmente con el jefe de este destacamento policial. Según dice, tiene órdenes de no permitir la entrada de nadie en la casa, ni siquiera a la señora Yu, y parece dispuesto a obedecer sus órdenes.

—Señora Yu —prosiguió Wise, después de acercarse a la viuda—, ¿piensa usted trasladar el cuerpo de su marido a Taiwan para enterrarlo?

—No hay cuerpo. Mi marido... Han quemado su cuerpo y han arrojado las cenizas al río —respondió Chun, incapaz de mantener la compostura o el tono sereno de su voz.

Wise no solía permitir que su rostro reflejara sus emociones, pero la respuesta le tocó una fibra sensible.

—¿Cómo? —exclamó Wise, tan asombrado como ella por la noticia—. ¿Han incinerado su cuerpo sin su permiso?

—Sí —suspiró Chun.

—¿Y no le han entregado siquiera las cenizas?

—No, las han desparramado por el río, según me han dicho.

—Bueno —fue lo único que Wise logró responder.

Habría preferido decir algo más fuerte, como «esos salvajes hijos de puta», pero como corresponsal se suponía que debía mantener cierto nivel de objetividad. Ni siquiera las diferencias culturales justificaban lo sucedido.

Fue entonces cuando llegó con su bicicleta el teniente de policía, que se dirigió inmediatamente al sargento, habló brevemente con él y luego se acercó a Yu Chun.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó en mandarín.

Retrocedió un poco cuando se le acercó la cámara de televisión y el micrófono. «¿Qué es esto?», preguntaba su expresión.

—Quiero entrar en mi casa, pero él no me lo permite —respondió Yu Chun, señalando al sargento—. ¿Por qué no puedo entrar en mi casa?

—Discúlpeme —dijo Wise—. Soy Barry Wise. Trabajo para la CNN. ¿Habla usted inglés? —preguntó al teniente.

—Sí.

—¿Y usted es...?

—Soy el teniente Rong.

No podía haber elegido mejor nombre para la ocasión, reflexionó Wise, pensando en que sonaba como «malo» en inglés, sin saber que su significado literal era «arma».

—Teniente Rong, soy Barry Wise, de la CNN. ¿Conoce usted la razón de sus órdenes?

—Esta casa es un lugar de actividad política y el gobierno de la ciudad ha ordenado su clausura.

—¿Actividad política? Pero esto es una residencia privada, una casa, ¿no es cierto?

—Es un centro de actividad política —insistió Rong—. Actividad política no autorizada —agregó.

—Comprendo. Gracias, teniente.

Wise retrocedió para hablar directamente a la cámara, mientras la señora Yu se acercaba a los demás feligreses. La cámara la siguió hasta llegar junto a uno en particular, robusto, con cara de determinación. Este volvió la cabeza hacia los demás feligreses y dijo algo en voz alta. Todos abrieron inmediatamente su Biblia. Él abrió también la suya y empezó a leer un pasaje. Leía en voz alta y los demás lo seguían, concentrados en sus libros.

Wise contó treinta y cuatro personas, divididas aproximadamente por un igual entre hombres y mujeres. Todas tenían la mirada fija en su Biblia, o en la de su vecino. Fue entonces cuando volvió la cabeza, para ver la cara del teniente Rong, que al principio hizo una mueca de curiosidad, luego de comprensión y seguidamente de indignación. Era evidente que la actividad «política» por la que la casa había sido clausurada era el culto religioso, y el hecho de que el gobierno local lo denominara actividad «política», suponía una afrenta adicional para el sentido del bien y el mal de Barry Wise. Pensó brevemente en que los medios informativos habían olvidado en gran parte cómo había sido realmente el comunismo, pero ahora lo tenía ante él. El rostro de la opresión nunca había sido atractivo. Pronto sería aún peón.

Wen Zhong, el propietario del restaurante, dirigía la ceremonia improvisada, leyendo la Biblia en mandarín, que los miembros de la CNN no alcanzaban a comprender. Los demás feligreses volvían simultáneamente la página de su Biblia, siguiendo meticulosamente las escrituras como lo hacen los baptistas, y Wise se preguntó si aquel corpulento individuo se estaba convirtiendo en el nuevo líder de la parroquia ante sus propios ojos. De ser así, parecía perfectamente sincero y ésa era la cualidad primordial que debía tener un clérigo. Yu Chun se le acercó y él puso un brazo sobre sus hombros, en un gesto que no parecía chino en absoluto. Entonces fue cuando ella se desmoronó y empezó a llorar, de un modo completamente natural. He ahí una mujer que, después de más de veinte años de matrimonio, había perdido a su marido en un día particularmente cruel, para sentirse luego doblemente insultada por un gobierno que había llegado hasta el punto de destruir su cadáver, negándole así la oportunidad de ver por última vez el rostro de su ser querido, o de disponer de una pequeña parcela de terreno que pudiera visitar.

Esos individuos son unos bárbaros, pensó Wise, consciente de que no podía decirlo ante las cámaras y furioso por no poder hacerlo, pero su profesión tenía reglas y él no las quebrantaba. Sin embargo, disponía de una cámara y ésta mostraba cosas que las palabras no podían expresar.

Sin que el equipo de noticias lo supiera, Atlanta transmitía su reportaje en directo, con un comentario desde los estudios centrales de la CNN, porque no habían logrado llamar la atención de Barry Wise por el circuito auditivo paralelo. La señal se transmitía al satélite, de allí a Atlanta, ascendía de nuevo a un máximo de cuatro satélites orbitales, y desde éstos a todo el planeta; a Pekín, entre otros lugares.

En todos los despachos del Politburó había televisores, todos tenían acceso a la CNN norteamericana, que era para ellos una fuente primordial de inteligencia política. La señal llegaba también a los diversos hoteles de la ciudad, repletos como estaban de hombres de negocios y otros visitantes, e incluso algunos chinos tenían acceso a la misma, especialmente hombres de negocios que trabajaban dentro y fuera de la República Popular y necesitaban saber lo que ocurría en el mundo exterior.

En su despacho, Fang Gan levantó la cabeza para mirar el televisor, que permanecía siempre encendido mientras él estaba en el despacho. Levantó el mando a distancia para subir el volumen y oyó que hablaban en inglés, con algo de chino en el fondo, que no alcanzaba a comprender. Su inglés no era muy bueno y llamó a Ming a su despacho para que tradujera.

—Señor ministro, esto es el reportaje de algo que ha ocurrido aquí en Pekín —fue lo primero que dijo Ming.

—¡Eso ya lo veo, muchacha! —exclamó el ministro—. ¿Qué dicen?

—Sí, claro. Son personas relacionadas con ese hombre llamado Yu, que mató la policía hace dos días... está también su viuda... se trata evidentemente de algún tipo de funeral... ah, dicen que el cuerpo de Yu fue incinerado y desparramado y que su viuda no tiene nada que enterrar y dicen que eso explica su aflicción adicional.

—¿Qué lunático ha hecho esto? —se preguntó Fang en voz alta, que por naturaleza no era muy compasivo, pero un hombre sensato no era tampoco innecesariamente cruel—. ¡Sigue, muchacha!

—Leen la Biblia cristiana, pero el locutor inglés me impide oír sus palabras... esencialmente el narrador se repite... ah, sí, dice que están intentando establecer contacto con su corresponsal Wise aquí en Pekín, pero experimentan dificultades técnicas... se limita a repetir lo que ya ha dicho, que se trata de una ceremonia fúnebre para ese tal Yu, de sus amigos... no, feligreses de su parroquia, y en realidad eso es todo. Ahora repiten lo sucedido en el hospital Longfu y mencionan también al clérigo italiano, cuyo cadáver llegará pronto a Italia.

Fang refunfuñó y levantó el auricular del teléfono, para llamar al ministro del Interior.

—¡Enciende el televisor! —ordenó inmediatamente a su colega del Politburó—. ¡Debes controlar esta situación, pero hazlo de un modo inteligente! Podría ser desastroso para nosotros, lo peor desde aquellos estudiantes imbéciles en la plaza Tiananmen.

Ming vio que su jefe hacía una mueca antes de colgar el teléfono y a continuación susurraba entre dientes la palabra «¡imbécil!», mientras movía la cabeza con una mezcla de ira y tristeza.

—Eso es todo, Ming —dijo al cabo de un minuto.

La secretaria regresó a su escritorio y su ordenador; sin dejar de preguntarse por las consecuencias de la muerte de aquel individuo llamado Yu. Sin duda, había parecido lamentable en su momento, dos muertes singularmente inútiles que habían disgustado y ofendido a su ministro por su estupidez. Incluso había recomendado que se castigara a los policías que habían disparado a la menor provocación, pero su sugerencia no se había llevado a cabo, por temor al desprestigio que eso supondría para su país. Con esa idea en la mente, se encogió de hombros y volvió a su trabajo cotidiano.

El ministro del Interior dio inmediatamente la orden, sin que Barry Wise fuera consciente de ello. Wise tardó otro minuto en oír las voces de Atlanta por su auricular. A partir de entonces, su voz se emitió en directo y empezó de nuevo su comentario desde el lugar de los hechos a una audiencia planetaria. No dejaba de volver la cabeza, mientras Pete Nichols enfocaba la improvisada manifestación religiosa que tenía lugar en aquel sucio callejón. Wise vio que el teniente de la policía hablaba por su radio portátil, que parecía una Motorola como las utilizadas por la policía norteamericana. Habló, escuchó, habló de nuevo y luego le confirmaron algo. A continuación guardó la radio en el estuche que llevaba colgado de la cintura y se dirigió decididamente al corresponsal de la CNN. A Wise no le gustó la determinación que detectó en su mirada, ni el hecho de que por el camino el teniente Rong hablara discretamente con sus hombres, que se volvieron todos hacia él, sin moverse de su lugar pero con la misma determinación en sus rostros, al tiempo que flexionaban sus músculos en preparación para algo.

—Debe apagar la cámara —dijo Rong, dirigiéndose a Wise.

—¿Cómo dice?

—La cámara, apáguela —repitió el teniente.

—¿Por qué? —preguntó Wise, conforme su mente pasaba inmediatamente a funcionar a toda velocidad.

—Órdenes —respondió escuetamente Rong.

—¿Qué órdenes?

—Órdenes de la central de policía —aclaró Rong.

—Ah, comprendo —respondió Wise, antes de extender la mano.

—¡Apague la cámara ahora mismo! —insistió el teniente Rong, sin comprender el significado de la mano extendida.

—¿Dónde está la orden?

—¿Cómo?

—No puedo apagar la cámara sin una orden escrita. Es una norma de la empresa. ¿Tiene usted una orden escrita?

—No —respondió Rong, desconcertado de pronto.

—Y la orden debe estar firmada por un capitán. Un comandante sería preferible, pero el rango mínimo para firmar dicha orden debe ser el de capitán —prosiguió Wise—. Es una norma de mi empresa.

—¡Ah! —exclamó Rong, que parecía haber tropezado con un muro invisible, mientras movía la cabeza como para recuperarse del impacto, antes de alejarse unos metros, sacar de nuevo su radio, hablar con alguien durante aproximadamente un minuto y regresar junto a Wise.

—La orden llegará pronto —declaró entonces el teniente.

—Gracias —respondió Wise, con una cortés sonrisa y una ligera inclinación de la cabeza.

El teniente Rong se alejó de nuevo, con un aspecto un tanto confuso, hasta que reagrupó a sus hombres. Había recibido instrucciones que ahora debía cumplir. Eran unas instrucciones que tanto él como sus hombres comprendían, lo cual solía producir una agradable sensación a los ciudadanos de la República Popular, especialmente a los uniformados.

—Problemas, Barry —dijo Nichols, enfocando a la policía.

Había oído la discusión sobre la orden por escrito y había tenido que morderse la lengua para no reírse. Barry tenía mucha habilidad para confundir a la gente. En más de una ocasión, lo había hecho incluso con presidentes.

—Ya lo veo. Sigue filmando —respondió Wise a micrófono cerrado, antes de dirigirse de nuevo a Atlanta—: Aquí va a ocurrir algo y no me gusta su aspecto. La policía parece haber recibido una orden de alguien. Como han podido ustedes escuchar, nos han pedido que apagáramos la cámara y hemos logrado negarnos a hacerlo hasta recibir una orden por escrito de un jefe superior de la policía, de acuerdo con las normas de la CNN.

Wise prosiguió, consciente de que en Pekín alguien lo estaba viendo. Sabía que una característica de los comunistas era su meticulosa organización y la petición de una orden por escrito era para ellos algo perfectamente razonable, por absurdo que le pareciera a un observador externo. La cuestión ahora era si cumplirían la orden que habían recibido por radio, antes de que llegara el documento para el equipo de la CNN. ¿Cuál sería su prioridad...?

La prioridad más inmediata, evidentemente, era mantener el orden en su propia

ciudad. Los policías desenfundaron sus porras y se acercaron a los baptistas.

—¿Dónde me coloco, Barry? —preguntó Pete Nichols.

—No demasiado cerca. Asegúrate de abarcar todo el campo —ordenó Wise.

—Entendido —respondió el cámara.

Siguieron al teniente Rong hasta que llegó junto a Wen Zhong, donde dio una orden que fue inmediatamente rechazada. Repitió la orden. El micrófono de la cámara apenas captó la respuesta a la tercera iteración:

—*¡Dia ren, chou ni ma di be!* —exclamó el corpulento chino, a la cara del teniente de policía.

Significara lo que significara aquello, algunos de los feligreses abrieron enormemente los ojos. También le valió a Wen un porrazo en la mandíbula, de mano del propio Rong. Cayó de rodillas al suelo, chorreando sangre de su herida, pero Wen se levantó, dio la espalda al policía y volvió otra página de la Biblia. Nichols cambió de posición, para poder enfocar el libro y la sangre que goteaba sobre sus páginas.

El hecho de que aquel individuo le volviera la espalda sólo sirvió para que el teniente Rong se enfureciera más aún. Le asestó el próximo porrazo en la nuca. Con el golpe se le doblaron las rodillas a Wen, pero asombrosamente no llegó a caerse. Ahora Rong lo agarró del hombro con la mano izquierda, lo obligó a girarse y le arreó un tercer porrazo directamente en el plexo solar. Esa clase de golpe derriba a un boxeador profesional y también derribó al propietario del restaurante. Al cabo de un instante estaba de rodillas en el suelo, con la Biblia en una mano y la otra en la barriga.

Ahora los demás policías avanzaban porra en mano hacia los demás presentes, que retrocedieron pero no huyeron. Yu Chun fue la primera. No era una mujer alta ni siquiera para la media china y recibió el primer golpe en pleno rostro, que le rompió la nariz, de la que empezó a brotarle la sangre como de un aspersor.

Poco duró la refriega. Eran treinta y cuatro feligreses y doce policías, pero la resistencia de los cristianos no fue muy eficaz, debido no tanto a sus creencias religiosas como al condicionamiento social de su cultura, de no resistirse a las fuerzas del orden. De modo que se quedaron todos parados, encogiéndose como única defensa, hasta caer todos al suelo con la cara ensangrentada. La policía retrocedió casi inmediatamente, como para mostrar su trabajo a la cámara de la CNN, que no dejaba de filmar y transmitir las imágenes al mundo entero en cuestión de segundos.

—¿Lo estáis recibiendo? —preguntó Wise a sus colegas de Atlanta.

—Sangre incluida, Barry —respondió el director, desde su silla giratoria en la central de la CNN—. Dile a Nichols que le debo una cerveza.

—Recibido.

—Parece ser que la policía local tenía órdenes de interrumpir esta reunión religiosa, que consideran como algo político y que constituye una amenaza para su

gobierno. Como pueden ustedes ver, ninguna de estas personas va armada, ni ninguna de ellas se ha resistido en modo alguno al ataque de la policía. Ahora bien...

Hizo una pausa al ver que se les acercaba velozmente otra bicicleta. Un policía uniformado se apeó de la misma y le entregó algo al teniente Rong, que se acercó inmediatamente a Barry Wise.

—Aquí está la orden. ¡Apaguen la cámara! —ordenó.

—Por favor, déjeme verla —respondió Wise, tan enojado después de lo que acababa de presenciar, que estaba dispuesto a arriesgarse a que le abrieran su propia cabeza, con la condición de que Pete lo transmitiera al satélite—. No lo entiendo. Discúlpeme —prosiguió después de examinar el papel y devolvérselo, incitando deliberadamente al policía, sin saber exactamente hasta dónde podía llegar—, pero no sé leer su idioma.

Parecía que los ojos de Rong iban a salirse de sus órbitas.

—¡Aquí dice que apague la cámara!

—Pero yo no puedo leerlo, ni ninguno de mis compañeros —respondió Wise, en un tono perfectamente razonable.

Rong se percató de que la cámara y el micrófono lo enfocaban y que lo estaban utilizando. Pero también sabía cómo seguirles la corriente.

—Aquí dice que deben apagar la cámara ahora —insistió Rong, señalando los símbolos uno por uno.

—De acuerdo, supongo que no me miente —respondió Wise, erguido, antes de mirar hacia la cámara—. Bien, como acaban ustedes de ver, la policía local nos ha ordenado cesar la transmisión desde este lugar. En resumen, la viuda del reverendo Yu Fa An y feligreses de su parroquia se han reunido hoy aquí, para rezar por su pastor desaparecido. A su viuda, Yu Chun, la policía le ha negado el acceso a su casa, debido a una presunta actividad «política clandestina», refiriéndose supongo al culto religioso y, como acaban de ver, la policía local ha atacado y golpeado a los feligreses. Y ahora nosotros también debemos marcharnos. Atlanta, habla Barry Wise desde Pekín.

A los cinco segundos, Nichols bajó la cámara del hombro y se volvió para guardarla en la furgoneta. Wise miró hacia abajo al teniente de policía y sonrió educadamente, pensando: ¡métese esto en tu apretado culo, cretino! Pero había hecho su trabajo y el reportaje había salido. El resto estaba en manos del mundo.

XXXI. LA PROTECCIÓN DE LOS DERECHOS

La CNN transmite sus noticias veinticuatro horas al día a antenas parabólicas en el mundo entero, y por consiguiente, no sólo los servicios de inteligencia norteamericanos vieron el reportaje de las calles de Pekín, sino contables, amas de casa y personas que sufrían de insomnio. Entre los últimos, un buen número también tenían acceso a ordenadores personales y, al ser insomnes, muchos conocían a su vez la dirección electrónica de la Casa Blanca. El e-mail había sustituido casi de un día para otro a los telegramas, como método predilecto para informar al gobierno de Estados Unidos de lo que uno pensaba y era un medio que parecían tener en cuenta, o por lo menos leer, contar y catalogar. Lo último se hacía en una oficina situada en el sótano del antiguo edificio ejecutivo, esa monstruosidad victoriana situada inmediatamente al oeste de la Casa Blanca. Los que dirigían dicha oficina estaban a las órdenes directas de Arnold Van Damm y su labor constituía en realidad una medida bastante meticulosa y bien organizada de la opinión pública norteamericana, ya que además disponían de acceso electrónico a todas las organizaciones de encuestas en todo el país y, en realidad, en el mundo entero. La Casa Blanca ahorrraba dinero al no llevar a cabo sus propias encuestas, lo cual además era útil porque la Casa Blanca no disponía de una oficina política propiamente dicha, para desdicha en cierto modo del jefe de personal. No obstante, dirigía personalmente dichas operaciones de la Casa Blanca y, en gran parte, sin remuneración. A Arnie no le importaba. Para él, la política era algo tan natural como respirar y hacía mucho tiempo que había decidido servir con lealtad al presidente, especialmente porque servirlo a menudo significaba protegerlo de sí mismo y de su frecuentemente asombrosa ineptitud política.

Pero para comprender la información que empezó a llegar poco después de la medianoche no era preciso ser un genio de la política. Bastantes de los e-mails iban firmados, no sólo con una mera referencia electrónica, y muchos exigían que se tomaran medidas.

Arnie comentaría más adelante que no sabía que hubiera tantos baptistas que tuvieran conocimientos informáticos, algo que luego lamentaría haber incluso pensado.

En el mismo edificio, la oficina de señales de la Casa Blanca elaboraba una cinta de alta calidad con el informe y la mandaba al despacho oval. En otros lugares del planeta, el reportaje de la CNN desde Pekín llegó a la hora del desayuno y obligó a bastantes personas a dejar inmediatamente su taza de té o de café sobre la mesa con una exclamación de ira. Eso ocasionó breves despachos de embajadas norteamericanas alrededor del mundo, para comunicar al Departamento de Estado que varios gobiernos extranjeros habían reaccionado desfavorablemente ante el

reportaje de la CNN y que se habían formado manifestaciones en la puerta de diversas embajadas de la República Popular, algunas de ellas bastante escandalosas. Esa información llegó rápidamente al servicio de protección diplomática, la sección del Departamento de Estado encargada de la seguridad de los diplomáticos extranjeros y de sus embajadas. Desde allí se llamó a la policía de Washington, para que incrementara la presencia de agentes uniformados en las cercanías de las diversas delegaciones de la República Popular en Estados Unidos y organizara una fuerza de intervención rápida, por si sucedía algo parecido en la capital.

Cuando Ben Goodley se levantó y se dirigió a Langley para su informe matutino, la comunidad de inteligencia norteamericana prácticamente ya había diagnosticado el problema. Como había dicho el propio Ryan, en un tono bastante pintoresco, la República Popular había pisado la vieja manivela con zapatillas de golf, e incluso ellos percibirían pronto el dolor. Resultaría que se quedaba sumamente corto.

La buena noticia para Goodley, si cabía llamarla así, era que Ryan tenía el televisor del comedor sintonizado en la CNN durante el desayuno y era perfectamente consciente de la nueva crisis, antes de ponerse su impecable camisa blanca almidonada y una corbata de rayas. Ni siquiera los besos de despedida a su esposa e hijos, cuando salían de casa aquella mañana, lograron apaciguar su ira ante la incomprensible estupidez de aquella gente que vivía al otro lado del planeta.

—¡Maldita sea, Ben! —exclamó el presidente, cuando Goodley entró en el despacho oval.

—¡No he sido yo, jefe! —protestó el consejero de Seguridad Nacional, sorprendido por la vehemencia del presidente.

—¿Qué sabemos?

—Esencialmente, lo que todos hemos visto. La viuda de ese pobre desgraciado al que volaron los sesos el otro día en Pekín, que tenía la esperanza de llevarse el cuerpo de su marido para enterrarlo en Taiwan. Descubrió que el cadáver había sido incinerado y las cenizas desparramadas. La policía local no le permitió entrar en su casa, y cuando Llegaron algunos feligreses para rezar con ella, decidieron dispersarlos.

No tuvo que aclarar que el ataque contra la viuda había sido captado de forma particularmente excelente por el cámara de la CNN, hasta el punto que Cathy Ryan había comentado en el comedor que, en el mejor de los casos, tenía la nariz rota y que probablemente necesitaría un buen cirujano maxilar para reconstruirle la cara. Luego le había preguntado a su marido por qué la policía odiaba tanto a la gente.

—Supongo que porque cree en Dios —respondió Ryan.

—Jack, esto parece propio de la Alemania nazi, sacado de ese canal histórico que te gusta mirar.

Y médico o no, se sintió conmovida al ver cómo atacaban a aquellos ciudadanos

chinos, armados sólo con la Biblia.

—Yo también lo he visto —dijo Van Damm, cuando entraba en el despacho oval—. Estamos recibiendo una marea de reacciones por parte del público.

—Jodidos bárbaros —exclamó Ryan, cuando Robby Jackson entraba en el despacho para completar la audiencia informativa de la mañana sobre inteligencia.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Jack. Maldita sea, sé que mi papá también verá este reportaje y hoy es el día en que celebrará el funeral en la iglesia de Gerry Patterson. Será algo épico, Jack, épico —prometió el vicepresidente.

—¿Y estará allí la CNN?

—No te quepa la menor duda, señor presidente —confirmó Robby.

—Bien, Arnie, te escucho —dijo entonces Ryan.

—No, yo soy quien te escucha, Jack —respondió Van Damm—. ¿Qué piensas hacer?

—Pienso que debo dirigirme al público para hablarles sobre este asunto. Tal vez una conferencia de prensa. En lo que se refiere a actuar; empezaré por decir que nos enfrentamos a una violación descomunal de los derechos humanos, que para empeorar la situación han tenido la desfachatez de cometer ante la opinión pública del mundo entero. Diré que para Estados Unidos es difícil hacer negocios con personas que se comportan de ese modo, que los vínculos comerciales no justifican ni anulan la violación flagrante de los principios en los que se ha fundado nuestro país y que debemos replantearnos todas nuestras relaciones con la República Popular.

—No está mal —observó el jefe de personal, con una sonrisa magistral a su destacado alumno—. Habla con Scott para otras opciones e ideas.

—Bien —asintió Ryan—. En un sentido más amplio, ¿cómo reaccionará el país ante lo sucedido?

—La reacción inicial será de indignación —respondió Arnie—. Causa muy mala impresión por televisión, y la reacción de la mayoría de la gente será visceral. Si los chinos tienen el buen sentido de hacer alguna clase de enmienda, se tranquilizarán. De lo contrario, tengo un mal presentimiento —agregó con mucho ceño—. Las iglesias van a poner el grito en el cielo. Han ofendido a los gobiernos italiano y alemán, de modo que nuestros aliados de la OTAN también están enojados, y aplastarle la cara a esa pobre mujer no les servirá para ganarse simpatías en el movimiento de los derechos de las mujeres. Todo este asunto supone una pérdida colosal para ellos, pero no estoy seguro de que comprendan las consecuencias de sus actos.

—Entonces las aprenderán, por las buenas o por las malas —sugirió Goodley a los presentes.

El doctor Alan Gregory parecía hospedarse siempre en el mismo Marriott con vistas al Potomac, bajo la ruta de descenso al aeropuerto nacional Reagan. Había

llegado una vez más en el vuelo de madrugada de Los Angeles, que no parecía mejorar exactamente con la práctica de los años. A su llegada cogió un taxi al hotel, para ducharse y cambiarse de ropa, con el fin de parecer y sentirse vagamente como un ser humano para su cita con el secretario de Defensa a las diez y cuarto. Por lo menos no necesitaría un taxi para acudir a la misma. El doctor Bretano le mandaría un coche. El vehículo conducido por un sargento del ejército llegó puntualmente y Gregory se instaló en el asiento de atrás, donde encontró un periódico. Tardaron sólo diez minutos en llegar a la entrada del río, donde lo esperaba un comandante del ejército para acompañarlo al círculo E, después de pasar por el detector de metales.

—¿Conoce usted al secretario? —preguntó el oficial por el camino.

—Sí, claro, por lo menos de cerca.

Tuvo que esperar medio minuto en la antesala, pero sólo medio minuto.

—Al, siéntate. ¿Café?

—Sí, gracias, doctor Bretano.

—Llámame Tony —dijo el secretario de Defensa, que no era partidario de los formalismos en la mayoría de los casos y sabía el tipo de trabajo del que Gregory era capaz—. ¿Cómo te ha ido el vuelo? —preguntó, después de que un asistente de la armada les sirviera café, con bollos y mermelada, y se retirara.

—El vuelo de madrugada nunca cambia, señor, quiero decir, Tony. Si uno sobrevive, es que se han equivocado.

—Sí, bueno, una de las ventajas de este trabajo es que siempre tengo transporte a mi disposición. No tengo que caminar ni conducir mucho y ya has visto el personal de seguridad ahí afuera.

—¿Esos individuos con los nudillos que les tocan al suelo? —preguntó Gregory.

—Sé amable. Uno de ellos estudió en Princeton, antes de alistarse en las fuerzas especiales.

Ese debía de ser el que leía los tebeos a los compañeros, pensó Al.

—Dime, Tony, ¿para qué querías que viniera?

—Si mal no recuerdo, tú trabajabas abajo, en la Organización de la Iniciativa de Defensa Estratégica.

—Siete años en ese sótano, trabajando en la oscuridad con el resto de los hongos, y nunca llegó realmente a funcionar. Trabajaba en el proyecto del láser de electrones libres. Iba bastante bien, salvo que los malditos láseres nunca progresaron como esperábamos, ni siquiera después de robar los conocimientos de los rusos. Por cierto, ellos tenían al mejor experto mundial en láser. El pobre desgraciado murió de un accidente escalando en 1990, o eso fue lo que nos dijeron en el centro de investigación. Había tropezado con el mismo muro que nuestros muchachos. Lo llamamos la «cámara del meneo», donde se procesan los gases calientes para extraer la energía para el rayo. Nunca logramos estabilizar el contenido magnéticamente. Se

intentó todo. Yo colaboré durante diecinueve meses. Había personas muy inteligentes trabajando en ese problema, pero todos fracasamos. Creo que los muchachos de Princeton resolverán el problema de la fusión antes que éste. Nosotros también lo examinamos, pero los problemas eran demasiado diferentes para copiar las soluciones teóricas. Acabamos por darles muchas de nuestras ideas, y les han dado un buen uso. En cualquier caso, el ejército me nombró teniente coronel, pero a las tres semanas me ofrecieron una jubilación anticipada porque había dejado de tener utilidad para ellos y acepté el empleo que el doctor Flynn me había ofrecido en la Thompson Ramo Wooldridge, donde trabajo desde entonces.

Después de veinte años en el ejército, Gregory recibía ahora el ochenta por ciento de su pensión, más medio millón anual como jefe de sección en la TRW, con acciones en la empresa y un plan de jubilación extraordinario.

—Gerry Flynn no deja de alabarte por lo menos una vez por semana.

—Es un buen jefe —asintió Gregory con una sonrisa.

—Dice que eres el mejor programador de Sunnyvale.

—Para algunas cosas. No elaboré el código para Doom, lamentablemente, pero sigo siendo el experto en óptica adaptable.

—¿Qué me dices de los SAM?

—Trabajé un poco en eso cuando era nuevo en el ejército —asintió Gregory—. Luego me pusieron a jugar con el Patriot Block-4, ya sabes, interceptando Scuds. Colaboré en el software de las ojivas.

No agregó que su programa había llegado tres días tarde para la guerra del golfo Pérsico, pero ahora se había convertido en el reglamentario para todos los misiles Patriot desplegados.

—Estupendo. Quiero que examines algo para mí. Será un encargo directo para la Secretaría de Defensa, es decir, yo, y Gerry Flynn no protestará.

—¿De qué se trata, Tony?

—De averiguar si el sistema Aegis de la armada puede interceptar un ataque balístico.

—Puede. Es capaz de interceptar un Scud, pero eso es sólo 3 Mach, aproximadamente. ¿Te refieres a un auténtico ataque balístico?

—Sí, un ataque con misiles balísticos —respondió el secretario de Defensa.

—Hace años que se comenta... —empezó a decir Gregory, antes de tomar un sorbo de café—. El sistema de radar está a la altura de las circunstancias. Puede que haya que resolver algún pequeño problema de software, pero no será difícil, porque todos los demás equipos darán la alarma, y el radar SPY tiene un alcance de unos ochocientos kilómetros, además, permite toda clase de modificaciones electrónicas, como mandar un haz de siete millones de vatios de radiofrecuencia con un ángulo de medio grado. Eso freirá los componentes electrónicos hasta unos siete u ocho mil

metros. Acabarás con bebés de dos cabezas y tendrás que comprarte un nuevo reloj.

—Bien —prosiguió, con la mirada ligeramente perdida en la lejanía—, tal como funciona Aegis, el radar SPY te facilita el emplazamiento aproximado donde interceptar el objetivo y te permite lanzar los SAM a un cubo en el espacio. De ahí que los misiles Aegis tengan tanto alcance. Funcionan con piloto automático y sólo maniobran en los últimos segundos. Para eso dispones de radares SPG en los barcos, y la cabeza de búsqueda del misil persigue la energía de radiofrecuencia procedente del objetivo. Es un sistema concebido para destruir aviones, porque el piloto no sabe que ha sido localizado hasta el último par de segundos, y es difícil ver el misil y tomar acción evasiva.

—Pero si hablamos de misiles balísticos, su velocidad terminal es muy superior, de unos siete kilómetros por segundo, del orden de 11 Mach. Eso significa que todas las dimensiones del cubo en el espacio son muy reducidas, pero especialmente la profundidad. Además, hablamos de un objetivo bastante robusto. El cuerpo principal de un misil balístico es bastante sólido, no de cartón como los motores. Tendré que estudiar si la cabeza explosiva de un SAM puede destruirlo —dijo, con la mirada despejada, fija en los ojos de Bretano—. Bien, ¿cuándo empezamos?

—Comandante Matthews —exclamó el secretario por el intercomunicador—. El doctor Gregory está listo para hablar con el personal de Aegis. Mantenme informado, Al —fue la última orden de Bretano.

—No te quepa la menor duda.

El reverendo doctor Hosiah Jackson llevaba puesta su mejor toga de seda negra, un regalo hecho a mano por las damas de su parroquia, con tres franjas en las mangas que indicaban su rango académico. Estaba en el estudio de Gerry Patterson, que era muy bonito. Al otro lado de la puerta de madera blanca estaban sus feligreses, todos ellos blancos bien vestidos y bastante prósperos, algunos de los cuales se sentirían ligeramente incómodos escuchando a un pastor negro; después de todo, Jesús era blanco (o judío, que era casi lo mismo). Pero hoy era un día algo diferente, porque recordaban la vida de alguien a quien sólo Gerry Patterson había conocido, un baptista chino llamado Yu Fa An, a quien su pastor llamaba Skip y cuya parroquia había mantenido, generosamente, desde hacía muchos años. Y para conmemorar la vida de un pastor amarillo oirían el sermón de un pastor negro, mientras el suyo predicaba los evangelios en una iglesia negra. Era un bonito gesto por parte de Gerry —pensó Hosiah Jackson, con la esperanza de que no le creara problemas con sus propios feligreses—. Habría algunos, cuyos rostros farisaicos ocultan su intolerancia, pero serían por ello almas torturadas, reconoció el reverendo Jackson. Aquellos tiempos habían pasado. Los recordaba mejor que los blancos de Mississippi, porque era él quien caminaba por las calles, detenido siete veces por su participación en la Conferencia Sureña de Dirección Cristiana, y registrando a sus feligreses en el censo

electoral. Ése había sido el problema con los sureños reaccionarios de la clase baja rural. Viajar en los autobuses municipales no tenía importancia, pero votar significaba poder, auténtico poder civil, la capacidad de elegir a las personas que harían las leyes que se aplicarían tanto a los ciudadanos negros como a los blancos y eso era algo que a los sureños blancos reaccionarios no les gustaba en absoluto. Pero los tiempos habían cambiado y ahora aceptaban lo inevitable, después de que se hubo convertido en un hecho consumado, que habían aprendido a aceptar y también habían aprendido a votar a los republicanos en lugar de los demócratas, y lo divertido del caso, para Hosiah Jackson, era que su propio hijo Robert era más conservador que esos elegantes reaccionarios blancos y que había llegado bastante lejos, para ser el hijo de un predicador negro del centro de Mississippi. Pero había llegado el momento. Patterson, al igual que Jackson, tenía un gran espejo detrás de la puerta para comprobar su aspecto antes de salir. Sí, estaba listo. Su porte era solemne y autoritario, como se supone que debe serlo la voz del Señor.

Los feligreses ya cantaban. Tenían un órgano excelente, una auténtica pieza de cien caballos de potencia, no como el instrumento electrónico de su iglesia, pero sus voces... no podían remediarlo. Cantaban como blancos y nada se podía hacer al respecto. El canto estaba impregnado de devoción, pero carecía de la pasión exuberante a la que estaba acostumbrado... sin embargo, pensó Hosiah, le encantaría tener ese órgano. El púlpito estaba impecable, con una botella de agua fresca y un micrófono instalado por el equipo de la CNN, que se había situado discretamente en los rincones posteriores de la iglesia sin causar la menor molestia, cosa inusual para los equipos de noticias, pensó el reverendo Jackson. Su último pensamiento antes de empezar su sermón fue que el único negro que había subido a aquel púlpito anteriormente había sido el que había pintado la madera.

—Damas y caballeros, buenos días. Soy Hosiah Jackson. Probablemente todos ustedes saben dónde está mi iglesia. Hoy estoy aquí como invitado de mi buen amigo y colega, su pastor, Gerry Patterson.

—Hoy Gerry tiene una ventaja sobre mí, porque él, a diferencia de mí y, sospecho, de todos los feligreses de esta iglesia, conocía realmente al hombre cuya muerte nos ha movido a reunirnos para recordarlo.

—Para mí, Yu Fa An era sólo alguien con quien mantenía una relación epistolar. Hace algunos años, Gerry y yo tuvimos la oportunidad de hablar sobre el ministerio. Nos reunimos en la capilla del hospital local. Ambos habíamos tenido un mal día. Los dos habíamos perdido buenas personas aquel día, aproximadamente a la misma hora, por la misma enfermedad, cáncer, y ambos necesitábamos reflexionar en la capilla del hospital. Supongo que los dos precisábamos hacerle la misma pregunta a Dios. Es la pregunta que todos hemos formulado: ¿por qué hay tanta crueldad en el mundo, por qué permite eso un Dios amante y misericordioso?

—La respuesta a esta pregunta se encuentra en las Escrituras y en muchos lugares. El propio Jesús lamentaba la pérdida de vidas inocentes, y uno de sus milagros consistió en resucitar a Lázaro, para demostrar que él era efectivamente hijo de Dios y también para demostrar su amor por la humanidad y lo mucho que le importaba la pérdida de un buen hombre.

—Pero Lázaro, al igual que nuestros dos feligreses aquel día en el hospital, había muerto a causa de una enfermedad, y cuando Dios hizo el mundo, lo hizo de tal forma que había y sigue habiendo cosas que era preciso rectificar. Nuestro Señor nos entregó el dominio del mundo y eso incluía su deseo de que curáramos las enfermedades, reparáramos todas las partes defectuosas y aportáramos perfección al mundo, así como, siguiendo la santa palabra del Señor, podemos aportar perfección a nosotros mismos.

—Gerry y yo tuvimos una buena charla aquel día y ése fue el principio de nuestra amistad, como deberían ser amigos todos los predicadores del Evangelio, porque todos servimos al mismo Dios.

—A la semana siguiente volvimos a encontrarnos y Gerry me habló de su amigo Skip. Un hombre del otro extremo del mundo, de un lugar donde las tradiciones religiosas desconocen a Jesús. Skip lo descubrió en la Universidad Oral Roberts, en Oklahoma, igual que muchos otros, y lo aprendió tan bien que, después de mucho reflexionar, decidió unirse al ministerio y predicar la palabra de Jesucristo...

—La piel de Skip no era del mismo color que la mía —decía Gerry Patterson en otro púlpito, a menos de tres kilómetros de distancia—. Pero ante los ojos de Dios, todos somos iguales, porque Nuestro Señor Jesucristo mira a través de nuestra piel a nuestro corazón y nuestra alma y siempre sabe lo que albergan.

—Cierto —exclamó una voz entre los feligreses.

—Y así Skip se convirtió en pastor del Evangelio. En lugar de regresar a su país de origen, donde la libertad de religión es algo que su gobierno protege, Skip decidió seguir hacia el oeste, hasta la China comunista. ¿Y por qué allí? —preguntó Patterson—. ¡Buena pregunta! La otra China no ofrece libertad de religión. La otra China se niega a admitir que exista algo llamado Dios. La otra China es como los filisteos del Antiguo Testamento, los que persiguieron a los judíos de Moisés y Josué, los enemigos del propio Dios. ¿Por qué hizo Skip tal cosa? Porque sabía que nadie tenía tanta necesidad como ellos de oír la palabra de Dios y que Jesucristo quiere que prediquemos a los infieles, que llevemos su palabra a aquellos cuyas almas claman por oírla, y así lo hizo. Ningún marine de Estados Unidos asaltando las costas de Iwo Jima mostró más valor que Skip, al penetrar con su Biblia en la China roja y empezar a predicar los Evangelios en un país donde la religión es un delito.

—Y no olvidemos que allí también había otro hombre, un cardenal católico, un anciano célibe de una familia rica e importante, que tiempo atrás había decidido por

cuenta propia unirse al clero de su iglesia —recordó Jackson a los presentes—. Se llamaba Renato, un nombre tan extranjero para nosotros como Fa An, pero a pesar de ello era un hombre de Dios, que también llevaba la palabra de Jesucristo al país de los infieles.

—Cuando el gobierno de aquel país descubrió quién era el reverendo Yu, lo despidió de su empleo. Confiaban en que el hambre lo obligara a huir, pero quienes tomaron dicha decisión no conocían a Skip. No conocían a Jesús, ni sabían nada acerca de los creyentes.

—¡Claro que no! —exclamó una voz blanca entre los feligreses, y entonces fue cuando Hosiah supo que se había ganado su confianza.

—¡No, señor! Entonces fue cuando su pastor Gerry lo averiguó y cuando la buena gente de esta parroquia empezó a mandar ayuda a Skip Yu, para cuidar del hombre cuyo gobierno ateo intentaba destruir, porque no sabían que los fieles comparten un compromiso con la justicia.

Patterson extendió el brazo.

—Y Jesús señaló y dijo: mirad a esa mujer, da de su necesidad, no de su riqueza. Tiene más mérito lo que da un pobre, que lo que da un rico. Y así fue cómo los buenos feligreses de esta parroquia empezaron a contribuir con la mía para ayudar a mi amigo Skip. Y Jesús también dijo que lo que hagáis por el más insignificante de mis hermanos lo hacéis también por Mí. Y así, su iglesia y la mía ayudaron a ese hombre, ese pastor solitario de los Evangelios en tierra de paganos, que niegan el nombre y la palabra de Dios, que adoran el cadáver de un monstruo llamado Mao, ¡cuyo cuerpo embalsamado exhiben como si fuera el de un santo! No fue un santo. No fue un hombre de Dios. Apenas cabe considerarlo hombre. Fue un asesino en masa, peor que todo lo que se haya visto jamás en nuestro país. Fue como Hitler, que nuestros padres consiguieron destruir hace sesenta años. Pero para la gente que dirige aquel país, ese criminal, ese asesino, ese destructor de vida y libertad es el nuevo dios. Ese «dios» es falso —exclamó apasionadamente Patterson—. Ese «dios» es la voz de Satán. Ese «dios» es el portavoz del fuego del infierno. Ese «dios» es la encarnación del mal y ese «dios» está muerto y convertido ahora en un animal disecado, como los pájaros que podemos ver tras la barra de algún bar o la cabeza de ciervo que muchos tienen en la sala de estar, pero todavía lo adoran. Todavía honran su palabra y todavía veneran sus creencias, las creencias que provocaron la muerte de millones de personas, simplemente porque no eran del agrado de su falso dios.

—Hay quienes afirman que el mal que vemos en el mundo es sólo la ausencia del bien —prosiguió Patterson, después de erguirse y echarse el cabello hacia atrás—. Pero sabemos que eso no es cierto. Existe un diablo en la creación y ese diablo tiene agentes entre nosotros, y ¡algunos de dichos agentes dirigen países! Algunos de dichos agentes inician guerras. Algunos de dichos agentes sacan a personas inocentes

de sus casas, las encierran en campos y las asesinan como ganado en un matadero. ¡Son agentes de Satán! Son los devotos del Príncipe de las Tinieblas. Son aquellos entre nosotros que arrebatan la vida de los inocentes, incluso la vida de los bebés...

—Entonces esos tres vicarios de Jesucristo fueron al hospital. Uno de ellos, nuestro amigo Skip, con el propósito de ayudar a una de sus feligresas en un momento de necesidad. Los otros dos, los católicos, lo acompañaban porque también eran vicarios de Jesucristo y defensores de los mismos principios que nosotros, ¡porque la palabra de Dios es la misma para todos! —exclamó Hoshiah Jackson.

—Si, señor —confirmó la misma voz blanca, mientras otros feligreses asentían.

—De modo que esos tres vicarios de Jesucristo fueron al hospital para salvar la vida de un bebé, un pequeño bebé que el gobierno de ese país pagano quería matar... ¿y por qué? Querían matarlo porque sus padres creen en Dios... y, claro, ¡no podían permitir que esa clase de personas trajeran un hijo al mundo! No, no podían permitir que unos creyentes tuvieran un hijo en su país, porque eso era como abrirle las puertas a un espía. Suponía un peligro para su gobierno ateo. ¿Y por qué es un peligro?

—¡Es un peligro porque saben que son ateos paganos! ¡Es un peligro porque saben que la Palabra Divina es la fuerza más poderosa del mundo! Y su única respuesta a esa clase de peligro consiste en matar, arrebatar la vida que el propio Dios nos da a cada uno de nosotros, porque al negar a Dios, niegan también la vida y a esos paganos, esos infieles, esos asesinos les encanta esa clase de poder. Les encanta creerse dioses. ¡Les encanta su poder y les encanta usarlo al servicio de Satán! Saben que están destinados a pasar la eternidad en el infierno y quieren compartir su infierno con nosotros aquí en la tierra y pretenden privarnos de lo único que puede liberarnos del destino que han elegido para sí mismos. Esa es la razón por la que sentenciaron a muerte a ese bebé inocente.

—Y cuando esos tres hombres fueron al hospital para salvar la vida de ese bebé inocente ocuparon el lugar del propio Dios. Ocuparon el lugar de Dios, pero lo hicieron con humildad y con la fuerza de su propia fe. Ocuparon el lugar de Dios para cumplir la voluntad divina, no por afán de poder personal, ni para convertirse en falsos héroes. Pretendían servir, no mandar. Servir como lo hizo el propio Jesucristo. Como sirvieron sus apóstoles. Acudieron al hospital para proteger una vida inocente. ¡Estaban allí para llevar a cabo la obra de Dios!

—Probablemente ustedes no lo sepan, pero después de mi ordenación pasé tres años en la armada estadounidense, como capellán de los marines. Me destinaron a la segunda división de marines en Camp Lejeune, Carolina del Norte. Allí tuve la oportunidad de conocer a personas que calificamos de héroes y sin duda muchos marines están en esa categoría. Estaba allí para velar por unos moribundos después del terrible accidente de un helicóptero y fue uno de los mayores honores de mi vida

poder consolar a aquellos jóvenes marines moribundos, porque sabía que verían a Dios. Recuerdo a uno de ellos, un sargento que se había casado hacía un mes y que murió rezando por su esposa. Aquel sargento era un veterano de Vietnam, con muchas condecoraciones. Era lo que llamamos un hombre duro —dijo Patterson ante los feligreses negros—, pero la mayor muestra de fortaleza de aquel marine fue que cuando supo que iba a morir, no rezó para sí mismo, sino por su joven esposa, para que Dios le ofreciera su consuelo. Aquel marine murió como un cristiano y abandonó este mundo para presentarse orgulloso ante Dios, como alguien que había cumplido con su obligación como mejor había sabido.

—Pues bien, así lo hizo Skip y así lo hizo Renato. Sacrificaron sus vidas para salvar la de un bebé. Dios los había mandado. Dios les había dado sus órdenes. Ellos las oyeron y las obedecieron sin amedrentarse, sin titubear, pensando sólo que cumplían con su obligación.

—Y hoy, a trece mil kilómetros de aquí hay una nueva vida, un nuevo bebé, ahora probablemente dormido. Ese bebé nunca sabrá todo el barullo que se organizó antes de su nacimiento, pero con unos padres como los suyos, conocerá la palabra de Dios. Y todo esto sucedió gracias a que tres valientes vicarios de Jesucristo fueron al hospital y dos de ellos murieron haciendo la obra del Señor.

—Skip era baptista. Renato era católico.

—Skip era amarillo. Yo soy blanco. Ustedes son negros.

—Pero a Jesús eso no le importa en absoluto. Todos hemos oído sus palabras. Todos lo hemos aceptado como nuestro salvador. También lo hizo Skip. También lo hizo Renato. Esos dos valientes sacrificaron su vida por la justicia. Las últimas palabras del católico sirvieron para preguntar si el bebé estaba bien y el otro católico, el alemán, respondió «sí» y Renato dijo «bene». Eso es italiano y significa: «bien, estupendo». Murió sabiendo que había cumplido con su obligación y eso no está mal, ¿no les parece?

—¡Está bien! —exclamaron tres voces.

—Hay mucho que aprender de su ejemplo —dijo Hosiah Jackson, ante los feligreses de su compañero—. Debemos aprender, ante todo, que la palabra del Señor es la misma para todos. Yo soy negro. Ustedes son blancos. Skip era chino. En este sentido, todos somos diferentes, pero ante Dios Nuestro Señor todos somos iguales. Entre todo lo que hemos aprendido, todo lo que debemos guardar en nuestros corazones todos los días de nuestra vida, esto es lo más importante. Jesús es el salvador de todos nosotros y basta que lo aceptemos, que le abramos las puertas, de nuestro corazón, que le escuchemos cuando nos habla, esta es la primera lección que debemos aprender de la muerte de esos dos valientes.

—La próxima lección que debemos aprender es que Satán sigue vivo, y mientras nosotros escuchamos las palabras de Dios, hay otros en el mundo que prefieren

escuchar las de Lucifer. Debemos reconocer a esas personas por lo que son.

—Hace cuarenta años teníamos a algunas de dichas personas entre nosotros. Yo lo recuerdo y probablemente ustedes también. Lo hemos superado. Lo hemos superado porque todos hemos oído la palabra de Dios. Todos hemos recordado que nuestro Dios es el Dios de la misericordia. Nuestro Dios es el Dios de la justicia. Si recordamos esto, también recordamos muchas otras cosas. Dios no nos mide por aquello a lo que nos enfrentamos. Jesucristo mira al interior de nuestro corazón y nos mide por nuestro propósito.

—Pero nuestro propósito no puede ser la justicia, salvo oponiéndonos a la injusticia. Debemos recordar a Skip y a Renato. Debemos recordar a los señores Yang y a todas las personas como ellos en China, a las que se ha negado la oportunidad de oír la palabra de Dios. Los hijos de Lucifer temen la Palabra Divina. Los hijos de Lucifer nos temen a nosotros. Los hijos de satán temen la Voluntad Divina, porque en el Amor Divino y en el camino del Señor radica su destrucción. Puede que odien a Dios. Puede que odien la Voz Divina, pero tienen miedo, temen las consecuencias de sus propios actos. Temen la maldición que les espera. Puede que nieguen a Dios, pero son conscientes de su rectitud y saben que toda alma humana anhela conocer a Nuestro Señor.

—Por eso temían al reverendo Yu Fa An. Por eso temían al cardenal DiMilo y por eso nos temen a nosotros. A mí y a ustedes. ¡Esos hijos de Satán nos temen porque saben que sus palabras y sus falsas creencias son tan insignificantes ante la palabra de Dios como una choza frente a un huracán! Y saben que todo el mundo nace con cierto conocimiento de la Palabra Divina. Por eso nos temen.

—¡Bien! ¡Pues vamos a darles otra razón para que nos teman! ¡Los que creemos en Dios vamos a mostrarles el poder y la convicción de nuestra fe!

—Pero podemos estar seguros de que Dios estaba allí con Skip y con el cardenal DiMilo. Dios dirigió sus valientes manos y a través de ellas Dios salvó a ese bebé inocente —dijo Patterson a los fieles negros—. Y Dios acogió en su seno a esos dos hombres que habían sido enviados allí para desempeñar su labor y ahora nuestro amigo Skip y el cardenal DiMilo, esos buenos y fieles servidores de su Santa Palabra, comparecen llenos de orgullo frente a Nuestro Señor.

—Amigos míos, ellos cumplieron con su obligación. Aquel día desempeñaron la labor del Señor. Salvaron la vida de un bebé inocente. Mostraron al mundo entero cómo puede ser el poder de la fe.

—¿Pero y nuestro trabajo? —preguntó Patterson.

—No es el trabajo de los fieles alentar a Satán —dijo Hosiah Jackson, que había capturado la atención de los feligreses como lord Olivier en una de sus mejores actuaciones, ¿y por qué no?, no eran las palabras de Shakespeare las que oían, sino las de un ministro del Señor—. Cuando Jesucristo examine nuestros corazones, ¿verá

a personas que apoyan a los hijos de Lucifer? ¿Verá a personas que ofrecen su dinero para ayudar a los asesinos ateos del inocente? ¿Verá Jesucristo a personas que entregan su dinero al nuevo Hitler?

—¡No! —exclamó una voz femenina—. ¡No!

—¿Qué defendemos nosotros, los fieles, el pueblo de Dios? ¿Cuando los hijos de Lucifer matan al creyente, qué defienden ustedes? ¿Defienden la justicia? ¿Defienden su fe? ¿Defienden a los santos mártires? ¿Defienden a Jesús? —preguntó Jackson a los fieles blancos de su compañero.

—¡Sí! —respondieron al unísono.

—Válgame Dios —exclamó Ryan en el despacho del vicepresidente, desde donde veía el reportaje por televisión.

—Ya te dije que mi papá era bueno en ese campo. Cielos, yo crecí oyéndolo en la mesa del comedor y todavía se mete en mi cabeza —dijo Robby Jackson, mientras se preguntaba si aquella noche se permitiría una copa—. Probablemente Patterson también lo está haciendo bien. Mi papá dice que es bueno, pero él es el mejor.

—¿Pensó alguna vez en hacerse jesuita? —preguntó Jack con una sonrisa.

—Papá es un predicador, pero no exactamente un santo. El celibato sería bastante duro para él —respondió Robby.

Entonces cambió la imagen al aeropuerto internacional Leonardo da Vinci en las afueras de Roma, donde acababa de aterrizar el 747 de Alitalia y se acercaba ahora a la terminal. Debajo del aparato había un camión, y junto al mismo, varios coches del Vaticano. Ya se había anunciado que el cardenal Renato Di Milo tendría un funeral con todos los honores de Estado en la basílica de San Pedro y la CNN estaría allí para transmitirlo en su integridad, junto a SkyNews, Fox y todas las demás cadenas principales. Al principio habían tardado en cubrir la historia, pero eso sólo servía para que ahora el reportaje fuera más completo.

En Mississippi, Hosiah Jackson descendió lentamente del púlpito después de concluir el último himno. Se dirigió con elegancia y dignidad a la puerta principal, para saludar a la salida a todos y cada uno de los feligreses.

Eso duró mucho más de lo que esperaba. Al parecer, cada uno de los feligreses quiso estrecharle la mano y darle las gracias por su presencia, con una hospitalidad muy superior a la de sus expectativas más optimistas. Y no cabía duda en cuanto a su sinceridad. Algunos insistieron en hablar unos momentos, y hasta que la presión del público los obligó a bajar por la escalera y dirigirse al aparcamiento, Hosiah contó seis invitaciones a cenar y diez preguntas sobre su iglesia y si necesitaba algún trabajo especial. Por fin quedó sólo un hombre, de cerca de setenta años, con el pelo greñudo y canoso y una nariz aguileña con síntomas de haber tomado muchas botellas de whisky. Tenía el aspecto de haber concluido su vida laboral como segundo encargado del aserradero.

—Hola —dijo amablemente Jackson.

—Pastor —titubeó el individuo, como si no se atreviera a decir más.

Tenía un aspecto que Hosiah había visto con bastante frecuencia.

—¿Puedo ayudarlo, señor?

—Pastor... hace años... —Se le formó de nuevo un nudo en la garganta—. Pastor —volvió a empezar—. Pastor, he pecado.

—Amigo mío, todos pecamos. Dios lo sabe. Por eso mandó a su Hijo entre nosotros a vencer nuestros pecados —respondió el pastor, con la mano sobre el hombro de aquel individuo para que no perdiera el equilibrio.

—Yo estaba en el Klan, pastor, hice... cosas pecaminosas... lastimé a negros sólo porque los detestaba y...

—¿Cómo se llama? —preguntó amablemente Hosiah—. Charlie Picket —respondió.

Entonces Hosiah lo comprendió todo. Tenía buena memoria para los nombres. Charles Worthington Picket había sido el gran kleegle del klavern local. Nunca lo habían declarado culpable de ningún delito mayor, pero su nombre aparecía muy a menudo.

—Señor Picket, esas cosas sucedieron hace muchos años.

—Nunca he... nunca he matado a nadie En serio, pastor, nunca he hecho eso —insistió Picket, en un tono de auténtica desesperación—. Pero conozco a quienes lo hicieron y nunca se lo he contado a la policía. Nunca les dije que no lo hicieran... santo cielo, no sé lo que yo era en aquella época, pastor. Era... era...

—Señor Picket, ¿se arrepiente usted de sus pecados?

—Oh, sí, Dios mío, sí, pastor. He rezado pidiendo perdón, pero...

—Sin peros, señor Picket. Dios ha perdonado sus pecados —dijo Jackson con suma ternura.

—¿Está usted seguro?

—Sí, estoy seguro —asintió con una sonrisa.

—Pastor, si necesita algo en su iglesia, reparar el tejado o algo por el estilo, ya sabe, llámeme, ¿de acuerdo? También es la casa de Dios. Puede que no siempre lo haya sabido, pero, maldita sea, ahora lo sé, señor.

Probablemente nunca había llamado «señor» a un negro en su vida, a no ser que tuviera una pistola contra la sien. De modo que por lo menos una persona había escuchado su sermón y aprendido algo, pensó el pastor. No estaba mal para alguien de su oficio.

—Pastor, debo pedir perdón por todas las malas palabras y malos pensamientos que he tenido —dijo, al tiempo que le cogía la mano a Hosiah—. Pastor, estoy arrepentido, estoy tan arrepentido como se pueda estar por todo lo que hice en aquella época y suplico su perdón.

—Y Nuestro Señor Jesucristo dijo «vete y no vuelvas a pecar». Señor Picket, ahí está todo el evangelio en una oración. Dios vino a perdonar nuestros pecados. Dios ya lo ha perdonado.

Finalmente sus miradas se juntaron.

—Gracias, pastor. Y que Dios lo bendiga, señor.

—Y que Nuestro Señor lo bendiga también a usted.

Hosiah Jackson observó al hombre, que se dirigió a su furgoneta, y se preguntó si se acababa de salvar un alma. De ser así, Skip se sentiría satisfecho del amigo negro al que nunca había conocido.

XXXII. COALICIÓN COLISIÓN

El trayecto desde el aeropuerto al Vaticano era un largo recorrido, con cámaras que cubrían palmo a palmo el desplazamiento de la caravana de alta velocidad. Por fin, los vehículos llegaron a la plaza de San Pedro. Allí esperaba un destacamento de la Guardia Suiza, con sus uniformes de púrpura y oro diseñados por Miguel Ángel. Algunos de los guardias levantaron el féretro que contenía al príncipe de la Iglesia, convertido en mártir en un lugar remoto, y lo introdujeron por las enormes puertas de bronce al interior del tenebroso templo, donde al día siguiente el propio papa celebraría una misa de réquiem.

Pero ahora, salvo para el público, no era una cuestión religiosa. Para el presidente de Estados Unidos era un asunto de Estado. Resultaba que Tom Jefferson tenía razón después de todo. El poder del gobierno surgía directamente del pueblo y ahora la actuación de Ryan debía merecer su aprobación, porque esencialmente el país no era suyo, sino de ellos.

Y había algo que empeoraba la situación. Sorge había mandado otro informe esta mañana, que había llegado tarde porque Mary Patricia Foley quiso asegurarse doblemente de que la traducción era correcta.

En el despacho oval también estaban Ben Goodley, Arnie Van Damm y el vicepresidente.

—¿Y bien? —preguntó Ryan.

—Son unos gilipollas —respondió Robby en primer lugar—. Si así es como piensan, no deberíamos venderles ni mierda en bolsas de papel. Ni siquiera un artillero después de una larga noche de borrachera, ni un piloto de caza de la armada hablarían de ese modo.

—No tienen sensibilidad alguna —reconoció Ben Goodley.

—Supongo que no dotan de conciencia a los líderes políticos —dijo Van Damm, convirtiéndolo en unánime.

—¿Cómo reaccionaría tu padre ante semejante información, Robby? —preguntó Ryan.

—Su reacción inmediata sería la misma que la mía: aniquilar a esos cabrones con una bomba nuclear. Luego recordaría lo que ocurre realmente en las guerras y se tranquilizaría un poco. Jack, debemos castigarlos.

—De acuerdo —asintió Ryan—, pero si cerramos el comercio con la República Popular, ¿no serán esos desgraciados que trabajan en las fábricas los primeros perjudicados?

—Por supuesto, Jack, ¿pero quién los tiene secuestrados, los buenos o los malos? Siempre habrá alguien que pueda decir eso y si el temor a perjudicarlos te impide actuar, sólo te asegurarás de que las cosas no mejoren nunca para ellos. De modo que

no puedes permitirte el lujo de limitarte de ese modo —concluyó el vicepresidente—, si no quieres convertirte tú mismo en rehén.

Entonces sonó el teléfono y Ryan levantó el auricular, refunfuñando por la interrupción.

—El secretario Adler quiere hablar con usted, señor presidente. Dice que es importante.

Jack se inclinó sobre la mesa y pulsó el botón con la luz parpadeante.

—Dime, Scott.

—He recibido el informe. Nada inesperado, y no olvides que la gente no habla del mismo modo dentro que fuera de su despacho.

—Es un alivio oírte decir eso, Scott, y si hablaran de llevarse a varios millares de judíos en una excursión por ferrocarril a Auschwitz, ¿también debería parecernos gracioso?

—Jack, ¿olvidas que aquí el que es judío soy yo?

Ryan soltó un prolongado suspiro y pulsó otro botón.

—Bien, Scott, ahora te oímos todos. Habla —ordenó el presidente.

—Ésa es sencillamente la forma de hablar de esos cabrones. Sí, pecan de soberbia, pero eso ya lo sabíamos. Jack, si otros países supieran cómo hablamos nosotros dentro de la Casa Blanca tendríamos muchos menos aliados y muchas más guerras. A veces, la inteligencia puede ser demasiado buena.

Adler realmente era un buen secretario de Estado, pensó Ryan. Su misión consistía en buscar soluciones sencillas y seguras a los problemas y se esforzaba enormemente en ello.

—Bien, ¿alguna sugerencia?

—Ordenaría a Carl Hitch que les entregara una nota, exigiendo que se disculpen por esta cagada.

—¿Y si nos mandan a freír espárragos?

—Entonces retiramos a Rutledge y a Hitch para «consultas» y dejamos que lo mediten un poco.

—La nota, Scott.

—Sí, señor presidente.

—Escrita en papel de amianto y firmada con sangre —dijo fríamente Jack.

—Si, señor —respondió el secretario de Estado, antes de que se desconectara la línea.

Era mucho más tarde en Moscú, cuando Pavel Yefremov y Oleg Provalov entraron en el despacho de Sergey Golovko.

—Siento no haber podido recibirlos antes —dijo el director del SVR a sus invitados—. Tenemos problemas que nos han mantenido ocupados: los chinos y ese tiroteo en Pekín.

Lo había estado viendo, como el resto del mundo.

—Entonces tiene otro problema con ellos, camarada director.

—¿Cómo?

Yefremov le entregó el mensaje descodificado. Golovko lo cogió, con los exquisitos modales que lo caracterizaban, se acomodó en su butaca y empezó a leer. En menos de cinco segundos se le abrieron enormemente los ojos.

—No es posible —susurró.

—Tal vez, pero es difícil encontrarle otra explicación.

—¿Yo era el objetivo?

—Eso parece —respondió Provalov.

—Pero ¿por qué?

—No lo sabemos —dijo Yefremov—, y probablemente en Moscú nadie lo sepa. Si la orden llegó mediante un agente de inteligencia chino, eso significa que salió de Pekín y el mensajero probablemente desconoce las razones. Además, la operación ha sido organizada para poder negarlo todo, puesto que ni siquiera podemos demostrar que ese individuo sea un agente de inteligencia, ni un ayudante, ni un «colaborador» como lo llaman los norteamericanos. Por cierto, ha sido precisamente un norteamericano quien lo ha identificado para nosotros —concluyó el agente del SSF.

Golovko levantó la vista.

—¿Cómo diablos ha sucedido eso?

—Es improbable que a un agente de inteligencia chino en Moscú le preocupe la presencia de un norteamericano —explicó Provalov—, mientras que cualquier ruso puede ser un agente de contraespionaje. Mishka estaba presente, ofreció su ayuda y yo la acepté. Pero ahora tengo una pregunta.

—¿Qué contarle a ese norteamericano? —preguntó Golovko en su lugar.

—Efectivamente, camarada director —asintió el teniente—. Sabe bastante sobre la investigación por asesinato, porque yo le he confiado la información y él ha ofrecido algunas sugerencias útiles. Es un hábil investigador policial y no es ningún imbécil. Cuando me pregunte cómo va el caso, ¿qué puedo decirle?

La respuesta inicial de Golovko fue tan previsible como automática: nada. Pero se contuvo. Si Provalov no decía nada, el norteamericano tendría que ser imbécil para no darse cuenta de que mentía y, como ya le había dicho el teniente, el norteamericano no era ningún imbécil. Por otra parte, ¿era útil para los fines de Golovko, o los de Rusia, que Estados Unidos supiera que su vida estaba en peligro? La pregunta era compleja y confusa. Mientras reflexionaba, decidió llamar a su guardaespaldas y pulsó el botón de su secretaria.

—Diga, camarada director —dijo el comandante Shelepin cuando entró por la puerta.

—Algo nuevo de que preocuparte, Anatoliy Ivan'ch —respondió Golovko.

Fue más que eso. Al oír las primeras palabras, Shelepin palideció.

Empezó en Estados Unidos con los sindicatos. Esas organizaciones de trabajadores, que habían perdido poder en las décadas anteriores, a su manera eran las instituciones más conservadoras de Norteamérica, por la sencilla razón de que su pérdida de poder los había hecho ser conscientes de la importancia del poder que todavía conservaban. Para no perderlo, se resistían a cualquier cambio que amenazara el menor derecho del más humilde de sus miembros.

Desde hacía mucho tiempo, China era la bestia negra del movimiento obrero, por la sencilla razón de que los obreros chinos ganaban menos en un día que los de la industria del automóvil en Norteamérica durante su descanso para tomar café. Eso inclinaba la balanza a favor de los asiáticos y no contaba con el beneplácito de la Federación Norteamericana de Trabajadores y el Congreso de Organizaciones Industriales.

Justificaba aún más su oposición el hecho de que el gobierno de aquellos obreros mal pagados menospreciara los derechos humanos.

Los sindicatos norteamericanos no son nada sin estar organizados, y todos y cada uno de los congresistas empezaron a recibir llamadas telefónicas. La mayoría de ellas fueron atendidas por subalternos, pero las de delegados sindicales en estados o distritos de la federación generalmente llegaron a su destino, con independencia de la afiliación de cada individuo. Se llamó la atención a los actos de barbarismo de aquel Estado ateo que, además, maltrataba a sus obreros y robaba puestos de trabajo a los norteamericanos mediante prácticas laborales injustas. El volumen del superávit comercial surgió en todas y cada una de las llamadas, lo cual habría inducido a los congresistas a pensar que se trataba de una campaña telefónica meticulosamente organizada (que lo era) si hubieran comparado la información de las llamadas (cosa que no hicieron).

Más adelante, aquel mismo día se celebraron manifestaciones, y a pesar de que eran aproximadamente tan espontáneas como las de la República Popular, fueron transmitidas por los medios de comunicación locales y nacionales, porque eran algo digno de filmar y porque los periodistas también pertenecían a los sindicatos.

Entre las llamadas telefónicas y los reportajes televisivos de las manifestaciones llegaron las cartas y los e-mails, todos ellos contados y catalogados por los administrativos.

Algunos llamaron a la Casa Blanca, para informar al presidente de lo que sucedía en el Capitolio. Todas esas llamadas llegaron a las oficinas de Arnold Van Damm, cuyo propio personal llevaba cuidadosamente la cuenta de las mismas, de su posición y de su nivel de apasionamiento, que era bastante alto.

También llegaron las notas de las comunidades religiosas, prácticamente a todas las cuales China había logrado ofender simultáneamente.

Lo más inesperado y astuto del día no fue una llamada ni una carta a ningún miembro del gobierno. Todos los fabricantes chinos instalados en la isla de Taiwan disponían de agencias de relaciones públicas en Norteamérica. Una de ellas tuvo una idea, que se extendió como el Fuego en la pólvora. Al mediodía, tres imprentas diferentes imprimían etiquetas adhesivas con la bandera de la República Popular y la inscripción: «Somos los buenos». A la mañana siguiente, dependientes en todas las tiendas a lo largo y ancho de Norteamérica las pegaban a los artículos fabricados en Taiwan. Los medios de comunicación lo supieron incluso antes de que empezara dicha operación y ayudaron a los industriales de la República China, informando al público de la campaña «ellos, no nosotros» incluso antes de su lanzamiento.

Esto sirvió para recordar al público norteamericano que existían dos países llamados China y que sólo uno de ellos mataba curas y maltrataba luego a quienes sólo pretendían rezar unas oraciones en una calle pública. Los otros participaban incluso en la liga de béisbol.

No solía ocurrir que los dirigentes sindicales y el clero se expresaran ambos de una forma tan vociferante, y lograran que se les oyera. Las organizaciones de encuestas se esforzaban por mantenerse al día y pronto empezaron a elaborar sus preguntas, de modo que definieran la respuesta antes de formularlas.

La nota llegó a la embajada de Pekín a primera hora de la mañana.

Después de descifrarla, el empleado de seguridad la mostró al oficial de guardia de la embajada, que hizo un esfuerzo para no vomitar y decidió despertar inmediatamente al embajador Hitch. Al cabo de media hora, Hitch estaba en su despacho, somnoliento y malhumorado después de despertar dos horas antes de lo habitual. El contenido de la nota no estaba concebido para alegrarle el día. Poco después Llamó por teléfono al ministerio.

—Sí, eso es lo que queremos que diga —respondió Scott Adler por la línea de seguridad.

—No les gustará.

—No me sorprende, Carl.

—Sólo quería que lo supieran —dijo Hitch.

—Carl, hemos reflexionado, pero el presidente está realmente enojado por...

—Scott, yo vivo aquí, no lo olvide. Estoy al corriente de lo sucedido.

—¿Cómo reaccionarán? —preguntó Adler.

—¿Antes o después de decapitarme? —respondió Hitch—. Me dirán dónde puedo meterme esa nota... en términos ligeramente más formales, por supuesto.

—Acláreles que el pueblo norteamericano exige algún tipo de desagravio y que no se puede matar impunemente a los diplomáticos.

—De acuerdo, Scott. Sé cómo hacerlo. Llamaré más tarde. —Esperaré despierto —prometió Adler, pensando en las muchas horas que le quedaban por delante.

—Hasta luego —concluyó Hitch, antes de colgar.

XXXIII. PUNTO DE PARTIDA

—No puede hablarnos de ese modo —observó Shen Tang.

—Señor ministro, mi país tiene principios que no quebrantamos. Algunos de ellos son el respeto por los derechos humanos, el derecho a la libre asociación, el derecho a adorar a Dios como uno desee y el derecho a expresarse libremente. El gobierno de la República Popular ha considerado oportuno violar dichos principios y ésta es la respuesta norteamericana. El resto de las grandes potencias mundiales reconocen esos derechos. China también debe hacerlo.

—¿Debe? ¿Nos está diciendo usted lo que debemos hacer?

—Señor ministro, si China desea formar parte de la comunidad de las naciones, la respuesta es afirmativa.

—No aceptaremos dictámenes de Norteamérica. ¡Ustedes no son los dueños del mundo!

—Ni pretendemos serlo. Pero podemos elegir las naciones con las que mantenemos relaciones normales y preferimos que respeten los derechos humanos, como hacen las demás naciones civilizadas.

—¿Ahora nos llama incivilizados? —preguntó el ministro—. No he dicho eso, señor ministro —respondió Hitch, mordiéndose la lengua por el desliz.

—Norteamérica no tiene derecho a imponer sus deseos ni a nosotros, ni a ningún otro país. Ustedes han venido aquí a dictar términos comerciales y ahora nos exigen también que nos ocupemos de nuestros asuntos internos, de un modo conveniente para ustedes. ¡Basta! No vamos a doblegarnos ante ustedes. No somos sus sirvientes. Rechazo esta nota —declaró Shen, mientras empujaba el papel hacia Hitch para realzar sus palabras.

—¿Es ésta, entonces, su respuesta? —preguntó Hitch.

—Esta es la respuesta de la República Popular China —respondió imperiosamente Shen.

—Muy bien, señor ministro. Gracias por la audiencia.

Hitch inclinó cortésmente la cabeza y se retiró. Era asombroso, pensó, que unas relaciones normales, aunque no exactamente amigables, pudieran desmoronarse con tanta rapidez. Hacía sólo seis semanas que Shen había acudido a la embajada, para asistir a una cordial cena de trabajo, durante la que habían brindado de forma sumamente amigable por ambos países. Pero ya lo había dicho Kissinger: los países no tienen amigos, tienen intereses. Y la República Popular China acababa de menospreciar algunos de los principios más arraigados de Estados Unidos. Asunto concluido. Caminó hasta su coche para regresar a la embajada, donde lo esperaba Cliff Rutledge. Hitch le indicó con un gesto que entrara en su despacho privado.

—¿Y bien?

—Pues me ha dicho que me la meta en el culo, en lenguaje diplomático —respondió Hitch—. La sesión de esta mañana seguramente será bastante animada.

—Me sorprende que Scott haya permitido canalizarlo de este modo —dijo Rutledge, que evidentemente ya había visto la nota.

—Sospecho que en nuestro país la situación se ha endurecido un poco. Nosotros también hemos visto la CNN, pero puede que las cosas estén aún peor de lo que parecen.

—Bueno, no es que yo apruebe nada de lo que han hecho los chinos, pero tanto jaleo por un par de curas asesinados...

—Uno de ellos era diplomático, Cliff —le recordó Hitch—. Si te volaran los sesos a ti, ¿no esperarías que en Washington se lo tomaran en serio?

Con la reprimenda, a Rutledge se le encendió ligeramente la mirada.

—Es el presidente Ryan quien dirige este asunto. Sencillamente, no entiende cómo funciona la diplomacia.

—Puede que sí y puede que no, pero es el presidente, y no olvides que nuestra misión consiste en representarlo.

—Eso es difícil de olvidar —refunfuñó Rutledge, que nunca sería subsecretario de Estado mientras ese patán siguiera en la Casa Blanca, y ése era el cargo al que aspiraba desde hacía quince años, pero tampoco lo conseguiría si permitía que sus sentimientos personales, por justificados que fueran, enturbiaran su juicio profesional—. Nos llamarán o nos mandarán a casa —dedujo.

—Probablemente —reconoció Hitch—. Será agradable ver un poco de béisbol. ¿Cómo van los Sox esta temporada? —Olvídalo. Un año de recuperación. De nuevo.

—Lo siento —dijo Hitch mientras movía la cabeza y examinaba su mesa en busca de nuevos mensajes, pero no había ninguno.

Ahora debía comunicarles a Washington lo que había dicho el ministro de Exteriores chino. Scott Adler probablemente estaba en su despacho del séptimo piso, junto al teléfono directo de seguridad, a la espera de la llamada.

—Buena suerte, Cliff.

—Muchas gracias —respondió Rutledge de camino a la puerta.

Hitch se preguntó si debería llamar a su esposa, para decirle que empezara a hacer las maletas, pero no, todavía no. Primero debía llamar al ministerio.

—¿Entonces qué va a suceder? —preguntó Ryan desde la cama, que había dado orden de que lo despertaran en el momento en que se recibiera alguna noticia.

Ahora, al escuchar la respuesta de Adler, se sorprendió. La redacción le había parecido bastante exangüe, pero evidentemente las normas del lenguaje diplomático eran más rigurosas de lo que suponía.

—Bien, ¿y ahora qué, Scott?

—Esperaremos a ver lo que sucede con la delegación comercial, pero apuesto a

que tendremos que llamarlos, así como a Carl Hitch, para consultas.

—¿Los chinos no se percatan de que todo esto puede perjudicar su comercio?

—No esperan que eso ocurra. Tal vez si así sucede, se vean obligados a reflexionar sobre el error de sus métodos.

—No apostaría por ello, Scott.

—Tarde o temprano, deberá imponerse el sentido común. Cuando algo le afecta la cartera a alguien, suele despertar su interés —dijo el secretario de Estado.

—Lo creeré cuando lo vea —respondió el presidente—. Buenas noches, Scott.

—Buenas noches, Jack.

—¿Qué han dicho? —preguntó Cathy Ryan.

—Que nos la metamos en el culo.

—¿En serio?

—En serio —respondió Jack, al tiempo que apagaba la luz. Los chinos se creían invencibles. Debe de ser agradable creerlo. Agradable, pero peligroso.

La División 265 de Infantería Motorizada se componía de tres regimientos de conscriptos, rusos que habían optado por no eludir el servicio militar, lo que los convertía en patriotas, o estúpidos, o apáticos, o suficientemente aburridos de la vida para que la perspectiva de dos años en el ejército, mal alimentados y generalmente sin cobrar, no les pareciera un sacrificio excesivo. Cada regimiento se componía de unos mil quinientos soldados, unos quinientos menos de la plena fuerza autorizada. La buena noticia era que cada regimiento tenía un batallón orgánico de tanques y que todo el equipo mecanizado era, si no nuevo, por lo menos de fabricación reciente y bastante bien conservado. Sin embargo, la división no disponía de un regimiento orgánico de tanques, que era lo primero que otorgaba a una división de infantería su capacidad ofensiva. Tampoco disponían de un batallón antitanques, con sus correspondientes cañones Rapier. A pesar de que era un armamento anacrónico, a Bondarenko le gustaba porque lo había utilizado cuando era cadete, hacía cuarenta años. El nuevo modelo de carro blindado de la infantería había sido modificado para transportar misiles antitanque AT-6, que la OTAN denominaba «Spiral», en realidad la versión rusa del «Milan» de la OTAN, por gentileza de un espía anónimo del KGB en los años ochenta. Las tropas rusas lo denominaban «martillo» por su fácil manejo, a pesar del tamaño relativamente reducido de su cabeza explosiva. Cada carro blindado llevaba diez misiles, que compensaban sobradamente la ausencia del batallón inexistente de cañones remolcados.

Lo que más preocupaba a Bondarenko y Aliyev era la falta de artillería. La artillería, históricamente la parte mejor formada y entrenada del ejército ruso, sólo estaba medio presente en las fuerzas de Extremo Oriente, donde batallones ocupaban el lugar de regimientos. La lógica para ellos se basaba en la línea fija de defensa a lo largo de la frontera china, con sus abundantes fortificaciones y piezas fijas de

artillería, que a pesar de su anticuado diseño, con equipos especializados y un buen suministro de munición, podían bombardear posiciones determinadas con antelación.

El general fruncía el ceño en los confines de su coche oficial. Era lo que le había tocado en suerte por ser listo y vigoroso. Un distrito militar debidamente preparado y entrenado no necesitaría a un hombre como él. No, su talento era necesario en un pozo de mierda como aquél. ¿Un buen oficial no podría recibir, de vez en cuando, un premio por sus buenos resultados, en lugar de otro «reto»? pensó. No durante su vida. Los tontos y los imbéciles acababan en los distritos cómodos, sin amenazas y con equipamiento sobrante.

Su mayor preocupación era la situación aérea. Entre todos los ejércitos rusos, el más perjudicado a raíz de la caída de la Unión Soviética era el del aire. En otra época, Extremo Oriente disponía de sus propias alas de cazas tácticos, listos para enfrentarse a la amenaza de los aparatos norteamericanos con base en Japón o en los portaaviones de la flota del Pacífico, además de lo necesario para enfrentarse a los chinos. Ya no era el caso. Ahora, quizá disponía de cincuenta aviones aptos para combate y sus pilotos volaban tal vez unas setenta horas anuales, apenas lo suficiente para asegurarse de que podían despegar y aterrizar con seguridad. Cincuenta cazas modernos, sobre todo para el combate aéreo, más que para objetivos terrestres. Había varios centenares más, pudriéndose en sus bases, sobre todo en cobertizos reforzados para mantenerlos secos, con los neumáticos podridos y las juntas reseca por falta de uso, debido principalmente a la escasez de repuestos que afectaba casi la totalidad de las fuerzas aéreas rusas.

—Andreu, aún recuerdo cuando el mundo temblaba de miedo sólo de pensar en nuestro ejército. Ahora, los que se molestan en pensar en nosotros se tronchan de risa —dijo Bondarenko, antes de tomar un trago de vodka de un frasco.

Hacía mucho tiempo que no bebía alcohol cuando estaba de servicio, pero hacía frío, la calefacción del coche no funcionaba y necesitaba el consuelo de la bebida.

—Gennady Iosifovich, no está tan mal como parece...

—¡Estoy de acuerdo! ¡Está peor! —refunfuñó el comandante en jefe de Extremo Oriente—. Si esos amarillos se dirigen al norte aprenderé a comer con palillos. Siempre me he preguntado cómo lo hacen —agregó Bondarenko, con una mueca, que siempre veía el lado cómico de las cosas.

—Pero a los demás les parecemos fuertes. Tenemos millares de tanques, camarada general.

Era cierto. Habían pasado la mañana inspeccionando monstruosos cobertizos repletos, curiosamente, de tanques T-34/85 fabricados en Chelyabinsk en 1946. Algunos de sus cañones eran vírgenes, nunca se habían disparado. Los alemanes se habían puesto a temblar en sus botas al ver aquellos tanques asomar por el horizonte, pero eso es lo que eran, tanques de la segunda guerra mundial, más de novecientas

unidades, suficientes para tres divisiones completas. ¡Y disponían incluso de tropas de mantenimiento! Sus motores todavía funcionaban, gracias al mantenimiento de los nietos de quienes los habían utilizado en combate contra los fascistas. Y en los mismos cobertizos había proyectiles para los cañones de 85 mm, algunos de fabricación tan reciente como 1986. El mundo estaba loco, e indudablemente había sido una locura por parte de la Unión Soviética almacenar aquellas antiguallas y gastar dinero y esfuerzo en su mantenimiento. E incluso ahora, más de diez años después de la desaparición de dicha nación, por pura inercia burocrática todavía mandaban conscriptos a los cobertizos para cuidar del mantenimiento de la colección de antigüedades. ¿Con qué propósito? Nadie lo sabía. Necesitarían un archivero para encontrar los documentos, y si bien eso podría interesar a algún historiador con sentido del humor, Bondarenko tenía mejores cosas que hacer.

—Andreu, aprecio su disposición a ver el lado más liviano de las situaciones, pero aquí nos enfrentamos a una realidad práctica.

—Camarada general, tardaremos meses en obtener permiso para concluir esta operación.

—Probablemente, Andrushka, pero recuerdo una historia sobre Napoleón. Quería plantar árboles a lo largo de las carreteras francesas, para que sus tropas pudieran desplazarse a la sombra. Un oficial de la plana mayor le señaló que los árboles tardarían veinte años en crecer lo suficiente para lograrlo. A lo que Napoleón respondió: «¡Sí, claro, debemos empezar inmediatamente!». Por consiguiente, coronel, nosotros también vamos a empezar inmediatamente.

—Como usted diga, camarada general.

El coronel Aliyev sabía que la idea merecía la pena. Sólo se preguntaba si dispondría de tiempo suficiente para llevar a cabo todo lo necesario. Además, las tropas de los cobertizos parecían bastante contentas. En algunos casos, incluso sacaban los tanques al aire libre para jugar con ellos, conducirlos al campo de tiro más cercano y disparar sus cañones de vez en cuando. Un joven sargento le había comentado que era bueno utilizarlos, porque aportaban realismo a las películas bélicas que había visto de niño. Eso era un comentario curioso por parte de un soldado, pensó el coronel Aliyev. Mejoraba las películas, maldita sea.

—¿Quién se ha creído que es ese cabrón de los ojos rasgados? —preguntó Gant en el jardín.

—Mark, esta mañana les hemos entregado una nota bastante categórica y ésta es su reacción.

—Cliff, ¿podrías explicarme por qué otros pueden hablarnos de ese modo, pero nosotros no podemos hacer lo mismo con ellos?

—Se llama diplomacia.

—Se llama mierda, Cliff —replicó Gant—. En mi tierra, si alguien te habla de ese

modo, le das un puñetazo.

—Pero nosotros no lo hacemos.

—¿Por qué no?

—Porque lo hemos superado, Mark —intentó explicarle Rutledge—. Son como los perros pequeños cuando ladran. Los grandes y fuertes no se inmutan. Saben que pueden arrancarles la cabeza de un mordisco. Y nosotros sabemos que podemos ocuparnos de esa gente, si nos vemos obligados a ello.

—Alguien debe decírselo, Cliffy —señaló Gant—. Porque creo que todavía no se han enterado. Hablan como si fueran los amos del mundo y creen que pueden hacerse los duros con nosotros, Cliff. Hasta que descubran que no pueden, van a seguir con esa mierda.

—Mark, así es como se hace, eso es todo. Son las normas del juego a este nivel.

—¡No me digas! —exclamó Gant—. Cliff, para ellos esto no es un juego. Tú no te das cuenta, pero yo sí. Después de este descanso, volveremos a la sala y nos amenazarán. ¿Qué haremos entonces?

—No darle importancia. ¿Cómo pueden amenazarnos? —El pedido de Boeing.

—Bueno, este año Boeing tendrá que venderle sus aviones a otro —dijo Rutledge.

—¿En serio? ¿Qué me dices de los intereses de todos esos trabajadores a los que se supone que representamos?

—Mark, a este nivel nos ocupamos de la imagen en su conjunto, no de los pormenores, ¿de acuerdo? —respondió Rutledge, que empezaba a enojarse con aquel corredor de Bolsa.

—Cliffy, el conjunto de la imagen está formado de pormenores. Deberías volver ahí y preguntarles si desean vendernos sus mercancías. Si eso es lo que quieren, deben obedecer las reglas del juego. Porque nos necesitan mucho más ellos a nosotros, que nosotros a ellos.

—Esa no es forma de hablar a una gran potencia.

—¿Nosotros somos una gran potencia?

—La mayor —confirmó Rutledge.

—¿Entonces cómo se explica que nos hablen de ese modo?

—Mark, éste es mi trabajo. Tú estás aquí para aconsejarme, pero es la primera vez que participas en esta clase de juego. Sé cómo desenvolverme. Es mi trabajo.

—De acuerdo —dijo Gant, con un prolongado suspiro—. Pero si nosotros seguimos las reglas y ellos no lo hacen, el juego se pone un poco pesado.

Gant se alejó, para estar momentáneamente a solas. El jardín era bastante bonito. No tenía suficiente experiencia en estas situaciones para saber que solía haber algún tipo de jardín, para que los diplomáticos pasearan después de estar encerrados dos o tres horas en la sala de conferencias, pero había aprendido que en el jardín era donde

se hacía buena parte del auténtico trabajo.

—¿Señor Gant?

Al volver la cabeza vio a Xue Ma, el diplomático/espía con el que había hablado antes.

—Señor Xue —respondió a modo de saludo.

—¿Qué opina usted del progreso de las negociaciones? —preguntó el diplomático chino.

Mark todavía intentaba comprender el uso que ese individuo hacía del lenguaje.

—Si esto es progreso, detestaría ver lo que usted denomina retroceso.

Xue sonrió.

—Un intercambio suele ser más interesante si es vivaz que insípido.

—¿En serio? Estoy muy sorprendido. Siempre había creído que los intercambios diplomáticos eran más corteses.

—¿Le parece falta de cortesía?

Gant se preguntó una vez más si lo incitaba, pero finalmente pensó: qué coño. Después de todo, realmente no necesitaba el empleo del gobierno. Además, aceptarlo había supuesto un sacrificio personal considerable, del orden de varios millones de dólares. ¿Acaso eso no le daba derecho a decir lo que se le antojara?

—Xue, ustedes nos acusan de amenazar su identidad nacional porque nos molestan los asesinatos que su gobierno, o sus agentes, supongo, cometieron ante las cámaras. A los norteamericanos no les gusta que la gente vaya por ahí matando.

—Esas personas quebrantaban nuestras leyes —le recordó Xue.

—Es posible —reconoció Gant—. Pero en Estados Unidos, cuando alguien quebranta la ley, se lo detiene y se lo somete a juicio ante un juez y un jurado, con un abogado defensor para asegurarse de que se haga justicia. ¡No le disparamos a nadie en la cabeza cuando tiene a un recién nacido en brazos!

—Fue lamentable —reconoció Xue—, pero como ya le he dicho, esos hombres quebrantaban la ley.

—¿Y eso autoriza a sus policías a convertirse en jueces, jurados y verdugos? Xue, para los norteamericanos eso fue un acto de barbarie.

Por fin la palabra con «b» dio en el blanco.

—Norteamérica no puede hablar con China de ese modo, señor Gant.

—Mire, señor Xue, es su país y pueden gobernarlo como ustedes deseen. No vamos a declararles la guerra por lo que hagan dentro de sus fronteras. Pero tampoco hay ninguna ley que nos obligue a hacer negocios con ustedes y, por consiguiente, podemos dejar de comprar sus mercancías. Además, permítame que le aclare que el pueblo norteamericano dejará de comprar sus productos si siguen comportándose de ese modo.

—¿Su pueblo? ¿O su gobierno? —preguntó Xue, con una sonrisa de suficiencia.

—¿Es usted realmente tan estúpido, señor Xue? —exclamó Gant.

—¿Qué quiere decir?

Gant se percató de que el último insulto realmente había quebrado la coraza.

—Quiero decir que Estados Unidos es una democracia. Los norteamericanos toman muchas decisiones enteramente por cuenta propia y el norteamericano medio no le comprará nada a un jodido bárbaro —respondió Gant, antes de hacer una pausa—. Mire, yo soy judío, ¿comprende? Hace sesenta años, Estados Unidos metió la pata. Vimos lo que Hitler y los nazis hacían en Alemania y no reaccionamos a tiempo para impedirlo. En realidad, no respondimos a la llamada y mucha gente: murió innecesariamente. Hemos estado viendo por televisión lo que sucedió desde que yo llevaba pantalón corto y nunca volverá a suceder mientras estemos de guardia. Cuando personas como ustedes cometen actos como los que hemos visto, en la mente de los norteamericanos se enciende la luz del holocausto. ¿Lo entiende ahora?

—No puede usted hablarnos de ese modo.

¡Y dale con la cantinela! Se abrían las puertas. Había llegado el momento de regresar a la sala, para otra ronda de confrontación en lenguaje diplomático.

—Y si insisten en atacar nuestra soberanía nacional, compraremos en otro lugar —dijo Xue, con cierta satisfacción.

—Bien, y nosotros haremos lo mismo. Ustedes necesitan nuestro dinero mucho más que nosotros sus mercancías, señor Xue.

Por fin debería comprenderlo, pensó Gant. Su rostro reflejaba ahora cierta emoción, al igual que sus palabras:

—Nunca nos doblegaremos ante los ataques norteamericanos contra nuestro país.

—No atacamos su país, Xue.

—Pero amenazan nuestra economía —dijo Xue, cuando se dirigían hacia la puerta.

—No amenazamos nada. Le comunico que mis compatriotas no comprarán mercancías a un país que comete barbaridades. Esto no es una amenaza. Es una afirmación.

Gant no era plenamente consciente de que aquello era un insulto aún mayor.

—Si Norteamérica nos castiga, nosotros castigaremos a Norteamérica.

Se estaba pasando de la raya. Gant entreabrió la puerta y se detuvo para mirar al diplomático/espía.

—Xue, sus pollas no son suficientemente grandes para competir con nosotros en un campeonato de meadas.

Dicho esto, entró en la sala. Al cabo de media hora salía de nuevo. Los comentarios habían sido contundentes y acalorados, y ninguno de los dos bandos había considerado oportuno proseguir aquel día, si bien Gant tenía la fuerte sospecha de que cuando Washington se enterara de los intercambios de aquella mañana, no

habría otro día.

Dentro de un par de días, completamente agotado por el desfase horario, estaría de regreso en su despacho de la calle Quince. Le sorprendió percatarse de que le apetecía.

—¿Alguna novedad del Pacífico occidental? —preguntó Mancuso.

—Acaban de zarpar tres submarinos, un Song y dos de los Kilos que les vendieron los rusos —respondió BG Lahr—. Los tenemos controlados. La Jolla y el Helena no los pierden de vista. El Tennessee ha zarpado al mediodía de regreso a Pearl. —Hacía cincuenta días que patrullaba y con eso bastaba—. Nuestros buques de superficie están todos en alta mar. Nadie tiene previsto regresar a Taipei durante doce días.

—¿De modo que las putas de Taipei tienen dos semanas de vacaciones? —preguntó el comandante en jefe del Pacífico, con una carcajada.

—Y los taberneros. Si sus marinos son como mis soldados, puede que necesiten el descanso —sonrió a su vez el segundo de a bordo.

—Sería maravilloso volver a ser joven y soltero —comentó Bart—. ¿Algo más?

—Maniobras rutinarias en su territorio, ejercicios aéreos y terrestres combinados, pero eso sucede en el norte, junto a la frontera rusa.

—¿Parecen buenos?

Lahr se encogió de hombros.

—Lo suficiente para preocupar a los rusos, señor. En general, el ejército popular está mejor entrenado que nunca, pero trabajan intensamente desde hace tres o cuatro años.

—¿Cuántos son? —preguntó Bart, con la mirada puesta en el mapa de la pared, mucho más útil para un marino que para un soldado, donde China era una mera mancha a la izquierda de color beige.

—Depende de dónde. Por ejemplo, si penetran en Rusia hacia el norte serán como cucarachas en el piso de un barrio pobre neoyorquino. Se necesitará mucho insecticida para controlarlas.

—¿Y dice que las fuerzas rusas son escasas en el este? Lahr asintió.

—Efectivamente, almirante. Si yo estuviera en el lugar de ese Bondarenko sudaría un poco. Claro que la amenaza es sólo teórica, pero esa posibilidad me mantendría despierto por la noche.

—¿Y qué me dice de los informes sobre oro y petróleo en el este de Siberia?

Lahr asintió.

—Hacen que la amenaza sea menos teórica. China es un país importador de petróleo y van a necesitar mucho más para ampliar su economía como se lo proponen. Y en cuanto al oro, bueno, es lo que todo el mundo ha querido desde hace tres mil años. Es negociable y fungible.

—¿Fungible? —preguntó Mancuso, que desconocía la palabra.

—Puede que en otra época su alianza matrimonial formara parte de la doble corona del faraón Ramsés II —explicó Lahr—. O del collar de Caligula, o del cetro real de Napoleón. La coge, la aplasta con un martillo, la convierte de nuevo en materia prima y, como tal, sigue siendo valiosa. Si el hallazgo ruso es tan grande como aseguran nuestras fuentes de inteligencia, se venderá en el planeta entero. Todo el mundo lo utilizará para un sinfín de aplicaciones, desde la joyería hasta la electrónica.

—¿Qué tamaño se supone que tiene el yacimiento?

—Lo suficiente para comprar la flota del Pacífico y algo más —respondió Lahr, encogiéndose de hombros.

Mancuso dio un silbido. Hablaban de una verdadera fortuna.

Era tarde en Washington, y una vez más Adler seguía sin acostarse, trabajando en su despacho. La Secretaría de Estado solía ser un lugar donde generalmente había mucho trabajo, últimamente más de lo habitual, y Scott Adler se estaba acostumbrando a las jornadas de catorce horas. En este momento leía informes postales, a la espera del próximo acontecimiento en Pekín. Sobre su escritorio había un teléfono de seguridad STU-6. La «unidad telefónica de seguridad» era un complejo aparato de codificación, incorporado a un teléfono digital fabricado por ATT. Funcionaba por un canal de comunicaciones vía satélite y, a pesar de que su señal se esparcía luego por todo el mundo desde el satélite de comunicaciones del Departamento de Defensa, lo único que oiría alguien que casualmente lo captara sería el ruido carrasposo de la electricidad estática, parecido al del agua en un grifo de la bañera. Estaba dotado de un sistema de codificación al azar de 512 bits, que los mejores ordenadores de Fort Meade llegaban a descifrar aproximadamente en un tercio de los casos, sólo después de varios días de esfuerzo concentrado. Eso suponía un máximo de seguridad. Intentaban vincular el sistema de codificación Tapdance con las unidades STL, con el fin de generar una señal totalmente azarosa y, por consiguiente, indescifrable, pero eso resultaba difícil por razones técnicas que nadie había explicado al secretario de Estado y era preferible no hacerlo. Era un diplomático, no un matemático. Por fin sonó el peculiar timbre del STU. Las dos unidades STU en extremos opuestos del mundo tardaron once segundos en sincronizarse.

—Adler.

—Scott, habla Rutledge —respondió la voz, desde el otro extremo del mundo—. No ha ido bien —agregó inmediatamente—. Anulan el pedido de los 777 con Boeing, como temíamos.

—Estupendo —dijo Adler, frunciendo el ceño—. ¿Ninguna concesión por los tiroteos?

—Nada.

—¿Algún vestigio de optimismo?

—Ninguno, Scott, nada en absoluto. Se han atrincherado como si nosotros fuéramos mongoles y ellos la dinastía Chin.

Alguien debería recordarles que a fin de cuentas la gran muralla resultó ser un montón de ladrillos desperdiciados, pensó el secretario sin decirlo en voz alta.

—Bien, debo hablarlo con el presidente, pero probablemente regresaréis pronto a casa. Puede que Carl Hitch también.

—Se lo diré. ¿Sería posible que hiciéramos nosotros alguna concesión, sólo para mantener abiertas las negociaciones?

—Cliff, la posibilidad de que el Congreso ceda en el asunto comercial es tan improbable como que los Tufts acaben la liga entre los cuatro primeros. Puede que menos. —La Universidad de Tufts, después de todo, disponía de un equipo de baloncesto—. No podemos ofrecerles nada que ellos estén dispuestos a aceptar. Habrá una interrupción, son ellos quienes deben ceder en esta ocasión. ¿Alguna posibilidad?

—Cero —fue la respuesta desde Pekín.

—Bien, entonces no les quedará más remedio que aprender por las malas.

La buena noticia, pensó Adler, era que las lecciones difíciles eran aquellas de las que realmente se aprendía algo. Puede que incluso los chinos lo hicieran.

—¿Qué ha dicho el capitalista *diao ren*? —preguntó Zhang, y Shen repitió palabra por palabra lo que le había contado Xue—. ¿Y qué representa?

—Es ayudante personal del ministro norteamericano de la Tesorería. Por consiguiente, creemos que goza de la confianza del ministro y del presidente —explicó Shen—. No ha participado directamente en las conversaciones, pero después de cada sesión habla en privado con el viceministro Rutledge. No sabemos exactamente cuál es su relación, pero es evidente que no tiene experiencia como diplomático. Habla como un capitalista arrogante, con insultos groseros, pero me temo que representa más la posición norteamericana que Rutledge. Creo que le indica a Rutledge la política que deben seguir. Rutledge es un diplomático con mucha experiencia y es evidente que las posiciones que adopta no son las suyas. Él quiere ofrecernos ciertas concesiones. Estoy seguro de ello, pero Washington dicta sus palabras y ese tal Gant probablemente es el conducto con Washington.

—Entonces haces bien en aplazar las conversaciones. Les concederemos tiempo para reconsiderar su posición. Si creen que pueden darnos órdenes, están equivocados. ¿Has anulado el pedido de los aviones?

—Por supuesto, tal y como acordamos la semana pasada. —Entonces eso les dará algo en que pensar— comentó Zhang con aire de suficiencia.

—Si no abandonan la mesa.

—No se atreverán.

¿Abandonar el Reino Medio? Absurdo.

—Ese tal Gant ha dicho algo más. En pocas palabras, ha dicho que nosotros los necesitamos a ellos, es decir, su dinero, más que ellos a nosotros. ¿Y no es cierto que no va desencaminado del todo?

—No necesitamos sus dólares más que nuestra soberanía. ¿Realmente creen que pueden dictarnos nuestras leyes internas?

—Sí, Zhang, lo creen. Conceden muchísima importancia a este incidente.

—Esos dos policías deberían ser fusilados por lo que hicieron, pero no podemos permitir que los norteamericanos nos lo ordenen.

La vergüenza del incidente era una cosa y poner en ridículo al Estado se pagaba a menudo con la pena capital en la República Popular, pero China debía tomar dicha decisión por cuenta propia, no por orden del exterior.

—Lo dominan bárbaro —agregó Shen.

—¿Bárbaros? ¿Refiriéndose a nosotros?

—Ya sabes que los norteamericanos son muy sensibles. A menudo lo olvidamos. Y sus líderes religiosos tienen cierta influencia en su país. Nuestro embajador en Washington nos ha hecho algunas advertencias en este sentido. Sería preferible disponer de un poco de tiempo para que se calme la situación y en realidad habría que castigar a esos dos policías sólo para apaciguar la sensibilidad norteamericana, aunque estoy de acuerdo en que no podemos permitir que nos dicten nuestra política interna.

—¿Y ese tal Gant dice que su *ji* es mayor que los nuestros?

—Eso dice Xue. Según nuestra ficha, es un agente de Bolsa, que ha trabajado de cerca con el ministro Winston durante muchos años. Es judío, como muchos de ellos...

—Su ministro de Exteriores también lo es, ¿no es cierto?

—¿El ministro Adler? Sí, es judío —confirmó Shen, después de reflexionar unos instantes.

—¿Entonces ese Gant realmente nos indica cuál es su posición?

—Probablemente —respondió el ministro de Exteriores Shen.

Zhang se inclinó hacia adelante.

—Entonces les aclararás la nuestra. La próxima vez que veas a ese Gant dile *chou ni ma de bi* —un grave insulto en China, que convenía no decir si no se tenía un arma en la mano.

—Entendido —respondió Shen, consciente de que nunca diría nada semejante, salvo a algún humilde subalterno en su oficina.

Zhang se retiró. Debía comentar la situación con su amigo Fang Gan.

XXXIV. GOLPES

A lo largo de la última semana, Ryan había llegado a esperar malas noticias al despertar y, por extensión, también su familia. Sabía que se lo tomaba demasiado en serio, cuando sus hijos empezaban a interesarse por ello durante el desayuno.

—¿Qué ocurre en China, papá? —preguntó Sally, proporcionándole a Ryan otra cosa que lamentar.

Sally había dejado de llamarlo «papi», que era un calificativo más apreciado por Jack que el de «señor presidente». Uno esperaba que lo abandonaran los hijos, pero no una hija. Cuando se lo comentó a Cathy, ella le respondió que no tenía más remedio que aceptarlo.

—No lo sabemos, Sally.

—¡Pero se supone que tú debes saberlo todo!

Además, sus amigas se lo preguntaban en la escuela.

—Sally, el presidente no lo sabe todo. Por lo menos, yo no lo sé —explicó Jack, después de levantar la mirada del Early Bird—. Y por si no te habías dado cuenta, los televisores de mi despacho están sintonizados en la CNN y las demás cadenas de noticias, porque frecuentemente saben más que la CIA.

—¿En serio? —observó Sally.

Veía demasiadas películas. En Hollywood, la CIA era un peligroso organismo gubernamental, que quebrantaba la ley, antidemocrático, fascista y sumamente malvado, que no obstante lo sabía todo sobre todo el mundo y que realmente había asesinado al presidente Kennedy para sus propios fines, fuesen los que fuesen (lo cual Hollywood nunca había llegado a aclarar). Pero no importaba, porque quienquiera que fuese el héroe de la película, siempre lograba vencer a los malvados de la CIA antes de que aparecieran los créditos o la publicidad, según el formato de la cinta.

—En serio, cariño. En la CIA trabajan algunos buenos elementos, pero esencialmente no es más que una de las instituciones del gobierno.

—¿Qué me dices del FBI y de los servicios secretos? —preguntó la niña.

—Son policías. Eso es diferente. Mi papá era policía, ¿no lo recuerdas?

—Sí, claro —respondió, antes de concentrarse de nuevo en la sección de «Estilo» del Washington Post, donde se encontraban los chistes y los artículos sobre la música que le interesaba y que su padre escribía entre comillas.

Alguien llamó discretamente a la puerta y entró Andrea. A esta hora del día también ejercía como secretaria particular, en este caso para entregar un despacho del Departamento de Estado. Ryan lo cogió, lo examinó y sólo la presencia de sus hijos le impidió dar un puñetazo en la mesa.

—Gracias, Andrea —dijo.

—De nada, señor presidente —respondió la agente especial Price-O'Day, antes de

regresar al pasillo.

Jack se percató de que su esposa lo miraba. Sus hijos no alcanzaban a interpretar todas sus expresiones faciales, pero su esposa sí. Para Cathy, Ryan era incapaz de mentir; razón por la cual no le preocupaba su fidelidad. Jack tenía la habilidad de disimular de un niño de dos años, a pesar de toda la ayuda y entrenamiento que recibía de Arnie. Al captar la mirada de su mujer, asintió. Sí, otra vez China. Transcurridos diez minutos, habían acabado de desayunar, apagaron el televisor y la familia Ryan bajó para dirigirse al trabajo, la escuela o la guardería de Johns Hopkins, según la edad, cada uno con su contingente correspondiente de guardaespaldas del servicio secreto. Jack los besó uno por uno, salvo al pequeño Jack, conocido como Shortstop por el servicio secreto, porque al pequeño John Patrick Ryan eso del besuqueo le parecía afeminado. Vale la pena tener hijas, pensó Ryan, cuando se dirigía al despacho oval. Ben Goodley lo estaba esperando, con su informe presidencial cotidiano.

—¿Ha recibido el del secretario de Estado? —preguntó Goodley.

—Sí, Andrea me lo ha entregado —respondió Ryan, antes de dejarse caer en su silla giratoria, levantar el auricular del teléfono y pulsar un botón.

—Buenos días, Jack —respondió el secretario de Estado, a pesar de haber dormido sólo unas horas en el sofá convertible de su propio despacho, donde además tenía afortunadamente un cuarto de baño privado con ducha.

—Aprobado. Que vuelvan todos —ordenó el presidente.

—¿Quién dará la noticia? —preguntó el secretario Adler.

—Hazlo tú. Procuraremos no darle demasiada importancia —respondió el presidente, en un tono poco esperanzador.

—De acuerdo —dijo Adler.

—¿Algo más?

—Eso es todo por ahora.

—Bien, hasta luego, Scott —dijo Ryan, antes de colgar el teléfono—. ¿Qué ocurre en China? —preguntó a continuación, dirigiéndose a Goodley—. ¿Hacen algo inusual?

—No. Sus ejércitos están activos, pero no son más que maniobras rutinarias. Sus sectores más activos son el nordeste de su país y frente a Taiwan. El de menor actividad es el suroeste, al norte de la India.

—Con la buena suerte de los rusos con el oro y el petróleo, ¿miran los chinos al norte con cierta envidia?

—No es una mala especulación, pero tampoco disponemos de indicaciones precisas de ninguna de nuestras fuentes.

A fin de cuentas, todo el mundo envidiaba a los vecinos ricos. Eso era lo que había impulsado a Saddam Hussein a invadir Kuwait, a pesar de la abundancia de

petróleo bajo su propia arena.

¿Se incluye Sorge entre «nuestras fuentes»?», se preguntó el presidente antes de proseguir:

—Dile a Ed que quiero una valoración especial nacional de inteligencia sobre Rusia y China.

—¿Con rapidez? —preguntó Goodley, consciente de que lo que pedía podía tardar varios meses.

—Tres o cuatro semanas. Y quiero que sea fiable.

—Se lo comunicaré al director de inteligencia —prometió Goodley.

—¿Algo más? —preguntó Ryan.

—Esto es todo por ahora, señor.

Jack asintió y consultó su agenda. Tenía un día bastante rutinario, pero pasaría gran parte del día siguiente en el avión número uno de las fuerzas aéreas, volando de un lado para otro de Norteamérica y la noche en Seattle, comprobó después de volver la página, antes de regresar a Washington para otra jornada completa. Podría dormir con la misma facilidad en el VC-25A... ah, sí, tenía un discurso a la hora del desayuno en Seattle sobre la reforma educativa. Eso lo obligó a refunfuñar. No había suficientes monjas para cubrir las necesidades. Las hermanas de Notre Dame habían sido sus maestras en la escuela elemental de Saint Matthew, al nordeste de Baltimore, hacía más de cuarenta años. Allí había recibido una buena educación, porque para un niño de siete años no merecía la pena pensar siquiera en el castigo por no aprenderse la lección y por mal comportamiento. Pero, en realidad, él había sido un buen chico y bastante obediente, aburrido, reconoció para sus adentros con una triste sonrisa, que obtenía buenas notas porque tenía unos buenos padres, que era más de lo que se podía decir de demasiados niños norteamericanos contemporáneos y, se preguntó a sí mismo, ¿cómo diablos podía él resolverlo? ¿Cómo podía él recuperar los valores de la generación de sus padres, la importancia de la religión y un mundo en el que las parejas llegaran vírgenes al altar? Ahora se hablaba de decirles a los niños que el sexo entre los homosexuales y entre las lesbianas no tenía nada de malo. ¿Qué habría dicho al respecto la hermana Frances Mary?, se preguntó Jack. Lástima que ya no viviera para atizar con su regla en los nudillos a algunos senadores y congresistas. Había funcionado con él y con sus compañeros de clase en Saint Matthew...

Sonó el intercomunicador de su mesa.

—Acaba de llegar la senadora Smithers a la puerta del oeste.

Ryan se puso en pie y se dirigió a la derecha, hacia la puerta de la antesala donde estaban las secretarías. Por alguna razón, la gente prefería esa puerta a la del pasillo frente a la sala Roosevelt. Puede que les pareciera más formal. Pero sobre todo les gustaba ver al presidente de pie cuando se abría la puerta, con la mano tendida y una sonrisa en los labios, como si se alegrara realmente de verlos. Claro, Wilbur.

Marre Smithers, de Iowa, con aspecto de matrona, tres hijos y siete nietos — pensó—, para seguir hablando de la ley agrícola. ¿Qué diablos se suponía que debía saber él sobre la agricultura?, pensó el presidente. En las raras ocasiones en que compraba comida, lo hacía en el supermercado, porque ¿no era de ahí de donde procedía? Una de las notas en los informes que recibía antes de sus apariciones políticas mencionaba siempre el precio local del pan y de la leche, por si algún periodista se lo preguntaba. Y el chocolate con leche salía de las vacas de color castaño.

—Por consiguiente, el embajador Hitch y el subsecretario Rutledge regresarán a Washington para consultas —declaró el portavoz.

—¿Indica eso la ruptura de relaciones con China? —preguntó inmediatamente uno de los corresponsales.

—En absoluto. «Consultas» significa precisamente eso. Discutiremos los últimos acontecimientos con nuestros representantes, con el fin de recuperar cuanto antes nuestras buenas relaciones con China —respondió sosegadamente el portavoz.

Sin saber cómo interpretar la respuesta, los corresponsales reunidos formularon inmediatamente otras tres preguntas, prácticamente idénticas en contenido a la anterior, y esencialmente recibieron la misma respuesta.

—Es bueno —dijo Ryan frente al televisor, viendo la transmisión intervenida de los satélites de la CNN (y otros canales).

Curiosamente, no lo transmitían en directo, a pesar de la importancia de la noticia.

—No lo suficiente —observó Arnie Van Damm—. Tú también vas a tener que intervenir.

—Me lo figuraba. ¿Cuándo?

—La próxima vez que te sorprendan frente a una cámara, Jack.

Y el presidente sabía que tenía tantas oportunidades de evitar las cámaras como de ser el primer bateador el día de la inauguración en el estadio de los yanquis. Las cámaras en la Casa Blanca eran tan numerosas como las escopetas cuando se levantaba la veda de la caza de los patos y sin ningún límite horario.

—¡Maldita sea, Oleg! —exclamó Reilly, que no perdía fácilmente los estribos—. ¿Hablas en serio?

—Eso parece, Mishka —respondió Provalov.

—¿Y por qué me lo cuentas? —preguntó el norteamericano.

Aquel tipo de información solía ser secreto de Estado, como los pensamientos íntimos del presidente Grushavoy.

—No puedo ocultártelo. Supongo que comunicas a Washington todo lo que hacemos juntos, y fuiste tú quien identificó al diplomático chino, por lo que tanto yo como mi país estamos en deuda contigo.

Lo curioso era que Reilly se había lanzado en persecución de Suvorov/Koniev sin pensarlo dos veces, por mero instinto policial, para ayudar a un hermano de profesión. Sólo luego, transcurrido apenas un nanosegundo, evidentemente, pensó en las consecuencias políticas. Y hasta ahora se había limitado a especular, sin creer realmente que pudiera llegar tan lejos.

—Bueno, sí, debo mantener a mi departamento informado de mis operaciones —reconoció el agregado jurídico, sin que su revelación fuera una gran novedad.

—Lo sé, Mishka.

—Los chinos querían matar a Golovko —susurró Reilly, con su copa de vodka en la mano—. Joder.

—Yo pienso exactamente lo mismo —dijo su amigo Provalov—. La cuestión es...

—Dos preguntas, Oleg. Primera: ¿Por qué? Segunda: ¿Y ahora qué?

—Tercera: ¿Quién es Suvorov y qué se propone?

Era evidente, pensó Reilly. ¿Era Suvorov simplemente un agente a sueldo de un país extranjero? ¿O formaba parte del ala del KGB de la mafia rusa, pagado por los chinos para llevar algo a cabo? Pero ¿qué y con qué propósito?

—Hace mucho tiempo que persigo a esa clase de personajes, pero nunca me había encontrado con algo tan gordo. Esto pertenece a la categoría de todas esas fantasías sobre quién mató realmente a Kennedy.

—No me estarás diciendo...

—No, Oleg. La mafia no está tan loca. Nadie busca enemigos tan poderosos. Las consecuencias son imprevisibles y no es bueno para los negocios. La mafia es un negocio, Oleg. Procuran ganar dinero. Incluso su protección política está encaminada exclusivamente en este sentido y tiene límites, que ellos conocen a la perfección.

—En tal caso, si Suvorov pertenece a la mafia, ¿sólo pretende ganar dinero?

—Aquí hay una pequeña diferencia —respondió lentamente Reilly, procurando que su cerebro mantuviera el ritmo de su habla—. Aquí la gente del crimen organizado piensa en términos más políticos que en Nueva York.

Eso se debía a que todo el personal del KGB había crecido en un ambiente intensamente político. Aquí la política equivalía a poder en un sentido mucho más directo que jamás en Estados Unidos, donde la política y el comercio habían mantenido siempre cierta separación, de forma que lo primero protegía lo segundo (a cambio de unos honorarios), pero se sometía también a su control. Los negocios debían regir la política porque eran la fuente de la prosperidad, de la que los ciudadanos del país obtenían sus comodidades. Rusia nunca había prosperado, porque seguían intentando que el carro tirara del caballo. Los beneficiarios de la riqueza siempre habían sido quienes intentaban generarla y los políticos son siempre bastante inútiles en dicha labor. Sólo sirven para dilapidarla. Los políticos viven de acuerdo

con sus teorías políticas. Los hombres de negocios usan la realidad y deben desenvolverse en un mundo definido por la realidad, no por la teoría. De ahí que incluso en Estados Unidos no llegaran a entenderse demasiado bien entre ellos, ni confiaran realmente los unos en los otros.

—¿Qué convierte a Golovko en un objetivo? ¿Qué se gana eliminándolo? —preguntó Reilly en voz alta.

—Es el primer consejero del presidente Grushavoy. Nunca ha querido presentarse a ningunas elecciones y, por consiguiente, no puede ser ministro propiamente dicho, pero el presidente confía en él porque es inteligente, honrado y un patriota en el verdadero sentido de la palabra.

A pesar de su historial, pensó Reilly para sus adentros. Golovko pertenecía al KGB, antiguo enemigo de Occidente y del presidente Ryan, pero en algún momento se habían conocido y llegado a respetarse mutuamente, e incluso a gustarse, según se rumoreaba en Washington. Reilly vació su segundo vodka y pidió otro. Se estaba convirtiendo en ruso, pensó el agente del FBI. Empezaba a llegar al punto de no poder mantener una conversación inteligente sin haber tomado un par de copas.

—Por consiguiente, eliminándolo se ofendería a tu presidente y, por tanto, al conjunto de tu país. No obstante. Oleg Gregoriyevich, es un juego sumamente peligroso.

—Muy peligroso, Mishka —reconoció Provalov—. ¿Quién podría hacer tal cosa? Reilly soltó un prolongado suspiro especulativo.

—Un hijo de puta muy ambicioso.

Debía regresar a la embajada y conectar su teléfono de seguridad STU-6 a toda prisa. Se lo comunicaría al director Murray y éste al presidente Ryan, en medio minuto neoyorquino. ¿Y luego qué? Aquel asunto estaba muy por encima de su cabeza, pensó Mike Reilly.

—Bien, vosotros vigiláis a ese Suvorov.

—Nosotros y ahora el Servicio de Seguridad Federal —confirmó Provalov.

—¿Son buenos?

—Muy buenos —reconoció el teniente de la milicia—. Suvorov no puede tirarse un pedo sin que sepamos lo que ha comido.

—Y tenéis sus comunicaciones intervenidas.

—Las escritas —asintió Oleg—. Tiene un teléfono móvil, puede que más de uno, y pincharlos puede ser complicado.

—Especialmente si dispone de un sistema de codificación incorporado. Ahora existe material comercialmente accesible, con el que nuestro personal tiene problemas.

—¡No me digas! —exclamó Provalov, después de volver la cabeza.

Le sorprendía por dos razones. La primera, porque no sabía que hubiera sistemas

de codificación fiables para teléfonos móviles, y la segunda, por el hecho de que los norteamericanos tuvieran dificultades en descifrarlos.

—Afortunadamente —asintió Reilly—, los malos todavía no lo han descubierto.

Al contrario de lo que se solía suponer, la mafia no era muy adepta a la utilización de la tecnología. Calentar su comida en el microondas acostumbraba a ser lo máximo a lo que llegaban. Un capo de la mafia había llegado a considerar que su teléfono móvil era seguro por su facilidad para cambiar de frecuencias y luego había anulado por completo dicha supuesta ventaja, permaneciendo inmóvil mientras lo utilizaba. El estúpido capo nunca llegó a comprenderlo, ni siquiera después de oír la grabación en el juzgado.

—Todavía no hemos detectado nada parecido.

—Seguid por ese camino —recomendó Reilly—. En cualquier caso, habéis iniciado una investigación de seguridad nacional.

—Todavía es asesinato y conspiración para cometer asesinato —respondió Provalov, para indicar que aún era su caso.

—¿Puedo hacer algo?

—Piénsalo. Tienes buenos instintos para los casos de la mafia, y probablemente éste es uno de ellos.

Reilly vació su última copa.

—De acuerdo. Nos veremos mañana. ¿Aquí te parece bien?

—Es un buen lugar —asintió Oleg.

El agente del FBI salió a la calle y subió a su coche. Al cabo de diez minutos estaba en su despacho. Sacó una llave de plástico del cajón de su escritorio, la introdujo en el teléfono de seguridad y llamó a Washington.

Muchas personas con teléfonos de seguridad tenían acceso al número privado de Murray, y cuando el aparato tras su escritorio empezaba a sonar se limitaba a descolgarlo y escuchar el ronroneo electrónico, hasta que al cabo de treinta segundos una voz robótica anunciaba: «Línea segura».

—Murray —dijo.

—Reilly desde Moscú —respondió la otra voz.

El director del FBI miró el reloj que tenía sobre la mesa. Era bastante tarde en la capital rusa.

—¿Qué ocurre, Mike? —preguntó y recibió la respuesta en tres minutos de charla rápida.

—Diga, Ellen —respondió Ryan, cuando sonó su intercomunicador.

—El fiscal general y el director del FBI quieren verlo. Dicen que se trata de algo importante. Tiene un hueco en su agenda dentro de cuarenta minutos.

—De acuerdo —respondió Ryan, sin preguntarse de qué debía de tratarse, puesto que pronto lo averiguaría.

Cuando se percató de lo que acababa de pensar, maldijo una vez más la Presidencia. Empezaba a estar harto. ¿De ese trabajo?

—¿Qué diablos? —exclamó Ed Foley.

—Además —dijo Murray—, la información parece sólida.

—¿Qué más se sabe?

—Acabamos de recibir el fax, sólo dos páginas que contienen poco más de lo que acabo de contarte, pero voy a mandártelo. Le he dicho a Reilly que les ofrezca su cooperación completa. ¿Algo por tu parte? —preguntó Dan.

—No se me ocurre nada. Todo esto es nuevo para nosotros, Dan. Mis felicitaciones a tu agente Reilly por haberlo conseguido.

Después de todo, Foley era como una prostituta de la información. Estaba dispuesto a recibirla de cualquiera.

—Es un buen chico. Su padre también fue un buen agente —respondió Murray, sin ningún aire de suficiencia, que además Foley no se merecía.

En realidad, ese género de sucesos no pertenecía a la órbita de la CIA, ni era probable que los descubrieran en una de sus operaciones.

Por su parte, Foley se preguntó si debería hablarle a Murray de Sorge. Si aquello era cierto, debía ser conocido a los niveles más altos del gobierno chino. No era una operación independiente de su sucursal en Moscú. La gente se jugaba la vida actuando a dicho nivel y semejante operación no obedecería a la iniciativa de unos burócratas comunistas, que precisamente no eran las personas más imaginativas del mundo.

—En cualquier caso, me acompañará Pat Martin. Conoce las operaciones de espionaje desde un lado defensivo y calculo que necesitaré su apoyo.

—De acuerdo, gracias. Déjame examinar el fax y te llamaré más tarde.

Oyó que asentía al otro extremo de la línea.

—Entendido, Ed. Hasta luego.

Al cabo de treinta segundos entró su secretaria con un fax en una carpeta. Ed Foley examinó la cubierta y llamó a su esposa.

XXXV. NOTICIAS INQUIETANTES

—Mierda —dijo Ryan por lo bajo, cuando Murray le entregó el fax de Moscú—. ¡Mierda! —exclamó después de examinarlo—. ¿Esto es de veras?

—Eso creemos, Jack —confirmó el director del FBI, que se tuteaba con el presidente porque se conocían desde hacía más de diez años—. Nuestro chico Reilly es un experto en crimen organizado, por eso lo mandamos allí, pero en la oficina de Nueva York también ha adquirido experiencia en contraespionaje. Es bueno, Jack —aseguró Murray—. Tiene futuro. Ha establecido una relación laboral muy buena con la policía local, ayudándolos en algunas de sus investigaciones, llevándolos de la mano, ya sabes, como hacemos aquí con nuestras policías locales.

—¿Y bien?

—Parece de fiar, Jack. Alguien intentó eliminar a Sergey Nikolay'ch y parece ser obra de una institución del gobierno chino.

—Cielos. ¿Alguien que está actuando por su cuenta?

—De ser así, descubriremos que algún ministro chino muere de repente de una hemorragia cerebral, provocada por una bala en la cabeza —respondió Murray.

—¿Lo ha visto ya Ed Foley?

—Lo he llamado y le he mandado el fax. Sí, lo ha visto.

—¿Pat? —dijo entonces Ryan, dirigiéndose al fiscal general, que era el abogado más listo que había conocido, incluidos todos los magistrados del Tribunal Supremo que había nombrado.

—Señor presidente, es una revelación apabullante, si suponemos que es cierta y que no es algún tipo de falsa provocación, o una jugada de los rusos para forzar algún acontecimiento. El problema es que no le veo lógica alguna. Parecemos enfrentarnos a algo que es demasiado descabellado para ser verdad y también demasiado descabellado para ser falso. He trabajado durante mucho tiempo en operaciones de contraespionaje, pero hasta ahora nunca había visto nada parecido. Siempre hemos tenido un acuerdo con los rusos, en virtud del cual ellos no eliminarían a nadie en Washington ni nosotros en Moscú y, que yo sepa, ninguna de las dos partes lo ha violado jamás. Pero esto, si es cierto, equivale a un acto de guerra. Además, tampoco parece muy prudente por parte de los chinos, ¿no cree?

El presidente levantó la vista del fax.

—Aquí dice que vuestro personaje, Reilly, fue quien descubrió al contacto chino...

—Sigue leyendo —dijo Murray—. Estaba presente durante la operación de vigilancia, ofreció voluntariamente sus servicios y... dio en el blanco.

—¿Pero realmente pueden estar tan locos los chinos...? —la voz de Ryan se perdió en la lejanía—. ¿No estarán los rusos tomándonos el pelo?

—¿Qué lógica tendría eso? —preguntó Martin—. Si la hay, yo no la veo por ninguna parte.

—¡Nadie está tan loco! —exclamó el presidente, que ahora empezaba a digerir plenamente la noticia.

El mundo todavía no era racional.

—Una vez más, señor, usted está mejor dotado que nosotros para evaluarlo —observó Martin.

Las últimas palabras sosegaron ligeramente a Jack.

—Durante todo el tiempo que pasé en Langley vi un montón de situaciones extrañas, pero ésta realmente se lleva la palma.

—¿Qué sabemos de los chinos? —preguntó Murray.

Suponía que la respuesta sería algo parecido a «ni un carajo», porque el FBI no había obtenido ningún éxito notable en sus esfuerzos por penetrar las operaciones de inteligencia chinas en Norteamérica y suponía que la CIA tenía el mismo problema y por la misma razón: eran pocos los norteamericanos de origen chino que trabajaban para el gobierno. Pero se percató de que el presidente Ryan se ponía inmediatamente a la defensiva y no respondía. Murray había entrevistado a millares de personas a lo largo de su carrera y de paso había adquirido la habilidad de leer un poco la mente. En aquel momento leyó la de Ryan y se preguntó qué era lo que veía.

—No lo suficiente, Dan. No lo suficiente —respondió tardíamente el presidente, que no dejaba de reflexionar sobre el informe.

Pat Martin había acertado con su definición: demasiado descabellado para ser verdad y demasiado descabellado para ser falso. Necesitaba que los Foley lo analizaran y probablemente había llegado el momento de llamar al profesor Weaver, de la Universidad de Brown, siempre y cuando Ed y Mary Pat no se pusieran frenéticos ante la perspectiva de revelarle tanto lo de Sorge como lo de esta bomba del FBI. No era mucho de lo que el presidente estaba seguro en este momento, pero sí de que precisaba aclarar aquel asunto y, además, cuanto antes. Las relaciones entre Estados Unidos y China acababan de escurrirse por la alcantarilla y la información de la que disponía ahora sugería que perpetraban un ataque directo contra el gobierno ruso. Ryan miró a sus visitas.

—Gracias, muchachos. Si descubris algo más, contádmelo cuanto antes. Debo reflexionar.

—Sí, estoy seguro, Jack. Le he dicho a Reilly que ayude en todo lo que le sea posible y que informe. Evidentemente saben que lo hace. Eso significa que tu amigo Golovko quiere que estés al corriente de este caso. Lo que harás al respecto supongo que es cosa tuya.

—Sí, me toca todo lo fácil —logró sonreír Jack.

Lo peor era no poder comentar la situación con la gente en el momento oportuno.

Cosas como ésta no debían mencionarse por teléfono. Uno quería ver la cara y el lenguaje corporal de su interlocutor, en este caso Mary Pat, cuando le estrujara el cerebro sobre un asunto como éste. Confiaba en que George Weaver fuera tan listo como decía todo el mundo. Lo que necesitaba ahora era una bruja.

Su nuevo pase de seguridad era completamente diferente del antiguo de la Iniciativa de Defensa Estratégica y se dirigía a otro despacho del Pentágono, situado en la sección de la armada. Era evidente por todos los trajes azules y las caras serias. Cada ejército tenía su propia mentalidad corporativa. En el ejército de tierra estadounidense, todo el mundo era de Georgia. En las fuerzas aéreas eran todos del sur de California. En la marina, todos parecían ser yanquis de la costa, al igual que aquí, en las oficinas del programa Aegis.

Gregory había pasado la mayor parte de la mañana con dos serios altos mandos que parecían bastante inteligentes, aunque ambos anhelaban volver a un barco y hacerse a la mar, al igual que los oficiales del ejército siempre aspiraban a regresar al campo, donde sus botas se cubrían de barro y había que cavar un agujero en el suelo para mear, pero ahí era donde estaban los soldados, y todo oficial digno de su nombre deseaba estar en el mismo lugar que los soldados. En el caso de los marinos, Gregory imaginaba que debía de tratarse del agua salada, del pescado y, probablemente, mejor comida que los platos preparados que servían aquí a los uniformados.

Pero en su conversación con los marinos se confirmó mucho de lo que ya sabía. El sistema de radar y misiles Aegis se había desarrollado para defenderse de la amenaza de los aviones y misiles de crucero rusos a los portaaviones de la armada. Comprendía una excelente selección sincronizada de radares denominados SPY y misiles superficie/aire de prestaciones medias llamados misiles estándar, porque Gregory suponía que eran los únicos de los que disponía la marina. El misil estándar había evolucionado del SM-1 al SM-2, denominado en realidad SM-2-MR por tratarse de un misil de «alcance medio» en lugar de los de largo alcance llamados ER, dotados de una etapa propulsora para dispararlos desde los buques a mayor velocidad y a mayor distancia. Disponían de unos doscientos misiles de las versiones de largo alcance en diversos arsenales, para las flotas del Atlántico y del Pacífico, puesto que nunca se había autorizado su producción a gran escala, ya que alguien creyó que los SM-2-ER podrían violar el Tratado de Misiles Antibalísticos de 1972, firmado, sin embargo, con un país denominado Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que evidentemente había dejado de existir. Pero después de la guerra de 1991, en el golfo Pérsico, la marina se había interesado por el uso de los misiles estándar y el sistema Aegis que los disparaba, contra la amenaza de misiles como los Scud iraquíes en el campo de batalla. Durante la guerra se habían desplegado buques con el sistema Aegis en puertos saudíes y otros puertos del golfo, para protegerlos de un ataque balístico, pero no se había lanzado ningún misil en dicha dirección y, por

consiguiente, el sistema no se había puesto nunca a prueba en condiciones de combate. En su lugar, los buques con el sistema Aegis navegaban periódicamente a Kwajalein Atoll, donde se ponían a prueba sus prestaciones contra objetivos teledirigidos y, en la mayoría de los casos, funcionaban. Pero Gregory se percató de que eso no era exactamente lo mismo. La velocidad máxima del vehículo de entrada en la atmósfera de un misil balístico era de unos veintisiete mil kilómetros por hora, equivalente a unos ocho mil metros por segundo, casi diez veces superior a la de la bala de un rifle.

El problema, curiosamente, era tanto de hardware como de software. El misil SM-2-ER-Block-IV se había diseñado pensando en un objetivo balístico, hasta el punto de que su sistema de orientación terminal era infrarrojo. En teoría, el vehículo de entrada podía pasar inadvertido al radar, pero cualquier cosa que entrara en la atmósfera a una velocidad superior a Mach 15 se calentaría a la temperatura del acero fundido. Había visto las ojivas Minuteman lanzadas contra Kwajalein desde la base de las fuerzas aéreas en Vandenberg, California, y parecían aerolitos artificiales, visibles incluso a la luz del día, desplazándose a un ángulo de unos treinta grados, que reducían su velocidad, aunque no de forma visible, al entrar en contacto con el aire más espeso. El truco consistía en golpearlos, o mejor dicho, en golpearlos con la fuerza suficiente para destruirlos. En este sentido, los nuevos eran en realidad más fáciles de aniquilar que los antiguos. Los cohetes originales eran metálicos, algunos en realidad eran de cobre y berilio, un material bastante resistente. Los nuevos eran más ligeros de peso, por tanto capaces de transportar una ojiva nuclear más pesada y más potente, y estaban fabricados con un material semejante al de los transbordadores espaciales. Su aspecto era parecido al de la espuma de poliestireno y no mucho más fuerte, puesto que estaba pensado sólo como aislante térmico y exclusivamente durante unos segundos. Los vehículos espaciales habían sufrido daños cuando su transbordador 747 atravesaba tormentas de lluvia y algunos de los especialistas involucrados se referían a las gotas de lluvia de mayor tamaño como «hidrometeoritos», por los desperfectos que podían causar a un vehículo de entrada en la atmósfera. En algunas ocasiones excepcionales, cuando el vehículo de entrada había cruzado una tormenta eléctrica, partículas de granizo relativamente pequeñas habían provocado daños que podían dificultar el buen funcionamiento de la ojiva nuclear.

Dichos objetivos eran casi tan fáciles de destruir como un avión. Derribar un avión era fácil si se lograba alcanzarlo; era casi tan fácil como abatir una paloma con una escopeta. La clave consistía en alcanzarlos.

No bastaba con acercarse al interceptor, la cercanía no daba opción a premio. La ojiva de un SAM no es muy diferente del cartucho de una escopeta. La carga explosiva destruye el recipiente metálico, y lo convierte en fragmentos irregulares con una velocidad inicial de unos mil seiscientos metros por segundo. Esto suele

bastar para romper la capa de aluminio que conforma las superficies de los miembros reforzados de elevación y control del chasis interno de un aeroplano, convirtiendo el avión en un objeto balístico tan incapaz de volar como un pájaro sin alas.

Pero es preciso alcanzarlo de modo que la ojiva estalle suficientemente lejos del objetivo, para que el cono formado por los fragmentos voladores alcance el espacio ocupado por el objetivo. Esto no es difícil en el caso de un avión, pero lo es para la ojiva de un misil que se desplaza a una velocidad superior a la de los fragmentos producidos en la explosión, lo cual explica la polémica entre los misiles Patriot y Scud en 1991.

Elartilugio que indica a la ojiva SAM dónde y cuándo estallar se denomina genéricamente «fusible». En la mayoría de los misiles modernos, el fusible es un pequeño láser de baja potencia oscilante, que describe círculos y proyecta su rayo en un espacio cónico por delante de su trayectoria de vuelo, hasta que dicho rayo alcanza el objetivo y se refleja. Un receptor en la unidad de láser capta el rayo reflejado y eso genera la señal para que estalle la ojiva. Pero a pesar de su rapidez, tarda un tiempo finito y el misil se acerca a gran velocidad. Tanta, en realidad, que si el alcance del láser es inferior a, por ejemplo, cien metros, no se dispone de tiempo suficiente para que se refleje el rayo del objetivo y el dispositivo haga estallar la ojiva con bastante rapidez para que el cono de destrucción envuelva el objetivo. Aunque el objetivo esté junto a la ojiva SAM cuando ésta estalle, el vehículo de entrada se desplaza a una velocidad superior a la de los fragmentos, que no le producirán daño alguno porque no llegan a alcanzarlo.

Y ahí estriba el problema, comprendió Gregory. El láser utilizado en los misiles estándar no era muy potente y su velocidad de oscilación era relativamente lenta, como consecuencia de lo cual, un vehículo de entrada podía escabullirse del SAM tal vez la mitad de las veces, aunque el SAM llegara incluso a tres metros de su objetivo y eso no era suficientemente satisfactorio. Tal vez habría sido más ventajoso utilizar los antiguos fusibles de medida de velocidad de aproximación de la segunda guerra mundial, que utilizaban un emisor de radio frecuencia no direccional, en lugar del nuevo láser de galio y arsénico de alta tecnología. Pero tenía espacio para maniobrar.

La oscilación del rayo láser estaba controlada por software informático, al igual que la señal del fusible. Eso era algo que él podía modificar. Para ello, debería hablar con los que lo habían elaborado, refiriéndose al actual misil de prueba de producción limitada, el SM-2-ER-Block-IV, que era la Standard Missile Company, una empresa conjunta de Raytheon y Hughes en McLean, Virginia, a unas pocas manzanas. Para ello le pediría a Tony Bretano que llamara con antelación. Después de todo, ¿por qué no hacerles saber que su visita era un regalo de los dioses?

—Dios mío, Jack —exclamó Mary Pat, cuando el sol se acercaba al horizonte de poniente, Cathy regresaba de Hopkins a su casa y Jack se encontraba en su estudio

privado junto al despacho oval, tomando un whisky con hielo en compañía del director central de Información y su esposa, la subdirectora de Operaciones—. Al ver esto, he tenido que ir al lavabo.

—Lo comprendo perfectamente, Mary Pat —dijo Jack, al tiempo que le entregaba una copa de jerez, su bebida predilecta para relajarse, mientras que Ed Foley prefería una cerveza Samuel Adams, en honor a sus orígenes de clase obrera—. ¿Ed?

—Joder, Jack, esto es completamente descabellado —respondió el director central de Inteligencia, a pesar de que «joder» no era un término que se soliera utilizar en presencia del presidente, ni siquiera éste—. Estoy seguro de que es de una buena fuente y todo lo demás, pero, maldita sea, esa mierda no se hace.

—Pat Martin ha estado aquí, ¿no es cierto? —preguntó la subdirectora de Operaciones, y Jack asintió—. En tal caso, te habrá dicho que esto es prácticamente un acto de guerra.

—Casi —reconoció Ryan, con un pequeño sorbo de su whisky irlandés, antes de sacar el último cigarrillo del día, que había robado a la señora Sumter, y encenderlo—. Pero es difícil negarlo, y de un modo u otro debemos encajarlo en nuestra política gubernamental.

—Hay que llamar a George —dijo Ed Foley en primer lugar.

—¿Y mostrarle también Sorge? —preguntó Ryan, al tiempo que Mary Pat hacía una mueca—. Sé que esto debe de ser muy confidencial, Mary Pat, pero, maldita sea, si no podemos utilizarlo para intentar comprender a esa gente, no estamos en mejores condiciones que antes de disponer de esa fuente.

Mary Pat soltó un prolongado suspiro y asintió, consciente de que Ryan tenía razón, pero sin que le entusiasmara la perspectiva.

—Y también a nuestro loquero residente —dijo—. Precisamos que un doctor examine este asunto. Es tan descabellado que probablemente necesitamos una opinión médica.

—¿Y qué le decimos a Sergey? —preguntó Jack—. Sabe que lo sabemos.

—Supongo que, para empezar, «que agache la cabeza» —respondió Ed Foley—. Por cierto, Jack...

—Dime.

—¿Se lo has comunicado ya a tu gente, me refiero al servicio secreto?

—No... bueno, sí.

—Si uno está dispuesto a cometer un acto de guerra, ¿por qué no otro? —preguntó retóricamente el director de Inteligencia—. Y en estos momentos no tienen muchas razones para que les gustes.

—¿Pero por qué Golovko? —preguntó Mary Pat, como si hablara consigo misma—. No es un enemigo de China. Es un profesional, un rey del espionaje. No tiene convicciones políticas, que yo sepa. Sergey es un hombre honrado —agregó, con otro

sorbo de jerez.

—Cierto, sin ninguna ambición política, que yo sepa. Pero es el asesor más íntimo de Grushavoy en muchos asuntos: política exterior, asuntos internos, defensa. A Grushavoy le gusta porque es listo y honrado...

—Sí, cosa rara incluso en esta ciudad —reconoció Jack.

El comentario era injusto. Había elegido bien su círculo de colaboradores más allegados, formado casi exclusivamente por personas sin ambiciones políticas, que en el entorno de Washington constituían una especie en peligro de extinción. Lo mismo se podía decir de Golovko, un hombre que prefería servir a mandar, y en eso se parecía bastante al presidente norteamericano.

—Volviendo al asunto que nos ocupa, ¿están haciendo algo los chinos? Y, de ser así, ¿qué es lo que hacen?

—Nada, que yo vea, Jack —respondió Foley, en su capacidad oficial como jefe de la «agencia»—. Pero no olvides que ni siquiera Sorge nos permite vislumbrar gran parte de su pensamiento interno. Son tan diferentes de nosotros que leer su mente es sumamente difícil, y a pesar de que acaban de recibir un puñetazo en la boca, creo que en realidad todavía no lo saben.

—Van a descubrirlo en menos de una semana.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso? —preguntó el director de Inteligencia.

—George Winston me ha dicho que un montón de sus contratos comerciales está pendiente de renovación en menos de diez días. Veremos qué efecto surtirá eso en sus cuentas comerciales... y también lo verán ellos.

El día empezó antes de lo habitual en Pekín. Fang Gan se apeó de su coche oficial y subió apresuradamente por la escalera del edificio, frente al guardia uniformado que siempre le abría la puerta y que en esta ocasión no recibió siquiera el habitual saludo de agradecimiento con la cabeza, por parte del alto funcionario. Se dirigió al ascensor y subió hasta su piso. Estaba a sólo unos pasos de su despacho. Fang era un hombre sano y vigoroso para su edad. Su personal se puso en pie al verlo entrar, con una hora de antelación.

—¡Ming! —exclamó de camino a su despacho.

—Sí, camarada ministro —respondió ella, en el umbral de la puerta todavía abierta.

—¿Qué artículos has extraído de la prensa extranjera?

—Un momento —respondió antes de retirarse y aparecer de nuevo con un montón de papeles en las manos—. London Times, London Daily Telegraph, Observer, New York Times, Washington Post, Miami Herald, Boston Globe. Los periódicos del oeste norteamericano todavía no han salido.

No había incluido periódicos italianos ni otras publicaciones europeas porque no sabía hablar ni leer suficientemente bien sus idiomas y, por alguna razón, a Fang sólo

parecían interesarle las opiniones de los diablos extranjeros de habla inglesa. Ming le entregó las traducciones. Una vez más, no le dio siquiera perentoriamente las gracias, cosa inusual en él. Algo preocupaba al ministro.

—¿Qué hora es en Washington? —preguntó a continuación.

—Las nueve de la noche, camarada ministro —respondió Ming.

—¿Entonces están viendo la televisión y preparándose para acostarse?

—Sí, camarada ministro.

—Pero los artículos y editoriales de sus periódicos ya están listos.

—Esa es su forma de trabajar, camarada ministro. Preparan la mayoría de los artículos antes de concluir su jornada laboral normal. Los artículos de las noticias se terminan, a lo más tardar, antes de que los periodistas se retiren a sus casas para cenar, salvo que ocurra algo realmente inusual o inesperado.

Fang levantó la cabeza. Ming era una chica lista, que le acababa de facilitar información sobre algo en lo que él realmente nunca había pensado. Después de dicho descubrimiento, le indicó con la cabeza que regresara a su escritorio.

Por su parte, la delegación comercial norteamericana embarcaba en aquel momento en su avión. Los despedía un funcionario consular secundario, de cuyos labios de plástico surgían palabras también de plástico, que los norteamericanos recibían con oídos de plástico. Después de subir a bordo del avión de las fuerzas aéreas estadounidenses, el aparato empezó a deslizarse inmediatamente hacia la pista.

—¿Cómo evalúas entonces esta aventura, Cliff? —preguntó Mark Gant.

—¿Sabes cómo se escribe «desastre»? —respondió Rutledge.

—¿Tan terrible?

El subsecretario de Estado de Asuntos Políticos asintió solemnemente. Bueno, después de todo, no era culpa suya. Ese estúpido cura italiano se había cruzado en el camino de una bala y luego la viuda del otro pastor había decidido rezar por su difunto marido en público, consciente de que el gobierno de su país pondría objeciones. Y, naturalmente, la CNN tenía que estar ahí en ambos casos para alterar los ánimos en Norteamérica... ¿Cómo podía un diplomático imponer la paz, cuando la gente se empeñaba en empeorar la situación en lugar de mejorarla?

—Así de terrible, Mark. Puede que China nunca obtenga un tratado comercial razonable, si sigue esta mierda.

—Lo único que deben hacer es modificar un poco su política —sugirió Gant.

—Hablas como el presidente.

—Cliffy, si quieres ser socio de un club debes atenerte a las reglas del mismo. ¿Es eso tan difícil de comprender?

—No se trata a las grandes potencias como al dentista que a nadie le gusta, que pretende hacerse socio del club de campo.

—¿En qué se diferencia el principio?

—¿Crees realmente que Estados Unidos puede basar su política exterior en principios? —exclamó Rutledge exasperado, hasta el punto de estar ligeramente ofuscado.

—El presidente lo hace, Cliff, al igual que el secretario de Estado —señaló Gant.

—El caso es que si deseamos tener un tratado comercial con China, debemos considerar su punto de vista.

—¿Sabes lo que te digo, Cliff? Si hubieras estado en el Departamento de Estado en 1938, tal vez Hitler habría matado a todos los judíos sin organizar mucho alboroto —comentó Gant a la ligera.

Surtió el efecto deseado. Rutledge volvió la cabeza y empezó a protestar:

—Espera un momento...

—No era más que su política interna, Cliff, ¿no es cierto? ¿Qué importa? Van a otra iglesia... pues a las cámaras de gas. ¿A quién le importa?

—Escúchame, Mark...

—No, escúchame tú, Cliff. Un país debe defender ciertas cosas, porque si no lo haces, ¿quién coño eres? Estamos en el club; maldita sea, prácticamente lo dirigimos. ¿Por qué, Cliff? Porque la gente sabe lo que defendemos. No somos perfectos. Tú lo sabes. Yo lo sé. Ellos lo saben. Pero también saben lo que haremos y lo que no haremos, y por consiguiente nuestros amigos pueden confiar en nosotros y también nuestros enemigos, y así el mundo tiene cierto sentido, por lo menos en nuestra parte del mismo. Y ésa es la razón por la que nos respetan, Cliff.

—¿Y todo el armamento y el poder comercial no cuentan? —preguntó el diplomático.

—¿Cómo crees que los hemos conseguido, Cliffy? —respondió Gant, utilizando el diminutivo del nombre de Rutledge sólo para instigarlo—. Somos lo que somos porque gente del mundo entero llegó a Norteamérica, dispuesta a trabajar y a convertir sus sueños en realidad. Trabajaron duramente. Mi abuelo llegó de Rusia porque no le gustaba que lo jodiera el zar y trabajó, educó a sus hijos y se aseguró de que se educaran los hijos de sus hijos, y ahora yo soy bastante rico, pero tampoco he olvidado lo que me dijo mi abuelo cuando era niño. Me dijo que éste era el mejor lugar del mundo que había visto para un judío. ¿Por qué, Cliff? Porque los blancos europeos difuntos que nos independizaron de Inglaterra y redactaron la Constitución tenían algunas buenas ideas, y en su mayor parte las respetaban. Eso es lo que somos, Cliff. Y eso significa que debemos ser como somos y que debemos defender ciertas cosas y que el mundo debe ver que lo hacemos.

—Pero también tenemos muchos defectos —protestó Rutledge.

—¡Claro que sí! No tenemos que ser perfectos para ser los mejores, Cliff, y nunca dejamos de intentar mejorar. Cuando mi papá estaba en la universidad, se manifestó en Mississippi y recibió un par de palizas, pero a la larga se ha resuelto y ahora

tenemos a un negro como vicepresidente. Por lo que he oído, puede que sea suficientemente bueno para avanzar otro paso algún día. Válgame Dios, Cliff, ¿cómo puedes representar a Estados Unidos ante otras naciones si no lo entiendes?

La diplomacia es un negocio —quería responder Rutledge—. Y yo sé cómo hacer negocios. ¿Pero por qué molestarse en explicárselo a ese judío de Chicago? En su lugar, inclinó el respaldo de su asiento e intentó fingir que tenía sueño. Gant captó la indirecta y se levantó para dar un paseo de veintitrés metros. Los sargentos de las fuerzas aéreas que fingían ser azafatas sirvieron el desayuno y el café era bastante bueno. Se encontró en la parte trasera del avión entre todos los periodistas y se sintió un poco como si estuviera en territorio enemigo, pero, pensándolo mejor, no tanto como sentado junto a aquel cretino del cuerpo diplomático.

El sol matutino que iluminaba Pekín había hecho lo mismo en Siberia todavía más temprano.

—Veo que nuestros ingenieros son tan buenos como siempre —comentó Bondarenko, mientras observaba las excavadoras que abrían un paso de cien metros de anchura, en el bosque primigenio de pinos y píceas.

Esta carretera serviría para el yacimiento de oro y los campos petrolíferos. Y no era la única. Un total de doce equipos construían dos caminos adicionales. Más de un tercio de los ingenieros disponibles en el ejército ruso trabajaban en dichos proyectos y eso suponía una tropa muy numerosa, con más de la mitad del equipo pesado que el ejército ruso pintaba de color verde aceituna desde hacía setenta años.

—Este es un «proyecto heroico» —respondió el coronel Aliyev.

Y tenía razón.

El concepto de «proyecto heroico» había sido creado por la Unión Soviética para referirse a algo de una importancia nacional tan extraordinaria que atraería a la juventud del país impulsada por celo patriótico, pero que además era una buena forma de conocer chicas y ver un poco de mundo. Este avanzaba todavía con mayor rapidez, porque Moscú lo había encomendado al ejército, al que ya no preocupaba una posible invasión de la OTAN. A pesar de todos sus defectos, el ejército ruso tenía todavía acceso a abundantes recursos humanos y materiales. Además, habían adjudicado mucho dinero a este proyecto. Los sueldos eran altos para los civiles. Moscú quería que ambos yacimientos estuvieran comunicados y cuanto antes. Para ello, los trabajadores del nacimiento de oro habían sido trasladados al lugar en helicóptero con maquinaria ligera, con la que habían construido un área de aterrizaje más amplia, que permitió el transporte aéreo de maquinaria más pesada, con la que se había construido una pista de aterrizaje rudimentaria. Eso había permitido a las fuerzas aéreas transportar maquinaria realmente pesada, con la que ahora se construía una auténtica pista de aterrizaje, que cuando el ferrocarril llegara suficientemente cerca para transportar cemento se convertiría en un verdadero aeropuerto de calidad

comercial. Se levantaban edificios. Una de las primeras cosas que habían mandado eran los componentes de un aserradero y algo que no era necesario importar en aquella zona era la madera. Se limpiaban grandes zonas de bosque y los árboles talados se transformaban casi instantáneamente en madera para la construcción. En primer lugar, los trabajadores del aserradero construyeron sus propias cabañas rudimentarias. Ahora se levantaban edificios administrativos y dentro de cuatro meses esperaban disponer de dormitorios, para más de los mil mineros que ya hacían cola para el lucrativo trabajo de la extracción del oro. El gobierno ruso había decidido que aquí los obreros tendrían la opción de recibir su sueldo en monedas de oro al precio del mercado mundial y eso era algo que pocos rusos estaban dispuestos a desdeñar. Muchos expertos mineros rellenaban las solicitudes de empleo, a la espera de los vuelos al nuevo yacimiento. Bondarenko les deseaba suerte. Aquí había suficientes mosquitos para levantar a un bebé del suelo y desangrarlo como pequeños vampiros. No era un lugar donde él habría querido trabajar, ni siquiera por monedas de oro.

El general sabía que, en definitiva, el yacimiento petrolífero era lo más importante para su país. Había buques que ya luchaban por abrirse paso en el hielo de finales de primavera, precedidos de barcos rompehielos como el Yamal y el Rossiya, para entregar el equipo de perforación necesario para iniciar debidamente las exploraciones preliminares a la producción posterior. Pero Bondarenko estaba bien informado al respecto. Aquel yacimiento petrolífero no era una quimera. Era la salvación económica de su país, una forma de inyectar enormes cantidades de divisa fuerte en Rusia, el dinero que le permitiría adquirir lo necesario para irrumpir en el siglo XXI, el dinero para pagar a los trabajadores que habían luchado tanto y durante tanto tiempo en pos de la prosperidad que tanto ellos como su país merecían. Y la misión de Bondarenko era protegerlo. Entretanto, ingenieros del ejército trabajaban frenéticamente en la construcción de equipamientos portuarios, con el fin de que los mercantes pudieran descargar su mercancía. Consideraron la posibilidad de usar vehículos anfibios militares, para que la marina rusa pudiera desembarcar el cargamento en las playas, como si se tratara de material bélico, pero la descartaron. En muchos casos, lo que había que descargar era de mayores dimensiones que los tanques principales del ejército ruso, lo cual sorprendió e impresionó al general en jefe del distrito militar de Extremo Oriente.

Una consecuencia de todo aquello era que la mayoría de los ingenieros de Bondarenko habían sido destinados a un proyecto u otro y le quedaban sólo unos pocos batallones junto a sus tropas de combate. El también los necesitaba, protestaba para sus adentros. Había varios lugares en la frontera china donde un par de regimientos podrían levantar algunos obstáculos muy útiles contra fuerzas mecanizadas invasoras. Pero serían visibles y contruidos para ser utilizados contra

las fuerzas chinas, según le habían dicho en Moscú, sin que les preocupara, evidentemente, que la única forma en que serían utilizadas contra el ejército de liberación popular sería si éste decidía avanzar hacia el norte ¡para liberar Rusia!

¿En qué pensaban los políticos?, reflexionó Bondarenko. También los norteamericanos hacían lo mismo, por lo que le habían contado algunos oficiales norteamericanos que había conocido. A los políticos no les preocupaba realmente demasiado que hiciera algo, pero les preocupaba enormemente lo que parecía hacer. En ese sentido, todos los políticos de cualquier tendencia política en todos los lugares del mundo eran comunistas —pensó Bondarenko con un gruñido sarcástico—, más interesados por las apariencias que por la realidad.

—¿Cuándo habrán terminado? —preguntó el general.

—Han hecho un progreso asombroso —respondió el coronel Aliyev—. Las carreteras serán transitables en... un mes o seis semanas; dependerá del tiempo que haga. Para terminarlas debidamente se tardará mucho más.

—¿Sabe lo que me preocupa?

—Usted dirá, camarada general —respondió el oficial de Operaciones.

—Hemos construido una ruta de invasión. Por primera vez, los chinos podrían cruzar la frontera y desplazarse con bastante rapidez a la costa norte de Siberia.

Antes, los obstáculos naturales, principalmente la naturaleza boscosa del terreno, habrían dificultado la tarea hasta el punto de la imposibilidad. Siberia era ahora realmente lo que a menudo se había pensado, una tesorería de proporciones cósmicas. Una tesorería —pensó Bondarenko—. Y yo soy el guardián de las llaves. Regresó a su helicóptero, para seguir inspeccionando la ruta que construían los ingenieros.

XXXVI. INFORMES DE SORGE

El presidente Ryan se despertó poco antes de las seis de la mañana. El servicio secreto prefería que mantuviera las persianas cerradas, para impedir que fuese visto a través de las ventanas, pero Ryan nunca había querido dormir en un ataúd, aunque fuera de grandes dimensiones, y cuando se despertaba momentáneamente a horas tan intempestivas como las 3.53 de la madrugada prefería ver algún tipo de luz por la ventana, aunque sólo fueran las luces traseras de un coche de policía o las de un taxi solitario. A lo largo de los años se había acostumbrado a despertarse temprano. Eso le sorprendía. De niño, siempre había preferido levantarse tarde, especialmente los fines de semana. Pero Cathy siempre había sido todo lo contrario, como la mayoría de los médicos, de forma que cuando atendían a un paciente dispusieran de todo el día para comprobar cómo evolucionaba.

De modo que era posible que ella se lo hubiera contagiado, y por algún extraño impulso machista, él había llegado a abrir los ojos antes que ella. O puede que fuera una costumbre adquirida más recientemente en este maldito lugar, pensó Jack, cuando se levantaba de la cama y se dirigía al baño para comenzar otro maldito día, que como todos los demás, empezaba demasiado temprano. ¿Qué diablos le ocurría?, se preguntó el presidente. ¿Por qué ya no necesitaba dormir tanto como antes? Maldita sea, dormir era uno de los puros placeres de los que podía disfrutar el hombre en la tierra y sólo quería aprovecharlo un poco más...

Pero no podía hacerlo. Eran casi las seis de la mañana, se dijo Jack cuando miró por la ventana. Los lecheros ya se habían levantado, al igual que los repartidores de periódicos. Los carteros estaban en las salas de distribución y en otros lugares, personas que habían trabajado durante la noche concluían su jornada laboral. Eso incluía a muchas personas aquí en la Casa Blanca: personal de protección del servicio secreto y sirvientes, a los que Ryan conocía de vista pero no sus nombres, lo cual le hacía sentirse ligeramente avergonzado. A fin de cuentas, era su personal y suponía que debía saber algo de ellos, como por ejemplo conocer suficientemente sus nombres para utilizarlos cuando les hablaba; pero eran demasiados para conocerlos a todos. Luego estaba el personal uniformado de la oficina militar de la Casa Blanca, conocida interiormente como Wham-O, que complementaban la Oficina de Señales. Había, en realidad, un pequeño ejército de hombres y mujeres destinados exclusivamente al servicio de John Patrick Ryan y, a través de él, al país en general, o por lo menos ésa era la teoría. Qué diablos, pensó, asomado a la ventana. Había suficiente claridad para ver. Las farolas públicas se apagaban cuando sus sensores fotoeléctricos detectaban la luz del sol naciente. Jack se puso su viejo albornoz de la academia naval, sus zapatillas, que sólo había adquirido recientemente porque prefería andar por la casa descalzo —aunque como presidente no podía hacerlo ante

el personal—, y salió silenciosamente al pasillo.

Debía de haber algún tipo de detector o sensor de movimiento cerca de la puerta del dormitorio, pensó Jack. Nunca lograba sorprender a nadie cuando salía inesperadamente al pasillo. Todas las cabezas parecían mirar siempre hacia él, e inmediatamente se producía una carrera matutina para ver quién sería el primero en darle los buenos días.

El primero en esta ocasión fue uno de los veteranos del servicio secreto, jefe del equipo nocturno. Andrea Price-O'Day estaba todavía en su casa de Maryland, probablemente vestida y a punto de salir, para desplazarse una hora en coche hasta Washington, lo cual le recordó a Jack el terrible horario que hacía esa gente por su culpa. ¿Y cuándo regresaría con suerte a su casa? ¿Esta noche? Dependía de su programa durante el día y ahora no recordaba lo que estaba previsto.

—¿Café, jefe? —preguntó uno de los jóvenes agentes—. Parece una gran idea, Charlie —respondió Ryan, siguiéndolo con un bostezo.

Acabó en el puesto de guardia del servicio secreto en aquel piso, en realidad un cuartucho como un armario empotrado, con un televisor, una cafetera, probablemente abastecida por el personal de la cocina y chucherías para ayudar al personal a pasar la noche.

—¿Cuándo ha entrado de guardia? —preguntó el presidente.

—A las once, señor —respondió Charlie Malone.

—¿Aburrido?

—Podría ser peor. Por lo menos, ya no pertenezco a la cuadrilla de cheques falsos en Omaha.

—Y que lo digas —reconoció Joe Hilton, otro de los jóvenes agentes del turno de noche.

—Apuesto a que jugaba al béisbol —dijo Jack.

Hilton asintió.

—Como refuerzo de línea, señor. En la Universidad Estatal de Florida. Pero no a nivel profesional.

Sólo unos veintidós años y todo músculo, pensó Jack. El joven agente especial Hilton parecía una fuerza fundamental de la naturaleza.

—Es preferible jugar al béisbol. Buenos ingresos, quince años de trabajo, puede que más, y uno acaba siendo rico.

—Puede que entrene a mi hijo para jugar al béisbol —respondió Hilton.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Ryan, que recordaba vagamente que Hilton, casado con una abogada del Departamento de Justicia, había sido padre últimamente.

—Tres meses. Ya duerme toda la noche, señor presidente. Gracias por su interés.

Ojalá me llamaran simplemente Jack. No soy Dios. Pero eso era tan improbable como haber llamado Bobby Ray a su comandante en jefe, cuando John P. Ryan era

alférez de la armada.

—¿Ha ocurrido algo interesante durante la noche?

—La CNN ha transmitido la salida de Pekín de nuestros diplomáticos, señor, pero sólo hemos visto cómo despegaba el avión.

—Creo que sólo mandan sus cámaras hasta medio camino, con la secreta esperanza de que el avión estalle y poder grabarlo, ya sabe, como cuando yo salgo de aquí en helicóptero.

Ryan tomó un sorbo de café. Aquellos jóvenes agentes del servicio secreto probablemente se sentían un poco incómodos, alternando con «el jefe», como se lo denominaba en el servicio, como si todos ellos fueran personas normales. De ser así, pensó Jack, mala suerte. No iba a convertirse en Luis XIV sólo para complacerlos. Además, no era tan apuesto como Leonardo DiCaprio, por lo menos según Sally, para quien aquel joven actor era la personificación de la belleza.

En ese momento llegó un mensajero, con ejemplares del Early Bird de la mañana. Jack cogió uno y regresó con su café al dormitorio. Varios editoriales lamentaban el regreso de la delegación comercial. Puede que fueran restos de liberalismo en la prensa, la razón por la cual no se sentían, nunca se habían sentido, ni probablemente jamás se sentirían enteramente cómodos con aquel estadista aficionado en la Casa Blanca. En privado, Ryan sabía que utilizaban otros calificativos, algunos bastante menos educados, pero según Arnie Van Damm le recordaba aproximadamente una vez por semana, seguía siendo de sumo agrado al ciudadano medio de la calle. El índice de aprobación de Ryan era todavía muy alto y eso se debía, al parecer, a que percibían a Jack como a un hombre corriente que había tenido suerte, si a eso podía llamarse suerte, pensó el presidente, reprimiendo un gruñido.

Volvió a concentrarse en las noticias mientras se dirigía al comedor, donde vio que varias personas, a las que indudablemente el servicio secreto había comunicado que el presidente debía comer, se ocupaban de organizar el desayuno. Ahí estaba de nuevo el efecto su majestad, refunfuñó Ryan. Pero tenía hambre y la comida era comida, de modo que entró, se sirvió lo que le apetecía, encendió el televisor para ver lo que sucedía en el mundo y atacó los huevos a la Benedict. Debía comérselos con rapidez, antes de que apareciera Cathy y lo regañara por la ingestión de colesterol. A su alrededor, en un radio de unos cincuenta kilómetros, el gobierno recuperaba el conocimiento, o lo que por ello se entendía, con sus miembros que se vestían, subían a sus coches y se dirigían a sus despachos, como lo hacía él, pero con menos comodidades.

—Buenos días, papá —dijo Sally al entrar, mientras se dirigía al televisor y sintonizaba la MTV sin preguntar.

Había transcurrido mucho tiempo desde aquella tarde soleada en Londres cuando le habían disparado, pensó Jack. En aquella época lo llamaba «papi».

En Pekín, el ordenador del escritorio de Ming había estado en modo de descanso el número de minutos previsto. El disco duro se puso de nuevo en movimiento y el aparato inició su rutina cotidiana. Sin encender el monitor, examinó los últimos ficheros introducidos, los comprimió y luego activó el módem interno para mandarlos a la red. El proceso entero tardó unos diecisiete segundos y luego el ordenador se quedó dormido de nuevo. La información se desplazó por las líneas telefónicas de la ciudad de Pekín hasta encontrar el servidor al que iba dirigida, que en realidad estaba en Wisconsin. Allí esperaría hasta ser recuperada, después de lo cual se borraría de la memoria del servidor, eliminando todo vestigio de su existencia.

En cualquier caso, mientras Washington despertaba, Pekín se preparaba para dormir, seguida a pocas horas de Moscú. La tierra seguía girando, ajena a los sucesos del ciclo perpetuo de día y noche.

—¿Y bien? —preguntó el general Diggs, mirando a su subordinado.

—Creo, señor —respondió el coronel Giusti—, que el escuadrón de caballería está en bastante buena forma.

Al igual que Diggs, Angelo Giusti era oficial de caballería. Su misión, como comandante del primer escuadrón de caballería acorazada (que en realidad era un batallón, pero la caballería utilizaba su propia terminología), consistía en preceder a la división propiamente dicha, localizar al enemigo y explorar el terreno, como avanzadilla de los Old Ironsides, pero con suficiente potencia bélica para cuidar de sí mismo. Giusti era un veterano de la guerra del Golfo, que había olido la pólvora y había visto al enemigo. Sabía en qué consistía su trabajo y consideraba que sus tropas estaban tan bien preparadas como lo permitían las circunstancias en Alemania. En realidad prefería el juego abierto que permitían los simuladores, a los campos abigarrados del centro de maniobras de combate, con sus escasos setenta y cinco kilómetros cuadrados. No era lo mismo que estar ahí con los vehículos, pero tampoco estaba sometido a limitaciones de tiempo y espacio, y con el sistema global SimNet, uno podía enfrentarse a un batallón enemigo completo, o incluso a una brigada si pretendía que sus tropas sudaran un poco. Salvo por el traqueteo con la sensación de flotar que se experimentaba en los Abrams (con el que algunos de sus tripulantes se mareaban), el simulador transmitía la complejidad mejor que cualquier lugar, salvo el campo de entrenamiento nacional de Fort Irwin en el desierto californiano, o las instalaciones parecidas que el ejército había levantado para los israelíes en el Negev.

Diggs no alcanzaba a leer la mente de su subordinado, pero acababa de ver cómo su unidad maniobraba con abundante pericia. Sus rivales eran alemanes y los alemanes, como siempre, eran bastante buenos en el arte de la guerra, aunque hoy no tanto como las tropas de los Primeros Tanques de caballería, que después de superarlos en las maniobras (para sorpresa y desagrado del general de brigada alemán que supervisaba el ejercicio), les habían tendido una emboscada en la que habían

perdido medio batallón de Leos, como los norteamericanos denominaban sus tanques principales Leopard-II. Ni siquiera los alemanes, a pesar de disponer de equipos parecidos y de estar bastante bien entrenados, eran tan diestros en la lucha nocturna como los norteamericanos, pero el ejército alemán todavía estaba formado en gran parte de soldados conscriptos, la mayoría de los cuales no disponían de tanto tiempo de servicio como los norteamericanos.

En un marco más amplio, la parte de la caballería era sólo el segmento «real» de un ejercicio más general del puesto de mando (CPX), en el que la segunda brigada del coronel Don Lisle repelía con bastante éxito el ataque más importante, aunque teórico, de los alemanes. En su conjunto, el Bundeswehr no tenía muy buen día. El caso es que ya no tenía la misión de proteger su país contra una invasión soviética y con ello había desaparecido el apoyo entusiasta que la población había brindado al ejército de Alemania Occidental durante muchos años. Ahora el Bundeswehr era un anacronismo con escasos objetivos evidentes y ocupaba mucho terreno de gran valor urbanístico, al que los alemanes podían dar otros usos más prácticos. Por ello, el ejército de Alemania Occidental se había reducido de tamaño y entrenado principalmente para el mantenimiento de la paz, lo que lo convertía esencialmente en una policía con armamento pesado. El nuevo orden mundial era pacífico, por lo menos en lo concerniente a los europeos. Los norteamericanos habían participado en operaciones de combate en defensa de los intereses relativamente lejanos de los alemanes, que a pesar de haber mostrado siempre entusiasmo por las guerras, se contentaban ahora con un interés puramente teórico por las mismas, como en una producción particularmente compleja de Hollywood. Esto también los obligaba a tener un poco más de respeto por Norteamérica del que habrían preferido. Pero ciertas cosas no tenían remedio.

—Bien, Angelo, creo que sus tropas se han ganado un par de cervezas en las Gasthauses locales. El cerco que ha conseguido a las cero dos veinte ha sido particularmente diestro.

Giusti sonrió y asintió, agradecido.

—Gracias, general. Se lo transmitiré a mi S-3. Ha sido él a quien se le ha ocurrido.

—Hasta luego, Angelo.

—A sus órdenes, señor —respondió con un saludo al jefe de su división, el teniente coronel Giusti.

—¿Y bien, Duke?

El coronel Masterman se sacó un cigarro de la chaqueta de su uniforme de campaña y lo encendió. Algo bueno de Alemania era que aquí siempre se podían conseguir buenos habanos.

—Conozco a Angelo desde Fort Knox. Conoce su oficio y siempre mantiene a

sus oficiales particularmente bien entrenados. Incluso hizo imprimir su propio libro sobre tácticas y estrategias en el campo de batalla.

—¡No me diga! —exclamó Diggs—. ¿Es bueno?

—No está nada mal —respondió G-3—. No estoy necesariamente de acuerdo con todo lo que dice, pero no es mala idea que todos lean el mismo catecismo. Todos sus oficiales piensan más o menos lo mismo. Por consiguiente, Angelo es un buen entrenador de fútbol. Anoche les dio una paliza a los «cabezas cuadradas». —Masterman cerró los ojos y se frotó la cara—. Los ejercicios de esta noche se harán a costa suya.

—¿Cómo se desenvuelve Lisle?

—La última vez que lo observé, señor, tenía a los alemanes perfectamente contenidos. Nuestros amigos no parecían saber lo que tenían a su alrededor. Deambulaban en busca de información, lo que en resumen significa que Giusti había ganado la batalla de reconocimiento y eso, una vez más, decidió el desenlace.

—Una vez más —reconoció Diggs.

Si algo habían aprendido en el Centro Nacional de Entrenamiento, era precisamente esto. Reconocimiento y contrarreconocimiento. Encontrar al enemigo. No permitir que él te encontrara a ti. Si uno lo conseguía, era difícil perder. De lo contrario, era muy difícil ganar.

—¿Qué le parecería dormir un poco, Duke?

—Es bueno tener un comandante en jefe que cuida de sus tropas, mon général.

Masterman estaba tan cansado que ni siquiera le apetecía tomar una cerveza antes de acostarse.

Tomada dicha decisión, se dirigieron al helicóptero de mando Blackhawk UH-60, para regresar al cuartel general de la división. A Diggs le gustaba particularmente el cinturón de seguridad de cuatro sujeciones. Facilitaba enormemente dormir sentado.

Algo que debo hacer hoy —se dijo Ryan— es calcular qué hacer respecto al atentado chino contra Sergey. Consultó su informe cotidiano. Robby estaba de nuevo en el oeste. Era una pena. Robby era una buena tabla de resonancia y, además, una fuente de buenas ideas. Bueno, lo hablaría con Scott Adler, si ambos disponían de algún rato libre durante el día, además de los Foley. ¿Quién más?, se preguntó Jack. Maldita sea, ¿a quién más podían confiárselo? Si se filtraba a la prensa, traería graves consecuencias. Bien, Adler tenía que estar allí. En realidad conocía a ese tal Zhang y si algún alto funcionario chino estaba involucrado, debía ser él.

Probablemente. Aunque no con toda certeza. Ryan había trabajado durante demasiado tiempo en el espionaje, para cometer semejante error. Cuando uno consideraba como cierto algo de lo que no estaba completamente seguro, solía estrellarse de cabeza contra un muro de piedra y eso podía doler. Ryan pulsó un botón en su escritorio.

—Ellen.

—Sí, señor presidente.

—Más tarde, necesito que vengan aquí Scott Adler y los Foley. Durará aproximadamente una hora. Encuénteme un hueco en mi agenda, ¿de acuerdo?

—A eso de las dos y media, pero habrá que aplazar la reunión con el secretario de Transporte, sobre las propuestas de control del tráfico aéreo.

—Hágalo, Ellen. Esto es importante.

—Sí, señor presidente.

No era en absoluto perfecto. Ryan prefería ocuparse de lo que le venía a la mente, pero como presidente, uno pronto aprendía que se debía a su agenda y no al contrario. Jack hizo una mueca. He ahí la ilusión del poder.

Mary Pat entró como casi todas las mañanas en su despacho y, como siempre, encendió su ordenador; si algo había aprendido de Sorge, había sido a apagarlo por completo cuando no lo utilizaba. Había un interruptor adicional en su línea telefónica que lo desconectaba manualmente, como si lo hubiera desenchufado de la pared. También lo utilizaba. Era una vieja historia para una funcionaria de un servicio de inteligencia. Claro que era paranoica, ¿pero lo era lo suficiente?

Evidentemente, había otro e-mail de cgood@jadecastle.com. Chet Nomuri seguía trabajando y en esta ocasión tardó veintitrés segundos en descargar el mensaje. Cuando terminó hizo una copia de seguridad y lo borró de la carpeta de entrada, para eliminar todo vestigio de su existencia. A continuación lo imprimió y llamó a Joshua Sears para que lo tradujera y le facilitara sus primeras impresiones. Sorge se había convertido en algo rutinario desde el punto de vista operativo, aunque no en importancia, y a las nueve menos cuarto tenía la traducción en sus manos.

—Dios mío, a Jack le encantará este comunicado —observó la subdirectora de Operaciones desde su escritorio.

A continuación llevó el documento al despacho más amplio de su marido, que daba al bosque. Entonces fue cuando se enteró de la visita prevista a la Casa Blanca por la tarde.

Mary Abbot era la maquilladora oficial de la Casa Blanca. Su trabajo consistía en hacer que el presidente tuviera buen aspecto por televisión, lo cual significaba hacerlo parecer en persona como una ramera barata, pero eso era inevitable. Ryan había aprendido a no moverse demasiado y eso facilitaba la labor de la maquilladora, pero sabía que le costaba un gran esfuerzo, que le parecía divertido y preocupante a la vez.

—¿Cómo le va a su hijo en la escuela? —preguntó Ryan.

—Muy bien, gracias, y hay una chica por la que se interesa.

Ryan no hizo ningún comentario. Sabía que debía de haber algún chico o varios chicos en Saint Mary's que encontraban a Sally muy interesante (era atractiva, incluso para ojos ajenos), pero eso era algo en lo que prefería no pensar. Sin embargo,

hacía que sintiera agradecimiento al servicio secreto. Cuando Sally tenía una cita, siempre había cerca por lo menos un coche lleno de agentes armados y eso desalentaría al más pintado de los adolescentes. ¿Quién podía decir que los servicios secretos estadounidenses no fueran útiles? Las niñas —pensaba Jack— eran el castigo que te manda Dios por ser hombre. Examinaba las notas para la miniconferencia de prensa. Las preguntas probables y las mejores clases de respuestas. No parecía muy honrado hacerlo de ese modo, pero algunos jefes de Estado extranjeros examinaban con antelación las preguntas, para poderlas responder adecuadamente. En un sentido abstracto, no era una mala idea, pensaba Jack, pero tan probable era que la prensa norteamericana lo aceptara, como que un coyote persiguiera a una ballena.

—Listo —dijo la señora Abbot, cuando acabó de retocarle el pelo.

Ryan se levantó, se miró al espejo y como siempre hizo una mueca.

—Gracias, Mary —logró decir.

—De nada, señor presidente.

Ryan salió y cruzó el vestíbulo desde la sala Roosevelt hasta el despacho oval, donde se habían instalado las cámaras. Los periodistas se levantaron cuando entró en la sala, como los alumnos en Saint Matthew cuando el sacerdote entraba en clase. Pero en tercero de primaria, los niños hacían preguntas más fáciles. Jack se sentó en una mecedora giratoria. Kennedy había hecho algo semejante y a Arnie le había parecido que también era una buena idea para Jack. El suave balanceo inconsciente transmitía un ambiente hogareño, a juicio de todos los expertos. Jack no lo sabía y, de haberlo sabido, habría arrojado la silla por la ventana, pero Arnie, que sí lo sabía, lo había convencido diciéndole sencillamente que tenía buen aspecto y logrando que su esposa estuviera de acuerdo. En cualquier caso, el presidente se sentó y se relajó en la cómoda mecedora, que era otra de las razones que Arnie había esgrimido y la auténtica razón por la que Ryan había aceptado. Era cómoda.

—¿Estamos preparados? —preguntó Jack.

Cuando el presidente hacía esa pregunta, normalmente significaba «¡empecemos ya con este jodido espectáculo!». Pero Ryan creía que era sólo una pregunta.

Krystin Matthews estaba presente como representante de la NBC. También había periodistas de la ABC y la Fox, además de un corresponsal del Chicago Tribune. Ryan había llegado a preferir estas conferencias de prensa más íntimas y los medios de comunicación le seguían la corriente porque los corresponsales se elegían a suertes y les parecía justo, y además eso permitía que todos pudieran formular preguntas y recibir respuestas. Otra ventaja desde el punto de vista de Ryan era que, con toda probabilidad, un periodista sería menos contencioso en el despacho oval que en el ambiente alborotado estilo vestuario de la sala de prensa, donde los periodistas tendían a convertirse en una turba y a adoptar la mentalidad de la misma.

—Señor presidente —empezó a decir Krystin Matthews—, usted ha ordenado el regreso de la delegación comercial y de nuestro embajador en Pekín. ¿Por qué era eso necesario? Ryan se meció ligeramente.

—Krystin, todos vimos los sucesos de Pekín que tanto conmovieron al mundo, el asesinato del cardenal y del pastor, seguido de los malos tratos, para utilizar un término benévolo, sufridos por la viuda del pastor y algunos feligreses de su parroquia.

Repitió los mismos puntos que ya había expresado en la conferencia de prensa anterior, destacando en particular la indiferencia del gobierno chino ante lo sucedido.

—Sólo podemos llegar a la conclusión de que al gobierno chino no le importa. Pues bien, a nosotros sí nos importa. Al pueblo norteamericano le importa. A esta administración le importa. Uno no puede arrebatarle la vida a un ser humano, como quien aplasta un insecto inadvertidamente. Su reacción nos parece insatisfactoria y he llamado a nuestro embajador para deliberar.

—Pero las negociaciones comerciales, señor presidente —interrumpió el corresponsal del Chicago Tribune.

—Es difícil para un país como Estados Unidos de Norteamérica mantener relaciones comerciales con una nación que no respeta los derechos humanos. Usted mismo ha podido comprobar lo que piensan de esto nuestros ciudadanos. Creo que podrá comprobar que para ellos, esos asesinos son tan repugnantes como lo son para mí, e imagino, también para usted.

—¿Entonces no recomendará al Congreso que normalice nuestras relaciones comerciales con China?

Ryan negó con la cabeza.

—No, no lo haré, y aunque lo hiciera, el Congreso rechazaría acertadamente dicha recomendación.

—¿En qué circunstancias podría usted cambiar de actitud respecto a este asunto?

—En el momento en que China pase a formar parte del mundo de las naciones civilizadas y reconozca los derechos de sus propios ciudadanos comunes, como hacen el resto de las grandes naciones.

—¿Nos está diciendo entonces que hoy China no es un país civilizado?

Ryan tuvo la sensación de haber recibido un golpe con un pescado frío y húmedo en la cara, pero sonrió y prosiguió:

—Matar diplomáticos no es un acto civilizado, ¿no le parece?

—¿Qué opinarán de esto los chinos? —preguntó Fox.

—Soy incapaz de leer sus mentes. Apelo a ellos para que se enmienden, o por lo menos para que consideren los sentimientos y las creencias del resto del mundo, y examinen entonces de nuevo su lamentable actuación.

—¿Y qué nos dice de los asuntos comerciales? —preguntó el corresponsal de la

ABC.

—Si China desea normalizar las relaciones comerciales con Estados Unidos deberá abrirnos sus mercados. Como ustedes saben, en nuestro código tenemos una ley llamada Decreto de Reforma Comercial. Dicha ley nos permite igualar las leyes y prácticas comerciales de otros países, de modo que podamos aplicar exactamente las mismas tácticas que se utilicen contra nosotros, respecto al comercio con dichos países. Mañana pediré al Departamento de Estado y al Departamento de Comercio la creación de un grupo de trabajo, para aplicar el Decreto de Reforma Comercial a la República Popular —declaró Ryan, creando la historia del día, que era una verdadero bombazo.

—Maldita sea, Jack —exclamó el secretario de la Tesorería, desde su despacho situado al otro lado de la calle, donde recibía las imágenes en directo del despacho oval. Seguidamente levantó el teléfono y pulsó un botón—. Quiero un extracto global de las cuentas actuales de la República Popular —ordenó a sus subordinados de Nueva York.

Entonces sonó su teléfono.

—El secretario de Estado por la tres —dijo su secretaria por el intercomunicador, y levantó el auricular.

—Sí, yo también lo he visto, Scott.

—Bien, Yuriy Andreyevich, ¿cómo le ha ido? —preguntó Clark.

Habían tardado más de una semana en organizarlo, debido principalmente a que el general Kirillin pasaba varias horas al día en la galería de tiro, perfeccionando su técnica. Ahora acababa de llegar al club de oficiales, furioso como si le hubieran dado un puñetazo en la barriga.

—¿Es un asesino de la mafia?

Chavez no pudo evitar soltar una carcajada.

—General, se unió a nosotros porque la policía italiana quería alejarlo de ellos. Se interpuso en un asesinato de la mafia y corrió la voz de que el capo local se vengaría de él y de su familia. ¿Cuánto le ha sacado?

—Cincuenta euros —casi escupió Kirillin.

—Parece que estaba usted muy seguro de sí mismo —comentó Clark—. Ya he estado aquí antes, esto ya lo he hecho...

—Gané mi premio —concluyó Ding, con una carcajada. Y cincuenta euros era una suma respetable, incluso para un general ruso de tres estrellas.

—Tres puntos en una competición a quinientos puntos. ¡Yo he acertado cuatrocientos noventa y tres!

—¿Ettore ha conseguido sólo cuatrocientos noventa y seis? —preguntó Clark—. Dios mío, ese chico se deteriora —agregó, al tiempo que colocaba una copa frente al general ruso.

—Aquí bebe más que de costumbre —observó Chavez.

—Debe de ser eso —asintió Clark.

El general ruso, sin embargo, no le veía la menor gracia.

—Falcone no es humano —dijo Kirillin, antes de vaciar su primera copa de vodka.

—Podría asustar al feroz Bill Hickock, no le quepa la menor duda. ¿Y sabe lo peor?

—¿Qué es lo peor, Ivan Sergeyevich?

—Su maldita humildad, como si fuera perfectamente normal disparar de ese modo. Maldita sea, Sam Snead nunca llegó a ser tan bueno con un hierro cinco.

El problema de estar en Rusia era que uno tenía tendencia a adaptarse a sus costumbres, y una de ellas era la de beber.

—General —dijo Domingo, después de su segundo vodka de la noche—. Todos los hombres de mi equipo son expertos tiradores y por expertos se entiende que prácticamente podrían formar parte del equipo olímpico nacional. Ese pajarraco nos ha vencido a todos y estamos tan poco acostumbrados a perder como usted. Pero permítame que le diga que me alegro mucho de que forme parte de mi equipo —agregó en el momento en que Falcone entraba por la puerta— ¡Hola, Ettore, acérquese!

No había empequeñecido. Ettore era enorme al lado del diminuto Chavez y su aspecto seguía siendo el de un retrato de El Greco.

—General —dijo, dirigiéndose a Kirillin—, dispara usted muy bien.

—No tanto como usted, Falcone —respondió el ruso.

—Hoy he tenido suerte —dijo el policía italiano, encogiéndose de hombros.

—Por supuesto, amigo —agregó Clark, al tiempo que le entregaba una copa a Falcone.

—Empieza a gustarme este vodka —dijo Falcone, vaciando la copa de un trago—. Pero afecta un poco mi puntería.

—Claro, Ettore —rio Chavez—. El general nos ha contado que falló cuatro disparos.

—¿Quiere decir que ha llegado a hacerlo mejor? —preguntó Kirillin.

—Efectivamente —respondió Clark—. Hace tres semanas lo vi disparar sin cometer un solo fallo. También a quinientos puntos.

—Entonces tuve un buen día —reconoció Falcone—. Había dormido bien la noche anterior y no tenía resaca.

Clark se rio y miró a su alrededor. En aquel momento entró otro individuo uniformado y escudriñó el entorno. Vio al general Kirillin y se acercó.

—Caramba, ¿quién es ese modelo? —se preguntó Ding en voz alta, cuando se acercaba.

—Tovarisch general —dijo el individuo, a modo de saludo.

—Anatoliy Ivan'ch —respondió Kirillin—. ¿Cómo están las cosas en la central? Entonces el individuo volvió la cabeza.

—¿Es usted John Clark?

—Efectivamente —confirmó el norteamericano—. ¿Quién es usted?

—Es el comandante Anatoliy Shelepin —respondió el general Kirillin—. Es el jefe de la seguridad personal de Sergey Golovko.

—Conocemos a su jefe —dijo Ding, tendiéndole la mano—. Hola. Yo soy Domingo Chavez.

Se estrecharon todos la mano.

—¿Podemos hablar en un lugar más discreto? —preguntó Shelepin.

Los cuatro se trasladaron a una mesa del rincón y Falcone se quedó en la barra.

—¿Lo ha enviado Sergey Nikolay'ch? —preguntó el general ruso.

—No se han enterado —respondió el comandante Shelepin en ruso, que Clark y Chavez comprendían suficientemente bien, en un tono que llamó la atención de todos los presentes—. Quiero que mi personal se entrene con ustedes.

—¿De qué no nos hemos enterado? —preguntó Kirillin.

—Hemos descubierto quién intentó asesinar al director —respondió Shelepin.

—¿Entonces él era el objetivo? Creía que pretendían eliminar al proxeneta —dijo Kirillin.

—¿Les importaría decirnos de qué están hablando? —preguntó Clark.

—Hace unas semanas se cometió un atentado en la plaza Dzerzhinskiy —respondió Shelepin, antes de explicarles lo que creyeron en aquel momento—. Pero ahora parece que se equivocaron de objetivo.

—¿Alguien intentó cargarse a Golovko? —preguntó Domingo—. Maldita sea.

—¿Quién fue?

—El que lo organizó es un ex agente del KGB llamado Suvorov, o eso suponemos. Se sirvió de dos ex soldados del Spetsnaz. Ambos han sido asesinados, probablemente para ocultar su participación, o por lo menos para impedir que se lo comenten a nadie —respondió Shelepin, sin agregar más detalles—. En cualquier caso, hemos recibido buenos informes de su equipo Rainbow y queremos que nos ayuden a entrenar nuestro destacamento de protección.

—No tengo ningún inconveniente, siempre y cuando estén de acuerdo en Washington —dijo Clark, con la mirada fija en los ojos del guardaespaldas.

Parecía muy serio, aunque no muy contento con el mundo en estos momentos.

—Mañana formularemos nuestra petición oficial.

—El personal de Rainbow es excelente —afirmó Kirillin—. Nos llevamos muy bien con ellos. Anatoliy solía trabajar para mí, cuando yo era coronel.

Su tono indicaba el respeto que sentía por el joven.

Eso no era todo, pensó Clark. Un alto funcionario ruso no pedía ayuda sin más a un ex agente de la CIA, por algo relacionado con su seguridad personal. Miró a Ding y vio la misma idea en sus ojos. De pronto, ambos estaban de nuevo en el mundo del espionaje.

—De acuerdo —dijo John—. Llamaré a mi gente esta noche si lo desea.

Lo haría desde la embajada estadounidense, probablemente por el STU-6 en el despacho del jefe de estación.

XXXVII. SECUELAS

El VC-137 aterrizó discretamente en la base de las fuerzas aéreas de Andrews. La base carecía de una terminal propiamente dicha y de túneles de desembarque, por lo que los pasajeros bajaron del avión por una escalera instalada sobre la caja de un camión. En el asfalto esperaban los coches que los trasladarían a Washington. Dos agentes del servicio secreto recibieron a Gant y lo condujeron inmediatamente a la Tesorería, situada en el edificio frente a la Casa Blanca. Apenas se había acostumbrado a pisar tierra firme, cuando se encontró en el despacho del secretario.

—¿Cómo ha ido? —preguntó George Winston.

—Por lo menos ha sido interesante —respondió Gant, cuya mente intentaba adaptarse al hecho de que su cuerpo no tenía la menor idea de dónde se encontraba en aquel momento—. Creía que iría a mi casa a descansar.

—Ryan ha decidido invocar el Decreto de Reforma Comercial contra los chinos.

—¿Ah, sí? Bueno, no es tan sorprendente, ¿no te parece? —Mira esto— ordenó el secretario de la Tesorería, entregándole un listado reciente.

Se trataba de un informe de los depósitos actuales de la República Popular de China.

—¿Qué vigencia tiene esta información? —preguntó Gant.

El informe, salvo nominalmente, era una valoración de inteligencia. Los empleados del Departamento de la Tesorería registraban de forma rutinaria las transacciones monetarias internacionales, como medio de evaluación diaria de la fuerza del dólar y de otras divisas de cotización internacional. Eso incluía el yuan chino, que últimamente tenía ligeras dificultades.

—¿Tan mal están? —preguntó Gant—. Suponía que andaban escasos de dinero, pero no sabía que la situación fuera tan grave...

—A mí también me ha sorprendido —reconoció el secretario de la Tesorería—. Parece que han comprado muchas cosas en el mercado internacional últimamente, sobre todo motores de reacción en Francia, y puesto que se retrasaron en el pago de la compra anterior, la empresa francesa ha decidido adoptar una línea más dura; son su única opción. Nosotros les hemos prohibido a GE y a Pratt Whitney optar a dicha transacción y los británicos tampoco han permitido a Rolls Royce que lo haga. Eso convierte a los franceses en su única fuente, lo que no está mal para los franceses, ¿no te parece? Han aumentado el precio aproximadamente en un quince por ciento y exigen el pago por adelantado.

—El yuan recibirá un buen golpe —pronosticó Gant—. Han intentado ocultarlo.

—Efectivamente, y con bastante éxito.

—Ésa era la razón por la que se pusieron tan duros en la conferencia. Anticipaban la debacle y aspiraban a una declaración favorable que los salvara de la situación.

Pero sin duda no lo hicieron con mucho acierto. Maldita sea, con un problema como éste, uno aprende a rebajarse un poco.

—Eso creía yo también. ¿Por qué crees que lo han hecho?

—Son orgullosos, George. Muy, muy orgullosos. Como una familia rica que ha perdido su dinero pero no su posición social, e intenta paliar lo uno con lo otro. Pero no funciona. Tarde o temprano, la gente descubre que no pagas tus cuentas y entonces el mundo entero se te echa encima. Puedes evitarlo durante algún tiempo, lo cual es sensato si sigues ingresando algo, pero si el buque no amarra te hundes.

Mientras Gant hojeaba el documento, pensaba que el problema estribaba en que los países estuvieran en manos de los políticos, que no entendían realmente el dinero, e imaginaban que siempre podían salirse de cualquier situación que se presentara. Estaban tan acostumbrados a salirse con la suya, que nunca se les ocurría que no pudieran hacerlo permanentemente. Trabajando en Washington, Gant había aprendido que la política era tan ilusoria como la industria cinematográfica, lo cual tal vez explicara la gran afinidad existente entre ambas comunidades. Pero incluso en Hollywood, uno debía pagar sus cuentas y mostrar beneficios. Los políticos siempre tenían la opción de utilizar bonos del tesoro para financiar sus cuentas y además podían imprimir dinero. Nadie esperaba que el gobierno obtuviera beneficios y la junta de directivos eran los electores, las personas a las que los políticos engañaban como forma de vida. Era una auténtica locura, pero así era el juego político.

Probablemente era eso lo que pensaban los líderes de la República Popular, concluyó Gant. Pero tarde o temprano, la realidad levantaba su fea cabeza y, cuando lo hacía, todo el tiempo que uno había pasado intentando evitarlo era lo que realmente le perjudicaba. Entonces era cuando todo el mundo decía «estás atrapado». Y realmente estabas en un callejón sin salida. En este caso, «atrapado» podía significar la ruina de la economía china y sucedería prácticamente de la noche a la mañana.

—George, creo que el Departamento de Estado, la CIA y también el presidente deben ver este documento.

—Dios mío —exclamó el presidente, sentado en el despacho oval, mientras fumaba uno de los Virginia Slims de Ellen Sumter y miraba la televisión.

En esta ocasión, el televisor estaba sintonizado en el canal C-SPAN. En la Cámara de Representantes norteamericana se hablaba de China. El contenido de los discursos no era halagador, y su tono era decididamente exaltado. Todos proponían una moción de condena de la República Popular China. C-SPAN2 cubría una sesión muy parecida en el Senado. Aunque el lenguaje era mucho más suave, la fuerza de las palabras era la misma. Los sindicatos se habían unido a las iglesias, los liberales a los conservadores, e incluso los partidarios del libre comercio a los proteccionistas.

Aún más importante, la CNN y otros canales mostraban manifestaciones en las

calles y parecía que la campaña «somos los buenos» de los taiwaneses se había consolidado. Alguien (nadie estaba todavía seguro de quién lo había hecho) había impreso incluso pegatinas de la bandera roja de China, con la leyenda «matamos bebés y sacerdotes», que se adherían a productos importados de China y los manifestantes se afanaban en identificar las empresas norteamericanas que hacían muchos negocios en la República Popular, con el propósito de boicotear sus productos.

—Háblame, Arnie —dijo Ryan, después de volver la cabeza.

—Parece grave, Jack —respondió Van Damm.

—Eso ya lo veo, Arnie. ¿Cómo de grave?

—Lo suficiente para que yo vendiera mis acciones en dichas empresas. Van a recibir un buen golpe. Y puede que este movimiento traiga cola...

—¿En qué sentido?

—Me refiero a que puede que no desaparezca de la noche a la mañana. Lo próximo que veremos serán carteles de imágenes sacadas del reportaje de televisión, del asesinato de los curas. Es una imagen imborrable. Cualquier producto que los chinos vendan aquí para el que exista una alternativa de otra procedencia, ésa será la que empezarán a comprar muchos norteamericanos.

Cambió la imagen de la CNN y empezaron a mostrar una manifestación frente a la embajada de la República Popular en Washington. En las pancartas se leían palabras como ASESINOS, HOMICIDAS y BÁRBAROS.

—Me pregunto si Taiwan habrá ayudado a organizarla...

—Probablemente, no, por lo menos todavía no —pensó Van Damm—. Si yo estuviera en su lugar, no me importaría, pero no tendría necesidad de intervenir. Probablemente incrementarán sus esfuerzos para distinguirse de los chinos continentales y eso viene a ser lo mismo. Procurarán que las cadenas de televisión transmitan reportajes sobre la República Popular, lo mucho que les disgusta toda esa porquería de Pekín y que no quieren que se les confunda —dijo el jefe de personal—. Ya sabes, «sí, somos chinos, pero creemos en los derechos humanos y en la libertad de culto». Cosas por el estilo. Es lo inteligente. Aquí en Washington tienen buenos asesores de relaciones públicas. Maldita sea, es probable que algunos sean amigos míos y si yo fuera uno de ellos, eso sería lo que les aconsejaría.

Entonces fue cuando sonó el teléfono. Era la línea privada de Ryan, la que habitualmente no pasa por las secretarías. Jack levantó el auricular.

—Diga.

—Jack, soy George, al otro lado de la calle. ¿Tienes un minuto? Quiero mostrarte algo, amigo.

—Por supuesto. Acércate —respondió Jack; inmediatamente después colgó el teléfono y se dirigió a Arnie—: El secretario de la Tesorería. Dice que es importante

—explicó el presidente—. ¿Arnie?

—¿De qué margen de maniobra dispongo en este asunto?

—¿El chino? —preguntó Arnie, y el presidente asintió—. No mucho, Jack. A veces el propio pueblo decide nuestra política. Y ahora el pueblo hará política votando con sus talonarios. A continuación veremos cómo algunas empresas anuncian la suspensión de sus contratos comerciales con la República Popular. Los chinos ya la han jodido con Boeing y además a plena luz del día, lo cual no es muy inteligente. Ahora la gente querrá devolverles la pelota. Hay momentos en los que el ciudadano común levanta la cabeza, saca pecho y manda al mundo a freír espárragos. Cuando eso sucede, tu misión consiste esencialmente en seguirlos, no en dirigirlos —concluyó el jefe de personal.

Su nombre en código del servicio secreto era Carpenter («carpintero») y acababa de construir una caja para que su presidente permaneciera en su interior.

Jack asintió y apagó el cigarrillo. Puede que fuera el hombre más poderoso del mundo, pero su poder procedía del pueblo y si era suyo para darlo, también lo era a veces para ejercerlo.

Pocos podían abrir la puerta y entrar en el despacho oval sin más, pero George Winston era uno de ellos, sobre todo porque era el jefe del servicio secreto. Mark Gant lo acompañaba, con el aspecto de haber corrido un maratón perseguido por una docena de marines en jeeps, armados y enojados.

—Hola, Jack.

—George. Mark, tiene un aspecto terrible —dijo Ryan—. Claro, acaba de llegar, ¿no es cierto?

—¿Estamos en Washington o en Shanghai? —bromeó lánguidamente Gant.

—Hemos venido por el túnel. Cielos, ¿has visto a los manifestantes en la calle? Creo que pretenden que lances una bomba atómica sobre Pekín —comentó el secretario de la Tesorería.

El presidente se limitó a señalar una hilera de televisores, a modo de respuesta.

—Maldita sea, ¿por qué se manifiestan aquí? Estoy de su parte, o por lo menos eso creo. Pero, dime, ¿qué te trae por aquí?

—Mira esto —respondió Winston, moviendo la cabeza en dirección a Gant.

—Señor presidente, éstas son las cuentas de divisa vigentes de la República Popular. Llevamos la cuenta del comercio de divisa en el mundo entero, para estar seguros del nivel del dólar, lo cual significa que prácticamente estamos al corriente del valor de todas las divisas fuertes del planeta.

—Bien —respondió Ryan, que más o menos ya lo sabía y no le preocupaba, porque el dólar estaba en una situación bastante buena y la rueda que no chirriaba no necesitaba ser engrasada—. ¿Y?

—Y la situación de liquidez de la República Popular está en la alcantarilla —

respondió Gant—. Puede que ésta fuera la causa de su gran presión en las conversaciones comerciales. En tal caso, eligieron el enfoque incorrecto. Exigían en lugar de solicitar.

Ryan examinó las columnas de cifras.

—Maldita sea, ¿dónde han metido todo su dinero?

—En la compra de armamento. Francia y Rusia, sobre todo, aunque una buena parte también ha ido a Israel.

No era del dominio público que la República Popular había gastado una suma considerable de dinero en Israel, sobre todo con industrias defensivas israelíes, para la compra de armamento diseñado en Norteamérica y fabricado en Israel bajo licencia. Se trataba de material que China no podía comprar directamente a Norteamérica, incluidos cañones para sus tanques y misiles aire/aire para sus cazas. Durante muchos años, Norteamérica había hecho la vista gorda. Con ese negocio, Israel había vuelto la espalda a Taiwan, a pesar de que ambos países habían elaborado conjuntamente su armamento nuclear, en la época en que se sentían unidos, junto con Sudáfrica, sin amigos y marginados en dicho campo a nivel internacional. Si se hablaba con educación, se denominaba realpolitik; en un campo más cotidiano se llamaba joder a tu amigo.

—¿Y bien? —preguntó Ryan.

—Pues que, de ese modo, se han gastado la totalidad de su superávit comercial —respondió Gant—. Absolutamente todo, sobre todo en compras a corto plazo, aunque también algunas a largo plazo y por las de largo plazo han tenido que pagar por adelantado, debido a la naturaleza de las transacciones. Los fabricantes necesitan el dinero para la producción y no quieren exponerse a cargar con el muerto. No hay muchos compradores que quieran cinco mil cañones para tanques —aclaró—. Es un mercado bastante exclusivo.

—¿Y?

—Pues que China está esencialmente sin dinero y lo necesita desesperadamente para realizar compras a corto plazo, como el petróleo —prosiguió Gant—. China es un país importador de petróleo. Su producción nacional es muy insuficiente, a pesar de que sus necesidades no son realmente enormes. No hay muchos chinos que tengan coche. Disponen de suficiente dinero para comprar petróleo durante tres meses y luego les faltarán fondos. El mercado internacional del petróleo exige que se pague puntualmente. Pueden capear la situación un mes, tal vez seis semanas, pero luego los petroleros virarán en medio del océano para dirigirse a otros lugares, pueden hacerlo, y la República Popular se quedará sin combustible. Será como estrellarse contra un muro, señor. Pam. Se acabó el petróleo y entonces su país empezará a pararse, incluidas sus fuerzas armadas, que son el mayor consumidor de crudo. Su consumo ha sido inusualmente elevado desde hace algunos años, debido a la creciente

actividad de sus maniobras y ejercicios de entrenamiento. Probablemente disponen de reservas estratégicas, pero desconocemos exactamente su cuantía. Y eso también puede agotarse. Desde hace algún tiempo tememos que puedan atacar las islas Spratley. Allí hay petróleo y a lo largo de los últimos diez años se han producido algunas amenazas, pero Filipinas y otros países de la zona también reclaman su derecho a dichas islas y probablemente suponen que apoyaremos a Filipinas, por razones históricas. Por no mencionar la séptima flota, que en esa parte del mundo es todavía el chico más fuerte del barrio.

—Efectivamente —asintió Ryan—. En caso de una confrontación, Filipinas parece el país que más derecho tiene a dichas islas, y nosotros los apoyaríamos. En el pasado hemos vertido juntos nuestra sangre y eso cuenta. Prosiga.

—De modo que los chinos se están quedando sin petróleo y puede que no dispongan de dinero para comprarlo, especialmente si nuestro comercio con ellos se escurre por la alcantarilla. Necesitan nuestros dólares. Además, el yuan no es muy fuerte. Por otra parte, el comercio internacional se efectúa en dólares y como acabo de contarle, señor, se los han gastado casi todos.

—¿Qué me está diciendo?

—La República Popular, señor, está casi en la bancarrota. Lo descubrirán dentro de un mes aproximadamente y se llevarán un buen susto.

—¿Cuándo lo hemos descubierto?

—Ha sido cosa mía, Jack —respondió el secretario de la Tesorería—. He pedido estos documentos esta mañana y luego he querido que Mark los repasara. Es nuestro mejor hombre en lo concerniente a modelos económicos, incluso con el cansancio del desfase horario.

—¿Entonces esto nos permite estrujarlos?

—Es una opción.

—¿Y si estas manifestaciones proliferan?

Gant y Winston se encogieron de hombros a la vez.

—Ahí es donde la sicología interviene en la ecuación —dijo Winston—. Podemos pronosticar sus efectos en Wall Street hasta cierto punto, así es como he ganado la mayor parte de mi dinero, pero sicoanalizar un país supera mis conocimientos. Ese es tu trabajo, amigo. Yo me limito a dirigir la oficina de contabilidad que está al otro lado de la calle.

—Necesito algo más, George.

—Si el ciudadano medio decide boicotear las mercancías chinas y las empresas norteamericanas que hacen negocios en aquel país empiezan a replegar velas... —empezó a decir Winston.

—Cosa altamente probable —interrumpió Gant—. Los dirigentes chinos se llevarán un susto de muerte.

—Si eso sucede, los chinos recibirán un duro golpe que les dolerá enormemente —concluyó el secretario.

¿Y cómo reaccionarán entonces?, se preguntó Ryan. —Ellen, necesito uno— dijo el presidente, después de pulsar un botón.

La secretaria apareció inmediatamente en el despacho y le entregó un cigarrillo. Ryan lo encendió y le dio las gracias con una sonrisa.

—¿Lo has comentado ya con el Departamento de Estado? Winston negó con la cabeza.

—No, he querido mostrártelo antes.

—Mark, ¿cuál es su impresión de las negociaciones?

—Son los hijos de puta más altivos que he visto jamás. He conocido a toda clase de fanfarrones y especuladores a lo largo de los años, pero incluso los más obcecados saben cuándo necesitan mi dinero para hacer negocios y entonces mejoran sus modales. Cuando disparas una pistola, procuras no apuntar a tu propia polla.

Ryan soltó una carcajada, mientras Arnie se estremecía. Se suponía que uno no debía hablarle de ese modo al presidente de Estados Unidos, pero algunos de ellos sabían que podían hacerlo con John Patrick Ryan, el ser humano.

—Por cierto, siguiendo en esa línea, me gustó lo que le dijo a ese diplomático chino.

—¿A qué se refiere, señor?

—Lo de que sus pollas no son suficientemente grandes para competir con nosotros en un concurso de meadas. Bonita frase, aunque no exactamente en lenguaje diplomático.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Gant, evidentemente sorprendido—. No se lo repetí a nadie, ni siquiera a ese cretino de Rutledge.

—Tenemos nuestros métodos —respondió Jack, que de pronto se percató de que había revelado algo perteneciente a un compartimento denominado Sorge.

—Suena como algo que uno diría en el club de atletismo de Nueva York —comentó el secretario de la Tesorería—. Pero sólo si estás como mínimo a un metro y medio de tu interlocutor.

—Pero parece ser cierto. Por lo menos en términos monetarios. ¿No significa esto que disponemos de una pistola, con la que podemos apuntarles a la cabeza?

—Sí, señor, no cabe la menor duda —respondió Gant—. Puede que tarden un mes en comprenderlo, pero no podrán eludirlo durante mucho tiempo.

—Bien, aseguraos de que el Departamento de Estado y la CIA estén al corriente. Ah, y recordadles a la CIA que ellos deberían habérmelo mostrado antes. Las evaluaciones de inteligencia son cosa suya.

—Disponen de una unidad de economía, pero no es muy buena —aclaró Gant—. No es sorprendente. Los listos de dicho campo trabajan en Wall Street o tal vez en las

universidades. Se puede ganar más dinero en la Facultad de Economía de Harvard que al servicio del gobierno.

—Y el talento va hacia donde está el dinero —reconoció Jack.

Los jóvenes asociados de un bufete de tamaño medio ganaban más que el presidente, lo que a veces explicaba la clase de gente que trabajaba para el gobierno. El servicio público debía suponer un sacrificio. Lo era para Ryan, que había demostrado su capacidad para ganar dinero en los negocios, pero él había aprendido de su padre la idea de servir a su país, así como en Quantico, mucho antes de dejarse seducir por la CIA y de caer luego en la trampa que lo había conducido hasta el despacho oval. Y una vez allí, uno no podía escapar. Por lo menos, no con dignidad. Ésa era siempre la trampa. Robert Edward Lee había dicho que el deber era la más sublime de las palabras. Y hablaba con conocimiento de causa, pensó Ryan. Lee se había visto atrapado personalmente en una lucha, en el mejor de los casos corrupta, debido a la obligación que creía tener hacia su lugar de nacimiento y por ello muchos maldecirían eternamente su nombre, a pesar de sus cualidades como hombre y como soldado. Y bien, Jack —se dijo a sí mismo—, en tu caso, ¿dónde está el talento, el deber, el bien y el mal, y todo lo demás? ¿Qué diablos se supone que debes hacer ahora? Se suponía que debía saberlo. Toda esa gente frente a la Casa Blanca esperaba que supiera en todo momento qué era lo correcto, lo justo para el país, lo justo para el mundo, lo justo para todos los obreros y obreras y los niños inocentes que jugaban a la pelota. Sí, claro —pensó el presidente—. Recibes la inspiración del hada de la sabiduría todos los días al entrar en este despacho, o el beso de la musa en tu oído, o tal vez el susurro de Washington y Lincoln en tus sueños. A veces tenía problemas para elegir su corbata por la mañana, especialmente si no estaba Cathy para actuar como asesora de imagen. Pero se suponía que debía saber qué hacer con los impuestos, la defensa y la seguridad social... ¿por qué? Porque era su trabajo saberlo. Porque vivía en el edificio gubernamental número mil seiscientos de la avenida de Pennsylvania y en todo momento gozaba de la protección del maldito servicio secreto. En la academia de Quantico, los oficiales instructores habían advertido a los jóvenes alféreces de los marines de la soledad del mando. La diferencia entre aquella situación y la que vivía ahora era como comparar un petardo con una bomba nuclear. Situaciones como ésta habían desencadenado guerras en el pasado. Eso no sucedería ahora, evidentemente, pero había ocurrido en otra época. La idea era tranquilizadora. Ryan dio la última calada a su quinto cigarrillo del día y lo apagó en el cenicero de cristal castaño, que guardaba oculto en el cajón de su escritorio.

—Gracias por mostrarme esta información. Comentadla con el Departamento de Estado y con la CIA —repitió—. Quiero una valoración especial de inteligencia nacional sobre este asunto cuanto antes.

—De acuerdo —respondió George Winston, antes de levantarse para regresar por

el túnel a su edificio, situado al otro lado de la calle.

—Señor Gant —agregó el presidente—. Acuéstese. Tiene un aspecto terrible.

—¿Se me permite dormir en este trabajo? —preguntó Gant.

—Por supuesto, igual que a mí —respondió el presidente, con una sonrisa torcida—. Háblame —agregó dirigiéndose a Arnie, cuando los demás se hubieron retirado.

—Dile a Adler que hable con Hitch y con Rutledge, y tú hazlo también —aconsejó Arnie.

—De acuerdo —asintió Ryan—, dile a Scott lo que necesito y que lo necesito rápidamente.

—Buenas noticias —dijo la profesora North, cuando entró de nuevo en la consulta.

Andrea Price-O'Day estaba en el hospital Johns Hopkins de Baltimore, para ver a la doctora Madge North, profesora de Tocología y Ginecología.

—¿En serio?

—En serio —aseguró la doctora North con una sonrisa—. Está usted embarazada.

Antes de que pudiera ocurrir cualquier otra cosa, el inspector Patrick O'Day se incorporó de un brinco, levantó a su esposa, la estrujó entre sus brazos y le dio un fuerte beso.

—Vaya —dijo Andrea casi para sus adentros—, creía que era demasiado vieja.

—Se conocen casos de avanzados los cincuenta y a usted todavía le falta bastante —sonrió la doctora North.

Era la primera vez en su vida profesional que daba esa noticia a dos policías.

—¿Algún problema? —preguntó Pat.

—Bueno, Andrea, usted ya no es una jovencita. Pasa de los cuarenta y éste es su primer embarazo, ¿no es cierto?

—Sí —respondió, consciente de lo que venía después, pero sin mencionarlo.

—Eso significa que existe una posibilidad creciente de que el bebé padezca síndrome de Down. Lo podemos averiguar mediante una amniocentesis. Recomiendo que la hagamos pronto.

—¿Cuándo?

—Puedo hacerla hoy —si lo desea.

—¿Y si el resultado es...?

—¿Positivo? Entonces tendrán que decidir si quieren traer al mundo a un bebé con síndrome de Down. Hay personas que lo hacen, pero otras no. No soy yo, sino ustedes quienes deberán decidirlo —respondió Madge North, que había practicado abortos a lo largo de su vida profesional, pero al igual que la mayoría de los tocólogos, era mucho más partidaria de los partos.

—El síndrome de Down... cómo y... quiero decir... —balbució Andrea, apretando la mano de su marido.

—Mire, tiene muchos puntos a su favor, del orden de unos cien contra uno y esto es pura especulación. Antes de empezar a preocuparse, lo sensato es averiguar si hay alguna razón para ello, ¿de acuerdo?

—¿Ahora mismo? —preguntó Pat en nombre de su esposa.

—Sí, ahora tengo tiempo —respondió la doctora North, incorporándose.

—¿Por qué no vas a dar un pequeño paseo, Pat? —sugirió la agente especial Price-O'Day a su marido, a quien no sorprendió que su esposa conservara plenamente su integridad.

—De acuerdo, cariño.

Le dio un beso y vio cómo su esposa se retiraba. No era un buen momento para el agente del FBI. Su esposa estaba embarazada, pero ahora debía preguntarse si el embarazo era bueno o no. ¿Qué harían si no lo era? Él era un católico irlandés. Para su iglesia, el aborto era un asesinato y los asesinatos eran lo que él investigaba. En una ocasión incluso había presenciado uno. A los diez minutos había matado a los dos terroristas que lo habían perpetrado. Aquel día se repetía todavía en sus pesadillas, a pesar del heroísmo que había mostrado y del prestigio que le había merecido.

Pero ahora tenía miedo. Andrea había sido una madrastra excelente para su pequeña Megan y lo que ambos anhelaban más que cualquier otra cosa en este mundo era esta noticia, si era realmente buena. Probablemente tardaría una hora y sabía que no podía pasar tanto tiempo en la sala de espera, llena de embarazadas que leían viejos ejemplares de People y US Weekly. ¿Pero adónde ir? ¿A quién ver?

Bien. Se puso en pie, salió y decidió dirigirse al edificio Maumenee. No debería de ser demasiado difícil encontrarlo. Y no lo fue.

Roy Altman fue el indicador. El robusto ex paracaidista que dirigía la escolta de «la cirujana» no permanecía quieto en un lugar, sino que iba de un lado para otro, al igual que un león enjaulado, siempre comprobándolo todo, observando con ojo experto y altamente entrenado que no hubiera ningún fallo. Vio a O'Day en el vestíbulo y lo saludó con la mano.

—¡Hola, Pat! ¿Qué hay?

Toda la rivalidad entre el FBI y el servicio secreto cesó en aquel momento. O'Day había salvado la vida de Sandbox y vengado la muerte de tres colegas de Altman, incluido el viejo amigo de Roy, Don Russell, caído como un hombre, con la pistola en la mano y tres asesinos muertos delante de él. O'Day había terminado el trabajo de Don.

—Mi esposa ha venido a que le hagan una revisión —respondió el inspector del FBI.

—¿Nada grave? —preguntó Altman.

—Simple rutina —respondió Pat.

Altman captó el olor a mentira, pero prefirió no darle importancia.

—¿Está por aquí? Aprovechando que he venido, he pensado que podría saludarla.

—En su despacho —respondió Altman—. Sigue recto, segunda a la derecha.

—Gracias.

—Un individuo del FBI va a ver a «la cirujana» —dijo junto al micrófono de su solapa.

—Recibido —respondió otro agente.

O'Day encontró la puerta y llamó.

—Adelante —dijo una voz femenina desde el interior, antes de levantar la cabeza—. Hola, Pat, ¿cómo estás?

—No puedo quejarme, pasaba por aquí y...

—¿Andrea ha visto a Madge? —preguntó Cathy Ryan, que evidentemente estaba al corriente de la cita.

—Sí y en la cajita ha salido un signo positivo —respondió Pat.

—¡Estupendo! —exclamó la profesora Ryan, antes de hacer una pausa—. Parece que algo te preocupa —agregó la doctora, que además de oftalmóloga detectaba un problema cuando lo había.

—La doctora North le está practicando una amniocentesis. ¿Sabes cuánto puede tardar?

—¿Cuándo ha empezado?

—Más o menos ahora, creo.

Cathy conocía el problema.

—Dale una hora. Madge es muy buena y muy meticulosa. Introducen un instrumento en el útero y extraen un poco de fluido amniótico. Así obtienen también un poco de tejido del embrión y luego examinan los cromosomas. Los técnicos del laboratorio estarán a la espera. Madge forma parte del personal decano y cuando habla, los demás escuchan.

—Parece muy competente.

—Es una doctora estupenda. Es mi ginecóloga. Te preocupa el síndrome de Down, ¿no es cierto?

—Sí —asintió Pat.

—Sólo cabe esperar.

—Doctora Ryan, yo...

—Me llamo Cathy, Pat. ¿Has olvidado que somos amigos? No había nada como salvarle la vida al hijo de una mujer, para asegurarse su gratitud a perpetuidad.

—De acuerdo, Cathy. Si, estoy asustado. No es que... quiero decir, Andrea también es policía, pero...

—Pero en estos momentos no basta con ser duro o saber disparar, ¿no es cierto?

—No sirve de nada —reconoció en voz baja el inspector O'Day.

El miedo era algo tan desconocido para él como pilotar un transbordador espacial,

pero el peligro potencial que amenazaba a su esposa e hijo, o tal vez hijos, la clase de peligro ante el que se sentía completamente indefenso, era uno de los botones que podía pulsar a su antojo el destino con una carcajada.

—Tenéis muchísimas probabilidades a vuestro favor —dijo Cathy.

—Sí, eso dice la doctora North, pero...

—Además, Andrea es más joven que yo.

O'Day bajó la mirada al suelo y se sintió como un auténtico pelele. En más de una ocasión se había enfrentado a hombres armados, criminales con un pasado violento, y les había intimidado obligándolos a rendirse. Una vez en la vida se había visto obligado a utilizar su Smith Wesson 1076 automática y había alcanzado a ambos terroristas en la cabeza, mandándolos junto a Alá, según debían de creer ellos, por el asesinato de una mujer inocente. No fue exactamente fácil, pero tampoco demasiado difícil. Las interminables horas de práctica lo habían convertido en algo casi tan rutinario como el mecanismo de su automática reglamentaria. Pero ahora no era él quien corría peligro. Eso podría haberlo superado. El peor peligro, por lo que estaba descubriendo, era el que corrían sus seres queridos.

—Pat, es normal tener miedo. John Wayne sólo era un actor, ¿vale?

Pero ése era el quid de la cuestión. El código de hombría que suscribían la mayoría de los norteamericanos era el del «duque» y en dicho código no había cabida para el miedo. A decir verdad, era tan realista como ¿Quién engañó a Roger Rabbit?, pero bobada o no, ahí estaba.

—No estoy acostumbrado.

Cathy Ryan lo comprendía. La mayoría de los médicos lo comprendían. Cuando era cirujana ocular, antes de especializarse en láseres, había visto a los pacientes y a sus parientes, los primeros con dolor pero intentando ser valientes, y los segundos sencillamente asustados. Ella intentaba reparar los problemas de unos y disipar el miedo de los otros. Ninguna de las dos tareas era fácil. Una era sólo cuestión de pericia y experiencia, la otra consistía en mostrarles que, a pesar de tratarse de una emergencia horrenda que nunca habían experimentado hasta entonces, para la doctora Cathy Ryan, especialista en oftalmología, era sencillamente un día más en la clínica. Ella era la experta de Dover. Podía resolverlo. Estaba dotada de una actitud que inspiraba confianza en todos los que la conocían.

Pero ni siquiera eso era aplicable ahora. Aunque Madge North era una doctora excelente, hacía la prueba de una condición predeterminada. Tal vez algún día se resolvería, la terapia genética ofrecía esa esperanza para quizá dentro de unos diez años, pero no ahora. Madge sólo podía determinar lo que ya existía. Era una doctora muy experta, pero el resto estaba en manos de Dios y Dios ya había tomado su decisión. Ahora sólo era cuestión de descubrirla.

—Ahora es cuando viene bien un cigarrillo —dijo el inspector, con una mueca.

—¿Fumas?

—Lo dejé hace mucho.

—Deberías decírselo a Jack.

El agente del FBI levantó la cabeza.

—No sabía que fumara.

—Ese bobo se los gorronea a su secretaria de vez en cuando —respondió Cathy, casi con una carcajada—. Se supone que yo no lo sé.

—Una actitud muy tolerante para una doctora.

—Su vida es bastante dura, sólo fuma un par de cigarrillos al día y nunca lo hace delante de los niños, de lo contrario, Andrea tendría que dispararme por arañarle los ojos.

—Si resultara que tiene el síndrome de Down —dijo O’Day, con la mirada de nuevo en las botas de vaquero, que le gustaba llevar bajo su traje azul del FBI—, ¿qué diablos haríamos entonces?

—No es una elección fácil.

—Maldita sea, según la ley, yo no tengo ninguna elección. Ni siquiera puedo opinar.

—Es cierto, no puedes.

Cathy no aventuró que era una injusticia. La ley era inequívoca en ese sentido. Sólo la mujer, en este caso la esposa, podía decidir si continuar el embarazo o interrumpirlo. Cathy conocía el punto de vista de su marido sobre el aborto. Su propio criterio no era exactamente idéntico, aunque dicha opción le parecía de mal gusto.

—Pat, ¿por qué te atormentas innecesariamente?

—No puedo evitarlo.

Cathy se percató de que a Pat, como a la mayoría de los hombres, le obsesionaba el control de sí mismo, y lo comprendía, porque a ella también le sucedía. Se debía al uso de instrumentos para modificar el mundo y ajustarlo a sus deseos. Pero éste era un caso extremo. Ese hombre duro estaba profundamente asustado. Realmente no tenía por qué estarlo, pero en su caso era el miedo a lo desconocido. Ella conocía las probabilidades y sabía que eran bastante buenas, pero él no era médico y todos los hombres, incluso los más duros, temían lo desconocido. Bueno, no era la primera vez que cuidaba de un adulto que necesitaba que le sujetaran la mano y éste le había salvado la vida a Katie.

—¿Quieres acompañarme a la guardería?

—Claro —respondió O’Day.

No era una gran caminata y su intención era la de recordarle a O’Day lo esencial de todo aquello: traer una nueva vida al mundo.

—La «cirujana» se dirige al parque infantil —comunicó Roy Altman a su grupo.

Kyle Daniel Ryan, Sprite, estaba ahora sentado y se entretenía con unos juguetes muy rudimentarios, bajo la atenta mirada de las leonas, como Altman denominaba a las cuatro agentes del servicio secreto que le hacían fiestas al pequeño, como si fueran sus hermanas mayores. Pero todas iban armadas y no habían olvidado lo que había estado a punto de ocurrirle a su hermana. Difícilmente estaban unos silos nucleares tan bien protegidos como aquella guardería.

En la puerta del parque infantil estaba Chip Trenton Kelley, el único varón del grupo, un ex capitán de los marines que habría asustado a cualquier jugador de los NFL con sólo mirarlo.

—Hola, Chip.

—Hola, Roy. ¿Qué ocurre?

—Da un paseo para ver al pequeño.

—¿Quién es el forzudo? —preguntó Kelley, que se había percatado de que O'Day iba armado, pero había decidido que tenía aspecto de policía.

No obstante, el pulgar de su mano izquierda estaba sobre su «botón de alarma» y su mano derecha a un tercio de segundo de su automática reglamentaria.

—Tranquilo, es del FBI —aseguró Altman a su subordinado.

—De acuerdo —respondió Kelley, al tiempo que abría la puerta.

—¿En qué equipo juega? —preguntó O'Day a Altman, después de entrar en la guardería.

—Lo ficharon los Bears, pero asustaba demasiado a Ditka —respondió Altman con una carcajada—. Es un ex marine.

—No lo dudo —dijo O'Day tras la doctora Ryan, que había levantado ya a Kyle y el niño le rodeaba el cuello con los brazos.

El pequeño balbuceaba, todavía le faltaban unos meses para hablar, pero sabía cómo sonreír cuando veía a su mamá. —¿Quieres tenerlo en brazos?— preguntó Cathy.

O'Day sujetó al bebé como un balón de fútbol. El pequeño Ryan lo miró, indeciso, especialmente a su bigote mexicano, pero el rostro de su mamá no estaba lejos y no chilló.

—Hola, amigo —dijo O'Day con ternura.

Algunas cosas son automáticas. Con un niño en brazos, uno no puede quedarse quieto. Solemos movernos, rítmicamente, como parece gustarles a los pequeños.

—Arruinará la carrera de Andrea —dijo Cathy.

—Mejorará su horario y será agradable verla todas las noches, pero tienes razón, Cathy, sería difícil correr junto a un coche con dos palmos de barriga. —La imagen provocó una carcajada—. Supongo que le asignarán misiones restringidas.

—Tal vez. Aunque es una buena forma de disimular, ¿no te parece?

O'Day asintió. No estaba tan mal tener a un niño en brazos. Recordó un antiguo

adagio irlandés: «La verdadera fuerza reside en la ternura». Pero qué diablos, cuidar de los niños también era labor de hombres. Ser hombre no consistía sólo en tener un pene.

Al verlo, Cathy no pudo evitar una sonrisa. Pat O'Day había salvado la vida de Katie y lo había hecho como en una película de John Woo, salvo que Pat era un hombre duro en la vida real, no en la pantalla. No seguía ningún guión, sino que actuaba en la realidad, improvisando sobre la marcha. Se parecía mucho a su marido, un servidor de la ley, un hombre que había jurado hacer siempre lo correcto, y también, al igual que su marido, se tomaba en serio sus juramentos. Uno de dichos juramentos concernía a la relación de Pat con Andrea, y todos se reducían a lo mismo: conservar, proteger, defender. Y ahora ese tigre con corbata tenía un bebé en brazos, al que sonreía y mecía, porque eso es lo que se hace con los pequeños.

—¿Cómo está tu hija? —preguntó Cathy.

—Ella y tu Katie son buenas amigas. Y tiene algo con uno de los chicos de los Giant Steps.

—No me digas.

—Se llama Jason Hunt. Creo que va en serio. Le ha regalado a Megan uno de sus coches Hot Wheels —dijo O'Day con una carcajada, en el momento en que empezaba a sonar su teléfono móvil—. Bolsillo derecho de la chaqueta —agregó.

Cathy le metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono. Lo abrió y contestó.

—Diga.

—¿Con quién hablo? —preguntó una voz conocida.

—¿Andrea? Soy Cathy. Pat está aquí.

Cogió a Kyle, le entregó el teléfono a Pat y observó el rostro del agente del FBI.

—Dime, cariño —dijo Pat.

Luego escuchó, sus ojos se cerraron dos o tres segundos y eso lo delató. Sus facciones se relajaron. Expulsó lentamente el aire de los pulmones y dejó de parecer que estuviera en guardia.

—Sí, cariño, he ido a ver a la doctora Ryan y estamos en la guardería. Bien, de acuerdo.

Pat miró a Cathy y le entregó el teléfono. Cathy lo sujetó entre el hombro y la cabeza.

—¿Qué ha dicho Madge? —preguntó Cathy, que ya conocía gran parte de la respuesta.

—Normal y será niño.

—Entonces Madge tenía razón, las probabilidades estaban a tu favor.

Y lo seguían estando. Andrea estaba en muy buena forma. Cathy estaba segura de que no tendría ningún problema.

—Siete meses a partir del próximo martes —dijo Andrea, en un tono va eufórico.

—Ahora escucha lo que te diga Madge. Yo lo hago —aseguró Cathy.

Sabía en lo que creía la doctora North: no fumes, no bebas, haz tus ejercicios, asiste a clases de preparación para el parto junto con tu marido, ven a verme dentro de cinco semanas para una revisión, lee Qué esperar del embarazo. Cathy devolvió el teléfono. El inspector O'Day había retrocedido unos pasos y estaba de espaldas. Cuando se volvió para recibir el teléfono, sus ojos estaban inusualmente húmedos.

—Sí, querida, de acuerdo. Ahora voy.

Cerró el teléfono y se lo guardó de nuevo en el bolsillo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Cathy con una sonrisa.

Una de las leonas se acercó para recuperar a Kyle. El pequeño las adoraba y le sonrió al verla.

—Sí, señora. Lamento haberte molestado. Me siento como un inútil.

—¡Y una mierda! —exclamó la doctora Ryan, con unas palabras sorprendentemente impactantes—. Ya te he dicho que la vida no es una película y esto no es El Alamo. Sé que eres un hombre duro, Pat, y también lo sabe Jack. ¿Tú qué opinas, Roy?

—Pat puede trabajar conmigo cuando se le antoje. Te felicito, amigo —respondió Altman.

—Gracias, compañero —dijo O'Day.

—¿Puedo comunicárselo a Jack o prefiere hacerlo Andrea? —preguntó la «cirujana».

—Creo que tendrás que preguntárselo a ella.

Pat O'Day se había transformado, ahora andaba con suficiente alegría como para golpearse la cabeza en el techo. Le sorprendió comprobar que Cathy se dirigía al edificio de ginecología, pero a los cinco minutos lo comprendió perfectamente. Era el momento de intimidad entre las chicas. Incluso antes de poder besar a su esposa, Cathy ya estaba con ella.

—¡Una noticia maravillosa, me alegro muchísimo por ti!

—Sí, bueno, supongo que el FBI debía ser útil para algo, después de todo —bromeó Andrea.

Entonces el oso con bigote mexicano la levantó del suelo con un fuerte abrazo y le dio un beso.

—Esto merece una pequeña celebración —declaró el inspector.

—¿Queréis cenar con nosotros esta noche en la Casa? —preguntó la «cirujana».

—No podemos —respondió Andrea.

—¿Quién lo dice? —preguntó Cathy y Andrea no tuvo más remedio que doblegarse ante la situación.

—Bueno, tal vez si al presidente le parece bien.

—A mí me parece bien, muchacha, y hay momentos en los que Jack no cuenta —

afirmó la doctora Ryan.

—Bien, en tal caso, supongo que aceptamos.

—A las siete y media —dijo la «cirujana»—. Ropa informal —agregó, pensando en que era lamentable que hubieran dejado de ser personas corrientes, porque ésta sería una buena oportunidad para que Jack preparara unos chuletones a la parrilla, que siempre le salían muy bien, y hacía meses que ella no preparaba una ensalada de espinacas, ¡maldita presidencia!—. Por cierto, Andrea, esta noche puedes tomar un par de copas para celebrarlo. Luego, una o dos por semana.

—Ya me lo ha dicho la doctora North —respondió la señora O'Day.

—Madge insiste enormemente en la cuestión del alcohol —dijo Cathy, que no estaba segura de las cantidades, pero ella no era ginecóloga y tanto para Kyle como para Katie había seguido las indicaciones de la doctora North.

Los embarazos eran algo con lo que sencillamente no se bromeaba. La vida era demasiado preciada para arriesgarla.

XXXVIII. ACONTECIMIENTOS

Actualmente todo se maneja electrónicamente. En otra época, el tesoro de un país era su colección de lingotes de oro, que se guardaban en lugar seguro y bien protegido, o en una caja que acompañaba al jefe de Estado dondequiera que éste se desplazara. En el siglo XIX, el papel moneda había adquirido amplia aceptación. Al principio era canjeable por oro o plata, cuyo peso indicaba su valor, pero gradualmente esto también se descartó, porque los metales preciosos eran demasiado pesados para trasladarlos de un lado para otro. Pero poco tardó el papel moneda en ser también excesivamente voluminoso para llevarlo encima. Para la gente corriente, el próximo paso fueron las tarjetas de plástico con una banda magnética en el reverso, que trasladan el dinero teórico de la cuenta del usuario a otra cuenta al efectuar una compra. Para las grandes empresas y los países ha significado algo todavía más teórico. Se ha convertido en una expresión electrónica. Un país determina el valor de su divisa mediante una estimación de la cantidad de productos y servicios que sus ciudadanos generan con su trabajo cotidiano y eso se convierte en el volumen de su riqueza monetaria, con el acuerdo general de los demás países y ciudadanos del mundo. Por consiguiente, puede desplazarse a través de fronteras nacionales por fibra óptica, cables de cobre, o incluso por transmisiones vía satélite, y así miles de millones de dólares, libras, yens o euros pueden transferirse de un lugar a otro con sólo pulsar unas teclas. Es mucho más fácil y rápido que trasladar lingotes de oro, pero a pesar de su conveniencia, el sistema que determina la riqueza de una persona o una nación no es menos riguroso, y en ciertos bancos centrales del mundo, la colección neta de dichas unidades monetarias de un país determinado se calcula con una precisión de fracciones de decimales. El sistema incorpora cierta tolerancia, para las transacciones y demás operaciones que se estén realizando, pero dicho margen también se calcula electrónicamente con gran precisión. El resultado, en definitiva, era el mismo que contar los lingotes del rey Creso de Lidia. En realidad, si en algo se diferenciaba el nuevo sistema basado en contar el movimiento de electrones y fotones de un ordenador a otro, era en su mayor exactitud e incluso menor tolerancia. En otra época cabía la posibilidad de pintar de amarillo lingotes de plomo y engañar así a un inspector despreocupado, pero mentir a un sistema de contabilidad informatizado era mucho más complicado.

En China, el encargado de mentir era el Ministerio de Finanzas, un hijo huérfano y bastardo en un país marxista repleto de burócratas, que todos los días se esforzaban en hacer lo imposible. La primera imposibilidad y la más fácil, porque no había otra alternativa, era la de que sus miembros decanos dejaran a un lado todo lo que habían aprendido en sus universidades y en las reuniones del partido comunista. Para operar en el sistema financiero mundial debían comprender; obedecer y atenerse a las reglas

monetarias del mundo, en lugar de las «sagradas escrituras» de Karl Marx.

Por consiguiente, el Ministerio de Finanzas se encontraba en la situación poco envidiable de tener que explicarles a los sacerdotes del comunismo que su dios era falso, que su perfecto modelo teórico no funcionaba en el mundo real y que debían ajustarse a una realidad que habían rechazado. Los burócratas del ministerio eran en su mayoría observadores, un poco como niños con un juego de ordenador en el que no creían, pero que les gustaba de todos modos. Algunos de los burócratas realmente eran bastante inteligentes y buenos jugadores, que a veces llegaban incluso a obtener beneficios con su comercio y sus transacciones. Los que lo lograban obtenían promoción y reconocimiento dentro del ministerio. Algunos iban a trabajar incluso en su propio coche y alternaban con la nueva clase de industriales locales, que se habían desprendido de sus ataduras ideológicas y operaban como capitalistas dentro de una sociedad comunista. Eso aportaba riqueza a su país, que sus amos políticos recompensaban, si no con respeto, con una templada gratitud, como a un buen perro pastor. Esa cosecha de industriales mantenía estrechos vínculos con el Ministerio de Finanzas y de paso influía en la burocracia que administraba los ingresos que aportaban a su país.

Un resultado de dicha actividad era que el Ministerio de Finanzas se alejaba inexorablemente y con bastante rapidez de la verdadera fe marxista, para penetrar en el intermedio mundo tenebroso del capitalismo socialista, un mundo sin identidad ni nombre propio. En realidad, e independientemente de su fe anterior, todos los ministros de Finanzas se habían alejado del marxismo en mayor o menor medida, porque uno tras otro se habían percatado de que su país necesitaba participar en ese campo de juego internacional, para lo cual precisaba obedecer sus reglas, y eso aportaba una prosperidad a la República Popular que claramente no había logrado en cincuenta años de marxismo y maoísmo.

Como resultado directo de dicho proceso inexorable, el ministro de Finanzas era candidato al Politburó, pero no miembro de pleno derecho. Tenía voz en la mesa, pero no voto y evaluaban sus palabras quienes nunca se habían preocupado realmente por comprender lo que decía ni el mundo en el que operaba.

Dicho ministro se apellidaba Qian, cuyo nombre significaba monedas o dinero; hacía seis años que ocupaba el cargo. Era ingeniero de profesión. Durante veinte años había construido ferrocarriles en la región nordeste de su país, con suficiente éxito para merecer un nuevo cargo. En realidad había dirigido su ministerio con bastante acierto, a juicio de la comunidad internacional, pero Qian Kun era a menudo quien debía explicarle al Politburó que no podía hacer todo lo que se le antojara, por lo que en dicha institución solía ser tan popular como una rata portadora de una plaga. Hoy, en el asiento trasero de su coche ministerial de camino a la reunión matutina, temía que sería uno de esos días.

A once horas de distancia, en Park Avenue de Nueva York, se celebraba otra reunión. Butterfly era el nombre de una floreciente cadena de tiendas de ropa femenina, dirigidas a las norteamericanas acomodadas. Gracias a la combinación de las nuevas microfibras textiles con los modelos de un joven y brillante diseñador italiano, de Florencia, había conquistado un seis por ciento de su mercado y eso, en Norteamérica, significaba hablar de mucho dinero.

Salvo en un sentido. Todas sus telas se fabricaban en la República Popular, en una fabrica situada a las afueras de la gran ciudad portuaria de Shanghai y luego las prendas se confeccionaban en una planta de la cercana ciudad de Yanchen.

El presidente de Butterfly tenía sólo treinta y dos años y, después de diez años en la brecha, decidió que había llegado el momento de convertir en realidad un sueño que albergaba desde su época de estudiante en el instituto Erasmus Hall de Brooklyn. Desde su graduación en el Pratt Institute había dedicado prácticamente todos los días de su vida a pensar y construir su negocio, y ahora había llegado su momento. Había llegado el momento de dar el paso definitivo para poder desplazarse a París a su antojo, comprarse una casa en las colinas de la Toscana, otra en Aspen y vivir realmente como merecía.

Salvo por un pequeño detalle. Su tienda más emblemática en la esquina de Park Avenue y la calle Cincuenta había experimentado hoy algo tan inimaginable como la llegada de extraterrestres. Había sido objeto de una manifestación. Habían aparecido manifestantes con ropa de Versace y pancartas, en las que proclamaban su oposición a tratar con ¡bárbaros!, y condenaban a Butterfly por su comercio con dicho país. Alguien había aparecido incluso con una bandera china a la que se había agregado una cruz gamada, y si había algo con lo que uno no quería que se relacionara su negocio en Nueva York, era aquel odioso símbolo hitleriano.

—Debemos actuar con rapidez en este asunto —dijo el asesor empresarial, que era judío, inteligente y había conducido Butterfly a través de más de una situación delicada, hasta llevar la empresa al borde del éxito definitivo—. Esto podría acabar con nosotros.

No bromeaba y los demás directivos lo sabían. Tan sólo cuatro clientas habían cruzado hoy la manifestación para entrar en la tienda, y una de ellas lo había hecho para devolver una prenda que no quería seguir teniendo en su armario.

—¿Cuánto hay en juego? —preguntó el fundador y gerente.

—¿En términos reales? —respondió el jefe de contabilidad—. Potencialmente, cuatrocientos —agregó, refiriéndose a cuatrocientos millones de dólares—. Esto podría destruirnos en unas doce semanas.

Destruirnos no era lo que el gerente quería oír. Llegar tan lejos con una firma de ropa era comparable a nadar en el Atlántico durante una convención anual de tiburones. Este era su momento, pero se encontraba de nuevo en un campo minado,

del que no había recibido ningún aviso previo.

—Bien —dijo con tanta tranquilidad como le permitió la acidez de su estómago—. ¿Qué podemos hacer al respecto?

—Rescindir nuestros contratos —sugirió el abogado.

—¿Es eso legal?

—Lo suficiente —respondió, refiriéndose a que los efectos adversos de anular los contratos con los fabricantes chinos serían menos onerosos que una tienda llena de productos que nadie quería comprar.

—¿Alternativas?

—Los tailandeses —dijo el jefe de producción—. Hay un lugar cerca de Bangkok al que le encantaría llenar el vacío. Por cierto, hoy nos han llamado.

—¿Coste?

—Menos de un cuatro por ciento de diferencia. Tres coma sesenta y tres, para ser exactos, y estarían en plena producción en un máximo de unas cuatro semanas. Disponemos de suficientes existencias para mantener las tiendas abiertas durante dicho período, sin ningún problema —afirmó categóricamente el jefe de producción.

—¿Qué parte de dichas existencias es de origen chino?

—No olvidemos que una gran parte procede de Taiwan. Podemos ordenar a nuestro personal que empiece a colocar etiquetas de «somos los buenos»... y también podemos amañarlo un poco.

No muchos clientes conocían la diferencia de nombre entre una China y otra. Una bandera era mucho más fácil de diferenciar.

—Además —agregó el director de marketing—, mañana podemos empezar una campaña publicitaria: «Butterfly no trata con dragones».

Mostró una ilustración del logotipo de la empresa, que huía de la bocanada de fuego de un dragón. De momento no importaba que fuera terriblemente chabacano. Debían actuar y cuanto antes.

—Por cierto —anunció el jefe de producción—, hace una hora he recibido una llamada de Frank Meng, de Meg, Harrington Cicero. Dice que en cuestión de pocos días puede incluir en nuestro equipo algunas fábricas textiles de la República Popular y asegura que disponen de la flexibilidad necesaria para adaptarse a nuestra producción en menos de un mes. También dice que si les damos luz verde, el embajador de China nos incluirá oficialmente en su lista de «buenos chicos». A cambio, sólo debemos garantizarles cinco años de negocios, con las cláusulas de escape habituales.

—Me gusta —dijo el abogado.

El embajador de la República Popular sería justo, al igual que su país. Sabían cuándo tenían al tigre cogido por las pelotas.

—Tenemos una moción sobre la mesa —dijo el presidente y gerente de la

empresa—. ¿Todos a favor?

Con aquel voto, Butterfly fue la primera empresa norteamericana importante que rescindió sus contratos con la República Popular. Como el primer cisne que abandona el norte de Canadá en otoño, anunciaba la llegada de una nueva estación fría. El único problema potencial era una denuncia por parte de los negocios chinos, pero cualquier juez federal probablemente comprendería que un contrato firmado no era lo mismo que una carta de suicidio y tal vez considerara incluso que las circunstancias políticas imperantes convertían el propio contrato en nulo. Después de todo, el abogado alegraría en el despacho del juez y ante un jurado de Nueva York, si era necesario, que cuando uno descubre que está haciendo negocios con Adolf Hitler se siente obligado a retroceder. El abogado de la parte contraria haría otras alegaciones, pero sabría que iba a perder el caso y se lo advertiría a sus clientes antes de entrar en la sala.

—Se lo comunicaré mañana a nuestros bancos. No está previsto que liberen el dinero hasta dentro de treinta y seis horas.

Eso significaba que ciento cuarenta millones de dólares no se transferirían a una cuenta de Pekín como estaba previsto. Y ahora el gerente podía plantearse seguir con su sueño y comprarse un reactor. Pensó que el logotipo de la empresa (una mariposa monarca emergiendo de su capullo) quedaría hermoso en la cola del aparato.

—Todavía no lo sabemos con absoluta seguridad —dijo Qian a sus colegas—, pero estoy seriamente preocupado.

—¿Qué problema hay hoy exactamente? —preguntó Xu Kun Piao.

—Tenemos una serie de contratos comerciales y de otros géneros que vencen en las próximas tres semanas. En principio deberían proceder con normalidad, pero nuestros representantes en Norteamérica nos han llamado para advertir que puede haber problemas.

—¿Quiénes son esos representantes? —preguntó Shen Tang.

El secretario Winston estaba en su casa, viendo una película en su DVD. Era más fácil que ir al cine y podía hacerlo sin que lo acompañaran cuatro agentes del servicio secreto. Su esposa, que hacía ella misma los regalos importantes de Navidad, tejía un jersey de esquí, lo cual le permitía ver al mismo tiempo la televisión o charlar y la ayudaba a relajarse, tanto como a su marido navegar en su gran yate transatlántico.

Winston tenía un teléfono con varias líneas en la sala de estar, al igual que en todas las demás habitaciones de su casa estilo Chevy Chase, y su línea privada tenía un timbre diferente, para saber cuándo debía contestar personalmente.

—Diga.

—George, soy Mark.

—¿Trabajando tarde?

—No, estoy en casa. Acabo de recibir una llamada de Nueva York. Puede que acabe de empezar.

—¿De qué me hablas?

—¿Butterfly, la empresa de ropa femenina?

—Ah, sí, me suena el nombre —respondió Winston. Era lógico que le sonara, a su esposa e hija les encantaba—. Van a rescindir sus contratos con sus suministradores de la República Popular.

—¿Qué cantidad?

—Principalmente, abogados que contratamos para que cuiden de nuestras operaciones comerciales; casi todos de nacionalidad norteamericana. No son imbéciles, y sus consejos son sensatos —declaró sobriamente Qian.

—Los abogados son la maldición de Norteamérica —dijo Zhang Han—. Y de todas las naciones civilizadas.

Por lo menos, aquí nosotros decidimos la ley, pensó.

—Puede que así sea, Zhang, pero si uno hace negocios en Norteamérica los necesita, y son muy útiles para explicar las condiciones en su país. Puede que las noticias mejoren matando al mensajero, pero no serán necesariamente más precisas.

Fang asintió y sonrió. Le gustaba Qian. Era más fiel a la verdad que quienes se suponía que debían aspirar a ella. Pero en este caso Fang se reservó su parecer. A él también le preocupaban los acontecimientos políticos provocados por el exceso de celo de aquellos dos policías, pero ahora era demasiado tarde para castigarlos. Aunque Xu lo sugiriera, Zhang y los demás lograrían disuadirlo.

—Ciento cuarenta aproximadamente.

Winston dio un silbido.

—¿Tanto?

—Efectivamente —confirmó Gant—. Y están en la vanguardia de la moda. Cuando mañana se divulgue la noticia hará que mucha gente reflexione. Por cierto, algo más.

—Dime.

—La República Popular acaba de cancelar sus opciones con Caterpillar del equipo necesario para terminar el proyecto de Three Gorges. Son unos trescientos diez millones que irán ahora a Kawa de Japón. Aparecerá en el Journal mañana por la mañana.

—¡Muy astuto! —refunfuñó Winston.

—Pretenden demostrarnos quién tiene la sartén por el mango, George.

—Bueno, espero que les guste cuando se la metan por el culo —dijo el secretario de la Tesorería, y su esposa le dirigió una mirada de desaprobación—. ¿Cuándo se hará pública la noticia de Butterfly?

—Es demasiado tarde para el Journal de mañana, pero indudablemente aparecerá en las noticias financieras de la CNN y la CNBC.

—¿Y si otras casas de modas hacen lo mismo?

—Más de mil millones para empezar, y ya sabes lo que se dice, George, mil millones por aquí, mil millones por allá y de pronto hablamos de dinero en serio.

Esta había sido una de las mejores observaciones de Everett McKinley Dirksen sobre Washington.

—¿Cuánto falta para que se hunda su actual cuenta corriente?

—Veinte y empezará a doler. Cuarenta y se habrán ido a la mierda. Sesenta y estarán completamente arruinados. Nunca había visto a un país dormido sobre una chimenea de vapor. Además, George, importan comida, sobre todo trigo, de Canadá y Australia. Eso podría ser realmente doloroso.

—Entendido. Nos vemos mañana.

—De acuerdo.

Se desconectó la línea.

Winston cogió el mando a distancia para poner de nuevo en marcha el DVD, pero entonces se le ocurrió otra idea. Levantó el pequeño casete que utilizaba para tomar notas y dijo: «Averiguar cuánto ha sido saldado de las compras de armamento de la República Popular, especialmente en Israel». Paró el magnetófono, lo dejó sobre la mesa y cogió de nuevo el mando del DVD para seguir viendo la película, pero pronto descubrió que no lograba concentrarse debidamente. Algo grande estaba sucediendo, y a pesar de su experiencia en el mundo del comercio y ahora en el campo de las transacciones internacionales, se percató de que no controlaba la situación. Eso no solía sucederle a George Winston y bastó para no encontrarle la gracia a Hombres de negro.

Ming se percató de que su ministro no parecía muy contento. Por la expresión de su rostro, se diría que alguno de sus parientes había muerto de cáncer. Descubrió más cosas cuando la llamó a su despacho para dictarle sus notas. En esta ocasión tardó noventa minutos y luego dos horas para transcribirlas a su ordenador. No había olvidado exactamente lo que su ordenador hacía con ellas todas las noches, pero en varias semanas no había pensado en ello. Le habría gustado poder hablar de su contenido con el ministro Fang. Después de varios años trabajando para él, había adquirido una apreciación bastante amplia de la política de su país, hasta el punto de poder anticipar, no sólo las opiniones de su jefe, sino también las de algunos de sus colegas. Era en efecto, aunque no de hecho, una confidente de su ministro y aunque no podía aconsejarle en su trabajo, si él hubiera sabido apreciar su formación y lo bien que lo conocía, podría haberle sacado mucho más provecho que como simple secretaria. Pero era una mujer en un país dominado por los hombres y, por consiguiente, carecía de voz. Orwell tenía razón. Ming había leído *Rebelión en la granja* hacía algunos años. Todos eran iguales, pero unos eran más iguales que otros. Si Fang fuera listo, la utilizaría de un modo más inteligente, pero no lo era y por tanto, no lo hacía. Esta noche se lo comentaría a Nomuri.

Por su parte, Chester estaba finalizando un pedido de 1661 ordenadores NEC de sobremesa con la China Precision Machine Import and Export Corporation, que entre otras cosas, fabricaba misiles teledirigidos para el Ejército de Liberación Popular. Eso alegraría bastante a la Nippon Electric Company. Lo triste era que no podía amañar esos aparatos para que hablaran con tanta libertad como los del consejo de ministros, pero habría sido demasiado peligroso, aunque agradable, como una simple idea acompañada de una cerveza y un cigarrillo. Chester Nomuri, espía cibernético. Entonces empezó a vibrar su buscador. Lo levantó y lo miró. Era el número 745 4426. Trasladado a las teclas de un teléfono, seleccionando las letras adecuadas y traducido a su código personal: shin gan, «corazón y alma», la forma cariñosa de Ming de referirse a su amante y una indicación de que quería ir a su casa esta noche. A Nomuri le parecía estupendo. De modo que se había convertido en James Bond, después de todo. Lo suficiente para sonreír en privado cuando se dirigía a su coche. Abrió el teléfono de su zapato, marcó el número de acceso a su correo electrónico y mandó su propio mensaje: 226 234, bao bei, «amada mía». A ella le gustaba oírsele decir, y a él no le importaba decirlo. Hoy no pasaría la noche mirando la televisión. Bien. Confiaba en que le quedara suficiente whisky japonés para el poscoito.

Uno sabía que tenía un mal trabajo cuando se alegraba de ir al dentista. Jack iba al mismo desde hacía diecinueve años, pero en esta ocasión debía desplazarse en helicóptero hasta el cuartel de policía estatal de Maryland, que disponía de su propio helipuerto, seguido de cinco minutos en coche hasta la consulta del dentista. Pensaba en China, pero su principal guardaespaldas confundió su expresión.

—Relájate, jefe —dijo Andrea—. Si te hace daño, le pegaré un tiro en la rodilla.

—No deberías estar levantada tan temprano —respondió severamente Ryan.

—La doctora North dice que puedo hacer vida normal hasta nueva orden y he empezado a tomar sus vitaminas predilectas.

—Pat parece bastante satisfecho de sí mismo.

Habían pasado una entretenida velada en la Casa Blanca. Siempre era agradable tener invitados sin agendas políticas.

—¡No sé qué os habéis creído los hombres! ¡Presumís como pavos reales, pero somos nosotras quienes hacemos todo el trabajo!

—¡Andrea, cambiaría gustoso mi trabajo por el tuyo! —bromeó Ryan.

Lo había discutido muchas veces con Cathy, alegando que no podía ser tan difícil tener un niño y que los hombres tenían que hacer casi todo el trabajo duro en la vida. Pero no podía bromear de ese modo con la esposa de otro.

Nomuri oyó el pitido de su ordenador a lo lejos, lo cual indicaba que había recibido y ahora codificaba y retransmitía automáticamente la información procedente del ordenador de Ming. Fue una interrupción entretenida de su actividad actual. Habían transcurrido cinco días desde su último encuentro, lo que suponía una

espera suficientemente prolongada para él... y evidentemente también para ella, a juzgar por la pasión de sus besos. A su debido tiempo terminaron y se separaron para fumar un cigarrillo.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Nomuri, con la respuesta a su pregunta ahora en un servidor de Wisconsin.

—En el Politburó se habla de altas finanzas. Qian, el ministro encargado del dinero, intenta convencer al Politburó para que cambie de táctica, pero no lo escuchan como el ministro Fang cree que deberían hacerlo.

—No me digas.

—Está bastante enojado con sus viejos camaradas por su falta de flexibilidad. Chai dice que el ministro fue muy flexible con ella hace un par de noches —agregó con una risita.

—No es muy agradable decir eso de un hombre, Ming —la regañó Nomuri.

—No lo diría nunca de ti y de tu salchichón de jade, shin gan —dijo Ming, antes de darle un beso.

—¿Discuten a menudo? Me refiero en el Politburó...

—Hay frecuentes discrepancias, pero ésta es la primera vez en muchos meses que la situación no se ha resuelto a satisfacción de Fang. Suelen ser discusiones académicas, pero en este caso se trata de una discrepancia ideológica. Estas pueden ser violentas, por lo menos en términos intelectuales.

Evidentemente, los miembros del Politburó eran demasiado viejos para hacer mucho más que golpear a un enemigo en la cabeza con sus bastones.

—¿Y ésta en particular?

—El ministro Qian dice que el país podría quedarse pronto sin dinero. Los demás ministros dicen que eso es una bobada. Qian asegura que debemos ajustarnos a los países occidentales. Zhang y los demás como él afirman que no podemos mostrarnos débiles, después de lo que ellos, y especialmente los norteamericanos, nos han hecho últimamente.

—¿No se percatan de que matar a aquel cura italiano fue algo malo?

—Para ellos fue un accidente lamentable y, además, estaba quebrantando nuestras leyes.

Cielos, pensó Nomuri, realmente se creen reyes divinos.

—Bao bei, cometen un error.

—¿Tú crees?

—He estado en Norteamérica, no lo olvides. Viví allí durante algún tiempo. Los norteamericanos sienten un gran respeto por sus clérigos y dan mucha importancia a la religión. Que alguien la escupa les pone realmente furiosos.

—¿Entonces crees que Qian tiene razón? —preguntó Ming—. ¿Crees que Norteamérica nos negará el dinero por esa estupidez?

—Sí, creo que es posible. Muy posible, Ming.

—El ministro Fang cree que deberíamos tomar un rumbo más moderado para complacer un poco a los norteamericanos, pero no lo ha dicho en la reunión.

—¿Por qué no?

—No quiere alejarse demasiado del rumbo de los demás ministros. Dices que en Japón las personas temen no ser elegidas. Bien, aquí el Politburó elige a su propia gente y puede expulsar a quienes hayan dejado de encajar. Fang no quiere perder su cargo, evidentemente, y para asegurarse de que eso no suceda sigue una línea cautelosa.

—Para mí esto es difícil de comprender, Ming. ¿Cómo seleccionan a sus miembros? ¿Cómo eligen los «príncipes» a un nuevo «príncipe»?

—Hay miembros del partido que se han distinguido ideológicamente, o a veces por su trabajo en el campo. El ministro Qian, por ejemplo, dirigía la construcción de ferrocarriles y ésa fue la razón de su ascenso, pero generalmente las razones suelen ser políticas.

—¿Y Fang?

—Mi ministro es un viejo camarada. Su padre era una de los leales lugartenientes de Mao, y Fang ha sido siempre políticamente fiable, pero en los últimos años ha prestado atención a las nuevas industrias, ha visto lo bien que funcionaban y admira a algunas de las personas que las dirigen. Incluso, de vez en cuando, recibe a algunos de ellos en su despacho para tomar un té y charlar.

¿De modo que el viejo es progresista?, pensó Nomuri. Claro que el listón del progreso estaba muy bajo en China. No era preciso saltar muy alto, pero eso lo situaba en vanguardia de quienes cavaban una zanja bajo el mismo.

—¿Entonces el pueblo no tiene voz alguna?

Ming se rio.

—Sólo en las reuniones del partido, y allí uno se calla.

—¿Pertenece tú al partido?

—Sí, claro. Asisto a reuniones una vez al mes. Me siento al fondo, asiento y aplaudo cuando lo hacen los demás y finjo que escucho. Probablemente otros prestan más atención. No es poco importante ser miembro del partido, pero en mi caso se debe a mi trabajo en el ministerio. Estoy ahí porque necesitan mis conocimientos lingüísticos e informáticos y, además, a los ministros les gusta tener debajo a mujeres jóvenes —agregó Ming.

—¿No te pones nunca encima?

—Prefiere la posición tradicional, pero es duro para sus brazos —respondió Ming con una risita.

Ryan se alegró de comprobar que se cepillaba los dientes suficientemente. El dentista le dijo que utilizara seda dental, como siempre lo hacía, y Ryan asintió, como

siempre lo hacía, aunque nunca había usado seda dental en su vida, ni estaba dispuesto a empezar a hacerlo ahora. Por lo menos no lo habían sometido a nada más invasivo que un par de radiografías, para lo que lo habían protegido con un delantal de plomo. En realidad, habían sido noventa minutos arrebatados de su programa matutino. De regreso en el despacho oval se encontró con lo último de Sorge, que lo obligó a susurrar un «maldita sea». Inmediatamente levantó el teléfono para llamar a Mary Pat en Langley.

—Son obtusos —comentó Ryan.

—No cabe la menor duda de que no entienden las altas finanzas. Hasta yo lo comprendo mejor que ellos.

—El secretario de la Tesorería debe verlo. Inclúyelo en la lista de Sorge —ordenó el presidente.

—Sólo con tu aprobación día a día —titubeó la subdirectora de Operaciones—. Puede que necesite saber algo sobre economía, pero nada más. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, por ahora —aceptó Jack.

Pero George se desenvolvía bien en asuntos estratégicos y tal vez se convirtiera en un buen asesor político. Entendía la psicología de alto nivel mejor que la mayoría y ése era el quid de la cuestión. Jack colgó el teléfono y ordenó a Ellen Sumter que llamara al secretario de la Tesorería al otro lado de la calle.

—¿Entonces de qué más se preocupan? —preguntó Chester.

—Les preocupa que algunos de los obreros y los campesinos no estén tan contentos como deberían estar. ¿Sabes que hubo disturbios en la región del carbón?

—¿Ah, sí?

—Sí, los mineros causaron disturbios el año pasado. El ejército popular intervino para apaciguar la situación. Murieron varios centenares y hubo tres mil detenciones. —Ming se encogió de hombros, mientras se ponía el sujetador—. Hay malestar, pero eso no tiene nada de nuevo. El ejército mantiene el control en las regiones remotas. Esa es la razón por la que gastan tanto dinero, para que el ejército siga siendo fiable. Los generales dirigen el imperio económico del ejército popular, las fábricas y todo lo demás, y saben cómo mantener la situación bajo control. Los soldados comunes son simples obreros y campesinos, pero los oficiales son todos miembros del partido y son leales, o al menos eso cree el Politburó. Probablemente sea cierto —concluyó Ming.

No había visto que a su ministro le preocupara particularmente. El poder en la República Popular surgía del cañón de una pistola, y el Politburó era el dueño de las armas. Eso simplificaba la situación.

Por su parte, Nomuri acababa de aprender cosas en las que nunca había pensado. Tal vez escribiría su propio informe sobre aquel tema. Ming probablemente sabía muchas cosas que no se incluían en los informes del Mirlo y sería una negligencia por

su parte no comunicárselas también a Langley.

—Es como un niño de cinco años en una armería —observó el secretario Winston—. Esas personas no deberían tomar decisiones económicas para el gobierno de una ciudad, por no hablar de un gran país. Maldita sea, a pesar de lo estúpidos que eran los japoneses hace unos años, por lo menos saben escuchar los carruajes.

—¿Y?

—Y cuando se estrellen contra un muro, sus ojos seguirán cerrados. Eso puede despabilar a algunos, Jack. Están a punto de recibir un mordisco en el culo y no lo ven venir.

Ryan comprobó que Winston podía mezclar metáforas como el mejor.

—¿Cuándo? —preguntó el presidente.

—Depende de la cantidad de empresas que emulen a Butterfly. Lo sabremos mejor dentro de unos días. Curiosamente, el negocio de la moda será el primer indicador.

—¿En serio?

—A mí también me sorprende, pero ésta es la época en que se comprometen para la próxima temporada y hay un montón de dinero de ese sector que acaba en China. Agrégale todos los juguetes para la próxima Navidad. Según Mark Gant, hablamos de más de diecisiete mil millones.

—Maldita sea.

—Sí, yo tampoco sabía que los renos de Papá Noel tenían los ojos rasgados, Jack. Por lo menos, no hasta tal punto.

—¿Qué me dices de Taiwan? —preguntó Ryan.

—Adivínalo. Saltan a pies juntillas para llenar el hueco creciente. Calculo que se quedarán con la cuarta parte, tal vez un tercio, de lo que perderá la República Popular. El siguiente será Singapur. Y los tailandeses. Este pequeño tropiezo contribuirá enormemente a la recuperación de sus economías, después del daño sufrido hace unos años. En realidad, los problemas de la República Popular podrían reconstruir toda la economía del sureste asiático. Podría suponer una pérdida de cincuenta mil millones de dólares para China, que deben ir a algún lugar. Empezamos a hacer apuestas, Jack. No perjudicará a nuestros clientes y apuesto a que esos países aprenderán del ejemplo de Pekín y abrirán un poco más sus puertas. De modo que nuestros obreros también se beneficiarán, por lo menos un poco.

—¿Y lo negativo?

—Boeing se queja un poco. Querían ese pedido del triple siete, pero tengamos paciencia y ya veremos. Alguien aprovechará también ese hueco. Por cierto...

—¿Qué?

—No son sólo las empresas norteamericanas las que se retiran. Dos grandes empresas italianas y la alemana Siemens han anunciado el cese de sus negocios con

sus socios chinos —dijo el secretario de la Tesorería.

—¿Se convertirá en un movimiento general...?

—Es demasiado pronto para asegurarlo, pero si yo estuviera en su lugar... —

Winston agitó el fax de la CIA—, pensaría en remendar la verja cuanto antes.

—No lo harán, George.

—Entonces aprenderán una dura lección.

XXXIX. LA OTRA CUESTIÓN

—¿Ninguna novedad por parte de nuestro amigo? —preguntó Reilly.

—Bueno, sigue con sus aventuras sexuales —respondió Provalov.

—¿Has hablado ya con alguna de las muchachas?

—Hoy, con dos de ellas. Les paga bien, en euros o marcos alemanes y no les pide ningún servicio, digamos, «exótico».

—Es agradable saber que tiene gustos normales —refunfuñó el agente del FBI.

—Ahora tenemos numerosas fotografías tuyas. Hemos colocado sensores de seguimiento electrónico en sus coches y también un detector en el teclado de su ordenador. Eso nos permitirá averiguar su contraseña de codificación, la próxima vez que la utilice.

—Pero todavía no ha hecho nada incriminatorio —dijo Reilly, más como afirmación que como pregunta.

—No, que nosotros sepamos —confirmó Oleg.

—Maldita sea, entonces realmente intentaba eliminar a Sergey Golovko. Parece increíble.

—Así es, pero no podemos negarlo. Y por orden de los chinos.

—Esto es como un acto de guerra, amigo. Es sumamente grave —dijo Reilly, con un sorbo de vodka.

—Efectivamente, Mishka. Bastante más complejo que cualquier otro caso de los que me he ocupado este año.

Provalov pensó que se quedaba muy corto. Volvería gustoso a un homicidio normal, un marido que asesinara a su esposa por acostarse con un vecino, o a la inversa. Esas cosas, aunque perversas, lo eran mucho menos que el caso que los ocupaba.

—¿Cómo encuentra a las chicas, Oleg? —preguntó Reilly.

—No las llama por teléfono. Parece ser que va a un buen restaurante con un buen bar y espera a que se le acerque alguien con probabilidades.

—¿Has pensado en colocarle una chica?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a buscar una chica atractiva que se dedique a esto para ganarse la vida, instruirla en lo que debe decir y presentársela como una mosca en el anzuelo. Si pica, puede que ella logre hacerlo hablar.

—¿Has hecho alguna vez algo parecido?

—De ese modo atrapamos a un sabelotodo en Nueva Jersey hace tres años. Le gustaba presumir ante las mujeres de lo duro que era, de los tíos a los que se había cargado y cosas por el estilo. Ahora está en la prisión estatal de Rahway, acusado de asesinato. Oleg, son muchos más los que se han condenado a sí mismos por hablar

demasiado, que los que puedas capturar tú por tu cuenta. Créeme. Esa es nuestra experiencia.

—¿Me pregunto si la Escuela de Gorriones tendrá alguna graduada que trabaje...? —musitó Provalov.

No era justo hacerlo de noche, pero nadie había dicho que la guerra se caracterizara por el juego limpio. El coronel Boyle estaba en su puesto de mando, controlando la operación de la 1.ª Brigada Acorazada de Aviación. Se trataba sobre todo de sus Apaches, acompañados también de algunos Guerreros Kiowa, en misión de reconocimiento para la artillería pesada. El objetivo era un batallón pesado alemán, que simulaba una noche de descanso en el campamento, después de un día a la ofensiva. En realidad fingían ser rusos, en un escenario de la OTAN que se remontaba treinta años a la introducción de los primeros Huey Cobras, en la década de los setenta, después de percatarse por primera vez en Vietnam de la utilidad del helicóptero como nave cañonera. Y fue una gran revelación. Armados por primera vez en 1972 con misiles TOW, demostraron a los tanques de Vietnam del Norte lo temible que podía ser un helicóptero enemigo armado con misiles y eso fue antes de que se generalizara el uso de sistemas de visión nocturna. Ahora los Apache habían convertido las operaciones de combate en un deporte de tiro al blanco y los alemanes todavía intentaban descubrir una forma de contrarrestarlo. Ni siquiera su propio sistema de visión nocturna compensaba las enormes ventajas de los cazadores aéreos. Una idea que casi había funcionado consistía en cubrir los tanques con una manta de aislamiento térmico, para impedir que los helicópteros detectaran el calor por el que localizaban a su presa inmóvil, pero el problema era el cañón principal del tanque, que resultaba difícil de ocultar y las mantas, que eran como un edredón individual con el que se intentara cubrir una cama doble, nunca llegaron a funcionar de forma realmente satisfactoria. Y ahora los sistemas de iluminación por láser de los Apaches «pintaban» los Leos durante suficientes segundos para garantizar que habrían sido alcanzados por misiles Hellfire, y aunque los tanques alemanes intentaban contraatacar, no parecían lograrlo. Con las luces amarillas parpadeantes de «estoy muerto», otro batallón de tanques había sucumbido a un nuevo ataque administrativo.

—Debieron haber intentado colocar equipos SAM alrededor de su perímetro —comentó el coronel Boyle, con la mirada en la pantalla del ordenador.

En su lugar, el coronel alemán decidió utilizar señuelos infrarrojos, que los artilleros de los Apaches habían aprendido a diferenciar de los objetivos reales. Las reglas del juego no permitían que se utilizaran señuelos diseñados especialmente para tanques, que eran un poco más difíciles de distinguir. Los de fabricación norteamericana reproducían casi exactamente la impresión visual de un tanque M1, con una fuente de calor interna para engañar los detectores infrarrojos durante la noche y disparaban salvas Hoffman que simulaban un contraataque cuando recibían

un impacto. Pero estaban tan bien hechos para su misión que no se los podía confundir con otra cosa: o un auténtico tanque M1 y, por consiguiente, amigo, o un señuelo y por tanto no muy útil en unas maniobras; un caso de tecnología bélica demasiado perfecta para un ejercicio de entrenamiento.

—Pegasus Lead a Archangel, corto —se oyó por la radio digital, donde ya no se oían las interferencias tradicionales.

—Archangel a Pegasus —respondió el coronel Boyle.

—Señor, seguimos intactos y hemos aniquilado prácticamente todos los objetivos. Ninguna baja en nuestro campo. Pegasus regresa a la base, corto.

—Recibido, Pegasus. Desde aquí tiene buen aspecto. Cierro.

Dicho esto, el batallón de helicópteros de ataque Apache y sus sabuesos volantes Kiowa regresaron a su aeródromo para una sesión de análisis acompañada de unas cervezas.

—Señor —dijo Boyle, dirigiéndose al general Diggs—, no sabría cómo hacerlo mucho mejor.

—Nuestros anfitriones se enojarán.

—El Bundeswehr no es lo que solía ser. Sus líderes políticos creen que la paz impera en todas partes y sus soldados lo saben. Podían haber mandado algunos de sus helicópteros para interceptar los nuestros, pero mis chicos son bastante buenos en combate aéreo, nos entrenamos para ello y a mis pilotos realmente les encanta la idea de vencer por cuenta propia, pero los alemanes no reciben todo el combustible que necesitan para operaciones de entrenamiento. Sus mejores pilotos están en los Balcanes, en misiones de reconocimiento.

Diggs asintió pensativamente. Los problemas del Bundeswehr, estrictamente hablando, no eran de su incumbencia.

—Coronel, esto ha estado muy bien. Le ruego comunique mi satisfacción a su personal. ¿Cuál es su próxima misión?

—Mañana, mi general, dedicaremos el día a revisión y mantenimiento. Dentro de dos días tenemos previsto un gran ejercicio de búsqueda y rescate con mis Blackhawks. Me encantaría que viniera a verlo.

—Puede que lo haga, coronel Boyle. Ha hecho un buen trabajo. Hasta pronto.

—Sí, señor.

El coronel saludó al general Diggs y éste se dirigió a su vehículo polivalente de alta movilidad, acompañado del coronel Masterman.

—¿Y bien, Duke?

—Como le dije, señor, Boyle ha estado alimentando a sus chicos y chicas con una dieta constante de clavos y bebés.

—Creo que después del próximo informe le concederán otra estrella.

—El comandante de sus Apaches tampoco lo hace mal.

—Efectivamente —reconoció el G-3 de la división. Su clave era «Pegasus» y esta noche realmente se había lucido.

—¿Qué viene a continuación?

—Dentro de tres días tenemos un gran ejercicio de simulación por red contra el Gran Rojo en Fort Riley. Nuestros muchachos están bastante bien preparados.

—¿Nivel de la división? —preguntó Diggs.

—Nos acercamos al noventa y cinco por ciento, general. No queda mucho por mejorar. Me refiero, señor, a que para ganar algo habría que llevar los soldados a Fort Irwin o tal vez a la zona de maniobras del Negev. ¿Somos tan buenos como el 10.0 o el 11.0 de Caballería? No, no salimos tan a menudo al campo como ellos —respondió, sin tener que agregar que ninguna división de ningún ejército en el mundo disponía del dinero necesario para tanto entrenamiento—. Pero dadas las limitaciones con las que debemos vivir, prácticamente hacemos todo lo posible. Creo que nos lucimos lo suficiente en el simulador por la red para mantener a los chicos interesados, pero básicamente hemos alcanzado el límite de nuestras posibilidades, señor.

—Creo que tiene usted razón, Duke. A veces me gustaría que volviera la guerra fría, por lo menos por motivos de entrenamiento. Los alemanes no nos permiten jugar como solíamos hacerlo entonces y eso es lo que necesitamos para dar otro paso.

—A no ser que alguien pague los billetes de avión, para sacar una brigada de California —asintió Masterman.

—Eso no va a suceder, Duke —anunció Diggs a su oficial de Operaciones.

Y era doblemente lamentable. Las tropas de los Primeros Tanques estaban casi listas para poner en aprietos a las de Blackhorse. Hasta tal punto, pensó Diggs, que estaría dispuesto a pagar para presenciar la contienda.

—¿Le apetece una cerveza, coronel?

—Si el general invita, estoy dispuesto a gastar su dinero —respondió alegremente Duke Masterman, cuando el sargento que conducía detenía el vehículo frente al club de oficiales del cuartel.

—Buenos días, camarada general —dijo Gogol, cuadrándose.

A Bondarenko le sabía mal visitar a aquel viejo soldado por la mañana tan temprano, pero el día anterior le habían dicho que al antiguo guerrero no le gustaba desperdiciar la luz del día y el general comprobó que era cierto.

—Usted mata lobos —observó Gennady Iosifovich, al contemplar las relucientes pieles que colgaban de la pared de su rústica cabaña.

—Y osos, pero si baña sus pieles pesan demasiado —respondió el anciano, mientras iba en busca de té para sus invitados.

—Son asombrosas —dijo el coronel Aliyev, acariciando una de las pieles de lobo restantes, después de que se las hubieran llevado casi todas.

—Es un entretenimiento para un viejo cazador —comentó Gogol, mientras encendía un cigarrillo.

El general Bondarenko examinó sus rifles: uno nuevo fabricado en Austria y un viejo M1891 Mosin-Nagant ruso de largo alcance.

—¿Cuántos ha matado con éste? —preguntó Bondarenko.

—¿Lobos, osos?

—Alemanes —aclaró el general, con frialdad en el tono de voz.

—Dejé de contar al llegar a treinta, camarada general. Eso fue antes de Kiev. Luego hubo muchos más. Veo que compartimos una condecoración —observó Gogol, señalando la estrella de oro de su invitado, como héroe de la Unión Soviética, que se había ganado en Afganistán.

Gogol tenía dos, una de Ucrania y otra de Alemania.

—Tiene usted aspecto de soldado, Pavel Petrovich, y de los buenos —dijo Bondarenko mientras tomaba un sorbo de té, servido correctamente en un vaso transparente con soporte metálico; ¿sería de plata?

—Serví largo tiempo en el ejército. Primero en Stalingrado y luego en la larga marcha hasta Berlín.

Apuesto a que hizo todo el camino andando, pensó el general. Había conocido a una buena cantidad de veteranos de la gran guerra patriótica, ahora en su mayoría muertos. Ese viejo arrugado se había enfrentado a la muerte y le había escupido a la cara, probablemente gracias a la experiencia adquirida en estos bosques. Se había criado con osos y lobos como enemigos, por muy malvados que hubieran sido los fascistas alemanes, por lo menos no se lo comían a uno, y se había acostumbrado a que su vida dependiera de su vista y su temple. Aquella existencia era realmente una formación sin par, que no se podía impartir en ningún ejército. Unos pocos de gran talento la adquirirían por la vía dura en la guerra, y entre ellos los más afortunados sobrevivían. La vida de Pavel Petrovich no había sido fácil. Puede que los soldados admiraran a sus propios francotiradores, valoraran su habilidad, pero nunca considerarían como «camarada» a un hombre que mataba a otros hombres como si fueran animales, porque en el otro bando podía haber otro hombre parecido que quisiera cazarlos a ellos. De todos los enemigos, ése era el más detestado y el más temido, porque era algo muy personal ver a otro hombre por la mira telescópica, ver su cara y arrebatarse deliberadamente la vida, observando incluso su rostro cuando recibía el impacto de la bala. Gogol había sido uno de ellos, pensó Gennady, un cazador de individuos. Y probablemente nunca le había quitado el sueño. Algunos hombres nacían sencillamente para eso, y Petrovich Gogol era uno de ellos. Con unos centenares de millares de hombres como él, un general podría conquistar el mundo, pero eran demasiado escasos... tal vez por suerte, pensó Bondarenko.

—¿Estaría usted dispuesto a venir una noche a mi cuartel general? Me gustaría

invitarlo a cenar y escuchar sus historias.

—¿A qué distancia está?

—Le mandaré mi helicóptero personal, sargento Gogol.

—Y yo le llevaré un lobo dorado —prometió el cazador a su invitado.

—Le encontraremos un lugar de honor en mi cuartel general —prometió a su vez Bondarenko—. Gracias por el té. Debo marcharme y atender al mando, pero lo espero en mis dependencias para cenar, sargento Gogol.

Después de estrecharse las manos, el general se retiró.

—No querría encontrármelo en el campo contrario —observó el coronel Aliyev, cuando subían al helicóptero.

—¿Tenemos una escuela de francotiradores en nuestra comandancia?

—Si, general, pero está prácticamente inactiva.

—¡Actívola de nuevo, Andrushka! —exclamó Gennady después de volver la cabeza—. Haremos que Gogol venga a enseñarles a los chicos cómo se hace. Es un tesoro que no tiene precio. Hombres como él son el alma de un ejército luchador. Es nuestro deber mandar a nuestros soldados, decirles dónde deben ir y qué deben hacer, pero ellos son los que luchan y matan, y es nuestra obligación asegurarnos de que están debidamente formados y abastecidos. Y cuando son demasiado viejos, los usamos para enseñar a los nuevos chicos, ofreciéndoles héroes a los que pueden tocar y con los que pueden hablar. ¿Cómo diablos hemos podido olvidarlo, Andreu?

El general movió la cabeza, cuando el helicóptero se elevaba.

Gregory había regresado a la habitación de su hotel con trescientas páginas de información técnica, que esperaba digerir mientras se tomaba una Coca-Cola Light y acababa de comerse unas patatas fritas. Algo fallaba en aquella ecuación, pero no acertaba a poner el dedo en la llaga. La armada había probado sus misiles Standard-2-ER contra toda clase de amenazas, sobre todo por ordenador, pero también contra objetivos reales en Kwajalein Atoll. Se habían portado bastante bien, pero nunca se había efectuado una prueba real contra el vehículo de entrada de un misil balístico intercontinental. No había suficientes para probarlo. Principalmente se utilizaban los misiles balísticos intercontinentales Minuteman-II, retirados del servicio desde hacía mucho tiempo y lanzados desde los silos de prueba de la base de las fuerzas aéreas en Vandenberg, California, pero ya casi se habían acabado. Rusia y Norteamérica habían retirado todo su armamento balístico, sobre todo como reacción a la explosión nuclear terrorista de Denver y a las secuelas todavía más horripilantes, que se habían evitado por los pelos. Las negociaciones para reducir sus existencias a cero, hasta eliminar públicamente los últimos poco antes del subrepticio ataque japonés contra la flota del Pacífico, se habían conducido con tanta rapidez que apenas habían considerado los pequeños aspectos auxiliares y sólo más adelante se decidió guardar las lanzadoras «superfluas», cuyo destino había pasado inadvertido, y conservarlas

para pruebas con misiles antibalísticos (todos los meses, un oficial ruso inspeccionaba las existencias norteamericanas en Vandenberg y un oficial norteamericano inspeccionaba las rusas, en las afueras de Plesetsk). Las pruebas de misiles antibalísticos se efectuaban también bajo control, pero todo aquello se había convertido en algo básicamente teórico. Tanto Estados Unidos como Rusia conservaban una cantidad considerable de ojivas nucleares, que podían adaptarse fácilmente a misiles de crucero, de los que ambos países disponían de una cantidad relativamente abundante y que ningún país podía detener. Tal vez tardarían cinco horas en lugar de treinta y cuatro minutos, pero los objetivos quedarían destruidos igualmente.

La función antimisiles había quedado relegada a los misiles de corto alcance, como los consabidos Scuds, que indudablemente los rusos lamentaban haber fabricado y mucho más haberlos vendido a países de pacotilla, que no eran siquiera capaces de organizar una sola división mecanizada medianamente correcta, pero a los que encantaba desfilan con esos cohetes balísticos V-2 de prestaciones mejoradas, porque impresionaban al público en las aceras. Aunque las mejoras introducidas en los Patriot y sus equivalentes rusos SAM contrarrestaban en gran parte dicha amenaza, contra la que se había puesto a prueba el sistema Aegis de la armada con bastante éxito. Sin embargo, al igual que el Patriot, el Standard era, en realidad, un arma defensiva contra una amenaza específica, con una capacidad muy limitada para proteger una zona, salvo tal vez treinta kilómetros cuadrados de extensión marítima importante.

En general, era una lástima que nunca hubieran resuelto el problema de rendimiento de sus láseres de electrones libres, con los que podrían haber defendido grandes líneas costeras, si... Claro que, si su tía tuviera testículos —pensó Gregory—, sería su tío. Se hablaba de construir un láser químico a bordo de un 747 adaptado, que indudablemente podría desbaratar un lanzamiento balístico en su fase inicial, aunque para ello el 747 debería estar bastante cerca del punto de lanzamiento y eso lo convertía en otra versión de defensa de corto alcance, con escasa utilidad estratégica.

El sistema Aegis tenía buenas posibilidades. El sistema de radar SPY era de primera calidad y aunque el ordenador que procesaba la información era fruto de la tecnología de 1975 (un Apple Macintosh actual lo superaba por lo menos tres veces en todas sus prestaciones), interceptar una ojiva balística no era tanto una cuestión de velocidad de procesamiento como de energía cinética: colocar el vehículo de interceptación en el lugar adecuado, en el momento preciso. Ni siquiera eso era un gran reto para la ingeniería. El verdadero trabajo se había realizado en una época tan remota como 1959, con el Nike Zeus, que se convirtió en el Spartan y demostró tener grandes posibilidades, antes de ser relegado al cubo de la basura por el tratado de 1972 con la Unión Soviética, tardíamente tan difunto como el sistema Safeguard,

abandonado a medio construir. En realidad, la tecnología de vehículos de reentrada con múltiples objetivos independientes, MIRV, anulaba por completo aquel concepto de defensa. Era preciso destruir el misil balístico en su fase de lanzamiento para aniquilar todos sus MIRV simultáneamente y hacerlo, además, sobre territorio enemigo, de modo que si llevaba un sistema de armamento primitivo se perjudicara a sí mismo. El método para lograrlo era el sistema Brilliant Pebbles elaborado en el laboratorio nacional de Lawrence-Livermore, y aunque nunca se había sometido a una prueba completa, su tecnología era bastante satisfactoria. El impacto de un palillo que se desplazara a veinte mil kilómetros por hora le arruinaría a uno el día. Pero eso no podía suceder. El impulso para financiar y desplegar dicho sistema había muerto con todas las lanzadoras balísticas. En cierto modo era una pena, pensaba Gregory. Ese sistema había sido un excelente logro de la ingeniería, pero con escaso uso práctico en la actualidad. La República Popular China conservaba sus lanzadoras balísticas terrestres, aunque hoy en día quedaban sólo una decena aproximadamente y eso era muy diferente de las mil quinientas que en otra época los soviéticos tenían apuntando a Norteamérica. Los chinos también tenían un submarino con misiles, pero Gregory suponía que la comandancia del Pacífico podía ocuparse del mismo si era necesario. Incluso aunque estuviera amarrado, una bomba inteligente de mil kilos podía dejarlo fuera de combate y la armada tenía un montón de ellas.

Por consiguiente —pensaba Gregory—, supongamos que la República Popular realmente se harta de Taiwan y supongamos que la armada tiene un crucero Aegis en el puerto, para que sus marinos puedan emborracharse y satisfacer sus impulsos sexuales, cuando esos personajes de Pekín deciden pulsar el botón de uno de sus misiles balísticos, ¿cómo puede la marina evitar la aniquilación de su crucero y, por supuesto, la destrucción de la ciudad de Taipei...?

El SM-2-ER prácticamente disponía de los ingredientes adecuados para contrarrestar dicha amenaza. Si el misil se dirigía al lugar donde estaba el crucero, el alcance no suponía ningún problema. Simplemente había que poner el interceptor en la misma derrota, porque esencialmente el rumbo no variaba en absoluto y bastaba con colocar el SAM en el mismo lugar, punto X, donde se encontraría el misil entrante, en el momento Y. El ordenador del Aegis podía calcular dichas coordenadas y, en realidad, uno alcanzaba una bala con otra bala. El vehículo de entrada tendría aproximadamente un metro de diámetro y la zona de destrucción de la ojiva de un SAM sería de unos... ¿tres metros? ¿Cinco? ¿Puede que incluso ocho o diez?

Digamos ocho, pensó Al Gregory. ¿Tenía el SM-2 suficiente precisión? En términos absolutos, probablemente sí. Disponía de amplias superficies de control y para interceptar la trayectoria de un avión de reacción, que era para lo que el SM-2 había sido diseñado, debía tener en cuenta la capacidad de maniobra del avión (los pilotos harían todo lo posible para evitarlo) y, por tanto, probablemente podía crearse

una esfera destructiva de ocho metros, en términos de pura geometría.

La clave era la velocidad. Gregory abrió otra Coca-Cola Light del minibar de la habitación y se sentó en la cama, para reflexionar sobre el problema. A treinta mil metros, el vehículo de reentrada se desplazaría a unos veinticinco mil kilómetros por hora, 7 150 metros por segundo, una velocidad ocho veces superior a la de la bala de un rifle. Eso era mucha velocidad. Aproximadamente, la misma que una detonación de explosivos de alta potencia. El vehículo de reentrada podría estar junto a una tonelada de TNT en el momento de la explosión y ésta nunca lo alcanzaría. Eso era mucha VELOCIDAD.

Por consiguiente, la ojiva del SAM debe estallar bastante antes de encontrarse con el vehículo de reentrada. Calcular la antelación era una simple operación matemática. Eso significaba que el sensor de proximidad del SM-2 era la incógnita importante de la ecuación, decidió Gregory. No sabía que se equivocaba, no veía lo que le faltaba y siguió con sus cálculos. El software para el sistema láser del sensor de proximidad parecía menos difícil de lo que imaginaba. ¿No era eso motivo para alegrarse?

Era un nuevo día en el que el ministro Fang Gan empezaba temprano. Había recibido una llamada telefónica la noche anterior, y decidió que debía llegar temprano para el encuentro acordado. Aquello sorprendió a su personal, que apenas se preparaba para empezar el día cuando él apareció, sin aparentar lo enojado que estaba por la alteración de su inexorable rutina. Después de todo, no era culpa suya y tuvieron la sensatez de no molestarlo y provocar artificialmente su ira.

Ming imprimía los artículos que había bajado de la red. Tenía unos que consideraba de interés, especialmente uno de The Wall Street Journal y otro del Financial Times. Ambos hablaban de lo que ella creyó que podría ser la razón de la temprana llegada de su ministro. Su cita a las 9.20 era con Ren He-Ping, un industrial amigo de su jefe. Ren llegó temprano. Aquel anciano delgado parecía disgustado; no, pensó Ming, preocupado, preocupado por algo. Levantó su teléfono para pedir permiso, luego se levantó y lo acompañó al despacho del ministro, antes de salir apresuradamente en busca del té matutino, que todavía no había tenido oportunidad de servirle a su jefe.

En menos de cinco minutos, Ming estaba de nuevo en el despacho, con unas elegantes tazas de porcelana sobre una ornada bandeja. Les sirvió el té con un donaire que su jefe agradeció y volvió a retirarse. Se percató de que Ren no parecía más feliz en compañía de su ministro.

—¿Qué ocurre, Ren?

—Dentro de dos semanas tendré mil obreros sin nada que hacer, Ming.

—¿A qué se debe eso, amigo mío?

—Hago muchos negocios con una empresa norteamericana. Se llama Butterfly. Venden ropa de mujer a norteamericanas acomodadas. En mi fábrica cerca de

Shanghai se hace la tela y en mi taller de Yancheng se elaboran las prendas, que mandamos a Norteamérica y Europa. Hace tres años que hacemos negocios con Butterfly, muy satisfactorios para todos.

—¿Cuál es entonces el problema?

—Fang, Butterfly acaba de anular un pedido de ciento cuarenta millones de dólares norteamericanos. Lo han hecho sin previo aviso. La semana pasada todavía nos dijeron lo contentos que estaban con nuestros productos. Hemos invertido una fortuna en control de calidad, para asegurarnos de que siguieran con nosotros, pero nos han abandonado como a un perro.

—¿Por qué ha ocurrido, Ren? —preguntó el ministro Fang, temiendo que ya conocía la respuesta.

—Nuestro representante en Nueva York dice que es a causa de la muerte de los dos curas. Dice que Butterfly no ha tenido otra alternativa, que los norteamericanos se han manifestado frente a su tienda de Nueva York, impidiendo que la gente entrara a comprar sus mercancías. Dice que Butterfly no puede permitirse hacer negocios conmigo, por temor a que se hunda su propio negocio.

—¿No tienes un contrato con ellos? ¿No están obligados a cumplirlo?

Ren asintió.

—Técnicamente, así es, pero los negocios son una cosa práctica, ministro. Si no pueden vender nuestros productos, no los comprarán. No podrán obtener la financiación necesaria de sus banqueros, que evidentemente prestan dinero con la expectativa de recuperarlo. Hay una cláusula de escape en el contrato. Podríamos disputarlo en los tribunales, pero tardaríamos años y probablemente perderíamos. Además, ofenderíamos a otros miembros del sector y no podríamos volver a hacer nunca negocios en Nueva York. De modo que, en la práctica, no tiene solución.

—¿Se trata de algo temporal? ¿No se superará la dificultad?

—Fang, también hacemos negocios en Italia, con la Casa de Alberto, una importante empresa puntera de la moda europea. Ellos también han interrumpido su relación comercial con nosotros. Parece que el italiano al que mató nuestro policía era de una familia poderosa e influyente. Nuestro representante en Italia dice que ninguna empresa china podrá hacer negocios en su país durante algún tiempo. En otras palabras, ministro, ese «lamentable incidente» con los sacerdotes traerá graves consecuencias.

—Pero esa gente debe comprar su ropa en algún lugar —protestó Fang.

—Claro que sí. Y lo harán en Tailandia, Singapur y Taiwan.

—¿Es eso posible?

Ren asintió inmediatamente con tristeza.

—Es muy posible. Según mis fuentes de información, se apresuran en ponerse en contacto con nuestros antiguos socios comerciales, para «llenar el hueco», como

dicen ellos. El gobierno de Taiwan ha lanzado una agresiva campaña para diferenciarse de nosotros y parece ser que, de momento, tiene mucho éxito.

—Bueno, Ren, estoy seguro de que podrás encontrar otros clientes para tus mercancías —sugirió Fang con convencimiento.

Pero el industrial movió la cabeza; no había tocado el té y sus ojos parecían cicatrices en una cabeza de piedra.

—Ministro, Norteamérica es el mayor mercado del mundo y parece que pronto estará cerrado para nosotros. El segundo es Italia y también nos han cerrado las puertas. París, Londres, incluso los comerciantes de vanguardia en Dinamarca y Viena, no se dignan siquiera responder a nuestras llamadas telefónicas. Mis representantes se han puesto en contacto con todos los mercados potenciales y todos dicen lo mismo: nadie quiere hacer negocios con China. Sólo Norteamérica podría salvarnos, pero no lo hará.

—¿Cuánto te costará esto?

—Como ya te he dicho, ciento cuarenta millones de dólares sólo de la cuenta de Butterfly, y otra cantidad semejante de las demás empresas norteamericanas y europeas.

Fang no tuvo que pensar mucho para calcular lo que el gobierno de la República Popular dejaría de recibir.

—¿Y tus colegas?

—He hablado con varios de ellos. La noticia es la misma. El momento no podría ser peor. Todos nuestros contratos vencen al mismo tiempo. Hablamos de miles de millones de dólares, ministro. Miles de millones —repitió.

Fang encendió un cigarrillo.

—Comprendo —dijo—. ¿Qué sería necesario para resolver esta situación?

—Algo que no sólo contentara al gobierno norteamericano, sino también a sus ciudadanos.

—¿Realmente es eso importante? —preguntó Fang un tanto hastiado, que había oído muchas veces y de numerosas fuentes aquellas bobadas.

—Fang, en Norteamérica la gente puede comprar su ropa en numerosas tiendas y de diversos fabricantes y comerciantes. El público decide quién triunfa y quién fracasa. El sector de la ropa femenina en particular es tan volátil como el aire. No es difícil hacer fracasar una empresa. Por consiguiente, dichas empresas no asumen riesgos adicionales e innecesarios. Hacer negocios con la República Popular, hoy, en este momento, es algo que ellos ven como un riesgo innecesario.

Fang dio una calada y reflexionó. En realidad eso era algo que siempre había sabido, intelectualmente, pero que nunca había llegado a apreciar. Norteamérica era un lugar diferente y tenía otras reglas. Y puesto que China quería el dinero norteamericano debía obedecerlas. Eso no era política, sino sentido práctico.

—¿Entonces qué quieres que haga?

—Por favor, díles a los demás ministros que esto podría suponer nuestra ruina económica. Ciertamente, para mi industria, y somos un bien valioso para nuestro país. Aportamos riqueza a China. Si queréis esa riqueza para gastarla en otras cosas debéis prestar atención a nuestras necesidades para obtenerla.

Lo que Ren no dijo fue que eran él y los demás industriales quienes hacían posible el programa económico (y, por tanto, también el político) del Politburó y, por consiguiente, el Politburó debía escucharlos de vez en cuando. Pero Fang sabía lo que respondería el Politburó. El caballo puede tirar del carro, pero no se le pregunta adónde quiere ir.

Esa era la realidad política de la República Popular China. Fang sabía que Ren había viajado por el mundo, que poseía una considerable fortuna personal que la República Popular gentilmente le había permitido acumular y, probablemente lo más importante, que estaba dotado de la inteligencia y del ímpetu personal necesarios para triunfar donde decidiera vivir. Fang sabía también que Ren podía trasladarse a Taiwan y conseguir financiación para construir allí una fábrica, donde tendría empleados de habla y aspecto chino, ganaría dinero, y de paso, adquiriría cierta influencia política. Sobre todo, sabía que Ren lo sabía. ¿Lo haría? Probablemente, no. Era chino, ciudadano del continente. Éste era su país y no tenía intención de abandonarlo, de lo contrario no estaría aquí ahora, para presentarle su caso al único ministro que tal vez lo escucharía, aunque probablemente Qian Kun también lo haría. Ren era un patriota, pero no comunista. Curiosa ambivalencia...

Fang se puso de pie. La reunión ya había durado bastante.

—Lo haré, amigo mío —dijo el ministro—. Y te comunicaré el resultado.

—Gracias, camarada ministro —respondió Ren con una reverencia, antes de retirarse.

No había mejorado su aspecto, pero estaba contento de que alguien su hubiera molestado en escucharlo. Escuchar no era lo que uno esperaba de los miembros del Politburó.

Fang se sentó de nuevo, encendió otro cigarrillo, levantó su taza de té y reflexionó unos instantes.

—¡Ming! —gritó.

Tardó siete segundos según su reloj.

—Diga, ministro.

—¿Qué artículos tienes para mí? —preguntó.

Su secretaria desapareció de nuevo unos segundos y regresó con varios papeles en la mano.

—Aquí los tiene, ministro, acabo de imprimirlos. Este puede ser particularmente interesante.

«Este» era un editorial de The Wall Street Journal. «¿Importante desplazamiento en los negocios con China?», proclamaba. Los signos de interrogación eran puramente retóricos, según comprobó en el primer párrafo. Ren tenía razón. Debía hablar de aquello con el resto del Politburó.

La segunda tarea más importante para Bondarenko aquella mañana era observar la artillería de los tanques. Sus hombres disponían del último modelo del principal tanque de batalla T-80UM. No era exactamente el más reciente T-99 que se empezaba a fabricar. Sin embargo, este UM estaba dotado de un buen sistema de control de tiro, que era bastante innovador. En el campo de tiro, tan simple como uno pudiera imaginar, había unos grandes tableros de cartón blanco, con siluetas de tanques pintadas de negro, situados a distancias fijas y conocidas. Muchos de sus artilleros nunca habían disparado con fuego real desde que habían salido de la escuela de artillería; he ahí el estado actual de entrenamiento del ejército ruso, bufó el general.

A continuación siguió echando chispas. Observó un tanque en particular, que disparaba contra un objetivo situado a mil metros. Debía haber sido pan comido, pero ante sus propios ojos, primero uno y luego dos más de los obuses trazadores no alcanzaron el objetivo, hasta que el cuarto rozó la parte superior del tablero. A continuación, el tanque cambió de objetivo para disparar contra una diana situada a mil doscientos metros y falló dos veces antes de agujerear el centro del tablero.

—No está mal —dijo Aliyev, que estaba a su lado.

—¡Salvo que el tanque y la tripulación habrían muerto hace noventa segundos! —exclamó Bondarenko, con una blasfemia particularmente soez—. ¿Ha visto alguna vez lo que ocurre cuando estalla un tanque? ¡Lo único que queda de la tripulación es salchicha! Salchicha cara.

—Para ellos es la primera vez con fuego real —dijo Aliyev, con la esperanza de tranquilizar a su jefe—. Disponemos de una cantidad limitada de munición para prácticas y no es tan precisa como la real.

—¿De cuántos obuses disponemos?

Aliyev sonrió.

—Millones.

En realidad, disponían de almacenes llenos de los mismos, fabricados en la década de los setenta.

—Entonces distribúyalos —ordenó el general.

—A Moscú no le gustará —advirtió el coronel.

Los obuses reales evidentemente eran mucho más caros.

—No estoy aquí para complacerlos, Andreu Petrovich, estoy aquí para defenderlos.

Y algún día conocería al imbécil que había decidido reemplazar al cargador por una máquina. Era más lenta que un soldado y el soldado podía ayudar a reparar los

daños. ¿No se les ocurría a los ingenieros que los tanques entraban realmente en combate? No, este tanque había sido diseñado por una junta, como todas las armas soviéticas, lo que probablemente explicaba por qué muchas de ellas no funcionaban o, peor aún, no protegían a sus usuarios. Como haber instalado el depósito de combustible en las puertas del transporte de personal blindado BTR. ¿Alguien había pensado que un tripulante podría querer abandonar un vehículo dañado, quizás incluso para seguir luchando? La vulnerabilidad de los tanques había sido lo primero que aprendieron los afganos sobre el equipo móvil soviético... ¿Y cuántos jóvenes rusos murieron por ello? Bueno —pensó Bondarenko—, ahora tengo un nuevo país y en Rusia hay ingenieros de talento, que dentro de unos años empezarán tal vez a fabricar armas dignas de los soldados que las usan.

—Andrey, ¿hay algo en nuestra comandancia que funcione?

—Ésa es la razón por la que nos entrenamos, camarada general.

Bondarenko tenía la reputación de ser un oficial optimista, que buscaba soluciones en lugar de problemas. Su oficial de Operaciones suponía que Gennady Iosifovich estaba abrumado por el alcance de las dificultades, sin haberle expresado todavía que, por enorme que fuera el problema, necesariamente estaba compuesto de pequeños problemas, que podían resolverse uno por uno. La artillería, por ejemplo. Hoy había sido deplorable. Pero dentro de una semana estaría mucho mejor, especialmente si los soldados utilizaban obuses reales en lugar de los de prácticas. Las «balas» auténticas, como decían los soldados, hacían que se sintieran hombres en lugar de escolares con sus cuadernos de deberes. Era algo claramente positivo y, al igual que muchas de las cosas que hacía su nuevo jefe, era sensato. Dentro de dos semanas volverían a presenciar otro ejercicio de artillería de los tanques, con más aciertos que fallos.

XL. DECLARACIONES DE LA MODA

—¿Y bien, George? —preguntó Ryan.

—Ya ha empezado. Resulta que por ahí hay una tonelada de contratos parecidos para la próxima temporada o algo por el estilo, además de los contratos de juguetes para Navidad —respondió el secretario de la Tesorería a su presidente—. Y no somos sólo nosotros. Italia, Francia, Inglaterra, todo el mundo les vuelve la espalda. Los chinos han penetrado a fondo en ese sector y ahora han ofendido a mucha gente. Ha llegado el momento de pagar las consecuencias y a nuestros amigos de Pekín les toca cargar con el muerto. Es un muerto muy pesado, Jack. Estamos hablando de miles de millones.

—¿Qué perjuicios les causará eso? —preguntó el secretario de Estado.

—Reconozco que parece curioso que el destino de un país dependa de los sujetadores Victoria's Secret, Scott, pero el dinero es el dinero. Ellos lo necesitan y de pronto ha aparecido un gran hueco en su cuenta corriente. ¿De qué dimensiones? Miles de millones. Eso les creará muchos dolores de cabeza.

—¿Algún daño concreto? —preguntó Ryan.

—No en mi departamento, Jack —respondió Winston—. Eso es cosa de Scott.

—Bien —dijo Ryan, volviendo la cabeza hacia su otro ministro.

—Antes de responder a esa pregunta necesito saber el efecto que esto surtirá en la economía china.

Winston se encogió de hombros.

—En teoría, podrían superarlo sin grandes dificultades, pero eso depende de cómo reparen el déficit. La base industrial de su país es una mezcla increíble de industrias privadas y estatales. Las privadas, evidentemente, son las eficaces y las peores de las estatales son las que pertenecen a su ejército. He visto algunos análisis de las operaciones del Ejército Popular que parecen extraídas de la revista MAD, realmente increíbles a primera vista. Los soldados no suelen ser muy diestros para la construcción, son más hábiles para destruir, y la mezcla de marxismo no contribuye exactamente a mejorar la situación. Por consiguiente, dichas «empresas» dilapidan enormes cantidades de dinero. Si las cerraran o se limitaran a reducir sus gastos, podrían superar este déficit y seguir adelante, pero no lo harán.

—Efectivamente —reconoció Adler—. El Ejército Popular chino tiene mucha influencia en su país. El partido lo controla, pero en gran medida la cola menea al perro. Hay bastante malestar político y económico. Necesitan al ejército para mantener la situación bajo control, y las fuerzas armadas se quedan con una buena parte del tesoro nacional para ello.

—Los soviéticos no actuaban de ese modo —protestó el presidente.

—Es otro país, otra cultura distinta. No lo olvides.

—Klingons —farfulló Ryan mientras asentía—. Bien, sigue.

—No podemos pronosticar el impacto que esto causará en su sociedad —prosiguió Winston—, sin saber cómo reaccionarán ante el déficit.

—¿Qué vamos a hacer, si protestan cuando empiece a dolerles? —preguntó Ryan a continuación.

—Tendrán que rectificar reinstaurando los pedidos de Boeing y Caterpillar, por ejemplo, y deberán hacerlos públicamente.

—No lo harán, no pueden hacerlo —objetó Adler—. Es demasiado embarazoso. La mentalidad asiática. Eso no sucederá. Puede que nos ofrezcan concesiones, pero deberán ser secretas.

—Para nosotros eso sería políticamente inadmisibile. Si intentara presentárselo al Congreso, en primer lugar se reirían de mí y luego me crucificarían —dijo Ryan, mientras tomaba un sorbo de su bebida.

—Y no comprenderán por qué no puedes ordenarle al Congreso lo que debe hacer. Creen que eres un líder poderoso y, por consiguiente, se supone que debes tomar decisiones por tu cuenta —prosiguió el secretario de Estado.

—¿No saben nada acerca de cómo funciona el gobierno? —preguntó el presidente.

—Estoy seguro de que tienen numerosos expertos que conocen el proceso constitucional mejor que yo, Jack, pero los miembros del Politburó no están obligados a escucharlos. Proceden de un entorno político muy diferente, y ése es el que entienden. Para nosotros, «el pueblo» significa la opinión pública, las encuestas y, por último, las elecciones. Para ellos, significa campesinos y obreros que supuestamente deben obedecer lo que se les ordena.

—¿Y nosotros hacemos negocios con esa gentuza? —exclamó Winston con la mirada en el techo.

—Se llama realpolitik, George —explicó Ryan.

—Pero no podemos fingir que no existen. Son más de mil millones y, por cierto, también tienen armas nucleares e incluso lanzadoras balísticas.

Lo cual agregaba un elemento decididamente desagradable a la ecuación general.

—Doce, según la CIA, y podríamos convertir su país en un parque de estacionamiento, sólo que tardaríamos veinticuatro horas en lugar de cuarenta minutos —comunicó Ryan a sus invitados, procurando no estremecerse, aunque la posibilidad era demasiado remota para ponerse nervioso—. Y puesto que lo saben, ¿quién quiere ser el rey de un aparcamiento? ¿Son por lo menos racionales hasta este punto, Scott?

—Creo que sí. Esgrimen su sable ante Taiwan, pero ni siquiera eso últimamente, desde que está allí la séptima flota. Que, por cierto, quemaba mucho combustible de la armada.

—En cualquier caso, ¿este problema financiero no dejará su economía enteramente maltrecha? —preguntó Ryan.

—No lo creo, a no ser que sean completamente estúpidos.

—¿Y no lo son, Scott? —añadió Ryan.

—No hasta ese punto, o por lo menos eso creo —respondió el secretario del Departamento de Estado.

—Bien, entonces ahora puedo subir y tomarme otra copa. Ryan se levantó y sus invitados también lo hicieron.

—¡Esto es una locura! —exclamó Qian Kun a Fang, que se encontraba a medio mundo de distancia.

—Estoy de acuerdo contigo, Qian, pero debemos presentar el caso ante el resto de nuestros colegas.

—Fang, esto podría suponer la ruina para nosotros. ¿Con qué vamos a comprar el trigo y el petróleo?

—¿Cómo están nuestras reservas?

El ministro de Economía tuvo que hacer una pausa y reflexionar. Cerró los ojos e intentó recordar las cifras que le comunicaban el primer lunes de cada mes.

—La cosecha del año pasado fue mejor que de costumbre —dijo después de abrir de nuevo los ojos—. Tenemos comida aproximadamente para un año, suponiendo que la cosecha de este año sea normal, o incluso algo reducida. El problema inmediato es el petróleo. Hemos gastado mucho últimamente, con los ejercicios permanentes del ejército en el norte y en la costa. Tenemos reservas de petróleo para unos cuatro meses, tal vez, y dinero para otros dos meses. Luego, nos veremos obligados a reducir el consumo. Ahora bien, somos autosuficientes en carbón y por tanto dispondremos de toda la electricidad que necesitamos. No se apagarán las luces. Circularán los trenes, pero el Ejército Popular saldrá malparado.

Y no es que eso fuera enteramente malo, pensó. Ambos reconocían el valor del Ejército Popular, aunque hoy en día más como servicio de seguridad interno, como una fuerza policial extensa y bien armada, que para proteger la nación de amenazas externas que, además, no existían.

—Eso no le gustará al ejército —advirtió Fang.

—No me preocupa particularmente lo que les guste o deje de gustarles, Fang —respondió el ministro de Economía—. Tenemos un país al que hay que sacar del siglo XIX. Hay que crear industrias, alimentar al pueblo y crear puestos de trabajo. La ideología de nuestra juventud no lo ha logrado, como era de esperar, según la educación que recibimos.

—¿Me estás diciendo que...?

Qian se removió en su silla.

—¿Recuerdas lo que decía Deng? No importa que el gato sea blanco o negro,

mientras cace ratones. Poco después, Mao lo mandó al exilio y ahora tenemos otros doscientos millones de bocas que alimentar, pero los únicos fondos adicionales con los que lo hacemos proceden del gato negro, no del blanco. Vivimos en un mundo práctico, Fang. Y también tengo mi propio ejemplar del Pequeño libro rojo, pero nunca he intentado comérmelo.

Aquel ex ingeniero de ferrocarriles estaba atrapado por la burocracia y por su cargo, al igual que su predecesor, fallecido a la edad relativamente temprana de setenta y ocho años, antes de que pudieran expulsarlo de su escaño en el Politburó. Qian, que era un joven de sesenta y seis años, debía aprender a medir sus palabras y sus pensamientos. Estaba a punto de decírselo, cuando Qian empezó a hablar de nuevo.

—Fang, las personas como tú y como yo deben poder hablarse con franqueza. No somos estudiantes universitarios repletos de celo revolucionario. Somos hombres mayores y eruditos, y debemos ser capaces de hablar abiertamente. Perdemos demasiado tiempo en nuestras reuniones, arrodillados ante el cadáver de Mao. Mao está muerto, Fang. Si, fue un gran hombre, sí, fue un gran líder para nuestro pueblo, pero no, no era Buda, ni Jesucristo, ni nadie por el estilo. Sólo era un hombre que tenía ideas, y la mayoría de ellas eran buenas, pero algunas eran equivocadas, algunas no funcionan. El «gran salto adelante» no logró nada y la revolución cultural, además de matar alborotadores e intelectuales indeseables, también mató de hambre a millones de personas, y eso no es deseable, ¿no es cierto?

—Es verdad, joven amigo, pero es importante la forma de presentar las ideas — advirtió Fang a su joven compañero, miembro sin voto del Politburó.

Preséntalas de una forma estúpida y acabarás contando sacos de arroz en una granja colectiva. Era demasiado mayor para caminar descalzo por los arrozales, incluso como castigo por apostasía ideológica.

—¿Me apoyarás? —preguntó Qian.

—Lo intentaré —respondió Fang sin entusiasmo, que aquel día debía abogar también por la causa de Ren He Ping y no sería fácil.

Contaban con la transferencia de fondos al ministerio de Qian. Tenían contratos que pagar. Hacía tiempo que el petrolero estaba programado, porque se reservaban con mucha antelación y el buque se acercaba ahora al muelle de carga en la costa de Irán. Cargaría cuatrocientas cincuenta y seis mil toneladas de crudo en menos de un día, antes de abandonar de nuevo el golfo Pérsico, tomar rumbo sureste para rodear la India, cruzar el abigarrado estrecho de Malaca después de Singapur y dirigirse luego al norte hacia la nueva terminal petrolífera de Shanghai, donde permanecería treinta o cuarenta horas descargando el crudo, para regresar de nuevo al golfo Pérsico en una procesión inacabable.

Sin embargo, dicha procesión no era exactamente inacabable. Terminaría cuando

dejara de llegar el dinero, porque era preciso pagar a la tripulación, saldar la deuda por el servicio del petrolero y, sobre todo, comprar el crudo. Y no se trataba de un solo petrolero; eran varios los que hacían la ruta de China. Un satélite enfocado en aquel, segmento del globo los habría visto a lo lejos, como coches en una autopista que iban y venían constantemente entre los dos mismos puntos. Había otros puertos donde cargar y descargar petróleo y a la tripulación de los petroleros poco les importaba realmente el puerto de origen y el de destino, porque pasaban la mayor parte del tiempo navegando, y el mar era siempre lo mismo. Tampoco les importaba a los dueños de los petroleros, ni a los agentes que los contrataban. Lo que les importaba era cobrar.

Para este viaje, el dinero había sido transferido de una cuenta a otra y los tripulantes estaban en sus puestos supervisando la carga, lo que significaba esencialmente vigilar diversos cuadrantes e indicadores, porque no se veía el crudo que circulaba por los tubos. Había varios miembros de la tripulación en tierra para ocuparse del avituallamiento del buque, comprar libros y revistas para leer, películas de vídeo y bebida para acompañar la comida, además de cualquier otro producto que se hubiera agotado en el viaje de ida. Algunos tripulantes buscaban mujeres que alquilaran sus encantos, pero eso en Irán era un asunto delicado. Nadie sabía ni pensaba demasiado en quién pagaba sus servicios. Su trabajo consistía en tripular el barco con seguridad y eficacia. Los oficiales solían ir acompañados de sus esposas, para las que los viajes eran como prolongados cruceros de placer, aunque bastante aburridos; todo petrolero moderno tenía piscina y solárium, además de televisión vía satélite para noticias y entretenimiento. Y a ninguna de ellas le importaba particularmente dónde fuera el barco, porque las compras eran compras y todo nuevo puerto tenía su encanto especial.

Este petrolero en particular, el *World Progress*, había sido contratado en Londres y tenía previstos otros cinco viajes a Shanghai, antes de que se acabara el contrato. Sin embargo, el pago se hacía por cada viaje, y los fondos para el actual se habían transferido sólo con siete días de antelación. Eso no preocupaba en absoluto a los agentes navieros. Después de todo, trataban con un país cuyo crédito solía ser bueno. A su debido tiempo se concluyó la carga. Un sistema informatizado comunicó al primer oficial que el asiento era correcto y él informó al capitán, quien a su vez ordenó al jefe de máquinas preparar las turbinas del buque. Esa clase de motores facilitaban las cosas y en menos de cinco minutos el barco estaba listo para hacerse a la mar. A los veinte minutos, los potentes remolcadores del puerto separaron el buque del muelle. Esta operación es la más delicada para la tripulación de un petrolero, porque en esas condiciones de aguas cerradas es donde mayor es el riesgo de colisión y de sufrir daños graves. Pero al cabo de dos horas el petrolero navegaba impulsado por sus propios motores, en dirección a los estrechos Bandar Abbas y al mar abierto.

—Sí, Qian —dijo hastiadamente el presidente Xu—. Adelante.

—Camaradas, en nuestra última reunión os advertí de un problema potencial, de proporciones nada despreciables. Dicho problema ya ha llegado y va en aumento.

—¿Nos estamos quedando sin dinero, Qian? —preguntó Zhang Han San, con una risita apenas disimulada.

—Sí, Zhang, así es.

La respuesta le resultó todavía más divertida.

—¿Cómo puede una nación quedarse sin dinero? —preguntó el veterano miembro del Politburó.

—Igual que un obrero, gastando más de lo que tiene. Otra forma consiste en ofender al jefe y quedarse sin empleo. Nosotros hemos hecho las dos cosas —respondió sosegadamente Qian.

—¿Qué «jefe» tenemos nosotros? —preguntó Zhang, con una delicadeza encantadora e inquietante a la vez.

—Camaradas, esto es lo que llamamos comercio. Vendemos nuestros productos a otros a cambio de dinero y utilizamos ese dinero para comprar productos de los demás. Puesto que no somos campesinos de la antigüedad que trocaban un cerdo por una oveja, debemos utilizar dinero, que es el medio de intercambio internacional. Nuestro comercio con Norteamérica ha generado un superávit anual del orden de setenta mil millones de dólares norteamericanos.

—Muy generoso por parte de los diablos extranjeros —observó en voz baja el presidente Xu, dirigiéndose a Zhang.

—Que hemos gastado casi por completo en diversas compras, últimamente sobre todo para nuestros colegas del Ejército Popular. La mayoría son compras a largo plazo, para las que ha sido necesario pagar por adelantado, como es habitual en el comercio armamentista internacional. A eso debemos agregar petróleo y trigo. Hay otras cosas importantes para nuestra economía, pero de momento nos concentraremos en éstas —dijo Qian, mirando alrededor de la mesa en busca de aprobación.

La obtuvo, a pesar de que el mariscal Luo Cong, ministro de Defensa y comandante en jefe del Ejército Popular, además de señor del vasto imperio industrial de las fuerzas armadas, lo estaba taladrando con la mirada. Se había aludido específicamente a los gastos de su imperio personal y no estaba previsto que eso le complaciera.

—Camaradas —prosiguió Qian—, ahora nos enfrentamos a la pérdida de gran parte, puede que de la mayoría, de dicho superávit comercial con Norteamérica y también con otros países. ¿Veis esto? —preguntó, mostrando un puñado de fax y copias de e-mails—. Son anulaciones de pedidos comerciales y transferencias de fondos. Permitidme que os lo aclare. Esto son miles de millones de dólares perdidos, dinero que en algunos casos ya hemos gastado, pero del que nunca dispondremos

porque hemos enojado a los que hacen negocios con nosotros.

—¿Pretendes decirnos que tienen tanto poder sobre nosotros? ¡Tonterías! —exclamó otro de los miembros.

—Camarada, tienen el poder de comprar nuestras mercancías al contado, o de no comprarlas. Si deciden no comprarlas, no recibimos el dinero que necesitamos para comprar juguetes caros para el mariscal Luo —respondió Qian, utilizando deliberadamente aquel ejemplo, porque consideraba que había llegado el momento de explicarles a aquella gente las realidades de la vida y un bofetón indudablemente les llamaría la atención—. Pensemos ahora en el trigo. Usamos trigo para elaborar pan y fideos. Sin trigo, no hay fideos.

—En nuestro país no se cultiva suficiente trigo para alimentar a nuestra población. Lo sabemos. Hay demasiadas bocas. Dentro de unos meses, los grandes productores como Norteamérica, Canadá, Australia y Argentina, entre otros, dispondrán de trigo para vender, ¿pero con qué vamos a comprarlo? Mariscal Luo, tu ejército necesita petróleo para convertirlo en diésel y carburante para la aviación, ¿no es cierto? También necesitamos combustible para los trenes y las líneas aéreas. Pero nuestra producción no alcanza a cubrir nuestras necesidades internas y, por tanto, debemos comprarlo en el golfo Pérsico u otros lugares. Una vez más, ¿con qué vamos a comprarlo?

—¿No podrías vender nuestras mercancías en otro lugar? —preguntó uno de los miembros, con una ingenuidad bastante sorprendente, pensó Qian.

—¿Quién nos las compraría, camarada? Sólo hay una América. También hemos ofendido a los europeos. ¿Quién queda? ¿Australia? Son aliados de Europa y Norteamérica. ¿Japón? Ellos también venden en Norteamérica y se apresurarán a hacerse con nuestros mercados perdidos, no en comprar nuestras mercancías. ¿Tal vez Sudamérica? Son todos países cristianos y acabamos de matar a uno de sus prelados. Además, en su mundo ético, murió heroicamente. No sólo lo hemos matado. ¡Hemos creado un santo mártir para su fe!

—Camaradas, hemos estructurado deliberadamente la base de nuestra industria, para vender en el mercado norteamericano. Para vender en otro lugar deberíamos determinar antes lo que necesitan que nosotros podamos elaborar y luego penetrar en su mercado. ¡No basta con llegar con un barco cargado de productos y cambiarlos por dinero al contado en el muelle! Se necesita tiempo y paciencia para adquirir una fuerza en dichos mercados. Camaradas, hemos echado por la borda el trabajo de varias décadas. Transcurrirán años antes de volver a percibir el dinero que estamos perdiendo y, hasta entonces, debemos aprender a vivir de otro modo.

—¿Qué nos estás diciendo? —exclamó Zhang.

—Os estoy diciendo que la República Popular se enfrenta a la ruina económica, porque dos de nuestros policías mataron a esos curas entrometidos.

—¡Eso es imposible!

—¿Imposible, Zhang? Si ofendes a la persona que te da dinero, no seguirá dándotelo. ¿Eres capaz de entenderlo? Hemos ido demasiado lejos para ofender a Norteamérica y luego hemos ofendido también a toda Europa. Nos hemos convertido en unos indeseables; nos llaman bárbaros por el lamentable incidente del hospital. No los defiendo, pero debo contaros lo que dicen y piensan. Y mientras sigan diciendo y pensando lo mismo, seremos nosotros quienes pagaremos por el error cometido.

—¡Me niego a creerlo! —insistió Zhang.

—Muy bien. Puedes venir a mi ministerio y hacer tú mismo los cálculos —respondió Qian, muy seguro de sí mismo, como vio Fang, pero logrando por fin, no sólo que lo escucharan, sino que consideraran sus reflexiones y su experiencia—. ¿Creéis que he inventado todo esto para contarlo en una taberna, tomando unas copas de vino de arroz?

El presidente Xu se inclinó hacia adelante y reflexionó en voz alta:

—Tienes nuestra atención, Qian. ¿Qué podemos hacer para superar esta dificultad?

Después de comunicarles su mensaje principal con rapidez y eficacia, Qian Kun no sabía cómo proseguir. No había ninguna forma de superar las dificultades que aquellos hombres pudieran aceptar. Pero después de hacerles catar brevemente la dura realidad, ahora debía ofrecerles algo más.

—Debemos cambiar la percepción de las mentes norteamericanas. Debemos mostrarles que no somos unos bárbaros, como ellos creen. Tenemos que limpiar nuestra imagen. En primer lugar, debemos reparar el daño causado por la muerte de aquellos dos sacerdotes.

—¿Rebajarnos nosotros ante los diablos extranjeros? ¡Jamás! —exclamó Zhang.

—Camarada Zhang —dijo Fang, saliendo cautelosamente en defensa de Qian—. Sí, somos el «reino medio» y no, no somos bárbaros. Ellos sí lo son. Pero a veces hay que hacer negocios con los bárbaros y eso puede significar comprender su punto de vista y adaptarse en cierta medida al mismo.

—¿Humillarnos ante ellos?

—Sí, Zhang. Necesitamos lo que ellos tienen y para obtenerlo, deben aceptarnos.

—¿Y qué haremos la próxima vez que nos exijan cambios políticos? —preguntó el presidente Xu, un tanto agitado, cosa inusual en él.

—Nos lo plantearíamos entonces, si es que llegara a suceder —respondió Qian, para satisfacción de Fang, que prefería no arriesgarse a decirlo él.

—No podemos arriesgarnos —dijo Tong Jie, ministro del Interior, que hablaba por primera vez.

La policía nacional estaba a sus órdenes y era responsable del orden social del país; sólo si él fracasaba intervendría el mariscal Luo, lo cual supondría un

desprestigio y una pérdida de poder en aquella mesa. En realidad, se lo consideraba responsable de la muerte de aquellos dos hombres, puesto que había sido él quien había promulgado las órdenes formales para la represión de actividades religiosas en la República Popular, aumentando la dureza de la aplicación de la ley, con el fin de incrementar la influencia relativa de su propio ministerio.

—Si los extranjeros insisten en cambios políticos internos —prosiguió—, eso podría acabar con todos nosotros.

Fang se percató inmediatamente de que ése era el quid de la cuestión. La República Popular se apoyaba enteramente en el poder del partido y de sus líderes, los hombres que tenía delante en aquella sala. Al igual que los nobles de antaño, a cada uno lo acompañaba un sirviente de confianza, sentado en una silla junto a la pared, a la espera de que lo mandaran a por té o a por agua. Cada uno tenía su lógica de poder, ya fuera Defensa, Interior, Industria Pesada o, en su caso particular, amistad y experiencia general. Todos habían trabajado vigorosamente durante mucho tiempo para alcanzar su posición actual y la perspectiva de perder lo que tenían les entusiasmaba tanto como a un gobernador provincial bajo la dinastía Ching convertirse de nuevo en un mero mandarín, porque eso significaba por lo menos una ignominia, y con igual probabilidad, la muerte. Esos hombres sabían que si un país extranjero exigía y conseguía concesiones políticas internas, su control del poder decrecería y eso era algo a lo que no estaban dispuestos a arriesgarse. Gobernaban a los obreros y los campesinos, y por ello también los temían. Los nobles de antaño podían refugiarse en las enseñanzas de Confucio o de Buda: los cimientos espirituales de su poder temporal. Pero Marx y Mao lo habían eliminado, dejando la fuerza como única defensa. ¿Y qué ocurriría si, para conservar la prosperidad del país, disminuyeran dicha fuerza? No lo sabían y aquellos hombres temían lo desconocido, tanto como un niño pueda temer los monstruos bajo su cama por la noche, pero con razones mucho mejores para ello. Ya había ocurrido, precisamente aquí en Pekín, no hacía muchos años. Ninguno de los presentes lo había olvidado. Mostrarían siempre al público una determinación inquebrantable. Pero cada uno de ellos, solo en el cuarto de baño ante el espejo, o acostado antes de conciliar el sueño, había sentido miedo. Porque a pesar de que gozaban de la devoción de los campesinos y los obreros, de algún modo todos sabían que los campesinos y los obreros podían temerlos, pero también los odiaban. Los odiaban por su soberbia, su corrupción, sus privilegios, su comida de mejor calidad, sus lujosas residencias y sus sirvientes personales. Sus sirvientes, todos lo sabían, también los odiaban, tras sus sonrisas y humildes reverencias, que podrían perfectamente ocultar un puñal, porque así se sentían los campesinos y los trabajadores respecto a los nobles de hacía cien años. Los revolucionarios habían aprovechado aquel odio contra las clases enemigas de la época y todos sabían que ahora otros podrían utilizar aquella misma ira silenciosa

contra ellos. Y, por consiguiente, se aferrarían al poder con el mismo ahínco que los nobles de antaño, salvo que serían todavía más despiadados, porque al contrario de los antiguos nobles, ellos no tenían donde refugiarse. Su ideología los había atrapado en sus jaulas de oro, con mayor firmeza que cualquier religión.

Fang nunca había considerado aquellas ideas en su conjunto. Al igual que a los demás, le había preocupado enormemente la manifestación de estudiantes universitarios, cuando construyeron su «diosa de la libertad», que Fang no recordaba si era de cartón piedra o de escayola, pero sí recordaba el alivio que sintió cuando la destruyó el Ejército Popular. Le sorprendió percatarse de lo atrapado que se sentía en aquel lugar. El poder que él y sus colegas ejercían era como una imagen en un espejo que podría volverse contra ellos en cualquier instante, dadas las circunstancias apropiadas. Tenían un poder inmenso sobre todos los ciudadanos de su país, pero aquel poder era una mera ilusión...

No, no podían permitir de ninguna manera que otro país les dictara la política que debían seguir, porque sus vidas dependían de aquella ilusión. Era como una columna de humo en un día de calma, que parece sostener el cielo, pero la menor ráfaga de viento podría dispersarla y el cielo se desplomaría... Sobre sus cabezas.

Pero Fang también comprendió que no había ninguna salida. Si no cambiaban para contentar a Norteamérica, su país se quedaría sin trigo, sin petróleo y probablemente sin otras cosas, con el riesgo de un cambio social masivo en forma de levantamiento. Pero si para impedirlo permitían algunos cambios internos, se expondrían al mismo peligro.

¿Cuál acabaría de modo más certero con su vida?

¿Importaba?, se preguntó Fang. En ambos casos, estarían igualmente muertos. Se preguntó perezosamente cómo sucedería, si por los puños de la masa, las balas frente a una pared, o una soga. No, serían balas. Así era como se ejecutaba a la gente en su país. Probablemente era preferible a la decapitación con sable de antaño. ¿Y si fallaba el verdugo? Debía de ser horrible. Sólo tuvo que mirar alrededor de la mesa para ver que todos tenían pensamientos parecidos, o por lo menos los que eran suficientemente inteligentes. Todos los hombres temían lo desconocido, pero ahora debían elegir qué desconocido temer y la elección también era temible.

—¿Entonces, Qian, dices que se nos acaban las existencias porque hemos dejado de recibir el dinero necesario para comprarlas? —preguntó el presidente Xu.

—Así es —respondió el ministro de Finanzas.

—¿De qué otra forma podemos conseguir dinero y petróleo? —preguntó Xu a continuación.

—Eso es ajeno a mis responsabilidades, presidente —respondió Qian.

—El petróleo tiene un valor propio —dijo Zhang—. Y hay un yacimiento abundante al norte de nuestro país. También hay oro y muchas otras cosas que

necesitamos. Enormes cantidades de madera. Y, por encima de todo lo demás: espacio, espacio vital para nuestro pueblo.

—Ya lo habíamos hablado —asintió el mariscal Luo.

—¿A qué os referís? —preguntó Fang.

—A la «zona de recursos del norte», como la denominaron en una ocasión nuestros amigos japoneses —recordó Zhang a todos los presentes.

—Aquella aventura acabó en desastre —exclamó inmediatamente Fang—. Tuvimos suerte de no salir perjudicados.

—Pero no lo fuimos en absoluto —respondió alegremente Zhang—. Ni siquiera nos vimos implicados. Podemos estar seguros de ello, ¿no es cierto, Luo?

—Así es. Los rusos no han reforzado sus defensas meridionales. No prestan siquiera atención a nuestras maniobras, que han puesto nuestras fuerzas en un estado de preparación excelente.

—¿Podemos estar seguros?

—Ciertamente —afirmó el ministro de Defensa—. Tan —llamó.

Tan Deshi era el responsable del Ministerio de Seguridad Estatal, encargado de los servicios de inteligencia interiores y exteriores de la República Popular. Uno de los más jóvenes de los presentes con sus setenta años, que no fumaba y apenas tomaba alcohol; probablemente era el más sano de todos ellos.

—Cuando empezamos nuestras maniobras intensivas nos observaban con preocupación, pero después de los dos primeros años perdieron interés. Más de un millón de ciudadanos de nuestro país vive en Siberia oriental; es ilegal, pero a los rusos no parece importarles. Muchos de ellos me facilitan información. Estamos bien informados respecto a las defensas rusas.

—¿Y su estado de preparación? —preguntó Tong Jie—. En general es bastante pobre. Disponen de una división completa, otra con dos tercios de su potencial y las demás apenas llegan a regimientos. Su nuevo comandante de Extremo Oriente, un tal general Bondarenko, según nuestras fuentes, se resigna a no poder mejorar la situación.

—Un momento —protestó Fang—. ¿Estamos hablando de la posibilidad de entrar en guerra con Rusia?

—Sí —respondió Zhang Han San—. No sería la primera vez.

—Es cierto, pero en la primera ocasión habríamos tenido como aliados a los japoneses y Norteamérica permanecía neutral. En la segunda ocasión, supusimos que Rusia se dividiría con anterioridad en comunidades religiosas. ¿Quiénes son nuestros aliados en este caso? ¿En qué sentido se ha debilitado Rusia?

—Hemos tenido un poco de mala suerte —respondió Tan—. El primer ministro, o mejor dicho, el consejero del presidente Grushavoy sigue vivo.

—¿De qué habláis? —preguntó Fang.

—Hablamos de que nuestro intento de asesinato fracasó. Tan se lo explicó en dos minutos. La reacción de los presentes fue de espanto moderado.

—Tan contaba con mi aprobación —declaró sosegadamente Xu.

Fang miró a Zhang Han San. Ahí debía de haber nacido la idea. Puede que su viejo amigo odiara a los capitalistas, pero eso no le impedía actuar como el peor de los piratas cuando convenía a sus fines. Y contaba con el beneplácito de Xu y con la fuerza de Tan. Fang creía conocerlos, pero vio que su supuesto era erróneo. Todos albergaban algo oculto y siniestro. Comprendió que eran mucho más despiadados que él.

—Esto es un acto de guerra —protestó Fang.

—La seguridad de nuestra operación fue excelente. Nuestro agente ruso, un tal Klementi Suvorov, es un ex oficial del KGB al que reclutamos hace mucho tiempo, cuando estaba destinado aquí en Pekín. Ha desempeñado varias tareas para nosotros a lo largo de los años y tiene unos contactos excelentes en sus servicios secretos y en sus fuerzas armadas, es decir, en el sector de los mismos que pertenece ahora al nuevo mundo clandestino en Rusia. En realidad, es un delincuente común, como muchos ex agentes del KGB, pero es útil para nosotros. Le gusta el dinero y, si hay suficiente, está dispuesto a todo. Lamentablemente en este caso, una pura casualidad impidió que se eliminara a ese tal Golovko —concluyó Tan.

—¿Y ahora? —preguntó Fang, antes de aconsejarse a sí mismo ser cauteloso.

Hacía demasiadas preguntas y adoptaba una posición excesivamente personal. Incluso en esta sala, con sus viejos camaradas, no era aconsejable ir demasiado lejos.

—Y ahora es el Politburó el que debe decidir —respondió categóricamente Tan.

Debía ser una afectación, pero en cualquier caso bien interpretada.

Fang asintió y se acomodó en su silla, decidido a reservarse de momento su opinión.

—¿Luo? —preguntó Xu—. ¿Es esto factible?

El mariscal también debía cuidar sus palabras para no parecer excesivamente confiado. Uno podía tener problemas en esta mesa, si prometía más de lo que podía entregar, aunque la posición de Luo era única, compartida en cierta medida por el ministro Ton del Interior, por disponer del control de las armas.

—Camaradas, aquí hemos examinado ampliamente los asuntos estratégicos. Cuando Rusia era la Unión Soviética, esta operación no era posible. Sus fuerzas atinadas eran mucho mayores, disponían de mejor apoyo y tenían numerosos misiles intercontinentales y de corto alcance con ojivas termonucleares. Ahora no tienen ninguno, gracias al tratado bilateral con Norteamérica. Hoy el ejército ruso es sólo una sombra de lo que era hace sólo diez o doce años. Por lo menos, la mitad de sus conscriptos no se presentan siquiera a filas; si eso ocurriera aquí, todos sabemos lo que les sucedería a esos prófugos. Han desperdiciado gran parte de su potencia bélica

restante con su minoría religiosa en Chechenia y podría decirse que Rusia ya ha empezado a desintegrarse en base a la religión. En términos prácticos, la tarea es sencilla, aunque no exactamente fácil. Nuestra mayor dificultad es la distancia y el espacio, más que la oposición militar. Hay muchos kilómetros desde nuestra frontera hasta el nuevo yacimiento petrolífero en el océano Ártico, pero la distancia es mucho menor hasta el nuevo filón de oro. La mejor noticia es que el propio ejército ruso construye las carreteras que necesitaremos para avanzar. Eso reduce en dos tercios nuestros problemas. Sus fuerzas aéreas son un chiste. Deberíamos poder controlarlas; después de todo, nos venden sus mejores aviones y se los niegan a sus propios pilotos. Para facilitar nuestra tarea, sería útil trastornar su comandancia y su control, su estabilidad política y lo demás. Tan, ¿puedes hacerlo?

—Depende de cuál sea exactamente la tarea —respondió Tan Deshi.

—Tal vez eliminar a Grushavoy —especuló Zhang—. En estos momentos es la única persona fuerte en Rusia. Si se lo elimina, su país se derrumbará políticamente.

—Camaradas —dijo Fang, arriesgándose—, lo que hablamos aquí es intrépido y valeroso, pero también está impregnado de peligro. ¿Y si fracasamos?

—Entonces, amigo mío, no estaremos peor de lo que ya parecemos estar ahora —respondió Zhang—. Pero si triunfamos, como parece probable, alcanzaremos la situación por la que hemos luchado desde nuestra juventud. La República Popular se convertirá en una primera potencia mundial —«como corresponde», no tuvo que agregar—. El presidente Mao nunca dudó que destruiría a Chiang.

Ahí no había nada que discutir y Fang no lo intentó. Se había pasado del miedo al espíritu de aventura de un modo tan abrupto, que empezaba a ser contagioso. ¿Dónde estaba la cautela que solía caracterizar a aquellos hombres? Eran los tripulantes de un barco a la deriva, que veían la posibilidad de ponerse a salvo y después de aceptar la primera posición, capitularon ante la segunda. Lo único que podía hacer era permanecer sentado y observar cómo se desarrollaba la conversación, con la esperanza de que surgiera la razón e imperara.

¿Pero de quién surgiría?

XLI. CONSPIRACIONES DE ESTADO

—Diga, ministro —respondió Ming, levantando la mirada de sus notas casi terminadas.

—Supongo que tienes mucho cuidado con estas notas.

—Por supuesto, camarada ministro —dijo Ming inmediatamente—. Ni siquiera las imprimo, como usted bien sabe. ¿Hay algo de qué preocuparse?

Fang se encogió de hombros. Gradualmente se relajaba del estrés de la reunión de hoy. Era un hombre práctico, de edad avanzada y con mundología. Si había una forma de resolver los problemas actuales, él la encontraría. De lo contrario, los soportaría. Siempre lo había hecho. En este caso no le correspondía a él llevar la batuta y sus notas demostrarían que había sido uno de los pocos escépticos cautelosos de la reunión. Uno de los otros era evidentemente Qian Kun, que había abandonado la sala moviendo la cabeza y farfullando con su primer ayudante. Entonces Fang se preguntó si Qian tomaba notas. Sería un acierto que lo hiciera. Si las cosas salían mal, ésa podría ser su única defensa. A ese nivel de riesgo, el peligro no era el de verse relegado a un cargo inferior, sino el de que sus cenizas se desparramaran por el río.

—¿Ming?

—Diga, señor ministro.

—¿Qué pensaste de los estudiantes en la plaza hace muchos años?

—Como usted sabe, señor ministro, yo estaba entonces en la escuela.

—Sí, ¿pero qué pensaste?

—Me parecieron unos insensatos. El árbol más alto es siempre la primera víctima del hacha.

Era un antiguo proverbio chino y, por consiguiente, no era arriesgado citarlo. Su cultura desalentaba aquella clase de acciones, pero contrariamente también idealizaba a quienes tenían el valor de emprenderlas. Como con todas las tribus humanas, el criterio era simple. El que lo lograba era un héroe, al que se recordaba y admiraba. Al que fracasaba, nadie quería recordarlo, salvo quizá como ejemplo negativo. Por consiguiente, la seguridad se encontraba como siempre en un rumbo medio y la seguridad era la vida.

Aquellos estudiantes eran demasiado jóvenes para saberlo. Demasiado jóvenes para tener una idea de la muerte. Los soldados más valientes eran siempre los jóvenes, con espíritus de grandes pasiones y creencias, que no habían vivido lo suficiente para reflexionar sobre la forma que adoptaba el mundo cuando se volvía contra ti y que eran demasiado incautos para conocer el miedo. Para los niños, lo desconocido era algo que pasaban la mayor parte del tiempo explorando y descubriendo. En algún momento, uno descubría que había aprendido todo lo que era seguro aprender y ahí era donde la mayoría se detenía, salvo unos pocos de quienes

dependía el progreso, los valientes e intrépidos que avanzaban con los ojos abiertos hacia lo desconocido y la humanidad recordaba a los pocos que regresaban con vida...

Y pronto olvidaba a los demás.

Pero era la esencia de la historia recordar a quienes lo hacían y la esencia de la sociedad de Fang recordarles a quienes no lo hacían. Curiosa ambivalencia. ¿Qué sociedades alentaban a la gente a buscar lo desconocido?, se preguntó. ¿Cómo les iba? ¿Florecían o daban tumbos en la oscuridad y perdían su esencia en divagaciones desorientadas carentes de rumbo? En China, todo el mundo seguía las palabras y los pensamientos de Marx, modificados por Mao, porque había tenido la intrepidez de penetrar en la oscuridad, regresar con una revolución y cambiar el destino de su nación. Pero ahí se detuvo el proceso, porque nadie estaba dispuesto a avanzar más allá de las regiones exploradas e iluminadas por Mao y proclamadas como todo lo que China y el mundo en general precisaba saber. ¿No era Mao una especie de profeta religioso?, pensó Fang.

¿Y no acababa China de matar a un par de ellos?

—Gracias, Ming —dijo Fang, a la espera de su próxima orden.

No la vio cerrar la puerta, cuando se dirigía a su escritorio para transcribir las notas de la reunión del Politburó.

—Dios mío —susurró el doctor Sears en su despacho.

Como de costumbre, había recibido una copia del documento de Sorge realizada en la impresora láser de la subdirectora de Operaciones y se la había llevado a su despacho para traducirla. A veces los documentos eran suficientemente cortos para traducirlos a primera vista, pero éste era bastante largo. En realidad, ocuparía ocho páginas a línea y media de su impresora láser. Se tomó su tiempo, debido al contenido del documento. Revisó su traducción. De pronto tuvo dudas respecto a su comprensión del idioma chino. No podía permitirse traducir o interpretar erróneamente algo parecido. Era demasiado importante. En total tardó dos horas y media, probablemente el doble de lo que la señora Foley esperaba, antes de regresar al despacho de la subdirectora.

—¿Por qué ha tardado tanto? —preguntó Mary Pat.

—Señora Foley, esto está que arde.

—¿Hasta qué punto?

—Un volcán en erupción —respondió Sears, entregándole la carpeta.

Mary Pat cogió el documento y se acomodó en su silla para leerlo. Sorge, fuente Mirlo. Se fijó en el encabezamiento: la reunión de ayer en el Politburó chino. Sears vio que lo miraba. La subdirectora entornó los párpados, extendió la mano para coger una galleta y luego miró al doctor Sears.

—Veo que no bromeaba. ¿Su evaluación?

—Señora, no puedo evaluar la precisión de la fuente, pero si esto es real, estamos observando un proceso que nunca he visto fuera de los libros de historia y leyendo palabras que nadie ha visto jamás en este edificio, o por lo menos que yo sepa. Aquí se cita a todos los ministros de su gobierno y la mayoría dicen lo mismo...

—Y no es lo que nos gustaría que dijeran —concluyó Mary Patricia Foley—. En el supuesto de que todo sea fidedigno. ¿Parece real?

Sears asintió.

—Si, señora. Me da la impresión de una auténtica conversación entre personas reales y el contenido se ajusta a los personajes, por lo que sé de ellos. ¿Podría ser inventado? Sí, podría serlo. En tal caso, la fuente estaría comprometida de un modo u otro. Sin embargo, no creo que esto pudiera falsificarse sin el propósito de crear un efecto específico, que no sería particularmente halagador para ellos.

—¿Alguna recomendación?

—Tal vez sería una buena idea llamar a George Weaver, para que venga de Providence —respondió Sears—. Suele ser capaz de descifrar lo que piensan. Se ha entrevistado con muchos de ellos cara a cara y sería útil que confirmara mi evaluación.

—¿A saber? —preguntó Mary Pat, sin volver la última página donde estaba impresa.

—Se plantean ir a la guerra.

La subdirectora (de Operaciones) de la CIA se puso en pie y salió de su despacho, seguida del doctor Joshua Sears. Recorrió la corta distancia hasta el despacho de su marido y entró sin mirar siquiera a la secretaria.

Ed Foley estaba reunido con el subdirector (de Ciencia y Tecnología) y dos de sus ejecutivos cuando Mary Pat entró en el despacho. Levantó la cabeza, sorprendido, y vio la carpeta azul en sus manos.

—Dime, cariño.

—Discúlpame, pero esto no puede esperar ni un minuto —respondió Mary Pat, con tanta urgencia en el tono de su voz como en sus palabras.

—Frank, ¿te parece bien que nos veamos después del almuerzo?

—Por supuesto, Ed —respondió el subdirector de Ciencia y Tecnología, antes de recoger sus documentos y retirarse con sus colaboradores.

—¿Sorge? —preguntó el director, después de que se retiraron los demás y cerraron la puerta.

Mary Pat se limitó a asentir, le entregó la carpeta y se sentó en el sofá. Sears permaneció de pie. Sólo entonces se percató de que las palmas de sus manos estaban ligeramente húmedas. Nunca le había ocurrido. Sears, como encargado de la dirección de Inteligencia del Departamento de Valoraciones sobre China, se ocupaba especialmente de evaluaciones políticas: quién era quién en la jerarquía política de la

República Popular y las políticas económicas que seguían, como la página de sociedad de China, según él y su personal bromeaban durante el almuerzo en la cafetería. Pero nunca había visto nada como esto, nada más grave que discrepancias internas, y aunque sus métodos tendían a ser bastante duros, hasta llegar con frecuencia a ejecuciones sumarias, sobradamente duros para los afectados, las distancias lo ayudaban a mantener una perspectiva imparcial. Pero no en este caso.

—¿Es esto verídico? —preguntó el director.

—Eso cree el doctor Sears. También cree que deberíamos llamar a Weaver de la Universidad de Brown.

—Llámelo. Inmediatamente —respondió Ed Foley, después de levantar la cabeza para mirar a Sears.

—Sí, señor —dijo Sears y abandonó el despacho para hacer la llamada.

—Jack debe ver esto. ¿Qué hará ahora?

—Recuerda que dentro de ocho horas sale con destino a Varsovia. La reunión de la OTAN, fotografía en Auschwitz y, de regreso, parada en Londres para cenar en el palacio de Buckingham, e ir de compras en Bond Street —agregó Ed.

Había ya una docena de agentes del servicio secreto en Londres, trabajando con la policía metropolitana y el MI-5, debidamente conocido como Servicio de Seguridad. Había otros veinte en Varsovia, donde los aspectos relacionados con la seguridad no eran especialmente preocupantes. Actualmente, los polacos estaban muy contentos con Norteamérica y los cuerpos policiales que quedaban de la época comunista conservaban todavía las fichas de todos los elementos potencialmente problemáticos. Estarían todos vigilados durante la estancia de Ryan en su país. La reunión de la OTAN sería supuestamente casi ceremonial; una especie de ejercicio básico de imagen para los políticos europeos ante sus electores multilingües.

—¡Dios mío, hablan de perpetrar un atentado contra Grushavoy! —exclamó Ed Foley, al llegar a la tercera página—. ¿Se han vuelto completamente locos?

—Parece que se han sentido inesperadamente acorralados —observó su esposa—. Puede que hayamos sobreestimado su estabilidad política.

Foley asintió y miró a su esposa.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo —confirmó Mary Pat.

Su marido levantó el auricular del teléfono y pulsó la memoria uno.

—Dime, Ed, ¿qué sucede? —respondió Ryan.

—Mary y yo vamos a verte.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Tan importante es? —preguntó el presidente.

—Es crítico, Jack. También querrás que estén presentes Scott, Ben y Arnie. Tal

vez George Winston. La base de este asunto pertenece a su área de experiencia.

—¿China?

—Sí.

—De acuerdo, venid —dijo Ryan, antes de cambiar de teléfono—. Ellen, necesito al secretario de Estado, al de la Tesorería, a Ben y a Arnie en mi despacho, dentro de treinta minutos a partir de ahora.

—Si, señor presidente —respondió la secretaria.

Parecía tratarse de algo muy importante, pero Robby Jackson estaba a punto de abandonar de nuevo la ciudad para dar una conferencia en Seattle, de todos los lugares posibles en la planta de Boeing, donde tanto los obreros como la dirección estaban pendientes del pedido chino de los 777. Robby no tenía mucho que decir al respecto y, por consiguiente, hablaría de la importancia de los derechos humanos, de los principios y creencias fundamentales de Norteamérica y del patriotismo en general. El personal de Boeing sería cortés, era difícil no serlo con un negro, especialmente cuando éste lucía unas alas doradas de la armada en la solapa y aprender a ocuparse de esas bobadas políticas era la tarea principal de Robby. Además, así aliviaba la presión de Ryan y ésa era la misión primordial de Jackson en la vida que, curiosamente, aceptaba con relativa ecuanimidad. De modo que ahora su VC-20B volaría sobre Ohio, pensó Jack. Tal vez Indiana. En aquel momento entró Andrea.

—¿Esperas compañía? —preguntó la agente especial Price-O'Day, que al parecer de Jack estaba un poco pálida.

—Los sospechosos de costumbre. ¿Te sientes bien? —preguntó el presidente.

—Tengo el estómago un poco revuelto. Demasiado café con el desayuno.

¿Náuseas matutinas?, se preguntó Ryan. En tal caso, mala suerte. Andrea se esforzaba por ser uno de los muchachos. Reconocer esa debilidad femenina heriría su orgullo, como si la hubieran atacado con un lanzallamas. Él no podía mencionarlo. Tal vez Cathy pudiera. Era cosa de mujeres.

—Viene el director de la CIA con algo que, según él, es muy importante. Puede que hayan cambiado el papel higiénico en el Kremlin, como solíamos decir en Langley cuando trabajaba allí.

—Si, señor —sonrió.

Al igual que la mayoría de los agentes del servicio secreto, había presenciado el ir y venir de personas y secretos, y si había algo importante que ella debiera saber, lo averiguaría a su debido tiempo.

Al general de brigada Kirillin le gustaba tanto beber como a la mayoría de los rusos y eso era mucho para los niveles norteamericanos. Chavez se había percatado de que los rusos se diferenciaban de los británicos en que bebían tanto como ellos, pero mientras que los británicos tomaban cerveza, los rusos se contentaban con

vodka. Ding no era mormón ni baptista, pero aquí las circunstancias excedían su capacidad. Después de mantenerse dos noches al mismo nivel que los demás, estuvo a punto de morir durante la carrera matutina con su equipo. La única razón por la que no se retiró fue para no quedar en ridículo ante el personal del Spetsnaz ruso, al que entrenaban para alcanzar el nivel de Rainbow. De algún modo se las había arreglado para no vomitar, pero había dejado que Eddie Price se ocupara de las dos primeras clases, mientras él se retiraba a beber un cubo de agua, acompañado de tres aspirinas. Esta noche, decidió, se limitaría a un par de vodkas... puede que tres.

—¿Cómo van nuestros hombres? —preguntó el general.

—Muy bien, señor —respondió Chavez—. Les gustan sus nuevas armas y están aprendiendo la doctrina. Son listos. Saben pensar antes de actuar.

—¿Le sorprende?

—Si, general, me sorprende. A mí me ocurrió lo mismo en otra época, cuando era sargento de los Ninjas. Los soldados jóvenes suelen pensar con la polla más que con el cerebro. Descubrí que me equivocaba, pero tuve que aprenderlo por la vía difícil en el campo de batalla. A veces es mucho más fácil crearse problemas que pensar en cómo evitarlos. Así empezaron sus muchachos del Spetsnaz, pero si uno les muestra el camino correcto, prestan atención. Por ejemplo, en el ejercicio de hoy. Se lo hemos organizado con una trampa, pero su capitán ha parado de pronto, ha examinado la situación antes de atacar y ha pasado la prueba. Por cierto, es un buen jefe de equipo. Creo que merece ser ascendido a comandante —dijo Chavez, con la esperanza de no haber estigmatizado al muchacho, ya que un halago por parte de un agente de la CIA no era precisamente la mejor recomendación para mejorar la carrera de un oficial ruso.

—Es mi sobrino. Su padre está casado con mi hermana. Es un intelectual, ejerce de profesor en la universidad estatal de Moscú.

—Su inglés es excelente. Se lo podría tomar por un nativo de Chicago.

Probablemente el capitán Leskov había sido reclutado por el KGB o su organismo sucesor, en busca de talento. Ese nivel de pericia lingüística no se daba por casualidad.

—Era paracaidista antes de que lo destinaran al Spetsnaz —prosiguió Kirillin—, un buen componente de la infantería ligera.

—Eso es lo que fue Ding en otra época —dijo Clark.

—Séptimo de infantería ligera. Abolieron la división después de que yo me hube marchado. Ahora parece algo muy remoto.

—¿Cómo pasó del ejército norteamericano a la CIA?

—Fue culpa suya —respondió Chavez—. John me descubrió y estúpidamente creyó que tenía potencial.

—Antes tuvimos que lavarlo y mandarlo a la escuela, cosa que dio bastante buen

resultado... incluso se ha casado con mi hija.

—Todavía se está acostumbrando a tener un latino en la familia, pero lo he convertido en abuelo. Nuestras esposas están en Gales.

—¿Y cómo pasó de la CIA a Rainbow?

—También es culpa mía —reconoció Clark—. Escribí una circular que llegó a las altas esferas, le gustó al presidente, que me conoce y cuando organizaron el equipo me puso al mando del mismo. Yo quería que Domingo también participara. Tiene unas piernas jóvenes y dispara bastante bien.

—Sus operaciones en Europa han sido impresionantes, especialmente la del parque en España.

—No es nuestra predilecta. Allí perdimos a una chica.

—Efectivamente —confirmó Ding, con un pequeño sorbo de su vodka—. Yo estaba a cincuenta metros cuando ese cabrón mató a Anna. Luego Homer lo eliminó. Un bien disparo.

—Lo vi disparar hace un par de días. Es excelente.

—Homer es muy bueno. En otoño fue a su casa de vacaciones y alcanzó una cabra montesa a más de ochocientos metros en Idaho. Un extraordinario trofeo. Se colocó entre los diez primeros en el libro de Boone Crockett.

—Debería ir a cazar tigres a Siberia. Yo podría organizárselo —sugirió Kirillin.

—No lo diga demasiado alto —rio Chavez—. Homer le tomará la palabra.

—Debería conocer a Pavel Petrovich Gogol —dijo Kirillin.

—¿Dónde he oído ese nombre? —se preguntó inmediatamente Clark.

—La mina de oro —respondió Chavez.

—Era francotirador durante la gran guerra patriótica. Tiene dos estrellas de oro por matar alemanes y mata centenares de lobos. No quedan muchos como él.

—Un francotirador en el campo de batalla. La caza debe de ser realmente emocionante.

—Lo es, Domingo, lo es. En el tercer grupo de operaciones especiales teníamos a un individuo que era particularmente bueno, pero estuvo a punto de perder el maldito pellejo en media docena de ocasiones —decía John Clark, en el momento en que el móvil vía satélite que colgaba de su cinturón empezó a vibrar, lo levantó y miró el número—. Discúlpeme —agregó, mientras miraba a su alrededor en busca de un lugar apropiado y se dirigió al patio del club de oficiales.

—¿Qué significa esto? —preguntó Arnie Van Damm.

La reunión ejecutiva había empezado con la distribución de copias del último informe de Sorge/Mirlo. Arnie era el lector más rápido del grupo, pero no el mejor observador estratégico.

—Nada bueno, amigo —respondió Ryan, cuando volvía la tercera página.

—¿Qué puedes decirme de la fuente, Ed? —preguntó Winston, desde la segunda

página—. Esto parece un documento interno del propio infierno.

—Un miembro del Politburó chino toma notas de sus conversaciones con los demás ministros. Nosotros tenemos acceso a dichas notas, no importa cómo.

—¿De modo que tanto la fuente como este documento son auténticos?

—Sí, eso creemos.

—¿Cuál es su nivel de fiabilidad? —insistió.

El director de inteligencia decidió arriesgarse.

—Tanto como uno de tus billetes de banco.

—De acuerdo, Ed, si tú lo dices —respondió Winston antes de seguir leyendo, y a los diez segundos exclamó—: Mierda...

—Estoy de acuerdo, George —reconoció el presidente—. «Mierda» es el término más apropiado.

—Coincido contigo, Jack —afirmó el secretario de Estado.

De los presentes, sólo Ben Goodley logró leer el documento entero sin hacer comentario alguno. Por su parte, Goodley, a pesar del prestigio e importancia de su cargo como consejero de Seguridad Nacional de la Presidencia, en aquel momento se sentía particularmente novato y débil. Sabía sobre todo que su conocimiento de asuntos de seguridad nacional era muy inferior al del presidente y que el cargo que ocupaba era primordialmente el de un secretario de alto nivel. Era agente titular del Servicio Nacional de Inteligencia, uno de los que, por ley y por costumbre, acompañaban al presidente dondequiera que fuese. Su trabajo consistía en transmitirle información al presidente. Los ocupantes anteriores de su despacho, en el rincón del ala oeste de la Casa Blanca, a menudo habían dicho a sus presidentes qué pensar y cómo actuar. Pero él no era más que un portador de información y en aquel momento se sentía débil, incluso en dicha capacidad reducida.

Finalmente, Jack Ryan levantó la cabeza, con expresión impasible.

—Bien. Ed, Mary Pat, ¿qué tenemos aquí?

—Parece que los pronósticos del secretario Winston sobre las consecuencias financieras del incidente de Pekín, se están convirtiendo en realidad.

—Hablan de consecuencias precipitadas —comentó sosegadamente Scott Adler—. ¿Dónde está Tony?

—El secretario Bretano está en Fort Hood, en Texas, examinando las tropas pesadas del Tercer Cuerpo. Regresará tarde esta noche. Si lo llamamos para que regrese cuanto antes, la gente se dará cuenta —explicó Van Damm.

—Ed, ¿te importa que se lo hagamos llegar, por vía segura?

—No.

—De acuerdo —asintió Ryan y extendió la mano para levantar el teléfono—. Dígale a Andrea que pase.

Tardó menos de cinco segundos.

—Sí, señor presidente.

—¿Podrías llevar esto a Señales, para que lo pasen por Tapdance y lo manden al secretario Bretano?

—Sí, señor.

—Gracias, Andrea —dijo cuando ésta desaparecía ya por la puerta, antes de tomar un trago de agua y dirigirse a los presentes—. Bien, parece bastante grave. ¿Pero hasta qué punto?

—Hemos llamado al profesor Weaver de Brown para que nos ofrezca su evaluación. Es esencialmente la persona más capacitada de este país para leer su mente.

—¿Por qué diablos no trabaja para mí? —preguntó Jack.

—Le gusta Brown. Es oriundo de Rhode Island. Le hemos ofrecido trabajo al otro lado del río media docena de veces, que yo sepa —respondió el director Foley—, pero su respuesta ha sido siempre la misma.

—Lo mismo ocurre en el Departamento de Estado, Jack. Conozco a George desde hace por lo menos quince años. No quiere trabajar para el gobierno.

—Es uno de los tuyos, Jack —agregó Arnie, con cierta frivolidad.

—Además, ¿no es cierto que puede ganar más dinero como independiente? Ed, cuando esté aquí, asegúrate de que venga a verme.

—¿Cuándo? Vas a salir dentro de unas horas —señaló Ed.

—Mierda —exclamó Ryan al recordarlo.

Callie Weston estaba terminando el último de sus discursos oficiales, en su despacho al otro lado de la calle. Viajaría incluso en el Fuerzas Aéreas Uno con el equipo oficial. ¿Por qué no podía ocuparse uno de las cosas una por una? Porque a ese nivel, no era así como se presentaban.

—Bien —dijo Jack a continuación—. Precisamos evaluar la gravedad de este asunto y luego calcular la forma de detenerlo. Eso significa... ¿qué?

—Hay varias posibilidades. Podemos ponernos en contacto con ellos discretamente —respondió el secretario de Estado—. Ya sabes, decirles que esto ha ido demasiado lejos y que queremos trabajar discretamente con ellos para mejorar la situación.

—Salvo que el embajador Hitch está ahora aquí de consulta. ¿Dónde lo hace hoy, en el Congreso o en Burning Tree? —preguntó el presidente, a quien también le gustaba el golf y sabía que Hitch no tenía oportunidad de practicarlo en Pekín.

Ryan tenía suerte si lograba acercarse al campo una vez por semana y su destreza de antaño había volado con el viento.

—El canciller en Pekín es demasiado novato para algo como esto. No importa lo que dijéramos a través de él, no se lo tomarían suficientemente en serio.

—¿Y qué podríamos ofrecerles exactamente? —preguntó Winston—. No hay

nada suficientemente grande para hacerlos felices, que pudiéramos mantener en secreto. Ellos tendrían que ofrecernos algo para poder justificar nuestra oferta y, por lo que veo, lo único que pretenden darnos son dolores de cabeza. Nuestras acciones están limitadas por la tolerancia del país.

—¿Crees que tolerarían una guerra? —replicó Adler.

—Tranquilo, Scott. Existen consideraciones prácticas. Cualquier cosa suficientemente jugosa para contentar a esos cabrones chinos debe ser aprobada por el Congreso, ¿no es cierto? Para obtener una concesión a través del Congreso es preciso justificarla —dijo Winston, agitando el documento secreto que tenía en la mano—. Pero no podemos hacerlo porque a Ed le daría un infarto y, aunque pudiéramos, alguien del Capitolio lo filtraría a la prensa en menos de un minuto neoyorquino, por no mencionar que la mitad de ellos lo considerarían como un soborno y dirían «¡que se jodan los chinos!». Están dispuestos a gastar millones en defensa, pero ni un centavo como tributo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —respondió Arnie—. La otra mitad lo denominaría habilidad política responsable, pero a la mayoría no le gustaría. El ciudadano medio no espera que llames al presidente Xu por teléfono y le digas «mejor que no hagas eso, amigo», con la esperanza de que te escuche.

—Lo cual, por cierto, acabaría con Mirlo —advirtió Mary Pat, por si pensaban tomarse en serio aquella alternativa—. Pondría fin a una vida humana y dejaríamos de recibir una información que necesitamos. Además, mi impresión después de haber leído este informe es que Xu lo negaría todo y seguiría con sus planes. Se creen realmente acorralados, pero no ven ninguna forma inteligente de salirse del atolladero.

—¿Y el peligro es...? —preguntó Winston.

—Derrumbamiento político interno —explicó Ryan—. Temen que si algo trastorna las condiciones políticas o económicas dentro de su país, todo se desmoronará como un castillo de naipes. Con graves consecuencias para la actual familia real de la República Popular.

—Han invocado la guillotina —dijo Ben Goodley, para no quedarse callado—. O en realidad hoy en día el pelotón de ejecución.

No se sintió mucho mejor después de haber hablado. La situación lo superaba y él lo sabía.

Fue entonces cuando sonó el teléfono de seguridad del presidente. Era el secretario de Defensa, Tony Bretano.

—Hola, Tony —dijo Ryan—, paso la llamada a los altavoces. Están aquí Scott, George, Arnie, Ed, Mary Pat y Ben, y todos hemos leído lo que acabas de recibir.

—¿Supongo que es auténtico?

—Como el propio infierno —respondió Ed al nuevo miembro de la cuadrilla

Sorge/Mirlo.

—Es preocupante.

—Estamos de acuerdo, Tony. ¿Dónde estás ahora?

—Encima de un Bradley, en un parque de estacionamiento. Nunca había visto tantos tanques y cañones en mi vida. Da una verdadera sensación de poder.

—Sí, bueno, lo que acabas de leer ilustra los límites de nuestro poder.

—Eso parece. Si quieres saber lo que creo que deberíamos hacer al respecto, aclárales de algún modo que ésta sería una mala jugada por su parte.

—¿Cómo hacemos eso, Tony? —preguntó Adler.

—Algunos animales, como el diodón, por ejemplo, cuando se sienten amenazados tragan una gran cantidad de agua y se hinchan enormemente, de modo que parecen demasiado grandes para que otro se los coma.

A Ryan le sorprendió oír aquello. No tenía la menor idea de que Bretano supiera algo sobre animales. Era físico y científico. Tal vez miraba el Discovery Channel, como todos los demás.

—¿Te refieres a que los asustemos?

—Yo diría impresionarlos.

—Jack, vamos a Varsovia, podemos comunicárselo a Grushavoy... ¿Qué te parece si lo invitamos a unirse a la OTAN? Los polacos ya lo han hecho. Eso comprometería a toda Europa a acudir en defensa de Rusia, en caso de una invasión. Para eso son las alianzas y los pactos de ayuda mutua. «No te estás metiendo sólo conmigo, muchacho. Te metes también con mis amigos». Funciona desde hace mucho tiempo.

Ryan reflexionó y miró a su alrededor.

—¿Algún comentario?

—Algo es algo —dijo Winston.

—¿Qué opinarán los demás países de la OTAN? ¿Aceptarán la idea? —preguntó Goodley—. La misión de la OTAN era protegerlos de los rusos —les recordó.

—De los soviéticos —matizó Adler—. No olvides que ya no es lo mismo.

—La misma gente, el mismo idioma —insistió Goodley, ahora bastante seguro de sí mismo—. Esta propuesta suponía una posible solución elegante al problema actual, pero para ello sería preciso compartir Sorge con otros países, ¿no es cierto?

Los dos Foley hicieron una mueca al oír la sugerencia. Había pocas cosas en el planeta tan parlanchinas como un jefe de gobierno.

—Qué coño, hace mucho tiempo que observamos su milicia desde las alturas. Podemos decir que nos intranquiliza lo que vemos. Bastará para la plebe —sugirió el director de inteligencia.

—Luego está la cuestión de cómo persuadir a los rusos —reflexionó Jack en voz alta—. Eso podría interpretarse en Moscú como un enorme desprestigio.

—Debemos explicarles el problema. Después de todo, su país es el que corre peligro —declaró Adler.

—Pero ellos no son la plebe. Querrán saberlo todo de cabo a rabo y es la seguridad de su país de lo que hablamos —agregó Goodley.

—¿Sabes quién está ahora en Moscú? —preguntó Foley al presidente.

—¿John?

—Rainbow Seis. Tanto John como Ding conocen a Golovko, que es el número uno de Grushavoy. Es una puerta trasera muy oportuna. No olvidemos que esto también confirma que el proyectil de Moscú iba dirigido contra él. Puede que esto no haga que Sergey Nicholay'ch se sienta mejor, pero preferirá saberlo que imaginarlo.

—¿Qué les impedirá a esos estúpidos cabrones decir que lamentan haber matado a esas dos personas? —exclamó, enojado, Ryan.

—¿Por qué crees que el orgullo es uno de los siete pecados capitales? —preguntó el director de inteligencia, a modo de respuesta.

El teléfono móvil de Clark funcionaba vía satélite y llevaba incorporado un sistema de codificación, todo ello en una capa de plástico de poco más de medio centímetro de grosor, que en realidad lo hacía más fácil de sujetar con el hombro. Como la mayoría de esa clase de teléfonos, tardaba un poco en sincronizarse con su homólogo al otro extremo, con el retraso agregado propio de las comunicaciones vía satélite.

—La línea es segura —dijo una voz femenina artificial.

—¿Con quién hablo?

—Soy Ed Foley, John. ¿Cómo te va por Moscú?

—Es agradable. ¿Qué ocurre, Ed? —preguntó John, consciente de que el director de la CIA no llamaba desde Washington por una línea de seguridad sólo para intercambiar cumplidos.

—Pasa por la embajada. Hay un mensaje que queremos que tú entregues.

—¿Qué clase de mensaje?

—Vete a la embajada. Estaré esperando. ¿De acuerdo?

—Entendido. Cierro.

John apagó el teléfono y entró de nuevo en la sala.

—¿Algo importante? —preguntó Chavez.

—Debemos ir a la embajada para ver a alguien —respondió Clark, fingiéndose enojado por la interrupción de su descanso.

—Hasta mañana entonces, Ivan y Domingo —dijo Kirillin con la copa en alto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chavez, después de alejarse unos diez metros.

—No estoy seguro, pero era Ed Foley quien me ha llamado.

—¿Algo importante?

—Supongo que tendremos que tener paciencia hasta descubrirlo.

—¿Quién conduce?

—Yo —respondió John, que conocía Moscú bastante bien, desde sus primeras misiones en los años setenta que prefería olvidar, cuando sus hijas tenían la edad de su nuevo nieto.

El viaje duró veinte minutos y lo más difícil fue convencer a los marines que estaban de centinelas de que realmente estaban autorizados a entrar después de las horas de oficina. En este sentido, resultó útil el hombre que los esperaba, Tom Barlow. Los marines lo conocían, él los conocía también a ellos y eso resolvió más o menos el problema.

—¿A qué viene tanto jaleo? —preguntó John, ya en el despacho de Barlow.

—Esto —respondió, entregándoles una copia del fax a cada uno—. Será mejor que os sentéis, muchachos.

—¡Madre de Dios! —exclamó Chavez a los treinta segundos.

—Y que lo digas, Domingo —agregó su jefe.

Leían apresuradamente una copia blanqueada del último informe de Sorge.

—Disponemos de una fuente en Pekín, hermano.

—Menuda bomba, Domingo. Y se supone que debemos compartir esa información con Sergey Nikolay'ch. Alguien en casa se siente ecuménico.

—¡Joder! —exclamó Chavez, antes de seguir leyendo—. Ah, sí, ya lo veo. Esto tiene cierto sentido.

—Barlow, ¿tenemos el número de teléfono de nuestro amigo?

—Aquí está —respondió el agente de la CIA, al tiempo que le entregaba una nota y señalaba el teléfono—. Estará en su casa de campo, en las colinas de Lenin. Todavía no les han cambiado el nombre. Desde que descubrió que él era el objetivo, se preocupa un poco más de la seguridad.

—Claro, con su nodriza, Shelepin —comentó Chavez—. Parece que se lo toma bastante en serio.

—Ojalá. Si no me equivoco, este documento indica que podrían intentarlo de nuevo, o quizás atentar contra Grushavoy.

—¿Va en serio? —tuvo que preguntarse Chavez—. Esto es en realidad una provocación bélica.

—Bueno, Ding, tú siempre dices que las relaciones internacionales consisten en dos países que se joden mutuamente —comentó John, cuando marcaba el número de teléfono—. Tovarisch Golovko —dijo cuando alguien contestó, para seguir hablando en ruso—. Habla Klerk, Ivan Sergeyevich. Eso le llamará la atención —agregó, dirigiéndose a los presentes.

—Saludos, Vanya —respondió una voz familiar en inglés—. No voy a preguntarte cómo has conseguido este número. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Sergey, debemos vernos inmediatamente para hablar de un asunto importante.

—¿Qué clase de asunto?

—Actúo como mensajero, Sergey. Tengo un mensaje para entregarte. Merece tu atención. ¿Podemos Domingo y yo verte esta noche?

—¿Sabes cómo llegar hasta aquí?

Clark supuso que sabría cómo salir del bosque.

—Limítate a decirles a los centinelas de la puerta que llegarán dos capitalistas amigos de Rusia. ¿Te parece bien dentro de una hora?

—Estaré esperando.

—Gracias, Sergey —dijo Clark, antes de colgar el teléfono—. Barlow, ¿dónde está el meadero?

—Por el pasillo a la derecha.

El agente decano dobló el mensaje y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Antes de hablar de un asunto tan delicado debía ir al baño.

XLII. ABEDULES

Salieron de la capital rusa, en dirección a la puesta de sol. El tráfico de Moscú había aumentado desde la época de su última aventura y ahora se podía utilizar el carril central de las grandes avenidas. Ding hacía de copiloto, mapa en mano, y pronto dejaron a su espalda las autopistas que rodeaban la capital rusa, para penetrar en las colinas del entorno. Pasaron junto a un monumento que ninguno de ellos había visto antes, tres enormes...

—¿Qué coño es eso? —preguntó Ding.

—Hasta aquí llegaron los alemanes en 1941 —explicó John—. Ahí fue donde los detuvieron.

—¿Cómo se llaman esas cosas?

«Esas cosas» eran unas inmensas vigas de acero, tres de ellas soldadas en ángulos de noventa grados, como unos enormes gatos mecánicos.

—Erizos, pero en las fuerzas especiales los llamábamos gamberros cornudos. No es fácil que un tanque les pase por encima —explicó Clark a su joven compañero.

—Parece que aquí se toman la historia muy en serio.

—Hijo, tú también lo harías si alguien intentara borrar tu país del mapa. En aquella época los alemanes también se lo tomaban muy en serio. Fue una guerra realmente terrible.

—Eso parece. La próxima a la derecha.

A los diez minutos conducían por un bosque de abedules, tan típico de Rusia como el vodka o sus sabrosas sopas de verduras. Poco después llegaron a la garita de unos centinelas. El guardia uniformado llevaba una AK-74 en las manos y tenía un aspecto sorprendentemente lúgubre. John pensó que probablemente lo habían informado de la amenaza contra Golovko y otros. Pero también lo habían informado de quién estaba autorizado a entrar y sólo tuvieron que mostrar sus pasaportes para que les levantara la barrera y les indicara también el camino que debían seguir.

—Las casas no tienen demasiado mal aspecto —comentó Chavez.

—Las construyeron los prisioneros de guerra alemanes —explicó John—. Los rusos no sienten predilección por los alemanes, pero respetan su habilidad profesional. Estas fueron construidas para los miembros del Politburó, en su mayoría probablemente después de la guerra. Ahí está la que buscamos.

Era una casa de madera, pintada de color castaño, que a Clark le pareció una mezcla de casa de campo alemana y una granja de Indiana. Aquí también había centinelas armados, que patrullaban por la propiedad. Los habrán llamado de la primera garita, pensó John. Uno de ellos les indicó que avanzaran, mientras otros dos permanecían retirados, para cubrirlo si algo inusual sucedía.

—¿Es usted Klerk, Ivan Sergeyevich?

—Da —respondió John. Este es Chavez, Domingo Stepanovich.

—Adelante, los esperan —dijo el centinela.

Era una noche agradable. Se había puesto el sol y las estrellas empezaban a aparecer en el firmamento. Soplaban también una suave brisa de poniente, pero Clark tuvo la sensación de oír los fantasmas de la guerra. Los granaderos panzer de Hans von Kluge, con sus uniformes feldgrau de la Wehrmacht. La segunda guerra mundial había sido un conflicto extraño en este frente, como la lucha libre moderna por televisión. La elección no era entre lo bueno y lo malo, sino entre lo malo y lo peor, y sálvese quien pueda. Pero su anfitrión probablemente interpretaba la historia de otro modo y Clark no tenía intención de hablar de ello.

Golovko estaba ahí, al abrigo del porche, con vestimenta informal. No era alto, a medio camino entre Chavez y John, pero la inteligencia y ahora también el interés, brillaban en su mirada. Como era lógico, sentía curiosidad por esa reunión.

—Ivan Sergeyeovich —dijo Golovko, a modo de saludo.

Después de estrecharse las manos, los invitó a entrar en la casa. La señora Golovko, que era doctora, brillaba por su ausencia. En primer lugar, Golovko les sirvió vodka y les indicó que se sentaran.

—Dijiste que tenías un mensaje para mí —dijo Golovko en inglés y John comprendió que ése sería el idioma de la reunión.

—Aquí está —respondió Clark, entregándole los papeles.

—Spasiba.

Sergey Nikolay'ch se acomodó en su sillón y empezó a leer.

Habría sido un excelente jugador de póquer, pensó John. Su rostro permaneció impasible durante las dos primeras páginas. Luego levantó la mirada.

—¿Quién ha decidido que debía ver esto? —preguntó.

—El presidente —respondió Clark.

—Vuestro Ryan es un buen camarada, Vanya, y un hombre de honor. Veo que habéis mejorado vuestra capacidad de inteligencia humana en Langley —agregó después de una pausa.

—Probablemente, pero en este caso no sé nada acerca de la fuente, director Golovko —respondió Clark.

—Esto es candente, como decís vosotros.

—Sin lugar a dudas —confirmó John, viendo cómo volvía otra página.

—¡Hijos de puta! —exclamó Golovko, manifestando por fin cierta emoción.

—Eso dije yo también —comentó Chavez, que intervenía por primera vez en la conversación.

—Están bien informados. No me sorprende. Estoy seguro de que disponen de abundantes fuentes de espionaje en Rusia —declaró Golovko, con una ira creciente en el tono de voz—. Pero... aquí hablan de agresión abierta.

—Sí, eso parece —asintió Clark.

—¿Esta información es auténtica? —preguntó Golovko.

—Sólo soy el cartero, director —respondió Clark—. No puedo garantizar nada.

—Ryan es demasiado buen camarada para actuar como agente provocador. Esto es una locura —dijo Golovko, que informaba al mismo tiempo a sus invitados de que no disponían de buenas fuentes de inteligencia en el Politburó chino, lo que en realidad sorprendió a John, porque no era habitual que la CIA estuviera mejor informada que los rusos—. Antes teníamos una fuente para esta clase de información, pero ahora ya no.

—Nunca he trabajado en esa parte del mundo, salvo hace mucho tiempo, cuando estaba en la armada.

Y su contacto con China, pensó, consistía principalmente en emborracharse e ir de putas en Taipei.

—He estado varias veces en Pekín en capacidad diplomática, pero no últimamente. No puedo decir que haya llegado nunca a comprender realmente a esa gente —dijo Golovko, antes de acabar de leer el documento y dejarlo sobre la mesa—. ¿Puedo quedármelo?

—Por supuesto —respondió Clark.

—¿Por qué nos entrega esto Ryan?

—Sólo soy el mensajero, Sergey Nikolay'ch, pero creo que el motivo está en el mensaje. Norteamérica no quiere que Rusia sufra.

—Es muy amable por vuestra parte. ¿Qué queréis a cambio?

—Nada, que yo sepa.

—A veces sólo se trata de ser un buen vecino —observó Chavez.

—¿A este nivel de gobierno? —preguntó Golovko con escepticismo.

—¿Por qué no? No favorecería los intereses norteamericanos ver cómo perjudicaban y robaban a Rusia. Por cierto, ¿qué dimensiones tienen esos yacimientos? —preguntó John.

—Son inmensos —respondió Golovko—. No me sorprende que hayáis oído hablar de los mismos. No nos esforzamos demasiado en mantener el secreto. El de petróleo es comparable a las reservas saudíes y el de oro es realmente muy rico. Potencialmente, esos dos hallazgos podrían salvar nuestra economía, convertirnos en una nación verdaderamente rica y en un socio digno de Norteamérica.

—Entonces ya sabes por qué Jack te lo ha mandado. Será un mundo mejor para ambos si Rusia prospera.

—¿En serio? —preguntó Golovko, que era un hombre listo, pero había crecido en un mundo donde a menudo Norteamérica y Rusia habían deseado su muerte mutua, e incluso en una mente tan ágil como la suya, no era fácil superar esas ideas.

—En serio —confirmó John—. Rusia es una gran nación y sois una gente

estupenda, dignos de ser nuestros socios.

No dijo que, además, de ese modo, Norteamérica no tendría que preocuparse de salvar a Rusia de la ruina económica. Ahora dispondrían de sus propios medios para enriquecerse y Norteamérica sólo tendría que ofrecerles pericia y asesoramiento, para entrar con ambos pies y los ojos abiertos en el mundo capitalista.

—¿Y esto por parte del hombre que ayudó a organizar la desertión del director del KGB? —preguntó Golovko.

—Sergey, como decimos en mi país, eso fue trabajo, nada personal. No tengo nada contra los rusos y no creo que tú mataras a un norteamericano sólo para divertirte.

—Claro que no —respondió, indignado—. Eso sería nekulturniy.

—Lo mismo pensamos nosotros, director.

—¿Sabes lo que te digo? —agregó Chavez—, desde que era adolescente me entrenaron para matar a vuestra gente, en la época en que pertenecía a Once Bravo y llevaba un rifle, pero ahora ya no somos enemigos. Y si no somos enemigos, debemos ser amigos. ¿No es cierto que vosotros nos ayudasteis en Japón y en Irán?

—Sí, pero vimos que en última instancia nosotros seríamos el objetivo de ambos conflictos y actuamos en defensa de nuestros intereses nacionales.

—Y puede que para los chinos nosotros seamos su último objetivo. Por tanto, esto favorece nuestros intereses. Probablemente les gustamos tan poco como vosotros.

Golovko asintió.

—Sí, si algo sé acerca de ellos es su sentido de superioridad racial.

—Una forma peligrosa de pensar. El racismo significa que los enemigos no son más que insectos que hay que aplastar —concluyó Chavez, que impresionó a Clark con la mezcla de su acento del este de Los Angeles y su habilidad analítica de la situación, propia de un intelectual—. Ni siquiera Karl Marx dijo que fuera mejor que cualquier otro por el color de su piel.

—Pero Mao lo hizo —agregó Golovko.

—No me sorprende —prosiguió Ding—. Leí su Pequeño libro rojo en la universidad. No quería ser sólo un líder político. Maldita sea, pretendía ser Dios. Permitted que su ego se interpusiera en el camino de su cerebro, algo no inusual entre personas que se apoderan de países.

—Lenin no fue así, pero sí Stalin —observó Golovko—. De modo que Ivan Emmetovich es amigo de Rusia. ¿Qué voy a hacer con esto?

—Depende de ti, amigo —respondió Clark.

—Debo hablar con mi presidente. El vuestro viene a Polonia mañana, ¿no es cierto?

—Eso creo.

—Debo hacer unas llamadas telefónicas. Gracias por haber venido, amigos míos.

Tal vez en otra ocasión os podré agasajar como es debido.

—Estupendo —respondió Clark, al tiempo que se ponía en pie y vaciaba su copa de un trago.

Después de estrecharse nuevamente la mano, regresaron por donde habían venido.

—Maldita sea, John, ¿qué ocurrirá ahora? —preguntó Ding, ya en el coche.

—Supongo que todo el mundo intentará hacer razonar a los chinos.

—¿Lo lograrán?

John se encogió de hombros y arqueó las cejas.

—Noticias a las once, Domingo.

Hacer las maletas para un viaje no es fácil, incluso con sirvientes que se ocupen de todo. Esto era particularmente cierto en el caso de «la doctora», a quien no sólo le preocupaba cómo vestir en público cuando estuviera en el extranjero, sino que también era la autoridad suprema respecto al atuendo de su marido, cosa que el presidente toleraba, aunque no estaba completamente de acuerdo. Jack Ryan estaba todavía en el despacho oval, intentando resolver unos asuntos que no podían esperar. En realidad, podían haber esperado, pero debían respetarse los procedimientos del gobierno y, además, esperaba que sonara el teléfono.

—¿Arnie?

—Sí, ¿Jack?

—Diles a las fuerzas aéreas que manden otro aparato a Varsovia, por si Scott debe trasladarse discretamente a Moscú.

—No es mala idea. Puede que lo lleven a alguna base de las fuerzas aéreas o algo por el estilo —respondió Van Damm, antes de retirarse para llamar por teléfono.

—¿Algo más, Ellen? —preguntó Ryan a su secretaria.

—¿Necesita uno?

—Sí, antes de que Cathy y yo partamos hacia la puesta del sol.

En realidad se dirigían al este, pero la señora Sumter lo comprendió y le entregó el último cigarrillo del día.

—Maldita sea —exclamó Ryan con su primera calada.

Estaba casi completamente seguro de que recibiría una llamada de Moscú. Dependía de la rapidez con que digirieran la información, o tal vez Sergey esperaba a mostrárselo al presidente Grushavoy por la mañana. En Washington, algo parecido se consideraría «crítico» y se lo mostrarían al presidente en menos de veinte minutos, pero distintos países tenían normas diferentes y no sabía cómo lo hacían los rusos. Indudablemente tendría noticias de alguno de ellos, antes de apearse del avión en Varsovia. Pero por ahora... Apagó el cigarrillo, sacó el aerosol bucal del bolsillo de su chaqueta y se roció la boca antes de abandonar el despacho y salir al exterior. Debido a algún desliz arquitectónico, no había ningún pasillo interior que comunicara

el ala oeste con la Casa Blanca propiamente dicha. En cualquier caso, en menos de seis minutos estaba en la zona residencial, viendo cómo los sirvientes preparaban el equipaje. Cathy estaba allí e intentaba supervisar, bajo la atenta mirada del servicio secreto, que actuaba como si les preocupara que alguien introdujera una bomba en alguna maleta. Pero la paranoia formaba parte de su oficio. Ryan se acercó a su esposa.

—Debes hablar con Andrea.

—¿Por qué?

—Dice que tiene trastornos estomacales.

—Claro —respondió Cathy, que recordaba las náuseas de cuando estaba embarazada de Sally, aunque de eso hacía mucho tiempo y no había sido grave—. No se puede hacer gran cosa al respecto.

—Para que luego hablen de lo mucho que ha progresado la medicina —comentó Jack—. De todos modos, probablemente no le vendría mal un poco de apoyo femenino.

—Sí, claro, la solidaridad entre mujeres —sonrió Cathy—. ¿Y tú empezarás a intimar con Pat?

Jack también le sonrió.

—Sí, tal vez me enseñe a disparar mejor la pistola.

—Estupendo —exclamó escuetamente la doctora.

—¿Qué vestido para la cena de gala? —preguntó el presidente a su esposa.

—El azul claro.

—Provocativo —dijo Jack, acariciándole el brazo.

Entonces llegaron sus hijos, que los jefes de sus respectivas escoltas acompañaron al piso del dormitorio, salvo Kyle, que iba en brazos de una de sus leonas. Separarse de los niños nunca era particularmente fácil, aunque todos estaban ya bastante acostumbrados. Después de darse los besos y abrazos habituales, Jack cogió a su esposa de la mano y la condujo al ascensor.

Se apearon en la planta baja, frente al camino que conducía al helipuerto. Ahí estaba el VH-3, con el coronel Malloy como piloto. Los marines los saludaron como de costumbre. El presidente y la primera dama subieron a bordo y se abrocharon los cinturones en sus cómodas butacas, bajo la atenta mirada de un sargento de los marines, que luego se dirigió a informar al piloto en el asiento frontal derecho.

A Cathy le gustaba más que a su marido volar en helicóptero, porque todos los días lo hacía dos veces. Jack ya no les tenía miedo, pero prefería ir en coche, aunque no se lo habían permitido desde hacía varios meses. El Sikorsky se elevó suavemente, giró en el aire y tomó rumbo a Andrews. El vuelo duró unos diez minutos. El helicóptero aterrizó cerca del CV-25A, la versión de las fuerzas aéreas del Boeing 747. Tardaron escasos segundos en llegar a la escalera del avión, donde se

encontraban como de costumbre las cámaras de televisión, para registrar el acontecimiento.

—Vuélvete y saluda, cariño —dijo Jack a su esposa, en la parte superior de la escalera—. Puede que salgamos en las noticias de la noche.

—¿Otra vez? —refunfuñó Cathy, antes de saludar sonriente con la mano, no a la gente, sino a las cámaras.

Cumplida la tarea, entraron en el avión y se dirigieron hacia adelante al compartimento presidencial. Allí se abrocharon los cinturones bajo la mirada de un suboficial de las fuerzas aéreas, que luego le comunicó al piloto que podía acelerar los motores y dirigirse a la pista cero uno de la derecha. Todo lo que sucedió a continuación fue perfectamente normal, incluido el discurso del piloto, seguido del despegue majestuoso del gran Boeing y su ascenso a diez mil metros. A popa, Ryan estaba seguro de que todo el mundo estaba cómodo, porque el peor asiento de aquel avión era tan bueno como el mejor de primera clase en cualquier línea aérea del mundo. En general, parecía un derroche del dinero de los contribuyentes, pero que él supiera, ninguno de ellos se había quejado demasiado.

Lo esperado sucedió cerca de la costa de Maine.

—Señor presidente —dijo una voz de mujer.

—Diga, sargento.

—Una llamada para usted, señor, por la línea de seguridad. ¿Dónde quiere contestarla?

—Arriba —respondió Ryan, ya de pie.

—Por aquí, por favor —dijo la sargento, indicándole el camino.

—¿Quién es?

—La dirección central de inteligencia.

—Llamemos también al secretario Adler —dijo Ryan, considerando que era lo más apropiado.

—Sí, señor —respondió la sargento, cuando Ryan empezaba a subir por la escalera de caracol.

En la parte superior, Ryan se sentó en la silla de trabajo que le cedió el suboficial de las fuerzas aéreas, que le entregó también el teléfono.

—¿Ed?

—Sí, Jack. Ha llamado Sergey.

—¿Qué ha dicho?

—Le parece una buena idea que vayas a Polonia. Solicita una reunión de alto nivel, en secreto, a ser posible.

Adler se sentó junto a Ryan y oyó el comentario.

—Scott, ¿te apetece un viaje a Moscú?

—¿Podemos hacerlo sin llamar la atención? —preguntó el secretario de Estado.

—Probablemente.

—Entonces, adelante. Por cierto, Ed, ¿has tanteado la sugerencia de la OTAN?

—Eso no es de mi competencia, Scott —respondió el director de la CIA.

—Tienes razón. ¿Crees que les gustará?

—Tres contra uno a que sí.

—Estoy de acuerdo —dijo Ryan—. A Golovko también le gustará.

—Sí, cuando se reponga del susto —comentó irónicamente Adler.

—De acuerdo, Ed, dile a Sergey que estamos dispuestos a celebrar una reunión secreta. El secretario de Estado se trasladará a Moscú para consultas. Manténnos al corriente de la evolución.

—Lo haré.

—De acuerdo, cierro —dijo Ryan, antes de colgar el teléfono y dirigirse a Adler—. ¿Y bien?

—Si aceptan la propuesta, China tendrá algo en qué pensar —respondió, con un atisbo de esperanza.

El problema, pensó Ryan después de levantarse de nuevo, es que los klingons no piensan exactamente como nosotros.

Ninguno de ellos podía ocultar su sonrisa al escuchar los micrófonos. Suvorov/Koniev había recogido esta noche a otra prostituta cara, que gracias a su habilidad histriónica hacía los ruidos oportunos en los momentos adecuados. O puede que él fuera realmente tan bueno en la cama, sugirió Provalov, ante el escepticismo general de los demás en la furgoneta de vigilancia. No, pensaron los demás, esa chica era demasiado profesional para dejarse llevar hasta tal punto. Todos creían que era bastante triste, a pesar de su belleza física. Pero ellos sabían algo que su sujeto desconocía. La chica era un «perico», preparada con antelación para encontrarse con Suvorov/Koniev.

Finalmente cesó el alboroto y oyeron el ruido característico de un Zippo norteamericano, seguido del silencio habitual posterior al coito de un hombre saciado y una mujer (simuladamente) satisfecha.

—Dime, Vanya, ¿qué clase de trabajo haces? —preguntó la voz femenina, con el lógico interés profesional de una prostituta cara, por un hombre al que podría desear entretener de nuevo.

—Negocios —respondió.

—¿Qué clase de negocios? —preguntó, una vez más sin excesivo interés.

Lo bueno, pensó Provalov, era que no necesitaba aprender. Se percató de que la Escuela de Gorriones debía de ser bastante fácil de dirigir. Las mujeres hacían esas cosas instintivamente.

—Me ocupo de las necesidades particulares de personas especiales —respondió el espía enemigo.

La chica soltó una carcajada.

—Yo también, Vanya.

—Hay extranjeros que necesitan servicios especiales, para los que fui entrenado durante el antiguo régimen.

—¿Estabas en el KGB? ¿En serio? —preguntó la chica con emoción en el tono de voz.

Era buena.

—Sí, uno de tantos. Nada especial.

—Tal vez no para ti, pero sí para mí. ¿Existía realmente una escuela para mujeres como yo? ¿Formaba el KGB a mujeres para... satisfacer las necesidades de los hombres?

En esta ocasión fue él quien se rio.

—Sí, querida. Esa escuela existía. Tú te habrías distinguido en ella.

Ahora fue ella quien se rio con coquetería.

—¿Cómo me distingo ahora?

—No, no me refiero a tus honorarios.

—¿Pero los merezco?

—Indudablemente —respondió, satisfecho.

—¿Te apetecería volver a verme, Vanya? —preguntó con verdadera esperanza, o magníficamente simulada.

—Da, me gustaría mucho, María.

—De modo que te ocupas de personas con necesidades especiales. ¿Qué clase de necesidades?

Podía permitirse preguntárselo, porque a los hombres les encantaba que una mujer hermosa los encontrara fascinantes. Formaba parte de su adoración en ese altar y los hombres siempre mordían el anzuelo.

—No muy diferente de lo que me enseñaron a hacer, María, pero te aburrirían los detalles.

—Los hombres siempre dicen lo mismo —refunfuñó, decepcionada—. ¿Por qué tienen que ser tan misteriosos los hombres más interesantes?

—Esa es la clave de nuestra fascinación, mujer —explicó—. ¿Preferirías que fuera camionero?

—Los camioneros no tienen tus... habilidades varoniles —respondió, como si conociera la diferencia.

—Uno puede ponerse cachondo sólo escuchando a esa zorra —comentó uno de los agentes del servicio federal de seguridad.

—Esa es la idea —reconoció Provalov—. ¿Por qué crees que cobra tanto?

—Un hombre de verdad no necesita pagar.

—¿Tan bien te lo has pasado conmigo? —preguntó Suvorov/Koniev.

—Un poco más y habría tenido que pagarte yo a ti, Vanya —respondió la chica, con alegría en la voz y probablemente un beso.

—Ahora basta de preguntas, María. Déjalo —exclamó al aire Oleg Gregoriyevich y ella pareció oírlo.

—Sabes cómo lograr que uno se sienta como un hombre —dijo el espía/asesino—. ¿Dónde lo has aprendido?

—Es algo natural para una mujer —susurró ella.

—Tal vez para ciertas mujeres.

Entonces cesó la conversación y a los diez minutos empezaron los ronquidos.

—Esto es más interesante que nuestros casos habituales —dijo el agente de seguridad estatal a los demás.

—¿Alguien vigila el banco?

—A todas horas.

No se sabía cuántas personas dejaban mensajes en el banco y probablemente no todas eran chinas. Debía de haber un rebenque en aquella cadena, probablemente corto, pero lo suficientemente largo para ofrecer cierto aislamiento al contacto de Suvorov. Esa sería una buena forma de operar en el campo y debían suponer que así lo hacían. De modo que controlaban regularmente el banco y su escondrijo, y en la furgoneta de vigilancia disponían de una llave especial para la caja de los recados y de una fotocopidora para duplicar el mensaje que contuviera. Los servicios de seguridad federal habían aumentado también la vigilancia de la embajada china. Ahora seguían a casi todos los empleados que salían de la misma. Para hacerlo debidamente se habían visto obligados a reducir otras operaciones de contraespionaje en Moscú, pero este caso había adquirido prioridad sobre todos los demás. Pronto sería todavía más importante, pero aún no lo sabían.

—¿De cuántos ingenieros disponemos? —preguntó Bondarenko a Aliyev, al amanecer en el este de Siberia.

—Dos regimientos que no participan en la construcción de carreteras —respondió el oficial de Operaciones.

—Bien. Tráigalos todos aquí inmediatamente, para trabajar en el camuflaje de esos búnkers y levantar otros falsos al otro lado de esas colinas. Inmediatamente, Andrey.

—Sí, mi general, ahora mismo.

—Me encanta el amanecer, es el momento más tranquilo del día.

—Salvo cuando el contrincante lo utiliza para atacar.

El amanecer era el momento universal para las grandes ofensivas porque se disponía de toda la luz del día para seguir adelante.

—Si vienen, lo harán por este valle.

—Efectivamente.

—Destruirán la primera línea defensiva, o lo que tomen por primera línea — pronosticó Bondarenko mientras señalaba.

La primera línea estaba compuesta de búnkers aparentemente reales, de hormigón armado, pero los cañones que asomaban de los mismos eran falsos. El ingeniero que había diseñado aquellas fortificaciones había nacido con un ojo para el terreno digno de Alejandro Magno. Parecían estar perfectamente situados, incluso demasiado bien. Su posición era sólo ligeramente previsible y eran visibles, aunque apenas, desde el otro lado, y algo apenas visible sería el primer objetivo. En los falsos búnkers había incluso cargas pirotécnicas, que estallarían después de varios impactos directos. El que había tenido aquella idea había sido un genio como ingeniero militar.

Pero las verdaderas defensas en la parte frontal de las colinas eran unos diminutos puestos de observación, con líneas telefónicas subterráneas a los auténticos búnkers y a las posiciones de artillería, unos diez kilómetros más allá. Algunos de los cañones eran antiguos, instalados también desde hacía mucho tiempo, pero los obuses que disparaban, sucesores de los Katushka que tanto habían llegado a odiar los alemanes, eran tan mortíferos hoy como en los años cuarenta. Luego estaban las armas de disparo directo. La primera línea eran las torretas de los viejos tanques alemanes. Sus miras y su munición todavía funcionaban y los artilleros, que disponían además de túneles hasta vehículos que probablemente les permitirían huir en caso de un ataque muy decidido, sabían cómo utilizarlas. Los ingenieros que las habían construido probablemente ya habían muerto y el general Bondarenko esperaba que hubieran recibido un funeral digno, como los soldados merecían. Esta línea no detendría un ataque decidido, ninguna línea fija de defensa podía lograrlo, aunque bastaría para que el enemigo deseara haber ido a otro lugar.

Pero el camuflaje necesitaba reformas y éstas se harían durante la noche. Un avión a gran altura recorrería la frontera, con una cámara cuyo objetivo penetraría muchos kilómetros en su país y tomaría millares de bonitas fotografías de gran utilidad, de las que los chinos probablemente ya poseían una buena colección, además de las que pudieran obtener de sus propios satélites o de los satélites comerciales, que todo el mundo podía utilizar por dinero...

—Andrey, dígame al servicio de inteligencia que intente averiguar si los chinos han tenido acceso a los satélites fotográficos comerciales.

—¿Por qué molestarse? ¿No tienen los suyos...?

—No sabemos lo buenos que son sus satélites de reconocimiento, pero sí sabemos que los nuevos lanzados por los franceses son tan buenos como cualquiera de los norteamericanos hasta el año 1975 aproximadamente y su calidad basta para la mayoría de las funciones.

—Sí, mi general —respondió Aliyev, antes de hacer una pausa—. ¿Cree que aquí sucederá algo?

Bondarenko frunció el entrecejo, con la mirada puesta al sur a través del río. Desde aquella colina veía el interior de China. El terreno no parecía diferente, pero por razones políticas era territorio extranjero y aunque sus habitantes no se diferenciaban étnicamente de los de su país, las diferencias políticas bastaban para mirarlos con preocupación e incluso con miedo. Movi6 la cabeza.

—Andrey Petrovich, ha oído los mismos informes secretos que yo. Lo que me preocupa es que su ejército ha estado mucho más activo que el nuestro. Están capacitados para atacarnos y nosotros no lo estamos para derrotarlos. No disponemos siquiera de tres divisiones completas y su nivel de entrenamiento no es el apropiado. Tenemos mucho que hacer antes de que empiece a sentirme cómodo. Reforzar esta línea es lo más fácil, y lo más importante es ocultar los búnkers. Luego empezaremos a mandar los soldados al campo de tiro en la retaguardia, para que practiquen con los cañones. Será fácil para ellos, ¡pero no se ha hecho en diez meses! Hay mucho que hacer, Andrushka, mucho que hacer.

—Es verdad, camarada general, pero hemos empezado con buen pie.

Bondarenko agitó la mano y refunfuñó.

—Podremos hablar de buen pie dentro de un año. Apenas hemos echado la primera meada en un día que será muy largo, coronel. Ahora trasladémonos al este para ver el nuevo sector.

El general Peng Xi Wang, comandante del Ejército de Choque 34 de Bandera Roja, a sólo dieciséis kilómetros de distancia, contemplaba la frontera rusa con unos potentes prismáticos. El Treinta y Cuatro de Choque era una unidad militar tipo A, formada por unos ocho mil hombres. Disponía de una división blindada, dos mecanizadas, una de infantería motorizada y otros destacamentos bajo su mando directo, como una brigada independiente de artillería. Con sus cincuenta años de edad y miembro del partido desde poco más de los veinte, Peng era un veterano soldado profesional que había disfrutado de los últimos diez años de su vida. Desde que había estado al mando de su regimiento de tanques como coronel decano pudo entrenar incesantemente sus tropas en lo que se había convertido en su país.

El distrito militar de Shenyang comprendía la parte más septentrional de la República Popular. Estaba compuesta de colinas y bosques, con veranos cálidos e inviernos muy fríos.

Ya había empezado a formarse hielo en el río Amur, a los pies de Peng, pero desde el punto de vista militar, el verdadero obstáculo eran los árboles. Los tanques podían derribar los árboles aislados, pero no uno cada diez metros. No, era preciso sortearlos y aunque había suficiente espacio para ello, era difícil para los conductores, y el consumo de combustible equivalía a vaciar el depósito por la borda. Más allá había vías y carreteras, que podría utilizar si algún día avanzaba hacia el norte, aunque el terreno ofrecía amplias oportunidades de emboscadas, si los rusos

disponían de una buena colección de armas antitanque. Pero según la doctrina de los rusos, de medio siglo de antigüedad, el arma más eficaz contra un tanque era otro tanque mejor. En su guerra contra los fascistas, el ejército soviético disponía del excelente tanque T-34. Habían fabricado muchos cañones Rapier antitanque y copiado debidamente las armas dirigidas de la OTAN, pero eso se contrarrestaba con el fuego a discreción de la artillería y Peng disponía de muchos cañones y montones de proyectiles para ocuparse de la infantería desprotegida que debía guiar los proyectiles a sus objetivos. Le habría gustado disponer del sistema antimisiles Arena, diseñado por los rusos para proteger sus tanques de los enjambres de insectos mortíferos de la OTAN, pero no lo tenía y, en cualquier caso, había oído que no funcionaba demasiado bien.

Sus prismáticos eran una copia china del modelo Zeiss alemán, adoptado en otra época por el ejército soviético. Cubrían una gama de veinte a cincuenta aumentos, que le permitía observar detalladamente la otra orilla. Peng se desplazaba al lugar una vez al mes, aproximadamente, lo que le permitía inspeccionar sus propias tropas en la frontera, que en realidad se limitaban a realizar una observación defensiva y además ligera. No le preocupaba un ataque ruso a su país. El Ejército Popular creía en la misma doctrina que todos los ejércitos hasta la antigua época de los asirios: la mejor defensa es una buena ofensiva. Si aquí empezaba una guerra, era preferible que fueras tú quien la iniciara. Peng tenía archivos llenos de planes de ataque contra Siberia, elaborados por su personal de operaciones e inteligencia, porque ésa era su función.

—Sus defensas no parecen bien cuidadas —observó Peng.

—Así es, camarada —respondió el coronel en jefe del regimiento de la frontera—. Por lo general, vemos muy poca actividad.

—Están demasiado ocupados vendiendo sus armas a los civiles para comprar vodka —comentó el oficial político del ejército—. Su moral es baja y no se entrenan como nosotros.

—Tienen un nuevo comandante —declaró el oficial de inteligencia—. Un tal general Bondarenko. Goza de buena reputación en Moscú como intelectual y como valiente comandante en el campo de batalla en Afganistán.

—Eso significa que ha sobrevivido a un contacto —observó el oficial político—. Probablemente con una puta en Kabul.

—Es peligroso subestimar al adversario —advirtió el oficial de inteligencia.

—Y es estúpido sobrevalorarlo.

Peng se limitaba a mirar por los prismáticos. No era la primera vez que los oía discutir. El oficial de inteligencia tendía a ser como una vieja chismosa, pero así eran muchos en el servicio de inteligencia y el político, al igual que varios de sus colegas, era suficientemente agresivo para que a su lado Genghis Khan pareciera afeminado. Como en el teatro, los oficiales interpretaban el papel que se les asignaba. El suyo,

evidentemente, consistía en ser el comandante sabio y seguro de sí mismo de una de las primeras fuerzas de ataque de su país y Peng lo interpretaba con suficiente acierto para estar en la línea de ascenso a general de división, y si jugaba bien sus cartas, puede que a mariscal dentro de unos ocho años aproximadamente. Con el rango adquiriría verdadero poder político y una fortuna personal inconmensurable, con fábricas enteras que trabajaban para su enriquecimiento personal. Algunas de dichas fábricas tenían como directores a simples coroneles, personas con credenciales políticas impecables que sabían cómo doblegarse ante sus superiores, pero Peng nunca había seguido dicho camino. Prefería mucho más el campo a un despacho, donde daba órdenes a los paletos. Como alférez, había luchado contra los rusos, no muy lejos de aquel lugar. Había sido una experiencia ambigua. Al principio su regimiento había tenido éxito, pero luego había sido intensamente bombardeado por la artillería. Eso había sucedido en la época del Ejército Rojo, el auténtico ejército soviético, cuando disponían de divisiones completas de artillería, cuyo fuego concentrado podía sacudir cielo y tierra, y aquel encuentro fronterizo había puesto de manifiesto la ira de la nación que Rusia había sido en otra época. Pero ya no lo era. Según sus informes de inteligencia, las tropas rusas al otro lado de aquel río de frías aguas no eran ni la sombra de lo que habían sido en otra época. Tal vez cuatro divisiones, y no completas. Por consiguiente, por muy inteligente que fuera ese tal Bondarenko, si llegaban a enfrentarse, pasaría auténticos apuros.

¿Pero acaso no era eso una cuestión política? Evidentemente. Todas las cosas verdaderamente importantes lo eran.

—¿Cómo van los ingenieros de puentes? —preguntó Peng, con la mirada en el obstáculo acuoso situado a sus pies.

—Su último ejercicio fue muy bien, camarada general —respondió el oficial de Operaciones.

Como todos los demás ejércitos del mundo, el Ejército Popular había copiado el puente ruso de «cinta», diseñado por ingenieros rusos en los años sesenta, para cruzar todos los ríos de Alemania occidental en la esperada guerra entre la OTAN y las fuerzas del Pacto de Varsovia, que nunca tuvo lugar. Salvo en el campo de ficción, sobre todo en Occidente, donde siempre ganaban las fuerzas de la OTAN. Evidentemente. ¿Gastarían los capitalistas dinero en libros que acabaran con su cultura? Peng se rio para sus adentros. Esa gente disfrutaba con sus ilusiones...

Casi tanto como los miembros del Politburó en su propio país. Así era el mundo en todas partes, pensaba Peng. Los gobernantes de todos los países albergaban imágenes en sus cabezas e intentaban que el mundo se pareciera a ellas. Algunos lo lograban y esos eran los que escribían los libros de historia.

—¿Qué esperamos aquí?

—¿De los rusos? —preguntó el oficial de inteligencia—. Nada, que yo sepa. Su

ejército se entrena un poco más, pero nada de que preocuparse. Si piensan cruzar el río hacia el sur, espero que sepan nadar en agua fría.

—A los rusos les gusta demasiado la comodidad para eso. Se han ablandado con su nuevo régimen político —declaró el oficial político.

—¿Y si nosotros avanzáramos hacia el norte? —preguntó Peng.

—Si les damos una buena patada, su castillo podrido se desmoronará —respondió el oficial político.

No sabía que citaba literalmente a otro enemigo de los rusos.

XLIII. DECISIONES

El coronel que pilotaba el Fuerzas Aéreas Uno realizó un aterrizaje aún mejor que de costumbre. Jack y Cathy Ryan estaban ya despiertos y despabilados, después de una ducha y un ligero desayuno acompañado de un buen café. El presidente miró por la ventana a su izquierda y vio tropas formadas en líneas perfectas, cuando el avión se dirigía a su lugar de estacionamiento asignado.

—Bienvenida a Polonia, cariño. ¿Qué tienes previsto hacer?

—Voy a pasar unas horas en su principal hospital universitario. Su jefe de oftalmología quiere que presencie una operación.

Siempre le ocurría lo mismo a «la doctora» y no le importaba. Era normal, dada su pertenencia al mundo académico, que trataba con pacientes pero también formaba nuevos doctores y observaba cómo sus colegas alrededor del mundo ejercían su profesión. De vez en cuando descubría algo que valía la pena aprender, o incluso copiar, porque había personas listas en todo el mundo y no sólo en el hospital universitario Johns Hopkins. Era una de las obligaciones de la primera dama que realmente le gustaban, porque le permitían aprender de las mismas, en lugar de comportarse sólo como una Barbie un tanto llana de pecho para que el mundo la admirara. Con dicho fin, se había puesto un traje chaqueta de color beige, cuya chaqueta no tardaría en cambiar por una bata blanca, que era su atuendo predilecto. Jack llevaba uno de sus trajes azul oscuro con rayas blancas de presidente de Estados Unidos, con una corbata granate porque a Cathy le gustaba la combinación y realmente decidía lo que se ponía, salvo la camisa. El presidente sólo usaba camisas blancas de algodón con el cuello abrochado, y a pesar de la insistencia de Cathy para que utilizara algo distinto, se mantenía firme en su decisión. En varias ocasiones, Cathy había comentado que las utilizaría incluso con el esmoquin, si la convención no exigiera otra cosa.

El avión se detuvo y empezó la ceremonia. Un sargento de las fuerzas aéreas, en este caso siempre un hombre, abrió la puerta de la izquierda del aparato, para comprobar que la escalera móvil ya estaba en su lugar. Otros dos suboficiales bajaron apresuradamente, para saludar al presidente cuando descendiera. Andrea Price O'Day hablaba por su radio digital con el jefe del equipo avanzado del servicio secreto, para asegurarse de que el presidente podía salir sin peligro alguno. Ya sabía que los polacos habían sido tan cooperativos como cualquier cuerpo policial norteamericano y habían desplegado suficientes fuerzas para defenderse de un ataque extraterrestre o de la Wehrmacht de Hitler. Miró a los señores Ryan y asintió.

—Hora de salir a escena, cariño —dijo Jack a Cathy, con una austera sonrisa.

—Impresiónalos, artista —bromeó ella, como solía hacerlo en privado.

John Patrick Ryan, presidente de Estados Unidos de Norteamérica, se asomó a la

puerta para contemplar Polonia, o por lo menos todo lo que podía ver de aquel país desde donde se encontraba. Entonces estallaron los primeros vítores, porque a pesar de no haber estado nunca en Polonia, aquí era un personaje popular, aunque no tenía la menor idea de por qué. Descendió, cautelosamente, recordándose a sí mismo que no debía tropezar y caer por la escalera. Daba mala impresión, como había podido comprobar en sus propias carnes uno de sus predecesores. Al pie de la escalera recibió el saludo de los dos sargentos de las fuerzas aéreas estadounidenses, que Ryan devolvió instintivamente, y a continuación recibió el saludo de un oficial polaco. Jack se percató de que aquí lo hacían de otra manera, con el meñique y el anular doblados, como los niños del movimiento Scout en Norteamérica. Jack inclinó la cabeza y le sonrió, antes de seguirlo hasta la línea de recepción, donde se encontraba el embajador de Estados Unidos, que le presentó al presidente polaco. Caminaron juntos por una alfombra roja hasta un pequeño atril, donde el presidente polaco le dio la bienvenida y Ryan comentó lo contento que estaba de visitar aquel antiguo país y nuevo e importante aliado de Norteamérica. Ryan recordó varios chistes de polacos, muy populares cuando estaba en el instituto, pero logró no relacionarlos con la gente que tenía delante. A continuación pasó revista a la guardia de honor, unas tres compañías de infantería, ataviadas para la ocasión. Miró brevemente a cada uno a la cara y dedujo que su deseo era regresar cuanto antes al cuartel para ponerse cómodos, donde comentarían que ese tal Ryan no estaba mal para ser un maldito jefe de Estado norteamericano y que menos mal que ya había terminado aquel jodido desfile. A continuación, Jack y Cathy (ella con un ramo de flores que le habían ofrecido unos encantadores niños polacos, un niño y una niña de unos seis años, porque ésa era la mejor edad para recibir a una dignataria extranjera) subieron a su coche oficial, una limusina de la embajada norteamericana, para desplazarse a la ciudad. Entonces Jack se dirigió al embajador.

—¿Qué me dice de Moscú?

En otra época, los embajadores habían sido personajes de suma importancia, razón por la cual, en Estados Unidos todavía debían ser aprobados por votación en el Senado. Cuando se redactó la Constitución se viajaba por el mundo en barcos de vela y un embajador en el extranjero era Estados Unidos y debía poder hablar en nombre de su país, sin ninguna orientación de Washington. Las comunicaciones modernas habían convertido a los embajadores en carteros con pretensiones, aunque todavía de vez en cuando debían ocuparse de algún asunto delicado y ahora éste era el caso.

—Quieren que el secretario venga cuanto antes. El avión de apoyo está en una base de cazas, a unos veinticinco kilómetros de aquí. Podemos trasladar a Scott hasta allí en menos de una hora —declaró Stanislas Lewendowski.

—Gracias, Stan. Adelante.

—Sí, señor presidente —respondió el embajador, oriundo de Chicago, inclinándose

brevemente la cabeza.

—¿Hay algo que debemos saber?

—Salvo lo dicho, señor, todo está bastante controlado.

—Detesto oír eso —observó discretamente Cathy—. Es cuando empiezo a temer que ocurra un desastre.

—Aquí, no, señora —prometió Lewendowski—. Aquí las cosas están bajo control.

Me alegra oír eso —pensó el presidente Ryan—, ¿pero qué coño ocurre con el resto del mundo?

—Eduard Petrovich, esto no es un acontecimiento agradable —dijo Golovko a su presidente.

—Eso ya lo veo —respondió lacónicamente Grushavoy—. ¿Por qué tenemos que haber descubierto esto a través de los norteamericanos?

—Teníamos una buena fuente en Pekín, pero se jubiló hace poco. Tiene sesenta y nueve años, está enfermo y le llegó el momento de dejar su escaño en la secretaría del partido. Lamentablemente, no encontramos a nadie para reemplazarlo —reconoció Golovko—. La fuente norteamericana parece ser alguien en un cargo parecido. Es una suerte que tengamos esta información, independientemente de la fuente.

—Mejor tenerla que no tenerla —admitió Eduard Petrovich—. ¿Y ahora qué?

—El secretario de Estado Adler se reunirá con nosotros dentro de unas tres horas, a instancia de los norteamericanos. Quiere hablar directamente con nosotros de «un asunto de interés mutuo». Eso significa que a los norteamericanos les preocupa tanto como a nosotros lo que sucede.

—¿Qué dirán?

—Indudablemente, nos ofrecerán algún tipo de ayuda. Qué exactamente, no lo sé.

—¿Hay algo que yo no sepa sobre Adler y Ryan?

—No lo creo. Scott Adler es un diplomático de carrera, bien considerado en todas partes por su experiencia y su habilidad diplomática. Él y Ryan son amigos, desde la época en que Ivan Emmetovich era subdirector de la CIA. Se llevan bien y no hay discrepancias entre ellos respecto a la política. A Ryan hace más de diez años que lo conozco. Es listo, decidido y tiene un sentido poco común del honor personal. Un hombre de palabra. Era enemigo de la Unión Soviética y un enemigo astuto, pero desde el cambio de sistema se ha convertido en amigo. Evidentemente desea que nuestra economía prospere, pero sus esfuerzos por ayudarnos han sido un tanto inconexos y confusos. Como usted sabe, hemos ayudado a los norteamericanos en dos operaciones clandestinas, una contra China y otra contra Irán. Esto es importante, porque Ryan considerará que nos debe un favor. Como ya le he dicho, es un hombre de honor y querrá pagar su deuda, siempre y cuando no perjudique sus propios intereses de seguridad.

—¿Así se interpretaría un ataque contra China? —preguntó el presidente Grushavoy.

—Sí, eso creo —afirmó decididamente Golovko—. Sabemos que Ryan ha dicho en privado que admira la cultura rusa, y que preferiría que Norteamérica y Rusia fueran socios estratégicos. Por consiguiente, creo que el secretario Adler nos ofrecerá una ayuda considerable contra China.

—¿Qué clase de ayuda?

—Eduard Petrovich, soy agente de inteligencia, no un adivino gitano... —respondió Golovko, antes de hacer una pausa—. Pronto tendremos más información, pero si quiere que especule...

—Hágalo —ordenó el presidente ruso.

El director de la SVR respiró hondo antes de responder.

—Nos ofrecerá un escaño en el Consejo del Tratado Atlántico Norte.

Grushavoy se sobresaltó.

—¿Unirnos a la OTAN? —preguntó, boquiabierto.

—Sería la solución más elegante al problema. Nos convertiría en aliados del resto de Europa y presentaría a China una retahíla de enemigos si nos atacara.

—¿Y si nos hacen esa oferta...?

—Debería usted aceptarla inmediatamente, camarada presidente —respondió el jefe de la SVR—. Sería una estupidez no hacerlo.

—¿Qué exigirán a cambio?

—Sea lo que sea, será mucho menos costoso que una guerra contra China.

Grushavoy asintió pensativamente.

—Lo pensaré. ¿Realmente es posible que Norteamérica reconozca a Rusia como aliado?

—Ryan lo habrá reflexionado detenidamente. Se ajusta a su visión estratégica y, como ya le he dicho, creo que admira y respeta sinceramente a Rusia.

—¿Después de tanto tiempo en la CIA?

—Por supuesto. Esa es precisamente la razón. Nos conoce. Es lógico que nos respete.

Grushavoy reflexionó. Al igual que Golovko, era un patriota ruso que amaba hasta el olor del suelo de su país, sus bosques de abedules, el vodka y la sopa de verduras, su música y su literatura. Pero no estaba ciego ante los errores y la mala suerte que su país había soportado a lo largo de los siglos. Como Golovko, Grushavoy había alcanzado la madurez en una nación denominada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y había sido educado para creer en el marxismo/leninismo, pero gradualmente se había percatado de que, a pesar de que su carrera política le exigía adorar aquel altar ateo, su dios era falso. Como muchos, había visto que el sistema anterior sencillamente no funcionaba. Pero al contrario de

todos los demás, salvo una pequeña y valiente minoría, él había hablado abiertamente de las deficiencias del sistema. Como abogado, incluso bajo el régimen soviético cuando la ley estaba supeditada a la voluntad política, había hecho campaña a favor de un sistema jurídico racional, que permitiera a la gente prever la reacción del Estado ante sus actos, con algo parecido a un mínimo de confianza. Estaba allí cuando se derrumbó el antiguo régimen y abrazó el nuevo como un adolescente abraza su primer amor. Ahora se esforzaba por imponer el orden, un orden legítimo que era aún más difícil, en un país que a lo largo de los siglos sólo había conocido dictaduras. Si lo lograba, sabía que sería recordado como uno de los gigantes de la historia política de la humanidad. Si fracasaba, se le recordaría sólo como un visionario iluminado que había sido incapaz de convertir su sueño en realidad. En sus momentos de tranquilidad pensaba que lo segundo era lo más probable.

No obstante, jugaba para ganar. Ahora contaba con el oro y el petróleo descubiertos en Siberia, que habían aparecido como dones del Dios misericordioso que su educación le había enseñado a negar. La historia rusa pronosticaba, o mejor dicho, exigía, que semejantes dones le fueran arrebatados a su país, porque ésa había sido siempre su odiosa mala suerte. ¿Dios sentía odio por Rusia? Cualquiera que estuviera familiarizado con el pasado de aquel antiguo país lo creería. Pero hoy la esperanza surgía como un sueño dorado y Grushavoy estaba decidido a no permitir que el sueño se evaporara, como todos los demás. La tierra de Tolstoi y Rimsky Korsakov había ofrecido mucho al mundo y ahora merecía algo a cambio. Puede que ese tal Ryan fuera realmente un amigo de su país y de su pueblo. Su país necesitaba amigos. Disponía de los recursos para su propia existencia, pero para aprovecharlos necesitaba ayuda, la suficiente para permitir que Rusia se incorporara al mundo como una nación completa y autosuficiente, dispuesta a ser amiga de todos, a dar y recibir con honor y concordia. Los medios estaban a su alcance, aunque no los tuviera en la mano. Su aprovechamiento lo inmortalizaría, convertiría a Eduard Petrovich Grushavoy en el hombre que había levantado su país. Pero para ello necesitaba ayuda, y aunque eso carcomía su sentido del amor propio, su patriotismo, su deber para con su país le exigía superarlo.

—Veremos, Sergev Nikolay'ch, veremos.

—Ha llegado el momento —dijo Zhang Han San a sus colegas en la sala de roble lustrado—. Los hombres y las armas han tomado posiciones. La recompensa está a la vista. Esa recompensa nos ofrece la salvación económica, la seguridad económica con la que hemos soñado desde hace décadas, la posibilidad —prosiguió— de convertir China en la primera potencia mundial. Este es un legado para nuestro pueblo, como ningún líder ha dejado a sus descendientes. Sólo debemos apoderarnos de él. Prácticamente está en nuestras manos, como un melocotón en el árbol.

—¿Es factible? —preguntó cautelosamente el ministro del Interior Tong Jie.

—¿Mariscal? —dijo Zhang, pasando la pregunta al ministro de Defensa.

Luo Cong se inclinó hacia adelante. Él y Zhang habían pasado mucho tiempo juntos la noche anterior, entre mapas, planos e informes de inteligencia.

—Desde un punto de vista militar, sí, lo es. Disponemos de cuatro ejércitos tipo A en el distrito militar de Shenyang, en perfecto estado de entrenamiento y listos para avanzar hacia el norte. Tras los mismos hay seis ejércitos tipo B con suficiente infantería para apoyar nuestras fuerzas mecanizadas y otros cuatro de tipo C para guarecer la tierra que conquistemos. Desde un punto de vista estrictamente militar, basta con que nuestras fuerzas avancen y reciban avituallamiento. Eso es principalmente una cuestión de ferrocarriles, que transporten los suministros y los hombres. ¿Ministro Qian? —preguntó Luo.

Él y Zhang habían reflexionado detenidamente sobre aquella pequeña estrategia, con la esperanza de dominar desde el primer momento a cualquier posible detractor de la política nacional que proponían.

Al ministro de Finanzas le sobresaltó la pregunta, pero el orgullo en su trabajo anterior y su innata honradez lo impulsaron a responder sinceramente:

—Hay suficientes trenes para sus propósitos, mariscal Luo —respondió lacónicamente—. Lo que me preocupa es la reparación del daño causado por los bombardeos aéreos enemigos a nuestras vías de comunicación y nuestros puentes. Eso es algo que el Ministerio de Ferrocarriles examina desde hace décadas, pero no existe una respuesta precisa, porque no podemos prever el alcance de los daños que los rusos puedan infligir.

—Eso no me preocupa excesivamente, Qian —respondió el mariscal Luo—. La aviación rusa se encuentra en un estado paupérrimo, debido a toda su actividad contra las minorías musulmanas. Han agotado una buena parte de sus mejores armas y repuestos. Calculamos que nuestros grupos de defensa aérea protegerán nuestros medios de transporte con pérdidas aceptables. ¿Podremos mandar personal para la construcción de vías en Siberia, con el fin de extender nuestros ferrocarriles?

Qian se sintió atrapado una vez más.

—Los rusos han estudiado y evaluado múltiples trazados a lo largo de los años, con la esperanza de prolongar su ferrocarril transiberiano y poblar la región. Sus esfuerzos se remontan a la época de Stalin. ¿Somos capaces de montar raíles con rapidez? Sí. ¿Con la rapidez necesaria para nuestros propósitos? Probablemente, no, camarada mariscal —respondió reflexivamente Qian.

Si no respondía con sinceridad, su escaño se evaporaría él lo sabía.

—No soy optimista respecto a este proyecto, camaradas —declaró Shen Tang, ministro de Asuntos Exteriores.

—¿Por qué, Shen? —preguntó Zhang.

—¿Qué harán otras naciones? —preguntó retóricamente—. No lo sabemos, pero

no auguro buenas perspectivas, especialmente por parte de los norteamericanos. Cada vez son más amigos de los rusos. Se sabe sobradamente que el presidente Ryan es amigo de Golovko, principal consejero del presidente Grushavoy.

—Lástima que Golovko siga vivo, pero tuvimos mala suerte —reconoció Tan Deshi.

—Depender de la suerte es peligroso a este nivel —dijo Fang Gan a sus colegas—. La suerte no es amiga del hombre.

—Tal vez la próxima vez —respondió Tan.

—La próxima vez —pensó Zhang en voz alta— será preferible eliminar a Grushavoy y sumir a su país en un caos absoluto. Un país sin presidente es como una serpiente sin cabeza. Puede que dé sacudidas, pero sin lastimar a nadie.

—Tampoco puede morder una cabeza amputada —observó Fang—. ¿Y quien nos asegura que nos sonreirá la suerte en esta ocasión?

—Un hombre puede esperar a que la suerte decida por él, o agarrar a una zorra por el pescuezo y tomarla a la fuerza, como todos hemos hecho en alguna ocasión —agregó Zhang, con una sonrisa cruel.

Es mucho más fácil con una dócil secretaria que con el propio destino, Zhang, reflexionó Fang para sus adentros. Sólo podía llegar hasta cierto punto en aquel foro y lo sabía.

—Camaradas, aconsejo precaución. Los perros de la guerra tienen los dientes muy afilados, pero cualquier perro puede volverse y morder a su amo. ¿No es cierto que todos lo hemos visto? Algunas cosas, cuando se empiezan, no son tan fáciles de parar. La guerra es una de ellas y no debe tomarse a la ligera.

—¿Qué sugieres que hagamos, Fang? —preguntó Zhang—. ¿Esperar a quedarnos sin petróleo y sin trigo? ¿Esperar a necesitar tropas para aplacar el descontento entre nuestra propia gente? ¿Esperar a que el destino decida por nosotros, o elegir nuestro propio destino?

La única respuesta se encontraba en la propia cultura china, en las antiguas creencias que acudían a la mente de todos los miembros del Politburó casi como información genética, a pesar de su condicionamiento político.

—Camaradas, el destino nos espera a todos. Él nos elige, no nosotros a él. Lo que nos propones, mi viejo amigo, simplemente podría acelerar lo que nos espera, y ¿quién entre nosotros puede decir si nos gustará o dejará de hacerlo? —dijo el ministro Fang, moviendo la cabeza—. Puede que lo que propones sea necesario, incluso provechoso —reconoció—, pero sólo después de que se hayan examinado plenamente y descartado las demás alternativas.

—Si vamos a decidirnos —dijo Luo—, debemos hacerlo pronto. Ahora viene el buen tiempo para una campaña. Pero la temporada tiene una duración limitada. Si atacamos pronto, en las próximas dos semanas podemos apoderarnos de nuestros

objetivos y luego el tiempo jugará a nuestro favor. Cuando llegue el invierno, será prácticamente imposible una campaña ofensiva contra una defensa decidida. Entonces dependeremos del ministerio de Shen para proteger y consolidar lo que hayamos capturado, tal vez compartiendo las ganancias con los rusos... durante un tiempo —agregó con cinismo.

China nunca compartiría semejante riqueza, todos lo sabían. Sólo era una estratagema para engañar a los inocentes y a los diplomáticos de mente confusa, que como todos sabían abundaban en el mundo.

Entretanto, el presidente Xu guardaba silencio y observaba a los demás, antes de tomar su decisión y ordenar una votación, cuyo resultado estaría evidentemente predeterminado. Había otra pregunta obligatoria y no fue sorprendente que fuera Tan Deshi, ministro de Seguridad Estatal, quien la formulara.

—Luo, amigo mío, ¿con qué premura habría que tomar la decisión para tener el éxito asegurado? ¿Y con qué facilidad podría revocarse dicha decisión, si las circunstancias lo exigieran?

—Lo ideal sería dar hoy el «visto bueno» para poder empezar a trasladar nuestras fuerzas a sus posiciones previstas. En cuanto a detener la ofensiva, evidentemente puede hacerse hasta el momento en que abra fuego la artillería. Es mucho más difícil avanzar que permanecer en un mismo lugar. Cualquiera puede quedarse quieto, no importa donde esté.

La respuesta preparada con antelación, a la pregunta también prevista, era tan astuta como engañosa. Claro que se podía detener un ejército listo para avanzar, prácticamente con la misma facilidad que se podía detener el flujo del río Yangtze.

—Comprendo —dijo Tan—. En tal caso, propongo que se someta a votación el «visto bueno» condicional, sujeto a cambio en cualquier momento por mayoría de voto en el Politburó.

Ahora le correspondía a Xu hacerse cargo de la reunión.

—Camaradas, gracias por todas sus opiniones sobre el tema que nos ocupa. Ahora debemos decidir lo que es mejor para nuestro país y nuestro pueblo. Votaremos sobre la propuesta de Tan, una autorización condicional para un ataque destinado a capturar y explotar los yacimientos de oro y de petróleo en Siberia.

Como Fang se temía, el voto ya estaba decidido, y en interés de la solidaridad votó con los demás. Sólo Qian Kun titubeó, pero al igual que los otros se unió a la mayoría, porque en la República Popular era peligroso quedarse solo en cualquier grupo, sobre todo en éste. Además, Qian sólo era un candidato sin voto, en la más democrática de las mesas.

La decisión fue unánime.

Long Chun, se denominaría: Operación Dragón de Primavera.

Scott Adler conocía Moscú tan bien como muchos rusos, después de haber estado

allí muchas veces, incluido un período en la embajada norteamericana al principio de su carrera diplomática, hacía ya muchos años, durante la administración Carter. La tripulación de las fuerzas aéreas, acostumbrada a llevar personas a lugares extraños en misiones secretas, lo dejó en su destino a la hora prevista. Aquella misión era menos inusual que la mayoría. El avión se detuvo en la base aérea rusa y el coche oficial se acercó al aparato, incluso antes de desplegar la escalera mecánica. Adler se apeó, sin siquiera un ayudante. Un funcionario ruso le estrechó la mano y lo invitó a subir al coche, para su desplazamiento a Moscú. Adler se sentía cómodo. Sabía que iba a ofrecerles a los rusos un regalo para el mayor árbol de Navidad del mundo y no creía que fueran tan estúpidos como para rechazarlo. No, los rusos eran unos de los diplomáticos y pensadores geopolíticos más hábiles del mundo, desde hacía por lo menos sesenta años. Ya en 1978 le había parecido triste que su gente hábil estuviera encadenada a un sistema político condenado al fracaso, e incluso vislumbró entonces la destrucción de la Unión Soviética. La proclamación de Jimmy Carter de los «derechos humanos» había sido la mejor movida de su política exterior y la menos apreciada, porque había inyectado en su imperio político el virus de la podredumbre, que empezó a erosionar su poder en Europa oriental, e incitó a la propia población a comenzar a formular preguntas. Fue un potaje que Ronald Reagan enriqueció, aumentando la apuesta con su escalada de la defensa, que forzó la economía soviética hasta más allá de sus propios límites, permitiendo que George Bush estuviera presente cuando tiraron la toalla y se desprendieron del sistema político que se remontaba a Vladimir Il'ych Ulyanov, el propio Lenin, padre fundador e incluso dios del marxismo/leninismo. Solía ser triste cuando un dios fallecía... pero no en este caso, pensó Adler cuando se deslizaban velozmente los edificios.

Luego se percató de que quedaba otro gran dios falso, Mao Zedong, a la espera de su entierro definitivo en el estercolero de la historia. ¿Cuándo sucedería eso? ¿Jugaba su misión un papel en aquel funeral? La apertura de Nixon en China había jugado un papel en la destrucción de la Unión Soviética que los historiadores todavía no habían asimilado plenamente. ¿Sería su último eco la caída de la propia República Popular? Quedaba por ver.

El coche entró en el Kremlin por la Puerta de Spaskiy, para dirigirse luego al edificio del Consejo de Ministros. Entonces Adler se apeó, entró rápidamente y subió en el ascensor hasta una sala de reuniones en el tercer piso.

—Señor secretario —dijo Golovko a modo de saludo.

Adler esperaba encontrarse con una eminencia gris. Pero Sergey Nikolay'ch era en realidad un hombre de verdadero intelecto y una mente abierta, propia del mismo. No era siquiera un pragmático, sino un hombre que perseguía lo mejor para su país y lo buscaba donde su mente alcanzara a vislumbrarlo. Un buscador de la verdad, pensó el secretario de Estado. Tanto él como Norteamérica podían convivir con hombres

como él.

—Señor director, gracias por su pronta recepción.

—Tenga la bondad de acompañarme, señor Adler.

Golovko lo condujo por una doble puerta de gran altura a lo que parecía la sala del trono. Scott no recordaba si aquel edificio se remontaba a la época de los zares. El presidente Eduard Petrovich Grushavoy lo estaba esperando, ya cortésmente de pie, con aspecto serio pero amable.

—Señor Adler —sonrió el presidente ruso, tendiéndole la mano.

—Señor presidente, es un placer estar de nuevo en Moscú.

—Tenga la bondad —dijo Grushavoy, al tiempo que lo conducía a unos cómodos sillones junto a una mesilla, donde estaba ya lo necesario para tornar un té, que Golovko sirvió como un noble de confianza, que satisfacía los deseos de su rey y su invitado.

—Gracias. Siempre me ha encantado la forma de servir el té en Rusia —dijo Adler, antes de remover el suyo y tomar un sorbo.

—Bien, ¿qué tiene que decirnos? —preguntó Grushavoy, en un inglés aceptable.

—Les hemos mostrado lo que para nosotros se ha convertido en causa de gran preocupación.

—Los chinos —observó el presidente ruso.

Todos lo sabían, pero seguían el protocolo tradicional de las conversaciones de alto nivel, como los abogados para hablar de un caso importante a puerta cerrada.

—Sí, los chinos. Parecen plantear una amenaza para la paz mundial. Hemos hecho grandes esfuerzos, tanto su país como el mío, para zanjar el conflicto. Reconocemos con gratitud la ayuda de Rusia en nuestros conflictos más recientes. Rusia ha actuado últimamente como los aliados que fuimos hace sesenta años. Norteamérica es un país que recuerda a sus amigos.

Golovko espiró lentamente. Sí, estaba a punto de cumplirse su pronóstico. Ivan Emmetovich era un hombre de honor y amigo de su país. Recordó en aquel momento la ocasión en que le había puesto a Ryan una pistola contra la sien, hacía ya muchos años, cuando Jack había organizado la desertión de Gerasimov, director del KGB. Sergey Nikolay'ch se puso entonces furioso, como no lo había estado en toda su larga y dura vida profesional, pero se abstuvo de apretar el gatillo porque no habría sido correcto dispararle a un hombre con credenciales diplomáticas. Ahora bendecía su moderación, porque Ivan Emmetovich Ryan ofrecía a Rusia lo que siempre había anhelado de Norteamérica: providencia. La honorabilidad de Ryan, su sentido de la ecuanimidad y la honradez personal que constituía el aspecto más perjudicial de su nueva responsabilidad política, lo convertían en una persona en quien Rusia podía confiar. Y en aquel momento, Golovko podía hacer lo que había anhelado durante toda su vida: ver el futuro que estaba a sólo unos minutos.

—¿Cree que la amenaza china es real? —preguntó Grushavoy.

—Eso nos tememos —respondió el secretario de Estado norteamericano—. Esperamos poder detenerla.

—¿Pero cómo lo lograremos? China conoce nuestra flaqueza militar. Últimamente hemos reducido nuestra capacidad defensiva, con el fin de destinar fondos a sectores de mayor valor para nuestra economía. Ahora parece que lo vamos a pagar caro —declaró con preocupación el presidente de Rusia.

—Señor presidente, esperamos poder ayudar a Rusia en ese sentido.

—¿Cómo?

—Señor presidente, en este mismo momento, el presidente Ryan está hablando con los jefes de Estado y de gobierno de la OTAN. Les propone que invitemos a Rusia a firmar el Tratado del Atlántico Norte. Eso convertirá la Federación Rusa en un aliado del resto de Europa y debería obligar a los chinos a retroceder, para reflexionar sobre el acierto de un conflicto con su país.

—¡Ah! —exclamó Grushavoy—. ¿De modo que Norteamérica ofrece a Rusia una plena alianza de Estado?

—Sí, señor presidente —asintió Adler—. Al igual que fuimos aliados contra Hitler, hoy podemos serlo de nuevo contra todos los enemigos potenciales.

—Esto plantea muchas complicaciones, por ejemplo, las conversaciones indispensables entre nuestros mandos militares y los suyos, e incluso con la jefatura de la OTAN en Bélgica. Podríamos tardar meses en coordinar nuestro país con la OTAN.

—Ésas son cuestiones técnicas de las que se ocuparán los diplomáticos y los técnicos militares. Pero a este nivel, ofrecemos a la Federación Rusa nuestra amistad en la paz y en la guerra. Colocamos la palabra y el honor de nuestros países a su disposición.

—¿Qué me dice de la Unión Europea, con su mercado común de alianzas económicas?

—Eso, señor presidente, depende de la CEE, pero Norteamérica alentará a nuestros amigos europeos para que les abran todas las puertas de la Comunidad Europea y aplicará toda su influencia con dicho fin.

—¿Qué piden a cambio? —preguntó Grushavoy.

Golovko no se lo había pronosticado. Esta podía ser la respuesta a muchas de las aspiraciones rusas, pero acudió a su mente la idea de que el petróleo ruso se convertiría en una importante riqueza para Europa y, por tanto, algo cuyo beneficio no sería unilateral, sino mutuo.

—No pedimos nada especial a cambio. El interés de Norteamérica es contribuir a la estabilidad y la paz mundial. ¿No es deseable para todos la amistad entre su pueblo y el nuestro?

—Y nuestra amistad también aportará beneficios a Norteamérica —señaló Golovko.

—Por supuesto —asintió sonriente Adler, acomodándose en su sillón—. Rusia venderá productos a Norteamérica, y Norteamérica venderá productos a Rusia. Seremos vecinos en el pueblo global, buenos amigos. Competiremos económicamente, ofreciendo y tomando el uno del otro, como hacemos con muchos otros países.

—¿Así de sencilla es su oferta? —preguntó Grushavoy.

—¿Debería ser más complicada? —respondió el secretario de Estado—. Soy diplomático, no abogado. Prefiero las cosas sencillas a las complicadas.

Grushavoy reflexionó durante medio minuto aproximadamente. Por regla general, las negociaciones diplomáticas tardaban semanas o meses para conseguir incluso las cosas más sencillas, pero Adler tenía razón: la sencillez era preferible a la complejidad y aquí la cuestión fundamental era simple, aunque las consecuencias podían ser asombrosas. Norteamérica ofrecía la salvación a Rusia, no sólo una alianza militar, sino todas las puertas abiertas para el desarrollo económico. Norteamérica y Europa se convertirían en socios de la Federación Rusa, para crear lo que podría convertirse en una comunidad abierta e integrada que abarcaría el hemisferio norte. Eduard Petrovich Grushavoy podría convertirse en el ruso que conducía su país un siglo entero al presente/futuro del mundo, y después de haber derribado tantas estatuas de Lenin y de Stalin, tal vez se levantaran algunas en su honor. Era una idea atractiva para un político ruso. Y después de unos minutos, extendió la mano por encima de la mesilla.

—La Federación Rusa acepta gustosa la oferta de Estados Unidos de Norteamérica. Juntos derrotamos en otra época la mayor amenaza a la cultura humana. Tal vez podamos hacerlo de nuevo, o, aún mejor, evitarlo.

—En tal caso, señor, comunicaré su aprobación a mi presidente.

Adler consultó su reloj. Lo habían resuelto en veinte minutos. Maldita sea, ¿no era asombrosa la rapidez con que se podía hacer historia, cuando uno lo tenía todo previsto? Se puso en pie.

—Ahora debo retirarme para hacer mi informe.

—Le ruego transmita mis respetos al presidente Ryan. Haremos todo lo posible para ser unos buenos aliados de su país.

—Señor presidente, ni él ni yo lo dudamos.

Adler estrechó la mano de Golovko y se dirigió a la puerta. A los tres minutos estaba de nuevo en su coche y de regreso al aeropuerto. Apenas había empezado a desplazarse el avión hacia la pista, cuando llamó por su teléfono de seguridad vía satélite.

—Señor presidente —dijo Andrea, después de acercarse a Ryan, cuando estaba a

punto de empezar la sesión plenaria de jefes de Estado de la OTAN y le entregó el teléfono de seguridad portátil—. Es el secretario Adler.

—¿Scott? Habla Jack. ¿Cómo va?

—Trato hecho, Jack.

—Bien, ahora debo vendérselo a estos muchachos. Buen chico, Scott. Vuelve cuanto antes.

—El avión avanza ahora por la pista.

Se cortó la línea y Ryan le entregó el teléfono a la agente especial Price O'Day.

—¿Buenas noticias? —preguntó Andrea.

—Sí —asintió Ryan, cuando entraba en la sala de reuniones.

Sir Basil Charleston se le acercó. Era el jefe del servicio secreto de inteligencia británico y conocía a Ryan desde mucho antes que cualquiera de los presentes. Algo curioso del camino de Ryan a la presidencia era que quienes mejor lo conocían eran todos espías, sobre todo de la OTAN, que asesoraban a sus jefes de gobierno sobre la forma de tratar con Norteamérica. Sir Basil había llegado a servir a cinco primeros ministros del gobierno de su majestad, pero ahora ocupaba un cargo bastante más importante que antes.

—Señor presidente.

—Bas, ¿cómo está?

—Bastante bien, gracias. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

Aunque no tengo por qué contestarla, pensó Jack con una sonrisa.

—Adler está ahora en Moscú. ¿Podemos saber por qué?

—¿Cómo reaccionará su primer ministro si invitamos a Rusia a unirse a la OTAN?

Jack se percató de que sus palabras habían obligado a Basil a parpadear. No ocurría a menudo que alguien llegara a sorprenderlo. Su mente se aceleró de inmediato para analizar la nueva situación.

—¿China? —preguntó después de unos seis segundos.

—Sí —asintió Jack—. Puede que allí tengamos algunos problemas.

—¿No avanzarán hacia el norte?

—Se lo están planteando —respondió Ryan.

—¿Es fiable su información?

—Sabe lo del oro ruso, ¿no es cierto?

—Por supuesto, señor presidente. Los rusos han tenido mucha suerte en ambos sentidos.

—Nuestro contacto en Pekín es aún mejor.

—¿En serio? —exclamó Charleston, dando a entender que su organización no los tenía.

—En serio, Bas. Es información de primer orden y nos tiene preocupados. Tenemos la esperanza de que el hecho de incorporar Rusia a la OTAN los asuste y lo abandonen. Grushavoy acaba de acceder. ¿Cómo cree que reaccionarán el resto de los presentes?

—Con cautela, pero favorablemente, cuando hayan tenido oportunidad de reflexionar.

—¿Nos apoyará Gran Bretaña? —preguntó Ryan.

—Debo hablar con el primer ministro. Luego le respondo.

Dicho esto, sir Basil se dirigió hacia donde el primer ministro británico hablaba con el ministro de Asuntos Exteriores alemán. Charleston lo llamó aparte y le habló discretamente al oído. El primer ministro abrió ligeramente los ojos y miró a Ryan. El primer ministro británico se sintió un tanto atrapado, de un modo ligeramente desagradable debido al factor sorpresa, pero esencialmente porque Gran Bretaña y Norteamérica siempre se apoyaban mutuamente. Su «relación especial» estaba tan viva y coleando hoy en día como durante los gobiernos de Franklin Roosevelt y Winston Churchill. Era una de las pocas constantes en el mundo diplomático para ambos países y contradecía la proclamación de Kissinger de que las grandes naciones no tienen amistades, sino intereses. Puede que fuera la excepción que confirmaba la regla, pero así era. Tanto Gran Bretaña como Norteamérica se arrojarían bajo un tren uno por otro. El hecho de que en Inglaterra el presidente Ryan fuera sir John Ryan, Caballero Capitán de la Real Orden de Victoria, hacía que la alianza fuera aún más firme. Con la debida deferencia, el primer ministro del Reino Unido se acercó al jefe de Estado norteamericano.

—Jack, ¿vas a informarnos sobre este asunto?

—En la medida de mis posibilidades. Tal vez pueda facilitarle discretamente a Basil un poco de información, pero te aseguro, Tony, que esto va en serio y nos tiene muy preocupados.

—¿El oro y el petróleo? —preguntó el primer ministro.

—Parecen creer que económicamente están en un callejón sin salida. Se han quedado prácticamente sin divisa y necesitan petróleo y trigo.

—¿No puedes ponérselo fácil?

—¿Después de lo que han hecho? El Congreso me ahorcaría de la farola más próxima.

La BBC había transmitido su propia miniserie sobre los derechos humanos en la República Popular y los chinos no habían salido muy bien parados. En realidad, detestar China era el nuevo deporte europeo, lo cual no había contribuido a mejorar sus negocios en el extranjero. Al igual que China se había tendido su propia trampa, los países occidentales habían reaccionado construyendo un muro. Los habitantes de dichas democracias eran tan poco partidarios de concesiones económicas o

comerciales como el Politburó chino de concesiones políticas.

—Claro —reconoció el británico—. Bastante parecido a una tragedia griega, ¿no te parece, Jack?

—Sí, Tony y lo trágico es nuestra adhesión a los derechos humanos. Terrible situación, ¿no te parece?

—¿Y esperas que introducir a Rusia en la OTAN los detenga?

—Amigo mío, si hay una carta mejor, no la he visto en mi baraja.

—¿Hasta qué punto están comprometidos?

—No se sabe. Nuestra información es muy buena, pero debemos utilizarla con cuidado. Podría morir gente y privarnos de la fuente de inteligencia que necesitamos.

—Como nuestro amigo Penkovskiy en los años sesenta. Una cualidad de Basil era que sabía educar a sus jefes sobre el funcionamiento del servicio de inteligencia.

Ryan asintió, antes de facilitar un poco de desinformación por cuenta propia. Era trabajo y Basil lo comprendería.

—Exactamente. No quiero cargar la muerte de ese hombre sobre mi conciencia, Tony, y por consiguiente, debo tratar esta información con mucha cautela.

—Por supuesto, Jack. Lo comprendo perfectamente.

—¿Podemos contar con vuestro apoyo?

—Sí, amigo mío —asintió inmediatamente el primer ministro—. Debemos hacerlo, ¿no es cierto?

—Gracias, compañero —respondió Ryan, dándole unas palmaditas en el hombro.

XLIV. LA FORMA DEL NUEVO ORDEN MUNDIAL

La reunión de los jefes de la OTAN, que debía haber sido meramente formal, se convirtió en un pequeño maratón que duró todo el día. Scott Adler tuvo que utilizar toda su capacidad de persuasión para suavizar la situación con algunos ministros extranjeros. Pero con la ayuda de Gran Bretaña, cuya diplomacia siempre había sido de la clase Rolls-Royce, después de cuatro horas todos asintieron, se estrecharon la mano y mandaron a los técnicos diplomáticos a preparar los documentos. Todo se hizo tras puertas cerradas, sin la oportunidad de que se filtrara a la prensa y cuando salieron los diversos jefes de gobierno, los medios de comunicación recibieron la noticia como un rayo en un cielo despejado. Lo que no descubrieron fue la auténtica razón para ello. Se les dijo que estaba relacionado con la nueva promesa económica de la Federación Rusa, que parecía bastante razonable y que, en cualquier caso, era esencialmente el motivo fundamental.

En realidad, la mayoría de los miembros de la OTAN tampoco conocían la historia completa. La nueva información secreta norteamericana sólo se compartía con Gran Bretaña, aunque a Francia y a Alemania les facilitaron ciertas indicaciones de la causa de la preocupación norteamericana. En cuanto a los demás, la mera lógica de la situación bastaba para parecer atractiva. Crearía buena impresión en la prensa, y para la mayoría de los políticos en el mundo entero, eso bastaba para quitarse la ropa y correr desnudos por una plaza pública. El secretario Adler advirtió a su presidente de los peligros de atraer naciones soberanas a las obligaciones de un tratado, sin revelarles todas las razones para el mismo, pero incluso él estuvo de acuerdo en que en este caso no había mucho donde elegir. Además, había una cláusula de escape incorporada, que al principio no detectaría la prensa, ni con suerte tampoco los chinos.

La revelación apareció en las noticias de la tarde en Norteamérica y en las de la noche en Europa, y las cámaras de televisión estaban presentes para mostrar la llegada de los diversos VIPS a la cena oficial en Varsovia.

—Te debo una, Tony —dijo Ryan al primer ministro británico, después de levantar su copa de vino.

El vino blanco era francés, del valle del Loira, y era excelente. El licor de la noche fue un vodka polaco, igualmente rico.

—Sólo cabe esperar que esto haga reflexionar a nuestros amigos chinos. ¿Cuándo llegará Grushavoy?

—Mañana por la tarde, seguido de otra sesión de copas. Vodka de nuevo, supongo.

En aquel mismo momento se estaban imprimiendo los documentos, que luego serían lujosamente encuadernados en piel, como se hacía invariablemente con esa

clase de documentos importantes, después de lo cual se ocultarían en diversos sótanos polvorientos, donde raramente volverían a verlos ojos humanos.

—Basil dice que tu información secreta es inusualmente buena y bastante aterradora —observó el primer ministro, con un trago de su propia copa.

—Lo es, amigo mío. Se supone que debemos creer que la guerra es algo del pasado.

—También lo creían hace cien años, Jack. Pero no ha sido así, ¿no es cierto?

—Desde luego, pero aquello fue entonces y esto ocurre ahora. El mundo ha cambiado mucho en los últimos cien años.

—Espero que esto le sirva de consuelo a Franz Ferdinand y los diez millones aproximados de víctimas indirectas de su aniquilación, por no mencionar la segunda parte de la gran guerra civil europea —observó el primer ministro.

—Sí, pasado mañana voy a Auschwitz. Debería ser entretenido.

Realmente a Ryan no le apetecía esa visita, pero consideraba que dadas las circunstancias era una obligación y, además, Arnie creía que quedaría bien por televisión, que era lo que motivaba muchas de las cosas que hacía.

—Cuidado con los fantasmas, amigo. Supongo que deben de abundar en ese lugar.

—Ya te lo contaré —prometió Ryan.

Se preguntó si sería como el Cuentito de Navidad, de Dickens. ¿Los fantasmas de los horrores del pasado, acompañados de los fantasmas de los horrores del presente y, finalmente, de los fantasmas de los horrores todavía por llegar? Pero su función consistía en evitar ese tipo de cosas. Para eso le pagaban los habitantes de su país. Puede que doscientos cincuenta mil dólares anuales no fuera mucho para alguien que había ganado el doble en el negocio del comercio, pero era mucho más de lo que ganaban la mayoría de los contribuyentes y éstos se lo ofrecían a cambio de su trabajo. Eso convertía la obligación en algo tan sagrado como un juramento ante el propio Dios. Auschwitz había sucedido porque otros hombres no habían honrado su obligación hacia el pueblo al que supuestamente debían servir. O algo por el estilo. La imaginación de Ryan nunca había dado el salto necesario para comprender la forma de pensar de los dictadores. Tal vez Calígula consideraba que las vidas de los romanos realmente le pertenecían y podía disponer de ellas a su antojo. Puede que Hitler creyera que los alemanes sólo existían para satisfacer su ambición de aparecer en los libros de historia y sin duda alguna lo había logrado, aunque no exactamente como él lo esperaba. Jack Ryan sabía objetivamente que aparecería en varios libros de historia, pero procuraba no pensar en lo que generaciones futuras opinarían sobre él. La supervivencia cotidiana en su trabajo ya era bastante difícil. El problema de la historia era que uno no podía trasladarse al futuro para ver retrospectivamente y con objetividad lo que se suponía que uno debía hacer. Hacer historia era mucho más

difícil que estudiarla y por tanto había decidido no pensar en ello. En cualquier caso, teniendo en cuenta que él no estaría presente para comprobar lo que se pensaba de él en el futuro, ¿valía la pena preocuparse? Tenía su propia conciencia para mantenerlo despierto por la noche y eso era ya bastante duro.

En la sala a su alrededor se encontraban los jefes de gobierno de más de quince países, desde la pequeña Islandia hasta Holanda o Turquía. Él era el presidente de Estados Unidos de Norteamérica, sobradamente el país más grande y poderoso de la OTAN, por lo menos hasta el día siguiente, rectificó para sus adentros, y le habría gustado preguntarles a cada uno de sus homólogos, que en aquel momento eran todos hombres, cómo diablos compaginaban su conciencia con sus obligaciones. ¿Cómo desempeñar honradamente el trabajo? ¿Cómo cuidar de las necesidades de todos los ciudadanos? Ryan sabía que no podía esperar razonablemente que todo el mundo lo quisiera. Arnie se lo había dicho; sólo era necesario que les gustara a la mitad más uno de los norteamericanos, no que lo quisieran, ¿pero su trabajo no debía consistir en algo más? Conocía los nombres y las caras de todos los demás jefes ejecutivos y le habían facilitado información sobre la personalidad de cada uno de ellos. Ese de ahí tenía una amante de sólo diecinueve años. Aquél bebía como un cosaco. Aquel otro estaba un poco confuso respecto a sus preferencias sexuales. Y éste era un ladrón que se había enriquecido enormemente a costa del gobierno. Pero todos eran aliados de su país y, por consiguiente, oficialmente amigos. Por tanto, Jack debía hacer caso omiso de lo que sabía de ellos y tratarlos como lo que parecían ser, más que como lo que realmente eran, y lo auténticamente divertido del caso era que se sentían superiores a él, porque eran mejores políticos. Y lo más gracioso era que estaban en lo cierto. Eran mejores políticos que él, pensaba Ryan, mientras saboreaba su vino. El primer ministro británico se acercó a su homólogo noruego, en el momento en que Cathy Ryan se reunía con su marido.

—Hola, cariño, ¿cómo te ha ido?

—Como de costumbre. Política.

—¿Acaso ninguna de esas mujeres tiene un trabajo como Dios manda? —preguntó Cathy, como si hablara con el aire.

—Algunas, sí —respondió Jack, recordando los informes—. Las hay que incluso tienen hijos.

—Sobre todo, nietos. Yo todavía no tengo edad para eso, gracias a Dios.

—Lo siento, cariño. Pero ser joven y hermosa también tiene sus ventajas —dijo el presidente a la primera dama.

—Y tú eres el más apuesto de los presentes —respondió Cathy con una sonrisa.

—Pero estoy demasiado cansado. Muchas horas en la mesa de negociaciones.

—¿Por qué introducís a Rusia en la OTAN?

—Para evitar una guerra con China —respondió sinceramente Jack.

Ya era hora de que lo supiera, y la respuesta despertó el interés de la primera dama.

—¿Cómo?

—Luego te contaré los detalles, cariño, pero ésta es la versión resumida.

—¿Una guerra?

—Sí. Es una larga historia y esperamos que lo que hemos acordado hoy la evite.

—Si tú lo dices —observó dubitativamente Cathy Ryan.

—¿Has conocido a alguien que te guste?

—El presidente francés es encantador.

—No me digas. Hoy, en la sesión de negociaciones, se ha comportado como un verdadero cabrón. Puede que sólo pretenda acostarse contigo —dijo Jack.

Había recibido información sobre el presidente francés y tenía la reputación de ser un hombre de un «vigor encomiable», según lo expresaba delicadamente el Departamento de Estado. Bueno, ¿acaso no tenían los franceses la reputación de ser grandes amantes?

—Ya estoy comprometida, sir John —le recordó su esposa.

—También yo, señora —respondió Ryan, que podría ordenarle a Roy Altman fusilar al francés por intentar ligarse a su esposa, pensó con una sonrisa, pero eso provocaría un incidente diplomático y a Scott Adler siempre le disgustaban esas cosas.

Jack consultó su reloj. Ya era hora de dar la jornada por terminada. Pronto algún diplomático haría una declaración discreta, que concluiría la velada. Jack no había bailado con Cathy. La triste realidad era que Jack no sabía bailar en absoluto, lo cual era un pequeño motivo de discusión con su esposa, que algún día pensaba corregir... tal vez.

La velada finalizó a su debido tiempo. La embajada disponía de aposentos cómodos y Ryan se dirigió a la enorme cama, que habían instalado para él y su esposa.

La residencia oficial de Bondarenko en Chabarsovil era muy cómoda, como correspondía a alguien de cuatro estrellas y su familia. Pero a su esposa no le gustaba. El este de Siberia carecía de la vida social de Moscú y, además, una de sus hijas estaba embarazada de nueve meses y su esposa se había trasladado a San Petersburgo para estar allí cuando el bebé naciera. Frente a la casa había una gran explanada. La parte posterior, donde se encontraba su dormitorio, daba a los pinares que cubrían la mayor parte de aquella provincia. Disponía de abundante personal para cuidar de sus necesidades, entre los que se encontraba un cocinero particularmente bueno y diversos técnicos de comunicaciones. Fue uno de ellos quien llamó a la puerta de su dormitorio, a las tres de la madrugada.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Una comunicación urgente para usted, camarada general —respondió la voz.

—Muy bien, espere un minuto.

Gennady Iosifovich se levantó, se puso un albornoz de tela y encendió una luz de camino a la puerta. Refunfuñó como lo hace cualquiera cuando no ha dormido lo suficiente, aunque a los generales era normal que les sucediera. Abrió la puerta sin gruñirle al suboficial que le entregó el télex.

—Urgente, de Moscú —señaló el sargento.

—Da, spasiba —respondió el general, que cogió el documento y entró de nuevo en el cuarto.

Se sentó en el cómodo sillón donde solía dejar la guerrera y cogió las gafas que en realidad no necesitaba, pero facilitaban la lectura en la semioscuridad. Era algo urgente, bueno lo suficiente para despertarlo en medio de la puta...

—Dios mío —exclamó el comandante en jefe de Extremo Oriente, a medio leer la primera página.

Luego volvió la página, para leer la esencia del mensaje.

En Norteamérica lo denominarían evaluación especial de inteligencia nacional. Bondarenko los había visto antes, incluso había ayudado a redactar alguno, pero nunca como aquél.

Se cree que existe un peligro inminente de guerra entre Rusia y la República Popular China. La ofensiva china tendrá como objetivo apoderarse de los yacimientos de oro y de petróleo descubiertos recientemente en Siberia oriental, mediante un rápido asalto mecanizado al norte de su frontera y al oeste de Khabarovsk. Los primeros elementos incluirán el 34.º Ejército de Choque, un ejército tipo A...

Esta valoración de inteligencia se basa en fuentes de inteligencia nacional con acceso a líderes políticos de la República Popular y la información ha sido calificada «1-A», decía el informe, lo que significaba que para la SVR era como una sagrada escritura. Bondarenko no lo había visto a menudo.

Se ordena a la Jefatura de Extremo Oriente que efectúe los preparativos necesarios para enfrentarse a dicho ataque y repelerlo...

—¿Con qué? —preguntó el general con los papeles en la mano—. ¿Con qué, camaradas? —repitió, mientras levantaba el teléfono de la mesilla de noche—. Quiero a mi personal reunido dentro de cuarenta minutos —dijo al sargento que contestó.

No dramatizaría la situación, ordenando ya el estado de alerta máxima. Eso se haría después de la reunión de mandos. Examinaba ya el problema en su mente. Lo seguiría haciendo mientras orinaba y se afeitaba, con su mente corriendo en pequeños círculos, hecho que reconocía pero no podía evitar, y el hecho de no poder evitarlo no reducía en lo más mínimo la velocidad del proceso. El problema al que se enfrentaba, mientras eliminaba el vello de su rostro, no era fácil, pero su rango como general de cuatro estrellas lo convertía en su problema y no quería ser recordado por futuros

estudiantes de la academia militar rusa como el general que no había sabido defender su país contra una invasión extranjera. Bondarenko se recordó a sí mismo que estaba allí porque era el mejor pensador operativo de su país. Había entrado antes en combate y su comportamiento había sido suficientemente bueno, no sólo para sobrevivir, sino para recibir la condecoración al valor más alta de su país. Había estudiado historia militar toda su vida. Había pasado incluso tiempo con los norteamericanos, en su laboratorio bélico de California, algo que anhelaba copiar y construir en Rusia, como mejor sistema posible de preparación de los soldados para el combate, pero que su país no podría permitirse en muchos años. Tenía el conocimiento. Tenía el valor. Lo que le faltaban eran medios. Pero la historia no la hacían los soldados que disponían de lo que necesitaban, sino los que no lo tenían. Cuando los soldados tenían lo suficiente, los líderes políticos pasaban a los textos. Gennady Iosifovich era un soldado y un soldado ruso. A su país siempre lo tomaban por sorpresa, porque por alguna razón sus líderes políticos nunca se percataban de la inminencia de una guerra y los soldados se veían obligados a pagar las consecuencias. Una voz lejana le decía que por lo menos a él no lo fusilarían por fracasar. Hacía mucho que Stalin había muerto y, con él, la idea de castigar a quienes no había avisado o preparado a tiempo. Pero Bondarenko no quiso escucharla. El fracaso era una alternativa demasiado amarga para considerarla mientras siguiera vivo.

La evaluación especial de inteligencia nacional llegó a las fuerzas norteamericanas en Europa y en el Pacífico, incluso con mayor rapidez que a Chabarsov. El almirante Bartolomeo Vito Mancuso la recibió antes de una cena organizada con el gobernador de Hawai, que su oficial de relaciones públicas tuvo que aplazar varias horas, mientras el comandante en jefe del Pacífico reunía a sus mandos.

—Hábleme, Mike —ordenó Mancuso a su segundo comandante, el general de brigada Michael Lahr.

—Bien, señor, no se trata de algo completamente inesperado —respondió el coordinador de inteligencia del campo de Operaciones—. Desconozco la fuente de inteligencia, pero parece humana de alto nivel, probablemente de origen político. La CIA asegura que es de gran fiabilidad y el director Foley es bastante bueno. Por consiguiente, debemos tomárnoslo muy en serio.

—Bien, lo que sabemos es que la República Popular contempla con envidia los descubrimientos minerales rusos en la parte central y norte de Siberia oriental —prosiguió Lahr, después de hacer una pausa para beber agua—. Esto encaja con los problemas económicos surgidos en su país, después de que las matanzas en Pekín provocaran la ruptura de las negociaciones comerciales y de que al parecer también se retiraran otros socios comerciales. Por consiguiente, ahora los chinos se encuentran

en un difícil trance económico y esto ha bastado para provocar guerras desde que se escribe la historia.

—¿Qué podemos hacer para desalentarlos? —preguntó el general en jefe de la infantería de marina de la flota del Pacífico.

—Lo que se hará mañana será incorporar la Federación Rusa a la OTAN. El presidente ruso Grushavoy se trasladará a Varsovia dentro de unas horas, para firmar el Tratado del Atlántico Norte. Eso convertirá a Rusia en aliada de Estados Unidos y de todos los demás miembros de la OTAN. La idea es que si China avanza, no sólo se enfrentará a Rusia, sino también al resto del Consejo del Atlántico Norte y eso debería obligarlos a reflexionar.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó Mancuso, que como mando militar cobraba para considerar el fracaso más que el éxito diplomático.

—Entonces, señor, si los chinos avanzan hacia el norte, habrá estallado una guerra entre la República Popular China y un aliado de Norteamérica en el continente asiático. Esto significa que nosotros entramos en guerra.

—¿Tenemos alguna orientación de Washington en este sentido? —preguntó el comandante en jefe del Pacífico. Lahr meneó la cabeza.

—Todavía no, almirante. Todo ocurre con excesiva rapidez y el secretario Bretano quiere conocer nuestra opinión.

—De acuerdo —asintió Mancuso—. ¿Qué podemos hacer? ¿En qué estado de preparación nos encontramos?

El comandante de cuatro estrellas de la Séptima Flota se inclinó hacia adelante.

—Estoy en bastante buena forma —declaró—. Todos mis portaaviones están disponibles, o casi, pero a mis pilotos les falta un poco de entrenamiento. En cuanto a material de superficie... ¿Ed?

El vicealmirante Goldsmith miró a su jefe.

—Estamos en buena forma, Bart.

—Se necesitará un poco de tiempo para desplazar más buques al oeste —asintió el comandante de la flota de submarinos en el Pacífico— pero están bien entrenados y podemos poner a su armada en un aprieto si es necesario.

Entonces todas las miradas se dirigieron al comandante de infantería.

—Confío en que no esperen que invada China con una división —observó.

Además, toda la flota del Pacífico disponía sólo de vehículos anfibios para desembarcar una brigada y todos lo sabían. A pesar de lo buenos que eran los marines, no podían enfrentarse a todo el ejército de la República Popular.

—¿Cómo están de forma los rusos? —preguntó al general Lahr el comandante de la Séptima Flota.

—No muy bien, señor. Su nuevo comandante en Extremo Oriente tiene buena reputación, pero sus medios son escasos. El ejército de la República Popular tiene por

lo menos ocho veces más soldados que él. Por consiguiente, la capacidad de ataque a distancia de los rusos es muy escasa, e incluso defenderse de ataques aéreos les resultará difícil.

—Así es —confirmó el general en jefe de las fuerzas aéreas en el Pacífico—. Los rusos han perdido mucho material operativo, en su conflicto con los chechenos. La mayor parte de sus aviones están en tierra, con problemas de mantenimiento. Eso significa que sus pilotos no practican lo suficiente para ser eficaces en el aire. Los chinos, por otra parte, se entrenan bastante bien desde hace varios años. Yo diría que sus fuerzas aéreas están en bastante buena forma.

—¿Conque podemos trasladarnos al oeste?

—Mucho —respondió el jefe de la aviación—. ¿Pero bastará? Depende de muchas variables. Será agradable disponer del apoyo de sus portaaviones —agregó, con una cortesía inusual por parte de las fuerzas aéreas estadounidenses.

—Bien —dijo a continuación Mancuso—. Quiero ver algunas opciones. Mike, amplíemos nuestras evaluaciones de inteligencia en primer lugar sobre la capacidad de los chinos y en segundo lugar sobre lo que se proponen.

—La CIA está alterando las funciones de sus satélites. Pronto deberíamos disponer de muchos puntos de observación, además de los de nuestros amigos en Taiwan, que efectúan una buena labor de vigilancia para nosotros.

—¿Son partícipes de este informe? —preguntó el comandante de la Séptima Flota.

Lahr negó con la cabeza.

—No, todavía no. Se mantiene bastante en secreto.

—Podría comunicarles a Washington que entienden mejor que nosotros la política interna de Pekín —dijo el jefe de los marines—. Es lógico. Hablan el mismo idioma. Piensan y discurren del mismo modo. Taiwan debería ser un medio primordial para nosotros.

—Puede que sí o puede que no —replicó Lahr—. Si estalla la guerra, no intervendrán para divertirse. Claro que son nuestros amigos, pero de momento no están involucrados en este conflicto, y lo más sensato por su parte es actuar con cautela. Se pondrán en estado de alerta máxima, pero no iniciarán operaciones ofensivas por cuenta propia.

—¿Apoyaremos realmente a los rusos dado el caso? O mejor dicho, ¿lo considerarán los chinos como una opción verosímil por nuestra parte? —preguntó el comandante de las fuerzas aéreas en el Pacífico, que administrativamente era el «amo» de los portaaviones y de la flota aérea y responsable de su entrenamiento.

—Leer su mente es trabajo de la CIA, no nuestro —respondió Lahr—. Que yo sepa, el servicio de inteligencia de defensa no dispone de fuentes de alto nivel en Pekín, salvo los mensajes interceptados procedentes de Fort Meade. En cuanto a mi

opinión personal, bueno, no olvidemos que los autores de sus valoraciones políticas son políticos maoístas, que tienden a ver las cosas a su manera, en lugar de adoptar lo que nosotros denominaríamos un punto de vista objetivo. Resumiendo, no lo sé, ni conozco a nadie que lo sepa, pero según la fuente que nos ha facilitado esta información, se proponen seriamente seguir adelante. Con suficiente seriedad para incorporar Rusia a la OTAN. Podría considerar esto como un paso bastante extremo para desalentar a la República Popular, almirante.

—¿Lo consideramos por consiguiente como una eventualidad sumamente posible? —resumió Mancuso.

—Sí, señor —respondió Lahr.

—Bien, caballeros. Entonces así lo haremos. Quiero planes y opciones para provocar a nuestros hermanos chinos una buena jaqueca. Planes aproximados mañana después del almuerzo y opciones concretas en cuarenta y ocho horas. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna. Bien, manos a la obra.

Al Gregory trabajaba hasta muy tarde. Como experto en programación informática estaba acostumbrado a los horarios inusuales y ésta no era una excepción. Actualmente se encontraba a bordo del USS Gettysburg, un crucero clase Aegis. El buque no estaba en el agua, sino en dique seco, soportado por una serie de puntales de madera mientras le cambiaban una hélice. El Gettysburg se había enredado con una boya cruzada en su cadena de amarre, se había desplazado hacia el canal de navegación del puerto y había sufrido daños considerables en la hélice de babor. Los astilleros se tomaban la reparación con calma, porque era también el momento de hacer la revisión programada de sus motores. Eso era bueno para la tripulación. Los astilleros navales de Portsmouth, parte del complejo de la base naval de Norfolk, no eran exactamente una zona verde, pero era donde vivían las familias de la mayoría de los tripulantes y eso lo convertía en un lugar suficientemente atractivo.

Gregory estaba en el CIC del buque, el Centro de Información de Combate, desde donde el capitán dirigía los ataques. Todo el armamento se controlaba desde aquel amplio espacio. El radar SPY disponía de tres grandes pantallas adjuntas, del tamaño de un buen televisor. El problema estaba en los ordenadores de los sistemas.

—Sabe lo que le digo —observó Gregory, al brigada encargado del mantenimiento de los equipos—, un viejo iMac tiene muchísima más potencia que esto.

—Doctor, este sistema es la flor de la tecnología de 1975 —protestó el suboficial—. Y no es tan difícil seguir la trayectoria de un misil.

—Además, doctor Gregory —dijo otro suboficial—, ese radar que yo utilizo sigue siendo el mejor equipo que ha salido jamás a navegar.

—Estoy de acuerdo —reconoció Gregory.

Sus componentes de estado sólido podían emitir un rayo de un grado en radiofrecuencia, con una potencia de seis megavatios, suficiente por ejemplo para que el piloto de un helicóptero tuviera hijos deformes, según bromeaban cruelmente los médicos. Y su potencia era más que suficiente para seguir la trayectoria de un vehículo balístico de retorno, a mil seiscientos kilómetros por lo menos. Su limitación era también el software, el patrón dorado que utilizaban prácticamente todos los sistemas de armamento del mundo.

—¿Qué hacen entonces, cuando quieren seguir la trayectoria de un vehículo de retorno?

—Lo llamamos «insertar el chip» —respondió el brigada.

—¿Cómo? ¿Hardware? —preguntó Al con incredulidad, consciente de que aquél no era un ordenador al que se le pudieran acoplar circuitos externos.

—No, señor: software. Cargamos otro programa diferente de control.

—¿Para qué necesitan otro programa? ¿El que ya tienen no puede seguir la trayectoria de aviones y misiles? —preguntó el vicepresidente de la Thompson Ramo Wooldridge.

—Yo sólo me ocupo del mantenimiento y de la operación de ese artefacto. No los diseño. Eso lo hacen RCA e IBM.

—Mierda —exclamó Gregory.

—Podría hablar con el teniente Olson —reflexionó en voz alta el segundo suboficial—. Es un chico de Dartmouth. Bastante listo para ser un novato.

—Desde luego —confirmó el brigada—. Programa como para entretenerse.

—Dennis el Terrible. Weps y el segundo comandante a veces se enojan con él.

—¿Por qué? —preguntó Gregory.

—Porque habla como usted, señor —respondió el brigada Leek—. Pero no está en su nivel salarial.

—Pero es un buen chico —comentó el sargento Matson—. Cuida debidamente a sus subordinados y conoce bien su oficio, ¿no es cierto, Tim?

—Desde luego, George, es un buen chico, con un gran futuro si se queda.

—No lo hará. Las empresas de informática ya intentan reclutarlo. Joder, la Compaq le ofreció trescientos de los grandes la semana pasada.

—Con eso se puede vivir —comentó el brigada Leek—. ¿Qué respondió Dennis?

—Dijo que no. Yo le dije que esperara a que le ofrecieran medio millón —rio Matson, mientras se servía una taza de café.

—¿Qué cree usted, doctor Gregory? ¿Cree que el chico vale esa cantidad en el mundo de la informática?

—Si es realmente un buen programador, tal vez —respondió Al, con el firme propósito de investigar personalmente al teniente Olson.

En su empresa siempre había cabida para alguien de talento. Dartmouth era

notoria por su Departamento de Informática. Si a eso se le agregaba experiencia en el campo, tenía un buen candidato para el proyecto SAM en curso.

—Bien, si inserta el chip, ¿qué ocurre? —preguntó.

—Entonces cambia el alcance del radar. Ya sabe cómo funciona, la energía de radiofrecuencia sale permanentemente por cuenta propia, pero sólo aceptamos las señales reflejadas durante un margen determinado de tiempo. Esto —dijo el brigada Leek, que tenía en la mano un disquete con la etiqueta escrita a mano— cambia el margen. Prolonga el alcance efectivo del SPY, hasta unos... dos mil kilómetros. Mucho más que el de los misiles. Hace cinco años, a bordo del Port Royal, estuve en la zona de prueba de misiles de Kwajalein y seguimos la trayectoria del vehículo de retorno en todo momento, desde que apareció por el horizonte.

—¿Lo alcanzaron? —preguntó Gregory, de pronto interesado.

Leek movió la cabeza.

—Le falló la aleta de orientación al pájaro, un antiguo Block-IV. Nos acercamos a cincuenta metros, un mero pelo de coño del radio de destrucción de la ojiva y, por alguna razón que nunca nadie me ha revelado, sólo nos permitían un disparo. Shiloh dio en el blanco al año siguiente. Lo hizo papilla. El vídeo es una gozada —afirmó el brigada.

Gregory lo creyó. Cuando un objeto que se desplazaba en cierta dirección a veintitrés mil kilómetros por hora golpeaba a otro en dirección contraria a dos mil cuatrocientos kilómetros por hora, el resultado podía ser bastante impresionante.

—¿Lo alcanzó a la primera? —preguntó.

—Desde luego. El cabrón venía directo hacia nosotros y este encanto no falla.

—Siempre lo limpiamos todo en las pruebas de Vandal junto a las islas Wallops —confirmó el sargento Matson.

—¿Qué son exactamente?

—Viejos Talos SAM —explicó Matson—. Grandes tubos estatorreactores, que se acercan por un rumbo balístico a unos tres mil quinientos kilómetros por hora. También muy calientes en cubierta. Eso es lo que nos preocupa. Los rusos sacaron un rastreador de superficie que llamamos Sunburn...

—Asesino de Aegis, lo llaman algunos —agregó el brigada Leek—. Bajo y rápido.

—Pero todavía no se nos ha escapado ninguno —declaró Matson—. El sistema Aegis es bastante bueno. Por cierto, doctor Gregory, ¿qué comprueba usted exactamente?

—Quiero averiguar si su sistema puede utilizarse para detener un misil balístico de retorno.

—¿A qué velocidad? —preguntó Matson.

—Un auténtico misil balístico intercontinental, cuando lo detecte en el radar se

estará desplazando a unos veintisiete mil kilómetros por hora, digamos siete mil seiscientos metros por segundo.

—Esto es mucha velocidad —observó Leek—. Siete u ocho veces la velocidad de una bala de fusil.

—Más rápido que un misil balístico de corto alcance, como el Scud. No estoy seguro de que podamos lograrlo —dijo Matson con preocupación.

—Este sistema de radar seguirá perfectamente su trayectoria. Es muy parecido al Cobra Dane del Aleutian. La cuestión es si los SAM pueden reaccionar con suficiente rapidez para dar en el blanco.

—¿Qué dureza tiene el objetivo? —preguntó Matson.

—Más suave que un avión. El vehículo de retorno está diseñado para aguantar el calor, no un impacto. Igual que el transbordador espacial. Cuando cruza una tormenta de lluvia, las baldosas se resienten terriblemente.

—No me diga.

—Sí —asintió Gregory— igual que las tazas de espuma de poliestireno.

—Entonces el problema estriba en acercar el SM2 lo suficiente, para que la ojiva estalle cuando el objetivo se encuentre en el cono de fragmentación.

—Exactamente.

Puede que fueran chusqueros, pensó Gregory, pero eso no significaba que fueran tontos.

—Hay que modificar el software de la cabeza de busca, ¿no es cierto?

—Efectivamente. He modificado el programa. Una tarea bastante fácil, en realidad. He programado de nuevo la mutación del láser. Debería funcionar, si el buscador infrarrojo responde como dicen. Por lo menos así lo hizo en las simulaciones por ordenador en Washington.

—Funcionaba de maravilla en el Shiloh, doctor. Tenemos la cinta de vídeo por alguna parte —aseguró Leek—. ¿Quiere verla?

—Desde luego —respondió, entusiasmado, el doctor Gregory.

—De acuerdo —dijo el brigada Leek, mientras consultaba su reloj—. Ahora estoy libre. Déjeme ir a fumar un cigarrillo en la popa y luego proyectaremos la cinta —agregó, imitando la voz de Warner Wolf, en la WCBS de Nueva York.

—¿No puede fumar aquí?

Leek refunfuñó, enojado.

—Es la nueva marina, doctor. El capitán es un nazi de la salud. Hay que ir a popa para poder fumar. Ni siquiera en los camarotes de suboficiales.

—Yo lo dejé —dijo Matson—. No soy un gallina como Tim.

—Una mierda —respondió Leek—. Quedan pocos hombres de verdad a bordo.

—¿Cómo es que aquí se sientan de lado? —preguntó Gregory, cuando se levantaba para acompañarlos a popa—. Las pantallas importantes están a la derecha

del barco, en lugar de estar orientadas de proa a popa. ¿Por qué?

—Porque le ayuda a uno a vomitar cuando navegamos —rio Matson—. El diseñador de estos buques no sentía mucha simpatía por los marinos, pero por lo menos el aire acondicionado funciona.

En el CIC la temperatura raramente superaba los dieciséis grados, lo que obligaba a la mayoría de los hombres a llevar jersey. Definitivamente, los cruceros Aegis no eran famosos por sus comodidades.

—¿Va en serio? —preguntó el coronel Aliyev, consciente de que la pregunta era estúpida, pero sin poder evitar que brotara de sus labios, y su comandante lo sabía.

—Tenemos órdenes de tratarlo como tal, coronel —respondió, enojado, Bondarenko—. ¿De qué disponemos para detenerlos?

—La División de Rifles Motorizada 265 está aproximadamente al cincuenta por ciento de eficacia de combate —respondió el oficial de Operaciones—. Además, dos regimientos de tanques al cuarenta por ciento más o menos. Nuestras formaciones de la reserva son principalmente teóricas —concluyó Aliyev—. Nuestros medios aéreos: un regimiento de cazas de intercepción listo para el combate y otros tres con ni siquiera la mitad de sus aviones listos para volar.

Bondarenko asintió al oír la noticia. La situación estaba mejor que a su llegada y era un éxito haber llegado tan lejos, pero eso no impresionaría mucho a los chinos.

—¿Oposición? —preguntó a continuación.

El oficial de inteligencia de Extremo Oriente era otro coronel, Vladimir Konstantinovich Tolkunov.

—Nuestros vecinos chinos están en buena forma militar, camarada general. Su formación más cercana es el Ejército de Choque 34, un ejército tipo A, al mando del general Peng Xi Wang —respondió, haciendo gala de sus conocimientos—. Dicha formación dispone por lo menos del triple de nuestros medios mecanizados y está bien entrenada. En cuanto a la aviación china, bueno, disponen de más de dos mil aviones tácticos y debemos suponer que lo utilizarán todo en esta operación. Camaradas, nuestros medios están muy lejos de bastar para detenerlos.

—Entonces aprovecharemos el uso del espacio —propuso el general—. Eso es algo que tenemos en abundancia. Practicaremos la lucha de retención y esperaremos refuerzos de Occidente. Hoy hablaré con Stavka. Calculemos lo que necesitamos para detener a esos bárbaros.

—Todo por una línea de ferrocarril —comentó Aliyev—. Y nuestros putos ingenieros se han ocupado de limpiar la ruta, para facilitar el acceso de los amarillos a nuestros yacimientos petrolíferos. General, en primer lugar necesitamos que nuestros ingenieros se pongan a trabajar en campos minados. Disponemos de millones de minas y la ruta de los chinos es fácilmente predecible.

El problema general consistía en que los chinos contaban con la sorpresa

estratégica, aunque no táctica. Lo primero era un ejercicio político, y al igual que Hitler en 1941, los chinos lo habían conseguido. Por lo menos Bondarenko tendría aviso táctico, que era más de lo que Stalin había permitido a su ejército rojo. También esperaba tener libertad de maniobra, porque también, al contrario de Stalin, su presidente Grushavoy utilizaría para pensar el cerebro en lugar de los cojones. Con libertad de maniobra, Bondarenko dispondría de espacio para una guerra móvil contra su enemigo, sin brindarles a los chinos la oportunidad de un enfrentamiento decisivo y sólo permitiendo el contacto directo cuando fuera ventajoso para él. Entonces esperaría la llegada de los refuerzos, que le brindarían la oportunidad de librar una batalla en sus propios términos, en un lugar y un momento de su elección.

—¿Cómo son de buenos realmente los chinos, Pavel?

—El Ejército de Liberación no ha participado en operaciones de combate a gran escala desde hace más de cincuenta años, en la guerra de Corea contra los norteamericanos, sin tener en cuenta los enfrentamientos fronterizos con nosotros a finales de los sesenta y principios de los setenta. En cualquier caso, el Ejército Rojo los puso en su lugar, pero para ello disponíamos de una gran potencia de fuego y los chinos luchaban sólo por objetivos limitados. En líneas generales, se han entrenado según nuestro antiguo modelo. Sus soldados no estarán capacitados para pensar por cuenta propia. Su disciplina es peor que draconiana. La menor infracción puede acabar en una ejecución sumaria y eso favorece la obediencia. A nivel operativo, sus oficiales están bien entrenados en términos teóricos. Cualitativamente, sus armas son aproximadamente iguales que las nuestras. Gracias a su mayor presupuesto para entrenamiento, sus soldados están íntimamente familiarizados con sus armas y tácticas rudimentarias —explicó Zhdanov a los presentes—. Pero probablemente no nos igualan en planeamiento operativo y maniobrabilidad. Lamentablemente, nos superan en número y la cantidad también es calidad, como solían decir los ejércitos de la OTAN. Lo que intentarán hacer, y me temo que lo lograrán, será avanzar con rapidez, aplastarnos y seguir hacia sus objetivos políticos y económicos cuanto antes.

Bondarenko asintió mientras se tomaba un té. Eso era una locura y lo peor era que jugaba el papel de un comandante de la OTAN de 1975, tal vez alemán, que era auténticamente demente, enfrentándose a números adversos, pero con la ventaja, de la que no disponían los alemanes, de espacio para maniobrar, que los rusos siempre habían sabido utilizar en beneficio propio.

—Bien, camaradas —dijo, después de inclinarse hacia adelante—, les negaremos la oportunidad de un enfrentamiento decisivo. Si cruzan la frontera, haremos una guerra de maniobras. Atacaremos y nos desplazaremos. Les infligiremos daños y nos retiraremos antes de que puedan contraatacar. Les daremos tierra, pero no sangre. La vida de cada uno de nuestros soldados es preciosísima para nosotros. Los chinos tienen mucho camino por recorrer hasta sus objetivos. Les permitiremos recorrer

mucho camino, esperaremos y dosificaremos nuestros hombres y nuestro material. Les haremos pagar por lo que tomen, pero en modo alguno les permitiremos sorprender a nuestras fuerzas en una batalla decisiva. ¿Entendido? —preguntó a sus mandos—. Ante la duda, huiremos sin brindarle al enemigo lo que se propone. Cuando dispongamos de lo que necesitamos para contraatacar, haremos que se arrepientan de haber oído hablar de Rusia, pero hasta entonces, dejemos que cacen mariposas.

—¿Y los guardias de la frontera? —preguntó Aliyev.

—Infligirán daños a los chinos y luego se retirarán. Camaradas, no puedo insistir lo suficiente en que la vida de cada soldado raso es importante para nosotros. Nuestros hombres lucharán con más ahínco si saben que cuidamos de ellos y, sobre todo, merecen nuestra atención y solicitud. Les pedimos que arriesguen su vida por su país, su país debe recompensarlos con su lealtad. Si lo logramos, lucharán como tigres. El soldado ruso sabe cómo luchar. Todos debemos ser dignos de él. Ustedes son todos profesionales expertos. Esta será la mayor prueba de nuestra vida. Debemos estar a la altura de nuestra misión. Nuestra patria depende de nosotros. Andrey Petrovich, elabore unos planes para mí. Estamos autorizados a llamar a los reservistas. Empecemos a hacerlo. Disponemos de toneladas de material para ellos. Abran las puertas para que empiecen a sacar el material y Dios quiera que los oficiales destinados a dicha misión sean dignos de sus hombres. Ahora retírense.

Bondarenko se levantó y salió, con la esperanza de que su declamación hubiera cumplido su cometido.

Pero las guerras no se ganaban con discursos.

XLV. FANTASMAS DE HORRORES DEL PASADO

El presidente Grushavoy llegó a Varsovia con su habitual bombo y platillo. Buen actor, pensó Ryan, al ver su llegada por televisión. Por su cara, nunca se habría imaginado que su país estaba en el umbral de una gran guerra. Grushavoy pasó frente a la misma línea de recepción, compuesta indudablemente por las mismas tropas a las que Ryan había pasado revista a su llegada, hizo un discurso breve pero florido en el que citó la larga y amistosa historia compartida por Polonia y Rusia (omitiendo convenientemente las partes hostiles e igualmente prolongadas), y luego subió a un coche para desplazarse a la ciudad. Ryan se alegró de comprobar que lo acompañaba Sergey Nikolay'ch Golovko.

El presidente tenía en la mano un fax de Washington, donde se enumeraban los medios bélicos de los que disponían los chinos para invadir a sus vecinos septentrionales, junto con una evaluación de la DIA sobre lo que denominaban «correlación de fuerzas», que según recordaba Jack, eran términos utilizados por el antiguo ejército soviético. Su evaluación no era particularmente favorable. Era lamentable que Norteamérica no dispusiera de mucho con lo que ayudar a los rusos. La armada más poderosa del mundo era de escasa utilidad directa en una guerra terrestre. El ejército estadounidense tenía una división y media de tropas pesadas en Europa, pero se encontraban a millares de kilómetros del esperado campo de acción. Las fuerzas aéreas tenían toda la movilidad necesaria para proyectar su fuerza en cualquier lugar del mundo y eso podía provocarle a cualquiera un fuerte dolor de cabeza, pero no bastaba con los aviones para derrotar un ejército. No, ésa sería primordialmente la función de Rusia y según el fax, el ejército ruso estaba en unas condiciones terribles. La DIA tenía algunas cosas buenas que decir sobre el comandante en jefe ruso en el campo de Operaciones, pero un listo con una arma del calibre veintidós, frente a un tonto con una ametralladora, seguía llevando las de perder. De modo que esperaba que la noticia del día desconcertara a los chinos, pero tanto la CIA como el Departamento de Estado consideraban esa posibilidad decididamente dudosa.

—¿Scott? —preguntó Ryan a su secretario de Estado.

—Jack, no lo sé. Esto debería desalentarlos, pero no podemos estar seguros de hasta qué punto creen encontrarse en un callejón sin salida. Si se consideran atrapados, puede que sigan con sus planes bélicos.

—Maldita sea, Scott, ¿es así como hacen negocios las naciones? —preguntó Jack—. ¿Percepciones erróneas? ¿Temores? ¿Absoluta estupidez?

Adler se encogió de hombros.

—Es un error suponer que un jefe de gobierno es más listo que cualquiera de nosotros, Jack. Las personas toman decisiones del mismo modo, independientemente

de lo importantes o listas que sean. Se resume a cómo perciban la cuestión y a la mejor forma de servir sus propios intereses, conservar su propio bienestar personal. Recuerda que aquí no hablamos de clérigos. No se distinguen por su conciencia. Nuestro concepto del bien y del mal no interviene en esa clase de mentalidad. Traducen lo que es bueno para su país en lo que es bueno para ellos, igual que los reyes del siglo XIV, pero en este caso no hay ningún obispo en la cercanía para recordarles que Dios puede estar observándolos con un cuaderno en la mano.

Fue innecesario que Adler recordara que habían eliminado a un cardenal/arzobispo sólo para acabar en ese trance.

—¿Sociópatas? —preguntó el presidente.

El secretario Adler se encogió de hombros.

—No soy médico, sólo diplomático. Cuando uno negocia con esa clase de gente, agita ante sus ojos lo que es bueno para su país, o mejor dicho, para ellos, con la esperanza de que lo cojan. Se participa en el juego sin llegar a comprenderlos plenamente. Esa gente hace cosas que ninguno de nosotros haría jamás. Y gobiernan un gran país, con armas nucleares incluidas.

—Estupendo —farfulló Rvan, antes de levantarse para coger su abrigo—. Vamos a ver cómo firma nuestro nuevo aliado, ¿te parece?

A los diez minutos estaban en la sala de recepción del palacio Lazienki. Los diversos jefes de gobierno disponían del período de tiempo habitual sin cámaras para alternar con un vaso de Perrier y unas gotas de alcohol, antes de que un funcionario anónimo del servicio de protocolo abriera la doble puerta tras la que se encontraban la mesa, las sillas, los documentos y las cámaras.

El discurso del presidente Grushavoy era previsible en todos sus detalles. La OTAN se había fundado para proteger Europa occidental de lo que su país había sido en otra época, y su antiguo país había formado una alianza semejante llamada Pacto de Varsovia, precisamente en aquella misma ciudad. Pero el mundo había dado muchas vueltas y ahora Rusia se alegraba de unirse al resto de Europa, en una alianza de amigos cuyo único deseo era la paz y la prosperidad para todos. Grushavoy se alegraba muchísimo de ser el primer ruso en mucho tiempo que formaba realmente parte de la comunidad europea y prometió ser un amigo y socio digno de sus nuevos compañeros. (Ni siquiera se mencionaron las ramificaciones militares del Tratado del Atlántico Norte). Todos los presentes aplaudieron. Entonces Grushavoy sacó una antigua pluma estilográfica, prestada de la colección del Hermitage, en San Petersburgo, para firmar en nombre de su país y agregar así un nuevo miembro a la OTAN. Recibió una nueva ovación, al tiempo que se le acercaban los diversos jefes de Estado y de gobierno, para estrechar la mano del nuevo aliado. Y así cambió de nuevo la forma del mundo.

—Ivan Emmetovich —dijo Golovko, acercándose al presidente norteamericano.

—Sergey Nikolay'ch —respondió Ryan sin levantar la voz.

—¿Qué pensará Pekín de esto? —preguntó el jefe del servicio de inteligencia ruso.

—Con un poco de suerte, lo sabremos dentro de veinticuatro horas —respondió Ryan, consciente de que la CNN había transmitido la ceremonia a nivel planetario y seguro de que la habrían visto en China.

—Imagino que su lenguaje será blasfemo.

—Últimamente se han ensañado conmigo —afirmó Jack.

—Apuesto a que te han mandado a mantener relaciones carnales con tu madre.

—En realidad, sexo oral —respondió con disgusto el presidente—. Supongo que todo el mundo dice cosas parecidas en privado.

—Si alguien lo hace personalmente, puedo hacer que lo fusilen.

—Estoy seguro, Sergey —refunfuñó Ryan, parcialmente divertido.

—¿Funcionará esto? —preguntó Golovko.

—Yo iba a hacerte la misma pregunta. Vosotros los conocéis mejor que nosotros.

—No lo sé —respondió el ruso, con un pequeño sorbo de su copa de vodka—. Y si no funciona...

—En tal caso, tenéis nuevos aliados.

—¿Y qué me dices de las provisiones específicas de los artículos cinco y seis?

—Sergey, puedes asegurarle a tu presidente que Estados Unidos considerará un ataque contra cualquier parte del territorio de la Federación Rusa operativo bajo el Tratado del Atlántico Norte. En este sentido, Sergey Nikolay'ch, tienes la palabra y el compromiso de los Estados Unidos de Norteamérica —afirmó el sumo ejecutivo estadounidense.

—Jack, si no te importa que te llame así, le he dicho a mi presidente en más de una ocasión que eres un hombre de honor y de palabra —dijo el ruso, con evidente alivio en el semblante.

—Sergey, me siento halagado viniendo de ti. En realidad, es muy sencillo. Es vuestro territorio y una nación como la nuestra no puede permanecer impasible viendo cómo se comete un robo a gran escala. Corrompe los cimientos de la paz internacional. Es nuestra misión reconstruir el mundo y convertirlo en un lugar pacífico. Ya hemos tenido bastantes guerras.

—Me temo que habrá otra —dijo Golovko, con su sinceridad característica.

—Entonces, tu país y el mío unidos se asegurarán de que sea la última.

—Platón dijo «sólo los muertos han visto el fin de la guerra».

—¿Entonces debemos atenernos a las palabras de un griego que vivió hace veinticinco siglos? Yo prefiero las de un judío que vivió cinco siglos después. Ha llegado el momento, Sergey. Ha llegado el puto momento —insistió Ryan.

—Espero que tengas razón. Vosotros, los norteamericanos, siempre tan

optimistas...

—Existe una razón para serlo.

—¿Y cuál sería? —preguntó el ruso.

Jack miró fijamente a los ojos de su colega ruso.

—En mi país, todo es posible. También puede serlo en el tuyo, si os limitáis a permitirlo. Abrazad la democracia, Sergey. Abrazad la libertad. Los norteamericanos no somos genéticamente diferentes del resto del mundo. Somos híbridos. Por nuestras venas corre la sangre de todos los países del planeta. Lo único que nos diferencia del resto del mundo es nuestra Constitución. Sólo una serie de reglas. Eso es todo, Sergey, pero nos ha sido muy útil. ¿Cuánto hace que nos estudias?

—Desde que me afilié al KGB, hace más de treinta y cinco años.

—¿Y qué has aprendido sobre Norteamérica y su forma de funcionar? —preguntó Ryan.

—Evidentemente, no lo suficiente —respondió con sinceridad Golovko—. El espíritu de tu país siempre me ha dejado perplejo.

—Por su excesiva sencillez. Tú buscas complejidad. Nosotros permitimos que las personas persigan sus sueños y cuando los alcanzan, los premiamos. Otros ven que eso sucede y persiguen sus propios sueños.

—¿Y el problema de clases?

—¿Qué problema de clases? Sergey, no todo el mundo estudia en Harvard. No olvides que yo no lo hice. Mi padre era policía. Yo fui el primero de la familia en terminar la universidad. Fíjate en lo que me he convertido. En Norteamérica, Sergey, no hay distinciones de clases. Puedes convertirte en lo que elijas, si estás dispuesto a trabajar para ello. Puedes triunfar o fracasar. La suerte ayuda —reconoció Ryan—, pero lo esencial es el trabajo.

—Todos los norteamericanos tienen estrellas en los ojos —comentó lacónicamente el director de la SVR.

—Para ver mejor el firmamento —respondió Ryan.

—Tal vez. Siempre y cuando no nos aplasten.

—¿Entonces qué significa esto para nosotros? —preguntó Xu Kun Piao, en un tono completamente neutro.

Zhang Han San y su presidente habían estado mirando las noticias de la CNN en el despacho privado del segundo, acompañadas de una traducción simultánea por unos auriculares que ahora se habían quitado. El ministro decano sin cartera agitó despectivamente la mano.

—He leído el Tratado del Atlántico Norte —respondió—. No es aplicable en absoluto a nosotros. Los artículos cinco y seis limitan exclusivamente su aplicación militar a conflictos en Europa y Norteamérica; bueno, también incluye Turquía y en su redacción original, Argelia, que en 1949 formaba parte de Francia. Para efectos

navales, es aplicable sólo al Atlántico y al Mediterráneo, exclusivamente al norte del trópico de Cáncer. De lo contrario, los países de la OTAN se habrían visto obligados a intervenir en la guerra de Corea y en la de Vietnam, a favor de los norteamericanos. Eso no ocurrió porque el tratado no es aplicable fuera del área definida. Y tampoco es aplicable a nosotros. Los documentos de los tratados se redactan en un lenguaje discreto, para aplicaciones discretas —recordó Zhang a su jefe de partido—. No son ilimitados.

—No obstante, me preocupa —afirmó Xu.

—Las hostilidades no son actividades que deban tomarse a la ligera —reconoció Zhang—. Pero nuestro verdadero peligro es el colapso económico y el caos social resultante. Eso, camarada, podría derribar por completo nuestro orden social y éste es un riesgo que no nos podemos permitir. Pero cuando logremos apoderarnos del petróleo y del oro, ya no tendremos que preocuparnos de ese tipo de cosas. Con nuestro propio suministro abundante de petróleo dejaremos de enfrentarnos a una crisis energética y con el oro podremos comprar lo que necesitemos del resto del mundo. Amigo mío, hay que comprender a Occidente. Adoran el dinero y basan sus economías en el petróleo. Con esos dos ingredientes, deberán hacer negocios con nosotros. ¿Por qué intervino Norteamérica en el asunto de Kuwait? Petróleo. Quien tenga el petróleo es amigo suyo. Nosotros lo tendremos. Es así de sencillo —concluyó Zhang.

—Estás muy seguro.

El ministro asintió.

—Sí, Xu, lo estoy porque estudio a Occidente desde hace muchos años. Su forma de pensar es, en realidad, muy previsible. La finalidad de este tratado debe de ser asustarnos, supongo, pero en el mejor de los casos es un tigre de papel. Aunque quisieran prestar ayuda militar a Rusia, no disponen de los medios para hacerlo. Y no creo que lo deseen. No pueden conocer nuestros planes, porque si los conocieran, habrían aprovechado su ventaja sobre nosotros en términos de las reservas de divisa en las conversaciones comerciales, pero no lo hicieron, ¿no es cierto? —preguntó Zhang.

—¿No tienen forma de saberlo?

—Es sumamente improbable. El camarada Tan no posee el menor indicio de espionaje extranjero en nuestro país, que se acerque siquiera remotamente a alto nivel, y sus fuentes en Washington y otros lugares no han captado ninguna pista de que dispongan de dicha información.

—¿Entonces por qué acaban de ampliar la OTAN? —preguntó Xu.

—¿No es evidente? Rusia está a punto de enriquecerse con petróleo y oro, y los estados capitalistas desean participar de su buena fortuna. ¿No es eso lo que han dicho en la prensa? Concuerta perfectamente con el espíritu capitalista: avaricia

mutua. Quién sabe, puede que en cinco años nos inviten a entrar en la OTAN por la misma razón —observó Zhang, con una irónica sonrisa.

—¿Estás seguro de que nuestros planes no se han visto comprometidos?

—Conforme entremos en un nivel superior de alerta y se empiecen a movilizar las tropas, cabrá esperar cierta reacción por parte de los rusos. ¿Pero en cuanto a los demás? ¡Qué va! Tan y el mariscal Luo también están seguros.

—Muy bien —asintió Xu, no del todo convencido.

Era de mañana en Washington. El vicepresidente Jackson era en efecto el jefe del gabinete de crisis, debido a su cargo anterior como director de Operaciones de la Plana Mayor. Algo agradable de la Casa Blanca era su buena seguridad, mejorada más aún transportando al personal por helicóptero y coche, así como el hecho de que los mandos de la Plana Mayor pudieran comunicarse por fibra óptica desde su sala de reunión, conocida como «el tanque».

—¿Y bien? —preguntó Jackson, con la mirada en la gran pantalla de televisión, en la pared de la Sala de Situación.

—Mancuso tiene a su personal trabajando en Hawai. La armada puede hacerles pasar un mal rato a los chinos y las fuerzas aéreas pueden trasladar mucho material a Rusia si es necesario —respondió el general del ejército Mickey Moore, jefe de Estado Mayor—. Es la parte terrestre de la ecuación la que me tiene preocupado. En teoría podríamos aportar una división pesada, la primera blindada, desde Alemania oriental, junto con algunos destacamentos, y tal vez la OTAN aporte medios adicionales, pero el ejército ruso está en una situación terrible en este momento, especialmente en Extremo Oriente, y existe el problema añadido de que China dispone de doce misiles balísticos intercontinentales CSS-4. Calculamos que, por lo menos, cuatro nos apuntan a nosotros.

—Siga —ordenó el vicepresidente.

—Son clónicos del Titan-II. Maldita sea, lo he descubierto hoy. Los diseñó un coronel de las fuerzas aéreas de origen chino, educado en CalTech, que desertó a China en los años cincuenta. Algún imbécil lo acusó de cargos falsos contra la seguridad, que resultaron ser una bobada, pero él huyó con varias maletas repletas de información técnica extraída directamente del Jet Propulsion Laboratory, donde trabajaba en aquella época. Eso permitió a los comunistas chinos fabricar copias prácticamente idénticas al viejo misil Martin Marietta y, como ya le he dicho, calculamos que ocho de ellos nos apuntan a nosotros.

—¿Ojivas?

—Cinco megatonnes es lo que suponemos. Capaces de destruir una ciudad. El mantenimiento de los cohetes, al igual que el de los nuestros, es muy difícil. Calculamos que los han conservado sin combustible la mayor parte del tiempo y probablemente necesitarán de dos a cuatro horas de preparación, para estar en

condiciones de lanzamiento. Esta es la buena noticia. La mala es que han mejorado la protección de los silos durante la última década, probablemente como consecuencia de lo que hicimos durante nuestra campaña de bombardeos en Irán, así como nuestros ataques en Japón contra los también clónicos SS-19. Según nuestra estimación actual, están protegidos por tres metros de hormigón armado y un metro de acero blindado. No disponemos de ninguna bomba convencional capaz de penetrarlo.

—¿Por qué no? —preguntó Jackson, considerablemente sorprendido.

—Porque el GBU-29 que armamos para destruir aquel hondo búnker de Bagdad estaba diseñado para colgar de un F-111. No tiene las dimensiones apropiadas para la bodega de un B-2 y todos los 111 están en Arizona a la espera del desguace. De modo que tenemos las bombas, pero no con qué arrojarlas. La mejor alternativa para destruir esos silos serían misiles de crucero lanzados desde el aire con ojivas W-80, siempre y cuando el presidente autorice que los atacemos con armas nucleares.

—¿Con cuánto tiempo sabremos que los chinos han preparado los misiles para su lanzamiento?

—No mucho —reconoció Moore—. La configuración de los nuevos silos prácticamente lo impide. Sus cubiertas son masivas. Suponemos que se proponen hacerlas estallar con explosivos, como solíamos hacerlo nosotros.

—¿Disponemos de misiles de crucero nucleares?

—No, el presidente debe autorizarlo. Los cohetes y las ojivas están en la base de las fuerzas aéreas de Whiteman, junto con los B-2. Se tardaría aproximadamente un día en acoplarlos. Yo recomendaría que el presidente lo autorizara, si la situación china sigue adelante —concluyó Moore.

Y la mejor forma de lanzar misiles de crucero con ojivas nucleares, desde submarinos de la armada o aviones basados en portaaviones, era imposible debido a que se había retirado por completo el arsenal nuclear de la marina y Jackson sabía que invertir el proceso no sería particularmente fácil. A raíz de la precipitación radiactiva de la explosión nuclear en Denver, que había empujado al mundo al borde de un intercambio nuclear a gran escala, Rusia y Norteamérica, después de respirar hondo, habían decidido eliminar todas sus lanzadoras balísticas. Ambos países todavía tenían armas nucleares, evidentemente. Las norteamericanas eran sobre todo bombas de gravitación B-61 y B-83, además de ojivas termonucleares W-80 que podían acoplarse a los misiles de crucero. Ambas podían lanzarse con un gran nivel de seguridad, precisión y sigilo. El bombardero B-2A era invisible al radar (y difícil de detectar visualmente si no estaba muy cerca) y los misiles de crucero se desplazaban a tan poca altitud que se confundían, no sólo con el movimiento de la superficie, sino incluso con el tráfico de las autopistas. Pero les faltaba la velocidad de las armas balísticas. Ése era el problema de aquel terrible armamento, pero también su ventaja. Veinticinco minutos desde el momento en que se pulsaba el botón

de «lanzamiento» hasta el de impacto, o menos si se lanzaban desde el mar, porque solían recorrer distancias más cortas. Pero éstos habían desaparecido, salvo los que se conservaban para pruebas contra misiles balísticos, que habían sido modificados para dificultar el acoplamiento de ojivas.

Intentaremos resolverlo con armamento convencional. ¿Cuántas ojivas nucleares podríamos lanzar, si nos viéramos obligados a ello?

—¿En un primer ataque con los B-2? —preguntó Moore—. Unas ochenta. A dos por objetivo, suficientes para convertir todas las ciudades importantes de la República Popular en grandes baldíos. Causarían más de cien millones de muertes —agregó el jefe de Estado Mayor.

No tuvo que añadir que ése no era especialmente su deseo. Incluso a los militares más sanguinarios les repugnaba la idea de matar grandes cantidades de civiles, y los que alcanzaban el rango de cuatro estrellas lo hacían por ser reflexivos, no psicóticos.

—Si se lo hacemos saber, eso debería obligarlos a reflexionar sobre la idea de amenazarnos —decidió Jackson.

—Deberían ser mínimamente racionales, supongo —reconoció Mickey Moore—. ¿Quién quiere gobernar un territorio baldío?

Pero el problema, pensó, radicaba en que la gente que iniciaba guerras de agresión no era nunca completamente racional.

—¿Cómo lo hacemos para llamar a los reservistas? —preguntó Bondarenko.

En teoría, casi todos los varones rusos eran susceptibles de ser movilizados, porque la mayoría habían prestado servicio en las fuerzas armadas de su país en un momento u otro. Era una tradición que se remontaba a la época de los zares, cuando el ejército ruso se comparaba a una apisonadora por su enorme inmensidad.

Sin embargo, ahora el problema era que el Estado no sabía dónde vivían muchos de ellos. El Estado exigía que los licenciados de las fuerzas armadas comunicaran sus cambios de residencia, pero los afectados, que hasta recientemente precisaban el permiso del Estado para trasladarse de un lugar a otro, suponían que las autoridades conocían su paradero y raramente se molestaban; sin embargo, la burocracia del país era excesivamente vasta y compleja para seguirles la pista. Por consiguiente, ni Rusia, ni la Unión Soviética con anterioridad, habían intentado poner a prueba su capacidad para movilizar a los soldados que habían colgado sus uniformes. Había divisiones enteras de la reserva con el equipamiento más moderno, pero que nunca se había tocado desde el momento de guardarlo en sus almacenes y estaba sólo al cuidado de mecánicos en activo que se ocupaban de su mantenimiento y arrancaban los motores de acuerdo con la programación establecida, de un modo tan automático como seguían las demás órdenes redactadas e impresas. Por consiguiente, el comandante en jefe de Operaciones en Extremo Oriente disponía de millares de tanques y cañones sin soldados, junto a montañas de obuses y verdaderos lagos de

combustible.

La palabra «camuflaje», que significa truco o engaño, es de origen francés. Pero en realidad deberían de haberla inventado los rusos, porque eran los maestros mundiales en dicho arte militar. Los almacenes de los verdaderos tanques, que constituían la columna vertebral del ejército teórico de Bondarenko, estaban tan ingeniosamente escondidos que sólo su personal sabía dónde se encontraban. Una buena parte de los mismos había pasado incluso inadvertida a los satélites norteamericanos de espionaje, que durante muchos años habían intentado localizarlos. Incluso las carreteras de acceso a los mismos se pintaban de colores engañosos, o se cubrían de pinos falsos. Esa había sido otra de las lecciones de la segunda guerra mundial, cuando el ejército soviético logró confundir completamente en tantas ocasiones a los alemanes que uno se preguntaba por qué se molestaba la Wehrmacht en emplear oficiales de inteligencia, a los que engañaban con tanta frecuencia.

—Ya hemos dado la orden —respondió el coronel Aliyev—. Con suerte, encontraremos a la mitad de los reservistas. Obtendríamos mejores resultados si lo anunciáramos públicamente.

—No —respondió Bondarenko—. No podemos hacerles saber que nos estamos preparando. ¿Y los oficiales?

—¿Para las formaciones de la reserva? Disponemos de abundantes tenientes y capitanes, sólo nos faltan los soldados y los suboficiales a los que puedan mandar. Supongo que si fuera necesario, podríamos formar un regimiento completo de jóvenes oficiales conduciendo tanques —declaró secamente Aliyev.

—Ese regimiento debería de ser bastante eficiente —comentó el general, en lo que pasó por una ligera broma—. ¿Cuánto se tardará en reunir a los reservistas?

—Las cartas están listas y selladas. Deberían llegar todas a su destino en los próximos tres días.

—Mándenlas inmediatamente. Ocúpese personalmente de que se haga, Andrey —ordenó Bondarenko.

—A sus órdenes, camarada general —respondió Aliyev, antes de hacer una pausa—. ¿Qué opina de ese asunto de la OTAN?

—Si nos aporta ayuda, me parece bien. Me encantaría tener aviones norteamericanos bajo mi mando. Recuerdo lo que hicieron en Iraq. Hay muchos puentes que me gustaría ver derribados en los ríos que cruzan.

—¿Y sus fuerzas terrestres?

No las subestime. He visto cómo se entrenan y he conducido algunos de sus aparatos. Recuerde lo que le hicieron al ejército de la República Islámica Unida. Dos regimientos activos y una brigada territorial aplastaron dos cuerpos pesados, como si de unas maniobras se tratara. Esa es la razón por la que quiero mejorar nuestro

entrenamiento. Nuestros hombres son tan buenos como los suyos, Andrey Petrovich, pero el entrenamiento de los norteamericanos es el mejor que he visto en mi vida. Agréguele su equipamiento y he ahí su ventaja.

—¿Y sus mandos?

—Buenos, pero no mejores que los nuestros. Maldita sea, una y otra vez copian nuestra doctrina. Se lo he preguntado cara a cara y reconocen abiertamente que admiran nuestra filosofía operativa. Pero la utilizan mejor que nosotros, porque entrenan mejor a sus soldados.

—Y los entrenan mejor porque disponen de más dinero.

—Ése es el quid de la cuestión. Los comandantes de sus tanques no pintan piedras alrededor de la base como los nuestros —comentó con amargura Bondarenko, que había empezado a cambiar la situación, pero estaba todavía muy lejos de resolverla—. Mande todas las cartas y recuerde que debemos ser discretos. Ahora retírese. Debo hablar con Moscú.

—Sí, camarada general —respondió el G-3 antes de marcharse.

—¿No es eso extraordinario? —exclamó el general de división Diggs, después de ver el reportaje por televisión.

—Le obliga a uno a preguntarse para qué sirve la OTAN —reconoció el coronel Masterman.

—Duke, yo me crié con la expectativa de que los tanques T-72 circularan por Fulda Gap, como las cucarachas por el suelo de un piso del Bronx. Maldita sea, ¿y ahora somos amigos? —no pudo evitar mover la cabeza con incredulidad—. He conocido a algunos de sus mandos, como ese tal Bondarenko, en el campo de Operaciones de Extremo Oriente. Es un profesional serio y bastante listo. Me visitó en Fort Irwin. Se adaptó en seguida y se llevó de maravilla con Al Hamm y el caballo negro. Como uno de los nuestros.

—Bueno, señor, creo que ahora lo es.

En ese momento sonó el teléfono y Diggs levantó el auricular.

—General Diggs. De acuerdo, que se ponga... Buenos días, señor... Muy bien, gracias, y... ¿Cómo? ¿Cómo ha dicho?... Supongo que habla en serio... Sí, señor. Sí, señor, estamos perfectamente listos. Muy bien, señor. Adiós. —Colgó el teléfono—. Duke, menos mal que está sentado.

—¿Qué ocurre?

—Era el comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa. Tenemos orden de prepararnos para embarcar y desplazarnos al este.

—¿A qué lugar del este? —preguntó, sorprendido, el jefe de Operaciones, pensando en la posibilidad de realizar unas maniobras imprevistas en Alemania oriental.

—Puede que hasta Rusia, la parte oriental. Tal vez Siberia —agregó Diggs, en un

tono de incredulidad.

—¿Qué diablos ocurre?

—A la jefatura suprema le preocupa la posibilidad de que se produzca un enfrentamiento entre los rusos y los chinos. Si eso sucede, puede que debamos desplazarnos al este para apoyar a los rusos.

—¿Qué diablos? —exclamó de nuevo Masterrnan.

—Nos manda a su segundo comandante para informarnos de lo recibido de Washington. Debería estar aquí dentro de media hora.

—¿Quién más? ¿Es esto una misión de la OTAN?

—No me lo ha dicho. Supongo que tendremos que esperar para saberlo. De momento, la información está limitada a usted, los mandos, el edecán y los jefes de brigada.

—Sí, señor —respondió Masterman, que no tenía más que decir.

Las fuerzas aéreas mandan una serie de aviones, cuando vuela el presidente. Entre ellos se encuentran los Galaxy C-5B, conocidos en la armada como «nubes de aluminio» por su enorme envergadura y por ser capaces de transportar tanques en sus gigantescas bodegas. Sin embargo, en este caso transportaban helicópteros VC-60, de mayores dimensiones que un tanque, pero más ligeros de peso.

El VH-60 es una versión del transporte de tropas Sikorsky Blackhawk, un poco más limpio y adaptado para el transporte de pasajeros VIP. El piloto era el coronel Dan Malloy, un marine con más de cinco mil horas de vuelo en aeronaves de rotor, cuyo apodo radiofónico era «oso». Cathy Ryan lo conocía bien. Habitualmente la llevaba a Johns Hopkins por la mañana, en un aparato semejante a éste. Había un copiloto, un teniente que parecía excesivamente joven para ser aviador profesional y un jefe de tripulación, un sargento de los marines, E-6, que se aseguraba de que todo el mundo se abrochara debidamente los cinturones, a lo que Cathy estaba más acostumbrada que Jack, que no estaba acostumbrado a las diversas sujeciones de aquel aparato.

No obstante, el Blackhawk volaba de maravilla, sin esa sensación de estar colgado de una araña durante un terremoto, como sucede habitualmente con esos aparatos. El vuelo duró casi una hora, durante la que el presidente se mantuvo a la escucha por los auriculares. Por encima de ellos se cerraron todos los vuelos, incluso los comerciales de todos los aeropuertos a los que se acercaron. Al gobierno polaco le preocupaba su seguridad.

—Ahí está —dijo Malloy por el intercomunicador—. A las once.

El aparato se inclinó a la izquierda, para facilitarles a todos una buena vista a través de las ventanas de policarbonato. De pronto Ryan se sintió invadido por una sensación de sobriedad obligatoria. Había una rudimentaria estación de ferrocarril de doble vía y un tercer ramal que penetraba por un arco en otro edificio. También había

algunas otras estructuras, pero sobre todo plataformas de hormigón que habían constituido la base de muchas otras y que Ryan recordaba de las películas en blanco y negro que había visto en el avión, probablemente rusas, de la segunda guerra mundial. Eran edificios curiosamente parecidos a almacenes. Pero la mercancía que almacenaban en su interior eran seres humanos, aunque los constructores de los mismos no los consideraran como tales, sino como una plaga de insectos o ratas que debían aniquilar con la mayor eficacia y frialdad posible.

Entonces sintió un escalofrío. Era una mañana agradable, con una temperatura de unos dieciséis grados, pensó Jack, pero sentía más frío del que indicaba el termómetro. El helicóptero aterrizó suavemente, el sargento abrió la puerta y el presidente se apeó a una plataforma, construida recientemente sólo para aquel propósito. Un funcionario del gobierno polaco se le acercó y le estrechó la mano, al tiempo que se presentaba, pero a Ryan, que de pronto tenía la sensación de ser un turista en el mismísimo infierno, le pasó todo inadvertido. El funcionario que les serviría de guía los condujo a un coche para el corto desplazamiento cerca del centro. Jack se sentó junto a su esposa.

—Jack... —susurró Cathy.

—Sí, cariño —respondió—, ya lo sé.

Y no dijo otra palabra, ni oyó siquiera el comentario impecable que le ofrecía el polaco.

«Arbeit Macht Frei», se leía en la puerta de hierro forjado. «El trabajo libera», significa literalmente el lema posiblemente más cínico y cruel, surgido de las mentes retorcidas de hombres que se llamaban a sí mismos civilizados. Finalmente, el coche se detuvo, salieron de nuevo al aire libre y una vez más el guía los condujo de un lugar a otro, mientras les contaba cosas que más que oír percibían, porque el propio aire parecía impregnado de maldad. El césped era verde y frondoso, casi como un campo de golf durante las lluvias de primavera... ¿de los nutrientes del suelo?, se preguntó Jack. Abundaban. Más de dos millones de personas habían encontrado la muerte en aquel lugar. Dos millones. Tal vez tres. Más allá de cierto punto, contar perdía su significado y se convertía en una mera cifra, un número en un registro escrito por algún contable, que había dejado de pensar desde hacía mucho tiempo en lo que representaban las cifras.

Lo veía en su mente, las formas humanas, los cuerpos, las cabezas, pero afortunadamente no las caras de los muertos. Caminaba ahora por lo que los guardias alemanes habían denominado Himmel Strasse, el «camino del cielo». ¿Pero por qué lo habrían llamado así? ¿Era puro cinismo, o realmente creían que había un Dios que contemplaba lo que hacían, en cuyo caso, qué creían que ese Dios pensaba de ese lugar y esas actividades? ¿Qué clase de hombres podían ser? Las mujeres y los niños eran aniquilados inmediatamente a su llegada, por su escaso valor como obreros de la

planta industrial construida allí por I.G. Farben, para tomar la última medida de la utilidad de quienes habían sido mandados allí para morir y extraer un pequeño beneficio de sus últimos meses de vida. No sólo judíos, evidentemente; la aristocracia y el clero polaco habían sido aniquilados también allí. Gitanos. Homosexuales. Testigos de Jehová. Otros considerados indeseables por el gobierno de Hitler. Meros insectos para ser eliminados con el gas Zyklon-B, un derivado de la investigación sobre pesticidas de la industria química alemana.

Ryan no esperaba que aquello fuera una excursión agradable. Lo que había anticipado era una experiencia educativa, como, por ejemplo, la visita al campo de batalla de Antietam.

Pero esto no había sido un campo de batalla, ni producía en absoluto la sensación de haberlo sido.

¿Cómo debieron de sentirse los que liberaron aquel lugar en 1944?, se preguntó Jack. Incluso los rudos soldados, hombres que se habían enfrentado a la muerte a diario durante varios años, debieron de sentirse desconcertados ante lo que encontraron. A pesar de todos los horrores, el campo de batalla seguía siendo un lugar honroso, donde los hombres se ponían mutuamente a prueba al nivel más fundamental, evidentemente, de un modo cruel y definitivo, pero con la pureza de guerreros enfrentados, con armas, pero... pero eso era basura, pensó Jack. En el campo de batalla, fueran cuales fuesen los motivos y los medios utilizados, los hombres luchaban contra hombres, no mujeres y niños. Cabía cierto honor en lo primero, pero no en esto. Esto era un crimen a gran escala, y por perversa que fuera la guerra, no llegaba a lo que los hombres definen como crimen, el hecho de infligir mal deliberadamente al inocente. ¿Cómo podían hacer los hombres cosas semejantes? Alemania era hoy, como lo había sido entonces, un país cristiano, el mismo país que había producido a hombres como Martín Lutero, Beethoven y Thomas Mann. ¿Fue todo culpa de su líder? Adolf Hitler, un hombre tímido, hijo de un funcionario de clase media, que fracasó en todo lo que probó... salvo en la demagogia. En eso fue un jodido genio...

¿Pero por qué odiaba Hitler tanto a alguien como para canalizar el inmenso poderío industrial de su nación, no a la conquista, ya de por sí suficientemente pernicioso, sino con el propósito de exterminar personas a sangre fría? Jack sabía que ése era uno de los misterios más perturbadores de la historia. Había quien decía que Hitler odiaba a los judíos, porque había visto uno en las calles de Viena y sencillamente no le había gustado. Otro experto en el campo, judío, había sugerido que una prostituta judía había contagiado la gonorrea al fracasado pintor austríaco, pero no había pruebas documentales que lo demostraran. Otra escuela del pensamiento, todavía más cínica, afirmaba que a Hitler no le importaban en absoluto los judíos, pero necesitaba un enemigo al que el pueblo odiara para poder convertirse

en el líder de Alemania y eligió a los judíos sencillamente como objetivo oportunista, algo contra lo cual movilizar su nación. A Ryan, esa alternativa le parecía improbable, pero era la más ofensiva. Por alguna razón, había tomado el poder que su país le había otorgado y lo había utilizado para sus propios fines. De ese modo, Hitler convertía su nombre en maldito para siempre, aunque eso no sirviera de consuelo a aquellos cuyos restos fertilizaban el césped. El jefe de la esposa de Ryan en Johns Hopkins era un doctor judío llamado Bernie Katz, amigo desde hacía muchos años. ¿Cuántos como él habían muerto allí? ¿Cuántos Jonas Salks en potencia? ¿Tal vez uno o dos Einstein? O poetas, actores o sencillamente simples trabajadores que habrían tenido hijos normales y corrientes...

Y cuando Jack hizo su juramento por la Constitución de Estados Unidos al ocupar su cargo, realmente juró proteger a personas como aquéllas y tal vez también como éstas. Como hombre, como norteamericano y como presidente de Estados Unidos, ¿no tenía la obligación de impedir que algo parecido ocurriera de nuevo? En realidad, creía que el uso de la fuerza armada sólo se justificaba para proteger vidas norteamericanas y los intereses vitales de la seguridad norteamericana. ¿Pero no era Norteamérica más que eso? ¿Y los principios en los que se había fundado su nación? ¿Los aplicaba Norteamérica exclusivamente en lugares específicos y limitados y sólo para fines concretos? ¿Y el resto del mundo? ¿No eran ésas las fosas de personas reales?

John Patrick Ryan se detuvo y miró a su alrededor, con el rostro tan vacío como ahora estaba su alma, intentando comprender lo que había sucedido allí y lo que podía... lo que debía aprender de aquella experiencia. Gozaba de un inmenso poder cotidiano, mientras siguiera viviendo en la Casa Blanca. ¿Cómo utilizarlo? ¿Cómo aplicarlo? ¿Contra quién luchar? Más importante todavía, ¿por qué luchar?

—Jack —susurró su esposa, tocándole la mano.

—Sí, yo también he visto suficiente. Larguémonos de aquí.

Se dirigió al guía polaco para agradecerle las palabras que apenas había oído y empezó a caminar en dirección al coche. Una vez más pasaron bajo el arco de hierro forjado de la mentira, para abandonar aquel lugar como dos o tres millones de personas no habían podido hacerlo.

Si existieran los fantasmas, le habrían hablado sin palabras, pero con una voz unánime: «Nunca se repetirá». Y en silencio, Ryan asintió. No mientras él viviera. No mientras existiera Norteamérica.

XLVI. VIAJE DE REGRESO

Esperaban la llegada de Sorge y raramente nadie había estado tan a la expectativa, ni siquiera cuando esperaba su primer hijo. Había también cierta emoción, porque el material de Sorge no llegaba todos los días y no siempre era fácil distinguir una pauta en los envíos. Ed y Mary Pat Foley se despertaron temprano aquella mañana y permanecieron una hora en la cama sin nada que hacer, hasta que por fin se levantaron para tomar el desayuno y leer los periódicos, en la cocina de su casa burguesa en un barrio residencial de Virginia. Después de que sus hijos hubieron salido para ir al colegio acabaron de vestirse y se dirigieron al coche de la «empresa», con su correspondiente chófer y vehículo de escolta. Lo curioso era que su coche estaba protegido, pero no su casa, por lo que habría bastado que un terrorista fuera suficientemente listo para atacar la residencia, lo cual no era particularmente difícil. El Early Bird los esperaba en el coche, pero aquella mañana, a ninguno de ellos le interesaba particularmente. Las viñetas del Post les habían parecido más interesantes, especialmente «Non Sequitur», su chiste predilecto al empezar el día, y la página de deportes.

—¿Qué te parece? —preguntó Mary Pat, sorprendiendo a su marido, que no estaba acostumbrado a que su esposa se interesara por su opinión respecto a las operaciones de campo.

Ed se encogió de hombros, cuando pasaban frente a un contenedor de Dunkin' Donuts.

—Habría que echar una moneda al aire, Mary.

—Supongo. Desde luego, espero que en esta ocasión salga cara.

—Jack nos llamará en... una hora y media, supongo.

—Probablemente —suspiró la subdirectora.

—Lo de la OTAN debería funcionar, obligarlos a reflexionar —pensó en voz alta el director de inteligencia.

—No te apuestes la camisa, cariño —aconsejó Mary Pat.

—Lo sé. ¿Cuándo coge Jack el avión para regresar a casa? —preguntó, después de hacer una pausa.

La subdirectora de Operaciones consultó su reloj.

—Dentro de unas dos horas.

—Para entonces ya deberíamos saber algo.

—Efectivamente —confirmó Mary Pat.

Diez minutos después, informados sobre el estado del mundo por el camino, a través de la edición matinal de la radio pública nacional, llegaron a Langley, aparcaron de nuevo en el sótano, volvieron a coger al ascensor al séptimo piso y, como de costumbre, se separaron para dirigirse a sus despachos respectivos. Eso

sorprendió a la esposa de Ed, que suponía que su marido la seguiría a su despacho y vigilaría por encima de su hombro, mientras buscaba en su ordenador otra receta de confitería, como lo denominaba. Eso sucedió a las siete cincuenta y cuatro.

—Ha recibido correo —anunció una voz electrónica, cuando accedió a su cuenta especial de Internet.

No le temblaba la mano cuando movió el ratón al icono adecuado, pero casi. Apareció la carta, pasó por el proceso habitual de decodificación y vio en la pantalla un texto que era incapaz de leer. Como de costumbre, Mary Pat guardó el documento en su disco duro, confirmó que estaba guardado, imprimió una copia en papel y finalmente eliminó el mensaje de la carpeta de entrada, borrándolo por completo de Internet. A continuación levantó el auricular del teléfono.

—Dígale por favor al doctor Sears que suba inmediatamente —dijo a su secretaria.

Joshua Sears también había llegado temprano aquella mañana y estaba sentado en su despacho leyendo la página de finanzas del New York Times, cuando recibió la llamada. En menos de un minuto estaba en el ascensor y luego en el despacho de la subdirectora (de Operaciones).

—Tome —dijo Mary Pat, al tiempo que le entregaba las seis páginas de ideogramas—. Siéntese.

Sears se instaló en un cómodo sillón y empezó a traducir. Se percató de que la subdirectora estaba un poco ansiosa respecto al contenido, e inició su diagnóstico al llegar a la segunda página.

—No son buenas noticias —dijo, sin levantar la cabeza—. Parece que Zhang dirige al presidente Xu por donde a él le interesa. Fang se siente incómodo respecto a la situación, pero también les sigue la corriente. El mariscal Luo está plenamente implicado. Supongo que era de esperar. Luo siempre ha sido un jugador de riesgo —comentó Sears—. Aquí se habla de la seguridad de la operación y les preocupa que podamos conocer sus planes, pero se creen seguros —afirmó.

A pesar de haberlo oído muchas veces, nunca dejaba de provocarle escalofríos cuando el enemigo (y para Mary Pat casi todo el mundo lo era) hablaba de la posibilidad a la que ella había dedicado la totalidad de su vida profesional. Y casi siempre se oían sus voces que decían: no, no hay nadie ahí como ella que nos escuche. Nunca había abandonado realmente su puesto en Moscú, cuando era la controladora del agente Cardinal. Por su edad, el agente podía haber sido su abuelo, pero para ella era como un bebé recién nacido, cuando le entregaba sus misiones y recogía los informes que mandaba luego a Langley, preocupada siempre por su seguridad. Ahora su trabajo era otro, pero en el fondo se reducía a lo mismo. En algún lugar había una extranjera, que mandaba a Norteamérica información de vital interés. Conocía su nombre, pero no su aspecto, ni tampoco su motivación, salvo que

le gustaba compartir su cama con uno de sus agentes, que guardaba el diario oficial del ministro Fang y que su ordenador lo mandaba por la red, siguiendo una ruta que acababa en aquel séptimo piso.

—¿Resumen? —preguntó al doctor Sears.

—Siguen en son de guerra —respondió el analista—. Puede que algún día cambien de opinión, pero aquí no hay ningún indicio de ello.

—¿Si los asustamos...?

Sears se encogió de hombros.

—A saber. Su auténtica preocupación es la disensión política interna y el posible desmoronamiento. Temen que esta crisis económica pueda significar la ruina política para todos ellos y eso es lo único que les preocupa.

—Las guerras las inician hombres asustados —observó la subdirectora.

—Eso nos muestra la historia —confirmó Sears—. Y está sucediendo de nuevo, ante nuestros propios ojos.

—Mierda —exclamó la señora Foley—. Bien, imprímalo y devuélvame lo cuanto antes.

—Sí, señora. Media hora. ¿Supongo que quiere que se lo muestre a George Weaver?

—Efectivamente —asintió Mary Pat.

Hacía varios días que el intelectual examinaba la información de Sorge, para formular su contribución a la evaluación de seguridad nacional, con la lentitud y meticulosidad que lo caracterizaban.

—¿Le importa trabajar con él? —preguntó a continuación la subdirectora.

—En realidad, no. Conoce bastante bien su mentalidad, posiblemente mejor que yo, después de todo tiene un máster de Yale en Psicología. Pero es un poco lento para formular sus conclusiones.

—Dígale que cuando termine el día necesito algo que pueda utilizar.

—Lo haré —prometió Sears de camino a la puerta, seguido de Mary Pat, que tomó otra dirección.

—Dime —respondió Ed, cuando entró en su despacho.

—Tendrás la copia impresa dentro de media hora aproximadamente. En resumen, no les ha impresionado lo de la OTAN.

—Mierda —exclamó inmediatamente el director.

—Eso digo yo también —ratificó su esposa—. Será mejor averiguar la rapidez con que podemos transmitirle la información a Jack.

—De acuerdo —respondió el director de inteligencia, antes de levantar el teléfono y pulsar el botón de marcado rápido a la Casa Blanca.

En la embajada norteamericana se celebraba una última reunión semioficial antes de marcharse, y una vez más era Golovko quien hablaba en nombre de su presidente,

que estaba confraternizando con el primer ministro británico.

—¿Qué te ha parecido Auschwitz? —preguntó el ruso.

—No es Disney World —respondió Jack, mientras tomaba un sorbo de café—. ¿Has estado allí?

—Mi tío Sasha formaba parte de la fuerza que liberó el campo —respondió Sergey—. Era comandante de tanques, coronel, durante la gran guerra patriótica.

—¿Hablaste de ello con él?

—De niño. Sasha, hermano de mi madre, era un auténtico soldado, un hombre duro con reglas estrictas para la vida y comunista convencido. Pero eso debió de impresionarle. No hablaba realmente del efecto que le había causado. Sólo decía que era feo y que para él demostraba lo correcto de su causa. Dijo que a continuación la guerra fue particularmente agradable, logró matar más alemanes.

—¿Y qué me dices de las cosas...?

—¿Qué hizo Stalin? Nunca se hablaba de eso en mi familia. Mi padre, como sabes, pertenecía a la NKVD. Creía que todo lo que hacía el Estado era correcto. Reconozco que su actitud no era diferente de la de los fascistas en Auschwitz, pero él no lo veía de ese modo. Eran otros tiempos, Ivan Emmetovich. Tiempos más duros. Tu padre también estuvo en la guerra, si mal no recuerdo.

—Paracaidista, uno cero uno. Nunca habló mucho de ello, sólo de las anécdotas divertidas. Dijo que el salto de noche en Normandía fue bastante aterrador, pero eso fue todo. Nunca nos contó cómo se sentía corriendo en la oscuridad, mientras le disparaban.

—No puede ser muy divertido ser un soldado en combate.

—No creo que lo sea. Pero mandar gente a combatir tampoco lo es. ¡Maldita sea, Sergey! Se supone que debo proteger a la gente, no poner sus vidas en peligro.

—Entonces, tú no eres como Hitler. Ni como Stalin —agregó gentilmente el ruso—. Ni tampoco lo es Eduard Petrovich. El mundo en el que vivimos es más amable, más amable que el de nuestros padres y nuestros tíos. Pero todavía no lo es lo suficiente. ¿Cuándo sabrás cómo han reaccionado nuestros amigos chinos a los acontecimientos de ayer?

—Pronto, supongo, pero no estoy absolutamente seguro. Ya sabes cómo funcionan esas cosas.

—Da.

Uno dependía de los informes de los agentes pero nunca sabía con seguridad cuándo llegarían y la expectativa se convertía en frustración. A veces uno quería estrujarles el pescuezo, pero eso, como ambos sabían, era una bobada y, además, moralmente incorrecto.

—¿Alguna reacción pública? —preguntó Ryan.

Los rusos la habrían detectado antes que su propia gente.

—Ninguna reacción, presidente. Ningún comentario público. No inusual, pero decepcionante.

—Si avanzan, ¿podréis detenerlos?

—El presidente Grushavoy ha formulado esta misma pregunta a la Stavka, su plana mayor, pero todavía no han respondido con claridad. Nos preocupa la seguridad operativa. No queremos que la República Popular sepa que lo sabemos.

—Eso puede ser contraproducente para vosotros —advirtió Ryan.

—He dicho exactamente lo mismo esta mañana, pero ya sabes que los soldados tienen su propia forma de actuar. Estamos llamando a algunos reservistas y algunas tropas mecanizadas han recibido la orden de prepararse. Pero la despensa, como decís los norteamericanos, en este momento está bastante vacía.

—¿Qué has hecho con la gente que intentó matarte? —preguntó Ryan, cambiando de tema.

—En este momento, el principal está bajo vigilancia permanente. Si intenta algo más, hablaremos con él —prometió Golovko—. Su contacto, como ya sabes, también es chino.

—Eso he oído.

—Vuestro agente del FBI en Moscú, ese tal Reilly, tiene mucho talento. Podríamos haberlo aprovechado en la Segunda Jefatura.

—Sí, Dan Murray tiene muy buen concepto de él.

—Si este asunto chino progresa, tendremos que organizar un grupo de enlace entre vuestras fuerzas armadas y las nuestras.

—Organizadlo con el comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa —respondió Ryan, que ya había pensado en ello—. Tiene instrucciones de cooperar con vosotros.

—Gracias, presidente. Pasaré el informe. Dime, ¿tu familia está bien?

No se podía celebrar una reunión como aquélla sin un poco de charla superficial.

—La mayor, Sally, sale con un chico. Eso es duro para un padre —reconoció Ryan.

—Sí —sonrió Golovko—. Y vives con el temor de que el chico sea como tú fuiste, ¿no es cierto?

—Bueno, el servicio secreto ayuda a mantener a esos pequeños cabrones a raya.

—Los hombres armados pueden ser muy útiles —bromeó el ruso, sonriente.

—Sí, pero creo que las hijas son el castigo que nos manda Dios por ser hombres —agregó Ryan con una carcajada.

—Tienes razón, Ivan Emmetovich, tienes razón —dijo Sergey, antes de hacer una pausa para volver a hablar de trabajo—. Son tiempos difíciles, tanto para ti como para mí, ¿no crees?

—Sí, lo son.

—Tal vez cuando los chinos nos vean unidos se replanteen su avaricia. Después de todo, la generación de nuestros padres derrotó unida a Hitler: ¿Quién puede enfrentarse a nosotros?

—Sergey, las guerras no son actos racionales. No las inician hombres sensatos. Las empiezan personas a las que no les importa un comino la gente que gobiernan, que están dispuestas a mandar a sus compatriotas a la muerte, para satisfacer sus propios propósitos mezquinos. Esta mañana he visto un lugar semejante. Supongo que era el parque de atracciones de Satán, pero no para alguien como yo. He abandonado el lugar enojado. No me importaría encontrarme cara a cara con Hitler, siempre y cuando tuviera una pistola cuando lo hiciera.

Acababa de decir una tontería, pero Golovko lo comprendió.

—Con suerte, juntos impediremos esa aventura china.

—¿Y de lo contrario?

—Entonces los derrotaremos, amigo mío. Y puede que ésa sea la última de las guerras.

—No estoy seguro —respondió el presidente—. También se me ha ocurrido, pero supongo que es una meta digna.

—Cuando averigües lo que dicen los chinos...

—Os lo comunicaremos.

—Gracias —dijo Golovko, poniéndose en pie—. Informaré a mi presidente.

Ryan acompañó al ruso a la puerta y se dirigió luego al despacho del embajador.

—Acaba de llegar esto —dijo el embajador Lewendowski, al tiempo que le entregaba un fax—. ¿Es tan malo como parece?

En la portada del fax se leía «SOLO PARA EL PRESIDENTE», pero había llegado a su embajada. Ryan cogió el documento y empezó a leerlo.

—Probablemente. Si los rusos necesitan ayuda a través de la OTAN, ¿colaborarán los polacos?

—No lo sé. Puedo preguntarlo.

El presidente movió la cabeza.

—Demasiado pronto para eso.

—¿Hemos introducido a los rusos en la OTAN sabiendo esto? —preguntó el embajador, casi escandalizado por la violación del protocolo diplomático.

—¿Usted qué cree? —dijo Ryan, antes de hacer una pausa—. Necesito su teléfono de seguridad.

Al cabo de cuarenta minutos, Jack y Cathy Ryan subían por la escalera de su avión, para emprender el viaje de regreso a su país. A la doctora no le sorprendió ver desaparecer a su marido hacia el nivel superior de comunicaciones del avión, acompañado del secretario de Estado. Sospechaba que Jack había conseguido uno o dos cigarrillos ahí arriba, pero estaba dormida cuando volvió.

Por su parte, Ryan lo había intentado, pero no encontró a ningún fumador. Los dos que fumaban habían dejado los cigarrillos en el equipaje, para evitar la tentación de quebrantar las normas de las fuerzas aéreas estadounidenses. El presidente tomó una sola copa y reclinó el respaldo de su asiento para echarse una siesta, durante la que soñó con Auschwitz, mezclado con escenas que recordaba de La lista de Schindler. Se despertó sobre Islandia, sudado, y el rostro angelical de su esposa le recordó que, por complicada que fuera la situación en el mundo, no estaba tan mal como antes. Y su trabajo consistía en conservarlo.

—Bien, ¿existe alguna forma de obligarlos a retroceder? —preguntó Robby Jackson a los reunidos en la sala de situación de la Casa Blanca.

El profesor Weaver le parecía simplemente uno de tantos intelectuales, con mucha labia y pocas conclusiones. De todos modos, Jackson lo escuchaba. Aquel individuo sabía más sobre la forma en que pensaban los chinos. Debía de saberlo. Sus explicaciones eran tan incomprensibles como las ideas que intentaba aclarar.

—Profesor —interrumpió finalmente Jackson—, todo esto está muy bien, ¿pero qué diablos nos dice sobre la actualidad, algo que ocurrió hace nueve siglos? Los de hoy son maoístas, no monárquicos.

—La ideología suele ser un mero pretexto para la conducta, señor vicepresidente, no la razón de la misma. Sus motivaciones son las mismas hoy, que podían haberlo sido bajo la dinastía Chin, y temen exactamente lo mismo: la rebelión de los campesinos si se arruina la economía —explicó Weaver a ese piloto, un técnico a su parecer, y decididamente, no un intelectual.

Por lo menos el presidente tenía ciertas credenciales como historiador, aunque no impresionaran al catedrático de una prestigiosa universidad de la costa este.

—Volviendo a lo fundamental, ¿qué podemos hacer, salvo una guerra, para obligarlos a abandonar sus planes?

—Si les comunicamos que conocemos sus planes, tal vez eso los obligue a reflexionar, pero tomarán su decisión sobre la correlación global de fuerzas, que evidentemente creen que están a su favor, a juzgar por lo que he leído de ese Sorge.

—¿De modo que no abandonarán sus planes? —preguntó el vicepresidente.

—No puedo garantizarlo —respondió Weaver.

—Y revelar nuestra fuente significa la muerte de alguien —recordó Mary Pat Foley a los presentes.

—Que es sólo una vida contra muchas —señaló Weaver.

Fue asombroso que la subdirectora no saltara sobre la mesa y le rompiera la cara a aquel intelectual. Respetaba a Weaver como asesor especializado. Pero fundamentalmente era un teórico más de las torres de marfil, que en decisiones semejantes no consideraba las vidas humanas que estaban en juego. Personas reales perdían su vida y para dichas personas eso tenía mucha importancia, aunque no la

tuviera para aquel catedrático en su cómodo despacho de Providence, en Rhode Island.

—También nos privaría de una valiosa fuente de información, en caso de que esta situación siga adelante, que por cierto afectaría negativamente nuestra capacidad para enfrentarnos a una amenaza militar en el mundo real.

—Supongo —reconoció Weaver, no muy seguro de sí mismo.

—¿Pueden detenerlos los rusos? —preguntó Jackson.

—Es dudoso —respondió el general Moore, jefe de la Plana Mayor—. Los chinos disponen de mucho poderío bélico. Los rusos tienen mucho espacio para absorberlo, pero no la potencia necesaria para repelerlo. Si tuviera que apostar, lo haría por la República Popular, a no ser que intervengamos nosotros. Nuestra potencia aérea podría alterar considerablemente la situación y si la OTAN aporta fuerzas terrestres, cambian las posibilidades. Depende de los refuerzos que nosotros y los rusos podamos obtener en el campo de Operaciones.

—¿Logística?

—Un auténtico problema —reconoció Mickey Moore—. Todo se reduce a una línea de ferrocarril. Es doble y está electrificada, pero eso es lo único bueno que tiene.

—¿Sabe alguien cómo dirigir semejante operación por una línea de ferrocarril? Maldita sea, nosotros no lo hemos hecho desde la guerra civil —reflexionó Jackson en voz alta.

—Habrá que esperar para comprobarlo, señor; si llega a darse el caso. Indudablemente, los rusos se lo han planteado muchas veces. En este sentido dependeremos de ellos.

—Estupendo —farfulló el vicepresidente, que había pertenecido toda la vida a la armada norteamericana y a quien no le gustaba depender de nadie, salvo personas que hablaran inglés de Norteamérica y vistieran traje azul marino.

—Si las variantes estuvieran plenamente a nuestro favor, los chinos no se plantearían seriamente esta operación, como evidentemente lo hacen.

Era tan evidente como jugar a los naipes con cartas marcadas.

—El problema es que la recompensa es demasiado apetecible —afirmó George Winston—. Es como si se hubieran dejado abiertas las puertas del banco durante un largo fin de semana y la policía local estuviera en huelga.

—Jack siempre dice que una guerra de agresión no es más que un atraco a mano armada —dijo Jackson.

—Está bastante cerca de la verdad —reconoció el secretario de la Tesorería.

Al profesor Weaver la comparación le pareció excesivamente simple, ¿pero qué podía esperarse de personas como aquéllas?

—Podemos avisarlos cuando empecemos a ver preparativos desde las alturas —

sugirió Ed Foley—. Mickey, ¿cuándo empezaremos a verlo?

—Posiblemente, dentro de dos días. Digamos una semana para los últimos preparativos. Sus fuerzas ya están prácticamente en el campo y sólo es cuestión de que tomen posiciones y se sitúen en los lugares a partir de los cuales avanzarán. Luego, la última aproximación, unas treinta y seis horas antes de empezar a disparar sus cañones.

—¿Y los rusos no pueden detenerlos?

—¿En la frontera? Imposible —respondió el general, con un enfático movimiento de la cabeza—. Tendrán que ganar tiempo, intercambiándolo por terreno. Los chinos deben recorrer un largo trecho para alcanzar el petróleo. Esa es su flaqueza, un gigantesco flanco que deben proteger y un tren de logística terriblemente vulnerable. Yo vigilaría la posibilidad de un asalto aéreo a los yacimientos de petróleo o de oro. No disponen de muchas tropas aerotransportadas, ni de gran capacidad de transporte aéreo, pero hay que suponer que lo intentarán de todos modos. Ambos son objetivos fáciles.

—¿Qué podemos mandar nosotros?

—En primer lugar, muchos medios aéreos, cazas, bombarderos de combate y todos los aviones cisterna que podamos reunir. Puede que no logremos establecer la superioridad en el aire, pero se la podemos negar a ellos, crear casi inmediatamente una situación mitad/mitad y luego empezar a forzar a su aviación a retroceder. Una vez más, es una cuestión de cifras, Robby, y de lo bien entrenados que estén sus pilotos. Probablemente, mejor que los rusos, sencillamente porque tienen más horas de vuelo, aunque técnicamente los rusos disponen en realidad de mejores aparatos y probablemente mejores tácticas, pero que no han tenido oportunidad de desarrollar.

Robby Jackson quería quejarse de que en la situación había demasiadas incógnitas, pero de no haberlas, como Mickey Moore acababa de decirle, los chinos no avasallarían la frontera septentrional. Los rateros atacaban a las viejecitas para robarles la pensión, no a los policías que acababan de cobrar. Tenía muchas ventajas circular por la calle armado y por muy irracionales que fueran los delitos callejeros o el hecho de iniciar una guerra, los que lo hacían reflexionaban en cierta medida sobre las alternativas.

Scott Adler no había dormido en absoluto durante el vuelo, pues no podía dejar de pensar en cómo evitar que estallara una guerra. ¿No era ésa la función primordial de un diplomático? Pensaba principalmente en sus defectos. Como primer representante de su país de Asuntos Exteriores, se suponía que debía saber, y para eso le pagaban, qué decirle a la gente para disuadirla de cometer actos irracionales. Esencialmente significaría decirles: «Haced eso y caerá plenamente sobre vosotros el peso de la potencia y del furor de Norteamérica, que os estropearán el día». Sería preferible persuadirlos para que fueran razonables, porque en el raciocinio radicaba su mejor

salvación como nación en el pueblo global. Pero la verdad era que los chinos pensaban de un modo que él era incapaz de reproducir en su propia mente y por tanto no sabía qué decirles para abrirles los ojos. Lo peor del caso era que había hablado con ese tal Zhang, además del ministro de Asuntos Exteriores, Shen, y lo único que sabía con seguridad era que no veían la realidad como él. Ellos veían azul lo que para él era verde, y no alcanzaba a comprender suficientemente bien su extraña versión del verde para explicársela como azul. Una vocecita lejana lo regañó por posible racismo, pero la situación era demasiado grave para preocuparse de si era políticamente correcto. Debía impedir una guerra y no sabía cómo. Acabó con la mirada fija en el muro frente a su cómoda butaca tapizada en cuero, con el deseo de que fuera una pantalla de cine. Ahora le apetecía ver una película, algo que alejara de su mente la noria que no dejaba de girar. Entonces percibió un golpecito en el hombro, volvió la cabeza y vio al presidente, que le hacía una seña hacia la escalera de caracol. Una vez más, desalojaron de sus sillas a los operadores de las fuerzas aéreas.

—¿Pensando en lo último de Sorge?

—Sí.

—¿Alguna idea?

Su cerebro funcionaba ahora en otro plano.

—No. Lo siento, Jack, pero no se me ocurre nada. Tal vez necesites un nuevo secretario de Estado.

—No, sólo enemigos diferentes —refunfuñó Ryan—. Lo único que se me ocurre es decirles que sabemos lo que se proponen y que será mejor que lo abandonen.

—Y cuando nos manden a tomar por el saco, ¿qué haremos entonces?

—¿Sabes lo que necesitamos ahora? —preguntó el primer ejecutivo.

—Sí, un par de centenares de misiles Minuteman o Trident servirían para mostrarles la realidad. Lamentablemente...

—Lamentablemente, prescindimos de ellos para convertir el mundo en un lugar más seguro. Mira por dónde —concluyó Ryan.

—Bueno, disponemos de las bombas y de los aviones para dispararlas y...

—¡No! —exclamó Ryan—. No, maldita sea, no iniciaré una guerra atómica para detener otra convencional. ¿A cuánta gente quieres que mate?

—Tranquilo, Jack. Mi función consiste en presentar opciones, no lo olvides. No proponerlas, por lo menos no ésa —dijo, antes de hacer una pausa—. ¿Qué te ha parecido Auschwitz?

—Un guión de pesadilla... Espera un momento, tus padres, ¿no es cierto?

—Mi padre, en su caso Belzec, pero tuvo suerte y sobrevivió.

—¿Habla de ello?

—Nunca. Ni una palabra, ni siquiera a su rabino. Tal vez al siquiatra. Acudió a uno durante algunos años, pero nunca supe por qué.

—No puedo permitir que nada parecido vuelva a suceder. Para impedir algo semejante —especuló Ryan en voz alta—, para eso sí, tal vez arrojaría una B-83.

—¿Conoces la jerga?

—Un poco. Me informaron hace mucho tiempo y el nombre de las piezas se me grabó en la mente. Es curioso, eso nunca me ha provocado una pesadilla. El caso es que nunca he interpretado el UPOI, Único Plan Operativo Integrado, como la receta del fin del mundo. Creo que me comería un cañón antes de hacerlo.

—Muchos presidentes han tenido que reflexionar sobre estas cuestiones —señaló Adler.

—En otros tiempos, Scott, y en cualquier caso nunca esperaron que sucediera. Todos creyeron que encontrarían una solución inteligente. Hasta que apareció Bob Fowler y estuvo a punto de llamar para facilitar las contraseñas. Eso sucedió un terrible domingo por la noche —recordó Ryan.

—Sí, conozco la historia. Conservasteis la serenidad. No muchos otros lo hicieron.

—Sí. Y fíjate a lo que me ha conducido —observó el presidente, con una triste carcajada—. ¿Qué vamos a hacer, Scott? —preguntó, después de mirar por la ventana, comprobar que volaban sobre tierra, probablemente El Labrador, y ver abundantes lagos verdes y algunas líneas rectas, testigo de la mano del hombre sobre la tierra.

—Intentaremos asustarlos. Lo que hagan podemos verlo por satélite y les podemos decir que lo sabemos. Nuestra última baza será recordarles que Rusia es ahora un aliado de Norteamérica y que quien se mete con ellos también desafía al Tío Sam. Si eso no los detiene, nada lo logrará.

—¿Intentar sobornarlos? —se preguntó el presidente.

—Sería perder el tiempo. No creo que funcionara, pero estoy completamente seguro de que lo interpretarían como una muestra de debilidad y se sentirían alentados. No, respetan la fuerza y eso es lo que debemos mostrarles. Entonces reaccionarán de un modo u otro.

—Avanzarán —pensó Jack en voz alta.

—Cara o cruz. Ojalá sea cruz, amigo.

—Sí —respondió Ryan, al tiempo que consultaba su reloj—. Madrugada en Pekín.

—Empezarán a levantarse para ir al trabajo —dijo Adler—. ¿Qué puedes decirme exactamente de esa fuente Sorge?

—Mary Pat no me ha contado gran cosa, probablemente sea preferible así. Es una de las cosas que aprendí en Langley. A veces, uno puede saber demasiado. Es mejor no conocer sus caras y especialmente sus nombres.

—¿Por si ocurre algo?

—Cuando sucede, es bastante grave. No quiero pensar en lo que haría esa gente. Su versión del aviso Miranda es: «Puedes chillar cuanto quieras. No nos importa».

—Curioso —reflexionó el secretario de Estado.

—En realidad, no es muy eficaz como técnica de interrogación. Acaban diciéndote lo que quieres oír y tú acabas dictándoselo, en lugar de descubrir lo que realmente saben.

—¿Qué me dices del proceso de apelación? —preguntó Scott con un bostezo, que por fin empezaba a quedarse dormido.

—¿En China? Ése es el momento en que el pistolero te pregunta si prefieres la oreja izquierda o la derecha.

Ryan cerró la boca. ¿Por qué hacía chistes malos sobre aquel asunto?

Había mucho ajeteo en la Oficina de Reconocimiento Nacional, en Washington. La ORN era un proyecto conjunto de la CIA y el Pentágono que dirigía los satélites de reconocimiento, los pájaros de la gran cámara que giraban alrededor de la tierra a una altitud media, observando la superficie con sus costosos objetivos, que rivalizaban en precisión y precio con el telescopio espacial Hubble. Había tres pájaros fotográficos en órbita, que daban una vuelta a la tierra aproximadamente cada dos horas y pasaban sobre un mismo punto dos veces al día. Había también un satélite de reconocimiento por radar, de una resolución muy inferior a los KH-11 fabricados por Lockheed y TRW, pero capaz de ver a través de las nubes. Esto era importante en aquel momento, porque avanzaba un frente frío a lo largo de la frontera entre China y Siberia, y las nubes que lo precedían impedían la visibilidad, para frustración de los técnicos y científicos de la ORN, cuyos satélites de miles de millones de dólares sólo servían ahora para pronosticar el tiempo. Nublado con lluvias intermitentes y temperaturas bajas de unos siete grados, que bajarían de cero por la noche.

Por consiguiente, los analistas del servicio de inteligencia examinaban atentamente la «toma» del satélite Lacrosse de reconocimiento por radar, porque eso era lo único de lo que disponían de momento.

—Las nubes descienden hasta unos dos mil metros del suelo. Ni siquiera un Blackbird sería útil en esas condiciones —comentó uno de los intérpretes de fotografías—. Bien, ¿qué tenemos aquí...? Parece que ha aumentado la actividad del ferrocarril, sobre todo vagones planos. Hay algo sobre los mismos, pero no se alcanzan a precisar las formas.

—¿Qué se transporta en vagones planos? —preguntó un oficial naval.

—Vehículos de oruga —respondió un comandante del ejército—, y cañones pesados.

—¿Podemos confirmar esa suposición con esta información? —preguntó el marino.

—No —respondió un paisano—. Pero... ahí está el depósito. Se distinguen seis

largos trenes todavía parados en el mismo. Bien, ¿dónde está el...? —dijo antes de buscar imágenes visuales en su ordenador—. Ahí lo tenemos. ¿Ven esas rampas? Están diseñadas para descargar equipo rodante de los trenes —agregó, antes de volver a la «toma» del Lacrosse—. Efectivamente, eso parecen siluetas de tanques que salen de las rampas para dirigirse a los puntos de reunión y eso tiene el aspecto de un regimiento armado. Eso son trescientos veintidós tanques principales y unos ciento veinticinco carros blindados. Sí, calculo que se trata del desembarque de una división blindada completa. Ahí hay un campo de estacionamiento de camiones... y ese grupo, no estoy seguro. Parece voluminoso... formas cuadradas o rectangulares —concluyó el analista, antes de volver a su propio ordenador—. ¿Saben lo que parece eso?

—¿Nos lo va a decir?

—Parece un camión de cinco toneladas, con una sección de puente de cinta sobre el mismo. Los chinos copiaron el diseño de los rusos... bueno, todo el mundo lo hizo. Es una idea hermosa la que se les ocurrió. En cualquier caso, así es como lo ve el radar —agregó, volviendo a la toma del satélite—. ¿No es eso lo que parece? Creo que tiene un parecido de un ochenta por ciento. De modo que esto de aquí deben de ser dos regimientos de ingenieros, que acompañan la división de tanques.

—¿No son muchos ingenieros para una sola división? —preguntó el oficial naval.

—Desde luego —confirmó el comandante del ejército.

—Estoy de acuerdo —dijo el intérprete de fotografías—. La proporción normal sería de un batallón por división. De modo que esto es un cuerpo o un ejército de vanguardia y creo que se proponen cruzar algunos ríos.

—Siga —ordenó el paisano de mayor autoridad.

—Están formados para dirigirse al norte.

—Bien —dijo el oficial del ejército—. ¿Ha visto antes algo parecido?

—Hace dos años, estaban de maniobras, pero sólo un regimiento de ingenieros, no dos, y abandonaron este depósito para dirigirse al sureste. Aquello fue espectacular. Tomamos muchas fotos. Simulaban una invasión, o por lo menos un ataque a gran escala. Entonces utilizaron un ejército entero clase A, con una división blindada y dos divisiones mecanizadas como fuerzas de asalto, además de una división mecanizada que simulaba una fuerza defensiva dispersa. Los atacantes ganaron.

—¿Muy diferente de la forma en que están desplegados los rusos en su frontera? —preguntó el marino.

—Mayor densidad. Me refiero a que, durante esas maniobras, la densidad de los defensores chinos era superior a la de los rusos en la actualidad.

—¿Y la fuerza de ataque ganó?

—Exactamente.

—¿Fue verosímil el ejercicio? —preguntó el comandante.

—No era Fort Irwin, pero era lo más realista que se puede ser y probablemente preciso. Los atacantes gozaban de las ventajas habituales en cantidad e iniciativa. Abrieron una brecha y empezaron a maniobrar en la zona de trenes de los defensores. Se lo pasaron de maravilla.

El oficial de la armada miró a su colega de verde.

—¿Qué se propondrán, si piensan dirigirse al norte.

—Estoy de acuerdo.

—Creo que debemos llamar, Norm.

—Sí.

Ambos uniformados se dirigieron a los teléfonos.

—¿Cuándo aclarará el tiempo? —preguntó el paisano al técnico.

—Digamos, en treinta y seis horas. Se empezará a despejar mañana por la noche y ya hemos introducido el programa.

No le hizo falta agregar que la capacidad nocturna de los satélites KH-11 no era muy diferente de la diurna, salvo por el color.

XLVII. VIGÍAS Y PERNOCTADORES

Los trastornos del desfase horario, o el desasosiego del viaje, como el presidente Ryan prefería llamarlo, son siempre más suaves en dirección oeste que en dirección este y, además, había dormido en el avión. Jack y Cathy caminaron del Fuerzas Aéreas Uno al helicóptero que los estaba esperando, para trasladarlos al helipuerto del jardín sur en los diez minutos habituales. En esta ocasión la primera dama entró directamente en la Casa Blanca, mientras el presidente se dirigía al ala oeste, pero no al despacho oval, sino a la sala de situación. Allí lo esperaba el vicepresidente Jackson, acompañado de los sospechosos de costumbre.

—Hola, Robby.

—¿Cómo te ha ido el vuelo, Jack?

—Largo —respondió Ryan, mientras se estiraba para recuperar el control de los músculos—. Bien, ¿qué ocurre?

—Nada bueno, amigo. Tropas mecanizadas chinas se dirigen a la frontera rusa. Aquí está lo que hemos recibido de la ONR —respondió Jackson, mientras colocaba personalmente sobre la mesa la información del servicio fotográfico de inteligencia—. Tenemos fuerzas mecanizadas aquí, aquí y aquí, y eso son ingenieros con material para la construcción de puentes.

—¿Cuánto tardarán en estar listos? —preguntó Ryan.

—Potencialmente sólo tres días —respondió Mickey Moore—. Con mayor probabilidad, de cinco a siete.

—¿Qué hacemos nosotros?

—Hemos mandado un montón de avisos, pero nadie se mueve todavía.

—¿Saben que los vemos? —preguntó a continuación el presidente.

—Probablemente, no, pero deben de saber que estamos pendientes de la situación y deben de conocer nuestra capacidad de reconocimiento. Lo publica la prensa desde hace más de veinte años —respondió Moore.

—¿Nada para nosotros por vía diplomática?

—Cero —respondió Ed Foley.

—No me digas que no les importa. Debe de preocuparles.

—Puede que les preocupe, Jack —respondió el director de inteligencia—. Pero no les hace perder el sueño tanto como sus problemas políticos internos.

—¿Algo nuevo de Sorge?

Foley movió la cabeza.

—Nada desde esta mañana.

—Bien, ¿quién es nuestro diplomático de rango superior en Pekín?

—El canciller de la embajada, pero en realidad es bastante joven y nuevo en el cargo —respondió el director de la CIA.

—Pues la nota que le vamos a mandar no lo será —dijo Ryan—. ¿Qué hora es allí ahora?

—Las ocho y doce minutos de la mañana —respondió Jackson, señalando el reloj de la pared que marcaba la hora china.

—¿De modo que Sorge no ha mandado nada de su jornada laboral de ayer?

—No. Eso ocurre dos o tres veces a la semana. No es inusual —señaló Mary Pat—. A veces eso significa que el siguiente será más jugoso.

Todos levantaron la cabeza cuando entró el secretario Adler, que se había trasladado desde Andrews en coche en lugar de hacerlo en helicóptero. Se incorporó inmediatamente.

—¿Tan mal están las cosas?

—Parecen graves, amigo —respondió Jackson.

—Creo que debemos mandarles esa nota.

—Están demasiado comprometidos para detenerse —dijo otro de los presentes—. Una nota ya no servirá de nada.

—¿Quién es usted? —preguntó Ryan.

—George Weaver, señor, de Brown. Asesor de la CIA sobre China.

—Bien, de acuerdo. He leído algunos de sus trabajos. Buen material, doctor Weaver. Entonces usted cree que no darán media vuelta. Díganos por qué —ordenó el presidente.

—No es porque teman que se revele lo que están haciendo. Su población no lo sabe, ni lo descubrirá hasta que Pekín se lo comunique. El problema, como usted sabe, es que temen la ruina potencial de su economía. Si su economía se derrumba, señor, habrá una rebelión de las masas y eso es lo que realmente temen. No ven otra forma de evitarlo que haciéndose ricos, y el modo de lograrlo consiste en apoderarse de los yacimientos descubiertos recientemente en Rusia.

—¿Como Kuwait ampliado? —preguntó Ryan.

—De mayores dimensiones y más complejo, pero sí, señor presidente, fundamentalmente la situación es semejante. Consideran el petróleo como una materia prima y como su billete de acceso a la legitimidad internacional. Calculan que si lo poseen, el resto del mundo tendrá que hacer negocios con ellos. Lo del oro es todavía más evidente. Es la quintaesencia del comercio. Quien lo posee puede utilizarlo para adquirir lo que se le antoje. Con dichos bienes y la divisa que podrían adquirir, calculan elevar su economía al próximo nivel y suponen que el resto del mundo les seguirá la corriente, porque serán ricos, y a los capitalistas sólo les interesa el dinero.

—¿Son realmente tan cínicos, tan superficiales? —preguntó Adler, un tanto desconcertado por la idea, incluso después de todo lo que ya habían pasado.

—Su lectura de la historia justifica esa visión, señor secretario. Su análisis de

nuestras acciones del pasado y las del resto del mundo les conduce a esta conclusión. Reconozco que no alcanzan a apreciar lo que nosotros denominamos nuestras razones para lo que hicimos, pero si nos atenemos a los hechos de un modo estricto y limitado, así es como el mundo lo interpreta.

—Sólo si son imbéciles —observó perezosamente Ryan—. Tratamos con idiotas.

—Señor presidente, tratamos con animales políticos sumamente complejos. Su visión del mundo es diferente de la nuestra, y es cierto que no nos comprenden muy bien, pero eso no significa que sean bobos —declaró Weaver.

Bien —pensó Ryan por enésima vez—, pero entonces son Klingons. Era inútil decírselo a Weaver. Se limitaría a pronunciar un discurso para rebatirlo, que no conduciría a ninguna parte. Además, Weaver tendría razón. Bobos o genios, sólo era preciso comprender lo que hacían, no el porqué. Puede que lo que hicieran no tuviera sentido, pero si uno lo sabía, también sabía lo que era preciso detener.

—Bien, veamos si entienden esto —dijo Ryan—. Scott, comunícale a la República Popular que si atacan Rusia, Norteamérica acudirá en ayuda de Rusia, como lo requiere el Tratado del Atlántico Norte y...

—El tratado de la OTAN no dice exactamente eso —señaló Adler.

—Yo afirmo que sí lo dice, Scott, y lo que es más, así se lo he dicho a los rusos. ¿Cambiará la situación si los chinos se percatan de que no bromeamos?

—Eso complica enormemente la situación, Jack —advirtió Adler—. Tenemos millares de norteamericanos en China, millares. Hombres de negocios, turistas, mucha gente.

—Doctor Weaver, ¿cómo tratarán los chinos a los extranjeros en tiempo de guerra?

—No me gustaría estar allí para averiguarlo. Los chinos pueden ser excelentes anfitriones, pero en tiempo de guerra, si creen por ejemplo que eres un espía o algo parecido, pueden complicarse mucho las cosas. No hay más que ver cómo tratan a su propia gente... lo hemos visto por televisión, ¿no es cierto?

—Scott, también les diremos que consideramos a los líderes de su gobierno personalmente responsables de la seguridad y el bienestar de los ciudadanos norteamericanos en su país. Hablo en serio, Scott. Si me veo obligado a ello, firmaré las órdenes oportunas hasta dar con ellos y sepultarlos. Recuérdales Teherán y a nuestro viejo amigo Daryaei. Ese tal Zhang, según el ex primer ministro indio, habló con él en una ocasión y yo logré acabar con él —declaró fríamente Ryan—. A Zhang le conviene tenerlo en cuenta.

—No reaccionarán ante esas amenazas —advirtió Weaver—. Sería como decir que aquí tenemos a muchos de sus ciudadanos y...

—No podemos hacer eso y ellos lo saben —replicó Ryan.

—Señor presidente, ya se lo he dicho, nuestro concepto de la legalidad es algo

ajeno para ellos. Esa clase de amenaza es algo que comprenderán y se tomarán en serio. Otra cuestión es el valor que atribuyan a la vida de sus propios ciudadanos.

—¿A saber?

—Menos que nosotros —respondió Weaver.

Ryan reflexionó.

—Scott, asegúrate de que sepan lo que significa la doctrina Ryan —ordenó—. Si es necesario, introduciré una bomba inteligente por la ventana de sus dormitorios, aunque tardemos diez años en localizarlos.

—El canciller de la embajada se lo comunicará con toda claridad. También podemos aconsejar a nuestros ciudadanos que salgan en el próximo avión.

—Sí, yo huiría despavorido de la ciudad condenada —comentó Robby Jackson—. Y no estaría mal que la CNN transmitiera la advertencia.

—Según cómo reaccionen a nuestra nota. Allí son ahora las ocho y media de la mañana. Scott, esa nota debe estar en sus manos antes del almuerzo.

—De acuerdo —asintió el secretario de Estado.

—General Moore, ¿hemos puesto sobre aviso a las fuerzas que podemos desplegar?

—Sí, señor. Unidades de las fuerzas aéreas pueden estar en Siberia en menos de veinticuatro horas. Doce horas después estarán listas para emprender misiones.

—¿Cómo está la cuestión de bases, Mickey? —preguntó Jackson.

—Montones, de la época en que les preocupaba la destrucción de los B-52. Su costa norte está plagada de pistas de aterrizaje. Ahora mismo tenemos a un agregado de las fuerzas aéreas en Moscú, hablando con su gente —respondió el general Moore, refiriéndose a un coronel que estaba pasando la noche en vela—. Dice que los rusos se muestran muy dispuestos a cooperar.

—¿Cómo serán de seguras las bases? —preguntó a continuación el vicepresidente.

—Su mayor protección será la distancia. Los chinos deberán recorrer unos mil quinientos kilómetros para alcanzarlas. Hemos asignado diez AWACS E-3B de la base Tinker de las fuerzas aéreas, para establecer cobertura de radar permanente, así como muchos cazas para formar una barrera de patrullas aéreas. Hecho esto, pensaremos en las misiones que queremos emprender. Al principio, primordialmente defensivas, hasta que estemos firmemente establecidos.

Moore no tuvo que explicarle a Jackson que para trasladar fuerzas aéreas no bastaba con desplazar los aparatos. Cada escuadrón de cazas comprendía mecánicos, artilleros e incluso controladores aéreos. Puede que a bordo de un caza hubiera un solo piloto, pero se necesitaban otras veinte personas como mínimo para convertirlo en una arma funcional. Para las aeronaves más complejas, las cifras aumentaban.

—¿Qué hay de la comandancia del Pacífico? —preguntó Jackson.

—Podemos causar a su marina graves quebraderos de cabeza. Mancuso desplaza sus submarinos y otros buques.

—Estas imágenes no son muy buenas —dijo Ryan, con la mirada puesta en las fotos del radar.

—Mañana por la tarde tendremos imágenes visuales —dijo Ed Foley.

—Bien, cuando las tengamos, deberemos mostrárselas a la OTAN y veremos lo que están dispuestos a hacer para ayudarnos.

—La primera blindada ha recibido la orden de prepararse para embarcar. Los ferrocarriles alemanes están en mejores condiciones hoy que en 1990, para la «Operación del Desierto» —declaró el jefe de la Plana Mayor—. Podemos cambiar de tren al este de Berlín. La anchura de la vía es diferente en Rusia. Más ancha. En realidad, eso nos favorece: vagones más anchos para nuestros equipos. Calculamos que podemos trasladar la primera blindada al extremo oriental de los Urales en unos siete días.

—¿Quién más? —preguntó Ryan.

—No estamos seguros —respondió Moore.

—Los británicos irán con nosotros. Podemos confiar en ellos —dijo Adler a todos los presentes—. Grushavoy estuvo hablando con su primer ministro. Debemos hablar con Downing Street para saber qué decidieron.

—De acuerdo, Scott, por favor ocúpate de ello. Pero antes redacta esa nota para Pekín.

—De acuerdo —respondió el secretario de Estado, antes de dirigirse a la puerta.

—Maldita sea, ojalá logremos hacerles razonar —dijo Ryan, como si hablara con los mapas y las fotos.

—Yo también lo espero, Jack —afirmó el vicepresidente—. Pero no apuestes por ello.

Recordó lo que Adler le había dicho en el vuelo desde Varsovia. Si Norteamérica dispusiera todavía de misiles balísticos, sería mucho más fácil disuadirlos. Pero Ryan había contribuido a eliminar esos malditos artefactos y sería muy raro que ahora lo lamentara.

En menos de dos horas se redactó la nota y se remitió a la embajada de Pekín. El legado en funciones era un diplomático profesional llamado William Kilmer. La nota oficial llegó como mensaje electrónico y ordenó a una secretaria que la imprimiera en un papel lujoso, para entregarla a mano debidamente doblada e introducida en un elegante sobre color crema. Llamó al Ministerio de Asuntos Exteriores para solicitar una reunión urgente con el ministro Shen Tang. Se la concedieron con asombrosa presteza y Kilmer se dirigió a su propio coche, un pequeño Lincoln, para conducir personalmente hasta el ministerio.

Kilmer, que tenía unos treinta y cinco años, se había licenciado en las

universidades de William y Mary, en Virginia, y Georgetown, en Washington. Se le auguraba un buen porvenir y actualmente ocupaba un cargo prematuramente decano, sólo porque se había considerado que el embajador Carl Hitch sería un mentor particularmente bueno para conducirlo de la liga juvenil a la primera división. Esta misión, la de entregar esa nota, le hizo recapacitar sobre lo inexperto que era. Pero no podía rechazar el encargo y profesionalmente daba un buen salto. Siempre y cuando no lo fusilaran. Era improbable, pero...

El camino al despacho de Shen fue solitario. El pasillo parecía extenderse al infinito, cuando avanzaba con su mejor traje y sus zapatos negros lustrados. El edificio y su mobiliario pretendían ser imponentes, con el propósito de demostrar a los representantes de países extranjeros lo impresionante que era la República Popular China. Todos los países lo hacían, unos mejor que otros. En este caso, el arquitecto se había ganado sus honorarios, pensó Kilmer. Por fin, aunque antes de lo que supuso cuando empezó a caminar, encontró la puerta y giró a la derecha, para entrar en la antesala de las secretarias. El ayudante ejecutivo de Shen condujo al norteamericano a una sala de espera más cómoda y le sirvió un vaso de agua. Kilmer esperó los cinco minutos de rigor, porque uno no irrumpía en el despacho de un ministro del gobierno de una gran potencia, pero entonces se abrió una gran puerta, siempre doble a este alto nivel de diplomacia, y lo invitaron a entrar.

Hoy Shen vestía una chaqueta estilo Mao, en lugar de su acostumbrado traje occidental de color azul oscuro. Se acercó a su invitado y le tendió la mano.

—Señor Kilmer, es un placer volver a verlo.

—Gracias por concederme esta improvisada audiencia, señor ministro.

—Por favor, siéntese —dijo Shen, mientras gesticulaba en dirección a unos sillones alrededor de la mesilla habitual, donde ambos se instalaron—. ¿Qué puedo hacer hoy por usted?

—Señor ministro, tengo una nota de mi gobierno que debo entregarle personalmente —respondió Kilmer, al tiempo que sacaba el sobre del bolsillo de su chaqueta y se lo entregaba.

El sobre no estaba cerrado. Shen extrajo las dos páginas del mensaje diplomático y se acomodó para leerlo. Su expresión no cambió en absoluto hasta que levantó la cabeza.

—Esta es una comunicación muy inusual, señor Kilmer.

—Señor ministro, mi gobierno está seriamente preocupado por el reciente despliegue de sus tropas.

—La última nota de su embajada constituía una insultante intromisión en nuestros asuntos internos. ¿Ahora nos amenazan con una guerra?

—Señor, Norteamérica no hace ninguna amenaza. Nos limitamos a recordarles que, dada la condición actual de la Federación Rusa como firmante del Tratado del

Atlántico Norte, cualquier hostilidad contra Rusia obligará a Norteamérica a cumplir con el compromiso del tratado.

—¿Y amenazan a los altos funcionarios de nuestro gobierno, en caso de que los norteamericanos en nuestro país sufrieran algún percance? ¿Por quién nos toman ustedes, señor Kilmer? —preguntó Shen, en un tono tranquilo y sosegado.

—Señor ministro, nos limitamos a señalar que, del mismo modo en que Norteamérica extiende la protección de sus leyes a todos nuestros visitantes, confiamos en que la República Popular haga lo mismo.

—¿Por qué deberíamos tratar a los ciudadanos norteamericanos de una forma distinta de los nuestros?

—Señor ministro, sólo pedimos su confirmación de que así se hará.

—¿Por qué no debería hacerse? ¿Nos acusan ustedes de planear una guerra de agresión contra nuestros vecinos?

—Tenemos constancia de que ha habido movimientos militares recientes por parte de la República Popular y solicitamos una aclaración.

—Comprendo —dijo Shen, mientras doblaba los papeles y los dejaba sobre la mesilla—. ¿Para cuándo solicita la respuesta?

—A la mayor brevedad posible, según su conveniencia, señor ministro —respondió Kilmer.

—Muy bien. Hablaré de este asunto con mis colegas en el Politburó y le responderé cuanto antes.

—Transmitiré esta buena noticia a Washington, señor ministro. No lo molesto más, señor. Muchísimas gracias por recibirme.

Kilmer se puso en pie y se estrecharon de nuevo la mano. Kilmer cruzó la antesala sin mirar a su alrededor, giró a la izquierda por el pasillo y se dirigió a los ascensores. El pasillo le pareció igualmente largo para esta pequeña caminata y el ruido de sus tacones en el suelo parecía inusualmente fuerte. Kilmer había pertenecido al servicio diplomático el tiempo suficiente para saber que Shen debía haber reaccionado de un modo más iracundo al ver la nota. Por el contrario, la había aceptado como si se tratara de una invitación a cenar en la embajada. Eso tenía algún significado, pero Kilmer no estaba seguro de cuál era. De nuevo en su coche, empezó a componer su mensaje a Washington, pero no tardó en comprender que debía informar de viva voz, por el teléfono de seguridad.

—¿Es bueno, Carl? —preguntó Adler al embajador.

—Es un buen chico, Scott. Tiene una memoria fotográfica y un talento envidiables. Puede que se la haya ascendido un poco prematuramente, pero tiene la inteligencia necesaria y sólo le falta un poco de experiencia en el campo. Calculo que en unos tres años aproximadamente estará en condiciones de dirigir su propia embajada y empezar a subir peldaños.

En un sitio como Lesotho, pensó el secretario de Estado, que era un lugar donde «retraso cultural» parecía un cumplido. Bueno, en algún lugar había que empezar.

—¿Cómo reaccionará Shen?

—Depende. Si lo único que hacen son maniobras rutinarias de entrenamiento, puede que se enojen un poco. Si va en serio y los hemos pillado con las manos en la masa, se fingirán ofendidos y sorprendidos —respondió Hitch, antes de hacer una pausa para bostezar—. Discúlpame. Lo que importa es si esto los obligará a reflexionar.

—¿Lo hará? Tú los conoces casi a todos.

—No lo sé —reconoció incómodamente Hitch—. Scott, es cierto que he pasado allí bastante tiempo, pero no puedo decir que los entienda plenamente. Toman decisiones sobre consideraciones políticas, que a los norteamericanos nos cuesta mucho comprender.

—El presidente los denomina Klingons —dijo Adler. Hitch sonrió.

—Yo no iría tan lejos, pero hay lógica en la observación. Entonces sonó el intercomunicador de Adler.

—Llamada de William Kilmer desde Pekín por el teléfono de seguridad, señor secretario —anunció la voz de su secretaria.

—Soy Scott Adler —dijo el secretario de Estado, después de levantar el teléfono—. El embajador Hitch está aquí conmigo. Ambos lo oímos.

—Señor, he hecho la entrega. El ministro Shen apenas ha parpadeado. Ha dicho que nos respondería pronto, aunque no exactamente cuándo, después de hablar con sus colegas del Politburó. Esta ha sido prácticamente su única reacción. Puedo mandarle la transcripción por fax, dentro de una media hora. La reunión ha durado menos de diez minutos.

Adler miró a Hitch, que movió la cabeza, aparentemente disgustado por la noticia.

—¿Qué me dice de su lenguaje corporal, Bill? —preguntó Hitch.

—Como si hubiera tomado una dosis de Prozac, Carl. Ninguna reacción física en absoluto.

—Shen tiene tendencia a ser hiperactivo —explicó Hitch—. A veces le resulta difícil permanecer sentado. ¿Conclusiones, Bill?

—Estoy preocupado —respondió inmediatamente Kilmer—. Creo que tenemos un problema.

—Gracias, señor Kilmer. Mande el fax cuanto antes —dijo Adler, antes de pulsar un botón de su teléfono y mirar a su invitado—. Mierda.

—Efectivamente. ¿Cuándo sabremos cómo van a reaccionar?

—Mañana por la mañana, espero, tenemos...

—¿Tenemos una fuente dentro de su gobierno? —preguntó Hitch.

Los ojos en blanco de Adler bastaron como respuesta.

—Gracias, Scott —dijo Ryan, antes de colgar el teléfono.

Estaba de regreso en el despacho oval, sentado en su butaca giratoria personal, de una comodidad insuperable. En aquel momento no suponía un alivio, pero consideraba que era un problema menos de que preocuparse.

—¿Y bien?

—Esperaremos a ver si Sorge nos cuenta algo.

—¿Sorge? —preguntó el profesor Weaver.

—Doctor Weaver, disponemos de una delicada fuente de información, que a veces nos indica lo que piensa su Politburó —respondió Ed Foley—. Y dicha información no sale de esta sala.

—Entendido —respondió Weaver, que intelectual o no obedecía las reglas—. ¿Es ése el nombre del material especial que me han mostrado?

—Efectivamente.

—Es una fuente extraordinaria, quienquiera que sea. Es como una grabación de sus reuniones, refleja sus personalidades, especialmente la de Zhang. El es realmente el malo de la película. Prácticamente manipula al presidente Xu con el dedo meñique.

—Adler habló con él, durante las conversaciones a raíz del derribo del Airbus en Taipei —dijo Ryan.

—¿Qué le pareció? —preguntó Weaver, que conocía el nombre y sus palabras, pero nunca lo había visto.

—Es poderoso y no muy agradable —respondió el presidente—. Intervino en nuestro conflicto con Japón y también en el del año pasado con la República Islámica Unida.

—¿Maquiavélico?

—Bastante. Más teórico que protagonista. Un manipulador entre bastidores. No un ideólogo propiamente dicho, pero alguien a quien le gusta jugar con el mundo real, un patriota. ¿Ed? —concluyó Ryan.

—Hemos encargado su perfil a nuestro siquiatra —respondió Foley, encogiéndose de hombros—. Parte sociópata y parte manipulador político. Un individuo a quien le gusta el ejercicio del poder. Sin debilidades personales conocidas. Sexualmente activo, pero muchos de los miembros del Politburó lo son. Puede que sea algo cultural, ¿no le parece, Weaver?

—Así era Mao, como todos sabemos. Los emperadores solían tener auténticos rebaños de concubinas.

—Eso es lo que la gente hacía antes de que existiera la televisión, supongo —comentó Arnie Van Damm.

—En realidad, esto no está lejos de la verdad —confirmó Weaver—. La continuación hoy en día es cultural y es una forma fundamental de poder personal, que a algunas personas les gusta ejercer. La liberación feminista no ha llegado

todavía a la República Popular China.

—Debo de ser demasiado católico —reflexionó en voz alta el presidente—. La idea de Mao desvirgando niñas me pone los pelos de punta.

—A ellas no les importaba, señor presidente —dijo Weaver—. Algunas volvían con sus hermanas menores después de haberse acostado con el gran líder. Es otra cultura y sus reglas son diferentes de las nuestras.

—Sí, sólo un poco —respondió el padre de dos hijas, una de las cuales empezaba a salir con chicos.

¿Qué habrían pensado los padres de aquellas niñas apenas adolescentes? ¿Se sentían honrados de que el gran Mao Zedong desvirgara a sus hijas? Ryan se estremeció sólo de pensarlo y alejó la idea de su mente.

—¿Les importa la vida humana? ¿La de sus soldados?

—Señor presidente, la Biblia judeocristiana no se redactó en China y los esfuerzos de los misioneros por introducir el cristianismo en su país no tuvieron mucho éxito. Además, cuando Mao llegó al poder lo reprimió con bastante eficacia, como hemos visto de nuevo últimamente. Su visión del hombre en la naturaleza es diferente de la nuestra y desde luego no valoran la vida de un ser individual, como lo hacemos nosotros. Hablamos de comunistas que lo observan todo a través de un cristal político y eso es, por encima de todo, una cultura en la que la vida humana tiene poca importancia. Por consiguiente, podríamos decir que es una confluencia muy lamentable de ideologías, desde nuestro punto de vista.

Lamentable he ahí una forma delicada de expresarlo —pensó Ryan—. Hablamos de un gobierno que aniquiló a más de veinte millones de sus propios ciudadanos, sólo en pocos meses, en pos de perfección política.

—Doctor Weaver, en su opinión, ¿qué dirá su Politburó?

—Seguirán por el camino que han emprendido —respondió inmediatamente.

Le sorprendió la reacción.

—Maldita sea, ¿nadie cree que se imponga el sentido común? —exclamó Ryan y miró a su alrededor, para comprobar que todos habían bajado la cabeza.

—Señor presidente, no temen tanto la guerra como sus alternativas —respondió Weaver, con bastante valor, según pensó Arnie Van Damm—. Como ya se ha dicho, si no enriquecen su país con petróleo y oro, temen una ruina económica que destruirá por completo su orden político y eso, para ellos, es más aterrador que perder cien mil soldados en una guerra de conquista.

—Y sólo puedo detenerla arrojando una bomba atómica sobre su capital, que por cierto mataría un par de millones de ciudadanos de a pie. ¡Maldita sea! —exclamó de nuevo Ryan.

—Más bien unos cinco millones, puede que diez —señaló el general Moore, que recibió una mala mirada de su comandante en jefe—. Sí señor, eso funcionaría, pero

estoy de acuerdo con que el precio es un poco alto.

—¿Robby? —preguntó Jack, dirigiéndose a su vicepresidente, con la esperanza de oír algo alentador.

—¿Qué quieres que te diga, Jack? Sólo cabe esperar que se percaten de que esto les costará más de lo que suponen, pero parece que las posibilidades están en contra.

—Otra cosa que debemos hacer es preparar al público para lo que se avecina —dijo Arnie—. Mañana deberíamos comunicárselo a la prensa y luego tendrías que aparecer por televisión, para contar a todo el mundo lo que sucede y por qué.

—¿Sabes lo que te digo? Realmente no me gusta mucho este trabajo. Discúlpame. Lo que acabo de decir es muy pueril —se disculpó el mandatario.

—No se supone que deba ser divertido, Jack —observó Van Damm—. Hasta ahora has jugado bien tus cartas, pero no siempre puedes controlar a los demás jugadores.

Sonó el teléfono del presidente y Jack lo cogió.

—Bien, de acuerdo —dijo antes de levantar la mirada—. Ed, es para ti.

Foley se levantó y se acercó al teléfono.

—Foley... Bien, gracias —respondió, antes de colgar el teléfono—. Se empieza a aclarar el tiempo en el nordeste de China. Dispondremos de imágenes en media hora.

—Mickey, ¿cuánto tardaremos en posicionar los aparatos de reconocimiento aéreo? —preguntó Jackson.

—Tenemos que trasladarlos hasta allí. Disponemos de material que podemos utilizar en California, pero lo más eficaz sería trasladarlos en un C-17 y hacerlos despegar de una pista en Siberia. Podemos hacerlo en unas... treinta y seis horas cuando des la orden.

—La orden ha sido dada —dijo Ryan—. ¿De qué clase de aviones se trata?

—Son vehículos aéreos no tripulados, señor. Solíamos llamarlos aviones teledirigidos. Son sigilosos y pueden permanecer mucho tiempo en el aire. Nos permiten obtener imágenes de vídeo en directo. Son fabulosos para el reconocimiento en el campo de batalla, los mejores nuevos juguetes que han desplegado las fuerzas aéreas, en lo que al ejército concierne. Puedo ponerlos en marcha inmediatamente.

—Hágalo —ordenó Ryan.

—En el supuesto de que tengamos un lugar donde aterrizar. Pero también podríamos utilizarlos desde Elmendorf, en Alaska, si fuera necesario —dijo Moore, antes de levantar el teléfono para llamar a la comandancia militar nacional en el Pentágono.

La actividad se aceleraba en torno al general Peng. En la cabecera de la orden operativa figuraban los ideogramas Long Chun, Dragón de Primavera. La parte del «dragón» parecía auspiciosa, puesto que a lo largo de los milenios el dragón había sido el símbolo del gobierno imperial y también de la buena suerte. Quedaba todavía

mucha luz del día. Eso favorecía los planes de Peng y esperaba que también los de sus soldados. La luz del día favorecía la caza y hacía que fuera más difícil para grandes grupos de hombres ocultarse o moverse sin ser vistos, lo cual facilitaba su misión.

No carecía de dudas. Era un alto mando militar con la orden de luchar en una guerra y nada obliga tanto a alguien a reflexionar como que le ordenen llevar a cabo lo que ha asegurado que era capaz de hacer. Habría preferido disponer de más artillería y soporte aéreo, pero tenía bastante de lo primero y probablemente lo suficiente de lo segundo. En aquel momento examinaba las estimaciones y los mapas de inteligencia. Estudiaba las defensas rusas en el extremo lejano de la frontera desde hacía años, hasta el punto de mandar de vez en cuando especialistas en misiones de reconocimiento al otro lado del río, para explorar los búnkers que miraban al sur desde hacía cincuenta años. Los rusos eran buenos ingenieros militares y no sería fácil ocuparse de esas defensas fijas.

Pero su plan de ataque era sencillo. Tras una cortina masiva de fuego de artillería mandaría la infantería a cruzar el río Amur en botes de asalto para ocuparse de los búnkers rusos, al tiempo que los ingenieros instalaban puentes de cinta para cruzar el río con sus fuerzas mecanizadas, que avanzarían por las colinas hacia el norte. Disponía de helicópteros, pero no los suficientes de ataque para sus necesidades. Se había quejado de ello, pero también lo habían hecho todos los demás altos mandos del Ejército Popular. Lo único que le preocupaba del ejército ruso eran sus helicópteros de ataque Mi-24. Eran unos aparatos torpes, pero potencialmente peligrosos si se utilizaban debidamente.

Su mejor información procedía de montones de chinos que vivían ilegalmente en Rusia, pero con gran comodidad, tenderos y obreros, muchos de los cuales eran funcionarios o confidentes del Ministerio de Seguridad del Estado. Habría preferido disponer de más fotografías, pero su país tenía un solo satélite de reconocimiento, y en realidad las imágenes adquiridas a la empresa comercial francesa de satélites SPOT, de un metro de resolución, eran de mejor calidad que las de su país. También eran más fáciles de comprar por Internet y para ello su coordinador de inteligencia disponía de un cheque en blanco. Mostraban la formación de fuerzas mecanizadas rusas más cercana, a más de cien kilómetros de distancia. Eso confirmaba la información humana, según la cual, la única defensa de la frontera eran las guarniciones al alcance de la artillería. Era interesante que el alto mando ruso no hubiera avanzado sus fuerzas, pero tampoco disponían de muchas para avanzar, y defender una frontera con tantas crestas y meandros absorbía tantos hombres como agua absorbía una esponja, y andaban escasos de personal. También tenía información de que ese general Bondarenko entrenaba sus tropas con mayor ahínco que su predecesor, pero eso no le preocupaba demasiado. Los chinos se entrenaban

intensamente desde hacía años y los rusos tardarían tiempo en alcanzarlos.

No, su única preocupación era la distancia. Su ejército y sus vecinos tenían un largo camino por recorrer. Mantenerlos abastecidos sería un problema, porque como decía Napoleón, un ejército avanza sobre su estómago, al igual que los tanques y demás vehículos lo hacían sobre un lago de combustible. Sus fuentes de inteligencia le habían facilitado el emplazamiento de grandes reservas rusas, pero no podía confiar en capturarlas intactas, por mucho que le apeteciera dicha perspectiva y a pesar de que se proponía asaltar con helicópteros todas las que conocía.

Peng apagó su sexagésimo cigarrillo del día y miró a su oficial de Operaciones.

—¿Sí?

—Ha Llegado la orden definitiva. Avance a las 0330 en tres días.

—¿Lo tendrá todo listo entonces? —preguntó Peng.

—Sí, camarada general, con veinticuatro horas de sobra.

—Bien. Asegurémonos de que todos los hombres estén bien alimentados. Podrán pasar mucho tiempo entre comida y comida durante las próximas semanas.

—La orden ya se ha dado, camarada general —respondió el coronel.

—Y silencio radiofónico absoluto. —Por supuesto, camarada general.

—Ni un susurro —dijo el sargento—. Ni siquiera ruido de fondo.

El avión Rivet Joint RC-135 era el primer aparato de las fuerzas aéreas norteamericanas desplegado, procedente de la base Andersen, en la isla de Guam. Había repostado sobre el mar de Okhotsk y penetrado en el espacio aéreo ruso sobre la ciudad portuaria de Avan. Ahora, después de dos horas de vuelo, estaba al sur de Skovorodino, en el lado ruso de la frontera. El Rivet Joint era una versión extensamente modificada del antiguo Boeing 707, repleto de receptores de radio y con una tripulación de espías experimentados, una de las pocas en las fuerzas aéreas estadounidenses que hablaba un chino aceptable.

—Sargento, ¿qué significa cuando hay muchos soldados en el campo y no se oye ninguna radio? —preguntó el coronel al mando de la misión, evidentemente en sentido retórico.

—Lo mismo que cuando tu hijo de dos años no hace ningún ruido, señor Está emborronando la pared o haciendo cualquier otra cosa por la que merecerá un azote en el trasero.

El sargento se acomodó en su asiento estilo piloto y contempló las numerosas pantallas sintonizadas en las frecuencias conocidas del Ejército Popular. Todo estaba en blanco, salvo por un ligero zumbido estático. Puede que hubiera habido cierta comunicación cuando el Ejército Popular emplazaba sus unidades, pero ahora lo único eran algunas emisoras comerciales de FM, sobre todo de música tan ajena para la tripulación norteamericana como el gran Ol'Oprey lo habría sido en Pekín. Dos tripulantes que escuchaban las estaciones comerciales se percataron de que la letra de

las canciones chinas de amor era tan insulsa como la de sus equivalentes en Nashville, pero ahora las emisoras tendían a transmitir piezas patrióticas.

También se dieron cuenta de ello en Fort Meade, Maryland. La Agencia de Seguridad Nacional tenía numerosos satélites espía alrededor del globo, incluidos dos enormes Rhyolite en órbita geosincrónica sobre el ecuador, todos ellos sintonizados en las frecuencias militares y gubernamentales chinas. La comunicación por FM relacionada con formaciones militares había quedado reducida a cero en las últimas doce horas y tanto para los uniformados como para los civiles, esto sólo significaba una cosa: un ejército silencioso es un ejército que se propone algo.

El personal de la Oficina Nacional de Reconocimiento era el responsable principal de concluir la Evaluación Especial de Inteligencia Nacional, porque la gente solía creer más en las fotografías que en las palabras. Las imágenes habían sido cotejadas por ordenador con los gráficos del radar de los satélites, pero a nadie le sorprendió comprobar que las zonas de encuentro estuvieran ahora prácticamente desiertas. Los tanques y demás vehículos de oruga habían permanecido allí sólo el tiempo necesario para reorganizarse después del viaje en tren. Y a juzgar por las huellas en las carreteras de la región, predominantemente sin asfaltar, se habían dirigido al norte. Se habían tomado el tiempo necesario para cubrir los tanques con mallas de camuflaje, pero esto también había sido una pérdida de tiempo, porque era tan difícil ocultar las huellas de centenares de vehículos pesados como hacer desaparecer una cordillera de montañas. Y ni siquiera se habían molestado en intentarlo con los centenares de camiones de abastos, que por lo que pudieron ver, todavía avanzaban en pequeños grupos compactos, a unos treinta kilómetros por hora, en dirección a las áreas de encuentro, sólo unos puntos al sur de donde se encontraban los disparadores. Las imágenes se imprimieron en seis de las grandes impresoras láser, especialmente fabricadas para la ONR y las llevaron a la Casa Blanca, donde casi todo el mundo estaba sentado en el despacho oval, dispuesto a trabajar toda la noche, con una misión bastante más especial que la del mensajero, en este caso, un sargento del ejército E-5. El paisano que lo acompañaba se quedó en la sala, mientras el suboficial regresaba al Ford sedán oficial, después de dejar un cigarrillo Newport de cien milímetros para el presidente.

—Jack, eres un chico malo —dijo Jackson—. ¡Mira que gorrearle un pitillo a ese joven inocente!

—Que te den, Robby. Tú ocúpate de tu estrés a tu manera y yo lo haré a la mía. Bien, ¿qué tenemos aquí? —preguntó el presidente, con una mueca.

El cigarrillo le hizo toser, pero le ayudaba tanto a permanecer despierto como el mejor café.

—Señor —respondió el analista—, aquí hay tantos vehículos blindados en una zona, como he llegado a ver en toda China, además de todo su equipo. Se dirigen al

norte y yo diría que pronto, en menos de tres días.

—¿Qué hay de la aviación? —preguntó Jackson.

—Aquí, señor —dijo el analista, mientras señalaba con el dedo una de las fotografías—. Esta base de cazas en Jinxi es un buen ejemplo. Aquí hay un escuadrón de aparatos Su-27 de fabricación rusa, más un regimiento entero de J-7. El Sukhoi es un caza bastante bueno, semejante en prestaciones y capacidad a los primeros F-15. El siete es un caza diurno copiado del viejo MiG-21, modificado para objetivos terrestres además, del combate aéreo. Se distinguen sesenta y ocho aparatos. Probablemente había por lo menos cuatro en el aire cuando pasó el satélite. Fíjense en los camiones cisterna de la rampa y este avión que lo manipula el equipo de tierra. Calculamos que esta base permaneció cinco días sin ser utilizada...

—¿Preparándolo todo? —preguntó Jackson, consciente de que así era como se hacía.

—Sí, señor. También puede ver las puntas de los misiles, que asoman por debajo de las alas de todos estos aviones. Parecen armados para entrar en combate.

—Blancos en la vía —comentó Robby—. Se preparan para ir a hacer algún trabajo.

—A no ser que nuestra nota los tranquilice —dijo Ryan, con un pequeño atisbo de esperanza en el tono de su voz.

Una mínima esperanza, pensaron los demás. El presidente dio una última calada al Newport hurtado y lo apagó.

—¿Serviría de algo que llamara personalmente al presidente Xu? —preguntó el presidente.

—¿Con sinceridad? —dijo el profesor Weaver, con evidentes síntomas de cansancio a las cuatro de la madrugada en Washington.

—De lo contrario, no me sería muy útil en este momento —respondió Ryan, no exactamente irritado.

—Causará buena impresión en la prensa y tal vez en los libros de historia, pero es poco probable que altere su proceso decisivo.

—Vale la pena intentarlo —discrepó Ed Foley—. ¿Qué podemos perder?

—Espera hasta las ocho, Jack —sugirió Van Damm—. No queremos que piense que hemos pasado la noche en vela. Eso aumentaría enormemente su autoestima.

Ryan volvió la cabeza para mirar hacia las ventanas del muro sur. No se habían cerrado las cortinas y cualquier transeúnte podía haberse percatado de que las luces habían permanecido encendidas durante toda la noche. Aunque, curiosamente, no sabía si el servicio secreto las apagaba por la noche.

—¿Cuándo empezaremos a mover nuestras fuerzas? —preguntó entonces Jackson.

—El agregado de las fuerzas aéreas llamará desde Moscú, cuando terminen sus

conversaciones. Debería suceder en cualquier momento.

—Una noche más larga que la nuestra —refunfuñó el presidente.

—Es más joven que nosotros —observó Mickey Moore—. Es sólo coronel.

—Si esto sigue adelante, ¿cuáles son nuestros planes? —preguntó Van Damm.

—Hiperguerra —respondió Moore—. El mundo desconoce las nuevas armas que hemos elaborado. Harán parecer que «Tormenta del Desierto» sea en cámara lenta.

XLVIII. SALVAS INICIALES

Mientras otros pasaban la noche en vela, Gennady Iosifovich Bondarenko olvidaba lo que se suponía que debía ser acostarse. Su teletipo humeaba de la cantidad de despachos que recibía de Moscú, para cuya lectura necesitaba tiempo. Rusia todavía no había aprendido a dejar a las personas tranquilas cuando hacían su trabajo y por consiguiente, su primer oficial de Comunicaciones se le acercó, temeroso, con el despacho recién llegado.

—Fíjese —dijo el general a su oficial de inteligencia—. Lo que necesito es información sobre el material del que disponen, dónde se encuentran y cómo se proponen avanzar hacia el norte contra nosotros. ¡Su política y sus objetivos me importan menos que su posición actual!

—Espero recibir información concreta de Moscú, de un momento a otro. Procederá del satélite de cobertura norteamericano y...

—¡Maldita sea! Recuerdo cuando teníamos nuestros propios satélites. ¿Qué hay del reconocimiento aéreo?

—Las aeronaves especializadas ya están en camino. Dispondremos de ellas mañana al mediodía, ¿pero osaremos utilizarlas sobre territorio chino? —preguntó el coronel Tolkunov.

—¿Osaremos no hacerlo? —preguntó el comandante en jefe de Extremo Oriente, a modo de respuesta.

—General —dijo su G-2—, lo que preocupa es brindarles a los chinos un pretexto político para atacarnos.

—¿Quién lo dice?

—Stavka.

Bondarenko dejó caer la cabeza sobre el mapa, encima de la mesa. Respiró hondo y cerró los ojos durante tres benditos segundos, pero sólo sirvieron para que deseara poder dormir una hora, en lugar de sólo treinta minutos. Eso es todo, pensó, sólo treinta minutos.

—Un pretexto político —observó el general—. ¿Sabe usted, Vladimir Konstantinovich?, en otra época, los alemanes efectuaban vuelos de reconocimiento a gran altitud sobre Rusia occidental, previos a la invasión. Había un escuadrón especial de cazas capaces de volar a su altitud y su comandante pidió permiso para interceptarlos. Fue inmediatamente destituido de su cargo. Supongo que tuvo suerte de que no lo fusilaran. Se convirtió en as de la aviación y héroe de la Unión Soviética, antes de que un caza alemán lo derribara. ¿Se da usted cuenta? ¡Stalin también tenía miedo de provocar a Hitler!

—¿Camarada coronel?

Ambos volvieron la cabeza. Era un joven sargento, con un montón de fotografías

de gran formato.

—¡Aquí, rápido!

El sargento las colocó sobre la mesa, cubriendo los planos topográficos que habían ocupado su atención durante las cuatro horas anteriores. Las imágenes se habían transmitido por fax, en lugar de una impresora fotográfica apropiada, pero eran aceptables para sus propósitos. Había incluso leyendas en inglés, mecanografiadas en pequeños recuadros, para informar a los ignorantes del contenido de las fotos. El oficial de inteligencia fue el primero en comprenderlo todo.

—Ahí vienen —dijo el coronel, mientras comprobaba las coordenadas y la hora indicada en la parte inferior derecha de la primera foto—. Eso es una división completa de tanques está... —dijo, señalando el mapa—, exactamente aquí, como, suponíamos. Lógicamente se dirigen a Harbin. Allí convergen todas sus líneas ferroviarias. Su primer objetivo será Belogorsk.

—Y desde allí al norte por el valle —confirmó Bondarenko—. Por ese desfiladero y luego al noroeste.

No era preciso ser un premio Nobel para pronosticar su ruta. El terreno era la condición objetiva primordial, a la que debían supeditarse todos los planes y ambiciones. Bondarenko era perfectamente capaz de leer la mente del comandante enemigo, porque cualquier militar profesional podía ver las líneas topográficas del plano y analizadas del mismo modo. Llano era mejor que inclinado. Claro era mejor que bosque. Seca era mejor que húmedo. Había mucho terreno accidentado en la frontera, pero se suavizaba y eran demasiadas las atractivos valles para un avance rápido. Con suficientes hombres, podía haber convertido cada uno de aquellos valles en una trampa mortal, pero si los hubieran tenido, ahora los chinos no estarían alineados en su frontera. Permanecerían en sus propias defensas y le temerían. Pero ésa no era la situación actual, para el comandante en jefe de Extremo Oriente.

La 265ª de Rifles Motorizados se encontraba a cien kilómetros de la frontera. Ahora las tropas se entrenaban frenéticamente con los cañones, porque ésa sería la forma más eficaz de obtener resultados inmediatos. Los comandantes de batallones y regimientos estaban en sus puestos de mando, dirigiendo ejercicios sobre el mapa, porque Bondarenko necesitaba que pensarán, no que dispararan. Para eso estaban los sargentos. La buena noticia para Bondarenko era que a sus hombres les gustaba disparar con munición real y su habilidad aumentaba rápidamente. La mala noticia era que por cada dotación de tanque entrenada de las suyas, los chinos tenían más de veinte.

—Menuda emboscada podríamos tenderles si dispusiéramos de los hombres necesarios —suspiró Tolkunov.

—Cuando estaba en Norteamérica, viendo cómo se entrenaban, oí un buen chiste sobre «si». Si mi tía tuviera cojones, sería mi tío, Vladimir Konstantinovich.

—Efectivamente, camarada general.

Ambos volvieron a concentrarse en los planos y las fotos.

—Entonces saben lo que estamos haciendo —dijo Qian Kun—. Esto no es una buena nueva.

—Puede que sepas lo que hará un ladrón, ¿pero eso qué importa, si él va armado y tú no? —preguntó Zhang Han San—. ¿Camarada mariscal?

—No se puede ocultar un movimiento tan extenso de tropas —respondió escuetamente el mariscal Luo—. La sorpresa táctica siempre es difícil de conseguir. Pero nos queda la sorpresa estratégica.

—Es cierto —dijo Tan Deshi a los miembros del Politburó—. Los rusos han puesto algunas de sus divisiones en estado de alerta, pero todas están en el oeste, a varios días de camino y su único medio para desplazarse es esa línea de ferrocarril, que nuestra aviación puede inutilizar, ¿no es cierto, Luo?

—Con mucha facilidad —respondió el ministro de Defensa.

—¿Y los norteamericanos? —preguntó Fang Gan—. En esa nota que acabamos de recibir nos dicen que se consideran aliados de los rusos. ¿Cuántas veces ha subestimado la gente a los norteamericanos, Zhang? Incluido tú mismo —agregó.

—Existen condiciones objetivas aplicables incluso a los norteamericanos, a pesar de toda su magia —aseguró Luo a los presentes.

—Y dentro de tres años les estaremos vendiendo petróleo y oro —afirmó a su vez Zhang—. Los norteamericanos no tienen memoria política. Siempre se adaptan a la forma cambiante del mundo. En 1949 redactaron el tratado de la OTAN, en el que incluyeron a sus enemigos acérrimos en Alemania. Ya hemos visto lo que han hecho con los japoneses, después de arrojarles bombas atómicas. Lo único que deberíamos considerar, a pesar de que no serán muchos los norteamericanos desplegados y su riesgo será como el de todos los demás, es que tal vez convendría evitar causarles demasiadas bajas. También sería sensato dispensar un buen trato a los prisioneros y civiles capturados; en el mundo existe cierta sensibilidad, que supongo que debemos tener en cuenta.

—Camaradas —dijo Fang, armándose de valor para una última exposición de sus sentimientos íntimos—, como dijo el mariscal Luo hace unos días, todavía tenemos la oportunidad de no seguir adelante. No estaremos plenamente comprometidos hasta que se efectúen los primeros disparos. Hasta entonces, podemos alegar que se trata de unas maniobras defensivas y el mundo aceptará esa explicación, por las razones que mi amigo Zhang acaba de exponer. Pero cuando se hayan iniciado las hostilidades, el tigre habrá salido de la jaula. Los hombres defienden con tenacidad lo que les pertenece. Recordemos que Hitler subestimó a los rusos y vivió para lamentarlo. Sólo el año pasado, Irán subestimó a los norteamericanos, y provocaron un desastre para su país y la muerte de su líder. ¿Estamos seguros de poder permitirnos esta aventura?

—preguntó—. ¿Seguros? Aquí está en juego la vida de nuestro país. No conviene olvidarlo.

—Fang, mi viejo camarada, tan sensato y reflexivo como siempre —respondió con deferencia Zhang—. Además, sé que hablas en nombre de nuestra nación y nuestro pueblo, pero al igual que no debemos subestimar a nuestros enemigos, tampoco debemos subestimarnos a nosotros mismos. ¿No es cierto que ya hemos luchado contra los norteamericanos y les infligimos la peor derrota militar de su historia?

—Sí, los sorprendimos, pero al final perdimos un millón de hombres, incluido el propio hijo de Mao. ¿Y por qué? Porque sobrevaloramos nuestras propias habilidades.

—No en esta ocasión, Fang —aseguró Luo a todos los presentes—. No en esta ocasión. Haremos con los rusos lo mismo que hicimos con los norteamericanos en el río Yalu. Atacaremos con potencia y por sorpresa. Avanzaremos con rapidez donde son débiles. Donde son fuertes los rodearemos. En 1950 éramos un ejército de campesinos, con sólo armas ligeras. Actualmente somos un ejército completamente moderno —prosiguió el mariscal—. Podemos hacer cosas ahora en las que ni siquiera los norteamericanos podían soñar en aquella época. Venceremos —concluyó, firmemente convencido.

—Camaradas, ¿queremos parar ahora? —preguntó Zhang, para centrar el debate—. ¿Deseamos condenar el futuro económico y político de nuestro país? Ese es el quid de la cuestión. Si nos quedamos de brazos cruzados arriesgamos la muerte de la nación. ¿Quién entre nosotros quiere permanecer quieto?

Previsiblemente, nadie, ni siquiera Qian, quiso exponerse a recoger el guante. El voto fue una mera formalidad y unánime. Como siempre, el Politburó optó por el consenso en beneficio propio. Los ministros regresaron a sus respectivos despachos. Zhang retuvo a Tan Deshi unos minutos, antes de dirigirse al suyo. Al cabo de una hora visitó a su amigo Fang Gan.

—¿No estás enojado conmigo? —preguntó Fang.

—La voz de la cautela no me ofende, mi viejo amigo —respondió amablemente Zhang, mientras se instalaba en la silla frente al escritorio.

Podía permitirse ser amable. Había ganado.

—Esta operación me asusta, Zhang. Subestimamos a los norteamericanos en 1950 y eso nos costó la vida de muchos hombres.

—Tenemos hombres de sobra —señaló el ministro decano sin cartera—. Y hará que Luo se sienta valioso.

—Como si lo necesitara —respondió Fang, con un gesto de desagrado por ese presuntuoso tirano.

—Incluso un perro puede ser útil —señaló Zhang.

—¿Y si los rusos son más fuertes de lo que supones?

—Ya me he ocupado de eso. Dentro de dos días crearemos inestabilidad en su país, el mismo día en que empiece nuestro ataque.

—¿Cómo?

—Recordarás el fracaso del atentado contra el consejero superior de Grushavoy, ese tal Golovko.

—Sí, y también te había aconsejado que no lo hicieras —recordó Fang a su amigo.

—Y puede que entonces tuvieras razón —reconoció Zhang, para complacer a su amigo—. Pero Tan ha desplegado los medios ¿qué mejor forma de desestabilizar Rusia que eliminando a su presidente? Podemos hacerlo y Tan ha recibido la orden.

—¿Asesinar a un jefe de gobierno en un país extranjero? —preguntó Fang, sorprendido por aquel nivel de audacia—. ¿Y si fracasas?

—En cualquier caso, cometemos un acto de guerra contra Rusia. ¿Qué podemos perder? Nada, pero en cambio hay mucho que ganar.

—Pero las consecuencias políticas... —suspiró Fang.

—¿Qué importancia tienen?

—¿Y si nos pagan con la misma moneda?

—¿Te refieres a un atentado personal contra Xu? —preguntó, con la verdadera respuesta reflejada en su rostro, «que China estaría mejor sin aquel pelele», aunque ni siquiera Zhang se atrevería a expresarlo en voz alta en la intimidad de aquella sala—. Tan afirma que nuestra seguridad personal es perfecta. Perfecta, Fang. No hay ninguna operación de inteligencia extranjera importante en nuestro país.

—Supongo que todos los países dicen lo mismo, antes de que se les caiga el techo encima. Hemos tenido éxito con nuestro espionaje en Norteamérica, y por eso nuestro buen camarada Tan merece que se lo felicite, pero la soberbia precede al golpe y esos golpes nunca se anticipan. Haríamos bien en recordarlo.

Zhang rechazó la idea.

—Uno no puede tener siempre miedo de todo.

—Es cierto, pero no temer nada también es imprudente —dijo Fang, antes de hacer una pausa para corregir la suposición—. Zhang, debes de pensar que soy como una anciana.

Eso le provocó a Zhang una sonrisa.

—¿Una anciana? No, Fang, eres un camarada desde hace muchos años y uno de nuestros pensadores más reflexivos. ¿Por qué crees que te introduje en el Politburó?

Para conseguir más votos, evidentemente, pensó Fang. Sentía mucho respeto por su colega decano, pero no ignoraba sus defectos.

—Y conste que te lo agradezco.

—Quien debe agradecerlo es el pueblo, por tu solicitud respecto a sus

necesidades.

—Hay que acordarse de los campesinos y los obreros. Después de todo, estamos a su servicio. —El lema ideológico era perfecto para la ocasión—. El trabajo que compartimos no es fácil.

—Debes relajarte un poco. Llama a esa chica, Ming, llévatela a la cama. No será la primera vez.

Era una debilidad que ambos compartían. Momentáneamente amainó la tensión, tal y como Zhang deseaba.

—Chai la chupa mejor —respondió Fang, con una pícaro mirada.

—Entonces llévatela a ella. Cómprale unas bragas de seda. Emborráchala. A todas les gusta eso.

—No es mala idea —reconoció Fang—. Ciertamente me ayuda a dormir.

—¡Entonces, hazlo! Todos necesitamos dormir. Las próximas semanas serán duras para nosotros, aunque no tanto como para nuestros enemigos.

—Una cosa, Zhang. Como has dicho, debemos tratar bien a los cautivos. Algo que los norteamericanos no perdonan rápidamente, es la crueldad contra los indefensos, como hemos comprobado aquí en Pekín.

—En ese sentido, ellos son como ancianas. No comprenden el uso adecuado de la fuerza.

—Tal vez, pero si nos proponemos hacer negocios con ellos, como tú dices, ¿por qué ofenderlos innecesariamente?

Zhang sonrió y reconoció que tenía razón, porque sabía que eso era lo inteligente.

—Muy bien. Se lo diré a Luo —respondió, mientras consultaba su reloj—. Ahora debo marcharme. Esta noche ceno con Xu.

—Dile que le mando mis mejores deseos.

—Por supuesto —dijo Zhang antes de levantarse, inclinar la cabeza para saludar a su amigo y retirarse.

Fang esperó un minuto antes de levantarse de su silla y dirigirse a la puerta.

—Ming —llamó—. Ven aquí.

Se quedó en la puerta mientras entraba su secretaria, con la mirada fija en Chai. Sus miradas se cruzaron y ella le guiñó un ojo, con una sonrisa coqueta. Sí, esta noche necesitaba dormir y ella podía ayudarlo.

—Hoy la reunión del Politburó ha acabado tarde —dijo Fang, después de acomodarse en su butaca para dictar. Después de veinticinco minutos, mandó a Ming a ocuparse de su transcripción cotidiana. Luego llamó a Chai, le dio instrucciones y le ordenó que se retirara. Al cabo de otra hora finalizó la jornada laboral. Fang bajó a su coche oficial, seguido de Chai. Se desplazaron juntos a su cómodo piso y pusieron manos a la obra.

Ming se reunió con su amante en un nuevo restaurante llamado Jade Horse, donde

la comida era mejor que de costumbre.

—Pareces preocupada —comentó Nomuri.

—Mucho trabajo en la oficina —explicó—. Se avecinan grandes problemas.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de problemas?

—No puedo hablar de ello —respondió—. Probablemente no afectarán a tu empresa.

Y Nomuri se percató de que había conducido a su contacto a un próximo nivel; el último, en definitiva. Ella ya no pensaba en el software de su ordenador en la oficina, ni él se lo recordaba. Era preferible que olvidara lo que hacía. La conciencia no se preocupa de lo que ha olvidado. Después de cenar, Nomuri la llevó a su casa e hizo todo lo posible para que se relajara. Sólo lo logró en parte, pero ella se mostró debidamente agradecida y se marchó a las once menos cuarto. Nomuri decidió tomarse una última copa, doble, y comprobó su ordenador para asegurarse de que había remitido el informe casi cotidiano de Ming. La semana próxima esperaba disponer de un nuevo software, que introduciría por la red en el ordenador de Ming, de modo que éste mandara directamente los informes al servidor de las recetas culinarias. Si las cosas se ponían feas en Pekín, era posible que NEC le ordenara regresar a Japón, y no quería que los informes de Mirlo dejaran de llegar a Langley.

En realidad, el último ya había llegado y había generado un gran revuelo.

Bastó para que Ed Foley deseara haberle prestado un teléfono de seguridad a Sergey Golovko. Pero Norteamérica no divulgaba con tanta facilidad sus secretos de comunicaciones, y después de redactar de nuevo el informe lo habían mandado por un fax de seguridad a la embajada norteamericana en Moscú. Desde allí, un funcionario consular, sin ninguna relación con la CIA, lo había llevado personalmente al cuartel general de la SVR. Evidentemente lo tomaron por un espía, lo que significaba que a partir de ahora los rusos lo vigilarían en todo momento y mantendría ocupado al experto personal del servicio de seguridad. El trabajo seguía siendo el trabajo, incluso en este nuevo orden mundial.

Golovko, previsiblemente, dio tal salto que casi tocó el techo de su despacho.

John Clark recibió la noticia por su teléfono de seguridad vía satélite.

—¿Qué coño? —exclamó Rainbow Seis, sentado en su coche, aparcado cerca de la plaza Roja.

—Lo que oyes —respondió Ed Foley.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Tienes bastante amistad con su personal de Operaciones Especiales, ¿no es cierto?

—Hasta cierto punto —admitió Clark—. Nos ocupamos de su entrenamiento.

—Bueno, es posible que te pidan algún tipo de consejo. Es importante que sepas lo que ocurre.

—¿Puedo contárselo a Ding?

—Sí —respondió el director de inteligencia.

—Esto demuestra la premisa de Chavez.

—¿Qué es eso? —preguntó Foley.

—Le gusta decir que las relaciones internacionales en gran parte consisten en una nación que jode a otra.

A ocho mil kilómetros de distancia y a ocho zonas horarias, Foley no pudo evitar una carcajada.

—No cabe duda de que nuestros amigos chinos juegan duro.

—¿Es fiable la información?

—Como una sagrada escritura, John. Ni el banco la rechazaría —aseguró Ed a su lejano agente.

Debemos de tener una fuente en Pekín, pensó Clark, sin expresarlo en voz alta.

—De acuerdo, Ed. Si me dicen algo, te lo comunicaré. Supongo que cooperamos.

—Plenamente —afirmó el director de la CIA—. Ahora somos aliados. ¿No has visto la CNN?

—Creí que se trataba del canal de ciencia-ficción.

—No eres el único. Diviértete, John.

—Tú también, Ed. Adiós —dijo Clark, antes de colgar—. ¡Por todos los santos! —exclamó, hablando solo.

Entonces puso el coche en marcha, para ir a reunirse con Domingo Chavez.

Ding estaba en el bar, que Rainbow había adoptado durante su estancia en la zona de Moscú. Los chicos ocupaban una gran mesa en un rincón, donde se quejaban de la cerveza, pero disfrutaban del alcohol transparente que preferían los indígenas.

—Hola, señor C —dijo Chavez.

—Acabo de recibir una llamada de Ed en mi móvil.

—¿Y?

—Pues que los chinos se proponen empezar una pequeña guerra contra nuestros anfitriones, y esto es la buena noticia —agregó Clark.

—¡Joder! ¿Cuál es la mala? —preguntó Chavez, con incredulidad en el tono de su voz.

—Su Ministerio de Seguridad Estatal acaba de ordenar el asesinato de Eduard Petrovich —respondió John.

—¿Están completamente locos? —preguntó a la mesa el otro agente de la CIA.

—Bueno, empezar una guerra en Siberia no es exactamente un acto racional. Ed nos lo ha comunicado, porque cree que aquí no tardarán en pedir nuestra ayuda. Se supone que conocen al contacto local de los comunistas chinos. Debemos suponer que esto hará que se sientan bastante humillados y nosotros hemos estado entrenando sus fuerzas. Sospecho que nos invitarán como observadores, pero probablemente no

querrán que participemos.

—Estoy de acuerdo.

En ese momento apareció el general Kirillin, acompañado de un sargento. El sargento se quedó en la puerta con el abrigo desabrochado y la mano derecha cerca de la abertura. El general vio a Clark y se le acercó directamente.

—No tengo el número de su móvil.

—¿Qué quiere hoy de nosotros, general? —preguntó Clark—. Necesito que venga conmigo. Debemos hablar con el director Golovko.

—¿Le importa que nos acompañe Domingo?

—Me parece bien —respondió Kirillin.

—He hablado hace poco con Washington. ¿Cuánto saben ustedes? —preguntó Clark.

—Bastante, pero no todo. Esa es la razón por la que necesitamos ver a Golovko —dijo Kirillin, gesticulando en dirección a la puerta, donde su sargento hacía una impecable imitación de un doberman.

—¿Sucede algo? —preguntó Eddie Price, puesto que nadie disimulaba su preocupación y a Price no le había pasado inadvertido.

—Te lo contaré luego —respondió Chavez.

El coche oficial que esperaba en la puerta iba seguido de otro coche con cuatro individuos en su interior, y el sargento/guardaespalda que acompañaba al general era uno de los pocos conscriptos que había participado en el entrenamiento de Rainbow. Sabían que los rusos progresaban de maravilla. No les perjudicaría incluir a alguien especialmente seleccionado, que ya pertenecía a una unidad de élite.

Los coches sortearon el tráfico de Moscú, sin demasiado respeto por el código de circulación, hasta llegar a la puerta principal del número 2 de la plaza Dzerzhinskiy. Entraron en el ascensor y llegaron rápidamente al último piso.

—Gracias por venir tan rápidamente. Supongo que ha hablado con Langley —dijo Golovko.

Clark mostró su teléfono móvil.

—¿Tan pequeña es la unidad de codificación?

—El progreso, señor director —comentó Clark—. Me indican que debemos tomar en serio esta información secreta.

—Foleyeva dispone de una buena fuente en Pekín. He visto algunos de sus informes. En primer lugar, parece que se perpetró un atentado deliberado contra mi vida y ahora se ha planeado otro contra el presidente Grushavoy. Ya se lo he comunicado. Su personal de seguridad está en estado de alerta máxima. El principal agente de los chinos en Moscú ha sido identificado y está bajo vigilancia. Cuando reciba sus instrucciones, lo detendremos. Pero desconocemos sus contactos. Suponemos que son ex miembros del Spetsnaz que le son leales; evidentemente,

delincuentes que hacen trabajos especiales en el mundo clandestino que ha surgido aquí.

Tenía sentido, pensó John.

—Algunas personas hacen cualquier cosa por dinero, Sergey Nikolay'ch. ¿En qué podemos ayudarlos?

—¿Le ha ordenado Foley que nos ayude? Es muy amable por su parte. Dada la forma en que nos ha llegado esta información secreta, parece apropiada la presencia de un observador norteamericano. Para la detención usaremos la policía, con cobertura del personal del general Kirillin. Como comandante de Rainbow, ésta será su misión.

Clark asintió. No parecía difícil.

—De acuerdo.

—Lo mantendremos a salvo —prometió el general.

—¿Y esperan que los chinos empiecen una guerra contra Rusia?

—En menos de una semana —asintió Golovko.

—¿El petróleo y el oro? —preguntó Chavez.

—Eso parece.

—Así es la vida en la gran ciudad —observó Ding.

—Haremos que lamenten este acto de barbarie —dijo Kirillin, a todos los presentes.

—Eso está por ver —advirtió Golovko, consciente de la información que Bondarenko transmitía a Stavka.

—¿Y ahora que pertenecen a la OTAN, acudimos en su ayuda? —preguntó Clark.

—Su presidente Ryan es un auténtico camarada —reconoció el ruso.

—Eso incluye también a Rainbow —reflexionó John en voz alta—. Somos tropas de la OTAN.

—Hasta ahora nunca he luchado en una guerra real —reflexionó Chavez en voz alta.

Pero ahora tenía el rango de comandante y perfectamente podrían ordenarle que se incorporara a filas. Recordó que su seguro de vida estaba al día.

—No es exactamente divertido, Domingo —aseguró Clark, que empezaba a sentirse un poco viejo para esos trotes.

La embajada china estaba bajo vigilancia permanente, por parte de un extenso equipo de expertos del servicio ruso de seguridad federal. Casi todos habían pertenecido a la segunda jefatura del KGB, que reconstituida ahora bajo unos nuevos auspicios, desempeñaba las mismas funciones que la división de inteligencia del FBI y facilitaba escasa información a sus homólogos norteamericanos. Un mínimo de veinte agentes estaban asignados a dicha función. Su aspecto físico era muy diverso: hombres, mujeres, ricos, pobres, maduros y ancianos, pero nadie realmente joven,

porque este caso era demasiado importante para agentes con poca experiencia. Los vehículos que utilizaban para la misión también eran muy diversos; desde volquetes hasta motos y todas las unidades móviles llevaban por lo menos una radio de un modelo tan avanzado que no todavía estaba a disposición del ejército ruso.

Kong Deshi salió de la embajada de la República Popular a las siete cuarenta. Se dirigió a la estación de metro más cercana y bajó por la escalera mecánica. Eso era enteramente rutinario. Al mismo tiempo, salió un funcionario consular secundario y tomó otra dirección, pero los agentes del SSF no le prestaron la menor atención. Caminó tres manzanas al llegar a la altura de la segunda farola de una concurrida calle, sacó un trozo de cinta adhesiva blanca del bolsillo de su abrigo y la pegó en sentido vertical en el poste metálico. Luego se dirigió a un restaurante donde cenó solo, después de cumplir una misión cuya finalidad desconocía. Era el señalizador del Ministerio de Seguridad del Estado en la embajada, pero no había recibido formación como agente secreto.

El tercer secretario Kong permaneció en el tren hasta la estación correspondiente, seguido de cuatro agentes del servicio de seguridad, más otro que esperaba en el andén y otros dos en la parte superior de la larga escalera mecánica. De camino, compró un periódico en uno de los quioscos callejeros. Se detuvo dos veces, una para encender un cigarrillo y otra para volver la cabeza como si estuviera perdido e intentara orientarse. En ambos casos, evidentemente, intentaba ver si alguien lo seguía, pero el personal de seguridad era demasiado numeroso y los que estaban más cerca, disimuladamente, pero sin exagerar, miraban en otra dirección. La verdad, como sabe el FBI y también los servicios de seguridad británicos, es que cuando un contacto ha sido identificado está tan desnudo e indefenso como un recién nacido en la jungla, siempre y cuando los que lo sigan no sean unos imbéciles. Estos profesionales entrenados por el KGB eran cualquier cosa menos imbéciles. Lo único que desconocían era la identidad del señalizador, pero eso, como de costumbre, tal vez no lo supieran nunca. El problema era que jamás se sabía con qué rapidez retirar el paquete que estaba a punto de ser entregado.

El otro problema para el agente de control, Kong Deshi, era que una vez localizado el lugar del intercambio, era tan fácil de vigilar como una sola nube en un firmamento por lo demás despejado. El tamaño del equipo de vigilancia era sólo para asegurarse de que no hubiera otro intercambio. No lo hubo. Kong se sentó en el banco previsto, donde violó las reglas del campo, fingiendo que leía un periódico cuando no había suficiente luz para ello, pero dada la presencia de una farola cercana, no sorprendería a los transeúntes que no le prestaran atención.

—Ahí va —observó uno de los agentes, cuando Kong colocaba la mano derecha bajo el banco.

Tres minutos después dobló el periódico y se alejó paseando, en la misma

dirección por la que había llegado. Los agentes de seguridad dejaron que se alejara bastante, antes de acercarse.

Una vez más lo hicieron desde una furgoneta, donde esperaba el cerrajero con la llave hecha a medida. Dentro de la furgoneta había también un ordenador norteamericano, en el que se había programado el código de una sola utilización, que era una copia exacta del que tenía Suvorov/Koniev en su lujoso piso de las afueras. Su presa, pensó el jefe del equipo de seguridad, era como un tigre que deambulaba por la jungla sin saber que diez rifles lo estaban apuntando, tal vez poderoso y peligroso, pero definitivamente condenado.

Trajeron la caja. El cerrajero la abrió. Desplegaron y fotocopiaron el contenido, lo colocaron de nuevo en la caja, la cerraron y la colocaron de nuevo bajo el banco. Alguien mecanografiaba ya las letras azarosas del mensaje, y a los cuatro minutos apareció claramente el texto.

—¡Yob tvoyu mat! —exclamó el jefe de los agentes—. ¡Quieren que mate al presidente Grushavoy!

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los agentes.

El jefe le entregó el ordenador portátil para que pudiera leerlo en pantalla.

—Esto es un acto de guerra —exclamó el comandante. El coronel asintió.

—Así es, Gregoriy.

Y la furgoneta arrancó. Debía dar parte inmediatamente.

El teniente Provalov estaba en casa cuando recibió la llamada. Refunfuñó lo suyo mientras se vestía de nuevo, para dirigirse al cuartel general del SSF. No había llegado a encantarle el servicio de seguridad, pero le inspiraba respeto. Con sus recursos, pensaba, acabaría con el crimen en Moscú. Pero no los compartían y conservaban esa soberbia de estar por encima de la ley, característica de la organización que les había precedido. Puede que fuera necesario. Las cosas que investigaban no eran menos graves que los asesinatos, salvo en su escala. Los traidores no mataban individuos, sino regiones completas. La traición era un delito que se había considerado grave en su país desde hacía siglos y que la paranoia institucional de su nación temía tanto como odiaba.

Provalov se percató de que aquí velaban más de lo habitual. Yefremov estaba de pie en su despacho, leyendo un papel con una expresión impertérrita, que solía denotar algo monstruoso.

—Buenas noches, Pavel Georgiyevich.

—Teniente Provalov, vea esto —respondió Yefremov, al tiempo que le mostraba el papel—. Nuestro sujeto se vuelve ambicioso. O por lo menos sus amos.

El teniente de la milicia leyó apresuradamente el texto y luego volvió a empezar para digerirlo lentamente.

—¿Cuándo ha sucedido esto?

—Hace menos de una hora. ¿Cuál es su opinión?

—¡Debemos detenerlo inmediatamente! —respondió previsiblemente el policía.

—Suponía que diría eso. Pero en su lugar esperaremos para comprobar con quién se pone en contacto. Luego lo cogeremos. Pero antes quiero averiguar a quién notifica.

—¿Y si lo hace desde un teléfono móvil o una cabina pública?

—Entonces nos ocuparemos de que la compañía telefónica lo identifique. Pero quiero averiguar si tiene un contacto dentro de algún departamento importante del gobierno. Suvorov tenía muchos colegas cuando estaba en el KGB. Quiero saber cuáles de ellos se han convertido en mercenarios para eliminarlos a todos. El ataque contra Sergey Nikolay'ch mostraba una capacidad aterradora. Quiero acabar con esto, sacarlo todo a la superficie y mandarlos a todos a un campo de trabajo de los más duros.

En el sistema penitenciario ruso había niveles de campos. Los de régimen «suave» eran desagradables. Los de régimen «medio» eran lugares que convenía evitar. Los de régimen «duro» eran el infierno en la tierra. Eran particularmente útiles para obligar a los recalcitrantes a hablar de lo que en otras circunstancias preferían callarse. Yefremov tenía potestad para controlar el nivel de castigo que alguien recibía. Suvorov merecía ya la muerte, en Rusia administrada habitualmente con una bala... aunque había cosas peores que la muerte.

—¿El personal de seguridad del presidente ha sido advertido?

El agente de seguridad asintió.

—Sí, pero la situación es delicada. ¿Cómo podemos estar seguros de que uno de ellos no esté comprometido? Eso estuvo a punto de sucederle al presidente norteamericano el año pasado, puede que ya lo supiera y es una posibilidad que debemos tener en cuenta. Todos están bajo vigilancia. Pero Suvorov tuvo pocos contactos con la Jefatura Ocho cuando estaba en el KGB y ninguna de las personas que conocía se trasladó a la misma.

—¿Está seguro?

—Acabamos de comprobarlo por partida doble, hace tres días. Hemos estado ocupados examinando los archivos. Incluso tenemos una lista de las personas a las que tal vez llame Suvorov. Dieciséis, para ser exactos. Todos sus teléfonos han sido intervenidos y están todos bajo vigilancia.

Pero ni siquiera el servicio de seguridad federal disponía de suficiente personal, para equipos completos de vigilancia para tantos sospechosos. Éste se había convertido en el mayor caso de la historia del SSF y pocas de las investigaciones del KGB habían utilizado tanto personal, remontándose incluso a Oleg Penkovskiy.

—¿Qué me dice de los nombres Amalrik y Zimyanin?

—Zimyanin surgió en nuestras investigaciones, pero no el otro. Suvorov no lo

conocía, pero Zimyanin sí, fueron camaradas en Afganistán, y probablemente lo reclutó por cuenta propia. De los otros dieciséis, siete son sospechosos de primer grado, todos del Spetsnaz, tres oficiales y cuatro suboficiales, todos ellos personas que han puesto su talento y su formación al servicio del mercado abierto. Dos de ellos están en San Petersburgo y pueden haber estado involucrados en la eliminación de Amalrik y Zimyanin. Parece que su camaradería estaba ausente —observó secamente Yefremov—. Diga, Provalov, ¿tiene algo que agregar?

—No, parece que ustedes han cubierto todas las vías de investigación posibles.

—Gracias. Puesto que sigue tratándose de un caso de asesinato, usted nos acompañará cuando lo detengamos.

—¿El norteamericano que nos ha ayudado...?

—También puede acompañarnos —respondió generosamente Yefremov—. Le mostraremos cómo hacemos las cosas aquí en Rusia.

Reilly estaba de nuevo en la embajada de Estados Unidos, hablando con Washington por el teléfono de seguridad.

—Mierda —exclamó el agente.

—Eso lo resume todo —reconoció el director Murray—. ¿Es bueno el destacamento de protección del presidente?

—Bastante bueno. ¿Tan bueno como el servicio secreto? Desconozco la calidad de su apoyo de investigación, pero en el sentido físico, creo que no está mal.

—A estas alturas ya han recibido con certeza la advertencia. Mejorarán un poco lo que tengan. ¿Cuándo detendrán a ese tal Suvorov?

—Lo sensato es esperar a que haga algún movimiento. Supongo que los chinos no tardarán en darle la orden, probablemente ya lo estén haciendo ahora, y en ese momento él hará unas llamadas telefónicas. Yo lo detendría entonces, no antes.

—Estoy de acuerdo —reconoció Murray—. Queremos estar informados de todo cuanto suceda. Intente sonsacar a ese policía amigo suyo, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —respondió Reilly, antes de hacer una pausa—. ¿Eso de la guerra es real?

—Eso parece —confirmó Murray—. Nos estamos preparando para ayudarlos, pero no sé cómo se desenvolverá. El presidente tiene la esperanza de que los desaliente esa treta de la OTAN, pero de eso tampoco estamos seguros. La CIA se vuelve loca intentando dilucidar cómo discurre la República Popular. Salvo esto, no sé gran cosa.

Eso sorprendió a Reilly. Creía que Murray tenía mucha amistad con el presidente, pero suponía que ahora esa información estaba demasiado compartimentada.

—Entrégume eso —dijo el coronel Aliyev al oficial de Comunicaciones.

—Es para la atención inmediata de...

—Necesita dormir. Para llegar a él, debe pasar por mí —declaró el jefe de

Operaciones, mientras hojeaba los despachos—. Este puede esperar... de éste puedo ocuparme yo. ¿Algo más?

—¡Este es del presidente!

—El presidente Grushavoy necesita un general lúcido, más que una respuesta inmediata, Pasha.

Aliyev también necesitaba dormir, pero había un sofá en la habitación y sus almohadones lo llamaban.

—¿Qué está haciendo Tolkunov?

—Actualizando su valoración.

—¿Mejora en algún sentido? —preguntó el comandante.

—¿Usted qué cree? —respondió el oficial de Operaciones.

—Mierda.

—Así es, camarada. ¿Sabe dónde comprar palillos para comer?

—No mientras disponga de mi pistola reglamentaria —respondió el coronel, de casi dos metros de altura, demasiado alto para los tanques o la infantería—. Asegúrese de que vea esto cuando despierte. Yo se lo comunicaré a Stavka.

—Bueno. Voy a descansar unas horas, pero despiérrtame a mí, no a él —dijo Aliyev al otro oficial.

—Da.

En general eran hombres de poca estatura. Empezaron a llegar a Never, una pequeña estación de ferrocarril al este de Skovorodino, en vagones de cercanías agregados al ferrocarril transiberiano. Al apearse se encontraron con oficiales uniformados que los dirigieron a unos autobuses. Los autocares avanzaron por una carretera paralela a la vía en dirección sureste, hacia un túnel excavado hacía mucho tiempo, en las colinas sobre el diminuto río Urkan. Junto al túnel había una abertura, que a primera vista parecía un pequeño almacén para el equipo de mantenimiento del ferrocarril. Y eso era, pero aquel túnel de servicio penetraba hacia las entrañas de la colina y se bifurcaba en muchos más, construidos en los años treinta por prisioneros políticos, parte del imperio laboral de la Gulag de Iosef Stalin. En esas cavernas de creación humana había trescientos tanques T-55, construidos en los años sesenta y nunca utilizados, sino almacenados para protegerse de una invasión china, junto a doscientos carros de transporte de personal BTR-60, además de todos los vehículos propios de una división de tanques rusa. El puesto tenía una guarnición de cuatrocientos conscriptos que, al igual que las promociones que les habían precedido, hacían su servicio militar cuidando de los tanques y demás vehículos, esencialmente desplazándose de uno a otro, poniendo en marcha sus motores diésel y limpiando el metal de la superficie, tarea necesaria debido al agua que se filtraba por el techo de piedra. «Depósito de Never» era como se denominaba en los mapas secretos y era uno de los diversos situados cerca de la línea principal del ferrocarril de Moscú a

Vladivostok. Esos depósitos, astutamente escondidos aunque parcialmente a la vista, eran uno de los ases que el general Bondarenko se guardaba en la manga.

Así como los hombres. Eran en su mayoría treintañeros, estaban confusos y bastante enojados porque los habían obligado a abandonar sus hogares. Sin embargo, como buenos rusos, o en realidad como buenos ciudadanos de cualquier país, recibieron la llamada y comprendieron que su país los necesitaba, de modo que unas tres cuartas partes respondieron a la llamada. Algunos se encontraron con caras conocidas de su servicio en el ejército soviético, casi todos eran de aquella época, y se saludaron como amigos o se ignoraron si no guardaban un buen recuerdo de ellos. A todos les entregaron una cartulina impresa, indicándoles adónde dirigirse y así se formaron las dotaciones de los tanques y las brigadas de infantería, que encontraron sus uniformes, armas ligeras y munición en los vehículos de transporte de personal correspondientes. Los destinados a los tanques eran todos de pequeña estatura, aproximadamente un metro sesenta y siete, porque en el interior de los viejos tanques rusos no cabían los altos.

Los reservistas que volvían junto a los corceles de su juventud conocían los buenos y los malos puntos de los T-55. Sus motores, compuestos de piezas fabricadas con tornos de baja precisión, acumulaban por lo menos un kilo de partículas metálicas en el cárter durante las primeras horas de funcionamiento, pero todos suponían que esto lo habría resuelto el personal de mantenimiento en el depósito. Los tanques estaban realmente en un estado sorprendentemente bueno, mejor que el de los que habían utilizado durante su servicio activo. Eso les parecía simultáneamente extraño y habitual a los reservistas, porque el Ejército Rojo no tenía demasiado sentido lógico cuando pertenecían al mismo, aunque eso, para los ciudadanos soviéticos en las décadas de los setenta y los ochenta tampoco era de esperar. La mayoría recordaba su servicio militar con cierto cariño, por las razones habituales: la posibilidad de viajar, ver cosas y lugares diferentes y la camaradería con chicos de su propia edad, en una época de la vida en que la juventud busca cosas nuevas y emocionantes. La mala comida, la paga insignificante y la dureza del servicio caían generalmente en el olvido, aunque encontrarse de nuevo con aquellos vehículos evocó la memoria instantánea que acompaña los olores y las sensaciones del pasado. Todos los tanques disponían de depósitos de combustible internos, además de los barriles sujetos a la parte posterior, que les producían escalofríos al pensar en el campo de batalla, ya que una ráfaga podía convertir el tanque en una inmensa hoguera, por lo que ése era el primer combustible que utilizaban, para poder tirar de la palanca y desprenderse de los barriles, antes de que se disparara la primera bala.

Lo más agradable para los que pulsaron los botones de arranque fue sentir y oír el ronroneo familiar, a los pocos segundos de funcionamiento. El entorno benigno de aquella caverna había sido beneficioso, para aquellos tanques, aunque viejos,

esencialmente no usados. Podían haber sido completamente nuevos, recién salidos de la gigantesca fábrica de Nizhnyi Tagil, arsenal durante varias décadas del Ejército Rojo. Algo que había cambiado, como todos pudieron comprobar, era que la estrella roja había desaparecido de la torreta, y había sido reemplazada por su nueva bandera blanca, azul y roja, excesivamente visible al parecer de todos, porque era un blanco perfecto. Por fin los jóvenes oficiales reservistas, evidentemente un poco nerviosos, los llamaron para que se separaran de sus vehículos. Entonces empezaron los discursos y los recién llegados comprendieron por qué.

—Maldita sea, es encantadora —dijo el agente del servicio de seguridad al subir al coche.

Habían seguido a su sujeto hasta otro restaurante caro, donde había cenado solo, luego se había dirigido a la barra y al cabo de cinco minutos se había fijado en una mujer, que también había llegado sola, muy atractiva, con su vestido negro y rojo de rayas que parecía copiado de un diseñador italiano. Suvorov/Koniev regresaba a su piso, seguido por un total de seis vehículos, tres de ellos con interruptores de cambios de luces en sus salpicaderos, para modificar su aspecto durante la noche. El policía que viajaba en el segundo coche pensó que ésa era una prestación particularmente astuta.

Conducía despacio, en lugar de correr para demostrar su valor, y deslumbraba a la chica con su actitud de hombre de mundo, pensaban los investigadores. El coche redujo la velocidad, al doblar la esquina de una calle con viejas farolas de hierro y luego cambió de dirección, no de forma brusca, pero sí inesperada.

—Mierda, va al parque —dijo el jefe del equipo de seguridad, mientras cogía el micrófono para comunicárselo a los demás—. Debe de haber visto una señal en algún lugar.

Y así lo hizo, pero no sin antes abandonar a la que parecía una mujer muy decepcionada, con algunos billetes de banco en la mano para aliviar su dolor. Uno de los coches del servicio de seguridad paró para detenerla con el fin de interrogarla, mientras los demás seguían la persecución a lo lejos y a los cinco minutos sucedió. Suvorov/Koniev aparcó su coche en un lado del parque y cruzó el césped oscuro hasta el otro lado, sin dejar de escudriñar el entorno, ni percatarse de que cinco coches circulaban a su alrededor.

—Ya está. Lo ha cogido.

Lo había hecho con mucha maña, pero eso no importaba si uno sabía lo que buscaba. Luego regresó a su coche. Dos de los coches fueron directamente a su piso y los tres que lo seguían no se detuvieron cuando llegó a su casa.

—Me ha dicho que de pronto se sentía enfermo. Le he dado mi tarjeta —dijo a los interrogadores—. Me ha dado cincuenta euros por las molestias.

Lo cual no estaba mal, en su opinión, por perder media hora de su valioso tiempo.

—¿Algo más? ¿Parecía enfermo?

—Ha dicho que de pronto la cena le había sentado mal. Yo me he preguntado si no se habría acobardado, como les sucede a algunos hombres, pero no a éste. Es un hombre de cierta madurez y experiencia. Siempre se les nota.

—Muy bien. Gracias, Yelena. Si te llama, te ruego que nos lo comuniqués en seguida.

—Desde luego.

Había sido una entrevista totalmente inofensiva, que había cogido a la chica por sorpresa y por ello había cooperado plenamente, mientras se preguntaba con qué diablos se había tropezado. ¿Algún tipo de delincuente? ¿Tal vez un traficante de drogas? Si la llamaba, avisaría a esa gente y al diablo con él. La vida para una mujer de su oficio ya era bastante difícil.

—Está con el ordenador —dijo el especialista en electrónica desde el cuartel general del SSF, que no sólo veía en su pantalla las teclas que pulsaba, gracias al sensor que habían ocultado en su teclado, sino que duplicaba el sistema de su ordenador—. Ahí está el texto con toda claridad. Ha recibido el mensaje.

Después de un minuto aproximado de reflexión empezó a teclear de nuevo. Se conectó a su servicio de correo electrónico y empezó a escribir mensajes. Todos decían aproximadamente «contáctame cuanto antes» y eso les indicó lo que se proponía. Había mandado un total de cuatro mensajes, aunque parecía que uno de ellos se remitiría a otro u otros destinatarios. Luego se desconectó y apagó el ordenador.

—Ahora veamos si logramos identificar a los destinatarios, ¿de acuerdo? —dijo el jefe de la investigación.

Tardaron un total de veinte minutos. Lo que había sido un aburrimiento acababa de convertirse en algo tan emocionante como la final de la copa mundial de fútbol.

El avión de reconocimiento Myasishchev M-5 despegó de Taza poco antes del alba. El extraño bimotor, versión rusa con cuarenta años de desfase del venerable Lockheed U-2, podía volar a veinte mil metros a una velocidad de crucero de unos quinientos nudos y tomar grandes cantidades de fotografías de alta resolución. El piloto era un experimentado comandante de las fuerzas aéreas rusas, con instrucciones de no acercarse a más de diez kilómetros de la frontera china. Eso era para no provocar a los enemigos potenciales de su país, y esa orden no era tan fácil de ejecutar como de escribirla en Moscú, porque las fronteras entre países no suelen ser líneas rectas. De modo que el comandante programó cuidadosamente su piloto automático y se acomodó para controlar sus instrumentos, mientras la cámara hacía realmente el trabajo. El aparato al que mayor atención prestaba era su alarma de peligro, que consistía esencialmente en un receptor de radio programado para detectar la energía de los emisores de radar que abundaban en la frontera. La mayoría eran

equipos de busca de frecuencia baja o media, pero luego apareció uno nuevo. Este funcionaba en la gama de rayos X y procedía del sur; lo que significaba que lo había detectado una batería china de misiles tierra/aire y lo seguía con su radar. Eso le llamó la atención, porque si bien, veinte mil metros era una altitud superior a la de las posibilidades de cualquier avión comercial, e incluso a la que podían alcanzar muchos cazas, estaba perfectamente al alcance de un SAM, como había tenido oportunidad de comprobarlo un norteamericano llamado Francis Gaia Powers, en una ocasión sobre el centro de Rusia. Un caza podía esquivar la mayoría de los SAM, pero el M-5 no era un caza y tenía problemas para esquivar las nubes en un día sin viento. De modo que mantuvo la mirada fija en la pantalla del receptor, mientras sus orejas captaban el agudo pitido de la alarma auditiva. La pantalla mostraba que el ritmo de las pulsaciones correspondía al sistema de seguimiento, más que al fijo. De modo que el misil probablemente no estaba en el aire y el cielo estaba suficientemente despejado, para ver con toda probabilidad la estela humeante que siempre dejaban y hoy... no, tampoco se veía humo en tierra. Como sistema defensivo, sólo disponía de un cubo de basura y la oración. Ni siquiera un generador de interferencia, masculló el comandante. Pero no tenía sentido preocuparse. Estaba diez kilómetros dentro de su propia frontera y los sistemas SAM de los que dispusieran los chinos, probablemente se encontraban en el interior de su propio país. Sería difícil que pudieran alcanzarlo y siempre podría virar al norte, mientras se desprendía de unos kilos de papel de aluminio para ofrecerle al misil otro objetivo al que seguir. A fin de cuentas, efectuó cuatro pases completos por la zona de la frontera, seguidos de noventa aburridos minutos de reprogramación, para regresar con el M-5 a la base de las afueras de Taza.

El equipo de tierra que apoyaba la misión también procedía del área de Moscú. En el momento en que el M-5 se detuvo en la pista se descargaron los carretes y se llevaron a un laboratorio portátil para ser revelados y luego trasladados, todavía húmedos, a los intérpretes. Vieron pocos tanques, pero muchas huellas en el suelo, y eso era todo lo que necesitaban.

XLIX. EL DESARME

—Lo sé, Oleg. Tengo entendido que la información secreta se consiguió en Washington y se transmitió inmediatamente a vuestra gente —dijo Reilly a su amigo.

—Debes de estar orgulloso de ello —comentó Provalov.

—No fue cosa del FBI —respondió Reilly, consciente de que los rusos se sentirían incómodos de que los norteamericanos les hubieran facilitado información secreta, y tal vez en Norteamérica ocurriría lo mismo—. En cualquier caso, ¿qué pensáis hacer al respecto?

—Intentamos localizar a sus destinatarios electrónicos. Tenemos sus direcciones y todas pertenecen a servidores rusos. Es probable que el SSF ya los haya identificado a todos.

—¿Cuándo se efectuará la detención?

—Cuando se reúnan con Suvorov. Ahora tenemos lo suficiente para detenerlos.

Reilly no estaba tan seguro. Las personas con las que Suvorov quería reunirse, siempre podrían alegar que habían aceptado la invitación, sin tener la menor idea del motivo de la misma y hasta un abogado recién salido de la facultad podría convencer a un jurado de que existía una «duda razonable». Sería preferible esperar a que hicieran algo que los incriminara y luego presionarlos duramente, para obtener pruebas contra los demás. Pero aquí las reglas y los jurados eran diferentes.

—¿En qué está pensando, Anatoliy? —preguntó Golovko.

—Camarada director, pienso que Moscú de pronto se ha convertido en un lugar peligroso —respondió el comandante Shelepin—. La idea de que ex miembros del Spetsnaz conspiren para cometer una traición a esta escala me provoca náuseas. No es sólo la amenaza, sino la infamia. Esos individuos eran camaradas en el ejército, formados para proteger el Estado —agregó el apuesto oficial, moviendo la cabeza.

—Cuando esto era el KGB nos ocurrió en más de una ocasión. Sí, es desagradable, pero es la realidad. La gente es corruptible. Forma parte de la naturaleza humana —dijo tranquilizadamente Golovko, sin agregar «además, ahora la amenaza no es contra mí», un pensamiento no muy noble, pero también parte de la naturaleza humana—. ¿Qué hace ahora el personal de seguridad del presidente Grushavoy?

—Sudar, imagino. ¿Y si esos cabrones orientales tienen más de un agente en Moscú? Deberíamos detenerlo.

—Lo haremos cuando llegue el momento. Esta semana sólo ha recibido un mensaje; y lo tenemos bajo control... Sí, sí, ya lo sé —agregó Sergey, cuando vio que Anatoliy iba a protestar—. No es el único agente del MSE en Moscú, pero probablemente es el único en este caso. Las consideraciones de seguridad son universales. Deben considerar la posibilidad de que uno de sus agentes pueda trabajar

para nosotros, después de todo. En semejante operación hay muchas ruedas y no todas giran en la misma dirección, mi joven amigo. ¿Sabe lo que echo de menos?

—Imagino no tener la segunda jefatura bajo el mismo techo. Entonces la operación se desenvolvería con plena cooperación.

—Exactamente, Anatoliy Ivan'ch —sonrió Golovko—. Ahora, sólo podemos hacer nuestro trabajo y esperar que otros hagan el suyo. Y esperar no es nunca una manera divertida de pasar el tiempo.

Dicho esto, ambos volvieron a concentrar la mirada en los teléfonos que había sobre la mesa, a la espera de que sonaran.

La única razón por la que no habían incrementado la vigilancia era la falta de espacio suficiente para el personal adicional y la posibilidad de que Suvorov se percatara de que treinta personas lo seguían a todas partes. Aquel día se levantó a su hora habitual, se lavó, tomó café y kasha para desayunar, salió de su casa a las nueve y cuarto y se dirigió en coche al centro de la ciudad, con una buena cantidad de escurridizos acompañantes. Aparcó su coche a dos manzanas del parque Gor'kiy y andó el resto del camino.

Lo mismo hicieron otros cuatro, también bajo vigilancia. Se encontraron en un quiosco de revistas exactamente a las diez menos cuarto y entraron juntos en un café excesivamente abarrotado; demasiado, para que los vigilantes pudieran acercarse lo suficiente para oírlos, pero observaron sus rostros. Suvorov/Koniev llevaba la voz cantante, mientras los otros cuatro escuchaban atentamente y asentían.

Yefremov, del servicio de seguridad federal, guardó las distancias. Tenía suficiente antigüedad para no poder garantizar que su rostro fuera desconocido y tuvo que confiar en los más jóvenes para que se acercaran, sin el auricular de la oreja y la radio apagada, con la esperanza de que pudieran leer sus labios, como en las películas de espías.

Para Pavel Georgiyevich Yefremov, la cuestión era ¿qué hacer ahora? ¿Detenerlos a todos y exponerse a arruinar el caso, o proseguir con la vigilancia discreta, arriesgándose a que siguieran adelante y tal vez llegaran a ejecutar su misión?

Uno de los cuatro contactos respondería a la pregunta. Era el mayor, de unos cuarenta años, veterano del Spetsnaz en Afganistán y galardonado con la Orden de la Bandera Roja. Se llamaba Igor Maximov. Levantó la mano, frotó el índice y el pulgar, y al oír la respuesta movió la cabeza y se retiró educadamente. Su partida fue cordial y los dos agentes de su escolta personal lo siguieron a la estación de metro más cercana, mientras los demás seguían hablando.

Al enterarse, Yefremov ordenó que lo detuvieran. La detención se efectuó cuando se apeó del metro a cinco kilómetros de distancia, en la estación próxima a su casa, donde vivía con su esposa e hijo. No se resistió y no iba armado. Dócil como un cordero, acompañó a los dos agentes del servicio de seguridad a su cuartel general.

—Su nombre es Maximov, Igor Il'yich —dijo Yefremov—. Se ha reunido con su amigo Suvorov, Klementi Ivan'ch, para hablar de la participación en un crimen. Queremos oír su versión de lo que se ha dicho.

—Camarada Yefremov, esta mañana me he reunido con unos viejos amigos para tomar un café y luego me he marchado. No se ha hablado de nada en particular. No sé de qué me está hablando.

—Sí, claro —respondió el agente del SSF—. Dígame, ¿conoce a dos ex miembros del Spetsnaz, igual que usted, llamados Amalrik y Zimyanin?

—He oído hablar de ellos, pero no los conozco.

—Aquí los tiene —dijo Yefremov, mostrándole las fotografías de la milicia de Leningrado—. No son muy agradables a la vista.

Maximov no se alteró, pero tampoco examinó las fotos con deleite.

—¿Qué les ocurrió?

—Hicieron un trabajo para su camarada Suvorov, pero evidentemente no le gustó su forma de hacerlo y acabaron tomando un baño en el río Neva. Maximov, sabemos que perteneció al Spetsnaz. También sabemos que ahora se gana la vida con actividades ilegales, pero de momento eso no nos preocupa. Queremos saber exactamente qué se ha dicho en el café. Usted nos lo contará, por las buenas o por las malas. La elección es suya.

Cuando se lo proponía, Yefremov podía ser muy duro con sus huéspedes oficiales. En este caso, no era difícil. Maximov no era ajeno a la violencia, por lo menos en cuanto a administrarla. Recibirla era algo sobre lo que no le apetecía aprender.

—¿Qué me ofrece?

—Le ofrezco su libertad a cambio de su cooperación. Usted ha abandonado la reunión, antes de que llegaran a alguna conclusión. Ésa es la razón por la que está aquí. Entonces, ¿quiere que hablemos ahora o prefiere esperar unas horas hasta que cambie de opinión?

Maximov no era un cobarde, en la experiencia de Yefremov no abundaban en el Spetsnaz, pero era realista y el realismo le indicaba que no tenía nada que ganar si no cooperaba.

—Nos ha invitado a mí y a los demás a participar en un asesinato. Supongo que debe de ser una operación difícil, de lo contrario, ¿para qué necesitaría tantos hombres? Ofrece veinte mil euros por barba. Yo he decidido que mi tiempo es más valioso.

—¿Conoce el nombre del objetivo?

Maximov negó con la cabeza.

—No. No lo ha dicho, ni se lo he preguntado.

—Bien. Verá, el objetivo es el presidente Grushavoy. A Maximov se le encendió

la mirada.

—Eso es alta traición —exclamó el ex sargento del Spetsnaz, con la esperanza de transmitir la idea de que sería incapaz de hacer algo semejante.

Aprendía con rapidez.

—Efectivamente. Dígame, ¿veinte mil euros son un buen precio para un asesinato?

—No lo sé. Si pretende que le diga que he matado por dinero, camarada Yefremov, no, no se lo diré.

—Pero lo has hecho y probablemente habrías participado en éste, si el precio hubiera sido suficientemente alto. En Rusia, veinte mil euros era una suma considerable. Pero Yefremov tenía peces mucho más gordos por atrapar.

—Los demás de la reunión, ¿qué sabe de ellos?

—Son todos veteranos del Spetsnaz. Ilya Suslov y yo servimos juntos al este de Qandahar. Es un francotirador, muy bueno. Los demás son conocidos, pero nunca he servido con ellos.

Francotirador. Eso era útil y el presidente Grushavoy aparecía frecuentemente en público. En realidad, tenía prevista una aparición al día siguiente. Había llegado el momento de zanjar aquel asunto.

—¿De modo que Suvorov ha hablado de asesinato de alquiler?

—Así es.

—Bien. Tomaremos su declaración. Ha sido sensato en cooperar, Igor Il'ych —dijo Yefremov, al tiempo que le indicaba a un joven agente que se lo llevara, antes de levantar el teléfono—. Deténganlos a todos —ordenó al comandante de campo.

—La reunión ha concluido. Los tenemos a todos bajo vigilancia. Suvorov regresa a su casa con uno de los tres.

—Reúna el equipo y deténganlos.

—¿Se siente mejor? —preguntó el coronel Aliyev.

—¿Qué hora es?

—Las 15.40, camarada general —respondió el coronel—. Ha dormido usted trece horas. Aquí tiene unos despachos de Moscú.

—¿Me ha dejado dormir tanto tiempo? —preguntó el general, iracundo.

—La guerra no ha empezado aún. Nuestros preparativos siguen adelante; no tenía ningún sentido despertarlo. Por cierto, tenemos el primer grupo de fotos de reconocimiento. No son mucho mejores que las recibidas por fax de los norteamericanos. Inteligencia ha reafirmado su estimación. La situación no mejora. Ahora contamos con el apoyo de una aeronave ELINT norteamericana, pero dicen que los chinos no utilizan sus radios, lo cual no es sorprendente.

—¡Maldita sea, Andrey! —exclamó el general, mientras se frotaba la cara sin afeitarse con ambas manos.

—Organice un consejo de guerra cuando se haya tomado un café. Yo también he dormido un poco. Usted tiene personal. Yo tengo personal y he decidido que hicieran su trabajo mientras dormíamos —respondió el oficial de Operaciones en tono desafiante.

—¿Qué me dice del depósito de Never?

—Disponemos de un total de ciento ochenta tanques en funcionamiento, con sus dotaciones correspondientes. Más escasos en infantería y artillería, pero los reservistas parecen actuar con cierto grado de entusiasmo y la 265ª de Rifles Motorizados empieza a actuar por primera vez como una auténtica división —respondió Aliyev, mientras le acercaba una taza de café con leche y azúcar; como le gustaba a Bondarenko—. Tómese, Gennady Iosifovich.

A continuación señaló una mesa en la que había pan con mantequilla y tocino.

—Si sobrevivimos, me aseguraré de que lo asciendan, coronel.

—Siempre he querido ser general. Pero también quiero ver a mis hijos ingresar en la universidad. De modo que procuremos seguir vivos.

—¿Qué hay de las tropas de la frontera?

—He asignado un transporte a cada puesto; en los casos posibles, dos vehículos. He mandado a algunos de los reservistas en vehículos BTR, para brindarles cierta protección de la artillería cuando se retiren. Se ven muchos cañones en las fotos del M-5, camarada general. Y verdaderas montañas de obuses. Pero las tropas de la frontera están bien protegidas y han recibido la orden de que no necesitan permiso para abandonar sus puestos, cuando la situación se haga insostenible, a nivel de oficial de compañía —agregó Aliyev.

Era menos probable que cedieran los oficiales de carrera que los conscriptos.

—¿No se sabe cuándo?

El G-3 negó con la cabeza.

—Nada útil de inteligencia. Los chinos siguen moviendo camiones y material, por lo que alcanzamos a ver. Yo diría un día más, puede que incluso tres.

—¿Y bien? —preguntó Ryan.

—Los pájaros muestran que siguen moviendo piezas sobre el tablero —respondió Foley—. Pero la mayoría ya están en su lugar.

—¿Y Moscú?

—Van a detener pronto a sus sospechosos. Probablemente capturarán al agente de control en Moscú. Lo presionarán un poco, pero tiene inmunidad diplomática y no pueden abusar —respondió Ed Foley, pensando en cuando el KGB había detenido a su esposa en Moscú.

No fue agradable para ella y todavía menos para él, pero no la maltrataron. No era corriente maltratar a las personas con pasaporte diplomático, a pesar de lo que habían visto por televisión hacía unas semanas. Y era probable que los chinos lo lamentaran

profundamente, a pesar de que los informes de Sorge indicaban lo contrario.

—¿Nada del interior que nos dé aliento?

—No —respondió el director de la CIA, negando con la cabeza.

—Deberíamos empezar a mover las fuerzas aéreas —instó el vicepresidente Jackson.

—Pero eso podría interpretarse como una provocación —señaló el secretario Adler—. No podemos brindarles ese pretexto.

—Podemos trasladar la Primera Blindada a Rusia y decir que se trata de unas maniobras con nuestros nuevos aliados de la OTAN —dijo el vicepresidente—. Eso nos permitiría ganar unos días.

Ryan reflexionó y miró al jefe de Estado Mayor.

—¿Y bien, general?

—No puede perjudicarnos. Ya trabajan en los ferrocarriles alemanes para organizar el traslado.

—Entonces, hágalo —ordenó el presidente.

—Sí, señor —respondió el general Moore, antes de dirigirse a hacer una llamada. Ryan consultó su reloj.

—Tengo que hablar con un corresponsal.

—Diviértete —dijo su amigo Robby.

Zhigansk, al oeste del río Lena, en otra época había sido un centro regional importante de defensa aérea de la antigua Strany PVO soviética, la comandancia rusa de defensa aérea. Disponía de un aeródromo mayor de lo habitual con cuarteles y hangares, prácticamente abandonado por las nuevas fuerzas armadas rusas, con una dotación mínima para conservar las instalaciones, por si algún día se necesitaban. Eso resultó ser un presagio afortunado, porque las fuerzas aéreas norteamericanas empezaron a instalarse aquel mismo día, sobre todo con aviones de transporte procedentes del centro de Norteamérica, que llegaron por el Polo Norte después de repostar en Alaska. El primero de los treinta aviones de transporte Galaxy C-5 aterrizó a las diez de la mañana, hora local, y se dirigió a las espaciosas plataformas vacías para descargas; bajo la dirección del personal de tierra llegado en el departamento de pasajeros de la gigantesca aeronave. Lo primero que descargaron fueron los aviones sin tripulación Dark Star. Parecían dos barras de pan copulando sobre unas finas alas. Eran unos aviones de reconocimiento teledirigidos, robustos y sigilosos, que se armaban en seis horas listos para volar. El personal se puso a trabajar inmediatamente, con la ayuda de instrumental móvil transportado en el mismo avión.

Los cazas y aviones de ataque se llevaron a Suntar, mucho más cerca de la frontera china, junto con aviones cisterna y otras aeronaves de apoyo, como las AWACS Sentry E-3 norteamericanas, al oeste de Mirny. En ambas bases aéreas, los norteamericanos se encontraron con sus homólogos rusos y se pusieron a trabajar

juntos inmediatamente. Los aviones cisterna norteamericanos no podían abastecer los aviones rusos, pero a todo el mundo le sorprendió comprobar que las bocas de las mangueras terrestres eran idénticas y, por consiguiente, los aviones norteamericanos podían abastecerse de los depósitos rusos, que resultaron ser enormes y principalmente subterráneos, a prueba de explosiones nucleares. El elemento más importante de cooperación consistió en asignar controladores rusos a los AWACS norteamericanos, con el fin de controlar los cazas rusos desde el radar volante norteamericano. Casi inmediatamente despegaron algunos E-3 para probar dicho sistema, utilizando cazas norteamericanos que llegaban como objetivos a interceptar. Comprobaron inmediatamente que los pilotos rusos respondían bien a las directrices, ante la agradable sorpresa de los controladores norteamericanos.

También comprobaron al instante que los aviones de ataque norteamericanos no podían utilizar bombas ni otros pertrechos rusos. Aunque los puntos de enganche hubieran sido los mismos, que no lo eran, la aerodinámica de las bombas rusas era diferente de las norteamericanas y, por consiguiente, el software de los aviones norteamericanos no podía dirigirlos al blanco; habría sido como intentar introducir una bala en un rifle del calibre equivocado, que aunque pudiera haberse introducido, su dirección no habría coincidido con la mira. De modo que los norteamericanos tendrían que traer sus propias bombas, y transportar bombas por avión era casi tan ineficaz como transportar grava para la construcción de carreteras. Por dicha razón, decidieron mandar los B-1 y otros aviones pesados a la base de las fuerzas aéreas de Andersen en Guam, donde había bombas almacenadas para su utilización, aunque estaba lejos de sus supuestos objetivos.

Las fuerzas aéreas de ambos países establecieron inmediatamente una relación amigable y a las pocas horas, después del descanso obligatorio de los pilotos norteamericanos, planeaban y ejecutaban misiones conjuntas con bastante facilidad.

Los Quater Horse fueron los primeros. Bajo la atenta mirada del teniente coronel Angelo Giusti, los principales tanques de combate M1A2 los vehículos de exploración de la caballería, los Bradley M3, subieron a los vagones planos del ferrocarril alemán, acompañados de los camiones cisterna y otros camiones de apoyo. Los soldados subieron a vagones de pasajeros al principio del tren y pronto empezaron a desplazarse hacia el este en dirección a Berlín, donde harían transbordo a vagones para la anchura de vía rusa, en los que proseguirían su viaje al este. Curiosamente, Giusti se percató de que, de momento, no había cámaras de televisión presentes. Esa situación no duraría, pero suponía una distracción menos para la unidad que era los ojos de la Primera de Tanques. La brigada de helicópteros de la división esperaba en su propia base a que los transportes de las fuerzas aéreas los trasladaran al este. Algún genio había decidido que los helicópteros no volaran por sus propios medios, que en la opinión de Giusti eran perfectamente capaces de hacer,

pero el general Diggs le había dicho que no se preocupara. Giusti seguía preocupándose, pero no lo expresaba en voz alta. Se instaló en un cómodo asiento del primer vagón, con el resto de su personal y examinó unos planos que acababa de imprimir la unidad de cartografía de la división, parte del sector de inteligencia. Los planos mostraban el terreno por el que posiblemente lucharían. En general pronosticaban el camino que seguirían los chinos, que no era demasiado difícil de augurar.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —preguntó Bob Holtzman.

—Hemos empezado a desplegar fuerzas para apoyar a nuestros aliados —respondió Ryan—. Esperamos que la República Popular se dé cuenta y recapacite sobre lo que parece estar haciendo.

—¿Hemos estado en contacto con Pekín?

—Sí —asintió solemnemente Ryan—. El canciller de nuestra embajada en Pekín, William Kilmer, ha entregado una nota al gobierno chino y estamos a la espera de una respuesta oficial.

—¿Nos está diciendo que en su opinión habrá un conflicto armado entre Rusia y China?

—Bob, nuestro gobierno está haciendo grandes esfuerzos para evitar esa posibilidad y apelamos al gobierno chino para que recapacite sobre su posición y sus actos. La guerra ha dejado de ser una opción política en este mundo. Supongo que en otra época lo fue, pero ya no. La guerra sólo aporta muerte y sufrimiento a la gente. El mundo ha doblado una esquina en este sentido. La vida de las personas, incluida la de los soldados, tiene demasiado valor para desperdiciarla. Bob, la razón por la que tenemos gobiernos es la de servir al pueblo en sus necesidades e intereses, no la ambición de los poderosos. Espero que los líderes de la República Popular lo comprendan —dijo Ryan, antes de hacer una pausa—. Hace un par de días estuve en Auschwitz. Bob, es una experiencia que lo obliga a uno a reflexionar. Allí puede sentirse el horror. Se oyen los gemidos, se huele la muerte y se ven las hileras de personas conducidas a punta de fusil al lugar donde van a ser asesinadas. Bob, de pronto había dejado de ser televisión en blanco y negro.

—Entonces se me ocurrió que no existe pretexto alguno para que el gobierno de un país, de cualquier país, mate para obtener beneficios. Los delincuentes comunes roban en una bodega para obtener dinero. Los países roban a otros países para obtener petróleo, oro o territorio, Hitler invadió Polonia por Lebensraum, para que Alemania pudiera extenderse, pero maldita sea, aquella tierra ya estaba habitada y lo que intentó fue robar. Eso es todo. Nada de visión ni de arte de gobernar. Hitler era un ladrón, antes de convertirse en asesino. Pues los Estados Unidos de Norteamérica no permanecerán impasibles viendo cómo sucede de nuevo —declaró Ryan, antes de hacer una pausa para beber agua.

—Una de las cosas que se aprende en la vida es que sólo hay algo que valga la pena tener, y eso es amor. Igualmente, hay sólo una cosa por la que vale la pena luchar, y eso es justicia. Bob, eso es por lo que lucha Norteamérica, y si China lanza una guerra de agresión, una guerra de robo, Norteamérica apoyará a su aliado e impedirá que suceda.

—Muchos dicen que su política respecto a China ha contribuido a crear esta situación, que su reconocimiento diplomático de Taiwan...

—¡Bob, no puedo tolerarlo! —interrumpió Ryan, enojado—. El gobierno de la República China ha sido elegido libremente. Norteamérica apoya los gobiernos democráticos. ¿Por qué? Porque defendemos la libertad y la autodeterminación. Ni yo ni Norteamérica tuvimos nada que ver con los asesinatos a sangre fría que vimos por televisión, la muerte del nuncio del Vaticano, el cardenal DiMilo y el asesinato del pastor chino Yu Fa An. No tuvimos nada que ver con eso. Fueron los actos de la República Popular los que provocaron la repugnancia de todo el mundo civilizado. Incluso entonces, China podía haberlo arreglado investigando y castigando a los asesinos, pero decidieron no hacerlo y el mundo reaccionó ante lo que ellos mismos habían hecho.

—¿Pero a qué se debe esta situación? ¿Por qué reúnen tropas en la frontera rusa?

—Parece que quieren lo que Rusia tiene, los nuevos yacimientos de petróleo y oro. La misma razón por la que Irak invadió Kuwait. Fue por petróleo, o en realidad por dinero. Fue un atraco a mano armada, como los que cometen los maleantes callejeros, que atacan a una vieja para robarle la pensión, pero de algún modo, por alguna razón, le concedemos el beneplácito cuando sucede a nivel de nación. Pues eso se acabó, Bob. El mundo no seguirá tolerando ese tipo de cosas. Y Norteamérica no permanecerá impasible, viendo cómo le sucede a nuestro aliado. Cicerón dijo en una ocasión que Roma crecía, no gracias a las conquistas, sino al hecho de defender a sus aliados. Una nación se gana el respeto actuando a favor de las cosas, no contra las mismas. Valoramos a las personas, no por aquello a lo que se oponen, sino por lo que defienden. Norteamérica defiende la democracia y la autodeterminación de los pueblos. Defendemos la libertad. Defendemos la justicia. Hemos comunicado a la República Popular China que si lanza una guerra de agresión, Norteamérica defenderá a Rusia y atacará al agresor. Nosotros creemos en un orden mundial pacífico, en el que las naciones compitan en el campo de batalla económico, no con tanques y cañones. Ya ha habido bastante muerte. Ha llegado el momento de parar, y Norteamérica estará ahí para hacerlo.

—¿La policía mundial? —preguntó Holtzman, y el presidente negó inmediatamente con la cabeza.

—Eso no, pero defenderemos a nuestros aliados y la Federación Rusa es nuestro aliado. Luchamos con los rusos para derrotar a Hitler. Ahora estamos de nuevo con

ellos —dijo Ryan.

—¿Y guerra?

—No es necesario que haya guerra, Bob. Hoy no estamos en guerra. Ni Norteamérica ni Rusia iniciarán una guerra. La decisión está en manos de otros. No es difícil para una nación deponer las armas. Raramente un militar profesional disfruta de los conflictos. Ciertamente nadie que haya visto un campo de batalla acudirá voluntario para ver otro. Pero les diré una cosa: si la República Popular lanza una guerra de agresión, y como consecuencia de ello corren peligro vidas norteamericanas, los que hayan tomado la decisión de soltar a los perros de guerra habrán puesto sus propias vidas en peligro.

—¿La doctrina Ryan? —preguntó Holtzman.

—Lámelo como quiera. Si es aceptable matar a un pobre soldado de infantería, por cumplir con lo que le ha ordenado su gobierno, entonces es igualmente aceptable matar a los que le dictan al gobierno lo que debe hacer, a los que mandan a morir a aquel pobre soldado indefenso.

Mierda —pensó Arnie Van Damm, en el umbral de la puerta del despacho oval—. ¿Era preciso que dijeras eso, Jack?

—Gracias por su tiempo, señor presidente —dijo Holtzman—. ¿Cuándo hablará a la nación?

—Mañana. Dios mediante, será para anunciar que la República Popular ha depuesto su actitud bélica. Pronto llamaré al presidente Xu, para pedírselo personalmente.

—Buena suerte.

—Estamos listos —declaró el mariscal Luo—. La operación comienza mañana a primera hora.

—¿Qué han hecho los norteamericanos?

—Han mandado algunos aviones, pero los aviones no me preocupan —respondió el ministro de Defensa—. Pueden picar, como un mosquito, pero no perjudican realmente a un hombre. Avanzaremos veinte kilómetros el primer día y luego cincuenta diarios, puede que más, según cómo luchen los rusos. Las fuerzas aéreas rusas no son siquiera un tigre de papel. Podemos destruirlas, o por lo menos obligarlas a retroceder y apartarlas de nuestro camino. Los rusos empiezan a movilizar tropas mecanizadas hacia el este por ferrocarril, pero bombardearemos el trazado en Chita con nuestros medios aéreos. Podemos paralizarlos y proteger nuestro flanco izquierdo, hasta que hayamos trasladado suficientes tropas para formar un muro infranqueable.

—¿Está muy seguro, mariscal? —preguntó Zhang, evidentemente en sentido retórico.

—Tendremos su nueva mina de oro dentro de ocho días y luego otros diez hasta

el petróleo —pronosticó el mariscal, como si hablara de la construcción de una casa.

—¿Entonces está listo?

—Completamente —insistió Luo.

—Hoy recibirá una llamada del presidente Ryan —advirtió el ministro Shen de Asuntos Exteriores al presidente.

—¿Qué dirá? —preguntó Xu.

—Le suplicará personalmente que no inicie la guerra.

—Si lo hace, ¿qué debo responderle?

—Ordénele a su secretaria que le diga que ha salido a reunirse con el pueblo —sugirió Zhang—. No hable con ese imbécil.

El ministro Shen no era totalmente partidario de la política de su país, pero asintió de todos modos. Parecía la mejor forma de evitar confrontaciones personales, que Xu no manejaría muy bien. Su ministerio todavía intentaba encontrar la forma de tratar con el presidente norteamericano. Era tan diferente de otros jefes de gobierno, que todavía tenían dificultades en comprender cómo debían hablarle.

—¿Y nuestra respuesta a su nota? —preguntó Fang.

—No les hemos dado ninguna respuesta oficial —dijo Shen.

—Me preocupa que nos puedan llamar mentirosos —dijo Fang—. Creo que sería lamentable.

—Te preocupas demasiado, Fang —declaró Zhang, con una cruel sonrisa.

—No, en eso tiene razón —dijo Shen, en defensa de su colega—. Las naciones deben poder confiar en la palabra de otra; de lo contrario, ninguna clase de relación sería posible. Camaradas, debemos recordar que habrá un «después de la guerra», en el que debemos tener la posibilidad de establecer de nuevo relaciones normales con las naciones del mundo. Si nos consideran bandidos, eso será difícil.

—Tiene sentido —observó Xu, expresando excepcionalmente su propia opinión—. No, no aceptaré la llamada de Washington y no, Fang, no permitiré que Norteamérica nos llame mentirosos.

—Otra novedad —dijo Luo—. Los rusos han iniciado vuelos de reconocimiento a gran altitud, en su lado de la frontera. Propongo derribar el próximo y alegar que había invadido nuestro espacio aéreo. Junto a lo demás, lo utilizaremos como provocación por su parte.

—Excelente —exclamó Zhang.

—¿Y bien? —preguntó John.

—Está en ese edificio —respondió el general Kirillin—. El equipo de captura está listo para subir y efectuar la detención. ¿Quieren presenciarlo?

—Claro —asintió Clark—. ¿Cómo está previsto?

Tanto él como Chavez llevaban el mono completamente negro de Rainbow, además de armadura, lo cual les parecía cómico, pero los rusos mostraban una

solicitud excesiva por sus huéspedes y eso incluía la preocupación oficial por su seguridad.

—Tenemos cuatro hombres en el piso contiguo. No anticipamos ninguna dificultad —respondió Kirillin—. Síganme.

—Una pérdida de tiempo, John —comentó Chavez en español.

—Sí, pero quieren hacer el espectáculo y que lo veamos.

Los dos siguieron a Kirillin y a un joven oficial al ascensor, que los llevó velozmente al último piso. Después de una fugaz mirada, para comprobar que el pasillo estaba vacío se desplazaron como gatos al piso ocupado.

—Estamos listos, camarada general —dijo el comandante del Spetsnaz—. Nuestro amigo está en la cocina hablando con su invitado. Estudian cómo matar al presidente Grushavoy mañana, de camino al parlamento. Con el disparo de un francotirador —concluyó—. A ochocientos metros de distancia.

—Aquí fabrican unos buenos rifles —observó Clark.

Ochocientos metros era suficientemente cerca para un buen tirador, especialmente con un blanco que se moviera lentamente, como un hombre andando.

—Prosiga, comandante —ordenó Kirillin.

A continuación salieron los cuatro al pasillo. Vestían sus propios monos de Rainbow, de Nomex negro y llevaban el equipo que Clark y los suyos les habían traído: ametralladoras alemanas MP-10 y pistolas Beretta del calibre 45, además de las radios portátiles de E-Systems. Clark y Chavez llevaban lo mismo, pero no iban armados. Probablemente, la razón por la que Kirillin los había traído era para mostrarles lo mucho que su gente había aprendido. Los soldados rusos parecían estar listos. Atentos y cargados de energía, aunque no nerviosos, sólo con la tensión necesaria.

El oficial al mando avanzó por el pasillo hasta la puerta. Su especialista en explosivos colocó una fina línea de cuerda explosiva alrededor de los bordes de la puerta y se hizo a un lado, mirando a su jefe a la espera de la orden.

—Fuego —ordenó el comandante.

Y antes de que el cerebro de Clark registrara la orden retumbó en el pasillo el ruido de la explosión, que impulsó la puerta hacia el interior del piso a unos cien metros por segundo. El comandante ruso y un teniente lanzaron granadas de fogeo al interior, con la seguridad de que desorientarían a cualquiera que pudiera haber estado armado. Fue duro incluso para Clark y Chavez, a pesar de saber lo que iba a suceder y de haberse tapado los oídos. Los rusos entraron en el piso por parejas, tal y como habían sido entrenados, y no se oyó otro ruido, salvo el grito de un inquilino a lo largo del pasillo, que no sabía lo que sucedía. Entonces, John Clark y Domingo Chavez se quedaron solos en el pasillo, hasta que apareció un brazo que les indicó que entraran.

El desorden del interior era previsible. La puerta sólo servía ahora para hacer astillas y palillos. Y los cuadros de la pared se habían quedado sin cristal. El sofá azul tenía una gran quemadura en el costado y una de las granadas había formado un cráter en la alfombra.

Suvorov y Suslov estaban sentados en la cocina, el corazón de un hogar ruso. Eso los había mantenido suficientemente alejados de la explosión para seguir ilesos, pero ambos parecían aturridos por la experiencia. No había armas a la vista, lo que sorprendió a los rusos, pero no a Clark. Los dos supuestos malhechores estaban ahora boca abajo en el suelo de baldosas, con las manos esposadas a la espalda y pistolas cerca de sus cabezas.

—Saludos, Klementi Ivan'ch —dijo el general Kirillin—. Tenemos que hablar.

El mayor de los dos hombres que estaban en el suelo apenas reaccionó. En primer lugar, porque le era casi imposible, y en segundo lugar, porque sabía que hablando no mejoraría su situación. Entre todos los espectadores, Clark fue quien más compasión sintió por él. Dirigir una operación encubierta ya era bastante duro. Que se la destruyeran era algo que nunca le había sucedido a John; aunque había pensado muchas veces en dicha posibilidad, en realidad no era algo que uno quisiera plantearse. Especialmente en ese lugar, aunque puesto que ya no era la Unión Soviética, a Suvorov le cabía el consuelo de que podía haber sido un poco peor. Pero John estaba seguro, de que no mucho peor. Había llegado el momento de que dijera algo.

—Bien ejecutado, comandante. Un poco excesivo en los explosivos, pero todos lo hacemos. A mis hombres les digo lo mismo en casi todas las ocasiones.

—Gracias, general Clark.

El oficial que estaba al mando se sentía eufórico, pero fingió permanecer impassible de cara a sus subordinados. Acababan de llevar a cabo su primera misión real, y por contentos que estuvieran, la actitud que debían adoptar era la de «claro que lo hemos hecho bien». Era un asunto de orgullo profesional.

—¿Qué les ocurrirá ahora, Yuriy Andreyevich? —preguntó John, en su mejor ruso de Leningrado.

—Serán interrogados por asesinato y conspiración de asesinato, además de alta traición. Hemos detenido a Kong hace media hora y está hablando —agregó Kirillin, mintiendo, y aunque Suvorov no lo creyera, encaminaría su mente en una dirección incómoda—. ¡Llévenselos! —ordenó el general.

A continuación entró un agente del SSF y puso el ordenador en marcha para empezar una comprobación detallada de su contenido. Neutralizaron el programa de seguridad que Suvorov había instalado, porque conocían la clave gracias al sensor que habían conectado anteriormente al teclado. Todos estaban de acuerdo en que los ordenadores habían sido diseñados pensando en el espionaje, pero eran armas de

doble filo.

—¿Quién es usted? —preguntó un desconocido vestido de paisano.

—John Clark —respondió sorprendentemente en ruso—. ¿Y usted?

—Provalov. Soy teniente investigador de la milicia.

—Ah, ¿el caso del lanzagranadas?

—Exactamente.

—Supongo que ése es su hombre.

—Sí, un asesino.

—Peor que eso —dijo Chavez, interviniendo en la conversación.

—No hay nada peor que asesinato —respondió Provalov, como buen policía.

Chavez tenía un visión más práctica.

—Tal vez, depende de si necesita un contable para saber el número de cadáveres.

—Dígame, Clark, ¿qué le ha parecido la operación? —preguntó Kirillin, ansioso por recibir la aprobación del norteamericano.

—Ha sido perfecta. Era una operación sencilla, pero ha sido llevada a cabo de forma impecable. Son buenos chicos, Yuriy. Aprenden con rapidez y trabajan duro. Están listos para ser monitores de su personal de Operaciones Especiales.

—Sí, me los llevaría gustoso a ejecutar cualquier otra misión —agregó Ding.

La noticia alegró a Kirillin, a pesar de no ser sorprendente.

L. RAYOS Y TRUENOS

—Lo han detenido —dijo Murray a Ryan—. Nuestro amigo Clark estaba presente como observador. Muy democrático por parte de los rusos.

—Supongo que sólo pretenden portarse de nuevo como aliados, y Rainbow forma parte de la OTAN. ¿Crees que cantará?

—Probablemente cantará como un canario —pronosticó el director del FBI—. La norma Miranda nunca llegó a Rusia, Jack, y sus métodos de interrogación son un poco más, ¿cómo diría yo?, persuasivos que los nuestros. En cualquier caso, es algo para mostrarlo por televisión, algo para entusiasmar realmente a su población. Dime, jefe, ¿se acabará esta guerra o seguirá adelante?

—Intentamos detenerla, Dan, pero...

—Sí, comprendo —dijo Murray—. A veces los poderosos actúan simplemente como maleantes callejeros. Sólo que con armas más potentes.

Esa pandilla dispone de armas nucleares, pensó Jack. No era algo de lo que a uno le apeteciera hablar inmediatamente después del desayuno. Murray colgó y Ryan consultó su reloj. Era la hora. Pulsó el botón del intercomunicador en su teléfono.

—Ellen, ¿puede venir un momento, por favor?

Tardó los cinco segundos habituales.

—Sí, señor presidente.

—Necesito uno y es hora de llamar a Pekín.

—Sí, señor —respondió Ellen, antes de entregarle a su jefe un Virginia Slim y regresar a la antesala.

Ryan vio que se iluminaba uno de los chivatos de su teléfono y esperó, mientras encendía su cigarrillo. Tenía el discurso para el presidente Xu bastante bien preparado, consciente de que el líder chino tendría cerca de él a un buen intérprete. También sabía que Xu todavía estaría en su despacho. Había trabajado hasta bastante tarde los últimos días y no era difícil comprender por qué. Iniciar una guerra potencialmente mundial debía de ser una tarea bastante ardua. En treinta segundos sonaría su teléfono, Ellen Sumter hablaría con una operadora china, donde utilizaban una central en lugar de secretarías/recepcionistas como en la Casa Blanca, y conectarían su llamada. Eso tardaría otros treinta segundos y entonces Jack podría presentar su caso a Xu: Reflexionemos, amigo, o algo malo sucederá. Malo para tu país. Malo para el nuestro. Probablemente peor para el tuyo. Mickey Moore había prometido algo denominado «hiperguerra» y eso sería algo realmente terrible para quien no estuviera preparado para ello. El chivato del teléfono permanecía encendido, pero Ellen pulsaba el intercomunicador para que levantara el teléfono... ¿por qué? Xu estaba todavía en su despacho. Se suponía que la embajada de Pekín lo vigilaba. Ryan no sabía exactamente cómo lo hacían, pero estaba seguro de que conocían su

trabajo. Puede que fuera tan sencillo como tener a un empleado de la embajada, probablemente de la CIA, con un teléfono móvil en la calle, que vigilara las luces de la ventana de su despacho, lo comunicara a la embajada y ésta por una línea abierta a la central en Washington, que disponía de varias líneas permanentes con la Casa Blanca. Pero entonces se apagó el chivato y se conectó el intercomunicador:

—Señor presidente, dicen que no está en su despacho —anunció la señora Sumter.

—¿En serio? —exclamó Ryan, dando una prolongada calada a su cigarrillo—. Dígale al Departamento de Estado que confirme su paradero.

—Sí, señor presidente —respondió la secretaria—. Señor presidente, la embajada dice que, que ellos sepan, está en su despacho —agregó al cabo de cuarenta segundos.

—¿Y su gente dice...?

—Dicen que ha salido, señor.

—¿Cuándo regresará?

—Se lo he preguntado. Dicen que no lo saben.

—Mierda —exclamó Ryan—. Llame, por favor, al secretario Adler.

—Dime, Jack —respondió el secretario de Estado, a los pocos segundos.

—Elude mi llamada, Scott.

—¿Xu?

—Sí.

—No me sorprende. El Politburó chino no confía en que hable por su cuenta, sin un guión.

Como Arnie y yo, pensó Ryan, con una mezcla de enojo y humor.

—Bien, ¿qué significa, Scott?

—Nada bueno, Jack —respondió Adler—. Nada bueno.

—¿Entonces qué hacemos ahora?

—Diplomáticamente, no hay mucho que se pueda hacer. Les mandamos una severa nota y no han respondido. Tu posición respecto a ellos y a la situación rusa está perfectamente clara. Saben lo que pensamos. Si no quieren hablar con nosotros, eso significa que ya no les importa.

—Mierda.

—Así es —reconoció el secretario de Estado.

—¿Me estás diciendo que no podemos pararlo?

—Exactamente —respondió Adler, en un tono perfectamente realista.

—¿Y ahora qué?

—Debemos advertir a nuestra población civil que abandone China inmediatamente. Estamos preparados para hacerlo desde aquí.

—De acuerdo, adelante —ordenó Ryan, de pronto con un nudo en el estómago.

—Bien.

—Te llamaré luego —dijo Ryan, antes de desconectar la línea y pulsar el botón del secretario de Defensa.

—Sí —respondió Tony Bretano.

—Parece que va a suceder —dijo Ryan.

—De acuerdo, avisaré a todas las comandancias.

En pocos minutos se despacharon mensajes urgentes a los jefes de las distintas comandancias. Eran muchos, pero de momento el más importante era el comandante en jefe del Pacífico, el almirante Bart Mancuso en Pearl Harbor. Eran poco más de las tres de la madrugada cuando empezó a sonar el teléfono de seguridad en su mesilla de noche.

—Almirante Mancuso al habla —respondió, más que medio dormido.

—Señor, soy el oficial de guardia. Hemos recibido una alarma de guerra de Washington. China. «Se anticipa que las hostilidades entre la República Popular China y la Federación Rusa empezarán dentro de las próximas veinticuatro horas. Se le ordena tomar todas las medidas pertinentes a la seguridad de su comandancia». Firmado Bretano, secretario de Defensa, señor —dijo el oficial.

Mancuso tenía ya los pies en el suelo.

—De acuerdo, reúna a mis mandos. En diez minutos estaré en mi despacho.

—A la orden, señor.

El brigada que habían mandado para conducir su coche estaba ya en la puerta. Mancuso se percató de la presencia de cuatro marines armados. El de rango superior lo saludó, mientras los demás escudriñaban el entorno, en busca de algún peligro probablemente inexistente... aunque nunca se sabía. A los pocos minutos entró en su cuartel general sobre una colina, desde donde se divisaba la base naval. El general Lahr lo estaba esperando.

—¿Cómo ha llegado tan rápido? —preguntó el jefe de la comandancia.

—Estaba casualmente en el vecindario, almirante —respondió su segundo de a bordo, siguiendo a Mancuso a su despacho.

—¿Qué sucede?

—El presidente ha intentado llamar al presidente Xu por teléfono, pero no ha querido ponerse. No es un buen indicio, por parte de nuestros hermanos chinos —observó el oficial de inteligencia.

—Bien, ¿qué hacen los chinos? —preguntó Mancuso, cuando un asistente les servía café.

—No mucho en nuestra área de interés directo, pero han desplegado muchísimas fuerzas en el distrito militar de Shenyang; la mayoría, junto al río Amur.

Lahr desplegó un mapa en un atril y empezó a mover la mano por la hoja de plástico transparente que lo cubría, donde aparecían muchos puntos rojos. Por

primera vez en su vida, Mancuso vio las unidades rusas de color azul, que era el color de los «amigos». Era demasiado sorprendente para mencionarlo.

—¿Qué hacemos nosotros?

—Estamos trasladando muchos medios aéreos a Siberia. Los de ataque están aquí en Suntar. Los de reconocimiento, ahí en Zhigansk. Los Dark Star deberían estar listos para volar muy pronto. Será la primera vez que los desplegamos en una guerra con fuego real, y las fuerzas aéreas confían mucho en ellos. Tenemos algunas fotos de satélite que muestran dónde están los chinos. Han camuflado su material pesado, pero el sistema Lacrosse ve a través de las mallas.

—¿Y?

—Pues que hay más de medio millón de hombres, cinco ejércitos mecanizados grupo A. Eso significa una división blindada, dos de infantería mecanizada y una de infantería motorizada en cada caso, más destacamentos a las órdenes directas del comandante en jefe. Las fuerzas desplegadas disponen de gran cantidad de tanques pesados y transportes de personal blindados, bastante artillería, pero pocos helicópteros. Los medios aéreos pertenecen a otra comandancia. Su estructura de mando para coordinar las fuerzas terrestres y las del aire no es lo ágil que debería ser y sus fuerzas aéreas no son muy buenas para nuestro nivel, pero superan en cantidad a las de los rusos. En lo concerniente a la cantidad de personal, los chinos tienen una ventaja enorme en tierra. Los rusos disponen de espacio para jugar, pero la perspectiva es de una lucha difícil, en la que cabe apostar por el ejército de liberación.

—¿Y en el mar?

—Su armada no tiene mucho fuera de puerto en este momento, pero los satélites indican que encienden las calderas. Cabe esperar que zarpen algunos buques. Probablemente no se alejen y adopten posiciones defensivas, para proteger sus costas.

Mancuso no tuvo que preguntar acerca de sus propias fuerzas. Casi la totalidad de la séptima flota estaba en alta mar, después de las advertencias recibidas en semanas anteriores. Sus portaaviones se dirigían al oeste. Tenía un total de seis submarinos apostados en las costas chinas, y sus buques de superficie, desparramados. Si la armada china quería jugar, lo lamentaría.

—¿Ordenes?

—De momento sólo autodefensa —respondió Lahr.

—Bien, acercaremos los buques de superficie a un mínimo de doscientas cincuenta millas de sus costas. Los portaaviones a otras cien millas de momento. Los submarinos pueden acercarse y seguir a cualquier buque de la armada china a discreción, pero de momento sin disparar, salvo en defensa propia y no quiero que nos detecten. Los chinos tienen un satélite de reconocimiento. No quiero que vea nada pintado de gris.

Ocultarse de un solo satélite de reconocimiento no era muy difícil, puesto que

tanto su rumbo como su velocidad eran plenamente previsibles. Uno podía incluso ocultarse de dos satélites. Cuando llegaban a tres, las cosas se ponían más difíciles.

En la marina, el día nunca empieza porque nunca termina, salvo cuando el buque está sostenido por puntales de madera. Entonces cambia la situación, aunque no para convertirse en un trabajo de ocho horas, pero sí en algo semejante a un empleo civil, que permite que la mayoría de los miembros de la tripulación vivan en sus casas y conduzcan por la mañana al trabajo. Se ocupan esencialmente del mantenimiento preventivo, que es una de las religiones de la armada estadounidense. Ese era el caso de Al Gregory, que conducía un coche alquilado desde un motel de Norfolk y le mandaba un beso al guardia de seguridad en la garita, que dejaba pasar a todo el mundo. En otra época había habido marines en la puerta, pero los retiraron cuando la marina prescindió de su armamento nuclear táctico. Todavía había algunas armas nucleares en el arsenal de Yorktown, porque aún no se habían desarmado todas las ojivas Trident en Pantex, Texas, y algunas todavía ocupaban sus búnkers prácticamente vacíos en el río York, a la espera de ser trasladados al oeste para su desguace definitivo. Pero no en Norfolk, donde los centinelas de los barcos solían llevar una pistola Beretta M9, que podían saber o no cómo utilizar debidamente. Ese era el caso del USS Gettysburg, cuyos marinos conocían de vista a Gregory y lo invitaban a bordo con una sonrisa.

—Hola, doctor —dijo el brigada Leek, cuando el paisano entró en el CIC y señaló un termo de café.

El auténtico combustible de la marina era el café, no el petróleo destilado, por lo menos en lo concerniente a los suboficiales.

—¿Hay alguna buena noticia?

—Hoy instalarán una nueva rueda en el barco.

—¿Una rueda?

—Una hélice —aclaró Leek—. Angulo controlable, giro reversible, de manganato de bronce de alta calidad. Creo que las fabrican en Filadelfia. Es interesante ver cómo lo hacen, con la condición de que no se les caiga, claro está.

—¿Qué me dice de su taller de juguetes?

—Plenamente operativo, doctor. El último circuito de recambio se ha instalado hace veinte minutos, ¿no es cierto, señor Olson? —dijo el brigada, dirigiéndose al segundo oficial del CIC, que emergió de la oscuridad—. Señor Olson, le presento al doctor Gregory, de la TRW.

—Hola —respondió el joven oficial, tendiéndole la mano a Gregory.

—Dartmouth, ¿no es cierto?

—Sí, física y matemáticas. ¿Y usted?

—West Point y Stony Brook, matemáticas —respondió Gregory.

—¿Instituto Hudson? —preguntó el brigada Leek—. Nunca me lo había dicho.

—Diablos, asistí incluso a las clases de asalto entre el primer y el segundo curso —dijo a los asombrados marinos, porque la gente solía verlo como a un «gallina» y le gustaba sorprenderlos—. También pasé por la escuela de paracaidismo. Hice diecinueve saltos, cuando era joven e impetuoso.

—Luego supongo que pasó a la iniciativa de defensa estratégica —comentó Olson, mientras se servía un café.

El café de los maquinistas era tradicionalmente el mejor del barco, pero el del CIC tampoco estaba mal.

—Sí, pasé allí muchos años, pero entonces todo empezó a apagarse y la TRW me contrató, antes de que me pusieran de patitas en la calle. Cuando estaba usted en Dartmouth, ¿era Bob Jastrow el jefe del departamento?

—Si, ¿no estaba él también involucrado en la iniciativa de defensa estratégica? Gregory asintió.

—Si, Bob es bastante listo.

Bastante listo, para Gregory, significaba hacer los cálculos matemáticos de cabeza.

—¿Qué hace en la TRW?

—Actualmente dirijo el proyecto SAM, una continuación de mi trabajo anterior, pero a menudo me mandan a otros lugares para hacer otras cosas. Me ocupo sobre todo del software y de la ingeniería teórica.

—¿Y ahora juega con nuestros SM-2?

—Si, he resuelto uno de los problemas de software. O por lo menos funciona en el ordenador, y lo siguiente es reprogramar los sensores de localización de los Block IV.

—¿Cómo se propone hacerlo?

—Venga y se lo mostraré —respondió Gregory, antes de dirigirse con Olson a un escritorio, seguido del brigada—. El truco consiste en fijar la mutación del láser. Así es como funciona el software...

De este modo empezó la charla de una hora de duración, que brindó al brigada Leek la oportunidad de ver cómo un gurú profesional de la informática explicaba su arte a un diestro aficionado. A continuación tendrían que venderle la idea al oficial de los sistemas de combate, antes de poder hacer las primeras simulaciones por ordenador, pero Leek tuvo la impresión de que Olson ya estaba bastante convencido. Luego deberían esperar a que el barco estuviera de nuevo en el agua, para comprobar si todo aquello funcionaba en realidad.

El descanso había funcionado, se dijo Bondarenko. Trece horas sin despertar siquiera para ir al lavabo, lo que significaba que su cuerpo debía necesitarlas. En aquel mismo momento decidió que el coronel Aliyev merecía ser general.

Acudió a la reunión con sus mandos bastante animado, hasta que vio la expresión

de sus caras.

—¿Y bien? —preguntó, instalándose en su silla.

—Nada nuevo de que informar —respondió el coronel Tolkunov, en nombre del personal de inteligencia—. Nuestras fotos aéreas muestran poca cosa, pero sabemos que están ahí y siguen sin utilizar sus radios. Probablemente han instalado muchas líneas telefónicas. Hay informes aislados de gente con prismáticos en las cimas de las colinas del sur. Eso es todo. Pero están listos y podría empezar en cualquier momento. Por cierto, acabamos de recibir esto de Moscú —agregó el segundo comandante—. El servicio de seguridad federal ha detenido un tal K. I. Suvorov, como sospechoso de conspirar para asesinar al presidente Grushavoy.

—¿Cómo? —exclamó Aliyev.

—Es un despacho de una sola línea, sin explicaciones. Podría significar muchas cosas; ninguna buena —respondió el oficial de inteligencia—. Pero nada definitivo.

—¿Un intento de desestabilizar nuestro mando político? Esto es un acto de guerra —dijo Bondarenko, que decidió llamar personalmente a Sergey Golovko—. ¿Operaciones? —preguntó a continuación.

—La 265 de Rifles Motorizados se encuentra en estado de alerta. Todos nuestros radares de defensa aérea están instalados y en funcionamiento. Nuestros cazas de intercepción patrullan a veinte kilómetros de la frontera. Las defensas de la frontera están en alerta máxima y la formación de reserva...

—¿Ya tiene nombre? —preguntó el general en jefe.

—Boyar —respondió el coronel Aliyev—. Hemos desplegado tres compañías de infantería motorizada, para evacuar las tropas de la frontera si es necesario, el resto ha salido del depósito y hace maniobras al norte de Never. Han hecho prácticas de tiro durante todo el día.

—¿Y?

—Para ser reservistas, aceptable —respondió Aliyev. Bondarenko no preguntó lo que significaba eso, en parte porque temía la respuesta.

—¿Algo más que podamos hacer? Quiero ideas, camaradas —dijo el general Bondarenko, pero todos movieron la cabeza—. Muy bien. Voy a cenar. Si sucede algo, quiero saberlo. Sea lo que sea, camaradas.

Todos asintieron y el general regresó a sus aposentos, desde donde llamó por teléfono.

—Saludos, general —dijo Golovko, todavía por la tarde en Moscú—. ¿Cómo está la situación donde usted se encuentra?

—Tensa, camarada director. ¿Qué puede decirme de ese atentado contra el presidente?

—Hoy hemos detenido a un individuo llamado Suvorov. Ahora los estamos interrogando a él y a otro. Creemos que era un agente del Ministerio de Seguridad del

Estado chino y también creemos que conspiraba para asesinar a Eduard Petrovich.

—¿De modo que además de preparar una invasión, también pretenden paralizar nuestra dirección política?

—Eso parece —asintió Golovko con gravedad.

—¿Por qué no se nos ha facilitado más información? —preguntó el comandante supremo de Extremo Oriente.

—¿No lo han hecho? —preguntó el director, sorprendido.

—¡No! —casi gritó Bondarenko.

—Ha sido un error. Lo siento, Gennady Iosifovich. Dígame, ¿están ustedes listos?

—Todas nuestras fuerzas están en alerta máxima, pero la correlación de fuerzas es sumamente adversa.

—¿Puede detenerlos?

—Si me facilita más fuerzas, es probable que sí. Pero si no lo hace, probablemente no. ¿Qué puedo esperar?

—En este momento tenemos tres divisiones de rifles motorizados cruzando los Urales en tren. Más fuerzas aéreas que se dirigen hacia usted y empiezan a llegar los norteamericanos. ¿Cuál es su plan?

—No intentaré detenerlos en la frontera. Eso me costaría todas mis tropas y a cambio obtendría escasos beneficios. Permitiré que los chinos entren y avancen hacia el norte. Se lo pondré lo más difícil posible y cuando estén plenamente dentro de nuestras fronteras aniquilaré el cuerpo de la serpiente y veré cómo muere la cabeza. Es decir, si recibo el apoyo necesario.

—Estamos en ello. Los norteamericanos están cooperando muchísimo. Una de sus divisiones de tanques se acerca ahora a Polonia en tren. Se la mandaremos inmediatamente.

—¿Qué unidades?

—Su primera división de tanques, comandada por un negro llamado Diggs.

—¿Marion Diggs? Lo conozco.

—¿Lo conoce?

—Sí, era comandante de su primer centro nacional de entrenamiento y también de las fuerzas que desplegaron en el Reino Saudí el año pasado. Es excelente. ¿Cuándo llegará?

—En cinco días, imagino. Dispondrá de tres divisiones rusas bastante antes. ¿Bastará, Gennady?

—No lo sé —respondió Bondarenko—. Todavía no hemos medido las fuerzas de los chinos. Su fuerza aérea es lo que más me preocupa. Si atacan nuestro ferrocarril en Chita, desplegar nuestros refuerzos será muy difícil. —Hizo una pausa—. Estamos bien organizados para desplazar fuerzas lateralmente, del oeste al este, pero para detenerlos debemos desplazarlas hacia el noreste desde sus puntos de llegada. En

gran parte será una carrera, para ver quién llega antes al norte. Los chinos también utilizarán su infantería, para proteger el flanco occidental de su columna. He entrenado a fondo a mis hombres. Están mejorando, pero necesito más tiempo y más hombres. ¿Hay alguna forma de frenarlos políticamente?

—Han hecho caso omiso de todas las tentativas políticas. Fingen que no ocurre nada fuera de lo normal. Los norteamericanos también lo han intentado, con la esperanza de desalentarlos, pero ha sido en vano.

—¿De modo que todo se reduce a una prueba de fuego?

—Probablemente —reconoció Golovko—. Usted es nuestro mejor hombre, Gennady Iosifovich. Creemos en usted y recibirá todo el apoyo que podamos reunir.

—Muy bien —respondió el general, preguntándose si sería suficiente—. Los mantendré informados de lo que suceda aquí.

El general Bondarenko sabía que un general como es debido, es decir, como los que aparecen en las películas, compartiría ahora el rancho de sus hombres, pero no, él comería lo mejor que hubiera, porque necesitaba reunir fuerzas y la falsa modestia no impresionaría en absoluto a sus hombres. Se abstuvo de tomar alcohol, que era probablemente más de lo que sus suboficiales y soldados hacían. Al soldado ruso le encanta su vodka, y los reservistas probablemente habían traído sus propias botellas, supuestamente para combatir el frío de la noche. Podría haberlo prohibido, pero era absurdo dar una orden que sus hombres no obedecerían. Sólo serviría para mermar la disciplina, y la disciplina era indispensable. Eso debería surgir del interior de sus hombres. El gran desconocido, pensaba Bondarenko. Cuando Hitler atacó Rusia en 1941 formaba parte de la mitología rusa que la gente corriente de la tierra se levantó con una determinación feroz. Desde el primer día de la guerra, el valor de los soldados rusos dio que pensar a los alemanes. Podían no ser expertos en el campo de batalla, pero nunca les faltaba el valor. Para Bondarenko, ambas cosas eran necesarias; un experto no tenía por qué ser excesivamente valeroso, porque la destreza podía derrotar lo que el valor sólo podía desafiar. Entrenamiento. Siempre era cuestión de entrenamiento. Aspiraba a entrenar a los soldados rusos, como los norteamericanos entrenaban a sus hombres. Sobre todo, entrenarlos a pensar, alentarlos para que pensarán. Un soldado alemán que pensaba había estado a punto de destruir la Unión Soviética, aunque las películas nunca reconocían lo cerca que había estado de lograrlo y era suficientemente duro aprenderlo en las academias militares, pero en tres ocasiones había estado a punto de suceder, y por alguna razón, los dioses de la guerra habían protegido a la Madre Rusia en las tres ocasiones.

¿Qué harían ahora esos dioses? Esa era la cuestión. ¿Estarían sus hombres a la altura de las circunstancias? ¿Lo estaría él? Sería su nombre el que se recordaría, para bien o para mal, no el de esos soldados con sus rifles AK-74, que conducían los tanques y los transportes de infantería. Gennady Iosifovich Bondarenko, general de

división del ejército ruso, comandante en jefe de Extremo Oriente, ¿héroe o imbécil? ¿Cuál de los dos? ¿Los futuros alumnos de las academias militares que estudiaran sus acciones chasquearían la lengua ante su estupidez, o moverían la cabeza, admirados por la brillantez de sus maniobras?

Habría sido preferible ser de nuevo coronel, estar cerca de los hombres de su regimiento, incluso llevar su propio rifle como había hecho en Dushanbe hacía muchos años, participar personalmente en la batalla y disparar directamente contra enemigos que podía ver con sus propios ojos. Eso fue lo que acudió ahora a su mente, la batalla contra los afganos, defendiendo aquel bloque de pisos mal situado en la nieve y la oscuridad. Se había ganado sus medallas aquel día, pero las medallas eran siempre cosa del pasado. La gente lo respetaba por ellas, incluso sus compañeros en el ejército, por esas bonitas cintas y las estrellas y los medallones que colgaban de las mismas, ¿pero qué significaban en realidad? ¿Encontraría el valor que necesitaba un comandante en jefe? Aquí y ahora estaba convencido de que esa clase de valor era más difícil de encontrar que el que surgía del puro instinto de supervivencia, el que se generaba ante un hombre armado que pretendía arrebatarte la vida.

Qué fácil era contemplar el futuro indeterminado con seguridad, saber lo que había que hacer, sugerir e insistir en una sala de negociaciones pacífica. Pero hoy estaba en sus dependencias, al mando de un ejército en gran parte de papel, que en realidad se enfrentaba a un verdadero ejército compuesto de hombres y acero, y que si no lograba vencer, su nombre sería maldito para siempre. Los historiadores examinarían su personalidad y su historial y dirían, bueno, fue un valiente coronel e incluso un teórico aceptable, pero en la lucha real no estaba a la altura de las circunstancias. Y si fracasaba, morirían hombres y el país que hacía treinta años había jurado defender, padecería, si no por su mano, sí por su responsabilidad.

El general Bondarenko miró su plato y no comió, se limitó a jugar con el tenedor y sintió el deseo de tomarse el vaso de vodka que su personalidad le negaba.

El general Peng Xi Wang terminaba lo que suponía sería su última comida propiamente dicha durante algunas semanas. Echaría de menos su arroz de grano largo, que no formaba parte de las raciones de campaña, aunque no sabía por qué. El general que dirigía el imperio industrial que preparaba las raciones para el frente nunca se lo había explicado, pero Peng estaba seguro de que él nunca comía esa horrible comida empaquetada. Después de todo, disponía de personal para catarlo todo. Peng encendió un cigarrillo después de la cena y degustó un pequeño trago de vino de arroz. Tampoco volvería a tomarlo durante algún tiempo. Concluida su última comida antes del combate, Peng se levantó y se puso el capote. Las charreteras doradas mostraban su rango, como general de tres estrellas y una corona.

Junto a su remolque de comandancia esperaban sus subordinados. Cuando salió se cuadraron, saludándolo como un solo hombre, y él les devolvió el saludo. El

superior era el coronel Wa Cheng-Gong, su oficial de Operaciones. Su nombre era muy apto, porque Cheng-Gong significaba «éxito».

—Bien, Wa, ¿estamos listos?

—Completamente listos, camarada general.

—Entonces vamos a verlo.

Peng los condujo hasta su vehículo personal de mando, un T-90. Su pequeño interior, incluso para personas de poca talla, se veía todavía reducido por baterías de radios de FM, que alimentaban los mástiles de diez metros en las cuatro esquinas del vehículo. Apenas quedaba espacio para la mesa plegable de cartografía, pero los seis hombres de su Plana Mayor eran capaces de trabajar allí, incluso cuando el vehículo estaba en movimiento. El conductor y el artillero eran jóvenes oficiales, no conscriptos.

El turbo diésel arrancó a la primera y el vehículo empezó a avanzar. En su interior, la mesa de cartografía ya estaba abierta y el oficial de Operaciones mostraba su posición y su rumbo a hombres que ya lo conocían. La gran ventana del techo estaba abierta para ventilar el humo. Todos a bordo fumaban ahora un cigarrillo.

—¿Ha oído eso? —preguntó el teniente Valeriy Mikhailovich Komanov, asomado a la escotilla superior de la torreta de tanque, que constituía la parte exterior de su búnker.

Era la torreta del viejo y anticuado tanque JS-3. Esta torreta, en otra época la parte más temible del tanque de batalla más pesado del mundo, nunca había ido a ningún lugar, salvo para girar sobre sí misma y se habían agregado veinte centímetros de acero a su ya gruesa plancha. Como parte del búnker, era sólo marginalmente más lenta que en el tanque original, al que le faltaba potencia en el mejor de los casos, pero todavía funcionaba su monstruoso cañón de 122 mm y en realidad incluso mejor que antes, porque debajo del mismo no estaban tan apretujados como en el interior de un tanque, sino que disponían de una espaciosa estructura de hormigón, donde la dotación podía moverse cómodamente. Eso reducía el tiempo de carga a menos de la mitad, sin perjuicio para la precisión, porque las lentes de su objetivo eran de mejor calidad. El teniente Komanov era nominalmente oficial de tanques y su sección aquí estaba formada por doce unidades, en lugar de las tres habituales, porque éstas no se desplazaban. Normalmente, no suponía ningún gran esfuerzo mandar doce dotaciones de seis hombres, que no iban a ninguna parte, salvo al retrete, e incluso habían hecho prácticas de tiro en una réplica de aquellos búnkers, en un campo situado a veinte kilómetros. En realidad, eso era lo que habían hecho últimamente, por orden de su nuevo comandante en jefe y ni a Komanov ni a sus hombres les importaba, porque para todos los soldados del mundo, disparar es divertido, y a mayor arma, mayor diversión. Sus cañones de 122 mm tenían una velocidad de salida relativamente lenta, pero el tamaño del obús la compensaba. Últimamente habían disparado a viejos T-55

gastados y les habían destruido la torreta en cada ocasión con un solo acierto, pero para conseguir ese único acierto, la dotación había efectuado una media de 2,7 disparos.

Ahora estaban en estado de alerta, cosa que su joven y entusiasta teniente se tomaba en serio. Incluso había obligado a sus hombres a salir a correr por la mañana, durante las dos últimas semanas, lo cual no era la actividad más agradable para soldados destinados a permanecer en el interior de unos recintos de hormigón durante sus dos años de servicio militar obligatorio. No era fácil mantenerlos en forma. Por naturaleza, uno se sentía seguro en estructuras de hormigón subterráneas, cubiertas de grueso acero y rodeadas de arbustos que las convertían en invisibles a cincuenta metros de distancia. La suya era la última sección de la retaguardia, en la ladera sur de la colina 432, porque su altura era de cuatrocientos treinta y dos metros, frente a la ladera norte de la primera línea de colinas al otro lado del valle Amur. Esas colinas eran mucho más bajas que la suya y también tenían búnkers, pero esos búnkers eran falsos, aunque eso era imposible de detectar sin entrar en los mismos, porque también habían sido construidos con viejas torretas de tanque; en su caso, de los realmente antiguos KV-2 que habían luchado contra los alemanes, antes de su oxidación y desguace, sobre cajas de hormigón. La altura adicional de su colina les permitía ver China, cuyo territorio empezaba a menos de cuatro kilómetros. Y eso era suficientemente cerca para oír ruidos en una noche tranquila.

Especialmente cuando lo que se oía eran varios centenares de motores diésel que arrancaban simultáneamente.

—Motores —confirmó el sargento de Komanov—. Un montón de putos motores.

El teniente bajó de su tabladillo en la torreta y dio tres pasos hasta la centralilla de teléfono. Levantó el auricular y pulsó el botón de la comandancia de su regimiento, diez kilómetros al norte.

—Aquí puesto cinco seis alfa. Oímos motores al sur. Parecen motores de tanques, muchos motores.

—¿Pueden ver algo? —preguntó el comandante del regimiento.

—No, camarada coronel. Pero el ruido es inconfundible.

—Muy bien. Manténgame informado.

—Sí, camarada. Cierro.

Komanov dejó el teléfono en su lugar. Su búnker más avanzado era el puesto cinco nueve, en la ladera sur de la primera línea de colinas. Pulsó ese botón.

—Habla el teniente Komanov. ¿Puede ver u oír algo?

—No vemos nada —respondió el cabo—. Pero oímos motores de tanques.

—¿No ven nada?

—Nada, camarada teniente —afirmó categóricamente el cabo Vladimirov.

—¿Están listos?

—Completamente listos —aseguró Vladimirov—. Vigilamos el sur.

—Manténgame informado —ordenó innecesariamente Komanov.

Sus hombres estaban en zafarrancho de combate. Miró a su alrededor. Tenía un total de doscientos obuses para su cañón principal, todos en estantes y de fácil acceso desde la torreta. Su cargador y su artillero estaban en sus puestos, el primero escudriñando el terreno con su mira óptica, de mejor calidad que los prismáticos del oficial. Los demás miembros de la dotación estaban sentados en sillas, a la espera de que alguien muriera. La puerta del túnel de escape estaba abierta. A cien metros de la misma había un transporte de personal BTR-60 de ocho ruedas, listo para sacarlos de allí rápidamente, aunque sus hombres no esperaban tener que utilizarlo. ¿Acaso su posición no era impenetrable? Tenían casi un metro de acero en la torreta y tres metros de hormigón armado, con un metro de tierra encima, y además estaban ocultos entre los matorrales. ¿Podía uno disparar contra lo que no veía? Además, ¿podían ver bien los chinos con sus ojos pequeños y rasgados? Como todos los hombres de su dotación, Komanov era un ruso europeo, a pesar de que había asiáticos en su sección. Esta parte de su país era una mezcla de nacionalidades y lenguas, aunque todos habían aprendido el ruso, si no en casa, en la escuela.

—Movimiento —dijo el artillero—. Movimiento en la cresta del arroz —que era como llamaban a la primera cresta del territorio chino—. Infantería.

—¿Está seguro de que son soldados? —preguntó Komanov.

—Supongo que podrían ser pastores, pero no veo ninguna oveja, camarada teniente —respondió el artillero, que tenía un sentido irónico del humor.

—Muévase —ordenó el teniente al soldado que había ocupado su lugar en el puesto de mando—. Pásame los auriculares —ordenó a continuación, después de recuperar su puesto.

Ahora le bastaría con pulsar un botón en el micrófono, para estar conectado a la línea telefónica. Eso le permitiría comunicarse con sus otras once dotaciones o con el regimiento. Pero de momento no se los puso. Quería tener las orejas bien abiertas. La noche era tranquila, el viento estaba en calma, sólo unas ligeras brisas. Estaban bastante lejos de cualquier poblado y, por consiguiente, no se oía ningún ruido de tráfico. Entonces enfocó sus prismáticos a la cresta lejana. Efectivamente, allí se detectaba la sugerencia fantasmagórica de movimiento, casi como el pelo de alguien agitado por el viento. Pero no era pelo. Sólo podía ser gente. Y como había observado su artillero, no serían pastores.

Desde hacía diez años, los oficiales de los búnkers de la frontera reclamaban gafas ampliadoras de la visión como las que suministraban al Spetsnaz y otros cuerpos de élite, pero se consideraban demasiado caras para puestos de baja prioridad, y por consiguiente, aquí sólo veían esas cosas cuando llegaba de inspección alguna fuerza especial, sólo el tiempo suficiente para dar dentera a las

tropas regulares. Se suponía que debían adaptar sus ojos a la oscuridad... como si fuéramos gatos, pensó Komanov. Pero todas las luces interiores del búnker eran rojas y eso ayudaba. Había prohibido las luces blancas en el interior desde hacía una semana.

Aquel tipo de torretas de tanque habían empezado a fabricarse a finales de 1944 y durante muchos años se había mantenido la producción de las JS-3, como si nadie hubiera tenido el valor de parar la fabricación de algo que llevaba el nombre de Iosif Stalin, pensó el teniente. Algunos de aquellos tanques habían penetrado en Alemania, invulnerables ante todo lo que los germanos habían desplegado. Y los mismos tanques habían provocado graves quebraderos de cabeza a los israelíes, también con sus tanques de fabricación norteamericana e inglesa.

—Aquí puesto cincuenta. Tenemos mucho movimiento, parece infantería, en la ladera norte de la cresta del arroz. Calculamos que hay un regimiento —oyó por sus auriculares.

—¿De cuántos obuses de alto explosivo disponemos? —preguntó Komanov.

—Treinta y cinco —respondió el cargador.

Y eso era una buena cantidad. Y disponían de quince cañones pesados al alcance de la cresta del arroz, todos ellos antiguos ML-20 de 152 mm, montados sobre bases de hormigón, junto a enormes búnkers llenos de munición. Komanov consultó su reloj. Casi las tres y media. Noventa minutos para el alba. El cielo estaba despejado. Al levantar la cabeza veía las estrellas, como no ocurría en Moscú con toda su contaminación atmosférica. El firmamento siberiano era claro y limpio, y sobre su cabeza había un océano de luz procedente de la luna llena, todavía alta sobre el horizonte de poniente. Miró de nuevo a través de sus prismáticos. Sí, había movimiento en la cresta del arroz.

—¿Y bien? —preguntó Peng.

—A sus órdenes —respondió Wa.

Peng y su personal estaban más avanzados que sus cañones, para apreciar mejor el efecto de sus disparos.

Pero veinte mil metros por encima de la cabeza del general Peng se encontraba el Marilyn Monroe. Cada una de las aeronaves teledirigidas Dark Star tenía un nombre, y dado el nombre oficial de la plataforma, los equipos habían elegido nombres de estrellas del cine, todas ellas, evidentemente, mujeres. Esta llevaba incluso una copia de la página central de Playboy de 1953 en la que aparecía dicha actriz, hábilmente pintada en la proa, pero lo que miraba hacia abajo desde el sigiloso aparato no tripulado era electrónico y de gama múltiple, en lugar de azul celeste. Dentro de la nariz cónica de fibra de cristal, una antena dirigible mandaba la «toma» a un satélite, que luego la distribuía a muchos lugares. El más próximo era Zhigansk. El más lejano era Fort Belvoir, en Virginia, a cuatro pasos de Washington y desde allí se distribuía

por fibra óptica a diversas localizaciones secretas. Al contrario de la mayoría de los sistemas de espionaje, éste facilitaba imágenes en movimiento en tiempo real.

—Parece que se están preparando, señor —dijo un sargento del ejército a su inmediato superior, un capitán.

Y efectivamente, podían verse soldados introduciendo munición en la recámara de sus piezas de artillería, seguida de pequeñas bolsas de tela que contenían el material propulsor. Luego cerraban la recámara y se elevaban los cañones. Se insertaban las espoletas clase 30-30 y las armas estaban listas para disparar. Denominaban el último paso «tirar del cordel» y era bastante preciso. Bastaba con sacudir el cordón para detonar la espoleta, que encendía la pólvora y el obús salía hacia el norte a gran velocidad.

—¿Cuántos cañones en total, sargento? —preguntó el capitán.

—Un puñetero orinal completamente lleno, señor.

—Eso ya lo veo. ¿Puede darme una cifra? —preguntó el oficial.

—Más de seiscientos, y eso sólo en este sector, capitán. Más cuatrocientas lanzadoras de cohetes móviles.

—¿Se ha detectado ya algún medio aéreo?

—No, señor. Los chinos todavía no vuelan de noche; por lo menos, no para bombardear.

—Águila Siete a Zebra, cambio —dijo el controlador jefe de los AWACS por radio a Zhigansk.

—Zebra a Siete, lo recibo perfectamente —respondió el comandante de la base.

—Tenemos trasgos, unos treinta y dos que se dirigen al norte desde Siping, parecen aviones Sierra Uniforme Dos Siete.

—Es lógico —dijo el comandante de la base a su jefe de ala—. En Siping está su regimiento 667, el mejor en cuanto a sus aparatos y tiempo de vuelo de los pilotos. Es su universidad, coronel.

—¿Debemos interceptarlos?

—Nuestros amigos rusos de Nelkan. Los aviones norteamericanos más cercanos están bastante al norte y...

—Y todavía no tenemos órdenes de entablar combate con nadie —reconoció el coronel—. De acuerdo, hay que comunicárselo a los rusos.

—Águila Siete a Halcón Negro Diez, tenemos cazas chinos a trescientos kilómetros, uno nueve seis de su posición, Angeles Treinta, velocidad quinientos nudos. Están todavía sobre territorio chino, pero no por mucho tiempo.

—Comprendido —respondió el capitán ruso—. Deme un vector.

—Vector de intercepción recomendado dos-cero-cero —dijo el controlador norteamericano, en un ruso bastante bueno—. Mantengan actual velocidad y altitud.

—Entendido.

En las pantallas de los radares E-3B, los Su-27 rusos giraron para dirigirse hacia los Su-27 chinos. Los rusos tendrían contacto por radar en unos nueve minutos.

—Señor, esto no tiene buen aspecto —dijo otro comandante en Zhigansk a su general.

—Entonces ha llegado el momento de dar la alarma —reconoció el general de dos estrellas de las fuerzas aéreas estadounidenses.

Levantó el teléfono que lo conectaba con la comandancia regional rusa. Todavía no habían tenido tiempo de establecer una conexión adecuada.

—General, una llamada de la misión técnica norteamericana en Zhigansk —dijo Tolkunov.

—Habla el general Bondarenko.

—Hola, soy el general de división Gus Wallace. Acabo de instalar aquí el centro de reconocimiento. Hemos lanzado un sigiloso avión teledirigido sobre la frontera en... —le leyó las coordenadas—. Vemos gente que se dispone a disparar su artillería contra ustedes, general.

—¿Cuánta? —preguntó Bondarenko.

—Más cañones de los que he visto en mi vida, más de un millar en total. Espero que su gente esté bien protegida, amigo. El mundo está a punto de caérseles encima.

—¿Qué pueden hacer ustedes para ayudarnos?

—Tengo orden de no entrar en acción hasta que empiecen a disparar —respondió el norteamericano—. Cuando eso suceda, podrán empezar a despegar los cazas, pero no mucho en cuanto a bombas. Prácticamente estamos sin existencias —declaró Wallace—. En este momento tengo un AWACS en el aire, que apoya a sus cazas en la zona de Chulman, pero eso es todo por ahora. Tenemos un C-130 que mañana le traerá una estación receptora para poder mandarle directamente cierta información de inteligencia. Pero dese por advertido, general, los chinos lanzarán su ataque de un momento a otro.

—Gracias, general Wallace —dijo Bondarenko antes de colgar y mirar a su personal—. Dice que empezará en cualquier momento.

Y así fue. El teniente Komanov fue el primero en verlo. La línea de colinas que sus hombres denominaban cresta del arroz se iluminó de pronto con llamas amarillas, que sólo podían ser los fogonazos de numerosos cañones. Luego aparecieron las formas de meteoritos ascendientes de los morteros.

—Ahí vienen —dijo a sus hombres.

Comprensiblemente, mantuvo la cabeza levantada para poder ver. Su cabeza, pensó, era un pequeño objetivo. Antes de que los obuses aterrizaran percibía el impacto del disparo, un temblor que se esparcía por el suelo como un terremoto lejano, que impulsó a su cargador a exclamar:

—Mierda —probablemente, la observación universal de cualquier hombre en esa

situación.

—Póngame con el regimiento —ordenó Komanov.

—Diga, teniente —respondió una voz.

—Estamos bajo ataque, camarada coronel, fuego masivo de artillería al sur. Cañones y morteros en nuestra dirección...

Entonces llegaron los primeros impactos, sobre todo cerca del río, bastante al sur de su posición. Los obuses que estallaban no eran brillantes, sino como pequeños destellos que levantaban la tierra, seguidos de un ruido, parecido realmente a un terremoto. Komanov había oído antes el fuego de artillería y había visto lo que hacían los obuses en la lejanía, pero esto era tan diferente como la explosión de un camión cisterna junto a un encendedor.

—Camarada coronel, nuestro país está en guerra —informó el puesto cinco seis alfa a la comandancia—. Todavía no alcanzo a ver movimientos de tropas, pero se acercan.

—¿Tiene algún objetivo? —preguntó el coronel.

—No, ninguno en este momento —respondió, mirando al interior del búnker—. Sus diversas posiciones sólo podían facilitar una dirección a un objetivo y cuando otra lo confirmara y facilitara su propio vector tendrían un objetivo de artillería para la batería posterior...

Pero ésas estaban ya bajo fuego. Los morteros chinos estallaban a su espalda y esos debían de ser sus objetivos. Volvió la cabeza para ver los estallidos y oír las explosiones diez kilómetros detrás de su posición. A los pocos momentos se produjo una larga serie de explosiones hacia el cielo. Una de las primeras salvas de los morteros chinos había tenido la suerte de acertar una posición de artillería en la retaguardia. Malas noticias para la dotación de aquella pieza, pensó Komanov. Las primeras víctimas de aquella guerra. Habría muchas más... tal vez él también sería una de ellas. Sorprendentemente, la idea parecía lejana. Alguien atacaba su país. Ya no era una suposición o una posibilidad. Podía verlo y sentirlo. Era su país el que atacaban, donde él había crecido, donde sus padres habían vivido, donde los dos hermanos de su abuelo habían muerto por su patria, uno al oeste de Kiev y el otro en Stalingrado. ¿Y ahora esos jodidos chinos atacaban también su país? O peor aún, lo atacaban a él, al teniente Valeriy Mikhailovich Komanov. Esos extranjeros intentaban matarlo a él y a sus hombres, e intentaban robar parte de su país.

¡Y un carajo!, pensó.

—Cargar cañón —ordenó.

—¡Cargado! —respondió el soldado y todos oyeron el ruido de la recámara.

—Ningún objetivo, camarada teniente —observó el artillero.

—Pronto lo tendremos.

—Puesto cinco nueve, aquí cinco seis alfa. ¿Qué pueden ver?

—Acabamos de vislumbrar una embarcación, un bote de goma ha aparecido entre los árboles en la orilla sur... más, más, más, son muchas, tal vez un centenar, o puede que más.

—¡Regimiento, aquí cinco seis alfa, misión de fuego! —exclamó Komanov por teléfono.

Los artilleros situados diez kilómetros a su espalda permanecían junto a sus cañones, a pesar del bombardeo de obuses y morteros chinos, que habían alcanzado ya a tres de los quince grupos. Se respondió a la misión de fuego y se marcó la concentración predeterminada de unos libros de alcance tan antiguos que podían haber estado grabados en mármol. En cada caso se introdujo el proyectil de alto explosivo en la recámara, seguido de la carga propulsora, y después de fijar el ángulo y la elevación adecuados, se efectuaron los primeros disparos del contraataque ruso, en la guerra que acababa de empezar.

Sin que ellos lo supieran, a quince kilómetros, un radar de fuego había detectado sus posiciones. La onda milimétrica del radar localizaba los obuses en el aire y un ordenador calculaba el punto de lanzamiento. Los chinos sabían que los rusos tenían cañones para proteger la frontera y sabían aproximadamente dónde debían encontrarse, como demostraban sus disparos, pero desconocían su posición exacta, debido al hábil camuflaje de los rusos. Pero en este caso, sus esfuerzos no importaban demasiado. Comunicaron inmediatamente la posición calculada de las baterías rusas a los morteros. Dedicaron un mortero tipo 83 a cada objetivo, cada uno de ellos con cuatro monstruosos proyectiles de 273 mm, de 150 kilos de submunición, en este caso ocho pequeñas bombas del tamaño de una granada de mano. El primer mortero se disparó tres minutos después del primer contraataque ruso y necesitó menos de dos minutos de vuelo desde su punto de lanzamiento, diez kilómetros en el interior del territorio chino. De los seis primeros lanzados, cinco destruyeron su objetivo y luego otros, hasta que en menos de cinco minutos cesó el fuego ruso.

—¿Por qué ha parado? —preguntó Komanov.

Había visto que algunas bombas habían alcanzado la infantería china, al bajar de sus botes en la orilla rusa del río. Pero los proyectiles que se dirigían al sur por encima de su cabeza habían cesado después de unos minutos.

—Regimiento, aquí cinco seis alfa, ¿por qué ha cesado nuestro fuego?

—Nuestros cañones estaban siendo bombardeados por los chinos. Ahora intentan armarlos de nuevo —fue la alentadora respuesta—. ¿Cuál es su situación?

—La posición cinco cero ha recibido algún impacto, pero no grave. Disparan principalmente contra la otra ladera de la cresta sur.

Allí era donde se encontraban los búnkers falsos y los señuelos de hormigón cumplían con su misión pasiva. Esta línea defensiva se había construido en contradicción con la doctrina rusa publicada, porque su autor sabía que cualquiera

podía leer un libro. La propia posición de Komanov cubría un sendero entre dos colinas, indicado para el avance de los tanques. Si las fuerzas chinas se dirigían al norte, no sería sólo para ampliar sus fronteras, cosa que ya habían hecho a finales de los años sesenta, y ésta era una ruta principal para la invasión. Los mapas y el terreno lo decidían.

—Está bien, teniente. Ahora escúcheme: no exponga innecesariamente su posición. Deje que se acerquen antes de disparar. Muy cerca.

Komanov comprendía que eso significaba unos cien metros y disponía de dos ametralladoras pesadas para tal caso. Pero quería destruir tanques. Para eso había sido diseñado su cañón principal.

—¿Podemos esperar más apoyo de la artillería? —preguntó a su comandante.

—Ya se lo comunicaré. Siga facilitándonos información de los objetivos.

—Sí, camarada coronel.

Para los cazas, la guerra empezó cuando los primeros aparatos de las fuerzas aéreas de la República Popular cruzaron el río Amur. Había cuatro interceptores rusos en el aire, Sukhoi-27, iguales que los de los invasores. Los de ambos bandos procedían de las mismas fábricas, pero los pilotos chinos habían triplicado el tiempo de vuelo de los defensores rusos y además los superaban en una proporción de ocho contra uno.

Por otra parte, sin embargo, los aviones rusos contaban con el apoyo de la aeronave AWACS Sentry E-3B de las fuerzas aéreas norteamericanas, que los guiaba hacia el punto de intercepción. Ambos conjuntos de cazas volaban con sus radares de detección de objetivos en modo de espera. Los chinos no sabían con qué se encontrarían. Los rusos, en cambio, sí. He ahí la diferencia.

—Halcón Negro Diez, aquí Águila Siete. Recomiendo nuevo rumbo dos siete cero. Intentaré acercarle a los chinos por sus siete horas.

Eso también los mantendría fuera de la cobertura del radar chino.

—Comprendido, Águila. Viro a rumbo dos siete cero.

El jefe de escuadrilla ruso comunicó la información a los demás, sin dejar de mirar a la izquierda.

—Eso está bien, Halcón Negro Diez. Sus objetivos están ahora a sus nueve horas, distancia treinta kilómetros. Vire a la izquierda ahora a uno ocho cero.

—Viro a la izquierda —respondió el comandante ruso—. Intentaremos iniciar el ataque Zorro Dos.

Conocía la terminología norteamericana. Eso significaba lanzar rastreadores de infrarrojos, que no precisaban el uso del radar y, por consiguiente, no delataban su presencia. El marqués de Queensberry nunca había sido piloto de caza.

—Entendido, Halcón —respondió el controlador—. Este chico es listo —agregó, dirigiéndose a su supervisor.

—Así es como se sobrevive en este oficio —dijo el teniente coronel, al joven teniente que estaba frente a la pantalla de Nintendo.

—Bien, Halcón Diez, recomiendo nuevo giro a la izquierda. Objetivos ahora a quince kilómetros... diecisiete kilómetros al norte de su posición. Pronto tendrá tono.

—Da. Tengo tono —respondió el piloto ruso, cuando oyó el sonido en sus auriculares—. ¡Dispuesto a disparar... Zorro Dos!

Tres de los cuatro aviones lanzaron un solo misil cada uno. El cuarto piloto tenía problemas con su sensor de infrarrojos. En todos los casos, el resplandor de los motores de los cohetes estropeó su visión nocturna, pero en lugar de desviar la mirada, como les habían enseñado, observaron sus misiles que se dirigían contra los pilotos chinos, que todavía no sabían que eran objeto de un ataque. Tardó veinte segundos y resultó que dos misiles hicieron impacto en un mismo avión, que estalló en el aire. Otro murió de un solo impacto y luego la situación se puso realmente confusa. Los aviones chinos se dispersaron siguiendo la orden de su comandante, de un modo previsto y bien ensayado, primero en dos grupos y luego en cuatro, cada uno de ellos con un fragmento de firmamento para defender. Se encendieron todos los radares, y en otros veinte segundos, un total de cuarenta misiles surcaban el aire y se inició un duelo a muerte. Los misiles guiados por radar necesitaban una señal de radar para orientarse y eso significaba que el caza que lo había disparado no desconectaría su radar ni huiría, con la única esperanza de que su misil alcanzara su objetivo y destruyera su radar, antes de que el misil enemigo se acercara demasiado.

—Maldita sea —exclamó el teniente, en su cómoda butaca de control del E-3B.

Otros dos cazas chinos aparecieron como grandes trastos en su pantalla antes de desaparecer, seguido de otro, pero había demasiados misiles chinos aire/aire y no todos sus radares se apagaron. Un caza ruso recibió tres impactos y se desintegró. Otro huyó, seriamente dañado, y con la misma rapidez que había empezado, el combate aéreo finalizó. Estadísticamente, habían ganado los rusos, con cuatro aviones destruidos por uno de los suyos, pero los chinos dirían que habían sido más.

—¿Algún paracaídas? —preguntó el jefe de los controladores por el intercomunicador.

El radar E-3 también podía localizarlos.

—Tres, tal vez cuatro, han saltado. Pero no sabré quiénes han sido hasta que examinemos la cinta. Maldita sea, todo ha ocurrido muy de prisa.

Los rusos no tenían suficientes aviones en el aire para un buen combate. Quizá la próxima vez, pensó el coronel. El pleno potencial de un equipo AWACS/cazas nunca se había demostrado debidamente en combate, pero esta guerra prometía cambiar la situación, y cuando eso ocurriera, algunos ojos se abrirían.

LI. EL REPLIEGUE

El teniente Valeriy Mikhailovich Komanov estaba aprendiendo una lección que nunca había sospechado: la peor parte de la batalla para un soldado atrincherado en un emplazamiento fijo era saber que el enemigo estaba ahí afuera y no poderle disparar. No le cabía duda de que la ladera opuesta de la colina situada directamente al sur de su posición estaba infestada de infantería china, pero su artillería de apoyo tan sólo había sobrevivido los primeros minutos de la batalla. El responsable de fijar las posiciones de artillería había cometido un error de juicio, suponiendo que los cañones estaban lo bastante alejados y lo bastante protegidos por la orografía para quedar a salvo del fuego enemigo. Sin embargo, los sistemas localizadores de artillería basados en radares y ordenadores habían cambiado la situación, y la falta de cobertura aérea había condenado a los artilleros a una muerte súbita, exceptuando a los que pudieran haberse refugiado en las trincheras de hormigón construidas en sus posiciones. Disponía de una poderosa arma, cuya trayectoria de fuego plano la hacía inútil para atacar a las tropas del otro lado de la colina. Según el concepto original de esta línea defensiva, también debía contar con tropas de infantería basadas en los búnkers para apoyar su defensa. Armadas con morteros, estas tropas podrían alcanzar y diezmar al enemigo invisible del otro lado de la colina. Komanov sólo podía atacar al enemigo en cuanto lo viera, y de momento...

—Ahí vienen, camarada teniente —exclamó el artillero—. Diversas tropas de infantería acaban de atravesar la cresta de la colina un poco a la derecha de las doce, están a una distancia de mil quinientos metros.

—Los veo.

Empezaba a vislumbrarse la primera luz del alba en el horizonte oriental. Pronto tendrían suficiente luz para verlos y ambas partes podrían empezar a disparar. En una hora, su búnker se habría convertido en un blanco de tiro y tendrían la oportunidad de comprobar la protección real que les brindaba su blindaje.

—Cinco Seis Alfa, aquí Cinco Cero. Hay infantería mil cien metros hacia el sur. Es una compañía numerosa y avanza hacia el norte en nuestra dirección.

—Entendido. No abráis fuego hasta tenerlos a doscientos metros.

De forma automática, Komanov dobló la distancia que le indicaba su entrenamiento para abrir fuego. Qué demonios, pensó, de todas formas sus soldados habrían tomado esa decisión por sí mismos; el razonamiento cambia cuando las municiones son reales.

Como si los hechos quisieran confirmar sus pensamientos, empezaron a caer proyectiles en la colina por detrás de su posición, lo bastante cerca como para obligarlo a agachar la cabeza.

—¿Acaso nos pueden ver? —preguntó el cargador.

—No, simplemente están bombardeando las siguientes colinas en apoyo a sus tropas de infantería.

—Mire, ahí están, sobre el búnker falso Uno Seis —exclamó el artillero. Komanov enfocó el búnker con sus prismáticos.

Efectivamente ahí estaban, inspeccionando el antiguo torreón de artillería KV-2 de paredes verticales con su viejo cañón de 155 mm. Mientras los estaba viendo, uno de los soldados colgó una carga explosiva en la pared y se puso a resguardo. La carga hizo explosión, destruyendo algo que de todas formas nunca había funcionado. Algún teniente chino se sentirá muy satisfecho por eso, pensó Komanov. Pero Cinco Seis Alfa le cambiaría un poco el ánimo en unos veinte o treinta minutos.

Lo único malo era que ahora se le presentaba un blanco perfecto a la artillería de apoyo, cuyos viejos cañones de seis pulgadas habrían hecho estragos entre las filas enemigas. Si no fuera porque los chinos seguían castigando dichas posiciones aun después de cesar el fuego ruso. Llamó de nuevo al regimiento para informarles de la situación.

—Teniente —respondió el coronel—, las baterías de apoyo han recibido un duro castigo. Están solos ahí fuera. Manténgame informado.

—Entendido, camarada coronel. Cierro —dijo antes de dirigirse a sus hombres—. No esperéis fuego de apoyo.

Las armas de la tercera guerra mundial acababan de destruir las de la primera guerra mundial.

—Joder —espetó el cargador.

—Tranquilizaos, pronto entraremos en guerra. El enemigo ya se acerca...

—Quinientos metros —confirmó el artillero.

—¿Y bien? —preguntó el general Peng desde su posición en la cima de la Cresta del Arroz.

—Hemos encontrado algunos búnkers, pero todos vacíos —informó el coronel Wa—. De momento tan sólo hemos recibido fuego de artillería indirecta, y la hemos destruido con el contraataque. El ataque evoluciona según lo previsto, camarada general.

Esto era evidente para todos los presentes. Los ingenieros de puentes avanzaban hacia el margen sur del Amur, llevando en sus camiones secciones plegadas de puente de cinta. Más de un centenar de tanques de batalla tipo 90 se encontraban cerca del río, con sus torreones buscando en vano un objetivo al cual disparar para apoyar la avanzada de la infantería, pero no había ningún objetivo a la vista y tanto artilleros como generales se limitaban a observar el trabajo de los ingenieros. La primera sección de puente cayó al agua y se desplegó, formando los primeros ocho metros de camino sobre el río. Peng consultó su reloj y comprobó con satisfacción que llevaban cinco minutos de adelanto sobre el programa previsto.

La posición Cinco Cero fue la primera en abrir fuego con su ametralladora de 12,7 mm, que retumbó por toda la ladera. La Cinco Cero se encontraba a unos tres mil quinientos metros al este, bajo el mando del joven y prometedor sargento Ivanov. Ha abierto fuego antes de tiempo, pensó Komanov, al ver que su blanco quedaba a unos cuatrocientos metros. Pero eso no suponía un gran problema, ya que la pesada ametralladora no tendría ninguna dificultad para alcanzar su objetivo... y efectivamente pudo comprobar cómo caían los cuerpos, derribados por las balas de gran calibre. Entonces escuchó el enorme estruendo del cañón principal, que había disparado una carga a las tropas enemigas y había desparramado uno o dos escuadrones.

—¿Podemos, camarada teniente? —preguntó el artillero.

—Todavía no, paciencia, sargento —respondió Komanov, mientras dirigía la vista hacia el este para evaluar la reacción china.

Sus tácticas eran previsibles pero efectivas. Tras ordenar el cuerpo a tierra, el teniente al mando atrincheró una posición de artillería para atacar el emplazamiento ruso y empezó a maniobrar hacia la derecha y la izquierda. De pronto divisó una sección que armaba alguna cosa... algo montado sobre un trípode. Probablemente se trataba de un rifle antitanques sin retroceso. Komanov podía usar su armamento para neutralizarlo, pero de momento prefería mantener secreta su posición.

—Cinco Cero, aquí Cinco Seis Alfa —avisó—, hay un rifle antitanques chino a vuestras dos, a ochocientos.

—¡Lo veo! —exclamó el sargento, antes de proceder a dispararle con su ametralladora.

En tan sólo dos segundos, las trazadoras verdes habían alcanzado y destrozado la sección artillera en una, dos y tres pasadas para estar seguros. Al inspeccionar el blanco con sus prismáticos sólo pudo apreciar unas ligeras sacudidas.

—¡Bien hecho, sargento Ivanov! Atención, se desplazan a su izquierda al amparo del terreno.

Pero el terreno no brindaba mucha protección desde que las apisonadoras habían allanado el campo de tiro de cada uno de los búnkers, despejando un radio de unos ochocientos metros alrededor de cada posición.

—Eso ya lo veremos, camarada teniente.

Y volvió a retumbar la ametralladora. Había empezado a caer fuego de contraataque. Komanov veía cómo rebotaban las trazadoras en el grueso blindaje del torreón.

—Regimiento, aquí Cinco Seis Alfa. La posición Cinco Cero está recibiendo fuego directo de la infantería, y...

En ese momento empezaron a caer más proyectiles de artillería sobre la posición Cinco Cero. Komanov esperaba que el sargento ya hubiera cerrado su escotilla. El

torreón estaba armado con una ametralladora coaxial PK, vieja pero poderosa, que disparaba municiones de 7,62 mm. Mientras el artillero evaluaba el peligro a su propio búnker, Komanov observó cómo los chinos atacaban el del sargento Ivanov. La infantería maniobraba con habilidad, utilizando la poca protección que brindaba el terreno y sin dejar de disparar al torreón. Habían caído suficientes proyectiles en la zona como para despejar la vegetación que le servía de camuflaje. Aunque las balas rebotaban de forma inofensiva, no dejaban de distraer a los hombres del interior. Sin embargo, el fuego que preocupaba al teniente era el de los grandes proyectiles; si llegaran a acertar con un tiro directo quizá podrían penetrar la capa superior de blindaje, más delgada. Una hora antes habría rechazado esa posibilidad, pero tras ver el efecto de los proyectiles en el terreno ya no estaba tan seguro.

—Camarada teniente —dijo el artillero—, mire, las tropas que se dirigen a nuestra posición se han desviado para atacar a Ivanov.

Komanov se dispuso a comprobar lo que le decían; ya no necesitaba los prismáticos y donde antes sólo había sombras ahora veía hombres con armas. En una sección que se abalanzaba a su izquierda vislumbró a tres hombres cargando un objeto pesado. Al llegar a un promontorio intermedio se detuvieron y empezaron a armar las piezas, que formaban una especie de tubo...

Gracias a la información que recordó de sus meses de entrenamiento de inteligencia reconoció que se trataba de un misil antitanques HJ-8. Se encontraban a unos mil metros a su izquierda, con el búnker de Ivanov en el punto de mira...

Pero Komanov los tenía en la mira de su ametralladora DshKM. Se instaló en la posición de fuego, tiró con fuerza de la palanca de carga, equilibró el arma y apuntó con atención. El gran cañón del tanque podía ocuparse de este asunto, pero él también podía...

¿O sea que queréis matar al sargento Ivanov?, se preguntó a sí mismo antes de tirar del gatillo. El arma tembló en sus manos mientras disparaba una primera ráfaga que cayó a unos treinta metros del blanco. La segunda ráfaga fue más certera y derribó a tres soldados. Siguió disparando hasta estar seguro de haber destruido el lanzamisiles. Sólo tardó un momento en darse cuenta de que sus trazadoras verdes acababan de delatar su posición al enemigo; las trazadoras son armas de doble filo. Dos minutos más tarde se confirmaron sus temores al caer los primeros proyectiles de artillería alrededor de la posición Cinco Seis Alfa. Bastó con una explosión cercana para que bajara y cerrara la escotilla. Ése era el punto más débil del blindaje de su posición. La escotilla tenía cinco veces menos grosor protector que el resto del búnker, de lo contrario habría sido imposible abrirlo, pero si caía un proyectil certero en ese punto, él y sus soldados serían hombres muertos. El enemigo ya conocía su posición y no tenía sentido seguir escondiéndose.

—Sargento —dijo a su artillero—, fuego a discreción.

—¡Sí, camarada teniente!

El sargento disparó una primera carga explosiva hacia una posición de ametralladora a ochocientos metros. El proyectil destruyó el arma y volatilizó a los soldados que la operaban.

—Así me gustan los chinos —exclamó—. ¡Carguen otro proyectil!

El torreón empezó a virar en busca de otro objetivo.

—Nos estamos topando con algo de resistencia —informó Wa a Peng—. En la ladera sur de la segunda colina hay algunas posiciones rusas. La artillería las está castigando.

—¿Bajas?

—Pocas —informó el oficial de Operaciones, que permanecía a la escucha en la radio táctica.

—Bien —respondió el general Peng, con su atención prácticamente centrada en el río, donde ya se había completado una tercera parte del primer puente.

—Esos ingenieros de puentes son bastante buenos —comentó el general Wallace, al contemplar las imágenes captadas por el Marilyn Monroe.

—Sí, señor —confirmó su subalterno, mientras observaba la finalización de otro segmento—, pero no están sufriendo ataque alguno; es como si estuvieran de maniobras. Además, ese diseño de puente está muy logrado.

—¿Es ruso?

—Sí, señor —asintió el comandante—, nosotros también lo copiamos.

—¿Cuánto tardarán?

—¿Al paso que van? Una hora, quizá una hora y diez minutos.

—Volvamos a la artillería —ordenó Wallace.

—Sargento, regresemos a la colina —ordenó el comandante al suboficial que pilotaba la aeronave. Treinta segundos más tarde contemplaban en pantalla lo que parecía ser un tanque hundido en el barro, rodeado de tropas de infantería.

—Dios mío, qué bien se lo están pasando —comentó Wallace, piloto de combate de profesión, a quien la idea del combate terrestre le apetecía tan poco como el sexo anal.

—Ya no durarán mucho —respondió el comandante—. Fíjese en las tropas que están rodeando los búnkers.

—Y mire cuánta artillería.

Un total de cien cañones de gran calibre castigaba la posición inmóvil de Komanov, el equivalente de una batería completa para cada componente. Aunque su refugio de hormigón enterrado era sólido, la presión lo hacía temblar, y el aire del interior se llenaba de polvo de cemento mientras Komanov y sus hombres se esforzaban por dar cuenta de sus objetivos.

—Esto se pone emocionante, camarada teniente —observó el artillero al disparar

su decimoquinto proyectil desde el cañón principal.

Komanov se encontraba en la cúpula de mando, observando la acción y comprobando con sorpresa que su búnker y los demás no eran capaces de frenar a los atacantes. Su cerebro finalmente empezaba a asimilar lo que el sentido común le venía dictando desde hacía algún tiempo. En realidad, su posición no era invencible. A pesar del enorme cañón del tanque y las dos ametralladoras pesadas, no podía hacer nada contra todos esos insectos que revoloteaban a su alrededor. Era como tratar de matar moscas con un machete. El y sus hombres habían matado o herido a unos cien atacantes, pero no habían destruido un solo tanque. ¿Dónde se escondían los tanques que tanto anhelaba aniquilar? Esa era una tarea para la que estaba perfectamente equipado, pero para enfrentarse a la infantería le hacía falta artillería de apoyo e infantería propia. Sin esos dos elementos, no era más que una enorme roca frente a la costa: indestructible pero incapaz de frenar el avance de las olas que lo superaban. De repente, Komanov se dio cuenta de que incluso las rocas del mar sufren la erosión de las olas y que al final sucumben a su acción. Su guerra particular no había durado ni siquiera tres horas y ya se encontraba totalmente rodeado; si deseaba sobrevivir, pronto llegaría el momento de abandonar su posición.

La idea lo enfureció. ¿Abandonar su posición? ¿Huir? Hasta que recordó las órdenes que había recibido, que le permitían la retirada en el momento en que su posición se volviera indefendible. Cuando le extendieron las órdenes había respondido con una risa burlona. A quién se le ocurriría huir de una fortaleza inexpugnable, qué sandez. Y, sin embargo, ahora estaba solo, al igual que cada una de las demás posiciones, y... Un impacto directo hizo resonar el torreón como una campana, y...

—¡Joder! —exclamó el artillero—. ¡Mierda! Mi cañón está dañado.

Komanov se asomó por una de las ranuras y comprobó que, efectivamente, el cañón estaba chamuscado y ligeramente doblado. ¿Cómo era posible? El tubo de un cañón era una de las estructuras más resistentes que fabricaba el hombre; sin embargo, éste estaba ligeramente doblado, con lo que dejaba de ser un cañón y se convertía en una pesada maza de acero. Había disparado treinta y cuatro proyectiles, pero ya no dispararía más. Sin su pieza principal nunca iba a eliminar un tanque chino. Komanov respiró hondo para relajarse y ordenar sus ideas. Sí, era el momento.

—Preparen la destrucción de la posición —ordenó.

—¿Ahora? —preguntó, incrédulo, el artillero.

—¡Ahora!! —respondió el teniente—. Hagan los preparativos.

Habían ensayado con anterioridad los pasos de esta maniobra. El cargador puso una carga explosiva entre los proyectiles almacenados y extendió el cable de detonación. El artillero hizo caso omiso de las actividades del interior y siguió disparando su ametralladora coaxial en la dirección de unos soldados que se

aproximaban. Después giró rápidamente hacia el lado opuesto para disparar a los soldados que habían aprovechado su maniobra para acercarse al búnker. Komanov descendió de la cúpula y echó un vistazo por el interior: ésa era su cama, y ésa la mesa en la que habían compartido sus alimentos, y el retrete y la ducha. Este búnker se había convertido en su hogar, en un lugar de trabajo y de convivencia, y sin embargo ahora se veían obligados a cederlo a los chinos. Casi no lo podía creer, aunque no lo podía negar. Si esto fuera una película defenderían su posición hasta la muerte, pero las peleas a muerte son bastante más cómodas para los actores que filman otra película la semana siguiente.

—Vámonos, sargento —ordenó a su artillero, que disparó una última ráfaga antes de bajar al túnel de escapatoria.

Komanov realizó un recuento de sus hombres a medida que iban saliendo, antes de emprender él mismo la retirada. Se dio cuenta que había olvidado informar al regimiento de sus intenciones y dudó un instante, pero decidió que ya no era el momento y que les informaría por radio desde el vehículo blindado.

El techo del túnel era bajo y los obligaba a agacharse mientras corrían, pero estaba iluminado y ya se acercaban a la puerta. En cuanto el artillero de reserva la abrió se encontraron con el ensordecedor estruendo de los proyectiles.

—¡Joder! Os lo habéis tomado con calma —espetó un sargento de unos treinta y tantos años—. ¡Vámonos! —instó, señalando su vehículo blindado BTR-60.

—Espere un momento.

Komanov conectó los terminales del cable al detonador y se refugió tras el parapeto de hormigón al accionarlo.

La carga explosiva era de diez kilogramos de TNT, que combinados con los proyectiles del búnker provocaron una explosión que retumbó por el túnel como si fuera el fin del mundo, mientras del otro lado de la colina, el pesado torreón de tanque voló por los aires ante la mirada atónita y encantada de la infantería china. Y eso completaba la misión de Komanov. Se reunió con sus compañeros y se dirigieron hacia el vehículo blindado de ocho ruedas que había permanecido oculto en una plataforma de hormigón, bajo un techo de cemento cubierto de vegetación y que ahora descendía la ladera a toda velocidad hacia el norte, hasta una posición segura.

—Se retiran —dijo el sargento al comandante, señalando la pantalla que mostraba la imagen captada por el Marilyn Monroe—. Acaban de volar su torreón y ya son los terceros en emprender la retirada.

—Me sorprende que hayan esperado tanto —respondió el general Wallace.

La idea de permanecer inmóvil en una zona de combate era algo totalmente incomprensible para él. Nunca había estado en un combate en el que se desplazara a menos de cuatrocientos nudos, y en su opinión, esa velocidad ya era paso de caracol.

—Seguro que los rusos estarán decepcionados —comentó el comandante.

—¿Cuándo estará lista la conexión con Chabarovsk?

—Antes del almuerzo, señor. Un equipo va en camino para enseñarles a utilizarla.

El vehículo blindado BTR era algo así como el rey de los todoterrenos; las primeras cuatro de sus ocho ruedas motrices giraban por acción del volante. Komanov decidió que en la vida civil el soldado de reserva tras el volante debía ser camionero, ya que sólo sabía conducir pisando a fondo. El teniente y sus hombres rebotaban con ira las paredes como dados de parchís y daban gracias por sus cascos de acero. Sin embargo, al asomarse por las rendijas de fuego no se quejaban; todos veían los estragos que causaba la artillería china y querían alejarse cuanto antes de la zona.

—¿A usted cómo le ha ido? —preguntó el teniente al sargento que conducía el vehículo.

—Con los proyectiles que nos caían alrededor, estuvimos rezando a Dios que fuera usted un cobarde. Doy las gracias a quien haya construido el garaje en el que estábamos refugiados. Por lo menos, un proyectil le dio de lleno. Casi me cagué en los pantalones —informó el reservista a gritos, con una sinceridad encomiable, en las proximidades de la cabina.

—¿Cuánto falta para el cuartel general del regimiento?

—Unos diez minutos. ¿A cuántos les ha dado?

—A unos doscientos —respondió Komanov con generosidad—, aunque no hemos visto un solo tanque.

—Probablemente estén construyendo los puentes de cinta en estos momentos. El proceso tarda un rato. Vi bastantes cuando estuve destacado con el Regimiento de la Octava Guardia en Alemania. Prácticamente no hacíamos otra cosa que ensayar el cruce de ríos. ¿Son buenos?

—No son cobardes. Siguen avanzando, aunque mates a algunos. ¿Qué le ha pasado a nuestra artillería?

—Destruída; cayó una lluvia de proyectiles de artillería, camarada teniente, y... zas —respondió con un gesto expresivo.

—¿Dónde estaba el apoyo?

—¿Quién carajo se ha creído que somos? —respondió el sargento.

Todos se sobresaltaron cuando el vehículo se detuvo de un frenazo.

—¿Qué pasa? —gritó al conductor.

—Mire —respondió el sargento mientras señalaba con el dedo.

En eso se abrieron de golpe las puertas traseras y entraron diez hombres, convirtiendo el interior del BTR en una lata de sardinas.

—¡Camarada teniente! —exclamó Ivanov, de la posición Cinco Cero.

—¿Qué les ha ocurrido?

—Nos han dado en la escotilla —respondió y las heridas vendadas de su cara

confirmaban las palabras del soldado que, aunque dolorido, se sentía feliz de estar en marcha de nuevo—. Han alcanzado de lleno nuestro vehículo blindado; el conductor está muerto, y el vehículo, inservible.

—Nunca había visto tal lluvia de artillería, ni siquiera en nuestras maniobras de Alemania o de Ucrania —dijo el sargento conductor—, es como en las películas de guerra, pero un poco diferente al estar bajo fuego.

—Da —asintió Komanov.

La situación no era nada divertida en el búnker; pero mucho menos aquí afuera. El sargento encendió un cigarrillo japonés y se asió de la barra superior para evitar las sacudidas. Por suerte, el conductor conocía el camino y el fuego chino fue amainando mientras disparaba a objetivos desconocidos elegidos al azar.

—Ya ha empezado, Jack —dijo el secretario de Defensa Bretano—. Quiero dar la orden a los nuestros para que empiecen a disparar:

—¿A quién tenemos ahí ahora mismo?

—De entrada están las fuerzas aéreas, aviones de combate. Los AWACS ya están en el aire, brindando apoyo logístico a los rusos con sus radares. Ya ha habido un primer combate aéreo, de poca importancia. Las unidades de reconocimiento nos están enviando información. Si quieres puedo enlazarte con ellos.

—De acuerdo —respondió Ryan al altavoz—. Y en cuanto al otro tema, dales rienda suelta —agregó Jack, mirando a Robby.

—Jack, para esto se les paga y puedes estar seguro de que ellos no tienen ningún reparo al respecto. Los pilotos de combate esperan estos momentos durante toda su vida, siempre y cuando no tengan que presenciar las consecuencias, cosa que no sucede a menudo. Ellos sólo ven un avión derribado, sin percatarse del pobre desgraciado que se desangra en el interior, tratando de salir del aparato —explicó el vicepresidente Jackson—. Quizá más tarde piensen en ese momento, como me ocurría a mí, aunque no todos lo hacen. El principal atractivo al que aspiramos todos es poder hacer una muesca de avión derribado en la cabina.

—Muy bien, ha llegado el momento de entrar en acción —comunicó a sus pilotos el coronel Bronco Winters, que el año anterior había derribado a cuatro enemigos sobre Arabia Saudí.

Se trataba de unos pobres insensatos que se habían atrevido a introducir armas biológicas en su gran nación. Con un derribo más se convertiría en un reconocido as del combate aéreo, algo que soñaba desde su año de novato en la academia de cadetes de Colorado Springs. Llevaba toda una carrera pilotando el caza F-15 Aguila, aunque esperaba ascender al F-22A Raptor en dos o tres años. Llevaba cuatro mil doscientas treinta y una horas de vuelo en el Aguila, conocía todos sus trucos y no podía imaginar un avión mejor para entablar combate. Así que ahora le tocaba derribar chinos. No entendía muy bien la política que lo había llevado a su situación actual,

aunque la verdad es que no le importaba en demasía. Se encontraba en una base de aviación rusa, en un sitio que sólo había imaginado ver a través de la mirilla de su arma, pero eso tampoco le suponía ningún problema. Por un momento pensó que le gustaba la comida china, sobre todo las verduras salteadas, pero en seguida se percató de que eso era propio de los chinos norteamericanos, no de los comunistas, y no había más que pensar al respecto. Llevaba poco más de un día en Rusia y ya había tenido que rechazar veinte invitaciones a tomarse unos tragos de vodka. Los pilotos locales parecían listos, aunque tal vez demasiado entusiasmados. En cualquier caso, se mostraban respetuosos y amables al divisar las cuatro muescas pintadas en la cabina de su F-15 Charlie, caza principal del escuadrón aéreo 390. Descendió del jeep ruso, que aquí llamaban por otro nombre que aún no había logrado aprender, y se dirigió a su caza en presencia del jefe de mecánicos.

—¿Me lo ha puesto a punto, jefe? —preguntó Winters al dirigirse a la carlinga.

—No le quepa la menor duda —respondió el brigada Nolan—. Todo está en perfecto estado, inmejorable. Derribe a alguno de esos cabrones, Bronco.

Era norma del escuadrón que sólo se podía usar el nombre indicativo cuando un piloto estaba en su avión.

—Le traeré sus cabelleras, Nolan —respondió el coronel Winters mientras subía por la escalera y acariciaba su palo decorativo.

El brigada Nolan se apresuró a subir para ayudarlo a abrochar los cinturones, descendió, apartó la escalera y se alejó del aparato.

Winters inició los procedimientos de arranque, empezando por introducir las coordenadas terrestres. El Aguila todavía precisaba esta operación a pesar del sistema de localización por satélite GPS, ya que el F-15C tenía un sistema de navegación de inercia por si fallaba el de satélite; eso nunca sucedía, pero el reglamento era el reglamento. Se alumbraron los instrumentos, indicándole a Winters que los tanques de combustible del Aguila estaban a rebosar y que llevaba una carga completa de cuatro misiles dirigidos por radar AIM-120 AMRAAM, además de cuatro misiles de última generación AIM-9X Sidewinder, la versión modernizada de un misil basado en un diseño anterior a la boda de sus padres en la iglesia de la avenida Lenox, en Harlem.

—Torre, aquí Bronco con el tres, listo para rodar, cambio.

—Bronco, aquí torre, permiso concedido para rodar. El viento es de tres-cero-cinco a las diez. Buena suerte, coronel.

—Gracias, torre. Jabalíes, aquí el líder, vamos a despegar.

Y soltó los frenos, poniendo en marcha su caza con el impulso de sus poderosos motores Pratt Whitney. Había algunos rusos observándolos desde la pista, la mayoría personal de tierra, aunque a juzgar por sus uniformes, también algún piloto. De acuerdo —pensó—, vamos a enseñarles cómo lo hacemos en mi pueblo. Las cuatro

aeronaves rodaron por parejas hasta el final de la pista; las dos primeras rugieron sobre las placas de cemento hasta elevarse ala con ala. Segundos más tarde los siguieron los otros dos cazas y viraron hacia el sur, entablando comunicación con el AWACS más cercano, Aguila Dos.

—Aguila Dos, aquí líder Jabalí en el aire con cuatro.

—Líder Jabalí, aquí Aguila Dos. Los vemos. Tomen rumbo al sur, vector uno siete cero, elévense y mantengan nivel de vuelo treinta y tres. Parece que hoy van a tener trabajo, cambio.

—Me parece perfecto. Cierro.

El coronel Winters se acomodó en su asiento para encontrar la posición perfecta y ascendió hasta 10 000 metros. Acababan de seleccionarlo como comandante en jefe de su equipo. Tenía apagado el sistema de radar y no pensaba hablar por radio más de lo estrictamente necesario. ¿Para qué estropear la sorpresa de cualquiera que pudiera estar escuchando? En pocos minutos entrarían en el campo de alcance de los radares fronterizos chinos. Habría que hacer algo al respecto de esas estaciones; quizá más tarde, los pequeños F-16 Comadreja se ocuparían del asunto, pero de momento su trabajo consistía en vigilar a los cazas chinos y a cualquier bombardero que se dignara aparecer. Tenía órdenes de permanecer en espacio aéreo ruso durante toda la misión, de modo que si los chinos decidían quedarse en casa se convertiría en un día aburrido. Pero los chinos tenían aviones Su-27, que al parecer eran bastante buenos. Seguro que los pilotos chinos también opinaban lo mismo.

De modo que sólo les quedaba esperar.

Por lo demás, las condiciones de vuelo eran idóneas: dos décimas de nubes y aire limpio del campo. Sus ojos de halcón alcanzaban a divisar más de cien millas desde esa altura y Aguila Dos lo avisaría de la posición de cualquier chino que se acercara. Tras ellos estaban despegando una segunda y una tercera cuadrilla con cuatro águilas cada una. Habría una buena dotación de jabalíes en el aire.

El recorrido en tren no resultaba muy cómodo. El teniente coronel Giusti trató de acomodarse en su rígido asiento, pero la máxima prioridad de los rusos que diseñaron el vagón de transporte en el que viajaban él y sus hombres no había sido la comodidad de los pasajeros, y de nada habría servido quejarse. No había amanecido todavía, era esa hora de la madrugada en que los niños no dudan en llamar noche y en aquella zona no abundaban las luces. Se encontraban en Polonia oriental, probablemente en tierra de granjas, ya que el país se estaba convirtiendo en el granero de Europa. También abundaban las granjas de cerdos que producían el famoso jamón de la zona, así como seguramente las destilerías de vodka, cuyo producto habría querido catar el coronel Giusti en esos instantes. Se levantó para pasear por el pasillo del vagón. Casi todos dormían o trataban de dormir. Dos suboficiales listos se habían acostado en el suelo, en lugar de apretujarse en los asientos. Sus uniformes no

saldrían bien librados de la suciedad del suelo, pero su destino eran las operaciones de combate, en las que la limpieza del uniforme no importaba demasiado. Las armas personales de los presentes estaban almacenadas en las rejillas portaequipajes, para tener acceso inmediato a las mismas; todos eran soldados profesionales y no estaban a gusto sin un arma mano. Siguió paseando hacia la parte trasera del tren. En el siguiente vagón había más tropas destinadas al cuartel general. Al fondo del vagón divisó a su brigada de escuadrón, leyendo una novela.

—Hola, coronel —saludó el brigada—, este viaje es interminable.

—Quedan por lo menos otros tres días, quizá cuatro.

—Genial —respondió el suboficial—, esto es peor que volar.

—Bueno, por lo menos estamos cerca de los carros.

—Sí, señor.

—¿Cómo vamos de comida?

—Bien, señor, todos tenemos raciones de campaña, y yo tengo una reserva de chokolatinas. ¿Hay alguna noticia sobre lo que pasa en el mundo?

—De momento sólo sabemos que ha empezado la batalla en Siberia. Los chinos han cruzado la frontera y los rusos tratan de frenarlos; no hay más detalles. Espero tener más información a la hora del almuerzo, cuando pasemos por Moscú.

—Estupendo.

—¿Cómo están las tropas?

—Sin problemas; aburridos por el viaje y deseosos de entrar en acción, lo normal.

—¿Cómo están de moral?

—Inmejorable, mi coronel —aseguró el brigada.

—Espléndido.

Giusti regresó a su asiento con la esperanza de dormir unas horas, tras decidir que de todos modos no había mucho que ver en Polonia. Lo más frustrante era la sensación de aislamiento. Sus carros de combate estaban equipados con radios vía satélite, que le habrían permitido mantenerse informado de los acontecimientos en el frente, pero estaban almacenados en uno de los vagones traseros de carga a los que no tenía acceso. Sabía que estaban en guerra. Pero le faltaban los detalles: saber dónde iba a detenerse el tren, en qué momento podría descargar su material, organizar su cuartel y ponerse de nuevo en marcha.

La logística ferroviaria había funcionado como una seda; la red rusa parecía disponer de una fuente inagotable de vagones de carga para sus carros blindados, sin duda diseñados para transportar tanques hacia el oeste, con la intención de enfrentarse a la OTAN en Alemania. Difícilmente podían haber sospechado los constructores originales que acabarían sirviendo para transportar tanques americanos al este, nada menos que con el propósito de ayudar a defender a Rusia de un invasor. Nadie parecía tener el don de prever el futuro, más allá de unas semanas. De momento se

conformaría con unos cinco días.

El resto de la primera división armada se extendía a lo largo de centenares de kilómetros por la vía férrea este/oeste. La segunda brigada del coronel Don Lisle acababa de embarcarse en Berlín y cerraría la retaguardia de la división. Cruzarían Polonia de día, por si a alguien podía interesarle.

Los Quarter Horse iban al frente, donde les correspondía. Organizarían un perímetro de seguridad en el punto en el que fueran a desembarcar y liderarían la marcha hacia el este, en una maniobra llamada el Avance hasta el Contacto que marcaría el inicio de la «diversión». Y el coronel Giusti recordó que llegado ese momento necesitaría estar en buena forma, de modo que se reclinó en el asiento y cerró los ojos, dejando que el vaivén del tren meciera su cuerpo.

Todos los pilotos de caza pensaban en la patrulla del alba. Así se había conocido a esta misión desde su aparición en una película de los años treinta, protagonizada por Errol Flynn, aunque es probable que el nombre se hubiese utilizado con anterioridad para referirse a una misión auténtica. Se trataba de la primera salida del día, el primero en ver salir el sol y en cazar al enemigo después de desayunar.

No había mucho parecido entre Bronco Winters y Errol Flynn, pero eso no importaba. Un guerrero no se caracteriza por el aspecto de su rostro, aunque sí se pueda reconocer por la expresión de la cara. Bronco era piloto de cazas. Durante su niñez en Nueva York solía coger el metro hasta el aeropuerto de La Guardia para ver los aterrizajes y despegues desde una valla, sabiendo que quería llegar a ser piloto algún día. También tenía claro que sería más divertido pilotar un caza que un avión comercial y, por último, era consciente de que sólo conseguiría pilotar un caza si ingresaba en una academia de cadetes, y que para ello necesitaría sacar buenas notas. Así que se dedicó a estudiar con ahínco y se concentró en las matemáticas y en la ciencia, para comprender mejor los engendros mecánicos que eran los aviones. Estudió tanto que se convirtió en una especie de genio de las matemáticas, y llegó a especializarse en dicha materia durante sus estudios universitarios en Colorado Springs. Pero su interés por las matemáticas terminó el día en que llegó a la base de las fuerzas aéreas de Columbus, en Mississippi, convencido de que en el momento de coger por primera vez el mando de una aeronave habían terminado sus «estudios» y había empezado su «aprendizaje». En Columbus se destacó de inmediato como el mejor alumno de su promoción y tras dominar el avión de entrenamiento Cessna Tweety Bird pasó a los cazas. Por ser el número uno de la promoción se había ganado el derecho a elegir aparato y, por supuesto, eligió el fuerte y noble caza Águila F-15, nieto del Phantom F-4. Aunque no era un avión difícil de pilotar, sí representaba un desafío para entrar en combate, ya que todos los controles del armamento se encontraban en las palancas de mando y de aceleración, en botones e interruptores de diversas formas y tamaños que permitían localizarlos por tacto, liberando la vista de

los mandos y permitiendo concentrarla en el cielo. El proceso de aprendizaje era algo así como aprender a tocar dos pianos diferentes al mismo tiempo y Winters había tardado unos largos seis meses en dominar los sistemas. Ahora los controlaba con la misma naturalidad con la que se encerraba su mostacho estilo Bismarck. Ése era el único detalle de coquetería que se permitía, y lo había tomado prestado de Robin Olds, un piloto instintivo con verdadero y peligroso razonamiento táctico; una leyenda entre los pilotos de caza norteamericanos. Olds se había destacado como piloto de caza en la segunda guerra mundial, en la guerra de Corea y en la de Vietnam; en definitiva, era uno de los mejores pilotos en haber volado con aviones de combate y tenía un bigote que hubiese hecho palidecer de envidia al mismísimo Otto von Bismarck.

Aunque el coronel Winters tenía otras cosas en qué pensar, nunca dejaba de tener presente ese tipo de detalles, que formaban una parte tan importante de su carácter como su capacidad de orientación espacial; una parte de su cerebro tenía una enorme capacidad de mantenerse consciente en todo momento de la realidad tridimensional que lo rodeaba. Volar se había convertido en algo tan natural para él como para el halcón que servía de mascota a la academia de las fuerzas aéreas; al igual que la caza, y ahora el coronel estaba de cacería. Su avión recibía datos de la aeronave de apoyo AWACS, doscientos kilómetros por detrás de él, por lo que dividía la atención de sus ojos castaños de visión perfecta entre el cielo circundante y el panel de instrumentos...

Ahí estaban, cuatro bandidos a trescientos kilómetros en dirección uno siete dos, dirigiéndose hacia el norte. Y cuatro más, seguidos por otros cuatro. Los chinos salían a jugar y los Jabalíes estaban hambrientos.

—Líder Jabalí, aquí Aguila Dos.

Se comunicaban en ráfagas codificadas, muy difíciles de detectar e imposibles de descifrar.

—Aquí Líder Jabalí —respondió, manteniendo la transmisión al mínimo, de todas formas. ¿Por qué estropear la sorpresa?

—Líder Jabalí, dieciséis bandidos a uno siete cero de su posición, a ángeles treinta, dirigiéndose hacia el norte a quinientos nudos.

—Los veo.

—Siguen del lado sur de la frontera, pero no por mucho tiempo —avisó el joven controlador, a bordo de la aeronave E-3B—. En estos momentos tiene permiso para disparar, Jabalí.

—Recibido, permiso para disparar —asintió el coronel Winters, mientras accionaba un interruptor con la mano izquierda para activar sus sistemas.

Comprobó de un vistazo al cuadro de mandos que todo estaba a punto para disparar. Su radar de seguimiento estaba apagado, pero en modo de espera. Desde el

primer boceto que se había diseñado, el F-15 se concibió como un apéndice del enorme radar en la punta. Sin embargo, a lo largo de los años los pilotos habían dejado de utilizarlo, ya que podía delatar su posición a un enemigo con el sistema de sensores adecuado, advirtiéndole de la proximidad de una águila hambrienta con las garras afiladas. Hoy en día era más práctico recibir los datos de radar de los aviones de apoyo AWACS, cuyas señales eran claramente visibles para los aviones enemigos, pero quedaban fuera de su alcance y en cualquier caso no señalaban un peligro directo e inminente. Los cazas chinos recibían su información de radares terrestres y los Jabalíes se aseguraban de mantenerse en la periferia difusa de su campo de recepción, donde podían o no verlos. Por detrás de los cazas norteamericanos había otra aeronave de apoyo Rivet Joint EC-135 que realizaba un seguimiento de las señales de radar y de radio emitidas por los controladores terrestres chinos, con fin de comunicar cualquier aviso a los AWACS. Pero de momento se mantenían en silencio y los chinos seguían volando hacia el norte.

—Águila, aquí Jabalí, solicito tipo de bandido, cambio. —Jabalí, no estamos seguros, por punto de origen y perfil de vuelo probablemente se trate de aparatos Su-27.

—Entendido.

De acuerdo, eso está bien, pensó Winters. El Su-27 tenía buena reputación como avión de combate, y seguro que no estaba mal para ser un diseño ruso. Ahí estarían pilotando los mejores hombres, los más orgullosos, los que se creían tan buenos como él. De acuerdo, chino, veamos lo bueno que eres en realidad.

—Jabalíes, aquí el líder, hacia la izquierda a uno tres cinco.

—Dos.

—Tres.

—Cuatro —asintieron los pilotos mientras viraban a la izquierda.

Winters miró a su alrededor para asegurarse que no dejaban rastros que delataran su presencia, luego echó un vistazo a su pantalla de alarma. Sonaban algunos pitidos de radares chinos, pero todavía por debajo del umbral teórico de detección. En unos treinta kilómetros más eso cambiaría, pero no serían más que señales borrosas sin identificar en los monitores chinos. Era posible que los controladores transmitieran un aviso de todas formas, pero a lo mejor se limitarían a escudriñar la pantalla y a preguntarse si se trataba o no de contactos verdaderos. El tono azul pálido de los Águila no era fácil de detectar a simple vista, sobre todo con el sol a la espalda, uno de los trucos más viejos usados por los pilotos de caza, para el que todavía no existía ningún antídoto...

Los chinos pasaron por su derecha a unos cincuenta kilómetros, dirigiéndose hacia el norte en busca de cazas rusos, para controlar los cielos del campo de batalla que acababan de inaugurar. Probablemente habían encendido sus radares de

localización, lo cual los obligaría a pasar gran parte del tiempo con la vista entornada hacia sus monitores en vez de vigilar el cielo que los rodeaba, y eso entrañaba sus riesgos. En cuanto los tuvo al norte, el coronel Winters se dirigió hacia la derecha con su cuadrilla y descendió a seis mil quinientos metros, muy por debajo de la altitud de crucero de los cazas chinos. Los pilotos de combate pueden volver la vista atrás de vez en cuando, para comprobar si tienen enemigos por detrás y por encima, pero raramente verán si alguien los sigue por abajo, convencidos de que cualquier piloto tratará de obtener más altitud, porque la altitud, como la velocidad, es vida. Por lo menos, así era en la mayoría de los casos... Tres minutos más tarde se encontraban al sur del enemigo y el coronel Winters aceleró a la máxima velocidad que permitía su caza para atraparlos. La escuadrilla se separó en dos parejas, siguiendo sus instrucciones. El se dirigió a la izquierda y los localizó: puntos oscuros en un fondo de cielo azul. Los habían pintado del mismo tono gris claro usado por los rusos, lo cual podría convertirse en un problema en caso de que entraran en combate aviones rusos; raramente se daría la oportunidad de ver a un avión lo bastante cerca como para distinguir si el emblema pintado en el ala era una estrella roja o una bandera blanca, azul y roja.

A continuación oyeron el tono de aviso. Sus misiles Sidewinder habían localizado el rastro de calor de los motores por turbinas Lyul'ka, y eso le decía que ya estaba lo bastante cerca. Unos quinientos metros a su izquierda se encontraba su teniente, un oficial joven y hábil que cumplía a la perfección su tarea: vigilar al líder. De acuerdo, pensó Bronco Winters. Ahora disponía de unos cien nudos de velocidad de adelantamiento.

—Jabalí, aquí Aguila, les advertimos que los bandidos se dirigen directamente hacia nuestra posición.

—No por mucho tiempo, Aguila —respondió el coronel Winters.

Los cazas ya no eran puntos; se habían convertido en aeronaves de combate de doble timón volando hacia el norte en una buena formación. Con el dedo índice de la mano izquierda activó sus misiles Sidewinder y escuchó un reconfortante tono de confirmación en los auriculares. Empezaría disparando dos veces, una al avión del extremo izquierdo, otra al del extremo derecho... justo...

—Fox Dos, Fox Dos con dos pájaros en el aire —informó Bronco.

Los rastros de humo se separaron tal como había previsto a medida que los misiles se abalanzaban sobre sus presas. La cámara filmaba desde la mirilla de armamento, y la imagen se estaba grabando al igual que el año anterior sobre Arabia Saudí. Con un solo derribo alcanzaría la categoría de as del combate.

Su primer derribo llegó a los seis segundos, y el siguiente medio segundo más tarde. Los cazas de ambos extremos se tambalearon. El de la izquierda estuvo a punto de colisionar con su vecino, pero lo esquivó en el último momento y descendió de

forma violenta mientras se desprendían piezas de su fuselaje. El otro entró en barrena hasta vaporizarse en una nube blanca. El primer piloto logró eyectarse, pero el segundo no tuvo tiempo de hacerlo.

Mala suerte, chino, pensó Winters. Los otros dos aviones chinos permanecieron un instante sin reaccionar, pero en seguida empezaron a maniobrar en direcciones opuestas. Winters encendió su radar y dio caza al de su izquierda. El sistema de radar encañonó a la presa, que permanecía dentro de los parámetros de tiro de su misil AMRAAM. Accionó el interruptor con el dedo índice de la mano derecha.

—Fox Uno, Fox Uno, ahí va un aniquilador hacia el sujeto al oeste.

Siguió con la mirada la trayectoria del misil. Desde el punto de vista técnico se trataba de otra arma que actuaba con autonomía una vez se había accionado el gatillo, al igual que el Sidewinder. Aceleró de inmediato a más de dos veces la velocidad del sonido, haciendo rápida cuenta de los cinco kilómetros que lo separaban del objetivo. En diez segundos hizo explosión a unos centímetros del fuselaje de su presa, y otro avión se volatilizó sin que de él saliera paracaídas alguno.

De acuerdo, ya son tres. Esta mañana estaba resultando de los más satisfactoria, pero ahora entraban en una etapa de combate que recordaba la primera guerra mundial. No le quedaba más remedio que buscar su presa a simple vista y los aviones de combate no resaltaban mucho contra un cielo completamente...

Ahí estaba...

—¿Me cubres, Skippy? —preguntó por radio.

—Estoy con usted, Bronco —respondió el teniente—. Bandido a la una, de izquierda a derecha.

—Lo veo —respondió Winters, mientras orientaba la proa al punto lejano.

Su radar lo localizó y lo encañonó. Su sistema de identificación de aeronaves le indicó que no se trataba de un aparato amistoso. Disparó su segundo aniquilador.

—Fox Uno al sujeto del sur. Aguila, aquí Líder Jabalí, ¿cómo vamos?

—De momento han sido cinco derribos. Los bandidos se dirigen al este y descienden. Llega Rorcual de su oeste con cuatro, ángeles tres cinco a novecientos, ahora a sus diez. Compruebe el sistema de identificación de aeronaves, Líder Jabalí.

El controlador se mostraba precavido, pero eso era bueno.

—Jabalíes, aquí el líder, comprobad los sistemas de identificación.

—Dos.

—Tres.

—Cuatro —respondieron todos.

Antes de que el último confirmara que su sistema de identificación estaba transmitiendo, el aniquilador alcanzó su objetivo, con lo que su cuenta particular de la mañana ascendió a cuatro. Pues vaya —pensó Winters—, la mañana se está convirtiendo en todo un éxito.

—¡Bronco, Skippy tiene uno! —informó su teniente.

Winters tomó posición a la izquierda de su compañero, por detrás y por abajo. «Skippy» era el teniente Mario Acosta, un jovencito pelirrojo de Wichita que no pilotaba nada mal, teniendo en cuenta sus escasas doscientas horas de vuelo en estos aparatos.

—Fox Dos con Uno —informó Skippy.

Su objetivo había virado hacia el sur y se encaminaba directamente al misil. Winters vio el impacto del Sidewinder en el fuselaje del avión enemigo, que produjo una explosión bastante impresionante.

—Aguila, aquí Líder Jabalí, denme un vector, cambio.

—Líder Jabalí, vire a la derecha a cero nueve cero. Tiene un bandido volando bajo a quince kilómetros, ángeles diez con rumbo sur a más de seiscientos.

Winters efectuó el viraje y comprobó el monitor de su radar.

—¡Lo tengo!

Este también quedaba dentro del alcance de su aniquilador.

—Fox Uno con el aniquilador.

El quinto misil que disparaba aquel día saltó de su cámara y se dirigió hacia el este en trayectoria descendente, mientras Winters seguía apuntando su aparato al objetivo, para estar seguro de grabar toda la acción... ¡Sí!

—Eso ha sido un acierto para Bronco. Creo que con éste van cinco.

—Confirmados cinco derribos de Bronco —asintió Aguila Dos—. Felicidades, amigo.

—¿Qué más hay en la zona?

—Líder Jabalí, los bandidos huyen al sur a toda velocidad, acaban de superar la barrera del sonido. Hemos contabilizado nueve derribos, uno dañado y seis bandidos en fuga, de regreso a su casa, cambio.

—Entendido, Aguila. ¿Algún otro incidente?

—Negativo, Líder Jabalí.

—¿Dónde se encuentra el avión cisterna más cercano? —Pueden repostar en Oliver Seis, vector cero-cero-cinco a trescientos, cierre.

—Entendido. Escuadrilla, aquí Bronco. Agrupémonos y vayamos a repostar. Síganme en formación.

—Dos.

—Tres.

—Cuatro.

—¿Cómo vamos?

—Skippy se llevó a uno —informó el teniente.

—Ducky ha derribado dos —añadió el líder de la segunda sección.

—Ghost Man ha eliminado dos y tiene un rasguño.

A Winters no le salían las cuentas. Pero qué demonios, pensó, quizá se habían equivocado los muchachos de los aviones de apoyo. Para eso servían las grabaciones de vídeo. A fin de cuentas, la mañana no había ido mal. Lo mejor era el daño que habían infligido a las filas chinas y el golpe que habían asestado a la confianza de los pilotos de sus Su-27. Mermar la confianza de un piloto producía resultados casi tan positivos como derribar un aparato, sobre todo si habían logrado eliminar al líder de la escuadrilla. Los demás pilotos estarían furiosos, pero al mismo tiempo también dudarían de sus habilidades, su entrenamiento y sus aparatos. Y eso era bueno.

—¿Cuál es la situación?

—Las defensas fronterizas se portaron bien dentro de lo que cabía esperar —respondió el coronel Aliyev—. La buena noticia es que la mayoría de nuestros hombres lograron escapar con vida. La cifra de bajas no llega a veinte, con quince heridos.

—¿Cuánto han logrado transportar a este lado del río, de momento?

—A saber, hay elementos de tres divisiones motorizadas. Según los norteamericanos ya tienen seis puentes operativos, por lo que esperamos que esas cifras aumenten a gran velocidad. Hay una vanguardia de tropas chinas de reconocimiento. Hemos realizado algunas emboscadas pero todavía no hemos logrado capturar prisioneros. Su dirección de avance es la que habíamos anticipado, al igual que su velocidad de marcha.

—¿Hay alguna noticia positiva? —preguntó Bondarenko.

—Sí, mi general. Las fuerzas aéreas y nuestros amigos norteamericanos les han dado un serio aviso a las fuerzas aéreas chinas. Hemos derribado treinta de sus aparatos y sólo hemos sufrido cuatro bajas; además, hemos rescatado a dos de los pilotos. Hemos capturado a seis pilotos chinos que se dirigen al oeste para ser interrogados. Dudamos que proporcionen información de interés, aunque no dudo que las fuerzas aéreas querrán sonsacarles detalles técnicos. Sus planes y objetivos son sencillos y avanzan según lo previsto, quizá vayan incluso un poco adelantados.

Aunque ninguno de estos datos sorprendió al general Bondarenko, no era tarea agradable escuchar las malas noticias. Su personal de inteligencia lo mantenía perfectamente informado de los acontecimientos y las expectativas, pero era algo parecido a escuchar un parte meteorológico en pleno invierno: efectivamente, hace frío, y está nevando, y dudamos que cesen el frío o la nieve, ¡qué lástima que no tenga un buen abrigo en estos momentos! La información de la que disponía era exacta, pero no tenía los medios para alterar los acontecimientos. Se alegraba de que sus pilotos estuvieran derribando aviones chinos, pero lo que le hacía falta era detener el avance de los tanques y los transportes de tropas.

—¿Cuándo podremos bombardear sus avanzadillas desde el aire?

—Los bombardeos aire/tierra empezarán esta tarde, con aparatos Su-31 —

respondió Aliyev—. Pero...

—¿Pero qué? —preguntó Bondarenko.

—¿Pero no sería mejor dejarlos avanzar sin obstáculos durante unos días?

Su oficial de Operaciones demostraba valentía al expresar esta opinión. Sin embargo, Gennady Iosifovich se dio cuenta de que tenía razón. Si la única opción estratégica de la que disponía era una gran emboscada, ¿para qué desperdiciar sus escasos efectivos antes de tiempo? ¿No se había dado dicho caso en el frente occidental en junio de 1941 y no había en aquel momento un Stalin sentado en Moscú con una pistola apuntándole a la cabeza?

No, en estos momentos el gobierno de Moscú debía de estar inmerso en toda clase de protestas políticas, reclamando reuniones de emergencia del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, pero eso no era más que pura mercadotecnia. Él debía ocuparse de derrotar a estos bárbaros amarillos, y para lograrlo debería servirse con la mayor eficacia posible de las fuerzas de las que disponía, y la mejor manera de lograrlo era permitir que las tropas enemigas avanzaran sin obstáculos. Debía lograr que el comandante de las fuerzas chinas se sintiera como un matón atemorizando a un enclenque, que se infectara de lo que los japoneses habían llamado la enfermedad de la victoria. El momento en el que se sintieran invencibles sería la mejor oportunidad para abalanzarse sobre ellos como un tigre al acecho.

—Andrey, mandemos algunos aviones con órdenes de no arriesgarse demasiado ni perseverar mucho en sus ataques. Aunque les llevemos ventaja en el aire, dejemos que sus tropas mantengan la iniciativa de momento. Permitamos que engorden con las riquezas a su paso.

—Tiene razón, camarada general. Quizá sea un mal trago, pero al final serán ellos quienes acaben empachados, siempre que los dirigentes políticos nos permitan hacer lo correcto.

—Efectivamente, ésa es la cuestión fundamental.

LII. EL COMBATE

El general Peng llegó a Rusia a bordo de su vehículo de mando, siguiendo el avance de su primer regimiento de tanques pesados. Había pensado en utilizar un helicóptero hasta que su personal de Operaciones le avisó de que la batalla aérea no iba tan bien como le habían pronosticado los mequetrefes de las fuerzas aéreas chinas. Se sentía un poco vulnerable al cruzar el puente flotante en su vehículo blindado, como un ladrillo suspendido de un globo, pero escuchó el informe de progreso que le brindaba su oficial de Operaciones.

—Los norteamericanos han enviado bastantes aviones de combate, que combinados con sus aeronaves E-3 de radar y apoyo forman un equipo formidable, difícil de batir, aunque nuestros amigos de las fuerzas aéreas me aseguran que disponen de tácticas para neutralizarlos —comentó el coronel Wa—. No lo creeré hasta que lo vea. Pero de momento, éstas son las únicas noticias negativas. Llevamos unas horas de adelanto sobre el programa previsto. La resistencia rusa está demostrando ser más débil de lo que esperaba. Hemos tomado algunos prisioneros que se mostraban muy decepcionados por la falta de apoyo de sus propias fuerzas.

—¿De verdad? —preguntó Peng, mientras llegaban al final del puente de cinta y descendían con una sacudida a territorio ruso.

—Así es, en un momento veremos a los diez hombres que hemos capturado en las posiciones defensivas. Disponían de túneles de escapatoria y vehículos blindados para transportar a los hombres. No contaban con defender sus posiciones durante mucho tiempo —prosiguió el coronel Wa—. Tenían planes de huir en vez de defender sus emplazamientos hasta el final, como suponíamos. Creo que les falta moral de combate, camarada general.

Peng se mostró interesado por este último dato. Era fundamental determinar la moral de combate del enemigo.

—¿Ninguno se quedó a luchar hasta el final?

—Tan sólo uno de los búnkers. Nos costó treinta hombres tomar la posición, pero al final cayó. Quizá se habían quedado sin vehículo de fuga y no tuvieron más remedio que luchar hasta el final —aventuró el coronel.

—Quiero inspeccionar las posiciones cuanto antes —ordenó Peng.

—A la orden, camarada general.

Wa entró en el vehículo y expidió una orden al conductor. El vehículo blindado tipo 90 viró a la derecha y sobresalió al policía militar encargado del control de tráfico. Sin embargo, no protestó; las cuatro antenas de radio del vehículo le indicaban qué clase de pasaje llevaba. El transporte de oficiales salió del camino y se encaminó directamente a un búnker ruso que había permanecido intacto.

El general Peng agachó la cabeza al salir del vehículo y se dirigió hacia el vetusto

torreón de artillería. La forma de «sartén invertida» le indicó que provenía del viejo tanque Stalin-3, que en otra época había sido una arma formidable, pero en la actualidad no era más que una antigualla. Un equipo de especialistas de inteligencia que inspeccionaba el recinto se cuadraron al ver al general que se aproximaba.

—¿Qué hemos utilizado para neutralizarlo? —preguntó Peng.

—No lo hemos neutralizado, camarada general. Lo han abandonado tras descargar quince proyectiles y unos trescientos disparos de ametralladora. Ni siquiera lo destruyeron al abandonarlo —informó el capitán de inteligencia, mientras le mostraba la escotilla de entrada al general—. Es seguro. Ya hemos comprobado que no haya trampas.

Peng se introdujo en el búnker. Vio lo que parecía ser un alojamiento de cierta comodidad; había una zona de almacenamiento de proyectiles, abundante munición para la ametralladora. Desparramados por el suelo vio cartuchos vacíos de ambos tipos de arma y envoltorios de las raciones de campaña. Parecía una posición cómoda, con literas, ducha, retrete y provisiones abundantes. Aquí había algo digno de defender, pensó el general.

—¿Por dónde lo han abandonado? —preguntó Peng.

—Por aquí —respondió el joven capitán, dirigiéndose hacia el norte por el túnel—. Ya lo ven, los rusos lo tenían todo previsto.

El túnel se extendía por debajo de la colina hasta una zona de estacionamiento cubierta, probablemente para un vehículo blindado BTR, como confirmaban las huellas de los neumáticos que salían del estacionamiento.

—¿Cuánto han aguantado?

—Hemos tomado la posición unas tres horas después del bombardeo inicial. En cuanto los hemos rodeado de tropas de infantería han emprendido la huida —explicó el capitán a su comandante en jefe.

—Ya veo. Ha sido una buena operación de nuestra infantería de asalto.

Peng vio que el coronel Wa había acercado su vehículo blindado a la salida del túnel y subió a bordo.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Wa.

—Quiero ver cómo hemos dejado sus posiciones de artillería de apoyo.

Wa asintió y dio la orden al conductor del vehículo. Después de quince minutos de baches y socavones llegaron a los cañones pesados. Las quince armas seguían en sus lugares, aunque pasaron junto a dos que estaban totalmente destrozadas por el contraataque. La posición que inspeccionaron había permanecido bastante intacta a pesar de los proyectiles que habían caído muy cerca, tanto que todavía quedaban los restos de tres artilleros junto a sus armas, rodeados de un gran charco de sangre. Era probable que otros hubieran sobrevivido. Junto a cada una de las armas había estrechas trincheras de dos metros de profundidad, forradas de hormigón, que habían

permanecido inmunes al bombardeo. También había un gran búnker fortificado para almacenar las municiones, con un sistema de rieles que permitía transportar los proyectiles hasta las armas. La puerta estaba abierta.

—¿Cuántos proyectiles han logrado disparar? —preguntó.

—Máximo, diez —respondió otro oficial de inteligencia, esta vez un comandante—. Nuestro fuego de contraataque ha sido muy eficaz; había un total de quince armas rusas en esta batería. Una logró disparar veinte proyectiles y eso fue todo. En diez minutos, las habíamos neutralizado. Los localizadores de artillería por radar han funcionado a la perfección, camarada general.

Peng asintió con la cabeza.

—Eso parece. Este emplazamiento habría sido maravilloso hace unos veinte o treinta años; ofrece buena protección a los artilleros y dispone de buenas reservas de municiones. Pero no contaban con la habilidad actual de localizar su posición de inmediato. Wa, si permanece quieto lo podrá eliminar —dijo Peng mientras lo examinaba—. Los ingenieros que construyeron esta posición no eran malos, simplemente su técnica ha quedado anticuada. ¿Cuáles son nuestras cifras totales de bajas?

—Unos trescientos cincuenta fallecidos. Seiscientos veinte heridos —respondió el oficial de Operaciones—. No nos ha salido barato, pero han sido menos de las que esperábamos. Si los rusos se hubieran atrincherado y defendido sus posiciones, el balance podría haber sido mucho peor.

—¿Por qué han huido tan pronto? —preguntó Peng—. ¿Lo sabemos?

—En uno de los búnkers hemos hallado órdenes por escrito autorizando la evacuación en cuanto vieran que su posición era indefendible —respondió el coronel Wa—. Eso me ha sorprendido. En el pasado, los rusos han demostrado que luchaban con denuedo para defender sus posiciones, como pudieron comprobar los alemanes. Sin embargo, eso fue en la época de Stalin, cuando los rusos tenían disciplina y valor. Parece que todo eso ha cambiado.

—La evacuación se ha llevado a cabo con habilidad —musitó Peng—. Deberíamos haber tomado más prisioneros.

—Han huido demasiado rápido, camarada general —respondió el oficial de Operaciones.

—El que lucha y sale huyendo vive para luchar otro día —replicó el general Peng—. Recuérdelo, coronel.

—En efecto, camarada general, pero el que sale huyendo ya no supone una amenaza inmediata.

—Salgamos de aquí —ordenó el general mientras se dirigía al transporte. Quería ver el estado actual de la línea del frente.

—¿Y bien? —preguntó Bondarenko al teniente.

El muchacho había tenido un mal día, y la obligación de informar a su comandante de Operaciones no contribuía a su buen humor.

—Descanse, muchacho. Sigue con vida, podría haber sido mucho peor.

—Mi general, si hubiéramos tenido un poco de apoyo habríamos aguantado —afirmó Komanov, dejando aflorar su frustración.

—No teníamos apoyo para darles. Prosiga —replicó el general, señalando el mapa de la pared.

—Han cruzado por aquí, han entrado por este valle y han atravesado esta colina antes de atacarnos. Eran tropas de a pie y no hemos visto vehículos. Llevaban armas antitanque portátiles, nada excepcional, pero disponían de una artillería de apoyo formidable. Debía de haber una batería entera castigando mi posición. Y los proyectiles de artillería han eliminado nuestra artillería de apoyo en un santiamén.

—Nos tenían reservada esa sorpresa —asintió Aliyev—. Tienen muchos más sistemas de localización de artillería de los que nos esperábamos y siguen la misma táctica que los norteamericanos en Arabia Saudí: utilizan sus proyectiles Tipo 83 como arma antibaterías. Se trata de una táctica eficaz y deberemos empezar por atacar sus sistemas antibaterías, o utilizar cañones autónomos y desplazarlos después de dos o tres disparos. No conozco ningún sistema para engañar sus localizadores y, que yo sepa, es prácticamente imposible interferir ese tipo de radares.

—De modo que habrá que encontrar la manera de eliminarlos en seguida —respondió Bondarenko—. Nosotros también tenemos unidades de inteligencia electrónica. Que localicen los radares chinos y los eliminen con nuestros cohetes —agregó antes de dirigirse de nuevo al oficial más joven—. Prosiga, teniente. ¿Qué me puede decir de la infantería china?

—No son cobardes, camarada general. Se desenvuelven bien bajo el fuego. Están bien entrenados y son disciplinados. Entre mi posición y nuestros vecinos hemos eliminado por lo menos a unos doscientos y seguían avanzando. Su coordinación en batalla es buena; funcionan como un equipo de fútbol. Si tú haces algo, ellos responden con una contramaniobra casi al instante. No cabe duda de que muestran gran habilidad informando a la artillería.

—Sus baterías ya estaban en posición y a la espera, teniente —informó Aliyev al joven oficial—. Todo es más fácil al seguir un guión preestablecido. ¿Algo más?

—No hemos llegado a ver ni un solo tanque. Nos han dejado fuera de combate antes de terminar sus puentes. La infantería parecía eficiente, disciplinada y ansiosa por avanzar. No he visto muestras de pensamiento flexible, pero a fin de cuentas, no he visto gran cosa y, como bien ha dicho, su participación en esta operación estaba preparada y rigurosamente ensayada.

—Los chinos suelen informar a sus hombres en profundidad antes de entrar en combate. No son partidarios de la política de discreción que aplicamos nosotros —

reflexionó Aliyev—. Quizá contribuya a una mayor solidaridad y camaradería en el campo de batalla.

—De momento les ha salido todo bien, Andreu. El verdadero valor de un ejército se hace patente en su reacción ante la adversidad y eso es algo que queda por ver.

¿Acaso llegarían a verlo algún día?, se preguntó Bondarenko. Movi6 la cabeza; ésa era la clase de ideas que no podía permitirse albergar. Si él carecía de confianza, ¿cómo podía esperar que la tuvieran sus hombres?

—¿Qué tal sus hombres, Valeriy Mikhailovich? ¿Qué tal han combatido?

—Hemos combatido, camarada general —aseguró Komanov a su superior—. Hemos matado a doscientos y habrían sido muchos más si hubiéramos contado con fuego de apoyo.

—¿Sus hombres estarán dispuestos a seguir luchando? —preguntó Aliyev.

—¡No le quepa duda! —espetó Komanov—. Esos cabrones están invadiendo nuestro país. ¡Denos buen armamento y los mataremos a todos!

—¿Se licenció en la academia de tanques?

Komanov asintió como un cadete.

—Camarada general. Fui octavo de mi promoción.

—Denle una compañía con BOYAR —dijo el general a su oficial de Operaciones—. Necesitan mandos.

El general de división Marion Diggs viajaba en el tercer tren al salir de Berlín, treinta minutos después del escuadrón de caballería de Angelo Giusti. Los rusos habían programado los trenes con una proximidad que rozaba los límites de seguridad del convoy. El sistema ferroviario ruso, totalmente electrificado, estaba dando buenos resultados: los trenes aceleraban bien en su salida de las estaciones y al superar los numerosos obstáculos que aparecían en las vías.

Diggs se había criado en Chicago, donde su padre trabajaba como mozo de vagón en la compañía ferroviaria de Atcheson, Topeka y Santa Fe. Hasta los años setenta trabajó en el Super Chief de Chicago a Los Angeles, pero cuando a mediados de esa década se canceló el servicio de pasajeros cambió de sindicato y alcanzó un sorprendente ascenso al convertirse en maquinista. Marion recordaba con nostalgia los viajes en tren con su padre, amaba la sensación de tener una maquinaria tan enorme y potente a su disposición, así que cuando accedió a West Point decidió convertirse en experto en tanques, o mejor aún, en miembro de la caballería. Ahora estaba al mando de un montón de maquinaria muy pesada.

Esta era su primera estancia en Rusia, lugar que no se hubiera imaginado visitar durante la primera mitad de su carrera en el ejército. En esa época, los rusos que protagonizaban sus pesadillas eran las numerosas tropas de la primera guardia de tanques y el tercer ejército de asalto, siempre preparados para dar un agradable paseo hasta París, desde sus bases en Alemania oriental, o al menos eso se temía la OTAN.

Pero ahora todo había cambiado: Rusia formaba parte de la OTAN, lo cual parecía sacado del argumento de una película barata de ciencia-ficción. Pero sin duda era cierto; al asomarse por las ventanillas del vagón veía las cúpulas de las iglesias ortodoxas que Stalin no llegó a clausurar. Las estaciones ferroviarias le resultaban más familiares. Nunca representaban una aportación muy artística a la arquitectura o al urbanismo de la ciudad, y le recordaban a los espacios grises que conocía de Chicago o de cualquier otra ciudad norteamericana. Las únicas infraestructuras ferroviarias bonitas que conocía eran las del tren de juguete que se ponía bajo el árbol de Navidad. Pero aquí los árboles de Navidad brillaban por su ausencia. El tren se detuvo, probablemente en espera de una señal de autorización para proseguir...

Pero no, parecían estar en alguna instalación militar. A su derecha veía tanques rusos y rampas de cemento; supuso que los rusos debían de haber construido esa estación para enviar sus propios tanques al oeste.

—¿General? —llamó una voz.

—¡Aquí!

—Ha venido alguien a verle, señor —respondió la misma voz.

Diggs se puso en pie y se dirigió hacia el dueño de la voz; se trataba de uno de sus subalternos, un oficial recién salido de la academia de Leavenworth, seguido por un general de división ruso.

—¿Es usted Diggs? —preguntó el ruso en un inglés aceptable.

—Así es.

—Sígame, por favor.

El ruso se encaminó al andén. El aire era fresco pero había una capa de nubes bajas y amenazadoras.

—¿Puede informarme sobre los acontecimientos del este? —preguntó Diggs.

—Queremos mandarlo a usted y a algunos miembros de su personal a Chabarsovil en avión, para que pueda hacerse una idea sobre el terreno.

Buena idea, pensó Diggs.

—¿A cuántos?

—A seis, más usted.

—De acuerdo —asintió el general, e hizo una seña al capitán que lo había sacado de su asiento—. Quiero a los coroneles Masterman, Douglas, Welch y Turner, al comandante Hurst y al teniente coronel Garvey.

—Sí, señor.

El muchacho se alejó.

—¿Cuándo partimos?

—El transporte lo está esperando ya.

Uno de sus aviones, pensó Diggs. Nunca había volado en una aeronave rusa. ¿Sería segura? ¿Qué garantías ofrecería para volar en zona de guerra? En cualquier

caso, el ejército no le pagaba por descansar en sitios seguros.

—¿Quién es usted?

—Nosenko, Valentin Nosenko, general de división de la Stavka.

—¿Cómo va la batalla?

—No muy bien, general Diggs. Nuestro principal problema será llevar refuerzos al campo de batalla. Pero a ellos todavía les quedan ríos por cruzar. Como dicen ustedes los norteamericanos, las dificultades tenderán a equilibrarse.

Lo que más le preocupaba a Diggs eran los suministros. Sus tanques y sus Bradleys ya estaban equipados con una carga básica de municiones; además, había dos cargas y media adicionales por vehículo en una serie de camiones de suministro que viajaban en otro tren como éste. A partir de ahí podrían empezar las dificultades, sobre todo para la artillería. Pero su mayor inquietud era el combustible diésel. Con sus existencias actuales podía desplazar la división unos quinientos o seiscientos kilómetros, una buena distancia si viajaran en línea recta, pero las guerras nunca permiten que las tropas se desplacen en línea recta. En realidad tenía para unos trescientos kilómetros de desplazamiento real, lo cual ya no sonaba tan impresionante. Y tenía el problema añadido del combustible de aviación para aviones de apoyo. Así que el primer oficial que necesitaba era su jefe de Logística, el coronel Ted Douglas, junto con el cerebro de Operaciones, Masterman. Empezaron a llegar los oficiales.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó Masterman.

—Volamos hacia el este para evaluar la situación.

—De acuerdo, voy a conseguir el material de Comunicaciones. —Y, con eso, Masterman se alejó, seguido por dos soldados rasos que llevaban equipos de radio vía satélite.

—Buena idea, Duke —comentó el teniente coronel Garvey, oficial de Comunicaciones e Inteligencia Electrónica de la primera de tanques.

—Caballeros, les presento al general Nosenko de la Stavka. El nos llevará hacia el este, ¿no es así?

—Así es, soy oficial de inteligencia de la Stavka. Síganme, por favor.

Lo acompañaron hasta cuatro vehículos que los estaban esperando. Tardaron veinte minutos en llegar al aeropuerto militar.

—¿Cómo se lo está tomando su gente? —preguntó Diggs.

—¿Se refiere a los civiles? Todavía es pronto. Hemos visto mucha incredulidad, pero también indignación —respondió Nosenko—. La indignación es buena: es fuente de valentía y determinación.

Si los rusos hablaban de indignación y valentía, las cosas debían andar bastante mal, pensó Diggs al contemplar las calles de la periferia moscovita.

—¿Qué han desplazado hacia el este antes de nuestra llegada?

—De momento llevamos cuatro divisiones motorizadas de rifles —respondió Nosenko—. Se trata de nuestros efectivos más preparados. Estamos reuniendo más tropas.

—He estado un poco aislado. ¿Qué más llegará de las fuerzas de la OTAN? —preguntó Diggs a continuación.

—En estos momentos se está reuniendo una brigada británica con los hombres acuartelados en Hohne. Esperamos que lleguen dentro de dos días.

—Difícilmente habríamos entrado en combate sin el apoyo de los ingleses —comentó Diggs—. Eso está bien: utilizan el mismo equipo que nosotros, y mejor aún, siguen el mismo patrón de entrenamiento.

Hohne, pensó, la vigésima segunda brigada de los cuarteles Haig, al mando del general de brigada Sam Turner. Bebía whisky como si fuera agua, pero tenía las ideas claras y una capacidad táctica excepcional. Además, su brigada se encontraba en plena forma gracias a las maniobras recientes en Grafenwohr.

—¿Qué hay de los alemanes?

—Ésa es una cuestión política —admitió Nosenko.

—Dígale a sus políticos que Hitler ya está muerto, Valentin. Los alemanes son unos aliados buenos y eficaces. Créame, amigo, hemos estado en muchas maniobras con ellos. Han bajado un poco de forma en comparación con su condición hace diez años, pero los soldados alemanes son listos, así como los oficiales. Sus unidades de reconocimiento son algo fuera de lo común.

—Sí, pero se trata de una cuestión política —repitió Nosenko.

Diggs se dio cuenta que no había más qué decir al respecto, por lo menos de momento.

La aeronave que los esperaba era un 11-86, más conocido por la OTAN como el Camber. En esencia era la copia rusa del C-141 Starlifter fabricado por Lockheed. Esta unidad llevaba el logotipo comercial de Aeroflot, pero la delataba la posición de artillería en la cola que los rusos instalaban en todos sus aviones tácticos. En estos momentos no le suponía ningún problema a Diggs. Apenas tuvieron tiempo de sentarse y abrocharse los cinturones, antes de que la aeronave empezara a rodar.

—¿Prisas, Valentin?

—¿Por qué esperar, general Diggs? Estamos en guerra —recordó a su invitado.

—Por supuesto. ¿Qué información tenemos?

Nosenko abrió su maletín mientras despegaba el avión y puso a la vista de los oficiales norteamericanos un plano con anotaciones de la zona del río Amur, en la frontera chino-rusa.

—Entraron por aquí y atravesaron el río...

—¿A qué velocidad avanzan? —preguntó Bondarenko.

—Tenemos una compañía de reconocimiento delante de ellos. Nos envían

informes cada quince minutos —respondió el coronel Tolkunov—. Se desplazan con habilidad. Han enviado una avanzadilla de reconocimiento con vehículos blindados WZ-501, cargados de equipo de comunicación pero ligeros de armamento. Avanzan sin improvisaciones, ciñéndose rigurosamente a su programa, en saltos de medio kilómetro, aunque ajustándose al terreno. No han codificado sus comunicaciones pero utilizan una terminología engañosa. En estos momentos estamos tratando de descifrarla.

—¿Cuál es su velocidad de avance?

—Lo más rápido que hemos podido presenciar es cinco kilómetros por hora, aunque por lo general se desplazan más despacio. El grueso de la tropa aún no está organizado, y todavía no tienen un tren de logística. Según lo que he podido presenciar, no creo que traten de avanzar más de treinta kilómetros de terreno abierto por día.

—Interesante —respondió Bondarenko, fijándose en los mapas.

Empezarían a avanzar en dirección norte/noroeste, obligados por la orografía. A la velocidad actual llegarían a las minas de oro en unos seis o siete días.

En teoría podría desplazar la división motorizada de rifles doscientos sesenta y cinco hasta este punto... para cortarles el paso en dos días, pero a continuación tendría que enfrentarse con una sola unidad a sus divisiones motorizadas, por lo menos tres, y quizá hasta ocho. Esa era una apuesta que prefería no hacer de momento. La única noticia halagüeña era que los chinos estaban pasando de largo su posición de mando. ¿Será por despecho —se preguntó—, o simplemente porque no perciben ahí amenaza alguna y no ven la necesidad de malgastar sus fuerzas? No, su intención era avanzar a marchas forzadas, usando la infantería para asegurar su columna de avance. Se trataba de una táctica clásica que había perdurado gracias a su efectividad: todos la habían utilizado, desde Aníbal hasta Hitler.

Así que su avanzadilla se desplazaba con disciplina y seguían reuniendo el grueso de la tropa en las orillas del río Amur.

—¿Qué unidades han podido identificar?

—La avanzadilla está formada por elementos de su trigésimo cuarto ejército de asalto bandera roja, liderado por Peng Xi-Wang. Se trata de un combatiente veterano, que inspira confianza en Pekín tanto por sus habilidades como por su afiliación política. Es probable que él sea el comandante en jefe de Operaciones. La mayor parte del trigésimo cuarto ejército ya ha atravesado el río. Tienen a tres ejércitos mecanizados de grupo A adicionales esperando cruzar: el treinta y uno, el veintinueve y el cuarenta y tres. Eso hace un total de dieciséis divisiones motorizadas, a las que se suman numerosos elementos adicionales. Creemos que el siguiente en cruzar será el ejército sesenta y cinco de grupo B, con cuatro divisiones de infantería y una brigada de tanques. Imagino que estarán a cargo de defender el flanco occidental.

Tenía sentido. No había fuerzas rusas dignas de consideración al este de la fuerza invasora. Podrían utilizar otra táctica clásica desplazando fuerzas hacia el este por Vladivostok, en la costa del Pacífico, pero eso sólo serviría para apartar fuerzas del objetivo principal. De modo que el desplazamiento hacia el este probablemente tardaría por lo menos otra semana y de momento tan sólo enviarían elementos de reconocimiento en esa dirección.

—¿Qué pasa con los civiles? —preguntó Bondarenko.

—Se están evacuando las ciudades en esa ruta con la mayor eficacia posible, principalmente mediante autobuses y coches. Hay unidades de la policía militar que se ocupan del orden durante el proceso —respondió Tolkunov—. Sin embargo, aquí se dará cuenta de que las unidades de reconocimiento han pasado Belogorsk por alto, por el este.

—Esa es la opción inteligente —comentó Bondarenko—. Su objetivo real queda al norte. ¿Por qué entretenerse por el camino? No han venido a por tierras ni a por gente: lo que quieren es el oro y el petróleo. Hacer prisioneros civiles no les va a facilitar la tarea. Si yo fuera ese tal Peng, me preocuparía más de la distancia hasta su objetivo en el norte. Aunque no les opongamos resistencia, se enfrentan a formidables obstáculos naturales y su principal problema será defender la línea de avance.

Gennady se detuvo. ¿Por qué tenía que sentir simpatía por ese bárbaro? A fin de cuentas, su misión consistía en matarlo a él y a todos sus hombres. ¿Pero cómo lo lograría? Si bien la marcha hasta el norte suponía un enorme problema, aún más problemático sería realizar un ataque sobre el mismo terreno con tropas en peor forma. Ambas partes se enfrentaban a retos tácticos, que no eran del agrado de hombres de su profesión.

—¿General Bondarenko? —preguntó una voz extranjera.

—¿Sí? —al girarse vio a un hombre con uniforme de aviador estadounidense.

—Señor, soy el comandante Dan Tucker. Le traigo una conexión de enlace para la señal de nuestra aeronave de vigilancia Dark Star. ¿Quiere que se la instale, señor?

—¿Coronel Tolkunov? Comandante, le presento a mi oficial de inteligencia.

El norteamericano ofreció un saludo descuidado, como suelen hacer los miembros de las fuerzas aéreas.

—¿Qué tal, coronel?

—¿Cuánto tardaremos en completar la instalación?

El oficial norteamericano se alegró de que Tolkunov hablara mejor inglés que él ruso.

—Menos de una hora, señor.

—Sígame —instó el oficial ruso—. ¿Cuál es la calidad de sus cámaras?

—Coronel, si enfocamos a un hombre orinando podremos ver el tamaño de su

pene.

Tolkunov supuso que no era más que la típica fanfarronería norteamericana, pero se quedó con la duda.

El capitán Feodor II'ych Aleksandrov estaba al mando de la sección de reconocimiento de la división motorizada de rifles doscientos sesenta y cinco. Teóricamente, esta tarea correspondía a un batallón completo, pero él y sus ocho vehículos de reconocimiento BRM eran todo lo que había. Los BRM eran una versión avanzada del vehículo de combate de infantería BMP, con mejoras en el motor y el sistema de transmisión, y un completo surtido del mejor equipo radiofónico disponible en su país. Su superior inmediato era el comandante de la división, aunque al parecer también debía informar periódicamente al coordinador de inteligencia del campo de Operaciones, el coronel Tolkunov. Según parecía, el tal Tolkunov se mostraba especialmente preocupado por su seguridad personal: lo había instado a que se mantuviera cerca, aunque no demasiado, que tuviera especial cuidado de que no lo localizaran y que procurara evitar toda confrontación. Según le había informado Tolkunov por lo menos una vez cada dos horas durante el último día y medio, su tarea consistía en permanecer con vida vigilar el avance de los chinos. No debía dañar ni un pelo de un solo soldado chino, pero debía tratar de mantenerse lo bastante cerca como para escuchar los nombres de chicas que farfullaran en sus sueños eróticos.

Aleksandrov era un joven capitán de tan sólo veintiocho años y tenía cierto atractivo juvenil. Era un atleta que salía a correr por gusto, aunque según le decía a sus hombres, correr era el mejor ejercicio que podía hacer un soldado, sobre todo uno de reconocimiento. Cada uno de sus vehículos tenía conductor, artillero y operador de radio, además de tres soldados de infantería a los que había entrenado él personalmente para que se hicieran invisibles.

La rutina de sus hombres consistía en pasar la mitad del tiempo fuera de los vehículos, generalmente un kilómetro por delante de las tropas chinas, escondidos tras los árboles o a rastras, informando en monosílabos por sus radios manuales de fabricación japonesa. Los hombres llevaban tan sólo un rifle y dos recambios de municiones; se mantenían ligeros para no ser vistos ni oídos. Si le hubieran brindado la opción, Aleksandrov habría preferido que salieran desarmados para evitar que realizaran algún disparo, motivados por el fervor patriótico. Sin embargo, ningún soldado aceptaría salir al campo de batalla sin armas y el capitán tuvo que conformarse con enviarlos a realizar su tarea con las armas descargadas y aseguradas. El mismo solía salir de patrulla con sus hombres, dejando atrás los vehículos a unos trescientos metros, escondidos entre los árboles.

Durante las últimas veinticuatro horas habían llegado a conocer todo lujo de detalles sobre sus enemigos chinos. Los especialistas en reconocimiento también eran

unos profesionales eficientes y dedicados que parecían hacer muy bien su trabajo. También ellos se desplazaban en vehículos de oruga y pasaban gran parte de su tiempo a pie, escondiéndose tras los árboles y dirigiendo la mirada hacia el norte en busca de tropas rusas. Los rusos incluso habían empezado a ponerles nombres.

—Ahí está el Jardinero —dijo el sargento Buikov.

Se trataba de un soldado que solía tocar los árboles y los arbustos como si estuviera redactando un informe académico. El Jardinero era bajito y enclenque, y al parecer de los rusos tenía el tipo de un niño de doce años, aunque parecía eficaz. Llevaba un rifle a la espalda y utilizaba los prismáticos a menudo. A juzgar por sus insignias, se trataba de un teniente chino, probablemente el comandante de su sección. Extendía muchas órdenes a sus hombres, pero en el momento de tomar la iniciativa no dudaba lo más mínimo. Probablemente era un oficial competente. Por lo tanto, él es el primero al que deberíamos matar, pensó Aleksandrov. Su vehículo de reconocimiento estaba armado con un pequeño cañón de 30 milímetros que no tendría problema en convertir al Jardinero en fertilizante desde una distancia de mil metros. Y, sin embargo, el capitán Aleksandrov había ordenado no disparar; mala suerte, pensó Buikov. El sargento procedía de esta zona y se sentía a gusto sobre el terreno. Había ido de cacería a menudo a esos bosques con su padre, que era leñador.

—Sabe que deberíamos matarlo.

—Boris Yevgeniyevich, ¿acaso quiere delatar nuestra posición al enemigo? —preguntó Aleksandrov a su sargento.

—Supongo que no, mi capitán, pero es que la temporada de caza...

—... ha terminado, sargento. La temporada de caza ha terminado. Y este chino no es un lobo al que le pueda disparar por diversión, y ¡agáchese! —ordenó Aleksandrov.

El Jardinero había dirigido los prismáticos en su dirección. Se habían pintado las caras y llevaban ramas en los uniformes a modo de camuflaje, pero no quería correr ningún riesgo.

—Pronto empezarán a moverse de nuevo. Regresemos al vehículo.

La parte más difícil de su misión era eliminar las huellas de tracción de oruga de sus transportes, para que los soldados chinos no los localizaran. Aleksandrov había tenido una «amable» charla al respecto con sus conductores y había prometido que le pegaría un tiro a cualquiera que dejara huellas. En realidad sabía que no podría hacerlo, pero sus hombres no estaban tan seguros. Los vehículos incluso iban equipados con silenciadores mejorados para reducir sus emisiones sonoras. De vez en cuando, los diseñadores responsables de la creación de material militar ruso habían tenido un verdadero acierto y éste era uno de dichos casos. De todas formas, nunca arrancaban sus motores hasta ver a los chinos arrancar los suyos. Aleksandrov echó un vistazo y vio que el Jardinero hacía señas a sus hombres. Iban a poner en marcha

los vehículos y a realizar otro salto hacia adelante; una sección permanecería inmóvil para vigilar y cubrir a la que avanzaba, por si llegaba a surgir algún contratiempo. El no tenía la menor intención de provocar ningún incidente, pero los chinos no podían saberlo. Aleksandrov estaba sorprendido de que siguieran estos procedimientos de forma tan escrupulosa en el segundo día de avance. Todavía no se habían mostrado descuidados en ninguno de sus movimientos. Sabía que estaban bien entrenados, pero su disciplina parecía aún mejor de lo que había esperado, y se ajustaban al milímetro al programa que les habían definido. Pues bien, él también lo estaba siguiendo.

—¿Nos movemos, capitán? —preguntó Buikov.

—No, vamos a observarlos durante un rato. Imagino que se detendrán en ese promontorio del camino de leñadores. Quiero ver si sus acciones son previsibles, Boris Yevgeniyevich. —Pero de todas formas encendió su radio portátil—. Atención, se ponen en marcha.

La otra radio se encendió y se apagó, respondiendo con un ligero estático en vez de una respuesta verbal. Muy bien, los hombres se ajustaban a las instrucciones de utilización de las radios. La segunda tanda de vehículos chinos avanzó con cautela a unos diez kilómetros por hora, siguiendo la abertura del bosque. Qué curioso —pensó— que no se aventuren mucho en esta parte de los bosques, nunca más de doscientos o trescientos metros. Y en aquel momento quedó paralizado. Escuchó un helicóptero por encima de su cabeza. Se trataba de un Gazelle, copia china de un modelo militar francés. Pero su vehículo se encontraba en el bosque, oculto por la red de camuflaje que sus hombres sabían que debían ponerle cada vez que se detuvieran. Sus soldados también actuaban con disciplina, y como les había dicho en más de una ocasión, ésa era la razón por la que debían ocultar sus huellas si querían seguir con vida. A pesar de que el helicóptero no era muy impresionante, de todas formas iba equipado con misiles, y aunque su transporte era un vehículo blindado, el blindaje no era tan grueso.

—¿Qué hace? —preguntó Buikov.

—Si está buscando algo, no lo hace con mucha cautela.

Los chinos avanzaban por un camino construido un tiempo atrás para un tramo nunca completado del ferrocarril transiberiano. En algunos tramos, el camino tenía hasta quinientos metros de ancho y estaba bien aplanado. A alguien se le había ocurrido la idea de construir este tramo para explotar las riquezas inexploradas de Siberia. A fin de cuentas, la idea sólo sirvió para talar un montón de árboles que a duras penas habían logrado rebrotar en los duros inviernos. En la actualidad, el camino sólo tenía árboles jóvenes que desaparecían sin dejar rastro bajo las orugas de los tanques chinos. Más hacia el norte, ingenieros del ejército habían continuado el trabajo, para abrir camino a los yacimientos de oro recién descubiertos y para llegar a los pozos de petróleo de la costa del Ártico. Los chinos se iban a encontrar con una

buena carretera, lista para que la utilizara una fuerza motorizada. Sin embargo, ese tramo era estrecho y los chinos tendrían que aprender a mejorar la seguridad de sus flancos si seguían por ese camino.

Aleksandrov recordó una incursión de los romanos en Germania, en la que un oficial llamado Quintilius Varus, con tres legiones a su cargo, había descuidado los flancos y había perdido todo su ejército ante un germano llamado Armenius. ¿Podían los chinos cometer el mismo error? Lo dudaba: cualquier soldado conocería el desastre del bosque de Teutonenberg, era lección obligatoria en las academias militares de todo el mundo. Quintilius Varus era un oficial político que había recibido su comisión por simpatías del emperador César Augusto, evidentemente, no por su habilidad táctica. Se trataba de una lección que recordarían más los soldados que los políticos. Y el ejército chino estaba bajo el mando de soldados, no de políticos.

—Ahí está el Zorro —dijo Buikov.

Así habían bautizado al otro oficial de la unidad china, probablemente un subalterno del Jardinero. Éste también era enclenque, pero demostraba menos interés por las plantas que por saltar de un lado a otro. Vieron cómo desaparecía entre los árboles al este; si se ajustaba a las normas establecidas, tardaría de cinco a ocho minutos en reaparecer.

—No me importaría fumarme un pitillo —comentó el sargento Buikov.

—Eso tendrá que esperar, sargento.

—Claro, camarada capitán. ¿Qué tal si tomo un trago de agua? —respondió, enfurruñado.

En realidad no era agua lo que le apetecía.

—Sí. Yo también quisiera tomarme un trago de vodka, pero olvidé traer mi botella, al igual que usted, me imagino.

—Así es, por desgracia, camarada capitán. Un buen trago de vodka ayuda a proteger del frío en estos húmedos bosques.

—Y también altera los reflejos, que necesitamos tener en perfectas condiciones, Boris Yevgeniyevich, a menos que le apetezca particularmente iniciar una dieta de arroz. Eso, suponiendo que los chinos quieran tomar prisioneros, cosa que dudo. No les caemos bien, sargento y no se trata de un pueblo civilizado. Recuerde mis palabras.

Así que no van al ballet —pensó el sargento Buikov—, pues yo tampoco. Su capitán era moscovita y a menudo hacía mención de temas culturales. Pero al igual que su capitán, Buikov no sentía especial simpatía por los chinos, y mucho menos ahora que contemplaba a los soldados chinos invadiendo su patria. Su única queja era no poder matar a algunos, aunque su misión no consistía en matarlos. Su obligación era la de observarlos mientras meaban en su patria, lo cual sólo contribuía a su creciente indignación.

—Capitán, ¿podremos matarlos en algún momento? —preguntó el sargento.

—Todo a su debido tiempo. Cuando llegue la hora nos tocará eliminar a sus unidades de reconocimiento y sí, Boris, yo también ansío ese momento.

«Y también quiero fumarme un pitillo y tomar un trago de vodka». Pero se conformaría con un pan integral con mantequilla que guardaba en el vehículo, trescientos metros hacia el norte.

Esta vez habían sido seis minutos y medio. El Zorro debía de haber explorado el bosque hacia el este, tratando de oír si había motores diésel en la zona, aunque lo único que había escuchado era el cantar de los pájaros. De todas formas, en opinión de Buikov, este teniente chino era el más aplicado de los dos. Llegado el momento debemos matar primero a éste, pensó el sargento.

—Ahora nos toca avanzar a nosotros —le dijo Aleksandrov tras darle un golpecito en el hombro.

—A la orden, camarada capitán.

Ambos hombres abandonaron su posición. Corrieron agazapados durante los primeros cien metros, tratando de no hacer mucho ruido, hasta que oyeron cómo arrancaban los vehículos chinos. Unos cinco minutos más tarde se encontraban de nuevo en sus transportes y se dirigían al norte entre los árboles. Aleksandrov comió un pedazo de pan con mantequilla y tomó unos sorbos de agua. Después de unos mil metros detuvieron el vehículo y el capitán se dispuso a hablar por radio.

—¿Quién es Ingrid? —preguntó Tolkunov.

—Ingrid Bergman —respondió el comandante Tucker—. Una buena actriz, muy guapa en su momento. Todas las aeronaves de vigilancia Dark Star llevan el nombre de una estrella de cine, coronel. Fue cosa de los hombres.

Una tira de plástico encima del monitor indicaba cuál de las Dark Star estaba en servicio. Marilyn Monroe había regresado al taller de mantenimiento en Zhigansk y la siguiente en subir iba a ser Grace Kelly, dentro de otras quince horas.

—En cualquier caso —dijo al activar un interruptor y manipular un pequeño ratón—, ahí está la avanzadilla china.

—La madre que me parió —exclamó Tolkunov, demostrando su soltura con el lenguaje coloquial.

—No está mal, ¿verdad? —se regocijó Tucker—, una vez envié una a sobrevolar una colonia nudista de California, una especie de parque privado donde la gente se pasea desnuda. Se diferenciaban las planas de las pechugonas, y las rubias naturales de las teñidas. En cualquier caso, utilicen este ratón para dirigir la cámara, aunque ahora alguien más la dirige desde Zhigansk. ¿Hay algo en especial que quiera ver?

—Los puentes sobre el Amur —respondió en seguida Tolkunov.

Tucker localizó un micrófono de radio.

—Aquí el comandante Tucker con una solicitud: dirijan la cámara tres al gran

cruce.

—Entendido —respondió el altavoz del monitor.

La imagen cambió de inmediato; parecía desplazarse por la pantalla a velocidad vertiginosa hasta que se estabilizó de nuevo. Tenían un campo de visión de unos cuatro kilómetros de lado, que mostraba lo que parecía ser un total de ocho puentes, cada uno rodeado por un desfile de insectos.

—Denme el control sobre la cámara tres —dijo a continuación Tucker.

—Suyo, señor —asintió el altavoz.

—Allá vamos.

Tucker parecía usar más el ratón que el teclado para ampliar la imagen hasta centrarse en el tercer puente desde el oeste. Tres tanques lo estaban cruzando al mismo tiempo, desplazándose de sur a norte a unos diez kilómetros por hora. El monitor también incluía una brújula que ayudaba a mantener el sentido de la orientación. Y la imagen era en color. Tolkunov preguntó por qué.

—El coste era el mismo que para las cámaras en blanco y negro, y la verdad es que a veces revelan detalles que de otra manera pasarían por alto. Ésta es la primera vez que tenemos imágenes aéreas en color: ni siquiera los satélites las ofrecen —explicó Tucker y frunció el entrecejo—. El ángulo no es el idóneo, no se distinguen los indicativos de división de los tanques sin desplazar la plataforma. Espere un momento —de nuevo habló por el micrófono—. Sargento, ¿quién está cruzando los puentes ahora mismo?

—Parece ser su división blindada tres cero dos, señor, parte del ejército veintinueve del grupo A. El trigésimo cuarto ejército ya ha completado el cruce y calculamos que llevan un regimiento entero de la tres cero dos, que ya se está desplazando hacia el norte —relató el experto en datos, como si estuviera comentando un acontecimiento deportivo.

—Gracias, sargento.

—Entendido, comandante.

—¿Ellos no pueden ver la aeronave? —preguntó Tolkunov—. El diseño es bastante invisible al radar, y además utilizamos otro truco que se remonta a la segunda guerra mundial, cuando lo llamábamos el proyecto Yehudi: la iluminamos.

—¡No me diga! —exclamó Tolkunov.

—Así es. Sólo vemos los aviones porque son más oscuros que el cielo que los rodea; si los iluminamos con bombillas se vuelven invisibles. Así que el fuselaje lleva un sistema de iluminación con un sensor de luz que ajusta la intensidad de forma automática. Es casi imposible verlas, aunque sepas exactamente dónde están: vuelan a veinte mil metros y a esa altura ya no dejan rastros, prácticamente no emiten radiaciones infrarrojas y, al parecer, los misiles aire/aire tienen enormes dificultades para detectarlos. ¿No está mal el juguete, verdad?

—¿Desde cuándo los tienen?

—Yo llevo unos cuatro años trabajando con estos pájaros.

—Había oído hablar de las Dark Star, pero lo que estoy viendo es increíble.

—No está nada mal —asintió Tucker—. Es muy útil saber lo que hace el enemigo. Las usamos por primera vez en Yugoslavia, y en cuanto aprendimos a controlarlas y a coordinarlas con los bombarderos, les hicimos la vida imposible. Mala suerte, Joe.

—¿Joe?

—Joe Chink —respondió Tucker, señalando el monitor—, por lo general así llamamos a los chinos.

Un tiempo atrás, el apodo familiar para los coreanos había sido «Luke the Gook».

—A Ingrid todavía no se lo hemos instalado, pero Grace Kelly ya tiene un puntero láser que se puede utilizar para designar objetivos. El avión de combate se limita a soltar la bomba desde unos treinta kilómetros de distancia y nosotros la guiamos hasta el objetivo. Yo sólo lo he hecho en Red Flag y aquí no disponemos de esa función, pero desde Zhigansk sí pueden hacerlo.

—¿Pueden dirigir bombas desde una distancia de seiscientos kilómetros?

—Demonios, podríamos dirigir las desde Washington si hiciera falta. Todo pasa por el satélite.

—¡Yob tvoyu maht!

—Pronto los pilotos de caza serán cosa del pasado, coronel. En un año más estaremos pilotando misiles lanzados desde la lejanía, a centenares de kilómetros por control remoto, y los aviones de combate serán obsoletos. Supongo que tendré que pensar en otra actividad. Bien, ¿qué más quiere ver, coronel?

El avión II-86 aterrizó en una rústica base de cazas que sólo albergaba un puñado de helicópteros, según pudo comprobar el coronel Mitch Turner. Como oficial de inteligencia de su división estaba prestando mucha atención a todo lo que veía en Rusia, y lo que había visto de momento no era demasiado alentador. Al igual que el general Diggs, cuando él inició su carrera militar, el principal enemigo y preocupación del ejército estadounidense había sido la Unión Soviética. Ahora se preguntaba cuántos de los informes de inteligencia que había ayudado a redactar en sus años mozos habrían sido pura fantasía. Si no fuera ése el caso, los poderosos parecían haber caído más rápido y más bajo que cualquier otro país a lo largo de la historia. El ejército ruso apenas era una sombra de lo que había sido el ejército rojo. El «Gran Ogro Rojo» que tanto había temido la OTAN estaba más muerto que los juguetes de dinosaurio con los que tanto jugaba su hijo y eso era algo preocupante en estos momentos. La Federación Rusa era como una vieja familia sin jóvenes que la defendieran y alguien estaba violando a sus hijas. Todo esto era preocupante. Los rusos tenían armas nucleares, al igual que los norteamericanos, que podían soltar con

bombarderos y aviones de combate tácticos. Sin embargo, las armas nucleares de los chinos estaban en sus misiles, que probablemente apuntaban a las ciudades. La pregunta esencial era si los rusos tendrían lo que haría falta para intercambiar algunas ciudades y unos, digamos, cuarenta millones de habitantes por una mina de oro y unos campos petrolíferos. Turner lo dudaba. Esa no era la decisión que tomaría una persona inteligente. Por otro lado, no se podían permitir una guerra de desgaste contra un enemigo con nueve veces su población, además de una economía más saneada, aunque fuera sobre este territorio. No, la única esperanza que tenían para derrotar a los chinos consistía en la agilidad y la habilidad de maniobras. Pero su ejército estaba en un estado lamentable, sin material ni entrenamiento para el juego de las maniobras.

Esta será una guerra interesante, pensó Turner. No era el tipo de guerra en que le gustaba participar. Mejor castigar a un enemigo pequeño y tonto que liarse con uno poderoso e inteligente. Quizá no era muy glorioso, pero era mucho más seguro.

—Mitch —dijo el general Diggs mientras se disponían a bajar del avión—, ¿qué opina?

—Señor, no creo que éste sea uno de los mejores lugares en los que podamos haber caído. Tal como yo lo veo, esto se va a poner emocionante.

—Prosiga —ordenó el general.

—El enemigo tiene todas las cartas: mayor número de tropas, mejor entrenadas y más material. No se les plantea una tarea fácil al tener que atravesar tanto terreno y tan difícil, pero tampoco será fácil para los rusos defender ese mismo territorio. Su única esperanza para ganar es jugar al juego de las maniobras, pero no veo que tengan los recursos para lograrlo.

—Su comandante, Bondarenko, es un buen elemento.

—También Erwin Rommel lo era, señor, pero Montgomery le dio una soberana paliza.

Los esperaba una fila de coches de personal para llevarlos al cuartel general ruso. Esta zona disfrutaba de un mejor clima que su punto de partida, pero estaban lo bastante cerca de los chinos como para no disfrutar de la claridad del cielo.

LIII. GRANDES PREOCUPACIONES

—¿Qué está pasando en la guerra? —preguntó Ryan.

—Los chinos han penetrado en Rusia unos ciento diez kilómetros. Un total de ocho divisiones han cruzado el río y se dirigen al norte —respondió el general Moore, señalando la dirección de avance en el mapa de la mesa de conferencias—. Han pasado a través de las líneas defensivas rusas sin problemas. En esencia, ha sido parecido al cruce de la línea Maginot en 1940. No tenía grandes esperanzas de que aguantaran mucho tiempo, pero por lo que pudimos ver gracias a nuestras aeronaves de vigilancia, la penetración fue rápida y profesional por parte de las formaciones de artillería iniciales, con mucho apoyo de artillería. A estas alturas ya han cruzado sus tanques, unos ochocientos, y todavía faltan otros mil.

—¿Tantos? —Ryan emitió un silbido.

—Señor, al invadir un gran país no se pueden escatimar gastos. De momento, la única buena noticia es que les hemos dado una paliza a sus fuerzas aéreas.

—¿Aviones de combate F-15 con apoyo de los AWACS? —preguntó Jackson.

—Así es —asintió el comandante en jefe de la Plana Mayor—. Uno de los nuestros se ganó la categoría de as en un solo combate, un tal coronel Winters.

—Bronco Winters —interpuso Jackson—. He oído su nombre. Es un buen piloto de combate. ¿Qué más?

—El principal problema al que nos enfrentamos en cuanto a la aviación son los suministros de bombas para los pilotos. Mandarlas por avión no es el método más eficaz, y ocuparíamos un avión de carga C-5 entero para llevar las bombas que precisa la mitad de un escuadrón de aviones de combate F-15E; huelga decir que en estos momentos necesitamos a los C-5 para muchas otras misiones. Estamos considerando la posibilidad de enviar las bombas a Rusia en tren, digamos hasta Chita, para transportarlas por avión a Suntar desde allí, pero el sistema ferroviario ruso está completamente ocupado trasladando tanques y vehículos y seguirá estándolo durante algún tiempo. La guerra que estamos tratando de ganar se encuentra comunicada por una sola línea ferroviaria. La línea es de doble vía, pero sigue siendo una sola línea. Nuestros equipos de logística ya están tomando mucho Almax gracias a esta situación.

—¿Qué tal la capacidad rusa de transporte aéreo? —preguntó Ryan.

—Menor que la de Federal Express —respondió el general Moore—. De hecho, es mucho menor que la de Federal Express. Le vamos a solicitar que autorice la movilización de la flota aérea civil de reserva, señor presidente.

—Autorizado —confirmó en seguida Ryan.

—Y algo más —dijo Moore, cerrando los ojos durante un momento. Se acercaba la medianoche y ninguno de los presentes había disfrutado de muchas horas de sueño

en los últimos días—. VMH-1 se encuentra en estado de alerta. Estamos en medio de una guerra de agresión con una fuerza que dispone de armas nucleares en lanzaderas balísticas. Por remota que pueda ser, debemos considerar la posibilidad de que nos disparen un misil a nosotros, de modo que el VMH-1 y el primer helicóptero de las fuerzas aéreas están en alerta en la base de Andrews. Podemos tener un helicóptero aquí en siete minutos para evacuarlo junto con su familia. Esto le concierne a usted, señora O'Day —dijo Moore a Andrea.

La principal agente de seguridad del presidente asintió.

—Estamos al corriente, todo está en el libro —respondió.

No tenía importancia que nadie hubiera siquiera hojeado ese libro en particular desde 1962. La cuestión era que estaba por escrito. La señora Price O'Day parecía sentirse un poco mareada.

—¿Estás bien? —preguntó Ryan.

—El estómago —respondió.

—¿Has probado el jengibre? —insistió Jack.

—Según la doctora North, no hay nada que solucione este problema. Le ruego que me disculpe, señor presidente.

Se sentía avergonzada por el hecho de que hubiera notado su malestar. Siempre había querido convertirse en uno de los muchachos, pero los muchachos no suelen quedarse embarazados.

—¿Por qué no te vas a casa?

—Señor, yo...

—Vete —dijo Ryan—. Es una orden, eres mujer y estás embarazada. No puedes ser siempre policía. Consigue a alguien que te releve y vete, ahora mismo.

La agente especial Price O'Day dudó un instante, pero a fin de cuentas había recibido una orden y acabó saliendo por la puerta. Otro agente llegó de inmediato.

—Una mujer con actitud machista... ¿Qué nos está pasando? —preguntó Ryan a los presentes.

—Tu actitud no ha sido muy feminista, Jack —bromeó Jackson con una sonrisa.

—Creo que se trata de un caso de fuerza mayor. No deja de ser una chica, aunque lleve un arma. Según Cathy, lo está llevando bien. Este asunto de los mareos no dura mucho tiempo, aunque probablemente ella no opine lo mismo. De acuerdo, ¿qué más tenemos, general?

—Pimienta y el Fuerzas Aéreas Uno están en alerta máxima las veinticuatro horas del día, así que si nos llega un aviso de lanzamiento, usted y el vicepresidente estarán a bordo de un helicóptero en menos de siete minutos, tardarán otros cinco en llegar a la base de Andrews y en tres minutos más estarán a punto de despegar. Según los procedimientos establecidos, su familia vuela en el Fuerzas Aéreas Uno y usted en Pimienta —concluyó.

En realidad, Pimienta era el Puesto de Mando Aéreo para Emergencias Nacionales (PMAEN), pero nadie quería pronunciar las siglas reales. Al igual que el aparato VC-25A que se utilizaba como avión de transporte presidencial, Pimienta era un 747 acondicionado, repleto del más avanzado equipo de comunicaciones.

—Vaya, eso sí me tranquiliza. ¿Y qué pasa con mi familia? —preguntó el presidente.

—Dadas las circunstancias, habrá un helicóptero cerca de su esposa y de sus hijos en todo momento, que se utilizará para trasladarlos al punto que parezca más seguro en el momento. Si no se trata de la base de Andrews, los recogerá otro avión para llevarlos a otro lugar seguro. Todo esto es teórico —explicó Moore—, pero es preferible que esté al corriente.

—¿Pueden detener los rusos a los chinos? —preguntó Ryan, dirigiendo su atención de nuevo al mapa.

—Eso está por ver, señor. Disponen de la opción nuclear, pero no creo que vayan a jugar a esa carta. Los chinos tienen doce misiles intercontinentales CSS-4, esencialmente copias de nuestros antiguos modelos Titan-II de combustible líquido, armados con cabezas nucleares, que calculamos serán de tres a cinco megatonnes.

—¿Destruyores de ciudades? —preguntó Ryan.

—Así es. No hay previsión de contraataque y en cualquier caso, no tenemos nada que podamos utilizar para eso. El radio de acción de los misiles es de unos mil metros más o menos, así que servirían para destruir una ciudad, pero poco más que eso.

—¿Sabemos cuáles son sus objetivos? —preguntó Jackson. Moore asintió en seguida.

—Así es. Se trata de un modelo de misil bastante primitivo y los silos están orientados hacia sus objetivos, esencialmente por la falta de maniobrabilidad en el aire. Hay dos que apuntan a Washington y otros a Los Angeles, San Francisco y Chicago. Los demás apuntan a Moscú, Kiev y San Petersburgo. Son una reminiscencia del oscuro pasado, que no han modificado en absoluto.

—¿Disponemos de algún método para eliminarlos? —preguntó Jackson.

—Supongo que podríamos organizar una misión de aviones de combate o bombarderos armados con misiles de precisión para destruir los silos —admitió Moore—. Pero tendríamos que empezar por transportar las bombas hasta Suntar, y aun así sería una misión algo larga para los aviones F-117.

—¿Qué tal los bombarderos B-2 que tenemos en Guam? —preguntó Jackson.

—No sé si tendrán la capacidad de transportar el tipo de munición que precisamos. Tendré que comprobarlo.

—Jack, creo que esto es algo que valdría la pena contemplar.

—Estoy contigo, Robby. General, que alguien realice las comprobaciones oportunas.

—Sí, señor.

—¡Gennady Iosifovich! —bramó el general Diggs al entrar a la sala de mapas.

—¡Marion Ivanovich!

El ruso acudió a darle la mano, seguida de un abrazo. Incluso besó a su invitado siguiendo la costumbre rusa, a lo que Diggs se resistió, siguiendo la costumbre norteamericana.

—¡Dentro!

Giggs esperó diez segundos.

—¡Fuera!

Ambos compartieron la risa de una broma privada.

—¿Sigue ahí el burdel de tortugas?

—La última vez que lo comprobé, seguía ahí, Gennady. Diggs se vio obligado a explicárselo a los demás presentes.

—En Fort Irwin tuvimos que recoger todas las tortugas del desierto para evitar que las aplastaran los tanques, lo cual habría enojado a los ecologistas. Supongo que siguen en su refugio criando tortuguitas, pero las condenadas follan tan despacio que deben de quedarse dormidas durante el acto.

—He contado esa historia en muchas ocasiones, Marion. A continuación el ruso se puso serio.

—Me alegro de verte, aunque me alegraré más de ver a tu división.

—¿Cómo van las cosas?

—No muy bien. Acompañadme. —Se acercaron al gran mapa en la pared—. Éstas eran sus posiciones hace treinta minutos.

—¿Cómo estáis controlando su avance?

—Tenemos acceso a la señal de vuestras aeronaves de vigilancia Dark Star, y tengo a un capitán joven y hábil que los vigila sobre el terreno.

—¿Tan lejos...? —comentó Diggs.

El coronel Masterman estaba a su lado, observando el mapa.

—¿Duke, qué opinas? —preguntó Diggs y, dirigiéndose a su anfitrión, añadió—: Éste es el coronel Masterman, mi tercero de a bordo. Su último trabajo consistió en liderar un escuadrón del décimo de caballería.

—Entiendo, los soldados del búfalo.

—Sí, señor —confirmó Masterman sin apartar la vista del mapa—. ¡Qué ambiciosos son estos cabrones!

—Este será su primer objetivo —explicó el coronel Aliyev, señalando con un puntero—, el yacimiento de oro de Gogol.

—Demonios, si vas a robar algo, ¿qué mejor que una mina de oro? —preguntó Duke de forma retórica—. ¿De qué disponen para detenerlos?

—La dos seis cinco motorizada de rifles se encuentra aquí —señaló Aliyev.

—¿En plena forma?

—No del todo, pero los estamos entrenando duro. Hay cuatro divisiones motorizadas de rifles más en camino. La primera llegará a Chita mañana al mediodía.

El tono de voz de Aliyev era más optimista de lo que merecían los acontecimientos, pero no quería mostrar sus debilidades ante los norteamericanos.

—Eso sigue siendo un largo trecho —comentó Masterman, mirando a su comandante.

—¿Qué piensas hacer, Gennady?

—Quiero llevar las cuatro divisiones rusas hacia el norte para unirse con la dos seis cinco y detenerlos por aquí. Entonces quizá podríamos usar vuestras fuerzas para cruzar al este por aquí y aislarlos.

¿Ahora quiénes son los ambiciosos?, pensaron Diggs y Masterman. En distancia, el desplazamiento equivalía a llevar la primera división de infantería motorizada desde Fort Riley, Kansas, hasta Fort Carson, Colorado, pero el terreno era mucho más accidentado en este caso y se enfrentaban a una oposición feroz. Esos factores cambian las cosas, pensaron los oficiales norteamericanos.

—¿Ya se ha producido algún enfrentamiento de consideración?

—Todavía no. —Bondarenko sacudió la cabeza—. Mantengo alejadas mis fuerzas motorizadas, los chinos avanzan sin oposición.

—¿Quiere lograr que se relajen, que bajen la guardia? —preguntó Masterman.

—Da, espero que se confíen.

El coronel norteamericano asintió. Ésa era una buena táctica: las guerras se ganaban por factores psicológicos tanto como físicos.

—Si nos bajamos del tren en Chita, todavía nos queda un largo trecho hasta la posición donde nos necesita, general.

—¿Qué hay del combustible? —preguntó el coronel Douglas.

—Eso es lo único que tenemos en abundancia —respondió el coronel Aliyev—. Esos puntos azules del mapa son puntos de almacenaje de combustible, de la misma clase que su diésel número dos.

—¿Cuánto hay? —preguntó Douglas.

—Mil doscientos cincuenta millones de litros en cada depósito.

—¡Joder! —se admiró Douglas—. ¿Tanto?

—Se establecieron estos puntos de almacenaje para sostener a una fuerza móvil de grandes dimensiones durante un conflicto fronterizo —explicó Aliyev—. Se construyeron en la época de Nikita Sergeyevich Kruschev; enormes tanques de almacenaje de hormigón y acero, todos ocultos bajo tierra.

—Deben de estar muy bien escondidos —comentó Mitch Turner—. Nunca había oído hablar de ellos.

—¿De modo que incluso logramos evitar sus satélites espía? —comentó con

satisfacción el ruso—. Cada depósito tiene una dotación de veinte ingenieros y abundantes bombas eléctricas.

—Me gustan los puntos de ubicación —dijo Masterman—. ¿Cuál es esta unidad?

—Esa es la BOYAR, una fuerza motorizada de reserva. Acabamos de llamar a los hombres a filas. Están equipados con armas de un búnker de almacenaje subterráneo. Se trata de una división pequeña con armamento antiguo pero funcional. De momento, los vamos a mantener ocultos —explicó Aliyev.

El tercer oficial de los norteamericanos levantó las cejas en gesto de admiración. Quizá sus fuerzas no eran muy abundantes, pero no eran tontos. La división BOYAR se encontraba en una ubicación muy estratégica, si los rusos eran capaces de aprovecharla debidamente. Su concepto global de operaciones era bueno, en teoría. Había muchos militares capaces de generar buenas ideas, el problema era su ejecución. ¿Tenían los rusos la capacidad de convertir sus ideas en realidad? Como planificadores teóricos no los ganaba nadie, de hecho, Estados Unidos había copiado muchas de sus ideas. Sin embargo, si bien el ejército norteamericano lograba aplicar dichas teorías en un campo de batalla real, los rusos no alcanzaban a hacerlo.

—¿Cómo se está portando su gente? —preguntó Masterman.

—¿Se refiere a los soldados? —preguntó Aliyev—. El soldado ruso es guerrero —aseguró al oficial norteamericano.

—Coronel, le aseguro que nunca he puesto en duda sus agallas —tranquilizó Duke a su anfitrión—. ¿Cómo están de ánimos?

Bondarenko decidió responder.

—Ayer tuve que reunirme con un joven oficial de las defensas fronterizas, Komanov. Estaba furioso porque no le habíamos brindado el apoyo que necesitaba para derrotar a los chinos. Yo me sentí avergonzado —admitió el general a sus invitados—. A mis hombres no les falla el espíritu de lucha. Podrían estar mejor entrenados; llegué hace escasamente unos cinco meses y mis cambios apenas empiezan a surtir efecto. Pero como podrán comprobar, el soldado ruso siempre ha logrado estar a la altura de las circunstancias, y si no le fallamos, también en esta ocasión lo estará.

Masterman evitó cruzar la mirada con su comandante. Diggs le había hablado bien de este general ruso y Diggs era un buen director de Operaciones, que tenía buen ojo para evaluar a la gente. Sin embargo, el ruso acababa de admitir que sus tropas no estaban en las mejores condiciones de entrenamiento. La buena noticia era que el campo de batalla era la academia más infalible de las artes de guerra; aprenderían rápido. La mala era que también se trataba del entorno más despiadado de selección natural: algunos aprenderían y otros morirían en el intento, y los rusos no andaban precisamente sobrados de hombres. La situación era muy diferente de la del año 1941 y en esta ocasión no contaban con la mitad de sus cifras de población como base de

las tropas.

—¿Querrán que nos desplacemos cuanto antes en el momento que lleguen las tropas a Chita? —preguntó Tony Welch, jefe de Estado Mayor de la división.

—Así es —confirmó Aliyev.

—De acuerdo, en ese caso me gustaría visitar el lugar y echar un vistazo a las instalaciones. ¿Cómo van de combustible para nuestros helicópteros?

—En las bases aéreas tenemos depósitos de combustible parecidos a los de diésel —respondió Aliyev—. ¿La palabra que utilizan ustedes es infraestructura? Eso es algo que tenemos en abundancia. ¿Cuándo llegarán sus helicópteros?

—Las fuerzas aéreas están estudiando las opciones. Van a mandar nuestra brigada de aviación por aire, empezando por los Apaches. Dick Boyle está esperando, ansioso.

—Nos dará mucho gusto ver sus helicópteros de ataque. Nosotros tenemos muy pocos y nuestras fuerzas aéreas también se están tomando su tiempo para entregarlos.

—Duke, llama a las fuerzas aéreas por teléfono —dijo Diggs—. Necesitamos helicópteros con toda urgencia, incluso para desplazarnos e inspeccionar lo que haga falta.

—Entendido —respondió Masterman.

—Voy a instalar el sistema de radio por satélite —dijo el teniente coronel Garvey, dirigiéndose hacia la salida.

Ingrid Bergman estaba volando hacia el sur. El general Wallace quería hacerse una mejor idea de la cadena china de logística y lo que veía se la brindaba. La República Popular China se parecía en muchos aspectos a lo que habían sido los Estados Unidos a finales del siglo XIX: por lo general, el transporte se realizaba en tren. No existían grandes autopistas del tipo tan común en Norteamérica, pero abundaban las vías férreas. Se trataba de un sistema eficiente para trasladar grandes cantidades de cualquier cosa a lo largo de distancias medias o largas, pero también era inflexible y difícil de reparar, sobre todo los puentes y los túneles. De modo que éstos eran los puntos en los que se estaban centrando él y sus hombres de bombardeos dirigidos. Su mayor problema era la escasez de bombas. Ninguna de sus unidades de ataque, que de momento consistían casi exclusivamente en los F-15E Águilas de asalto, había traído bombas consigo, y su dotación actual de municiones aire/tierra apenas alcanzaría para una misión de ocho incursiones. Era algo así como ir al baile y descubrir que no había ni una sola chica: la música era buena y la bebida también, pero no había mucho que hacer. Por supuesto que a sus pilotos de F15 no les importaba en absoluto. De esta manera lograban jugar a las batallas aéreas; todos los pilotos de avión de combate preferían disparar a otros aviones que soltar bombas sobre los soldados de a pie. Lo único que tenía de favorable era que sus demonios del aire les estaban dando una buena paliza a las fuerzas aéreas chinas: más de setenta

derribos confirmados y ni una baja propia en el aire. Los aviones de apoyo E-3B AWACS suponían una ventaja tan definitiva que los chinos podrían estar pilotando Fokkers de la primera guerra mundial, y los rusos estaban aprendiendo a aprovechar las ventajas que ofrecían los aviones de apoyo a marchas forzadas. Los aviones de combate rusos no se portaban mal en el aire, pero les faltaba autonomía. Nunca habían construido un caza capaz de volar más de una hora seguida. Y tampoco habían aprendido a abastecerse de combustible en el aire como lo hacían los norteamericanos. Así que los aviones de caza MiG y Sukhoi rusos despegaban, recibían instrucciones de los AWACS y participaban en un ataque antes de regresar a sus bases para reabastecerse de combustible. La mitad de los derribos que habían logrado sus pilotos eran de aviones chinos que también regresaban a su base en busca de combustible.

Tal vez no se tratara de una táctica muy limpia, pero a Wallace, como a cualquier otro combatiente de las fuerzas aéreas, le importaba un comino la limpieza del combate.

Sin embargo, Wallace se encontraba en medio de una guerra defensiva. Lograba defender con éxito el espacio aéreo ruso, pero no destruía objetivos chinos ni atacaba las tropas chinas en Siberia. Así que sus pilotos, a pesar de ganar sus batallas, no lograban nada digno de mención. Con esta idea en la cabeza, levantó el auricular de su enlace vía satélite con Estados Unidos.

—General, no tenemos bombas —dijo a Mickey Moore.

—Pues sus compañeros de las patrullas de reconocimiento están desbordados de trabajo y Mary Diggs no deja de darme la lata; necesita transportar su brigada de helicópteros hasta el punto donde la necesita.

—Señor, el asunto es muy sencillo: si quiere que eliminemos objetivos chinos, necesitamos bombas. Espero no habérselo puesto muy complicado —añadió Wallace.

—No se pase, Gus —advirtió Moore.

—Señor, es que no sé si lo verán diferente desde Washington, pero la situación aquí es la siguiente: tengo misiones pero carezco de los medios necesarios para llevarlas a cabo. Pueden enviarme los medios o anular las misiones, depende de ustedes, señor.

—Estamos trabajando en esto —le aseguró el comandante en jefe de la Plana Mayor.

—¿Ya tengo órdenes? —preguntó Mancuso al secretario de Defensa.

—Todavía no —respondió Bretano, al comandante en jefe del mando del Pacífico.

—¿Puedo preguntarle por qué, señor? Según las noticias de televisión, nos encontramos en medio de una guerra de agresión con China. ¿No voy a jugar ningún papel?

—Estamos considerando las repercusiones políticas —explicó Bretano.

—¿Perdón, señor?

—Ya me ha oído.

—Señor secretario, lo único que sé de política es que cada dos años tengo que ir a votar, pero sí sé que tengo bajo mi mando un montón de buques grises, y que técnicamente los llamamos buques de guerra, y que mi país está en guerra —dijo Mancuso, con evidentes señales de frustración.

—Almirante, en cuanto el presidente decida lo que hay que hacer se lo haremos saber. Hasta ese momento debe preparar sus flotas para entrar en acción. Tenga por seguro que va a suceder, aunque todavía no puedo decirle cuándo.

—A la orden, señor.

Mancuso colgó el auricular y se dirigió a sus subalternos.

—Repercusiones políticas —dijo—. Nunca habría imaginado que Ryan jugara a ese juego.

—Señor —trató de tranquilizarlo Mike Lahr—, olvídense de la palabra «política» y piense mejor en «sicológica». Quizá se haya equivocado de término el secretario Bretano. A lo mejor estamos esperando la ocasión de golpearlos en el punto más vulnerable; recuerde que estamos jugando a sicología.

—¿Usted cree?

—No olvide quién es el vicepresidente, almirante: es uno de los nuestros. Y el presidente Ryan no es precisamente un cobarde.

—No, no lo es, al menos que yo recuerde —respondió el comandante de las fuerzas navales, al recordar la primera ocasión en la que lo conoció y el tiroteo que había vivido a bordo del Octubre Rojo. Decididamente, Jack Ryan no era un cobarde.

—¿Entonces qué cree que estará pensando?

—Los chinos han lanzado un ataque terrestre, por tierra y aire. No está pasando nada en el mar. Quizá no esperen acontecimientos en el mar, pero de todas formas trasladan sus buques a la zona, para establecer un radio de defensa a las tropas terrestres. Si recibimos la orden de eliminar esos buques, lo tendremos que hacer con el mayor impacto sicológico que nos sea posible. Creo que deberíamos planificar con esa idea en mente. Entretanto habrá que seguir enviando efectivos a la zona.

—De acuerdo —asintió Mancuso y dirigió la mirada a la pared.

A estas alturas, la mayor parte de la flota del Pacífico se encontraba al oeste de la línea de cambio de fecha. Los chinos no debían de tener ni idea de la ubicación de sus barcos, aunque él sabía dónde estaban los suyos. El USS Tucson realizaba un seguimiento del 406, único submarino chino con capacidad de lanzar misiles. En Occidente lo conocían como submarino nuclear con capacidad de misiles, clase «Xia» y el personal de inteligencia no había logrado todavía identificar su nombre, pero llevaba el número «406» pintado en el torreón, de modo que ése era el nombre

que le había quedado. Todo esto no le importaba demasiado a Mancuso, pero tenía claro que la primera orden de disparo que iba a emitir iría dirigida al Tucson. Les ordenaría que enviaran el submarino al fondo del océano Pacífico. Sabía que la República Popular China tenía misiles nucleares y que los que estuvieran en su zona de influencia desaparecerían de combate, en cuanto le dieran la autorización necesaria. El buque USS Tucson estaba equipado con torpedos de capacidad avanzada Mark 48, que darían buena cuenta del submarino chino, siempre y cuando no se hubiera equivocado al suponer que el presidente Ryan no era un cobarde.

—¿Y bien, mariscal Luo? —preguntó Zhang Han San.

—Todo va bien —respondió inmediatamente el mariscal—. Cruzamos el río Amur con bajas mínimas, capturamos las posiciones rusas en pocas horas y nos dirigimos hacia el norte.

—¿Qué oposición nos ha presentado el enemigo?

—Poca, muy poca. Empezamos a preguntarnos si los rusos tendrán fuerzas destacadas en esa zona o no. Según nuestros informes de inteligencia, debía haber dos divisiones motorizadas, pero no han salido a nuestro encuentro. Nuestras fuerzas siguen avanzando a más de treinta kilómetros por día. Esperamos llegar a la mina de oro en otros siete días.

—¿Hay algo que no vaya bien? —preguntó Qian.

—Solamente el combate aéreo. Los norteamericanos han enviado sus aviones de caza a Siberia y, como todos sabemos, son muy listos con sus aparatos, sobre todo los voladores. Han causado numerosas bajas entre nuestros aviones de combate —reconoció el ministro de Defensa.

—¿Cuántas bajas, exactamente?

—En total, más de cien. Hemos logrado derribar unas veinticinco de sus unidades, pero los norteamericanos son verdaderos maestros del combate aéreo. Por suerte no hay mucho que puedan hacer sus aviones para frenar el avance de nuestros tanques y podrán comprobar que no han realizado un solo ataque dentro de nuestro territorio.

—¿A qué cree que se debe eso, mariscal? —preguntó Fang.

—No estamos seguros —respondió Luo, antes de dirigirse al ministro de Seguridad del Estado—. ¿Tan, usted qué opina?

—Nuestras fuentes tampoco están seguras. La explicación más probable es que los norteamericanos hayan tomado una decisión política de no atacarnos de forma directa, sino limitarse a defender a sus «aliados» rusos en la medida de lo imprescindible. Imagino que también habrán tenido en cuenta las posibles bajas causadas por nuestras fuerzas antiaéreas, pero no cabe duda de que el principal motivo de su falta de acción es político.

Hubo gestos de asentimiento. Sin duda, ése era el motivo más probable de la

inactividad norteamericana y todos los presentes estaban familiarizados con las consideraciones políticas.

—¿Quiere eso decir que están programando sus acciones para causarnos el mínimo daño? —preguntó Tong Jie.

Eso supondría un respiro para él, ya que sería el Ministerio del Interior el que tendría que lidiar con el malestar que provocaría una campaña de bombardeo sistemático.

—Recuerden lo que les he dicho en otras ocasiones —explicó Zhang—. No tendrán reparos en comerciar con nosotros en cuanto hayamos asegurado el control de los nuevos territorios. Así que ya se están anticipando a los acontecimientos. Por supuesto que deberán apoyar a sus amigos rusos, pero sólo hasta cierto punto. ¿Acaso los norteamericanos son algo más que mercenarios? ¿Y el tal presidente Ryan, a qué se dedicaba?

—Era espía de la CIA, al parecer un buen espía —les recordó Tan Deshi.

—No —discrepó Zhang—. Antes de unirse a la CIA era corredor de Bolsa y se convirtió en corredor de nuevo al dejar dicha institución, ¿y quiénes son los miembros de su gabinete? Winston: otro capitalista enormemente adinerado, corredor de acciones y bonos, el típico millonario norteamericano. Les digo que el dinero es el factor esencial para comprender a esta gente. Son hombres de negocios. No tienen ideología política, su objetivo principal es llenarse los bolsillos. Si quieres enriquecerte no te interesa ganarte enemigos acérrimos, y por eso en esta ocasión no están interesados en provocarnos excesivamente. Les digo que entiendo a esa gente.

—Quizá sea así —respondió Qian—. ¿Pero y si existen otros motivos circunstanciales que les impiden entrar en acción?

—Si así fuera, ¿por qué no habrían actuado sus fuerzas navales? Tienen la armada más poderosa del mundo y, sin embargo, no han hecho nada, ¿no es cierto, Luo?

—Efectivamente, de momento no han hecho nada, aunque estamos tomando las precauciones necesarias —respondió el mariscal.

Luo no era marinero, era soldado, aunque la armada china estaba bajo su mando.

—Hemos mandado aviones de vigilancia para que busquen sus buques, pero de momento no hemos encontrado nada. Sólo sabemos que no están en puerto.

—No hacen nada con sus fuerzas navales, no hacen nada con su ejército de tierra. Nos hacen cosquillas con las fuerzas aéreas, pero eso no es más que un revoloteo de insectos —dijo Zhang, minimizando el asunto.

—¿En cuántas ocasiones se ha cometido el error de subestimar a Estados Unidos y a ese tal Ryan, con consecuencias nefastas? —interpuso Qian—. Camaradas, insisto en que nos encontramos inmersos en una situación peligrosa. Es posible que triunfemos y ojalá suceda, pero el exceso de confianza puede llevarnos a la ruina.

—Y la falta de confianza garantizará que nunca logremos nada —respondió

Zhang Han San—. ¿Acaso llegamos a nuestra posición actual, a la situación actual del país, gracias a la timidez? No fueron cobardes quienes protagonizaron la Larga Marcha.

Escudriñó a los presentes con la mirada y nadie se atrevió a rebatirle.

—¿De modo que las cosas van bien en Rusia? —preguntó Xu al ministro de Defensa.

—Mejor de lo que esperábamos —aseguró Luo a todos los reunidos.

—En ese caso, prosigamos —decidió el primer ministro en nombre de los presentes, después de que otros hubieran tomado la decisión real.

La reunión concluyó después de unos minutos y los ministros tomaron caminos separados.

—¿Fang?

El ministro sin cartera vio a Qian Kun acercársele por el pasillo.

—¿Si, amigo mío?

—El motivo real de que los norteamericanos no nos hayan atacado con más fuerza es que hay una sola línea férrea para desplazarlos a ellos y a sus provisiones, y necesitan tiempo. Si no nos han bombardeado, probablemente sea porque todavía no tengan las bombas. ¿Y de dónde saca Zhang todas esas patrañas sobre la ideología norteamericana?

—Conoce bien los vericuetos de las relaciones internacionales —respondió Fang.

—¿En serio los conoce? ¿No fue él quien convenció a los japoneses de que declarasen la guerra a los norteamericanos?

¿Y por qué? Para que pudiéramos apropiarnos de Siberia junto con ellos. ¿Y no fue él también quien dio apoyo a Irán en su intento de apropiarse de Arabia Saudí? ¿Y por qué? Para aprovechar a los musulmanes y reducir a los rusos, otra vez para apropiarnos de Siberia. Se ha propuesto la misión de que nuestra bandera ondee ahí antes de su muerte. Quizá quiera que entierren sus cenizas en una urna de oro como hacen con los emperadores —masculló Qian—. Es un aventurero, y los aventureros suelen acabar mal.

—Excepto los que logran su objetivo —contrapuso Fang.

—¿Cuántos logran su objetivo? ¿Y cuántos acaban contra el paredón? —replicó Qian—. Yo creo que los norteamericanos nos van a atacar y con fuerza, en cuanto hayan reunido sus efectivos. Zhang se guía por su propia visión política, no por los hechos ni por la realidad. Es posible que acabe llevando nuestro país hasta la catástrofe.

—¿Tan poderosos son los norteamericanos?

—Si no lo fueran, ¿por qué pasaría Tan la mayor parte de su tiempo tratando de copiar sus inventos? ¿No recuerdas lo que le hicieron los norteamericanos a Japón y a Irán? Son como los brujos de las leyendas. Luo nos cuenta que le han dado una paliza

a nuestras fuerzas aéreas. ¿Cuántas veces nos había dicho lo maravillosos que eran nuestros aviones de combate? Tanto dinero gastado en esos estupendos aviones y los norteamericanos los aniquilan como terneras en el matadero. Según Luo, hemos matado a veinticinco de los suyos, o eso dice. ¡Probablemente no hayamos derribado más que uno o dos! Por otro lado, hemos perdido más de cien de los nuestros y Zhang asegura que los norteamericanos no quieren atacarnos en serio. ¿Bromea? ¿Qué les impidió destrozar el aparato militar japonés y aniquilar el iraní? —Qian se detuvo para respirar—. Esto me da miedo, Fang. Me asusta la situación en la que nos han metido Zhang y Luo.

—Aunque tengas razón, ¿qué podemos hacer ya para detenerlo? —preguntó el ministro.

—Nada —admitió Qian—. Pero alguien debe decir la verdad. Alguien debe hacer sonar la alarma respecto al peligro que afrontamos, si deseamos contar todavía con un país al término de toda esta locura aventurera.

—Quizá estés en lo cierto, Qian. Como siempre, eres la voz de la razón y la prudencia. Volveremos a hablar de este tema —prometió Fang.

Se preguntó cuánto de lo que había escuchado era puro alarmismo y cuánto era sentido común. Este hombre había sido un gestor brillante de la red ferroviaria nacional y no era probable que se dejase llevar por la fantasía.

Fang había conocido a Zhang durante la mayor parte de su vida adulta. Tenía un don para los tejemanejes de la política y para manipular a la gente. Pero Qian se preguntaba si también tendría una percepción veraz de la realidad y sobre todo si su valoración de Estados Unidos, de los norteamericanos y del presidente Ryan sería exacta. O si se limitaba a ajustar las piezas para que encajaran en la imagen mental que ya se había forjado. Fang tuvo que reconocer que no lo sabía, pero tampoco conocía la respuesta a las preguntas que esto implicaba. No sabía si Zhang tenía razón o estaba equivocado, y le convenía saberlo. ¿Pero quién podría aclararlo? ¿Tan, del Ministerio de Seguridad del Estado? ¿Shen, del Ministerio de Asuntos Exteriores? ¿Quién más? Quien no tendría las respuestas con toda seguridad era el primer ministro Xu, que se limitaba a confirmar acuerdos logrados por los demás o a repetir las palabras que Zhang le susurraba al oído.

Fang siguió pensando en todo el asunto mientras se dirigía a su oficina, tratando de poner las cosas en claro. Por suerte tenía un método que lo ayudaba a dilucidar las ideas.

Empezó en Memphis, en la sede de Federal Express. Empezó a llegar una lluvia de fax y de télex que comunicaban a la empresa la incorporación a las fuerzas armadas de sus aviones de carga de cuerpo ancho, bajo los términos de una provisión de fase I, de la flota de aviación civil de la reserva. De hecho, esto suponía que cualquier aeronave con capacidad de carga, que se hubiera comprado con

financiamiento del gobierno federal, debía ponerse a disposición de las fuerzas armadas, y como no había bancos comerciales capaces de competir con Washington a la hora de ofrecer financiamiento, eso significaba la inmensa mayoría de los aviones de carga del país. La noticia no gustó mucho, pero tampoco supuso una gran sorpresa. A los diez minutos empezaron a llegar los mensajes indicando adónde debían dirigirse las aeronaves y se pusieron en marcha en seguida. Los tripulantes de a bordo, la mayoría de formación militar, se preguntaban cuál sería su destino final, seguros de que se trataría de algún lugar sorprendente. No se equivocaban.

FedEx tendría que conformarse con sus aviones de cuerpo estrecho, más antiguos, como los vetustos Boeing 727 con los que habían empezado veinte años atrás. Los encargados de envíos sabían que a duras penas les bastaría con eso, pero también tenían acuerdos de asistencia con las aerolíneas, que iban a resultar muy útiles a la hora de mantener el tránsito continuo de langostas vivas y documentos legales por Estados Unidos.

—¿Es realmente tan ineficaz el sistema? —preguntó Ryan.

—Tardamos tres días de vuelo en entregar suficientes bombas para un solo día, quizá para dos si forzamos las cosas, pero nada mejor que eso —dijo Moore—. Las bombas son objetos pesados y hace falta mucho combustible para llevarlas de un lado a otro. El general Wallace ha redactado una lista completa de objetivos, pero sin bombas no podrá darle a ninguno.

—¿De dónde tendremos que sacar las bombas?

—Hay una buena cantidad en la base de las fuerzas aéreas Andersen, en la isla de Guam —respondió Moore—. Lo mismo en Elmendorf, Alaska y en Mountain Home, en Idaho. Tenemos en varios sitios. No se trata tanto del tiempo y la distancia como del peso. Demonios, la base rusa de Suntar que está usando Moore es lo bastante grande para sus propósitos. Solamente hace falta enviarle las bombas, pero acabo de despachar un montón de aeronaves de carga de las fuerzas aéreas a Alemania, para que lleve los efectivos aéreos de la primera blindada al general Diggs y no tardaremos menos de cuatro días en completar la tarea.

—¿Qué hay del descanso de los tripulantes? —preguntó Jackson.

—¿Qué? —levantó la vista Ryan.

—Es una broma de la armada, Jack. Las fuerzas aéreas tienen normas sindicales respecto al número de horas que pueden pasar pilotando. Nunca tuvimos normas así en los buques —explicó Robby—. El C-5 tiene una zona de literas para que descansen los tripulantes. Lo decía de broma.

Se abstuvo de disculparse. Era tarde, o más bien era temprano, y nadie lograba descansar mucho en la Casa Blanca.

En cuanto a Ryan, una voz le decía que quería un cigarrillo para ayudarle a controlar la tensión, pero Ellen Sumter se había ido a su casa a dormir y no conocía a

nadie del turno de noche en la Casa Blanca que fumara. Pero sabía que esa voz que le hablaba era la parte débil de su carácter. El presidente se frotó los ojos y miró el reloj. Tenía que dormir un poco.

—Ya es tarde, cariño —dijo Mary Pat a su marido.

—¿No me digas? ¿Será por eso que se me cierran los ojos?

En realidad no había motivo para que ellos siguieran allí; la CIA no tenía muchos efectivos en la República Popular China. Sorge era el único de utilidad. Los demás servicios de inteligencia, es decir la Agencia de Seguridad Nacional y la Agencia de Inteligencia de Defensa, ambas con más recursos humanos que la CIA, tampoco tenían gran cosa en China, aunque la NSA trataba por todos los medios de intervenir las comunicaciones chinas. Utilizaban incluso su extensa red de satélites espía para escuchar conversaciones de teléfonos celulares, que pasaban por el filtro del sistema Echelon; cualquier conversación con ciertas palabras clave predefinidas pasaba a manos de un operador humano, para su traducción y evaluación. Les llegaba algo de material, pero no mucho. Sorge era la joya de la colección, y el verdadero motivo de que Edward y Mary Patricia Foley siguieran en la oficina, era el de permanecer a la espera del último capítulo del diario personal del ministro Fang. El Politburó chino se reunía todos los días, y Fang no dejaba de redactar sus impresiones tras cada reunión. También era un hombre que disfrutaba de las atenciones de su personal femenino. Últimamente prestaban incluso atención a los escritos de WARBLER, que no escribía tan a menudo y generalmente se limitaba a describir las proezas sexuales de su jefe, a veces hasta el punto de ruborizar a Mary Pat. A veces los funcionarios de inteligencia no eran más que mirones a sueldo, y aunque el siquiatra había convertido los escritos más picantes en un detallado perfil psicológico, para ellos dos, Fang no era más que un viejo verde, que a la sazón ejercía un enorme poder político.

—Por lo menos serán otras tres horas —dijo el director.

—Sí —asintió su esposa.

—Sabes qué... —Ed Foley se levantó del sofá, quitó los cojines y lo estiró hasta desplegar una cama, en la que a duras penas había espacio para los dos.

—Cuando lo vea el personal, se preguntarán si nos habremos puesto a gusto esta noche.

—Cariño, me duele la cabeza —declaró el director de la CIA.

LIV. TENTATIVAS Y PRESIONES

Gran parte de la vida en el ejército consistía en un estricto cumplimiento de la ley de Parkinson, según la cual cualquier tarea se expande en el tiempo hasta ocupar el período previsto para su cumplimiento. En este caso, el coronel Dick Boyle llegó en el primer avión C-5B Galaxy, que abrió las compuertas de proa en cuanto se detuvo en la pista para descargar el primero de los tres helicópteros UH-60A Blackhawk. Acto seguido, la tripulación del helicóptero lo trasladaron a un rincón vacío de la plataforma, desplegaron los rotores, se aseguraron de que estuvieran fijos y prepararon el aparato para volar tras realizar las comprobaciones habituales de seguridad. Para ese entonces, el C-5B ya se había abastecido de combustible y había vuelto a despegar, dejando la pista libre para el siguiente Galaxy, que en esta ocasión transportaba helicópteros de asalto Apache AH-64, con carga completa de armamento y todo lo necesario para entrar en combate contra un enemigo real.

El coronel Boyle se entretuvo observando las operaciones, aunque sabía muy bien que sus hombres realizaban sus tareas a la perfección, estuviera él observándolos o no. Curiosamente, lo que deseaba Boyle era desplazarse al cuartel donde se encontraban Diggs y los demás, pero se resistía porque sentía la necesidad de vigilar a unos hombres que había entrenado para que no necesitaran supervisión. Así estuvo durante unas tres horas, hasta que cayó en la cuenta de lo absurdo de la situación, se decidió a ejercer como comandante en lugar de supervisor y voló hacia Chabarsovil. El vuelo fue fácil y agradable; daba gracias por las nubes bajas que lo mantendrían a salvo de cualquier avión de combate que pudiera rondar por la zona con intenciones poco amistosas. Gracias al sistema de navegación por satélite GPS llegó al punto exacto, que resultó ser un helipuerto de hormigón rodeado de soldados. Todos llevaban el uniforme «equivocado», pensó, aunque se dio cuenta de que tendría que cambiar su mentalidad al respecto. Uno de los soldados acompañó a Boyle hasta un edificio que se parecía a la idea que se había forjado de un cuartel ruso.

—Dick, acérquese —llamó el general Diggs.

El comandante de helicópteros saludó al acercarse. —Bien venido a Siberia, Dick — lo saludó Marion Diggs.

—Gracias, señor. ¿Cuál es la situación?

—Interesante —respondió el general—. Le presento al general Bondarenko, comandante del campo de Operaciones. Boyle saludó de nuevo.

—Gennady, éste es el coronel Boyle, a cargo de mi brigada aérea. Es bastante bueno.

—¿Cuál es la situación en el aire, señor? —preguntó Boyle a Diggs.

—De momento, las fuerzas aéreas están dando buena cuenta de sus aviones de combate.

—¿Y los helicópteros chinos?

—No tienen muchos —respondió otro oficial ruso—. Soy el coronel Aliyev, Andrey Petrovich, oficial de Operaciones. Los chinos no tienen muchos helicópteros. Hemos visto muy pocos, la mayoría de rastreo.

—¿No tienen transportes de tropas? ¿De personal?

—No —respondió Aliyev—. Sus oficiales prefieren trasladarse en vehículos blindados. No son amantes de los helicópteros como ustedes los norteamericanos.

—¿Qué quiere que haga, señor? —preguntó Boyle a Diggs.

—Lleve a Tony Turner hasta Chita, el punto de llegada del ferrocarril. Necesitamos ponerlo todo a punto allá.

—¿Conducirán los tanques desde allí? —preguntó Boyle, mirando el mapa.

—Ese es el plan. Existen otros puntos más cercanos, pero según nos comentan nuestros amigos, Chita ofrece las mejores instalaciones para descargar los vehículos.

—¿Qué hay del combustible?

—Se supone que en el sitio donde ha aterrizado hay almacenes subterráneos de gran tamaño.

—Hay más combustible del que se pueda necesitar —confirmó Aliyev.

Boyle escuchó con cierta incredulidad.

—¿Municiones? —preguntó Boyle—. De momento, los C-5 nos han traído suficiente para unos dos días: seis cargas completas para mis Apaches, contando que hagamos tres misiones al día.

—¿Qué versión del Apache? —preguntó Aliyev.

—Delta, coronel. Llevamos el radar Longbow.

—¿Funciona todo bien? —preguntó el ruso.

—¿Qué sentido tendría traer el equipo si no funcionara, coronel? —preguntó Boyle, levantando una ceja—. ¿Qué hay de barracones seguros para mis hombres?

—En la base donde ha aterrizado habrá dormitorios seguros para sus pilotos en barracones a prueba de bombardeos. Sus equipos de mantenimiento dormirán en los demás barracones.

Boyle asintió. Siempre era lo mismo. Los idiotas que construían las instalaciones opinaban que los pilotos eran más valiosos que el personal de mantenimiento. Y así era, hasta que la aeronave necesitaba reparaciones y el piloto se volvía tan inútil como un soldado de caballería sin caballo.

—De acuerdo, general. Llevo a Tony hasta Chita y regreso para ocuparme de mis hombres. Me iría muy bien una de las radios de Chuck Garvey.

—Está fuera, coja una cuando salga.

—De acuerdo, señor. Vámonos, Tony —dijo al jefe de Estado Mayor.

—Señor, en cuanto llegue la infantería quiero proteger los almacenes de combustible —dijo Masterman—. Esos sitios necesitan vigilancia.

—Puedo darle lo que precise —ofreció Aliyev.

—De acuerdo —respondió Masterman—. ¿Cuántas de esas radios seguras ha traído Garvey?

—Creo que ocho, pero dos ya están ocupadas —advirtió el general Diggs—. Habrá más en el tren. Dígale a Boyle que nos envíe dos helicópteros para lo que necesitemos.

—De acuerdo —dijo Masterman, cuando se dirigía apresuradamente a la puerta.

Todos los ministros tenían despachos, donde había servicio de limpieza al igual que en cualquier otro despacho del mundo. En este caso llegaban a las diez todas las noches. Se llevaban todo tipo de basura, desde envoltorios de caramelos hasta paquetes de tabaco o documentos, para los cuales había unas bolsas especiales de incineradora. El personal de limpieza no era muy inteligente, pero se realizaban comprobaciones de sus antecedentes y se los obligaba a asistir a sesiones de seguridad, que rayaban en la amenaza. No se les permitía hablar con nadie de su trabajo, ni siquiera con sus parejas, y sobre todo nunca debían revelar el contenido de las papeleras. De hecho, no les prestaban mucha atención, ya que les interesaba más el parte meteorológico que las decisiones o las ideas de los miembros del Politburó. En raras ocasiones habían tenido oportunidad de ver en persona a los ministros cuyas oficinas limpiaban, y ninguno de los trabajadores se había atrevido a dirigirles la palabra. En las pocas ocasiones en las que veían a las criaturas semidivinas que regían los destinos de su nación trataban de volverse invisibles. Quizá les dirigían una humilde reverencia, que no sería correspondida ni siquiera con una mirada; a fin de cuentas, no eran más que muebles, sirvientes que hacían un trabajo digno de palurdos porque no eran más que eso, palurdos. Los palurdos sabían lo que era un ordenador, pero también sabían que esas máquinas no se habían diseñado para que las tocaran manos como las suyas.

Así que cuando un ordenador emitió sonidos en presencia de un trabajador de la limpieza, éste hizo caso omiso. Sí era raro que emitiera un zumbido si la pantalla estaba apagada, pero cualquier cosa que hiciera esa máquina era un misterio para él, y en cualquier caso, nunca habría osado tocarla. Ni siquiera limpiaba el teclado; al quitar el polvo del escritorio evitaba tocar las teclas.

De modo que escuchó cómo empezó el zumbido, continuó durante unos segundos y se detuvo, y no le dio más importancia.

Mary Pat Foley abrió los ojos en cuanto el sol se asomó por la ventana del despacho de su marido. Se frotó los ojos y miró el reloj: eran las siete y veinte. Por lo general, a estas horas llevaba un buen rato en pie, pero tampoco solía acostarse más tarde de las cuatro de la madrugada. Se tendría que conformar con tres horas de sueño. Se levantó y fue hacia el baño particular de Ed, que contaba con ducha al igual que el suyo. En un rato usaría la suya; de momento se conformaría con un poco de

agua fría en la cara y una mirada al espejo que se transformó en mueca al descubrir el aspecto que tenía.

La directora adjunta de Operaciones de la Agencia Central de Inteligencia sacudió la cabeza, antes de estremecer el cuerpo entero para poner en marcha su circulación sanguínea y se puso la blusa. Por último despertó a su marido con una ligera sacudida en el hombro.

—Sal del nido, pajarito, antes de que te atrapen los zorros. —¿Seguimos en guerra?— preguntó el director con los ojos cerrados.

—Me imagino que sí, pero todavía no lo he comprobado. —Se desperezó y se puso los zapatos—. Voy a comprobar el correo electrónico.

—De acuerdo, llamaré para que nos suban algo de desayunar —dijo Ed.

—Pide cereales, no comas huevos. Tienes el colesterol muy alto —comentó Mary Pat.

—Sí, cariño —refunfuñó con resignación.

—Así me gusta, pajarito. —Lo besó y salió por la puerta.

Tras realizar su visita matutina al baño, Ed Foley se sentó al escritorio y levantó el auricular para llamar al servicio de cocina ejecutiva.

—Café, tostadas, una tortilla de tres huevos, jamón y patatas fritas. —Con o sin colesterol, tenía que poner su cuerpo en funcionamiento.

—Tiene correo —dijo una voz mecánica.

—Perfecto —suspiró la subdirectora.

Bajó el mensaje, lo archivó y lo imprimió siguiendo los pasos habituales, aunque de forma más pausada que de costumbre porque todavía estaba medio dormida y por tanto propensa a equivocarse. En circunstancias como éstas prefería actuar con mayor lentitud que de costumbre y de forma especialmente cuidadosa, como había tenido ocasión de aprender al convertirse en mamá por primera vez. Así que tardó cuatro minutos en lugar de los dos de costumbre, para imprimir una copia en papel del último informe Sorge del agente Mirlo. Se trataba de seis páginas de pequeños ideogramas. Levantó el auricular y pulsó el botón de marcado rápido para el doctor Sears.

—¿Diga?

—Aquí la señora Foley, tenemos uno.

—Allá voy, directora.

Se tomó un café mientras esperaba la llegada del doctor; la combinación del sabor con la cafeína la ayudó a enfrentarse al día con mejores ánimos.

—Ha llegado muy temprano —observó.

—En realidad he pasado la noche aquí. Tenemos que mejorar nuestra selección de televisión de pago —respondió el doctor Sears a la subdirectora, tratando de aligerar el ambiente.

Al verle los ojos se percató de las pocas probabilidades de que eso sucediera.

—Tenga —le entregó el documento—. ¿Café?

—Gracias —asintió sin levantar la vista del papel, estirando la mano para coger el vaso de plástico—. Lo de hoy es buen material.

—¿En serio?

—Así es. Fang describe una sesión del Politburó sobre los progresos en la guerra... tratan de analizar nuestros actos... sí, es más o menos lo que me esperaba...

—Cuénteme, doctor Sears —ordenó Mary Pat.

—Seguramente querrá que George Weaver también le eche un vistazo a esto, pero le anticipo lo que dirá: nos están interpretando basándose en su propia realidad política, especialmente al presidente Ryan... así es, dicen que si no les estamos atacando con más fuerza es por consideraciones políticas, opinan que pretendemos evitar que se enojen... —Sears tomó un sorbo de su café—. Este material es muy jugoso. Nos cuenta exactamente lo que están pensando sus líderes políticos, que resulta ser bastante erróneo. —Sears levantó la vista—. Directora, ellos nos entienden todavía menos que nosotros a ellos, incluso a ese nivel. Según creen, la postura del presidente Ryan es el resultado de un frío cálculo político. Zhang asegura que lleva el freno puesto para poder negociar con ellos, en cuanto hayan consolidado su control de las minas de oro y los pozos petrolíferos de Rusia.

—¿Qué hay de su avance?

—Según dicen, o mejor dicho, según dice el mariscal Luo, todo marcha de acuerdo con lo previsto, les ha sorprendido la ausencia de oposición rusa y que no hayamos atacado ningún objetivo dentro de sus fronteras.

—Eso es porque todavía no tenemos bombas en el lugar. Me acabo de enterar. Tenemos que llevar la munición hasta la zona por avión.

—¿En serio? Pues ellos todavía no lo saben. Creen que hemos decidido no actuar en su contra.

—De acuerdo, traduzcamelo. ¿Cuándo llega Weaver?

—Por lo general llega sobre las ocho y media.

—Revíselo con él en cuanto venga.

—Por supuesto —se despidió Sears.

—¿Se disponen a acostarse? —preguntó Aleksandrov—. Eso parece, camarada capitán —respondió Buikov con los prismáticos enfocados hacia los chinos.

Los vehículos de reconocimiento se encontraban juntos, cosa que sólo parecía suceder cuando se disponían a pasar la noche. Ambos hombres estaban un poco extrañados de que sólo operaran durante las horas diurnas, pero les estaban agradecidos; incluso los soldados tienen que descansar. En realidad tienen que descansar más que la mayoría, pensaban ambos. La tensión de tener que vigilar a los enemigos de su país, dentro de sus propias fronteras, les estaba pasando factura.

Los chinos eran meticulosos pero previsibles. Los dos vehículos de mando se mantenían juntos, los demás se distribuían por los alrededores, la mayoría por delante y unos trescientos metros por detrás para asegurar la retaguardia. Los tripulantes de los distintos vehículos se mantenían unidos por equipos. Cada grupo sacaba un hornillo para prepararse la cena, probablemente arroz, pensaron los rusos. Después del rancho dormían cuatro o cinco horas, se levantaban, preparaban el desayuno y se ponían en marcha antes del alba. Si no hubieran sido enemigos, los rusos habrían admirado su rigurosa disciplina. En su lugar, Buikov se preguntaba si podría atacarlos por sorpresa con dos o tres de sus carros blindados BRM y aniquilarlos con los cañones rápidos de 30 milímetros. Pero Aleksandrov nunca lo permitiría. Los oficiales siempre logran impedir todo lo que pretendan hacer los sargentos.

El capitán y su sargento caminaron de regreso al vehículo, dejando a tres soldados de reconocimiento para que siguieran vigilando a sus «invitados», como acostumbraba a llamarlos Aleksandrov.

—¿Cómo se encuentra, sargento? —preguntó el oficial en voz baja.

—Me irá bien dormir un poco —respondió Buikov dirigiendo la vista atrás.

Habían superado un pequeño promontorio que los separaba de los chinos, además de la protección que les brindaba el bosque. Encendió un cigarrillo y dejó escapar un largo suspiro de relajación.

—Esto es más complicado de lo que esperaba.

—¿En serio?

—Así es, camarada capitán. Siempre supuse que podríamos matar a los enemigos, hacerles de niñera es mucho más difícil.

—Lo entiendo, Boris Yevgeniyevich, pero recuerde que si hacemos bien nuestro trabajo, la división podrá matar a más de uno o dos enemigos. Nosotros somos los ojos, no los dientes.

—Lo que usted diga, camarada capitán, pero me siento como si estuviera filmando al lobo en vez de pegarle un tiro.

—Hay quien gana premios por filmar buenos documentales de la naturaleza, sargento.

Lo curioso del capitán, pensó Buikov, era que siempre procuraba razonar las cosas. No le caía del todo mal, era como si tratara de ser más un maestro que un oficial.

—¿Qué hay para cenar?

—Ternera y pan integral, camarada capitán. Incluso hay un poco de mantequilla. Pero no hay vodka —añadió el sargento con desagrado.

—En cuanto acabe todo esto podrá coger una buena borrachera, Boris Yevgeniyevich —prometió Aleksandrov.

—Si vivimos para contarlo, brindaré a su salud.

El vehículo estaba justo donde lo habían dejado y los hombres ya habían extendido las redes de camuflaje. No cabe duda de que este oficial logra que sus hombres cumplan las órdenes sin rechistar, pensó Buikov. Ese es el mismo espíritu de camaradería al que se refería mi abuelo cuando me contaba sus eternas batallitas, sobre matar alemanes camino a Viena, pensó el sargento.

El pan integral venía enlatado pero era sabroso, y tras calentarla en un hornillo de petróleo, la ternera tampoco estaba como para tirarla a la basura. El sargento Grechko apareció mientras terminaban de comer. Era el comandante del vehículo número tres y llevaba en la mano...

—¡No será lo que me imagino! —exclamó Buikov—. ¡Tú sí que eres un camarada, Yuriy Andreyevich!

Se trataba de una botella de medio litro de vodka de la marca más económica, BOAKA, cuyo tapón de aluminio no se podía reponer una vez se había descorchado la botella.

—¿De quién ha sido la idea? —preguntó el capitán.

—Camarada capitán, hace una noche fría y somos soldados rusos, necesitamos algo que nos ayude a relajarnos —respondió Grechko—. Ésta es la única botella que hay en la compañía, no creo que un trago nos haga mucho daño —añadió el sargento, apelando a la razón.

—De acuerdo, está bien —accedió Aleksandrov mientras extendía su taza metálica.

Le sirvieron unos sesenta gramos, esperó a que los demás recibieran su ración y comprobó que la botella estuviera vacía. Bebieron juntos y, efectivamente, tuvieron la sensación de que, a fin de cuentas, ser soldados rusos en mitad del bosque sirviendo a su madre patria no estaba tan mal.

—Mañana habrá que repostar combustible —dijo Grechko.

—Nos estará esperando un camión de combustible unos cuarenta kilómetros al norte, en el aserradero incendiado. Acudiremos uno por uno; esperemos que los chinos no quieran avanzar más de la cuenta.

—Ése debe de ser su capitán Aleksandrov —dijo el comandante Tucker—. Se encuentra a mil cuatrocientos metros de los chinos más próximos, eso es bastante cerca —comentó el norteamericano.

—Es un buen chico —respondió Aliyev—, se acaba de poner en contacto. Informa que los chinos se ciñen a sus procedimientos con una disciplina formidable. ¿Qué hay del grueso de la tropa?

—Los siguen a unos cuarenta kilómetros. También han montado campamentos para pasar la noche, pero éstos han encendido fogatas, como si quisieran informarnos de su ubicación exacta.

Tucker desplazó el ratón para mostrar los campamentos. La imagen del monitor

era verde sobre verde y los vehículos blindados chinos resaltaban como puntos brillantes, especialmente en la zona del motor que emitía calor residual.

—Esto es increíble —se admiró Aliyev.

—A finales de los setenta decidimos que nosotros jugaríamos de noche cuando todos los demás estuvieran ciegos. Tardamos un tiempo en desarrollar la tecnología, pero ya ve que funciona de maravilla, coronel. Ahora lo único que necesitamos son unos grandes.

—¿Unos qué?

—Ya lo verá, coronel, ya lo verá —prometió Tucker.

Lo mejor era que esta «toma» procedía del Grace Kelly, que sí estaba equipado con un señalizador láser en el fuselaje, que ahora mismo seguía las imágenes térmicas desde sus veinte mil metros de altitud. Guiadas por Tucker, las aeronaves de vigilancia continuaron hacia el sur para seguir realizando un recuento de las unidades chinas que penetraban en Siberia. Ya había dieciséis puentes de cinta sobre el río Amur y otros un poco más al norte, pero los puntos realmente vulnerables estaban mucho más al sur, en la zona de Harbin, dentro de territorio chino. Había numerosos puentes ferroviarios entre esa zona y Bei'an, donde terminaba la línea vital de suministros al Ejército de Liberación del pueblo chino. El Grace Kelly veía muchas locomotoras, la mayoría impulsadas por diésel, aunque también había algunas reliquias de vapor que se habían despolvado y reactivado, para mantener un flujo continuo de armas y provisiones hacia el norte. Lo más interesante era una especie de círculo de tránsito de reciente construcción, donde una serie de vagones cisterna descargaban algo, probablemente combustible diésel, en un oleoducto que los ingenieros se apresuraban a extender hacia el norte. Ese truco lo habían copiado de los norteamericanos. A finales de 1944, los ejércitos estadounidenses y británicos habían hecho lo mismo desde Normandía oriental hasta el frente. Tucker sabía que ése era un objetivo digno de atacar. El combustible diésel no era sólo alimento para un ejército en su avance, era el oxígeno que necesitaba para sobrevivir.

Había muchos hombres inactivos, probablemente obreros enviados para reparar vías dañadas. Además, los principales puentes tenían unidades de misiles tierra/aire y baterías antiaéreas. Los chinos sabían cuál era la importancia de estos puentes y trataban de protegerlos a toda costa.

No les servirá de nada, pensó Tucker. Levantó el auricular de la radio por satélite para comentar la situación con sus compañeros de Zhigansk, donde estaban redactando el libro de objetivos del general Wallace. Los soldados del ejército de tierra parecían reacios a enfrentarse a los chinos, pero el comandante Tucker no veía más que una constelación de objetivos. Para eliminar los objetivos puntuales debería usar municiones de ataque directo, y para los más amplios, armas de gran enfrentamiento, las grandes. Los chinos iban a encajar un duro golpe en la mandíbula

y era probable que, al igual que todos los ejércitos de campaña, tuvieran la mandíbula delicada. Siempre que se pudiera asestar un golpe lo bastante fuerte.

Los rusos del aeródromo no tenían ni idea de lo que era Federal Express y se quedaron atónitos al pensar que cualquier entidad que no fuera el gobierno, cualquier empresa privada, pudiera disponer de algo tan gigantesco como un avión de carga Boeing 747E.

Por su parte, los tripulantes, que en su mayoría habían recibido entrenamiento en la armada o en las fuerzas aéreas, nunca se habían imaginado que verían Siberia, salvo quizás a través de las mirillas de un bombardero estratégico B-52H. Las pistas de aterrizaje eran algo irregulares, con más baches que sus equivalentes norteamericanas, pero en tierra había un ejército entero a su disposición, para descargar las paletas con carretillas elevadoras, en el momento de levantar las compuertas de proa. Los equipos de vuelo no descendían siquiera del aparato. Llegaban camiones de abastecimiento de combustible y conectaban sus mangueras de diez centímetros de diámetro a las bocas correspondientes, para repostar los enormes tanques del avión y permitirle despegar cuanto antes, dejando vía libre en la pista para la siguiente llegada. Los aviones 747F tenían una sección de literas en la que descansaban los pilotos de recambio. Ni siquiera llegaban a bajarse del avión para tomarse una copa, sino que consumían los alimentos envasados que les habían entregado a su salida de Elmendorf. En total tardaron cincuenta y siete minutos en descargar las cien toneladas de bombas, que apenas alcanzaban para diez de los aviones de combate F-15E que se encontraban estacionados al final de la pista. No obstante, las carretillas elevadoras se dirigieron en esa dirección.

—¿Es cierto eso? —preguntó Ryan.

—Así es, señor presidente —respondió el doctor Weaver—. Con todo lo sofisticados que pueden llegar a ser, esa gente tiene una mentalidad muy cerrada, aunque por lo general todos cometemos el error de proyectar nuestras propias ideas hacia los demás.

—Sin embargo, yo dispongo de personas como usted para que me asesoren. ¿Quién los asesora a ellos? —preguntó Jack.

—Tienen algunos asesores buenos. El problema radica en que el Politburó no siempre les presta atención.

—Entiendo. Yo también me he encontrado con ese problema por aquí. ¿Esto es una buena, o una mala noticia?

—En principio podría tratarse de cualquiera de las dos cosas, pero tengamos en cuenta que ahora los entendemos mucho mejor a ellos, que ellos a nosotros —explicó Ed Foley a los presentes—. Eso nos da una ventaja fundamental, siempre que seamos capaces de jugar nuestras cartas con habilidad.

Ryan se estiró y se frotó los ojos. Robby Jackson tampoco estaba muy fresco,

aunque había logrado dormir cuatro horas en la habitación Lincoln (donde nunca había dormido el presidente en cuestión y su nombre se debía simplemente a que colgaba de la pared un retrato de Lincoln). El sabroso café jamaicano sirvió para centrar ligeramente la atención de los presentes.

—Me sorprende que el ministro de Defensa sea tan cerrado —pensó en voz alta Robby mientras leía de nuevo el informe de Sorge—. Los operadores de ese nivel están ahí para captar la imagen global. En cuanto una operación marcha tan bien como ésta, debes empezar a sospechar. Yo lo haría.

—De acuerdo, Robby, tú eras el dios de las Operaciones al otro lado del río. ¿Qué nos recomiendas? —preguntó Jack.

—El objetivo de cualquier operación de gran alcance es jugar con la psicología del contrincante. Debes tratar de llevarlo por el camino que más te interese, o bien introducirte en su círculo de decisiones, impedirle que analice los datos y tome una decisión. Creo que en este caso podemos lograrlo.

—¿Cómo? —preguntó Arnie Van Damm.

—El factor que comparten todos los planes militares de éxito a través de la historia es el siguiente: mostrarle al contrincante lo que quiere ver, y cuando está convencido de tenerlo todo atado y resuelto, cortarle las piernas de un solo golpe.

Robby se estiró, llamando por primera vez la atención de los presentes.

—Lo inteligente sería dejar que siguieran avanzando durante unos días más, para que se vayan confiando a medida que nosotros reunimos nuestras fuerzas... y atacarlos a continuación, sin previo aviso, con tanta fuerza que sientan que ha llegado el fin del mundo. ¿Mickey, cuál es su punto más débil?

El general Moore tenía la respuesta a esa pregunta.

—La logística, siempre la logística. Están consumiendo unas novecientas toneladas de combustible al día para mantener en marcha sus tanques. Tienen unos cinco mil ingenieros dedicados permanentemente al montaje y operación de un oleoducto que les mantenga surtidos. Si lo inutilizamos, podrán compensar un poco la deficiencia mediante camiones de combustible, pero no mucho...

—Y podemos usar los grandes para acabar con éstos —concluyó el vicepresidente Jackson.

—Ésa sería una manera —asintió el general Moore—. ¿Grandes? —preguntó Ryan.

—Hemos llevado a cabo esa estrategia y un par más durante los pasados ocho años —explicó Robby, para concluir—. Hace algunos años pasé un mes en China Lake con el prototipo. Funciona bien, siempre que dispongamos de suficientes unidades.

—Gus Wallace los ha puesto en el primer lugar de la lista de su carta para los reyes magos.

—El siguiente truco es el aspecto político —concluyó Jackson.

—Yo tengo una idea al respecto. ¿Cómo les está presentando esta guerra la República Popular China a sus propios habitantes?

Éste era el campo del profesor Weaver.

—Les cuentan que los rusos han provocado un incidente fronterizo, al igual que Hitler hizo con Polonia en 1939. Se trata de la técnica de la gran mentira. La han usado con anterioridad. Todas las dictaduras lo han hecho. Funciona si tienes el control sobre lo que ve tu población.

—¿Cuál es la mejor arma para combatir una mentira? —preguntó Ryan.

—La verdad, por supuesto —respondió Arnie Van Damm en nombre de todos—. Pero tienen controlados todos los canales de distribución de noticias. ¿Cómo podemos hacerle llegar la verdad a sus habitantes?

—¿Ed, cómo nos llega la información de Sorge?

—Por la red, Jack, ¿por qué?

—¿Cuántos ciudadanos chinos tienen acceso a un ordenador?

—Millones, ha habido un salto enorme en los últimos años. Por eso están robando la patente de Dell Computer de la que nos estuvimos quejando en las negociaciones comerciales y... ya entiendo —comentó Foley con una sonrisa—. Me gusta.

—Podría ser peligroso —advirtió Weaver.

—Doctor Weaver, no se puede hacer la guerra con todas las garantías —respondió Ryan—. En este caso, no se trata de una negociación entre amigos. ¿General Moore?

—Sí, señor.

—Dé las órdenes oportunas.

—Sí, señor.

—Lo único que podemos preguntarnos ahora es si funcionará.

—Jack —dijo Robby Jackson—, es como en el béisbol: juegas para averiguar quién es el mejor.

La primera división de refuerzo en llegar a Chita fue la doscientos uno. Los trenes llegaron a las vías laterales de descarga que se habían construido especialmente para este fin. Se habían diseñado y fabricado gran número de vagones de carga especiales para vehículos militares de oruga. A un extremo de cada vagón había rampas/puente que enlazaban con el vagón siguiente, permitiendo que los tanques condujeran directamente hacia las rampas de hormigón al final de cada tren. Los vagones no dejaban mucho espacio libre a cada lado del tanque y se precisaba cierto grado de pericia, pero los conductores seguían derechos y soltaban un suspiro de alivio al pisar la rampa de hormigón. Ya en tierra, había policías militares en el papel de guardias de tráfico, dirigiendo los vehículos blindados hacia sus zonas de reunión. Evidentemente, el comandante de la división motorizada de rifles doscientos uno y su personal ya se encontraban allí, expidiendo órdenes de campaña a los oficiales del

regimiento. Se les informaba de las rutas que debían seguir hacia el noreste para reunirse con el quinto ejército del general Bondarenko, que gracias a los refuerzos que iban en camino estaba a punto de convertirse en un verdadero ejército, en lugar de una expresión teórica sobre el mapa.

Al igual que las demás divisiones que estaban por llegar, la ochenta, la treinta y cuatro y la noventa y cuatro, la división doscientos contaba con lo último en armamento ruso y estaba plenamente equipada y lista para entrar en acción. Su primera misión consistía en avanzar a toda velocidad hacia el norte y el este, para colocarse delante de la columna de los chinos. Sería una buena carrera. En esta parte de Rusia no abundaban las carreteras y las que había eran de grava sin asfaltar, lo cual no suponía ningún problema para los tanques. Lo que sí iba a suponer un problema era el combustible: había pocas gasolineras para atender a los escasos vehículos que circulaban por esa zona en tiempo de paz. El doscientos uno había requisado todos los camiones cisterna que habían podido encontrar sus oficiales. Aun así, los encargados de logística se temían que no alcanzara. Pero no tenían muchas alternativas y si podían llevar sus tanques hasta el campo de batalla, lucharían con ellos, aunque fuera desde posiciones estáticas, si llegaba el caso.

Una de las pocas cosas que tenían a su favor era la red de líneas telefónicas, que les iba a permitir comunicarse sin recurrir a las radios. La zona estaba bajo una orden tajante de silencio radiofónico para conservar el elemento sorpresa. Las fuerzas aéreas rusas y norteamericanas tenían la misión de eliminar cualquier avión chino de reconocimiento táctico que se aventurara por la zona. De momento habían tenido éxito. Habían derribado un total de diecisiete aeronaves J-6 y J-7 antes de llegar a Chita.

El problema de la vigilancia china se confirmó nada menos que en París. La empresa francesa SPOT, que operaba satélites fotográficos comerciales, había recibido numerosas peticiones de sus imágenes de Siberia. Aunque muchas parecían proceder de empresas legítimas y de agencias de noticias del mundo occidental, todas se habían rechazado de inmediato. Los satélites de SPOT no eran tan perfectos como los pájaros norteamericanos, pero permitían distinguir la acumulación de trenes en las inmediaciones de Chita.

La embajada de la República Popular China todavía estaba abierta y funcionando, por lo que el otro foco de preocupación era que el Ministerio de Seguridad del Estado chino seguía contando con ciudadanos rusos como espías a sueldo, proporcionando información al enemigo más reciente de su país. Los servicios federales rusos de seguridad detuvieron e interrogaron a todos aquellos de quienes albergaban sospechas, y los que ya se encontraban detenidos fueron sometidos a interrogatorios más exhaustivos.

Klementi Ivanovich Suvorov se encontraba entre estos últimos.

—Estabas al servicio de una potencia enemiga —comentó Pavel Yefremov—. Asesinaste por encargo de un país enemigo y conspiraste para asesinar al presidente de nuestro país. Lo sabemos. Llevamos algún tiempo vigilándote. Tenemos esto —produjo una fotocopia del bloc recuperado del punto de encuentro del parque—. Puedes decidirte a hablar o puedes enfrentarte a un pelotón de fusilamiento. Es tu vida la que está en juego, no la mía. Tú eliges.

En las películas, éste sería el momento en el que el sospechoso diría con gallardía: «me vais a matar de todas formas», pero Suvorov tenía tan pocas ganas de morir como cualquiera. Él también amaba la vida y sencillamente nunca se había imaginado que lo atraparían, como tampoco se lo esperan la mayoría de los rateros callejeros. De hecho, él se había sentido más inmune todavía que un ratero callejero porque se consideraba un dechado de ingenio e inteligencia, aunque por motivos comprensibles, su certeza se había tambaleado un poco en los últimos días.

Las perspectivas que se le presentaban a Klementi Ivan'ch Suvorov no eran demasiado halagüeñas. Gracias a su etapa en el KGB, sabía lo que le esperaba: un tiro en la nuca, a menos que pudiera darle a sus interrogadores algo lo bastante valioso como para que le perdonaran la vida; a estas alturas, la idea de pasar el resto de su vida en un campo de trabajos forzados se le antojaba preferible a la otra alternativa.

—¿De verdad habéis detenido a Kong?

—Ya te lo hemos dicho antes, pero no, no lo hemos detenido. ¿Por qué debemos revelarles que estamos al corriente de sus operaciones? —respondió con franqueza Yefremov.

—En ese caso, podéis usarme a mí contra ellos.

—¿Y cómo pretendes que hagamos eso? —preguntó el agente del servicio de seguridad.

—Les puedo decir que su operación está en marcha, pero que la situación de Siberia no me permitió completarla a tiempo.

—Y en caso de que Kong no pueda salir de su embajada, que a estas alturas está totalmente vigilada y aislada, ¿cómo le entregarías el mensaje?

—Por correo electrónico. Podéis vigilar sus líneas fijas, pero es mucho más complicado controlar las líneas de telefonía móvil. Tenemos un sistema de comunicaciones electrónicas de emergencia.

—¿Y no les hará sospechar que no hayas utilizado el sistema hasta ahora?

—Eso tiene una explicación muy sencilla. Al inicio de las hostilidades, mi contacto del Spetsnaz se asustó y yo traté de pasar inadvertido.

—Pero ya hemos comprobado tus cuentas de correo electrónico.

—¿Creéis que las iba a anotar en alguna parte? —se tocó la sien con el índice—. ¿Creéis que estoy completamente loco? —A ver, dinos tu propuesta.

—Les diré que estoy en situación de seguir adelante con la misión. Necesito que

me lo autoricen con una señal, por ejemplo, colocando las persianas de su embajada en una posición determinada.

—¿Y a cambio?

—A cambio, no me ejecutáis —sugirió el traidor.

—Ya veo —respondió en voz baja Yefremov.

No le importaría pegarle un tiro al traidor ahora mismo, pero quizás sería políticamente útil aceptar su propuesta. Se la remitiría a los jefes.

Lo malo de estar vigilándolos es que había que anticiparse a todos sus movimientos, lo cual suponía dormir menos que ellos, como mínimo una hora menos, según los cálculos de Aleksandrov. Lo habían reducido a una hora gracias a lo previsible que habían demostrado ser los chinos. Ya se había tomado su té matutino. El sargento Buikov se había fumado dos cigarrillos con el suyo y estaban tendidos en la tierra húmeda por el rocío, observando a través de los prismáticos. Algunos soldados chinos también habían pasado la noche fuera de sus vehículos, a unos cien metros de distancia. No demuestran tener mucha iniciativa, pensó el capitán. El hubiera puesto vigías en un radio mucho más amplio, por lo menos a medio kilómetro, con radios y armas. De hecho, también habría instalado un mortero por si veían algo peligroso. Pero el zorro y el jardinero parecían a la vez conservadores y confiados, lo cual no dejaba de ser una curiosa combinación de características.

Sin embargo, su rutina de la mañana era muy precisa: sacaban los hornillos de petróleo para calentar el té, probablemente té, pensaban todos, y el resto de su desayuno. A continuación quitaban las redes de camuflaje. Los vigías regresaban e informaban a sus oficiales y todos subían a los vehículos. Realizaban un primer trayecto muy corto, de medio kilómetro más o menos, tras el cual los soldados de reconocimiento bajaban e inspeccionaban la zona, regresaban a informar y subían de nuevo a los vehículos para un segundo tramo mucho más largo.

—En marcha, sargento —ordenó Aleksandrov.

Corrieron a su transporte para realizar el primer tramo por el bosque, en su tercer salto hacia atrás.

—Ahí van de nuevo —dijo el comandante Tucker.

Había conciliado el sueño en un colchón delgado durante tres horas, a un metro escaso del monitor del avión de vigilancia. De nuevo el Ingrid Bergman estaba en una posición que mostraba los elementos de reconocimiento y el grueso de las tropas chinas.

—Parecen ceñirse al reglamento de forma tajante.

—Eso parece —asintió el coronel Tolkunov.

—En ese caso, esta noche llegarán hasta aquí —señaló Tucker en el mapa con una marca verde—. A ese ritmo estarán en la mina de oro pasado mañana. ¿Dónde piensan interceptarlos? —preguntó el comandante.

—Eso dependerá de la velocidad de avance de la dos cero uno.

—¿Gasolina? —preguntó Tucker.

—Diesel, pero efectivamente, ése es el mayor obstáculo al desplazar una fuerza de ese tamaño.

—En nuestro caso, el problema son las bombas.

—¿Cuándo empezarán a atacar objetivos chinos? —preguntó Tolkunov.

—Ese no es mi departamento, coronel, pero en cuanto suceda podrá ver una retransmisión en directo y a todo color.

Ryan había dormido una siesta de dos horas por la tarde, mientras Arnie Van Damm atendía sus compromisos (el jefe del Estado Mayor también necesitaba dormir, pero al igual que la mayoría de los presentes en la Casa Blanca, le daba más importancia a las necesidades del presidente que a las suyas propias). Después de su siesta, el presidente veía por televisión las imágenes captadas por el Ingrid Bergman.

—Esto es increíble —comentó—. Me dan ganas de coger el teléfono y decirles dónde llevar sus tanques.

—Tratamos de no hacer eso, señor —se apresuró a decir Mickey Moore.

En Vietnam habían intentado una táctica llamada «el líder de escuadrón en el aire»: los comandantes de batallón dirigían a los sargentos en sus patrullas, a veces con consecuencias nefastas. El milagro de las comunicaciones modernas también podía convertirse en una maldición, con la consecuencia previsible de que los soldados del frente tendían a hacer caso omiso de sus radios o a apagarlas del todo hasta que necesitaran enviar algún informe o solicitar ayuda.

Ryan asintió. Había estado en los marines como alférez. Aunque no fue una etapa demasiado larga, él la recordaba como un trabajo muy exigente para un muchacho recién salido de la universidad.

—¿Los chinos saben que estamos viendo esto?

—Por lo que sabemos, no. Si lo supieran estarían tratando de derribar nuestra aeronave por todos los medios y lo notaríamos. De todas formas, son difíciles de derribar: son casi invisibles al radar y, según me cuentan las fuerzas aéreas, apenas perceptibles a simple vista.

—No hay muchos aviones de combate capaces de llegar a veinte mil metros, y mucho menos permanecer ahí un tiempo —asintió Robby—. Incluso los Tomcat lo tendrían difícil.

También tenía los ojos pegados al monitor. Jackson estaba seguro de que ningún oficial en la historia de las operaciones militares había contado nunca con una capacidad como ésta, ni siquiera con un dos por ciento de la misma. Los mayores esfuerzos en las guerras siempre habían consistido en localizar al enemigo para poder atacarlo. Estos juguetes convertían todo el asunto en una película de Hollywood; si los chinos hubieran conocido su existencia, les habría dado un ataque. Gran parte del

trabajo de diseño de los aviones Dark Star tenía como objetivo evitar que eso sucediera. Los transmisores eran direccionales y apuntaban directamente a los satélites, en vez de emitir en todas direcciones con ondas de radio. Lograban pasar tan desapercibidos como agujeros negros, en su órbita veinte kilómetros por encima del campo de batalla.

—¿Cuál es el factor más importante de esta situación? —preguntó Jack al general Moore.

—La logística, señor, siempre la logística. Como le comentaba esta mañana, están quemando mucho combustible y les costará mucho reabastecerse. Los rusos tienen el mismo problema. Tienen una nueva división que se desplaza a toda prisa para cortar el paso a la avanzadilla china por la zona de Aldan, cerca del yacimiento de oro. No estoy completamente seguro de que vayan a lograrlo, incluso por carretera y sin oposición. Tienen que desplazar grandes cantidades de combustible; además, se les estarán gastando las orugas de sus tanques. No viajan con camiones de transporte como nosotros, sus tanques tienen que llegar por sus propios medios y son mucho más delicados de lo que parecen. Calculo que la marcha ya les restará una tercera parte de sus efectivos.

—¿Podrán combatir? —preguntó Jackson.

—Utilizan el T-80U. Habría sido un contrincante formidable para nuestros M60A3, pero no es rival para los M1, y mucho menos para los M1A2. Imagino que será un combate equilibrado en términos de calidad contra los M-90 chinos. El problema es que los chinos tienen muchos más. Al final será cuestión de entrenamiento y habilidad. Las divisiones que han enviado los rusos al combate son lo mejor que tienen en equipamiento y entrenamiento. De todas formas, la pregunta es: ¿serán lo bastante buenos? Habrá que esperar para comprobarlo.

—¿Qué pasa con los nuestros?

—Empezarán a llegar a Chita mañana por la mañana. Los rusos quieren que se reúnan y se dirijan al sureste, con la intención de detener a los chinos en seco y cortarles las líneas de suministro cerca del río Amur. Suena bien en teoría —dijo Mickey Moore, sin el menor atisbo de emoción—, y los rusos nos aseguran que tienen todo el combustible que podamos precisar en unos depósitos subterráneos que llevan ahí casi cincuenta años. Ya lo veremos.

LV. CAREOS Y ESCARAMUZAS

El general Peng se encontraba en el frente, junto a la avanzadilla de su primera división blindada, la trescientos dos. Todo marchaba viento en popa... tanto que había empezado a inquietarse. ¿Dónde se había metido la oposición?, se preguntó. Ni un tiro de rifle, mucho menos un ataque de artillería. ¿Acaso los rusos dormían profundamente o carecían de tropas en la zona? Disponían de una sección completa del ejército en Chabarovsk al mando del tal Bondarenko, que al parecer era un oficial competente, incluso valiente. ¿Pero dónde demonios estaban sus tropas? La sección de inteligencia le informaba de que había una división motorizada completa en la zona, la doscientos sesenta y cinco. No cabía duda de que una división rusa de rifles era una formación muy bien diseñada, con la fuerza necesaria para perforar cualquier columna y suficiente infantería para mantener una posición. En teoría. ¿Pero dónde demonios estaba? ¿Y dónde estaban los refuerzos que habrían pedido los rusos? Peng había pedido información y se suponía que las fuerzas aéreas habían enviado aeronaves de reconocimiento fotográfico en busca del enemigo, todo en vano. Había imaginado que pasaría gran parte de esta campaña sin compañía, aunque no completamente solo. Cincuenta kilómetros por delante de la trescientos dos blindada había una avanzadilla de reconocimiento, que no había encontrado más que unas huellas leves, posiblemente frescas, posiblemente no. Los pocos helicópteros que habían sobrevolado la zona no habían visto nada. Deberían haber visto algo, cualquier cosa, pero sólo vieron unos civiles que se apresuraron a escabullirse en seguida.

Entretanto, sus tropas seguían avanzando por este antiguo camino creado para el ferrocarril, con toda la facilidad que ofrecía el amplio camino. Lo único que le tenía un poco preocupado era el suministro de combustible, aunque también eso se estaba logrando de forma admirable: doscientos camiones cisterna de diez mil litros cada uno lo mantenían abastecido desde el oleoducto que construían los ingenieros, a un ritmo de cuarenta kilómetros al día desde los márgenes del río Amur. En realidad, ésa estaba resultando ser la hazaña más impresionante de la guerra: los ingenieros del regimiento instalaban las tuberías y las enterraban en zanjas de un metro de profundidad. La única parte que no podían ocultar eran las estaciones de bombeo, pero contaban con abundantes piezas de recambio para reconstruirlas en caso de bombardeo.

No, en realidad la única preocupación de Peng era el paradero del ejército ruso. Había dos opciones: sus informes de inteligencia estaban equivocados y en realidad no había fuerzas rusas en la zona, o bien sí las había, pero estaban huyendo para evitar la confrontación, impidiéndole cazarlos y destruirlos. ¿Pero acaso los rusos habían rehuido defender su territorio en alguna ocasión? Los chinos hubieran

defendido con fuerza su país. Esto no correspondía a la fama que se había ganado Bondarenko. Nada de esto tenía sentido. Peng suspiró. Pero a menudo el campo de batalla es así, se dijo a sí mismo. De momento podía alegrarse de llevar un ligero adelanto respecto al programa y de que las minas de oro, su primer objetivo estratégico, se encontraban a tres días de marcha. Nunca había visto una mina de oro.

—¡Maldición! —espetó Pavel Petrovich—. Ésta es mi tierra, ¡ningún chino me la va a quitar!

—Pasha, están a tres o cuatro días de marcha.

—¿Y? Llevo más de cincuenta años viviendo aquí y no tengo intención de marcharme.

La actitud del hombre era algo más que desafiante. El director de la empresa minera había acudido en persona para convencerlo y esperaba que accediera sin vacilar; pero se había equivocado en su opinión respecto al viejo.

—Pasha, no podemos dejarte aquí a la merced de los chinos. Esto es lo que han venido a buscar, es el motivo de su invasión...

—¡Pues no lo conseguirán sin luchar! —replicó—. He matado alemanes, he matado osos y he matado lobos. Ahora mi toca matar chinos. ¡Soy un viejo, no una vieja, camarada!

—¿Te enfrentarás a los soldados enemigos?

—¿Y por qué no? —preguntó Gogol—. Esta es mi tierra. Conozco bien los rincones, sé dónde esconderme y sé disparar. No será la primera vez que mate soldados enemigos.

Señaló la pared donde colgaba su viejo rifle de servicio; el director de la mina distinguía con claridad las muescas que había hecho en la culata, una por cada soldado alemán.

—He cazado lobos y he cazado osos. También puedo cazar hombres.

—Eres un hombre mayor. Luchar en la guerra es cosa de jóvenes.

—No hace falta ser atleta para apretar el gatillo, camarada; además, yo conozco estos bosques.

Gogol recalcó sus palabras bajando de la pared el viejo rifle de francotirador de la gran guerra patriótica, dejando de lado el moderno rifle austríaco, para dejar claro que había utilizado el arma con anterioridad y no dudaría en volver a hacerlo. En la pared tenía una colección de pieles de lobo plateado, la mayoría abatidos de un único tiro en la cabeza. Acarició una de las pieles y se dirigió a sus invitados.

—Soy ruso. Defenderé mi patria.

El jefe minero pensó que informaría a los militares; quizá ellos lograrían sacarlo de allí. Pero él no tenía especiales ganas de quedarse a conocer el ejército chino y decidió marcharse. Pavel Petrovich Gogol los vio salir, abrió una botella de vodka y se tomó un trago. A continuación limpió su arma y empezó a pensar en los viejos

tiempos.

El diseño de la estación de tren se ajustaba adecuadamente a sus requisitos, pensó el coronel Welch. Los diseños rusos podían tener un aspecto tosco, pero funcionaban a la perfección, además, la distribución de la estación era más práctica de lo que parecía a primera vista. Los trenes entraban marcha atrás a un triángulo de giro que les daba acceso a diez rampas de descarga, operados con habilidad y aplomo por los técnicos rusos. La gran locomotora eléctrica VL80T entró con suavidad, mientras los conductores observaban desde el último vagón para aplicar los frenos en cuanto llegase a la rampa. Cuando el tren se detuvo, los soldados saltaron de los vagones de pasajeros y subieron a sus carros de combate, para ponerlos en marcha y bajarse del convoy. El proceso completo de descarga del tren no duró más de treinta minutos. El coronel Welch estaba impresionado; cuando había llevado a su familia a Disneylandia en el tren portacoche, la operación de descarga en Sanford, Florida, había durado una hora y media. No tuvieron que esperar más. Las enormes locomotoras VL (llamadas así en honor de Vladimir Lenin) se dirigieron de inmediato a la vía de salida para regresar hacia el oeste y cargar otras diez mil toneladas de material y vagones. Al parecer, los rusos eran capaces de poner las cosas en marcha en cuanto lo necesitaban.

—¿Coronel?

Welch se giró y vio a un comandante ruso que ofrecía un saludo formal.

—Dígame.

—El primer tren con su personal debe llegar en cuatro horas y veinte minutos. Los llevaremos al punto de encuentro sur. Ahí tendrán combustible si lo necesitan y dispondrán de guías para llevarlos hacia el este.

—Entendido.

—Entretanto, si desean comer algo, hay una cantina en el edificio principal de la estación.

—Gracias, pero de momento estamos bien.

Welch se acercó a su radio vía satélite para comunicar la información al general Diggs.

El coronel Bronco Winters ya tenía siete estrellas rojas pintadas en la cabina de su F-15E, además de las cuatro banderas de la guerra anterior. Podría haber añadido unos símbolos representando hojas de marihuana o de coca, pero esa etapa de su vida era ya cosa del pasado, y esos ataques habían formado parte de una noche más negra que su tío Ernie de Harlem. Ahora se había convertido en un doble as del combate, de los que no habían tenido las fuerzas aéreas en servicio activo desde hacía muchos años. Se dirigió junto a sus hombres hacia lo que habían empezado a llamar la estación oso, en el margen occidental del avance chino.

Se trataba de una estación águila. A estas alturas había más de cien aviones F-16

en Siberia, aunque en su mayoría eran de combate aire/tierra en vez de aire/aire, por lo que el combate aéreo seguía siendo responsabilidad suya y los pilotos de los F-16 se quejaban de ser ciudadanos de segunda. En opinión del coronel Winters lo eran, mequetrefes de un solo motor.

Salvo los F-16CG. Esos eran útiles porque su misión consistía en eliminar los radares enemigos y las lanzaderas de misiles tierra/aire. De momento, las fuerzas aéreas de Siberia, como ya se habían bautizado ellos mismos, no habían lanzado un solo ataque contra tierra. Había órdenes en contra y los pilotos que preferían bombardear a los pobres desgraciados del suelo que dedicarse a misiones más masculinas estaban decepcionados. Todavía no tenían suficientes bombas para una campaña en toda regla, así que se dedicaban a proteger a los aviones de apoyo por si los chinos decidían tratar de derribarlos, lo cual hubiera sido una misión posible pero muy difícil de llevar a cabo. De hecho, Bronco se sorprendía de que no lo hubieran intentado todavía. Por supuesto que perderían muchos cazas en el intento, pero de todas formas los estaban perdiendo, y ¿por qué no perderlos por una buena causa...?

—Líder Jabalí, aquí Aguila Dos, cambio.

—Aquí Líder Jabalí.

—Tenemos actividad: gran número de bandidos a uno-cuatro-cinco respecto a su posición, ángeles tres-tres, distancia cuatrocientos kilómetros, dirigiéndose al norte a seiscientos nudos, contamos más de treinta bandidos y parecen dirigirse directamente hacia nosotros, Líder Jabalí —informó el controlador desde el AWACS.

—Entendido, cambio. Jabalíes, aquí el Líder —dijo a su escuadrilla—. Vamos a mantener los ojos abiertos.

—Dos.

—Tres.

—Cuatro —respondieron los demás.

—Líder Jabalí, aquí Aguila Dos. Los bandidos acaban de superar la barrera del sonido y se dirigen directamente hacia nosotros. Parece que van en serio. Viren a la derecha al rumbo uno tres cinco y prepárense para el combate.

—Entendido, Aguila. Aquí Líder Jabalí, seguidme a la derecha al uno tres cinco.

—Dos.

—Tres.

—Cuatro.

Antes que nada, Winters comprobó su nivel de combustible, tenía de sobra. A continuación miró el monitor de su radar para ver la imagen transmitida desde el AWACS y comprobó que efectivamente llegaba una pandilla de bandidos, lo que parecía ser un regimiento entero de pilotos de combate chinos. Los cabrones le habían leído el pensamiento.

—Joder, Bronco, parece que nos metemos en una pelea callejera.

—Tranquilo, Ducky, nuestros cuchillos son mejores.

—Si tú lo dices, Bronco —respondió el otro líder de pareja.

—Vamos a separarnos, equipo —ordenó el coronel Winters.

La escuadrilla de aviones F-15C se separó en dos parejas, que a su vez también se separaron, para poder cubrir al compañero pero evitar que un solo misil derribara ambos aviones.

Vio por el monitor entre sus piernas que los aviones chinos estaban a poco más de ciento cincuenta kilómetros y que sus vectores de velocidad marcaban más de ochocientos nudos. La imagen se emborronó un poco.

—Líder Jabalí, parece que acaban de soltar sus depósitos.

—Entendido.

Habían quemado combustible adicional para ganar altitud y se disponían a entrar en combate con los tanques llenos. Tendrían más autonomía que de costumbre y estaban a menos de trescientos kilómetros del avión E-3B que pretendían eliminar. Había treinta personas a bordo del 707 acondicionado y Winters conocía a la mayoría. Llevaban años trabajando juntos, sobre todo en maniobras. Cada controlador tenía una especialidad: había quien podía acercarte hasta un avión nodriza, quien te ayudaba en la caza y quien sabía defender el avión de los enemigos. Estos serían los que tomarían el mando en estos momentos. Los tripulantes pensarían que no era justo perseguir un avión obsoleto y acondicionado con tanto ahínco sólo porque actuaba como apuntador para los que estaban eliminando a sus camaradas. Pero así es la vida, pensó Winters. Aunque él haría lo posible para impedir que los bandidos dispararan a un avión de las fuerzas aéreas estadounidenses.

Estaban a ciento treinta kilómetros.

—Skippy, sígueme —ordenó el coronel.

—Entendido, Líder.

Ambos subieron a doce mil metros para utilizar la tierra fría como trasfondo para sus misiles termodirigidos. Volvió a comprobar su pantalla de radar. Había por lo menos treinta, lo cual era mucho. Si los chinos eran listos tendrían dos equipos: uno para atacar y distraer a los cazas norteamericanos y otro para tratar de derribar el objetivo principal. Trataría de centrarse en los segundos, pero si los primeros eran buenos combatientes, quizá no sería fácil.

Sus auriculares empezaron a emitir un tono de aviso. Se encontraba a cien kilómetros. ¿Por qué no disparar de una vez?, se preguntó a sí mismo. No los tenía dentro de su campo visual, pero estaban al alcance de sus misiles AMRAAM. Era el momento de darles en las narices.

—Ahí va un aniquilador —avisó por radio.

—Entendido, un aniquilador —respondió Skippy desde su posición a ochocientos metros.

—Fox uno —gritó Winters, al disparar otro misil.

El primer aniquilador viró a la izquierda en busca de su objetivo, uno de los cazas que dirigían el escuadrón enemigo. La velocidad combinada del misil y el caza enemigo debía superar los tres mil kilómetros por hora. Fijó la vista un instante en la pantalla del radar. Su primer misil parecía haber dado en el blanco, ¡sí! El punto se expandió en el monitor y empezó a caer. Ya iban ocho. Ahora tocaba el siguiente.

—¡Fox uno!

—Fox uno —respondió su lugarteniente.

—¡Derribo! —exclamó el teniente Acosta al cabo de unos segundos.

Por algún motivo, el segundo misil de Winters falló el blanco, pero no había tiempo de preguntarse por qué. Todavía tenía otros seis misiles AMRAAM, de los cuales disparó cuatro en el minuto siguiente. A estas alturas ya veía a los cazas enemigos. Eran aviones Shenyang J-8I1, también equipados con radares y misiles. Winters encendió su dispositivo de interferencia; se preguntó si funcionaría contra estos cazadores y si los misiles enemigos dispondrían del mismo sistema integral de selección de objetivo que sus Sidewinders. Pronto tendría oportunidad de averiguarlo, pero no antes de disparar dos más de sus armas.

—Vámonos a la derecha, Skippy.

—Te sigo, Bronco —respondió Acosta.

Joder —pensó Winters—, todavía quedan más de veinte de esos cabrones. Empezó a descender en picado y pidió un vector por radio.

—Líder Jabalí, aquí Águila, quedan veintitrés y siguen en camino. Se están separando en dos grupos. Uno de los grupos está a sus siete y se acerca.

Winters viró en dirección contraria para ver a los enemigos, tensando el cuello contra la fuerza G. Efectivamente, había un J-8, la versión china bimotor del MiG-21, tratando de encañonarlo con sus misiles, ¡no! Eran dos. Cerró el ángulo de giro y la fuerza gravitatoria subió a siete G; tras diez segundos interminables tuvo a los enemigos frente a la proa de su aparato. Encontró el gatillo de los Sidewinder con la mano izquierda y disparó dos misiles.

Los bandidos vieron las estelas de humo y se separaron en direcciones opuestas. Uno pudo escapar, pero ambos misiles encañonaron y volatilizaron al de la derecha. ¿Dónde se había metido el otro? Winters recorrió con la vista un cielo a la vez plagado y vacío. Su mecanismo de aviso empezó a emitir un desagradable chillido. Ahora podría averiguar si funcionaba o no el dispositivo de interferencia: alguien trataba de encañonarlo con un misil guiado por radar. Entornó la vista tratando de encontrar a su rival, pero no veía a nadie...

... ¡Una estela de humo! Un misil se dirigía aproximadamente hacía su posición, pero viró y explotó junto con su objetivo; Winters no pudo distinguir si se trataba de un amigo o un enemigo.

—Cuadrilla, aquí Líder Jabalí, ¿presentes? —preguntó—. Dos.

—Tres.

—Cuatro —respondió el último tras una pausa.

—¿Dónde estás, Skippy?

—Por debajo de ti y a tu derecha, a kilómetro y medio, Líder. Ojo, tienes un bandido acercándose a tus tres.

—¿Conque sí, eh?

Winters viró con fuerza a su derecha y escuchó el reconfortante tono de su buscador de objetivos, ¿pero se trataría de uno de los suyos o de un enemigo? Según su lugarteniente, era un bandido, pero no lo sabría hasta que...

Quienquiera que fuese, acababa de dispararle, así que respondió con un Sidewinder y empezó a descender en picado, soltando bengalas y metralla para distraer el misil enemigo; funcionó. El proyectil estalló a un kilómetro de distancia sin provocar el menor daño, pero su Sidewinder tuvo más acierto. Acababa de derribar a otro. Había perdido la cuenta de los que llevaba y no tenía tiempo de detenerse para contarlos.

—Skippy, ven conmigo. Nos vamos al norte.

—Entendido, Bronco.

Winters veía por lo menos ocho puntos en su radar dirigiéndose hacia el norte. Encendió el dispositivo de poscombustión para darles alcance y comprobó su nivel de combustible. Satisfactorio. El águila aceleró inmediatamente, pero de todas formas decidió soltar tuna estela de metralla y bengalas para protegerse de cualquier chino desconocido que decidiera dispararle un misil. El mecanismo de aviso no dejaba de emitir sus desagradables chillidos, aunque no escuchaba el tono regular que indicaba un misil encañonado. Echó un vistazo para comprobar qué armamento le quedaba: tenía tres Sidewinders AIM-9X. ¿Dónde diablos se había metido el resto del día?

—¡Le han dado a Ducky, le han dado a Ducky! —exclamó una voz—. ¡Mierda!

—Aquí Ghost Man, Ducky; acabo de eliminar al cabrón. Vira a la derecha y comprobaré los daños.

—Me he quedado sin un motor y el otro está dañado —informó el líder de la segunda pareja, más enojado que asustado.

No había tenido tiempo de asustarse todavía, aunque Winters estaba seguro de que dentro de treinta segundos empezaría a sentir miedo.

—Ducky, estás soltando una estela de vapor, te recomiendo que encuentres un lugar para aterrizar.

—Águila Dos, aquí Bronco, ¿qué pasa?

—Bronco, todavía quedan seis bandidos que se dirigen hacia nosotros. Rodeo está a punto de entrar en combate. Hay uno por delante de usted, a treinta kilómetros a la una, ángeles tres uno, velocidad siete cinco cero.

—Entendido, Águila, lo veo.

Winters viró ligeramente a la derecha y escuchó de nuevo un tono de confirmación.

—Fox dos —exclamó.

La estela de humo avanzó de frente durante varios kilómetros antes de girar hacia la izquierda, al acercarse al pequeño punto gris azulado v... ¡sí!

—Aquí Líder Rodeo —exclamó una nueva voz—. ¡Fox uno, Fox uno con dos!

—Aquí Conan, ¡Fox uno!

De repente la situación se puso tensa. Winters sabía que cualquiera de esas aniquiladoras podían acabar por alcanzarlo a él. Echó un vistazo para comprobar que el identificador de enemigos siguiera en verde. Se trataba de un dispositivo diseñado para informar a los radares y a los misiles norteamericanos de que él estaba de su lado, pero Winters no terminaba de confiar su vida por completo a un chip de ordenador y escudriñó el cielo en busca de estelas de humo que no se desplazaran lateralmente. Su radar había empezado a detectar al AWACS, que iniciaba sus maniobras evasivas con un viraje hacia el oeste. Sin embargo, su radar seguía transmitiendo, aunque los chinos se encontraban a menos de treinta kilómetros. ¡Mierda! Pero en seguida desaparecieron dos puntos de su radar y los restantes todos emitían señales amistosas.

Winters comprobó su armamento. Se había quedado sin misiles. ¿En qué momento había sucedido eso? Era el piloto más hábil de las fuerzas aéreas estadounidenses a la hora de mantener el control de una situación, pero acababa de despistarse en medio de un combate aéreo. No recordaba en qué momento había disparado sus últimos misiles.

—Águila Dos, aquí Líder Jabalí. Estoy winchester. ¿Necesitan ayuda?

«Winchester» significaba que se había quedado sin armamento, lo cual no era del todo cierto, ya que todavía contaba con un cargamento completo de proyectiles de veinte milímetros, pero de repente le empezó a pasar factura toda la emoción de los últimos acontecimientos. Sintió una pesadez en los brazos mientras regresaba a una posición habitual de vuelo.

—Líder Jabalí, aquí Águila. Parece que ya estamos bien, pero todo esto ha sido bastante emocionante, compañero.

—Así es, Águila. Lo mismo digo. ¿Queda algo?

Negativo, Jabalí. El Líder Rodeo despachó a los dos últimos. Creo que le debemos unas cervezas a ese comandante.

—Le tomo la palabra, Águila —comentó el Líder Jabalí—. ¿Ducky, dónde estás? —preguntó a continuación Winters.

—Estoy un poco ocupado, Bronco —respondió una voz debilitada—. También me han agujereado el brazo.

—Bronco, aquí Ghost Man. Ducky tiene unos cuantos hoyos en el fuselaje. Lo voy a acompañar hasta Suntar. Tardaré unos treinta minutos.

—¿Skippy, dónde estás?

—Te estoy siguiendo, Líder. Creo que me he cargado a cuatro, quizá cinco en la escaramuza.

—¿Te queda algo de armamento?

—Un aniquilador y un Sidewinder. Te cuidaré durante el descenso, coronel —prometió Acosta—. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Dos, quizá más, no estoy seguro —respondió el líder del escuadrón.

Podrían comprobar el recuento final con los datos capturados por el AWACS y con la filmación de su cámara. Ahora quería bajarse del avión y estirar las piernas, después de asegurarse de que llevaran a salvo al comandante Don Boyd Ducky y su avión.

—¿De modo que estamos tratando de despistarlos, Mickey? —preguntó el almirante Dave Seaton.

—Esa es la intención —respondió el comandante en jefe de la Flota al Jefe de Operaciones Navales.

—Tiene sentido. ¿Cómo están reaccionando ellos de momento?

—Según nos cuenta la CIA, opinan que hemos limitado nuestras acciones por motivos políticos, para no ofenderlos demasiado.

—¿En serio? —preguntó Seaton con cierta incredulidad.

—Así es —asintió Moore.

—Entonces es como tener una mano de ases y ochos —pensó en voz alta el comandante naval, refiriéndose a la última mano de póquer que había jugado James Butler el salvaje Bill Hickock en Deadwood, Dakota del Sur—. Sólo tenemos que elegir una misión que los enloquezca.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Moore.

—Podemos castigar bastante su armada. Bart Mancuso es un buen operador. ¿Qué es lo que más miedo les da...? —se preguntó Seaton mientras se estiraba en el sillón—. Lo primero que quiere eliminar Bart es su submarino con misiles. Está en alta mar seguido a unos veinte kilómetros por el Tucson.

—¿Tan lejos?

—No hace falta acercarse más. Hay otro SSN en las proximidades para protegerlo. El Tucson sólo tiene que eliminar a los dos, con un ¡zas!

Moore no entendía toda la terminología que usaba Seaton, pero notó que para el almirante, los buques chinos no eran más que un objeto, un blanco para destruir cuanto antes.

—Es posible que Pekín ni siquiera se entere en seguida, a menos que logren soltar una baliza de «buque hundido». En cuanto a su flota de superficie, todavía tendremos

menos dificultades. Esa tarea le corresponderá ante todo al bombardeo aéreo, con algunos misiles para mantener contenta a nuestra flota.

—¿Misiles lanzados desde los submarinos?

—Mickey, si quieres hundir un barco no te sirve de nada abrirle boquetes por encima de la línea de flotación —explicó Seaton—. Veamos si queremos lograr un golpe psicológico debemos realizar un ataque simultáneo a todos los objetivos. Para eso necesitamos movilizar muchos efectivos y nos arriesgamos a que la operación se vuelva muy complicada, lo cual puede poner sobre aviso al enemigo. Existe un grado de riesgo. ¿Estamos seguros de asumirlo?

—Ryan está contemplando el panorama completo y Robby le está echando una mano.

—Robby es piloto de combate —asintió Seaton—. Le encanta montar operaciones estilo Hollywood. Juraría que es más bajito todavía que Tom Cruise —bromeó Seaton.

—Es un buen planificador de operaciones. Fue un buen oficial —recordó Moore al oficial de marina.

—Sí, lo sé, pero le encanta hacer jugadas espectaculares. De acuerdo, lo podemos lograr, aunque se complica un poco el asunto.

Seaton se quedó pensativo durante unos instantes.

—¿Sabes qué los haría enloquecer?

—¿Qué? —preguntó Moore.

Seaton se lo explicó.

—¿Pero no tenemos capacidad para hacerlo, verdad?

—Es posible que no, pero no nos enfrentamos a militares profesionales, sino a políticos. Están acostumbrados a tratar con imágenes en vez de con la realidad, Mickey. Sólo tenemos que darles una imagen.

—¿Disponemos de las piezas necesarias para conseguirlo? —Déjame averiguarlo.

—Dave, esto es una locura.

—¿Y no es una locura enviar la primera división blindada a Rusia? —preguntó el comandante de Operaciones Navales.

Al teniente coronel Angelo Giusti no le habría importado renunciar a los viajes ferroviarios para el resto de su vida. No podía saber que todos los vagones dormitorio de la red ferroviaria estatal rusa se estaban utilizando para transportar efectivos del ejército ruso. Si no habían enviado uno solo de estos vagones hasta Berlín, no había sido con la intención de ofender a los norteamericanos, sino simplemente porque a nadie se le había ocurrido. Se percató de que el tren había girado para dirigirse al norte, pasó por encima de varias agujas y cruces hasta detenerse y empezó a retroceder lentamente. Parecían ser los únicos en la estación. Durante las últimas dos horas se habían cruzado con varios trenes que regresaban al oeste con vagones de

carga vacíos. El revisor que aparecía por el vagón de vez en cuando les había informado de que llegarían más o menos a esta hora, pero él se resistía a creerlo, pensando que cualquier sistema ferroviario que utilizara asientos tan incómodos sería incapaz de ceñirse a un horario establecido. Y, sin embargo, habían llegado a tiempo, frente a unas rampas de descarga de evidente utilidad.

—Muchachos, creo que hemos llegado —comunicó el comandante de los Quater Horse a su personal.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó uno de sus hombres.

Al cabo de unos segundos, el tren se detuvo y pudieron bajar al andén de hormigón que se extendía por lo menos mil metros hacia el este. Cinco minutos después, la tropa se dirigía a sus vehículos, refunfuñando y desperezándose.

—¡Angie, aquí! —llamó una voz familiar.

Giusti vio al coronel Welch y se acercó con un saludo.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Giusti.

—Hay un verdadero embrollo hacia el este, pero tenemos algunas buenas noticias.

—¿Como por ejemplo?

—Que disponen de abundante combustible. He estado enviando destacamentos de seguridad y los rusos nos aseguran que tienen depósitos de combustible del tamaño de un lago. Parece que no nos vamos a quedar secos.

—Eso está bien. ¿Qué hay de mis helicópteros?

Welch le señaló un OH-58D Kiowa Warrior que se encontraba a trescientos metros.

—Gracias a Dios, ¿cuáles son las malas noticias?

—Los chinos han enviado a Siberia cuatro ejércitos completos de grupo A, que ya se dirigen al norte. Todavía no se ha producido ningún enfrentamiento, porque los rusos les están dejando vía libre hasta que dispongan de fuerzas suficientes para oponer una verdadera resistencia. Tienen una división motorizada de rifles en la zona y cuatro más en camino. Los últimos acaban de salir de esta estación hace escasamente hora y media.

—¿Entonces cuántas son, dieciséis divisiones pesadas en la fuerza de invasión?

—Más o menos —asintió Welch.

—¿Cuál es mi misión?

—Reúna su escuadrón y diríjase al sureste. La primera división armada deberá cortar la cola del avance e interrumpir su línea de suministro. A continuación, los rusos tratarán de frenarlos unos trescientos kilómetros al noreste de aquí.

—¿Serán capaces de lograrlo?

Cuatro divisiones rusas enfrentadas a dieciséis divisiones chinas no parecía una lucha muy equilibrada.

—No estoy seguro —reconoció Welch—. Usted deberá desplegar la seguridad de avance de la división. Pónganse en marcha aseguren el primer depósito de combustible. A partir de ahí, veremos cómo progresa la situación.

—¿De qué apoyo disponemos?

—De momento, las fuerzas aéreas se limitan a misiones de combate aéreo. Todavía no se han realizado incursiones profundas porque no tenemos suficientes bombas para llevar a cabo una campaña en toda regla.

—¿Qué hay del reabastecimiento?

—Disponemos de dos cargas básicas para cada carro blindado y deberemos arreglarnos con eso durante un tiempo. También tenemos por lo menos cuatro unidades de fuego para la artillería.

Se refería a que había suficientes proyectiles para cuatro días de campaña, según las previsiones del ejército para un día de combate intenso. Los burócratas de abastecimiento que realizaban los cálculos no escatimaban gastos con los proyectiles. Ambos sabían que durante toda la guerra del Golfo, ninguno de los tanques había agotado su provisión entera para el primer día. Sin embargo, esa guerra había sido muy diferente. Nunca había dos guerras iguales y la tendencia era a que empeoraran en cada ocasión.

Giusti se giró al oír el sonido del primer motor al arrancar. Se trataba de un carro de exploración Bradley M3A2; el sargento en la posición de mando parecía aliviado de ponerse en marcha. Un oficial ruso que realizaba las tareas de control de tráfico indicó al Bradley que avanzara y girara a la derecha hasta el área de reunión. Acababa de llegar a la siguiente rampa de descarga otro tren con la tropa «A», la vengadora, que incluía el primer destacamento de maquinaria pesada de los Quater Horse: nueve de los tanques principales de combate M1A2.

—¿Cuánto tardará en llegar todo el material? —preguntó Giusti.

—Según me dicen, noventa minutos —respondió Welch—. Eso está por ver.

—¿Qué es esto? —preguntó un capitán al contemplar la pantalla.

El avión de apoyo E-3B, conocido como Aguila Dos, se encontraba de nuevo en tierra en Zhigansk. La tripulación seguía bastante alterada. Había una profunda diferencia entre realizar maniobras en casa y ser objeto de un ataque real de aviones de combate sedientos de sangre. Habían entregado las grabaciones del combate al personal de inteligencia, que contemplaban la acción con un poco más de frialdad, aunque veían que las fuerzas aéreas chinas habían lanzado un regimiento entero de sus mejores cazas contra el AWACS. Es más, los habían enviado sin billete de vuelta: los pilotos chinos habían llegado quemando todo el combustible y no podrían haber regresado a su base. Así que habían estado dispuestos a intercambiar treinta aviones de combate por un solo E-3B. Pero el capitán se dio cuenta de que la misión no se había limitado a eso.

—Mire, aquí —le indicó a su coronel—. Tres, no cuatro, aeronaves de reconocimiento que pasaron y se dirigieron al noroeste.

Rebobinó la grabación y la pasó de nuevo.

—No llegamos a tocar a uno solo de estos aparatos. En realidad, ni los hemos visto.

—Entiendo, pero no voy a culpar a la tripulación del avión de apoyo, capitán.

—No me refería a eso, señor. Pero los chinos acaban de conseguir imágenes de Chita y de las unidades rusas que avanzan al norte. Acabamos de perder el elemento sorpresa, coronel.

—Tendremos que empezar a pensar en bombardear algunos de esos aeródromos.

—¿Ya disponemos de las bombas?

—No estoy seguro, pero voy a informar al general Wallace ¿Cómo va la cuenta del combate aéreo?

—El coronel Winters derribó por lo menos a cuatro, más dos probables. Ese oficial se está ganando los galones a pulso. Pero fueron los pilotos de F-16 quienes le salvaron el pellejo al AWACS. Esos dos J-8 se habían acercado bastante hasta que los derribó Rodeo.

—A partir de ahora dedicaremos más efectivos a defender los E-3 —comento el coronel.

—Buena idea, señor.

—Dígame —dijo Peng, dirigiéndose al oficial de inteligencia que se le acercaba.

—Los elementos de reconocimiento aéreo nos informan de que hay columnas motorizadas a ciento cincuenta kilómetros hacia el oeste, dirigiéndose al norte y al nordeste.

—¿Número de efectivos? —preguntó el general.

—No estamos seguros. Todavía no se ha completado el análisis de las fotografías, pero por lo menos se trata de un regimiento, quizá más.

—¿Dónde se encuentran, exactamente?

—Aquí, camarada general —señaló el oficial de inteligencia en un mapa—. Los hemos visto aquí, aquí y en toda esta franja. Según el piloto, había un gran número de tanques y vehículos de oruga.

—¿Abrieron fuego contra él?

—No, parece ser que no le dispararon ni una salva.

—Así que se apresuran hacia su objetivo. ¿Será alcanzar nuestro flanco o tomarnos la delantera? —se preguntó Peng, mirando el mapa—. Esto es lo que podía haber esperado. ¿Nos ha llegado algún informe de la avanzadilla?

—Camarada general, nuestros efectivos de reconocimiento nos comunican que han localizado huellas de vehículos, pero no se ha establecido contacto visual con el enemigo. Nadie les ha disparado y sólo han visto a algunos civiles.

—Dense prisa —los apremió Aleksandrov.

No sabía cómo habían llegado hasta aquí los soldados con su vehículo de abastecimiento, y en esos momentos le preocupaban más otros asuntos. Le bastaba con que hubieran llegado. Su vehículo principal en estos momentos era el del sargento Grechko, que ya había llenado sus depósitos y había llamado por radio al resto de la compañía, para que se apresuraran hacia el norte con el fin de abastecer los demás vehículos, aunque por primera vez habían tenido que perder el contacto visual con la avanzadilla china. Aunque era peligroso dejar sin vigilancia a los chinos, Aleksandrov sabía que si no aprovechaban esta oportunidad para abastecerse de combustible a quizá no se les presentase otra.

—¿Cuándo llenan ellos los depósitos, camarada apitan? —pregunto de pronto el sargento Buikov—. Todavía no los hemos visto abastecerse.

—Pues es verdad —respondió el capitán después de pensarlo un momento—. Deben de llevar los depósitos tan vacíos como los nuestros.

—Recuerde que el primer día tenían bidones adicionales. Los abandonaron ayer en algún momento.

—Así es, quizá dispongan de suficiente combustible para otro día o para medio día, aunque en algún momento necesitarán abastecerse. ¿Quién y cómo les traerá el combustible? —se preguntó el oficial.

Observó la operación de llenado: el combustible salía de la bomba portátil a unos cuarenta litros por minuto. Grechko había regresado al sur con su vehículo para restablecer contacto visual con el enemigo. Seguirían ahí agazapados entre saltos adelante, y si no habían modificado su estricta rutina, debía de faltar una media hora para su próximo movimiento. Y pensar que decían que el Ejército Rojo había sido inflexible...

—Ya está —dijo el conductor del vehículo de Aleksandrov.

Devolvió la manguera y tapó su depósito.

—Usted diríjase hacia el este —ordenó el capitán al conductor del vehículo cisterna.

—¿Adónde? —preguntó el conductor—. No hay nada en esa dirección.

Se detuvo a pensar durante unos instantes. En algún momento había habido un aserradero en este lugar y todavía se apreciaban los fajos de ramas abandonados por los leñadores. Era lo más parecido a terreno abierto que habían visto en varios días.

—He venido del oeste y puedo regresar por esa dirección. Ahora con el camión más ligero no tendré problemas en completar los seis kilómetros por el viejo camino del aserradero.

—Entendido, cabo, pero apresúrese. Si lo ven, no dudarán en volatilizarlo.

—Adiós, camarada capitán.

El cabo subió a la cabina de su camión y arrancó el motor. Giró al norte para dar

la vuelta.

—Espero que esta noche alguien lo invite a tomar un trago; se lo ha ganado — dijo Buikov.

Los ejércitos estaban compuestos por mucho más que soldados de ataque.

—¿Dónde estás, Grechko? —preguntó por radio Aleksandrov.

—Estoy a cuatro kilómetros de su posición hacia el sur. Siguen agazapados, capitán. El oficial parece hablar por radio.

—Entendido. Ya sabe qué hacer en cuanto se pongan en marcha de nuevo.

El capitán dejó la radio y se apoyó contra el vehículo. Ya empezaba a cansarse de la misión. Buikov encendió un pitillo y se desperezó.

—¿No podemos matar a algunos, camarada capitán? Al menos, así lograríamos dormir un poco.

—Joder, sargento, ¿cuántas veces tengo que decirle en qué consiste nuestra misión? —espetó Aleksandrov a su sargento.

—Sí, capitán —respondió Buikov en un tono sumiso.

LVI. EN MARCHA HACIA EL PELIGRO

El teniente coronel Giusti arrancó en su vehículo ligero personal, descendiente del histórico Jeep. Hubiera estado más cómodo y más seguro en un Bradley —pensó—, pero el efecto habría sido excesivamente dramático y no se vislumbraba ningún enfrentamiento inmediato. Además, el asiento delantero de este vehículo resultaba más reconfortante para su espalda después del interminable trayecto en tren. En cualquier caso tenía que seguir el ritmo de un vehículo UAZ-469, que parecía la versión rusa de un todoterreno norteamericano, conducido por un chófer que conocía bien el camino. El helicóptero Kiowa Warrior que había visto en la estación estaba en el aire, avanzando para comprobar el terreno y regresando para informar de que en la carretera no había más que unos civiles y los policías militares rusos que despejaban el camino. Detrás del vehículo de mando de Giusti había un Bradley con la bandera roja y blanca de la primera y la cuarta de caballería. Para ser una unidad norteamericana, este regimiento tenía una larga y distinguida historia; había entrado en combate por primera vez contra los indios Cheyenne en el río Solomon, el 30 de julio de 1857. Esta campaña añadiría un nuevo color al estandarte del regimiento... Giusti esperaba vivir lo suficiente para ponerlo en persona. El terreno le recordaba Montana: colina suaves y bosques de pinos. Había una vista razonablemente extensa, como convenía a las tripulaciones de los carros blindados porque les permitía abrir fuego contra sus enemigos desde la lejanía. Las tropas norteamericanas sentían una preferencia especial por este tipo de terreno, porque su armamento tenía mayor alcance que el de la mayoría de sus enemigos potenciales.

—Darkhorse Seis a Sable Seis, cambio —se oyó por la radio entre interferencias.

—Aquí Sable Seis —respondió el teniente coronel Giusti.

—Sable, me encuentro en el punto de control Denver. El camino sigue despejado. No hay tránsito, no hay señales de actividad de los enemigos, cambio. Sigo hacia el este hasta el punto de control Wichita.

—Entendido, gracias, cierre.

Giusti comprobó el mapa para asegurarse de la posición exacta del helicóptero.

De modo que no había nada de qué preocuparse en otros treinta kilómetros, al menos según el capitán que estaba a bordo de su helicóptero principal. ¿Dónde empezaría?, se preguntó Giusti. Por lo general habría preferido quedarse quieto y esperar la conferencia del comandante de división, para enterarse de lo que estaba pasando, pero su tarea como comandante de la vanguardia de caballería era avanzar hasta topar con el enemigo, e informar a Hierro Seis, comandante de la división. De momento, su misión no era muy detallada; solamente parecía consistir en llegar al almacén de combustible, abastecer sus vehículos, montar una guardia y seguir su avance en cuanto llegara el grueso de las fuerzas de la primera blindada. Uno de sus

oficiales solía decir en broma que su tarea consistía en ser el jamón del bocadillo. Sin embargo, este jamón tenía la capacidad de contraatacar. Tenía bajo su mando tres unidades de caballería blindada, cada una con nueve tanques de batalla Abrams M1 A2 y trece tanques de exploración Bradley M3A2, más un tanque de apoyo a la artillería entre las primeras unidades. Dentro de poco, esperaba que empezaran a descender de otro tren las unidades de artillería de la primera blindada. Sus elementos más valiosos eran las tropas D y E, equipadas con ocho helicópteros Kiowa Warrior OH-58D cada una. Eran aparatos capaces de adelantarse para explorar y también disparar misiles Hellfire y Stinger. En resumen, no se podía decir que su escuadrón estuviera desprotegido, dentro de ciertos límites.

A medida que se acercaran, sus hombres se volverían más cautos y precavidos: eran buenos, pero no invencibles ni tampoco inmortales. Estados Unidos sólo había estado en guerra una vez contra los chinos, hacia casi sesenta años, en Corea. La experiencia no había resultado grata para ninguna de las partes. Los norteamericanos habían sufrido un ataque inesperado y masivo por parte de los chinos, que los había obligado a una retirada poco gloriosa del río Yalu. Pero en cuanto los norteamericanos lograron reunir y organizar sus fuerzas, la experiencia les costó a los chinos un millón de bajas; la artillería demostró ser el mejor antídoto contra sus numerosas tropas. El principal legado de la guerra de secesión para el ejército norteamericano había sido el convencimiento de que era mejor sacrificar cosas que sacrificar soldados. No todos compartían esta filosofía marcial, que a decir verdad se ajustaba tanto a la prosperidad material de Estados Unidos, como a su respeto por las vidas humanas. Pero se trataba del sistema norteamericano, y los soldados recibían un entrenamiento en consonancia con dicha filosofía.

—Creo que ya debemos obligarlos a retroceder un poco —comentó el general Wallace, por la conexión vía satélite con Washington.

—¿Qué ha pensado? —preguntó Mickey Moore.

—De entrada, querría enviar los F-16 CG a eliminar sus estaciones de radar. Me estoy cansando de que sus aviones de combate tengan apoyo de radar. A continuación quiero atacar sus puntos débiles de logística. A este paso, en otras doce horas tendré suficientes municiones para una campaña en toda regla y creo que ha llegado el momento, general —dijo Wallace.

—Gus, tendré que consultarlo con el presidente —respondió el jefe de la Plana Mayor, al comandante de las fuerzas aéreas en Siberia.

—De acuerdo, pero coménteles que ayer estuvimos a punto de perder un avión AWACS, con unos treinta tripulantes a bordo, la verdad es que no tengo ganas de escribir tantas cartas dando el pésame. De momento hemos tenido suerte y, en cualquier caso, un AWACS no es un objetivo fácil de derribar; de hecho, su fracaso en esa misión les costó un regimiento entero de cazas, pero ha llegado el momento.

Quiero eliminar sus estaciones de radar, quiero realizar contraataques aéreos.

—Gus, la opinión que prevalece aquí es que debemos coordinar las operaciones ofensivas de forma sistemática, para lograr un mayor efecto psicológico. Se trata de un objetivo más importante que derribar unas cuantas antenas.

—General, no sé cómo verán las cosas desde allí, pero aquí la situación se pone emocionante; el enemigo avanza a marchas forzadas y los rusos tendrán que tratar de detenerlos muy pronto. Será una tarea mucho más fácil si los chinos andan escasos de combustible y municiones.

—Somos conscientes de eso. Tratamos de hallar la mejor manera de sobresaltar a sus dirigentes políticos.

—General, no son los políticos quienes marchan hacia el norte con la intención de matarnos, son los soldados y los aviadores. Debemos empezar a menguar sus fuerzas antes de que logren aguararnos la fiesta.

—Lo entiendo, Gus, se lo expondré al presidente —prometió el jefe de la Plana Mayor.

—Hágalo, se lo ruego.

Wallace cortó la transmisión, preguntándose en qué demonios pensaban los haraganes de Washington, si es que pensaban en algo. El tenía un plan y opinaba que era bueno y sistemático. Gracias a sus aeronaves Dark Star, tenía toda la información táctica que necesitaba. Sabía qué objetivos debía eliminar y tenía suficientes municiones para eliminarlos, o al menos para empezar a eliminarlos.

Siempre y cuando me lo permitan, pensó Wallace.

—Entonces el derroche no ha sido totalmente en vano —dijo el mariscal Luo—. Tenemos imágenes de las actividades rusas.

—¿Y cuáles son? —preguntó Zhang.

—Hay una o dos, probablemente dos divisiones que avanzan hacia el nordeste, desde su punto de reunión en Chita. Disponemos de buenas imágenes aéreas.

—¿Hay algo por delante de las tropas?

—Las fuerzas de reconocimiento del frente todavía no han visto nada más que algunas huellas de vehículos de oruga —aclaró Luo—. Debemos suponer que habrá fuerzas rusas en el bosque, con sus propias tareas de reconocimiento, pero no serían más que fuerzas ligeras que procuran guardar las distancias. Sabemos que han hecho un llamamiento a los reservistas, pero no tenemos constancia de que haya llegado nadie. Es posible que los reservistas hayan decidido no acudir a filas. Por lo que nos cuenta Tan, la moral en Rusia está por los suelos y lo que hemos visto de momento parece confirmarlo; los prisioneros que logramos capturar estaban muy decepcionados por la falta de apoyo que les habían brindado y no lucharon con mucho ímpetu. Si exceptuamos nuestro enfrentamiento con las fuerzas aéreas norteamericanas, esta guerra avanza viento en popa.

—¿Todavía no han realizado ningún ataque dentro de nuestras fronteras? —quiso asegurarse Zhang.

—Todavía no —respondió Luo—. Y no creo que sea por miedo a la misión; sus aviones de combate son excepcionales, pero por lo que sabemos, ni siquiera han efectuado misiones de reconocimiento fotográfico. Es posible que sólo utilicen sus imágenes de satélite, que al parecer son excelentes fuentes de información.

—¿Qué hay de la mina de oro?

—La alcanzaremos en otras treinta y seis horas. Cuando llegemos empezaremos a avanzar por las carreteras, construidas por sus propios ingenieros para la explotación de los yacimientos minerales. Tardaremos de cinco a siete días más en llegar a los yacimientos petrolíferos, dependiendo del suministro logístico.

—Esto es increíble, Luo —comentó Zhang—. Supera mis mejores sueños.

—Casi preferiría que los rusos nos atacaran para poder acabar de una vez con la tensión. Mis tropas se están estirando un poco, debido al veloz progreso de la avanzadilla. En algún momento he considerado reducir la velocidad para mantener la cohesión de las tropas, pero...

—Pero la velocidad nos favorece —comentó Zhang.

—Eso parece —asintió el ministro de Defensa—. Sin embargo, preferiría tener mis fuerzas mejor agrupadas en el momento de los enfrentamientos. Por otra parte, si el enemigo está en un estado de confusión, no queremos brindarle la oportunidad de que se reagrupe, y he optado por darle rienda suelta al general Peng y sus divisiones.

—¿A qué fuerzas se enfrentan?

—No estamos seguros. Quizás haya un regimiento por delante de nosotros, pero todavía no hemos detectado ningún indicio de su presencia. Hay dos regimientos que avanzan a marchas forzadas, para cortarnos el paso o atacar nuestro flanco, aunque tenemos refuerzos asegurando el flanco occidental y todavía no han visto nada.

Bondarenko esperaba tener la oportunidad de conocer al equipo responsable de la tecnología de las aeronaves de vigilancia Dark Star. En ningún momento de la historia un comandante había dispuesto de tal cantidad de información tan precisa. Sin los datos que obtenía por este medio, habría tenido que entrar en combate sólo para evaluar las fuerzas del enemigo. En cambio, ahora era probable que tuviera una información más exacta de las posiciones del avance enemigo que los propios comandantes chinos.

Mejor aún, el regimiento principal de la división motorizada de rifles doscientos uno estaba a pocos kilómetros de distancia. Se trataba del puño de acero de la división, un regimiento independiente de carros blindados con noventa y cinco tanques de batalla T-80U.

A la doscientos sesenta y uno no le irían mal los refuerzos; Yuriy Sinyavskiy, su comandante, aseguraba que estaba cansado de salir huyendo. A sus cuarenta y seis

años, era un militar profesional —irreverente y adicto a los cigarrros puros— que había hecho toda su carrera en la infantería motorizada. Se encontraba en el cuartel de Bondarenko inspeccionando un mapa.

—Aquí, éste es el sitio, Gennady Iosifovich —dijo, señalando un punto en el mapa.

El punto estaba cinco kilómetros al norte de las minas de oro Gogol, en una línea de colinas de veinte kilómetros de longitud, frente a una explanada que los chinos se verían obligados a cruzar.

—Y ponga los tanques a la dos cero uno, aquí, a mi derecha. En cuanto detengamos su avanzadilla, podrán entrar desde el oeste y arrollarlos.

—Según vemos por los datos de reconocimiento, su avanzadilla está un tanto estirada —dijo Bondarenko.

Se trataba de un error común entre todos los ejércitos del mundo. El arma más mortífera de una fuerza de asalto era la artillería, pero incluso las unidades de artillería motorizadas tenían dificultades para mantener el ritmo de las fuerzas motorizadas, a las que debían ofrecer apoyo. Incluso los norteamericanos se habían encontrado con esta sorpresa durante la guerra del Golfo, cuando comprobaron que la artillería sólo lograba igualar el ritmo de las fuerzas principales con un enorme esfuerzo y sobre terreno plano. El ejército chino tenía algunas piezas de artillería motorizadas, pero la mayoría se transportaba en remolques, que no podían igualar la velocidad de las demás fuerzas por un terreno tan accidentado.

El general Diggs prestó atención a la charla, aunque su ruso elemental no le permitía seguir todos sus vericuetos. Sinyavskiy no hablaba una palabra de inglés, lo cual no facilitaba las cosas.

—Todavía le quedan muchos efectivos de combate por frenar, Yuriy Andreyevich —señaló Diggs, y esperó que el intérprete tradujera sus palabras.

—Si no somos capaces de detenerlos del todo, por lo menos les infligiremos un buen castigo —respondió el oficial ruso, tras la espera de la traducción.

—No permanezcan inmóviles —sugirió Diggs—. Si yo fuera el general Peng, me desplazaría al este, como marca el terreno, y trataría de ganarles el flanco izquierdo.

—Tendremos oportunidad de ver si tienen capacidad de maniobra —respondió Bondarenko en nombre de su subalterno—. De momento, no han hecho más que avanzar en línea recta, creo que se están confiando demasiado. Fíjate cómo han estirado sus fuerzas, Marion. Las unidades se encuentran demasiado separadas para brindarse apoyo mutuo. Están en plena fase de persecución, lo cual les resta organización. Además, carecen de apoyo aéreo que los avise de lo que les espera. Creo que Yuriy está en lo cierto; ése es un buen punto para tratar de detenerlos.

—No discuto que sea una buena posición, Gennady, sólo digo que habría que mantener la mente abierta y no casarse con ella —aconsejó Diggs.

Bondarenko tradujo el último comentario para su subalterno, que respondió en un tono ronco mientras mascaba su cigarro.

—Yuriy dice que es el lugar perfecto para echar un polvo, no para celebrar una boda. ¿Cuándo te reunirás con tus hombres, Marion?

—Mi helicóptero está en camino en estos instantes, mi escudo de caballería ya ha llegado al primer almacén de combustible, seguido de cerca por la primera brigada. Espero que entremos en contacto en un día y medio, aproximadamente.

Ya habían comentado el plan de ataque de Diggs. La primera blindada se reuniría al noroeste de Belogorsk, se abastecería en el último de los grandes depósitos de combustible rusos y avanzaría en la oscuridad al encuentro de la cabeza de puente de los chinos. Según los informes de inteligencia, el ejército 65 grupo A de las fuerzas chinas se estaba atrincherando en la posición para proteger el flanco izquierdo de su punto de entrada. Aunque no se trataba de una fuerza motorizada, de todas formas suponía un reto formidable para una sola división. Si existía un punto débil en el plan de avance chino, ése era que habían utilizado todas sus fuerzas motorizadas en el avance principal. Los efectivos que habían dejado atrás para proteger el punto de entrada, como mucho disponían de vehículos con ruedas, ninguno con tracción de oruga. En el peor de los casos, se trataba de infantería de a pie, que debía desplazarse sin la ayuda de vehículo alguno. Se convertían en piezas lentas, vulnerables al enfrentarse a soldados sentados detrás de los escudos de acero de sus tanques.

Pero eran un montón, se recordó a sí mismo Diggs.

Antes de poder retirarse, el general Sinyavskiy sacó una petaca de su bolsillo.

—El trago de la buena suerte —dijo con un fuerte acento ruso.

—¡Por qué no!

Diggs se tomó un buen trago. No estaba nada mal.

—En cuanto esto acabe, tomaremos otra copa juntos —prometió.

—Da —respondió el general—. Buena suerte, Diggs. Marion —añadió Bondarenko—, cuídate, camarada.

—Tú también, Gennady. Ya tienes muchas medallas, compañero. Que no te vuelen el trasero tratando de conseguir otra.

—Los generales deben morir en la cama —asintió Bondarenko, mientras se dirigía a la puerta.

Diggs caminó hacia su helicóptero UH-60, que pilotaba el mismo coronel Boyle. Diggs se puso el casco con la esperanza de no necesitarlo y se instaló en el asiento trasero.

—¿Cómo van las cosas, señor? —preguntó Boyle, dejando que pilotara el teniente durante el despegue.

—Pues tenemos un plan, Dick. La única duda es si funcionará.

—¿Me tocará alguna parte del plan?

—No les faltará trabajo a sus Apaches.

—No me sorprende —comentó Boyle.

—¿Cómo está su gente?

—Están listos —respondió escuetamente el coronel—. ¿Cómo se llama esta operación?

—«Palillos».

—Me encanta —rió Boyle por el intercomunicador.

—Está bien, Mickey —dijo Robby Jackson—. Comprendo la postura de Gus, pero tenemos que contemplar un panorama más amplio.

Se encontraban en la sala de situaciones de la Casa Blanca, conversando con el jefe de la Plana Mayor desde el Pentágono por el sistema de videoconferencia. Masculló una respuesta inaudible, aunque su expresión dejaba bastante clara su opinión respecto a las palabras de Robby.

—General —dijo Ryan—, estamos tratando de afectar a sus dirigentes políticos. La mejor forma de conseguirlo es atacarlos de forma simultánea en todos los flancos posibles, para desbordarlos.

—Señor, entiendo la idea, pero el general Wallace tiene razón en algo: si eliminamos sus estaciones de radar, disminuirémos la capacidad de sus aviones de combate. De momento les hemos hecho pasar un mal rato, pero siguen disponiendo de una fuerza formidable.

—Mickey, en mi tierra de Mississippi, si le haces pasar a una chica un «mal rato» como ése te acusan de violación —comentó el vicepresidente—. Por Dios, los pilotos chinos deben de ver sus aviones como si fueran ataúdes. Les hemos dañado seriamente la confianza y ésa es la principal herramienta de un piloto de combate. Confíe en mí, se lo ruego.

—Pero Gus...

—Gus se preocupa demasiado por sus efectivos. De acuerdo, que envíe algunos F-16CG a bombardear sus cercas, pero queremos reservar a la mayor parte de la flota para atacar los efectivos del avance. Los pilotos de combate pueden cuidar de sí mismos.

Por primera vez, el general Mickey Moore pensó que Ryan no había seleccionado al mejor candidato a vicepresidente. Robby se estaba comportando como un político en vez de como un comandante de Operaciones, lo cual no dejaba de ser una sorpresa. Parecía preocuparse menos por la integridad de sus efectivos que por el objetivo final, pensó Moore. Quizá no estaba del todo equivocado en su valoración. A fin de cuentas, no hacía mucho que Jackson había sido un buen comandante de Operaciones.

Los oficiales norteamericanos ya no consideraban que sus hombres fueran elementos desechables. Por lo general, eso era positivo, pero a veces había que poner

a las tropas en situaciones comprometidas y arriesgarse a que hubiera algunos que no regresaran a sus casas. Aunque no fuera muy agradable, se les pagaba por eso. Robby Jackson había sido piloto de combate en la marina y no olvidaba la filosofía del guerrero, a pesar de su cambio de empleo y de ingresos.

—Señor —dijo Moore—, ¿qué órdenes debo darle al general Wallace?

—Parece que quieren producir una versión de Los Diez Mandamientos —comentó, enojado, Mancuso.

—¿Nunca ha querido separar las aguas del mar Rojo? —preguntó el general Lahr.

—Yo no soy Dios, Mike —respondió el comandante en jefe del mando del Pacífico.

—La verdad es que sí es un plan elegante, además, la mayoría de las piezas ya están en el lugar preciso —agregó su segundo de a bordo.

—Se trata de una operación política, ¿acaso nos toman por burócratas?

—Señor, ¿puedo preguntarle si piensa seguir enojado, o si podemos proseguir?

Mancuso hubiera querido una escopeta de caza para abrir un boquete en la pared, o mejor en el pecho de Mike Lahr, pero a fin de cuentas se trataba de un oficial uniformado y, además, ya había recibido órdenes de su comandante en jefe.

—De acuerdo, pero no me gusta que las operaciones me las diseñen los demás.

—Y eso que se conocen.

—Mike, hace algún tiempo, cuando mi uniforme tenía tres galones y mi máxima preocupación era conducir un submarino, Ryan y yo ayudamos a capturar un sumergible ruso, así es... y si le repite eso a alguien, ordenaré que uno de mis marines le pegue un tiro. Hundir sus buques, de acuerdo, derribar sus aviones, de acuerdo, ¿pero mostrar el capote a la vista de la costa? Santo Dios.

—Les dará un buen susto.

—Siempre que no hundan algunos de mis buques en el intento.

—Hola, Tony —dijo la voz del otro extremo de la línea. Bretano tardó un segundo en identificarla.

—¿Al? Hola, ¿dónde estás? —preguntó el secretario de Defensa.

—Estoy en Norfolk, ¿no lo sabías? A bordo del USS Gettysburg, mejorando sus sistemas de misiles tierra/aire. ¿Fue idea tuya, no?

—Pues sí, supongo que sí lo fue —asintió Tony Bretano, tratando de recordarlo.

—Debes de haberte imaginado lo de los chinos desde hace mucho tiempo.

—De hecho, la verdad es que... —El secretario de Defensa se detuvo un instante—. ¿A qué te refieres?

—A que si los chinos nos lanzan un misil con cabeza nuclear, el sistema Aegis nos da una opción de defensa, siempre que los modelos de simulación informática sean correctos. Deberían serlo; yo elaboro la mayor parte de la programación —prosiguió Gregory.

El secretario Bretano no quiso reconocer que en realidad no se le había ocurrido esa opción. A fin de cuentas, se le pagaba por pensar en todas las eventualidades.

—¿Cuánto te falta para estar listo?

—Los componentes electrónicos están bien, aunque no tenemos misiles tierra/aire a bordo. Creo que los tienen almacenados en un depósito en el río York. En cuanto me los traigan a bordo podré actualizar los programas de búsqueda de las ojivas. He estado jugando con los únicos misiles que tienen a bordo, los azules que utilizan para las maniobras, pero me acabo de enterar de que no los utilizan en batalla. La armada es un tanto extraña. De hecho, el barco está ahora mismo en un dique seco flotante, hasta que nos boten de nuevo en unas horas.

No veía la cara de su jefe mientras le hablaba, pero si la pudiera haber visto, habría notado la expresión de «qué cagada» en su rostro italiano.

—¿Así que confías en tus sistemas?

—No estaría de más realizar pruebas más completas, pero creo que si tenemos la oportunidad de lanzar tres o cuatro misiles tierra/aire al proyectil enemigo, no tiene por qué fallar.

—De acuerdo, gracias, Al.

—¿Y cómo va la guerra? Lo único que he visto por televisión es a las fuerzas aéreas machacando a sus rivales.

—La televisión tiene razón; las fuerzas aéreas lo llevan muy bien. En cuanto a lo demás, no puedo decirte nada por teléfono. Te lo comentaré más adelante.

—Sí, señor.

Bretano accionó otro interruptor de su teléfono.

—Dígale al almirante Seaton que venga a verme.

No tardó mucho en llegar.

—¿Quería verme, señor secretario? —saludó el comandante de Operaciones Navales al entrar.

—Almirante, en estos momentos hay un antiguo empleado mío del TRW en Norfolk. Le encargué que estudiara la posibilidad de actualizar el sistema de misiles Aegis para derribar proyectiles balísticos.

—Algo he oído al respecto. ¿Cómo va ese proyecto? —preguntó Dave Seaton.

—Dice que está a punto para realizar una prueba más completa. Pero almirante, ¿qué pasará si los chinos deciden lanzarnos uno de sus misiles CSS-4?

—Eso sería malo —respondió Seaton.

—Entonces, ¿qué le parece si llevamos nuestros buques Aegis hasta las proximidades de los posibles objetivos?

—Bueno, señor, el sistema todavía no se ha podido comprobar con objetivos balísticos y aún no hemos realizado pruebas concluyentes, y...

—¿Será mejor que no hacer nada? —lo interrumpió el secretario de Defensa.

—Me imagino que un poco, señor.

—Entonces, pongámoslo en marcha. Inmediatamente.

—A la orden, señor —se cuadró Seaton.

—Empecemos por el Gettysburg. Que se abastezca de los misiles necesarios y se dirija hacia aquí —ordenó Bretano—. Llamaré al comandante del Atlántico en seguida.

Era algo realmente curioso, pensó Gregory. Este buque, que quizá no era el mayor buque de los mares y era más pequeño que el crucero que habían tomado él y Candi el invierno anterior, pero a fin de cuentas era un buque con capacidad de navegar por alta mar, estaba metido en un ascensor. El dique seco flotante no era más que eso: un enorme ascensor. En estos momentos lo estaban inundando para probar la nueva hélice en el agua. Los marineros del dique seco observaban la acción desde sus posiciones en... ¿cómo diablos se llamaban las paredes de ese condenado armatoste?

—Es curioso, ¿no cree, señor?

Gregory olió el humo y dedujo que se trataba del brigada Leeks. Al girarse comprobó que así era.

—Nunca había visto nada semejante.

—Muy poca gente lo ve, salvo sus operadores. ¿Se ha dado una vuelta por debajo del buque?

—¿Pasear por debajo de diez mil toneladas de metal? —respondió Gregory—. ¡No lo creo!

—Usted fue soldado, ¿verdad?

—¿No se lo había explicado? Estuve en West Point, en el campamento de saltos y en el campamento de tropas de asalto, cuando era joven e impetuoso.

—Bueno, doctor, no es gran cosa. Pero es interesante ver cómo están montadas las cosas ahí abajo. Me gusta ver especialmente la cúpula del sonar, a proa. Si no me hubiera dedicado al radar, me habría gustado estar en el sonar, aunque esos tipos ya se han quedado sin mucho que hacer.

Gregory miró hacia abajo. El agua empezaba a cubrir el suelo metálico del armatoste. ¿La cubierta?, se preguntó.

—¡Atención en cubierta! —exclamó una voz.

Los marineros se cuadraron y saludaron, incluyendo el brigada Leek.

Era el capitán Bob Blandy, comandante del Gettysburg. Gregory sólo lo había visto en una ocasión, en la que no hicieron más que intercambiar saludos.

—Doctor Gregory.

—Capitán —se dieron la mano.

—¿Cómo progresa su proyecto?

—Las simulaciones marchan bien. Quisiera realizar una prueba con un objetivo real.

—¿Lo ha enviado el secretario de Defensa?

—No exactamente, pero él me llamó desde California para que le echara un vistazo a los aspectos técnicos del problema. Trabajé para él cuando dirigía el TRW.

—¿Usted estaba con la iniciativa de defensa estratégica, verdad, con la «guerra de las galaxias»?

—Sí, estuve trabajando en eso y en los misiles tierra/aire. Además, desde mis días con la guerra de las galaxias, soy uno de los mayores expertos del mundo en óptica adaptada.

—¿De qué se trata? —preguntó el capitán Blandy.

—Lo llamamos el espejo de goma. Se trata de utilizar factores controlados por ordenador para distorsionar el espejo, compensando la distorsión atmosférica. El objetivo era aprovecharlo para enfocar el rayo de energía de un láser de electrones libres. Pero, a fin de cuentas, no resultó. El espejo de goma cumplía con su labor a la perfección, pero por algún motivo que nunca logramos averiguar, los láseres se negaban a propagarse como esperábamos. No alcanzaban la potencia necesaria para derribar un misil.

Gregory miró otra vez hacia el dique seco. Se lo tomaban con calma, pero probablemente no querían dejar caer algo tan caro.

—Yo no estuve directamente involucrado en ese proceso, aunque todos acabamos por estudiar el problema. A fin de cuentas, resultó ser un desafío técnico descomunal. Estuvimos dándonos cabezazos contra la pared, hasta que nos hartamos del dolor de cabeza.

—Sé algo de ingeniería mecánica y eléctrica, pero me pierdo con los temas de tecnología punta. ¿Qué opina de nuestro sistema Aegis?

—Me encanta el radar. Es del mismo nivel que el Cobra Dane de las fuerzas aéreas, en Shemya, Alaska. Este es incluso más avanzado. Si quisieran probarlo, no dudo que logran rebotar una señal de la luna.

—Eso supera un poco nuestras previsiones —comentó Blandy—. ¿Lo ha estado tratando bien el brigada Leek?

—En cuanto salga de la armada quizá pueda ofrecerle un empleo en TRW, como parte del proyecto en curso de misiles tierra/aire.

—¿Y qué hay del teniente Olson? —preguntó el patrón.

—Se trata de un oficial muy inteligente, capitán. Se me ocurren muchas compañías que querrían tenerlo en su plantilla.

A veces, Gregory pecaba de un exceso de sinceridad.

—Debería decirle algo que lo disuadiera de esa idea, pero...

—¡Capitán! —se acercó un marinero—. Mensaje urgente del comandante del Atlántico, señor.

Le entregó un tablero. El capitán Blandy firmó el acuse de recibo y cogió el

mensaje. Concentró la vista durante unos instantes.

—¿Sabe si el secretario de Defensa está informado de su proyecto?

—Sí, capitán, lo está. Acabo de hablar con Tony hace sólo unos momentos.

—¿Se puede saber qué le ha dicho?

—No gran cosa —respondió Gregory, encogiéndose de hombros—. Le he dicho que el proyecto avanzaba satisfactoriamente.

—Ya veo. ¿Brigada Leek, en qué estado tiene el material?

—Todo está en perfecto estado, capitán. ¿Acaso nos han dado una misión, señor? —preguntó el brigada.

—Eso parece. Doctor Gregory si me disculpa debo atender a mis oficiales. Brigada, muy pronto zarparemos. Si tiene a algunos de sus hombres en la playa, ordéneles que regresen a bordo. Comuníquese a todos.

—A la orden, señor. —Saludó al capitán antes de que éste se retirara—. ¿A qué viene tanto jaleo? —preguntó entonces.

—No tengo la menor idea, brigada.

—¿Zarpamos? ¿Y qué se supone que debo hacer yo? —preguntó Gregory.

—¿Tiene cepillo de dientes? Si no, puede comprar uno en la tienda de a bordo. Discúlpeme, doctor, debo reunir la tripulación.

Leek tiró su cigarrillo por la borda y se marchó en la misma dirección que el capitán.

Gregory se quedó sin nada que hacer. No tenía forma de abandonar el barco, salvo saltando al agua del dique seco, lo cual no parecía muy buena idea. Así que decidió dejar la cubierta y buscar la tienda del buque, donde compró un cepillo de dientes.

Bondarenko dedicó las siguientes tres horas a repasar las rutas de aproximación y las previsiones de fuego con el general de división Sinyavskiy.

—Disponen de localizadores de artillería y sus unidades de contraataque artillero son formidables.

—¿Podemos contar con la ayuda de los norteamericanos?

—Estoy en ello. Sus aeronaves de reconocimiento nos están proporcionando datos excelentes.

—Necesito localizar su artillería. Si logramos incapacitarla, mi labor será mucho más fácil.

—¡Tolkunov! —llamó el comandante del campo de Operaciones, con suficiente fuerza para que el coordinador de inteligencia acudiera corriendo.

—¡Sí, camarada general!

—Vladimir Konstantinovich, éste será nuestro punto de enfrentamiento —dijo Bondarenko, señalando una línea roja en el mapa—. Quiero información actualizada del avance de los efectivos chinos, sobre todo de su artillería.

—De acuerdo. Denme diez minutos.

El oficial salió en dirección al terminal de las Dark Star. Su comandante se quedó pensativo durante un instante.

—Venga conmigo, Yuriy, tiene que ver esto.

—General —saludó el comandante Tucker.

Vio que había otro.

—General —saludó de nuevo.

—Éste es el general Sinyavskiy, al mando de las dos seis cinco. ¿Podría mostrarle el avance de los chinos?

No se lo estaba preguntando ni se lo estaba pidiendo, pero lo expresaba con educación porque Tucker era extranjero.

—De acuerdo, aquí está, señor, lo tenemos todo grabado en vídeo. Su avanzadilla de reconocimiento se encuentra... aquí, y el grueso de la tropa está aquí.

—Joder —comentó Sinyavskiy en ruso—. ¡Parece magia!

—No es magia, es... —Bondarenko cambió de idioma—. ¿Qué unidad es ésta, comandante?

—Vuelve a ser Grace Kelly, señor. Actuó con Cary Grant en Atrapa a un ladrón, de Hitchcock. En una hora más se pondrá el sol y veremos la imagen de los sistemas térmicos. En cualquier caso, ahí tiene a su batallón de cabeza, todos parecen tanques tipo 90. Mantienen buena disciplina de formación y acaban de repostar combustible hace una hora. Calculo que seguirán otros cien kilómetros antes de detenerse de nuevo.

—¿Qué hay de la artillería?

—Se está retrasando un poco, señor, salvo esta unidad motorizada de aquí.

Tucker jugó con el ratón hasta mostrarles la imagen en cuestión.

—Gennady Iosifovich, ¿cómo podemos fallar con esta información? —preguntó el general de división.

—¿Yuriy, recuerdas cuándo nos planteábamos atacar a los norteamericanos?

—¡Qué locura! ¿Los chinos no ven esta aeronave? —preguntó con cierta incredulidad Sinyavskiy.

—Lo llaman tecnología furtiva, es invisible a los radares. —Nichevo.

—Señor, tengo conexión directa con nuestro cuartel general en Zhigansk. Si se disponen a enfrentarse a los chinos, quizá quieran que les echemos una mano —comentó Tucker—. ¿Quiere que mande una lista de objetivos al general Wallace?

—Tengo treinta bombarderos de ataque Su-25 y cincuenta bombarderos de combate Su-24 en espera, además de doscientos helicópteros Mi-24.

Había sido desesperantemente lento traer los helicópteros hasta el campo de Operaciones, pero al fin habían llegado y ahora se convertían en el as en la manga del general Bondarenko. Todavía no había permitido que se acercaran a las operaciones,

pero se encontraban a doscientos kilómetros de distancia, abastecidos de combustible y municiones. Los tripulantes estaban realizando vuelos de prueba, para perfeccionar sus habilidades de combate y de puntería; para algunos, era la primera vez que disparaban municiones de verdad.

—Eso les dará una agradable sorpresa a los chinos —comentó con admiración Tucker—. ¿Dónde los tenía escondidos, señor? Vaya, ni siquiera yo los había visto.

—Todavía nos quedan algunos puntos seguros. Llegado el momento, queremos brindarles a nuestros invitados la bienvenida que se merecen —respondió Gennady Iosifovich, al joven oficial norteamericano.

—¿Entonces, qué es lo que quiere que hagamos, señor?

—Eliminen su logística. Muéstrenme de qué es capaz el famoso «grande» del que tanto le ha estado hablando al coronel Tolkunov.

—Probablemente podamos hacer eso, señor —respondió Tucker—. Permítame comunicarme con el general Wallace.

—¿De modo que finalmente me dan rienda suelta? —preguntó Wallace.

—Cuando el contacto entre fuerzas terrestres rusas y chinas sea inminente —respondió Mickey Moore—. Verá que la lista incluye prácticamente todos los objetivos que quería eliminar, Gus.

—Supongo que sí —reconoció el comandante de las fuerzas aéreas, aunque a regañadientes—. ¿Qué hago si los rusos me piden apoyo?

—Déselo, dentro de lo razonable.

—De acuerdo.

El teniente coronel Giusti, Sable Seis, descendió del helicóptero en la escala técnica número dos y se dirigió hacia el general Diggs.

—No exageraban —decía el coronel Masterman—. Esto es un verdadero lago.

Mil doscientos cincuenta millones de litros era el equivalente de casi un millón de toneladas de combustible, en otras palabras, la carga completa de cuatro superpetroleros. Todo era diésel número dos, o al menos algo lo bastante parecido como para que los inyectores de sus tanques y sus Bradleys no notaran la diferencia. El director del depósito era un civil; los informó de que el combustible llevaba unos cuarenta años escondido ahí, desde que Khrushchev había tenido diferencias graves con el presidente Mao y de repente la eventualidad de una guerra contra la otra potencia comunista había pasado de ser inverosímil, a convertirse en una posibilidad manifiesta. Quién sabe si fue por paranoia o por una acertada visión de futuro, en cualquier caso, ahora le venía de perlas a la primera división blindada.

Las instalaciones de descarga podrían haber sido mejores, pero al parecer, los soviéticos no tenían mucha experiencia en la construcción de gasolineras. Era más práctico llenar los vehículos cisterna de la división para que fueran a abastecer a cinco o seis tanques a la vez.

—A ver Mitch, ¿qué sabemos del enemigo? —preguntó el general Diggs a su oficial de inteligencia.

—Señor, tenemos a una Dark Star a nuestra entera disposición durante las próximas nueve horas. Nos enfrentamos a una división de infantería no motorizada. Se encuentran a cuarenta kilómetros en esa dirección, asentados sobre esa franja de colinas. Los apoya un regimiento de tanques chinos.

—¿Artillería?

—Algunas unidades ligeras y medianas, todas de remolque. En estos momentos se están instalando... y disponen de localizadores de fuego, que nos pueden dar problemas —advirtió el coronel Turner—. Le he pedido al general Wallace que nos asigne algunos F-16. Pueden dirigir los misiles hacia las bandas milimétricas usadas por los localizadores.

—Póngalo en marcha —ordenó Diggs.

—Sí, señor.

—¿Duke, cuánto falta para el enfrentamiento? —preguntó el general a su oficial de Operaciones.

—Si todo progresa según lo previsto, los estaremos visitando sobre las dos de la madrugada.

—De acuerdo, vamos a informar a los comandantes de brigada. La fiesta empezará pasada la medianoche —dijo Diggs a su personal de campaña, sin arrepentirse en absoluto de las palabras que había elegido.

Era un soldado a punto de entrar en combate y eso conllevaba una mentalidad nueva y no muy agradable.

LVII. HIPERGUERRA

El buque USS Tucson había pasado unos días aburridos. Llevaba dos semanas controlando la posición del 406 y se mantenía a unos quince mil metros, ocho millas marinas y media, por detrás de la popa del submarino lanzamisiles chino, con otro submarino nuclear un poco más al sur. Por lo menos sabían el nombre del segundo buque; según los burócratas de inteligencia, se llamaba Hai Long. Sin embargo, para el operador de sonar del Tucson y los equipos de rastreo de fuego, el 406 era Sierra Once y el Hai Long era Sierra Doce.

No resultaba demasiado complicado rastrear los submarinos. Aunque ambos contaban con generadores nucleares, los sistemas de reactores hacían bastante ruido, sobre todo las bombas de alimentación que mandaban agua de refrigeración hasta la pila nuclear. Entre los reactores y sus generadores de sesenta hercios se les iluminaban dos rastros claramente visibles en la pantalla del sonar, gracias a los cuales, rastrear los submarinos era tan fácil como vigilar a dos ciegos en un estacionamiento vacío a la luz del sol de mediodía. Sin embargo, era más divertido que rastrear ballenas en el norte del Pacífico, como algunos de los submarinos de la flota del Pacífico se habían visto obligados a hacer para contentar a los ecologistas.

De repente, las cosas se habían puesto un poco más interesantes. Dos veces al día, el Tucson subía a la superficie para asomar el periscopio y las antenas. La tripulación se había enterado con gran sorpresa de que las fuerzas chinas y norteamericanas habían entrado en combate en Siberia, por lo que supusieron que a lo mejor habría que eliminar al 406. Quizá no sería divertido, pero era una misión y era para lo que se les pagaba, así que se lo tomaron como algo positivo.

El 406 llevaba a bordo misiles balísticos y tenía la capacidad de lanzarlos; eran doce proyectiles Ju Lang-1 CSS-N-3, con una ojiva nuclear de un megatón cada una. Según el libro de inteligencia, el nombre significaba «gran ola». El libro también decía que su alcance era de menos de tres mil kilómetros, menos de la mitad de lo que necesitaría para alcanzar las costas de California, aunque podía darle al territorio norteamericano de la isla de Guam. En cualquier caso, no tenía mucha importancia el alcance, lo verdaderamente importante era que el 406 y el Hai Long eran buques de guerra de un país con el que Estados Unidos estaba en guerra.

La radio VLS utilizaba una antena que salía de la sección de popa del torreón del Tucson, para recibir las señales emitidas por un enorme transmisor subterráneo en la península superior de Michigan. Los ecologistas se habían quejado de que la energía emitida por la estación de radio confundía a los gansos, que emigraban al sur en otoño, pero como los cazadores todavía no se habían quejado de descensos en sus capturas, la radio seguía activa. Cuando recibían una transmisión sonaba una campana en la sala de comunicaciones del submarino, que se encontraba a popa y a

estribor del centro de información y combate.

Se oyó el tono de la campana. El marinero de guardia llamó a su superior, un alférez de navío, quien a su vez llamó al capitán para ascender a la superficie, hasta el nivel en el que afloraban las antenas. En la superficie, el capitán accionó el láser de comunicaciones para advertir al satélite de la marina —el satélite de intercambio de información para submarinos, llamado SSIX—, que estaban listos para recibir la transmisión. El mensaje llegó por una radio direccional de banda-S, de mayor ancho de banda. La señal se filtró por los descodificadores criptográficos del submarino y se imprimió:

PARA USS TUCSON (SSN-770).

DE COMANDANTE EN JEFE, MANDO DEL PACÍFICO.

1. AL RECIBIR LA SEÑAL «XOT SPEC OP». DEL VLS, ATAQUEN Y DESTRUYAN SSBN DE LA REP. POP. CHINA Y CUALQUIER OTRO BUQUE DE LA REP. POP. CHINA EN LAS INMEDIACIONES.

2. INFORMEN POR SSIX DE LOS RESULTADOS DEL ATAQUE.

3. UNA VEZ COMPLETADA LA OPERACIÓN, INICIEN OPERACIONES SIN RESTRICCIÓN CONTRA UNIDADES NAVALES DE LA REP. POP. CHINA.

4. NO DEBEN, REPITO, NO DEBEN ATACAR NAVÍOS COMERCIALES DE CUALQUIER TIPO.

REMITE EL COMANDANTE EN JEFE DEL MANDO DEL PACÍFICO. FIN DEL MENSAJE.

—Pues ya iba siendo hora —comentó el comandante a su oficial ejecutivo.

—No nos indica cuándo debemos esperar el mensaje —respondió el oficial.

—Supongamos que sean dos horas —dijo el capitán—, vamos a acercarnos a diez mil metros. Ponga a la tripulación sobre aviso y prepare el armamento.

—A la orden.

—¿Tenemos algo más en las proximidades?

—Hay una fragata china al norte, a unas treinta millas.

—De acuerdo, en cuanto hayamos eliminado los submarinos, torpedeamos la fragata y nos acercamos por si hay que terminar el trabajo.

—Entendido.

El oficial ejecutivo fue al centro de ataque y consultó su reloj. En la superficie era de noche. A ninguno de los que estaban a bordo del submarino les afectaba mucho, pero por algún motivo, todos se sentían un poco más seguros en la oscuridad, incluido el oficial.

La situación se había vuelto más tensa. Las tropas de reconocimiento de Giusti se encontraban a menos de treinta kilómetros del lugar donde esperaban toparse con las posiciones chinas. Por consiguiente, también habían entrado dentro del alcance de su artillería y la tarea se tornaba complicada.

Su misión consistía en avanzar hasta establecer contacto y tratar de encontrar una brecha en las posiciones chinas que la división pudiera aprovechar. El objetivo secundario era abrirse paso por la brecha y penetrar la zona logística china, al otro lado del río de su punto de entrada. Ahí se dedicarían al saqueo y al pillaje, como le

gustaba llamarlo al teniente coronel Giusti, probablemente girarían al norte y avasallarían la retaguardia china con una o dos brigadas, dejando la tercera en las líneas de comunicación chinas como fuerza de bloqueo.

Sus tropas ya se habían puesto el «maquillaje», las pinturas de guerra que usaban para camuflarse, oscureciendo los puntos claros de la cara y aclarando los oscuros. El efecto que lograban evocaba la imagen de alienígenas negros y verdes. Por lo general, avanzarían a bordo de sus vehículos, las patrullas de reconocimiento en sus Bradleys, utilizando las imágenes térmicas en las posiciones del conductor y el artillero, para localizar a sus enemigos. Sin embargo, también tendrían que salir del vehículo de vez en cuando, por lo que todos comprobaron que su sistema de visión nocturna PVS-11 estuviera en perfecto estado de funcionamiento. Cada soldado llevaba tres juegos adicionales de pilas AA, que les resultaban tan imprescindibles como los cartuchos de munición para sus rifles M16A2. La mayoría de los hombres engulleron una ración de campaña y la bajaron con agua, en muchos casos junto con algún analgésico para eliminar los efectos de los múltiples golpes y moretones que iban a padecer. Intercambiaron bromas y miradas para rebajar la tensión nocturna, dirigiéndose palabras de aliento para infundirse valor. Los sargentos y oficiales de bajo rango recordaban a los hombres el entrenamiento que habían recibido y los exhortaban a confiar en sus habilidades.

Y entonces, obedeciendo una orden transmitida por radio, los Bradley se pusieron en marcha y mostraron el camino hacia el enemigo a los tanques más pesados de batalla, a una velocidad inicial de unos quince kilómetros por hora.

Los dieciséis helicópteros del escuadrón ya se encontraban en el aire, aunque de momento se desplazaban con mucha cautela; el blindaje de los helicópteros ofrecía casi tanta protección como una hoja de periódico y las tropas terrestres sólo necesitaban un visor térmico para localizarlos, tras lo cual podían lanzarlos con un misil termodirigido. El enemigo también disponía de algunas unidades antiaéreas que resultarían igualmente mortíferas.

Los helicópteros Kiowa Warrior OH-58D estaban equipados con buenos sistemas de visión nocturna en los que habían aprendido a confiar los tripulantes durante sus vuelos de entrenamiento. Pero no era habitual que muriera nadie durante una sesión de entrenamiento. Pensar que en tierra había hombres con municiones reales, que no dudarían en derribarlos si se terciaba, había hecho que se olvidaran de algunas de sus instrucciones. Si los derribaban durante una maniobra de entrenamiento, los avisaban por radio y lo más grave que podían esperar era una reprimenda del comandante de la compañía por haber cometido algún error; generalmente seguido de la advertencia de que en una situación de combate real estarían muertos, sus esposas serían viudas, y sus hijos, huérfanos. Pero todo eso no era cierto y nunca podrían tomarse tan en serio esas palabras como en la situación actual. Ahora podía convertirse en realidad; todos

los tripulantes tenían una esposa o una pareja que los estaba esperando en casa, y muchos también tenían hijos.

Sin dejar de pensar en ello, empezaron a avanzar; rastreando el terreno con sus equipos de visión nocturna y con las manos un poco más sudorosas que de costumbre en los controles.

El cuartel general de la división disponía de su propia terminal de Dark Star, a cargo de un capitán de las fuerzas aéreas. Diggs no era muy partidario de quedarse en la retaguardia mientras sus hombres estaban bajo fuego en el frente, pero el mando era algo distinto al liderazgo. Esa era una lección que le habían inculcado muchos años atrás en la academia de oficiales de Fort Leavenworth y que había tenido la oportunidad de comprobar el año anterior en Arabia Saudí, pero de todas formas sentía la necesidad de acercarse a sus hombres en el frente y compartir con ellos el peligro. Sin embargo, la mejor manera en que podía disminuir el peligro al que estaban sometidas las tropas era desde la retaguardia, llevando un control eficaz de las operaciones junto con el coronel Masterman.

—¿Hornillos? —preguntó Masterman.

—Así es —asintió el capitán de las fuerzas aéreas estadounidenses Frank Williams—. Y los puntos más brillantes son hogueras de campamento. La noche refresca: la temperatura a nivel del suelo es de unos seis grados, la temperatura del aire es de cinco grados. Ofrece un buen contraste para los sistemas de visión térmica. Parecen usar los mismos hornillos que usábamos en los boy scouts. Vaya, son un montón. Debe de haber varios centenares.

—¿Ve alguna brecha en sus líneas?

—Parece menos denso en este punto, entre estas dos colinas. Tienen una compañía en la cima de esa colina y otra en la otra, seguro que son de batallones diferentes —dijo Williams—. Suele funcionar así. Hay una brecha en medio de un kilómetro aproximadamente, pero hay un arroyo en el centro.

—A los Bradleys no les importa mojarse un poco —explicó Diggs al joven oficial—. ¿Duke?

—Es la mejor opción para penetrar de las que hemos visto hasta ahora. ¿Mandamos a Angelo en esa dirección?

Diggs se detuvo a pensarlo un instante. Tendría que mandar su escudo de caballería y probablemente también por lo menos a una brigada, pero éstas eran las decisiones que debían tomar los generales.

—¿Qué más hay en la zona?

—A juzgar por las tiendas de campaña y los camiones, yo diría que esto es el cuartel general del regimiento. Supongo que querrá eliminarlo con la artillería.

—Sí, pero no antes de que lleguen los Quater Horse. No queremos ponerlos sobre aviso antes de tiempo —sugirió Masterman.

El general Diggs reflexionó un poco más y tomó la primera decisión importante de la noche.

—De acuerdo. Duke, dígame a Giusti que se dirija a la brecha.

—Sí, señor.

El coronel Masterman se acercó a las radios. Estaban tomando decisiones sobre la marcha. Aunque a nadie le parecía el método idóneo, así era el mundo de las operaciones de combate en tiempo real.

—Roger —llamó Diggs.

El coronel Roger Ardan era el comandante de artillería de la división, con el nombre en clave de Pistolero Seis. Era un hombre alto y delgado, con aspecto de jugador de baloncesto.

—Sí, señor.

—Esta será su primera misión de artillería. Vamos a dar apoyo a Angelo Giusti para que cruce esta brecha. Hay una compañía de infantería aquí y otra aquí, además de lo que parece ser el cuartel general del regimiento, aquí.

—¿Qué hay de la artillería enemiga?

—Aquí tienen unos ciento veintidós y lo que parecen ser doscientos tres aquí, de ocho pulgadas.

—¿No hay lanzamisiles?

—De momento no los he visto. La verdad es que me extraña, pero no veo ninguno en la zona —dijo el capitán Williams al artillero.

—¿Qué hay de los radares? —preguntó el coronel Ardan.

—Quizá haya uno aquí, aunque no se distingue muy bien. Lo han tapado con redes de camuflaje —dijo Williams, seleccionando la zona con el ratón y ampliando la imagen.

—Ese será el primero que eliminaremos, márkelo —dijo Ardan.

—Sí, señor. ¿Le imprimo una lista de objetivos?

—Por supuesto, muchacho.

—Aquí tiene —dijo Williams.

El capitán le entregó un documento de dos páginas recién salido de la impresora, con la latitud y la longitud de las posiciones marcadas con precisión milimétrica.

—¿Cómo demonios nos las arreglábamos sin GPS y aeronaves de vigilancia? —se preguntó en voz alta Ardan—. De acuerdo, general, atacaremos estos objetivos. ¿Cuándo?

—Digamos treinta minutos.

—Estaremos listos —prometió Pistolero—. Destruiré el puesto de mando de su regimiento.

—Me parece perfecto —comentó Diggs.

La primera blindada tenía una brigada de artillería fenomenal. Los batallones

segundo y tercero del primer regimiento de artillería disponían del nuevo Howitzer Paladin autopropulsado de ciento cincuenta y cinco milímetros, mientras que el segundo batallón del sexto regimiento de artillería tenía unidades autopropulsadas de ocho pulgadas, todo esto sumado a los tanques de sistema múltiple de lanzamiento de misiles de la división, que solían estar bajo el mando directo del comandante en jefe como arma personal. Estas unidades estaban unos diez kilómetros por detrás de los efectivos principales de la caballería. En cuanto les llegó la orden se apartaron de las carreteras y tomaron posiciones de fuego al norte y al sur del camino de grava. Cada unidad tenía un receptor de GPS, sistema de posicionamiento global, que les permitía determinar su posición con un margen de error inferior a tres metros. El sistema conjunto de distribución de información táctica J-TIDS les transmitía la ubicación de sus objetivos, y los ordenadores a bordo calculaban el ángulo y la distancia. Lo siguiente que debían determinar era el tipo de proyectil, que podía ser de alto explosivo, común, o de tiempo variable: VT. Cargaban los proyectiles y apuntaban sus armas hacia los lejanos objetivos. Los artilleros avisaban al cuartel general de la división y esperaban la orden para apretar del gatillo.

—Listos, señor —informó el coronel Ardan.

—Entendido, veamos cómo le va a Angelo.

—Éste es su monitor, señor —dijo el capitán Williams a su superior.

Para él, el acontecimiento era como ver una final de fútbol americano desde la tribuna, aunque había un equipo que no sabía que los estaban viendo; de hecho, ni siquiera sabía que el otro equipo había saltado al campo.

—Están a tres pasos de la primera línea avanzada enemiga.

—Duke, informe a Angelo. Envíe el mensaje por el sistema de información a los vehículos.

—En seguida —respondió Masterman.

Lo único que no podían hacer era remitirle a Giusti la imagen de la aeronave de reconocimiento.

Sable Seis había abandonado la seguridad de su tanque principal de batalla Abrams y se encontraba en el Bradley, desde donde podía seguir los acontecimientos de forma más directa.

—Se ha activado el sistema de información a los vehículos —anunció el comandante del tanque.

El coronel Giusti se agachó y entornó los ojos para localizar al sargento del otro lado del torreón de artillería. El diseñador del Bradley no se había imaginado que pudiera llegar a utilizarlo un oficial de alto rango y su escuadrón todavía no disponía de uno de los nuevos tanques «Dios», equipados con un monitor del sistema de información en la retaguardia.

—La primera posición enemiga se encuentra ahí, señor, a las once, detrás del

promontorio —dijo el sargento, señalando la pantalla.

—Vamos a saludarlos.

—Entendido, coronel. En marcha, Charlie —dijo al conductor—. Atención soldados, ojo avizor: estamos entrando en territorio indio.

—¿Cómo van las cosas en el norte? —preguntó Diggs al capitán Williams.

—Vamos a ver.

El capitán desactivó la señal que recibían del Marilyn Monroe y pasó a la del Grace Kelly.

—Aquí están. La avanzadilla china se encuentra a quince pasos de los efectivos rusos, pero parece que se han detenido a pasar la noche. Creo que nosotros entraremos antes en contacto.

—Qué le vamos a hacer —comentó Diggs—. Regresemos a la señorita Monroe.

—Sí, señor —volvió a manipular el ratón—. Aquí estamos.

Éstos son sus primeros efectivos de caballería, a dos pasos del primer puesto defensivo chino.

Diggs se había criado viendo el boxeo por televisión. Su padre era un admirador ferviente de Muhammad Ali, pero incluso en la ocasión en que Ali perdió contra Leon Spinks, era consciente de tener un rival en el cuadrilátero. En esta ocasión, los pobres ni lo sospechaban. La cámara se centró en la posición defensiva y amplió la imagen: había dos hombres. Uno estaba agachado, fumando un cigarrillo, lo cual debía de perjudicar su visión nocturna. Eso explicaba que todavía no hubieran visto nada, aunque de todas formas ya deberían haber oído algo; los Bradleys no eran precisamente silenciosos...

—Mire, acaba de desperezarse un poco —dijo Williams.

En la pantalla vieron cómo giraba de pronto la cabeza. A continuación se asomaba la otra cabeza y salía volando el cigarrillo hacia la derecha. El tanque de Giusti se acercaba desde la izquierda y ambas cabezas miraban en esa dirección.

—¿Cuánto puede acercarse? —preguntó Diggs.

—Veamos...

Tras otros cinco segundos, los soldados chinos de infantería atrincherados en su hoyo ocupaban media pantalla. A continuación Williams insertó un recuadro con otra imagen. En la imagen principal aparecían los soldados predestinados a morir, mientras que el recuadro mostraba el avance del explorador Bradley en cabeza, cuyo torreón de artillería giró un poco a la izquierda... Se encontraban a unos mil cien metros...

Diggs veía que el hoyo contenía un teléfono de campaña. Como primera posición de la línea defensiva, les correspondería informar a su cuartel general si aparecía cualquier elemento enemigo. Oían algo pero no sabían lo que era y probablemente esperaban hasta verlo antes de informar a sus superiores. El ejército chino no

disponía de visores nocturnos, al menos no para los soldados, pensó Diggs. Esa era una información importante que valdría la pena recordar.

—De acuerdo, aleje la imagen.

—Sí, señor.

Williams canceló la ampliación de los soldados y regresó a la panorámica de la posición enemiga y el avance del tanque. Diggs estaba seguro de que el artillero de Giusti los habría localizado y dependería de él lanzar el primer disparo; a fin de cuentas, esa decisión la debían tomar los hombres que estaban sobre el terreno.

—¡Ahí está!

La boca del cañón de veinticinco milímetros emitió tres destellos que iluminaron la pantalla y salieron tres trazadoras hacia el hoyo...

Y los dos soldados perecieron en el acto por tres impactos de munición explosiva de trazadora incendiaria. Diggs se giró.

—¡Pistolero, abran fuego!

—¡Fuego! —dijo el coronel Ardan por su micrófono.

Al cabo de un instante, la tierra tembló bajo sus pies y tras unos segundos se oyó el retumbar lejano de las explosiones, mientras otros noventa proyectiles dibujaban un arco en el firmamento.

El coronel Ardan había ordenado una cortina de fuego sincronizado contra el puesto de mando del regimiento, detrás de la brecha que trataban de penetrar los Quater Horse. Se trataba de una estrategia de ataque inventada por los norteamericanos durante la segunda guerra mundial, que coordinaba los proyectiles disparados por varias armas diferentes para que cayeran sobre su objetivo en el mismo instante. Así se evitaba que el enemigo pudiera ponerse a cubierto tras un primer aviso. Antiguamente había sido necesario calcular de forma meticulosa la trayectoria de cada proyectil, pero en la actualidad los ordenadores realizaban el cálculo a la velocidad del pensamiento. Esta misión en particular le había correspondido al segundo batallón del sexto regimiento, con los cañones de ocho pulgadas reconocidos como las armas pesadas más certeras del ejército estadounidense. Dos de los proyectiles eran munición común de alto contenido explosivo, pero los otros diez eran de VT, siglas que se referían a «tiempo variable». En realidad, se trataba de proyectiles con un minúsculo aparato de radar en la punta, que detonaba la explosión a unos quince metros del objetivo. Así se lograba evitar que la metralla se desperdigara por el suelo; se generaba un cono invertido letal, con una base de unos sesenta metros de diámetro. Los proyectiles comunes habrían producido cráteres y se habrían limitado a inmolarse a los soldados refugiados en su improvisada trinchera.

El capitán Williams manipuló los controles del Marylin y enfocó el puesto de mando enemigo. Desde su gran altitud, las cámaras térmicas captaban incluso los

puntos brillantes de los proyectiles que volaban en la noche. A continuación amplió la imagen del campamento. Diggs calculó que la cortina completa llegó en unos dos segundos. Los efectos fueron terroríficos: las seis tiendas de campaña se volatilizaron y las figuras verdes de los seres humanos se desplomaron sin vida. Algunas de las figuras humanas se despedazaron en varias partes, algo que Diggs nunca había presenciado.

—¡Toma! —exclamó Williams—. ¡Vaya revoltijo!

¿Qué tenían de especial las fuerzas aéreas? —se preguntó el general Diggs—. Quizá no era más que la juventud del muchacho.

En pantalla todavía se apreciaban algunas figuras con vida, milagrosos supervivientes del primer bombardeo. Sin embargo, en vez de moverse o de salir huyendo para evitar la siguiente salva que inevitablemente llegaría, se quedaron en sus puestos para atender a los heridos. Se trataba de una actitud valerosa, pero que iba a costarles la vida. Tenían menos posibilidades de salir de allí con vida que de ganar el gordo de la lotería, probablemente menos. La segunda cortina de fuego llegó veintiocho segundos después de la primera y la tercera tras otros treinta y un segundos, según podían comprobar en el registro de tiempo de su monitor.

—Que Dios se apiade de nosotros —murmuró el coronel Ardan.

En toda su carrera, nunca había tenido que presenciar los efectos de la artillería de forma tan directa. Para el artillero, siempre se había tratado de un asunto lejano y distante, pero ahora se enfrentaba al efecto real de sus armas.

—Objetivo, alto el fuego —ordenó Diggs.

Su mensaje le comunicaba al oficial que «ya está muerto, ya lo has matado, encuentra otro objetivo». Un año antes había observado el combate en una pantalla de ordenador, en las arenas del desierto arábigo. Aquél le había hecho sentir el frío de la guerra, pero éste era mucho peor; era como ver una película de acción de Hollywood, pero sin efectos especiales generados por ordenador. Acababa de presenciar la eliminación de la sección de mando de un regimiento de infantería, unas cuarenta personas que habían desaparecido de la faz de la tierra en menos de noventa segundos. A fin de cuentas, habían sido seres humanos, algo que no parecía entender el joven capitán de las fuerzas aéreas. Probablemente, para él no era más que una especie de juego de Nintendo. Diggs concluyó que seguramente ésa era la mejor forma de planteárselo.

Las compañías de infantería en la cima de ambas colinas recibieron los impactos de una batería completa por compañía. Lo siguiente que había que averiguar era la reacción que provocarían los ataques. Eliminado el puesto de mando del regimiento, las cosas podían ponerse un tanto confusas para el comandante de división. Alguien escucharía el estruendo y trataría de llamar por el teléfono. El tono de desconectado generaría un momento inicial de confusión, pero incluso para los soldados en una

zona de combate no sería raro que fallara una línea de teléfono, aunque probablemente usarían el teléfono más que la radio, por su seguridad y su fiabilidad, al menos hasta que caía un proyectil enemigo y cortaba la línea. Probablemente a estas alturas alguien estaba despertando al comandante de la división, que reaccionaría con desconcierto ante las noticias.

—¿Capitán, sabemos dónde se encuentra el puesto de mando de la división enemiga?

—Es probable que sea esto, señor. No estamos del todo seguros, pero verá que hay un montón de camiones.

—Muéstremelo en el mapa.

—Aquí está, señor.

Regresaron a la pantalla del ordenador. De repente a Diggs se le ocurrió que el joven oficial de las fuerzas armadas debía de pasar allí todas las horas del día. Pero regresando al asunto en cuestión, el puesto de mando entraba en la zona de alcance de sus baterías de lanzamiento múltiple de misiles. Veía un bosque de antenas radiofónicas. Efectivamente, allí debía de encontrarse el general chino.

—Pistolero, quiero eliminar esta posición en seguida.

—Sí, señor.

La orden se transmitió por el sistema táctico de distribución de información a la artillería de campaña del segundo batallón del sexto regimiento. Los tanques lanzamisiles ya estaban listos y esperando órdenes. Los objetivos señalados entraban en el ángulo de giro de sus lanzaderas y la distancia de cuarenta y tres kilómetros estaba al alcance de sus posibilidades. La siguiente tarea también correspondía a los ordenadores; los tripulantes se limitaron a introducir el ángulo vertical, fijar los sistemas de suspensión para estabilizar el vehículo y cerrar las rejillas de las ventanas para protegerse de la explosión y de los gases emitidos durante el lanzamiento del misil, que hubieran resultado mortíferos en caso de respirarlos. En cuanto les llegó la orden del comandante de la batería, pulsaron el botón rojo de fuego. Los nueve vehículos lanzaron doce misiles cada uno, con un segundo de diferencia entre los lanzamientos. Cada misil contenía seiscientos cuarenta y cuatro submuniciones de granada, que harían impacto en un área del tamaño de tres campos de fútbol.

Diggs presenció los efectos de la salva tres minutos después de dar la orden; hubo casi setenta mil explosiones individuales dentro de la zona del objetivo. Si lo del puesto de mando del regimiento había sido una riza, había sido como un día de campo en comparación con lo que pasaba ahora. La división enemiga estaba tan decapitada como si se hubiera encargado de ello el mismísimo Robespierre.

Tras las salvas iniciales, el coronel Giusti vio que se había quedado sin objetivos. Mandó una unidad por la brecha mientras defendía personalmente la ladera norte, aunque nadie lo estaba bombardeando. Esa falta de actividad enemiga se explicaba en

gran medida por los proyectiles de ciento cincuenta y cinco que caían en las colinas que lo rodeaban, en una verdadera tormenta de acero y fuego. Alguien disparó una bengala de paracaídas, pero no hubo más señal de actividad. Veinte minutos después de la salva inicial empezó a asomar la avanzadilla de la primera brigada. Esperó a que se acercaran a unos cien metros antes de dirigirse al este, para reunirse con su escuadrón en el fondo del valle. Técnicamente se encontraba detrás de las líneas enemigas, pero al igual que en un partido de fútbol, tras realizar un primer ataque efectivo, había bajado el nivel de tensión y todo el mundo se centró en su misión.

Al igual que la mayoría de los aviadores, Dick Boyle era capaz de pilotar más de un tipo de aeronave. Podía haber entrado en la misión a los controles de un Apache, uno de los aparatos más gratos para cualquier piloto de helicóptero, pero prefirió seguir con el Blackhawk UH-60, que le permitía disponer de una mejor visión de los acontecimientos. El objetivo que perseguían era una brigada independiente de tanques, el puño de acero del ejército sesenta y cinco de grupo B. Para eliminarlo contaban con una fuerza de ataque que incluía veintiocho de los cuarenta y dos helicópteros de asalto Apache AH-64D, apoyados por doce Kiowa Warriors y dos Blackhawk.

La brigada china de tanques se encontraba unos treinta kilómetros al noroeste del punto de entrada inicial, en formación circular para apuntar en todas direcciones con sus cañones. A Dick Boyle y sus hombres no les preocupaba demasiado la formación, cuarenta años atrás habría sido una defensa formidable, pero en la actualidad no servía de mucho contra los Apaches. Siguiendo a los exploradores OH-58D, la formación de ataque penetró desde el norte por el centro del valle. El comandante de la fuerza de tanques había elegido una ubicación que le permitía desplazarse para apoyar a cualquiera de las divisiones del ejército sesenta y cinco, pero eso había supuesto concentrar sus fuerzas en una zona reducida, de unos quinientos metros de diámetro. La única preocupación de Boyle eran las lanzaderas de misiles tierra/aire y las unidades antiaéreas, pero disponía de imágenes tomadas de la Dark Star; que le informaban de dónde se encontraban las unidades enemigas. Un equipo de cuatro Apaches tenía la misión de encargarse de dicha amenaza.

La amenaza consistía en dos baterías de misiles. Una estaba formada por cuatro lanzaderas DK-9 parecidas al Chaparral norteamericano, con sus misiles tipo Sidewinder termodirigidos sobre una base móvil. El alcance de esta unidad sería de unos once kilómetros y medio, un poquito más que sus misiles Hellfire. La otra unidad era el HQ-61A, una versión china de la lanzadera rusa SA-6. Había un menor número de estas lanzaderas, pero supuestamente tenían un sistema de radar muy efectivo y su alcance era mayor: unos dieciséis kilómetros. También se suponía que no detectaban ni rastreaban objetivos por debajo de los cien metros de altitud, lo cual no era un mal dato si era cierto. Su táctica consistía en detectarlas con su helicóptero

de vigilancia electrónica EH-60 y eliminarlas cuanto antes. El nombre en código que les habían dado era Holiday. Las termodirigidas eran Ducks.

Las tropas chinas de a pie tendrían misiles termodirigidos portátiles parecidos al norteamericano Redeye, pero sus Apaches estaban equipados con supresión de escape que debían engañar a los misiles; claro que los que le habían asegurado que el sistema funcionaría no participaban en la misión. Nunca lo hacían.

Había varias misiones aéreas previstas para la noche, no todas sobre territorio ruso. Veinte aviones de combate, los sigilosos Stealth F-117A, habían permanecido inactivos en la base de Zhigansk desde su llegada, esperando que les enviaran las bombas que necesitaban, junto con los dispositivos de guía que transformaban sus municiones en bombas inteligentes, con la capacidad de eliminar un objetivo específico. Los aviones negros iban equipados con un armamento especial: misiles GBU-27 perforadores de objetivos resistentes y guiados por láser, que no estallaban al hacer impacto, sino que penetraban hasta el centro del objetivo antes de estallar. Esta noche iban a utilizarse para atacar veintidós objetivos muy especiales en las proximidades de Harbin y Bai'an, todos ellos contrafuertes de puentes ferroviarios.

La República Popular China dependía más del transporte ferroviario que la mayoría de los países, en parte porque no había suficientes automóviles para justificar la construcción de una gran infraestructura de autopistas, pero también porque la eficacia intrínseca de las redes ferroviarias se ajustaba al modelo económico que sostenían sus dirigentes políticos. Por supuesto que no ignoraban lo vulnerables que llegaban a ser, al depender tanto de un solo medio de transporte, por lo que habían utilizado la abundante mano de obra a su disposición para construir múltiples puentes en cada uno de los posibles puntos conflictivos, todos ellos con contrafuertes de hormigón reforzado. No es posible destruir seis puentes diferentes en un solo río antes de que podamos repararlos, pensaron.

Los aviones negros repostaron combustible del avión nodriza KC-135 y continuaron hacia el sur sin ser detectados por la barrera de radar que había erigido el gobierno chino en su frontera nordeste. Las aeronaves continuaban hacia su destino en piloto automático. Incluso las misiones de bombardeo se realizaban con piloto automático, porque ni siquiera el piloto más hábil podría haber pilotado el avión a la vez que guiaba el láser infrarrojo, cuya trayectoria seguía la cabeza rastreadora del proyectil. Los ataques se efectuaron de forma casi simultánea, con sólo un minuto de diferencia entre los seis puentes paralelos sobre el río Songhua Jiang, en Harbin. Cada uno de los puentes tenía importantes contrafuertes en las orillas norte y sur del río. Se había decidido atacar ambas orillas para mayor seguridad. Gracias a la claridad del aire y la ausencia absoluta de intervención defensiva por parte de los enemigos, el bombardeo fue más fácil que sus múltiples maniobras de práctica. Las seis primeras bombas fueron certeras en cada uno de los casos: alcanzaron los

objetivos a la velocidad del sonido y perforaron unos diez metros en su interior antes de estallar. Los proyectiles iban armados con doscientos cincuenta kilogramos de explosivo Tritonal. No era mucho, pero al estallar dentro de un espacio reducido liberó una fuerza descomunal, haciendo saltar en pedazos el centenar de toneladas de hormigón que lo rodeaba como si se tratara de porcelana, aunque sin producir el estruendo que podría haberse esperado de un acontecimiento de tal magnitud.

Sin conformarse con la destrucción lograda, el segundo equipo de aviones F-117 atacó los contrafuertes de la orilla norte con idéntico resultado. Las únicas vidas sacrificadas fueron las de un conductor y un bombero que viajaban en la locomotora diésel de un tren, que se dirigía al norte y no pudo detenerse antes del abismo.

En Bei'an se repitió la operación y otros cinco puentes cayeron al río Wuyur He. El doble ataque había durado exactamente veintiún minutos y había cortado la línea de suministro a las fuerzas invasoras hasta nuevo aviso. Los ocho aviones que no habían tenido que participar en el bombardeo se habían reservado como refuerzo por si algunas de las bombas no destruían su objetivo, y se dirigieron a la vía muerta en la orilla del Amur, que usaban los vagones de transporte de tanques. Este objetivo no sufrió tanto como los puentes, ya que los proyectiles perforaron demasiado y estallaron a mucha profundidad, aunque algunos de los vagones fueron destruidos. A fin de cuentas, fue una misión rutinaria para los F-117. Los intentos de atacarlos con las unidades de misiles tierra/aire de las dos ciudades fracasaron, porque nunca lograron una imagen de los aviones en sus pantallas de radar; no intentaron un solo lanzamiento.

Volvió a sonar la campana y se imprimió un mensaje: EQT SPEC OP, que una vez traducido venía a significar «ejecuten la operación especial». El Tucson se encontraba a nueve mil metros de Sierra Once y a quince mil de Sierra Doce.

—Nos vamos a encargar de una pieza a la vez. Orden de fuego, dos, uno. ¿Tenemos luz de solución? —preguntó el capitán.

—Tenemos soluciones válidas para ambas piezas —respondió el oficial de armamento.

—Preparen el torpedo dos.

—El torpedo dos está listo: tubo inundado, compuerta exterior abierta, señor.

—Muy bien, contrasten las posiciones generadas y... ¡disparen!

Se accionó una palanca en el cuadro correspondiente.

—Torpedo dos disparado de forma eléctrica, señor:

El Tucson se estremeció con la repentina explosión de aire comprimido que expulsó el proyectil al agua salada.

—La unidad avanza veloz, en línea y todo en regla, señor —informó el operador del sonar.

—Entendido. Torpedo uno, preparado —prosiguió el capitán.

—El torpedo uno está listo: tubo inundado, compuerta exterior abierta —informó de nuevo Weps.

—Muy bien, contrasten las posiciones generadas y... ¡disparen! —ordenó el capitán con un tono enfático.

Pensó que su tripulación apreciaría el detalle desde el zafarrancho de combate.

—Torpedo dos disparado de forma eléctrica, señor —anunció de nuevo el suboficial tras accionar la palanca y provocar otra sacudida del submarino.

—La segunda unidad avanza veloz, en línea y todo en regla, señor —informó de nuevo el operador de sonar.

A continuación el capitán recorrió los cuatro metros que lo separaban de la sala de sonar.

—Ahí lo tiene, capitán —dijo el operador principal del sonar, señalando el monitor con su marcador amarillo.

Los nueve mil metros que los separaban del 406 equivalían a unas cinco millas marinas. El objetivo se encontraba a una profundidad de unos treinta metros, quizá estaría comunicándose por radio con su base, avanzando a cinco nudos escasos, a juzgar por el movimiento de la hélice. Con estas variables, el tiempo hasta la destrucción del primer objetivo sería de menos de cinco minutos, de unos ciento sesenta segundos más para el segundo objetivo. Probablemente sería más complicado destruir el segundo submarino que el primero. Aunque no detectaran el torpedo Mark 48 ADCAP que se les acercaba, difícilmente dejarían de escuchar el estruendo de los cuatrocientos kilos de explosivos Torpex, estallando bajo el agua a una distancia de tres millas. Tratarían de maniobrar o de protegerse de alguna forma más eficaz que rezando el rosario a san Mao. El capitán asomó la cabeza hacia el centro de ataque.

—Recarguen otro torpedo ADCAP en el tubo dos y un torpedo harpón en el tubo uno.

—A la orden, capitán —asintió el oficial de armamento—. ¿Dónde se encuentra esa fragata? —preguntó al operador principal del sonar.

—Aquí, señor, es un clase Luda, un viejo armatoste propulsado por vapor, lleva rumbo dos uno seis y se desplaza a unos catorce nudos, según mi estimación.

—¿Cuál es el tiempo para la unidad dos? —preguntó el capitán.

—Un minuto y veinte segundos hasta el impacto, señor.

El capitán miró el monitor. Si Sierra Once llevaba operadores de sonar a bordo, no estaban prestando mucha atención al mundo que los rodeaba. Eso cambiaría muy pronto.

—De acuerdo, activen en treinta segundos.

—A la orden.

Según mostraba el sonar, uno de los torpedos se dirigía exactamente hacia el camino del 406. Parecía injusto destruir un submarino, sin conocer siquiera su

nombre...

—Activando unidad dos —llamó Weps.

—Por ahí va, señor —dijo el operador de sonar, mostrando otra sección de la pantalla.

El sonar ultrasónico mostró otro rastro iluminado, pero quince segundos más tarde...

—Sierra Once ha pisado el acelerador, señor. Fíjese, acaba de subir de revoluciones la hélice y empiezan a virar a estribor... pero no les servirá de nada, señor.

El operador de sonar lo sabía con sólo mirar el monitor; no era fácil esquivar a un Mark 48.

—¿Qué hay del doce?

—También lo ha oído, capitán. Aumenta la velocidad y... —El operador se quitó los auriculares—. ¡Ay! Eso duele —se sacudió la cabeza—. Impacto en Sierra Once, señor.

El capitán cogió otro par de auriculares y los enchufó. El mar seguía retumbando por la explosión. Los ruidos del motor del objetivo habían cesado casi de inmediato, como confirmaba el monitor visual, aunque según la línea de sesenta hercios los generadores seguían... no, también se habían detenido. Escuchó y vio señales de una salida de aire. Estaban tratando de soltar lastre y subir a la superficie, pero sin potencia de motor era hartamente improbable que lo logaran. Desplazó la vista al rastro que dejaba Sierra Doce. Este submarino había sido un poco más hábil y viraba a toda máquina a babor. Habían subido las revoluciones de la hélice y el sonido del generador... y también soltaba lastre... ¿Por qué?

—¿Tiempo para la unidad uno?

—Treinta segundos, según la trayectoria original, quizá un poco más ahora.

No mucho más, pensó el capitán. El torpedo ADCAP avanzaba a más de sesenta nudos cerca de la superficie. Weps ajustó los parámetros y encañonó el submarino. Una tripulación bien entrenada habría disparado su propio torpedo para tratar de ahuyentar al atacante y escapar si fallaba el primer proyectil. Las probabilidades eran remotas, pero era mejor que no hacer nada; además, podía brindarte la satisfacción de encontrarte con tus enemigos en el infierno, pero éstos no habían logrado disparar ni siquiera un señuelo. Debían de estar durmiendo, o al menos no muy despiertos, no muy atentos... ¿Acaso no sabían que estaban en guerra? Tardaron veinticinco segundos más en enterarse por las malas. Otra mancha apareció en la pantalla del sonar.

Vaya —pensó—, dos de dos. Además, ha resultado bastante fácil. Regresó al centro de ataque y cogió un micrófono.

—Escúchenme todos, les habla el capitán. Acabamos de lanzar un par de torpedos

a dos submarinos chinos y no los volveremos a ver. Buen trabajo. Felicidades a todos.

A continuación se dirigió al oficial de Comunicaciones.

—Prepare un mensaje para el comandante del Atlántico: «Cuatro seis cero hundido a las veintidós cincuenta y seis zulú, junto con submarino de escolta. Atacamos la fragata». Mándelo en cuanto lleguemos a profundidad de antena.

—Sí, señor.

—Equipo de rastreo, tenemos una fragata con rumbo dos uno seis. Rastréenla para que podamos asestarle un arponazo.

—A la orden, señor —respondió el teniente al mando del equipo de rastreo.

En Washington eran casi las seis de la tarde y todos los poderes tácticos estaban pendientes de sus televisores, aunque no miraban la programación comercial. Las imágenes capturadas por las Dark Star se transmitían codificadas por satélite y se distribuían por Washington mediante una red de fibra óptica de uso exclusivamente militar. Por supuesto, una de las conexiones llegaba hasta la sala de situaciones de la Casa Blanca.

—Santo Dios —dijo Ryan—. Es como un jodido videojuego. ¿Desde cuándo tenemos esta capacidad?

—Es bastante reciente, Jack, y sí —asintió el vicepresidente—, tiene un aire casi obsceno, aunque no es nada distinto de lo que ven los operadores. Es decir, yo lo veía cuando derribaba aviones, sólo que yo llevaba un traje de vuelo y un avión de combate a la espalda. En cierto modo, verlo así es diferente, es como ver follar a una pareja, pero no en las películas de entrenamiento...

—¿Cómo dices?

—Así llamábamos a las pelis porno en los barcos, «películas de entrenamiento». Pero esto es como espiar a una pareja de recién casados en su noche de bodas sin que ellos lo sepan... te sientes obsceno.

—A la gente le entusiasmará —predijo Arnie Van Damm—. Al ciudadano medio de a pie le parecerá una película de acción, sobre todo a los jóvenes.

—Quizá tengas razón, Arnie, pero es una película un poco salvaje: son vidas reales las que se están eliminando, y en grandes cantidades. El puesto de mando de la división que eliminó Diggs con sus misiles, Dios mío, ha sido como un terrible acto de venganza de una divinidad pagana, como el meteorito que acabó con los dinosaurios, como un asesino que mata a un niño en el patio de la escuela —dijo Robby, tratando de expresar lo obsceno que le parecía lo que veía.

Aunque no les proporcionara mucho consuelo a las familias de los fallecidos, se trataba de un asunto de negocios, no de una cuestión personal.

—Estamos captando transmisiones radiofónicas —dijo Tolkunov al general Bondarenko.

El oficial de inteligencia había enviado a media docena de equipos de

reconocimiento electrónico para escuchar las frecuencias que usaba el ejército chino. Solían expresarse con frases codificadas difíciles de descifrar; sobre todo porque cambiaban los términos a diario, junto con los nombres de identificación de las unidades y sus protagonistas.

Sin embargo, las precauciones de seguridad tendían a sacrificarse cuando surgía una emergencia y los oficiales superiores necesitaban información al instante. En este caso, Bondarenko había observado las imágenes del Grace Kelly y no había sentido mucha lástima por las víctimas. De hecho, hubiese preferido ser él quien causara las bajas, porque a fin de cuentas los chinos habían invadido su país.

—Los procedimientos de la artillería norteamericana son impresionantes —se admiró el coronel Tolkunov.

—Siempre han tenido buena artillería, pero la nuestra también es buena, como podrá comprobar ese tal Peng en pocas horas —respondió el comandante del campo de Operaciones—. ¿Qué cree que hará?

—Depende de la información que reciba —respondió su oficial de inteligencia—. Probablemente le lleguen informes confusos que le preocuparán, pero no tanto como para olvidarse de su propia misión.

A Gennady Iosifovich, eso le parecía lógico. Los generales solían pensar más que nada en las misiones que tenían asignadas, dejando las demás misiones a los responsables correspondientes y confiando en que cada cual cumpliría su cometido. De hecho, ésa era la única manera en que podía funcionar un ejército. De no ser así, dedicarían tanto tiempo y esfuerzo a los hechos circunstanciales que no lograrían cumplir su propia misión y la maquinaria entera acabaría deteniéndose. Cuando no tenía éxito, lo llamaban estrechez de miras, pero si el resultado era satisfactorio, lo denominaban trabajo en equipo.

—¿Qué hay de los bombardeos norteamericanos en territorio enemigo?

—Los aviones Stealth son increíbles. El suministro ferroviario chino está totalmente interrumpido. Pronto empezará a escasear el combustible de nuestros invitados.

—Qué lástima —comentó Bondarenko.

Los norteamericanos eran guerreros eficientes. Los militares rusos casi no habían tenido en cuenta la táctica de los bombardeos en territorio enemigo, pero si se aplicaba con éxito, resultaba fulminante y no permitía contraataques. Quedaba por ver si los chinos serían capaces de adaptarse a la situación.

—De todas formas, todavía tienen dieciséis divisiones motorizadas que debemos despachar.

—Así es, camarada general —asintió Tolkunov.

—Halcón Tres a Líder Halcón, veo un tanque lanzadera de misiles tierra/aire. Es un Holiday —informó el piloto—. En el promontorio, tres kilómetros al oeste de

Cloverleaf... Espere, también hay un Duck.

—¿Hay algo más? —preguntó Líder Halcón, el capitán al mando de los Apaches encargados de eliminar los misiles tierra/aire.

—Hay unidades antiaéreas ligeras, principalmente dos cinco mike, alrededor de los misiles tierra/aire. Solicito permiso para disparar, cambio.

—Aguante —respondió Líder Halcón—. Líder Águila, aquí Líder Halcón, cambio.

—Líder Águila a la escucha, Halcón —respondió Boyle desde su Blackhawk.

—Hemos avistado tanques con misiles tierra/aire. Permiso para atacar, cambio.

Boyle pensó rápido. Sus Apaches habían avistado la posición de los tanques y la habían rodeado por tres flancos. De acuerdo, el halcón se acercaba al promontorio que dominaba la posición, llamada Cloverleaf. Sí, era el momento.

—Permiso concedido. Ataquen los misiles. Cierro.

—Entendido, iniciando ataque. Halcón Tres, aquí el Líder, cárgatelos.

—Dispara en cuanto lo tengas, Billy —dijo el piloto a su artillero.

—Hellfire, ¡va!

El artillero del asiento delantero disparó su primer misil. El proyectil de dieciocho centímetros de ancho salió disparado, dejando una estela de luz amarilla. Se dirigió de inmediato hacia el punto guía del láser. Vio por el visor térmico a un tripulante de la unidad enemiga que gesticulaba y señalaba en la dirección del helicóptero. Trataba de captar la atención de alguien más, en una carrera desenfrenada entre el misil y el tiempo de reacción humana. Las cartas estaban a favor del misil. Logró captar la atención de alguien más, quizá el sargento o el teniente, quien miró en la dirección señalada. Por el gesto que hizo con la cabeza supo que, de entrada, no veía nada. El primero siguió gesticulando como un loco hasta que el segundo lo vio, aunque ya era demasiado tarde. Sólo les quedaba lanzarse al suelo y tratar de sobrevivir, en lo que, a fin de cuentas, fue un gesto inútil. El Hellfire alcanzó la base del grupo de lanzaderas y eliminó a todo lo que encontró en un radio de diez metros.

—Mala suerte —dijo el artillero antes de concentrar su atención en la otra unidad, la lanzadera Holiday.

El estruendo había puesto sobre aviso a la dotación, se los veía apresurarse a activar su arma. Acababan de ocupar sus posiciones cuando estalló la lanzadera.

Lo siguiente serían las unidades antiaéreas. Había seis cañones, la mitad de veinticinco milímetros y la mitad de treinta y cinco, que podían resultar desagradables. El Apache se acercó. El artillero activó su propio cañón de veinte milímetros y recorrió las armas enemigas. Los impactos que derribaron a los cañones enemigos entre explosiones de las cajas de municiones parecían destellos de flash.

—Líder Águila, aquí Halcón Tres, esta colina está despejada. Vamos a dar una pasada para cerciorarnos. Ya no hay cobertura desde Cloverleaf, está abierto de par

en par.

—Entendido.

Boyle ordenó a sus Apaches que atacaran.

Se trataba de un combate tan desequilibrado, como si un boxeador profesional se hubiera subido al cuadrilátero con un niño de seis años. Los Apaches circulaban alrededor de los tanques como los indios de las películas alrededor de las carretas, pero en este caso los vaqueros no podían devolverles el fuego. La mayoría de los tripulantes chinos estaban dormidos fuera de sus tanques. Algunas de las dotaciones se encontraban en sus vehículos, más o menos de vigilancia, mientras otros soldados patrullaban a pie con sus rifles tipo 68. Las explosiones del promontorio los habían puesto sobre aviso. Algunos de los suboficiales llamaban a sus hombres para que se levantaran y entraran en los tanques, sin saber muy bien qué los amenazaba, pero suponiendo que estarían más seguros tras los parapetos de acero de sus vehículos, con la capacidad de disparar al enemigo que fuera. Sin embargo, no podían estar más equivocados.

Los Apaches bailaron alrededor del campamento, deslizándose de lado con los disparos de sus misiles. Tres de los tanques chinos vieron los helicópteros con sus visores nocturnos y abrieron fuego, pero el alcance de los cañones en los tanques era la mitad del de los Hellfire, por lo que los proyectiles se quedaron por el camino, al igual que los seis misiles tierra/aire HN-5 ligeros que dispararon algunos soldados. Los Hellfire, en cambio, no se quedaron cortos, sino que alcanzaron en todos los casos sus objetivos, salvo dos que fallaron. Las enormes ojivas producían el mismo efecto en los tanques de acero que los petardos en juguetes de plástico. Los torreones volaban por los aires sobre columnas de fuego y caían de nuevo con gran estruendo, generalmente sobre los mismos vehículos a los que habían pertenecido. La posición había consistido en ochenta y seis tanques, lo cual permitía tres disparos por helicóptero y un cuarto misil para algunos artilleros afortunados. En total, la destrucción de la brigada duró menos de tres minutos. El coronel al mando observó con horror e incredulidad desde su puesto cómo los trescientos soldados a los que había entrenado durante un año entero para aquel momento perecían en un instante. Incluso tuvo que soportar la humillación de un Apache, que pasó tan rápido por encima de su puesto de mando que no tuvo tiempo siquiera de desenfundar su pistola reglamentaria.

—Líder Águila, aquí Líder Halcón. Cloverleaf ha pasado a la historia y regresamos a la base, cambio.

Poco podía añadir Boyle, más que mostrar su satisfacción.

—Entendido, Halcón. Bien hecho, capitán.

—Gracias, señor. Cierro.

Los Apaches formaron y se dirigieron al noroeste para repostar combustible en su

base y abastecerse de nuevas municiones para la siguiente misión. En tierra vio cómo la primera brigada penetraba por la brecha en las líneas chinas, dirigiéndose a la zona de logística enemiga en el sureste.

El destacamento especial setenta y siete mantenía su posición al este del estrecho de Formosa, hasta recibir órdenes de acudir al oeste. Los comandantes aéreos habían oído que uno de sus submarinos había eliminado un sumergible chino lanzamisiles y otro de ataque rápido. A ellos les parecía fenomenal y seguro que el comandante en jefe del destacamento también lo había disfrutado. Ahora les tocaba a ellos perseguir a la armada del ejército de la República Popular China; todos estuvieron de acuerdo en que era un nombre de peso para una fuerza de combate marítima. Las primeras aeronaves del destacamento que despegaron, después de los F-14D de la patrulla de combate aéreo, fueron los aviones de radar Hawkeye E-2C, una versión en miniatura de los AWACS, bimotores usados por la marina. Su tarea consistía en localizar objetivos para los cazas, en su mayoría F/A-18 Hornet.

Esta iba a ser una operación compleja. El destacamento contaba con tres submarinos nucleares de ataque para «limpiar» la zona de sumergibles chinos. El comandante parecía especialmente preocupado, ante la posibilidad de que uno de los submarinos chinos diésel perforara uno de sus buques; pero esto no atañía demasiado a los aviadores, a menos que se encontraran con un submarino chino amarrado en los muelles.

Su principal problema era la identificación de los objetivos. Era una zona de intenso tráfico marítimo y tenían órdenes estrictas de no dañar navíos comerciales, ni siquiera los que navegaran con bandera china. Podrían detectar y atacar cualquier buque armado con misiles tierra/aire antes de tenerlo dentro del campo visual, pero en los demás casos no se podía abrir fuego hasta tener el buque a la vista. Tenían munición en abundancia; los buques enemigos eran objetivos frágiles cuando se enfrentaban a misiles y a bombas de media tonelada. Su objetivo principal era la flota china del mar del Sur, con base en Guangzhou (más conocido por los occidentales como Cantón). La base naval era vulnerable a un ataque, aunque tenía posiciones defensivas con misiles tierra/aire y baterías antiaéreas.

Los F-14 en cabeza recibían las coordenadas de sus objetivos aéreos de los Hawkeye de apoyo. Como también era una zona de intenso tráfico aéreo, tenían la orden de realizar una identificación visual de los objetivos antes de atacar. Eso podía resultar peligroso, pero no había forma de evitarlo.

Lo que no sabían los pilotos de la armada era que los chinos conocían la firma electrónica del radar APD-138 con el que estaban equipados los aviones de apoyo E-2C, lo que les había advertido previamente de su llegada. Un centenar de aviones de combate chinos despegaron y adoptaron formación de combate sobre la costa este. Los Hawkeye los detectaron y avisaron por radio a su avanzadilla de cazas,

presagiando lo que iba a ser un combate aéreo de proporciones épicas antes del alba.

No se podía abordar el asunto con elegancia. Dos escuadrones de aviones Tomcat, veinticuatro unidades en total, lideraban la fuerza de ataque. Cada uno llevaba cuatro misiles Phoenix AIM-54C y cuatro Sidewinders AIM-9X. Los Phoenix eran armas veteranas con casi quince años a sus espaldas; en algunos casos había grietas microscópicas en los fuselajes de combustible sólido, que pronto se harían evidentes. Sin embargo, su alcance teórico de más de ciento sesenta kilómetros les otorgaba una utilidad perenne.

Las tripulaciones de los Hawkeye tenían órdenes de prestar especial atención a los objetivos potenciales, para distinguir a los enemigos de los civiles. Pero no tardaron en determinar que varios aviones volando en formación cerrada no serían aparatos airbus cargados de pasajeros y autorizaron a los Tomcat que abrieran fuego a unos ciento sesenta kilómetros de la costa. La primera salva fue de cuarenta y ocho proyectiles, de los cuales, seis se autodestruyeron tras sólo quinientos metros, bajo la mirada turbada de los pilotos. Los cuarenta y dos misiles restantes ascendieron en un arco balístico hasta una altitud de más de treinta mil metros, antes de iniciar el descenso a cinco veces la velocidad del sonido, mientras encendían sus radares de localización Doppler de banda milimétrica. Al final de su vuelo se habían quedado sin combustible y ya no dejaban los rastros de humo que ponían sobre aviso a los pilotos enemigos. Los chinos sabían que llegaban misiles, pero no podían verlos ni, por consiguiente, evitarlos. Los Phoenix empezaron a hacer impacto en sus objetivos y los únicos cazas que lograron sobrevivir fueron los que viraron bruscamente al presenciar la primera explosión. En total, los cuarenta y ocho misiles habían derribado a treinta y dos aparatos. Los pilotos supervivientes estaban aturdidos pero también furiosos. Se dirigieron al este en perfecta formación y encendieron sus radares, en busca de objetivos para sus propios misiles aire/aire. No tardaron en encontrarlos, aunque estaban fuera del alcance de sus armas. El oficial de más alto rango que había sobrevivido al ataque inicial les ordenó dirigirse al este a toda velocidad. En cuanto estuvieron a unos cien kilómetros, lanzaron sus misiles aire/aire guiados por radar PL-10. Estos proyectiles eran una copia del modelo italiano Áspide, que a su vez se había copiado del viejo proyectil norteamericano Sparrow AIM-7E. Sólo era capaz de rastrear su presa si el avión que lo había disparado mantenía su radar en la dirección del objetivo. Tenían delante a los norteamericanos, que también estaban rastreando con sus radares, y el resultado fue un descomunal juego de nervios; ninguno de los pilotos de combate quería ser el primero en dar la vuelta para huir y, de todas formas, eso los habría condenado a una muerte segura. Seguía la carrera entre aviones y misiles, pero la velocidad de los PL-10 era de Mach 4, mientras que la del Phoenix era de Mach 5.

Los tripulantes de los aviones de apoyo Hawkeye seguían la confrontación por

sus monitores, que mostraban el progreso tanto de los cazas como de los misiles. Todos observaban con los dedos cruzados.

Los Phoenix fueron los primeros en hacer impacto, derribaron a treinta y un aviones de combate más de las fuerzas aéreas chinas y apagaron sus radares de forma súbita. Como consecuencia, algunos de sus misiles se desconcertaron, aunque no todos. Los seis cazas chinos que quedaban en el aire se encontraron de repente guiando un total de treinta y nueve misiles PL-10, hacia cuatro aviones Tomcat.

Los pilotos norteamericanos los vieron venir y sintieron escalofríos. Todos pisaron a fondo y descendieron en picado, soltando todas las bengalas y metrallas que llevaban para estos casos y subiendo a máxima potencia sus dispositivos de interferencia de radar. Uno logró escapar intacto. Otro perdió la mayor parte de los misiles entre su metralla, donde estallaron como fuegos artificiales, pero había diecinueve misiles encañonando otro de los F-14, algo imposible de esquivar. El tercer misil se aproximó lo bastante para activar su ojiva, seguido por nueve misiles más: el Tomcat quedó reducido a metralla junto con sus dos tripulantes. Los misiles alcanzaron a otro avión de combate de la armada; el operador de radar logró escapar, pero el piloto, no.

Los Tomcat restantes continuaron su avance. Ya no les quedaban misiles Phoenix, pero continuaron el combate con sus Sidewinder. De momento, la pérdida de sus compañeros sólo les ocasionaba furia y los chinos tuvieron que girar e ir hacia la costa, perseguidos por una nube de misiles termodirigidos.

Esta riña callejera había logrado despejar el paso para la fuerza de ataque.

La base de la armada china consistía en doce muelles en los que estaban amarrados sus buques. La marina estadounidense atacó a sus equivalentes chinos; como solía suceder en la guerra, había que empezar por matar a los más parecidos a uno mismo antes de seguir con los demás.

Los primeros en sufrir la furia de los Hornets fueron los submarinos. Por lo general, eran viejos sumergibles impulsados por diésel de clase romeo, que habían pasado su fecha de caducidad hacía ya algún tiempo. Estaban abarloados por parejas y los Hornets los atacaron con sus Skippers y sus misiles SLAM. Los primeros eran bombas de media tonelada, con un dispositivo elemental de orientación y un sistema de propulsión aprovechado de misiles obsoletos, pero bastaba para la labor que tenían encomendada. Los pilotos trataban de acertar entre los dos sumergibles para hundir ambos navíos de un solo golpe. En tres de cinco ocasiones, la táctica dio resultado. Los SLAM eran una versión del misil antinavíos Harpoon, adaptado para ataques contra tierra, que se utilizaron para eliminar las instalaciones portuarias y de mantenimiento, sin las cuales, la base naval no era más que una playa abarrotada. Las grabaciones revelarían unos daños impresionantes. Había otros aviones en una misión llamada Mano de Hierro, encargados de despachar las posiciones chinas de misiles y

baterías antiaéreas. Lo lograron desde una distancia prudencial con sus misiles antirradiaciones HARM, que identificaban a los radares de rastreo con gran acierto.

El balance global del primer ataque naval norteamericano en territorio asiático desde la guerra de Vietnam fue positivo: se hundieron doce navíos de guerra de la armada china y se arrasó una de sus principales bases navales.

Otras bases sufrieron el ataque de misiles de crucero Tomahawk, lanzados desde buques de superficie. Todas las bases navales chinas, en un tramo de ochocientos kilómetros de costa, recibieron algún tipo de ataque y se hundieron un total de dieciséis buques enemigos en poco más de una hora. Las aeronaves tácticas norteamericanas regresaron a sus portaaviones con la sangre del enemigo en las manos, aunque también habían perdido un poco de su propia sangre.

LVIII. CONSECUENCIAS POLÍTICAS

El mariscal Luo Cong, ministro de Defensa de la República Popular China, había pasado una noche larga y difícil. Se había acostado alrededor de las once pensando en el avance de sus fuerzas de invasión, por lo general con la satisfacción de que todo progresaba según el plan previsto. Y en cuanto logró conciliar el sueño sonó su teléfono.

En seguida acudió un coche oficial para llevarlo a su oficina, aunque Luo prefirió ir directamente al centro de comunicaciones del Ministerio de Defensa, donde ya se encontraban varios oficiales de alto y mediano rango, revisando la información que llegaba por fragmentos, tratando de componerse una imagen de lo que estaba pasando. La presencia del ministro Luo no los ayudaba, al contrario, parecía añadir tensión al ambiente de caos.

No sacaban nada en claro, excepto que tenían lagunas en su sistema de información. El ejército sesenta y cinco parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Su comandante en jefe había realizado una visita a una de las divisiones y no se sabía nada más de él desde las dos de la madrugada. Tampoco se sabía nada del general de división, ni de nada de lo que pudiera estar sucediendo. El mariscal Luo trató de solucionar la situación enviando un helicóptero desde la base de Sunwu. A continuación llegaron los informes de ataques aéreos en Harbin y Bei'an, que habían causado serios daños a la red ferroviaria. Se envió un coronel de ingenieros para tratar de solucionar el problema.

Pero en cuanto pensó que la situación en Siberia ya estaba controlada, llegaron los informes del ataque a la base naval de la flota en Guangzhou y de los ataques a las bases de Haikuo, Shantou y Xiachuandao. Los cuarteles generales de todas las bases parecían estar seriamente dañados, ya que ninguno de ellos respondía. Lo más preocupante eran los informes de bajas desastrosas entre los regimientos de aviones de combate, causadas por los ataques de la aviación naval norteamericana. Y por último, la guinda del pastel: se habían recibido señales de las balizas automáticas de hundimiento del único submarino nuclear chino con capacidad para lanzar misiles y del sumergible que debía brindarle protección, el Hai Long. El mariscal pensó que era improbable, casi imposible, que sucedieran tantas cosas al mismo tiempo. Y, sin embargo, había más. Las posiciones de radar de la frontera habían dejado de rastrear y tenían las comunicaciones cortadas. A continuación llegó otra llamada telefónica desde Siberia. Llegaba un informe de una de las divisiones del flanco izquierdo del punto de entrada, la que había visitado unas horas antes el general comandante en jefe del ejército tipo B sesenta y cinco. Más bien, según el suboficial de Comunicaciones, la llamada procedía de una subunidad de la división e informaba que una fuerza blindada desconocida había penetrado sus defensas occidentales hacia el este y

luego... había desaparecido.

—¿Cómo carajo se puede realizar un ataque sobre nuestras fuerzas y desaparecer después? —preguntó el mariscal, en un tono que hizo encogerse al capitán—. ¿Quién ha enviado este informe?

—Se ha identificado como un comandante del tercer batallón, del regimiento setecientos cuarenta y cinco de la guardia de infantería, camarada mariscal —respondió el oficial, con voz temblorosa—. Nos informan de que la conexión por radio tenía muchas interferencias.

—¿Quién redactó el informe?

—El coronel Zhao, oficial de Comunicaciones del personal de inteligencia del ejército tipo C setenta y uno, al norte de Bei'an. Su misión es la seguridad fronteriza en el sector de entrada —explicó el capitán.

—¡Eso ya lo sé! —espetó Luo, descargando su ira contra el objetivo más cercano.

—Camarada mariscal —interpuso una voz nueva.

Se trataba del general de división Wei Dao-Ming, uno de los principales asesores de Luo, quien acababa de llegar desde su casa para enfrentarse a un día muy largo. Mostraba señales de cansancio, pero trató de tranquilizar la situación.

—Permítame tratar de reunir la información con mi personal y presentársela de forma ordenada.

—De acuerdo, Wei, supongo que será lo mejor.

Luo sabía que ésa era una buena idea y que Wei llevaba toda una carrera de oficial de inteligencia, por lo que estaba acostumbrado a organizar la información y presentársela a sus superiores.

—Infórmeme cuanto antes.

—Por supuesto, camarada ministro —dijo Wei, recordándole sutilmente a Luo que su papel actual era el de dirigente político y no el de oficial de las fuerzas armadas, como había sido durante tantos años.

Luo fue al salón de los VIP y se tomó una taza de té verde. Metió la mano en el bolsillo de su uniforme y sacó un paquete de cigarrillos. Eran fuertes, sin filtro y lo ayudarían a mantenerse despierto. Tosió al fumarse el primero, pero se sintió mejor. Iba por su tercera taza de té cuando entró Wei con un bloc lleno de notas manuscritas.

—Dime, ¿qué pasa?

—No tenemos todos los datos, pero le diré lo que sabemos y lo que me imagino que está pasando —empezó a contar Wei—. Sabemos que ha desaparecido el general Qi del ejército sesenta y cinco junto con su personal. Estaban visitando la división de infantería ciento noventa y uno, al noroeste de nuestro punto de entrada inicial. La ciento noventa y uno tampoco da señales de vida, al igual que la brigada independiente de tanques seiscientos quince, parte del ejército sesenta y cinco. Tenemos informes confusos que hablan de un ataque aéreo a la brigada de tanques,

pero no sabemos nada con certeza. El regimiento setecientos cuarenta y cinco de la guardia de infantería, de la división ciento noventa y uno tampoco da señales de vida, por motivos desconocidos. Usted ha ordenado que inspeccionara el terreno un helicóptero de la base de Sunwu. El helicóptero saldrá con la primera luz del alba y nos informará de lo que vea.

—Nos han llegado una serie de informes adicionales de ese sector, pero todos confusos y difíciles de comprobar, de modo que he ordenado al personal de inteligencia del ejército setenta y uno que envíe un equipo de reconocimiento para averiguar la situación exacta y nos informe. Tardarán unas tres horas.

—La buena noticia es que el general Peng Xi-Wang sigue al mando de su ejército de asalto treinta y cuatro y que alcanzarán la mina de oro antes del mediodía. Nuestra punta de lanza blindada se encuentra en pleno territorio enemigo. Calculo que los hombres se estarán despertando en estos momentos y preparándose para continuar el ataque en una hora más.

—Ahora bien, las noticias de la armada son confusas, pero no me parecen asuntos de consideración. He ordenado al comandante de la flota del mar del Sur que tome el mando de la situación y me informe en seguida. Digamos que tardará unas tres horas.

—Así que, ya ve, camarada ministro, pronto tendremos informes más completos y podremos empezar a atajar la situación. Hasta entonces sabemos que el general Peng está a punto de retomar su ofensiva y que, llegada la noche, nuestro país será mucho más rico —concluyó Wei.

Sabía cómo poner a su ministro de buen humor. Éste lo recompensó con un escueto gesto de reconocimiento.

—Ahora —prosiguió el general Wei—, ¿por qué no se va a descansar unas horas mientras vigilamos la situación? —Buena idea, Wei.

Luo se dirigió al sofá y se tumbó. Wei abrió la puerta, apagó las luces y cerró la puerta al salir. El centro de comunicaciones se encontraba a unos pasos.

—¿Y bien? —preguntó, cogiéndole un cigarrillo al comandante—. ¿Qué coño está pasando ahí afuera?

—Si quiere mi opinión —respondió un coronel de inteligencia—, los norteamericanos acaban de estirar los músculos y los rusos están a punto de hacer lo mismo.

—¿Qué? ¿Por qué lo dice? ¿Los rusos por qué?

—¿Dónde se han metido sus fuerzas aéreas? ¿Qué ha pasado con sus helicópteros de asalto? No lo sabemos. ¿Y por qué no lo sabemos? Porque los norteamericanos han eliminado nuestros aviones como si espantaran moscas. No hemos hecho más que engañarnos pensando que los rusos no iban a defenderse. Un hombre llamado Hitler cometió el mismo error y los libros de historia nos cuentan que murió pocos años más tarde. También nos hemos engañado al pensar que los norteamericanos no

nos atacarían con fuerza por motivos políticos. Wei, en mi opinión, algunos de nuestros políticos han estado persiguiendo al dragón.

La expresión que usó el capitán se refería a un pasatiempo que había sido muy popular, aunque ilegal, en el sur de China hasta hacía algún tiempo: fumar opio.

—Nunca hubo consideraciones políticas. Simplemente esperaban hasta tener sus fuerzas reunidas. Y los rusos no se han defendido porque esperaban que estirásemos al máximo nuestra línea de suministro, ¡que nos acaban de cortar los jodidos norteamericanos en Harbin y Bei'an! Los tanques del general Peng están a trescientos kilómetros de nuestra frontera y sólo les queda combustible para doscientos kilómetros. Ahora ya nos les va a llegar ni un litro más. Hemos enviado más de dos mil tanques y hemos convertido a sus tripulantes en soldados de infantería mal entrenados. Y eso, camarada Wei, es lo que pasa —concluyó el coronel.

—Coronel, a mí puede hablarme así, pero si le cuenta esto al ministro Luo, le garantizo que pasado mañana su esposa tendrá que pagar al Estado el precio de una bala —advirtió Wei.

—Pero yo sé que es cierto —respondió el coronel Geng He-Ping—. ¿Qué le pasará un poco más tarde, camarada general Wei, cuando organice la información y se dé cuenta de que estoy en lo cierto?

—Tendremos que ocuparnos de las cosas a medida que se presenten —respondió el general con un tono fatalista—. Vayamos paso a paso, Geng.

A continuación reunió a un grupo de oficiales y les dio una tarea a cada uno, buscó una silla y se sentó a pensar si Geng estaría evaluando correctamente la situación.

—¿Coronel Geng?

—Sí, camarada general.

—¿Qué sabe de los norteamericanos?

—Estuve en nuestra embajada en Washington hasta hace un año y medio. Durante mi estancia allí me dediqué a estudiar sus fuerzas armadas.

—¿Y son capaces de lo que me acaba de describir?

—Camarada general, le sugiero que haga esa pregunta a los iraníes y a los iraquíes. Me pregunto cuál será su siguiente paso, aunque nunca he logrado entender del todo la mentalidad norteamericana.

—Se están desplazando —informó el comandante Tucker con un bostezo, mientras se desperezaba—. Sus elementos de reconocimiento acaban de ponerse en marcha, pero su gente se ha replegado bastante. ¿Por qué?

—Les he ordenado que recojan al camarada Gogol antes de que lo maten los chinos —respondió el coronel Tolkunov al norteamericano—. Parece cansado.

—¿Qué son treinta y seis horas seguidas en la misma silla entre amigos?

Un fenomenal dolor de espalda, pensó Tucker. A pesar del cansancio, se lo estaba

pasando de maravilla. Era un oficial de las fuerzas aéreas que había suspendido en la academia de vuelo, lo que lo convertía en un pobre burócrata, un ciudadano de cuarta dentro del escalafón social de las fuerzas aéreas, peor aún que los pilotos de helicópteros. Sin embargo, en esta campaña se ganaba los galones más de lo que pudiera haber esperado. Probablemente resultaba más útil al esfuerzo bélico que el mismísimo coronel Winters, con todas sus acrobacias aéreas. Pero si alguien se lo llegara a sugerir, se limitaría a bajar la mirada con falsa modestia. Al carajo la modestia, pensó Tucker. Estaba comprobando la utilidad de un efectivo nuevo e inutilizado hasta el momento, como hizo en su momento el Barón Rojo en su Fokker trimotor rojo. Las fuerzas aéreas no fomentaban la modestia entre sus filas, pero durante sus diez años de servicio uniformado la falta de alas de piloto lo había obligado a ser un ejemplo de modestia. La siguiente generación de aeronaves sin piloto irían equipadas con armamento quizá incluso tendrían la capacidad de entrar en combates aéreos. Entonces tendría la oportunidad de demostrarle a esos engreídos jinetes del aire quién tenía los huevos más gordos de las fuerzas aéreas. Sin embargo, hasta que llegara el momento se conformaría con reunir información para ayudar a los rusos a eliminar a los chinos. Si ésta era la guerra del Nintendo, por Dios que el pequeño Danny Tucker era el rey de este mundo virtual.

—Comandante Tucker, su ayuda nos ha resultado imprescindible.

—Gracias, señor, estoy encantado de poder ayudar —respondió Tucker con su mejor sonrisa de niño inocente.

Quizá me deje un buen bigote, pensó con una sonrisa. Sorbió un trago de café instantáneo de sus raciones de campaña; en estos momentos sólo aguantaba gracias a la dosis continua de cafeína, aunque el ordenador hacía la mayor parte del trabajo. Ahora mostraba que los tanques de reconocimiento chino avanzaban hacia el norte.

—Virgen santa —susurró el capitán Aleksandrov.

Había oído hablar de las pieles de lobo de Gogol en la radio estatal, pero se había perdido las retransmisiones televisivas, y al verlas se quedó sin aliento. Acercó la mano para tocar una, esperando un tacto frío y duro, pero fue suave y perfecto, como el pelo perfecto de una rubia perfecta...

—¿Y usted quién es? —preguntó el viejo, rifle en mano, con una mirada asesina.

—Soy el capitán Fedor II'yeh Aleksandrov; imagino que usted debe de ser Pavel Petrovich Gogol.

El viejo asintió con una sonrisa.

—¿Le gustan mis pieles, camarada capitán?

—Nunca había visto algo parecido. Debemos llevárnoslas de aquí.

—¿Llevarlas? ¿Adónde? Yo no voy a ninguna parte —dijo Pasha.

—Camarada Gogol, tengo órdenes de sacarlo de aquí. Las órdenes provienen del cuartel general del mando del Extremo Oriente y deberá obedecerlas, Pavel

Petrovich.

—¡Ningún chino me obligará a dejar mis tierras! —bramó el viejo.

—No, camarada Gogol, pero los soldados del ejército ruso no permitirán que se quede aquí para morir. ¿Así que ése es el rifle que usó para matar alemanes?

—Así es, muchos alemanes —asintió Gogol.

—Entonces venga con nosotros y quizá pueda matar también a algún chino.

—¿Quién es usted, exactamente?

—Soy comandante de una compañía de reconocimiento, de la división motorizada de rifles dos seis cinco. Llevamos cuatro largos días jugando al escondite con los chinos y finalmente ahora nos toca entrar en combate. Venga con nosotros, Pavel Petrovich. Probablemente podamos aprender cosas valiosas de usted.

El joven y apuesto capitán utilizó un tono razonable y respetuoso, como se merecía el viejo guerrero. El tono logró convencerlo.

—¿Me promete que podré apretar el gatillo por lo menos una vez?

—Le doy mi palabra como oficial ruso, camarada —prometió Aleksandrov con un gesto de asentimiento.

—Entonces iré con ustedes.

Gogol ya había apagado la calefacción de su cabaña y estaba vestido para salir a la intemperie. Cogió su viejo rifle y una bolsa de municiones con cuarenta balas — nunca había entrado en combate con más que eso— y se dirigió a la puerta.

—Écheme una mano con mis lobos, por favor, muchacho.

—Con mucho gusto, abuelo.

Aleksandrov comprobó con sorpresa cuánto pesaban, pero con la ayuda de Buikov logró introducirlas en su vehículo. El conductor arrancó y emprendieron la marcha.

—¿Dónde están?

—Aproximadamente a unos diez kilómetros. Llevamos días controlándolos de cerca, pero nos acaban de ordenar que los dejemos.

—¿Por qué?

—¡Para salvarlo a usted, por supuesto! —rio Buikov—. Y también estas pieles. Son demasiado buenas como para acabar en los hombros de alguna furcia china.

—Creo, Pasha —dijo el capitán—, no estoy seguro, pero creo que ha llegado el momento de darle a nuestros invitados chinos una bienvenida rusa como se merecen.

—Capitán, ¡mire! —exclamó el conductor.

Aleksandrov asomó la cabeza por la escotilla superior y miró hacia el frente. Un oficial de alto rango le hacía señas para que avanzara más rápido. Tres minutos más tarde se detuvieron junto a él.

—¿Es usted Aleksandrov?

—Sí, camarada general —confirmó el joven oficial a su superior.

—Soy el general Sinyavskiy. Se ha portado muy bien, muchacho. Salga para hablar un momento —ordenó en voz tosca pero amable.

Aleksandrov sólo había visto a su comandante en jefe en una ocasión y a cierta distancia. No era un hombre corpulento pero habría sido un rival incómodo en una pelea callejera. Sus ojos azules relucían mientras mascaba un puro, que parecía haberse apagado horas antes.

—¿Quién es ése? —inquirió Sinyavskiy, pero en seguida cambió su gesto—. ¿Es usted el famoso Pasha? —preguntó en un tono más respetuoso.

—Sargento mayor Gogol, de la división de hierro y acero —anunció el viejo con dignidad mientras saludaba al general Sinyavskiy.

—Tengo entendido que mató a unos cuantos alemanes. ¿Cuántos fueron, sargento?

—Cuéntelos usted mismo, camarada general —dijo Gogol, mostrándole la culata de su rifle.

—Vaya —se admiró el general al ver las muescas, como si se hubiera tratado de un vaquero del Oeste norteamericano—. Seguro que fue muy bueno, pero la guerra es cosa de jóvenes, Pavel Petrovich, permítame que lo lleve a un lugar seguro.

—Este capitán me ha prometido que podré disparar por lo menos una vez, si no, no habría dejado mi casa.

—¿En serio? —el comandante en jefe de la división motorizada de rifles dos seis cinco se detuvo a pensar un instante—. Está bien, capitán Aleksandrov, nuestro viejo camarada tendrá su disparo. —Señaló el mapa—. Este será un buen punto para usted. Y en cuanto puedan, salgan de ahí a toda prisa —dijo Sinyavskiy al joven oficial—. Diríjase de regreso a nuestras líneas, donde lo estarán esperando. Muchacho, ha hecho usted una labor encomiable con su vigilancia. Como premio podrá presenciar el saludo de bienvenida que les vamos a ofrecer.

—Hay una fuerza considerable detrás de los elementos de reconocimiento.

—Lo sé. Llevo un día y medio observándolos por televisión, pero nuestros amigos norteamericanos les han cortado la línea de suministros. Ahora vamos a detenerlos y lo haremos justo aquí.

Aleksandrov vio el punto marcado en el mapa. Parecía una buena posición con buen ángulo de tiro y todavía mejor: una buenísima ruta de escape.

—¿Cuándo será eso? —preguntó.

—Calculo que en unas dos horas. El grueso de su tropa está alcanzando a la vanguardia. Su primera labor consistirá en eliminar a los vehículos de la avanzadilla.

—De acuerdo, camarada general, estaremos encantados de hacerlo —respondió el capitán con entusiasmo.

A la salida del sol, Marion Diggs pudo ver que se encontraba en una zona extrañamente familiar. El paisaje le recordaba a Fort Carson, en Colorado, por sus

suaves colinas y bosques de pinos, pero a diferencia de Norteamérica aquí no había carreteras asfaltadas ni muestras de civilización. En parte, eso explicaba la facilidad de la invasión china; había poca población civil y, por tanto, poca infraestructura y base de población para organizar una defensa efectiva de la zona. Sin embargo, a Diggs no le importaba la escasez de población. Se trataba de un caso parecido a su experiencia en el golfo Pérsico: no había civiles metiéndose en medio del combate y eso era bueno.

Pero sí había un montón de chinos que se iban a meter en medio del combate. La primera brigada de Mike Francisco había hecho una escabechina en el área principal de logística del avance chino. Se habían topado con un bosque de hombres y vehículos, muchos de ellos armados, pero sin una organización táctica coherente, lo cual los había condenado en el combate. Por el contrario, la brigada de cuatro batallones del coronel Miguel Francisco estaba perfectamente organizada para el enfrentamiento: los batallones de tanques y de infantería se habían integrado en equipos operativos unificados, con tanques y Bradleys. Estaban arrasando el terreno como una cosechadora en un campo de cultivo. Si era de color verde, recibía un disparo.

Los enormes tanques de batalla Abrams se desplazaban por el terreno como criaturas salidas del Parque Jurásico, moviendo sus torreones en todas direcciones con un aspecto malvado y alienígena, parecían imparables, aunque no disparaban sus cañones principales. El verdadero trabajo lo estaban realizando los comandantes de los tanques con sus ametralladoras M2.50, capaces de convertir cualquier camión en una masa informe de lona y acero. Una corta ráfaga al motor aseguraba que nunca fuera capaz de funcionar de nuevo y que la carga permanecería en la parte trasera para que la inspeccionaran los oficiales de inteligencia, a menos que la destruyeran con explosivos las tropas de ingenieros que seguían a los tanques en sus vehículos ligeros. Hubo soldados chinos que opusieron resistencia, pero por lo general sólo fueron los más tontos y nunca aguantaban mucho. Los que estaban equipados con armas antitanques portátiles rara vez tuvieron ocasión de utilizarlas, pero los pocos que se asomaron de sus hoyos de trinchera y pudieron disparar un proyectil no hicieron más que rallar la pintura de los Abrams, generalmente poco antes de pagar con la vida por su osadía. En una ocasión, un batallón de infantería se organizó lo suficiente para lanzar un ataque coordinado, apoyado por morteros que obligaron a las dotaciones de los tanques y los Bradleys a encerrarse en las cabinas y contraatacar con cierta precisión. Tras cinco minutos de fuego de los cañones de ciento cincuenta y cinco milímetros y un avance imparable de los Bradleys, lanzando fuego hacia las posiciones enemigas y abrasando a su infantería montada. Parecían dragones sacando fuego por la boca, animales legendarios que no les presagiaban buena fortuna a los soldados chinos. Volatilizaron el batallón en veinte minutos, junto con su

comandante, valiente pero suicida.

Las fuerzas de la primera brigada raramente veían vehículos blindados del enemigo intactos durante su avance. Siempre los precedían los helicópteros de asalto Apache, buscando objetivos para sus misiles Hellfire y eliminándolos antes de la llegada de las tropas terrestres. En conjunto, se trataba de una operación perfectamente orquestada, totalmente injusta en el equilibrio de fuerzas sobre el terreno, pero a fin de cuentas, un campo de batalla no era un estadio olímpico y no había árbitros uniformados para asegurar que se jugara limpio.

Lo más emocionante que les pasó fue la llegada de un helicóptero del ejército chino, perseguido y rápidamente abatido por dos aeronaves Apache. Cayó al río Amur, cerca de los puentes flotantes, por los que ya no se circulaba, pero que aún seguían en pie.

—¿Qué ha averiguado, Wei? —preguntó el mariscal Luo al salir de la sala de conferencias en la que había dormido su siesta.

—Todavía no tenemos la información completa de todos los factores, camarada ministro —respondió el general.

—Entonces, sólo dígame lo que tengamos claro —ordenó Luo.

—Entendido. En cuanto a la situación marítima: hemos perdido varios buques. Al parecer, esto incluye nuestro submarino con capacidad de lanzar misiles y su sumergible escolta, por causas desconocidas, pero sus balizas de hundimiento y su transmisión de mensajes programados empezó a las cero doscientas horas. También hemos perdido siete navíos de guerra de superficie de nuestra flota del mar del Sur. Siete bases de las flotas han sufrido ataques de aeronaves norteamericanas; creemos que se trataba de aparatos de la aviación naval. También han eliminado bases de misiles tierra/aire y sitios de radar en la costa del sureste. Hemos derribado varios aviones norteamericanos, pero hubo serias bajas entre nuestros regimientos de combate aéreo durante un enfrentamiento a gran escala.

—¿Nos está atacando la armada norteamericana? —preguntó Luo.

—Eso parece, señor —respondió Wei con palabras cautas—. Por la cantidad de aeronaves, estimamos una fuerza de cuatro portaaviones. Como le he comentado, parece que castigamos sus fuerzas pero también sufrimos numerosas bajas.

—¿Cuáles eran sus intenciones? —preguntó el ministro.

—No estamos seguros. Han dañado seriamente algunas bases y dudo que nos quede un solo buque intacto en alta mar. La armada no ha tenido un buen día —concluyó Wei—. Aunque no es un asunto de importancia trascendental.

—El ataque al submarino lanzamisiles sí lo es —respondió Luo—. Eso constituye un ataque a nuestros efectivos estratégicos y será algo que deberemos tener en cuenta —se detuvo un instante—. Prosiga, ¿qué más?

—El general Qi del ejército sesenta y cinco está desaparecido, dado por muerto,

junto con la totalidad de su personal de mando. Hemos tratado de localizarlo por radio en repetidas ocasiones, pero sin éxito. Anoche la división de infantería ciento noventa y uno recibió el ataque de fuerzas pesadas de identidad desconocida. La artillería y la aviación les causaron serias bajas, aunque dos de sus regimientos nos informan que mantienen sus posiciones. Parece ser que el regimiento setecientos cuarenta y cinco de la guardia de infantería sufrió lo peor del ataque y sólo hemos podido recibir informes parciales y dispersos de su situación actual.

—La información más preocupante es la que nos llega de Harbin y Bei'an, donde todos los puentes ferroviarios han sufrido ataques de la aviación enemiga. Se ha interrumpido el tráfico ferroviario hacia el norte. Estamos tratando de averiguar cuánto tardaremos en reparar los daños.

—¿Hay alguna buena noticia? —preguntó el mariscal Luo.

—Sí, camarada ministro. El general Peng y sus efectivos se preparan para reiniciar su ataque. Esperamos tener el control de la mina de oro rusa al mediodía —respondió Wei.

Suspiró, aliviado, por no haber tenido que dar la información respecto al tren de suministro hacia el general Peng y su ejército de asalto treinta y cuatro. Un exceso de malas noticias podía causar el sacrificio del mensajero, que en este caso era él.

—Quiero hablar con Peng. Consígamelos al teléfono —ordenó Luo.

—Las líneas telefónicas han sufrido una interrupción temporal, pero podemos establecer contacto por radio —respondió Wei a su superior.

—Pues póngame con él por radio —repitió Luo su orden.

—¿Qué pasa, Wa? —preguntó Peng.

¿Acaso no podía ni mear sin que lo interrumpieran?

—Es la radio, el ministro de Defensa —explicó el oficial de Operaciones.

—Fantástico —masculló el general, subiéndose la cremallera mientras regresaba a su tanque de mando.

Se agachó para entrar y cogió el auricular.

—Aquí el general Peng.

—Le habla el mariscal Luo. ¿Cuál es su situación? —preguntó la voz por encima de las interferencias.

—Camarada mariscal, partiremos en diez minutos. No hemos entrado en contacto todavía con el enemigo y nuestros elementos de reconocimiento no han detectado formaciones dignas de consideración en la zona. ¿Tienen algún dato que nos pueda servir?

—Le aviso de que tenemos fotografías aéreas que muestran unidades rusas mecanizadas hacia el oeste de su posición, probablemente al menos una división. Le sugiero que mantenga sus fuerzas agrupadas y refuerce el flanco izquierdo.

—Sí, camarada mariscal, ya lo estoy haciendo —aseguró Peng.

El verdadero motivo de su parada diaria era que quería agrupar mejor sus fuerzas y permitir a las divisiones de la retaguardia que se acercaran, para mantener firme el puño. Además, el ejército veintinueve de tipo A lo seguía por si le hacía falta algún apoyo adicional.

—Recomiendo que se asigne el ejército cuarenta y tres a reforzar el flanco.

—Daré la orden —prometió Luo—. ¿Qué distancia piensa recorrer hoy?

—Camarada mariscal, le mandaré un camión de oro esta misma noche. Permítame una pregunta, ¿qué hay de los rumores que he oído respecto a los daños a nuestra línea de suministro?

—Anoche hubo un ataque sobre algunos puentes ferroviarios en Harbin y Bei'an, pero no es nada que no podamos solucionar.

—Entendido, camarada mariscal. Debo seguir con mis obligaciones.

—Prosiga, prosiga. Cierro.

Peng dejó el auricular.

—Dice que no es nada que no puedan solucionar.

—Ya conoce esos puentes. Haría falta una arma nuclear para dañarlos —comentó, confiado, el coronel Wa Cheng-Gong.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Peng.

Se abrochó la túnica de uniforme y cogió una taza de té para desayunar.

—Dígale a la vanguardia que se prepare para la marcha. Wa, esta mañana voy a ir al frente. Quiero ver esta mina de oro en persona.

—¿Qué quiere decir, al frente? —preguntó el oficial de Operaciones.

—Junto con la avanzadilla. Un buen oficial dirige las operaciones desde delante; además, quiero ver cómo se desenvuelven nuestras tropas. ¿La pantalla de reconocimiento todavía no ha detectado nada, verdad?

—Pues no, camarada general, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Peng.

—Pero un comandante precavido deja las posiciones más avanzadas a los tenientes y los capitanes —señaló Wa.

—Wa, a veces habla como una vieja —lo reprendió Peng.

—Ahí está —dijo Yefremov—, han mordido el anzuelo.

Era pasada la medianoche en Moscú y casi todas las luces de la embajada de la República Popular de China estaban apagadas. Aunque no todas: había tres ventanas contiguas con las persianas totalmente subidas y las luces encendidas. El engaño había resultado perfecto. El mismo había observado mientras Suvorov redactaba el mensaje: «Las piezas ya están en su sitio. Las piezas ya están en su sitio. Si quiere que prosiga con la operación, deje tres ventanas contiguas abiertas con las luces encendidas». Yefremov incluso había traído una cámara de televisión para grabar el acontecimiento, hasta el momento en que el traidor Suvorov había pulsado la tecla de

Intro para mandar el mensaje a su controlador chino. También había llamado a un equipo de las noticias televisivas para que grabaran los hechos; por algún motivo, el pueblo ruso parecía confiar más en los medios de comunicación que en su gobierno. Perfecto, ahora tendrían pruebas concluyentes de que el gobierno chino había conspirado para asesinar al presidente Grushavoy. Ese sería un dato jugoso para la prensa internacional. Tampoco era por casualidad: todas las ventanas pertenecían a los despachos del jefe de misión de la embajada china. Ahora mismo estaba dormido en su cama, como habían podido comprobar llamándolo por teléfono diez minutos antes.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Se lo decimos al presidente y supongo que a continuación se lo diremos a las cadenas de televisión. Imagino que le perdonaremos la vida a Suvorov, pero espero que se lo pase bien en el campo de trabajos forzados.

—¿Qué hay de los asesinatos?

—Sus únicas víctimas fueron una puta y un macarra —respondió Yefremov con un ademán de indiferencia—. No se ha perdido gran cosa.

El teniente Komanov no había disfrutado mucho los últimos cuatro días, pero por lo menos había aprovechado bien el tiempo, enseñando a disparar a sus hombres. Los reservistas recibían el nombre de Fuerza Boyar, y en estos días habían practicado el tiro de artillería, disparando cuatro cargas básicas de proyectiles en otros tantos días, más de lo que habían disparado durante su época de servicio activo. Pero en el depósito de Never no faltaban municiones. Los oficiales que los habían asignado desde el centro de mando les informaron de que los norteamericanos habían atacado en el sur el día anterior y que a ellos les tocaría cerrar la brecha por el norte hoy mismo. Sólo los separaban treinta kilómetros de los chinos y sus hombres estaban a punto para hacerles una visita. Encendieron el motor diésel de su vehículo y escucharon el grave rugido de otros doscientos como ellos, con lo que la Boyar empezó su viaje por las colinas hacia el nordeste.

Peng y su sección de mando avanzaron a marchas forzadas; avisaban por radio para que les despejaran el camino y los policías militares que realizaban el control de tráfico les abrían paso. No tardaron en alcanzar la sección de mando de la blindada tres cero dos, su «puño» de vanguardia, liderado por el general de división Ge Li, un hombre bajo y corpulento que guardaba cierto parecido con uno de sus tanques.

—¿Está listo, Ge? —preguntó Peng.

El nombre del oficial no podía haber estado más acorde con su misión: el significado principal de «Ge» era «lanza».

—Estamos listos —respondió el oficial de tanques—. Mis primeros regimientos están ansiosos por llegar.

—¡Bien, vayamos juntos a observar desde el frente!

—¡De acuerdo!

Ge subió a su propio tanque de mando para abrir camino. A pesar de la peor calidad de las radios, prefería viajar en uno de éstos que en un vehículo de personal. Peng lo llamó por radio en seguida.

—¿Cuánto falta para el frente?

—Tres kilómetros, y los elementos de reconocimiento están estudiando el terreno unos dos kilómetros más adelante.

—Acelere, Ge —lo exhortó Peng—. Quiero ver esa mina de oro.

Se trataba de una buena posición —pensó Aleksandrov—, a menos que la artillería enemiga se organizara antes de lo previsto. Pero de momento no había visto ni oído a los efectivos chinos de artillería. Se encontraban en una inclinada ladera orientada hacia el sur, una especie de rampa prolongada de unos tres kilómetros de longitud, algo parecido a los campos de prácticas de tiro de las bases del regimiento. El sol había empezado a asomar por la cresta de las montañas y los soldados se alegraban de tener visibilidad. Pasha se había apropiado de un abrigo de uniforme y lo había usado para dejar su rifle, mientras se asomaba por la escotilla abierta del vehículo y escudriñaba el horizonte por la mira telescópica de su arma.

—Cuénteme sus experiencias como francotirador contra los alemanes —pidió Aleksandrov en cuanto se puso en posición.

—Era como ir de caza. Trataba de matar solamente oficiales; así se consigue un mayor efecto —explicó Gogol—. Un soldado raso alemán es un enemigo, pero no es más que un hombre, probablemente con menos ganas de estar en el campo de batalla que yo. Sin embargo, los oficiales eran los que ordenaban las matanzas de mis camaradas; además, matando a sus oficiales conseguía sembrar confusión entre el enemigo.

—¿A cuántos mató?

—Dieciocho tenientes, doce capitanes, sólo tres comandantes pero nueve coroneles. Decapité a nueve regimientos alemanes. También despaché a sargentos y a dotaciones de ametralladoras, pero no los recuerdo tanto como a los coroneles. Todavía tengo presente la imagen de cada uno de ellos, muchacho —dijo Gogol, señalándose la cabeza.

—¿No trataron nunca de eliminarlo?

—Principalmente con su artillería —respondió Pasha—. Un francotirador consigue socavar la moral de una unidad entera. A los hombres no les gusta convertirse en piezas de caza. Pero los francotiradores alemanes no eran tan eficaces como los nuestros, así que me atacaban con artillería pesada. La verdad es que llegué a asustarme —reconoció—, pero al mismo tiempo sabía que los alemanes tenían miedo de mí —concluyó Pavel Petrovich con una sonrisa despiadada.

—¡Ahí están! —señaló Buikov—. Un poco a la izquierda de los árboles.

—Veamos —dijo Gogol, levantando su mira telescópica—. ¡Sí, los veo!

Aleksandrov fijó sus prismáticos sobre la figura distante. Vio el costado vertical de acero de un transporte de infantería chino, como los que había estado observando estos días. Levantó el auricular de su radio.

—Aquí Lobo Verde Uno. Enemigo a la vista, referencia del mapa dos ocho cinco, nueve cero seis. Un tanque de infantería dirigiéndose al norte. Seguiré informando.

—Entendido, Lobo Verde —respondió la radio.

—Ahora debemos tener paciencia —dijo Fedor Il'yeh.

Se estiró y tocó la red de camuflaje que había ordenado instalar en cuanto llegaron a su posición. Cualquiera que los viera desde una distancia mayor de trescientos metros juraría que estaba viendo un promontorio más de la ladera. El sargento Buikov encendió un cigarrillo a su lado y soltó una bocanada de humo.

—Eso no nos conviene —advirtió Gogol—. Pone a la presa sobre aviso.

—Sus narices son pequeñas —respondió Buikov.

—Supongo que sí; además, el viento sopla a nuestro favor —asintió el viejo cazador.

—Vana, vaya —comentó el comandante Tucker—. Se han agrupado un poco.

Otra vez era el Grace Kelly el que observaba el futuro campo de batalla desde las alturas, como una Pallas Atenea observando las llanuras de Troya, con la misma falta de misericordia. El terreno era un poco más abierto y el canal por el que subían se había ensanchado hasta unos tres kilómetros; era lo bastante ancho como para que el batallón de tanques adoptara formación desplegada. El regimiento avanzaba en columnas de batallones, con tres filas de treinta y cinco tanques cada una y transportes de tropas intercalados en las columnas. Los coroneles Aliyev y Tolkunov observaban las imágenes por encima de su hombro, hablando en ruso por teléfono con el puesto de mando de la división motorizada de rifles dos seis cinco. Durante la noche había llegado la dos cero uno completa, más la vanguardia de la ochenta y la cuarenta y cuatro. Ahora disponían de casi tres divisiones para enfrentarse a los invasores chinos, incluyendo tres secciones completas de artillería. Además, Tucker observó por primera vez un bosque de helicópteros de asalto, unos treinta kilómetros por detrás del punto de enfrentamiento previsto. Los chinos se estaban metiendo en una emboscada colosal. Entonces vio una sombra que cruzaba por debajo del Grace Kelly: el objeto estaba fuera de foco pero pasó a gran velocidad.

Se trataba de dos escuadrones de aviones de combate/bombarderos equipados con los nuevos J-SOW, los «grandes».

La noche anterior, los F-16 CG, la versión reducida y modernizada de los F-4G Wild Weasel, habían hecho incursión en el espacio aéreo chino y habían eliminado los transmisores de radar fronterizos con misiles antirradar HARM. Habían despachado a la mayoría de las estaciones, impidiendo a los chinos detectar el ataque

que estaban a punto de sufrir. Los habían guiado las aeronaves de apoyo E-3B Sentry, protegidas por tres escuadrones de aviones de combate F-15C Aguila, por si los chinos decidían regresar a morir, aunque por lo general habían pasado las últimas horas prácticamente sin actividad. Los regimientos de aviones de combate chinos habían pagado un elevado precio en sangre por su orgullo y se estaban quedando en casa, en lo que parecía ser una mentalidad defensiva, ciñéndose a la política de que, si no estás atacando, debes estar defendiendo. De hecho, no hacían más que enviar patrullas sobre sus propias bases. Los rusos y los norteamericanos les habían dado una buena paliza y habían ganado el control del espacio aéreo, lo cual iba a traer consecuencias nefastas para el ejército chino.

Los F-16 se mantenían a diez mil metros y giraban al este. Habían llegado con unos minutos de adelanto sobre el horario previsto y se vieron obligados a dar vueltas mientras esperaban la orden. En algún lado hay un director de orquesta que coordina los elementos, pensaron. Esperaban que no se le rompiera la batuta.

—Se acercan —comentó Pasha con cierto tono de desapego.

—¿Distancia? —preguntó Aleksandrov a los hombres en el tanque.

—Dos mil cien metros, dentro de nuestro alcance —respondió Buikov desde el torreón de artillería—. Se acercan el Zorro y el Jardinero, camarada capitán.

—No dispare todavía, Boris Yevgeniyevich.

—Como usted diga, camarada capitán.

Por primera vez Buikov no tuvo reparos en acatar la orden de no disparar.

—¿Cuánto falta para la pantalla de reconocimiento? —preguntó Peng.

—Otros dos kilómetros —respondió Ge por radio—. Pero no creo que sea una buena idea.

—Ge, ¿acaso se ha convertido en una vieja? —preguntó Peng con humor.

—Camarada, deben ser los tenientes quienes localicen al enemigo, y no los generales principales —respondió en un tono razonable el comandante de división.

—¿Tenemos motivos para sospechar que el enemigo ande cerca?

—Estamos en Rusia, Peng, se encuentran por alguna parte.

—Está en lo cierto, camarada general —señaló a su comandante el coronel Wa Cheng-Gong.

—Pamplinas. Procedan. Díganle a los efectivos de reconocimiento que se detengan y nos esperen —ordenó Peng—. ¡Un buen comandante dirige a sus hombres desde el frente! —anunció por la radio.

—Mierda —murmuró Ge desde su tanque—. Peng quiere presumir de ji-ji. Procedamos —ordenó al capitán que conducía el vehículo.

Toda su dotación estaba formada por oficiales.

—Llevemos al emperador hasta su pantalla de reconocimiento.

El reluciente tanque T-98 aceleró y levantó dos nubes de polvo con sus orugas. El

general Ge se encontraba en la escotilla de mando y un comandante ocupaba la plaza de artillero. El comandante se tomaba en serio su misión, ya que de él dependía proteger la vida del general si llegaban a entrar en contacto con el enemigo. De momento debía mantener los sentidos alerta y el ojo avizor.

—¿Por qué se han detenido? —preguntó Buikov.

Los cinco tanques chinos habían frenado a unos novecientos metros de su posición y las dotaciones habían descendido para estirar las piernas y fumarse unos cigarrillos.

—Deben de esperar a alguien —pensó en voz alta el capitán, antes de coger el auricular de la radio—. Aquí Lobo Verde, el enemigo se ha detenido a un kilómetro de nuestra posición. Están inactivos.

—¿Los han visto?

—No, parece que han bajado a hacer pipí, no hacen nada especial. Los tenemos dentro de nuestro alcance pero no quiero disparar hasta tenerlos más cerca —informó Aleksandrov.

—De acuerdo, como quiera. No tenemos prisa. Van directos a la trampa, como esperábamos.

—Entendido. Cierro. —Dejó el auricular—. ¿Acaso les toca el descanso matutino?

—Llevan cuatro días sin detenerse por la mañana, camarada capitán —recordó Buikov a su superior.

—Parecen bastante tranquilos.

—Podría despachar a cualquiera de ellos desde aquí —dijo Gogol—, pero todos son soldados rasos, excepto ése...

—Ese es el Zorro. Es teniente, le gusta brincar de un lado a otro. El otro oficial es el Jardinero: le gusta jugar con las plantas —informó Buikov al viejo.

—Matar a un teniente no es mucho mejor que matar a un cabo —comentó Gogol—. Los hay a montones.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo Buikov desde su puesto de artillero—. Un tanque, un tanque enemigo que se aproxima desde el flanco izquierdo, a cinco mil de distancia.

—¡Lo veo! —informó Aleksandrov—. ¿... Sólo uno? Sólo es un tanque, ¡no! También viene un transporte.

—Es un tanque de mando, mire las antenas —exclamó Buikov.

El artillero veía más a simple vista que Aleksandrov con sus prismáticos. El capitán no pudo confirmar si se trataba de un tanque de mando hasta un minuto más tarde.

—Así es, se trata de un tanque de mando. Me pregunto quién irá a bordo...

—Ahí están —informó el conductor—. La sección de reconocimiento, a unos dos

kilómetros, camarada general. —Excelente— comentó Peng.

Se puso en pie para observar con sus prismáticos japoneses desde la cima del tanque de mando. Ge estaba unos treinta metros a la derecha en su propio tanque de mando, protegiéndole como un perro guardián a las puertas del palacio de un viejo noble. Peng no veía nada preocupante. El cielo estaba claro, con algunas nubes esponjosas a unos tres mil metros. Decidió no preocuparse por los posibles aviones de combate norteamericanos, ya que al parecer todavía no habían atacado a ningún objetivo terrestre, excepto los puentes de Harbin, y Peng estaba seguro de que esos puentes eran tan invulnerables como montañas. Tenía que sujetar el borde de la escotilla para que no se cerrara sobre su cabeza con los vaivenes del vehículo. Se trataba de un tanque adaptado especialmente para oficiales de alto rango, pero a nadie se le había ocurrido hacerlo más seguro para viajar en esta posición, pensó con cierta amargura. Ni que fuera un soldado palurdo, capaz de recibir un golpe en la cabeza sin mayores consecuencias... En cualquier caso, éste era un buen día para ser soldado, dirigiendo sus tropas sobre el terreno, en un día claro y sin enemigos a la vista.

—Deténgase al lado del vehículo de reconocimiento —ordenó a su conductor.

—¿A quién demonios tenemos aquí? —se preguntó Aleksandrov en voz alta.

—Cuatro grandes antenas, debe de ser por lo menos un comandante de división —comentó Buikov—. Mi treinta milímetros le bajará los humos.

—No, vamos a dejar que Pasha tenga su tiro si baja del vehículo.

Gogol había esperado este momento. Apoyó los brazos en el techo de acero del vehículo y asió con fuerza el rifle con su hombro derecho. Su único obstáculo era la red de camuflaje, aunque el viejo francotirador estaba seguro de que el tiro no le iba a afectar en absoluto.

—¿Se ha detenido para visitar al Zorro? —preguntó Buikov.

—Eso parece —asintió el capitán.

—¡Camarada general! —exclamó con sorpresa el joven teniente.

—¿Dónde se encuentra el enemigo, muchacho? —preguntó el general en respuesta.

—No hemos visto mucho esta mañana, general. Hay algunas huellas, pero ni eso durante las últimas dos horas. —¿Nada en absoluto?

—Nada de nada —respondió el teniente.

—Imaginé que habría algo en la zona.

Peng apoyó el pie en el estribo de cuero y subió hasta la cima de su vehículo de mando.

—Seguro que es general, ¡mirad el uniforme limpio! —dijo Buikov al apuntar su torreón hacia el hombre, a ochocientos metros de su posición.

En todos los ejércitos pasaba lo mismo: los generales no se ensuciaban la ropa.

—Pasha —preguntó Aleksandrov—, ¿ha matado a un general en alguna ocasión?

—No —reconoció Gogol, asiendo con fuerza su rifle y haciendo cálculos de distancia...

—Habríamos preferido llegar hasta esa cima, pero nos llegaron órdenes de detenernos en seco —informó el teniente al general.

—Así es —asintió Peng.

Cogió sus prismáticos Nikon y enfocó la cresta de la colina, a unos ochocientos metros. No se veía nada, excepto ese matorral...

Entonces vio un destello...

—¡Sí! —exclamó Gogol en cuanto apretó el gatillo. Unos dos segundos para que la bala...

El rugido de sus motores diésel no les permitió oír el tiro, pero el coronel Wa escuchó una extraña sacudida. Al girarse vio el gesto, más de sorpresa que de dolor; en la cara del general Peng. Su comandante emitió un gruñido por el golpe en el pecho, soltó los prismáticos y se arrastró hacia el interior del tanque, encima de sus sofisticados sistemas de radio.

—Le he dado —afirmó Gogol—. Está muerto.

Casi añadió que le gustaría despellejarlo y sumergir la piel en el río para un último baño y un recubrimiento de oro, pero se arrepintió: eso sólo se le podía hacer a los lobos, no a los humanos, ni siquiera a los chinos.

—Así es, Lobo Verde. Vayan al puesto de mando de la división. Cierro.

No vieron ni oyeron el tiro que había despachado a Peng, pero oyeron el ataque de ametralladora que siguió a continuación. Dos de los vehículos de reconocimiento estallaron en seguida, pero reaccionaron rápido y empezaron a contraatacar.

—¡Comandante! —exclamó el general Ge.

—Cargando... ¡Proyectil! —El artillero pulsó el botón preciso, pero el autocargador, siempre más lento que una persona, tardó lo suyo en cargar el arma.

—¡Salgamos de aquí! —ordenó en voz alta Aleksandrov.

El motor diésel ya estaba caliente y el conductor había puesto la transmisión en marcha atrás. En cuanto recibió la orden, el cabo pisó a fondo y arrancó el vehículo con una sacudida. La brusquedad de la maniobra casi tiró a Gogol por la borda, pero Aleksandrov lo cogió del brazo y tiró de él hacia el interior, proporcionándole un buen rasguño de recuerdo.

—¡Al norte! —ordenó a continuación el capitán.

—¡Me he cargado a tres de esos cabrones! —exclamó Buikov.

De pronto oyeron un estruendo por encima de sus cabezas. Había pasado algo demasiado rápido para verlo, pero no para oírlo.

—El artillero de ese tanque sabe lo que se hace —comentó Aleksandrov—. ¡Cabo, sáquenlos de aquí!

—Eso estoy tratando de hacer, camarada capitán.

—¡Lobo Verde al puesto de mando! —dijo a continuación el capitán por radio.

—Sí, Lobo Verde, denos su informe.

—Acabamos de eliminar tres tanques enemigos y creo que hemos matado a un oficial de alto rango. Pasha, es decir, sargento Gogol, ha matado a un general chino, al menos eso parece.

—No hay duda de que era un general —asintió Buikov—. Sus insignias eran de oro puro y viajaba en un vehículo de mando con cuatro antenas de radio enormes.

—Entendido. ¿Cuál es su siguiente paso, Lobo Verde? —Vamos a salir por piernas. Creo que no tardaremos en ver muchos chinos más.

—Yuriy Andreyevich, muy pronto estaremos embarcados en combate intenso. ¿Cuál es su plan?

—Quiero disparar una salva con los tanques antes de hacer uso de la artillería. ¿Por qué estropear la sorpresa, Gennady? —preguntó Sinyavskiy con un tono despiadado—. Estamos listos para recibirlos.

—Entendido. Buena suerte, Yuriy.

—¿Qué hay de las otras misiones?

—Boyar ya se ha puesto en marcha y los norteamericanos están a punto de utilizar sus famosos «grandes». Si es capaz de detener a su vanguardia, no tendremos compasión con la retaguardia.

—Gennady, por lo que a mí respecta pueden violar a sus hijas.

—Eso sería nekulturniy, Yuriy. Quizá a las esposas —sugirió—. Ahora mismo estamos viendo a sus efectivos en pantalla.

—Procuraré sonreír para las cámaras —prometió Sinyavskiy.

Los aviones de combate F-16 estaban bajo el mando táctico del general de división Gus Wallace, pero éste respondía a, o por lo menos, seguía las indicaciones de un alto mando ruso: el general Gennady Bondarenko, quien a su vez seguía las indicaciones proporcionadas por el joven y enclenque comandante Tucker y su compañera Grace Kelly, observadora desalmada del campo de batalla.

—Ahí están, general —dijo Tucker, señalando la avanzadilla china mientras retomaba su marcha hacia el norte.

—Entonces creo que ya es hora —dijo, mirando al coronel Aliyev, quien lo apoyó con un gesto de asentimiento. Bondarenko levantó el auricular del teléfono por satélite.

—¿General Wallace?

—Aquí estoy.

—Le ruego que dé rienda suelta a sus aviones.

—Entendido. Cierro. —Wallace cogió otro teléfono—. Águila Uno, aquí Roughrider. Ejecuten, ejecuten, ejecuten. Cambio.

—Entendido, señor, recibida la orden de ejecutar. Procedemos a ejecutar. Cierro.

El coronel a bordo del avión de apoyo AWACS principal cambió de frecuencia.

—Líder Cadillac, aquí Aguila Uno. Ejecuten el ataque, cambio.

—A la orden —escuchó el coronel—. Nos disponemos a bajar. Cierro.

Los F-16 habían permanecido dando vueltas por encima de las nubes. Sus dispositivos de aviso emitían algunos tonos agudos, avisándolos de que había misiles tierra/aire en las inmediaciones, pero eran de una clase sin la capacidad de alcanzarlos a esta altitud. Al recibir la orden, los aerodinámicos aviones de combate empezaron a descender y trazaron ruta hacia su punto de bombardeo, al oeste. Sus aparatos GPS los informaban en todo momento de su ubicación exacta y los dirigían hacia los objetivos; la misión se convirtió en un ejercicio puramente técnico. Bajo las alas de cada avión había cuatro misiles J-SOW, los famosos «grandes». Entre los cuarenta ocho aviones eso sumaba ciento noventa y dos proyectiles. Los J-SOW eran cilindros de unos cuatro metros de longitud y medio metro de ancho, que contenían veinte submuniciones CBLU-108 por cilindro. Los pilotos apretaron el gatillo, soltaron sus cargas y viraron para regresar a la base, confiados de que los robots se ocuparían del resto del trabajo. Más tarde podrían comprobar el éxito de su misión en las grabaciones de las Dark Star.

Los proyectiles se separaron de los aviones de combate extendieron sus propias alas para volar el resto del camino hasta la zona prevista. Los pilotos habían programado esta información de antemano para que los grandes pudieran seguir las indicaciones de sus propios receptores GPS. La información se procesaba en los miniordenadores de a bordo y los conducía hasta el punto convenido a mil quinientos metros de altitud. Los ordenadores ignoraban que estaban sobrevolando el ejército chino veintinueve de tipo A, con sus tres divisiones, pesadas que incluían casi setecientos tanques de batalla, tres cientos transportes blindados de tropas y casi un centenar piezas de artillería móvil. En total eran unos mil objetivos para las casi cuatro mil submuniciones que se precipitaban sobre ellos. Pero las pequeñas bombas llevaban su propio dispositivo de dirección y rastreo, que buscaban fuentes de calor como las que emite un tanque de batalla, un transporte de tropas, una pieza de artillería móvil o un camión. No les faltaban objetivos potenciales.

Nadie las vio venir. No eran más grandes que un pájaro común y caían de prisa. Además, estaban pintadas de blanco y se confundían con el cielo matutino. Desde una altitud de unos ochocientos metros, sus sistemas elementales de dirección empezaron a identificar y rastrear objetivos. A su velocidad de descenso bastaba un ligero ajuste de los alerones para aproximarlas al objetivo e iniciar un descenso en picado.

Estallaron por racimos casi al instante. Cada bomba contenía menos de un kilo de explosivo, que al estallar fundía la cubierta metálica y la convertía, en un proceso llamado «autoforjado», en un proyectil que descendía a tres mil metros por segundo. La capa superior del blindaje de los tanques siempre es la más frágil, aunque si

hubiera sido cinco veces más gruesa tampoco los habría protegido. Setecientos sesenta y dos de los novecientos veintiún tanques en el campo de batalla recibieron impactos directos, que por los menos destruyeron los motores diésel de los vehículos. Ésos fueron los más afortunados; los menos recibieron impactos en el torreón que masacraban al instante a la dotación completa o encendían el depósito de municiones, convirtiendo el vehículo blindado en una especie de volcán artificial. En un abrir y cerrar de ojos, tres divisiones motorizadas se habían visto reducidas a una brigada desorganizada y asustada. Los transportes de tropas sufrieron la misma suerte, pero todavía les fue peor a los camiones, la mayoría con cargas de municiones o provisiones inflamables.

En total, habían bastado noventa segundos para transformar el ejército veintinueve de tipo A en una pira funeraria rodeada de un depósito de chatarra.

—Dios mío —dijo Ryan—. No puede ser cierto...

—Ver para creer, Jack. Cuando me propusieron la idea de los J-SOW supuse que era cosa de ciencia-ficción. Después vi las pruebas de submunición en China Lake y pensé, Santo Dios, ya no vamos a necesitar el ejército o la armada. Basta con enviar unos cuantos aviones F-18, un montón de bolsas para cadáveres y unos cuantos padres para que les den la extremaunción. ¿No es así, Mickey?

—Es una herramienta formidable —asintió el general.

Moore, sacudiendo la cabeza.

—Vaya, ha salido exactamente igual que las pruebas.

—Veamos, ¿ahora qué sigue?

«Lo siguiente» estaba a punto de suceder cerca de la costa de Guangzhou, donde dos cruceros Aegis, el Mobile Bay y el Princeton, más los destructores Fletcher, File y John Young, salieron de la niebla en formación y se pusieron de lado frente a la costa. La playa de este tramo parecía bastante agradable. Detrás de la playa no había gran cosa, excepto la batería de misiles de defensa costera que los aviones habían destruido unas horas antes. Los buques emprendieron la tarea de terminar la labor con una salva de proyectiles de cinco pulgadas. En tierra se oía el retumbar de los cañones, el silbido de los proyectiles en su trayectoria y el estruendo de las explosiones. Entre las víctimas figuraron una batería de misiles que no habían alcanzado los aviones del día anterior y la dotación que la estaba preparando para lanzar un proyectil. Los habitantes de la zona vieron las siluetas grises contra el cielo de la mañana y cogieron el teléfono para informar de lo que veían, aunque al ser civiles, proporcionaron una información menos que exacta.

Eran poco más de las nueve de la mañana en Pekín cuando el Politburó inició su sesión de emergencia. Algunos de los presentes habían pasado una buena noche, sólo para despertarse con las preocupantes noticias que llegaron por teléfono junto con el desayuno. Los mejor informados no habían dormido más allá de las tres de la mañana

y, aunque estaban más despiertos que sus compañeros, no estaban de mejor humor.

—A ver. Luo, ¿qué está pasando? —preguntó el ministro del interior Tong Jie.

—Nuestros enemigos contraatacaron anoche. Por supuesto, cabía esperar este acontecimiento —reconoció en el tono más tranquilo que permitían los hechos.

—¿Qué gravedad revisten los ataques? —Preguntó Tong.

—Los más serios han causado daños a algunos puentes ferroviarios en Harbin y Bei'an, pero ya hemos empezado a reconstruirlos.

—Así lo espero, teniendo en cuenta que las reparaciones tardarán varios meses —interpuso Qian Kun.

—¡Quién lo dice! —exclamó Luo en tono áspero.

—Mariscal, yo mismo supervisé la construcción de dos de esos puentes. Esta mañana he llamado por teléfono al director de división de nuestra red ferroviaria en Harbin. Los seis puentes han sido destruidos y los contrafuertes de ambas orillas están destrozados; tardarán más de un mes en retirar los escombros, reconozco que la noticia me ha cogido por sorpresa, ya que se trata de puentes muy resistentes, pero el director del distrito me asegura que los daños son irreparables.

—¿Y quién es ese derrotista? —inquirió Luo.

—Es un miembro leal y respetado del partido desde hace muchos años, además de ser un ingeniero muy competente, ¡y no toleraré que se le amenace en mi presencia! —replicó Qian—. En esta sala se pueden tolerar muchas cosas, ¡pero no se puede tolerar la mentira!

—Tranquilo, Qian —dijo Zhang Han San en tono conciliador—. No hay necesidad de hablar así. Dígame, Luo, ¿cuál es la situación real?

—En estos momentos se dirige hacia allá una dotación de ingenieros militares para evaluar los daños e iniciar las reparaciones. Confío en que podamos reiniciar el servicio pronto. Como ya sabrá, contamos con ingenieros de puentes muy hábiles.

—Luo —respondió Qian—, sus puentes mágicos del ejército pueden soportar el peso de un tanque o de un camión, pero no de una locomotora de doscientas toneladas, arrastrando un tren de cuatro mil toneladas. Y díganos, ¿qué más ha fallado de su aventura siberiana?

—Sería absurdo suponer que el enemigo se iba a dejar matar sin más. En algún momento tenían que empezar a defenderse, pero tenemos superioridad de fuerzas en el teatro de operaciones y los vamos a derrotar. Antes de que termine esta reunión, la mina de oro estará en nuestras manos —prometió el ministro de Defensa, aunque muchas de los presentes habían empezado a dudar.

—¿Qué más? —insistió Qian.

—Las fuerzas navales norteamericanas nos atacaron anoche y lograron hundir algunas unidades de nuestra flota del mar del Sur.

—¿Qué unidades?

—No tenemos noticias de nuestro submarino de misiles y...

—¿Eliminaron a nuestro único submarino capaz de lanzar misiles? —preguntó el primer ministro Xu—. ¿Cómo es posible? ¿Acaso estaba amarrado en puerto?

—No —reconoció Luo—. Estaba en alta mar con otro sumergible nuclear de escolta, que también parece haber desaparecido.

—¡Fantástico! —interpuso Tong Jie—. ¡Ahora los norteamericanos se dedican a eliminar nuestros efectivos estratégicos! Ese submarino suponía la mitad de nuestra capacidad nuclear; además, era la mitad buena. ¿Qué está pasando, Luo? ¿Ahora mismo qué pasa?

Fang Gan observó desde su asiento que Zhang permanecía muy callado. En circunstancias normales no habría dudado en defender a Luo con ímpetu, pero en esta ocasión había dejado muy solo al ministro de Defensa. ¿Qué podía significar eso?

—¿Qué le decimos a la gente? —preguntó Fang, tratando de centrar la reunión en algo útil.

—La gente creerá lo que le digamos —dijo Luo.

Todos asintieron con cierto desasosiego. Todavía mantenían el control de los medios. Se había desconectado el servicio de noticias norteamericano CNN en toda la república, junto con los demás canales de noticias occidentales. Incluso en Hong Kong, donde generalmente se permitía mucha más libertad que en el resto del país, se había ordenado la desconexión. Pero lo que se abstuvieron todos de comentar era que cada soldado tenía unos padres que notarían que dejaban de llegar cartas de su hijo. Ni siquiera en un país tan controlado como la República Popular de China se podía impedir que acabara aflorando la verdad, o que enraizaran rumores falsos que pudieran llegar a ser todavía peores que la verdad. La gente se obstinaba en creer versiones diferentes de las oficiales si las alternativas sonaban más lógicas que la verdad oficial proclamada por el gobierno de Pekín.

La verdad era un valor temido en esa sala, pensó Fang. Por primera vez en su vida se preguntó si había alguna necesidad de que así fuera. Si la verdad era algo temible, ¿significaría eso que se estaban equivocando en algo? ¿Pero eso no podía ser verdad! ¿Acaso no tenían el modelo político más perfectamente ajustado a la realidad? ¿No había sido ése el legado de Mao a su país?

Pero si así fuera, por qué temer el acceso de sus ciudadanos a la verdad...

Quizá la Verdad era algo que podían afrontar los miembros del Politburó, pero no el populacho.

Y si temían que la Verdad cayera en manos del populacho, ¿significaría eso que la Verdad era algo perjudicial para los presentes en la sala? Y si la Verdad era un peligro para los trabajadores y los campesinos, ¿no serían ellos quienes estaban fallando?

Fang se percató del peligro que suponía la idea que se le acababa de ocurrir.

—Luo —preguntó el ministro del Interior—, ¿desde un punto de vista estratégico,

qué significa que los norteamericanos hayan destruido la mitad de nuestra capacidad nuclear? ¿Cree que lo hicieron a propósito? ¿Y si es así, por qué motivos?

—Tong —respondió Luo—, no se elimina un buque por accidente, así que el hundimiento de nuestro submarino de misiles debe de haber sido un acto intencionado.

—¿De modo que los norteamericanos tomaron la decisión consciente de eliminar uno de los medios que tenemos de atacarlos directamente? ¿Por qué? ¿Acaso no es ésa una decisión más política que militar?

—Podría tomarse como tal —asintió el ministro de Defensa.

—¿Sería concebible un ataque directo por parte de los norteamericanos? Hasta la fecha no han hecho más que destruir unos puentes, ¿pero qué hay del gobierno, qué hay de la industria esencial? ¿Podrían llegar a atacarnos a nosotros? —prosiguió Tong.

—No sería una decisión muy sensata. Nuestros misiles apuntan al corazón de sus principales ciudades y ellos lo saben. Desde que renunciaron a sus misiles nucleares hace algunos años..., es decir, siguen teniendo armas nucleares que pueden usar, con sus bombarderos y aeronaves tácticas, pero carecen de la capacidad que tenemos nosotros para atacarlos a ellos... y a los rusos, por supuesto.

—¿Tenemos la certeza absoluta de que están desarmados? —insistió Tong.

—Si tienen armamento balístico, lo han mantenido oculto a todo el mundo —dijo Tan Deshi, lo pensó un instante y sacudió la cabeza—. No, definitivamente no tienen más armas balísticas.

—¿Y no nos da eso una ventaja? —preguntó Zhang con una sonrisa perversa.

El USS Gettysburg se encontraba junto al muelle flotante en el río York. Antiguamente se habían almacenado aquí las ojivas para los misiles Trident y aún debían de quedar algunas esperando ser desmontadas, porque había marines a la vista y los marines eran los únicos encargados de proteger el armamento nuclear de la armada. Pero en el muelle no había ojivas nucleares: los camiones que transportaban largas cajas desde el depósito de municiones llevaban misiles tierra/aire SM-2 ER Block-IVD. Al llegar al crucero, una grúa descargaba las municiones y las dejaba en cubierta, donde una dotación de corpulentos marineros las metía en las celdas verticales de lanzamiento de la lanzadera de proa. El proceso tardaba unos cuatro minutos por caja y Gregory vio que el capitán estaba observando la operación con evidentes muestras de impaciencia. Gregory conocía el motivo: había recibido órdenes de llevar su buque a Washington cuanto antes y las órdenes llevaban un sello de urgencia. Al parecer, el sello de urgencia tenía un significado especial en la marina de los Estados Unidos, algo así como escuchar una llamada de la esposa a las dos de la mañana desde el cuarto del bebé. En cuanto subieron a bordo la décima caja, la grúa se separó del buque.

—Señor Richardson —se dirigió el capitán Blandy al oficial de cubierta.

—Sí, señor —respondió el teniente.

—Pongámonos en marcha.

Gregory se dirigió a la ventana lateral del puente de mando para observar la operación. El destacamento marítimo especial soltó las amarras de quince centímetros de diámetro y en cuanto las cornamusas de cubierta quedaron libres, la unidad de propulsión auxiliar del crucero empezó a alejar del muelle las diez mil toneladas de acero gris. El buque tenía prisa. No se habían separado ni cinco metros cuando empezaron a girar las hélices principales, y al cabo de un minuto Gregory oyó el soplido de aire de las cuatro turbinas al ponerse en marcha; sintió la aceleración del buque hacia la bahía de Chesapeake casi como si viajara en un autobús urbano.

—¿Doctor Gregory? —llamó el capitán Blandy, asomando la cabeza por la puerta del puente.

—Dígame, capitán.

—¿Quiere bajar a instalar sus programas mágicos en nuestros pájaros?

—Por supuesto.

Conocía el camino y a los tres minutos estaba sentado frente al terminal de ordenador correspondiente.

—Hola, doctor —dijo el brigada Leek, sentándose junto a él ¿Ya está todo listo? Se supone que debo echarle una mano.

—Está bien, puede observar si quiere.

El sistema era un verdadero armatoste, tan cómodo de manejar como una sierra mecánica, pero tal como le había explicado Leek una semana antes, ésta era la tecnología punta del año 1975, de la época en la que un ordenador Apple II con 64 K de memoria RAM era lo mejor de lo mejor; ahora tenía más recursos informáticos en su reloj de pulsera. Había que actualizar los misiles uno por uno en un proceso de siete pasos.

—A ver, un momento —protestó Gregory, algo fallaba en su monitor.

—Doctor, nos han entregado seis Block-IVD, los otros dos son modelos estándar SM-2 ER Block IIIC dirigidos por radar. ¿Qué quiere que le diga? El capitán Blandy es un poco conservador.

—¿Entonces sólo debo actualizar del uno al seis?

—No, hágalos todos. Lo único será que los otros ignorarán la secuencia de comandos del infrarrojo. ¿Los chips de los misiles no tendrán problemas con la programación adicional, verdad, señor Olson?

—Así es, brigada —confirmó el teniente Olson—. Quizá el sistema de ordenadores no sea muy actual, pero la tecnología de los misiles sí lo es. Probablemente genera más gasto construir cabezas de misil con tecnología actual capaces de comunicarse con este cacharro que invertir en un nuevo Gateway para

actualizar el sistema entero, eso sin contar las ventajas de tener un sistema mucho más fiable, pero ése sería un tema que habría que tratar con NAVSEA.

—¿Quién? —preguntó Gregory.

—El mando naval de sistemas marítimos. Son los genios técnicos que se negaron a instalar estabilizadores en los cruceros. Opinan que nos conviene vomitar en alta mar.

—Marineros de agua dulce —aclaró Leek—. Hay más de los que parece en la marina, sobre todo en tierra, claro.

El buque escoró a estribor con fuerza.

—Parece que el capitán tiene prisa —comentó Gregory.

El Gettysburg estaba virando a babor en ángulo recto a toda máquina.

—Parece ser que el comandante del Atlántico le ha dicho que esto era idea del secretario de Defensa. Imagino que será algo importante —explicó el señor Olson a su invitado.

—Creo que es una insensatez —advirtió Fang a los presentes.

—¿Por qué? —preguntó Luo.

—¿Es realmente necesario abastecer de combustible a los misiles? ¿No existe el peligro de que se lo tomen como una provocación?

—Creo que hay consideraciones técnicas —dijo Qian—. Si mal no recuerdo, una vez llenos de combustible no se pueden mantener repostados durante más de unas doce horas.

El comentario del tecnócrata cogió desprevenido al ministro de Defensa. No conocía la respuesta.

—Tendré que consultarlo con el segundo de artillería —reconoció.

—¿De modo que no los preparará para el lanzamiento hasta que hayamos considerado bien el tema? —preguntó Qian—. Por supuesto que no —prometió Luo.

—Entonces el verdadero problema es decidir cómo le decimos al pueblo lo que ha sucedido en Siberia.

—¡El pueblo creerá lo que le digamos que crea! —repitió de nuevo Luo.

—Camaradas —dijo Qian, tratando de mantener la voz calmada—, no podemos ocultar el sol por la mañana, ni podemos disimular la pérdida de nuestro sistema de transporte ferroviario. Tampoco podremos ocultar las numerosas bajas. Todos los soldados tienen padres que hablarán en cuanto sepan que su hijo ha muerto, la noticia circulará. Es mejor que nos enfrentemos a los hechos de una vez. Opino que sería mejor informar al pueblo de que se está librando una batalla de consideración y que hemos sufrido bajas importantes. Si proclamamos que llevamos la ventaja tendremos serios problemas más adelante.

—¿Acaso sugiere que el pueblo pueda sublevarse? —preguntó Tong he.

—No, pero creo que sí podría haber descontento e inestabilidad; estoy seguro que

estarán de acuerdo en que eso no nos conviene —comentó Qian a los presentes.

—¿Pero cómo puede filtrarse la información negativa? —preguntó Luo.

—Sucede a menudo —informó Qian—. Podemos prepararnos y buscar la forma de compensar los efectos de la información negativa, o podemos tratar de ocultarla y resistir. La primera táctica conlleva el precio de un ligero desprestigio. La segunda puede traer consecuencias nefastas si no funciona.

—La televisión mostrará las imágenes que queramos darles y la gente no verá otra cosa. Además, el general Peng avanza con sus fuerzas en este preciso instante.

—¿Cómo las llaman?

—Ésta es Grace Kelly, las otras dos son Marilyn Monroe y... no me acuerdo qué más —dijo el general Moore—. En cualquier caso, todas llevan el nombre de una estrella de cine.

—¿Cómo transmiten la señal?

—Las Dark Star mandan la señal codificada directamente a un satélite de comunicaciones, desde donde se remite a Fort Belvoir y de ahí la distribuimos donde queramos.

—¿De modo que podemos mandarla a cualquier parte?

—Así es, señor.

—Entendido. Ed, ¿qué le están diciendo los chinos a su gente?

—De entrada les contaron que los rusos habían provocado un incidente fronterizo y que habían contraatacado. También dicen que les están dando una paliza. Pero eso no es cierto y aún lo será menos en cuanto alcancen la barrera de los rusos. El tal Bondarenko ha tomado todas las decisiones correctas. Las fuerzas chinas están bastante estiradas, hemos cortado su línea de suministro y se dirigen de lleno a una emboscada colosal —dijo el director central de inteligencia—. ¿Qué opina, general?

—Los chinos no tienen ni idea de lo que les espera. En el centro de entrenamiento nacional no dejamos de decirle a los chicos que el vencedor de la batalla del reconocimiento siempre acaba ganando la guerra. Los rusos saben exactamente lo que está pasando en todo momento, y los chinos no. Por Dios, las benditas Dark Star han superado todas nuestras expectativas.

—Es un juguete maravilloso, Mickey —asintió Jackson—. Es como ir a un casino de Las Vegas pudiendo ver todas las cartas de la baraja. Así es casi imposible perder.

El presidente se inclinó hacia adelante.

—¿Se dan cuenta de que uno de los motivos por los que perdimos la guerra de Vietnam fue porque todo el mundo la veía por televisión todas las noches en las noticias? ¿Cómo puede afectar a los chinos si su gente ve la realidad de la guerra, pero esta vez en vivo?

—¿La batalla que se aproxima? Les daría una buena sacudida —pensó Ed Foley en voz alta—. ¿Pero cómo...? ¡Ah, sí, claro!... Santo Dios, Jack ¿lo dices en serio?

—¿Podemos hacerlo? —preguntó Ryan.

—Desde el punto de vista técnico, es cosa de niños. Mi única duda es que estaríamos revelando una de nuestras ventajas. Nuestras Dark Star son un asunto bastante confidencial, tanto como la capacidad de nuestros satélites de reconocimiento. No es algo que queramos hacer público.

—¿Por qué no? En cualquier universidad pueden llegar a reproducir la óptica, ¿no es así? —preguntó el presidente.

—Bueno, supongo que sí. Los teleobjetivos son buenos, pero tampoco son una gran novedad, excepto algunos de los sistemas térmicos, pero incluso así...

—Ed, digamos que logramos darles un susto lo bastante grande como para que detengan la guerra. ¿Cuántas vidas se salvarían?

—Unas cuantas —reconoció el director de inteligencia—. Miles, quizá decenas de miles.

—Incluyendo a unos cuantos de los nuestros...

—Así es, Jack, incluyendo a unos cuantos de los nuestros.

—¿Y desde el punto de vista técnico no supone problema alguno?

—Así es, no supone ningún reto.

—Pues vamos a darles lo mejor, Ed. Ahora mismo —ordenó Ryan.

—Sí, señor presidente.

LIX. PÉRDIDA DE CONTROL

Con la muerte del general Peng, el mando del ejército de asalto treinta y cuatro había pasado al general de división Ge Li, quien también lideraba la blindada tres cero dos. Su primera labor consistía en escapar de la zona de peligro y lo logró ordenando a su tanque que saliera de la pendiente que se había convertido en un campo de tiro, mientras uno de los vehículos de reconocimiento que había sobrevivido al ataque recuperaba el cuerpo del general Peng. Ordenó que los demás tanques también retrocedieran, pues determinó que era más importante averiguar qué había pasado que vengar la muerte de su comandante. Tardó veinte minutos en reunirse con su propia sección, donde disponía de su propio tanque de mando, al igual que el general Peng. Por algún motivo desconocido, no funcionaban los teléfonos de campaña y necesitaba usar el vehículo con equipo de radio.

—Necesito hablar con el mariscal Luo —dijo por la frecuencia reservada a los altos mandos.

La señal llegaba a Pekín tras pasar por varias estaciones repetidoras. Tardó diez minutos más en poder hablar con el ministro de Defensa, quien al parecer estaba en medio de una reunión del Politburó. Al fin escuchó en su amplificador una voz conocida:

—Aquí el mariscal Luo.

—Aquí el general de división Ge Li, al mando de la blindada tres cero dos. El general Peng Xi-Wang ha muerto —anunció.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha adelantado para reunirse con la sección de reconocimiento y ver el frente, y un francotirador le ha matado. Los efectivos de reconocimiento se han encontrado en una pequeña emboscada, parecía ser un solo transporte de personal ruso. Les he dado caza con mi tanque —explicó Ge, en una versión que no distaba demasiado de la verdad y que parecía ser lo mejor que podía decir en las circunstancias actuales.

—Entiendo. ¿Cuál es la situación general? —preguntó el ministro de Defensa.

—El ejército de asalto treinta y cuatro sigue avanzando, por lo menos seguía. He detenido el avance para reorganizar la sección de mando. Solicito instrucciones, camarada ministro.

—Debe seguir avanzando hasta capturar la mina de oro rusa, debe asegurarla y a continuación debe marchar al norte hasta los campos petrolíferos.

—Entendido, camarada ministro, pero debo informarle de que el ejército veintinueve que nos venía siguiendo ha sufrido un serio ataque hace una hora; al parecer, los daños han sido serios.

—Especifique.

—Los informes son confusos, y no se lo puedo asegurar, pero parecen haber

recibido un duro golpe.

—¿Qué clase de ataque han recibido?

—Un ataque aéreo de origen desconocido. Como le digo, de momento los informes son confusos. El veintinueve parece estar muy afectado —informó Ge.

—Entendido. Continúe el ataque. Detrás del veintinueve viene el ejército cuarenta y tres, que le proporcionará apoyo. Vigile el flanco izquierdo...

—He escuchado los informes de unidades rusas al oeste —dijo Ge—. Encargaré la defensa de ese flanco a una división motorizada, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Luo.

—Pero, camarada mariscal, no disponemos de información de reconocimiento de lo que tenemos al frente. Necesito información para poder avanzar con seguridad.

—Encontraré la seguridad que busca avanzando rápidamente en territorio enemigo y destruyendo cualquier formación que se cruce en su camino —respondió Luo en un tono autoritario—. ¡Continúe avanzando!

—A la orden, camarada ministro —no había otra respuesta posible.

—Manténgame informado.

—Lo haré —prometió Ge.

—Muy bien. Cierro. Calló la voz y la radio sólo emitió interferencias de estática.

—Ya lo han oído —dijo Ge al coronel Wa Cheng-Gong, quien acababa de convertirse en su oficial de Operaciones—. ¿Y ahora qué, coronel?

—Seguimos avanzando, camarada general.

Ge reconoció la única respuesta lógica a la situación.

—Dé la orden.

Al cabo de cuatro minutos, la orden radiofónica llegó hasta los batallones y las unidades iniciaron la marcha.

Según calculaba el coronel Wa, ya no necesitaban información de reconocimiento. Sabían que habría tropas rusas ligeras detrás de la cresta en la que Peng se había encontrado con la muerte, de una forma tan absurda. ¿Acaso no le advertí?, Pensó Wa con rabia. ¿Acaso no le advirtió Ge? No era nada del otro mundo que muriera un general en el transcurso de una batalla, pero morir de un tiro aislado, a manos de algún francotirador solitario era absurdo. ¡Treinta años de entrenamiento y experiencia, perdidos por culpa de un francotirador!

—Se han vuelto a poner en marcha —dijo el comandante Tucker al ver la nube de gases de escape, seguida por el arranque de los vehículos blindados—. Se encuentran a unos seis kilómetros de su primera línea de tanques.

—Lástima que no podamos darle una de estas terminales a Sinyavskiy —lamentó Bondarenko.

—No tenemos tantas, señor —respondió Tucker—. Sun Micro Systems todavía nos las está fabricando.

—Acabo de hablar con el general Ge Li —explicó Luo al Politburó—. Hemos tenido mala suerte. El general Peng está muerto, abatido por un francotirador, me acabo de enterar.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó el primer ministro Xu.

—Peng había avanzado hasta la vanguardia, como deben hacer los buenos oficiales, pero se topó con un ruso afortunado y su rifle —explicó el ministro de Defensa.

En ese momento, uno de sus asesores le entregó un informe, lo hojeó.

—¿Esto está confirmado?

—Sí, camarada general, yo mismo he solicitado la confirmación. En estos momentos los buques siguen en sus posiciones, claramente visibles desde la costa.

—¿Qué buques? ¿Qué costa? —preguntó Xu.

No era habitual que el primer ministro jugara un papel activo en estas reuniones. Solía dejar que hablaran los demás, escuchaba humildemente y se limitaba a confirmar el consenso alcanzado entre los presentes.

—Camarada —respondió Luo—, parece ser que hay navíos de guerra norteamericanos cerca de la costa de Guangzhou y que están bombardeando la costa.

—¿Bombardeando? —preguntó Xu—. ¿Con artillería?

—Así es, señor, según el informe.

—¿Por qué harían una cosa así? —preguntó el primer ministro, sin llegar a entender del todo la información.

—Para destruir nuestras bases costeras y...

—¿No es eso lo que se hace antes de iniciar una invasión, como preparativo antes de desembarcar las tropas? —preguntó el ministro de Asuntos Exteriores Shen.

—Pues sí, supongo que podría tratarse de eso —respondió Luo—, pero...

—¿Una invasión? —preguntó Xu—. ¿Un ataque directo a nuestro territorio?

—Es muy poco probable que estén contemplando una medida como ésa —explicó Luo—. Carecen de la capacidad de desembarcar suficientes tropas. Los Estados Unidos no tienen las tropas necesarias para...

—¿Y si los estuvieran ayudando desde Taiwan? ¿De cuántas tropas disponen esos bandidos? —preguntó Tong Jie.

—Disponen de algunos efectivos terrestres —reconoció Luo—. Pero tenemos sobrada capacidad para...

—Hace una semana nos decía que teníamos las fuerzas necesarias para derrotar a los rusos aunque contaran con ayuda norteamericana —replicó Qian en un tono cada vez más exaltado—. ¿Qué historia nos va a contar ahora, Luo?

—¡Historia! —exclamó el vozarrón del mariscal—. Yo no les cuento nada más que los hechos, ¿y ahora me acusan de mentiroso?

—¿Cuáles son los hechos que no nos ha contado, Luo? —preguntó Qian en tono

severo—. No le está hablando al populacho, que creerá lo que le cuenten.

—Los rusos se están defendiendo. Han contraatacado. Ya se lo he dicho, y también les he dicho que esto era de esperar. Estamos combatiendo una guerra contra los rusos, no hemos entrado de noche a robar en una casa deshabitada. Se trata de un conflicto armado entre dos grandes potencias, conflicto que ganaremos porque nuestras fuerzas son más numerosas y están mejor entrenadas. La técnica de combate del enemigo deja mucho que desear. Barrimos sus defensas fronterizas y hemos perseguido a su ejército en nuestro avance, ¡sin que fueran lo bastante hombres para detenerse y defender su patria! Vamos a machacarlos. Es evidente que opondrán resistencia. Debemos estar preparados para eso, pero a fin de cuentas no afectará el resultado definitivo. Se lo repito: los vamos a machacar —insistió.

—¿Existe algún dato adicional que no nos haya proporcionado hasta el momento? —preguntó el ministro del Interior Tong, en un tono más razonable que el de Qian.

—He nombrado al general de división Ge comandante del ejército de asalto treinta y cuatro. Me ha informado de que el ejército veintinueve ha sufrido un serio ataque aéreo hace algunas horas. No sabemos a ciencia cierta cuáles han sido los efectos del ataque, es probable que hayan logrado afectar las líneas de comunicación, aunque un ataque aéreo no puede causar serios daños a una gran formación terrestre. No existen herramientas de guerra que permitan tal cosa.

—¿Y ahora qué? —preguntó el primer ministro Xu.

—Propongo que levantemos la sesión para permitirle al ministro Luo regresar a sus labores de organización de nuestras fuerzas armadas —propuso Zhang Han Sen—. Y que nos volvamos a reunir a las cuatro de la tarde, por ejemplo.

Hubo gestos de asentimiento entre los presentes. Todos querían tiempo para asimilar lo que habían escuchado, quizá también para darle una oportunidad al ministro de Defensa de demostrar su control de la situación. Xu comprobó el consenso y se puso en pie.

—Muy bien. Se levanta la sesión hasta las cuatro de la tarde.

La reunión terminó con una calma sorprendente; los presentes se dispersaron con tranquilidad y charlaron amigablemente con sus compañeros. A la salida de la sala de conferencias, Qian abordó de nuevo a Fang.

—Algo marcha muy mal, lo presiento.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Fang, no sé qué le habrán hecho los norteamericanos a mis puentes ferroviarios, pero le aseguro que una destrucción como la que me han descrito esta mañana por radio no es cosa baladí. Es más, la destrucción fue sistemática y exhaustiva. Los norteamericanos han eliminado nuestra capacidad de llevar suministros hasta el ejército de campaña. Sólo se hace algo así como preparativo para golpear duro. Y de repente el comandante en jefe de nuestros ejércitos de invasión

cae en la batalla, ¡y cualquiera se cree la historia de la bala perdida! El *tset ha tset* ha de Luo nos está llevando directos hacia la catástrofe, Fang.

—Esta tarde sabremos más —sugirió Fang antes de dejar a su compañero y dirigirse a su oficina.

Al llegar dictó otro pasaje de su diario, preguntándose por primera vez si no resultaría ser su testamento.

Por su parte, Ming se preocupó un poco por el humor del ministro. Generalmente era un viejo de carácter tranquilo y optimista. Tenía un aire de abuelo caballeroso, incluso cuando llevaba a la cama alguna de sus jóvenes concubinas. Despertaba cierta simpatía en las muchachas de su oficina y quizá por eso no resistían con más vigor sus insinuaciones sexuales. Además, nunca dejaba de corresponder a las afortunadas con algún detalle. En esta ocasión tomó nota mientras el viejo le dictaba, reclinado en su silla con los ojos cerrados y con voz monótona. Tardó media hora en copiar el pasaje entero, tras la cual regresó a su escritorio para transcribirlo. Terminó a la hora del almuerzo y salió a comer con su compañera de trabajo, Chai.

—¿Qué le pasa? —preguntó a Ming.

—La reunión de la mañana no ha ido bien. Fang está preocupado por la guerra.

—Pero la guerra marcha bien. ¿No es eso lo que dice la televisión?

—Al parecer, ha habido algunos problemas. Esta mañana han discutido sobre la seriedad del problema. Qian estaba especialmente exaltado porque los norteamericanos han dañado nuestros puentes ferroviarios en Harbin y Bei'an.

—Ajá —asintió Chai, engullendo una ración de arroz—. ¿Cómo se lo está tomando Fang?

—Parece estar muy tenso. Quizá requiera algún consuelo esta noche.

—¿Tú crees? Bueno, puedo ocuparme de él. A fin de cuentas, me iría bien una nueva silla en la oficina —añadió entre risas.

La comida se prolongó más de lo habitual. Era evidente que el ministro no las necesitaba en estos momentos. Ming aprovechó para dar un paseo y hacerse una idea del humor de la gente. Sintió una sensación curiosamente neutra. Estuvo ausente de su oficina el tiempo suficiente para que se activara el dispositivo de inactividad. El monitor se mantuvo apagado, pero el disco duro empezó a girar y activó en silencio el módem interno.

Mary Pat Foley estaba en su oficina, aunque ya era más de medianoche; comprobaba su cuenta de correo cada quince minutos por si acaso llegaba algo nuevo de Sorge.

—Tiene correo —dijo la voz mecánica.

—¡Sí! —exclamó en seguida.

Bajó el documento rápidamente y levantó el auricular del teléfono.

—Que suba Sears.

Mientras esperaba, escudriñó el e-mail y vio que había salido de Pekín a primera hora de la tarde. Se preguntó qué podía significar eso. Cualquier irregularidad le hacía temer por la vida de Mirlo y por la pérdida de los documentos Sorge.

—¿Trabajando hasta tarde? —preguntó Sears al entrar.

—¿Y quién no? —respondió Mary Pat, entregándole el último documento—. Lea.

—Reunión del Politburó, por la mañana para variar —dijo Sears mientras ojeaba la primera página—. Parece que la reunión ha sido animada. El tal Qian ha armado bronca... Ah, aquí está: ha charlado con Fang después de la reunión y le ha expresado serias dudas... han acordado reunirse de nuevo... ¡mierda!

—¿Qué pasa?

—Han comentado la necesidad de poner a punto sus misiles intercontinentales... a ver... no ha habido una decisión en firme por motivos técnicos, no estaban seguros del tiempo que podían permanecer los misiles abastecidos de combustible, pero les ha afectado la pérdida del submarino lanzamisiles...

—Póngalo por escrito. El documento llevará el sello de CRITIC —anunció la directora adjunta de Operaciones.

El sello de CRITIC, refiriéndose a «crítico», era el máximo grado de urgencia que podía asignarse a cualquier comunicado dentro del gobierno estadounidense. Un documento marcado con ese sello debía llegar a las manos del presidente en un máximo de quince minutos desde su creación. Joshua Sears se vio obligado a traducirlo tan rápido como podía teclear a máquina, aunque se colara algún error en la traducción.

Ryan llevaba dormido unos cuarenta minutos cuando sonó el teléfono en su mesilla de noche.

—¿Diga?

—Señor presidente —anunció alguna voz anónima de la oficina de señales de la Casa Blanca—, tenemos un documento CRITIC para usted.

—Entendido, tráigamelo.

Jack se desesperó y saltó de la cama. Durante su etapa de vil mortal viviendo en su casa, no era muy partidario de ponerse bata, sino que solía andar por la casa descalzo y en ropa interior. Sin embargo, eso no era posible en la Casa Blanca y siempre tenía a mano una larga bata azul. Se la habían regalado sus estudiantes tiempo atrás, cuando daba clases de historia en la academia naval. Tenía en la manga la franja ancha y las cuatro franjas delgadas de un almirante de la flota. Se puso la bata y las zapatillas de piel que también había tenido que adoptar por culpa de su empleo y salió al pasillo. El equipo nocturno del servicio secreto había anticipado sus movimientos. Joe Hilton fue el primero en llegar.

—Ya nos lo han dicho, señor. El mensaje está en camino.

Ryan llevaba menos de cinco horas de sueño por noche durante la última semana

y sentía la irresistible necesidad de atrancarle a alguien la cara, aunque sabía que no podía desahogar su cansancio contra unos hombres que no hacían más que cumplir con su obligación durante unos horarios infernales.

El agente especial Charlie Malone estaba junto al ascensor. Cogió el sobre del mensajero y se lo entregó a Ryan.

—Hmm —bostezó Ryan.

Se frotó los ojos y abrió el sobre. Las primeras tres líneas lograron despertarlo de golpe.

—Joder.

—¿Pasa algo malo, señor? —preguntó Hilton.

—Teléfono —dijo Ryan.

—Por aquí, señor. —Hilton lo llevó a la pequeña oficina del servicio secreto.

—Mary Pat en Langley —dijo Ryan por el auricular. La conexión no tardó mucho—. Mary Pat, aquí Jack. ¿Qué hay de esto?

—Es justo lo que ves. Hablan de abastecer de combustible sus misiles intercontinentales. Por lo menos hay dos que apuntan a Washington.

—Genial. ¿Ahora qué?

—Acabo de dar instrucciones para que un KH-11 eche un vistazo a las lanzaderas. Hay dos, Jack. La que nos debe preocupar es la de Xuanhua, a unos cuarenta grados, treinta y ocho minutos norte, ciento quince grados, seis minutos este. Son doce silos con misiles CCC-4. Éste es uno de los más nuevos, que sustituyó a una instalación anterior en la que guardaban los misiles en túneles o cuevas. Estos son silos verticales y regulares. El campo de misiles entero mide unos diez por diez kilómetros. Los silos están en posiciones bastante separadas para evitar que un solo impacto nuclear pueda eliminar más de un misil —explicó Mary Pat, sin ocultar el hecho de que consultaba imágenes aéreas durante su explicación.

—¿Esto va en serio?

—Jack —dijo una voz nueva en la línea—, soy Ed. Tenemos que tomarnos la situación en serio. Quizá se hayan vuelto locos por el bombardeo naval de su costa. Los muy idiotas deben de suponer que pensamos invadirlos en serio.

—¿Qué? ¿Con qué? —preguntó el presidente.

—A veces son muy cerrados, Jack, y su lógica no siempre se ajusta a nuestras reglas —explicó Ed Foley.

—De acuerdo. Está bien. Vosotros dos, venid aquí. Traed a vuestro mejor experto en asuntos chinos.

—Allá vamos —respondió el director de inteligencia. Ryan colgó el teléfono y miró a Joe Hilton.

—Despierte a todo el mundo. Parece que los chinos se nos están volviendo locos.

La remontada del río Potomac no había sido fácil. Siguiendo la tradición de

orgullo de los oficiales navales, el capitán Blandy había preferido no esperar un piloto de río que lo guiara por el cauce fluvial, con el resultado de que habían pasado una tensa guardia en el puente de mando. El canal raras veces llegaba a los pocos cientos de metros de ancho; además, los cruceros se fabricaron para aguas profundas y no para navegar por los ríos. En una ocasión se acercaron peligrosamente a un banco de arena, pero el oficial de derrota lo esquivó con una orden providencial al timonel. El sistema de radar del buque estaba encendido y funcionando; los operadores no querían apagarlo porque, al igual que la mayoría de los sistemas automatizados, el radar prefería funcionar que descansar y temían que si lo apagaban se podía estropear alguna pieza. La energía que emitía el sistema por sus cuatro enormes antenas, situadas en lo más alto del Gettysburg, interfirió en la imagen de varios televisores por el camino, pero no se podía hacer nada al respecto y era probable que a estas horas de la noche nadie lo notara deslizarse en silencio hasta el puente Woodrow Wilson. Ahí tuvo que esperar hasta que se detuvo el tráfico de la ronda periférica de Washington, lo cual ocasionó el habitual enojo por parte de conductores iracundos. Eran pocos a estas horas, pero sí se escucharon varios bocinazos mientras el barco pasaba por debajo del puente levadizo. Quizá eran de Nueva York, pensó el capitán Blandy. Todavía tuvieron que virar una vez más a estribor para entrar en el río Anacostia pasando por otro puente levadizo, éste nombrado en honor de John Philip Sousa, ocasionando más reacciones de sorpresa entre los conductores. Para finalizar, amarraron con suavidad junto al muelle que también servía de hogar al USS Barry, un destructor retirado y relegado a servir de museo.

El capitán Blandy se percató de que la mayor parte de los marineros en tierra eran civiles. Qué cosa tan curiosa.

La maniobra de amarre, como descubrió Gregory que llamaban los marinos al proceso de aparcar el barco, había sido interesante, pero nada del otro mundo, aunque vio que el capitán parecía aliviado de haber dejado atrás las traicioneras aguas del río.

—Fuera motores —ordenó el capitán a la sala de máquinas con un largo suspiro compartido por toda la tripulación del puente.

—¿Capitán? —preguntó Gregory.

—Dígame.

—¿Exactamente, qué es lo que está pasando?

—¿Creo que está bastante claro, no? —respondió Blandy—. Estamos embarcados en una guerra de agresión con los chinos, que disponen de misiles balísticos intercontinentales. Supongo que el secretario de Defensa quiere tratar de derribar cualquier misil que puedan lanzar contra Washington. El comandante del Atlántico también ha mandado un Aegis a Nueva York y estoy seguro de que la flota del Pacífico se ha ocupado de Los Angeles y San Francisco, quizá también Seattle. De

ese lado tienen muchos buques y un buen depósito de municiones. ¿Tiene copias adicionales de su software?

—Claro.

—Pues le pondremos una línea telefónica desde el muelle en un par de minutos. A ver si puede mandárselo a los demás interesados.

—Entiendo —respondió el doctor Gregory en tono pensativo.

Realmente debería haber pensado más a fondo en toda la situación.

—Aquí Lobo Rojo Cuatro. Tengo contacto visual con la avanzadilla china —declaró por radio el comandante de regimiento—. Unos diez kilómetros al sur de nuestra posición.

—Entendido —respondió Sinyavskiy.

Estaban justo donde le habían indicado Bondarenko y sus ayudantes norteamericanos. Perfecto. Había dos oficiales generales más en su puesto de mando: los comandantes en jefe de la dos cero uno y la ochenta motorizada de rifles; al parecer, también venía en camino el comandante de la treinta y cuatro, aunque la noventa y cuatro había alterado un poco su posición para atacar hacia el este, desde unos treinta kilómetros al sur.

Sinyavskiy se quitó el viejo puro roído de la boca y lo tiró a la maleza. Sacó otro del bolsillo de su casaca y lo encendió. Era un cigarro puro cubano, de una suavidad reconfortante. Su comandante de artillería se encontraba del otro lado del tablero de mapas improvisado con unos tablones y un par de caballetes que, sin embargo, era más que suficiente para sus necesidades actuales. Habían excavado unos hoyos de trinchera por si a los chinos se les ocurría mandarles fuego de artillería, aunque la precaución más importante era que estaban conectados por cables al puesto de comunicaciones, que se encontraba a un kilómetro de distancia; ése sería el primer objetivo del contraataque chino, esperando encontrar ahí a los oficiales de alto rango. En realidad, la dotación era de cuatro oficiales y siete sargentos en transportes blindados que se habían enterrado para mayor seguridad. Su tarea consistía en reparar cualquier cosa que pudieran llegar a dañar los chinos.

—Miren, camaradas, parece que van de cabeza a nuestra trampa —dijo a los que lo rodeaban.

Sinyavskiy llevaba veintiséis años de carrera militar. Curiosamente no le venía de familia: su padre era profesor de Geología en la Universidad Estatal de Moscú, pero desde la primera película bélica que había visto de niño tuvo claro que ésa era su profesión. Había trabajado duro, había ido a las escuelas adecuadas, y había estudiado Historia con la compulsión casi obsesiva que caracterizaba al Ejército Rojo y al ejército ruso. Esta sería su batalla de Kursk, pensó, recordando la ocasión en que Vatutin y Rokossovskiy habían destrozado el último intento de Hitler por retomar la iniciativa en Rusia, que había marcado el inicio de la larga marcha hasta Berlín.

También en esa ocasión el Ejército Rojo había obtenido una ventaja fundamental con los informes de inteligencia que indicaban la hora, el lugar y las características de la ofensiva alemana, permitiéndoles prepararse tan bien que el mejor de los comandantes alemanes, Erich von Manstein, no consiguió más que romperse los dientes contra el acero ruso.

Y lo mismo sucederá aquí, se prometió a sí mismo Sinyavskiy. Lo único que no le gustaba era estar encerrado en esta tienda de campaña camuflada en vez de avanzar al frente con sus hombres, pero ya no era un simple capitán; su labor consistía en coordinar la batalla sobre el mapa desde aquí.

—Lobo Rojo, abrirán fuego en cuanto tengan la avanzadilla a ochocientos metros.

—Ochocientos metros, camarada general —asintió el comandante de su regimiento de tanques—. Ya los estoy viendo con mucha claridad.

—¿Qué es lo que ve, exactamente?

—Parece una formación de batallón, en su mayoría tanques tipo 90, con algunos tipo 98, aunque menos, distribuidos de forma que parecen transportar a los comandantes de las subunidades. Hay numerosos transportes blindados de tropas aunque no veo vehículos de localización de artillería. ¿Qué sabemos de sus unidades de artillería?

—Están en movimiento, no están en posición de fuego. La estamos vigilando —aseguró Sinyavskiy.

—Excelente. Según mi indicador de distancia se encuentran a dos kilómetros.

—Prepárese.

—Entendido, camarada general.

—Odio la espera —comentó Sinyavskiy a los oficiales que lo rodeaban.

Todos asintieron; compartían la misma sensación. No había tenido oportunidad de presenciar Afganistán en sus años mozos, ya que estuvo destacado con el primer y el segundo ejército de tanques en Alemania, preparándose para combatir contra la OTAN, algo que por suerte no había llegado a suceder. Esta iba a ser su primera experiencia de combate real aunque todavía no empezaba, tenía la sensación de estar totalmente preparado.

—A ver, ¿qué podemos hacer si lanzan esos misiles? —preguntó Ryan.

—Si los llegan a lanzar, nuestra única opción será ponernos a cubierto —respondió el secretario Bretano.

—Esa opción nos soluciona el problema a nosotros, ¿pero qué hay de la gente que no tiene una ruta de escape programada? ¿Qué hay de los habitantes de Washington, Nueva York y los demás objetivos potenciales? —preguntó el presidente.

—He mandado unos cruceros Aegis hacia los posibles puntos de impacto —prosiguió el secretario—. Puse a uno de mis hombres de TRW a investigar la posibilidad de actualizar los sistemas de misiles, para tratar de interceptar lo que nos

manden. Ha terminado la parte teórica y parece ser que las simulaciones por ordenador han funcionado bien, aunque no es lo mismo que haber hecho pruebas reales. Sigue siendo mejor que nada.

—Entendido. ¿Dónde están los barcos?

—Ahora mismo tenemos uno aquí —respondió Bretano.

—¿Cuándo ha sucedido eso? —preguntó Robby Jackson.

—Hace menos de una hora. Es el Gettysburg. Otro se dirige a Nueva York, otro a San Francisco y uno a Los Angeles. Para mayor seguridad también hemos mandado uno a Seattle, aunque no tenemos constancia de que sea uno de los objetivos. En estos momentos están recibiendo la actualización de software para reprogramar los misiles.

—Está bien. Algo es algo. ¿Qué hay de la posibilidad de eliminar los misiles antes de que tengan oportunidad de lanzarlos? —preguntó a continuación Ryan.

—Los chinos acaban de reforzar la seguridad de sus silos con blindaje de acero sobre los escudos de hormigón, en forma de cono invertido. Es probable que desvíe cualquier bombardeo, excepto los penetradores profundos, los GBU-27 que usamos para inutilizar sus puentes ferroviarios.

—Si es que nos queda alguno. Será mejor consultarlo con Gus Wallace —advirtió el vicepresidente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bretano.

—Sólo digo que nunca fabricamos muchas unidades y que anoche las fuerzas aéreas debieron de soltar unas cuarenta.

—Lo comprobaré en seguida —prometió el secretario de Defensa.

—¿Qué pasa si no nos quedan más? —preguntó Jack.

—En ese caso tendremos que hacerles llegar más unidades cuanto antes, o pensar en las alternativas —respondió el vicepresidente.

—¿Como cuáles, Robby?

—Como enviar a un equipo de operaciones especiales para que se cargue los jodidos misiles —sugirió el antiguo piloto de combate.

—No me haría mucha gracia tener que participar en una misión así —comentó Mickey Moore.

—Mejor eso que tener una explosión de cinco megatonnes sobre la ciudad de Washington, Mickey —replicó Jackson—. Mira, nuestra mejor opción es averiguar si Gus Wallace tiene las bombas que necesitamos. Es una misión larga para los aviones negros pero pueden abastecerse de combustible en vuelo en la ida y la vuelta, con escuadrones de aviones de combate para proteger a los aviones cisterna. No es fácil, pero hacemos maniobras de este tipo a cada momento. Si no tiene las bombas adecuadas, se las hacemos llegar, siempre que tengamos algunas en algún almacén. Ya sabéis que los depósitos de armamento tampoco son el cuerno de la abundancia; tenemos cantidades limitadas de cada una de nuestras municiones.

—General Moore —dijo Ryan—, llame al general Wallace en seguida y averigüe si tiene las bombas.

—Sí, señor —respondió Moore, y salió de la sala de situaciones.

—Mirad —dijo Ed Foley, señalando la pantalla del televisor—. Ya ha empezado.

La hilera de árboles estalló en una espectacular llamarada a unos dos kilómetros de distancia. Las dotaciones de los tanques chinos se deslumbraron con el destello, aunque muchos no tuvieron oportunidad de presenciarlo: de los treinta tanques de la primera línea sólo tres sobrevivieron a la destrucción instantánea. No corrieron mejor suerte los transportes de personal intercalados entre los tanques.

—Abran fuego, coronel —ordenó Sinyavskiy a su comandante de artillería.

La orden se transmitió en seguida y la tierra tembló bajo sus pies.

Era un espectáculo digno de ver en el monitor. Los chinos habían caído de lleno en la emboscada y los efectos de la salva inicial rusa eran devastadores.

El comandante Tucker contuvo la respiración al presenciar la muerte de varios centenares de hombres.

—Regresemos a su artillería —ordenó Bondarenko.

—Sí, señor —asintió en seguida Tucker.

Modificó el enfoque del objetivo en la cámara aérea y localizó a la artillería china. Consistía esencialmente en unidades a remolque transportadas por camiones y tractores. La noticia tardó un poco en llegarles. Habían empezado a caer proyectiles rusos sobre su posición antes de que empezaran a detener los camiones y preparar las unidades, aunque en ese momento las dotaciones chinas trabajaron rápido.

Sin embargo, estaban embarcados en una carrera contra la muerte, en la que la muerte les llevaba ventaja. Tucker observó los esfuerzos de una dotación por poner a punto su cañón de ciento veintidós milímetros. Los artilleros habían logrado cargar el arma cuando tres proyectiles cayeron lo bastante cerca como para dañar el cañón y eliminar a la mitad de la dotación. Al ampliar la imagen, observó cómo uno de los soldados se retorció en el suelo, sin nadie que le brindara ayuda.

—Es un asunto desagradable, ¿no cree? —comentó con voz tenue Bondarenko.

—Así es —asintió Tucker.

Al presenciar la destrucción de un tanque era muy fácil pensar que no era más que un objeto. Aunque supiera perfectamente que había tres o cuatro soldados en su interior; no se veían. De forma parecida, los pilotos de combate nunca mataban a otro piloto, simplemente derribaban su aparato. Y Tucker seguía la doctrina de las fuerzas aéreas, según la cual la muerte era algo que les pasaba a las máquinas, no a las personas. Pues el pobre desgraciado con la camisa empapada de sangre no era un objeto. Alejó la cámara y adoptó una visión más distante, que le permitía obviar los aspectos más impactantes de la observación.

—Hubieran hecho mejor en quedarse en su propio país, comandante —razonó el

general ruso.

—Dios mío, qué carnicería —dijo Ryan.

No era la primera vez que entraba en contacto directo con la muerte. Incluso había matado a gente que estaban a punto de dispararle a él, pero nada de eso hacía más fáciles de digerir las imágenes que estaba presenciando. Ni de lejos. El presidente se giró hacia su director de inteligencia.

—¿Estamos transmitiendo esto, Ed? —preguntó.

—Se supone que sí —respondió Foley.

Efectivamente, lo estaban transmitiendo por una dirección de Internet, una «URL» según la terminología técnica: <http://www.darkstarfeed.cia.gov/siberiabattle/realtime.ram>. Ni siquiera tuvieron que anunciarlo. Durante los primeros cinco minutos, algunos internautas lo encontraron por casualidad y las visitas a la página que ofrecía imágenes de vídeo en tiempo real subieron de cero a diez en cuestión de tres minutos. Probablemente, algunos acudieron a las páginas de chat para correr la voz. El cuartel general de la CIA llevaba un seguimiento del tráfico en la página, incluyendo la ubicación de los internautas que conectaban. Lógicamente, el primer país asiático en conectarse fue Japón, donde la fascinación de la población por las operaciones militares garantizó un creciente número de accesos a la página. La transmisión incluía señal de audio, con comentarios en tiempo real del personal de las fuerzas aéreas hacia sus compañeros de uniforme. Los comentarios eran lo bastante soeces como para que Jack expresara sus dudas.

—No contamos con que lo vea mucha gente mayor de treinta años —comentó el general Moore, entrando en la sala.

—¿Qué hay de las bombas? —preguntó Jackson en seguida.

—Sólo le quedan dos —respondió Moore—. Las más próximas están en la fábrica de Lockheed-Martin, en California donde nos están ensamblando una serie ahora mismo.

—Vaya —comentó Robby—. De vuelta al plan B.

—Parece que debemos recurrir a algún tipo de operación especial, señor presidente. A menos que desee autorizar un ataque con misiles de crucero, claro está.

—¿Qué clase de misiles de crucero? —preguntó Ryan, aun que ya conocía la respuesta.

—Bien, tenemos veintiocho misiles en Guam con ojivas W-80. Son pequeñas, de unos ciento cincuenta kilos. Tienen dos posiciones: ciento cincuenta o ciento setenta kilotones.

—¿Se refiere a armamento termonuclear?

—Sí, señor presidente —respondió el general Moore con un suspiro.

—¿Es ésa la única opción que tenemos para eliminar los silos?

No tuvo que explicar las pocas ganas que tenía de emprender un ataque nuclear.

—Podríamos utilizar armamento convencional, GBU-10 y GBU-15. Gus tiene una buena dotación, pero sin la capacidad de penetración profunda es muy probable que los escudos desvíen los proyectiles. Es posible que funcionen de todas formas: los misiles CSS-4 son muy delicados y un impacto cercano podría llegar a desequilibrar sus sistemas de dirección... pero no podemos asegurarlo.

—Preferiría que esas cosas no llegaran a despegar.

—Jack, nadie quiere que despeguen —dijo el vicepresidente—. Mickey, traza un plan. Necesitamos alguna opción capaz de neutralizarlos, y la necesitamos cuanto antes.

—Llamaré al mando de Operaciones Especiales, aunque se encuentran en Florida, por Dios.

—¿Los rusos no tienen alguna unidad de Operaciones Especiales? —preguntó Ryan.

—Así es: el Spetsnaz.

—¿Y no apuntan algunos de los misiles a Rusia?

—Sí, señor; eso parece —confirmó el comandante en jefe de la Plana Mayor.

—Pues nos deben una, y además están igual de interesados que nosotros en solucionar este problema —dijo Jack, cogiendo el teléfono—. Necesito hablar con Sergey Golovko, en Moscú —ordenó a la persona en la centralita.

—El presidente norteamericano —dijo su secretario particular.

—¡Ivan Emmetovich! —saludó Golovko en tono cordial—. Nos llegan informes halagüeños desde Siberia.

—Lo sé, Sergey. Estoy observando las imágenes en directo en este momento. ¿Quieres verlas?

—¿Se puede?

—¿Tienes un ordenador con módem?

—Hoy en día no se puede sobrevivir sin esos aparatos —respondió el ruso.

Ryan le leyó la dirección de Internet.

—Conéctate ahí. Estamos transmitiendo en vivo la imagen de nuestras aeronaves Dark Star por la red.

—¿Por qué, Jack? —preguntó en seguida Golovko—. Porque en este momento la están observando mil seiscientos cincuenta ciudadanos chinos y cada vez son más. — ¿Una operación política? ¡Claro! ¿Quieres desestabilizar su gobierno?

—No nos hará ningún daño si su gente se entera del transcurso real de los acontecimientos.

—Las virtudes de la prensa libre. Debo estudiar eso. Muy listo, Ivan Emmetovich.

—No es ése el motivo de mi llamada.

—¿Qué sucede, Tovarisch Prezident? —preguntó el director de la agencia rusa de inteligencia.

Le preocupó el cambio de tono en la voz del norteamericano. Ryan no era muy bueno ocultando sus sentimientos.

—Sergey, nos ha llegado un informe muy preocupante del Politburó chino. Te lo estoy mandando por fax en estos momentos —escuchó—. Esperaré mientras lo lees.

A Golovko no le sorprendió ver que el documento llegaba a su fax particular. El tenía los números personales de Ryan y los norteamericanos disponían de los suyos. Se trataba de un método inofensivo para que cada servicio de inteligencia demostrara sus habilidades a los contrarios. La primeras páginas en llegar fueron las correspondientes a la traducción inglesa del documento, seguidas de la versión original en chino.

—Sergey te he mandado el original por si tus traductores y sicólogos son mejores que los nuestros —dijo el presidente, dirigiendo una mirada de disculpa al doctor Sears, que le indicó con señas que no había problema—. Disponen de doce misiles CSS-4; la mitad os apuntan a vosotros y la otra mitad a nosotros. Creo que debemos hacer algo al respecto. Tal como van las cosas, es posible que sus reacciones no sean del todo racionales.

—Y vuestro bombardeo de la costa puede haberlos empujado al abismo, señor presidente —asintió el ruso por el altavoz—. Estoy de acuerdo, éste es un asunto serio. ¿Por qué no bombardeáis los misiles con vuestras bombas mágicas desde los aviones invisibles?

—Porque ya no nos quedan más bombas, Sergey. Se nos han acabado las que necesitamos para esta misión.

—Nichevo —respondió el ruso.

—Míralo desde nuestro punto de vista. Mi equipo me está sugiriendo una operación de comando.

—Entiendo. Déjame consultarlo con mi gente. Dame unos veinte minutos, señor presidente.

—Entendido, ya sabes cómo localizarme —concluyó Ryan, y pulsó el botón de colgar.

Contempló la bandeja del café.

—Una taza más de esta bazofia y me voy a convertir en una cafetera —dijo con amargura.

No le cabía duda de que la única cosa que lo había mantenido con vida había sido su retirada a la sección de mando del ejército treinta y cuatro. Su división de tanques estaba recibiendo un severo castigo. Habían volatilizado a uno de sus batallones durante el primer minuto de combate. Otro batallón trataba de maniobrar hacia el este para atraer a los rusos a un combate abierto como los que esperaban sus hombres.

Según la valoración más optimista, su artillería se había visto reducida a la mitad bajo el fuego ruso y el avance del ejército treinta y cuatro era cosa del pasado. Ahora debía tratar de utilizar sus dos divisiones motorizadas para establecer una base de fuego e intentar retomar la iniciativa. Pero cada vez que ordenaba algún movimiento de sus divisiones, éstas sufrían ataques directos, como si los rusos tuvieran la capacidad de leerle el pensamiento.

—Wa, ordena el repliegue de lo que queda de la tres cero dos hasta la línea de inicio de las diez de la mariana, ¡en seguida! —ordenó.

—Pero al mariscal Luo no le va a...

—Si me quiere relevar del mando, allá él, pero ahora no está aquí —espetó Ge—. ¡Dé la orden!

—Sí, camarada general.

—Si hubiéramos tenido un juguete como éste, los alemanes no habrían llegado hasta Minsk —dijo Bondarenko.

—Así es, qué maravilla saber con precisión lo que hace el enemigo.

—Da la sensación de ser una especie de dios del Olimpo. ¿A quién se le ocurrió la idea?

—El proyecto empezó en Northrop con un avión llamado Arco Iris Silencioso: parecía mitad pala de nieve, mitad barra de pan, pero requería un piloto y eso limitaba la autonomía.

—Sea quien sea, quiero comprarles una buena botella de vodka —dijo el general ruso—. Está salvando las vidas de mis soldados.

Y dándole una soberana paliza a los chinos, se abstuvo de añadir Tucker. Pero así parecía ser el combate.

—¿Está volando alguna aeronave más?

—Sí, señor. Grace Kelly ofrece apoyo a la primera blindada. —Muéstremelo.

Tucker minimizó una ventana con el ratón y abrió otra. El general Diggs había instalado un segundo monitor y Tucker se limitó a bajar la imagen de ahí. Vieron lo que parecían ser dos brigadas que avanzaban hacia el norte y destruían todos los vehículos chinos que se encontraban. El campo de batalla, si es que podía llamarse así, era un bosque de columnas de humo que surgían de los restos de tanques y camiones. La escena le recordó a Tucker las imágenes de los campos petrolíferos de Kuwait en 1991. Amplió la imagen y vio que los Bradleys hacían la mayor parte del trabajo. Los objetivos que localizaban a duras penas justificaban el uso de los cañones principales de los tanques. Los Abrams se limitaban a acompañar a los vehículos más ligeros, protegiéndolos en su avance imparable. El comandante tomó el control de una de las cámaras desde su terminal y salió en busca de más acción...

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Tucker.

—Ésa debe de ser la Boyar —respondió Bondarenko.

Parecía ser una columna de veinticinco tanques T-55, que utilizaban sus cañones principales contra camiones y transportes de tropas.

—¡Carguen proyectil! —ordenó el teniente Komanov—. Tanque objetivo a la una, distancia, dos mil.

—Lo tengo —respondió el artillero al cabo de un segundo.

—¡Fuego!

—Disparando —dijo el artillero al apretar el gatillo.

El viejo tanque retrocedió por la sacudida. El artillero y su comandante observaron cómo volaba la trazador...

—Mierda, demasiado lejos. ¡Carguen proyectil!

El cargador tardó un segundo en introducir otro proyectil en la recámara.

—¡Listo!

—Esta vez me lo cargo —prometió el artillero, ajustando un pelo la mira. El desgraciado ni se había enterado del primer disparo...

—¡Fuego!

—Disparando...

Otro retroceso y...

—¡Impacto! ¡Buena puntería, Vanya!

La tercera compañía no se estaba portando mal. Komanov pensó que el tiempo que habían dedicado a practicar el tiro daba resultado. Esto era mucho mejor que sentarse en un búnker y esperar a que vinieran a atacarte...

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el mariscal Luo.

—Camarada mariscal, venga a verlo —le apremió el joven teniente coronel.

—¿De qué se trata...? —preguntó el ministro de Defensa antes de quedarse sin habla—. *Cao ni ma* —suspiró, antes de vociferar—. ¿Qué carajo es esto?

—Camarada mariscal, esto es una página de Internet. Asegura ser una retransmisión en vivo desde el campo de batalla en Siberia —explicó el joven oficial, embargado por la emoción—. Las imágenes muestran a los rusos combatiendo contra el ejército de asalto treinta y cuatro...

—¿Y?

—Y según esto, están masacrando a los nuestros —prosiguió el teniente coronel.

—Espere un momento, ¿qué? ¿Cómo es posible? —preguntó Luo.

—Camarada, el título de la página dice «darkstar». Las Dark Star son aeronaves norteamericanas de control remoto, aviones de reconocimiento. Al parecer, son aeronaves con tecnología sigilosa usadas para adquirir información táctica. Parece ser que los norteamericanos han conectado la señal a Internet como instrumento de propaganda —respondió el oficial, dando su versión de los hechos.

—Dígame más —preguntó el ministro al subalterno especializado en inteligencia.

—Esto explicaría sus éxitos, camarada mariscal. Ven todos nuestros pasos casi

antes de que los demos. Es como si escucharan nuestras comunicaciones de mando y de planificación. No existe defensa posible contra esta herramienta —concluyó el oficial.

—¡Cómo te atreves, derrotista! —espetó el mariscal.

—Quizá exista algún método para contrarrestar esta ventaja, pero yo lo desconozco. Estos sistemas pueden ver de noche como si fuera de día. ¿Entiende, camarada mariscal? Esta herramienta les permite ver todo lo que hacemos, mucho antes de que alcancemos a sus unidades. Elimina cualquier posibilidad de sorpresa. Por ejemplo, mire... —dijo señalando la pantalla—: Una de las divisiones motorizadas del ejército treinta y cuatro maniobra hacia el este. Se encuentran aquí —señaló en un mapa del campo de batalla—, pero el enemigo está aquí. Si nuestros efectivos consiguen llegar hasta este punto sin ser vistos quizá puedan atacar el flanco izquierdo de los rusos, pero tardarán dos horas en llegar. Los rusos sólo tardarán una hora en mandar una unidad de bloqueo. Ahí radica la ventaja —concluyó.

—¿Esto nos lo hacen los norteamericanos?

—Al parecer: la señal procede de Norteamérica, de la página de Internet de la CIA.

—¿Así han logrado superarnos los rusos?

—Sin duda. Se han avanzado a todas nuestras maniobras durante el día de hoy. Este debe de ser el secreto de su clarividencia.

—¿Por qué transmiten los norteamericanos esta información de modo que pueda verla todo el mundo? —se preguntó Luo.

La respuesta más evidente no se le ocurrió. La información debía suministrarse al pueblo en dosis cortas y bien condimentadas, para que los campesinos y los obreros extrajeran las conclusiones adecuadas.

—Camarada, será difícil proclamar por la televisión estatal que todo marcha viento en popa, cuando cualquiera con acceso a Internet puede ver esto.

—Ajá —dijo, en un tono de creciente temor—. ¿Cualquiera puede ver esto?

—Siempre que tenga un ordenador conectado a una línea telefónica, sí —respondió el joven teniente coronel, aunque sólo vio la figura de Luo saliendo apresuradamente de la sala.

—Me sorprende que no me haya pegado un tiro —comentó el oficial.

—Aún hay tiempo para eso —respondió un coronel—. Pero creo que le ha dado un buen susto.

Miró el reloj de la pared. Eran las cuatro de la tarde.

—¿Pero debía de saberlo, verdad?

—Insensato, ¿no entiendes que ahora no podrá ocultar la verdad ni siquiera al Politburó?

—Hola, Yuri —dijo Clark.

El estado de guerra había cambiado el ambiente en las calles de Moscú. En los semblantes de la gente había más seriedad y preocupación que de costumbre. Había que reconocer que nunca parecía un parque de atracciones, la gente tenía cierta propensión a la seriedad, pero también se sentía un elemento nuevo en el aire. Indignación, rabia... ¿determinación? La cobertura televisiva de la guerra no estaba resultando tan sensacionalista como cabía esperar. Parecía que los nuevos medios rusos trataban de demostrar su profesionalismo e imparcialidad. Se oían algunos comentarios al efecto de que la incapacidad de detener a los chinos era una mala señal respecto al ejército y la cohesión nacional. Surgieron otras voces nostálgicas, que aseguraban que China nunca se habría atrevido a atacar a la Unión Soviética. Otros se preguntaban para qué demonios servía ingresar en la OTAN si ninguno de los otros países acudía en su ayuda.

—Dijimos a las cadenas de televisión que si revelaban algo sobre la división norteamericana que se encuentra en Siberia les pegaríamos un tiro. Y por supuesto nos creyeron —explicó con una sonrisa el teniente general Kirillin.

Clark y Chavez lo miraron con cierta sorpresa: no había sonreído mucho en la pasada semana.

—Parece que las cosas andan bien —se interesó Chavez.

—Bondarenko los ha detenido en la mina de oro. Si mis informes son correctos, ni siquiera llegarán a oler el oro. Pero hay algo más —añadió en un tono más serio.

—¿Qué pasa, Yuriy? —preguntó Clark.

—Nos preocupa que decidan lanzar sus misiles nucleares.

—Mierda —respondió Ding—. ¿Va en serio?

—La información proviene de vuestro presidente. Golovko se está comunicando con el presidente Grushavoy en estos momentos.

—¿Y? ¿Qué piensan hacer al respecto? ¿Bombas inteligentes? —preguntó John.

—No, Washington nos ha pedido que mandemos un equipo de Operaciones Especiales —anunció Kirillin.

—¿Qué demonios? —suspiró John.

Sacó del bolsillo su teléfono vía satélite y se dirigió a la puerta.

—Discúlpeme, general. ET llamando a casa.

—¿Me lo puedes repetir, Ed? —preguntó Foley.

—Ya me has oído. Se les han acabado las bombas precisas. Al parecer, es imposible mandarles municiones nuevas.

—¡Joder! —comentó el oficial de la CIA desde el estacionamiento del club de oficiales del ejército ruso.

El sistema de codificación de su teléfono no ocultaba la emoción que le embargaba.

—No me lo digas: ya que Rainbow es un efectivo de la OTAN y que Rusia forma

parte de la Alianza, y que vais a pedirle a los rusos que lideren esta operación, en pro de la solidaridad norteamericana nos vas a pedir que tomemos parte en la fiesta, ¿verdad?

—La decisión es tuya, John. No espero que vayas en persona. El combate es cosa de jóvenes, pero tienes a unos cuantos jóvenes muy buenos en tu nómina.

—Ed, ¿en serio esperas que mande a mis hombres en una misión como ésta mientras yo me quedo en casa haciendo ganchillo? —preguntó Clark en un tono acalorado.

—La decisión es tuya. Tú eres el comandante de Rainbow.

—¿Cómo va a funcionar? ¿Saltamos en paracaídas?

—Helicópteros.

—¿Helicópteros rusos? Gracias, amigo, pero prefiero...

—De los nuestros, John. La primera división blindada tiene una buena dotación y al parecer son del tipo adecuado...

—¿Que quieren que haga qué? —preguntó Dick Boyle.

—Ya me has oído.

—¿Qué hay del combustible?

—Se abastecerán de combustible aquí —respondió el coronel Masterman, mostrando la fotografía reciente tomada desde el satélite—. Es una colina cerca de un sitio llamado Chicheng. No vive nadie en la zona y las distancias cuadran.

—Si no fuera porque tenemos que pasar a unos quince kilómetros de esta base de sus fuerzas aéreas.

—Ocho bombarderos F-111 atacarán la base antes de su llegada. Calculamos que estarán sin pista de aterrizaje durante unos tres días.

—Dick —dijo Diggs—, no sé muy bien por qué, pero en Washington les preocupa mucho que los chinos decidan lanzar sus misiles intercontinentales y Gus Wallace se ha quedado sin las bombas que podrían haber eliminado los silos. La única opción que nos queda es una operación de fuerzas especiales. Se trata de una misión estratégica. ¿Crees que puedes lograrlo, Dick?

El coronel Boyle contempló el mapa y midió las distancias en su cabeza.

—Sí, habrá que montar las alas en los Blackhawks y llenar los tanques a tope, pero sí, creo que conseguiremos llegar, aunque tendremos que repostar para el regreso.

—Entendido. ¿Puedes usar otros helicópteros para llevar el combustible al punto de abastecimiento?

—Por los pelos —asintió Boyle.

—Si es necesario, los rusos pueden mandar una unidad del Spetsnaz hasta cualquier punto de esta zona con combustible adicional, según me dicen. Al parecer esta zona de China está prácticamente deshabitada.

—¿Qué oposición habrá sobre el terreno?

—Hay una fuerza de seguridad en la zona. Calculamos que deben de ser un máximo de unas cien personas, un escuadrón por silo. ¿Puedes llevarte algunos Apaches para eliminar la resistencia?

—Sí, si viajan ligeros no tendrán problemas en llegar. —Sólo algunos proyectiles y misiles de siete centímetros, pensó.

—Dame una lista de tus requisitos para la misión —dijo el general Diggs.

No se trataba precisamente de una orden. Si decía que era imposible, Diggs no lo obligaría a ir. Pero Boyle no iba a permitir que sus muchachos fueran a realizar una misión sin que él estuviera presente para guiarlos.

Los MI-24 terminaron el trabajo. Las tácticas rusas para combatir con helicópteros eran similares a sus tácticas de tanques. La OTAN se refería al MI-24 como Hind, y por algún motivo los rusos no le habían dado nombre, aunque lo solían llamar el tanque volador. Tardaron veinte minutos en eliminar un batallón de tanques chinos con sus misiles AT-6 Spiral y sólo sufrieron dos bajas entre sus filas. Ya se ponía el sol y lo que quedaba del ejército de asalto treinta y cuatro estaba en ruinas. Los pocos vehículos que habían sobrevivido a la batalla emprendían la retirada, normalmente cargados de soldados heridos.

El general Sinyavskiy no dejaba de sonreír en su puesto de mando. Todos los presentes brindaron con vodka. Su división motorizada de rifles dos seis cinco había detenido y rechazado a una fuerza dos veces mayor y había sufrido menos de trescientas bajas en el proceso. Por fin se permitió el acceso de los noticieros de televisión al teatro de operaciones y el general los informó de los acontecimientos, loando el papel jugado por su superior, el general Gennady Iosefovich Bondarenko por su frialdad y por la confianza que había depositado en sus oficiales.

—Nunca perdió los nervios —dijo con seriedad Sinyavskiy—. Y nos permitió mantenernos a punto hasta el momento decisivo. Es un verdadero héroe de Rusia —concluyó el comandante de la división—. Así como muchos de mis hombres.

—Muchas gracias por tus comentarios, Yuriy Andreyevich, creo que te has ganado la próxima estrella —dijo el comandante en jefe a la pantalla de televisión, antes de dirigirse a sus oficiales—. Andrey Petrovich, ¿qué tenemos mañana?

—Creo que debemos permitir a la dos seis cinco que avance hacia el sur. Nosotros seremos el martillo, y Diggs, el yunque. Conservan un ejército de tipo A prácticamente intacto en el sur. Lo machacaremos pasado mañana, pero no antes de maniobrar hasta la posición que más nos convenga.

—Póngamelo por escrito —asintió Bondarenko—, pero no me lo enseñe hasta que despierte.

—Entendido, camarada general.

LX. VUELO DE COHETES

Eran los mismos agentes del Spetsnaz que habían entrenado durante el último mes. Casi todos los pasajeros del avión de transporte eran oficiales que hacían labores de sargento, con las correspondientes ventajas y desventajas. Lo bueno era que todos hablaban un inglés aceptable. De los agentes de Rainbow, sólo Ding Chavez y John Clark hablaban ruso con soltura.

Los mapas y las fotos procedían de la agencia rusa de inteligencia y de la CIA. Habían sido enviadas a través de la embajada norteamericana en Moscú y mandadas por mensajero hasta el aeródromo militar del que habían despegado. Volaban en un avión de pasajeros de Aeroflot con unas cien personas a bordo, todas ellas personal militar.

—Propongo que nos dividamos por nacionalidades —dijo Kirillin—. Vanya, usted y sus hombres de Rainbow se ocuparán de éste. Mis hombres y yo nos dividiremos el resto de acuerdo con nuestras estructuras actuales de escuadrón.

—De acuerdo, Yuriy. Todos los objetivos son parecidos. ¿Cuándo entraremos?

—Antes del amanecer. Sus helicópteros deben de tener un alcance fenomenal para llevarnos todo el camino de ida y de regreso con un solo reabastecimiento de combustible.

—Esa será la parte menos peligrosa de la misión.

—Si no fuera por esta base de las fuerzas aéreas en Anshan —dijo Kirillin—. Pasamos a menos de veinte kilómetros.

—Según me cuentan, nuestros aviones la bombardearán antes de nuestro paso. Aviones con tecnología sigilosa perforarán la pista de aterrizaje con sus bombas inteligentes.

—Muy buena idea —comentó Kirillin.

—A mí también me ha gustado —añadió Chavez—. Bueno, señor C, parece que volvemos a la acción. Ha pasado una buena temporada.

—Qué divertido —comentó Clark.

Iba sentado en un helicóptero, volando hacia territorio enemigo donde sin duda habría gente armada esperando para darles la bienvenida. Podría haber sido peor. Entraban al amanecer, por lo menos así los guardias estarían medio dormidos, a menos que su jefe fuera un verdadero cabrón. ¿Sería estricta la disciplina en el ejército chino?, se preguntó John. Probablemente serían bastante estrictos. Los gobiernos comunistas no eran muy partidarios de la insolencia.

—¿Cómo se supone que debemos desactivar los misiles? —preguntó Ding.

—Los tubos de combustible miden unos diez centímetros de diámetro y llegan hasta los silos desde unos depósitos subterráneos. De entrada, debemos destruir los tubos —dijo Kirillin Después habrá que encontrar alguna forma de acceder a los

silos. Si tenemos acceso a los misiles, probablemente baste con una granada. Son objetos delicados que no soportan grandes daños— añadió con confianza el general.

—¿Qué pasa si se detona la ojiva? —preguntó Ding.

—Eso no sucederá, Domingo Stepanovich —rio Kirillin—. Los procedimientos de montaje de los mecanismos son muy exhaustivos, por motivos más que obvios. El sitio en sí no estará diseñado para resistir un ataque directo. Los construyen para soportar un ataque nuclear, no un escuadrón de soldados e ingenieros. Eso se lo puedo asegurar.

Espero que no te equivoques, amigo, se abstuvo de comentar Chavez.

—Parece estar muy informado sobre el tema, Yuriy.

—Vanya, el Spetsnaz ha preparado esta misión en más de una ocasión. Los rusos hemos pensado a menudo en destruir esos misiles ¿Cómo dicen ustedes? ¿Dejarlos fuera de juego?

—No es mala idea, Yuriy. No es mi tipo preferido de arma —dijo Clark.

En realidad, él prefería matar lo bastante de cerca como para ver la cara de su contrincante. Los viejos hábitos eran difíciles de abandonar, pero prefería un rifle con mira telescópica a un puñal. La bala de un rifle no dejaba a la víctima retorciéndose por el suelo, ni hacía el mismo ruido que un cuchillo al rebanar un cuello. De cualquier manera, la muerte era algo que debía llegar en dosis individuales, no por ciudades enteras. Ese no era un método limpio ni selectivo.

Chavez echó un vistazo a sus tropas del equipo dos. No parecían estar demasiado tensos, pero un buen soldado hace un esfuerzo por ocultar los nervios. Todos los presentes eran de carrera militar excepto uno. Ettore Falcone, que procedía de los carabinieri italianos, un cuerpo que parecía estar a mitad de camino entre la policía y el ejército. Chavez fue a charlar con él.

—¿Cómo estás, Big Bird? —preguntó Ding.

—Esta misión es un poco tensa —respondió Falcone.

—Quizá lo sea, no sabremos nada hasta que lleguemos.

—Igual que las redadas en casa de los mafiosos —respondió el italiano con un gesto de indiferencia—. A veces das la patada a la puerta y los hombres están jugando a cartas y bebiendo vino. A veces te reciben con machinapistoli, pero hasta que das la patada a la puerta no lo puedes saber.

—¿Has estado en muchas de esas redadas?

—Ocho —respondió Falcone—. Normalmente me toca ser el primero en pasar por la puerta porque tengo la mejor puntería. Pero hay buenos hombres en esos equipos y hay buenos elementos en este equipo. Creo que irá bien, Domingo. Sí, estoy tenso, pero estará bien, ya lo verás —concluyó Big Bird.

Chavez le dio una palmada en el hombro y fue a ver al brigada Price.

—Hola, Eddie.

—¿Sabemos algo más sobre la misión?

—Estamos en eso. Parece que Paddy tendrá mucho trabajo: es cosa de explosivos.

—Connolly es el mejor experto en explosivos que conozco —comentó Price—. Pero no se lo digas a él o se volverá más insoportable.

—¿Qué hay de Falcone?

—¿Ettore? —Price sacudió la cabeza—. Me sorprenderá si da un paso en falso. Es un buen elemento, Ding, funciona como una máquina, un robot con pistola. Alguien con esa confianza nunca está de más. Actúa con procedimientos automáticos.

—Entendido. Mira, ya tenemos un objetivo asignado: se trata del silo que está más hacia el nordeste. El terreno parece bastante plano. Hay dos tubos de diez centímetros que llegan al silo. Paddy los volará y tratará de encontrar la manera de abrir la tapa del silo, o encontrar una puerta de acceso, al parecer hay una por encima. En cuanto entremos, destruimos el misil con una granada y salimos por piernas.

—¿El escuadrón se dividirá de la forma habitual? —preguntó Price.

Era probable que así fuera pero no se perdía nada por preguntar. Chavez asintió.

—Tú te llevas a Paddy, Louis, Hank y Dieter; os ocupáis de destruir el misil. Yo me encargo de la seguridad y la vigilancia.

Price asintió y Paddy Connolly se acercó para hacerle una pregunta.

—¿Nos van a equipar con trajes químicos?

—¿Qué? —preguntó Chavez.

—Ding, si vamos a jugar con esos misiles de combustible líquido vamos a necesitar trajes de guerra química. Te aseguro que no querrás respirar los vapores de la mierda que meten en esos combustibles. Gases rojos de ácido nítrico, tetraóxido de nitrógeno, hidrazina y demás porquerías. Son unos productos de lo más corrosivos. Y si los misiles están cargados de combustible cuando los vayamos a volar no querremos estar demasiado cerca ni tener el viento en contra. La nube tóxica será mortífera, algo así como lo que usáis en Norteamérica para ejecutar a los reos, pero más desagradable.

—Lo comentaré con John.

—Mierda —comentó Ed Foley tras escuchar a su interlocutor—. Está bien, John, voy a ponerme en contacto con el ejército para que nos echen una mano. ¿Cuánto tardaréis en llegar?

—En una hora y media aterrizamos.

—¿Estás bien?

—Sí, claro, Ed. Nunca me he sentido mejor.

El tono de la respuesta sorprendió a Foley. Clark había sido el agente más frío de la CIA durante casi veinte años. Había salido airoso de toda clase de misiones sin siquiera pestañear. ¿Le habría afectado superar los cincuenta? Quizá era más consciente de la posibilidad de morir. El director de inteligencia supuso que a todo el

mundo podía llegarle ese momento.

—Entendido, te diré algo muy pronto. —Cambió de teléfono—. Necesito al general Moore.

—Dime, director —saludó el comandante en jefe de la Plana Mayor—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Según nuestros agentes de Operaciones Especiales van a necesitar material de guerra química para la misión y...

—Ahí te llevo ventaja, Ed. El mando de Operaciones Especiales ya nos había avisado. La primera blindada tiene el equipo necesario y los estará esperando en el aeródromo.

—Gracias, Mickey.

—¿Cuánta seguridad hay en esos silos?

—Los tubos de combustible están al aire libre. No creo que tengamos problemas para volarlos. Además, todas las tapas metálicas tienen una puerta de acceso para el personal de mantenimiento, que tampoco debe suponer ningún problema. Lo que más me preocupa es la fuerza de seguridad del sitio; se pueden llegar a encontrar con un batallón entero ahí abajo. Estamos esperando las últimas imágenes del KH-1 que está sobrevolando la zona.

—Diggs va a enviar unos Apaches para escoltar al equipo especial. Eso debería equilibrar las cosas un poco —prometió Moore—. ¿Qué hay del búnker de mando?

—Está ubicado en el centro y parece bastante impenetrable. Es totalmente subterráneo pero tenemos una idea de la distribución gracias al radar de penetración.

Foley se refería al satélite Lacrosse KH-14. En una ocasión, la NASA había publicado unas fotos de radar que mostraban varios afluentes subterráneos del Nilo que desembocaban al mar cerca de Alejandría. Sin embargo, esta tecnología no se había desarrollado para los hidrólogos. También había localizado silos de misiles soviéticos que según los rusos estaban perfectamente camuflados, junto con otras instalaciones estratégicas; en ese momento los norteamericanos habían querido lanzar el mensaje de que las instalaciones rusas no eran tan secretas como creían.

—¿Qué opinas de esta misión, Mickey?

—Preferiría que nos quedaran más bombas —respondió con sinceridad el general Moore.

—Sí —asintió el director de inteligencia.

La reunión del Politburó se había alargado más allá de la medianoche.

—Díganos, mariscal Luo —dijo Qian—. Sabemos que las cosas nos fueron mal ayer. ¿Hasta qué punto? Necesitamos conocer la verdad —concluyó con brusquedad.

En los últimos días, Qian Kun se había ganado la fama de ser el único miembro del Politburó con el valor suficiente para enfrentarse a la camarilla de dirigentes, expresando en voz alta las dudas que tenían muchos de los allí presentes. Según cómo

terminara aquel asunto, podría suponer su perdición, y podría ser condenado a la muerte política o a la física, aunque no parecía preocuparle demasiado. Eso lo distinguía del resto de los presentes, pensó Fang Gan, y lo convertía en un hombre digno de ser respetado.

—Ayer se celebró una gran batalla entre el ejército de asalto treinta y cuatro y los rusos. Parece haber resultado en un empate técnico y estamos maniobrando para retomar la iniciativa —explicó el ministro de Defensa.

Todos estaban cansados y de nuevo el único en levantar la voz fue el ministro de Finanzas.

—En otras palabras, se libró una batalla y la perdimos —replicó Qian.

—¡Yo no he dicho eso! —respondió Luo, enojado.

—¿Pero ésa es la verdad, no es cierto? —insistió Qian.

—¡Le he dicho la verdad, Qian! —fue la respuesta, casi a gritos.

—Camarada mariscal —dijo el ministro de Finanzas en un tono más razonable—. Debe disculpar mi escepticismo. Verá, todo lo que nos ha dicho en esta sala ha resultado ser poco exacto. No lo culpo, es posible que alguno de sus subordinados le haya informado indebidamente. Estoy seguro de que le puede pasar a cualquiera. Pero ha llegado el momento de estudiar con calma la realidad de la situación. Estoy empezando a sospechar que los acontecimientos actuales pueden ser contrarios a los objetivos económicos y políticos que nos hemos propuesto defender para el país y para el pueblo. Por eso es esencial que estemos informados de los hechos y de los peligros que se avecinan. Dígame, camarada mariscal, ¿cuál es la situación militar en Siberia?

—Ha cambiado un poco —reconoció Luo—. La situación no nos favorece del todo, aunque no está todo perdido —dijo, eligiendo las palabras con un cuidado casi excesivo.

No está todo perdido. Todos los presentes sabían que ésa era una manera sutil de decir que habían sufrido una catástrofe. En esta sociedad, al igual que en cualquier otra, si conocías los códigos podías entender los mensajes. El éxito siempre se celebraba en los términos más triunfalistas. Los obstáculos se obviaban como algo prácticamente inexistente. Los fracasos se atribuían a los individuos que habían fallado en el cumplimiento de sus deberes, a menudo con consecuencias nefastas para ellos. Pero un verdadero desastre se describía como una situación que no estaba del todo perdida.

—Camaradas, todavía disponemos de nuestras bazas —dijo Zhang—. Somos la única de las grandes potencias con misiles intercontinentales y nadie osará atacarnos realmente mientras los tengamos.

—Camarada, hace dos días los norteamericanos destruyeron unos puentes tan resistentes que habríamos jurado que resistirían al ataque de los dioses iracundos.

¿Podemos pensar que los misiles están seguros contra un enemigo con aviones invisibles y armas mágicas? —preguntó Qian—. Creo que se aproxima el momento en que Shen quiera considerar proponerle a los rusos y a los norteamericanos un cese de las hostilidades —concluyó.

—¿Rendirnos? —preguntó Zhang en tono iracundo—. ¡Nunca!

Los miembros del Politburó no lo sabían pero ya había empezado. En toda China, sobre todo en Pekín, los usuarios de ordenadores se habían conectado a Internet. Y quienes más se habían conectado eran los jóvenes, especialmente los estudiantes universitarios.

Las imágenes transmitidas por la CIA en su página <http://www.darkstarfeed.cia.gov/siberiabattle/realtime.ram> habían atraído a una audiencia global, y habían cogido por sorpresa incluso a las organizaciones internacionales de noticias. La CNN, la Fox y la SkyNews europea habían pirateado la imagen enseguida, contratando a comentaristas expertos para que explicaran lo que estaban viendo, en la primera retransmisión continua de un suceso de actualidad desde febrero de 1991. A su vez, la CIA había pirateado las imágenes de la CNN y ofrecía en directo entrevistas con los prisioneros chinos en la página de Internet. Las declaraciones eran totalmente espontáneas: hablaban de la conmoción que les habían causado los acontecimientos, de lo cerca que habían estado de la muerte y de la alegría de haber sobrevivido cuando tantos de sus compañeros no lo habían logrado. Las emociones se desbordaban y eran imposibles de fingir. Los ciudadanos chinos reconocían la propaganda falseada, pero también veían que esto era realidad pura y dura.

Lo extraño es que Luo no había mencionado el fenómeno de Internet, suponiendo que los acontecimientos políticos de la República Popular de China quedaban al margen de tales minucias, pero esta decisión fue el peor cálculo político de su vida.

Empezaron por reunirse en las residencias universitarias entre nubes de humo de cigarrillo y charla animada. Como estudiantes que eran, combinaban el idealismo y la pasión. Pasión que no tardó en convertirse en determinación. Hacia la medianoche se reunían en grupos mayores. Surgieron algunos cabecillas, que sintieron la necesidad de trasladar su protesta a otro lugar. Los grupos de jóvenes empezaron a reunirse en la calle y los cabecillas hablaron entre ellos, generando a su vez coordinadores de los diferentes grupos. Fue como la generación espontánea de una jerarquía política o militar, en la que algunos grupos absorbieron a otros hasta que resultaron seis líderes principales al frente de un grupo de unos mil quinientos estudiantes. El grupo crecía y se alimentaba de su propio empuje. Los estudiantes siempre tienen una dosis considerable de energía y estos universitarios chinos no eran ninguna excepción. Algunos de los muchachos sólo trataban de ligarse a las chicas —otro factor de motivación universal entre estudiantes—, pero en general los unía la indignación por

lo que les había sucedido a sus soldados y a su país, sumada a la rabia contra las mentiras que habían tratado de inculcarles a través de la televisión estatal, unas mentiras cuya falsedad habían podido comprobar contrastándolas con lo que veían en Internet, que había demostrado ser una fuente de información fidedigna.

Sólo había un destino posible: la plaza de Tiananmen, la «plaza de la paz celestial», el centro simbólico del país. Se dejaron arrastrar en esa dirección como atraídos por un imán. Sin saberlo les iba a beneficiar la hora. Como en todas partes del mundo, la policía de Pekín trabajaba en tres turnos desiguales. El turno de las once de la noche hasta las siete de la mañana era el que ocupaba menos efectivos. A esas horas, la mayoría de la gente dormía, por lo que había menos crímenes que controlar y era el turno con menos policías de guardia. Además, los policías eran los menos predilectos de sus superiores, porque nadie en su sano juicio podía preferir vivir de noche como los vampiros a trabajar durante el día. Los pocos efectivos de guardia eran los que no habían logrado destacarse por su capacidad profesional o los que les caían mal a sus superiores; solían devolver el favor no tomándose demasiado en serio sus labores.

Cuando aparecieron en la plaza los primeros estudiantes, los escasos patrulleros no les prestaron la menor atención. Sus funciones principales consistían en dirigir el poco tráfico e indicar el camino hacia el hotel a los turistas extranjeros, generalmente borrachos. El único peligro al que se enfrentaban era a quedar ciegos por los destellos de flash de las cámaras extranjeras, cuando los gwai, borrachos pero inofensivos, insistían en sacarse una foto con ellos.

Así fue que los acontecimientos los cogieron totalmente por sorpresa y su primera reacción fue limitarse a observar. No era normal que hubiera tantos jóvenes en la plaza a esas horas; por otro lado, no estaban haciendo nada ilegal y la policía se quedó un poco perpleja, pero no tomaron medidas. Ni siquiera redactaron un informe de los acontecimientos, ya que el capitán de guardia era un mentecato que tampoco habría sabido qué hacer al respecto.

—¿Qué hacemos si atacan nuestro armamento nuclear? —preguntó el ministro del Interior Tong Jie.

—Ya lo han hecho —recordó Zhang—. Hundieron nuestro submarino de misiles. Si también dañan nuestros misiles terrestres, eso significará que quieren atacarnos como nación, no sólo atacar a nuestras fuerzas armadas, ya que no habría nada que se lo impidiera. Sería una provocación seria e intencionada. ¿No es así, Shen?

—Sería un acto claramente hostil —asintió el ministro de Asuntos Exteriores.

—¿Cómo podemos defendernos de algo así? —preguntó Tan Deshi.

—Los misiles se encuentran lejos de la frontera, protegidos por resistentes silos de hormigón —explicó el ministro de Defensa Luo—. Además, acabamos de reforzarlos con un blindaje de acero capaz de desviar cualquier bombardeo que

pudieran lanzar. Lo mejor que podemos hacer para mejorar la seguridad es añadir unas lanzaderas de misiles tierra/aire.

—¿Y qué pasa si los norteamericanos utilizan sus bombarderos sigilosos? —preguntó Tan.

—Contra eso tenemos una defensa pasiva: el blindaje de acero que cubre los silos. Hay una dotación de tropas, el personal de seguridad del segundo mando de artillería, pero sólo están para detener a posibles intrusos. Si los norteamericanos inician un ataque serio, debemos lanzarlos. Puede ser un caso de usarlos o perderlos. Un ataque a nuestro armamento estratégico sólo puede entenderse como un preámbulo a un ataque a gran escala contra nuestra nación. Los misiles son nuestro as en la manga —explicó Luo—. Incluso los norteamericanos los temen.

—Como debe ser —asintió Zhang—. Es nuestro medio para decirles hasta dónde pueden llegar y qué línea no deben sobrepasar. De hecho, quizá éste sea un buen momento para recordarles que tenemos los misiles y que estamos dispuestos a utilizarlos si nos acorralan.

—¿Amenazar a los norteamericanos con armas nucleares? —preguntó Fang—. ¿Será eso prudente? Estoy seguro de que conocen la existencia de nuestras armas. Una amenaza directa a una nación tan poderosa no puede ser una decisión sensata.

—Deben tener clara la línea que no pueden sobrepasar —insistió Zhang—. Pueden dañar nuestras fuerzas, pero nosotros también tenemos medios para dañarlos a ellos. Además, no pueden defenderse contra esta arma y su sensiblería hacia su propia gente juega a nuestro favor en vez del suyo. Ha llegado el momento de que Norteamérica nos vea como una potencia, no como un país de segunda a quien pueden ignorar impunemente.

—Insisto, camarada —dijo Fang—. Sería imprudente lanzar una amenaza de ese tipo. Cuando alguien te amenaza con una pistola en la sien, no debes tratar de asustarlo.

—Fang, hemos sido amigos durante muchos años, pero en esto se equivoca. Nosotros tenemos la pistola. Los norteamericanos sólo respetan la fuerza y la determinación. Esto los obligará a pensar las cosas. Luo, ¿están los misiles listos para el lanzamiento?

—No —negó con la cabeza el ministro de Defensa—. Ayer no acordamos ponerlos a punto. Se tarda unas dos horas en cargar el combustible. A partir de ahí se pueden mantener repostados durante unas cuarenta y ocho horas, después hay que vaciar el combustible y darles mantenimiento antes de recargar el combustible, unas cuatro horas en total. Podemos mantener la mitad de los misiles a punto en todo momento.

—Camaradas, creo que sería conveniente preparar los misiles para despegar.

—¡No! —protestó Fang—. ¡Los norteamericanos se lo tomarán como una

peligrosa amenaza y provocarlos de esta manera sería insensato!

—Y el camarada Shen debería recordarles a los norteamericanos que nosotros disponemos de estas armas y ellos no —prosiguió Zhang.

—¡Los estamos invitando a que nos ataquen! —exclamó Fang con tono agitado—. Quizá no dispongan de cohetes, pero tienen otras formas de atacarnos. Si hacemos esto ahora, en medio de una guerra, deben responder necesariamente.

—No lo creo, Fang —replicó Zhang—. No estarán dispuestos a arriesgar la vida de millones de sus ciudadanos, ni siquiera contra todo nuestro país. Son demasiado débiles para jugar con esas bazas.

—¿Jugar, dice? ¿Acaso estamos jugando con el futuro de nuestro país? Se ha vuelto loco, Zhang. Esto es una locura —insistió Fang.

—Yo no tengo voto en esta asamblea —comentó Qian—. Pero he sido miembro del partido durante toda mi vida y creo haber servido bien a la República Popular. Nuestra labor consiste en construir una nación, no en destruirla. ¿Qué hemos hecho? Hemos convertido a China en un ladrón, en un vulgar ratero, ¡y no sólo eso, sino que hemos fracasado en el intento! Nos lo ha confirmado Luo: hemos perdido nuestra jugada en busca de riqueza y ahora debemos atenernos a las circunstancias. Tenemos la oportunidad de reparar los daños causados a nuestra gente y a nuestro país. Pero para lograrlo necesitaremos humildad, no soberbia y despecho. Si amenazamos ahora a los norteamericanos, les estaremos mostrando nuestra debilidad, no nuestra fuerza. Sólo el hombre impotente trata de presumir su *gau*. Se lo tomarán como un acto de locura e insensatez.

—Si queremos que sobreviva nuestra nación y si queremos sobrevivir nosotros como gobernantes de una China poderosa —argumentó Zhang—, los norteamericanos deben saber que no pueden seguir empujando. Camaradas, ténganlo muy claro: nuestras vidas dependen de las decisiones que tomemos aquí —y con eso centró la discusión—. No propongo que lancemos un ataque nuclear contra Norteamérica. Sugiero que demostremos a los norteamericanos nuestra determinación y les dejemos claro que si nos empujan hacia el abismo los castigaremos, también a los rusos. Camaradas, propongo que preparemos los misiles y los pongamos en posición de disparo, después Shen puede comunicarles que hay límites que no deben sobrepasar sin exponerse a las peores consecuencias.

—¡No! —exhortó Fang—. Eso equivaldría a amenazarlos con una guerra nuclear. ¡No debemos hacer tal cosa!

—Si no lo hacemos, estamos todos condenados —interpuso Tan Deshi, ministro de Seguridad Estatal—. Lo siento, Fang, pero Zhang está en lo cierto. Estas son las únicas armas que nos dan ventaja sobre los norteamericanos. Sentirán la tentación de eliminarlas... y si lo hacen...

—Si lo hacen, deberemos utilizarlas —concluyó Zhang—, porque si perdemos

esas bazas nos podrán atacar en cuanto quieran y eliminar lo que hemos tardado sesenta años en construir. Propongo una votación.

Fang sintió que la reunión había tomado un giro repentino e irracional hacia el desastre. Sin embargo, él era el único que lo sentía y por primera vez en su vida votó en contra de la decisión unánime. Finalmente la reunión concluyó. Los miembros del Politburó se dirigieron directamente a sus casas. Nadie pasó por la plaza de Tiananmen y todos se durmieron en seguida.

Había veinticinco helicópteros Blackhawk UH-60A y quince Apaches en la pista de despegue. Todos llevaban alas adicionales en el fuselaje, en los Blackhawks para transportar combustible y en los Apaches para llevar misiles y combustible. Los equipos de vuelo estaban agrupados y estudiaban los mapas.

Clark fue el primero en acercarse. Llevaba su uniforme negro estilo ninja, mientras que Kirillin llevaba el camuflaje blanco y negro de las tropas rusas aerotransportadas; un soldado los condujo hasta el coronel Boyle.

—Hola, soy Dick Boyle.

—Yo soy John Clark y éste es el teniente general Yuriy Kirillin. Yo soy Rainbow —explicó John— y él es Spetsnaz.

—Pues yo soy su chófer, caballeros —respondió Boyle con un saludo—. El objetivo se encuentra a mil ciento cuarenta kilómetros. Podemos llegar con el combustible que llevamos, pero tendremos que repostar durante el vuelo de regreso. Lo haremos aquí —dijo, señalando un punto en la carta de navegación—; en esta colina al oeste del pueblo de Chicheng. Hemos tenido suerte: dos C-130 nos llevarán el combustible hasta allá. Tendremos una escolta de aviones F-15 para protegernos por arriba, más unos F-16 que eliminarán los puestos de radar del camino y, cuando estemos a punto de partir, un equipo de ocho F-117 bombardearán esta base, la de Anshan. Con eso esperamos evitar la presencia de aviones enemigos. Bien, esta base de misiles tiene una dotación de seguridad, al parecer es un batallón y se encuentra en estos barracones —les mostró una foto tomada por satélite—, cinco de mis Apaches vendrán para ocuparse con sus misiles. Los demás les ofrecerán apoyo directo. Tengo una pregunta: ¿a qué distancia de los silos quieren que los dejemos?

—Directamente encima —respondió Clark, mirando a Kirillin.

—Estoy de acuerdo, cuanto más cerca, mejor.

—Entendido —asintió Boyle—. Los helicópteros están numerados según el silo al que van a atacar. Yo pilotaré en cabeza y me corresponde este silo.

—Entonces yo voy con usted —dijo Clark.

—¿Cuántos?

—Yo y diez más.

—De acuerdo, su equipo para guerra química se encuentra en el aparato. Pónganse los trajes y partimos. El váter está ahí —señaló Boyle—. Será mejor que

todos sus hombres vayan al baño antes de ponernos en marcha. Quince minutos.

Clark y Kirillin se dirigieron al váter. Ambos eran soldados veteranos que sabían bien lo que debían hacer. Éste era un paso casi tan fundamental como cargar el arma.

—¿Has estado alguna vez en China, John?

—No. Una vez fui a Taiwan hace muchos años. Salí de allí con un polvo y un tatuaje.

—No creo que tengas oportunidad de eso en este viaje. ¿Te das cuenta de que ambos empezamos a estar muy viejos para estas aventuras?

—Tienes razón —dijo Clark, abrochando el traje—. Pero no me digas que vas a esperar aquí.

—Un líder tiene que estar junto a sus hombres, Ivan Timofeyevich.

—Así es, Yuriy. Buena suerte.

—No lanzarán un ataque nuclear sobre mi país o el tuyo —prometió Kirillin—. Al menos no mientras yo viva.

—¿Sabes una cosa, Yuriy? Habrías sido un buen elemento para el tercer grupo especial.

—¿Y cuál era ése, John?

—Te lo diré cuando regresemos y podamos tomarnos unas copas.

Las tropas se equiparon junto a sus helicópteros designados. Los uniformes norteamericanos contra armas químicas abultaban sin ser exagerados. Al igual que muchos de los artículos reglamentarios del ejército de los Estados Unidos, ésta era una idea tomada de los ingleses y evolucionada; los trajes tenían carbono en el forro para absorber y neutralizar los gases tóxicos; además, la capucha era...

—No podemos utilizar nuestras radios con este equipo —señaló Mike Pierce—. La antena no lo permite.

—Pruébalo así —sugirió Homer Johnston, desconectando la antena y metiéndola en la cubierta exterior del casco.

—Muy buena, Homer —dijo Eddie Price al ver lo que había hecho su compañero.

El hizo lo mismo. Los cascos reglamentarios de kevlar cabían perfectamente en las capuchas, aunque decidieron no ponérselas hasta que las necesitaran de verdad. A continuación subieron a los helicópteros mientras las tripulaciones de vuelo ponían en marcha los motores turbo General Electric. Los Blackhawks despegaron y los efectivos de Operaciones Especiales trataron de ponerse cómodos en los asientos de sus aparatos, sujetados por cinturones de seguridad de cuatro cierres. Clark se sentó detrás de los pilotos y se conectó al intercomunicador.

—Dígame, ¿quién es usted, exactamente? —preguntó Boyle.

—Si se lo digo tendré que matarlo, pero ahí va: soy de la CIA, antes estaba en la armada.

—¿Fuerzas especiales SEAL?

—Con insignia Budweiser y todo. Hace un par de años creamos un grupo llamado Rainbow, para operaciones especiales, antiterrorismo, ya sabe.

—¿Lo del parque de atracciones?

—Nosotros.

—Ahí tenían el apoyo de un 60, ¿quién lo pilotaba?

—Dan Malloy. Cuando pilota lo llaman Oso. ¿Lo conoce?

—¿Es un marine, verdad?

—Así es —respondió Clark—. No he llegado a conocerlo, aunque he oído hablar de él.

Creo que se encuentra en Washington.

—Sí, cuando nos dejó a nosotros se fue al VMH-1.

—¿Es el chófer del presidente?

—Así es.

—Pobre —comentó Boyle—. ¿Cuánto lleva haciendo esto?

—¿Pilotando helicópteros? Unos dieciocho años. Cuatro mil horas de vuelo. Nací en los Huey y crecí en éstos. También me defiendo en los Apaches.

—¿Qué opina de la misión? —preguntó John.

—Será larga —respondió de forma escueta. Clark esperaba que fuera ésa su única preocupación. Un trasero dolorido no tarda en curarse.

—Ojalá hubiera otra forma de hacerlo, Robby —dijo Ryan durante la comida.

Le parecía una injusticia terrible estar sentado en la Casa Blanca, comiendo una hamburguesa con su mejor amigo, mientras enviaba a unos hombres —incluyendo a dos que conocía bien— a una misión peligrosa. La idea le quitó el apetito por la hamburguesa de ternera baja en colesterol. La dejó y se tomó un trago de su Coca-Cola.

—De hecho, tenemos otra opción, siempre que quieras esperar los dos días que tardarán en montar las bombas los de Lockheed Martin, más el día que tardarían en llegar hasta Siberia, más doce horas para la misión, quizá más. Recuerda que los aviones negros sólo vuelan de noche —explicó el vicepresidente.

—Creo que lo llevas mejor que yo.

—Jack, a mí tampoco me gusta la situación, pero tras veinte años despegando de portaaviones aprendes a vivir con la tensión de que tus amigos estén en situaciones peligrosas. Si no fuera así no podrías seguir pilotando. Come, necesitas energía. ¿Cómo está Andrea?

—Esta mañana ha vomitado sin parar —respondió el presidente con una sonrisa irónica—. Le he tenido que prestar mi váter particular. A la pobre se le caía la cara de la vergüenza.

—La verdad es que hace un trabajo de hombres pero no quiere parecer débil —explicó Robby—. Es difícil ser uno de los tíos cuando no te cuelga nada entre las

piernas. Aunque tengo que reconocer que es tenaz.

—Cathy dice que las náuseas se acaban, pero no se están acabando lo bastante rápido para ella.

Vio a Andrea en la puerta, protegiendo como siempre a su presidente.

—Es un buen elemento —asintió Jackson—. ¿Cómo está tu padre?

—No está mal. Una agencia de predicadores televisivos quiere que haga más apariciones de blanco y negro con Gerry Patterson los domingos por la mañana. Lo está pensando. El dinero ayudaría a renovar su iglesia.

—Formaron un equipo impresionante.

—Si. Gerry no estuvo mal para ser blanco; según mi padre, es muy buena persona. De todas formas tengo mis dudas respecto al asunto de predicar por televisión. Existe la tentación demasiado fácil de convertirlo en un espectáculo para el público en vez de ser un pastor para el rebaño.

—Tu padre es una persona increíble, Robby.

—Me alegro de que opines así. —Jackson lo miró—. Nos crio a todos bastante bien, aunque fue duro para él después de la muerte de mamá. Pero puede ser un verdadero aguafiestas. Tendrías que ver cómo se pone si me ve tomarme una cerveza. Pero bueno, supongo que parte de su trabajo consiste en pegarle gritos a la gente.

—Dile que incluso Jesús hizo de camarero en una ocasión, durante su primer milagro en público.

—Ya se lo he dicho. ¿Sabes lo que me responde? Me dice que si Jesús lo quiere hacer, alabado sea el Señor, pero tú no eres Jesús, muchacho —contó el vicepresidente entre risas—. Come, Jack.

—Sí, mamá.

—Esta comida no está nada mal —dijo Al Gregory, a unos tres kilómetros, en la sala de oficiales del USS Gettysburg.

—Piense que a bordo de un buque de guerra no hay alcohol ni mujeres —explicó el capitán Blandy—. Por lo menos, no en éste. Se necesita alguna distracción. ¿Cómo van esos misiles?

—El software está totalmente instalado y ya he mandado las actualizaciones por correo electrónico, tal como me pidió. A estas alturas, los demás buques Aegis también deben tenerlo instalado.

—Esta mañana me he enterado por radio de que en la oficina de Aegis del Pentágono están un poco histéricos porque no dieron el visto bueno al software.

—Que lo discutan con Tony Bretano —sugirió Gregory.

—Explíquemelo de nuevo, ¿exactamente qué fue lo que actualizó?

—El software de rastreo en la ojiva del misil. Reduje las líneas de programa para permitirle reciclar más de prisa. Y reprogramé la velocidad de mutación del láser en el sistema de fusión para que permita una tasa mayor de cierre. Deberá solucionar los

problemas que sufrieron los Patriots con los Scuds en el 91. También los ayudé a solucionar los problemas de software en esa ocasión, pero éstos son mucho más veloces.

—¿Sin necesidad de cambiar el material? —preguntó el capitán.

—Sí, habría sido mejor aumentar el alcance del láser, pero puede funcionar de todas formas, al menos funcionó en las simulaciones por ordenador.

—Espero de todo corazón que no tengamos que comprobarlo.

—Por supuesto, capitán. Una arma nuclear dirigiéndose a una ciudad no es algo bueno.

—Amén.

Ya eran unos cinco mil y venían más en camino, avisados por los teléfonos móviles que parecían llevar todos y cada uno de los estudiantes. Algunos incluso habían traído sus ordenadores portátiles para conectarlos a Internet con el móvil. Era una noche despejada y no amenazaba la lluvia que podría haber echado a perder sus ordenadores. Los dirigentes que habían surgido de entre la muchedumbre, que ya se veían más como una manifestación, se agrupaban alrededor de los ordenadores para seguir los acontecimientos y contárselos a los demás. La primera manifestación de este tipo en la plaza Tiananmen se había coordinado con faxes, pero en ésta se observaba un salto tecnológico. Los manifestantes daban vueltas y sostenían animadas charlas entre ellos, llamando a más amigos para que acudieran. La primera manifestación de este tipo había fracasado, pero todos eran prácticamente bebés en ese entonces y tenían poca memoria de los hechos. Tenían suficiente edad y educación para ver las cosas que había que cambiar, pero no tenían suficiente edad ni experiencia para saber que era imposible cambiar la sociedad. Y no sabían lo peligrosa que podía llegar a ser esa combinación.

Era noche cerrada y en el terreno que sobrevolaban no había iluminación alguna. Ni siquiera los visores nocturnos ayudaban mucho, ya que sólo marcaban la silueta de algunos promontorios y colinas. Había algunas casas y edificios variados, pero a estas horas de la madrugada las luces estaban apagadas.

Las únicas fuentes móviles de luz que veían eran las puntas de los rotores en los helicópteros, que se calentaban por la fricción con el aire y generaban un ligero resplandor en el espectro infrarrojo que llegaban a captar los visores. La mayoría de los hombres dormitaban con las vibraciones del aparato y les pasaba más rápido el viaje en su estado semiconsciente.

Pero Clark no dormitaba. Había desplegado en su asiento las fotografías de la base de misiles en Xuanhua tomadas por satélite y las estudiaba con la ayuda de la luz infrarroja en su visor, en busca de algún detalle que se le pudiera haber escapado durante las veintiuna inspecciones anteriores. Confiaba en sus hombres. Chavez había resultado ser un buen líder táctico y los soldados, todos ellos sargentos con amplia

experiencia, cumplirían las órdenes con su considerable pericia.

Los rusos de los demás helicópteros también se portarían bien, pensó. En promedio eran unos ocho años más jóvenes que los efectivos de Rainbow y todos eran oficiales, la mayoría tenientes o capitanes, también algunos comandantes. Todos habían estudiado en la universidad, lo cual equivalía a casi cinco años de experiencia militar. Lo mejor de todo era su juventud, profesionalismo y motivación: eran lo bastante listos para pensar sobre la marcha y estaban lo bastante bien entrenados para utilizar bien sus armas.

La misión iba a funcionar, pensó John. Se asomó para comprobar la hora en el panel de instrumentos del helicóptero. En unos cuarenta minutos más se despejarían las dudas. Al girarse comprobó que el cielo empezaba a clarear por el este. Atacarían el campo de misiles justo antes del amanecer.

Para los aviones negros fue una misión sin la menor dificultad. Llegaron en fila india con unos treinta segundos entre avión y avión. Cada uno de ellos abrió sus compuertas y soltó dos bombas con diez segundos de diferencia. Mientras el avión volaba con el piloto automático, el piloto fijaba la guía láser en un punto predeterminado de la pista. Las municiones llevaban sistemas de guía Paveway-II fijados a bombas Mark-84 de unos mil kilogramos, con un económico sistema de espoleta M905 programado para detonar una centésima de segundo después del impacto y dejar un socavón en el cemento de unos siete metros de ancho y tres de profundidad. Precisamente eso hicieron las dieciséis bombas que cayeron sobre la pista de aterrizaje, sobresaltando al personal adormilado en la torre de control y despertando a todos los habitantes en un radio de diez kilómetros. En un solo instante, la base aérea de Anshan quedó clausurada y seguiría inactiva por lo menos durante una semana. Los ocho bombarderos F-117 giraron uno por uno y regresaron a su base en Zhigansk. El avión negro se había diseñado con la idea de que pilotarlo sería tan aburrido como volar en un 737 comercial de transporte de pasajeros, y por lo general, así era.

—Objetivo a la vista —dijo Boyle por el intercomunicador y por la radio.

—Bandido Seis a los pollitos, objetivo a la vista. ¿Todos bien? Cambio.

—Dos.

—Tres.

—Cuatro.

—Cinco.

—Seis.

—Siete.

—Ocho.

—Nueve.

—Diez.

—Cochise, ¿todo bien?

—Aquí Líder Cochise con cinco, tenemos el objetivo.

—Aquí Crook con cinco, objetivo a la vista —informó el segundo equipo de helicópteros de asalto.

—Entendido. Procedemos según el plan previsto. ¡Ejecuten, ejecuten, ejecuten!

Al igual que las tropas del helicóptero, Clark estaba totalmente despejado. Se había desvanecido la somnolencia y la adrenalina fluía por sus venas. Vio a los hombres estirar el cuello y tensar la mandíbula. Todos los presentes llevaban las armas a la cintura y comprobaron el botón de seguro en sus cinturones.

El grupo Cochise fue el primero en entrar y se dirigió directamente a los barracones del batallón de seguridad encargados de proteger la base de misiles. Se trataba de una construcción calcada a los barracones de una base norteamericana de la segunda guerra mundial: era un edificio de madera de dos pisos, pintado de blanco y con el tejado inclinado. También había un puesto de guardias pintado de blanco, que relucía ligeramente al verlo con los visores nocturnos de los artilleros. Incluso llegaban a distinguir la figura de los dos soldados de guardia, armas al hombro, un tanto relajados en lo que debía de ser el final de su turno. A fin de cuentas, nunca iba nadie por allí, y mucho menos de noche, con la posible excepción del comandante del batallón que regresaba borracho de una reunión de oficiales.

Inclinaron un poco la cabeza al oír un ruido no identificado, aunque las cuatro aspas del rotor del Apache se habían diseñado para suprimir el ruido, por lo que todavía buscaban la fuente del sonido cuando vieron el primer destello.

Las armas seleccionadas para esta tarea fueron los misiles de siete centímetros de diámetro bajo las cortas alas de los Apaches. Tres de los cinco helicópteros lanzaron el ataque inicial, mientras los otros dos esperaban rezagados por si surgían complicaciones. Volaban bajo para que su silueta se disimulara contra las colinas y abrieron fuego a doscientos metros. La primera salva de cuatro misiles volatilizó la caseta de guardia y a sus dos ocupantes. El ruido habría despertado a los soldados de los barracones de no haber sido por la segunda salva, esta vez de quince cohetes, que sacudió el edificio antes de que tuvieran tiempo de preguntarse qué pasaba. Los Apaches dudaron un instante, todavía con municiones para utilizar. Del otro lado del edificio había una segunda caseta de guardia y el Líder Cochise la divisó. Los soldados disparaban al aire a sus enemigos invisibles, pero el artillero del Apache los barrió con su cañón de veinte milímetros como si fueran dos motas de polvo. A continuación, el helicóptero giró sobre sí mismo y lanzó sus misiles restantes hacia lo que quedaba de los barracones. La explosión que siguió dejó muy claro que si había quedado alguien con vida era por gracia divina y que ya no representaría peligro alguno para la misión.

—Cochise cuatro y cinco, aquí el Líder. Vayan a apoyar a Crook. Aquí ya no los

necesitamos.

—Entendido, Líder —respondieron ambos.

Los helicópteros de asalto se alejaron, y dejaron a los tres primeros que buscaran y eliminaran cualquier señal de vida.

El equipo Crook también constaba de cinco Apaches, que entraron arrasando antes de la llegada de los Blackhawks. Resultó que cada silo tenía un pequeño puesto de guardia con dos soldados por caseta, pero el fuego de sus cañones logró despacharlos en cuestión de segundos. A continuación, los Apaches se elevaron y dieron vueltas por encima de los silos para asegurarse que no hubiera movimiento alguno.

El Bandido Seis, también conocido como el coronel Dick Boyle, detuvo su Blackhawk un metro por encima del que habían identificado en las fotografías de satélite como silo número uno.

—¡En marcha! —exclamó el copiloto por el intercomunicador.

Los efectivos de Rainbow saltaron del helicóptero un poco al este de la cúpula. La forma de «sombbrero chino» del blindaje les impidió saltar directamente sobre la puerta.

La estructura más impenetrable del complejo era el puesto de mando. Estaba enterrado a diez metros de la superficie, pero los diez metros que lo cubrían eran de hormigón reforzado, diseñado para resistir la explosión de una bomba nuclear en un radio de unos cien metros, o al menos eso aseguraban las especificaciones del diseño. Lo poblaba una dotación de diez hombres, liderados por el general de división Xun Qing-Nian, quien había ingresado en la segunda de artillería, como llamaban los chinos a las tropas encargadas de sus misiles estratégicos, tras acabar la carrera de Ingeniería. Unas tres horas antes había terminado de supervisar la carga de combustible de sus doce misiles intercontinentales CSS-4, algo que nunca había sucedido con anterioridad. La orden no iba acompañada por ningún tipo de explicación, aunque no hacía falta ser científico nuclear para imaginársela; en cualquier caso, él sí era científico nuclear.

Al igual que todos sus compañeros de las fuerzas armadas de la República Popular China, Xun era un hombre muy disciplinado, plenamente consciente de estar personalmente a cargo de la baza militar más valiosa de su nación. Uno de los puestos de guardias en los silos habían levantado la alarma y el personal encendió las cámaras de televisión utilizadas para vigilar e inspeccionar las instalaciones. Las cámaras eran modelos antiguos que necesitaban luz para poder filmar, así que también encendieron los focos.

—¿Qué coño? —exclamó Chavez—. ¡Apagad esas luces! —ordenó por radio.

La tarea no fue demasiado complicada. Los postes no eran muy altos ni estaban especialmente alejados. Chavez acribilló el más cercano con su MP-10 y la luz se

apagó en seguida. En los siguientes cinco segundos todas las demás habían corrido la misma suerte.

—Nos están atacando —dijo el general Xun en un tono pausado e incrédulo—. Nos están atacando —repitió.

Pero para estos casos existían procedimientos preestablecidos.

—Avisen a la guardia —dijo a un suboficial—. Comuníqueme con Pekín —ordenó a otro.

En el primer silo, Paddy Connolly corrió hacia los tubos que llegaban hasta la caja de hormigón en la cima del cono y puso un bloque de Composite B, su explosivo predilecto, en cada uno. Insertó un detonador en cada bloque mientras dos hombres, Eddie Price y Hank Patterson, montaban guardia a su lado, en previsión de un ataque que nunca llegó.

—¡Fuego en el hoyo! —exclamó Patterson al salir corriendo.

Se reunió con los otros dos hombres refugiados detrás del parapeto de hormigón y accionó la palanca del detonador. Al cabo de una milésima de segundo, los tubos habían volado por los aires.

—¡Máscaras! —avisó a todos por radio.

Sin embargo, no salieron gases de los restos de tubo. ¿Se suponía que eso era una buena noticia, no?

—¡Vámonos! —llamó Eddie Price.

Los tres hombres, protegidos por otros dos, buscaron la puerta metálica de entrada para el servicio de mantenimiento del silo.

—Ed, estamos en las instalaciones, estamos en las instalaciones —explicaba Clark por su teléfono de satélite, a unos cincuenta metros de distancia—. Hemos destruido los barracones y no hay oposición sobre el terreno. Ya hemos empezado a volar los objetivos. Te mantengo informado. Cierro.

—Pues vaya —respondió Ed Foley desde su oficina, aunque ya se había cortado la comunicación.

—¿Qué?

En Pekín era una hora más tarde y había salido el sol, pero el mariscal Luo no llevaba muchas horas de sueño desde lo que había sido su peor día desde la revolución cultural. Alguien le entregó un teléfono.

—¿Quién habla? —preguntó malhumorado.

—Aquí el general de división Xun Qing-Nian de la base de misiles de Xuanhua. Nos están atacando. Hay un equipo de hombres en la superficie tratando de destruir nuestros misiles. ¡Solicito instrucciones!

—¡Repelan el ataque! —fue lo primero que se le ocurrió decir a Luo.

—El batallón de defensa está fuera de combate, no responde a mis llamadas. ¿Qué hago, camarada ministro?

—¿Están sus misiles cargados de combustible y listos para el lanzamiento?

—¡Sí!

Luo recorrió su dormitorio con la mirada, pero no halló a nadie que pudiera ayudarlo a tomar la decisión correcta. Alguien estaba a punto de despojarlo de las bazas más valiosas de su país. La orden que debía emitir no era sencilla y la pensó mucho, pero a fin de cuentas daría igual que fuera una decisión razonada o no.

—Lance los misiles —dijo al general del otro lado de la línea.

—Por favor, repita su orden —escuchó Luo.

—¡Lance los misiles! —exclamó en respuesta—. ¡Lance sus misiles ahora!

—A la orden —respondió la voz.

—Joder —espetó el sargento Connolly—. ¡Esto sí es una puerta!

El primer bloque explosivo no había hecho más que chamuscar la pintura. En su segundo intento puso una carga explosiva en las bisagras superiores e inferiores.

—Ahora sí, ya lo veréis —dijo mientras se alejaba y extendía los cables de detonación.

El estallido que siguió confirmó sus palabras. En cuanto se despejó el humo, comprobaron que la puerta había desaparecido, había estallado hacia el interior y se había proyectado a la velocidad del...

—¡Hostia! —Connolly se giró—. ¡Corred! ¡Corred!

Price y Patterson no necesitaron muchas explicaciones. Salieron de allí por piernas para salvar sus vidas. Connolly los alcanzó mientras se ponía la capucha protectora, pero no se detuvo hasta estar a más de cien metros del silo.

—El jodido misil está cargado. ¡La puerta ha dañado el tanque superior y va a estallar!

—¡Mierda! Equipo, aquí Price, los misiles están cargados, repito, los misiles están cargados. ¡Alejaos de los silos!

En seguida presenciaron la confirmación de sus palabras desde el silo número ocho, hacia el sur. La estructura de hormigón que lo cubría voló por los aires, impulsada por un estallido volcánico de fuego y humo. El silo número uno no tardó en hacer lo mismo, con una llamarada monstruosa por la puerta lateral de servicio.

—La señal infrarroja era inconfundible. Un satélite militar que sobrevolaba el ecuador detectó el estallido térmico y envió la señal hasta su estación receptora en California. De ahí la retransmitieron hasta Norad, el mando norteamericano de defensa aerospacial, enterrado en la montaña Cheyenne, en Colorado.

—¡Lanzamiento! ¡Tenemos un posible lanzamiento en Xuanhua!

—¿Qué pasa? —preguntó el comandante en jefe de Norad.

—Tenemos un enorme... dos enormes estallidos en Xuanhua —anunció la operadora—. Mierda, ahí va otro.

—Entendido, capitán, tranquilícese —respondió el general de cuatro estrellas—.

Un equipo de Operaciones Especiales está despachando a la base en estos momentos. No se preocupe.

Dentro del búnker de mando los hombres estaban girando llaves. El general pensaba que nunca llegaría a esto. Por supuesto era una posibilidad, para la que llevaba toda una carrera preparándose, pero de todas formas, no se lo podía creer.

Sin embargo, ahí afuera había unos hombres tratando de destruir sus armas y respondió como el autómatas en el que se había convertido: dio la orden y giró la llave de mando.

Los efectivos del Spetsnaz seguían con su misión y ya llevaban cuatro silos destruidos. Uno de los equipos rusos logró abrir la puerta de mantenimiento al primer intento. El equipo estaba liderado por el mismo general Kirillin, quien mandó al especialista técnico para inutilizar el misil. Encontró el módulo de dirección y lo destruyó con su arma. Tardarían por lo menos una semana en reparar este misil, pero para asegurarse que eso no fuera a suceder puso una carga explosiva en el fuselaje de acero y programó el mecanismo de detonación para que estallara a los quince minutos.

—¡Hecho! —llamó.

—¡Fuera! —ordenó Kirillin.

El general se sentía como un cadete novato en la academia de paracaidistas. Reunió a sus hombres y corrieron al punto de recogida. Hasta ese momento había dedicado su total atención a la misión que tenía encomendada, por lo que se sorprendió al ver la columna de fuego hacia el norte...

... Pero todavía se sorprendió más al comprobar que las tapas de tres silos se movían. El más cercano se encontraba a trescientos metros de su posición. Vio a uno de sus agentes del Spetsnaz acercarse al silo abierto y lanzar un objeto al interior, antes de salir huyendo a toda velocidad...

Porque al cabo de tres segundos estalló la granada que había lanzado al interior, detonando la carga completa de combustible del misil. El soldado del Spetsnaz fue engullido por la bola de fuego que había creado y desapareció para siempre...

... Pero lo que ocurrió a continuación fue todavía peor. De los canales de ventilación a ambos lados de los silos cinco y siete salieron columnas sólidas de llamas blancas, dos segundos antes de que asomara la forma cónica de la punta de los misiles.

—Mierda —suspiró el piloto de Apache llamado Crook Dos.

Se encontraba a un kilómetro de distancia dando vueltas en el aire. Sin pensarlo dos veces, bajó el morro de su helicóptero de asalto, dio gas y encañonó el misil ascendente.

—Lo tengo —exclamó el artillero.

Seleccionó el cañón de veinte milímetros y apretó el gatillo. Las trazadoras

salieron disparadas como rayos láser. La primera salva falló, pero el artillero ajustó su mira y disparó directo a la parte superior del misil...

... La explosión resultante hizo que Crook Dos perdiera el control de su aparato, que fue impulsado hacia atrás. El piloto logró maniobrar y retomar el control del aparato antes de dar una segunda vuelta de campana. Vio una bola de fuego en el cielo y una masa incandescente de combustible que caía sobre el silo número nueve y los hombres que habían logrado desarticular ese misil.

El último misil logró salir sin que los equipos presentes pudieran hacer nada al respecto. Dos de los hombres trataron de hacerlo estallar con sus armas personales, pero fueron incinerados por los gases de escape antes de apretar el gatillo. Otro Apache trató de emular a Crook Dos, pero con la velocidad de ascenso del misil sus municiones no alcanzaron el objetivo.

—Mierda —oyó Clark por su auricular y reconoció la voz de Ding—. Mierda.

John cogió su teléfono vía satélite.

—¿Cómo vais, John? —preguntó Ed Foley.

—Ha salido un misil, han lanzado uno.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Los hemos eliminado todos menos uno y han logrado lanzarlo... se dirige al norte y un poco al este. Lo siento, Ed. Lo hemos intentado.

Foley tardó unos segundos en centrar sus ideas antes de responder.

—Gracias, John. Creo que tengo cosas que hacer por aquí.

—Ahí va otro —dijo la oficial.

El comandante en jefe de Norad estaba tratando de tomárselo con toda la calma posible. Sabía que se estaba llevando a cabo una operación de fuerzas especiales en el campo de misiles chinos y que inevitablemente verían estallidos en pantalla. De momento todos se habían quedado en tierra.

—Ese debe de ser el último —anunció el general.

—Señor, ése se mueve. Se trata de un lanzamiento.

—¿Está segura?

—Mire, señor, el estallido se está desplazando —repitió con tono agitado—. ¡Lanzamiento real, lanzamiento real... amenaza real! —concluyó—. Santo Dios...

—Mierda —dijo el comandante de Norad.

Respiró hondo y cogió el teléfono dorado. No, primero debía llamar al centro nacional de mando militar.

El oficial de más alto rango de guardia en el centro de mando era un general de una estrella de los marines, un tal Sullivan. El teléfono del Norad no sonaba muy a menudo.

—Aquí el centro nacional de mando militar, al habla el general de brigada Sullivan.

—Aquí el comandante en jefe de Norad. Tenemos un lanzamiento real, una amenaza real desde la base de misiles de Xuanhua, en China. Repito, tenemos un lanzamiento real, una amenaza real desde China. Se dirige al este hacia Norteamérica.

—Joder —comentó el marine.

—Lo mismo digo.

El procedimiento que debían seguir estaba claramente definido: en primer lugar llamó a la oficina militar de la Casa Blanca.

Ryan se disponía a cenar con su familia. Era una de esas raras ocasiones en las que no tenía previsto ningún acto público ni tenía que pronunciar algún discurso. Le suponía un alivio, porque durante los últimos días no había faltado en ningún acto la nube de periodistas, con preguntas complicadas de responder.

—¿Me lo puede repetir? —dijo Andrea Price O'Day por el micrófono en su manga—. ¿Qué ha dicho?

En seguida irrumpió en la sala otro agente del servicio secreto.

—¡Orden de salida! —proclamó, usando una expresión en código que habían ensayado a menudo pero que nunca se había utilizado en la realidad.

—¿Qué? —dijo Jack, medio segundo antes de que su esposa tuviera la misma reacción.

—Señor presidente, tenemos que sacarlo a usted y a su familia de aquí —explicó Andrea—. Los helicópteros de los marines van en camino.

—¿Qué está pasando?

—Señor, Norad nos informa de un misil que se dirige hacia nosotros.

—¿Qué? ¿China?

—No conozco los detalles. Vámonos, ahora mismo —insistió Andrea.

—Jack —exclamó Cathy.

—Entendido, Andrea. —El presidente miró a su esposa—: Es hora de irnos, cariño. Ahora mismo.

—¿Pero... qué está pasando?

En primer lugar ayudó a su esposa a levantarse y se dirigieron juntos a la puerta. El pasillo se había llenado de agentes. Trenton Kelly sujetaba a Kyle Daniel y las leonas no estaban a la vista. Habían aparecido los agentes principales de todas las criaturas. En seguida se dieron cuenta de que no cabrían todos en el ascensor. La familia Ryan subió, mientras la mayoría de los agentes bajaron corriendo la escalera de mármol hasta la planta baja.

—¡Esperen! —exclamó otro agente, levantando la mano izquierda.

Con la derecha había desenfundado la pistola, algo que no se veía a menudo. Todos se detuvieron; ni siquiera el presidente solía discutir con alguien que empuñaba un arma.

Ryan pensaba tan rápidamente como podía.

—¿Andrea, qué hago yo ahora?

—Usted se va al Pimienta, donde se reunirá con el vicepresidente Jackson. Su familia irá al Fuerzas Aéreas Uno.

En la base de las fuerzas aéreas de Andrews, en las afueras de Washington, los pilotos del escuadrón de helicópteros presidenciales sabían exactamente lo que debían hacer y corrían hacia sus aparatos Bell Huey. Cada uno tenía una misión y sabía dónde estaba su pasajero principal, gracias a los informes regulares de seguridad. Su labor consistía en recoger a los ministros y llevarlos a sitios seguros preseleccionados. En menos de tres minutos, los helicópteros habían despegado y se habían desperdigado en busca de sus diversos pasajeros.

—¿Jack, qué está pasando?

Su esposa no se asustaba con facilidad, pero ahora tenía miedo.

—Cariño, nos informan de que hay un misil balístico dirigiéndose hacia Norteamérica, y el lugar más seguro es a bordo de un avión en vuelo. Tú y los niños vais al Fuerzas Aéreas Uno. Robby y yo estaremos en Pimienta. ¿De acuerdo?

—¿Pero qué pasa? ¿Qué ha pasado?

—Sólo sé que está pasando algo malo.

En la isla de Shemya, en las Aleutianas, el enorme radar Cobra Dane rastreaba el cielo occidental y septentrional. Habitualmente detectaba satélites, cuya órbita era más baja que la trayectoria de un misil intercontinental, pero el ordenador que analizaba las características de todos los objetos detectados diagnosticó exactamente de qué se trataba este objeto que volaba demasiado alto para ser un satélite y demasiado lento para ser un cohete de lanzamiento.

—¿Cuál es su trayectoria? —preguntó el comandante a un sargento.

—Según el ordenador, se dirige a la costa este de los Estados Unidos. En un par de minutos lo sabremos con más precisión... de momento sabemos que va a algún punto entre Buffalo y Atlanta.

La información se transmitió en seguida al Norad y al Pentágono.

La maquinaria militar de los Estados Unidos entró por segmentos en funcionamiento acelerado, a medida que le llegaba la información. Eso incluyó al USS Gettysburg, en su amarre del astillero naval de Washington.

El capitán Blandy se encontraba en su camarote cuando sonó el teléfono de aviso.

—Aquí el capitán... llame al zafarrancho general, señor Gibson —ordenó en un tono más calmado que su estado de ánimo.

La sirena electrónica sonó en todo el buque, seguida por una voz por megafonía:

—Zafarrancho de combate, zafarrancho de combate, todos a sus puestos.

Gregory se encontraba en el centro de información de combate realizando otra simulación por ordenador.

—¿A qué viene esto?

—Señor, esto significa que ya no estamos en una simulación —respondió el brigada Leek.

¿Zafarrancho de combate amarrados en el muelle?, pensó, y sacudió la cabeza.

—Vamos, muchachos, pongámonos manos a la obra —ordenó a sus marineros.

El helicóptero presidencial aterrizó en el césped de la Casa Blanca y el agente del servicio secreto llamó desde la puerta:

—¡En marcha!

—¿Jack, vienes con nosotros? —preguntó Cathy.

—No, Cath, tengo que irme al Pimienta. Anda, vete ya. Nos vemos dentro de un rato.

Besó a su esposa y dio un abrazo a cada uno de sus hijos, excepto a Kyle, a quien tomó de los brazos de Kelley y estrechó entre los suyos durante unos momentos, antes de regresarlo al agente.

—Cuida de mi hijo —dijo el presidente.

—Sí, señor. Buena suerte.

Ryan vio cómo su familia subía al helicóptero y el Sikorsky despegó antes de que pudieran sentarse y abrocharse los cinturones.

A continuación aterrizó otro helicóptero de los marines, pilotado por el coronel Dan Malloy. Este era un VH-60 de puertas corredizas. Ryan se dirigió al aparato, escoltado por Andrea Price O'Day. Se sentaron y se abrocharon los cinturones mientras despegaba de nuevo.

—¿Qué hay de los demás? —preguntó Ryan.

—Algunos cabrán en el refugio debajo del ala este... —respondió, con un gesto de resignación.

—Mierda, ¿qué pasa con los demás? —insistió Ryan.

—Señor, mi trabajo consiste en cuidarlo a usted.

—Pero... que...

A continuación, la agente especial Price O'Day empezó a hacer arcadas. Ryan se percató y le pasó una bolsa de mareo con un elegante sello presidencial. Estaban sobrevolando el Mall, cerca del monumento George Washington. A su derecha veía la zona suroeste con sus residencias de clase trabajadora y clase media, donde vivía la gente normal que conducía taxis o limpiaba oficinas, decenas de miles de personas. Podía ver a algunas de ellas en el Mall, tumbados en el césped, dando un paseo al atardecer, viviendo su vida...

Y acabas de abandonar a unas cien personas. Quizá quepan unos veinte en el refugio del ala este... ¿Qué hay de los demás? ¿Qué hay de la gente que dobla tus calcetines, lustra tus zapatos, sirven la cena, recogen los juguetes de los niños...? ¿Qué les pasará a ellos, Jack? —preguntó una vocecita interior—. ¿Quién se los llevará a ellos en helicóptero?

Vio el monumento Washington por la ventanilla, y la fuente, y el monumento a Lincoln. El se dedicaba a lo mismo que habían hecho esos hombres y vivía en una ciudad nombrada en honor de uno de ellos, salvada en tiempos de guerra por otro... y él en cambio estaba huyendo del peligro... El edificio del Capitolio, sede del Congreso. Había una luz encendida en el domo indicando que había una sesión en marcha, tratando de gestionar el país... y él huía del peligro... El este de Washington, poblado principalmente por negros de clase trabajadora, gente que realizaba trabajos miserables, que trataban de ahorrar para que sus hijos pudieran ir a la universidad y vivir una vida mejor que sus padres. Gente que cenaba, miraba la televisión, salían al cine o se quedaban en sus casas y charlaban con los vecinos...

... Ryan se asomó de nuevo y vio dos formas grises en los astilleros navales. Una le resultaba familiar, la otra no, porque Tony Bretano había...

Ryan se quitó el cinturón de seguridad y saltó al frente, dando un golpe al marine que viajaba en el asiento de salto. El coronel Malloy estaba sentado en el asiento de la derecha, cumpliendo con su labor, pilotar el helicóptero, cuando el presidente lo agarró por el hombro izquierdo. El piloto se giró.

—Dígame, señor, ¿qué pasa?

—¿Ve ese crucero?

—Sí, señor.

—Aterrice ahí.

—Señor, no...

—¡Aterrice ahí, es una orden! —exclamó Ryan.

—A la orden —respondió Malloy, como buen marine que era.

El Blackhawk giró, bajó por el curso del río Anacostia y llegó a los astilleros. El marine dudó una vez más, pero Ryan insistió y señaló el buque.

El helicóptero se aproximó con cautela.

—¿Qué hace? —preguntó Andrea.

—Yo me bajo aquí. Tú te vas al Pimienta.

—¡No! —respondió—. ¡Yo me quedo con usted!

—Esta vez, no. Ve a que nazca tu hijo. Por si esto sale mal, espero que el bebé salga a ti y a Pat.

Ryan fue a abrir la puerta pero el marine se le adelantó, seguido de cerca por Andrea.

—¡Manténgala a bordo, marine! —ordenó Ryan al comandante de la tripulación—. Llévensela con ustedes.

—¡No! —exclamó la agente Price O'Day.

—Sí, señor —asintió el sargento, sujetándola con ambos brazos.

El presidente Ryan saltó a la superficie antideslizante del punto de aterrizaje en la cubierta del crucero y se agachó mientras el helicóptero ascendía de nuevo. Lo último

que vio fue la cara de Andrea. La corriente de aire producida por el rotor estuvo a punto de derribarlo, pero se agachó y se estabilizó. A continuación se enderezó y miró a su alrededor.

—¿Qué demonios se ha...? ¡Vaya, señor! —soltó el suboficial al reconocerlo.

—¿Dónde está el capitán?

—El capitán se encuentra en el centro de información de combate, señor.

—¡Lléveme allí!

El suboficial lo acompañó hasta una puerta y lo guio por un laberinto de pasillos hasta llegar a una sala oscura, que parecía estar orientada en sentido transversal a la marcha del buque. El aire era más fresco aquí dentro. Ryan entró sin más, suponiendo que, como presidente de los Estados Unidos y comandante en jefe de las fuerzas armadas aéreas, terrestres y marítimas, tenía todo el derecho del mundo a hacerlo. Estiró las piernas para tratar de quitarse la extraña sensación que le provocaba estar a bordo del buque. A continuación miró a su alrededor para orientarse un poco, y se volvió hacia el marinero que lo había acompañado.

—Gracias, muchacho. Puedes regresar a tu puesto.

—A la orden, señor.

El suboficial se giró como alguien inmerso en un sueño y regresó a sus labores de marinero.

A ver, pensó Jack, ¿ahora qué? Veía grandes pantallas de radar a proa y a popa, con gente sentada de lado para poderlas ver. Se dirigió hacia las pantallas y se tropezó con una silla plegable de aluminio, con alguien que parecía ser un suboficial de la armada en su uniforme de camisa color caqui y... ¡vaya! Ryan ejerció su derecho de mando y cogió el paquete de tabaco del marinero. Sacó un cigarrillo y lo encendió con un mechero de gas antes de dirigirse hacia las pantallas.

—¡Santo Dios, señor! —exclamó el brigada con unos segundos de retraso.

—No exactamente. Gracias por el pitillo.

En dos pasos más había llegado hasta un hombre que estaba de espaldas, con águilas plateadas en el cuello de la camisa. Ése debía de ser el capitán del USS Gettysburg. Ryan hizo una prolongada calada en el cigarrillo.

—¡Maldición! ¡En esta sala no se fuma! —espetó el capitán.

—Buenas tardes, capitán —respondió Ryan—. Tengo entendido que un misil balístico viene directamente hacia nosotros, probablemente con una ojiva termonuclear. ¿Cree que podemos dejar de lado durante un rato sus preocupaciones sobre el humo de cigarrillo?

El capitán Blandy se giró para ver quién era. Se quedó con la boca tan abierta como un cenicero de la armada estadounidense.

—¿Qué... cómo... por qué...?

—Capitán, vengo a hacerles un poco de compañía.

—Capitán Blandy, señor —dijo el oficial, poniéndose en pie.

—Jack Ryan, capitán. —Se dieron la mano y Jack le pidió que se sentara—. ¿Ahora qué pasa?

—Señor, el centro nacional de mando militar nos informa que hay un misil balístico en camino, rumbo a la costa este. El buque está en zafarrancho de combate. El radar está funcionando. ¿Se ha insertado el chip? —preguntó.

—Chip insertado, señor —confirmó el brigada Leek.

—¿El chip?

—Es un decir, señor. En realidad es cosa de software —aclaró Blandy.

Cathy y los niños subieron por la escalera del avión y entraron a la cabina de proa. Por motivos comprensibles, el coronel que estaba al mando tenía un poco de prisa. Los motores tres y cuatro ya estaban girando, y encendió el uno y el dos; la aeronave VC-25 empezó a rodar en el preciso instante en que retiraron la escalera. Giró hacia la derecha y rodó por la pista uno nueve con el viento del sur de frente. Entretanto, los agentes del servicio secreto y el personal de las fuerzas aéreas estaban instalando y abrochando los cinturones de la familia del presidente. A continuación los agentes pudieron respirar a fondo por primera vez en quince minutos. Treinta segundos más tarde, el helicóptero del vicepresidente Jackson aterrizaba junto al avión E-4B conocido como el Puesto de Mando Aéreo para Emergencias Nacionales, cuyo piloto tenía la misma prisa por despegar que el del VC-25. Tardaron noventa segundos en completar la maniobra de despegue. Jackson no había tenido tiempo de abrocharse el cinturón y recorrió el avión con la mirada.

—¿Dónde está Jack? —preguntó el vicepresidente.

Entonces vio a Andrea, con tal cara de desolación que parecía que hubiese perdido su bebé.

—Se ha quedado, señor. Ha obligado al piloto a que lo dejara en el crucero que se encuentra en el astillero de la armada.

—¿Que ha hecho qué?

—Lo que oye, señor.

—Comunicadme con él por radio, ¡en seguida! —ordenó Jackson.

Ryan se sentía un poco más relajado. Ya no había más prisas. Se encontraba en medio de un grupo de personas que realizaban sus labores de forma ordenada y calmada... por lo menos ésa era la apariencia externa. El capitán parecía estar un poco tenso, pero Ryan supuso que así tenían que estar siempre los capitanes, en parte por su responsabilidad directa sobre mil millones de dólares en material naval y ordenadores.

—A ver, ¿cómo vamos de momento?

—Señor, no sabemos si el misil nos apunta a nosotros, todavía no aparece en pantalla.

—¿Pueden derribarlo?

—Eso trataremos de hacer, señor presidente —respondió Blandy—. ¿Se encuentra el doctor Gregory por ahí?

—Aquí estoy, capitán —respondió una voz, mientras alguien se acercó—. ¡Santo Dios!

—No, no me llamo así... ¡Yo lo conozco! —exclamó Ryan con sorpresa—. Comandante... comandante...

—Gregory, señor. Casi llegué a coronel antes de dejarlo. Trabajé en la organización de la iniciativa de defensa estratégica. El secretario Bretano me encargó que tratara de actualizar los misiles del sistema Aegis —explicó el físico—. Supongo que ahora tendremos oportunidad de comprobar si funciona.

—¿Usted qué opina? —preguntó Ryan.

—En las simulaciones funcionó bien —fue lo único que pudo responder.

—Contacto de radar. Viene hacia nosotros —dijo un suboficial—. Rumbo tres cuatro nueve, distancia mil quinientos kilómetros, velocidad... vaya. La velocidad es de mil cuatrocientos nudos... digo, catorce mil nudos, señor. Joder, se abstuvo de añadir.

—Está a cuatro minutos y medio —anunció Gregory—. ¿Lo ha calculado mentalmente? —preguntó Ryan.

—Señor, me dedico a esto desde que salí de West Point.

—Tenga, señor —dijo la voz amistosa del brigada, pasándole un cenicero que había aparecido por arte de magia—. ¿Quiere otro?

—¿Por qué no? —respondió el presidente.

Cogió otro cigarrillo y el brigada le dio fuego.

—Gracias.

—Vaya, capitán Blandy, ¿no estará declarando amnistía general?

—Si no lo hace él, lo haré yo —dijo Ryan.

—Permiso para fumar concedido, equipo —anunció el brigada Leek con tono de satisfacción.

El capitán puso cara de pocos amigos pero decidió no hacer nada.

—Dentro de cuatro minutos puede que ya no importe mucho —comentó Ryan con una tranquilidad a la que contribuía el cigarro.

Quizá el tabaco era perjudicial para la salud, pero tenía sus ventajas.

—Capitán, hay una llamada de radio para el presidente, señor.

—¿Dónde contesto? —preguntó Jack.

—Aquí mismo, señor —respondió otro brigada, entregándole un auricular y pulsando un botón.

—Aquí Ryan.

—Jack, soy Robby.

—¿Cómo ha ido el despegue de mi familia?

—Perfecto, Jack, están todos bien. ¿Pero tú qué coño haces ahí abajo?

—Quedándome hasta las últimas consecuencias, Robby. Mira, no he podido huir, no he podido.

—Jack, si esta cosa estalla...

—Entonces tendrás un ascenso —lo interrumpió Ryan.

—¿Sabes qué decisión tendré que tomar? —preguntó el vicepresidente.

—Sí, Robby, tendrás que devolverles la pelota. Que Dios se apiade de ti si llega ese momento.

Pero ya no será problema mío, pensó Ryan. La idea le proporcionaba algo de consuelo. Matar a alguien con un arma era una cosa, matar a un millón de personas con una bomba nuclear era muy diferente... No, no podría hacerlo sin pegarse un tiro a continuación. Eres demasiado católico, Jack, pensó.

—Por Dios, Jack —dijo su amigo por la radio codificada, pensando en el terror que tendría que infligir por muy hijo de predicador que fuera...

—Robby, eres el mejor amigo que me podría haber tocado. ¿Si las cosas salen mal, podrás cuidar a Cathy y los niños?

—No era necesario que me lo pidieras.

—Lo sabremos en otros tres minutos, Rob. Llámame entonces.

—Entendido —respondió el antiguo piloto de combate—. Cierro.

—¿Doctor Gregory, qué me puede decir?

—Señor, imagino que el misil será su versión de nuestros antiguos W-51, de unos cinco megatones. Destruirá Washington y cualquier cosa en un radio de quince kilómetros. Habrá una onda expansiva que alcanzará a romper vidrios en Baltimore.

—¿Cuáles son nuestras perspectivas, en el barco?

—Destrucción total. Probablemente apunte a un triángulo definido por la Casa Blanca, el Capitolio y el Pentágono. A lo mejor resistirá la quilla del barco, pero sólo porque se encuentra bajo el agua. No sobrevivirá nadie... quizá algunos afortunados que están en el metro, bajo tierra. Aunque pensándolo mejor, es probable que las llamas absorban todo el oxígeno de los túneles —prosiguió—. La verdad es que como esto nunca ha sucedido con anterioridad, no sabemos muy bien qué pasará.

—¿Cuáles son las probabilidades de que no estalle?

—Los pakistaníes han sufrido alguna detonación fallida. Antes fallaban algunas de nuestras pruebas, principalmente a causa de contaminación de helio en el secundario. Por eso falló la bomba terrorista en Denver...

—Lo recuerdo.

—Veamos —dijo Gregory—. Ya está sobre Buffalo y empieza a entrar de nuevo en la atmósfera. Eso deberá reducir un poco su velocidad.

—Señor, según el centro nacional de mando militar, no cabe duda de que se dirige

hacia nosotros —dijo una voz—. Entendido —respondió el capitán Blandy.

—¿Se ha emitido un aviso a la población? —preguntó Ryan.

—Está en la radio, señor —respondió un marinero—, también en la CNN.

—La gente debe de estar aterrada —murmuró Ryan, dándole otra calada al cigarro.

Es más probable que no. La mayoría de la gente ni siquiera sabrá qué significan las sirenas, y los demás se negarán a creer lo que oyen en la radio, pensó Gregory.

—Capitán, se nos acerca.

El proyectil acababa de cruzar la frontera entre Nueva York y Pennsylvania.

—¿Está funcional el sistema? —preguntó Blandy.

—Todo listo, señor —respondió el oficial de armamento—. Estamos preparados para disparar de la lanzadera de proa. Se ha seleccionado la orden de tiro, todos Block-IV.

—Muy bien. —El capitán se inclinó y giró una llave—. El sistema queda activado. Especial, automático. —Se giró hacia el presidente—: Señor, eso significa que desde ahora un ordenador controlará el proceso.

—Distancia al objetivo: quinientos kilómetros —anunció una voz juvenil.

Todos se lo toman con tanta calma —pensó Ryan—. Quizá no lo sientan como algo real... Demonios, a mí me está costando creerlo... Dio otra calada al cigarro y observó cómo descendía la lucecita en la pantalla del radar, siguiendo un vector generado por su ordenador que lo conducía directamente hasta Washington.

—En cualquier momento... —anunció el oficial de armamento.

No se había equivocado por mucho. El Gettysburg tembló con el lanzamiento del primer misil.

—¡Uno fuera! —dijo un marinero a su izquierda—. Uno ya está en el aire.

—Entendido.

El misil SM2-ER ascendía en dos etapas. El cohete propulsor lo sacaba de su lanzadera en la proa del buque, dejando un rastro de denso humo gris.

—Queremos interceptarlo a unos trescientos kilómetros —explicó Gregory—. El atacante y el interceptor se encontrarán en un mismo punto y... ¡zas!

—Suena como dispararle a un faisán —comentó Ryan, pensando en sus cacerías de juventud.

—¡Eh! ¡Tengo imágenes del cabrón! —exclamó otra voz.

Había una cámara de televisión con objetivo de diez aumentos conectada al radar de control del armamento, que mostraba un misil en trayectoria descendente, aunque de momento sólo se distinguía una bola blanca amorfa. Como un meteorito, pensó Ryan.

—Intercepción en cuatro... tres... dos... uno...

El misil se acercó, pero estalló detrás del objetivo.

—¡Fuego el dos!

El Gettysburg volvió a temblar.

—¡Dos ya está en el aire! —anunció la misma voz de antes.

Ya se encontraba sobre Harrisburg, Pennsylvania. Su velocidad había descendido a «sólo» veinte mil kilómetros por hora...

Salió un tercer misil, seguido por un cuarto proyectil. El programa «especial automático» del ordenador seguiría disparando hasta comprobar que se había destruido el objetivo. A bordo del buque no le molestó a nadie en absoluto.

—Sólo quedan dos Block IV —dijo Weps.

—No son muy caros —comentó el capitán Blandy—. ¡Vamos, dale!

Vieron por televisión cómo el segundo también estallaba detrás del objetivo.

—Tres... dos... uno... ¡ahora!

El tercero también falló.

—¡Mierda! ¡No puede ser! —exclamó de repente Gregory, atrayendo la mirada de varios de los presentes.

—¿Qué pasa? —preguntó Blandy.

—Los rastreadores de infrarrojos se dirigen a la fuente principal de radiaciones, detrás del misil.

—¿Qué? —preguntó Ryan, con el corazón en un puño.

—La parte más brillante del misil atacante está detrás del objetivo. ¡Los misiles se dirigen ahí! ¡Carajo! —explicó el doctor Gregory.

—Lanzado el cinco... lanzado el seis... ambos en el aire —anunció la voz a su derecha.

El misil se encontraba sobre Frederick, en Maryland, descendiendo a doce mil nudos...

—Ya está, no nos quedan más misiles Block IV.

—Lanzad los Block III —ordenó en seguida Blandy.

Los dos siguientes misiles interceptores terminaron como los anteriores, estallando a centímetros del objetivo, pero por detrás. Y la onda expansiva del explosivo utilizado en las ojivas Standard-2-ER era más lenta que el descenso del misil entrante: la metralla no alcanzaba su objetivo.

—¡Fuego el siete! Lanzado.

El Gettysburg tembló una vez más.

—Ese lleva un rastreador de radar —dijo Blandy, cerrando el puño contra su pecho.

El cinco y el seis acabaron como los anteriores. Sólo fallaban por pocos metros, pero en este caso habría dado igual que fuera por un kilómetro.

Otro temblor.

—¡Ocho! ¡Fuera!

—Tenemos que darle antes de los mil quinientos o dos mil metros. Ésa es la altitud mínima —dijo Gregory.

—A esa distancia puedo dispararle con el cañón de ocho centímetros a proa —dijo Blandy, aunque su voz empezaba a sonar temblorosa.

Ryan se preguntó por qué no se estaba muriendo de miedo. Se había enfrentado antes a la muerte en varias ocasiones: en el Mall de Londres, en su propia casa, en el Octubre Rojo, alguna colina perdida de Colombia... Algún día le llegaría. ¿Pero sería hoy ese día? Dio una última calada y apagó el cigarrillo en el cenicero de aluminio.

—A ver, ahí va: siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡ahora!

—¡Falló! ¡Mierda!

—Nueve lanzado, diez lanzado, ¡ambos en el aire! Muchachos, nos hemos quedado sin misiles —anunció el brigada—. Ahora o nada.

El misil entrante cruzó la ronda periférica de Washington, la autopista seis nueve cinco, a una altitud de menos de siete mil metros, cruzando el cielo nocturno como un meteorito y atrayendo la atención de la gente, que señalaban y lo observaban. Si seguían mirando hasta la explosión, sus ojos estallarían y morirían ciegos...

—¡El ocho ha fallado! ¡Por un pelo de coño! —anunció una voz con tono de frustración.

Por la pantalla de televisión vieron claramente la nube del estallido por detrás de su objetivo.

—Todavía quedan dos —dijo el oficial de armamento.

El radar SPG-62 de babor estaba enviando radiaciones de banda X al objetivo. La trayectoria ascendente del misil SM-2, todavía impulsado por el cohete propulsor, detectó la señal reflejada y se centró en ella, acercándose, sintiendo la radiación reflejada que lo atraía como un insecto a la luz, como un robot suicida del tamaño de un pequeño coche, volando a más de tres mil kilómetros por hora, al encuentro de un objeto que descendía a más de seis veces esa velocidad... dos kilómetros... un kilómetro... ochocientos metros... quinientos metros... cien...

Vieron por la pantalla de televisión cómo el meteorito se transformaba en una lluvia de fuego y chispas...

—¡Sí! —exclamaron veinte voces al unísono.

La cámara de televisión siguió la trayectoria descendente de las chispas. Según la pantalla del radar, caían sobre la ciudad de Washington.

—Sería recomendable mandar a alguien para recoger esos fragmentos. Algunos podrían ser de plutonio. No es muy seguro tocarlo —dijo Gregory, apoyado en un candelero—. Parece que ha sido un impacto directo. Por Dios, ¿cómo pude meter la pata de ese modo con la programación? —se preguntó en voz alta.

—Yo no me preocuparía demasiado, doctor Gregory —comentó el brigada Leek—. Su programación también contribuyó a que el último alcanzara mejor el objetivo.

Creo que lo voy a invitar a una cerveza.

LXI. REVOLUCIÓN

Como de costumbre, las noticias tardaron en llegar de regreso al punto donde habían empezado. Después de dar la orden de lanzamiento, el ministro de Defensa Luo no tenía ni idea de qué hacer a continuación. No podía volverse a dormir sin más. Cabía la posibilidad de que los norteamericanos contraatacaran con sus propias armas nucleares y su primer instinto le decía que saliera cuanto antes de Pekín. Se levantó, fue al baño y se echó agua en la cara, pero tenía la mente bloqueada. ¿Qué podía hacer? Lo único que se le ocurrió fue llamar a Zhang Han Sen. En cuanto lo encontró, habló de prisa.

—¿Qué ha hecho... qué ha pasado, Luo? —preguntó el ministro sin cartera con un tono alarmado.

—Alguien, no sé si los rusos o los norteamericanos, ha atacado la base de misiles de Xuanhua y tratado de destruir nuestro arsenal nuclear. Por supuesto, he dado la orden de lanzar los misiles —dijo Luo en un tono defensivo y desafiante a la vez—. ¿Acaso no fue eso lo que acordamos en la última reunión?

—Sí, Luo, comentamos la posibilidad de que llegara a suceder. ¿Pero ha lanzado los misiles sin consultarlo con los demás? —replicó Zhang.

Las decisiones de este tipo nunca se tomaban de forma individual, sino colectiva.

—No he tenido otra opción, Zhang —respondió el mariscal Luo—. Si hubiera dudado o esperado, nos habríamos quedado sin misiles.

—Entiendo —dijo la voz del otro lado del teléfono—. ¿Ahora qué está pasando?

—Los misiles han despegado. Los primeros caerán sobre sus objetivos en unos diez minutos, en Moscú y Leningrado. No he tenido elección, Zhang. No podía permitirles que nos desarmaran por completo.

Zhang sentía el deseo de insultar y gritarle al ministro Luo, pero con eso no ganaba nada. Lo pasado, pasado estaba y no merecía la pena desperdiciar energías en acontecimientos que no podía alterar.

—Entiendo. Debemos reunirnos. Voy a convocar al Politburó. Acuda en seguida a la sede del Consejo de Ministros. ¿Contraatacarán los rusos o los norteamericanos?

—No pueden responder con el mismo armamento. No disponen de misiles nucleares y un ataque con bombarderos tardaría algunas horas —dijo Luo, tratando de explicarlo como si fueran buenas noticias.

Tras la conversación, Zhang sintió un escalofrío en el estómago de la temperatura del nitrógeno líquido. Al igual que en tantas otras situaciones de la vida, ésta había sido muy diferente vista desde la comodidad de una sala de conferencias a la cruda realidad en que se había convertido. ¿Pero en serio era realidad? Era demasiado difícil de creer, demasiado irreal. El mundo que asomaba por su ventana parecía igual que ayer; no vio los rayos ni escuchó los truenos que forzosamente debían acompañar

a un acontecimiento de tal magnitud, ni siquiera tembló la tierra. Era temprano, antes de las siete de la mañana. ¿Podía ser esto real?

Zhang cruzó su habitación y encendió la televisión para ver la CNN. La mayor parte del país la tenía apagada, pero él no, por supuesto. Su inglés elemental no le permitía traducir las palabras que pronunciaba el locutor a toda velocidad. Una cámara mostraba imágenes de Washington, al parecer filmadas desde el tejado de la sede de la CNN en esa ciudad. El presentador era un norteamericano negro que hablaba desde el tejado, micrófono en mano, a tanta velocidad que Zhang sólo entendía una palabra de cada tres. De vez en cuando miraba por encima del hombro hacia el cielo, asustado.

Éste ya sabe lo que se le viene encima, pensó Zhang. Se preguntó si tendría la oportunidad de ver la destrucción de la capital de Norteamérica por medio de un canal de noticias norteamericano. Ése sería un acontecimiento digno de presenciar, pensó.

—¡Miren! —exclamó el reportero.

La cámara enfocó una estela de humos que atravesaba el cielo...

¿Qué demonios es eso?, se preguntó Zhang. A continuación hubo otro, y otro más. El reportero parecía cada vez más asustado...

Estaba disfrutando la oportunidad de ver la expresión del norteamericano, especialmente un reportero norteamericano negro. Había sido uno de esos simios quien había provocado todos estos daños a su país...

Así que ahora tendría la satisfacción de ver a uno inmolado aunque quizá no. A fin de cuentas, la cámara y el transmisor también desaparecerían. Tal vez llegaría a ver un destello de luz antes de regresar a la sede en Atlanta.

Más estelas de humo. Ah, claro: eran misiles tierra/aire. ¿Serían capaces de detener a un misil nuclear? No creo, decidió Zhang. Comprobó su reloj. El segundero parecía decidido a avanzar a paso de caracol y Zhang miraba el marcador de la pantalla con una expectación que reconoció como algo malicioso. Pero Norteamérica había sido el principal enemigo de su país durante tantos años; además, había frustrado dos de sus planes más originales y prometedores. Ahora tendría oportunidad de presenciar su destrucción a través de sus propios medios, de la maldita agencia de noticias televisivas. Aunque Tan Deshi aseguraba que no se trataba de un órgano del gobierno norteamericano, Zhang tenía la certeza de que sí lo era. El régimen de Ryan en Washington debía de tener relaciones más que amistosas con estos payasos que se ceñían a la política de los gobiernos occidentales de un modo tan adulator.

... Dos estelas más... La cámara las siguió y... ¿Qué era eso? Algo parecido a un meteorito o las luces de aterrizaje de un avión, parecía estar inmóvil en el cielo... no, se movía, a menos que el movimiento fuera por los nervios del operador de cámara... sí, era el misil. Las estelas de humos trataban de alcanzarlo, al parecer no con el éxito

esperado... y así te llega la hora, Washington, pensó Zhang Han Sen. Quizá habría consecuencias nefastas para la República Popular de China, pero nadie le quitaría la satisfacción de...

... ¿Qué? Hubo un estallido en el cielo como un espectáculo de fuegos artificiales, seguido por una lluvia de chispas... ¿qué significaría eso?

Al cabo de sesenta segundos, Washington no había desaparecido del mapa. Qué pena —pensó Zhang—... especialmente porque esto traería consecuencias. Y con esa idea se lavó, se vistió y se dirigió a la sede del Consejo de Ministros.

—Según Norad, los cielos están despejados; sólo lograron lanzar uno, dirigido hacia nosotros. Los rusos todavía tienen baterías antimisiles balísticos rodeando Moscú. Probablemente estaban mejor equipados para esta situación ellos que nosotros. —Jackson hizo una pausa—. Hemos llamado al equipo de búsqueda nuclear de emergencia desde el arsenal de las Montañas rocosas. El Departamento de Defensa está coordinando su actuación con la policía de Washington... Dios santo, Jack, esto ha sido emocionante.

—Sí, igual por aquí. ¿Y ahora qué? —preguntó el presidente.

—¿Te refieres a los chinos? Hay una parte de mí que quiere cargar los bombarderos B-2 en la base de Guam con bombas B-61 y mandarlos a Pekín, pero a lo mejor sería una reacción excesiva.

—Creo que toca alguna clase de declaración pública, pero todavía no tengo claro cómo tiene que ser. ¿Qué vas a hacer?

—Ya lo he preguntado. Según el procedimiento habitual, tenemos que seguir volando durante otras cuatro horas antes de aterrizar en Andrews. Cathy y los niños igual. Quizá debas llamarlos también a ellos.

—Claro. Entendido, Robby, descansa un poco. Te veré en unas horas. Creo que voy a tomarme un buen trago.

—Estoy contigo, compañero.

—De acuerdo, se despide el presidente. —Ryan devolvió el auricular—. ¿Capitán?

—¿Sí, señor presidente?

—Toda la tripulación está invitada a la Casa Blanca ahora mismo para tomarse unos tragos, creo que nos los merecemos.

—Señor, no me opongo en absoluto.

—Y si los que permanezcan a bordo también quieren tomarse uno, como comandante en jefe de las fuerzas armadas declaro una excepción a las normas de la armada durante veinticuatro horas.

—A la orden, señor.

—¿Brigada? —dijo a continuación Jack.

—Tenga, señor —le entregó un paquete de tabaco y un mechero—. Tengo más en

mi taquilla, señor.

En ese momento entraron dos hombres sin uniforme. Eran Hilton y Malone, del equipo de noche.

—¿Cómo habéis llegado tan de prisa? —preguntó Ryan.

—Nos ha llamado Andrea, señor. ¿Acaba de pasar lo que creemos que ha pasado?

—Dios santo —suspiró Ryan.

Empezaban a remitir las sensaciones iniciales de incredulidad y euforia. Era algo parecido a la sensación que seguía a un accidente automovilístico: primero la negación de los hechos, después una reacción más instintiva que meditada, lo siguiente, pasado ya el peligro, era el miedo retrasado provocado por la mente al repasar los acontecimientos, lo que podría haber sucedido y el miedo de haber sobrevivido. El miedo posterior al acontecimiento provocaba los escalofríos más fuertes. Ryan recordó que en alguna ocasión Winston Churchill había declarado que nada generaba tanta euforia como estar bajo el fuego; «que te disparen sin resultado», según creía recordar el presidente. Si lo decía en serio, a Winston Spencer Churchill le debía de circular hielo por las venas, o simplemente disfrutaba más de la fanfarronería que el presidente de los Estados Unidos.

—¡Sólo espero que ése fuera el único! —comentó el capitán Blandy.

—Esperemos que sí, capitán. Nos hemos quedado sin misiles —añadió el brigada Leek, encendiendo otro cigarrillo bajo el amparo de la amnistía presidencial.

—Capitán —dijo Jack en cuanto se sintió capaz de hacerlo—, cada miembro de la tripulación de este buque recibe una promoción de un rango por orden presidencial y el USS Gettysburg recibirá una mención honorífica de la unidad del presidente. Eso de entrada, por supuesto. ¿Dónde hay una radio? Debo hablar con Pimienta.

—Aquí, señor —un marinero le entregó un auricular de teléfono—. Ya está comunicado, señor.

—¿Robby?

—¿Jack?

—¡Todavía eres vicepresidente! —exclamó el presidente—. Supongo que por ahora lo soy. Santo Dios, Jack, ¿qué demonios querías lograr?

—No estoy seguro, en el momento me pareció buena idea.

Jack estaba sentado, sujetando el auricular y apoyándolo en su hombro al mismo tiempo, para no dejarlo caer a cubierta.

—¿Hay algo más en camino?

—Así es, y vuestro presidente necesita un trago y un sillón cómodo, caballeros.

—Tenemos un coche en el muelle, señor. ¿Quiere acompañarnos?

—De acuerdo. Capitán, consigan unos autobuses y vengan a la Casa Blanca en seguida. Si tiene que cerrar el buque con llave y dejarlo sin tripulación, hágalo, no hay ningún problema. Llame al cuartel de los marines del octavo para que le envíen

una guardia de seguridad si lo cree necesario.

—A la orden, señor presidente. Llegaremos en un rato. Quizá ya esté borracho cuando lleguéis, pensó el presidente.

El coche que habían traído Hilton y Malone era uno de los Chevy Suburban con carrocería blindada que seguían al presidente a donde fuera. Este se limitó a regresar a la Casa Blanca. Ryan se extrañó de que las calles se hubieran llenado de gente mirando al cielo. Ya no había más objetos voladores y los fragmentos que habían caído eran demasiado peligrosos para recogerlos. En cualquier caso, el presidente disfrutó de un viaje tranquilo hasta la Casa Blanca y acabó en la sala de situaciones, solo. El personal uniformado de la oficina militar de la Casa Blanca se movía entre el estupor y el desconcierto. Además, el enorme esfuerzo realizado para poner a salvo a los gobernantes de la nación, según el plan llamado de «Continuidad del Gobierno», había tenido el efecto contrario. En estos momentos, el gobierno se encontraba desperdigado en veinte helicópteros y un avión E-4B, totalmente incapaz de tomar una decisión coordinada. Ryan dedujo que el plan de emergencia era mucho más efectivo para soportar un ataque nuclear que para evitarlo, por extraño que pudiera resultar en estos momentos.

De hecho, la pregunta más apremiante del momento era «¿Qué demonios vamos a hacer?». Y Ryan no tenía ni idea de cuál era la respuesta. Pero en ese momento sonó un teléfono para echarle una mano.

—Aquí el presidente Ryan.

—Señor, le habla el general Dan Liggett, del mando de asalto, en Omaha. Tengo entendido que acabamos de esquivar una bala enorme, señor presidente.

—Esa es una manera de describirlo, sí.

—Señor, ¿quiere darnos alguna orden?

—¿Como por ejemplo?

—Bien, señor, está la opción del contraataque...

—Ya veo, ¿se refiere a aprovechar la oportunidad de su ataque fracasado para atacarlos de verdad a ellos?

—Señor; mi trabajo consiste en proponerle las opciones, no en defender alguna en particular —respondió Liggett a su comandante en jefe.

—¿General, sabe dónde he pasado el ataque?

—Sí, señor. Tuvo agallas, señor presidente.

—Pues en estos momentos trato de situarme dentro de mi propia vida recién recuperada. No tengo ni idea de cuál es la decisión que debo tomar de acuerdo con el panorama más amplio, sea lo que sea eso. Quizá en un par de horas sea capaz de pensar en algo, pero de momento estoy totalmente seco. ¿Y sabe qué? No estoy seguro de querer tomar una decisión de ese tipo. Así que de momento no haremos absolutamente nada, general. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente bien, señor presidente. No hay órdenes para el mando de asalto.

—Me pondré en contacto con usted.

—¿Jack? —exclamó una voz familiar desde la puerta.

—Arnie, odio beber solo, a menos que no haya nadie que me pueda acompañar. ¿Qué te parece si nos pulimos una botella de algo entre los dos? Dile al ujier que traiga una botella de Midleton y que traiga otro vaso para él.

—¿Es cierto que has pasado el ataque en los astilleros de la armada?

—Así es —asintió Ryan.

—¿Por qué?

—No podía huir, Arnie. No podía ponerme a salvo mientras un par de millones de personas morían achicharrados. Puede ser valentía, puede ser estupidez. No podía huir de esa manera.

Van Damm se asomó al pasillo para encargarse de los tragos sin que Ryan viera a quién.

—Me estaba sentando a cenar en mi casa de Georgetown cuando la CNN ha emitido el avance informativo. He pensado que lo mejor sería venir aquí. Supongo que no me lo he tomado lo bastante en serio.

—La noticia no ha sido fácil de asimilar. Supongo que debo preguntarme si habrá sido culpa mía por enviar al equipo de Operaciones Especiales. ¿Por qué será que siempre hay alguien que cuestionará cualquier decisión que tomemos aquí dentro?

—Jack, el mundo está lleno de gente que sólo consiguen sentirse importantes criticando a los demás; además; cuanto más importante sea el objeto de la crítica, más importantes se sienten ellos. A los periodistas les encanta poder decir que te has equivocado porque pueden escribir una buena historia y vender más periódicos. Por lo general, los medios prefieren una buena historia a la verdad. Así funciona ese negocio.

—Pues no es justo —comentó Ryan.

Llegó el ujier principal con una bandeja de plata, una botella de whisky irlandés y unas copas con hielo.

—Charlie, sírvete uno tú también —dijo el presidente.

—Señor presidente, creo que no debo...

—Hoy las reglas han cambiado, señor Pemberton. Si coges una cogorza y no puedes regresar a casa, te llevarán los del servicio secreto. ¿Alguna vez te he dicho lo bien que me caes, Charlie? Mis hijos te adoran.

Charles Pemberton, hijo y nieto de ujieres de la Casa Blanca, sirvió tres copas con la precisión de un neurocirujano, la suya menos cargada.

—Siéntate y relájate, Charlie. Quiero hacerte una pregunta.

—Dígame, señor presidente.

—¿Dónde has pasado el ataque? ¿Dónde te has metido mientras caía esa bomba-

H sobre Washington?

—He decidido no ir al refugio del ala este. He pensado que era mejor dejárselo a las mujeres. He... bueno, señor, he cogido el ascensor hasta el tejado para disfrutar del espectáculo.

—Arnie, he ahí un hombre valiente —dijo Jack, ofreciendo un brindis.

—¿Usted dónde ha estado, señor presidente? —preguntó Pemberton, infringiendo las normas de etiqueta, embargado por la curiosidad.

—He estado a bordo del barco que ha derribado el maldito engendro, viendo cómo los muchachos hacían su trabajo. Eso me recuerda, al tal Gregory, el científico al que llamó Tony Bretano. Hay que cuidar de él, Arnie. El ha sido uno de nuestros salvadores.

—Entendido, señor presidente —dijo Van Damm y tomó un largo trago de su copa—. ¿Qué más?

—Ahora mismo no tengo ningún «qué más» —reconoció el presidente Ryan.

Tampoco lo tenían en Pekín, donde ya eran las ocho de la mañana y los ministros llegaban a la sala de conferencias como sonámbulos, todos con la misma pregunta: «¿Qué ha pasado?».

El primer ministro Xu mandó callar a los presentes y ordenó al ministro de Defensa que diera un informe de lo ocurrido, a lo que Luo respondió con la voz monótona de una grabación telefónica.

—¿Ordenó el ataque? —preguntó, horrorizado, el ministro de Asuntos Exteriores Shen.

—¿Qué otra cosa podía hacer? El general Xun me informó de que estaban atacando su base. Trataban de quitarnos nuestras bazas. ¿No fue ésta la posibilidad que habíamos discutido?

—Así es, la habíamos comentado —asintió Qian—. ¿Pero tomar una decisión así sin el consenso de todos? Ha sido una decisión política insensata, Luo. Quién sabe a qué nuevos peligros nos ha expuesto.

—¿Y cuáles han sido los resultados? —preguntó Fang.

—Al parecer, la ojiva resultó defectuosa o fue interceptada y destruida por los norteamericanos. El único misil lanzado se dirigía a Washington, ciudad que, lamento informar, no quedó destruida.

—¿Que lamenta informar? ¡Que lamenta informar! —Fang levantó la voz más de lo que recordaban haber oído los presentes—. ¡Majadero! ¡Si el misil hubiera detonado con éxito, nos estaríamos enfrentando a la destrucción de la nación! ¿Lo lamenta?

Más o menos a la misma hora, un funcionario anónimo de la CIA tuvo una idea en Washington. Seguían retransmitiendo por Internet imágenes en directo y en diferido de lo ocurrido en el campo de batalla en Siberia, porque los canales de

noticias seguían sin acceso a la República Popular China.

—¿Por qué no enviarles también la señal de la CNN? —preguntó a su supervisor.

La decisión se tomó de inmediato, aunque posiblemente infringía alguna ley de propiedad intelectual. Sin embargo, en esta ocasión prevaleció el sentido común sobre la cautela burocrática. Sí así lo decidían, la CNN les podría facturar sus servicios más adelante.

Así fue cómo una hora y veinte minutos después del acontecimiento la página de Internet <http://www.darkstarfeed.cia.gov/siberiabattle/realtime.ram> empezó a retransmitir la crónica de los hechos que casi habían resultado en la destrucción de Washington. La noticia de que se había iniciado y evitado una guerra nuclear dejó aturcidos a los estudiantes de la plaza Tiananmen. En cuanto entendieron que podían convertirse en el blanco de un contraataque nuclear los llenó, más que de miedo, de rabia. Ya eran unos diez mil, muchos con ordenadores portátiles conectados a Internet mediante teléfonos móviles. En una fotografía aérea se podrían haber identificado a los que tenían ordenador porque se convertían en los núcleos de grupos de estudiantes apelotonados. A continuación, los líderes de la manifestación se reunieron y empezaron a hablar de prisa. Sabían que tenían que hacer algo, aunque no estaban seguros de qué. Se daban cuenta de que podían estar todos condenados a morir por los acontecimientos.

El fervor aumentó cuando presenciaron los debates de los comentaristas en los estudios de la CNN en Atlanta y Nueva York, quienes parecían opinar que la única opción válida que se le presentaba a los Estados Unidos era responder al ataque chino con la misma moneda. Cuando el periodista moderador preguntó qué significaba «con la misma moneda», la respuesta fue previsible.

Los estudiantes ya no estaban pensando tanto en la vida y la muerte como en la supervivencia de su nación, en los mil trescientos millones de habitantes puestos en riesgo por las locuras del Politburó. La sede del Consejo de Ministros no se encontraba lejos, y la muchedumbre empezó a avanzar en esa dirección.

A estas alturas había aumentado un poco la presencia policial en la plaza de la paz celestial. El turno de mañana había reemplazado al equipo nocturno y se habían encontrado con una masa de jóvenes, lo cual generó una sorpresa considerable, ya que no les habían informado de nada durante la reunión informativa de la mañana. Los hombres que terminaban su turno habían explicado que no pasaba nada contrario a la ley y que, en cualquier caso, quizá era una muestra espontánea de solidaridad y apoyo a los héroes de Siberia. Así fue cómo en el momento de la marcha no hubo suficientes efectivos policiales para detenerlos. Probablemente no habría cambiado mucho la situación con más efectivos: el cuerpo de estudiantes se unió y avanzó con una disciplina admirable hacia la sede del gobierno de la nación. Al acercarse se encontraron con una pequeña dotación de hombres armados. Estos policías no

estaban preparados para toparse con tamaña muchedumbre. El oficial de más alto rango, un capitán, se dirigió al grupo y exigió hablar con su líder, pero un estudiante de Ingeniería de veintidós años lo echó a un lado.

El oficial de policía no estaba acostumbrado a que ignoraran sus palabras y el efecto logrado fue de un pasmo completo. De repente se percató de que lo había ignorado alguien que debía haberse paralizado en cuanto le dio el alto. Los policías de seguridad esperaban que la masa de estudiantes entera se detuviera al toparse con su capitán, así de férreo era el control policial en la República Popular. Sin embargo, por férreo que pudiera ser, también era delicado y si se rompía no había nada detrás. Encontraron que en el edificio sólo había cuarenta hombres armados, todos ellos en la parte trasera de la planta baja, apartados de la vista porque los ministros preferían no tener que verlos en cantidades superiores a uno o dos. La masa de gente barrió a los cuatro oficiales de guardia en la puerta principal. Todos habían desenfundado sus armas, pero sólo uno abrió fuego e hirió a tres estudiantes, antes de caer derribado y recibir una paliza. Los otros tres corrieron hacia su puesto principal para avisar a las fuerzas de reserva, pero en cuanto llegaron, los estudiantes ya estaban subiendo por la escalera hasta el primer piso.

La sala de reuniones estaba insonorizada para impedir que escucharan los oídos curiosos. Pero la insonorización funcionaba en ambas direcciones y los hombres sentados alrededor de la mesa de juntas no oyeron nada hasta que el pasillo exterior, a unos cincuenta metros, se había llenado de estudiantes. Incluso en ese momento su única reacción fue la ira por la interrupción.

La guardia armada del edificio se dividió en dos grupos. Uno se dirigió a la entrada del edificio en la planta baja, el segundo grupo subió al primer piso por la parte trasera del edificio, liderado por un comandante que quería evacuar a los ministros. La situación se había desarrollado a demasiada velocidad. No habían tenido aviso previo gracias a la pobre actuación de la policía urbana y no tenían tiempo para pedir refuerzos armados. A fin de cuentas, el escuadrón de la planta baja se topó con un muro de estudiantes. Los veinte hombres estaban equipados con rifles automáticos, pero el capitán que estaba al mando se mostró reacio a dar la orden de disparar, al notar que había más estudiantes que municiones. Al dudar, perdió la iniciativa. Un grupo de estudiantes se aproximaron a los hombres armados, brazos en alto y razonando con ellos con argumentos que poco se parecían a la masa enardecida en que se habían convertido.

En el primer piso, las cosas fueron distintas. El comandante de ese grupo no dudó en absoluto: ordenó a los hombres que prepararan sus rifles y dispararan una salva al aire para asustar a los estudiantes. Sin embargo, estos estudiantes no se asustaban con facilidad. Un grupo numeroso logró forzar la puerta de la sala de reuniones del Politburó.

La irrupción de quince jóvenes atrajo la atención inmediata de los ministros.

—¡Qué es esto! —voceó Zhang Han Sen—. ¿Quién eres tú?

—¿Y quién eres tú? —fue la respuesta socarrona del estudiante de Ingeniería—. ¿No serás el loco que ha empezado una guerra nuclear?

—No hay ninguna guerra nuclear. ¿Quién os ha contado tales pamplinas? —preguntó el mariscal Luo.

Por el uniforme supieron de inmediato quién era él.

—¡Y tú eres el que ha enviado a nuestros soldados a morir a Rusia!

—¿Qué es esto? —preguntó el ministro sin cartera.

—Creo que esto es el pueblo, Zhang —respondió Qian Kun—. Nuestro pueblo, camarada —añadió en tono frío.

Algunos estudiantes más forzaron su entrada a la sala, atraídos por el vacío de poder y de dirección, seguidos de cerca por los guardias, que ya no se atrevían a disparar en una sala repleta de los dirigentes del país.

—¡Juntaos a ellos! ¡Los guardias no se arriesgarán a herir a estos hombres! —gritó un estudiante.

Los jóvenes se agruparon por parejas y por grupos de tres alrededor de los ministros.

—Dígame, joven —dijo Fang en un tono comedido al estudiante más próximo—, ¿cómo se han enterado de todo esto?

—Con nuestros ordenadores, por supuesto —respondió con tono informal el muchacho.

—Uno encuentra la verdad donde puede —comentó el venerable ministro.

—¿Entonces es cierto, abuelo?

—Lamento decirles que sí lo es —respondió Fang, sin saber muy bien qué estaba reconociendo.

En ese momento irrumpieron las tropas, lideradas por un oficial con la pistola desenfundada, anonadado por lo que veía. Los estudiantes no estaban armados, pero si empezaba a disparar corría el riesgo de matar a la gente que había venido a proteger. Ahora le tocaba dudar a él.

—A ver, bajen todas las armas —dijo Fang, separando un poco su silla de la mesa—. Camarada comandante, ¿sabe quién soy?

—Sí, ministro, pero...

—Bien, camarada comandante. En primer lugar, que sus hombres bajen las armas. No debe haber muertes aquí dentro. Hemos tenido demasiadas muertes en los últimos días.

El oficial recorrió la sala con la mirada. Nadie más parecía capaz o dispuesto a articular palabra y para llenar el vacío habían llegado unas palabras que, si bien no eran las que hubiera querido escuchar, por lo menos parecían reflejar sentido común.

Se giró e hizo un gesto a sus hombres para que bajaran ligeramente la guardia.

—Muy bien. Ahora, camaradas —dijo Fang, dirigiéndose otra vez a los ministros—, voy a proponer algunos cambios. En primer lugar, necesitamos que el ministro de Asuntos Exteriores Shen se ponga en contacto con los norteamericanos y les diga que ha sucedido un terrible accidente y que nos alegramos de que se haya saldado sin la pérdida de vidas humanas, añadiendo que los responsables pagarán por su error. Con este fin exijo el inmediato arresto del primer ministro Xu, del ministro de Defensa Luo y del ministro Zhang. Ellos nos embarcaron en la locura rusa que amenaza con destruirnos a todos. Ustedes tres han puesto en peligro a nuestra nación y deberán pagar por el delito cometido contra el pueblo.

—¿Camaradas, cuál es su voto? —preguntó Fang.

Nadie alzó una voz discrepante. Incluso Tan y el ministro del Interior Tong asintieron con la cabeza.

—Bien, lo siguiente. Shen, deberá proponer un cese inmediato de las hostilidades a los rusos y los norteamericanos, explicándoles que los responsables de esta insensatez recibirán su justo castigo. ¿Están de acuerdo, camaradas?

Nadie discrepó.

—En lo personal, opino que debemos dar gracias a los cielos por poder detener toda esta locura. Que suceda de prisa. De momento quisiera reunirme con estos jóvenes para comentar otros temas que les puedan ser de interés. Usted, camarada comandante, deberá Llevar a los tres prisioneros hasta un lugar de arresto. ¿Qian, desea quedarse aquí para hablar con los estudiantes?

—Sí, Fang —respondió el ministro de Finanzas—. Me encantaría.

—Veamos, joven —dijo Fang al que parecía haberse convertido en el dirigente—. ¿Qué desean discutir?

Los Blackhawks tuvieron un largo vuelo de regreso. Repostaron combustible sin problemas, pero pronto se hizo evidente que una treintena de hombres, casi todos ellos rusos, habían fallecido en el ataque a Xuanhua. No era la primera vez que Clark había presenciado la muerte de buenos elementos, y al igual que en los otros casos, el factor determinante parecía ser la suerte, aunque ésa no era una explicación muy convincente para una joven viuda. La otra fuente de preocupación que le carcomía era el misil que no habían logrado detener. Lo había visto tomar rumbo al este y sabía que no se dirigía a Moscú. Estuvieron en silencio durante todo el vuelo de regreso y no podía llamar con su teléfono de satélite, porque había roto la antena en alguna caída y se había quedado incomunicado. Lo único que sabía era que había fracasado, aunque prefería no imaginarse las consecuencias de un fracaso así. Lo más cercano a una buena noticia que se le ocurrió era que nadie de su familia vivía cerca de cualquier objetivo potencial, aunque había millones de personas que sí. Finalmente el helicóptero llegó a su destino y las puertas se abrieron para que descendieran los

efectivos. Clark vio al general Diggs.

—¿Qué ha pasado?

—La armada lo ha derribado sobre Washington.

—¿Qué?

—Me lo ha contado el general Moore. Algún crucero le ha disparado un misil sobre el centro de Washington, el Gettysburg, creo que ha dicho. Hemos tenido suerte, señor Clark.

John casi se desmayó con la noticia. Llevaba cinco horas imaginando una nube atómica con su nombre sobre alguna ciudad de Norteamérica, pero había metido la mano Dios, la suerte o Papá Noel, y él se conformaría con eso.

—¿Qué hay, señor C? —preguntó Chavez con preocupación.

Diggs se lo contó también a él.

—¿La armada? ¿La jodida armada? Pues que me... Parece que sirven de algo, a fin de cuentas.

Jack Ryan estaba a punto de acostarse y le daba igual que se enteraran los medios de comunicación. El Consejo de Ministros había regresado, pero pospuso la reunión hasta la mañana siguiente. Habría que pensar con calma cuál era el siguiente paso que debían dar. La opción más evidente, la que propugnaban los comentaristas de todas las cadenas televisivas, era una que no podía imaginar, y mucho menos ordenar. Habría que encontrar una opción mejor que la matanza indiscriminada. No pensaba emitir una orden así, aunque la idea de una operación especial para eliminar al Politburó chino revestía cierto atractivo en la situación actual. Se había derramado mucha sangre y probablemente aún quedaba sangre por derramar. Pensar que todo había empezado con un cardenal italiano y un predicador baptista abatidos por un policía violento. ¿Tan retorcidos eran los mecanismos del mundo?

Creo que necesito otro trago, pensó Ryan.

Sin embargo debía poderse sacar alguna conclusión positiva de los acontecimientos, aprender alguna lección. ¿Aunque qué había que aprender? Todo era demasiado complicado para el presidente norteamericano. Los acontecimientos se habían sucedido con demasiada rapidez. Había estado al borde de un abismo tan profundo que sus fauces todavía le afligían, algo demasiado oscuro para poder soportarlo solo. Se había enfrentado otras veces a una muerte inminente, pero nunca a la muerte de millones de personas, al menos no tan de cerca como ahora. La verdad era que la experiencia lo había dejado apabullado, incapaz de analizar y de procesar la información, sin la capacidad de decidir cuál sería el siguiente paso. Lo único que deseaba era abrazar a su familia, para asegurarse que el mundo todavía tenía la forma que él deseaba.

La gente esperaba de él que fuera una especie de superhéroe, un ser semidivino capaz de afrontar las situaciones que los demás no podían. Bueno, pues sí, reconoció

Jack. Quizá había sido una decisión valiente quedarse en Washington, pero después de la valentía venía el bajón; ahora necesitaba algún factor externo que contribuyera a recomponerlo y regresarlo a la humanidad. El pozo que había descubierto sí tenía fondo, aunque el cubo estaba rozando en las piedras...

Sonó el teléfono y Arnie se lo pasó.

—¿Jack? Habla Scott Adler.

—Dime, Scott, ¿qué pasa?

—Acabo de hablar con Bill Kilmer, el segundo de a bordo en la embajada de Pekín. Parece que el ministro de Asuntos Exteriores Shen acaba de visitar la embajada. Han pedido disculpas por haber lanzado el misil. Dicen que ha sido un terrible accidente y que se alegran de que no estallara...

—Cuánta amabilidad —murmuró Ryan.

—Bueno, pues los que hayan ordenado el lanzamiento están detenidos. Nos piden nuestra ayuda para poner fin a las hostilidades. Shen dice que aceptarán cualquier condición razonable para lograrlo. Dice que están dispuestos a declarar un alto el fuego unilateral y a retirar sus fuerzas hasta la frontera, además de ofrecer compensación a los rusos. Se están rindiendo, Jack.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Parece que ha habido algunos disturbios en Pekín. Nuestros informes son confusos pero parece que ha caído el gobierno. El ministro Fang Gan ha surgido como líder interino. No sé nada más de momento, Jack, pero parece un buen principio. Con tu permiso, y si los rusos están de acuerdo, creo que deberíamos aceptar.

—Aprobado —dijo el presidente, sin pensarlo dos veces. No hace falta pensarlo mucho si puedes terminar una guerra, pensó—. ¿Ahora qué?

—Quiero hablar con los rusos para ver si están de acuerdo. Creo que lo estarán. A partir de ahí negociamos los detalles. Sólo para que conste, tenemos todas las cartas, Jack. Los otros se retiran.

—¿Y ya está? ¿Todo termina así de fácil? —preguntó Ryan—. No tiene que ser Miguel Ángel y la capilla Sixtina, Jack. Sólo tiene que funcionar.

—¿Funcionará?

—Sí, Jack, creo que sí.

—De acuerdo, llama a los rusos —dijo Ryan, dejando el vaso.

Puede que éste sea el fin de la última guerra, pensó Jack. Si era así no tenía ninguna necesidad de ser bonito.

El general Bondarenko estaba teniendo una buena mañana, que estaba a punto de mejorar. El coronel Tolkunov entró corriendo al puesto de mando con una hoja de papel.

—Acabamos de copiar esto de la radio china, de la militar y la civil. Ordenan a

sus tropas que cesen el fuego y se preparen para retirarse de nuestro territorio.

—¿Ah, sí? ¿Y qué les hace pensar que vamos a dejar que se marchen sin más? —preguntó el oficial ruso.

—Es un principio, camarada general. Si a esto se suma un acercamiento diplomático a Moscú, pronto veremos el final de la guerra. Ha ganado —añadió el coronel.

—¿He ganado? —preguntó Gennady Iosifovich.

Estiró los músculos. Se sentía bien: miró los mapas, vio las posiciones y comprobó que tenía la ventaja. Si así iba a acabar la guerra, era un final merecido.

—Entendido. Confírmelo con Moscú.

No fue tan sencillo. Las unidades en contacto directo continuaron intercambiando fuego durante algunas horas hasta que les llegaron las órdenes, pero a partir de entonces fueron desapareciendo los enfrentamientos y los chinos emprendieron la retirada hacia su país. Por su parte, los rusos obedecieron sus órdenes y se abstuvieron de perseguirlos. Al atardecer habían cesado las hostilidades y la matanza, pendiente de la confirmación final que debían conseguir los negociadores. Por toda Rusia repicaron las campanas.

Golovko tomó nota de las campanadas y de la fiesta que había surgido en las calles. La gente compartía el vodka y celebraba la victoria de su país. Rusia tenía otra vez la sensación de ser una potencia y eso era bueno para la moral del pueblo. Y aún mejor: en algunos años empezarían a cosechar los beneficios de sus nuevos recursos, hasta entonces dispondrían de enormes créditos de desarrollo. Incluso era posible que Rusia llegara a enderezar su camino y empezar con buen pie el nuevo siglo después de haber desperdiciado la mayor parte del anterior.

Las noticias de Pekín no llegaron al resto de China hasta el anochecer. El fin de una guerra tan breve cogió por sorpresa a aquellos que nunca habían comprendido sus motivos reales. La siguiente noticia anunciaba que el gobierno había cambiado, otro acontecimiento desconcertante cuya explicación quizá llegaría más tarde. El primer ministro interino era Fang Gan, a quien conocían por las fotografías más que por sus declaraciones o logros, pero parecía un anciano venerable y sabio. China era un país de inercias, no de grandes proyectos; quizá cambiaría el rumbo del país, pero cambiaría a un ritmo pausado que pudieran asimilar sus habitantes. La gente se interesó por los acontecimientos recientes y los comentó en voz baja y palabras moderadas.

En Pekín había una persona en particular cuyo trabajo sería más importante gracias a los cambios, si bien sus labores serían las mismas. Aprovechando que los restaurantes no habían cerrado todavía, Ming salió a cenar con su amante extranjero. Se deleitaron con los fideos y las copas mientras comentaron, animados, los acontecimientos del día, antes de dirigirse juntos a su apartamento para disfrutar de

un postre de salchicha japonesa.

FIN



THOMAS LEO CLANCY JR. Baltimore Estados Unidos, 12 de abril de 1947. Escritor americano, es un autor conocido por sus novelas de suspense y espionaje, muchas de las cuales se han convertido en auténticos superventas y han sido adaptadas al cine y al mundo del videojuego. Licenciado en Literatura Inglesa, Clancy comenzó su andadura como escritor en 1984 con *La caza del Octubre Rojo*, la primera, además, con Jack Ryan como personaje protagonista y que marcaría el estilo, lleno de conjuras políticas y enfrentamientos militares, característico de su obra. Clancy, con sus doce novelas y numerosos libros de ensayo sobre inteligencia y armamento militar, es un habitual en los tops de ventas del *New York Times* o *USA Today*. Además de las películas, las obras de Clancy dieron lugar a la serie de videojuegos *Rainbow Six*, *HAWX* o *Splinter Cell*, entre otros, y a la franquicia de libros *OP-Center*.